

**ANÁLISIS LITERARIO, PERIODÍSTICO E
HISTÓRICO DEL REPORTAJE DE MANUEL
CHAVES NOGALES “CÓMO SE VIVE EN LOS
PAÍSES DE RÉGIMEN FASCISTA”**

CARLOS JAVIER AVILÉS LÓPEZ

Tesis doctoral

Director: Dr. D. José Antonio Llera Ruiz



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Facultad de Filosofía y Letras

2020

A Jose y a Alejandra, que han crecido a la par que esta tesis.

Y a Kaori, que acaba de llegar.

Se ve que es muy difícil leer en el libro de la Historia, cuando la Historia no está todavía en los libros, sino que fluye y palpita, como nuestras vidas, por esos mundos de Dios.

GAZIEL

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a las siguientes personas e instituciones, sin las cuales esta tesis no habría sido posible:

A José Antonio Llera, por su ayuda y su acertado criterio en la elección y acotación del objeto de estudio de esta tesis, por su paciencia y sus siempre enriquecedoras aportaciones, así como por su disposición continua para solucionar las más inesperadas contingencias administrativas.

A mi mujer, Yuliana, por su apoyo y ayuda ilimitados, y a mi familia, por su paciencia y su apoyo incondicional, así como a mi tío, por propiciar mi encuentro con la obra de Chaves Nogales.

Al Dr. Álvaro Pérez Álvarez por facilitarme el acceso a su excelente tesis doctoral.

Y, por último, a la Universidad de Granada y al profesor Javier Ordóñez, por facilitarme el uso de la biblioteca de la universidad, indispensable para la elaboración de esta tesis.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN / 19

2. BREVE BIOGRAFÍA INTELLECTUAL DE MANUEL CHAVES NOGALES HASTA 1933 / 25

2.1. Un joven literato por las calles de Sevilla / 27

2.2. Sobre comprensión y compasión: primeros cuentos / 39

2.3. El *repórter* y el aeroplano / 45

2.3.1. De Madrid al cielo: el éxito profesional / 45

2.3.2. “Un pequeño burgués en la Rusia roja” y la primera visita a Alemania / 49

2.3.3. El periodista habla sobre su oficio / 58

2.3.4. Los maestros / 64

2.4. El subdirector de *Ahora*: un periodista para la República / 71

2.4.1. La democracia francesa y los exiliados rusos / 71

2.4.2. Un nuevo régimen para un nuevo diario / 78

2.4.3. Haciendo la República / 82

3. CONTEXTO DEL REPORTAJE “CÓMO SE VIVE EN LOS PAÍSES DE RÉGIMEN FASCISTA” / 89

3.1. Contexto histórico / 91

3.1.1. Los enemigos de la República / 91

3.1.2. El oasis español: la República y el auge del fascismo en Europa / 100

3.1.3. El periodismo español ante los primeros meses de Hitler en el poder / 106

3.1.3.1. La prensa española de derechas y la propaganda nazi: Hitler, una esperanza / 108

3.1.3.2. La visión de la prensa española liberal y socialista: del optimismo a la dura realidad / 116

3.2. Estancia en Alemania: fechas, recorrido y circunstancias / 127

3.3. Crónicas periodísticas o partes de un gran reportaje / 137

3.3.1. La hipótesis de las crónicas periodísticas / 137

3.3.2. La hipótesis del reportaje / 143

3.3.3. Síntesis / 145

**3.4. Composición y forma de las crónicas que componen el reportaje
“Cómo se vive en los países de régimen fascista” / 147**

**4. ANÁLISIS DISCURSIVO Y DE CONTENIDO DE LAS CRÓNICAS QUE
COMPONEN EL REPORTAJE “CÓMO SE VIVE EN LOS PAÍSES DE RÉGIMEN
FASCISTA” / 151**

4.1. Análisis de la crónica “Alemania bajo el poder de Hitler” / 153

4.1.1. Todavía en las trincheras / 153

4.1.2. El “camisa parda”, descamisado / 160

4.1.3. El “schupo” y el “nazi” / 165

4.1.4. ¡Jude! ¡Jude! / 169

4.1.5. Los maestros de artes y oficios / 178

4.2. Análisis de la crónica “Antes de tres años otra vez la guerra” / 189

4.2.1. Punto de partida / 192

4.2.2. Cómo piensa el alemán medio / 202

4.2.3. La primera derrota / 224

**4.3. Análisis de la crónica “Cómo están organizadas las fuerzas
de asalto y protección del nacionalsocialismo” / 235**

4.3.1. ¿Cuántos soldados tiene Alemania? / 235

4.3.2. El correligionario aquí y allí / 245

4.3.3. Un ejército para uso particular / 247

4.3.4. ¿De dónde son las pistolas españolas? / 255

4.3.5. ¿De dónde salen las misas? / 258

**4.4. Análisis de la crónica “Una visita a un campamento de trabajadores
voluntarios. Los hombres que trabajan por dos reales” / 271**

4.4.1. La causa de todo / 271

4.4.2. El paraíso de los patronos / 277

4.4.3. Labores adecuadas / 287

4.4.4. Ambiente de cuartel / 293

4.4.5. Resignación / 297

4.5. Análisis de la crónica “Una visita a un campamento de trabajadores voluntarios” (continuación de la anterior) / 303

- 4.5.1. Pudor ante el objetivo / 303
- 4.5.2. Trabajo voluntario = Servicio militar obligatorio / 310
- 4.5.3. Un jornal de esperanza / 311
- 4.5.4. La teoría de la vacuna / 317
- 4.5.5. El doble juego / 324
- 4.5.6. Apoteosis / 331

4.6. Análisis de la crónica “La conquista de la juventud” / 337

- 4.6.1. El niño “nazi” / 337
- 4.6.2. Hay que saber cómo se hacen bien las cosas / 351
- 4.6.3. La única esperanza de las dictaduras:
la corrupción de menores / 355
- 4.6.4. Un cauce a las rebeliones juveniles / 363
- 4.6.5. Ya nada puede detener la avalancha / 367

4.7. Análisis de la crónica “¿Por qué son «nazis» las mujeres?” / 373

- 4.7.1. A la cocina / 373
- 4.7.2. Nada menos que el fogón / 382
- 4.7.3. Problema insoluble / 386
- 4.7.4. El triste destino de las madres alemanas / 396

4.8. Análisis de la crónica “La vida cotidiana; usos y costumbres” / 405

- 4.8.1. La fauna berlinesa / 405
- 4.8.2. La miseria / 421
- 4.8.3. Los innecesarios / 423
- 4.8.4. Administración de la paternidad / 427
- 4.8.5. Demografía / 430
- 4.8.6. Un poco de ropa / 436
- 4.8.7. Boxeadores y duelistas / 439
- 4.8.8. Contra los explotadores / 442
- 4.8.9. Revolución / 444

4.9. Análisis de la crónica “La extirpación metódica de los judíos” / 451

- 4.9.1. Sin folletines / 451
- 4.9.2. El terror gris / 461
- 4.9.3. Reivindicación / 479
- 4.9.4. Quiénes son arios y quiénes son judíos / 482
- 4.9.5. Los que querían venir a España / 486
- 4.9.6. Apóstrofe / 495

4.10. Análisis de la crónica “La lucha política y la represión policíaca” / 499

4.10.1. El gran inquisidor: el pueblo / 528

4.10.2. Los únicos enemigos / 545

4.11. Análisis de la crónica “Adolfo I. Emperador” / 549

4.11.1. Cómo se fabrica un emperador / 564

4.11.2. Hindenburg / 577

4.11.3. Von Papen / 582

4.11.4. Hugenberg / 587

4.11.5. Seldte / 596

4.11.6. La verdad, la verdad / 602

5. CONCLUSIONES / 615

5.1. Conclusiones relativas a la definición, el contexto y la motivación de las crónicas / 617

5.2. Conclusiones extraídas del análisis del discurso de las crónicas / 618

5.3. Conclusiones relativas al análisis del contenido y del contexto histórico de las crónicas / 621

BIBLIOGRAFÍA / 625

APÉNDICES / 653

ÍNDICE DE FIGURAS Y TABLAS

Figuras

Figura 1. Retratos de Manuel Chaves Rey y José Nogales / 35

Figura 2. Chaves Nogales junto a Valle-Inclán y Manuel Fontdevila en 1927 / 47

Figura 3. Chaves Nogales en el homenaje a Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset y *Azorín* en el Café Pombo en 1920 / 68

Figura 4. Chaves Nogales en París junto a Pável Miliukov y Aleksánder Kérenski en 1930 / 75

Figura 5. Chaves Nogales en París junto al metropolitano Eulogio / 77

Figura 6. Fotograma del documental *El hombre que estaba allí* (2013) en el que Chaves Nogales aparece aplaudiendo a Niceto Alcalá-Zamora / 83

Figura 7. Chaves junto a su mujer y Amanda Fürstenwerth en Toledo / 132

Figura 8. Plaza de Zocodover, Toledo, 1933-1936 / 133

Figura 9. Cartel electoral del NSDAP: “Ein Volk, ein Reich, ein Führer” / 183

Figura 10. Secuencia de fotogramas de *Die Nibelungen: Siegfried* (1924) / 198

Figura 11. Primera página de la edición de *Ahora* del 19 de mayo de 1933 / 230

Figura 12. Imágenes de la *Braunes Haus* de Múnich / 249

Figura 13. Hitler en la *Reichsführerschule der SA* de Múnich en 1931 / 254

Figura 14. El industrial Gustav Krupp con Hitler en 1940 / 267

Figura 15. Fotografía de Ernst von Borsig de 1929 y fotomontaje satírico sobre Fritz Thyssen y Hitler de agosto de 1933 / 268

Figura 16. Fotografías de la sede del Ministerio de Trabajo alemán / 278

Figura 17. Distancia entre Berlín y Biesenthal sobre fotografía de satélite / 286

Figura 18. Fotografía del campo de trabajadores de Biesenthal hecha por Chaves Nogales en la que se puede apreciar la bandera imperial alemana / 288

Figura 19. Fotografía del campo de trabajadores de Biesenthal hecha por el propio Chaves Nogales en la que se puede apreciar una trinchera / 291

Figura 20. Fotografía tomada por Manuel Chaves Nogales en la que aparecen unos jóvenes que querían ingresar en el campo de trabajo de Biesenthal / 298

Figura 21. Fotografía tomada por Chaves Nogales en la que aparece un grupo de trabajadores voluntarios del campo de Biesenthal / 309

Figura 22. Secuencia de fotogramas de la película propagandística de Walt Disney *Education for Death: The Making of the Nazi* (1943) / 342

Figura 23. Panfleto promocional de la película *Blutendes Deutschland*, anuncio de la película *Schwarzhemden* y fotograma de *Mädchen in Uniform* (1931) / 362

Figura 24. Collage y viñeta cómica de 1931 sobre Victoria Kent y Clara Campoamor / 380

Figura 25. Un judío es conducido por Rothenburg por la policía y la SA en 1933 con un letrero al cuello en el que se le acusa de *profanar* a una joven *aria* / 391

Figura 26. Miembros de la SA junto a una mujer *aria* y un hombre judío con sendos carteles al cuello en los que se les acusaba de mantener relaciones / 391

Figura 27. Fotografías de sendos hogares del programa *Lebensborn* / 394

Figura 28. Fotograma de la película *M* (1931), de Fritz Lang / 408

Figura 29. Bar del hotel Adlon en 1929 y terraza del hotel Eden en 1930 / 409

Figura 30. Foto de satélite de Berlín hoy con localizaciones de 1933 / 410

Figura 31. Fotografías del hotel Keiserhof de Berlín custodiado por la SA el 30 de enero de 1933, y de Hitler saludando desde la terraza de dicho hotel / 412

Figura 32. Secuencias de fotogramas de la cuarta película de la serie *Why we Fight?*, de Frank Capra, *The Battle of Britain* (1943) / 413

Figura 33. Berlín, Unter den Linden en 1933 y Potsdamer Platz en 1936 / 413

Figura 34. Desfile de miembros de la Liga de Estudiantes Alemanes Nacionalsocialistas frente al Institut für Sexualwissenschaft en 1933 / 415

Figura 35. Redada en el centro de Berlín y grupo de policías rodeando a un anciano judío mientras es interrogado en abril de 1933/ 416

Figura 36. Restaurante Kempinski de Berlín en 1928 / 418

Figura 37. Vista del Romanisches Café en torno a 1900 y fotograma de *Menschen am Sonntag* (1930) / 419

Figura 38. Albergue para personas sin hogar en Berlín (entre 1924 y 1930) e imagen de un mendigo en Hannover en 1930 / 423

Figura 39. Desempleados en una tienda hecha con despojos en el barrio de Wilmersdorf, Berlín, en 1931 / 425

Figura 40. Gráficas del número de suicidios anuales en Alemania por cada cien mil habitantes entre 1913 y 1939 / 449

Figura 41. Dos fotografías de una redada en el Scheunenviertel de Berlín en marzo de 1933 / 455

Figura 42. Primera página de la edición del 7 de abril y de la edición del 9 de abril de 1933 del diario *Ahora* / 460

Figura 43. Detalle de las *Crónicas de Frisia*: la masacre de los judíos de la ciudad alemana de Erfurt en 1349 / 473

Figura 44. Julius Streicher con el uniforme de la SA y primera página de *Der Stürmer* de abril de 1932 / 477

Figura 45. Mapa que muestra el destino de los migrantes judíos alemanes / 487

Figura 46. Pasaporte Nansen / 492

Figura 47. Caricatura de 1936 de los emigrantes judíos / 494

Figura 48. Desfile de antorchas en la Pariser Platz de Berlín el 30 de enero de 1933 y fotogramas de la película *Education for Death* (1943) / 504

Figura 49. Campos de concentración creados en 1933 señalados en un mapa de Alemania / 514

Figura 50. Campo de concentración improvisado en un remolcador del río Ochtum, cerca de Bremen, en 1933 / 515

Figura 51. Imagen propagandística de presos trabajando en el campo de Dachau en mayo de 1933 y fotografía del cadáver de Louis Schloss / 518

Figura 52. Retrato de Llorenç Vitrià y fotografía del castillo de Hohnstein / 524

Figura 53. Judíos obligados a limpiar pintadas contra los nazis en Leipzig / 533

Figura 54. Imagen de la policía de Berlín cacheando a varios viandantes / 533

Figura 55. La Puerta del Sol el 14 de abril de 1931 llena de gente que celebraba la proclamación de la República / 538

Figura 56. Desfile de la victoria junto a la Puerta de Brandeburgo en 1871 / 553

Figura 57. Fotografías de Guillermo II en su residencia de Doorn / 555

Figura 58. Guillermo de Prusia en el club Rot-Weiss de Berlín en 1929 / 558

Figura 59. Primera página de las ediciones del diario *Ahora* del 24 de junio y del 23 de septiembre de 1932 / 559

- Figura 60.** Hitler durante la guerra, en Fournes, Francia, en abril de 1915 / 562
- Figura 61.** Gustav Stresemann durante una recepción a los periodistas extranjeros en el Ministerio de Exteriores alemán en septiembre de 1923 / 566
- Figura 62.** Fotograma de la película *Das Kabinett des Dr. Caligari* (1920) / 569
- Figura 63.** Fotogramas de la película *Die Entlassung* (1942) / 571
- Figura 64.** Hindenburg contempla desde una ventana de la Cancillería del Reich el paso de la marcha con antorchas de la SA el 30 de enero de 1933 / 580
- Figura 65.** Franz von Papen durante la firma del Concordato entre la Santa Sede y Alemania / 585
- Figura 66.** El *Kronprinz* Guillermo al frente de un escuadrón de húsares antes de la Primera Guerra Mundial / 586
- Figura 67.** Hugenberg con el resto de miembros del nuevo gobierno alemán el 30 de enero de 1933 / 592
- Figura 68.** Postal propagandística en la que aparece el príncipe Guillermo de Prusia entre Franz Seldte y Ernst Röhm / 600
- Figura 69.** Fotogramas de *Casablanca* (1942), *Five Graves to Cairo* (1943) y *Notorious* (1946) en los que aparecen sendos personajes nazis / 607

Tablas

Tabla 1. Horario del descanso del mediodía en los campos del FAD / 293

Tabla 2. Matrimonios, nacimientos y defunciones en Alemania entre 1891 y 1943 / 431

1. INTRODUCCIÓN

Manuel Chaves Nogales nació en Sevilla el 7 de agosto de 1897 y murió en Londres el 8 de mayo de 1944. En esos casi cuarenta y siete años llegó a ser uno de los periodistas más importantes de España. Ocupó consecutivamente los cargos de redactor jefe en el *Heraldo de Madrid* y de subdirector en *Ahora*, que convirtió en el periódico más vendido de su época. Liberal, próximo a Manuel Azaña y firme defensor de la República democrática, la Guerra Civil lo empujó al exilio en París, y unos años después la invasión alemana de Francia lo obligó a refugiarse en Londres, donde lo encontraría la muerte ocupado, como lo había estado toda su vida adulta, en el ejercicio del periodismo. Luego, cayó en el ostracismo, hasta hace escasamente un par de décadas, cuando su obra y su figura fueron redescubiertos por el gran público, merced, en buena medida, al trabajo de recopilación e investigación de María Isabel Cintas, autora de la única biografía publicada hasta el momento del periodista sevillano y encargada de la edición de sus obras completas recuperadas hasta el momento, así como a la labor de editores como Abelardo Linares y a los elogios públicos de varios escritores ilustres –siendo el más temprano el de Andrés Trapiello– que despertaron el interés de un público más general hacia el periodista y su obra, particularmente hacia su libro de relatos sobre la Guerra Civil española *A sangre y fuego*, que desde hace varios años se mantiene en las listas de libros más vendidos en España. En este sentido, el periodista Francisco Casares, en su libro claramente sectario *Azaña y ellos: cincuenta semblanzas rojas*, escrito en plena Guerra Civil, no podía estar más equivocado:

Ambicioso, vacío, extravagante, la hora de Chaves Nogales pasó. Ni fue, ni ha sido, ni volverá a ser nada. Un poco de oropel en el fácil acceso a la lonja de las improvisaciones, unos años de marco y ambiente para audacias en que tuviera singular competencia y, al cabo, el implacable y duro ostracismo donde el desdén ajeno y la insuficiencia propia le han sumido de forma tan perenne como irrevocable (Casares, 1938: 139).

No obstante, Chaves Nogales no ha despertado aún en el ámbito universitario un interés proporcional a su renovado éxito entre el público. Aparte del ya mencionado trabajo de investigación de María Isabel Cintas, sólo se han realizado hasta el momento tres tesis doctorales sobre la obra del periodista: dos de la Universidad de Sevilla –la de la propia Cintas (2001), dedicada al análisis general de varios reportajes de Chaves relacionados con la revolución, y la más reciente de Remedios Fariñas Tornero (2017), que aborda el aspecto narrativo de la obra del periodista, poniendo especial atención en el reportaje “La defensa de Madrid”– y otra de la Universidad de Navarra, particularmente notable, obra de Álvaro Pérez Álvarez (2014), que aborda el arte del

retrato en el periodismo español de los años treinta, centrándose en la biografía del torero Juan Belmonte publicada por Chaves en 1935, y que constituye probablemente el análisis más pormenorizado hecho hasta el momento de una obra del periodista sevillano. Asimismo, se han publicado varios artículos académicos que aportan información de interés sobre la vida y la obra de Chaves, la mayoría, fruto de las investigaciones mencionadas. Por lo demás, aunque ya fuera del ámbito académico, se le han dedicado a su figura varios reportajes de televisión y radio, así como el documental *Manuel Chaves Nogales: el hombre que estaba allí*, de Suberviola y Torrente (2013a), y se han escrito numerosas reseñas, prólogos¹ y artículos periodísticos en los que se hace referencia a la obra del periodista –especialmente al ya afamado prólogo de *A sangre y fuego*–, en ocasiones utilizándola como arma arrojadiza, lo cual no deja de ser paradójico si tenemos en cuenta la habitual ecuanimidad y moderación del periodista, que, según la necrológica que le dedicó el *Manchester Guardian*, era el liberal español en el exilio londinense “menos afectado por el rencor político” (cit. en Cintas, 2011a: 310). Asimismo, no son raras las declaraciones de escritores y políticos aventurando la postura que Chaves habría tomado ante algún acontecimiento de la actualidad, ni afirmaciones como las, cuando menos, sorprendentes, de una ex portavoz parlamentaria que aseguraba que su partido pertenecía a “la derecha que representa Chaves Nogales” (sin firma, 2019a).

En consecuencia, es necesario seguir profundizando y ampliando el análisis serio y fundamentado de la vida y la obra del periodista y escritor sevillano para enriquecer el acercamiento del lector a la misma y prevenirlo contra manipulaciones interesadas. Con ese fin hemos abordado en la presente tesis doctoral el análisis de las once crónicas periodísticas que conforman el reportaje “Cómo se vive en los países de régimen fascista”, publicadas por Chaves Nogales en el diario *Ahora* entre el 14 y el 28 de mayo de 1933 con ocasión de su viaje esa primavera a Alemania, donde Adolf Hitler había alcanzado la Cancillería hacía pocos meses y el nacionalsocialismo estaba completando el derrumbe de la República de Weimar y sentando las bases del régimen totalitario que la sucedería. La elección de este fragmento de la obra del periodista para su análisis se debe fundamentalmente a que en los estudios publicados hasta el momento sólo se hacen breves acercamientos superficiales o tangenciales a dichas crónicas², y, por tanto, no existe hasta la fecha ningún estudio monográfico que aborde el análisis literario e histórico pormenorizado y en profundidad de las mismas. Por otra parte, la elección también se justifica por el gran interés que dichas crónicas tienen por sí mismas, tanto desde el punto de vista histórico como del literario y el periodístico, así como por lo representativas que resultan en buena medida del resto de la obra del periodista. Como

¹ Particularmente interesante es el de Santos Juliá (2011) a la edición de las crónicas escritas por Chaves sobre la Guerra Civil española de la editorial Espuela de Plata.

² Ver, principalmente, Cintas (2011a: 153-161), Pérez Álvarez (2014: 254-258) y Fariñas Tornero (2017: 214-237).

veremos a lo largo de esta tesis, contienen elementos literarios y argumentativos de una gran riqueza y representatividad del estilo literario y periodístico de Chaves, y constituyen un testimonio histórico de gran valor por dos motivos: por un lado, por el trascendental momento histórico que describe e interpreta el periodista, cuando Alemania transitaba entre el derrumbe de la República de Weimar y la construcción de un sistema totalitario que daría origen a la mayor guerra de la historia de la Humanidad y también a los mayores crímenes contra la misma; y, por otro lado, por la, para su época (e incluso para la nuestra), lúcida y original interpretación que, desde su perspectiva de liberal republicano español, hace Chaves de lo que estaba aconteciendo en Alemania esas trascendentes semanas de 1933.

En ese sentido, los objetivos principales de esta tesis son determinar los motivos que llevaron al periodista sevillano a realizar el reportaje en cuestión, así como los objetivos que perseguía con el mismo; identificar y analizar los recursos discursivos que utiliza para alcanzar tales fines, y, finalmente, identificar los temas que trata en cada una de las crónicas y comprender los motivos de su elección, y determinar las ideas fundamentales que vierte en las mismas y el papel que ocupan dentro de su obra. Para ello, en primer lugar, presentaremos los aspectos más importantes de la vida y la obra del periodista hasta el momento en que se produjo el viaje a Alemania que dio lugar a las crónicas que componen “Cómo se vive en los países de régimen fascista”, destacando los elementos que sirvan para comprender y contextualizar tanto la motivación de las crónicas como los recursos que utiliza Chaves en ellas y las ideas que expone. A continuación, expondremos el contexto más cercano de esas crónicas: las definiciones de crónica literaria y de reportaje interpretativo que justifican la inclusión en esas categoría de los textos que constituyen el objeto de estudio de esta tesis; el contexto político y periodístico español del momento; y, finalmente, el contexto político alemán y el trabajo de los corresponsales españoles en Berlín; para así poder explicar mejor los motivos de Chaves para realizar las crónicas, así como para identificar y definir la perspectiva desde la que abordó la realidad alemana el periodista sevillano. Acto seguido, presentaremos el análisis del discurso, del contenido y del contexto histórico de las once crónicas que conforman, junto a la crónica gráfica publicada el 20 de mayo de 1933 y la entrevista a Joseph Goebbels publicada el 21 de mayo, el reportaje interpretativo “Cómo se vive en los países de régimen fascista”. Y, finalmente, ofreceremos las conclusiones que de dicho análisis hemos extraído.

Con ese fin, hemos estudiado la biografía del periodista hasta 1933, poniendo especial atención en su relación con el entorno político, social y cultural de su época. Asimismo, hemos estudiado la obra completa de Chaves Nogales recuperada hasta el momento, centrándonos en el análisis del discurso, el contenido y el contexto histórico de la misma hasta 1933, para establecer sus elementos más importantes y característicos con la intención de relacionarlos con los que aparecen en sus crónicas alemanas,

valiéndonos para ello tanto de los estudios previos sobre el periodista ya mencionados como de la obra del propio Chaves, tanto la reeditada recientemente como la publicada en su época en diversos periódicos y revistas disponible en su mayor parte en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España. En el curso de esa investigación, hemos descubierto algunos documentos de interés que no habían sido mencionados hasta el momento en la bibliografía específica sobre el periodista, como una carta de éste dirigida a Ramón María del Valle-Inclán en 1935 incluida en Valle-Inclán (2008), un testimonio de Josefina Carabias (1999) sobre Chaves y su gusto por la velocidad, o las dedicatorias del periodista de varios de sus libros a Eugenio Xammar descubiertas en el Arxiu Nacional de Catalunya por Xavier Pla (2019a), de cuyos originales adjuntamos sendas fotografías en los apéndices de esta tesis. Por otra parte, hemos realizado un acercamiento a la teoría de los géneros periodísticos, concretamente de los interpretativos, para poder clasificar cabalmente los textos de Chaves que son el objeto central de estudio de esta tesis. También hemos estudiado las crónicas de los corresponsales en Alemania de los diarios españoles más representativos del espectro político durante la primera mitad de 1933 para esbozar la visión que el lector español de la época podía tener sobre lo que estaba ocurriendo en el país germano en ese momento, valiéndonos fundamentalmente para ello de los originales disponibles en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España y del trabajo de Semolinos (1985) sobre el tema. Asimismo, hemos hecho una breve exposición histórica de lo que estaba ocurriendo en España en ese momento apoyándonos fundamentalmente en la obra de dos historiadores de tendencia progresista, Casanova (2007) y Juliá (2003), y dos de tendencia conservadora, Carr (1983) y Payne (2005), así como de manuales de historia del periodismo español como los de Seoane y Saiz (2007) y Fuentes y Fernández (1998), para enmarcar mejor tanto la perspectiva de los lectores de *Ahora* como la del propio Chaves.

Finalmente, nos hemos valido de los originales de las crónicas alemanas de Chaves disponibles en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España y en la Hemeroteca Municipal de Madrid para realizar el análisis de las mismas. Hemos basado el análisis del discurso en modelos como los de Sanabre Sempere (1964), Lorenzo-Rivero (1977) o Llera (2004), y en textos teóricos como los de Lausberg (1967), Fuentes Rodríguez (2000) o Chillón (2014). En cuanto al análisis del contenido y del contexto histórico de las crónicas, la extraordinaria variedad temática de las mismas nos ha obligado a utilizar numerosas y muy diversas fuentes, entre las que destacan las obras canónicas de Evans (2003), particularmente útil por su exhaustivo índice onomástico, y Kershaw (1998), o la de Grunberger (1971), en relación con aspectos históricos generales del momento y algunos aspectos concretos del nacionalsocialismo y de la biografía de Hitler. Asimismo, nos han sido de gran utilidad los testimonios de Sebastian Haffner (1939) y Victor Klemperer (1975 y 1995), tanto por ser testimonios directos de la realidad que encontró Chaves en Alemania durante su

viaje como por su lucidez, así como otros que tienen relación con aspectos más concretos del régimen nazi que aborda el periodista, como el del diputado comunista Hans Beimler (1933), que estuvo preso en Dachau y consiguió escapar del campo de concentración mientras Chaves estaba en Alemania. Otras obras importantes para abordar el estudio de temas muy concretos que trata Chaves en estas crónicas han sido, por ejemplo, la de Patel (2003) sobre los campos de trabajo, o la de Baganz (2012) sobre los primeros campos de concentración nazis. En cualquier caso, siempre que ha sido posible, hemos intentado usar al menos dos fuentes distintas para el estudio de cada uno de los temas que trata el periodista.

Por otra parte, a riesgo de que lo sustancial quedara solapado por lo accesorio, le hemos dado mucha importancia al estudio detallado de cada tema, pues hemos considerado esencial comprender cómo entendía Chaves la realidad alemana y, especialmente, cuáles eran los motivos por los que no acertaba siempre a comprenderla, no con el vano fin de señalar sus errores, sino con el de comprender mejor su forma de pensar, en consonancia con lo que afirma Russell (1946: 58):

Two things are to be remembered: that a man whose opinions and theories are worth studying may be presumed to have had some intelligence, but that no man is likely to have arrived at complete and final truth on any subject whatever. When an intelligent man expresses a view which seems to us obviously absurd, we should not attempt to prove that it is somehow true, but we should try to understand how it ever came to *seem* to be true. This exercise of historical and psychological imagination at once enlarges the scope of our thinking, and help us to realize how foolish many of our own cherished prejudices will seem to an age which has a different temper of mind.

En cuanto a las citas en otros idiomas, precisamente, hemos preferido omitir la traducción de las citas escritas en lenguas romance o en inglés, en tanto que *lingua franca*, para no sobrecargar el texto. Sin embargo, sí nos ha parecido necesario traducir las citas en alemán, por no ser ésta una lengua de uso común ni de fácil comprensión para el lector hispanohablante que la desconozca. Por otra parte, en la traducción de las mismas, allí donde se ha presentado una disyuntiva entre la literalidad y el espíritu del texto, generalmente la hemos resuelto a favor del segundo. Y, en lo referente a las citas directas de las crónicas de Chaves, hemos optado por mantener el formato original de las mismas por la información que éste pudiera ofrecer, como en el caso del entrecomillado de los germanismos, como en el caso de “nazi”, siguiendo el criterio de González Prada (2005b: 42) en su edición de las crónicas para *Ahora* de Eugenio Xammar, quien señala que esas comillas “indican la novedad que para el lector español de la época significaban ciertos conceptos”. Asimismo, hemos mantenido los errores ortográficos en dichos germanismos por el valor informativo, así sea marginal, acerca del nivel de conocimiento del alemán de Chaves que pudieran aportar, si es que son obra suya y no del editor del texto.

Por lo demás, a veces, lo que reviste más importancia en el texto de Chaves es su percepción de los acontecimientos históricos, mientras que en otras ocasiones, sin

embargo, es el estilo del que se sirve para desplegar sus argumentaciones. En cada caso, el foco de la investigación se ha centrado más en el análisis del discurso o en el estudio del contexto histórico o de la postura intelectual del periodista, dependiendo de la importancia que los mismos tuvieran en cada momento en el texto. En cualquier caso, esperamos haber contribuido con dichos análisis a la mejor comprensión de la obra de Chaves Nogales y a fomentar su lectura.

2. BREVE BIOGRAFÍA INTELLECTUAL DE MANUEL CHAVES NOGALES HASTA 1933

2.1. Un joven literato por las calles de Sevilla

No hallarás otra tierra ni otro mar.
La ciudad ha de ir siempre en pos de ti.
C. KAVAFIS, *La ciudad*³

“En todo el mundo no hay más de lo que hay en aquella calle de Juan; ni más confusión, ni peores enemigos, ni peligros más ciertos”, escribía Chaves Nogales (1935: 3) al comienzo de la biografía de su paisano Juan Belmonte. Nacer y crecer en esa calle, la calle Ancha de la Feria, era una empresa heroica que imprimía carácter en el niño que la llevaba a cabo y le daba una idea exacta de las cosas, según el periodista. En el mundo –aseguraba– apenas había quince o veinte calles como ésa (en París, en Nápoles o en Moscú), donde lo viejo y lo nuevo coexistían: “Los niños que nacen en estas calles se equivocan poco, adquieren pronto un concepto bastante exacto del mundo, valoran bien las cosas, son cautos y audaces” (5). Nacer en una calle así –decía– era tan decisivo para un niño como nacer en el Ática.

Naturalmente, estas afirmaciones deterministas de Chaves no pueden ser sino exageradas, pero, dado el conocimiento de la condición humana que él mismo mostraría a menudo en su obra, bien podríamos pensar que su propia experiencia como niño en las calles del centro de Sevilla y la variedad de tipos humanos que conoció en ellas influyeron en la formación de su pensamiento humanista. Chaves nacería cinco años después que Belmonte, el 7 de agosto de 1897, al otro lado del Guadalquivir, en la calle Dueñas, cerca de la plaza de la Encarnación, en pleno centro de Sevilla. Puede que hablara por experiencia propia cuando escribió que Belmonte era “uno de esos niños decentes que viven esclavos de que no se les caigan los calcetines y de que no se les ensucie demasiado el trajecito” (6) que se asomaban atónitos y temerosos a las populosas calles de Sevilla y miraban con envidia a los granujillas que robaban puñados de piñones en los puestos. El pequeño Manuel vivió los primeros seis años de su vida en esa calle Dueñas, en el entorno en el que el joven Juan Ramón Jiménez estudió pintura, al lado de la casa natal de los hermanos Machado, y donde el propio abuelo materno tenía su estudio de pintor (Cintas, 2017). No obstante, el tiempo que Manuel vivió en Sevilla la familia se mudó en cinco ocasiones. Según Pérez Álvarez (2014: 176), “cuando un familiar fallecía, la familia emprendía el cambio de vivienda siguiendo una tradición supersticiosa: se trataba de alejar el mal fario producido por la muerte”. El último de esos domicilios del joven Chaves en Sevilla sería el de la calle Jáuregui, donde conoció a su mujer, Ana Pérez (Cintas, 2011a: 45).

³ Traducción de José Ángel Valente y Elena Vidal en Rico y Lentini (2009: 735).

Hijo del periodista Manuel Chaves Rey y de la concertista de piano Pilar Nogales y Nogales⁴, Manuel era el mayor de cuatro hermanos y, con el tiempo, se convertiría en “la brújula de la familia”, según escribió su hermano José tras su muerte en una carta a Antonio Soto, compañero y amigo de su hermano en su exilio de Londres: “[...] hemos esperado reunirnos con él y hacer nuestros planes de vida según sus instrucciones y orientarnos en su claro juicio para nuestra conducta futura” (cit. en Cintas, 2011a: 308). Por su parte, su hermano Juan Arcadio, coronel republicano durante la defensa de Madrid, a quien Manuel sacaría más tarde de un campo de refugiados en Francia y lo acogería en su casa en París, era, según Cintas (2011a: 32), “un incondicional admirador de Manuel”. Vemos, pues, en la vida familiar de Chaves algunos rasgos que son determinantes para comprender su carrera profesional: la iniciativa y la capacidad de liderazgo que lo convertirían sucesivamente con el paso de los años en redactor jefe del *Heraldo de Madrid*, subdirector de *Ahora* y fundador de varias agencias de noticias en el exilio.

Por otro lado, desde pequeño, Manuel había acompañado a su padre a las tertulias de los cafés y del Ateneo de Sevilla y a las redacciones de los periódicos (Cintas, 2011a: 30, 32). El padre, Manuel Chaves Rey, era un “hombre malhumorado a veces, de buen genio y campechano otras, desaliñado y en despegue de todo lo que no fuese su erudición”, según el que fuera director de *El Liberal* de Sevilla, José Laguillo (1979: 227), quien no manifiesta mucha simpatía por Manuel Chaves padre en sus memorias. No obstante, le reconoce una inteligencia que “se enseñoreaba de las fechas, de los pormenores, de las anécdotas e intimidades de un personaje o de una época”, y lo consideraba “el caso del más descomunal grafómano que he conocido” (227). Asimismo, asegura: “Se sabía al dedillo cuantas historietas y leyendas dormían en archivos o en los recuerdos y pintábalas con un sentido color, que, sin pretensiones de estilo ni primor literario, cumplían perfectamente su objetivo de divulgación y recreo” (227). Ese estilo “sin pretensiones”, bien puede atribuírsele también al hijo, así como el afán de divulgación y recreo, que sería fundamental en su forma de ejercer el oficio de periodista. En el prospecto de su libro *La vuelta a Europa en avión*, en el que nos detendremos más adelante cuando hablemos de su ideas sobre el periodismo, Chaves (1929: 17) asegura que dicha obra “solo contiene noticias que procura divulgar fácilmente por la virtud prodigiosa de unas palabras, eficaces más que sabias”.

Pero, volviendo a Chaves Rey, Braojos (1995: viii) habla de su afán clasificador y erudito. Funcionario y periodista⁵, el padre de Chaves Nogales era buen conocedor de la historia de la ciudad de Sevilla. De hecho, fue nombrado “cronista honorario de la

⁴ Según Cintas (2011a: 28), la madre de Manuel Chaves Nogales “pertenecía a la rama más seria y conservadora de la familia”.

⁵ Según Pérez Álvarez (2014: 175-176), Chaves Rey, además, fue el primer biógrafo de Mariano José de Larra, por quien su hijo Manuel manifestó en varias ocasiones su admiración, como veremos más adelante.

ciudad” en 1909. Ese interés por Sevilla y sus historias también lo heredaría Chaves Nogales, en cuya segunda obra completamente original⁶, *La ciudad: ensayos*⁷ (1921), esboza algunas impresiones sobre la capital andaluza y recoge varios episodios de su historia. Es ésta una obra llena de agudas observaciones sobre la sociología sevillana ajenas a los tópicos del *sevillanismo*⁸. Baste como ejemplo la justa definición que el joven periodista hace del cante hondo en la primera parte del libro (1921: 62-67). No obstante, la materia de mayor interés en esta temprana obra para el posterior desarrollo de esta investigación la constituyen tres historias insertas en la misma.

La primera es la historia de las hermanas Fernández Coronel, doña María y doña Aldonza. El joven periodista contrastaba la barbarie de la historia de doña María, de una “trágica infinitud oriental” (95), con el humanismo de la historia de su hermana: “Doña Aldonza Coronel está mucho más cerca de nosotros que su hermana”, aseguraba (96). Esposa de Juan de la Cerda, María “hubo de abrasarse el pecho y el rostro con aceite hirviendo para librarse del furor amoroso de don Pedro primero” (95), rey de Castilla, no en vano conocido como “el Cruel”. Su cuerpo, según Chaves, se conservaría incorrupto: “[...] continúa marcada, sellada por un afán de eternidad” (94-95). Por su parte, la “leyenda silenciosa” de doña Aldonza es “más bella y dolorosa” (95): también pretendida por el rey, acabó accediendo a sus requerimientos para que éste permitiera a su marido volver del destierro. “¡Larga y porfiada lucha la de esta mujer, en la que al fin venció lo que era más humano entre aquella concreción de inhumanidades del medioevo!”⁹, escribía el periodista (96). He aquí, en esa preferencia por la actitud de doña Aldonza, expresado por primera vez, así sea de forma implícita, el concepto de *medida de lo humano* que estará presente en toda la obra de Chaves Nogales. Como veremos a lo largo de esta tesis doctoral, Chaves aplica a la realidad como periodista y

⁶ De acuerdo con Pérez Álvarez (2014: 178), tras la muerte de su padre, el 7 de noviembre de 1914, Chaves “completó los textos *Crónica abreviada o Registro de sucesos de la ciudad de Sevilla* de los años 1913 y 1914, que había comenzado su padre antes de morir”. Probablemente esto le sirviera luego para escribir su libro sobre Sevilla, *La ciudad*. Por lo demás, en 1920, el periodista había publicado *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos*, según Pérez Álvarez (2014: 179).

⁷ Publicado en *El Liberal* de Sevilla entre 1921 y 1923, según Pérez Álvarez (2014: 180), quien explica: “El origen de esta obra está en un texto que apareció en la obra colectiva *Quien no vio Sevilla...* de 1920, en la que diversos intelectuales, a petición del Ayuntamiento de Sevilla, describían facetas particulares de la ciudad para promocionar el turismo” (180-181). Además, asegura que Chaves obtuvo con *La ciudad* un premio del Ayuntamiento de Sevilla de 3.000 pesetas (181).

⁸ “Lo peor de Sevilla es el sevillanismo”, escribiría en 1926 el periodista en la revista *Mediodía* (Chaves Nogales, 2013: 1398). Esta afirmación es coherente con el rechazo al nacionalismo que el periodista expresaría en su reportaje “La vuelta a Europa en avión”: “Lo peor del mundo es el aislamiento, las fronteras, el ignorarse los unos a los otros, el negarse” (1929: 102).

⁹ Esta preferencia de Chaves por doña Aldonza recuerda al paralelismo que el escritor Amos Oz ha hecho en varias ocasiones entre las posibles soluciones al conflicto entre israelíes y palestinos y las tragedias de Shakespeare y Chejov. Dice Oz (2013) que hay, a grandes rasgos, dos formas de solucionar un conflicto, la shakesperiana y la chejoviana: “En la resolución de una tragedia shakesperiana, el escenario está plagado de cadáveres. En la conclusión de una tragedia de Chejov, todo el mundo está decepcionado, desilusionado, desconsolado, melancólico, triste... pero vivo”. Podríamos, pues, siguiendo esta reflexión de Oz, calificar la leyenda de doña María como shakesperiana y la de doña Aldonza como chejoviana. Sirva esto para ilustrar la preferencia de Chaves por lo práctico.

como narrador esa *medida de lo humano*, coherente con los cánones morales de la antigüedad clásica, y huirá de las mistificaciones y de la épica, que, en este caso, estaban presentes en la historia de doña María, y que el joven Chaves atribuía a la raíz bárbara (en el sentido latino) de Sevilla¹⁰.

La siguiente historia que nos interesa ocupa por completo la segunda parte del libro y está escrita al modo de los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós, por quien Chaves mostró en varias ocasiones su admiración. En un artículo publicado el 1 de julio de 1927 en el *Heraldo de Madrid*, el periodista (2013: 1280) elogiaba al escritor canario junto a otros contemporáneos, de los que hablaremos más adelante: “Este empeño de los maestros contemporáneos –primero Galdós, luego Baroja y ahora Valle-Inclán– de poner en pie de epopeya –novela– la vida española durante el siglo XIX me parece lo más acertado y perdurable de nuestra literatura”¹¹. Por otra parte, una noticia publicada en el diario *Lealtad* de Montevideo el 29 de enero de 1944, cuyo contenido recoge Cintas (2011a: 302), da cuenta de un homenaje a Galdós organizado en Londres por la *International Commission for War Refugees in Great Britain* en la que intervino un Chaves Nogales al que apenas le quedaban ya unos meses de vida:

Estos [los *Episodios nacionales*] sirvieron a Chaves Nogales, el segundo interviniente, para conocer España en sus lecturas juveniles, según propia declaración. Este “Galdós, liberal” de la charla de Chaves Nogales había sido calificado de tibio por los hombres del Noventayocho, a los que el periodista califica de “jacobinos a los que hemos visto claudicar y hacer apostasía del espíritu liberal que Galdós defendió en su obra y en su vida con tanto ahínco”. Y se lamentó en su intervención de que la posición liberal fuera la más frecuentemente sacrificada en España.

Por tanto, no solo vemos que el periodista conocía los *Episodios* de Galdós desde su juventud, sino que le profesaba gran admiración al escritor canario. Entrevistada por Daniel Suberviola y Luis Felipe Torrente (2013b: 57), María Isabel Cintas comenta sobre Chaves y Galdós: “Parece ser que tenía todas sus obras en su despacho y que lo releía con frecuencia”. Asimismo, por el texto anterior, observamos que el periodista se mostraba solidario con la condición de liberal y de “tibio” de Galdós. Y, precisamente, es el liberalismo el tema central de esa segunda historia que conforma el segundo libro de *La Ciudad*. En ella Chaves traza un retablo de época ambientado entre el final del Trienio Liberal y el comienzo de la Década Ominosa en el que, junto a “algún que otro rezagado patriota, triste y silencioso, con esa desesperanza

¹⁰ Chaves dice que en el espíritu de la ciudad no quedó resto de los romanos: “La ciudad indígena, dominada aún por la preocupación sobrenatural del remoto Oriente, que los hombres de Tiro supieron infundirle, favorecidos por el primitivismo de los naturales, no llegó nunca a sentir el antropomorfismo” (77).

¹¹ El propio Chaves, en un brindis realizado a los postres del banquete de homenaje ofrecido por algunos amigos de Belmonte al torero y al propio Chaves, cuenta que su preocupación literaria cuando emprendió la biografía de Belmonte era “la de recoger algo que hasta hace poco era lo más sustancial de la vida española y que súbitamente se ha perdido; el ambiente denso en que el español de hace treinta, cuarenta años se movía; el gesto, el ademán, la actitud de ese mismo español castizo auténtico que a comienzos de siglo era la expresión de un modo de ser nacional y que repentinamente desaparece, se lo traga la tierra. [...] Yo he buscado con ahínco el testimonio vivo de ese pasado inmediato interrogando sobre su vida a cómicos, toreros, políticos; a toda la gente representativa de una época” (sin firma: 1935).

reflexiva del hombre que, sin cenar, ha gritado mucho”¹², se mueve don Juan Pablo, en cierto modo *alter ego* del Salvador Monsalud de los *Episodios* de Galdós. Es este don Juan Pablo un liberal sevillano pesimista pero sentimental, cuyo escepticismo recuerda al del propio autor (1921: 117): “Nunca creeré [...] en la redención absoluta de nuestra sangre, derramada al servicio de este ideal que abarcamos y con nuestras mezquindades hacemos mezquino”¹³.

Esta historia de Chaves no sólo está ambientada en la misma época que la zarzuela *¡Vivan las caenas!*, que su padre estrenara en 1906, sino que trata el mismo problema que constituye el argumento central de ésta, a saber, el rechazo del pueblo español a la causa de la libertad: “Íntimamente, reconocen los liberales que el pueblo no quiere la libertad que ellos han sabido ofrecerle, y más de una vez han oído en los Humeros o en la Macarena el espantoso grito de «Vivan las caenas»” (Chaves Nogales, 1921: 123). No obstante, hay, a pesar de todo, en esta historia una voluntad que estará presente en toda la obra posterior del periodista sevillano: el afán de comprender a los otros¹⁴, como se desprende de esta descripción de los sentimientos del personaje: “[...] si no los odia, es porque, acaso sin darse cuenta, los comprende” (120). Ese afán de comprensión dotaría a Chaves de una tolerancia que le permitiría mantener cierta distancia crítica de los acontecimientos y los personajes de los que trataría en sus obras posteriores que se habría de convertir en el rasgo más representativo de las mismas.

Hay que colocar, por tanto, a Chaves Nogales, *alter ego* a su vez de don Juan Pablo, en la fecunda tradición heterodoxa y liberal de una Sevilla que, si bien ya estaba en decadencia¹⁵, había sido nudo del comercio de bienes e ideas durante siglos. De dicha tradición forman parte notables hombres de letras, que, como Chaves, se vieron empujados al exilio: desde el renacentista Casiodoro Reina, pacense que se encontró con las ideas luteranas en Santiponce, hasta los modernos liberales José Marchena (el *abate Marchena*) o José María Blanco White, más próximos en el tiempo y en el pensamiento a Chaves. Natural de Utrera, Marchena, al igual que Chaves, como veremos más adelante, “[...] mostró una prodigiosa facilidad para seguir el precipitado curso de los acontecimientos desde su mismo epicentro” (Fuentes, 2000: 52). No obstante, en poco más coincidían la biografía y el temperamento del periodista con los del revolucionario girondino, aparte del exilio francés y la orientación liberal de ambos, salvando las distancias ideológicas que cada época impone. Más similitudes

¹² Abundan en esta obra ya estas breves pero certeras semblanzas tan características del resto de la obra del periodista sevillano, como veremos más adelante, particularmente en el apartado 4.11.6.

¹³ Del mismo modo, en *La segunda casaca*, Pérez Galdós (1876: 153) haría decir a Salvador Monsalud: “[...] la revolución tiene que ser vana por ahora. Lo he visto con mis propios ojos, lo he tocado con mis manos... Con su nombre pueden elevarse y luchar facciones miserables, y a facciones no sirvo yo”. Sobre las posiciones ideológicas que va adoptando el personaje de Monsalud en los *Episodios*, ver Díez (2020).

¹⁴ Ver apdo. 2.2.4.

¹⁵ Sobre la decadencia de Sevilla escribiría más tarde Chaves (2013: 1399): “[...] de la vida intelectual no nos queda más que lo que les resta, ya al final, a las religiones viejas: la liturgia”.

encontramos acaso entre Chaves y Blanco White: anglófilos exiliados en Londres, interesados por Hispanoamérica, fundadores de periódicos y agencias respectivamente... No obstante, si bien Blanco pone su mente y su pluma al servicio de la lucha contra el fanatismo y la intolerancia religiosa, un siglo más tarde Europa y España habían cambiado, y a Chaves le tocaría luchar contra el fanatismo y la intolerancia política. No obstante, la defensa de la libertad y la tolerancia es común a ambos: “La causa e intereses de la verdad no pueden prosperar sino bajo un sistema legal de libertad intelectual”, escribía Blanco (2001: 52); mientras que Chaves, según un artículo de *El Liberal* de Sevilla, en una conferencia en junio de 1933, poco después de su visita a la Alemania nazi, aseguraba que “no hay en el mundo más que un régimen posible: el de la República democrática, tolerante y comprensiva” (cit. en Gori, 1933).

Por lo demás, la tercera historia de *La ciudad* que nos interesa muestra la temprana sensibilidad de Chaves hacia los problemas sociales y su escepticismo hacia la revolución. Se trata de una tragedia de tema social y político que, además, retrata con perspicacia la vida en los corrales de los barrios humildes de Sevilla. No obstante, el periodista, aún muy joven, cae en la tentación de hablar a través de sus personajes, convirtiendo los diálogos a menudo en simple discurso ideológico. Aun así, Chaves refleja bien la pobreza y los pesares que ésta acarrea a quienes la sufren en los barrios populares de Sevilla, pero no condesciende a convertir a esas personas más humildes en criaturas angelicales¹⁶, o en simples víctimas. Por el contrario, cada personaje de esta historia es complejamente humano, con sus virtudes y sus defectos. Son, además, víctimas de la pobreza, pero dueños del sol, según Chaves (1921: 154-155):

Es rica y poderosa toda esa gente sevillana que hace sus palacios en la luz del sol. Son ricos estos hombres y estas mujeres de los barrios viejos que nada necesitan, porque lo tienen todo en su carne morena y en su alma trabajada. A pesar de su miseria terrible, de sus hambres y sus pasiones, no sabe esta gente la miseria infinita, la desolación de esas otras almas ciertamente empobrecidas, arruinadas, que entre el regalo, la comodidad, lo que pudiéramos llamar la cultura, advierten la incapacidad de su espíritu, lo mezquino y ruin de sus almas fragmentarias, lo artificioso y débil de su contextura y el estrecho límite de su facultad de aprehensión. [...] se sienten pobres, vacíos, artificiosos, porque tienen la añoranza indesechable de este pan moreno y recio, de este sol y esta arcilla, y esta cal viva y violenta de esta bárbara filosofía, de estos ojos negros y febriles, de este raro y complejo saber, de esta naturaleza exuberante, de la que extrajeron su jugo muchas civilizaciones, sin que su inmenso poder fuese anulado por los afeites y la constante depuración¹⁷.

¹⁶ Al igual, en buena medida, que en la tradición picaresca española o, por ejemplo, en las posteriores obras de Luis Buñuel o del neorrealismo italiano, Chaves refleja la miseria en la que viven los protagonistas de su historia sin convertirlos en seres completamente inocentes, sino en simples personas que en ocasiones obran de un modo amoral, en este caso, debido a la presión de la pobreza y a una moral distinta a la burguesa.

¹⁷ Este mismo planteamiento geográfica y culturalmente determinista lo volvería a exponer el periodista más de una década después, en junio de 1933, cuando durante la conferencia dictada en el Ateneo de Sevilla a la que ya nos hemos referido, aseguraba que en Sevilla “se ha formado un tipo excepcionalmente comprensivo, producto de una cultura y una civilización no superadas, que irradiaba sus destellos cuando el mundo se hallaba plenamente entregado a la barbarie” (Gori, 1933).

Estas palabras las pone Chaves en boca de Juan Miguel, arquitecto burgués que se queda prendado de una muchachita, Reyes, obrera de un telar, proletaria, una de esas “mujercitas prematuras de estas tierras plenisolares a las que pocas veces acaricia el sol” y que “recuerdan siempre dolorosamente las penurias de la casa, [...], las eternas horas de trabajo y la aceptación forzosa de una fatal e ineludible infelicidad” (140); quien, a su vez, anda en amores con Progreso¹⁸, un obrero “grave, orgulloso, arrebatado y violento” (145), con quien la joven obrera mantiene una relación llena de “asperezas y violencias” (146). En ese ambiente de pobreza, los sindicatos, “una influencia extraña”, según Chaves, llaman a no pagar a los caseros, pero eso no satisface el “viejo espíritu protestatario” de los obreros sevillanos (155):

[...] no pagar la renta de la casa es una rebelión incomprensible para esta gente, que si no saliera a las calles en manifestación tumultuosa, ahorcando en efígie a los caseros y vaciándose en muertas e imprecaciones, no se consideraría satisfecha, ni creería en la eficacia de su rebelión.

Finalmente, comienzan los desahucios, y Reyes, como tantos otros, acaba en el arroyo, de donde la sacará Progreso. Entretanto, algunos van cediendo, ante el frío, a la coacción de los caseros, pero otros se revelan y agreden “torpemente”, lo cual desata la represión, que lleva a Progreso a dar con sus huesos en la cárcel, dejando a Reyes, con su virginidad perdida, sola y en la miseria, de donde la sacará finalmente el dadivoso burgués Juan Miguel.

Con veinticuatro años, Chaves ya había trazado en esta historia las líneas maestras de la que sería su posición sobre los conflictos sociales: denuncia las duras condiciones de vida de los obreros¹⁹, pero rechaza la violencia, descrece de la utopía de la revolución y aboga por las soluciones progresivas. Así, en 1937, en el prólogo de *A sangre y fuego*, escribiría: “Antifascista y antirrevolucionario por temperamento, me negaba sistemáticamente a creer en la virtud salutífera de las grandes conmociones y aguardaba trabajando, confiando en el curso fatal de las leyes de la evolución” (1937: 4). Asimismo, en un sentido semejante se pronunciaría en 1933 con ocasión de las revueltas en el campo andaluz (2013: 1433):

¹⁸ Así describe Chaves a este personaje: “Un poco de alcohol, un ingenio retorcido y estrangulado, una sentimentalidad vertida bárbaramente en una copla flamenca intraducible, unos brazos para servir a la explotación que ejercen los más fuertes, y siempre aquel ansia insatisfecha, aquella dolorosísima aptitud...” (147).

¹⁹ Por ejemplo: “[...] sobre todas estas pobres gentes pesa un tremendo agobio de necesidades, de ansias, de fracasos, [...] palpan sus frentes arrugadas, y sienten, con más amargura que nunca, la inutilidad de sus vidas” (144). Asimismo en una crónica de 1926 sobre el recibimiento de los aviadores del *Plus Ultra* en Sevilla, reivindica la labor de los obreros que abrieron el canal, “sin más gloria ni provecho que un mísero jornal con mezquindad regateado” (2013: 34). En *La vuelta a Europa en avión*, también habla Chaves de las condiciones inhumanas de trabajo de los mineros de la cuenca del Ruhr y denuncia la “postura de avestruz, con la cabeza bajo el ala, que ante el infortunio de la clase trabajadora toma el mundo” (1929: 68). También cabe traer a colación en este sentido un artículo publicado el 10 de noviembre de 1932 en *Ahora* en el que el periodista sevillano denuncia el abandono en el que viven los españoles que trabajan en el sur de Francia. Cuenta en dicho artículo la historia de *monsieur Pérez*, un zapatero al que Francia le niega la asistencia sanitaria gratuita, “él, que podía tener la íntima satisfacción de haber sido un ciudadano ejemplar, uno de esos hombres que hacen patria ellos solos donde quiera que estén” (2013: 1421).

Este es todo el anarcosindicalismo andaluz. La bravata impresionante de los que, teniendo la suficiente sensibilidad para percibir la injusticia social, son incapaces de una reacción inteligente, de una actuación social lógica, perseverante y tenaz. Virtud o vicio de nuestra heroicidad racial. Es más fácil ser héroe un día que hombre durante toda una vida.²⁰

En definitiva, esas tres historias recogidas en *La ciudad* nos permiten esbozar una silueta del futuro Chaves Nogales: un liberal sensible a los problemas sociales, con un pragmatismo y una moderación afines a los de doña Aldonza Coronel. Al igual que en estas tres historias, no habrá lugar en toda su obra para la épica ni para las expectativas de perfección, sino tan sólo para las soluciones modestamente humanas.

Para acabar con *La ciudad*, pero volviendo al tema de la familia de Chaves, cabe observar que en esta obra de juventud, el periodista no cita a su difunto padre. Sin embargo, sí hace referencia en varias ocasiones a la otra figura familiar que influyó en él literaria y profesionalmente: su tío José Nogales (Chaves Nogales, 1921: 62, 72, 101), abogado y periodista de renombre a comienzos del siglo XX. Liberal y luchador tenaz, promovió la abolición del tráfico de esclavos en Tánger desde una gacetilla que él mismo fundara y que sería el primer periódico de Marruecos, *Al-mogreb Al-aksa* (Andrada, 1926: 2). Como abogado, entre otros, ganó un pleito a la Compañía de Río Tinto por la contaminación de los terrenos agrícolas en su Huelva natal²¹ (Rodríguez Castillo, 1985: 21-22). Fundador de la edición sevillana de *El Liberal* y colaborador habitual de la edición nacional, Nogales, pese a morir joven –a los 48 años, casi como su sobrino–, era, sin duda, la principal referencia de su sobrino en el mundo periodístico. Así, en 1916 el joven Chaves (2013: 1297-1299) publica en la edición sevillana de *El Liberal*, que su tío fundara, un artículo laudatorio sobre éste. Se trata de uno de los primeros artículos del periodista sevillano, y en él alaba la iniciativa del conde de Cerragería de reimprimir el cuento de su tío *Las tres cosas del tío Juan*, que en 1900 ganó el premio de cuentos organizado por *El Liberal* y le otorgó popularidad a su autor, a pesar de la escasa calidad literaria del relato²². Recomienda asimismo Chaves (2013: 1299), a sus 18 años, con lenguaje grandilocuente, la lectura de otra obra de su tío, *El último patriota*:

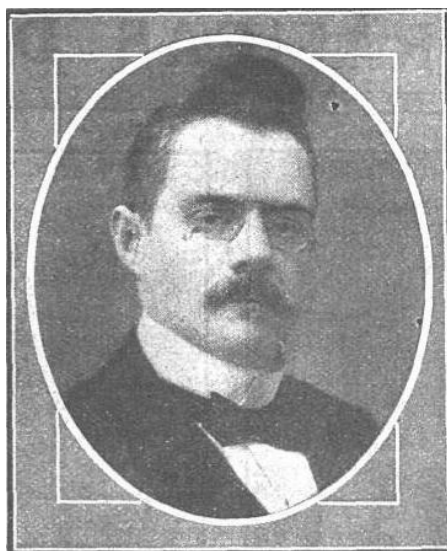
²⁰ Esto nos recuerda a lo que declara Rambert en *La peste* (Camus, 1947a: 150-151): “Et vous êtes capable de mourir pour une idée, c’est visible à l’œil un. Eh bien, moi, j’en ai assez des gens qui meurent pour une idée. Je ne crois pas à l’héroïsme, je sais que c’est facile et j’ai appris que c’était meurtrier. Ce qui m’intéresse, c’est qu’on vive et qu’on meure de ce qu’on aime”.

²¹ Tras ese pleito fue víctima de un atentado que a punto estuvo de costarle la vida (Rodríguez Castillo, 1985: 22-23).

²² Cansinos Assens (1982: 36), notable traductor de *Las mil y una noches*, entre otras tantas obras, quien también había concurrido a aquel concurso, critica tanto el estilo del cuento de Nogales como su intención moralizadora: “¡Qué impaciencia, qué ilusiones y qué desilusión al conocer el fallo, que daba el premio a un cuento de un tal José Nogales, *Las tres cosas del tío Juan*, escrito en una prosa clasicota, y hasta con su moraleja de carácter social!”. Se trata, en efecto, de una fábula de tema típicamente noventayochista en la que se llama a los españoles a despertar de su letargo y ser más laboriosos, escrita en un lenguaje pretendidamente castizo.

Escrita esta novela en los nefandos días de 1899, cuando la madre España perdía los últimos girones de su manto imperial, tiene, a pesar de su melancolía, algo que engrandece a nuestra raza y la hace crecerse, como la escuálida figura de *El último patriota*.

Por otra parte, unos años más tarde, en 1925, escribiría Chaves otro artículo sobre su tío José, esta vez en el *Heraldo de Madrid*. En esta ocasión, reivindicaría la obra de su tío, según él, frecuentemente malinterpretada: “Para situar su figura en el lugar que le corresponde, para aislarla, salvarla de la confusión del tiempo y hacer que se haga de ella un símbolo de la España idiota de por aquel entonces, creo necesario escribir unas líneas” (1386).



Retrato de Manuel Chaves Rey, padre de Manuel Chaves Nogales²³, y José Nogales, su tío²⁴.

Por otra parte, fue precisamente en la edición sevillana que fundara su tío de *El Liberal* donde el joven Manuel publicaría sus primeros artículos entre 1915 y 1916²⁵, con tan sólo dieciocho años, siendo todavía un estudiante universitario²⁶. No obstante, donde publicaría por primera vez con regularidad sería en *La Noche* y en *El Noticiero Sevillano*, de corte conservador, a partir de 1918, según Pérez Álvarez (2014: 179). Sus primeros artículos en dicho periódico, publicados bajo los epígrafes de “Subjetivas” y “Apuntes trascendentales”, son de tipo literario y están plagados de frases pretenciosas y contundentes que parecen obedecer al deseo del joven escritor de probar su valía literaria. Por otra parte, más interesantes son los artículos que bajo el título de “Recuerdos. Hace cinco lustros...” publicó entre abril y mayo de 1918, en los que hablaba del ambiente político y social y de los principales acontecimientos ocurridos en

²³ Fotografía publicada en la página 7 de la edición del 26 de marzo de 1913 de *Mundo Gráfico* con ocasión de la publicación de un libro de Chaves Rey sobre el poeta sevillano Alberto Lista.

²⁴ En Díaz (2011): “José Nogales, periodista”. *Huelva24*. Huelva, 9 de diciembre, en <<https://cutt.ly/ffoWuMI>> [cons. 22/8/2020].

²⁵ Antes había publicado unos poemas de juventud y una carta satírica a los Reyes Magos y luego un artículo sobre su tío y otro sobre el pintor Serrano Hidalgo.

²⁶ Según Cintas (2011a, 33-34), el poco tiempo que estuvo en la universidad se matriculó en Lengua, Literatura, Historia de España, Historia Universal y Lógica (asignatura que no llegó a aprobar); lo cual encaja bastante bien con su perfil posterior.

España veinticinco años atrás. Asimismo, tanto un par de artículos de tema moral y social como sus críticas para *El Noticiero* también son ya notables²⁷. Pero lo más interesante de su trabajo en este periódico de cara a esta investigación son dos artículos escritos en agosto de 1917 y mayo de 1918 respectivamente. En el primero, titulado “Dónde hallaremos el orden y qué cosa es”, el periodista hace la siguiente reflexión:

Una ordenación tiránica para con los demás es el origen del caos. Pero en todo puede entrar el orden y a todos puede prestar sus fuerzas vitales.

Surge una gran fuerza salvaje, avasalladora. Es un torrente que se precipita suicida sobre los peñascos. Viene el orden; recoge el salto del agua, la encauza, el agua combate las aspas del molino viejo y muele el trigo.

Y esa es la misión de los mal llamados partidos del orden, y de los peor denominados, hombres del desorden. Moler el trigo y amasar el pan (1302-1303).

He aquí un claro rechazo a la tiranía, pero también, una vez más, al caos, es decir, a la violencia como herramienta política. Aboga con esta metáfora Chaves aparentemente por el parlamentarismo: el orden, nos viene a decir el joven Chaves, no consiste en encorsetar sino en encauzar. Y es precisamente el parlamentarismo el tema del segundo artículo, titulado “El triunfo de la nueva política”. En él Chaves habla de la reforma del reglamento de las Cámaras según la cual se establecen comisiones parlamentarias para cada uno de los campos cubiertos por los ministerios. “Los españoles, para quienes –como observó Maura– el diario de sesiones es una publicación casi clandestina”, dice con ironía, “no han tenido en su inmensa mayoría noticia de lo que la reforma es en sí” (1308), y él se dispone a explicárselo, cumpliendo así la función principal del periodismo, a saber: hacerle llegar al público la información más importante sobre los asuntos públicos clave, para que tenga una idea lo más exacta posible de la realidad política. El trabajo de Chaves se ajustará bastante durante toda su carrera a esta definición aquí improvisada. Continúa explicando en el artículo que los diputados de cada comisión se especializarían en el campo al que se dedicara cada una, acabando con las decisiones tomadas por la intuición de un “zahorí político, la corazonada de un pretendido vidente o el albur jugado por la ciencia infusa de un brillante orador” (1308). Y añade:

La nueva política ha dado con esta reforma que pasa hoy casi desapercibida, el golpe decisivo a las viejas formas parlamentarias, por las cuales la habilidad suplía al talento, la oratoria al conocer, y la sabia organización de los antiguos partidos políticos a la conciencia pública (1309).

Dejando de lado su inocente optimismo, este artículo es el primero en el que aparece una figura clave en el imaginario chavesnogalesco, de especial importancia en

²⁷ La crítica es un género en el que Chaves no abundará, pero en el que, sin embargo, se maneja con soltura y hace gala de un gran desparpajo y originalidad, como muestran las que publicará en el *Heraldo de Madrid* entre 1926 y 1927 sobre obras de Baroja, Azorín y Valle-Inclán (Chaves Nogales, 2013: 1274-1283). En cuanto a los artículos, destaca por su absoluta vigencia, a pesar de estar escrito décadas antes de que las televisiones llenaran los platós de niños, el titulado “El culto a los niños”, en el que dice lo siguiente: “Que los niños sirvan de befa y diversión a los hombres, es una de las canalladas más grandes que puede cometer un pueblo” (1304); así como el titulado “Andalucía no es así” (1305-1307), en el que denuncia el tópico de la pereza andaluza y reclama una retribución suficiente para los trabajadores e inversiones en industria.

las crónicas que serán el objeto central del presente trabajo: el zahorí político, el vidente... El joven Chaves, con cierta formación clásica, parece ser consciente ya de los peligros que la demagogia conlleva para el sistema parlamentario, como tendría ocasión de comprobar y denunciar en los años siguientes.

Finalmente, para acabar con esta etapa sevillana, hay que hablar del interés que despertó en Chaves Nogales la futura celebración de la Exposición Hispanoamericana en Sevilla. Entre 1920 y 1923 el periodista viviría entre Madrid y Córdoba²⁸, donde trabajaría como redactor jefe para el recién fundado *La Voz*²⁹, aunque también colaboraría con periódicos de Sevilla y de la capital. Es en esos años cuando se manifestaría en sus artículos sobre la preparación de la Exposición Hispanoamericana por primera vez su interés por Latinoamérica y por la proyección internacional de Sevilla y de España. Así, por ejemplo, señalaba la proyección española en América que supondría la exposición si se aprovechaba la oportunidad, alertaba sobre el “americanismo paleolítico” de la ciudad y defendía que el aeropuerto de Sevilla, intuyendo la importancia que habría de tener el transporte aéreo en el futuro, debía ser el más importante de Europa, merced a su situación (1233). En definitiva, de estos artículos nos interesa destacar el interés de Chaves por la geopolítica, y su vocación latinoamericanista, que años más tarde, en el exilio de París y Londres, cuajaría en la creación de varias agencias de información que surtirían de noticias sobre la situación europea a varios medios latinoamericanos, donde el periodista para entonces hacía años que ya venía publicando algunos reportajes.

Para cerrar este apartado, cabe rescatar una anécdota que refiere Josefina Carabias (1980: 185) sobre Chaves Nogales que resulta muy ilustrativa sobre su vinculación con la ciudad de Sevilla y su carácter práctico³⁰. Durante los recesos en las Cortes, Manuel Azaña, siendo presidente del Gobierno, para despejarse un rato solía acercarse a un grupo de periodistas conocidos de los tiempos de las tertulias en los cafés y el Ateneo de Madrid entre los que estaba Manuel Chaves Nogales. En cierta ocasión, según Carabias, se dio cuenta el presidente de que aquella reunión de viejos amigos levantaba las suspicacias de los que estaban alrededor:

–Pensarán que les estoy haciendo a ustedes confidencias sensacionalísimas.

–O que yo le estoy «sacando» a usted el Gobierno Civil de Sevilla que es un cargo que me encantaría que me diera –dijo Chaves Nogales que era sevillano.

²⁸ Según Pérez Álvarez (2014: 181), las entregas de *La ciudad* publicadas entre 1921 y 1923 en *El Liberal* de Sevilla aparecían firmadas “Desde Madrid” a pesar de ser Chaves en ese momento redactor jefe de *La Voz* de Córdoba, lo cual deja adivinar que sus estancias en Madrid eran frecuentes en esa época.

²⁹ Dicho diario, con ediciones matutina y vespertina, lo dirigía un antiguo compañero suyo de *El Noticiero Sevillano*, Ramiro Roses Llacer, hijo del propietario, según Pérez Álvarez (2014: 179). Esto acaso explique la nueva posición de Chaves.

³⁰ En enero de 1916, el joven Chaves escribía en *El Liberal* una carta a los Reyes Magos donde les pedía ser director del Banco de España. Cintas (2011a: 35) asegura a este respecto lo siguiente: “Este declarado aspecto materialista y un tanto cínico de la vida podría ser un rasgo de su carácter, aunque más fundamentado en el deseo que en la realidad, al decir de sus hijos”.

–Eso lo dirá usted en broma.

–No, don Manuel, lo digo en serio. Siempre he soñado que lo sería...

No obstante, probablemente sí se tratara de una broma. La hija del periodista, doña Pilar Chaves, cuenta que Azaña le solía decir a su padre que acabaría siendo alcalde de Madrid, a lo que éste respondía indefectiblemente “que él era periodista” (cit. en Ramírez, 2020).

2.2. Sobre comprensión y compasión: primeros cuentos

Antes de proseguir con la carrera periodística de Chaves, conviene detenerse en un grupo de obras tempranas, que, si bien suele pasar desapercibida en el conjunto de sus escritos, contiene los rasgos esenciales de la moral del periodista sevillano y resulta clave para comprender su forma de ver y contar el mundo. Se trata de sus *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos*, publicado en 1920 por Caro Reggio (Pérez Álvarez, 2014: 179), así como del puñado de cuentos que el periodista publicaría en los años siguientes en diversos periódicos –pues, según Cintas (2018), sus relatos “siempre fueron escritos para ser publicados en prensa”–. Son la mayoría de ellas historias de la vida cotidiana protagonizadas por personas aparentemente anodinas. No obstante, en el relato titulado “Tres vidas ejemplares”, que abre el apartado “Biografías ejemplares de algunos grandes hombres humildes y desconocidos”, asegura el narrador: “¿Por qué ha de pasar algo si en las vidas silenciosas de estos hombres [sus personajes], a los que no pasa nada, hay gestas gloriosas y grandes epopeyas?”³¹ (2015: 110).

El prospecto que abre las *Narraciones maravillosas* constituye una suerte de temprana *Ars Poetica* en la que el joven periodista expone la intención de la obra, una intención de la que dice no saber hablar sin jactancia³² (103). En dicho prospecto, con el fin de exponer y justificar el estilo y la forma de sus cuentos, utiliza la metáfora de los personajes hechos con arcilla humana: “Pero esta blanda humanidad [...] parecía aletargarse y morir a medida que la iba vaciando en el molde de una trama novelesca” (104). Así que, “entre el muñeco muerto y el barro vivo e informe”, aseguraba haber decidido quedarse con el segundo y prescindir de la trama novelesca, de manera que sus cuentos no eran sino el relato de sencillas anécdotas. Así pretendía “excluir todo lo sobrehumano y lo infrahumano”, evitar el carácter épico que tenía para él todo personaje de novela (104). He aquí de nuevo uno de los rasgos fundamentales en la obra

³¹ Esta intención del periodista guarda cierta similitud con la de las obras de James Joyce, quien dos años antes de la aparición de las *Narraciones...* de Chaves publicaría su *Ulysses*. En una carta de 1904 a su hermano Stanislaus, recogida en Ellmann (1959: 169), el autor irlandés escribía: “It is my idea of the significance of trivial things that I want to give the two or three unfortunate wretches who may eventually read me”. También le señalaría a su hermano, esta vez en una charla camino de la Biblioteca Nacional de Dublín (Joyce, 1958: 116), la semejanza entre una misa y lo que él intentaba hacer en sus poemas: “I mean that I am trying in my poems to give people some kind of intellectual pleasure or spiritual enjoyment by converting the bread of everyday life into something that has a permanent artistic life on his own”.

³² Vemos aquí cierto pudor en el joven escritor, que acaso admirando la sencillez, se sabe incapaz todavía de ella. Borges aseguraba en este sentido en la primera de sus dos célebres entrevistas en el programa de Televisión Española *A Fondo*: “Cuando yo empecé a escribir, yo era un joven barroco, como todos los jóvenes lo son, por timidez”. Y añadía: “Es muy difícil que un joven se resigne a escribir con palabras sencillas” (1976). Asimismo, en la segunda entrevista dice que “los jóvenes son tímidos, piensan que si dicen lo que quieren la gente se va a dar cuenta de que es una bobería” y por eso escriben de un modo más pomposo, según el escritor argentino.

de Chaves: su humanismo y su afán de evitar mitificaciones y de juzgar al ser humano en su justa medida, afán que estará presente a lo largo de toda su obra, y, en particular, en las crónicas alemanas que constituyen el objeto de estudio de esta tesis. En la misma línea, el joven cuentista concluye:

Escribo conforme a mi temperamento en la forma que más se pliega a mi propósito, no otro, que el de perseguir hasta el fin el ideal humanista de la cultura occidental, a que pertenezco, dando una sensación clara y fuerte de lo humano; lo verdaderamente humano, no sus astutas ficciones (105).

Del mismo modo, en un cuento publicado en *El Liberal* dos años después, el 8 de julio de 1926, “El hombrecito de la limalla de oro”, el periodista hace decir al protagonista, un viejo platero apegado a su oficio pausado y minucioso, enajenado en un mundo industrializado en el que hay que deshacerse de los escrúpulos morales para triunfar³³, las siguientes palabras al bebé, su nieto, que su hija ha dejado abandonado en su dormitorio para que él lo cuide:

Yo te enseñaré –le susurró al oído– a tomar el gusto a la vida. Aprenderás de mí el buen ver, la buena manera de mirar. Conocerás el encanto de la limitación, del deber cumplido y del trabajo bien terminado. Artesano, artífice o artista, ama más que nada esta penumbra civil que salva del turbión de la gente desatada. No pierdas la medida de lo humano. Que no te inquiete la grandeza del mundo ni te tiente ningún heroísmo (Chaves Nogales, 1926).

Este fragmento del cuento, acaso uno de los más bellos de esta primera etapa como cuentista de Chaves Nogales, es una síntesis excelente del carácter del periodista. En primer lugar, vemos el gusto por la vida, la sensualidad que luego reflejaría el periodista en las descripciones que aparecerían en sus reportajes, y que animaría su curiosidad. También habla del “buen ver, la buena manera de mirar”, que nos recuerda a aquella destreza adquirida por algunos niños en las calles de Sevilla de la que hablamos al comienzo de este capítulo, así como lo que el propio periodista le dijo en 1939, ya en el exilio, a Pío Baroja cuando éste le mostró su admiración por haber predicho años antes que la República acabaría mal y que los dos se encontrarían exactamente donde estaban en ese momento, en París: “Es el andar por la calle. Si usted se mete en su casa, con sus papeles y sus libros, ¿qué se va usted a enterar de lo que ocurre en el mundo? Naturalmente, nada” (Baroja, 1944: 350). Asimismo, María Isabel Cintas (2011a: 202) refiere las siguientes palabras de Pilar Chaves, hija del periodista, sobre su padre: “Le gustaba el análisis unido al contacto directo con la gente, sabía relacionarse, se volcaba continuamente al exterior”. Y en otra ocasión aseguraría: “Mi padre era buen cazador, para captar estos detalles; tenía una mente muy ágil” (cit. en Martínez, 2010: 159).

Por otra parte, vuelve a aparecer en ese cuento “la medida de lo humano”. El viejo platero le habla al bebé del “encanto de la limitación”, de la “penumbra civil que

³³ “[...] convencido de que el mundo ha sobrepasado ya la medida de lo humano”, dice el narrador, que asegura que la civilización “no es ya humana”, sino “un mito moderno que exige, como las divinidades bárbaras, el sacrificio de lo mejor nuestro, lo más blando y cálido del ser” (1926). La temática del cuento es muy parecida a la de la novela de José Saramago *La caverna* (2000).

salva del turbión de la gente desatada”, y lo disuade de toda tentación de heroísmo. No obstante, no es ésta una declaración de cinismo, sino de modestia socrática y de rechazo a la irracionalidad colectiva. Ocho años más tarde, en *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, Chaves volverá a incidir sobre esta idea, en este caso, haciendo referencia a las calamidades desatadas a raíz de la Revolución rusa: “Acaso no se deba nunca superar la medida de lo humano” (1934: 287)³⁴. Como veremos más adelante, esa *medida de lo humano* marcará el resto de la obra del periodista.

Pero, volviendo a las *Narraciones maravillosas y biografías ejemplares*, hay dos rasgos fundamentales que las definen y que nos interesa destacar: la comprensión psicológica de unos personajes grises, “cuya maravilla no es otra que la de las almas simples ante el absurdo del mundo” (2015: 105), y la compasión por las víctimas inocentes de la crueldad, la necedad o la maldad de los otros³⁵. De ambas componentes son ejemplos claros tres de los relatos más sencillos, pero quizá por ello literariamente más logrados, del libro: “Los zarcillos”, “Cómo se deshace a un hombre” y “La tía Conchita”. En el primero, una vieja pordiosera se aprovecha de la inocencia de una niña para arrebatarse sus pendientes. Lo más admirable del relato es la verosimilitud de cada uno de los gestos, pensamientos y palabras de los personajes. En el segundo de estos cuentos, Chaves presenta a un alegre borrachín que, sin mediar nada que lo justifique, es cruelmente insultado por un hombre joven en un tranvía. De nuevo la verosimilitud de la actitud de los personajes hace el cuento, que es apenas un breve episodio, conmovedor, y resume en unos párrafos toda la tragedia asociada a una forma determinada de estar en la vida. Asimismo, en el tercero de estos cuentos, de temática semejante a la película *Calle Mayor* (1956), de Juan Antonio Bardem, una familia juega con los sentimientos de la hermana viuda, haciéndola creer que un primo lejano, oficial del ejército colonial, está enamorado de ella. Como el oficial prevé una muerte temprana, accede a casarse con ella y hacerla su heredera, de modo que la familia resuelve así el problema de su mantenimiento³⁶. La pobre mujer no distingue el engaño y cae enamorada del militar, que no tarda en morir y la deja destrozada: “Lo que hicieron con ella fue un crimen”, concluye el narrador (222).

³⁴ En ese mismo sentido escribiría Albert Camus en 1948, ya después de la catástrofe europea, lo siguiente: “Némesis, diosa de la medida no de la venganza, vela por el equilibrio. Todos aquellos que trasponen el límite son implacablemente castigados por ella. [...] Rechazar el fanatismo, reconocer la propia ignorancia, los límites del mundo y del hombre, el rostro amado, la belleza, en fin, he ahí el campo donde podremos reunirnos con los griegos” (1979: 25, 29).

³⁵ En este sentido, en el prólogo de *A sangre y fuego* el periodista, ya en el exilio, declararía: “En realidad, y prescindiendo de toda prosopopeya, mi única y humilde verdad, la cosa mínima que yo pretendía sacar adelante, merced a mi artesanía y a través de la anécdota de mis relatos vividos o imaginados, mi única y humilde verdad era un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad; es decir, una aversión natural al único pecado que para mí existe, el pecado contra la inteligencia, el pecado contra el Espíritu Santo” (1937: 4).

³⁶ El tema del dinero está presente en muchos relatos del libro. Chaves menosprecia lo que hay de accesorio en la vida burguesa y relativiza la importancia del dinero frente a otros aspectos de la vida, así como la necesidad que cada cual puede tener de él, como se puede ver en “El dinerillo de la pordiosera”, “La órbita” o en el propio relato “La tía Conchita” y en el posterior “El hombrecito de la limalla de oro”.

Por otra parte, Chaves no es ajeno al *Zeitgeist*. Sus personajes se enfrentan a un mundo cada vez más industrializado y más burocratizado. Así, podemos ver en algunos de los cuentos resonancias kafkianas. Por ejemplo, en “El autor de todos los crímenes”, un hombre que ha perdido su memoria, es acusado de varios delitos: “Siempre es sospechoso el hombre que no sabe explicar la razón de su existencia” (124). Y añade: “Un policía, un juez, un magistrado, convencidos seriamente de que cumplen una misión providencial, misión para la que han sido creados, no tolerarán nunca al hombre sin misión que cumplir”. Finalmente, lo acusan con tanta insistencia que incluso él llega a sentirse culpable, como el Joseph K. de *Der Prozeß*, de Kafka.

Asimismo, hay otros relatos que son ejemplos de realismo social, como “Por encima de la voluntad”, donde una madre con una hija adolescente se queda viuda y un amigo del padre les ofrece hacerse cargo de ellas a cambio de tener relaciones con la hija. Se niegan, y un día se dedican a robar joyas, “[...] ese día que el hambre, no teniendo que devorar, se engulle los valores morales”. Son descubiertas y la madre es encarcelada. Entonces la hija va en busca del hombre y éste repite su oferta. La lleva a cenar, y en mitad de aquel ambiente la niña se arrepiente y sale corriendo. La madre cumple una condena durísima. La compasión de Chaves por estas figuras trágicas atrapadas por un mundo cruel e indiferente se hace aquí evidente, así como la sensibilidad social y la complejidad moral de sus personajes de las que hablábamos en el apartado anterior.

Hay, no obstante, en la mayoría de estas historias, sobre todo en el apartado de “Narraciones Maravillosas”, problemas de estilo, especialmente en las historias que quieren ser más originales o aleccionadoras. Se nota la torpeza de un narrador todavía joven en la falta de elementos circunstanciales que otorguen verosimilitud al relato, en la aparición del discurso del autor en la voz de los personajes, o en la inserción de opiniones o reflexiones que pretenden ser efectistas o humorísticas, pero que, o bien están poco trabajadas, o no se ajustan al canon actual³⁷: así, por ejemplo, en el cuento “El marido de la fea”, publicado con posterioridad, Chaves dice que los cosméticos han acabado con la fealdad exterior de las mujeres en las ciudades (1928: 19). Vemos cómo, para causar un efecto humorístico, usa una hipérbole³⁸ que le da al relato un efecto un tanto frívolo, que no era extraño, por otra parte, en el periodismo más castizo de la época. Por otra parte, ocurre con este relato como con muchos incluidos en las *Narraciones Maravillosas*: que la frivolidad le gana terreno a la compasión de la que hemos hablado anteriormente. Se alternan así en esta obra y en los relatos de esta época historias dramáticas y humorísticas, así como algunas a medio camino entre esos dos polos.

³⁷ Aunque esto depende, naturalmente, de la percepción de cada lector.

³⁸ En este y en otros casos, recuerda el estilo de Chaves al de su colega de profesión y contemporáneo, aunque algo mayor que él, Julio Camba. Sobre el recurso de la hipérbole en Camba véase Llera (2004: 110-115).

No obstante, Chaves utiliza otros recursos que sirven bien a su propósito. Por ejemplo, en “La órbita” escribe con ironía: “El Mediodía aporta, en todas las naciones, un gran contingente a la prostitución y a la poesía lírica” (2015: 185). Vemos aquí una yuxtaposición de lo sórdido y lo sublime que tiende a colocar ambos elementos a ras de tierra, es decir, a humanizarlos³⁹. Este será un recurso habitual a lo largo de toda su obra, incluyendo las crónicas alemanas. Y, si bien Chaves asegura en el prospecto de esta obra que no pretende “haber hallado ninguna forma nueva ni haber resuelto ningún problema literario” (105), no están exentos de originalidad algunos de sus relatos, como “Biografías contemporáneas”, escrito en forma de anuncios por palabras; o “El crimen de anoche”, publicado en 1922, que simula ser una crónica de sucesos.

Llegados a este punto, y para comprender mejor la intención de estos relatos, conviene rescatar las respuestas que Chaves dio a una encuesta sobre literatura y política a la *Gaceta Literaria*, publicada el 15 de marzo de 1928. En ella, el periodista aseguraba que, por la propia naturaleza de la política y la literatura, “la obra del literato es substancialmente política” (cit. en sin firma, 1928a), y añadía un exabrupto subido de tono incluso para el carácter informal del resto de la entrevista: “El literato «puro» es un tipo absurdo, al que hay que ahorcar”. Asimismo, sobre la “deshumanización del arte”, aseguraba que, “si no es una graciosa frivolidad, no es nada”⁴⁰. En esa línea continúa diciendo: “El único momento en que dudo de mi vocación de escritor es aquel en que me sorprende en flagrante delito de indiferencia ante los grandes problemas del mundo, que en nuestra edad no son ya más que problemas políticos”. Y acaba definiendo por primera vez su ideología política:

Así como no profeso ninguna religión positiva, no pertenezco a ningún partido político. Si tuviese un temperamento heroico, creo que sería comunista; no lo soy porque me falta ese ímpetu nazarenoide que hoy se necesita para ser comunista militante. Cumplo, sin embargo, con mi débito esparciendo en cuanto escribo ese difuso sentimiento comunista que me anima.

En definitiva, para cerrar este apartado sobre los cuentos de juventud de Chaves Nogales, cabe destacar su estilo sencillo y su afán desmitificador, su agudeza psicológica, la compasión que sentía por los inocentes y desvalidos, y su rechazo a la estupidez y la crueldad⁴¹ de los que, estando en una posición de poder, se aprovechan de

³⁹ Recordemos que en el prospecto declaraba que quería excluir de sus cuentos “todo lo sobrehumano y lo infrahumano” (2015: 104).

⁴⁰ No era la primera vez que disentía sobre las teorías estéticas de Ortega y Gasset. El 30 de abril de 1925 publicaba en el *Heraldo de Madrid* una crítica sobre *La nave de los locos*, de Pío Baroja, en la que defendía la importancia de la acción en la novela, frente a la idea de Ortega de que ésta debía quedar reducida al mínimo (Chaves Nogales, 2013: 1268-1271).

⁴¹ Sin embargo, César González-Ruano describe en sus memorias (1979: 171) a Chaves como un “gitano rubiasco muy fuerte, violento, alegre y sin ningún sentimiento o concepto moral”. Declaración particularmente cínica, habida cuenta de que quien demostró ampliamente y en varias ocasiones carecer de cualquier tipo de moral fue el propio González-Ruano, quien no sólo escribió varios años a cuenta del Ministerio de la Propaganda nazi, sino que posteriormente se dedicó en París a estafar a los judíos que huían del exterminio (ver Sala y García-Planas, 2014). Pero de González-Ruano y de su colaboración con los nazis hablaremos más adelante, en el apartado 3.1.3. En cuanto a la definición de “gitano rubiasco”, la

los indefensos, rasgos todos ellos que estarán presentes en mayor o menor medida a lo largo de su obra, incluyendo sus crónicas alemanas, como veremos a su debido tiempo.

primogénita de Chaves, Pilar, asegura que su padre “tenía un aspecto nórdico, era muy alto, tenía los ojos azules, la piel muy blanca y el pelo castaño” (Martínez, 2010: 159).

2.3. El repórter y el aeroplano

2.3.1. De Madrid al cielo: el éxito profesional

Así como la etapa de Chaves Nogales como subdirector de *Ahora* apenas excede la duración de la Segunda República, su trabajo para el *Heraldo de Madrid* no alcanza por poco a cubrir toda la dictadura de Primo de Rivera. Su primer artículo en este diario aparecería el 27 de agosto de 1924 y el último, el 6 de enero de 1930. En esos cinco años largos el periodista sevillano pasaría de ser un reportero prácticamente desconocido por el público, que “andaba por los cafés sin detenerse en ninguna tertulia, mal vestido, con barba de abandono”⁴² (Sampelayo, 1975: 104), a convertirse en el redactor jefe del *Heraldo* y uno de los periodistas más ilustres del país.

Muestra de los apuros económicos que debió pasar el joven periodista en sus primeras escapadas a Madrid es esta anécdota que refiere Rafael Cansinos Assens en sus memorias, donde describe a Chaves como a un joven periodista de cara dura y pies enormes (Cansinos Assens, 1982, 3: 340-341):

Chaves Nogales apareció en Madrid hacia 1918, una noche en nuestra tertulia del Colonial, como amigo de [Juan González] Olmedilla y el famoso don Isaac [Muñoz]... Era Nochebuena... Se sentó con nosotros y pidió de cenar.
Lo sirvieron y cenó con bastante apetito, entre el estruendo de zambombas y el bullicio del público navideño...
Charlamos animadamente de veinte mil cosas y al final nos levantamos para irnos... De pronto, el camarero nos detuvo... ¡La cena de este señor!
Ah, sí... ¿Dónde está Chaves Nogales?...
Chaves Nogales había desaparecido... Se había escamoteado a sí mismo con una pulcritud admirable...⁴³

Para que Chaves pasara de ser el joven periodista que se fue sin pagar del Café Comercial (de cuya tertulia Borges tenía tan grato recuerdo) a ser el redactor jefe del

⁴² Sampelayo (1975: 104) hace también esta cruda descripción de Chaves: “Había nacido pobre y debió morir pobre también, de un atracón de algo, pues pocos hombres he conocido tan comilones como él y tan buenos periodistas. Desaliñado de aseo y vestido, daba la impresión de un bohemio sablista, y no tenía nada de lo primero porque trabajaba como un forzado para mantener una familia de varios niños y una mujer que creaban de continuo esas deudas vergonzantes e inapelables del tendero, el panadero, el lechero, etc.”. Por el contrario, Pilar Chaves, hija del periodista, asegura: “Mi padre era un hombre bastante desbaratador de dinero, tenía otras prioridades en la vida. Era un fracaso total en la venta de derechos, en los asuntos económicos. Vivíamos al día. En Madrid, al principio, mi madre llegó a criar gallinas para ayudarnos” (cit. en Cintas, 2011a: 233). En otra ocasión, Pilar cuenta: “Mi padre salió de Sevilla cuando ya era bohemio y usaba capa” (cit. en Suberviola y Torrente, 2013b: 85).

⁴³ Parece que la práctica de escamotearse sin pagar no era extraña entre la bohemia de la época: sin ir más lejos, Sampelayo (1975: 91-92) refiere una divertida anécdota en la que Manuel Fontdevila, que sería director del *Heraldo de Madrid* en la época en que Chaves fue su redactor jefe, se fue sin pagar de una taberna de Barcelona. Por otra parte, Pilar, la hija mayor de Chaves, comenta que durante los primeros años en Madrid sus padres “no tenían mucho dinero, pero mi madre criaba gallinas, era un chalet con mucho terreno [en Ciudad Lineal], y de cuando en cuando mataba dos pollos y se juntaban allí todos [los compañeros del *Heraldo* y sus familias] a comer” (Martínez, 2010: 156).

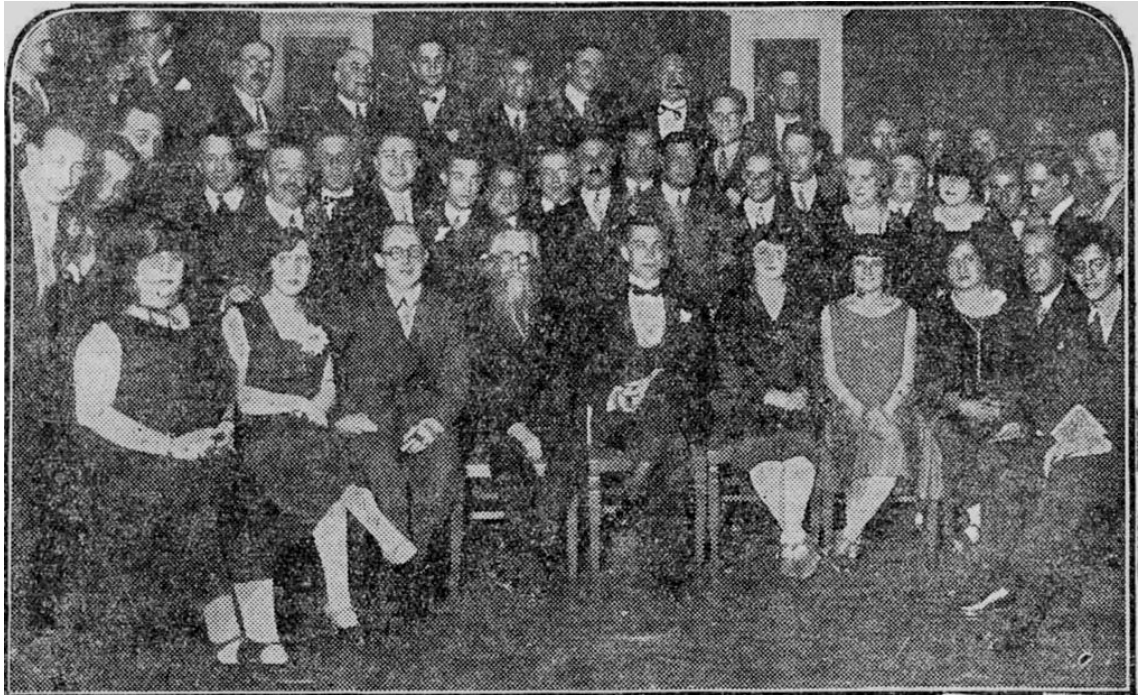
Heraldo hubieron de converger varias circunstancias. En primer lugar, Sociedad Editorial de España, conocida en la época como “el trust” (Fuentes y Fernández, 1998: 173), propietario del *Heraldo de Madrid*, *El Liberal* y varias cabeceras locales, había llegado a tocar fondo a comienzos de los años veinte. El *Heraldo* tenía una deuda de dos millones de pesetas en 1922 (Toll, 2014: 74), de modo que su administrador, Antonio Sacristán, le propuso a Busquets Hermanos, empresa que suministraba tinta al periódico y con la que éste tenía una deuda considerable, que entrara en el capital de la empresa. Esa maniobra concluyó con la creación de la Sociedad Editorial Universal, de cuyo control se fueron haciendo cargo paulatinamente Sacristán, Manuel Busquets y su abogado, Amadeu Hurtado. Este cambio en la gestión supuso una rápida modernización en el *Heraldo* y *El Liberal*. En la dirección del primero quedaba José Rocamora, mientras el segundo lo dirigiría Manuel Rosón, con la ayuda de un redactor llegado de Barcelona para contribuir a la modernización de ambos periódicos, Manuel Fontdevila, quien devendría en figura fundamental en la rápida ascensión de Chaves hacia el éxito profesional.

Chaves Nogales llega, por tanto, al *Heraldo de Madrid* en pleno periodo de renovación. Durante sus primeros dos años escribe sobre todo críticas y artículos de temas variados sobre los que volveremos un poco más adelante para hablar de su concepto de periodismo y de sus influencias. Sin embargo, no será hasta 1926 cuando publique su primera crónica, es decir, cuando se desplace a cubrir un acontecimiento importante: la llegada a Huelva del *Plus Ultra*. El tema de esa crónica, la aviación, marcará su trabajo en los dos años siguientes y será clave para su éxito. Como señalan Fuentes y Fernández (1998: 208), los años veinte vieron eclosionar la cultura de masas, que trajo nuevos héroes para el público:

Creación, en parte, de los nuevos medios de comunicación, transporte y entretenimiento –la radio, el cine, la aviación, el deporte–, la nueva cultura resultaba ser una generadora incansable de grandes mitos populares, tanto de carácter nacional como internacional: actores de cine como Rodolfo Valentino, boxeadores como Paulino Uzcúdm [sic], futbolistas como Samitier y Zamora, los aviadores del *Plus Ultra*, que cruzan el Atlántico en 1926, o novelistas famosos, como Pío Baroja, Valle Inclán y, sobre todo, Blasco Ibáñez, mezcla irresistible de escritor cosmopolita, millonario, periodista y conspirador republicano, cuyas obras se convierten en películas de Hollywood.

Chaves era consciente en buena medida de ese componente del *Zeitgeist*: “El tiempo es aviador”⁴⁴, escribiría en *La vuelta a Europa en avión* (1929: 23). Y, efectivamente, narra en esas primeras crónicas sobre el *Plus Ultra* cómo Huelva y Sevilla reciben a Franco, Ruiz de Alda y Rada como auténticos héroes.

⁴⁴ También escribiría en este sentido: “El Mediterráneo es un mar venido a menos. Es un mar de una civilización ya superada que tenía otro concepto del tipo humano. Mar para héroes clásicos que los héroes modernos [los aviadores que cruzan el Atlántico] desdeñan” (1929: 31).



Ramón del Valle-Inclán flanqueado por Manuel Fontdevila (a la izquierda) y por Chaves Nogales (a la derecha) durante la celebración del banquete de homenaje a éste por el éxito alcanzado por su reportaje sobre la aviadora Ruth Elder, la noche del 30 de noviembre de 1927, en el hotel Gran Vía de Madrid⁴⁵.

No obstante, el despegue de su carrera llegaría un año más tarde, en 1927, cuando convergen dos hechos providenciales para él: la llegada de la aviadora Ruth Elder a Lisboa y el aterrizaje de Fontdevila en la dirección del *Heraldo*. No deja de ser llamativo que ese reportaje, que le valió el premio “Mariano de Cavia”⁴⁶ y que le otorgó la primera fama a Chaves, sea quizá el más sensacionalista y el de menor interés intelectual de los que escribiera. No conviene perder de vista que, si bien la postura que tomaría frente a los totalitarismos de su época y su sentido crítico nos llevan a compararlo con algunos de los intelectuales más íntegros en ese sentido de su tiempo, Chaves Nogales era un profesional de la todavía incipiente sociedad del espectáculo, y uno de sus principales objetivos era vender periódicos⁴⁷ aunque para ello a veces tuviera que servirse del sensacionalismo.

⁴⁵ Imagen publicada en la última página del *Heraldo de Madrid* el 31 de noviembre de 1927.

⁴⁶ El premio lo otorgaba (y lo sigue otorgando) el diario *ABC* al mejor trabajo periodístico del año. Cintas (2011a: 85) menciona las insinuaciones sobre la entrada del periodista en la masonería y la concesión del premio, mientras que Sampelayo (1975: 105) asegura que para conseguir la concesión del premio Chaves actuó “como un molinillo revolviendo recomendaciones para los jurados”.

⁴⁷ En una carta de 1935 dirigida a Valle-Inclán, Chaves, por entonces subdirector de *Ahora*, le habla al escritor sobre la publicación por entregas de su novela *El trueno dorado* –que Valle, a quien le quedaban unos meses de vida, no podría llegar a acabar– y le exponía al escritor el temor de que lo que éste le proponía fuese “plato demasiado fuerte” para los lectores de *Ahora*, entre los que, según Chaves, había “muchos mojigatos” a los que no quería escandalizar: “Ya sabe usted, mejor que yo, lo que es un gran diario del signo del nuestro” (Valle-Inclán, 2008: 271). Esta carta nos da una idea sobre el sentido práctico del periodista, que antes que intelectual era lo que hoy llamaríamos un profesional de la comunicación.

Por lo demás, ese reportaje es un buen ejemplo del nuevo rumbo que el *Heraldo* tomaría con los nombramientos, el 31 de enero de 1927, de Fontdevila como director y Chaves como redactor jefe. Por un lado, la censura vedaba el periodismo político⁴⁸ y los diarios necesitaban más que nunca enganchar a sus lectores con historias amenas. Por otra parte, los “felices años veinte” estaban en todo su apogeo. Chaves describe bien el espíritu de la época en la primera de sus crónicas sobre Elder, el 25 de octubre de 1927:

Pero esa cabriola norteamericana [un gesto de Elder tras ser rescatada en alta mar] es lo que más subyuga hoy al viejo y aburrido occidente. Estamos empachados de seriedad, de compostura y de aparente sensatez. Que a la Elder se la hubiese tragado el mar no nos hubiese interesado tanto como ese gestecillo suyo con que se pintaba los labios al pisar la cubierta del buque que en medio del océano le salvaba la vida providencialmente, mientras se hundía en unos segundos su avión incendiado (2013: 65).

Otra muestra clara de la orientación que Fontdevila le dio al periódico nada más hacerse cargo de la dirección, como señala Toll (2013: 132), la encontramos un par de meses antes en la primera página de la edición del 10 de agosto, en la que dos de las tres noticias principales que aparecen son de tema lúdico-deportivo. He aquí sus titulares: “Esta noche, a las nueve y media, llegarán a Madrid los patinetistas zaragozanos”⁴⁹ –en la foto que lo acompaña aparecen los “patinetistas” en cuestión y seis “ases” del “sexticiclo”, entre los que se encuentra Jardiel Poncela– y “De Madrid a San Sebastián en menos de siete horas: una gran prueba deportivoperiodística organizada por HERALDO DE MADRID”. La fórmula de Fontdevila ya había sido probada en *El Liberal*, cuyas ventas habían aumentado ostensiblemente durante el periodo en que fue su director, y sería igualmente eficaz en el *Heraldo*. A los pocos meses de que Fontdevila y Chaves⁵⁰ tomaran el control de la redacción y de que los nuevos propietarios comprasen unas rotativas que permitían imprimir un periódico de dieciséis páginas en formato tabloide, las ventas pasaron de 10.000 ejemplares a 30.000 (Toll, 2013: 134).

“La gente del *Heraldo* era alegre y disparatada”, cuenta González-Ruano en sus memorias. Y añade que, “dentro de un fabuloso desorden, todo marchaba bien, y el periódico, hecho con cuatro cuartos y unas gentes dormidas y medio borrachas, se vendía como el agua entre el gran público y también era leído por los intelectuales”

⁴⁸ Si bien los periodistas del *Heraldo*, como señalan Seoane y Sáiz (2007: 185), se las ingeniaban para burlar la censura, causando incluso la admiración del propio censor, que decía de ellos: “Otros, en cambio, y en primera línea el *Heraldo*, no renunciaban al dardo diario, y, revoltosos e inquietos, deslizaban hábilmente algún titular o en el texto intencionadas alusiones que eran la preocupación del censor, burlado a veces por la habilidad del periodista y ganado otras por su gracia y su oportunidad” (Iglesia, 1930: 103-104).

⁴⁹ Asegura sobre el reportaje de los “patinetistas” Fontdevila que, no habiendo tenido la suerte a su llegada al periódico de que hubiese grandes acontecimientos que cubrir, tuvo que ingeniárselas para ofrecer algo interesante a los lectores: “Tan pando y quieto comenzaba el verano pasado para la Prensa madrileña que hubimos de agarrarnos a lo primero que se ofreció” (Massa, 1928). Y asegura que ese reportaje le devolvió la popularidad al *Heraldo*.

⁵⁰ Según Fariñas Tornero (2017: 65), ambos periodistas compartían el interés por “hacer un periódico como los de la prensa anglosajona del momento”.

(1979: 172). Lo cierto es que el éxito del tándem Fontdevila-Chaves fue rotundo. Fontdevila era un “animador” de periódicos, según Sampelayo (1975: 94), quien hace la siguiente semblanza del que fuera su director:

Fontdevila le tomaba el pelo a su propio padre. Había sido golfo en las Ramblas, estudiante de Medicina hasta el cuarto año, revoltoso, jugador y periodista de escándalo. Sus hazañas tenían un regusto de picaresca fabuloso, dignas de figurar entre las páginas de Mateo Alemán o Torres-Villarrol. [...] Divino golfo del Barrio Chino. [...] Profesor de la calle, dominaba la vida del arroyo como nadie (91-92).

Mientras que, por su parte, Fontdevila decía de Chaves, en un reportaje de Pedro Massa publicado en el *Heraldo* el 30 de agosto de 1928, en el tono jocoso que lo caracterizaba:

De Manolo Chaves yo no puedo hablar si no es con el elogio más exaltado. Me parece uno de los periodistas más finos, más ágiles y más completos de que puede ufanarse nuestra prensa. Y uno de los más pagados del estilo también, aunque él se esfuerce por disimularlo. El día que la pluma de Chaves no destile esos adjetivos suyos, tan dinámicos, relampagueantes y arbitrarios⁵¹, se hundirá la estilográfica en el cráneo. Y se matará.

2.3.2. “Un pequeño burgués en la Rusia roja” y la primera visita a Alemania

Como escribiría Chaves, el tiempo era aviador. Y en 1928 el *Heraldo* se propuso llevar a cabo otra de las iniciativas “deportivoperiodísticas” de Fontdevila, “pero con el aire intelectual y de gran periodismo que interesaba a Manuel Chaves” (Toll, 2013: 137): un viaje en avión del redactor jefe desde Madrid a Rusia que daría como resultado veintiséis crónicas publicadas en el *Heraldo de Madrid* entre el 6 de agosto y el 5 de noviembre de 1928. Asimismo, *La Nación*⁵², de Buenos Aires, lo publicaría unos meses más tarde (Cintas, 2011a: 92, 96). Y, finalmente, el 2 de julio de 1929 se anunciaba la publicación de las mismas en forma de libro por la editorial Mundo Latino con añadidos que no habían podido ser publicados en la prensa debido a la censura⁵³ (Cintas, 2001: 46). Como señala Fariñas Tornero (2017: 75), este reportaje no sólo le abrió a Chaves

⁵¹ Baste como ejemplo de esa adjetivación que menciona Fontdevila esta frase de una de las crónicas de Chaves sobre la llegada a Huelva de los aviadores del *Plus Ultra* como ejemplo: “[...] muchos diplomáticos hispanoamericanos, con su hablar caricioso, muy emocionados, con mucha retórica embaulada [...]” (2013: 10).

⁵² En el marco de un intercambio de críticas y reproches con Chaves Nogales, Mariano Benlliure y Tuero (1929) asegura que “esos reportajes –que tanto le envanecen– de la vuelta a Europa en avión los contrató usted con «La Nación», de Buenos Aires, y que al recibirlos este periódico le parecieron tan malos, que los dejó sin publicar; usted reclamó, y entonces le ofrecieron pagárselos sin publicarlos; replicó usted que no se conformaba y que el contrato obligaba tanto al pago como a la publicación; y sólo entonces, muy a disgusto y a regañadientes, se avinieron a publicarlos”. Y añade: “Esto se sabe en todo el Madrid periodístico”, lo que permite entrever que probablemente se trata de un rumor de tertulia y, por tanto, quizá de una simple maledicencia.

⁵³ Es esta última versión sobre la que trataremos aquí, por ser la más extensa.

las puertas de la prensa latinoamericana, sino que le sirvió para publicar en 1929 algunos artículos relacionados con su viaje en la revista *Estampa*, revista en la que colaboraba desde 1928, dirigida por su amigo Sánchez Ocaña y propiedad de Luis Montiel, que un año más tarde le ofrecería el puesto de subdirector de *Ahora*.

Las largas travesías en avión constituían la frontera tecnológica de su tiempo y llamaban la atención del público. Sin ir más lejos, un año antes Luis de Oteyza había publicado un reportaje en el *Heraldo* sobre su viaje a Senegal (Cintas, 1997: 152-154). Y ese mismo año de 1927 Charles Lindbergh se convirtió en el primer piloto que cruzó el Atlántico sin escalas. De modo que al interés del público español por la situación europea en general y la soviética en particular, se unía el carácter pionero de la aviación, que le daba al reportaje un aire aventurero. El reportaje encajaba con la idea de Fontdevila de atender a los grandes asuntos de su tiempo y de darle al periódico un aire internacional (Massa, 1928). Por su parte, Chaves, como ya hemos visto, ya tenía experiencia en los viajes en avión. Y el *Heraldo*, que ya había contratado el año anterior un avión para traer en exclusiva a Ruth Elder de Lisboa a Madrid (Cintas, 2011a: 84), sabía que la inversión sería rentable. No obstante, si hemos de creer la siguiente anécdota, que refiere González-Ruano en sus memorias (1979: 173), el presupuesto con el que contaba Chaves para su viaje era exiguo:

Fontdevila para esta vuelta a Europa le dio a su redactor-jefe, delante de mí, quinientas pesetas. Chaves, rascándose la cabeza a través de aquellas hondas y remolinos de su pelo castaño, protestó tímidamente:

—Con esto llego a París, y quizá hasta Londres, pero...

—¿Y para qué lleva usted un carnet del *Heraldo*? No me va usted a decir que no sabe pedir dinero en las embajadas y en los consulados, ¿verdad?

Y Chaves se fue con las quinientas pesetas. Este era el temple golfo y eficaz del *Heraldo*.

Chaves salió de Madrid e hizo su primera escala en Barcelona, ciudad sobre la que escribió interesantes comentarios sociológicos. A continuación, sobrevolaron tierras de Francia, aunque no tardó en surgir el primer incidente cuando todavía sobrevolaban la ribera del Garona: un aterrizaje forzoso. Fueron socorridos por emigrantes españoles que trabajan como braceros en el país vecino. Esta parte no aparece en las crónicas, ya que la censura no habría permitido comentarios como el siguiente⁵⁴: “Brava gente que emigra de nuestro país buscando un poco de bienestar, este pequeño bienestar del

⁵⁴ El 10 de noviembre de 1932, Chaves publicaría en *Ahora* un artículo sobre los emigrados españoles en el sur de Francia en el que cuenta cómo la censura no lo dejó contar durante la Dictadura las condiciones de vida de esos emigrados: “Primo de Rivera, él mismo, personalmente, prohibió que se publicase una sola línea dedicada a los españoles emigrados. No me resigné fácilmente. Insistí, escribí al dictador, expuse detalladamente al censor del Gobierno la finalidad de mi campaña, puramente nacionalista, acaso el único punto de coincidencia que un periodista liberal podía tener con aquel Gobierno. Recuerdo que en mi entrevista con el censor invoqué el precedente que podía ofrecer más garantías a la Dictadura; el cardenal primado de España acababa de dirigir un memorial al rey abogando por los pobres españoles emigrados. «No voy a decir más que lo que ya ha dicho el cardenal primado de España», prometí. Todo fue inútil” (2013: 1422).

trabajador francés que no hemos⁵⁵ sabido darle todavía al trabajador español” (1929: 40). El accidente los obliga a dirigirse a París, en cuya descripción vuelve a mencionar Chaves “la medida de lo humano”: dice que el parisino, a diferencia del neoyorquino, “siente una inclinación nata hacia lo mesurado, hacia lo que tiene la medida de lo humano” (46). Y añade: “Sólo por esta cuidadosa ponderación, París es la primera ciudad de Europa”⁵⁶. Por otra parte, es interesante mencionar una anécdota acontecida en París que delata ciertos prejuicios racistas del periodista, al menos en lo que se refiere a su imagen de los chinos:

Estos amarillos, dondequiera que estén, dan siempre un triste espectáculo de senectud, son demasiado viejos. Pero este chinito que estaba hablando anoche en Luna Park con una muchachita como un junco estaba tan contento; se sentía tan a placer que, sin él advertirlo, se reía todo; se le reía la cara amarilla y fea, como se le reían los hombros y las piernas. El hombre había olvidado su pesadumbre de siglos agarrado a aquella jovencita blanca y fresca de Occidente.

–¡Eh, chino! –le grité–. ¡A tus chinerías! ¡Occidente, para los occidentales! (48)

Vemos, pues, que Chaves no estaba exento de prejuicios, por lo demás, bastante comunes entre sus contemporáneos. En contraste con ese desagradable comportamiento, un poco más adelante en el reportaje hace una declaración feminista bastante avanzada para la época, defendiendo que la mujer pueda ocupar cualquier rol en la sociedad: “La cuestión está en salvar el problema sexual, en no concederle más que la importancia secundaria que tiene en realidad” (50). Asimismo, cabe destacar de lo escrito por Chaves sobre París una crítica al Gobierno de Primo de Rivera con ocasión de una visita del periodista a un comunista español que vivía en la capital francesa, “donde su difuso ideal revolucionario no le impone esa cadena perpetua de las detenciones gubernativas a que el Gobierno español castiga a todos aquellos que no piensan como él” (54). También durante el relato de esta visita Chaves escribe algo que sirve para comprender algunos de los comentarios que escribiría sobre la Unión Soviética las semanas siguientes. Asegura que al ser humano le basta muy poco para vivir: “Cubrir las necesidades puramente fisiológicas, y para sazonarlo todo, un gramo de superfluidad” (55). Y agrega que “el ideal antiburgués no consiste en la destrucción del bienestar que han sabido crear los burgueses, sino en la limitación del apetito de cada uno por esos goces”⁵⁷.

⁵⁵ El uso de la primera persona del plural es habitual en Chaves cuando se refiere a España, como veremos en el análisis de sus crónicas alemanas de 1933. Acaso esto se deba a la idea que tenía sobre su condición de ciudadano y de periodista y las responsabilidades políticas que dicha condición conllevaba.

⁵⁶ Vemos de nuevo la preferencia de Chaves por lo mesurado, lo humano, frente a lo heroico, lo grandilocuente.

⁵⁷ En contradicción con estas reflexiones, Sampelayo (1975: 104), a pesar de mostrar admiración por el periodista, escribe sobre Chaves que “dentro de aquella figura aparente del anarquista convencional, había un burgués frustrado, un falso insensato, arrolladoramente egoísta”. No obstante, esta opinión negativa podría tener razones políticas y acaso se explique por otro juicio, como mínimo exagerado, sobre el

Por otra parte, de la siguiente etapa de su viaje, su paso por Ginebra, cabe destacar su crítica a la actitud del gobierno español con respecto a la Sociedad de Naciones. Afirma que dicha institución podría prestar un gran servicio a una potencia menor como España que pretende ejercer algún liderazgo moral, pero “los gobernantes y diplomáticos españoles, al encontrarse con un instrumento tal como la Sociedad de Naciones en las manos, tienen la misma perplejidad que un labriego al que hubiesen entregado una dinamo” (63). Asimismo, critica la ineficacia de la Organización Internacional del Trabajo para atajar “el infortunio de la clase trabajadora” (68).

Por fin, el periodista haría en Alemania su última escala antes de llegar a Rusia. Ésta sería la primera y la única vez que el periodista visitaría Alemania antes de 1933, cuando volvería para escribir las crónicas cuyo análisis es el objeto principal de esta tesis doctoral. De modo que nos conviene concederle especial atención a esta primera visita, en plena República de Weimar, unos meses antes de la crisis del 29, cuando todavía nadie adivinaba lo que ocurriría en el siguiente lustro. En cualquier caso, las observaciones que deja Chaves de esta primera visita a Alemania son más de tema sociológico que político. Habla, por ejemplo, con desdén del orgullo por la mecánica que observa en los berlineses⁵⁸. Dice que es comprensible en un alemán, “cogido por esta gran civilización mecánica”, pero no se explica cómo se puede sucumbir a esa “superstición” en París, Roma o Madrid⁵⁹: “Se necesita ser tan idiota como Marinetti para rendirse así a una cosa inferior”, apostilla (75). Y añade que, por el contrario, “el hombre de verdadero espíritu”, el que cree que “son las fuerzas puramente espirituales las que rigen el mundo”, reafirma su personalidad rodeado del “estrépito de la máquina”. De nuevo la reivindicación del humanismo en un mundo cada vez más industrializado⁶⁰.

periodista sevillano: “[...] un día apareció de golpe y porrazo como director del diario *Ahora*, abandonando las veleidades republicanas del *Heraldo*” (105). Si bien es cierto, como veremos más adelante, que *Ahora* no se proclamó republicano en su fundación, saludó la llegada de la República con entusiasmo, como hizo su subdirector, a la sazón Chaves Nogales, quien la defendió, en tanto que sistema parlamentario, el resto de su vida, pagando un alto precio personal por ello. Por otra parte, resulta chocante la crítica de Sampelayo a Chaves, teniendo en cuenta que aquél frecuentaba la casa de éste en el exilio de París, donde según Pilar Chaves, Sampelayo solía tocar la guitarra (Cintas, 2011a: 233).

⁵⁸ A este respecto, en 1926 Josep Pla aseguraba sobre Berlín: “És absolutament cert: tot el que es digui de la mecanització de Berlín quedarà pàl·lid al costat de la realitat” (1992: 678). Por su parte, Julio Camba, que había visitado Berlín antes de la Gran Guerra, escribía en una de sus crónicas: “Dentro de algún tiempo, los alemanes vivirán de una manera mecánica. La tendencia es ésta” (1916: 52-53).

⁵⁹ En este sentido, Camba en otra de sus crónicas alemanas refiere una conversación, en tono humorístico, con un berlinés al que le dice: “No tengo cañones ni ametralladoras, ni siquiera una pistola automática, y, a pesar de eso, no se me puede poner en duda mi civilización. En el Sur de Europa hay muchísimas gentes que no saben leer ni escribir, pero que tienen el sentimiento civilizado. Ustedes, en cambio, han civilizado su cabeza y sus músculos, pero no sus sentimientos, ni siquiera su paladar” (1916: 23-24).

⁶⁰ Unos meses antes de su viaje, en junio de 1928, Chaves había publicado en el *Heraldo* una entrevista con el político francés Anatole De Monzie, por cuya inteligencia quedó impresionado, y sobre el que escribía: “Su caso edificante prueba que en el viejo Occidente todavía se impone la inteligencia a todas las fuerzas bárbaras de la nueva civilización: el maquinismo, la pasión popular, la nueva economía...” (2013: 1011).

Otra observación reseñable, pues pone de relieve la mirada desmitificadora del periodista sevillano, es la que hace sobre el industrial Hugo Junkers. Según Chaves, de Junkers, “como de Ford, como de todos los hombres de este tipo, se llega a hacer un mito” (76). En síntesis, la opinión de Chaves es que Junkers no se diferencia de los inventores de la novela *Paradox, rey*, de Pío Baroja, en tanto que propone ideas disparatadas, como un literato, que los ingenieros a su cargo se ocupan de ejecutar: “El hombre da vueltas a la cosa y propone cinco, seis, diez soluciones; las mismas que se le ocurrirían a usted, lector”⁶¹. Luego los científicos a su cargo, según Chaves, implementan esas ideas hasta que hacen funcionar una, y “Junkers se hace millonario y la humanidad puede bañarse en agua templada” (77). Vemos aquí el uso de la ironía y, de nuevo, la hipérbole, que sirven a Chaves en su intento de desmitificar al industrial.

Aborda también el periodista un tema que volverá a aparecer en sus crónicas de 1933: la falta de pudor de los alemanes —a la que los nazis, en su afán moralizador, habrían de poner coto—. Chaves muestra admiración por la naturalidad con que los hombres y las mujeres alemanas interactuaban en las piscinas o en el Wannsee, con trajes de baño modernos, o desnudos, algo chocante para un español de la época. Como aseguraba en otra ocasión, “la interpretación de la moral es una simple cuestión de latitud” (86). Dice esto último en relación con la homosexualidad, socialmente más aceptada entonces en Alemania que en España. Aquí muestra Chaves de nuevo una intolerancia que, por lo demás, no dejaba de ser la norma en su tiempo, pues se refiere a la homosexualidad como “vicio” y “aberración” (87). Como señala Cintas (2013: 20) en referencia a la preocupación del periodista sobre la masculinización de las mujeres en la Rusia soviética, Chaves no dejaba de ser “un «pequeño burgués», liberal, sí, pero cogido in fraganti en medio de los cambios sociales que le sobrepasan”⁶².

Nos interesa también su experiencia en el Café de los Artistas (Kunstler Kafee). En primer lugar, ante las intervenciones antiimperialistas de varios artistas, hace una observación que, más allá de la exclusión de “judíos, negros, eslavos” del concepto “alemán”, resulta bastante lúcida a la vista de los acontecimientos posteriores: “[...] los alemanes se divierten [con dichas intervenciones], eso sí; pero los que arremeten contra el viejo imperialismo no son nunca alemanes: judíos, negros, eslavos... Me falta ver al alemán” (Chaves Nogales, 1929: 85).

Por otra parte, para ilustrar esa situación, hace mención a un candidato alicantino que despertó grandes ovaciones durante un mitin y apenas obtuvo siete votos en las elecciones, en lo que constituye una de las recurrentes referencias españolas que Chaves

⁶¹ La apelación directa al lector no es muy habitual en Chaves, aunque, como veremos en su momento, la utilizaría en varias ocasiones en sus crónicas alemanas de 1933.

⁶² No obstante, Pilar, la hija mayor de Chaves asegura que su padre quizá estaba “un poco chapado a la antigua, por su herencia familiar, pero tenía la ambición de que nosotras fuéramos mujeres modernas, le interesaba mucho la cuestión feminista, por eso nos mandó a Inglaterra a Josefina [su segunda hija] y a mí” (Martínez, 2010: 159).

introduce en sus crónicas internacionales. Este es un recurso común en el periodista sevillano, como veremos en el análisis de las crónicas de 1933. Trata de acercar su análisis a los lectores españoles comparando lo que ocurre en otros países con ejemplos familiares para el lector. Este método también puede tener de por sí una función desmitificadora, al equiparar algo lejano y desconocido con algo familiar y, por tanto, profano para el lector⁶³.

No obstante, la prudencia de ese juicio no acompaña a otras observaciones de Chaves sobre el futuro de Alemania. Asegura, por ejemplo, ante la fuerza con la que estaba resurgiendo el país, que “puede uno sustraerse a la preocupación de que esta fuerza sea la guerra otra vez”⁶⁴ (94). Y añade:

Hoy existe una Alemania republicana que impedirá siempre una recaída en el militarismo. Esa masa un poco informe que es todavía el pueblo alemán toma fácilmente la forma del recipiente en que se vierte y lleva ya demasiado tiempo posándose en la vasija republicana.

Y es que, a pesar de la lucidez del comentario sobre la maleabilidad del pueblo alemán, Chaves estaba convencido de la solidez de la República de Weimar, a pesar de alguna anécdota que invitaba a dudar de ese diagnóstico, como que las oficinas de una importante entidad industrial abrieran el día de la fiesta de conmemoración de la Constitución de Weimar⁶⁵. Aseguraba, además, que al que no fuera alemán le parecería que el tono de las celebraciones por el aniversario de la Constitución era “demasiado grave, excesivamente profundo y melancólico”, pero que la República tenía ya “una fuerza casi indestructible”⁶⁶ (98). Cabe también destacar, por lo significativo de las mismas, las descripciones que hace de los desfiles de las asociaciones “adictas” a la República: “[...] en cuanto tienen un pretexto, los miembros de estas agrupaciones se ponen un uniforme, y si no un uniforme completo, algo que lo recuerde” (98-99). Esas manifestaciones de fervor, por lo demás, eran muy parecidas a las que tendrían lugar durante el Tercer Reich: “Los manifestantes van de cuatro en cuatro, marcando el paso y guardando las distancias. Llevan hachones encendidos y de tiempo en tiempo los levantan en alto rítmicamente, mientras vitorean a la República”. Y añade: “Las gentes que componen estos cuadros de manifestantes, en todo idénticos a los pelotones de una

⁶³ Valga para ilustrar esta idea la siguiente imagen que el propio Chaves describe en este reportaje: “[...] las lenguas de fuego a nuestro lado [...] que van penetrando temerariamente el mito de las sombras” (1929: 109). He aquí la asociación del mito con la oscuridad: lo que no ha sido iluminado y, por tanto, no se conoce bien.

⁶⁴ En este sentido, Josep Pla en 1926, con su estilo irónico, hace un comentario más superficial que el de Chaves, pero más clarividente, a la vista de los futuros acontecimientos: “Si jo fos francès o tan sols tingués l’obligació imprescindible de creure en la pau universal, aquesta preocupació alemanya de viure bé em faria molt mala espina” (1992: 679).

⁶⁵ Vemos, asimismo, que la anécdota significativa es un recurso recurrente en las crónicas de Chaves.

⁶⁶ Es posible que la experiencia de ver caer una república que le parecía tan sólida como la de Weimar contribuyera a su pesimismo sobre la solidez de la Segunda República española, del que hablan González-Ruano (1979: 172,174) y Baroja (1944: 350), como veremos más adelante.

tropa cualquiera, son emocionantes”⁶⁷. Menos emocionante le resultó, sin embargo, el desfile de los estudiantes de Berlín, que “no sin cierto airecillo arisco, desfilan bajo sus enormes banderas altas como mástiles de navío” (100). Sobre éstos concluía: “Esta mascarada grotesca de los estudiantes alemanes es seguramente muy pintoresca pero poco simpática”.

Antes de acabar con esta primera visita a Alemania, hay todavía que rescatar una interesante observación de Chaves sobre los alemanes y una declaración muy significativa. En lo referente a la observación, el periodista distingue dos tipos de alemanes: los “cerrados”, “castizos”, “el tipo que engendró la guerra”, y “el alemán viajero”, quien, según Chaves, “llega a dar un tipo de tan fina sensibilidad como un latino”, porque: “¿Qué es la latinidad sino un mar abierto ante el espíritu?” (102). En cuanto a la declaración, es una excelente definición de su ideal político e intelectual: “Cada vez soy más fervoroso partidario de la compenetración. Creo que todo lo que se hace en el mundo es producto de fusiones de ideas, sentimientos o fuerzas. Lo peor del mundo es el aislamiento, las fronteras, el ignorarse los unos a los otros, el negarse” (102). Tanto esa observación como esta declaración tendrán plena vigencia cuando el periodista vuelva a Alemania en 1933 para escribir su reportaje sobre el régimen nazi.

En cuanto a la parte del reportaje de 1928 que habla del viaje por Rusia, es amplia y da para un extenso análisis. Por ello, no nos detendremos aquí nada más que en lo fundamental para definir el perfil del periodista sevillano y su estilo. En cuanto a este último, menudean aquí de nuevo las comparaciones con España, las anécdotas, los retratos desmitificadores no exentos de humor, la ironía, y también a veces la hipérbole y la metáfora; instrumentos todos ellos con los que Chaves crea su relato prosaico de la realidad. Baste como ejemplo de esos recursos la siguiente conversación que refiere el periodista, en la que se burla de la figura de Kalinin, presidente del Presidium del Sóviet Supremo, erigido en símbolo del político cercano a los problemas del hombre común:

Me han dicho:

–¿Por qué no se queda usted dos o tres días más en Moscú y solicita una audiencia de Kalinin?

–¿Para qué? –he contestado–. A mí no se me ha muerto ninguna vaca.

Sin duda, este reportaje supone el trabajo de mayor calado intelectual y político de Chaves Nogales hasta ese momento. Desde su posición de liberal, Chaves denuncia la pobreza, las malas condiciones de vida de los obreros, la escasa industrialización, el

⁶⁷ Años más tarde, en plena Guerra Civil, después de haber conocido la Alemania nazi y la Italia fascista, el periodista parece escarmentado de este tipo de manifestaciones y describe una de Falange en Salamanca en su cuento *¡Viva la muerte!* de un modo más irónico: “Desde una tribuna que ha sido erigida en el centro de la plaza, un grupo de militares contempla con desdeñosa benevolencia la pintoresca bazaría de los jóvenes falangistas, pobres diablos civiles que desde el fondo de sus covachuelas, detrás de sus mostradores o en la penumbra de sus almacenes habían soñado con ser militares y se hacen al fin la ilusión de serlo” (1937: 201-202).

nacionalismo, el fuerte militarismo y el papel protagonista que desempeñaba la policía política en el régimen comunista. En concreto, sobre este último punto afirma:

Su poder es omnímodo en toda Rusia⁶⁸. El “guepeú” asume todos los poderes y disfruta de la más absoluta inviolabilidad. Esto ha garantizado el orden, cosa que a la gente de temperamento conservador quizá le satisfaga plenamente. Pero los que estamos espiritualmente más cerca de los delincuentes que de la Policía, sentimos cierta angustia al advertir que hay unos individuos privilegiados que tienen en sus manos todos nuestros derechos y nuestras libertades. El hombre netamente liberal no abdica esto ante ninguna garantía de orden, por fuerte que sea (1929: 152-153).

Sobre el militarismo soviético, el periodista sevillano señala que, si bien el Ejército Rojo no es suficiente para luchar contra los países capitalistas, “es un formidable instrumento de ataque contra las nacionalidades vecinas, Polonia, Lituania, Letonia y Estonia, y sobre todo, es la garantía de la continuación del régimen” (162). Denuncia, además, el fuerte nacionalismo ruso que los bolcheviques fomentan como combustible para el imperialismo:

[...] resulta que los bolcheviques han creado y sostienen un formidable militarismo con todas las lacras morales del militarismo, y sin más fines que los que se le adjudican en los países burgueses: la conservación por la fuerza del desorden establecido y la exaltación del nacionalismo en daño de los nacionalismos limítrofes (162).

En este sentido, asegura que recuerda un desfile militar en Vladicaucas “como una de las sensaciones bélicas más fuertes” que ha tenido en su vida (163). Y más adelante, afirma: “La gran fuerza del comunismo ruso radica hoy en el nacionalismo más exaltado” (187). En ese mismo sentido, ya de regreso, en Alemania, Chaves le diría a una aristócrata rusa en el exilio: “No olvide usted que toda dictadura vive un poco del mantenimiento de un estado de alarma en el país sobre el que actúa” (253-254).

Por otra parte, al visitar las instalaciones petrolíferas de Bakú, Chaves queda impresionado por las condiciones de pobreza en que viven los trabajadores: “[...] las condiciones de trabajo son las mismas que en cualquier explotación capitalista, el aspecto de los obreros, idéntico, la disciplina igual, más dura aún, si cabe” (187). El desolador panorama que contempla en los suburbios de Bakú, dice, “es uno de los espectáculos que lo avergüenza a uno de ser hombre, y que, cuando no se está en Rusia, hacen nacer en uno el sentimiento comunista” (184-185). Esta crítica al comunismo soviético resume bien la posición política del periodista, que, si bien tiene la suficiente sensibilidad para repudiar la injusticia social, no cree en soluciones drásticas ni

⁶⁸ En esta observación coincide el periodista sevillano con lo escrito por otros españoles que habían visitado Rusia con anterioridad, como el socialista Julio Álvarez del Vayo, el anarquista Ángel Pestaña o el también periodista liberal, aunque notablemente más cínico que Chaves, Josep Pla, quien escribía en 1925: “A Rússia l’Estat és fort: la llibertat no hi té res a fer” (Pla, 1992: 820). No obstante, la postura más próxima a la de Chaves, aunque expresada en un trabajo mucho más técnico, parece la de Fernando de los Ríos, catedrático de Derecho de la Universidad de Granada y futuro ministro de la República, enviado a Rusia por el Partido Socialista Español en 1921 para juzgar la oportunidad de su adhesión a la *Komintern*, quien hace un análisis bastante riguroso con los datos que tiene a su alcance de la situación en Rusia, y tampoco duda en denunciar el poder ilimitado de la temible policía política, la *Tcheka*, y la falta de libertad con que se vivía bajo el régimen de los soviets (Ríos, 1921: 93-94, 227).

mesiánicas. En otro momento del reportaje, como vimos en el apartado 2.1, afirma que los comunistas no habían logrado nada que no hubieran conseguido los socialistas en los países capitalistas “por medio de un procedimiento evolutivo”, y les reprochaba que, para conseguir tan poco, hubieran desencadenado la guerra civil y el terror de la Checa, entre otras calamidades para su pueblo (240).

Pero, como ya se ha señalado en alguna ocasión⁶⁹, si bien Chaves no es equidistante, sí suele ser ecuánime. Desde su posición liberal, critica lo que cree que cree reprochable, pero ello no es óbice para que elogie lo que considera loable en quienes merecen su crítica por otras razones. Por ejemplo, asegura que las mujeres rusas miran con la misma condescendencia a las mujeres de los países capitalistas con que éstas miran a las musulmanas (146). Asimismo, alaba las vacaciones que los comunistas conceden a los trabajadores (177) y el “heroísmo” de algunos bolcheviques que trabajan incansablemente para implementar la revolución (183). Del mismo modo, sostiene que la revolución comunista no es “una revolución hecha sobre el papel y mantenida por la Policía, como sostienen los países capitalistas” (199). Nada más lejos de lo que él había visto:

Hay que rendirse a la evidencia. Los bolcheviques son unos teorizantes insoportables, han dictado millones de disposiciones gubernamentales que no se cumplen, se han equivocado, tropiezan, se caen, rectifican... Por encima de todo, como prodigio de voluntad, una voluntad heroica capaz de vencer tanto las dificultades como la propia incapacidad, existe hoy una obra de Gobierno puramente soviética que ha llegado a la entraña misma del país (198-199).

Asimismo, pese a asegurar que “a pesar de la dictadura del proletariado, el obrero de la fábrica vive peor en Moscú que en Berlín, Londres o Nueva York”, reprocha a los “enemigos profesionales del comunismo” que atribuyan esa circunstancia exclusivamente al régimen soviético (120). Y como último ejemplo de esa ecuanimidad y la distancia crítica, tan características de la obra de Chaves, válganos la siguiente cita:

Después de haber recorrido Rusia y de haber buscado afanosamente cuanto en pro o en contra de la revolución se ha escrito, yo me atrevo a creer que la postura del hombre auténticamente civilizado no es la de ser comunista o anticomunista, sino la de estar atento al desenvolvimiento de los hechos, pesando y sopesando las responsabilidades de cada uno de los factores que han intervenido en la terrible experiencia que se está haciendo en la carne viva de un pueblo de ciento cuarenta millones de habitantes, sin desechar la posibilidad del alumbramiento de una nueva humanidad, pero sin perder de vista al mismo tiempo que puede haberse errado la senda (248).

Por otra parte, por las similitudes con lo que observará cinco años después en la Alemania nazi, cabe rescatar las impresiones del periodista sobre la vida cotidiana de los rusos y la moral bolchevique. Asegura que el comunismo “aspira a ser tanto como un sistema económico, una norma moral” (128). También observa que “el culto al deporte es ya entre los bolcheviques una verdadera liturgia” (130). Asimismo, son de interés sus perfiles de Trostki y de Kalinin, de quien dice que “como todo hombre

⁶⁹ El escritor Arturo Pérez-Reverte opinaba en un acto conmemorativo en Sevilla que “Chaves Nogales era lúcido y era ecuánime, no equidistante” (Ochoa, 2017).

representativo, tiene algo de mito, de ficción” (213). Finalmente, con respecto a Stalin, Chaves asegura que su triunfo sobre Troscky “es principalmente un triunfo policiaco” (215) y también que tiene en sus manos a Kalinin: “[...] Stalin, que posee el archivo de la Policía zarista, tiene seguramente en sus manos algún documento que compromete a Kalinin” (213), conjetura verosímil y clarividente, habida cuenta de que el uso de *Kompromat* (material comprometedor) sería muy común en la Rusia estalinista⁷⁰.

2.3.3. El periodista habla sobre su oficio

El periodismo de Madrid es siempre lo mismo: el futuro, lo que podría ser, lo que será o no será. No tiene nada que ver jamás con la realidad de cada momento.
J. PLA, *Madrid: el advenimiento de la República*⁷¹

Siguiendo con *La vuelta a Europa en avión*, el prospecto de la misma constituye la reflexión más importante que el periodista sevillano escribiría sobre su oficio⁷². Tanto de ese texto como de los artículos que Chaves dedica a este tema, podemos extraer varias ideas del periodista sobre su profesión. En primer lugar, Chaves se define como “periodista”, en contraposición con el filósofo, el científico, el literato o el simple *opinador*. Y, en ese sentido, advierte lo siguiente sobre el libro que presenta:

Este libro, de naturaleza exclusivamente periodística, no aumentará en nada el acervo de la cultura contemporánea; no hay en él ni una idea nueva, ni nada que no se haya dicho antes por gentes autorizadas que utilizan prudentes y copiosas palabras. Sólo contiene noticias que procura divulgar por la virtud prodigiosa de unas palabras, eficaces más que sabias. Es un libro periodístico: el traslado al volumen de la técnica del periódico. El autor, periodista, se ejercita en la técnica para la que se cree más apto, y acepta satisfecho las limitaciones que le impone su oficio, ese oficio que Trotsky llamó, certera y despiadadamente, oficio de “desnatadores de cultura” (1929: 17).

Así pues, además de reivindicar un estilo sencillo y directo, Chaves se define como un periodista, un profesional de un oficio determinado, al que, por lo demás, le quita importancia. Sin embargo, añade que “esta declaración de límites y petición de fuero exige unas aclaraciones imprescindibles aquí en España, donde todo es ilimitado y desaforado⁷³ y donde casi nadie sabe su oficio”. En este sentido, asegura que la idea general es que no existen en la prensa más que “el literato o el científico que escribe en

⁷⁰ Ver Juliana (2012).

⁷¹ Josep Pla (1933: 146).

⁷² Curiosamente, este prospecto contiene pasajes completos, copiados casi literalmente, de una entrevista que concedió a la revista *Estampa*, de la que ya era colaborador en ese momento, el 15 de mayo de 1928, cuyas respuestas cabe sospechar que hubieran sido redactadas previamente y no fruto de una conversación espontánea, dado que Chaves usó luego el mismo texto para confeccionar el mencionado prospecto.

⁷³ De nuevo, la inclinación de Chaves por el límite y la medida.

los periódicos al que se respeta –se entiende por respetar el no leer–⁷⁴, y el antiliterato o anticientífico, es decir, el reportero, una especie de agente iletrado que acarrea noticias” (17-18). Asegura que el periodismo moderno no tiene nada que ver con esos personajes, más propios del siglo XIX. Critica al “articulista clásico que todas las mañanas ponía su paño al púlpito y discursaba a su albedrío” y lo compara con alguien que se colara cada mañana en el despacho del lector y pontificara sobre los temas más variopintos sin ningún pudor. “Para ponerse a escribir en los periódicos hay que disculparse previamente por la petulancia que esto supone, y la única disculpa válida es la de contar, relatar, reseñar”, concluye el periodista. Por otra parte, para Chaves, el periodismo cumple una “función social” cuando actúa “independientemente del Poder público”, como explica en un artículo acerca de la censura a la que en Rusia los bolcheviques sometían a la prensa (2013: 185).

Además, a esta función principal del periodismo, añade otra: “[...] la de servir de intermediario de lo espiritual entre el creador o investigador y las grandes masas” (1929: 18-20). Sostiene esta definición con una cita de Hermann Keyserling, quien argumenta que son pocos los que tienen tiempo para adentrarse en grandes volúmenes y, por ello, es necesario que los periodistas le ofrezcan al público los conocimientos más relevantes de su época de forma “lo más breve e impresionante posible”. De modo que para Keyserling, de acuerdo con la cita que recoge Chaves, “el talento periodístico no significa sino capacidad de expresión breve, precisa, eficaz” (21). En sintonía con esa cita, Chaves le quita importancia a lo que escribe, aunque sin querer protegerse bajo “un pabellón de insolvencia y despreocupación” (22), y concluye, con sencillez:

No aspiro a que lo que digo tenga autoridad de ninguna clase. Interpreto, según mi temperamento, el panorama espiritual de las tierras que he cruzado, montado en un avión, describo paisajes, reseño entrevistas y cuento anécdotas que puede que tengan algún valor categórico, pero que desde luego yo no les doy. Admito la posibilidad de equivocarme. Mi técnica –la periodística– no es una técnica científica. Andar y contar es mi oficio⁷⁵. Alguna vez, lleno de buena fe y concentrando todas las potencias de su alma, uno se atreve a pronunciar la palabra mágica de Keyserling. Desgraciadamente, uno dice «sésamo» y la puerta no se abre. Pero esto es tan consuetudinario que no hay por qué entristecerse ni avergonzarse. Uno se mete las manos en los bolsillos y se va.

El periodista habría de ahondar en esta idea del periodismo unos meses después de la publicación de este libro, con ocasión de una polémica con Mariano Benlliure y Tuero, quien había publicado el 20 de septiembre de 1929 en *El Liberal* un artículo en el que aludía claramente al prospecto de *La vuelta a Europa en avión*⁷⁶. Chaves no tardó en recoger el guante, y contestó en la edición vespertina del *Heraldo* ese mismo día. En

⁷⁴ Otro ejemplo del humorismo de Chaves.

⁷⁵ Esta frase, que puede ser una buena síntesis del ideal periodístico de Chaves –a pesar de que a menudo más que contar, comenta–, recuerda en la forma a esta otra que Azorín usaría unos años después en el prólogo de *Cavilar y contar*: “Cavilar y contar: ése es el oficio del cuentista” (1948: 407).

⁷⁶ Benlliure (1929) alude en su artículo a “periodistas que presumen de muy modernos”, que afirman que “sólo se puede reclamar la atención del lector para contar, relatar y reseñar”, lo que constituye, en efecto, una cita prácticamente literal del prospecto del libro de Chaves.

su réplica a Benlliure, a la sazón compañero en la logia “Dantón” de Chaves (Gómez Molleda, 1986: 152), éste insiste en que “el periodista moderno sólo puede reclamar la atención del lector para contar, relatar, reseñar”, y vuelve a criticar la figura del *opinador*: “[...] considero sin interés todo artículo en el que aparezcan opiniones políticas o religiosas puramente personales, siempre que la personalidad que las emita no tenga autoridad bastante para influir sobre sus contemporáneos” (Chaves Nogales, 2013: 1408-1409). Y, lo que es más, se reprocha a sí mismo, en un acto de pudor intelectual, haber opinado en exceso en su último gran reportaje: “Al repasar ahora, recogidos en un volumen, mis reportajes sobre la vuelta a Europa en avión, me avergüenza un poco haber opinado y definido tanto” (1409). No obstante, en el mismo artículo afirma que los periódicos deben tener una ideología política y religiosa “patente y clara”, lo que no significa que todos sus articulistas tengan que reiterar esa posición en cada artículo que publiquen (1410). En esa misma línea, en un artículo publicado para *El Tiempo*, de Bogotá, en 1944, alabaría “esa pulcritud de estilo, esa precisión en el dato y esa serenidad en el juicio que honran a los periodistas británicos” (1450).

Por otra parte, esa apología de la sencillez que hace Chaves cada vez que escribe sobre periodismo concuerda con lo que cuenta de él su compañero de redacción en el *Heraldo* Carlos Sampelayo (ver Toll, 2013: 133), quien asegura que cuando el por entonces redactor jefe se encontraba con que un redactor se iba por las ramas o se ponía poético, le decía: “No me haga usted «mariposuelas». Lo que quiero es información”. El mismo Sampelayo (1975: 93), describe a Chaves como “ambicioso y apasionado” y asegura que “escribía bien, con tremendismo y tenía un sentido callejero de la profesión”. En ese sentido, como hemos visto en el apartado 2.2, el propio periodista le hablaba a Baroja (1944: 350) de la importancia de “andar por la calle” para tomar el pulso a la actualidad. Por su parte, Cintas asegura que Chaves buscaba la información en dos viveros distintos:

[...] en un nivel que podemos llamar de altas esferas políticas, frecuentando los entornos (y los despachos) de Ministerios (recordemos en España su cercanía a Azaña; en Francia y en Inglaterra con los respectivos Ministerios del Interior); y por otro lado, se servía del contacto directo con el pueblo, con los protagonistas de la noticia [...] (2011a: 279).

De su amistad con Azaña ya hemos hablado anteriormente. Asimismo, en el banquete que el *Heraldo de Madrid* le ofreció con motivo del éxito de su reportaje sobre Ruth Elder fue leída una carta que le había enviado el político republicano Marcelino Domingo, compañero de Chaves en la logia “Dantón”, que luego sería ministro de la República. Por lo demás, el periodista también tenía buenas relaciones con alguno de los intelectuales más notables de la época, como Unamuno, Baroja o Valle-Inclán, presente este último en el banquete de homenaje que acabamos de mencionar. Chaves quiso agradecer su presencia ese día y aprovechó su discurso para “rendir un homenaje sobrenatural a este hombre, sobrenatural también, cuya contemporaneidad estimo como un don precioso que pocos han sabido recibir y comprender”, según consta en el

*Heraldo de Madrid*⁷⁷ (sin firma, 1927b). Tanto en el *Heraldo* como en *Ahora* aparecían, como complemento a las noticias y reportajes, las firmas de esos tres intelectuales, así como las de otros, como Gómez de la Serna, *Gaziel* u Ossorio y Gallardo (Cintas, 2011a: 12-13).

Por otra parte, en el mismo banquete en que Chaves elogiaba a Valle-Inclán, el propio periodista era elogiado por su compañero Rafael Marquina, quien definía de esta forma al sevillano, allí presente, naturalmente, de acuerdo con la información publicada en el *Heraldo* el 3 de noviembre de 1927:

[...] periodista de raza; gran periodista en el que coinciden las mejores virtudes profesionales: un gran talento literario, un conocimiento profundo de la técnica periodística, ingenio, entusiasmo, decisión... ¡Hasta el ímpetu físico, que en ciertos trances es la suprema cualidad de un reportero! (sin firma, 1927b).

Por su parte, González-Ruano afirma sobre Chaves Nogales –por el que ya hemos visto que no sentía especial simpatía– que “era en su tiempo uno de los que mejor hicieron un tipo de reportaje europeo, sensacionalista y siempre escrito con cierto garbo” (1979: 171). El sensacionalismo, entendido como uso de elementos en el reportaje que pueden resultar llamativos para el público a pesar de su carácter anecdótico, está presente con claridad en el reportaje sobre Ruth Elder, como ya hemos señalado, así como en algunos pasajes de su reportaje de 1931 “Lo que ha quedado del imperio de los zares”, pero no se puede decir que sea característico del resto de la obra del periodista sevillano, puesto que la mayoría de sus artículos y reportajes suelen abordar asuntos de interés general con bastante rigor. Sí hay, no obstante, en su obra un sentido comercial, es decir, un intento de hacer atractivo aquello que escribe con el objeto de que atraiga al lector de periódicos. Ejemplo de este sentido comercial de la profesión periodística es la carta ya mencionada a Valle-Inclán⁷⁸ en la que el periodista le comunicaba a don Ramón que la versión que le había enviado de *El trueno dorado* era demasiado fuerte para los lectores de *Ahora*, “entre los que hay muchos mojigatos” (Valle-Inclán, 2008: 271), lo que indica el interés de Chaves por adaptar el contenido del periódico a un público amplio, para captar el mayor número de clientes posible. Precisamente, fue ese sentido comercial de Chaves y de Fontdevila la razón del éxito del *Heraldo de Madrid* desde 1927, y probablemente también la de que Luis Montiel le propusiera a Chaves la dirección de *Ahora*. Fue, por tanto, el director de el *Heraldo* una figura determinante para el futuro profesional de Chaves, en tanto que le permitió hacer trabajos que le valieron el prestigio profesional que lo llevó hasta la dirección de *Ahora*, una posición que, a su vez, le permitió escribir sobre aquello que le interesaba con el

⁷⁷ El 1 de julio de ese mismo año, Chaves publicó en el *Heraldo* un elogio a *La corte de los milagros*, de Valle, en la que señalaba su “don de ennoblecer las palabras, levantarlas y consagrarlas como hostias” (2013: 1280). Asimismo, años más tarde, en enero de 1933, cuando se debatía la oportunidad de que Valle fuese nombrado director de la Academia de Bellas Artes de Roma, Chaves escribió en *Ahora* un artículo en defensa de su candidatura (ver Avilés López, 2017).

⁷⁸ Ver nota 47.

suficiente apoyo económico que le proporcionaba la empresa de Montiel, como veremos en el siguiente apartado. En definitiva, si Fontdevila no se hubiese cruzado en los años veinte en la vida profesional de Chaves, las crónicas alemanas de éste, que son el objeto central de esta investigación, y el resto de sus grandes reportajes de los años treinta quizá nunca hubiesen sido posibles⁷⁹.

Por otra parte, esa idea comercial del periodismo que se practicaba en el *Heraldo* concordaba perfectamente con la defensa de su profesionalización que hacía Chaves, quien con su llegada a *Ahora* en 1930, se convirtió en uno de los periodistas mejor pagados del país y contribuyó a que sus compañeros de redacción tuvieran sueldos dignos, como cuenta Jesús de Juana (1988: 34-35):

[...] *AHORA* y *Estampa*, bajo la presión constante de Chaves Nogales y Sánchez-Ocaña [sus respectivos subdirectores], alcanzaron niveles salariales bastante respetables. El subdirector del diario, Manuel Chaves Nogales, ganaba 2.500 pesetas mensuales más los reportajes, con los viajes y las estancias que éstos reportaban totalmente pagados por la empresa. El sueldo mínimo que puso la República para los redactores era de 300 pesetas, sin embargo esta cantidad era superada ampliamente entre los operarios de la cadena de publicaciones de Montiel según datos del profesor Bernard Barrera, el cual afirma que en 1935 los periodistas de *AHORA* cobraban 675 pesetas mensuales a las que añadían reportajes y artículos firmados que eran pagados a 100 y hasta 200 pesetas, sin que nunca se bajara de un mínimo de 60 pesetas. Los pequeños cuentos completos y las novelas cortas que se incluían semanalmente en la edición dominical estaban pagados a 200 pesetas. Los grandes colaboradores, los consagrados, tenían unos precios especiales por sus artículos que variaban a partir de 250 pesetas, siendo Pío Baraja, Unamuno y Madariaga y alguno más ocasionalmente, los que marcaban el ápice en este aspecto, llegando a abonárseles hasta 500 pesetas por artículo.

Finalmente, el último rasgo característico de Chaves como periodista es su acercamiento a la realidad como observador con afán de comprender. En este sentido, en 1924 escribía en un artículo en el *Heraldo*: “He recordado que la única obligación que mi tiempo me impone, la única es la de ser comprensivo” (2013: 1359). Asimismo, en una crónica en *Ahora* sobre las revueltas anarquistas en La Rioja a finales de 1933 aseguraba: “Mi obsesión de repórter en el lugar mismo de los sucesos era reconstruir el mecanismo ideológico que a estos hombres les ha hecho morir y matar” (1443). En cuanto a su objetividad, ya hemos visto algunos ejemplos de la misma en su reportaje sobre Rusia, pero acaso su declaración más explícita en este sentido sea la que hace en un artículo para *El Sol* sobre la crisis en el campo sevillano en junio de 1920: “Hay que raer la costra de indiferencia, evitar toda exageración contraproducente y mostrar la realidad sin subjetivismo alguno; ni pesimistas ni optimistas” (2013: 1311). También es ilustrativa esta frase del prólogo de *A sangre y fuego*, que si bien es una obra de ficción, según Chaves, está basada en hechos reales: “Cuento lo que he visto y lo que he vivido más fielmente de lo que yo quisiera” (1937: 10). Y agrega a continuación que sus personajes se le han escapado de las manos aunque él haya luchado con ellos y consigo

⁷⁹ Chaves mantendría, a pesar de su marcha a *Ahora*, buena relación con Fontdevila, como prueba la asistencia del sevillano al homenaje que el 21 de octubre de 1933 le fue brindado a Fontdevila en el Círculo de Bellas Artes, donde Chaves dio incluso un discurso (sin firma, 1933r).

mismo por permanecer “distante, ajeno, imparcial”. Y asegura que le hubiese gustado colocar esos relatos de la guerra “*sub specie æternitatis*”⁸⁰, pero cree “no haberlo conseguido”. Vemos, pues, que el periodista sevillano intenta abordar la realidad a la manera de Tácito: “sin encono ni parcialidad” (*sine ira et studio*) (1979: 45). En este sentido, el periodista Miguel Ángel Aguilar ha establecido en alguna ocasión la distinción entre periodismo de “acompañamiento emocional” y periodismo de “distancia crítica”, y ha colocado a Chaves Nogales entre los que practicaban esta segunda variedad, atribuyéndole al sevillano “el ejercicio de la frialdad en medio de la pasión” (2015). En efecto, la obra del periodista, salvo en contadas ocasiones, se distingue por su ecuanimidad y la distancia crítica en el juicio, pero desde una posición determinada: la de un pequeño burgués liberal, como él mismo se definía.

En cualquier caso, en cuanto a ese papel de Chaves como observador distante de la realidad, puede que el periodista se identificase con este pasaje de su cuento *El hombrecito de la limalla de oro*:

Este inefable encanto del vivir es lo que me pierde, pensaba. El mundo es de los descontentos, de los que no se detienen en su contemplación, de los que no se rinden a la sugestión humilde de las cosas. Él cargaba demasiado el zurrón. Mientras en la colmena todos se afanaban, atento cada cual al papel que les confiara la divinidad, solidarizábase él con los afanes, gozos y tristezas del enjambre de modo tal que parecía haberse olvidado de sí mismo, estar fuera de sí, viviendo en los demás, tan enajenado y absorto, que más extraño le parecía su propio vivir que el de sus vecinos (Chaves Nogales, 1926).

Esta característica del periodismo de Chaves es precisamente una de las similitudes que Álvaro Pérez (2013a) encuentra entre la obra del sevillano y el *New Journalism* norteamericano. Enumera Pérez las características que Tom Wolfe atribuye a ese “Nuevo Periodismo” y las compara con las que son propias de la obra periodística de Chaves Nogales: apego a la realidad, uso de registros propios de la ficción, construcción del relato escena por escena, reproducción de diálogos o cesión de la voz narrativa a los protagonistas. No obstante, Pérez señala que algunos rasgos de ese *New Journalism*, ya formaban en cierta medida parte de la tradición periodística española desde los tiempos de Mariano José de Larra. Y, como es natural, a pesar de la admiración que Chaves sentía por el periodismo inglés, las raíces de su obra se hunden en la tradición española, como veremos a continuación.

⁸⁰ Según Herrero Lorente (1980: 367), esta expresión tiene los siguientes significados y orígenes: “«Bajo apariencia de eternidad», «bajo aspecto de la eternidad», «sin consideración de condición temporal o local». Expresión frecuente en el filósofo Spinoza, así como en la escolástica y en la teología católica, para indicar que algo se considera en su universalidad y no con carácter contingente”.

2.3.4. Los maestros

Precisamente, Mariano José de Larra era una de las principales referencias periodísticas de Chaves Nogales. El 29 de noviembre de 1924 publicaba Chaves un artículo bajo el título “Quién es el pueblo y dónde se encuentra” y con el subtítulo “artículo robado”, inspirado en el célebre artículo de 1832 del periodista madrileño “Quién es el público y dónde se encuentra” (Larra, 1989: 75-85). En dicho artículo, el periodista sevillano aseguraba que el ejemplo de Larra “debería estar presente más que nunca en estos días” (2013: 1360). Un año más tarde, en septiembre de 1925, Chaves escribía que el periodista madrileño era el tipo de español “cetrino y preocupado, que hace de sus indiscutibles virtudes cívicas el único uso que de ellas está permitido hacer: la crítica” (1382). Y en otro artículo, esta vez de mayo de 1927, escribía respecto a la actitud de los españoles en el extranjero –“un poco impertinentes o demasiado palurdos”– lo siguiente:

El primer español que se da cuenta de que no es la nuestra una postura normal y civilizada es D. Mariano José de Larra. Nadie más que él lo supo entonces; por eso tenía Larra aquella silueta chocante y antipática del hombre que está en el secreto, del embozado, del que está convencido de su superioridad. Decir entonces que no éramos nosotros los depositarios de la civilización occidental, señalar lo que tenía de bárbara aquella exaltación del españolismo subsiguiente a la guerra de la Independencia, era inútil y peligroso. Por eso, frente al culto que entonces se rendía al celtiberismo, sólo él, y después unos cuantos embozados como él, mantenían la postura inteligente de quienes se dan cuenta de haberse quedado fuera de la órbita de la cultura⁸¹ (1401).

Unas semanas después de la publicación de ese artículo, ingresaría Chaves en la logia “Dantón” de Madrid. Y tanta era la admiración que sentía por el periodista madrileño, que adoptó el sobrenombre de “Larra” en su iniciación (Cintas, 2011a: 78). Por lo demás, aparte de sus ideas liberales y cierta lucidez, Chaves tiene en común con Larra varias características formales fundamentales en sus respectivas obras: ambos se quitaban importancia a sí mismos y a lo que escribían⁸², en ambos es común el uso de vulgarismos para mantener un tono coloquial cercano al lector, como veremos en el análisis de las crónicas alemanas de Chaves, y, desde luego, la obra de ambos se caracteriza por el uso de la ironía. En este sentido, Varela (1983: 104) afirma: “El uso predominante de la palabra en Larra no es, precisamente, el de servir de palanca que levante multitudes; es, por el contrario, satírico-humorístico, esto es, antidemagógico y crítico, antiheroico; pocas veces, narrativo a secas; muy pocas, lírico”.

Esta observación sobre la prosa de Larra podría aplicarse prácticamente sin variación a la prosa de Chaves, que ya hemos calificado como “desmitificadora” anteriormente, pero que bien podríamos llamar también “antiheroica”. Salvo que en el caso de Chaves, la sátira se aplica a personajes con nombre y apellidos, como Kalinin,

⁸¹ Por otra parte, esta reflexión delata la influencia del noventaiochismo en Chaves.

⁸² En Larra esta idea es constante y basta para ejemplificarla uno de sus seudónimos: *El Pobrecito Hablador*. En el caso de Chaves, lo deja claro en el prospecto de *La vuelta a Europa en avión*, como hemos visto en el apartado 2.3.2.

Mussolini, Goebbels, Franco, etc.; mientras que, como explica Lorenzo-Rivero (1977: 159), las sátiras de Larra “no son retratos de personas existentes o conocidas”. Por lo demás, no son sólo similitudes generales las que existen entre las obras de los dos periodistas, sino que se concretan en varios aspectos de sus respectivos estilos. Por ejemplo, habla Varela (1983: 105) de la recurrencia de fábulas y bromas en la obra de Larra para ilustrar sus argumentos. Con frecuencia Chaves también emplea estos recursos. Recordemos, por ejemplo, la broma sobre Kalinin mencionada en el apartado 2.3.2. Asimismo, en el reportaje de marzo de 1936 “¿Qué pasa en Cataluña?”, Chaves utiliza una fábula sobre dos aldeanos y un sapo para ilustrar la situación catalana del momento (2013: 609-610). Igualmente, son frecuentes las anécdotas en la obra de ambos periodistas: en el caso de Larra, de hecho, suelen ser el germen de sus artículos de costumbres; mientras que en el caso de Chaves, escasean los artículos en los que una anécdota sirva como detonante de una reflexión sobre los usos y costumbres de una sociedad, aunque las hay: por ejemplo, en “La vuelta a Europa en avión”, la presencia de una bella joven en el museo del Louvre que pasa desapercibida para un grupo de turistas anglosajones da lugar a una reflexión del periodista sobre lo que él considera la “superstición del arte” (1929: 51-52). Sin embargo, como veremos más adelante, en las crónicas alemanas de 1933 el periodista utiliza con frecuencia anécdotas para ilustrar sus argumentaciones, y, a veces, como base para conducir a conclusiones más generales mediante un razonamiento inductivo.

No obstante, Chaves, como ya hemos dicho, era un periodista en el sentido moderno del término, mientras que Larra, pese a cultivar el género periodístico del artículo, está más cerca de lo que hoy llamaríamos un “intelectual”. En este sentido, Kirkpatrick (1977: 197) asegura que Larra “consideraba que la escritura jugaba un papel esencial, estableciendo un nexo entre la vanguardia liberal y las masas populares”. Por el contrario, si bien hay una clara labor pedagógica y una clara vocación de servicio público en la idea que Chaves tiene del periodismo, en ella el factor comercial es muy importante, en tanto que era la clave para conservar la independencia de la prensa en su tiempo, bien distinto en ese aspecto al de Larra. Por otra parte, a diferencia de la obra del madrileño, en la de Chaves no abundan los artículos de costumbres, aunque el costumbrismo está presente en sus crónicas y reportajes en forma de ese afán de realismo del que ya hemos hablado. Pero, sin duda, la mayor diferencia que encontramos entre Chaves Nogales y Larra es de carácter: como señala Varela (1983: 14), Larra era solitario y taciturno; mientras que Chaves Nogales se distinguía por su “entusiasmo” y “decisión”, según la noticia que daba el *Heraldo de Madrid* el 31 de noviembre de 1927 sobre el banquete que le brindaron la noche anterior. Media un trágico abismo entre la figura del suicida romántico, todavía joven, que no encuentra su

sitio en aquel país atrasado de su tiempo⁸³, y el pragmatismo del periodista sevillano, admirador del primero y también crítico con la sociedad en la que le había tocado vivir, pero infatigable, que se abrió paso una y otra vez bajo las complicadas circunstancias de su vida; por no hablar del padre de familia que hacía salir a su hija pequeña de entre los pliegues de su capa al grito de “¡Aquí está la Pili!” ante sus compañeros de tertulia⁸⁴. Asimismo, en un artículo con fines presumiblemente publicitarios sobre los cambios en la redacción del *Heraldo* publicada el 3 de marzo de 1927 en *El Liberal*, se decía lo siguiente del nuevo redactor jefe:

Joven, fuerte de cuerpo y alma, adiestrado en la difícil mecánica de los periódicos de la noche, que tantos y tan constantes esfuerzos solicitan a la actividad y a la inteligencia⁸⁵ [...], en Chaves ofrece la Naturaleza uno de esos ejemplos de hombres que parecen “nacidos” para realizar la obra a que consagran su vida.

Otro buen ejemplo del carácter del sevillano lo da Josefina Carabias en su libro póstumo *Como yo los he visto*:

Otra vez, estando ya Belmonte retirado definitivamente, le encontré en casa del escritor Chaves Nogales que le estaba haciendo a la sazón una biografía. Alguien reconvino a Chaves porque corría demasiado en un coche que acababa de comprarse y él respondió:

–Ya sé que es peligroso, pero hasta que vuelque no conseguiré hacerme cargo de que me puede ocurrir un contratiempo. No le tengo ningún respeto al acelerador, en cambio cuando voy a pie y veo venir un coche, me da un miedo horrible; para cruzar la calle de Alcalá me meto siempre en el túnel del Metro (Carabias, 1999: 179).

Por otra parte, hemos visto que Chaves (2013: 1401-1404) alababa en un artículo en 1927 la postura de Larra frente al nacionalismo. Pues bien, en ese mismo artículo, menciona el periodista la que él consideraba junto a la de Larra la única postura civilizada a ese respecto: la de Pío Baroja. Y es que el escritor vasco era, junto a Valle-Inclán –de quien hablaremos un poco más adelante–, el contemporáneo por el que Chaves demostraba mayor admiración. La primera referencia a Baroja en la obra del periodista aparece en un artículo publicado en el *Heraldo de Madrid* en diciembre de 1924, en el que Chaves argumentaba que no existe una técnica universal para escribir novelas y que ceñirse a una produce pobres resultados:

Si hace treinta años Baroja hubiese tenido por la técnica esta preocupación que ahora le asalta, nos habiéramos quedado sin el estupendo novelista que ha llegado a ser, como nos hemos quedado sin el dramaturgo que había en él, por su exagerado respeto al fetiche del tecnicismo escénico (2013: 1364).

⁸³ Lorenzo-Rivero (1977: 45) asegura sobre la muerte de Larra: “La verdadera causa de su suicidio fue todo un conjunto de factores que se acumularon desde su nacimiento. Al suicidio lo llevó un contratiempo político, la realidad de España, la vulgaridad de los españoles y el amor imposible a Dolores”.

⁸⁴ Cintas (2011a: 47) refiere la anécdota. Por su parte, la propia Pilar Chaves cuenta en otra ocasión: “Era aficionado a las tertulias. Algunas veces, siendo yo pequeña, mi padre le decía a mi madre: «Me llevo a la Pili, luego te la traigo», y me llevaba a la tertulia. Al llegar, anunciaba: «Hoy traigo a la Pili»” (cit. en Suberviola y Torrente, 2013b: 85).

⁸⁵ El propio Chaves Nogales escribiría en un artículo para *El Noticiero Sevillano* en 1918 que “la profesión [periodística] requiere hombres jóvenes” (2013: 1168). En ese artículo dice que un periódico, “una maquinaria en la que cada ruedecita para ser eficaz, ha de girar con la gracia de la más omnímoda libertad”, requiere a diario a sus periodistas “de una manera absorbente”.

Unos meses después, el 16 de abril de 1925, también en el *Heraldo*, Chaves daba a entender que se sentía discípulo de Baroja, “a quien me permito”, escribía, “no llamar maestro por cómo desprestigian y a veces agravian estos magisterios forzados de la literatura” (1370). En ese artículo alababa la defensa que Baroja hacía en el prólogo, no publicado aún, de *La nave de los locos*⁸⁶ de la acción y los personajes realistas en la novela frente a la morosidad que Ortega y Gasset aconsejaba. Era ésta una posición que concuerda con el estilo sencillo, directo y ameno de la obra periodística de Chaves, que insistiría sobre este tema dos semanas más tarde en otro artículo en el *Heraldo*:

Si el filósofo [Ortega] cree que la acción debe quedar reducida al minimum, Baroja construye su obra a base de una larga serie de aventuras; si conviene acotar el campo de acción y fijar bien en él los personajes, el novelista cambia de ambiente y de paisaje en cada página; si para retener al lector es necesaria una técnica de morosidad y complacencia en el detalle, Baroja, aprisa, dibuja sus tipos con un solo trazo; [...] (1268).

No obstante, y pese a posicionarse a favor de Baroja en esta polémica, Chaves muestra al final del artículo del 16 de abril su respeto por Ortega: “Una inoportuna actuación seudopolítica saludablemente vapuleada no autoriza a rechazar de plano una actuación por tantos conceptos señera y ejemplar como la de D. José Ortega y Gasset en la paramera de la intelectualidad española”⁸⁷ (2013: 1373). Asimismo, en un artículo de 1921 para *El Liberal* de Sevilla reprochaba al filósofo unas declaraciones críticas sobre los jóvenes contertulios del café Pombo, entre los que se contaba ocasionalmente el propio periodista, y le pedía una “lección completa y reveladora, que ansía nuestra inopia y nos regatea siempre el hombre más capacitado de la España actual, el que ha juntado una mayor capacidad intelectual [...]” (1219). Esto demuestra una vez más la tolerancia y la ecuanimidad de Chaves: sabe que nadie tiene toda la razón, por muy inteligente que haya demostrado ser; y, por tanto, sus discrepancias con los demás no son óbice para que el periodista sevillano les reconozca sus méritos. Por otra parte, en la fotografía de la página siguiente, cuyo original se conserva en la Residencia de Estudiantes de Madrid, se puede constatar su asistencia a un homenaje a Ortega y Gasset en 1920 en el Café Pombo:

⁸⁶ Según Chaves, Baroja le había hecho llegar un borrador de la novela con el título de *La nave de los muertos* que Baroja no llegó a utilizar en la edición final, lo cual no deja de ser curioso, ya que un año más tarde, el escritor alemán B. Traven publicaría un libro con ese título: *Das Totenschiff*.

⁸⁷ De hecho, Chaves sería uno de los firmantes de la carta que varios escritores españoles –entre ellos García Lorca, Pedro Salinas, Sender o Francisco Ayala– le dirigieron a Ortega y Gasset en abril de 1929 para “conocer su opinión; solicitar su dirección y apoyo, y reclamar su indispensable consejo” con la intención de movilizar políticamente a los intelectuales españoles (Ortega y Gasset, 1969: 102-106). Asimismo, el 23 de diciembre de 1935, Ortega presidía junto a otros célebres amigos de Juan Belmonte el banquete de homenaje a Chaves y al torero por el éxito que la biografía de éste había tenido (Cintas, 2011a: 193).



Homenaje a Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset y Azorín (que aparecen sentados en primera fila en ese orden desde la derecha) en el Café Pombo de Madrid en 1920. Podemos ver a Manuel Chaves Nogales en una de las filas centrales, en la misma vertical que la cabeza de Juan Ramón Jiménez. También está, como es natural, Ramón Gómez de la Serna (el primero de pie entre Azorín y Ortega), así como Pedro Salinas (con bigote, segundo en la segunda fila de los que están de pie) y Alfonso Reyes (de pie junto a Juan Ramón, con su sombrero, su bastón y un par de periódicos en las manos)⁸⁸.

Volviendo a Baroja, en otro artículo de marzo de 1926 sobre su novela *El gran torbellino del mundo*, Chaves recuerda los dos grandes odios del escritor vasco, ya apuntados por Azorín: “[...] el odio a la estupidez y el odio a la crueldad” (1276). Lo que nos recuerda irremediamente a esa frase del periodista, ya citada anteriormente (ver nota 35), del prólogo de *A sangre y fuego*: “[...] mi única y humilde verdad era un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad” (1937: 4). Vemos, pues, que el periodista no sólo admiraba el estilo de Baroja, sino que también compartía en buena medida su posición ante el mundo. Y, como hemos dicho, en el mismo artículo de mayo de 1927 en el que elogiaba la postura “normal y civilizada” de Larra fuera de España, presentaba a Baroja como el otro modelo de español civilizado, “que anda por el mundo con las manos en los bolsillos⁸⁹, siempre alerta, humano siempre, un poco cohibido acaso” (2013: 1404). Y esboza una comparación determinista entre las actitudes ante la vida de un vasco y un andaluz arquetípicos, aunque este último bien podría ser él

⁸⁸ Archivo fotográfico de la Residencia de Estudiantes. En Rodríguez Marcos, Javier (2012): “Amor y odio en la Generación del 27”. *El País*. Madrid, 22 de abril: <<https://cutt.ly/OfyDhn5l>> [cons. 20/8/2020].

⁸⁹ La imagen de las manos en los bolsillos es recurrente en Chaves Nogales y simboliza la humildad y la sencillez.

mismo: “El vasco es hombre tardo y tenaz; choca con las cosas y las taladra metiéndoles la cabeza; el andaluz, en cambio, resbalará por ellas con buen aire, y haciendo un garabato genial las eludirá al contornearlas”. Pero asegura que, aun así, “la postura de ambos es la misma”, lo cual podría ser perfectamente aplicable a los casos concretos del propio Baroja y de Chaves Nogales.

Finalmente, para acabar con la visión de Chaves sobre Baroja, traeremos a colación una anécdota que el periodista utiliza a modo de *argumentum ad verecundiam* para ilustrar el acierto del escritor vasco al recrear la realidad española del siglo XIX, siendo la autoridad invocada una “viejecita iletrada” que dedicaba sus últimos años a leer los libros de la “exigua y arbitraria” biblioteca del propio periodista, y a la que éste sólo había visto mostrar entusiasmo por *La feria de los discretos*, de Baroja, y *La corte de los Milagros*, de Valle-Inclán: “Esto es, esto es –decía alborozada golpeando los libros cariñosamente” (1283).

Antes de acabar con este apartado, conviene mencionar, aunque nos detendremos más adelante en la llamada “generación de oro” del periodismo español, a tres periodistas contemporáneos de Chaves por los que éste mostraría su admiración: Luis Bello, Julio Álvarez del Vayo y Luis Araquistáin. A estos dos últimos los citaba Chaves en el prospecto de *La vuelta a Europa en avión* como ejemplos de buen periodismo:

Araquistáin, en su viaje a las escuelas de España⁹⁰, Álvarez del Vayo, en sus frecuentes excursiones por el panorama espiritual de Centroeuropa, y algún otro son claros ejemplos de este periodismo nuevo, discreto, civilizado, que no reclama la atención del lector si no es con un motivo: contarle algo, informarle de algo (1929: 19).

En cuanto a Bello, del que más tarde sería compañero en la logia “Dantón” (Gómez Molleda, 1986: 152), Chaves le dedicó un artículo en mayo de 1926 titulado “Quiénes hacen las grandes cosas en Castilla” en el que alababa su “labor de jornalero, con ese heroísmo cotidiano⁹¹ del jornalero” (2013: 1393), en su recorrido por las escuelas de España. Y trazaba una silueta moral que encaja a la perfección con su ideal de hombre liberal:

Bello es hombre de cuerpo limpio, vulnerable, indefenso ante la vida difícil de ahora; se le ve en seguida que lleva puesta una celada de papelón y engrudo. Y cuando hasta los más fuertes se esconden y atrincheran y cada cual busca una mesnada a la que enrollarse, atentos todos a su codicia y su seguridad, maravilla ver a este hombre ejemplar que anda solo dando zancajos por ahí con su prédica inusitada (1393).

⁹⁰ Debe tratarse de una errata, pues quien realizó el viaje por las escuelas de España es Luis Bello. Asimismo, en una entrevista publicada en *Estampa* el 15 de mayo de 1928 Chaves comentaba: “Contar y andar es la función del periodista. Araquistáin en su reciente viaje a las repúblicas americanas, Luis Bello, en su visita a las escuelas de España, Álvarez del Vayo y algunos otros son el ejemplo de este periodismo nuevo, discreto y civilizado que no reclama la atención del lector si no es con un motivo: contarle algo, informarle de algo” (cit. en sin firma, 1928b).

⁹¹ Esta alabanza del “heroísmo cotidiano” es una constante en la obra de Chaves, como ya vamos viendo.

Una semblanza semejante, de la que hablaremos un poco más adelante, hará Chaves de don Ramón del Valle-Inclán⁹² en 1933. En ambas el periodista ensalza el valor del hombre independiente que no condesciende al gregarismo. En cuanto al estilo de Bello, el sevillano afirma: “Con las palabras claras, ponderadas, exactas, sin estremecimientos ni vacilaciones, que él sabe emplear, ha ido reflejando el desolado panorama de esta enorme dehesa de la incultura española” (1394). Y, por último, en una declaración que encaja con la idea de periodismo que hemos desgranado ya, asegura: “En nuestra patria las grandes cosas las ha hecho siempre un hombre extravagante, zanquilargo y obsesionado a fuerza de dar trancadas por esta tierra, que no se somete más que a quien ha tenido el heroísmo de ir la midiendo con el compás de sus piernas”.

⁹² Véase Avilés López (2017).

2.4. El subdirector de *Ahora*: un periodista para la República

2.4.1. La democracia francesa y los exiliados rusos

Entre finales de 1929 y 1930 Chaves Nogales se encontraba en una encrucijada de su vida profesional. Había dejado su puesto de redactor jefe en el *Heraldo de Madrid* en noviembre de 1929, por motivos que desconocemos, para ocuparse de la corresponsalía de dicho diario en París, donde se encontraba cuando el empresario gráfico Luis Montiel le ofreció la dirección de su nuevo proyecto editorial: el diario *Ahora* (Cintas, 2011a: 106-107). No obstante, esos meses que el periodista pasó en París liberado de la responsabilidad de dirigir una redacción resultaron especialmente fructíferos. Además de enviar algunos artículos al *Heraldo*, Chaves mantuvo su colaboración con la revista *Estampa* y preparó un reportaje sobre los exiliados rusos en Francia que finalmente comenzaría a publicarse en *Ahora* el 27 de enero de 1931 bajo el título “Lo que ha quedado del imperio de los zares”.

Su primera crónica como “redactor en París” se publicaría en el *Heraldo* el 3 de diciembre de 1929 con el ilustrativo sobretítulo “Ventajas del parlamentarismo”. En dicha crónica Chaves vuelve a hacer una defensa del régimen parlamentario⁹³, acaso la más explícita que encontramos en su obra. El objeto de la crónica es una sesión parlamentaria en la que la oposición fiscaliza la gestión del Gobierno en un caso de abuso de fuerza de la Policía. “[...] ha sido uno de esos espectáculos cívicos que reconfortan el ánimo y le afirman a uno en su vieja convicción de que siempre es posible conciliar la disciplina y la autoridad con las libertades públicas”, aseguraba el periodista (2013: 245), quien resaltaba “el tono humilde y discreto con que el Gobierno ha respondido ante la Cámara” (246). Asimismo, afirmaba que era “precisamente esta posibilidad de llevar a la barra al policía, esta confianza de que hay quien guarde a los guardias, lo que da fuerza incoercible a la autoridad”. Por ello, añadía, Francia era probablemente el lugar en el que la autoridad se hacía “respetar de una manera más absoluta”.

Por otra parte, el periodista afirmaba: “Este debate solo vale por todas las corruptelas del régimen parlamentario”, reconociendo así los problemas asociados al parlamentarismo, que, en cualquier caso, le parecían males menores:

Es verdad que alrededor de todo esto se hace siempre un poco de baja política; que los partidos de oposición aprovechan estos incidentes para sus propagandas y que la labor del Gobierno sufre entorpecimientos. Pero estos inconvenientes son inexcusables. Por lo menos no se ha inventado todavía el aparato de Gobierno capaz de obviarlos sin daño para los principios fundamentales para la vida de los pueblos (246).

⁹³ Véase el apartado 2.1.

Finalmente, recoge el alegato que hace el periodista Henry Bérout en su libro sobre el fascismo italiano *Ce que j'ai vu à Rome* (1929), que a la luz de los acontecimientos posteriores resulta infundadamente optimista y contrasta con la impresión que Chaves Nogales presentaría años más tarde en su libro *La agonía de Francia* (1941): “Tenemos la fe suficiente en el porvenir para esperar que nunca nuestro país tenga que pedir su salud a la abolición de los derechos del hombre, sin los cuales la vida no vale la pena de vivirla” (2013: 247).

Del resto de sus artículos para el *Heraldo* en París, cabe destacar por la significación que tiene para el presente trabajo el publicado el 6 de enero de 1930⁹⁴, cuyo tema es la llegada a París de Léon Daudet, líder de *L'Action Française*, partido de orientación filofascista. El principal valor de este artículo para esta investigación consiste en que se trata del primer artículo en el que Chaves Nogales desmitifica y entrega al ridículo a los líderes fascistas (Daudet y Mussolini), como hará con los nazis en las crónicas alemanas de 1933. Así, comienza el periodista sevillano advirtiendo al lector que Daudet “tiene lo que se llama *buena Prensa*” (253), ya que consigue que los periódicos hablen de él a diario. De manera que “uno, leyendo periódicos, llega a creer que M. León Daudet es algo”, continúa Chaves, que concluye: “Y M. León Daudet no es nada”. Y se explica:

Ocurre con él lo que con Mussolini⁹⁵: que son sus adversarios ideológicos quienes lo sostienen, por ese inocente anhelo de ser imparciales que tienen los que profesionalmente ni pueden ni deben serlo. El 90 por 100 de los antifascistas dirá que el fascismo es un crimen, pero que Mussolini es un genio. El 90 por 100 de los izquierdistas franceses afirmará que el movimiento de *L'Action Française* es troglodítico, pero que M. León Daudet es un escritor y un polemista formidable (253).

Asimismo, desmiente el poder de los seguidores de Daudet: “A pesar de su aire bizarro, de su organización casi militar y de su agresividad, no consigue pasar de sus cuarenta mil ejemplares por tirada”. Y lo ilustra con algunas impresiones:

Yo, que he conseguido entrar en el andén [al que había de llegar el tren que traía a Daudet] marcando el paso en una doble fila de *camelots du roi*, comandados por un bravo tendero con indudable vocación castrense, que nos arreaba de un lado para otro con imperiosas voces de «firmes, media vuelta, alto, en su lugar, descanso», etc. Este pelotón de muchachitos imberbes con gruesos bastones, y caballeros pasados de moda con sus condecoraciones, era muy gracioso (254).

⁹⁴ También es notable, por el empleo que en él hace Chaves del humor, el artículo sobre la boda del líder chií indio Aga Khan III en Aix les Bains, publicado el 7 de diciembre de 1929. Por ejemplo, Chaves dice del clérigo lo siguiente: “En Francia goza de inmensa popularidad por sus riquezas y por lo gentilmente que las dilapida. Es decir: por cómo dilapida el dinero de sus fieles” (2013: 250). Y añade, no sin frivolidad, que “lo cierto es que está haciendo méritos más que sobrados para que le hagan lo mismo que le hicieron a su venerable padre: cortarle la cabeza”. Más adelante, con ironía, comenta: “En la ceremonia del enlace la novia vestía un magnífico traje de color verde esmeralda y chocolate. Estos son los colores de la cuadra de su esposo. Seguramente este rasgo ha debido parecerle a Aga Khan de una delicadeza y un simbolismo deliciosos” (251).

⁹⁵ En *Lo que ha quedado del imperio de los zares*, Chaves (1931: 49) asegurará que el ejemplo de Mussolini estaba fomentando muchas “megalomanías”.

Tras esta experiencia la conclusión del periodista sevillano era tan contundente como mordaz: “No me atreveré a decir nunca que los admiradores de M. León Daudet sean unos cretinos, pero sí me parece que todos los que tienen cara de cretinos se convierten en admiradores de M. León Daudet” (254). Hacía uso aquí el periodista de un irónico juego de palabras, recurso que, como veremos, también utilizaría en sus crónicas alemanas de 1933.

Por otra parte, de la colaboración de Chaves con *Estampa* durante el periodo parisino destaca la entrevista a un bailarín de flamenco español, quien habría de convertirse en la inspiración para una de las obras más importantes del periodista sevillano, *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, que se publicaría en 1934 y en la que el periodista relataba las peripecias del bailarín durante la Revolución rusa. No obstante, precisamente el encuentro con Martínez se produjo cuando el periodista se documentaba para la que sería la obra más importante que resultaría de su estancia en París: “Lo que ha quedado del imperio de los zares”, un reportaje sobre los exiliados rusos en Francia que comenzaría a publicarse en *Ahora* el 27 de enero de 1931⁹⁶. En él el periodista sevillano pinta un amplio fresco lleno de detalles sobre los más diversos personajes del exilio: desde el gran duque Cirilo hasta la hija de Tolstoi, pasando por representantes de todo el espectro político en el exilio, así como popes, bailarinas, nobles, artistas...

Como señala Cintas (2011b: 10), en el momento en que se publicó la obra existía en España un “interés general por las cosas de Rusia”⁹⁷. Y añade que Rusia era para los españoles “un país que quedaba [...] lo suficientemente lejos como para convertirse en leyenda” (11). En ese sentido, para una parte de la izquierda española la Revolución rusa tomó forma de mito y también de meta. En ese contexto, el desfile de personajes cuyas historias dejan entrever una parte de la gran tragedia que supuso la Revolución y la Guerra Civil para muchos rusos⁹⁸ convierten una vez más la obra de Chaves en una

⁹⁶ De acuerdo con Cintas (2011a: 122), la editorial Estampa también publicó el reportaje en forma de libro, y en 1935 la editorial portuguesa Enciclopédica Limitada hizo lo propio bajo el título de *As ruínas do Império Russo*.

⁹⁷ Josep Pla (1933: 109), por su parte, aseguraba lo siguiente sobre Madrid tras la proclamación de la República: “En las librerías, en los quioscos de periódicos, cada día abunda más la literatura rusa, traducida de no sé qué idioma [...]. Puede asegurarse que esta proliferación irá en aumento. Es una propaganda deliberada y que, por ser marxista, se considera científica. ¡Científica! Dejémoslo... La propaganda rusa, que se hace impunemente, es siempre la misma: consiste en crear, primero, lo que llaman una cultura, una cultura popular, tan minoritaria como ustedes quieran, pero capaz de crear unos fanáticos. Tan pronto como resulta posible, se estructura sobre esta cultura una política. Todo llegará, no se preocupen. Es indefectible”.

⁹⁸ En este sentido, Orlando Figes (2000: 15) afirma lo siguiente: “Aun a riesgo de parecer duro, lo cierto es que la manera más fácil de abarcar el espectro de la Revolución es señalar la manera en que desperdió vidas humanas: decenas de miles fueron asesinados por las bombas y las balas de los revolucionarios, y al menos un número igual por las represiones del régimen zarista, antes de 1917; millares murieron en las calles combatiendo ese año; centenares de miles a causa del Terror de los rojos (y un número igual del Terror de los blancos, si se cuentan las víctimas de sus pogromos contra los judíos) durante los años que siguieron; más de un millón perecieron en el curso de los combates de la

representación desmitificada de la realidad. Desmitificación que caería cada vez más en saco roto según se fuera radicalizando el debate político en España hasta la desembocadura en la Guerra Civil.

No obstante, algunas de las historias que recoge el periodista son tan rocambolescas que en algunos pasajes el reportaje adopta una apariencia de folletín⁹⁹. Pero eso no es óbice para que la obra sea de gran interés histórico y humano. Así, por ejemplo, destacan los perfiles trazados con la certera concepción de la naturaleza humana que caracteriza la obra de Chaves. Entre los perfiles destacables está el del gran duque Cirilo, heredero en el exilio del trono de los zares. Chaves dice de él que en su retiro bretón se había convertido en “un buen burgués francés que sale a pasear por las carreteras [...], que charla con los sencillos aldeanos bretones, que conoce acaso las necesidades de la vida y está, en una palabra, humanizado”, y se sorprende del “acento humano” con el que hablaba de los problemas del pueblo ruso (66). Ante el interés de su fotógrafo por saber si se trata realmente del legítimo zar, Chaves le contesta con ironía: “Hay un ligero matiz; el de que no es lo mismo proclamarse zar en una aldeíta de Bretaña que proclamarse en el Kremlin de Moscú” (56). En cualquier caso, Chaves muestra cierta solidaridad con el aristócrata en su nueva y humilde situación, y juzga que cualquier persona no tiene “una inalterable unidad de criterio a través del tiempo”, y que el “horror al despotismo y a la tiranía” que manifestaba Cirilo en su casita de Bretaña eran sinceros (66).

Por lo demás, Chaves pinta un amplio fresco del espectro político ruso en el exilio cuyos límites él mismo determina con ironía, definiendo a la vez su posición política, cuando cuenta que, buscando el partido más a la derecha de los exiliados, siempre encontraba a alguien más esquinado, “y así hasta que se detiene uno en el umbral de una verdadera caverna donde un auténtico troglodita le dice a uno muy convencido: «[...] El zarismo era un régimen de extremas libertades»” (69). Así, el periodista nos presenta aquellos grupos que ocupaban cierta centralidad a derecha e izquierda, “sin trasponer el umbral de esas cavernas y sin acercarnos al abismo de la revolución”.

Dentro de ese espectro, despierta especial simpatía en Chaves el que fuera historiador, líder del Partido Democrático Constitucional (Cadete) y miembro del gobierno provisional de Kerenski, Pável Miliukov¹⁰⁰. De entrada, Chaves nos introduce

guerra civil, incluyendo civiles en la retaguardia, y todavía más gente murió de hambre, de frío y de enfermedad que de todas las otras causas juntas”.

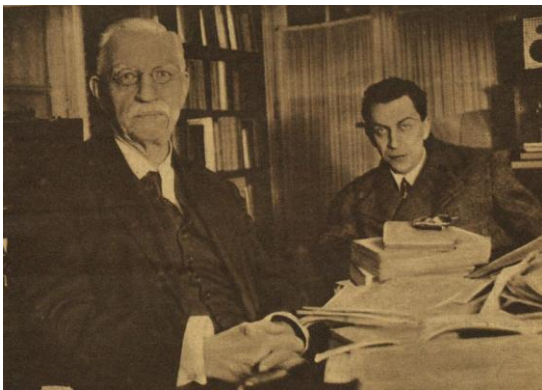
⁹⁹ Según Chaves Nogales (1931: 44), alrededor del ruso emigrado se creaba “fatalmente una atmósfera folletinesca”, ya que era “un personaje dramático aunque no sea más que por el truncamiento que la revolución ha ocasionado en su vida”.

¹⁰⁰ Desde luego le resulta más simpático que Kokovtsov, quien fuera presidente del Consejo del zar, a quien define así: “Amable, suave, correcto es, sin embargo, demasiado fuerte todavía para ser humano” (1931:73).

en la casa del político ruso con una entrañable sencillez: “Una señora viejecita, arrebujaada en una toquilla de estambre, rodete blanco muy peinado y zapatillas de paño, entreabre la puerta con recelo”, y cuando el periodista pregunta por Miliukov, “da media vuelta y se desliza [...] a lo largo del pasillo; al cruzar ha descubierto una escoba arrimada a la pared y, avergonzada, la coge con disimulo y se la lleva por delante, como el que no quiere la cosa”¹⁰¹ (77). Y, ya hablando sobre Miliukov, señala que su intención de mantener los compromisos internacionales de Rusia fue ahogada por el discurso incendiario de Lenin, en lo que constituye una crítica implícita a la demagogia:

De nada valían las apelaciones a la prudencia que hacía el prudente Miliukov, utilizando un lenguaje sensato para convencer a un pueblo desatado, a millares de locos que escuchaban con más entusiasmo las «boutades» de un poeta delirante de Petrogrado proclamado presidente de la República del Universo, que al razonable Miliukov, obstinado en plantear el problema de los Estrechos (82).

Por otra parte, repasando la biografía de Miliukov, Chaves hace una vez más una declaración de principios sobre periodismo: asegura que el periódico de Miliukov era “el más ameno y el más leído de toda Rusia”, y que Trotski, “militante encarnizado”, le atacaba “acusándole de ser más periodista que revolucionario” (78). Además, de su inclinación por la amenidad en los periódicos, la idea de periodismo de Trotski sirve de contraste con la suya propia, más próxima al servicio público que a la propaganda. En este sentido, Albert Camus (2013: 226) aseguraría años después que la prensa no es verdadera porque sea revolucionaria, sino que “sólo es revolucionaria cuando es verdadera”.



Pável Miliukov junto a Chaves Nogales¹⁰², y éste junto a Aleksánder Kérenski, en París en 1930¹⁰³.

Una simpatía semejante a la que siente por Miliukov, la expresa el periodista por el antiguo dirigente socialista Aleksánder Kérenski, a quien encuentra viviendo

¹⁰¹ Chaves no sólo usa la anécdota una vez más como herramienta, sino que, cuando habla sobre Kokovtsov, declara que para definir al personaje, “mejor que muchos datos biográficos es una anécdota” (1931: 70).

¹⁰² Fotografía aparecida en Chaves Nogales, Manuel (1931): “El jefe del partido constitucional, profesor Miliukov, que provocó la revolución y se asustó luego”. *Ahora*. Madrid, 31 de enero, pp. 11-12.

¹⁰³ Fotografía aparecida en Chaves Nogales, Manuel (1931): “Alejandro Kerenski, el abogado omnipotente”. *Ahora*. Madrid, 1 de febrero, pp. 15-17.

pobrememente, “como un humilde y oscuro periodista” (1931: 80). El antiguo jefe de gobierno probablemente fuera el exiliado ruso al que Chaves encontraría más cercano a su propia persona, tanto por sus ideas como por su carácter. De hecho, al describir su infausto destino, semejante al de Miliukov, estaba, sin poder saberlo aún, describiendo el que habría de ser el suyo propio cuando estallara la Guerra Civil en España¹⁰⁴ (99-100):

Este hombre tiene para mí el prestigio de ser la personificación más completa de una tragedia, vieja como el mundo; la lucha de lo consciente con lo inconsciente. Kerenski es el caso patético del hombre inteligente cogido por el engranaje de hechos monstruosos, superiores a toda provisión intelectual. Se le ve con una gran transparencia en aquel caos de la revolución rusa aferrado a sus convicciones intelectuales, sensato, realista, valiente, procurando en vano mantenerse en el fiel de la balanza, queriendo ser ecuaníme cuando se habían desatado todas las fuerzas del mal y la ecuanimidad era un delito... Traicionado por todos, combatido por las pasiones demoníacas de los bandidos que luego crearon la Checa y los sátrapas del zarismo que desencadenaron el terror blanco, Kerenski se aferra a la razón, a la lógica, a lo que hay de humano en el hombre, con la esperanza siempre puesta en el triunfo de la inteligencia. El destino que cupo a Kerenski es el que en idénticas circunstancias hubiese cabido a todo hombre de formación intelectual, jurídica, humanística¹⁰⁵.

Esa misma ecuanimidad que Chaves le atribuye a Kérenski está presente, una vez más, en su propio reportaje. Valga como ejemplo este comentario al testimonio de Catalina, hija del que fuera director de la Academia de Bellas Artes de Petrogrado, Wladimiro Beclémichev, y mujer de un oficial zarista:

Los blancos conquistaron Elisabetgrado, y Catalina vio entrar a su marido entre los conquistadores. Entonces les tocó el turno de los sufrimientos a los rojos. Pero, naturalmente, Catalina no me ha contado nada de las crueldades cometidas por los suyos (217).

Es evidente que Chaves se había documentado a conciencia sobre la situación de los exiliados. El reportaje está plagado de datos, y mezcla el análisis certero de la política internacional y de la situación en Rusia con una variedad de perfiles humanos de un realismo admirable. A continuación, ofreceremos un pequeño mosaico de los mismos como muestra de esa riqueza. Por ejemplo, encontramos al gran duque Andrés, primo del zar, “completamente arruinado en la emigración”, que con “simpática y condescendiente amabilidad” reparte dulces entre las alumnas de su esposa, la famosa bailarina Kchersinska, “mujer de edad indefinible, pequeña, sarmentosa, toda nervios, que grita y salta como un mono con una agilidad inconcebible a los sesenta y seis años

¹⁰⁴ En el prólogo de *A sangre y fuego*, Chaves (1937: 4-5) escribiría que, cuando estalló la Guerra Civil y “la estupidez y la crueldad se enseñoreaban de España”, un hombre como él, “por insignificante que fuese, había contraído méritos bastantes para haber sido fusilado por los unos y por los otros”.

¹⁰⁵ La silueta de Kerenski que traza Chaves (2013: 877-880) tiene un perfil similar a la que un año antes haría del rey afgano Amanullah en un reportaje publicado en *Estampa* el 13 de junio de 1929. El periodista aseguraba que el monarca “acometió, lleno de buena fe, la tarea de hacer feliz a su pueblo”. Pero, según Chaves, “Afganistán era un país semisalvaje y había que hacerlo todo”. El rey modernizó su país. Sin embargo, se equivocó, según el periodista: “El pueblo afgano, que le ayudó a sacudir el yugo de Inglaterra, le miraba a él también como a un extranjero en cuanto quiso poner mano sobre las bárbaras costumbres, la inmoralidad administrativa y los prejuicios religiosos de sus súbditos”. Esta figura, como la de Kerenski, y su “patética lucha” por la razón frente a lo irracional, no podía sino despertar la simpatía de Chaves: “En este momento, la patética lucha de este rey que ha perdido su corona por procurar el bienestar y el progreso de su pueblo, es uno de los espectáculos más emocionantes del mundo”.

que tiene”, y que, según Chaves, se gana el pan con más penas que la mayoría de las proletarias soviéticas (109-115). También encontramos al príncipe Yusupov, el asesino de Rasputín, “frío, femenino¹⁰⁶, doble”, a quien el famoso místico se atrevió a ofrecer amparo político, desatando así, según el periodista, “un odio ancestral de casta contra aquel campesino que osaba venderle protección” (126). Asimismo, describe a Gorki como un “escudero de la revolución” que “vive una vida apacible de burgués retirado” en Sorrento, donde “soporta a los fascistas” (294-295). También aparece en el reportaje el metropolitano Eulogio, cabeza de la Iglesia ortodoxa rusa en el exilio, quien recibió en su casa al reportero sevillano, que lo describía haciendo uso de la comparación como instrumento humorístico (por más que niegue la burla):

Me encontraba [...] en una salita íntima, con muchos encajes y pañitos bordados y muchas estampitas de santos pegadas en las paredes, en la que el imponente jerarca, ante una mesa camilla, despojado de la tiara y con las gafas colgadas en la punta de la nariz, aparecía –he de decirlo sin asomo de burla– con la emocionante sencillez de una solterona piadosa, envuelta en su bata de raso brillante (283).



Fotografía partida entre dos páginas de *Ahora* del metropolitano Eulogio en su casa de París junto a Chaves Nogales¹⁰⁷.

Finalmente, traeremos a colación una anécdota que ejemplifica a la vez el carácter distendido del reportaje, su capacidad desmitificadora y su interés histórico. Se trata de un intento fallido del reportero sevillano de entrevistar al antiguo general blanco Denikin. Chaves se desplaza a la localidad de Vanves en busca del general, pero se encuentra con que apenas queda de él un anciano que se niega a hablar sobre el tal

¹⁰⁶ Chaves refiere que el príncipe tiene en Viena un amigo adivino, Anatolio, “uno de esos embaucadores que sin que nadie sepa por qué llegan a tener en determinado momento un prestigio milagroso”, al que visita bajo el nombre de Elstone con frecuencia en su gabinete (1931: 130). Chaves dice que nada se sabía de las relaciones que los ligaban, insinuando así la homosexualidad de Yusupov.

¹⁰⁷ en Chaves Nogales, Manuel (1931): “El jefe del partido constitucional, profesor Miliukov, que provocó la revolución y se asustó luego”. *Ahora*. Madrid, 31 de enero, pp. 11-12.

¹⁰⁷ En Chaves Nogales, Manuel (1931): “El metropolitano Eulogio, jefe de la Iglesia Ortodoxa Rusa en la emigración, dice...”. *Ahora*. Madrid, 6 de febrero, pp. 15-17.

general y sólo charla “con las vecinas de su calle, los vendedores del mercado y los jardineros de las villas próximas” (230). Una mañana, el periodista lo acecha en su camino de regreso del mercado y le sale al paso (231):

Me acogió sonriente; pero cuando íbamos a entablar conversación una maniobra imprudente de mi fotógrafo lo echó todo a perder. Con su largo pan [que acababa de adquirir en el mercado] en ristre, Denikin picó soleta y se metió en el oscuro portal de su vivienda para evitar la fotografía y la entrevisté.

Nada mejor, no obstante, para cerrar este apartado que las conclusiones del propio periodista, quien, a pesar de lo exhaustivo del reportaje, reconoce los límites del mismo: “Así y todo, no he soñado nunca con que mi información sea completa” (338). Asegura que lo importante “en esta gran tragedia de proporciones medievales” (339) es la asimilación de los emigrados rusos a la civilización occidental, y concluye:

Hemos contado cómo viven, cómo conquistan el pan de cada día, y cómo procuran salvar sus características raciales en esta gran catástrofe de la emigración. Dejemos ahora a cualquier desocupado sociólogo la tarea de deducir las consecuencias de este hecho social que nosotros, reporteros, no hacemos más que reseñar lo más amenamente posible (339).

2.4.2. Un nuevo régimen para un nuevo diario

Al parecer, la preparación de ese extenso reportaje le ocupó a Chaves la mayor parte de 1930, porque no volvió a publicar para el *Heraldo* desde comienzos de año y tan sólo publicó un par de artículos para *Estampa*, revista para la que también cubriría ese año el viaje de Alfonso XIII a Londres, antes de volver a España de forma permanente. Como ya hemos dicho, ese regreso se debió a la oferta que el empresario Luis Montiel le hizo en París¹⁰⁸: le ofrecía la subdirección del diario que estaba a punto de lanzar, *Ahora*, lo cual significaba en la práctica dirigir el periódico¹⁰⁹, de manera que el periodista pasaría a ocupar el puesto más alto en la redacción del nuevo diario. Y, lo que es más, se convertiría en uno de los periodistas mejor pagados de España, como explica Jesús de Juana (1988: 34): “El subdirector del diario, Manuel Chaves Nogales, ganaba 2.500 pesetas mensuales más los reportajes, con los viajes y las estancias que éstos reportaban totalmente pagados por la empresa”. Además, él y su familia pasaron a residir en el ático del edificio en el que se encontraba la redacción del periódico y los talleres de impresión, en la Cuesta de San Vicente de Madrid, con vistas al Campo del Moro y el Palacio Real.

¹⁰⁸ Cintas (2011a: 106) asegura que fue el empresario quien viajó a la capital francesa para ofrecerle a Chaves la subdirección de *Ahora*.

¹⁰⁹ Chaves, como señala Xammar en sus conversaciones con Josep Badia, sería en realidad “subdirector nominal i director efectiu del diari «Ahora»” (Xammar, 1991: 359).

Ahora aparecía en un momento en el que el periodismo ocupaba un lugar central en la vida política y social de Madrid, como observa el siempre agudo e irónico, aunque, en este caso, hiperbólico, Josep Pla:

Hay una vida periodística [en Madrid], que es infinitamente más intensa que en Barcelona – donde casi no existe– y tiene cierto interés. El periodismo, como mínimo, llena la vida mental de la gente cultivada del país. El interés por los libros es escaso –paupérrimo–. El periodismo sirve para cambiar impresiones con los amigos y para salir a pasear con ellos, un rato, al atardecer, antes de ir a tomar un aperitivo, que en esta época suele ser el vermut con aceitunas (1933: 11).

El primer número del nuevo diario salió a la luz el 16 de diciembre de 1930, a un precio de diez céntimos¹¹⁰, con una imagen de la sublevación de Jaca en primera plana. En la segunda página de esa edición aparecía su primer anuncio publicitario: “En toda buena reunión brillan las sedas Manón”. Esto nos da una idea de a qué público iba dirigido el diario: fundamentalmente, la clase media, según Jesús de Juana (29). Aunque cabría añadir que el diario, como la revista *Estampa*, del mismo grupo editorial, le prestaría especial atención al público femenino. Baste como ejemplo el resto de la publicidad en ese mismo número, donde se cuentan anuncios de Almacenes San Mateo, Sederías de Lyon, carbón para las cocinas... El número en cuestión salió a la calle con cuarenta y ocho páginas, aunque la media del diario sería de treinta y seis, espacio del que la publicidad supondría entre un 15 y un 20 por ciento (Juana, 1988: 28). En cuanto al contenido, llama la atención con respecto al resto de diarios la amplia cobertura a la información financiera y a los deportes.

En lo referente a los salarios, como ya hemos visto con anterioridad, Jesús de Juana (34) asegura que tanto *Ahora* como *Estampa*, “bajo la presión constante de Chaves Nogales y Sánchez-Ocaña [subdirector de dicha revista y amigo personal de Chaves], alcanzaron niveles salariales bastante respetables”:

El sueldo mínimo que puso la República para los redactores era de 300 pesetas, sin embargo esta cantidad era superada ampliamente entre los operarios de la cadena de publicaciones de Montiel según datos del profesor Bernard Barrera, el cual afirma que en 1935 los periodistas de *AHORA* cobraban 675 pesetas mensuales a las que añadían reportajes y artículos firmados que eran pagados a 100 y hasta 200 pesetas, sin que nunca se bajara de un mínimo de 60 pesetas. Los pequeños cuentos completos y las novelas cortas que se incluían semanalmente en la edición dominical estaban pagados a 200 pesetas. Los grandes colaboradores, los consagrados, tenían unos precios especiales por sus artículos que variaban a partir de 250 pesetas, siendo Pío Baraja, Unamuno y Madariaga y alguno más ocasionalmente, los que marcaban el ápice en este aspecto, llegando a abonárseles hasta 500 pesetas por artículo (Juana, 1988: 34-35).

El nuevo diario tuvo un éxito inmediato, llegando a sobrepasar los doscientos mil ejemplares diarios (el 25 por ciento de los cuales se quedaba en Madrid), convirtiéndose así en el periódico más leído de España (Juana, 1988: 36). Las razones del éxito, según Jesús de Juana (1988: 38) fueron fundamentalmente tres: el sensacionalismo, la moderación y el espacio que el diario le daba al entretenimiento. A

¹¹⁰ De Juana (1988: 35) refiere que éste era el precio de salida de los números ordinarios, siendo de quince céntimos el de los domingos; pero con la llegada de la República subieron a quince y veinte céntimos respectivamente.

esto habría que añadir, al menos, otros cuatro factores más: la excelsa información gráfica, la calidad de los reportajes y artículos, una amplia red de corresponsales¹¹¹ y el prestigio de algunas de las firmas que aparecían en el periódico, como las de Pío Baroja, *Gaziel*, Unamuno, Valle-Inclán, Ossorio y Gallardo, Madariaga, Azorín, Marañón, de la Serna, Maeztu o D'Ors (Cintas, 2011a: 115). Según le contaba a Cintas (2002: 183) el periodista Manuel Cerezales, colaborador de *Ahora* en aquellos años, fue el empeño de Chaves en “elevar el nivel en las colaboraciones del periódico” el responsable de esa notable cartera de colaboradores. Además, la relación de Chaves con muchos de ellos era buena y algunos frecuentaban la casa del periodista, como Baroja, Valle-Inclán o Unamuno, según la hija de Chaves, Pilar Chaves, quien asegura: “En aquellas cenas se reunían varios, todos estos de los que hemos hablado. [...] ahí veía que la opinión de mi padre era especialmente escuchada y respetada por el resto” (cit. en Ramírez, 2020).

En lo referente a la línea editorial, Seoane y Saiz (1996: 430) la califican de “centro derecha”, aunque matizan que durante el primer bienio de la República, a pesar de estar en contra de los socialistas, “ofreció su apoyo a Azaña, que a través de su redactor-jefe, Chaves Nogales, inspiraba a veces la línea editorial del periódico”¹¹². En este sentido, Fuentes y Fernández (1998: 228) aseguran que “entre los rotativos de mayor circulación, sólo *Ahora* se mostraba receptivo a la línea política del Gobierno Azaña, pero desde una posición más bien conservadora y sin perder el carácter independiente y apartidista que le había llevado a ser uno de los más populares de la capital”¹¹³. Por su parte, Jesús de Juana (1988: 45) afirma que, si bien *Ahora* “nació con la clara intención de ser rival de *ABC*”, a partir del 14 de abril de 1931 “la diferente postura que van a adoptar ante el nuevo régimen les va a colocar políticamente distantes”¹¹⁴. No obstante, la diferencia entre ambos periódicos era patente desde el

¹¹¹ De Juana (1988: 43) hace una relación de los mismos: “Francisco Melgar, en París; Eugenio Xammar en Berlín; Luis Baeza en Londres; Luis González Alonso en Roma; Joao de Sousa Fonseca primero, y Amancio Cabral después, en Lisboa; Carlos Micó en Buenos Aires; Aurelio Pego en Nueva York; Luciano Prados en Bruselas. De una forma ocasional ejercieron este trabajo como enviados especiales otros periodistas, como Julio Camba en Londres, Mauricio Frasco en Shangai...”, por no hablar del propio Chaves Nogales en Alemania.

¹¹² Sobre la relación de Chaves y Azaña ahondaremos un poco más adelante.

¹¹³ Luis Montiel, propietario y director de *Ahora*, aseguraba en el banquete de celebración del segundo aniversario del periódico, el 26 de diciembre de 1932, lo siguiente sobre la independencia del mismo: “Se ha dicho alguna vez, y se insinúa arteramente con cierta frecuencia, que la propiedad del periódico *Ahora* había sido enajenada o comprometida en la formación de un supuesto *truts* periodístico cuya finalidad esencial era el servicio a una determinada política. Frente a estas insinuaciones, que tienden a quebrantar el crédito de imparcialidad que de día en día adquiere nuestro periódico, quiero hacer constar de manera terminante que nuestra Empresa no ha tenido nunca, ni tiene, ni tendrá mientras esté en mis manos relación alguna, directa ni indirecta, con ningún grupo o sector político, ni supeditará sus informaciones y sus comentarios a la norma que le trace ningún partido ni hombre público alguno, ni mucho menos se pondrá al servicio de ningún Gobierno” (sin firma, 1932c).

¹¹⁴ Las diferencias entre ambos diarios derivaron en un enfrentamiento abierto en el que *Ahora* le recriminaba a *ABC* su hostilidad hacia la República: “¿Es que se pretende que haya en España un sector nacional que ha de seguir, en una guerra viva, contra el Estado y apartándose como de leproso de aquellos a quienes el país confió sus destinos?”; mientras que el segundo acusaba al primero por la

primer número de *Ahora*, como refleja el editorial que aparece en el mismo referente a la sublevación de Jaca, el 16 de diciembre de 1930, que si bien no tiene firma, tiene la impronta inequívoca de Chaves Nogales y es un fiel reflejo de la postura que el periodista mantendría a lo largo de toda su vida y la que el periódico defendería hasta su confiscación en 1936:

Cuando se comienza a abrir el cauce legal dentro del que pueden desarrollarse las luchas políticas a la manera de los países civilizados, esta apelación a la fuerza es lamentable y dolorosa. Sólo cuando se hallan absolutamente cerrados todos los caminos legales es explicable recurrir a la fuerza. Pero en realidad, la violencia es siempre ineficaz. Cuando una masa arrolladora de opinión quiere de veras una transformación política, ésta sobreviene normalmente, mientras que nunca logrará una minoría turbulenta imponerse por la violencia al país. España necesita vivir normalmente para resolver sus problemas interiores y afirmar su prestigio ante el extranjero (sin firma, 1930).

Cabe destacar de este editorial una frase que resulta especialmente clarividente, cinco años y medio antes del estallido de la Guerra Civil: “[...] no puede tolerarse que una serie de movimientos irreflexivos creen un ambiente de violencia y encono que nos haga retroceder muchos años en nuestra historia” (4). A pesar de las críticas que recibió por dar la bienvenida a la República, por parte de “los «republicanos de toda la vida», que se apresuraron a tildarlo de periódico «frigio», y sobre todo de los monárquicos” (Seoane y Saiz, 2017: 214-215), la postura que adoptó ante los hechos de diciembre de 1930 es perfectamente coherente con la que expresó en el editorial del 15 de abril de 1931:

Ayer se ha proclamado en España la República. Era la consecuencia natural del abrumador plebiscito del domingo, y hay que celebrar que el tránsito se haya verificado sin violencias ni enconos, en un ambiente de ciudadanía que no hay exageración en llamar ejemplar. [...] Desde su primer número AHORA ha venido abogando por un régimen de orden, de normalidad y de respeto a la Ley, en que la violencia inútil se sustituyese por la contienda legal fecunda. Por creer que el régimen caído podía suministrar ese ambiente, lo hemos defendido lealmente hasta los últimos momentos. Hoy, ante el régimen nuevo, venido pacíficamente a raíz de una consulta al Cuerpo electoral y por obra de ella, nuestra actitud sigue siendo la misma (sin firma, 1931a).

Por otra parte, podemos ver lo que los promotores del diario decían del mismo en una declaración que aparecía el 15 de noviembre de 1930 en *Estampa*, también propiedad de la empresa Sucesores de Rivadeneyra¹¹⁵, de Luis Montiel:

Ahora será un periódico *absolutamente independiente, sin ningún contacto con partido político alguno ni con ninguna de las personalidades que actúan, puedan actuar o hayan actuado en la política española*. Esta afirmación queda hecha de una vez y para siempre. *Ahora no será, pues, periódico ministerial, en ningún caso, ni servirá jamás de escabel a ningún grupo político*. Esta afirmación nuestra podría parecer gratuita, si no estuviera avalada por la naturaleza misma de nuestra Empresa. *Ahora* es un periódico planteado industrialmente que no tendrá más medios de vida que los que le proporcionen sus lectores y anunciantes. El esfuerzo económico que nuestra Empresa puede hacer para presentar un diario con todas las perfecciones técnicas de nuestro

supuesta “cínica apostasía con que saltaron del monarquismo a la República en veinticuatro horas” (cit. en Juana, 1988: 46).

¹¹⁵ Dicha empresa era el resultado de la fusión de Papelera Madrileña Luis Montiel, S.A., Gráficas Excelsior (adquirida por Montiel en 1916) y Sucesores Rivadeneyra (adquirida por el mismo en 1919), que tomó el nombre de ésta última (Juana, 1988: 33).

tiempo, se debe también al público –lectores y anunciantes–, ya que *Ahora* nace del éxito de *Estampa* y no depende financieramente más que de la Empresa editora de esta publicación, cuyo único accionista, don Luis Montiel, será al mismo tiempo Director y propietario del nuevo periódico. Esta independencia económica es la mejor prenda de nuestra independencia política (sin firma, 1930a).

2.4.3. Haciendo la República

Sea como fuere, y como remarca Jesús de Juana (1988: 21-22), a pesar de ser el periódico más leído de España, *Ahora* “no modificará los comportamientos de los partidos, no condicionará el desarrollo y evolución de los eventos históricos; su influencia en el acontecer diario de la sociedad española será bien escasa”. Aunque asegura que sería “testigo excepcional de su tiempo”, y constituiría “la imagen representativa de la mentalidad de un gran sector de la sociedad que [...] no tendrá el abogado político firme y coherente que en virtud de su actividad y su número debía corresponderle”. En este sentido, Julián Marías (2012: 55) señala que durante la República se ejerció, por parte de los partidos más extremistas y minoritarios, una tracción en el cuerpo social hacia los extremos “que *no querían convivir* con los demás”. Asimismo, denuncia que los intelectuales más sensatos fueron desoídos y encontraron grandes dificultades para hacerse escuchar:

[...] se les opuso una cortina de resistencia o difamación, funcionó el partidismo para oírlos “como quien oye llover”; llegó un momento en que una parte demasiado grande del pueblo español *decidió no escuchar*, con lo cual entró en el sonambulismo y marchó, indefenso o fanatizado, a su perdición (58).

Y no fueron pocos los que advirtieron el desastre que se acercaba, entre ellos el propio (y muy joven) Julián Marías, Salvador de Madariaga (colaborador de *Ahora*), o algunos de los integrantes de lo que Fuentes y Fernández (1998: 193, 221) han denominado la “Edad de Oro” del periodismo español, como Agustí Calvet, *Gaziel*, que lo hizo tanto en las páginas de *Ahora* como en las de *La Vanguardia*, de la que llegó a ser director. Sin duda, entre esos intelectuales que vieron venir el desastre y no fueron escuchados podemos contar a Manuel Chaves Nogales, quien desde muy pronto mostró su entusiasmo por la República¹¹⁶ y no tardó en denunciar a sus *enemigos*, cualquiera que fuera su situación en el espectro político, como veremos en el siguiente apartado.

Dicho entusiasmo queda notoriamente acreditado en la única filmación que se conserva del periodista sevillano, rescatada por Daniel Suberviola y Luis Felipe Torrente (2013a), e incluida en el documental *El hombre que estaba allí*. En dicha grabación, al pie de la escalinata de las Cortes, en la Carrera de San Jerónimo de

¹¹⁶ De hecho, Chaves sería miembro fundador de la Liga de Periodistas Republicanos, establecida el 1 de noviembre de 1932, según Pérez Álvarez (2014: 208).

Madrid, y rodeado por una multitud, aparece Manuel Chaves Nogales aplaudiendo al recién nombrado presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, el 11 de diciembre de 1931. El gesto y la actitud entusiastas del sevillano no dejan lugar a dudas: su adhesión al nuevo régimen era total, como podemos apreciar en este fotograma:



Chaves Nogales (en el lado derecho de la imagen) aplaudiendo al presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora. Fotograma del documental *El hombre que estaba allí* (la marca es añadida).

Desde el diario *Ahora* el periodista hará apología del nuevo régimen y contribuirá a divulgar las ideas del Gobierno provisional y del primer gobierno de Manuel Azaña, tanto desde su posición de subdirector (marcando la línea editorial del periódico y escribiendo algunos editoriales) como ejerciendo de reportero. En este último papel, publicaría entre 1931 y 1932 dos ciclos de crónicas y uno de entrevistas que servían a ese fin. El primero de estos ciclos lo componen las crónicas que el periodista escribió sobre el viaje del ministro de Estado, Alejandro Lerroux, en mayo de 1931 a París y Ginebra, donde hablaría ante el Consejo de la Sociedad de Naciones. El diario justificaba así el envío de Chaves Nogales para la cobertura del acontecimiento:

La primera salida a Europa de la República española tiene un interés esencial para nuestra Patria. Por creerlo así, AHORA ha enviado a Ginebra, para hacer la información del viaje del ministro de Estado, a nuestro subdirector, Manuel Chaves Nogales (2013: 265).

Plegándose completamente a la posición de Lerroux al respecto, Chaves aseguraba en su crónica del 19 de mayo que “España, amiga de todos, servidora sólo de su propio interés, es un pueblo con el que hay que contar, pero no como se cuenta con los criados” (269). Hay incluso cierto tono hiperbólico en la crónica del día 21: “Todos los comentarios coinciden en señalar el discurso del señor Lerroux como el de un gran hombre de Estado, preparado para una trascendental obra internacional” (271). Por si

quedase alguna duda, en la misma crónica, el periodista mostraba con claridad su posición con respecto al nuevo régimen: “España con la República ha recobrado su independencia moral y se halla en condiciones de poder inclinarse siempre hacia las soluciones de mayor justicia” (277).

El segundo ciclo está compuesto por siete extensas entrevistas al presidente de la República y a seis miembros del nuevo Gobierno, incluyendo al jefe del Consejo, Manuel Azaña. Entrevistas que, como ha comentado Cintas (2011a: 134), tenían como objetivo la “clarificación de las posturas del Gobierno ante los españoles”. Cada domingo entre el 8 de noviembre y el 20 de diciembre de 1931 aparecerían publicados sucesivamente los testimonios de Manuel Azaña, Alejandro Lerroux, Francisco Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Marcelino Domingo, Niceto Alcalá-Zamora y Francisco Maciá. Salvo este último, que hacía un discurso fundamentalmente demagógico, el resto de entrevistados se ceñían a la exposición de temas inmediatamente prácticos, todo ello sin las interrupciones del periodista, que publicó las entrevistas en forma de monólogo omitiendo sus preguntas y tan sólo añadiendo al discurso de los entrevistados sendas introducciones, por lo demás, de gran interés. En ellas Chaves trazaba la silueta que cada uno de los siete políticos proyectaba sobre la actualidad política del país.

Especial interés tiene la introducción de la entrevista a Largo Caballero. No por el perfil que trazaba Chaves de éste, sino por el que hacía de la línea editorial de *Ahora* en contraste con la postura del líder socialista, en parte, como justificación ante los lectores más conservadores del periódico. No obstante, dicha declaración no está exenta de ecuanimidad:

Ajenos nosotros a esta política [la socialista] y sustentando un criterio diametralmente opuesto en muchos casos a la táctica y al ideario socialistas, hemos creído, sin embargo, nuestro deber de informadores imparciales reflejar con la mayor extensión y exactitud cuáles son los puntos de vista de una de las personalidades más relevantes del socialismo español (1052).

Asimismo, en la introducción a la entrevista a Fernando de los Ríos, a pesar de mostrar su respeto por el intelectual socialista, Chaves señalaba el desencuentro de *Ahora* con la posición del ministro de Justicia:

Frente a esta amplia concepción que de la República tiene el profesor de los Ríos, creemos que hay otras interpretaciones más modestas y realistas que, a nuestro juicio, nos evitarían los peligros que puede llevar al país esa vastedad de las reformas que se quieren acometer (1065).

He aquí, aplicada a la actualidad política más inmediata, la medida de Chaves Nogales y su sentido clásico de límite, su apego por la ya mencionada *medida de lo humano*. Por lo demás, en 1931, cuando la República todavía conservaba casi intacta la fuerza del primer impulso y la guerra no podía ni imaginarse, esta advertencia resultaba especialmente clarividente. En el mismo sentido, en relación a las declaraciones que Marcelino Domingo vertía en su respectiva entrevista, advertía Chaves: “No creemos

nosotros [...] que sea compatible la obra de gobierno que hoy necesita España con el mantenimiento de la dirección extremista que el partido radical socialista se obstina en mantener” (1082). Y, en el caso de la introducción de la entrevista de Alcalá-Zamora, personaje por el que Chaves Nogales sentía una gran simpatía, como veremos un poco más adelante, el periodista hacía una vez más un ejercicio de desmitificación: “Hemos creído [...] que en este instante en que el hombre se transforma en Poder moderador, en este momento de deshumanización, pudiéramos decir, lo más importante era hacer hablar al hombre de sí mismo, de su mecanismo intelectual” (1091-1092).

No obstante, la introducción que más nos interesa para el posterior desarrollo del presente trabajo es la de la última entrevista de ese ciclo, la de Francisco Maciá, en la que Chaves describía el arquetipo del demagogo, representado en la figura del político catalán, instintivo y sentimental:

Maciá es hombre de acción que ha reflejado siempre su pensamiento en la eficacia de las resoluciones mejor y con más fidelidad que en la fría exposición de su ideario. Prefiere dejarse llevar por el torrente sentimental que impulsa sus actuaciones a perderse en prolijas justificaciones verbales (1101).

Finalmente, el tercer ciclo al que nos hemos referido es el conjunto de crónicas fruto del seguimiento que Chaves hizo del viaje del presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, al Levante español en la primavera de 1932. Lo más destacado de esas crónicas es el perfil humano que el periodista traza del político, un “hombre bueno, fundamentalmente bueno”, según Chaves (2013: 292), quien nos relata algunas anécdotas entrañables por medio de las cuales nos conforma una idea de la calidad humana del presidente de la República. Por ejemplo:

Su Excelencia no se ha acostumbrado todavía a esa impasibilidad con que los cortejos de los Jefes de Estado deben atravesar, hendiéndolas, a las multitudes. Pasa siempre con el alma en un hilo, por si un chiquillo se atraviesa, por si un caballo de la escolta se desmanda o un auto se despista. A la cabeza de su brillante séquito y rodeado de una muchedumbre que le aclama, don Niceto tiene siempre el aire apacible de un ciudadano cualquiera entre millares de ciudadanos. [...] don Niceto avanza, con su bastón de hombre de provincias al brazo, con su sombrero flexible echado sobre la frente, su traje mal cortado y sus botas de carterá, para decir sencillamente: “Buenas tardes, señores. ¿Cómo están ustedes?”, con la misma entonación cordial con que los campesinos de su tierra echan el “A la paz de Dios”, con que se recibe a la buena gente (369)¹¹⁷.

Asimismo, refería el periodista que, en Mallorca, la caravana presidencial se pasó un pueblo en el que esperaban (al estilo de *Bienvenido, Mister Marshall*) el paso del presidente. Cuando éste fue informado de ello, dijo: “¡Caramba! Nos estarían esperando. No podemos hacerles ese feo”, e hizo dar media vuelta a la comitiva (370). Dice Chaves que el presidente fue objeto de un ferviente homenaje por parte de aquellos aldeanos, “que cuando se creían desdeñados por la más alta representación del Estado,

¹¹⁷ Aquí cabe recordar una de las razones a las que Julián Marías (2012: 42) atribuía el fracaso de la República: “No se ha sabido casi nunca –en España, en 1931, desde luego no se supo– crear una imagen afirmativa y atractiva de la condición civil (y civilizada), de la libertad y la convivencia”.

[...] se encontraban con aquel buen señor que, humildemente, les pedía perdón por haber pasado sin verles”¹¹⁸ (371).

Otra muestra inequívoca del apego que Chaves Nogales sentía por el nuevo régimen es su relación con Manuel Azaña, la persona que mayor poder acumuló en los primeros años de la República. Chaves y Azaña eran viejos amigos¹¹⁹ de las tertulias de Madrid. Según cuenta Pilar Chaves, hija del periodista, el político de Alcalá se veía con el periodista sevillano a menudo: “Sí, a Azaña lo veíamos mucho. Tenían una relación muy estrecha. Confiaban el uno en el otro. ¿Sabes? Azaña solía decirle a mi padre: «Manuel, acabarás siendo alcalde de Madrid»” (cit. en Ramírez, 2020). Asimismo, no cabe duda de que Azaña gustaba de la compañía de Chaves y de la de otros viejos conocidos, como Sánchez-Ocaña o Carabias, en los recesos de las sesiones en Cortes¹²⁰, y de que se servía de Chaves para que, como subdirector de *Ahora*, apoyase al Gobierno en algunas cuestiones concretas. Sin embargo, no es menos cierto que Azaña hacía esto último con otros periodistas de *El Sol*, el *Heraldo* y *El Liberal*, y tenía muy buena relación con Luis Bello y Martín Luis de Guzmán, ambos de su círculo más íntimo junto a Cipriano Rivas Cherif. Además, en cierta ocasión, Azaña, recurrió a varios periodistas para que respondieran a un artículo de Ángel Ossorio publicado en *Luz* en el que éste lo acusaba de abusar de su poder. Entre los periodistas a los que llamó Azaña estaba Chaves Nogales, quien le dijo que escribirían algo dentro de sus posibilidades (pues Ossorio era una de los colaboradores más prestigiosos de *Ahora*), pero que convenía que Luis Bello escribiera un artículo más personal. Azaña (2000: 473), tras recibir largas como las que le daba Chaves de varios periodistas, hablaba de la “virilidad de estos amigos, y de su temor a comprometerse”. En cualquier caso, como señala Pérez Álvarez (2014: 207), en noviembre de 1934, Chaves fue uno de los firmantes del manifiesto de apoyo a Azaña tras su encarcelamiento por los sucesos de octubre de ese año.

Además, lo cierto es que Chaves colaboró activamente con Azaña en varias ocasiones. Por ejemplo, el 12 de enero de 1932, el periodista ejerció de Artemidoro y llamó a Martín de Guzmán, amigo de Azaña, para que fuera a la redacción de *Ahora* y escuchara lo que Bejerano, periodista de *Ahora* e íntimo del general Sanjurjo, tenía que decirle sobre el comportamiento sospechoso de éste, para que de Guzmán se lo contase

¹¹⁸ En esa línea, Pla (1933: 145) dice sobre Alcalá-Zamora: “Yo creo que este hombre es un bonachón”.

¹¹⁹ En la entrada de sus *Diarios completos* del 15 de julio de 1933, Azaña (2000, 908) refiere que se encuentra en el Congreso con Chaves y Carabias, a quienes saluda “afectuosamente”, porque es “viejo amigo suyo”. Asimismo, Carabias (1980: 183) asegura que Chaves, “hombre que rebosaba optimismo e ingenio”, a Manuel Azaña “le caía muy bien”.

¹²⁰ La relación con Azaña era próxima, pero a menudo confidencial, como es natural. Así lo ilustra este comentario de Chaves al político en uno de los recesos en las Cortes, según Carabias (1980: 183), que a su vez ilustra el carácter exigente de Chaves como redactor jefe: “A mí tampoco me gusta hablar con usted de política, entre otras cosas porque lo que oigo no lo puedo utilizar”.

a Azaña, quien, una vez más¹²¹, calificaba a Chaves de “amigo nuestro” (Azaña, 2000: 439). Asimismo, el 6 de mayo de 1932, Azaña escribió en su diario: “Llamo a Chaves, de *Ahora*, y a Cacho, de *El Sol*, y procuro infiltrarles algunas ideas para la información de sus periódicos” (507). Y en la ocasión ya mencionada¹²² en que Azaña se acercó a saludar a Chaves y Carabias en un receso de una sesión de las Cortes, Luis Miquel, copropietario de *Ahora*, que estaba presente, se ofendió porque Azaña no lo saludó, y cuando volvió al periódico le mandó a un redactor escribir un artículo atacando personalmente al político. Pero Chaves, cuando vio el artículo, se fue a hablar con Montiel y éste ordenó que no se publicase (908-909).

Por otra parte, Azaña desprecia a Montiel constantemente en sus diarios (378, 428, 469, 784). Montiel, mucho más conservador que Chaves, no era tan partidario del gobierno Azaña como el subdirector de *Ahora*. Pilar Chaves, la hija de Chaves Nogales, asegura lo siguiente sobre la relación de su padre con Montiel y Miquel:

Mi padre le dio un giro a la intención de Luis Montiel, que había pensado en hacer una cosa quizá no tan... liberal, no tan moderna. Yo creo que tuvo sus más y sus menos con Montiel, que había puesto su dinero, pero él tenía una idea muy clara de lo que quería hacer. Había un administrador financiero, Miquel, que apoyaba a Montiel y con el que también creo que hubo algunos roces. Pero el periódico funcionó con la fórmula de mi padre y tuvo un gran éxito. Así que, cuando Montiel, que era muy conservador y había dado el dinero para montar una cosa, quiso llevarlo a su terreno, el periódico ya andaba por su cuenta (Cintas, 2011a: 117).

El propio Chaves en el prólogo de *A sangre y fuego* hace referencia indirecta a su relación con Montiel:

Cuando iba a Moscú y al regreso contaba que los obreros rusos viven mal y soportan una dictadura que se hacen la ilusión de ejercer, mi patrón me felicitaba y me daba cariñosas palmaditas en la espalda. Cuando al regreso de Roma aseguraba que el fascismo no ha aumentado en un gramo la ración de pan del italiano, ni ha sabido acrecentar el acervo de sus valores morales, mi patrón no se mostraba tan satisfecho de mí ni creía que yo fuese realmente un buen periodista; pero, a fin de cuentas, a costa de buenas y malas caras, de elogios y censuras, yo iba sacando adelante mi verdad de intelectual liberal, ciudadano de una república democrática y parlamentaria (Chaves Nogales, 1937: 3-4).

Asimismo, de acuerdo con las actas del comité de incautación del periódico conservadas en el Archivo Histórico Nacional de Salamanca, en la sección *Guerra Civil*, recogidas por Mateos Fernández (2002: 52), cuando se declaró la Guerra Civil, Chaves se mostró a favor de la colectivización de la empresa editora de *Ahora*, hasta ese momento, propiedad de Montiel, y se convirtió, con el apoyo del consejo obrero, en director del diario, que cambió radicalmente su línea editorial. El periodista escribiría en *A sangre y fuego*: “Luché hombro con hombro con los revolucionarios, yo que no lo era, luché contra el fascismo con el arma de mi oficio. No me acusa la conciencia de ninguna apostasía. Cuando no estuve conforme con ellos, me dejaron ir en paz” (Chaves

¹²¹ Ver nota 119.

¹²² Ver nota 120.

Nogales, 1937: 6). Efectivamente, en noviembre, tras la marcha del Gobierno de la República a Valencia, emprendió él mismo el camino del exilio¹²³.

No obstante, la relación entre Chaves y Montiel, al menos hasta 1933, no debía estar muy deteriorada a tenor de las palabras de Chaves que recoge la noticia de la celebración del segundo aniversario de *Ahora*, que tuvo lugar el 26 de diciembre de 1932:

El subdirector de *Ahora*, don Manuel Chaves Nogales, en breves palabras, expresó la íntima satisfacción de la Redacción de *Ahora* y su adhesión a la Empresa, personificada en su director propietario, don Luis Montiel, al que, por iniciativa de los redactores, se rendirá en la intimidad de nuestra Casa un sencillo homenaje, consistente en la colocación en el salón de fiestas de *Ahora* de un busto suyo, cuya ejecución será encomendada a uno de nuestros primeros escultores y que costeará por suscripción el personal del diario y de las revistas *Estampa* y *As* (sin firma, 1932).

Y así nos vamos acercando a 1933, el año en el que el periodista viajaría a Alemania, como hemos visto, en la cúspide de su carrera profesional y en un contexto político que, como veremos a continuación, no haría sino complicarse para la República, y que sería la principal razón de dicho viaje.

¹²³ En este sentido, se ha generado cierta controversia sobre la postura de Chaves durante esos meses de la Guerra Civil que permaneció en Madrid al frente del diario *Ahora*, ya incautado a su propietario. Pero parece vano intentar invalidar la obra del periodista escrita en libertad durante la mayor parte de su carrera por unos meses en los que, además de no escribir ningún artículo, estuvo sometido al miedo por las represalias, que él mismo reconocería en el prólogo de *A sangre y fuego*: “En mi deserción pesaba tanto la sangre derramada por las escuadrillas de asesinos que ejercía el terror rojo en Madrid como la que vertían los aviones de Franco” (Chaves Nogales, 1937: 6), y que no era infundado, a tenor de este amenazante mensaje de *Claridad*, órgano de propaganda de la UGT tras la incautación de *Ahora*: “Salud a los compañeros de *Ahora*, y, repetimos: *cuidado con las maniobras*. Vigilen ellos. Nosotros estamos vigilantes” (cit. en Mateos Fernández, 2002: 51). Aunque la prueba más definitiva de su incomodidad ante la nueva situación fue su renuncia al puesto de director y su exilio en noviembre de 1936. En cualquier caso, todavía no se ha realizado ningún estudio pormenorizado y ecuánime sobre la posición del periodista durante esos meses, y sacar conclusiones sobre el particular resulta ahora mismo precipitado.

3. Contexto del reportaje “Cómo se vive en los países de régimen fascista”

3.1. Contexto histórico

3.1.1. Los enemigos de la República

Una vez repasada la trayectoria profesional e intelectual de Chaves Nogales hasta su llegada a *Ahora* y sus primeros pasos como subdirector de dicho diario, es el momento de fijarnos en el contexto más próximo a sus crónicas alemanas, que fueron publicadas en la primavera de 1933. Para esos meses la República, que había sido recibida con entusiasmo apenas hacía dos años en las calles de Madrid¹²⁴, ya comenzaba a presentar serias grietas en sus cimientos. Y, pese a su entusiasmo por el nuevo régimen, Chaves era plenamente consciente de la fragilidad del mismo, como muestra el testimonio de Pío Baroja, quien cuenta en sus memorias que un día, en la Navidad de 1932, estando en casa de Chaves Nogales, el ático de la Cuesta de San Vicente con vistas al Palacio Real y el Campo del Moro, le decía a éste:

–Amigo, ¡vaya una casa que tiene usted! ¡Qué panorama! Yo creo que viviendo en un sitio así no saldría a la calle nunca.

–Sí, esto está bien, no cabe duda; pero yo tengo la impresión de que todo esto es pasajero. Nosotros acabaremos en una buhardilla pobre de una callejuela de París.

–Pero, hombre, ¿por qué?

–Así lo creo.

–Pero ¿por qué?

–Esto de la República no marcha.

–Sí, puede ser, pero ¿hay algo en contra fuerte?

–Claro que lo hay.

–Yo no estoy enterado.

–Naturalmente, usted apenas sale de casa; pero esto marcha mal. Los conservadores y los reaccionarios, que al principio estaban asustados, van ganando terreno. Y, por otro lado, los comunistas están deseando que haya agitación para ver si dan un golpe a estilo ruso¹²⁵ (Baroja, 1944: 350).

En efecto, la previsión de Chaves se cumplió casi al dedillo. Y es que sabía bien de lo que hablaba, aunque no era el único que se daba cuenta ya por entonces de la gravedad de la situación, como ya hemos dicho. El 7 de abril de 1933, Agustí Calvet, *Gaziel*, publicaba en *La Vanguardia* un artículo titulado “Esto acabará mal”, en el que advertía:

Es algo dramático, aunque seamos todavía muy pocos los que lo veamos claramente, y poquísimos los que tenemos el valor de decirlo. El ambiente de España, ya de suyo poco propicio a los matices de sensibilidad política que componen el iris de la ciudadanía, por momentos se está enrareciendo y simplificando en dos zonas irreductibles, bárbaramente esquemáticas y cortantes, como el sol y la sombra de las plazas de toros: derechas e izquierdas,

¹²⁴ Pla (1933: 22-23, 35) relata el entusiasmo del pueblo madrileño los días 14 y 15 de abril: “Las escenas humanitarias han sido de una vivacidad enternecedora, cualquiera puede verse abrazado –y a veces besuqueado– de forma espontánea por un sinfín de personas enardecidas”.

¹²⁵ González-Ruano (1979: 172) comenta en sus memorias que “Chaves los últimos años en que tenía el problema económico resuelto los vivió amargado como por un presentimiento de derrota”.

reacción y revolución. Y lo espantoso es que, en el fondo, la República no interesa a unas ni a otras (*Gaziel*, 1933a).

El propio *Gaziel*, en uno de los artículos de su serie *Comentarios libres* fue tan clarividente como Chaves respecto al futuro inmediato de España: “Y, entre la revolución y la reacción, hecha una y otra con el mejor ánimo de salvarnos, a donde iríamos a parar es a otra temporal ruina de España, entre convulsiones probablemente violentas” (*Gaziel*, 1933b). Y es que, como Chaves Nogales, el periodista catalán era capaz de descifrar algunas líneas del “libro de la Historia, cuando la Historia no está todavía en los libros, sino que fluye y palpita” (*Gaziel*, 1936). Y también como Chaves, *Gaziel* entendía que “el deber más esencial de un publicista es el de practicar el modesto oficio de cicerone” e ir guiando a sus conciudadanos por la neblina del presente¹²⁶.

No obstante, si bien ambos periodistas criticaban los extremismos que habrían de llevar a la República al fracaso, *Gaziel* centraba más sus críticas en los partidos políticos, mientras que los análisis de Chaves tenían un sesgo epistemológico: se centraban en la concepción del mundo de aquellos ciudadanos que, a su manera de ver, tenían ideologías disparatadas y, consecuentemente, actuaban disparatadamente¹²⁷. En este sentido, son reveladores los dos reportajes que, por azar, Chaves publicó en la primavera de 1932 sobre sendos magnicidas: Ramón Casanellas (asesino de Eduardo Dato) y Pável Gorgulof (asesino del presidente francés Paul Doumer)¹²⁸. En el primero, publicado el 20 de marzo, el periodista recupera la entrevista que le hizo al asesino de Dato en su casa moscovita en 1928. Se trata de un reportaje de cierta longitud y estilo literario en el que Chaves describe la pobreza de los suburbios de Moscú y el rechazo de sus habitantes a las normas de cortesía burguesas (2013: 1114-1115). En la entrevista Chaves deja de manifiesto la banalidad de los motivos de Casanellas para asesinar al presidente Dato: “Eso fue lo que se terció; lo hubiera hecho todo” es la única explicación que ofrece Casanellas (1118)¹²⁹. Por su parte, Chaves añade:

¹²⁶ Estas palabras de *Gaziel* nos recuerdan a los versos del poema *La llarga nit*, de Vicent Andrés Estellés (1993): “[...] i tu sols estaràs despert,/ i tu estaràs despert per tots./ No t’han parit per a dormir:/ et pariren per a vetllar/ en la llarga nit del teu poble”.

¹²⁷ En ese sentido, Chaves (2013: 1717) acusaba en *La agonía de Francia* (1941) al pueblo francés de no haber estado a la altura de sus políticos, y no al contrario, como era habitual en los discursos anti-liberales.

¹²⁸ Ambos reportajes se publicaron después de que en enero de ese año tuvieran lugar las primeras revueltas protagonizadas por los anarcosindicalistas de la CNT, quienes, como explica Santos Juliá (2003: 501), “vieron en la legislación socialista un intento de marginarla y una traición a la verdadera revolución. A esa política opuso su tradicional forma de lucha obrera por acción directa y una continua gimnasia revolucionaria: las huelgas generales se sucedieron en Sevilla y Barcelona, en Vizcaya y Asturias, y muy pronto en Madrid y Zaragoza. Pero la CNT no era sólo un sindicato; su cabeza política, la Federación Anarquista Ibérica, organizó nada más aprobada la Constitución movimientos insurreccionales cuyo objetivo era el derrocamiento de la República”. Estos hechos debieron influir en la perspectiva de Chaves.

¹²⁹ Esa explicación y el retrato que Chaves hace de Casanellas –y el que hará sobre Gorgulof– recuerdan al juicio que Hannah Arendt (1963: 418) hacía sobre Eichmann: “Únicamente la pura y simple irreflexión –que en modo alguno podemos equiparar a la estupidez– fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo”.

No quiere –en esto pone un gran empeño– ser únicamente el autor de aquel atentado terrorista de tan escasa eficacia, y se cree en el caso de justificarlo refiriéndose constantemente al medio ambiente y a aquel difuso anhelo revolucionario de muchacho inculto que entonces sentía (1118).

Tan absurdo como el asesinato de Dato le resulta a Chaves el de Doumer, y tan banales los motivos de Gorgulof como los de Casanellas. El reportaje publicado al respecto por el periodista en *Ahora* el 15 de mayo también comienza de forma novelada. Se trata de un excelente ejemplo de periodismo crítico, esclarecedor y, por tanto, desmitificador. Frente a las versiones de políticos y periodistas franceses y españoles de izquierda y derecha interesados en colocar al asesino en el campo político contrario, Chaves explica con conocimiento de causa quién era realmente Gorgulof, autoproclamado “Dictador Verde”; pues el sevillano era seguramente uno de los periodistas occidentales que mejor conocía el entramado social y político del exilio ruso en Francia, merced a la minuciosa investigación que llevó a cabo en 1930 para escribir el reportaje “Lo que ha quedado del imperio de los zares”, del que ya hemos hablado¹³⁰, así como de la política en Rusia y la historia de su Revolución y Guerra Civil, gracias a su propia experiencia en el país soviético en 1928¹³¹ y al exhaustivo relato que, seguramente ya en 1930, le hizo el bailarín Juan Martínez, que daría lugar en 1934 al reportaje novelado “El maestro Juan Martínez que estaba allí”. Con la seguridad que le daban esos conocimientos, Chaves argumentaba contra los que imaginaban a Gorgulof bajo el auspicio de fascistas o bolcheviques, y lo colocaba en un contexto muy preciso: la Guerra Civil rusa. En el fresco que pinta el periodista, rico en matices, abunda en explicar el fenómeno de *los verdes*, un movimiento anarquizante que comenzó sin forma política, como simple y feroz defensa de los campesinos del sur de Rusia frente a los blancos y los bolcheviques al que se fueron sumando indistintamente anarquistas y elementos reaccionarios:

[...] tipos frenéticos de militares imperialistas cuya brutalidad aristocrática ni siquiera cabía en los cuadros del ejército blanco sometido al control de los aliados; popes delirantes que sólo hallarían equivalentes entre nuestros cabecillas carlistas¹³²; aventureros de toda laya, turcos, letones, persas; desertores del ejército blanco y del ejército rojo. Antiguos señores feudales desposeídos por la revolución, que al ver fracasado el orden establecido se tiraban de cabeza al máximo desorden; tipos autoritarios, imperialistas, reaccionarios, que, sedientos de venganza, se mezclaban a aquellas hordas con el insano deseo de que todo se hundiese pronto y con la ilusión de que de aquella matanza sin tregua surgiese un taumatúrgico principio de autoridad¹³³ (Chaves Nogales, 2013: 938).

De ese fermento surgió, según el periodista, Gorgulof, “uno de esos tipos iluminados que se construyen una teoría social disparatada y con arreglo a ella actúan disparatadamente, claro es” (939). He aquí de nuevo la banalización de los motivos del

¹³⁰ Ver apdo. 2.4.1.

¹³¹ Ver apdo. 2.3.2.

¹³² Chaves vuelve a utilizar el recurso de la comparación con la realidad española, que le sirve para acercar a figuras lejanas propicias a la mistificación al lector español. Este recurso es recurrente en las crónicas alemanas de 1933.

¹³³ De esta descripción se desprende el consabido rechazo del periodista sevillano a las catarsis políticas.

asesino político, poniendo especial atención en la representación del mundo que éste se hace. Así, el periodista resume la probable postura política de Gorgulof, y a su vez, por contraste, la suya propia con gran claridad:

La democracia, la contemporización y el equilibrio de todas las fuerzas populares por medio de un régimen continuo de equilibrio inestable tiene que ser fatalmente el gran odio de estos tipos de delirantes que sueñan con el taumatúrgico poder de un milagroso dictador que cortando cabezas imponga en el mundo una paz de cementerio (940).

En esta misma línea se expresaría el periodista en 1943. Refugiado en Londres en plena guerra mundial ya con la experiencia de haber sufrido la guerra y el miedo a la represión política en sus propias carnes, escribiría:

La verdad es que si alguna esperanza tenemos de bienestar futuro no podemos deberla a ninguna doctrina salvadora, a ninguna concepción redentora de la Humanidad. Porque no las hay. Todo lo que se vislumbra en el porvenir es el redescubrimiento del liberalismo [...]. No se ha descubierto nada que sea superior a una asamblea deliberante, a un parlamento. Entre las dos guerras no hemos hecho más que un penoso camino de ida y vuelta a lo largo de un siniestro callejón sin salida. El totalitarismo, la autarquía, la deificación del Estado, la vuelta al medievalismo, el corporativismo gremialista y el caudillaje no llevaban a ninguna parte. [...] No será empresa fácil volver a descubrir el Mediterráneo (1535-1536).

Vemos aquí de nuevo la modesta y limitada *medida de lo humano* aplicada por Chaves a la política, que da como resultado soluciones consecuentemente modestas y limitadas, pero esperanzadoras. Como afirma Hannah Arendt acerca de la situación posterior a la Segunda Guerra Mundial: “Es como si la humanidad se hubiera dividido entre quienes creen en la omnipotencia humana ([...] si uno sabe organizar las masas [...]) y aquellos para los que la impotencia ha sido la experiencia más importante de sus vidas” (1948: 25). Lo que resulta más admirable de Chaves es que pertenece a un grupo intermedio, el de los modestos, incluso antes de que España y Europa sufrieran las catástrofes que habrían de asolarlas. De ese modo, esa crítica a las ideologías que le resultan disparatadas, en tanto que conducen al desastre, la extiende el periodista a los extremistas de derecha e izquierda que se comenzaban a alzar abiertamente contra el régimen republicano. Buen ejemplo de ello es el artículo que publicó unos meses después del fallido pronunciamiento del general Sanjurjo en Sevilla, acontecimiento que, según Cintas (2011a: 144), el mismo periodista narraría en sendas crónicas para *Ahora* entre el 12 y el 16 de agosto de 1932¹³⁴. En dicho artículo, publicado en *Ahora* el 25 de octubre de ese año bajo el título de “El colapso de Sevilla”, Chaves aseguraba que la República en Sevilla “ha sido una imposición que venía de fuera”¹³⁵, pues “Sevilla era conservadora y monárquica, como fatalmente lo ha sido siempre la aristocracia territorial de toda Europa” (2013: 1417). Esa era la causa, según el periodista, de que la

¹³⁴ De acuerdo con Cintas (2011a: 144), la firma de las crónicas es de Manuel G. Nogales, primo del periodista, “pero el estilo es de Manuel”. En lo referente a la parte menos informativa de las mismas, la suposición es verosímil, pero no podemos pronunciarnos, pues no las hemos analizado a fondo.

¹³⁵ Añade Chaves sobre este asunto que “para republicanizar la ciudad tienen que ir a Sevilla esos conmitones gallegos, esos gobernadores con aire de procónsules que les manda Casares Quiroga a los sevillanos” (2013: 1417). Esto nos recuerda el interés que, según Carabias (1980: 185), el propio Chaves manifiesta ante Azaña de ser gobernador civil de Sevilla. Ver apdo. 2.1.

República encontrara en Sevilla “esa resistencia sistemática que ha convertido en foco de rebeldía contra el régimen –por la derecha y por la izquierda– a la que tradicionalmente era la ciudad más dócil y gobernable de la Península” (1417). Asimismo, explicaba que en “casi toda España no ha ocurrido más que un cambio de régimen político”¹³⁶, mientras que en Andalucía se “está operando una revolución, una verdadera transformación social y económica”: la sustitución de la aristocracia territorial monárquica por una “burguesía liberal y republicana que no existe” (1418).

En ese contexto, describe el ambiente que “dio calor a la sanjurjada” (1419) así:

Sindicalistas y comunistas han intentado durante muchos meses ejercer su dictadura sobre la vida de la ciudad. Sevilla daba el gran salto: de un régimen casi medieval a unas experiencias marxistas y sorelianas predicadas por unos nazarenoides que sembraban la confusión levantando toda esa fauna de pistoleros flamencos, señoritos comunistas, reaccionarios de rifle y flor de lis, incendiarios profesionales, gente toda –de la derecha y de la izquierda– con un solo designio: hundir el régimen republicano (1418).

Chaves explica que, en ese ambiente, perdida la fe en la capacidad de gobierno de la República, incluso por parte de personas adictas al régimen, “fue dibujándose la ilusión del golpe de fuerza, la esperanza del puño fascista” (1419). Ya en 1932 el periodista había identificado la pinza que provocaría la crisis de la República. Y la ola de revueltas anarcosindicalistas y comunistas en el campo andaluz en enero de 1933¹³⁷ no haría sino agudizar el sentido crítico del periodista frente a aquellos que se oponían radicalmente al nuevo régimen. Ese mes, tres meses antes del viaje a Alemania e Italia, se trasladó a Andalucía para dar testimonio de unos sucesos que consideraba de la mayor importancia para la estabilidad del régimen. Como señala Cintas (2011a: 146), 1933 fue un año de intensa actividad profesional para él. El 11 de enero publicó varias noticias sobre el intento de huelga general en Sevilla y una crónica sobre los hechos de La Rinconada, donde un grupo de jornaleros había tomado el pueblo durante unas horas tras haber sido informados, según Chaves, de que la revolución social había triunfado en España. A pesar de que los daños causados fueron menores y de que la Guardia Civil no encontró mucha resistencia para restablecer el orden, el periodista juzgaba a los sublevados con gran dureza:

No hicieron nada. Es la verdad. Pero si en el Código penal de la República hubiera castigo para la tontería, la estupidez y la incultura, debieran condenarlos a cadena perpetua. Por tontos. Nada más que por tontos. Así aprenderán a recibir a esos personajes misteriosos que por pueblos y aldeas de Andalucía van diciendo a los sencillos campesinos esas palabras cabalísticas que,

¹³⁶ Esto, aunque con un sentido bien distinto, nos recuerda la irónica observación de Julio Camba sobre el cambio de régimen en su *Haciendo de República* (1934: 43): “[...] tuve que irme convenciendo de que son legión los republicanos que, habiéndose creído durante la Monarquía partidarios de un cambio de régimen, no fueron nunca, en rigor, más que partidarios de un cambio del nombre del régimen”.

¹³⁷ La situación no deja de tener similitudes con la descrita por Valle-Inclán en *La corte de los Milagros*, obra que Chaves conocía y admiraba (ver apdo. 2.3.4): “El pueblo vive fuera de ley desde los olivares andaluces hasta las cántabras pomaradas, desde los toronjiles levantinos hasta los miñotos castañares. Falsos apóstoles predicán en el campo y en los talleres el credo comunista, y las gacetas del moderantismo claman por ejemplares rigores. Entre tricornos y fusiles, por las soleadas carreteras, cuerdas de galeotes proletarios caminan a los presidios de África” (1927: 11).

cuando no se trata de gentes de buenos sentimientos, como en La Rinconada, siembran la muerte y la desolación. Como fue acontecido en Castilblanco¹³⁸... (407).

La advertencia no era en absoluto baladí si tenemos en cuenta lo que estaba ocurriendo en la localidad gaditana de Casas Viejas en el momento de la publicación de esa crónica. Sucesos que, en parte, dieron lugar a la aparición de dos artículos publicados por Chaves el 18 y el 20 de enero, respectivamente, bajo el elocuente sobretítulo de “Los enemigos de la República”, y que no eran sino sendos análisis sobre la naturaleza del comunismo y el anarcosindicalismo andaluces.

Desde el lugar de los hechos, Chaves intentaba aclarar en qué consistía ese espantajo informe que los periódicos conservadores llevaban semanas agitando, según el periodista: *el extremismo*. En el artículo del 18 de enero, titulado “10.000 comunistas”, Chaves decía haberse echado a la calle “a buscar opiniones, a discernir actitudes, a determinar qué fuerzas sociales estaban de uno y de otro lado” (1425). Aseguraba, en una labor esclarecedora, explicativa, que existía una gran distancia “entre la apariencia y el fondo, entre lo que parece ser y lo que verdaderamente es” la realidad política española (1425). Denunciaba que los monárquicos, “que han cometido el error punible de hacerse la vida imposible dentro del régimen republicano y no ven más tabla de salvación que la esperanza en un cataclismo” (1426), habían creado “ese fantasma multitudinario” de los diez mil comunistas sevillanos, “que arrastra sus cadenas por la oquedad retumbante de la Prensa enemiga del régimen” (1426-1427). Según él, no sólo no había diez mil comunistas en Sevilla, sino que no era posible encontrar uno solo que lo fuera realmente, por más que los reaccionarios españoles los necesitasen “para sabotear la política republicana” (1427). Chaves fundamentaba esa apreciación en dos argumentos. El primero era la incompatibilidad del carácter de los que se decían comunistas andaluces y el comunismo ruso, cuya deriva represiva, agudizada por el estalinismo, no había pasado desapercibida para el periodista¹³⁹:

¹³⁸ Sucesos ocurridos el 31 de diciembre de 1931 en la localidad pacense que tuvieron como resultado un manifestante muerto y el linchamiento de cuatro guardias civiles. Este suceso provocó una ola de sangrienta represión en los días posteriores en lugares bien alejados de Badajoz por parte de la Guardia Civil, cuyo ejemplo más contundente es el de la localidad riojana de Arnedo, con once personas muertas (entre ellos un niño de cuatro años y una mujer de setenta) y treinta heridos (Casanova, 2007: 58-60). Chaves, demasiado fiel al Gobierno, omite todo comentario –no digamos ya cualquier crítica– sobre esas represiones y el recurrente proceder de la Guardia Civil en esas situaciones, dejada en manos del poder militar por la República, que culminaría en los sucesos de Casas Viejas.

¹³⁹ En el mismo artículo Chaves, siempre atento a la realidad rusa, hablaba de los líderes españoles represaliados por Stalin: “Recientemente, Moscú ha excomulgado a los cuatro líderes del comunismo español, las cuatro cabezas visibles del comunismo celtíbero: Bullejos, Adame, Trilla y Vega, que aquí teníamos por comunistas al ciento por ciento y que atraídos a Moscú han estado retenidos por la garra imperial de la Gepeú, que no les ha dejado volver a España mientras no les ha tenido políticamente inutilizados”. Y preveía que “los que les han sustituido en la dirección del partido tardarán en ser excomulgados también lo que tarde en echar la vista sobre ellos el insobornable ojo de Moscú” (1427).

¡Mal amo Moscú! Es el patrono más implacable para con sus servidores. Pide ante todo algo que es exactamente la equivalencia del cuarto voto de los jesuitas: la obediencia ciega. Y aquí en España, donde sólo por esa capacidad de obedecer se odia a los jesuitas, no es de creer que Moscú vaya a encontrar muchos servidores de ese tipo (1427).

Por otra parte, sostenía que la rebeldía de los supuestos comunistas andaluces no era tal, sino que se trataba en realidad de envidia y de ambición. “El último gañán de Andalucía sueña hoy con mandar como manda Fulano o Mengano, que era gañán también, pero que con la República se ha rodeado de todos los instrumentos de poder del caciquismo”, aseguraba. Y añadía que los gañanes obedecían al señorito porque era un señorito, pero “al que tardarán mucho en aceptar será a este alcalde o este juez municipal que era pobre como ellos” (1429-1430). Sostenía esa teoría con varios testimonios muy ilustrativos, no exentos de humor ni, por tanto, de desmitificación. Y concluía que el “gañán comunista de Andalucía no quiere que los gañanes vivan mejor, sino dejar él de ser gañán” (1430), cosa que no podrían conseguir por medio del comunismo:

[...] que con su retórica importada ofrece el poder político a los gañanes. Si se les dijese que ese poder político no les ha servido en Rusia a los gañanes para dejar de serlo, sino para serlo irremisiblemente, cargando sobre ellos, además, la pesadumbre y la esclavitud del poder político, sin ninguna de las satisfacciones que lleva consigo el ejercicio del poder burgués, se llamarían a engaño (1430).

Esa confusión era, según el periodista, la base del supuesto comunismo andaluz. “Todo lo demás”, aseguraba, “cabe en cualquier programa liberal de justicia social, y si me apuran mucho, en los términos de la encíclica *Rerum Novarum*¹⁴⁰”. ¿Dónde radicaba, pues, según Chaves, la confusión, y quién tenía la culpa?:

Todo el prestigio de la organización comunista en Sevilla arranca de su labor benéfica a favor de los trabajadores del puerto. Sometidos tradicionalmente a la explotación inicua de los capataces del muelle, los obreros, organizados societariamente por un comunista, Barneto, han creído de buena fe que estas mejoras que ellos han conseguido, las jubilaciones, los turnos en el trabajo, los socorros de invalidez y de paro, son patrimonio del programa comunista. No es extraño. ¿Es que los que predicaban la encíclica *Rerum Novarum* o los propagandistas de los partidos democráticos acertaron a darles esos beneficios? (1430-1431).

El artículo del 20 de enero, por su parte, se centra en el anarcosindicalismo. Chaves conjeturaba que en las callejuelas de Córdoba, “el hombre, el ciudadano, tan venido a menos, tan empequeñecido, en medio de las grandes vías urbanas, recobraba su importancia, la enorme importancia de ser hombre” (1432). Y así “surgió el primer anarcosindicalista”, el parroquiano de taberna que le dice al mendigo que coja por la fuerza lo que es suyo (1432):

¹⁴⁰ Mucho habría que apurar para que las reivindicaciones de los obreros sevillanos cupieran en dicho documento, siendo la *Rerum novarum* una encíclica promulgada por León XIII en 1891 como refutación y alternativa al socialismo que comenzaba a extenderse entre los proletarios en las regiones más industrializadas de Europa. Además de refutar el socialismo, defendía, por ejemplo, la dignidad de la pobreza, la unión de las clases y la inevitabilidad de las desigualdades sociales (León XIII, 1891:38-40, 47-48). Hacía uso aquí Chaves, por tanto, de la exageración.

Este es todo el anarcosindicalismo andaluz. La bravata impresionante de los que, teniendo la suficiente sensibilidad para percibir la injusticia social, son incapaces de una reacción inteligente, de una actuación social lógica, perseverante y tenaz. Virtud o vicio de nuestra heroicidad racial. Es más fácil ser héroe un día que hombre durante toda una vida¹⁴¹. [...] incapaces, absolutamente incapaces de defender hora tras hora y día tras día su dignidad humana, su condición de ciudadanos y sus derechos de trabajadores frente a los poderes arbitrarios, feudales, que les han impedido llevar una existencia digna (1433).

De nuevo queda patente la sensibilidad social del periodista, que no era incompatible con su moderación y su rechazo a la revolución¹⁴². Por otra parte, su argumentación seguía la línea de lo expuesto en los artículos sobre Gorgulof y Casanellas, e insistía en la “esterilidad” de la acción anarcosindicalista, que se daba en España por la excepcionalidad y el atraso social de un país “en el que todavía se da con demasiada frecuencia el iluminado, el héroe, el hombre capaz de hacer barbaridades”¹⁴³ (1434). Para ilustrar su postura se refería a los recientes acontecimientos de Casas Viejas, de cuya tragedia, aseguraba el periodista con dureza, lo que más le acongojaba era “la inocencia paradisiaca de unas almas sacrificadas por la estupidez” (1437). Se planteaba si la democracia merecía la pena tanto como para tolerar los artículos y discursos “incoherentes” que empujaban a esos inocentes a un sacrificio inútil¹⁴⁴. “Hay, o debe haber, un Limbo para los héroes que se equivocaron, para el sacrificio estéril, para la heroicidad inútil y estúpida”, insistía. Y, siempre afín al gobierno de Azaña, justificaba su actuación¹⁴⁵ —¿estaría al tanto de la crueldad que la Guardia Civil empleó en la represión de Casas Viejas?¹⁴⁶—, y apelaba a la responsabilidad de todos para alzar “la voz de la razón” contra los propagandistas anarcosindicalistas (1437). Como

¹⁴¹ Ver nota 91. Asimismo, cabe aquí recordar un comentario de Chaves en una de sus crónicas sobre la colonización de Ifni, publicada el 16 de mayo de 1934: “[...] yo que desgraciadamente no tengo ninguna capacidad de emoción para las grandes heroicidades espectaculares, y que no sabría cantar con buen acento las glorias de los héroes de tipo legendario, experimento un emocionado respeto por estos hombres que cumplen sencillamente, cotidianamente, una función arriesgada; creo que lo más difícil del mundo no es ser héroe un día sino buen funcionario todos los días; estimo que para correr un riesgo, mínimo si se quiere, un día tras otro, se exige una heroicidad más templada, de más quilates, que la que se necesita, por ejemplo, para saltar el Atlántico en un avión una vez en la vida. Los héroes son siempre insoportables; cuando mejor quedan es cuando perecen en la demanda. En cambio el héroe de un día transformado en buen funcionario de toda la vida poniendo un poquito de heroicidad en cada jornada y conservando siempre el tono asequible y humano del funcionario es, a mi juicio, el ejemplar más estimable de hombre” (Chaves Nogales, 2013: 564-565).

¹⁴² “Todo revolucionario, con el debido respeto, me ha parecido siempre algo tan pernicioso como cualquier reaccionario”, aseguraba en el prólogo de *A sangre y fuego* (1937: 4).

¹⁴³ En un artículo sobre las revueltas anarcosindicalistas de La Rioja publicado en diciembre de ese mismo año, meses después de su viaje a Alemania e Italia, Chaves insiste en la idea del absurdo de esas revueltas y añade una hipótesis que no puede sino ser fruto de su experiencia en Alemania e Italia: “A los hombres de acción del anarco-sindicalismo, cuando se haya deshecho en España esta anacrónica utopía, que vamos liquidando a costa de lágrimas, no les quedará más que un camino abierto: el de ir a enrolarse a las escuadras del futuro fascismo. Con esos hombres se ha edificado el fascismo en todas partes. No con señoritos irritados, como cándidamente creen nuestros recientes fascistas” (1445).

¹⁴⁴ Se podría entender esto como un apoyo tácito a la Ley de Defensa de la República.

¹⁴⁵ Con palabras casi idénticas a las que utilizaría Azaña luego, el 2 de febrero, en su discurso ante las Cortes (ver Casanova, 2007: 71).

¹⁴⁶ Sí que tenía que estar al tanto del desmedido proceder de la Guardia Civil en Arnedo y otras localidades un año antes. Era un tema delicado para el Gobierno en ese momento precisamente (cuando la oposición le pedía explicaciones por lo ocurrido en Casas Viejas), que apenas tenía control real sobre ese cuerpo, en manos de unos militares que, como Sanjurjo, eran hostiles al régimen.

veremos en el apartado 4.9.5, esta no sería la única vez en la que su afán de protección al gobierno republicano y, en consecuencia, al nuevo régimen del que éste era adalid, haría al periodista abandonar la distancia crítica que solía mantener y la ecuanimidad, y, en consecuencia, ser injusto o parcial.

Finalmente, el último artículo publicado por Chaves antes de su viaje a Alemania e Italia, pese a tratar un tema completamente distinto, no deja de tener interés para ilustrar sus preocupaciones en ese momento. Se trata de un artículo en defensa de la candidatura de Ramón María del Valle-Inclán, al que le unía cierta amistad, para la dirección de la Academia de Bellas Artes de Roma publicado el 1 de febrero de 1933. De este artículo nos interesa destacar una idea¹⁴⁷: la defensa que hace el periodista de los heterodoxos y los discrepantes, y de la democracia como régimen que permite y promueve su existencia:

La capacidad de convivencia con los heterodoxos y el homenaje a sus valores es la esencia misma del régimen. Parecía muy lógico que la monarquía no aceptase nunca a un hombre como don Ramón, tal como es; pero la República tiene el deber de buscarlo porque son hombres así, precisamente así, los que justifican el advenimiento del régimen. [...] Si la República no puede soportar ese saludable papel de detractor que don Ramón se ha atribuido, peor para ella (1440).

Ante la crisis del Gobierno Azaña tras los hechos de Casas Viejas –que contribuiría decisivamente a su caída (Juliá, 2003: 505)–, agravada por los resultados de las elecciones municipales parciales de abril de 1933¹⁴⁸, y consciente del auge de movimientos extremistas y antidemocráticos a derecha e izquierda del espectro político, reflejo de modelos que habían triunfado en otros países, el periodista, que, como hemos visto, se había ocupado exhaustivamente hasta el momento de la desmitificación del régimen ruso, ve la necesidad, tras el nombramiento de Hitler como canciller en Alemania ese mes de enero, de acercarse a los nuevos referentes de éxito de la derecha española, el nacionalsocialismo alemán y el fascismo italiano, para ahondar en la crítica y desmitificación de los regímenes dictatoriales que devendrían en totalitarios y proteger así a la joven democracia española.

¹⁴⁷ Para un análisis más detallado de ese artículo, consultar Avilés López (2017).

¹⁴⁸ Ver Payne (2005: 54).

3.1.2. El oasis español: la República y el auge del fascismo en Europa

With the whole world crumbling, we pick this time to fall in love.
*Casablanca*¹⁴⁹

“No estamos de moda”, sentenciaba Alfonso XIII poco antes de abandonar el poder y dejar paso a la República (Carr, 1983: 162). Pero, si la Monarquía no estaba de moda, ¿qué lo estaba realmente? Hemos visto que la República fue recibida con entusiasmo, pero ¿era el advenimiento de una democracia parlamentaria lo que lo producía? A juzgar por las crónicas de Chaves, en muchos casos no era así. Su afán por combatir tanto las ideas de los golpistas de derechas como las de los anarquistas y comunistas, y de desmitificar tanto el régimen soviético como el nazismo y el fascismo son señales inequívocas de que el periodista pensaba que la República navegaba contracorriente en la Europa de los años treinta y que era necesario remar con todas las fuerzas posibles en la dirección de la democracia. De hecho, en la conferencia que ofrecería en el Ateneo de Sevilla el 23 de junio de 1933, al regreso de su viaje por Alemania e Italia, el periodista aseguraría, según la crónica de *El Liberal* de Sevilla sobre el evento, que en aquel momento España era “un oasis en el árido desierto mundial” (Gori, 1933).

Por otra parte, sobre el advenimiento de la República, Julio Camba (1934: 49), con su característico sentido del humor, advertía:

Todos estamos conformes en que, al votar la República, el pueblo no lo hizo precisamente por entusiasmo republicano. Aquel voto, más que un voto en pro, fue un voto en contra; pero no sólo en contra del rey, como es opinión corriente, sino en contra de todo un sistema que le tenía hartado y que equivalía, en política, al pollo de los hoteles en gastronomía o al tango argentino en la música.

Tanto Alfonso XIII como Camba, a su manera, no hacían sino señalar la aparición de la política de masas en la escena europea, que, por otra parte, coincidió esos años con el auge de la extrema derecha, en un contexto de crisis económica global. Como señala Hobsbawm (1995: 118), pese a la abundancia en Europa de regímenes electorales representativos, “en los veinte años transcurridos desde la «marcha sobre Roma» de Mussolini hasta el apogeo de las potencias del Eje en la segunda guerra mundial se registró un retroceso, cada vez más acelerado, de las instituciones políticas liberales”¹⁵⁰. Asimismo, Egidio León (1987: 31-32) explica que, “desacreditados el liberalismo y el parlamentarismo”, Europa “ha de hacer frente a los nuevos mitos de la posguerra”, sobre los que se sustentaban el fascismo y el comunismo. En ese mismo sentido, asegura que “el vitalismo y el irracionalismo que dominaban la filosofía de la

¹⁴⁹ Wallis (prod.) y Curtiz (dir.) (1942).

¹⁵⁰ Por su parte, Casanova (2007: 36) asegura que todas las repúblicas europeas que surgieron en los años veinte y treinta, “salvo la de Irlanda, y eso incluye a Alemania, Austria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Portugal y Grecia, acabaron acosadas por fuerzas reaccionarias y derribadas por regímenes fascistas o autoritarios”.

época tuvieron su encarnación en el fascismo y el recurso de la violencia de las masas para salir de su condición de explotadas” (31). A este respecto, Rougemont (1963: 349), abriendo un poco más el objetivo, añade:

Dos grandes escuelas de historiadores de la cultura se oponen respecto a este tema, no sin violencia, durante el período llamado de «entre las dos guerras» (1919-1939). Una, optimista por programa, continúa la tradición de las Luces, de la ciencia y de la técnica prometeicas y considera a Europa como una creación del Renacimiento. La otra, pesimista por posición más que por naturaleza, considera los grandes siglos (XI a XIII) de la Edad Media católica como la única Europa digna de este nombre. ¿Europa del Hombre y del porvenir contra la Europa de la Cristiandad y del pasado?

Ambas posturas se dan en un contexto de preocupación ante la decadencia de una Europa dividida frente a las grandes potencias emergentes. Egido León (1987: 28) insiste en la idea:

De estas dos escuelas se derivan dos actitudes diferentes en lo que respecta a una hipotética salvación de Europa. En la primera están todos aquellos que creen en una Europa librepensante, democrática, y no unida al ideal religioso, aunque no lo rechacen de plano en el ámbito individual. En esta línea están en España hombres como Ortega y Madariaga [o Chaves Nogales]. La otra identifica la auténtica Europa con aquella Europa medieval íntimamente enlazada con el catolicismo [la de la *Civitas Dei* de San Agustín y Carlomagno]. Sin duda, aquí la personalidad más destacada es la de Nicolás Berdiaeff que con su libro *Una nueva Edad Media* influirá directamente en España en hombres como Maeztu.

En efecto, esas tendencias incidieron notablemente en la opinión pública española (50). Por otra parte, como señala Casanova (2007: 18), “para amplios sectores del movimiento obrero organizado apoyar a la República no significaba defender una democracia liberal y parlamentaria”. Las razones de su apoyo, según Casanova, eran bien distintas:

Los anarquistas se sumaron al principio al ambiente festivo, a la «ilusión de masas y entusiasmos desbordante» que trajo la República. Porque la República abría muchas puertas a ese sindicalismo revolucionario roto diez años antes por el pistolerismo anarquista y de la patronal y silenciado por la Dictadura de Primo de Rivera. Le permitía ocupar de nuevo el espacio público y poner en marcha todos los resortes movilizados que identificaban a los anarquistas: la propaganda, la manifestación, el mitin y la incitación a la acción revolucionaria.

Como hemos visto ampliamente en el apartado anterior, el anarcosindicalismo no tardaría en convertirse en el primer problema serio de la República, a raíz de la Ley de Reforma Agraria, que les resultó demasiado “moderada”, mientras que a la derecha le pareció excesiva¹⁵¹ (Casanova, 2007: 52). Desestabilizado por los hechos de enero de 1933, el Gobierno Azaña quedó en una posición muy débil con respecto a una derecha que iba ganando fuerza y aglutinándose en torno a cuestión religiosa:

En menos de dos años, el catolicismo arraigó como un movimiento político de masas, apoyado por cientos de miles de pequeños y medianos propietarios rurales, y lanzó una ofensiva desestabilizadora que no concluyó hasta conseguir el objetivo de echar abajo las reformas y extirpar la amenaza revolucionaria (73).

¹⁵¹ Lo cierto es que el impacto real de la ley fue muy pequeño. Según Santos Juliá (2003: 500), “a finales de 1933 sólo se habían asentado 2.500 campesinos, ni siquiera una décima parte de los que lo habían sido gracias al decreto de intensificación de cultivos de noviembre de 1932”.

Como señala Hobsbawm (1995: 119), “el fascismo, primero en su forma italiana original y luego en la versión alemana del nacional socialismo, inspiró a otras fuerzas antiliberales, las apoyó y dio a la derecha internacional una confianza histórica”. En ese contexto se produce el viaje a Alemania e Italia de Chaves, quien no tardó en comprender la amenaza que en ese momento representaba para una República que comenzaba a estancarse¹⁵² la derecha antirrepublicana¹⁵³, que contaba con los vientos de cola del fascismo italiano y alemán. Dos meses antes de la publicación de las crónicas alemanas de Chaves, la aprobación de la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas había puesto a la Iglesia, ya bastante beligerante contra el nuevo régimen desde la quema de conventos de mayo del 31, en pie de guerra (Casanova, 2007: 44). La consecuencia más notable fue la aparición, según Casanova, del primer partido católico de masas de la historia de España: la CEDA¹⁵⁴, “que tuvo un destacadísimo papel en el acoso y derribo de la República” (77). Tras el fracaso de Acción Nacional en las elecciones de 1931, Gil Robles se proponía con la CEDA proporcionar a la derecha, por medio de la movilización de las masas, “la conciencia perdida de su fuerza” (82). Fue precisamente el 28 de febrero de 1933 cuando se inauguró el congreso fundacional del nuevo partido, que habría de servir de “paraguas político” a varias asociaciones de derechas que condescendieron a actuar en el marco de la República, lo que provocó la escisión del sector más radical y antirrepublicano:

Dominado y dirigido por grandes terratenientes, sectores profesionales urbanos y muchos ex carlistas que habían evolucionado hacia el “accidentalismo” [...] ese primer partido de masas de la historia de la derecha española se propuso defender la “civilización cristiana”, combatir la legislación “sectaria” de la República y “revisar” la Constitución (83).

No obstante, pese a no ser un partido fascista, la CEDA intentó utilizar el auge del fascismo en Europa jugando con su “hibridez”, según sostiene Egido León (1987: 224). Por otra parte, la aparición del partido católico coincidió esa primavera con la ofensiva de la patronal contra la presencia socialista en el Gobierno, que culminaría con la asamblea económico-social de julio de ese año, y la del Partido Radical, “empeñado desde su salida del gobierno en una política de obstrucción parlamentaria” (Juliá, 2003: 502); así como con la génesis del fascismo español (Casanova, 2007: 92). Todo ello, sumado a la caída de la República de Weimar, daba una sensación clara de que el

¹⁵² Carr (1983: 169-170) atribuye buena parte del fracaso de la República a la fragmentación política (había veintiséis partidos representados en las Cortes Constituyentes) y las dificultades que ello conllevaba tanto para el poder legislativo como para el ejecutivo, que componían una “insegura superestructura política” incapaz de resolver los grandes problemas sociales de su tiempo.

¹⁵³ Asegura Salvador de Madariaga (1979: 343) que a la izquierda le faltó en esos primeros años de la República “sentido político y moderación en el uso del poder”, que emprendió sus reformas “con el máximo de animosidad y el mínimo de cortesía”; mientras que la derecha actuaba con el mismo espíritu, “primero por ser la derecha, que normalmente encarna lo autoritario, de donde fácilmente se pasa a lo opresivo; y después porque por ser tan española como la izquierda, llevaba en la sangre el ceder a la tentación de confundir el poder con la arbitrariedad”.

¹⁵⁴ Esta afirmación podría ser cuestionable en tanto que en la asamblea de 1932 de Acción Popular “estuvieron presentes más de 350 delegados, representantes de 619.000 afiliados” (Juliá, 2003: 503), cifras propias de un partido de masas, si bien éste se convertiría en el núcleo fundamental de la CEDA.

péndulo de la historia no sólo oscilaba hacia la derecha, sino que lo hacía contra la democracia liberal. No obstante, España mantenía sus particularidades políticas, como señala Casanova (92):

El fascismo apareció en España más tarde que en otros países, sobre todo si la referencia son Italia y Alemania, y se mantuvo muy débil como movimiento político hasta la primavera de 1936. Durante los primeros años de la República, apenas pudo abrirse camino en un escenario ocupado por la extrema derecha monárquica y por la derechización del catolicismo político. Fascistas no eran, pese a que luego se identificaron con muchos de sus postulados, los grupos de la derecha monárquica, alfonsina o carlista, que apostaron desde el principio, aunque no con muchos recursos, por el derribo violento de la República.

En este mismo sentido, Jaume Vicens Vives (2012: 210-211) realiza el siguiente perfil ideológico de Falange Española:

En 1933 la Falange, muy poco numerosa, se componía de personalidades que habían servido a la Dictadura, de estudiantes católicos que aspiraban a una política de acción, de intelectuales nutridos del pensamiento de Ortega y Gasset y, por último, de admiradores de la obra llevada a cabo por el fascismo en Alemania y en Italia. No parece, pues, absurdo, atribuir la formación de su ideología a la influencia del fascismo y del nacionalsocialismo, previamente repensados, adaptados a la mentalidad española, según los principios del unitarismo castellano, del imperialismo y del antiliberalismo tradicionalistas y del catolicismo militante. Los otros elementos del sistema falangista –definitivamente establecidos en octubre de 1934– son propios del totalitarismo europeo: partido único, dignidad nacional, poder absoluto del Estado, dirigismo y autarquía económicos, antimarxismo, anticapitalismo, culto al mito revolucionario, exaltación de la violencia, etcétera.

Por su parte, Casanova (2007: 94) señala que el fascismo en España tuvo su origen en medios culturales y periodísticos: los introductores de la doctrina en España fueron Giménez Caballero y Ramiro Ledesma desde las marginales páginas de *Gaceta Literaria* y *La Conquista del Estado*, respectivamente. Este segundo intentó con la fundación de las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista) crear una fuerza paramilitar de tipo fascista, pero no tuvo mucho éxito de convocatoria. Sin embargo, la llegada de Hitler al poder habría de darle un importante impulso al fascismo español: “El triunfo de Hitler en Alemania atrajo el interés de muchos ultraderechistas que, sin saber todavía mucho del fascismo, vieron en el ejemplo de los nazis un buen modelo para acabar con la República” (95). Esa fue una de las razones que condujo a algunos monárquicos a contribuir ese año a la fundación de Falange Española –de inspiración más italiana que alemana, con tintes católicos tradicionalistas, en realidad–, que en las siguientes elecciones obtendría un diputado: José Antonio Primo de Rivera. Pero, pese a su poco peso sociológico, a partir de 1936 su capacidad de desestabilización y su influencia política se multiplicarían (Vicens Vives, 214-215).

Asimismo, la influencia de los fascistas italianos sobre sus homólogos españoles era evidente. Desde *La Conquista del Estado* se predicaba la idea de que el fascismo había devuelto a Italia la confianza y había unido al pueblo en una empresa común, como señala Egido León (1987: 476): “La reconstrucción de la «moral» de Italia, era, en este primer momento, el aspecto que más convenía destacar a los jóvenes «pioneros»

españoles que querían lo mismo para su patria”. Esta terminología resulta especialmente interesante, en tanto que es la misma que usa Chaves Nogales para referirse al régimen italiano en el prólogo de *A sangre y fuego*, que, a falta de las crónicas, nunca publicadas, de su viaje al país transalpino, nos sirve para hacernos una idea de la impresión que se llevó del mismo: “Cuando al regreso de Roma aseguraba que el fascismo no ha aumentado en un gramo la ración de pan del italiano, ni ha sabido acrecentar el acervo de sus valores morales [...]” (1937: 3).

En cualquier caso, la posición en política exterior de la República durante su primer bienio sería bien distinta a la del naciente fascismo español. Salvador de Madariaga (1979: 387-388) explica que el nuevo régimen, siguiendo el espíritu de Francisco de Vitoria¹⁵⁵, intentaría vivificar la Sociedad de Naciones y tener una participación activa en la misma, así como establecer una relación de alianza con el resto de democracias europeas, especialmente con Francia y Gran Bretaña. Por otra parte, Egido León (1987: 46) explica:

El factor ideológico pesará también en la actitud hacia Italia y hacia Alemania, en este último caso a partir de 1933, donde la existencia de regímenes fascistas no hacía prever una vinculación estrecha. No obstante, las relaciones oficiales se mantuvieron en el plano de la normalidad, si bien durante el segundo bienio se observará [...] un deslizamiento hacia una colaboración más estrecha con estos países, [...].

En este sentido, Viñas (2001: 80) asegura que con el advenimiento de la República las relaciones de España con Alemania se vieron ligeramente alteradas en el ámbito de la colaboración militar –sobre todo en lo referente al intercambio de oficiales–, que venía siendo habitual desde el final de la I Guerra Mundial¹⁵⁶. No obstante, hasta 1933, la llegada de la República, pese a aproximar a España a Francia e Inglaterra, no la había alejado de Alemania. Como señalaba el embajador alemán en Madrid, el conde Johannes von Welczeck, la prensa española admiraba el carácter progresista de la constitución de Weimar (Viñas, 2001: 118). Pero esa simpatía no habría de durar: la llegada de Hitler al poder generaría un inmediato rechazo en la opinión publicada liberal y de izquierda, si bien no alteraría sensiblemente las relaciones oficiales entre los dos países (119). En cualquier caso, los políticos de derechas intentaron un acercamiento a Alemania tanto antes como después de la llegada de Hitler al poder a pesar de que los intereses de ambos países no convergían especialmente, sobre todo a partir de 1933 (Payne, 1995: 189).

¹⁵⁵ Creador, junto a Francisco Suárez, del derecho de gentes, quien sostenía que ninguna guerra es útil si tan sólo sirve a los intereses de una nación y no a los de la humanidad, doctrina claramente contraria a la del nazismo y el fascismo (Rougemont, 1963: 84).

¹⁵⁶ Viñas (2001: 31-32) explica que Alemania desarrolló programas de adiestramiento de su personal y de producción de armas en el extranjero para poder burlar las restricciones que el Tratado de Versalles le imponía. En el caso de España, la colaboración se centraría fundamentalmente en el desarrollo de armas químicas y de submarinos y lanchas torpederas para la Marina.

En cuanto a la actitud de Alemania e Italia respecto a la República española, no es de extrañar que la posición de Mussolini hacia el nuevo régimen español fuese hostil desde un principio (191). Esto queda patente en los correos diplomáticos del embajador italiano en Madrid, Durini di Monza, que refiere con preocupación el acercamiento de la República a Francia mientras aquélla descuidaba sus relaciones con Italia (Saz Campos, 1986: 37). Asimismo, sugería una entente con el resto de países de Europa Occidental para presionar a favor de un gobierno que pusiera freno a las revueltas obreras en España (37). En ese sentido se movería la diplomacia italiana desde el comienzo de la República, manteniendo el contacto con grupos de la derecha que conspiraban contra el régimen. Durini reporta en sus informes para Roma movimientos de militares y fuerzas de derecha que preparaban un golpe para instaurar un gobierno autoritario en España (38). Llega incluso a establecer contacto en febrero de 1932 con el general Barrera. En un informe hace la siguiente observación: “[...] el interés por la organización del Estado fascista es desde hace algunas semanas muy vivo; he recibido repetidas peticiones de opúsculos y libros, tantas que tuve que pedir más al Ministerio de las Corporaciones” (39). Asimismo, el acuerdo para recibir armas del régimen fascista alcanzado por los sediciosos en abril de ese año con el ministro del Aire italiano, Italo Balbo, que no llegó a materializarse debido al fracaso de Sanjurjo (40), es la muestra más evidente de la postura de Italia y de su grado de intervención y hostilidad hacia el nuevo régimen español. Pese al fracaso de la sanjurjada, Italia continuó su actividad contra la República, según Egido León (1987: 481):

A partir de 1933, y sin duda intimidado por la competencia que empezaba a hacerle su «discípulo» alemán, Mussolini empezó a hablar de la internacionalización del fascismo y a cultivar el desarrollo de grupos filofascistas. En España el que más atrajo la atención de Guariglia, nuevo embajador italiano en Madrid, fue el de José Antonio [Primo de Rivera], aunque también en Italia pesaba la sospecha de que iban a utilizar su amistad, como en general todas las derechas españolas, para sus propios fines internos. A pesar de ello, Guariglia organiza a José Antonio una visita a Roma en verano de 1933.

El régimen italiano tenía puestas sus esperanzas en los jóvenes líderes Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera (Saz Campos, 1986: 58-59), quien, también en 1933, hablaba de la ineficacia del liberalismo y proponía un régimen que poco tenía que ver con la todavía joven República española: “Su nombre empieza por efe. ¿Puede decirse ya?” (Moreno Luzón, 2008: 731). Al parecer, Primo de Rivera se llevó una impresión bastante positiva de Mussolini (Egido León, 1987: 481), lo que contrasta con su experiencia en Alemania, donde apenas si tuvo una reunión protocolaria con Hitler (487). No obstante, desde el primer momento, fascinado por el meteórico ascenso de Hitler al poder, el fascismo español había apoyado el nazismo, “aunque existía todavía un gran desconocimiento del auténtico carácter del régimen hitleriano” (483) (lo cual sería un motivo más que justificaría el viaje de Chaves Nogales a Alemania). El fascismo español veía en la lucha del nazismo contra “los hipócritas elementos vaticanistas” un paralelismo para reforzar su posición ideológica ante la CEDA,

mientras que para embellecer el racismo del nacionalsocialismo resaltaban las semejanzas con la expulsión de los judíos de España en tiempos de los Reyes Católicos (483-484).

En cualquier caso, el viaje más significativo a Alemania en lo concerniente a esta investigación no es tanto el de Primo de Rivera como el que realizó José María Gil Robles, líder de la recién creada Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), en septiembre de 1933, en tanto que se produjo tres meses después del viaje de Chaves Nogales y resulta representativa del espíritu de aquellos días. El motivo de la visita era la asistencia al primero de los congresos anuales multitudinarios que el partido nazi organizaría en Núremberg. Gil Robles llegó a Núremberg el último día del congreso (el 3 de septiembre) y permaneció en Alemania un par de días más, aunque no fue presentado a ningún dirigente nazi de importancia (Santos, 2012: 145). No obstante, a los pocos días de su regreso, el 8 de septiembre, publicaría un artículo en *La Gaceta Regional* en el que declaraba lo siguiente –que puede servir como cierre a este apartado, en tanto que es una buena muestra de la retórica de la derecha autoritaria española de la época–:

Italia primero y Alemania después, las dos naciones poderosas que hoy pesan decisivamente en la política mundial, marchan con paso firme por el camino de la anti-democracia. Frente al parlamentarismo corrosivo, destructor de la unidad interna del poder, la autoridad fuerte concentrada en una sola mano. Frente a la digresión ideológica de los partidos, una sola fuerza nacional, nutrida de postulados simplicísimos. Frente al liberalismo corrosivo, germen de todas las anarquías, un concepto totalitario del Estado, encauzador de las máximas energías de una raza¹⁵⁷ (cit. en Santos, 2012: 146).

3.1.3. El periodismo español ante los primeros meses de Hitler en el poder

Más de dos años después del oscuro octubre alemán de 1929, en el que coincidieron los que quizá fueran los hechos más determinantes para el final de la República de Weimar (el hundimiento de la bolsa de Nueva York y la muerte de la figura política más relevante del régimen, Gustav Stresemann¹⁵⁸), tras la caída del gobierno de coalición del socialdemócrata Müller y los sucesivos fracasos de los

¹⁵⁷ Carr (1983: 177-179) asegura que, si bien el discurso de Gil Robles era rico en concesiones verbales a la derecha de su partido que animaban las sospechas de los partidos de izquierda de que el propio Gil Robles era un *Führer* que ocultaba la intención de establecer “un Estado corporativo autoritario desde el interior de la democracia”, él hubiese quedado “muy satisfecho con una república conservadora y clerical”. No es éste, en cualquier caso, el discurso del líder de un partido minoritario: dos meses más tarde, el 19 de noviembre de 1933, la CEDA iba a ganar las elecciones generales con 115 diputados (Juliá, 2003: 505).

¹⁵⁸ Sobre la muerte de Stresemann comenta Haffner (1939: 92): “Nosotros, al leerlo [la noticia de su muerte], notamos un gélido sobresalto. ¿Quién iba a dominar a las bestias a partir de ahora?”.

gobiernos de Brüning, von Papen y Schleicher, el 30 de enero de 1933 el presidente Hindenburg nombraba a Adolf Hitler canciller: “Un terremoto acababa de comenzar en la vida de sesenta y seis millones de personas”, escribiría sobre ese día en sus memorias Sebastian Haffner (1939: 15). “Es como un cuento de hadas”, anotó Joseph Goebbels al día siguiente en su diario (cit. en Kershaw, 1998: 420).

En esos dos años largos, debido principalmente a la prolongada crisis económica que atravesaba Alemania y a los estragos sociales que ésta causaba¹⁵⁹, el NSDAP (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei*) había dado un gran salto electoral¹⁶⁰ y había instaurado una estrategia de violencia política generalizada¹⁶¹ (Evans, 2003: 11). Entre las elecciones al Reichstag de septiembre de 1928 y las de julio de 1932, los nazis pasaron de tener 12 escaños en el Reichstag a ocupar 230, convirtiéndose, con diferencia, en el partido más votado de Alemania¹⁶². No obstante, el porcentaje de voto en éstas últimas no había crecido prácticamente con respecto a las presidenciales de abril de 1932 (333). Ese estancamiento preocupaba a la cúpula del partido. Sin embargo, Hitler insistió en que sólo entraría en el gobierno como canciller: “Ése era el único cargo que preservaría la mística de su carisma entre sus seguidores”, según Evans (335). Pero la estrategia no parecía dar resultados: los nazis pasaron de 13,7 millones de votos en julio a 11,7 en las elecciones de noviembre de 1932, con lo que su representación en el Reichstag pasó de 230 a 196 escaños. Seguía siendo el partido más votado, pero menos que la suma de comunistas y socialdemócratas (339).

No obstante, la situación de excepcionalidad en que los conservadores habían instalado a la República de Weimar acabó convirtiéndose en su propia perdición. Tras la dimisión de von Papen, Schleicher se hizo cargo de la Cancillería en diciembre de 1932. En enero, el presidente Hindenburg no quiso otorgarle los poderes especiales que le solicitaba, y Schleicher dimitió de su cargo apenas dos meses después de haber sido investido. Los líderes conservadores y nacionalistas, con von Papen a la cabeza, llevaban días conspirando contra él y, temiendo un golpe militar, consideraron ingenuamente un gobierno presidido por Hitler del que ellos formasen parte como un

¹⁵⁹ A este respecto, Burleigh (2000: 153) ofrece datos reveladores: “El número de parados inscritos aumentó de 1,6 millones en octubre de 1929 a 6,12 millones en febrero de 1932. Como estas cifras no incluían el paro «invisible» no registrado, la cifra de 1932 puede aumentarse como mínimo a los 7,6 millones, tal vez cerca de un millón más. El treinta y tres por ciento de la fuerza de trabajo estaba sin él”.

¹⁶⁰ Hobsbawm (1995: 136) asegura: “Sin ningún género de dudas, fue la Gran Depresión la que transformó a Hitler de un fenómeno de la política marginal en el posible, y luego real, dominador de Alemania”.

¹⁶¹ Según Evans (2003: 310), “la violencia era especialmente grave en los periodos de elecciones; de los 155 muertos en enfrentamientos políticos que hubo en Prusia a lo largo de 1932, 105 como mínimo murieron en los meses de elecciones de junio y julio, y la policía contabilizó 461 disturbios políticos con 400 heridos y 82 muertos en las siete primeras semanas de campaña”. Los causantes principales de esa violencia eran los nazis y los comunistas.

¹⁶² En las elecciones de septiembre de 1930, el partido había pasado de tener 12 escaños en el Reichstag a ocupar 107, con casi 6,4 millones de votos; mientras que en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, en abril de 1932, Hitler consiguió 13,4 millones de votos, casi un 37% del voto (Evans, 2003: 320).

escenario controlable¹⁶³. Hitler consumaba así su aspiración de ser canciller. Muy deteriorada tras los gobiernos de Brüning, von Papen y Schleicher por la atrofia de la vida parlamentaria y el abuso de los decretos presidenciales (Burleigh, 2000: 155), la democracia representativa llegaba, sin presentar ninguna resistencia, a sus últimos días en Alemania:

Al cabo de un mes, las libertades civiles (tal como estaban protegidas en la República de Weimar) habían quedado suprimidas. Al cabo de dos meses, con los adversarios políticos más activos detenidos o huyendo del país, el Reichstag cedió sus poderes, dando a Hitler el control de la capacidad legislativa. Al cabo de cuatro meses fueron disueltos los sindicatos, que tan poderosos habían sido. En menos de seis meses habían sido eliminados o habían decidido voluntariamente desaparecer todos los partidos de la oposición, dejando al NSDAP como el único partido subsistente (Kershaw, 1998: 429).

Como es natural, la subida de Hitler al poder y la revolución que le siguió despertaron el interés de los medios de comunicación de todo el mundo. Para los países democráticos, la expedita escalada nazi suponía, en primer lugar, una advertencia sobre la fragilidad de la democracia liberal; y, por otra parte, una amenaza en el ámbito de las relaciones internacionales, en tanto que el discurso nazi era fuertemente belicista. En el caso de España, pesaba más la primera consideración, tanto para los defensores de la República –Chaves Nogales, entre ellos– como para sus detractores, que veían en Alemania un ejemplo de cómo acabar con la democracia liberal.

3.1.3.1. La prensa española de derechas y la propaganda nazi: Hitler, una esperanza

La prensa española de derechas simpatizaría, con distintos grados de entusiasmo, con las primeras medidas de Hitler contra los partidos marxistas y atenuaría los aspectos más oscuros de sus primeras medidas de gobierno. Como señala Semolinis (1985: 9), los más antirrepublicanos lo verían como un modelo de éxito para acabar con la democracia:

En la prensa derechista observamos que los métodos empleados por Hitler para implantar la dictadura, así como la eficacia de su partido para aniquilar la República de Weimar, sirvió de ejemplo, y también de acicate, a grupos muy significativos de este sector para retrotraerse, cada vez más, a un conservadurismo cerril e intransigente, cuando no a posturas claramente reaccionarias y fascistas.

¹⁶³ Kershaw (1998: 378) explica que el movimiento nazi estaba al borde de comenzar su decadencia cuando Hindenburg aupó a Hitler al poder, en lo que fue evidentemente un error político por parte del presidente y los nacionalistas conservadores: “El propio Hindenburg, y los que podían influir en él, estaban tan empeñados en encontrar una solución derechista que no querían considerar siquiera las posibles soluciones parlamentarias. Y las diferentes formas de «estrategia de domesticación», encaminadas a incorporar al gobierno a los nacionalsocialistas, por las que abogaron todos los que rodeaban a Hindenburg en un momento u otro y de una forma u otra, revelaban una infravaloración de Hitler y un desprecio hacia él que nacían de una excesiva e inveterada confianza en la capacidad de las clases dirigentes «naturales» para controlar al arribista”.

Por otra parte, Fuentes y Fernández (1998: 236) observan que en la prensa española de la época, en general, “la línea ideológica y política es más radical que la del partido o movimiento político equivalente”. Así ocurre con la prensa de derechas, “en la que es fácil encontrar artículos apologéticos del fascismo y del nazismo” (236). En efecto, en dicha prensa, con distintos matices, la consideración de que la subida de Hitler al poder era un hecho positivo fue unánime. Así, por ejemplo, el diario ultraderechista *La Nación*, que a partir de dicha ascensión apoyaría los “intentos hispánicos” de imitar el modelo nazi (Seoane y Sáiz, 1996: 453), al pie de una foto del nuevo canciller, le dedicaba estas palabras de elogio el 31 de enero:

Adolfo Hitler es una de las grandes personalidades históricas del momento, de vida más interesante y ejemplar. Como Mussolini, sale de la entraña fecunda del pueblo, y como el *duce*, es un producto de la reacción del alma popular sana frente la demagogia, que atenta contra las bases de la civilización (sin firma, 1933a).

Otros se mostraban más prudentes. Así, por ejemplo, el corresponsal del diario católico *El Debate*, Antonio Bermúdez Cañete¹⁶⁴, quien en enero 1935 sería expulsado de Alemania por su postura en contra de la política religiosa del nazismo (Santos, 2012: 295), el 4 de febrero de 1933 resaltaba que se trataba de la primera vez en la posguerra alemana que el nombramiento de un gobierno era seguido de un acto religioso y que el obispo de Linz en su última pastoral aseguraba a los buenos católicos que podían “votar al racismo sin la menor intranquilidad de conciencia” (cit. en Semolinos, 1985: 155); mientras que *ABC*, que mostraba sus reservas sobre el uso de la violencia y el eclipse del individuo por el Estado (Seoane y Sáiz, 1996: 450), tranquilizaba a sus lectores haciendo hincapié en la moderación que, desde su punto de vista, los socios de gobierno de Hitler habrían de imponer al nuevo canciller, especialmente en temas sociales (Semolinos, 1985: 156-157). Una postura semejante mantenía el diario de ultraderecha *Informaciones* (160-161). A partir de 1934 este diario, dirigido por Juan Pujol, diputado de la CEDA (Álvarez Chillida, 2002: 312), sería directamente subvencionado, a razón de mil marcos mensuales, por la embajada de Alemania en Madrid (Sala y García-Planas, 2014: 103-105).

No obstante, no compartiría esa primera opinión de *Informaciones* sobre la irremediable moderación de Hitler alguno de sus columnistas, como Ramiro Ledesma, abiertamente profascista, quien preveía, con más tino, que el nuevo canciller, a pesar de todo, haría su revolución:

¹⁶⁴ Eugenio Xammar (1991: 353-354) cuenta que, ante el entusiasmo que mostraba Bermúdez Cañete por el ascenso de Hitler a la Cancillería, no pudo sino advertirle: “Está usted muy contento, Cañete. Está usted ya oliendo la repetición de una escena como ésta en Madrid. Para los nacionalsocialistas alemanes todo ha sido muy fácil pero le advierto que para ustedes las cosas en España no lo serán tanto”. Bermúdez Cañete sería elegido diputado de la CEDA en 1936 y ese mismo mes de agosto, ya en la guerra, sería descubierto por “una patrulla de control” en su piso en Madrid, bajado a la calle y asesinado en la puerta de su casa (354).

Es cierto que Hitler ha conseguido el poder sin necesidad de hecho revolucionario alguno. Creer que ello ha de obligarle a hacer un gobierno más en la mecánica de la constitución vigente, abandonar el afán primero de su fuerza, que es dotar a Alemania de un nuevo Estado, antípoda del que elaboraron en Weimar los socialdemócratas, equivale a desconocer la lógica a que obedece ese nuevo tipo de política que Hitler y su partido representan [...] (cit. en Semolinos, 1985: 165).

Precisamente, Ledesma Ramos sería uno de los fundadores del semanario *El Fascio* junto al director de *La Nación*, Delgado Barreto, Giménez Caballero, Juan Aparicio, Sánchez Mazas y José Antonio Primo de Rivera. Aprovechando lo que estaba ocurriendo ese invierno en Alemania, el semanario quería constituirse en el portavoz del fascismo internacional en España (Seoane y Sáiz, 1996: 466). Su primer número estaba listo para salir a la luz el 16 de marzo, pero el Gobierno de la República suspendió la publicación y ordenó el secuestro de los ejemplares impresos (sólo en Madrid la policía incautó 40.000) (467); lo cual dio lugar a toda una ofensiva de los periódicos conservadores, con *La Nación* al frente, contra el Gobierno, centrada especialmente en los aliados socialistas de Azaña (Semolinos, 1985: 181-183).

La prensa de derechas utilizaría el secuestro de *El Fascio* para, por comparación, quitarle importancia a la degradación democrática que estaba teniendo lugar en Alemania (Semolinos, 1985: 179-180), especialmente a partir del incendio del Reichstag, el 27 de febrero: esa misma noche fueron detenidos los principales líderes del Partido Comunista Alemán, y, al día siguiente, el Gobierno de Hitler aprobaba el decreto de emergencia para la Protección del Pueblo y el Estado, que en un solo párrafo suspendía indefinidamente algunas de las libertades personales fundamentales amparadas por la Constitución de Weimar¹⁶⁵ (Kershaw, 1998: 453). El 24 de marzo, dos semanas después de las elecciones que Hitler había convocado para ampliar su mayoría en el Reichstag, cuya campaña se celebraría bajo condiciones de censura y represión que fueron justificadas por una supuesta amenaza de rebelión marxista¹⁶⁶, Calvo Sotelo publicaba un artículo en *La Nación* en el que ahondaba en la herida del cierre de *El Fascio* y comparaba el gobierno de Azaña con el de Hitler y resaltaba las virtudes de éste sobre aquél:

¹⁶⁵ Así lo relata Haffner (1939: 127) en sus memorias: “No fue hasta la mañana siguiente que leí en el periódico que el Reichstag estaba ardiendo. Hasta el mediodía no tuve noticia de las detenciones. Más o menos al mismo tiempo fue publicada la disposición de Hindenburg que anulaba la libertad de expresión y el secreto postal y telefónico de los ciudadanos y, a cambio, otorgaba a la policía pleno derecho a efectuar registros domiciliarios, incautaciones y arrestos. Por la tarde hubo gente, industriales operarios, que se dedicó a recorrer las calles provista de escaleras y comenzó a tapar los carteles electorales de todas las vallas y columnas de anuncios pegando cuidadosamente papeles blancos encima: a los partidos de izquierdas les había sido terminantemente prohibido cualquier tipo de propaganda electoral. Los periódicos en la medida en que seguían publicándose, informaban con un cierto toniquete de júbilo y euforia patriótica”.

¹⁶⁶ El 4 de febrero se aprobó el mencionado Decreto para la Protección del Pueblo Alemán, que “serviría durante la campaña electoral como un arma importante para prohibir la prensa y los mítines de la oposición” (Kershaw, 1998: 433). Asimismo, los nazis orquestaron una campaña de terror bajo la protección del estado contra sus adversarios políticos, especialmente los comunistas, contra los que los nazis avivaron la paranoia de una revolución inminente que el incendio del Reichstag no hizo más que reforzar (448-450).

Al lado del Sr. Casares Quiroga, M. Goering, ministro prusiano del Interior, es San Francisco de Asís. Y en comparación con las leyes de excepción votadas por la República española, las ordenanzas de rigor adoptadas por el canciller Hitler son un muestrario de buenos y paternos consejos. ¡Sin embargo, las gacetas “di Camera” del señor Azaña se hartan de llamar dictador y otras cosas al Führer germánico! ¡Ganas de ver la paja! (Calvo Sotelo, 1933).

Por su parte, el 3 de marzo, dos días antes de las elecciones, Ramiro de Maeztu, en las páginas de *ABC*, justificaba en un tono ofensivo la campaña de acoso de los nazis contra los comunistas alemanes, concretada esos días en el asalto de su sede central en Berlín, la Karl-Liebknecht-Haus, por las SA:

¿Qué dicen ahora los diarios extranjeros que nos venían asegurando que Hitler carece de talento y de dotes políticas? Lo que debieran decir es que sus redactores son tan tontos que han acabado por creerse sus propias mentiras. Porque no cabe duda de que Hitler ha dado una estocada de maestro. Hace ya mucho tiempo que el caudillo alemán debía de saber que en la Casa Liebknecht, Centro comunista, se preparaba la revolución, porque ningún Centro comunista de alguna importancia se dedica a otra cosa. También debía conocer la existencia en ella de departamentos secretos, que por alguna razón preferían esconderse en el misterio. De otra parte, no era difícil prever que al descubrimiento de los planes revolucionarios seguiría inmediatamente algún atentado, porque, entre los miles de personas comprometidas en un golpe de fuerza, no puede faltar el impulsivo que no se resigna a dejar incumplida su misión (Maeztu, 1933).

En el mismo artículo, el tradicionalista alababa, sin añadir ningún juicio moral, la astucia de Hitler al llevar a cabo esa maniobra justo antes de las elecciones: “Hitler ha esperado su momento, y de un solo golpe ha dejado inutilizado al partido comunista y medio inútil al socialista”. Y concluía: “La noche del incendio del Reichstag, los políticos de la camarilla que hace unos meses pretendía soslayar a Hitler han debido sentirse muy pequeños, como si las llamas iluminasen la cruz esvástica en el cielo” (Maeztu, 1933).

En lo que respecta al incendio del Reichstag, *ABC* daba por buena, aunque con alguna prevención, la información que acusaba del hecho a un plan subversivo de los comunistas; mientras que, tanto *La Nación* como *Informaciones* y *El Debate* no solo seguían al pie de la letra la versión nazi, sino que lanzaban encendidas invectivas contra el comunismo (Semolinos, 1985: 190-191). Precisamente, un par de días después del incendio, el 1 de marzo, saldría para Berlín como corresponsal de *ABC* César González-Ruano. Si bien la línea editorial del periódico seguiría mostrando moderación hacia los nazis, sus “entusiastas” crónicas darían “el tono al diario” en lo referente al nacionalsocialismo, según Seoane y Sáiz (1996: 450). Sería un entusiasmo, el de González-Ruano, que el Ministerio de la Propaganda nazi tuvo la precaución de asegurarse. En una carta enviada el mismo 1 de marzo a Berlín, el embajador alemán en Madrid, el conde Johannes Bernhard von Welczeck, hablaba de la buena relación que su embajada tenía con *ABC* y sugería la posible disposición de Ruano a recibir incentivos económicos por parte del Reich: “Como va con su familia y sólo dispone de un salario mensual de 2.000 pesetas, quizá se muestre receptivo a algún que otro alivio

ocasional”¹⁶⁷. En efecto, se mostró receptivo, y sus seis meses de corresponsalía en Berlín serían tan sólo el principio de una lucrativa colaboración con los nazis. “Vendió su alma y la vendió con mucha vaselina, con tal facilidad que los propios nazis acabarían mosqueados”, aseguran Sala y García-Planas (96).

Los artículos que publicó en su primera etapa en Berlín –algunos de los cuales fueron recogidos posteriormente en el volumen *Seis meses con los nazis*, financiado con mil marcos por la embajada alemana (99)– son pródigos en comentarios antisemitas y admirativos hacia Hitler y el nazismo. Por ejemplo, en uno de ellos, publicado el 11 de mayo de 1933 en *ABC*, sobre la quema de libros de escritores judíos y de izquierdas que tuvo lugar el día anterior por parte de estudiantes nazis, aseguraba, no sin cinismo, lo siguiente:

En toda medida de fuerza, en toda decisión general, preocupa allí en un fondo insobornablemente liberal, la duda tremenda de la posible injusticia. Han ardidido hoy libros indignos e ideas abominables. Otros lamentarán que ardiera [Erich Maria] Remarque y [Emil] Ludwig. Yo, no¹⁶⁸ (González-Ruano, 1933e).

El periodista madrileño no escatimaría en elogios hacia Hitler y mostraría admiración por el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels. Del primero escribiría tras las elecciones del 5 de marzo: “Porque tú tienes en el mundo de tu sueño la grandeza de Alemania” (González-Ruano, 1933a). En cuanto Goebbels, resaltaba, a raíz de su nombramiento como ministro de Propaganda, su capacidad intelectual y su oratoria (1933b). Cabe destacar, por otra parte, el ya mencionado antisemitismo de Ruano, quien, al hilo del aumento de solicitudes de asilo por parte de judíos en la embajada española en Berlín, el 16 de abril, en su crónica, en la que daba pábulo a las teorías nazis sobre conspiraciones de judíos y marxistas, se preguntaba con elegante prosa: “Trotamundos cuyos perfiles se han afilado aún más en las esquinas de la noche inconfesable, aventureros del «pasaporte de Nansen», desocupados y huidizos judíos errantes de todos los Códigos, ¿qué buscan en España?” (González-Ruano, 1933d).

Pero González-Ruano e *Informaciones* no serían los únicos tentáculos que la propaganda nazi iría extendiendo subrepticamente en España entre 1933 y 1936. Así, a finales de 1933 se establecería en Madrid una corresponsalía del Deutsche Nachrichtenbüro (DNB), ligado al Ministerio de Propaganda, con Franz von Goss al

¹⁶⁷ Cit. en Sala y García-Planas (2014: 98).

¹⁶⁸ El escritor Erich Kästner también presencié esa quema de libros, pero a diferencia de González-Ruano, algunos de sus libros ardían en esa hoguera. Así lo recordaba: “Ahí estaba yo, delante de la universidad, aplastado entre los estudiantes con uniformes del SA, el orgullo de la nación, viendo cómo nuestros libros iban a parar a las flameantes llamas y oía el patético discurso del pequeño y pérfido mentiroso [Goebbels]. Una atmósfera de funeral reinaba sobre la ciudad” (cit. en Kellerhoff, 2006: 31-32). Especialmente enojosa fue la carta abierta publicada el 12 de mayo en el *Wiener Arbeiterzeitung* del escritor bávaro Oskar Maria Graf, en la que declaraba como una deshonra que sus libros no hubiesen sido incluidos en la lista negra de los nazis: “Por todo lo que he vivido y escrito, tengo el derecho a exigir que mis libros sean condenados a las llamas purificadoras de la hoguera y no acaben en las manos sangrientas ni en los cerebros podridos de la banda criminal de las camisas pardas” (Graf, 1933: 395).

frente, que llegó a ejercer una gran influencia en los periódicos españoles, incluso en los de izquierda, a través de la agencia Fabra, que llegó a recibir 500 pesetas mensuales de la embajada alemana (Viñas, 2001: 178-180), que procuró siempre introducir su propaganda de forma taimada¹⁶⁹.

Por otra parte, del total de informativos reproducidos en los cines de actualidades¹⁷⁰ durante la Segunda República, especialmente a partir de finales de 1932, el doce por ciento eran alemanes (así como el once por ciento de los documentales) (Montero y Paz, 2009: 76-77), lo que supuso un fuerte aumento de la presencia del cine de no ficción alemán en las salas españolas con respecto a la etapa anterior. Por ejemplo, el 17 de mayo de 1933, cuando Chaves estaba en Alemania elaborando sus crónicas, se estrenó en Barcelona el documental de propaganda política *Del Kaiser a Hitler*¹⁷¹ (95). Unas semanas antes, el 30 de abril, el crítico de cine de *El Sol*, Rafael Martínez Gandía (1933), escribía:

A las muchas sombras que amenazaban en estos últimos tiempos al *cine* alemán se une ahora la negra sombra de Hitler, mucho más densa y peligrosa que las otras. El *cine* alemán se *hitleriza*. Goebels [sic], administrador supremo de la propaganda de los *nazis*, ha dejado sentir su actual influencia sin freno en los estudios de Neubalsberger.

También daba cuenta de la *nazificación* del cine alemán el corresponsal del *Heraldo de Madrid* en Alemania, Manuel Alvar (1933e), el 5 de abril: “Un Estado de carácter revolucionario no puede desinteresarse de arma tan formidable como el film, que ha de estar sometido a sus inspiraciones y control”. Por otra parte, la embajada alemana en España procuraba cursar quejas a la Dirección General de Seguridad cada vez que detectaba contenido “antialemán” en una producción, aunque ésta era una práctica que ya se llevaba a cabo antes de la llegada de los nazis al poder (Montero y Paz, 2009: 79-82). Así, por ejemplo, en marzo de 1933 se prohibió la exhibición de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y *El secreto del submarino* “por motivos de cortesía internacional” (83).

Volviendo a la prensa, tras la victoria de Hitler y sus aliados de gobierno en las elecciones del 5 de marzo con el 51,9 por ciento de los votos (Evans, 2003: 380), tanto *ABC* como *La Nación* destacaban, no sin cierto tono de escarnio, la derrota de la

¹⁶⁹ Así lo sugería Welczeck: “Para librarle [al lector español] de la influencia que sobre él ejercen [la agencia francesa de noticias] Havas y el aparato francés de noticias, las de origen alemán deberán estar redactadas de tal forma que le permitan hacerse un juicio sin que se dé cuenta de la sugerencia” (cit. en Viñas, 2001: 179).

¹⁷⁰ Salas de gran éxito en los años treinta que “exhibían exclusivamente noticiarios, documentales y cortometrajes, que se renovaban semanalmente” y, por tanto, necesitaban mucho material, que provenía en su mayoría del extranjero (Montero y Paz, 2009: 75).

¹⁷¹ Montero y Paz (1999: 187) destacan el uso de la dramatización en el cine fascista y nazi para transmitir la ideología: “No es extraño que en esta tendencia se restauraran los mitos políticos personalizados en sus dirigentes; por cuanto la dramatización exige protagonistas”.

democracia por medios supuestamente democráticos¹⁷²; mientras que *Informaciones* hacía hincapié en la derrota del marxismo (Semolinos, 1985: 194-195). Lo cierto es que la verdadera derrotada en aquellos irregulares comicios fue la República de Weimar, en tanto que dos tercios de los electores votaron a partidos –nazis, nacionalistas y comunistas– que eran enemigos declarados de la democracia (Evans, 2003: 381). El resultado fue la precipitación de su final. Tras las elecciones, “agentes de policía nazis y unidades de «policía auxiliar» de las SA y las SS izaron la cruz gamada en los edificios oficiales de todas partes” (383) y tomaron el control de las instituciones locales y los *Länder* por medio de la intimidación con el pretexto de restaurar un orden supuestamente alterado (Kershaw, 1998: 455-456). Ese fue el caso de Baviera, donde, el 20 de marzo, el jefe provisional de la policía de Múnich, Heinrich Himmler, desbordado por el elevado número de detenciones de opositores desde las elecciones, comunicaba la apertura del primer campo de concentración para presos políticos, Dachau (Evans, 2003: 385). Decenas de miles de personas fueron detenidas en esos primeros meses y enviadas a campos de concentración improvisados, donde muchos fueron torturados (387-388), como veremos en el apartado 4.10.

El 23 de marzo, en medio de esa campaña de terror, el Reichstag, presidido en su interior por una enorme esvástica y rodeado en el exterior por tropas armadas de las SA, las SS y los Cascos de Acero, aprobaba la llamada *Ley de Autorización* (Ley para la Subsanación de las Necesidades del Pueblo y del Reich), que permitía a Hitler prescindir durante cuatro años –que serían, naturalmente, prolongados– del propio Reichstag para legislar. El Gobierno legislaría por decreto –contra la Constitución de Weimar si era necesario–. Así prolongaría el decreto temporal de emergencia promulgado tras el incendio del Reichstag y lo convertiría “en la base legal o semilegal para la supresión permanente de los derechos ciudadanos y de las libertades democráticas”¹⁷³ (Evans, 2003: 395). Ese golpe de mano sería celebrado al día siguiente por el corresponsal de *El Debate*, Bermúdez Cañete: “Ya no será el pueblo quien mande en el gobierno, sino el gobierno el que dirija al pueblo” (cit. en Semolinos, 1985: 196). *La Nación*, por su parte, resaltaba la religiosidad del discurso de Hitler ante el Reichstag; y *ABC* lo juzgaba moderado, equiparable al que podría haber hecho cualquier otro canciller¹⁷⁴ (Semolinos, 1985: 195-197).

¹⁷² El 24 de marzo, *ABC* llegó incluso a asegurar que el sistema alemán es “el más democrático que existe” (sin firma, 1933i).

¹⁷³ “Man wagt keinen Brief zu schreiben, man wagt nicht zu telefonieren, man besucht sich und erwägt seine Chancen” [“Uno no se atreve a escribir cartas ni a llamar por teléfono, va de visita y se la juega”], escribía el 7 de abril en su diario Victor Klemperer (1995: 19).

¹⁷⁴ Tal juicio sólo podía sostenerse obviando o disimulando amenazas más o menos evidentes como ésta que el canciller lanzó en su réplica a la intervención del líder de los socialdemócratas, Otto Wels: “Apelamos en esta hora al Reichstag alemán para que nos otorgue lo que podíamos habernos otorgado a nosotros mismos de todos modos” (Kershaw, 1998: 461).

Por otra parte, las agresiones espontáneas (aunque propiciadas por las arengas nazis y ahora protegidas por la impunidad) contra los judíos se habían sucedido desde la llegada de Hitler al poder, lo que dio lugar a una iniciativa de financieros e intelectuales judíos en el extranjero: el boicot a los productos alemanes, que dio comienzo a mediados de marzo (Kershaw, 1998: 465). La respuesta alemana no se hizo esperar: el 28 de marzo los nazis lanzaban una proclama, promovida por Hitler, que llamaba a la formación de comités que organizaran un boicot indefinido “de negocios, artículos, médicos y abogados judíos, hasta en las aldeas más pequeñas del Reich” (Kershaw, 1998: 466). Tras varios intentos fallidos del ministro de Exteriores alemán, Konstantin von Neurath, de disuadir a Hitler, el boicot quedó, al menos oficialmente, reducido a un solo día: el 1 de abril; y tuvo un seguimiento desigual en todo el territorio. Según Kershaw (467), para las víctimas judías “el día fue traumático, la indicación más clara de que en aquella Alemania no podían ya sentirse «en casa», en la que la discriminación rutinaria había sido sustituida por una persecución patrocinada por el estado”¹⁷⁵. Esta medida iría seguida durante el mes de abril de la expulsión de los judíos –concretamente, de aquellos que tuvieran al menos un abuelo judío– del funcionariado, la prohibición de su acceso a la abogacía, a la docencia y de la práctica de la medicina pública, así como la limitación del número de alumnos judíos en las escuelas. El 20 de abril el filólogo judío Victor Klemperer (1995: 23) escribía en su diario: “Ich bin schon nicht Deutscher und Arier, sondern Jude und muß dankbar sein, wenn man mich am Leben läßt” [“Ya no soy alemán y ario, sino judío, y debo estar agradecido de que se me deje vivir”].

Ya hemos visto una muestra de lo que escribía González-Ruano en *ABC* sobre los judíos y la posibilidad de que algunos se refugiasen en España. En consonancia con aquella opinión, el corresponsal de *ABC* en Berlín procesaba el discurso antisemita nazi y lo explicaba en su artículo del 4 de abril para que los lectores españoles comprendieran la necesidad del boicot. Y es que Alemania era, según Ruano, “un pueblo que tiene comerciantes y burócratas judíos, pero ni un solo obrero judío”¹⁷⁶ (1933c). Además, afirmaba que “todo lo judío responde al estilo marxista”, para acto seguido, hacer una enumeración de los judíos marxistas más célebres. Por su parte, *La*

¹⁷⁵ En ese mismo sentido, Victor Klemperer (1995: 18), judío, escribía el 3 de abril en su diario: “Ich habe den Eindruck, daß man rasch der Katastrophe zutreibt. Daß die Rechte nicht mehr lange mitmachen kann, [...] und daß die Nationalsozialisten zu immer heftigerer Gewalt drängen” [“Tengo la impresión de que nos acercamos rápidamente hacia la catástrofe, que los derechos dentro de poco no van a servir para nada, [...] y que los nacionalistas se precipitan hacia una violencia cada vez más vehemente”].

¹⁷⁶ Sebastian Haffner (1939: 152) habla en sus memorias de cómo las discusiones sobre la brutalidad ejercida contra los judíos derivaban en disquisiciones puntillosas sobre cuestiones secundarias: “Se efectúan sutiles distinciones entre los judíos «decentes» y el resto; si unos apelaban a los logros científicos, artísticos y médicos de los judíos con intención de justificarlos –¿qué es lo que había que justificar?–, los otros les reprochaban precisamente eso: haber «extranjericado» la ciencia, el arte y la medicina. Es más, en seguida surgió una práctica habitual y popular consistente en percibir el ejercicio de profesiones decentes y de alto rango intelectual por parte de los judíos como un crimen, o, cuando menos, como una falta de tacto”.

Nación recogía el 3 de abril únicamente esta noticia de la agencia Fabra acerca del boicot: “Varios desconocidos han disparado contra un centinela nacionalsocialista que estaba en la puerta de un almacén judío y le han herido” (Fabra, 1933a); y el día 17, en referencia a las noticias de la avalancha de solicitantes de asilo judíos en la embajada española de Berlín, publicaba en un editorial su opinión acerca de la “importación de israelitas”: “Si nos amenaza un ciclón de pedigüños, de tribus que vengan a España a hacer una «política» como la que ha sido indispensable cortar en Alemania [...], dígame pronto, para que se puedan tomar aquellas medidas que demanda el interés común” (sin firma, 1933k). En cuanto a *Informaciones*, la visión de varios de sus columnistas era marcadamente antisemita. Así, por ejemplo, Carlos Fernández Cuenca escribía el 12 de abril un artículo titulado “Hitler contra Israel” en el que demonizaba a los judíos y los acusaba de manejar el poder en la sombra: “[...] la Banca, la prensa, las industrias más importantes están en manos de los judíos, cuyos astutos tentáculos, esgrimen las armas de combate más terribles y más difíciles de rehuir” (cit. en Semolinos, 1985: 223). Finalmente, la postura de Bermúdez Cañete en *El Debate* era de nuevo la de justificar la represión nazi: “La represión no es terrible si se viera el entusiasmo patriótico en que vibra este pueblo y que explica y disculpa sus excesos” (cit. en Semolinos, 1985: 226).

3.1.3.2. *La visión de la prensa española liberal y socialista: del optimismo a la dura realidad en un entorno difícil para los corresponsales*

En lo referente a la reacción de la prensa liberal y de izquierdas frente a la llegada de Hitler al poder, lo primero que se hace notar es un optimismo generalizado: la mayoría de diarios se aferraron a la idea de que el nuevo canciller, una vez en el poder, tendría que contemporizar con la Constitución de Weimar y con los partidos con los que compartía gobierno. Así, el corresponsal de *Ahora* en Berlín, Eugenio Xammar –quien seguramente sirviera a Chaves de cicerone en su visita a Alemania y a quien Josep Pla (1989: 280) consideraba el hombre más inteligente que había conocido¹⁷⁷–, escribía en su crónica del 31 de enero: “De fuentes oficiosas se asegura que estos actos [de gobierno de Hitler] serán de una corrección constitucional absoluta”. Asegura, además, que ello es perfectamente verosímil, ya que “no le hace ninguna falta a Hitler violar la Constitución mientras pueda contar con un Parlamento fácil”¹⁷⁸ (Xammar, 1933a).

¹⁷⁷ González-Ruano (1979: 331), desde su particular perspectiva, consideraba a Xammar un hombre “de conversación brillante, de espíritu sutil y lleno de humor que a la hora de escribir fallaba por completo”.

¹⁷⁸ El propio Xammar, sin embargo, presume en sus conversaciones con Josep Badia de haber profetizado el desastre que acompañaba a Hitler en su crónica de ese día para la prensa argentina, en la que incluía este augurio: “Las secciones de asalto desfilan ante el nuevo Canciller con hachas de viento encendidas cuya luz no basta para disipar las tinieblas que se ciernen sobre Europa en este mismo instante” (Xammar, 1991: 354-355).

Igual de equivocado andaba por esos días el corresponsal de *La Vanguardia* en Berlín, *Augusto Assía* (seudónimo del gallego Felipe Fernández Armesto¹⁷⁹), quien el 2 de febrero aseguraba que “tal vez nunca estuvo Hitler más lejos del poder que ahora” (*Assía*, 1933a). Esta crónica es una sucesión de previsiones fallidas. Así, por ejemplo, el periodista gallego asegura que contra “la voluntad de socialistas y comunistas unidos no hay posibilidad de elevar una dictadura sobre el suelo del Reich”, o argumenta que los nazis no convocarían elecciones, pues “si ellos han entrado en el Gobierno para evitar las elecciones no van a consentir que incurra el Gobierno en elecciones”.

Más atinado estaba en su crónica del 31 de enero el corresponsal de *El Sol* en Alemania, José García Díaz¹⁸⁰, del que González-Ruano (1979: 330) aseguraba, a pesar de sus discrepancias ideológicas, que “no había en Alemania mejor corresponsal ni hombre mejor informado que él”. En efecto, si bien García Díaz cuestionaba que un gobierno de coalición fuese una verdadera victoria para Hitler, no se le escapaba que podía ser el primer paso en su lucha contra el resto de fuerzas nacionalistas hacia la dictadura:

[...] juego de fuerzas para ver quién expulsa a quién, o quién se somete a quién. Con apariencias constitucionales. Incluso con Parlamento. Y hasta permitiéndole al centro que les tolere. Pero sin que les importe mucho ni el centro, ni el Parlamento, ni la Constitución. Cuando haga falta –hoy no la hace– se suprime el partido comunista, y el centro queda así anulado en el Reichstag. Y a seguir luchando por el Poder, o por la dictadura –como quiera llamársele– el uno y el otro (García Díaz, 1933a).

También estaba acertado, aunque más cauto, el corresponsal del *Heraldo de Madrid*, Manuel Alvar, el periodista más a la izquierda de los españoles que estaban en Alemania en 1933¹⁸¹: en su crónica del 1 de febrero escribía que no se tardaría en saber

¹⁷⁹ Armesto, que sería expulsado de Alemania por los nazis a mediados de 1933, era así descrito por su colega Álvaro Cunqueiro (1945: 21): “Felipe Fernández Armesto –para ustedes Augusto Assía– es el más importante de los viajeros gallegos del siglo XX. [...] Nuestro Assía pertenece a la escuela compostelana, que enseña a viajar con espíritu de peregrinación, espíritu diferente del de aventura y descubrimiento, y opuesto al espíritu turístico”, ya que “parapeta tras sus gafas y su sonrisa escasa capacidad de asombro”. Por su parte, Pericay (2003: 38) lo cataloga como el miembro más joven de la sobresaliente generación de periodistas viajeros españoles conformada por Camba, Xammar, Chaves, Pla y Corpus Barga.

¹⁸⁰ El periodista Ramón Garriga (1977: 13) asegura que García Díaz era “un antinazi feroz”, y relata un desagradable incidente con algunos miembros del séquito de Serrano Suñer que visitaron Berlín en misión diplomática en septiembre de 1940. Sin ningún cuidado y no sin buen tino, García auguró sin precaución el desastre al que los nazis conducían a Alemania en la guerra delante de los miembros falangistas de la delegación española y luego publicó un artículo en *El Pueblo* en el que decía que el séquito de Serrano Suñer pasaba los bombardeos británicos en un refugio mientras los niños y mujeres alemanes morían en las calles. Miguel Primo de Rivera y Manuel Mora-Figueroa en represalia le cortaron el pelo a García Díaz y le hicieron beber aceite de ricino facilitado por el médico de Serrano Suñer. Además, fue denunciado a la Gestapo por el general Antonio Sagardía y dio con sus huesos en la prisión de Alexander Platz, de donde fue liberado unos días más tarde, pues su labor de traductor era muy útil al Ministerio de Exteriores alemán (Garriga, 1977: 14).

¹⁸¹ González-Ruano (1979: 331) respecto a Alvar escribe en sus memorias: “Alvar, que se apellidaba en realidad Álvarez, era un tipo de aventurero de acción, yo creo que absolutamente comunista. Había estado en Rusia y él contaba una evasión espectacular y una persecución como trotskysta por parte de la policía política de Stalin. Manuel Alvar no sabía casi escribir. Se notaba que su condición de periodista era cosa improvisada. Como tenía talento natural, podía hacerlo. Manuel Alvar o Manuel Álvarez, asturiano,

si Hitler se acomodaba a sus socios de gobierno “o si recobra arrestos para lanzar por la borda cuanto signifique mediatización y control”, y auguraba la prohibición del partido comunista alemán (Alvar, 1933a) —que efectivamente sería ilegalizado el 6 de marzo (Evans, 2003: 377)—. Más a la izquierda aún, *El Socialista*, por el contrario, se muestra el 2 de febrero tenazmente optimista: “Por cualquier camino Hitler va al fracaso” (cit. en Semolinos, 1985: 174).

Xammar, por su parte, a la vez que se iba desengañando y comprobando que Alemania sí se deslizaba hacia la dictadura, iba desarrollando un lenguaje irónico que le permitía enviar sus análisis políticos, abundantes de sobreentendidos, sin ser expulsado de Alemania¹⁸². Por ejemplo, el 2 de febrero, tras la disolución del Reichstag, subtitulaba así su crónica en *Ahora*: “Hitler tiene un plan, que guarda en secreto, para conseguir, en un plazo de cuatro años, la felicidad de todos los alemanes” (Xammar: 1933b). Tras el incendio del Reichstag y la aprobación del decreto para la Protección del Pueblo y del Estado, al periodista catalán ya no le cabía ninguna duda: “El sistema democrático y parlamentario no volverá a imperar en Alemania durante mucho tiempo” (1933c). Si bien esa crónica del 1 de marzo mantenía el tono contenido y ambivalente del resto de sus crónicas alemanas, su conclusión no dejaba lugar a dudas acerca de las intenciones del nazismo:

El Gobierno está firme en su puesto, decidido a reprimir con toda la energía que haga falta toda acción o propaganda destinada a restablecer el régimen democrático y parlamentario. Esta actitud del Gobierno quita, naturalmente, importancia a las elecciones del próximo domingo, que no serán, en realidad, unas elecciones, en el sentido corriente de la palabra, sino una confirmación plebiscitaria del nuevo régimen antiparlamentario (Xammar, 1933c).

Assía, por su parte, utilizaba un lenguaje mucho más directo, aunque no acababa de llegar a conclusiones parecidas: el 5 de marzo, en su crónica para *La Vanguardia* escribía que, gracias al incendio del Reichstag, “Hitler ha podido anular completamente a sus dos grandes enemigos electorales [los comunistas y los socialdemócratas]” (*Assía*, 1933b); el 10 de marzo denunciaba la violencia contra los enemigos políticos que estaban llevando a cabo por todo el país las tropas de asalto nazis (*Assía*, 1933c); el 12 de marzo, sin embargo, seguía insistiendo en que Hitler renunciaba a instaurar una dictadura personal después de las elecciones (*Assía*, 1933d). De nuevo, la perspectiva de

murió en el frente de Madrid al principio de la guerra luchando en el lado rojo. En Berlín vivía con una muchacha francesa”.

¹⁸² En sus conversaciones con Josep Badia el propio Xammar (1991: 362-363) describía así la presión que el Gobierno ejercía sobre los corresponsales extranjeros: “Per a inquietar els corresponsals amb l’aspecte de l’expulsió tots els mitjans eren bons. [...] Eren expulsions peremptòries, amb un termini de vuit o deu dies per absentar-se del país, la qual cosa era, naturalment, una gran molèstia sobretot per aquells corresponsals que tenien a Berlín casa parada, com jo mateix”. Por su parte, Manuel Alvar (1933b) trataba el mismo tema en su crónica del 4 de marzo en el *Heraldo de Madrid*, no sin ironía: “Basta con interpretar equivocadamente una de esas inocentes reuniones nocturnas del «Casco de acero» o aplicar un calificativo sonoro a las pacíficas demostraciones de las tropas de asalto nazi, para exponerse a una expulsión fulminante o, en el peor de los casos, a ser inculcado del grave delito de atentado contra la seguridad del Estado”.

Assía contrastaba con la más clarividente en lo que se refería al poder y las intenciones de Hitler de su colega de *El Sol*, García Díaz, quien el 14 de marzo escribía lo siguiente:

[...] lo que ocurre en Alemania, a mi parecer, disintiendo de una opinión bastante generalizada en la oposición al Gobierno, ocurre únicamente en nombre de Hitler. A Hugenberg se le harán concesiones durante algún tiempo, o se gobernará en el sentido de Hugenberg, mientras el partido nacionalsocialista quiera. Las elecciones han dado a Hitler una fuerza ante la cual tiene que plegarse Hugenberg (García Díaz, 1933b).

El 31 de marzo insistía el corresponsal de *El Sol* en la supremacía política de Hitler dentro de la coalición: “Hoy, forzosamente, tenemos que empezar a reconocer que Alemania se está identificando con el nacionalsocialismo, mejor dicho, con Hitler, que es el programa único y la bandera del movimiento” (García Díaz, 1933c). Por otra parte, esos días estaba en Alemania el dramaturgo Cipriano Rivas Cherif, colaborador habitual de *El Sol* y cuñado de Manuel Azaña, que envió una serie de crónicas en las que destacaba la escasa resistencia que socialdemócratas y comunistas habían presentado a la “revolución antiliberal” del nuevo gobierno “reaccionario” (Rivas Cherif, 1933).

En cuanto a Manuel Alvar, como Xammar, iba dándose cuenta de la fortaleza de la posición política de Hitler, y, menos cohibido que Xammar (que tenía más que perder¹⁸³) por las coacciones del Gobierno alemán contra los periodistas extranjeros, aseguraba en su crónica del 4 de marzo en el *Heraldo* que “para echar a la reacción, es necesario ir a la lucha en la calle” (Alvar, 1933b). Y el 15 de marzo ya no le cabía ninguna duda:

El nacionalsocialismo bate todos los records de instalación de un nuevo régimen, incluido el fascismo italiano. Cada día asistimos a acontecimientos trascendentales. Nada ni nadie puede detener al nazismo en su alocada carrera. Las tropas hitlerianas ejecutan el veredicto popular del 6 de marzo. Con celo y conciencia que asustan. [...] Vaticinamos que sin tardar Hitler asumirá la totalidad del Poder (Alvar, 1933c).

Por su parte, *El Liberal*, en su editorial del 28 de febrero, denunciaba la persecución de los socialdemócratas y los comunistas y, como Alvar, no veía más salida para éstos que la rebelión: “Un partido tendrá el monopolio del poder, de la fuerza, del presupuesto, y sus enemigos, acosados en todos los terrenos, tendrán que rebelarse o someterse”¹⁸⁴. *El Socialista*, por su parte, el 19 de marzo culpaba a la democracia liberal del triunfo del nacionalsocialismo en Alemania: “¡Ingenua democracia que abre paso a las hordas fascistas!”, exclamaba. Y añadía: “La honradez, la caballerosidad y la lealtad con que los enemigos del fascismo se condujeron frente a los nacional-socialistas se paga, ya se está viendo, con la muerte a traición” (cit. en Semolinos, 1985: 211). Asimismo, el día 16 en su editorial advertía contra el ejemplo que la derecha española

¹⁸³Ver nota 188.

¹⁸⁴Cit. en Semolinos (1985: 204). En términos muy parecidos se expresaba Joseph Roth en una carta a su amigo Stefan Zweig, ambos escritores judíos. Le decía Roth a su amigo el 6 de abril de 1933: “No se le ocurra, por favor, de ninguna manera escribir directamente a esta gente [los nazis]. [...] Calle o luche, lo que le parezca más prudente” (Roth y Zweig, 2014: 92).

podía tomar de lo que estaba aconteciendo en Alemania: “La influencia de Hitler en las derechas españolas se reduce al valor de ejemplo; y lo que las seduce no es otra cosa que el triunfo de la dictadura sobre la Socialdemocracia” (cit. en Semolinos, 1985: 211).

Precisamente *El Socialista* protagonizaría una polémica muy significativa con Eugenio Xammar por razón de una queja del Gobierno alemán por un par de artículos del periódico del PSOE publicados el domingo 19 de marzo, “¿Ha sido asesinado Thaelmann?” (sin firma, 1933g) y “Resueltos a ayudar al destino” (sin firma, 1933h), en los que éste daba credibilidad a la noticia supuestamente publicada en el diario del Partido Comunista de Francia *L’Humanité*¹⁸⁵ y recogida en la segunda página de la edición de aquel día del diario del PSOE, según la cual los nazis habían asesinado al líder comunista Ernst Thälmann¹⁸⁶, quien, si bien había sido detenido el 3 de marzo de 1933, sin embargo, en realidad, no sería asesinado hasta agosto de 1944, en el campo de concentración de Buchenwald¹⁸⁷. El 23 de marzo, Xammar publicaba en *Ahora* una crónica en la que hablaba de la indignación que el artículo de *El Socialista* había despertado en dos órganos de propaganda del nazismo, el *Börsen Zeitung* y el *Völkischer Beobachter*, que pedían la dimisión del embajador de la República en Berlín, el socialista Luis Araquistáin. Xammar (1933d) acusaba en su crónica a *El Socialista* de no haber sido muy diplomático, lo contradecía y afirmaba que Hitler contaba con el apoyo de la mayoría de alemanes, y le pedía “no perder los estribos, no tomar como pretexto el primer rumor sin fundamento [...]”. No obstante, Xammar también decía, con su disimulo habitual, lo siguiente: “Ante las censuras y los ataques de Prensa, los regímenes nuevos en general, pero muy especialmente las dictaduras, son de una susceptibilidad muy viva”. La respuesta de *El Socialista* a esta crónica fue especialmente airada:

Se comprende que el señor Xammar hable así. Su situación, como la de todos los corresponsales extranjeros, es muy difícil en Alemania. Ya han sido expulsados varios. Y el señor Xammar no está dispuesto a que le expulsen. Tanto más cuanto que el corresponsal de *Ahora* es uno de esos hombres que todo lo encuentran bien. Lo mismo sonríe a Hitler que sonreía a Curtius en los tés del ministerio de Negocios Extranjeros. Igual de amable era con el jefe de prensa socialista que con el actual jefe de prensa fascista. Su temperamento le proporciona, sin el menor esfuerzo, esas satisfacciones. Ocurra lo que ocurra en Alemania, si hay un corresponsal al que no expulsará ningún Gobierno, socialista o fascista, soviético o liberal, ese es el señor Xammar. [...] No creíamos que el Gobierno alemán pudiera tener un agente oficioso en el corresponsal de *Ahora* (cit. en Santos, 2012: 523-524).

¹⁸⁵ En realidad, en la edición del día anterior de la *L’Humanité*, la noticia en cuestión tan sólo planteaba la sospecha del asesinato de Thälmann: “Hitler a-t-il fait assassiner Thaelmann?” (sin firma: 1933f).

¹⁸⁶ El artículo, titulado “¿Ha sido asesinado Thaelmann?”, decía cosas como ésta: “Eso es el fascismo en Alemania: un movimiento minoritario de criminales, estafadores y salteadores de Bancos” (cit. en Santos, 2012: 524). En otro artículo del 19 de marzo *El Socialista*, haciendo uso de la famosa frase de Lenin, se hacía el siguiente alegato contra el “liberalismo ñoño” y el nazismo: “Libertad, ¿para qué? [...] ¿Para asesinar a Thälmann?” (cit. en Semolinos, 1985: 214).

¹⁸⁷ Kogon (1974: 359) refiere lo siguiente sobre la muerte del político alemán: “De Thälmann el dirigente del Partido Comunista alemán detenido en 1933, dijo Goebbels que había muerto a consecuencia del ataque aéreo a Buchenwald, el 24 de agosto de 1944, cuando lo que en realidad había sucedido es que aquel mismo día había sido asesinado a tiros”.

El tema aún dio algunos coletazos, con cruces de artículos entre *El Socialista* y la prensa nazi, e incluso, otra crónica, del 26 de marzo, de Xammar (1933e) en la que contaba que se había entrevistado con Thälmann en la cárcel y éste le aseguraba que no había sufrido malos tratos...¹⁸⁸ En una de sus crónicas alemanas, la del 26 de mayo, Chaves Nogales aseguraba que tendría mucho cuidado de no dar pábulo a ningún rumor que permitiera a los nazis hacer “contrapropaganda de las atrocidades”¹⁸⁹ (Chaves Nogales, 1933j). Probablemente, una de las razones que impulsó a Chaves Nogales a viajar a Alemania fueran las limitaciones de Xammar como corresponsal residente en Berlín para informar abiertamente de lo que estaba ocurriendo en Alemania, cumpliendo así el sevillano con la función que señalaba en la fiesta de celebración del cuarto aniversario de *Ahora*, el 24 de diciembre de 1934: la de contribuir a mejorar intelectual y espiritualmente la opinión pública española (sin firma: 1934). Su condición de enviado especial liberaba a Chaves de la presión que el Gobierno alemán ejercía sobre los corresponsales extranjeros, aunque, de todas formas, acaso acabara costándole caro, pues la Gestapo lo buscaría en 1940 tras la ocupación de París¹⁹⁰, de donde tendría que huir, separándose para siempre de su familia (Cintas, 2011a: 258-260).

No obstante, a pesar de su polémica con *El Socialista*, el socialista Luis Araquistáin, embajador de España en Berlín, mantenía un alto concepto de Eugenio Xammar como periodista y como servidor de la República. Así lo muestra una carta escrita el 16 de marzo al ministro de Estado, Luis de Zulueta, en la que Araquistáin le proponía que fuese Xammar quien elaborase un informe sobre el Ministerio de la Propaganda alemán con el fin de imitar lo que de ese modelo pudiese aprovechar la joven República española¹⁹¹:

Descartado, pues, el Sr. Rodiño [agregado de prensa en la embajada española en Berlín], mi parecer es que la persona más indicada para suplirle en esa información sería D. Eugenio

¹⁸⁸ En sus conversaciones con Josep Badia, Xammar (1991: 362) dice lo siguiente: “Els periodistes havien d’anar amb molt de compte i, sobretot, no precipitar-se a donar per mortes persones que n’havien sortit amb vida i que, un cop ressuscitades, servien d’excel·lent pretext al ministre de la Propaganda, doctor Goebels [sic], per a tractar de mentiders i calumniadors els corresponsals de la premsa estrangera. El fet d’haver jo anat amb peus de plom em va servir un dia per encarar-me amb Goebels [sic] des de les planes d’«Ahora», de Madrid, i de «La Prensa», de Buenos Aires, donant-li el gust amb què rebria l’anunci de la resurrecció de qualssevol d’aquestes. Ningú no va ressuscitar”.

¹⁸⁹ Los nazis llamaban *Greuelpropaganda* (propaganda del horror, o de las atrocidades) a las noticias extranjeras contra las atrocidades que supuestamente cometían. No obstante, la grafía de esta palabra ha cambiado y ya no se utiliza la de la época del Tercer Reich: en alemán actual se escribe *Gräuelpopaganda*. De manera que el término se puede encontrar escrito en cualquiera de las dos formas.

¹⁹⁰ Aunque es posible que le siguieran la pista desde 1933, como asegura Cintas (2011a: 257), también es posible que lo buscaran por sus críticas a Hitler en sus colaboraciones con la prensa francesa, inglesa y latinoamericana, y su pública defensa de la paz y la República española desde el exilio en París.

¹⁹¹ Escribía Araquistáin lo siguiente a ese respecto en dicha carta: “Sin pretender aconsejar una imitación servil de este organismo ni siquiera darle el rango de Ministerio, como ha hecho el Gobierno alemán, es evidente que la creación en España de una Subsecretaría o por lo menos de una Dirección General que reuniese y combinase los servicios de información y propaganda ahora dispersos en distintos departamentos, con daño de su economía y de su eficacia, contribuiría poderosamente a la divulgación, dentro y fuera del país, de la obra republicana y a la consolidación definitiva del régimen” (cit. en Fuentes y Fernández, 1998: 248).

Xammar, corresponsal del periódico madrileño *Ahora* y del gran diario de Buenos Aires *La Prensa*. El Sr. Xammar está especialmente capacitado para el trabajo propuesto porque acerca de dos de las secciones de que constará el Ministerio de Propaganda, la radiodifusión y el control de la prensa por el Gobierno, ha hecho ya dos brillantes y extensos estudios, el primero a solicitud de nuestro subsecretario de la Gobernación, Sr. Esplá, el segundo a petición mía y que oportunamente se remitió a ese Ministerio. Estos dos trabajos y otros de diversa índole que esta Embajada le ha encargado de tiempo en tiempo los ha realizado el Sr. Xammar con absoluto desinterés, sin recibir la menor recompensa. Por otra parte, el Sr. Xammar es, de todos los periodistas españoles residentes en Berlín, el que con mayor celo y fidelidad refleja en sus artículos los intereses de España tal como los representa esta Embajada (cit. en Fuentes y Fernández, 1998: 248-249).

El 12 de abril, el propio Xammar escribía una carta al presidente de la Comisión de Estado para Asuntos Extranjeros del Congreso, el abogado Amadeu Hurtado, a quien le pedía que intercediera a favor de su nominación como agregado de prensa en la embajada española de Berlín ante el ministro Zulueta, y aseguraba que Araquistáin apoyaba su candidatura (Xammar, 2019: 134). Asimismo, un año después, en una carta fechada el 31 de marzo de 1934 y dirigida a Salvador de Madariaga, en esos momentos Ministro de Instrucción Pública, le hablaba de varios encuentros con Araquistáin en Berlín en los últimos días en los que habían hablado “largas horas, mezclando en nuestra conversación las cosas políticas y personales” (Xammar, 2019: 136). En esa misma carta se refería a sus diez años en Berlín como un “purgatorio”.

Pero, volviendo al seguimiento que hacía de los acontecimientos alemanes en aquella primavera, Xammar informaba el día 1 de abril con su habitual ambigüedad sobre la reducción del boicot a los comercios judíos a un día en estos términos:

Los actuales gobernantes de Alemania son admirables por muchos conceptos, pero en esto de los judíos tienen que definirse en un sentido o en otro. Podremos admirarles como hombres que dejan a los judíos en libertad o que –por las razones que sean– les quitan a los judíos la libertad. Pero las dos cosas a la vez va a ser un poco difícil (Xammar, 1933f).

En su crónica del 2 de abril frivolisaba sobre la comprometida situación de los judíos en Alemania aquellos días: “El boicot de los comerciantes y profesionales judíos ha revestido en Berlín y en toda Alemania formas relativamente amenas”¹⁹² (Xammar, 1933g). Por el contrario, *Augusto Assía*, que sí sería expulsado de Alemania por sus crónicas, presentaba desnudo el atropello que se estaba cometiendo con los judíos alemanes: “Una guerra de un Estado moderno, poderoso, con ilimitadas atribuciones,

¹⁹² ¿Hasta qué punto era ético ese juego velado de Xammar para enviar información desde Alemania sin ser expulsado por los nazis? ¿Era más ético criticar abiertamente al gobierno nazi y ser expulsado de Alemania? González Prada (2005a: 25) cuestiona que el lector contemporáneo tenga autoridad ética para juzgar la frivolidad con la que Xammar hablaba de la represión contra los judíos. También es difícil juzgar hasta qué punto el lector contemporáneo de Xammar captaba su ironía, que requería una gran complicidad e inteligencia, y se hacía una idea cierta de lo que ocurría en Alemania a través de sus crónicas. En este sentido, el propio Xammar (1933g) escribía en su crónica del 2 de abril acerca de la represalias nazis contra los judíos por “la campaña internacional” contra los nazis: “El lector –como suele decirse– podría preguntar qué tiene que ver el dentista judío, por ejemplo, que vive en el entresuelo de mi casa con lo que publican o dejan de publicar los grandes rotativos de Chicago o de Ciudad Real. Pero si el lector hiciera una pregunta semejante, pondría de manifiesto un grado de inocencia que en el lector de AHORA no sería excusable”.

contra medio millón de ciudadanos, [...] comerciantes, médicos, profesores, escritores, obreros pacíficos y desarmados que han tenido la malaventura de nacer judíos”; y, frente a la “amena” estampa pintada por Xammar el 2 de abril, daba cuenta de la verdadera dimensión de la tragedia a través de la experiencia de algunos profesionales judíos que habían perdido su trabajo (Assía, 1933e). Bien es cierto, que el corresponsal de *Ahora* daría cuenta, de forma aséptica pero exacta, de las leyes raciales y de la situación en que colocaban a los judíos en sus crónicas del 9 y el 14 de abril¹⁹³, argumentando, de nuevo con su sutil juego de sombras, que ello no podía molestar de ningún modo al Gobierno alemán: “Un Gobierno fuerte como el de Hitler acepta la responsabilidad de sus actos ante su propio pueblo y ante la opinión pública mundial” (Xammar, 1933i).

Por otra parte, el 9 de abril aparecería en *Ahora* un artículo ferozmente antisemita de Pío Baroja en el que el escritor justificaba la desconfianza y el resentimiento contra los judíos tanto en Europa como en América y abundaba en prejuicios antisemitas: “Con esta idea de su superioridad y con el desprecio por los demás, el judío es hombre de pocos escrúpulos”, y acababa diciendo que era perfectamente normal lo que ocurría en Alemania, donde “viven en el mismo establo el mastodonte alemán y la mona judía”, y, por tanto, concluía, es normal “que de cuando en cuando riñan”¹⁹⁴ (Baroja, 1933b).

En cuanto a Manuel Alvar, apuntaría la violencia que contra los judíos ejercían los nazis antes del boicot: “¿Que los judíos molestan o simplemente repugnan? Pues se les injuria y luego se les apalea”, escribía el 22 de marzo (Alvar, 1933c). Sin embargo, nada se escribió sobre el boicot en el *Heraldo*, que se limitaría a publicar la información que Fabra le ofrecía sobre el asunto. En su crónica del 29 de marzo, Alvar (1933d) se atenía estrictamente a lo dicho por Göring en su reunión con la prensa extranjera: los judíos no serían perseguidos por motivos de raza o religión. Nada más diría el corresponsal del *Heraldo* esos días sobre los judíos. Sí les dedicaba alguna atención, por el contrario, su colega de *El Sol*, García Díaz, quien en su crónica del 2 de abril escribiría sobre el boicot: “El «progromo» [sic] no ha sido cruento, pero sí cruel”, pues respetaba (por el momento) la vida de los judíos, pero les arrebatava su medio de supervivencia (García Díaz, 1933d). Pero, al igual que Alvar, nada más escribiría sobre el tema¹⁹⁵. En cuanto al resto de la prensa liberal española, tanto *Luz* como *El Liberal* denunciarían la persecución de los judíos. En el primero se podía leer el 12 de abril que dicha persecución era “consecuencia de ese principio de la pureza de raza, que no es

¹⁹³ “Los judíos están apurados. El Gobierno los trata muy mal”, escribía en su crónica del 9 de abril (Xammar, 1933h).

¹⁹⁴ Sobre el antisemitismo de Pío Baroja también se pueden consultar Álvarez Chillida (2002: 291-295, 359) y Sawicka (2003: 302-303).

¹⁹⁵ Mercedes Semolinos (1985: 228) sugiere un giro ideológico en las crónicas de García Díaz, que se volverían, según ella, menos hostiles hacia los nazis a partir de abril de 1933.

sólo cruel y medieval, sino, ante todo, ridículo, estúpido, pedantesco, extraído de los libros más absurdos y confusos que ha producido la mentalidad germánica” (cit. en Semolinos, 1985: 229). *El Liberal*, por su parte, acusaba a la SA de haber participado “en crímenes y sevicias contra los israelitas alemanes” y de haber saqueado sus comercios (cit. en Semolinos, 1985: 227).

Finalmente, durante las semanas previas a la llegada de Chaves Nogales a Alemania, cabe destacar el acercamiento de García Díaz al nazismo por la vía del anti-marxismo. En su crónica del 2 de mayo alababa la capacidad de Hitler para ganarle a los marxistas en su terreno, la concentración del 1 de mayo en la gran explanada aledaña al aeródromo de Tempelhof, a la que acudieron, según él, tres cuartas partes de los berlineses (García Díaz, 1933e): “Orgullosos pueden estar los nacionalsocialistas del golpe asestado al marxismo”. Asimismo, el 12 de mayo alababa el espíritu pacifista que Hitler había mostrado en varias ocasiones los días anteriores y reclamaba el reconocimiento de la prensa internacional a las buenas palabras del canciller alemán (García Díaz, 1933f). Su periódico, *El Sol*, sin embargo, mantenía una oposición inequívoca al gobierno de Hitler y ofrecía sus páginas a intelectuales judíos perseguidos por los nazis, como el escritor Emil Ludwig y el periodista y político socialdemócrata Georg Bernhard. El primero, publicaba el 25 de abril en el periódico madrileño un artículo en el que explicaba por qué se había lanzado Alemania a los brazos del fascismo y defendía la existencia de otra Alemania distinta a la del “suboficial” y enfrentada a ésta: la del “hombre civil que piensa” (Ludwig, 1933). Por su parte, Bernhard escribía el 4 de mayo un artículo en el que denunciaba la expulsión de los profesores judíos de las universidades alemanas: “Para los judíos alemanes [...] esto es naturalmente el principio de una era individual triste y penosa” (Bernhard, 1933).

En cuanto a *Augusto Assía*, cabe destacar en esos días una semblanza de Hitler que publicaría el 4 de mayo en *La Vanguardia*:

Lo fundamental en la vida de Hitler es que ninguna de sus grandes ideas ha sido adquirida por medio de un fenómeno reflexivo, sino a través de un impulso. Cuenta él mismo que su nacionalismo lo sintió por primera vez afluir al pecho viendo de niño unas revistas ilustradas sobre la guerra del 71, que su antisemitismo surgió repentinamente al encontrarse en Viena, a la vuelta de una esquina, con el rostro moreno y anguloso de un judío; que su antimarxismo se lo produjo el contacto con los obreros de Viena, una mañana de sol, en la obra en que trabajaba. Además, del impulso puede descubrirse otro factor preponderante también en la vida de Hitler: la plástica. [...] Esa sensibilidad que habría de hacer de Hitler uno de los mejores propagandistas que conoce la historia, en cuanto la propaganda se refiere a efectos plásticos (*Assía*, 1933f).

Por su parte, Alvar daba cuenta ese mismo día en las páginas del *Heraldo* de la sumisión de los sindicatos ante Hitler: “Sin condiciones se someten al control gubernamental y aguardan esperanzados las directivas que quieran darles los nazis”, y señalaba que la fuerza obrera organizada, “que tanto pánico infundiera a Schleicher y a Papen”, se estaba convirtiendo sin la menor resistencia en “apéndice estatal” (Alvar:

1933f). En la misma crónica, el corresponsal del *Heraldo* hablaba de la inminente crisis del gobierno de coalición:

Otro de los acontecimientos políticos lo constituye la desagregación del bloque gubernamental. A pesar de todos los esfuerzos realizados, ya resulta imposible ocultarlo al público. Hitler quiere gobernar solo, sin tutores. Su partido exige la totalidad de los puestos y no transige, en modo alguno con los nacionalistas y «Cascos de Acero». [...] Según me afirma un personaje nacist, todo el Poder, sin compromisos, sin control, pasará a manos del partido. Cascos de acero y pangermanistas deben someterse, obedecer. Un solo partido, una sola organización de combate, unos solos Sindicatos (Alvar, 1933f).

En su crónica del 11 de mayo insistía en esa idea: “[...] los católicos y los pangermanistas han entrado ya en período de agonía y antes de muy pocas semanas habrán liquidado sus partidos; el nacionalsocialismo será el único subsistente” (Alvar, 1933g). Con la sumisión absoluta de los sindicatos y la práctica asimilación de sus rivales políticos, Hitler estaba a punto de completar el proceso de acumulación de poder que convertiría a Alemania en un estado totalitario. El domingo 30 de abril, Victor Klemperer (1995: 25) escribiría en su diario: “Ich habe den bestimmten Eindruck, daß die Katastrophe nicht mehr lange ausbleiben kann” [“Tengo la impresión inequívoca de que la catástrofe no puede tardar mucho más en llegar”]. En esa hora crítica llegaba Manuel Chaves Nogales a Alemania.

3.2. Estancia en Alemania: fechas, recorrido y circunstancias

Las fechas y el recorrido del viaje de Chaves Nogales por Alemania son difíciles de determinar con exactitud. Aparte de las propias crónicas de Chaves, publicadas en *Ahora* entre el 14 y el 18 de mayo de 1933¹⁹⁶, no contamos con otras fuentes fiables para establecer con precisión cuándo llegó a Alemania, dónde estuvo y cuándo se marchó. No obstante, el día 7 de mayo *Ahora* publicaba un anuncio de las crónicas que comenzarían a salir a la luz una semana más tarde en el que aseguraba que Chaves viajaba desde hacía dos meses por Alemania e Italia como enviado especial del periódico (sin firma, 1933m). Si dicha información fuese cierta, Chaves habría salido hacia Alemania o Italia a principios de marzo de 1933. Sin embargo, *Ahora* registra en su número del día 28 de marzo de 1933 la asistencia de Chaves al entierro de su compañero de redacción José Ramón Pérez Bances, que tuvo lugar el día anterior (sin firma, 1933j). De manera que el 27 de marzo Chaves estaba en Madrid. Es más, en la primera de las crónicas que envió desde Alemania, publicada el 14 de mayo, el periodista asegura que llegó a Alemania pocos días después del boicot a los comercios judíos, que, como hemos visto en el apartado anterior, tuvo lugar el 1 de abril (Chaves Nogales, 1933a).

Aparte del funeral del 28 de marzo, *Ahora* no registra un acto social anterior de su subdirector desde el 12 de febrero, cuando informa de la asistencia de Chaves a un almuerzo ofrecido el día anterior en la sede de *Ahora* a algunas amistades del cuerpo diplomático (sin firma, 1933c). Además, llama la atención la ausencia de Chaves en la foto que ilustra la noticia de la visita de la actriz Pola Illery a la sede de *Ahora* el 11 de marzo, en la que sí aparecen Luis Montiel y Ricardo Urgoiti, director de la sección de cine del periódico (sin firma, 1933e). De manera que no hay noticias de la presencia de Chaves en Madrid entre el 11 de febrero y el 27 de marzo. Y de nuevo desaparece su rastro a partir de esa última fecha hasta el 23 de junio, cuando el periodista da una conferencia en el Ateneo de Sevilla –de la que hablaremos ampliamente a lo largo del análisis de sus crónicas– sobre sus “recientes viajes por la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler”, en palabras del propio Chaves (2001: 759). En ese intervalo de tiempo también llama la atención su ausencia durante la visita que el ex ministro de Trabajo francés, Albert Dalimier, hizo a la sede de *Ahora* el 29 de abril (sin firma, 1933l). En definitiva, sabemos que Chaves estaba en España los días 11 de febrero, 27 de marzo y 23 de junio; y que llegó a Alemania los primeros días de abril. Sobre cuánto

¹⁹⁶ Como veremos con más detenimiento en apartados posteriores, algunas de esas crónicas también fueron publicadas en el suplemento dominical del periódico brasileño *Folha da Manhã*: concretamente, las tituladas “Antes de tres annos-- outra vez a guerra”, el 9 de julio de 1933; “A conquista da infancia e da mocidade allemãs”, el 16 de julio de 1933; “Lutas políticas e repressões policiaes”, el 23 de julio de 1933; y “Por que são hitleristas as mulheres allemãs”, el 27 de agosto de 1933.

tiempo estuvo allí y sobre si su visita a Italia fue anterior o posterior especularemos más adelante.

Pero, volviendo a los anuncios que *Ahora* publicó antes del reportaje de Chaves, los días 10 y 11 de mayo el diario madrileño publicaba otros dos prácticamente idénticos al ya mencionado del día 7 (sin firma, 1933n y 1933ñ). En los tres reza el siguiente mensaje:

En la primera parte de este reportaje, Chaves Nogales describirá la situación del pueblo alemán, la organización y funcionamiento de las fuerzas de asalto y de defensa del hitlerismo después de haber conquistado el Poder, la metódica extirpación de los judíos, el encuadramiento militar de las masas de población, el renacimiento de los ideales imperiales, las posibilidades de la restauración monárquica y la radical estrangulación del comunismo y el socialismo; es decir, la formidable revolución que en estos momentos se está operando en los campos, los talleres, las fábricas, las grandes urbes y las aldeas de Alemania bajo el poder omnímodo de un hombre salido de la nada para convertirse en un semidiós: Adolfo Hitler.

Este texto nos hace pensar que buena parte de las crónicas ya estaban escritas cuando se publicó la primera, o que, al menos, Chaves ya tenía borradores preparados. Sin embargo, el hecho de que el anuncio hable de “la primera parte” del reportaje permite suponer que dicho reportaje no estaba completo aún, aunque los temas que menciona el anuncio sean algunos de los fundamentales que atraviesan las crónicas. Por otra parte, dada la represión contra la prensa que tenía lugar en ese momento en Alemania, que daría lugar, como hemos visto en el apartado 3.1.3, a la expulsión del país de varios corresponsales extranjeros, quizá Chaves prefiriera que las crónicas no se publicaran hasta haber conseguido suficiente material para acabar el reportaje en caso de ser expulsado del país. De hecho, no abordaría la represión política y las críticas más explícitas a los líderes nazis hasta las tres últimas crónicas, publicadas el 26, 27 y 28 de mayo, respectivamente. Asimismo, la forma de trabajar de Chaves hace más probable esta hipótesis, si cabe. Es ilustrativa en este sentido la gestión que el periodista hizo en otoño de 1935 de la publicación –que no llegaría a producirse– de la novela de Valle-Inclán *El trueno dorado*. Don Ramón había comenzado a escribir la novela a principios de 1935, y ya en mayo le había propuesto por carta a Chaves su publicación. Pero no sería hasta noviembre cuando Valle le enviara los dos primeros capítulos de la novela. Chaves le escribió comunicándole que no había ningún problema con publicar los capítulos tal y como se los había enviado. Sin embargo, le preocupaban los plazos de publicación: “Lo malo es que la publicación, aunque sea semanal, le alcanzará a usted en seguida” (Valle-Inclán, 2008: 272). Y añadía: “Con este temor no me he atrevido a darla no obstante haberla anunciado”. Sin embargo, ordenó que se le pagaran esas dos entregas de todas formas. Y, finalmente, le proponía: “Si usted cree poder terminarla en dos, tres, cuatro semanas acometeremos inmediatamente la publicación”. Lamentablemente, el escritor moriría a comienzos de enero de 1936 y *Ahora* nunca llegaría a publicar esos primeros capítulos de su novela.

En cualquier caso, esa carta nos permite considerar probable que Chaves no diera su visto bueno para la publicación de sus propias crónicas, como parte del gran reportaje sobre la Alemania nazi, hasta que éstas estuviesen listas o fuesen suficientes para comenzar una publicación periódica de las mismas sin interrupciones, como así ocurrió: pues fueron publicadas sin más elipsis que las impuestas por los lunes (día en que *Ahora* no se publicaba). Así, las trece entregas del reportaje vieron la luz sin interrupciones el domingo 14 de mayo (crónica), el martes 16 (crónica), el miércoles 17 (crónica), el jueves 18 (crónica), el viernes 19 (crónica), el sábado 20 (crónica fotográfica), el domingo 21 (entrevista a Joseph Goebbels), el martes 23 (crónica), el miércoles 24 (crónica), el jueves 25 (crónica), el viernes 26 (crónica), el sábado 27 (crónica) y el domingo 28 (crónica); anunciándose al final de cada crónica el título de la del día siguiente, con una excepción que puede resultar significativa: la crónica del viernes 19 anunciaba que el siguiente artículo sería “La conquista de la juventud”, como era habitual, sin especificar el día de la publicación. Sin embargo, el sábado se publicaba la crónica fotográfica de la quema de libros, que no había sido anunciada. Y al final de la misma, aparecía el anuncio de la publicación al día siguiente, el domingo 21, de la entrevista a Joseph Goebbels, en la cual, a su vez, se anunciaba para el martes la publicación de “La conquista de la juventud”, que, efectivamente, sería publicada el día 23. Esta anomalía en la sucesión de anuncios de las crónicas, si bien puede pasar por anecdótica, podría significar que la entrevista a Goebbels no estaba planificada y que fue insertada en la sucesión de crónicas cuando Chaves, efectivamente, pudo hacerla, probablemente durante esa misma semana. La crónica fotográfica podría ser una transición necesaria para dar tiempo a Chaves a acabar las crónicas de la semana siguiente. Pero esto, evidentemente, es pura especulación.

Por otra parte, como hemos visto más arriba, la primera crónica, publicada el 14 de mayo, fue escrita o, al menos, bosquejada a principios de abril. Asimismo, en la del 16 de mayo Chaves comenta: “A los quince días de estar en Alemania se oye hablar así y no se escandaliza uno” (1933b); lo que indicaría, si se refiere a su propia experiencia en Alemania, que dicha crónica la habría escrito en torno al 20 de abril. Por otra parte, en la publicada el 26 de mayo habla de la avalancha de judíos que habían acudido a la embajada española en busca de visados (1933j), hecho acontecido a mediados de abril¹⁹⁷. Asimismo, en la crónica del día 19 de mayo se refiere a la concentración del 1 de mayo en Tempelhof, en Berlín (1933e), y, el día 20 de mayo se publicaba la crónica fotográfica de la quema de libros acontecida el 10 de mayo (sin firma, 1933p). Y, en la crónica del 23 de mayo, Chaves (1933g) habla de un mensaje de la asociación Youth of Wales que fue emitido por radio el 18 de mayo, aunque *La Voz* había publicado el 13 de mayo, cinco días antes, la traducción de dicho mensaje al español, que es, de hecho, la que Chaves cita en su crónica (como veremos en el apartado 4.6.1). En cualquier caso,

¹⁹⁷ Ver apdo. 3.1.3.1.

esa crónica no pudo ser escrita después del 18 de mayo, pues el periodista asegura que hacía “semanas” que los niños “ingleses” habían emitido el mensaje. Por último, en su crónica del 28 de mayo menciona la entrada del antiguo Kronprinz alemán en la brigada motorizada de la SA, hecho del que daba noticia *Ahora* cuatro días antes (ver apdo. 4.11.4). Por tanto, teniendo en cuenta todo lo visto hasta ahora, la hipótesis más verosímil es que las crónicas fuesen escritas entre principios de abril y finales de mayo de 1933.

Ahora bien, ¿viajó Chaves antes a Alemania o a Italia? Como hemos visto ya, la primera noticia que tenemos del regreso de Chaves a España es del 23 de junio, cuando el periodista dio una conferencia en Sevilla. Por tanto, en principio, habría tenido tiempo suficiente para visitar Italia tras su paso por Alemania. Aunque, si atendemos a los anuncios del 7, 10 y 11 de mayo ya mencionados, bien podría haber estado en Italia en el mes de marzo y haber pasado por España para asistir al entierro de su compañero Pérez Bances el día 27 de marzo antes de viajar a Alemania. Pero, aparte de lo aparentemente complicado de esta segunda hipótesis, el hecho de que las crónicas italianas nunca llegaran a publicarse –de hecho, ni siquiera sabemos si llegaron a ser escritas– hace acaso más probable la conjetura de que el viaje a Italia fuese posterior al de Alemania. En el prólogo de *A sangre y fuego* Chaves (1937: 3-4) comenta:

Quando al regreso de Roma aseguraba que el fascismo no ha aumentado en un gramo la ración de pan del italiano, ni ha sabido acrecentar el acervo de sus valores morales, mi patrón no se mostraba tan satisfecho de mí ni creía que yo fuese realmente un buen periodista [...].

Parece, a la luz de este comentario, que Luis Montiel, mucho más conservador que Chaves¹⁹⁸, no permitió la publicación de las crónicas italianas, quizá ya insatisfecho con las alemanas. Insatisfacción que bien podría haberse visto incrementada por el hecho de que Montiel costeaba los viajes de Chaves, como apunta Jesús de Juana (1998: 34): “El subdirector del diario, Manuel Chaves Nogales, ganaba 2.500 pesetas mensuales más los reportajes, con los viajes y las estancias que éstos reportaban totalmente pagados por la empresa”.

En cuanto al recorrido, sabemos, por lo que dice en su crónica del 14 de mayo, que el periodista entró en Alemania por carretera desde Metz –probablemente, previo paso por París– por el Sarre, en ese momento aún bajo el control de la Sociedad de

¹⁹⁸ Como recuerda Pilar, la hija de Chaves: “Mi padre le dio un giro a la intención de Luis Montiel, que había pensado en hacer una cosa quizá no tan... liberal, no tan moderna. Yo creo que tuvo sus más y sus menos con Montiel, que había puesto su dinero, pero él tenía una idea muy clara de lo que quería hacer. [...] Pero el periódico funcionó con la fórmula de mi padre y tuvo un gran éxito. Así que, cuando Montiel, que era muy conservador y había dado el dinero para montar una cosa, quiso llevarlo a su terreno, el periódico ya andaba por su cuenta” (Cintas, 2011a: 117). También cuenta Pilar que cuando Chaves se iba de viaje, Montiel “aprovechaba para echar a alguno de los empleados de las máquinas, por sus ideas, por ser comunistas o anarquistas”, pero cuando Chaves volvía, pedía que volvieran los despedidos (Cintas, 2011a: 221).

Naciones¹⁹⁹; concretamente su tránsito de Francia a Alemania se produjo entre las localidades de Saint Avold y Forbach (Chaves Nogales, 1933a). En la misma crónica habla de su paso por el Sarre y por Kaiserslautern, en el Palatinado²⁰⁰, dentro de la zona desmilitarizada. La siguiente crónica que nos da alguna noticia de la localización de Chaves será la del día 18 de mayo, en la que el periodista relata su visita al campo de trabajadores voluntarios de Biesenthal, cerca de Berlín (Chaves Nogales, 1933d). En dicha crónica cuenta que ha tenido que pedir permiso al Ministerio de Trabajo para visitar el campo. De manera que podemos deducir que antes de la visita a dicho campo ya llevaba algunos días en Berlín. Esta crónica además, contiene una foto cuya autoría Chaves se atribuye²⁰¹, si le damos credibilidad al pie de foto: “Mientras los jefes del campamento van mostrándome la obra de los trabajadores voluntarios, disparo disimuladamente mi maquina fotografica y me quedo con este testimonio gráfico de la labor a que se consagran: cavar trincheras” (1933d). De ser cierto, el periódico debió esperar, como mínimo, a que las fotos llegasen a Madrid desde Berlín antes de publicar la crónica²⁰².

No aparecen ya más referencias en las crónicas que permitan adivinar los lugares que visitó Chaves, más allá de la entrevista a Goebbels publicada el día 21 de mayo, que cabe suponer que tuvo lugar en Berlín. Por lo demás, hay fotografías en las crónicas del 20, 25, 26 y 27 de mayo cuyos respectivos pies de foto indican que se corresponden con imágenes de Fráncfort, Hamburgo, Berlín o Leipzig; pero no hay forma de saber si fueron tomadas por Chaves o eran de alguna agencia. Salvo la primera crónica, la del día 14, y las crónicas del 18 y el 19, que hablan sobre los campos de trabajadores voluntarios, el resto no tienen un marco espacial o temporal específico más allá del general: Alemania en la primavera de 1933. De modo que, aunque sepamos que la

¹⁹⁹ Podríamos considerar que, técnicamente, la entrada de Chaves en Alemania se produjo por el Palatinado desde el Sarre, ya que el Sarre no se encontraba en ese momento bajo soberanía alemana.

²⁰⁰ Bien es cierto que a la crónica la acompaña una foto del *Gasthof* de Bodenwerder, en Braunschweig, actualmente parte de la Baja Sajonia. Chaves, por lo que cuenta en la crónica del 19 de mayo, llevaba consigo una cámara fotográfica (Chaves Nogales, 1933e); pero el tipo de fotografías que acompañan al resto de crónicas hacen pensar que la mayoría de ellas eran de agencia. Según Olivera Zaldua (2016: 90), de suministrar información gráfica del extranjero a *Ahora* se encargaban las agencias Trampus y Keystone. No obstante, durante los primeros seis meses de 1933 (que son los únicos que hemos comprobado en este sentido) abundan también en *Ahora* bastantes fotos desde el extranjero en general y de Alemania en particular de la agencia española Contreras y Vilaseca –el 4, 12 y 26 de marzo; 7 y 8 de abril; y el 14 de junio, al menos–. Además, durante esos meses el diario también publicaría fotografías desde Alemania firmadas por otros colaboradores habituales, como Orríos –el 4 de marzo– y Díaz Casariego –el 12 de marzo.

²⁰¹ Ver nota anterior.

²⁰² Podemos hacernos una idea de lo que se tardaba en hacer el recorrido Berlín-Madrid con el siguiente testimonio de Xammar, que cuenta cómo, estando en Madrid en junio de 1934, Chaves le pidió que viajara a Berlín de inmediato debido a la crisis política que estaba teniendo lugar en esos momentos en Alemania: “«Avui és dissabte –em va dir Chaves– i demà diumenge. Demà en comptes de l'article seu ja compost en sortirà un altre interpretant els fets o tractant d'interpretar-los. El dilluns no hi ha diari i el mateix dilluns vostè pot ésser a Berlín i telefonar una crònica per al número de dimarts. *No hay un minuto que perder*». [...] Aquell vespre vaig a sortir del pas amb un article fet a corre-cuita [...]. En arribar a Berlín trenta-sis hores més tard [...]” (Xammar, 1991: 359-360). Treinta y seis horas, por tanto, es lo que tardarían, como mínimo, en llegar las fotos de Berlín a Madrid.

última crónica firmada por Chaves desde Alemania fue publicada en *Ahora* el día 28 de mayo, no podemos saber cuándo abandonó el país²⁰³.

Por otra parte, sabemos que Chaves viajó a Alemania acompañado de su mujer, Ana Pérez Ruiz, por lo que cuenta su hija Pilar: “Teníamos una tía Inés que era hermana de la abuela Pilar, que se quedaba con nosotros cuando doña Ana lo acompañaba, como cuando fue a la Alemania nazi para los reportajes” (Cintas, 2011a: 221). No está claro, sin embargo, si Eugenio Xammar y la mujer de éste, Amanda Fürstenwerth, les sirvieron de anfitriones en Alemania pese a que María Isabel Cintas (2011a: 153) habla en la biografía sobre el periodista de “alguna fotografía” en la que Chaves aparecería con su mujer, Ana Pérez, y con Eugenio Xammar y la mujer de éste, Amanda Fürstenwerth. No obstante, entre los documentos anexos a dicha biografía en su edición de 2011 (la única por el momento) tan sólo hay una fotografía (que debió tomar el propio Xammar) en la que aparece Amanda, en cuyo pie de foto se puede leer: “Con Ana y la esposa de Eugeni Xammar en Alemania, 1934”. Si se observa con detenimiento, se ve que la foto fue tomada en invierno (por los abrigos y los árboles sin hojas) en la plaza Zocodover de Toledo. En la foto se puede ver al fondo un letrero que reza “MAZAPAN” donde hoy se encuentra una confitería, mientras que en el lugar en el que en la foto aparece el Banco Popular, hoy está la Delegación del Gobierno. La persona que acompaña a Manuel y a Ana en la foto sí parece ser, no obstante, Amanda Fürstenwerth. En cuanto al año en que fue tomada, puede ser, en efecto, 1934, o incluso 1933, pues se puede observar un pequeño muro de piedra detrás de los coches aparcados que fue construido durante las obras de reforma de la plaza que tuvieron lugar en 1933, según García Ruipérez (2017), como se puede observar en las siguientes fotografías:



Reproducción de la imagen publicada por Cintas (2011a) en la que aparecen, desde la izquierda, Manuel Chaves Nogales, Amanda Fürstenberth y Ana Pérez en la plaza de Zocodover de Toledo.

²⁰³ Santos (2012: 217), cuyas fuentes desconocemos, hace las siguientes afirmaciones sobre el viaje de Chaves por Alemania: “Chaves atravesó la frontera francesa por el Sarre y llegó a Alemania a los pocos días del comienzo del boicót de los comerciantes judíos. Durante su estancia en Alemania le acompañó el corresponsal de su periódico en Berlín, Eugenio Xammar. Realizó numerosas fotos, entrevistó al lugarteniente de Hitler y ministro de la Propaganda, doctor Goebbels, y sintiéndose estrechamente vigilado por la Gestapo, tuvo que abandonar precipitadamente el país”.



Fotografía de la plaza de Zocodover tomada entre 1933 y 1936²⁰⁴.

Por tanto, sin otra prueba que esa foto y sin haber podido tener acceso al testimonio directo de doña Pilar Chaves Jones, única hija viva del periodista, es imposible saber a ciencia cierta si, efectivamente, Eugenio Xammar le sirvió a Chaves de cicerone en ese viaje, como sugiere Cintas (2011a: 153). Lo cierto es que Xammar no publicó ninguna crónica en *Ahora* entre el 16 de abril y el 18 de mayo, intervalo en el que presumiblemente Chaves se encontraba en Alemania. Por otra parte, a juzgar por la citada fotografía, podemos asegurar que Xammar y Chaves tenían una relación de amistad. De hecho, Pilar Chaves asegura que su padre “tenía un contacto muy estrecho con Eugenio Xammar [...] cuando Hitler tomó el poder”²⁰⁵ (Suberviola y Torrente, 2013b: 96). Por su parte, Pablo Chaves, otro de los hijos del periodista, recuerda que durante el exilio Xammar era uno de los visitantes asiduos de la casa de la familia Chaves en París, donde se formaban tertulias en las que también participaban Josefina Carabias o Carlos Sampelayo (Cintas, 2011a: 233). El propio Xammar menciona, por su parte, en sus conversaciones con Josep Badia que llamó a Chaves en febrero de 1936 para que le informara de la lista de ministros del nuevo gobierno de Azaña a fin de comunicárselo a sus compañeros de *La Publicitat* (Xammar, 1991: 387).

Por otro lado, Xavier Pla (2019a: 148) menciona en una nota al pie de la recopilación de cartas de Xammar que Chaves era uno de los grandes amigos de Xammar y que éste le sirvió a Chaves de anfitrión en Berlín en varias ocasiones; y comenta que en el Arxiu Nacional de Catalunya se conservan varios libros de Chaves pertenecientes a la biblioteca de Xammar dedicados de su puño y letra por el sevillano.

²⁰⁴ En García Ruipérez, Mariano (2017): “Plaza de Zocodover”, en el portal del Ayuntamiento de Toledo, en <<https://cutt.ly/KfyDEQA>> [cons. 28/06/2019].

²⁰⁵ En la misma entrevista, doña Pilar asegura que su padre “hizo bastantes viajes” a Alemania (Suberviola y Torrente, 2013b: 96), pero los únicos conocidos hasta el momento son el de 1928 y el de 1933.

“A Eugenio Xammar, con gratitud de su amigo Chaves”²⁰⁶, reza la que aparece en *Un pequeño burgués en la Rusia Roja. La vuelta a Europa en Avión*, publicado en Madrid por Mundo Latino en 1929. Es significativo el agradecimiento de Chaves a Xammar, que quizá se debiera a la supuesta acogida que éste le hiciera en Berlín a su paso por allí en 1928 para la realización de ese reportaje. “A Eugenio Xammar, el primero de sus admiradores”²⁰⁷, dice la escrita en *Lo que ha quedado del imperio de los zares*, publicado en Madrid por Estampa en 1931. “A Eugenio Xammar, su amigo Chaves”²⁰⁸, se puede leer en *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, publicado en Madrid por Estampa en 1934. Y, finalmente, en *Juan Belmonte, matador de toros. Su vida y sus hazañas*, publicado en Madrid por Estampa en 1935, se puede leer: “A Eugenio Xammar, su camarada, Chaves”²⁰⁹. Parece claro, por tanto, a la luz de estas dedicatorias, que la amistad de Chaves y Xammar venía de lejos y que con el tiempo no hizo sino estrecharse. También menciona Xavier Pla (2019b: 17-18) un encuentro en 1937 en la Ópera de París entre Xammar, su amigo Massip y Chaves:

Junts [Xammar y Massip] havien assistit a un concert de l’Orquestra de Madrid, dirigida per Pérez Sala. Es recordaven asseguts prop de Manuel Chaves Nogales, que feia poc havia mort exiliat a Londres, i la seva família. S’havien emocionat junts en sentir les primeres notes de «La Revoltosa» en aquelles hores d’incertesa política.

Por último, el propio Xammar, en una carta escrita al periodista Joaquim Ventalló el 28 de julio de 1940, habla de Chaves exiliado en Londres cuando enumera a sus amigos y conocidos de la diáspora española (Xammar, 2019: 148). En definitiva, dada su amistad, es probable que Xammar ayudara a Chaves en 1933 en su viaje a Alemania; aunque, sin más datos, no podemos saber cuándo ni a dónde lo acompañó durante el mismo, o si viajaron siempre con sus respectivas esposas²¹⁰. No obstante, si observamos las fechas en las que Xammar publicó crónicas firmadas desde Berlín en *Ahora* de febrero a junio de 1933, encontramos cierto número de lapsos en los que el corresponsal no publicó ninguna crónica que podrían coincidir con el hipotético viaje por Alemania e Italia con Chaves y su esposa, o con alguna visita a España. Dichos lapsos tuvieron lugar entre el 19 de febrero y el 1 de marzo; entre el 7 y el 19 de marzo; entre el 16 de abril y el 18 de mayo (el más largo de todos ellos); y, finalmente, entre el 13 de junio, cuando Xammar asiste al almuerzo de homenaje que el Club de Prensa Extranjera en Berlín (del cual él era vicepresidente) le ofreció ese día al cuerpo diplomático extranjero en la capital alemana²¹¹, y el 25 del mismo mes.

²⁰⁶ Ver apéndice 1.

²⁰⁷ Ver apéndice 2.

²⁰⁸ Ver apéndice 3.

²⁰⁹ Ver apéndice 4.

²¹⁰ Aunque Cintas (2011a: 159) de nuevo da por hecho que Xammar acompañó a Chaves por “lugares inoportunos para los nazis”.

²¹¹ Chaves Nogales no aparece junto a Xammar en la fotografía que *Ahora* publicaba el día 14 de junio de 1933 acompañando a la noticia del homenaje en la que puede verse al periodista catalán en el almuerzo junto a varios periodistas y diplomáticos y al presidente del Reichsbank (sin firma, 1933q).

Llama la atención, sin embargo, lo sucinto que es Xammar en sus conversaciones biográficas con Josep Badia en lo referente a Chaves, cuando a la visita de Josep Pla a Alemania en 1922 y al posterior viaje a Rusia juntos les dedica más de cuarenta páginas (Xammar, 1991: 262-306), y declara con claridad que los unía una buena amistad. Esto resulta llamativo en contraste con las dos escuetas menciones circunstanciales que hace de Chaves, sin mencionar en absoluto su amistad (359, 387). Acaso, simplemente, su amistad no era tan estrecha, o hubo, quizá, alguna desavenencia última entre ellos, cosa ésta improbable, pues, como hemos visto, Xammar era asiduo del apartamento de Chaves en París durante el exilio. Quizá el hecho de que la entrevista de Badia tuviera lugar durante el tardofranquismo tenga relación con la poca presencia de Chaves en las respuestas de Xammar... Es difícil determinar la causa real de esa omisión.

En resumen, sabemos a ciencia cierta que el periodista sevillano estuvo en Alemania al menos entre abril y mayo de 1933, y que visitó el Sarre, Kaiserslautern, Berlín y el campo de trabajadores voluntarios de Biesenthal. Sabemos también que estuvo en Italia inmediatamente antes o, probablemente, después de su paso por Alemania. Asimismo, sabemos que en esos viajes lo acompañó su mujer, Ana Pérez, y probablemente en ocasiones también Eugenio Xammar y quizá la esposa de éste, la alemana Amanda Fürstenwerth. Pero, por lo que en esta investigación hemos podido averiguar, esto último permanece en el campo de lo hipotético.

3.3. Crónicas periodísticas o partes de un gran reportaje

Antes de pasar a al análisis de los textos de Chaves, conviene justificar su clasificación en el ámbito de los géneros periodísticos. Y es que el hecho de que no haya referencias espaciotemporales concretas en la mayoría de esos textos, así como la abundancia de valoraciones introducidas por el periodista, hace que éstos se ajusten con dificultad a las definiciones más ortodoxas de crónica periodística. Asimismo, cabe preguntarse si se trata de un grupo de crónicas, de entregas de un reportaje o de ambas cosas. Veamos qué dice la bibliografía especializada al respecto para poder siluetear así con mayor exactitud la definición de lo escrito por Chaves en Alemania.

3.3.1. La hipótesis de las crónicas periodísticas

Comenzaremos con la aproximación que hace a este tema Luis Núñez Ladevéze, que, como señala Álvaro de Diego (2007: 12), da un “salto cualitativo en la teoría de los géneros periodísticos”, en tanto que aborda dicha materia novedosamente desde la teoría de la acción humana, la sociología y la teoría de la comunicación, cuestionando la habitual separación positivista entre hechos y opiniones propia de la teoría anglosajona:

Una teoría del texto y del contexto, es decir, un encuentro entre lingüística, sociología comprensiva, entre teoría del texto y teoría de la acción, se hace aquí indispensable no sólo para la interpretación de los enmascaramientos y actitudes ideológicas encubiertos por la actividad informativa, sino también para entender cómo el periodista interpreta el objeto de su información. [...] La vieja idea positivista que tendía a separar hechos de valoraciones, o el axioma práctico, tan repetido como norma del ejercicio profesional, de que los hechos son sagrados y las opiniones son libres, no sólo quedan puestos en entredicho sino que se plantean, en sí mismos, como una cuestión epistemológica [...] o como un problema relativo a una previa sociología del conocimiento. El estudio, la reflexión y la indagación de los productos periodísticos pueden ser enfocados a este respecto como una aportación al conocimiento de cómo la actividad periodística contribuye a producir –no meramente a reproducir– la realidad social en la que se integra [...] (Núñez Ladevéze, 2004: 45).

De acuerdo con esto, niega la separación clásica entre información, interpretación y valoración, pues considera que todo texto periodístico es interpretativo: “[...] siempre que se selecciona como informativo un hecho o se presenta de un modo en lugar de otro, se realiza un «juicio» sobre el valor periodístico, para el medio informativo en que aparece, de ese «hecho»” (Núñez Ladevéze, 1995: 33). Y establece como alternativa ésta otra clasificación: interpretación de hechos o noticias, interpretación de situaciones, e interpretación moral o comentario (35). Y es en la segunda de esas categorías en la que encaja la crónica periodística, cuya función es “comprender mejor el presente o la actualidad presentada noticiosamente como mosaico

de hechos”, según el propio Núñez Ladevéze (1995: 35). En cualquier caso, señala que, en la práctica, esa separación no es tajante, sino gradual, a pesar de que “la práctica profesional ha ido consolidando rasgos fijos para distinguir unos géneros de otros” (37). Así, en el caso de la crónica y del reportaje, Núñez Ladevéze (1995: 83) explica:

Puede considerarse la crónica como una técnica expresiva y narrativa cuyo fin es destacar una información complementaria de algunos acontecimientos de los que generalmente se ha ofrecido una información principal. [...] Las nociones de crónica y de reportaje se refieren más a los modos de exposición de la información que al contenido informativo. Pero la práctica y la tradición han influido en que determinadas técnicas expresivas más personalistas, literarias y subjetivas se utilicen preferentemente para suministrar determinados tipos de información de detalle o complementaria, mientras que esa misma tradición ha aconsejado que el modo de exponer la información principal sea más austero, sobrio, impersonal, ordenado y directo.

Por consiguiente, parece que, tanto por la intención como por el contenido, los textos enviados desde Alemania en 1933 por Chaves Nogales encajan en esa categoría de límites líquidos que es la *interpretación de situaciones*. Aunque todavía cabe preguntarse si lo hacen en forma de crónicas o de reportaje, disyuntiva que trataremos más adelante.

En cuanto a las definiciones clásicas de crónica periodística, acaso la más angosta sea la de Martínez Albertos, próximo a la visión anglosajona, quien considera la crónica un género característico del periodismo latino por su carácter híbrido y la define así:

Narración directa e inmediata de una noticia con ciertos elementos valorativos, que siempre deben ser secundarios respecto a la narración del hecho en sí. Intenta reflejar lo acaecido entre dos fechas: de ahí le viene su origen etimológico en la Historia de la Literatura (Martínez Albertos, 1991: 272).

Para comprobar si los textos de Chaves se ajustan a esta definición, cabe preguntarse tanto por el papel de los elementos valorativos en las mismas como por su acotación temporal. ¿Ocupan una posición secundaria los elementos valorativos en las crónicas de Chaves? Lo veremos con más detalle en el análisis, pero, por lo general, da la impresión de que el lector recibe tanta interpretación como información sobre lo que Chaves va viendo y conociendo, y, en cualquier caso, bastantes valoraciones, algunas de ellas opiniones explícitas introducidas por el verbo *creer* en primera persona del singular. En cualquier caso, es difícil aventurar si son muchas para el criterio de Martínez Albertos, quien advierte: “Un exceso de juicios editorializantes convertiría, sin más, la crónica en comentario, con abuso de funciones por parte del periodista, que habría usurpado el papel de editorialista del periódico cuando el suyo específico es el de reportero” (Martínez Albertos, 1991: 349). Por el contrario, Núñez Ladevéze defiende un planteamiento opuesto al de Martínez Albertos sobre este tema:

[...] más importante que detenerse a medir si se mezcla la interpretación con la opinión y la información, es que queden claras las reglas que el periodista aplica para informar y seleccionar los datos de la información, los criterios por los que selecciona la noticia, y los motivos por los que ofrece una interpretación en lugar de otra (Núñez Ladevéze, 1995: 36).

En consonancia con esto, Núñez acepta como normal la aparición de valoraciones en textos periodísticos de intención informativa:

La clasificación de los géneros periodísticos es poco precisa. Lo habitual es distinguir géneros informativos y géneros de opinión. Pero como no hay ninguna norma que obligue al periodista a construir el relato de acuerdo con un esquema previo, la propia actividad periodística ha producido diversas modalidades de relato informativo que se distinguen de la simple noticia de actualidad o notificación directa de lo ocurrido, y en las que aparece de un modo o de otro cierta pretensión añadida, que puede ser bien documental, bien literaria, unida a juicios, apreciaciones e interpretaciones sobre los hechos narrados del periodista que firma el texto (Núñez Ladevéze, 1995: 79).

Por otra parte, aun aceptando el criterio de Martínez Albertos, Fagoaga, por su parte, recoge varios criterios para establecer diferencias entre el editorialista y el periodista interpretativo que introduce valoraciones personales en sus crónicas:

Hohenberg establece alguna de estas diferencias. Mientras el redactor de mensajes interpretativos “evita recomendar lo que debería ser hecho acerca de algo”, el editorialista insta a la acción, a los modos de actuar del receptor [...]. Sheeham expone que la tarea del editorialista es moldear la opinión pública, mientras que el redactor interpretativo debe huir de ello y sólo “ayudar al lector a comprender la importancia de un acontecimiento” (Fagoaga, 1982: 77-78).

No es, según estos criterios, el caso de Chaves Nogales, en lo tocante a sus crónicas alemanas, el de un editorialista. De hecho, el propio periodista define dichas crónicas en una de ellas como “impresiones de viaje” (Chaves Nogales, 1933b). Por otra parte, el propio Martínez Albertos (1991: 346) reconoce que su definición es teórica y no se ajusta a la práctica periodística española: “[...] la crónica se perfila en España como un género híbrido, a mitad de camino entre el estilo informativo y el estilo de sollicitación (o estilo editorializante)”.

Asimismo, Llera (2004: 34) en su estudio sobre las crónicas de Julio Camba asume el alto grado de subjetividad como válido en las mismas:

El ámbito de la subjetividad en las crónicas de Camba es un hecho que el periódico asume, poniendo de relieve con el nombre de la sección («Camba en Berlín», «Camba en Londres») que el protagonista no es la información, sino el escritor. La crónica es entonces una fiesta del yo; la actualidad es algo borroso que oficia de pretexto para que el escritor se constituya él mismo en tema. [...] El autor se contempla a sí mismo como un ser condenado a la perpetua literaturización de lo que ve. El mundo como libro, como mensaje cifrado de signos, es un *topos* que enraizado en el pensamiento religioso medieval se actualiza para meditar sobre el oficio de escritor en prensa.

En cuanto a la acotación temporal de cada crónica, ya hemos visto que salvo en las crónicas de los días 18 y 19 de mayo, en las que cuenta su visita a un campo de trabajadores voluntarios, el resto, en general, se refiere a circunstancias presentes en un periodo más o menos amplio de tiempo o a la situación política y social de Alemania desde que Hitler llegó al poder, el 30 de enero de 1933. Tan sólo una interpretación laxa de la definición teórica de crónica (coherente con la etimología de la palabra) de Martínez Albertos permitiría, por tanto, encajar lo escrito por Chaves en la misma. Más flexible en ese y otros sentidos es la definición de Cantavella (2004: 396):

La crónica es, para los periodistas, un texto de actualidad, pero enmarcado en un espacio y un tiempo concretos, que no solo atiende al mero relato de los hechos, sino también a la valoración de los mismos. No se limita, pues, a informar, sino que interpreta o explica los sucesos de que se está dando noticia. Representa un paso más en el compromiso del periodista con los lectores, oyentes o espectadores, dado que siempre significa un esfuerzo superior el añadir la valoración de lo que ha ocurrido sobre la simple relación de los datos que se ha llegado a conocer. Es evidente que, planteada de esta manera, no está al alcance de cualquiera, porque exige una gran madurez, algo que da el estudio y el poso que los años dejan en los seres humanos.

En cualquier caso, las crónicas de Chaves se ajustan mejor a definiciones más antiguas, como la que exponía en 1906 el periodista Rafael Mainar, que abarca un mayor espectro semántico al combinar narración, argumentación y exposición (1906: 187-188):

Ante todo ¿qué es la crónica? ¿Un artículo? Por la apariencia tipográfica, sí; por el contenido y la factura, no. ¿Una información, quizá? Puede serlo, y por dentro más tiene de eso que de artículo; pero tampoco es puramente una información. No pregunte más el lector. La crónica es comentario y es información; es la referencia de un hecho en relación con muchas ideas; es la información comentada y es el comentario como información; es la historia psicológica o la psicología de la historia. La crónica es el trabajo síntesis del periodístico trabajo.

Y es que, como señala Mayoral (2013: 152), debido a los cambios en las rutinas profesionales del periodismo, la crónica se ha ido convirtiendo cada vez más en un género netamente “informativo e interpretativo”; mientras que en la época de Chaves Nogales y, más si cabe, en la de Mainar, “se aceptaban en esta clase de textos elementos propios de la opinión”. En ese sentido, Grijelmo (1997: 83-84) les advierte a los periodistas de hoy:

El periodista precisará de gran habilidad para introducir los elementos más personales: habrá que evitar que las opiniones ligadas a ellos queden desnudas y se convierten en frases editorializantes que se han colado de rondón en un género que no les corresponde.

Cantavella (2004: 397), por su parte, comenta estas variaciones de la definición de crónica a lo largo del tiempo:

A principios de siglo [XX] se tendía a escribir unas crónicas que tenían mucho de artículo, incluso se producían confusiones conceptuales al llamar crónicas a lo que eran claramente artículos y al revés. En nuestros días, en cambio, la tendencia más acusada en la prensa española es presentar como crónicas lo que no son sino informaciones de corresponsales destacados en países extranjeros, pero donde se puede encontrar ausencia de valoración o una dosis de ella realmente mínima. En ese complicado equilibrio es donde se balancean este tipo de textos.

Por otra parte, Martín Vivaldi (1987: 124-126) no sólo le da importancia al elemento valorativo de la crónica, sino que lo considera el elemento que la diferencia, junto a la interpretación, del reportaje, que, siendo más o menos literario, es, según él, exclusivamente descriptivo: “¿En dónde está ese más que distingue a la crónica del reportaje?”, se pregunta. Y responde: “Sencillamente en la interpretación o valoración de los hechos que en ella se narran”²¹² (126). Insiste en esa idea con una metáfora muy

²¹² Coincide en esto con Cantavella (2004: 397), quien asegura que la “valoración personal que el cronista aporta es precisamente lo que confiere su marchamo al texto para tomar distancias de la pura narración noticiosa”.

elocuente: “No es la cámara fotográfica que reproduce un paisaje; es el pincel del pintor que interpreta la naturaleza, prestándole un acusado matiz subjetivo” (128). Asimismo, cita un manual de 1930 de Manuel Gaña, que destaca como elemento diferenciador de la crónica el “elemento personal” (cit. en Martín Vivaldi, 1987: 127). Y establece una diferenciación entre la crónica periodística y el resto de géneros periodísticos afín a la tradición anglosajona:

No es *reportaje* puro porque en éste –en principio y salvo casos excepcionales– no se admite el comentario, sino que impera el relato escueto de los hechos. No es *reportaje interpretativo* o “en profundidad” porque en este tipo de reportaje la interpretación no la da el reportero, sino los elementos que se aportan para la debida valoración de un hecho. No es tampoco *artículo literario* porque, a diferencia del articulista, el cronista tiene la ineludible obligación de informar, de narrar, de contar algo que ha sucedido. El articulista elabora una idea en torno a un hecho. Lo que vale fundamentalmente en el artículo es el juicio del autor, su pensamiento. La crónica, género ambivalente, vale en tanto que el *relato de los hechos noticiosos* y en cuanto que *juicio del cronista*. En cambio, el reportaje y el artículo, aun siendo informativos, pueden carecer de noticias (129).

De acuerdo con esto, las crónicas de Chaves serían tales en tanto que narran, informan y valoran hechos noticiosos. Como veremos durante el análisis en los próximos apartados, si bien el elemento narrativo no aparece con frecuencia en dichas crónicas, los otros dos elementos sí están presentes en todas ellas. Finalmente, Martín Vivaldi habla del cronista destacado en una ciudad extranjera por un periódico español y de lo que lo diferencia del reportero. Y esto es, según dicho autor, que “el cronista resaltaré lo que considere que es verdadera noticia para el lector español, aportando [...] una impresión personal valorativa”, mientras que el reportero “suele limitarse a contar lo que sabe [...] sin emitir opinión alguna” (130). Parece evidente, por tanto, que, de acuerdo con Martín Vivaldi, el trabajo de Chaves Nogales en la Alemania nazi puede ser el de un cronista.

Por otra parte, Martínez Albertos (2004: 66) señala otro rasgo del cronista que se da en el trabajo de Chaves en Alemania: “Su objetivo es analizar y explicar los hechos, habida cuenta de que habitualmente parte de la premisa de que los datos esenciales del acontecimiento han sido ya objeto de un relato previo o complementario”. En efecto, en el caso de *Ahora*, el periódico ya contaba para informar sobre la actualidad alemana con la información de la agencia Fabra y las crónicas de Xammar (mucho menos valorativas que las de Chaves), su corresponsal en Berlín. De manera que Chaves no necesitaba contar todo lo que ocurría en Alemania, sino lo que a él le interesaba contar de acuerdo con su visión del mundo en general y con sus ideas sobre el tema que tratase en particular. Esta actitud coincide con la que Martín Vivaldi (1987: 147) le recomienda al corresponsal en el extranjero, pero que también puede valer, con más razón, para el enviado especial: “No debe preocuparse por las noticias rutinarias”, sin caer en la extravagancia, puede elegir “los asuntos que más le agraden”; y además, añade, de entre toda las noticias disponibles, ha de elegir “las que interesan más a los lectores de su país”. Efectivamente, como veremos en los siguientes apartados, en las crónicas

alemanas de Chaves son frecuentes las comparaciones, en un juego de perspectivas, entre situaciones que se dan en Alemania y España. Asimismo, en una entrevista para el *El Liberal* de Sevilla publicada el 23 de junio, el periodista aseguraba que la conferencia que daría ese día en el Ateneo de la capital andaluza sobre el comunismo ruso, el nazismo alemán y el fascismo italiano tendría un carácter aleccionador para los sevillanos: “He creído que estos momentos puede tener para Sevilla un gran interés aleccionador el saber cómo se provocan y cómo se desenvuelven los regímenes dictatoriales” (Chaves Nogales, 2001: 758). Como hemos dicho en el apartado 3.1.2, cabe pensar que las crónicas alemanas participaban de esa intención aleccionadora.

En definitiva, Chaves encaja parcialmente (en tanto que no era un especialista en política alemana) en ese papel del cronista: periodista experimentado cuyos conocimientos de la materia que trata, y del mundo en general, hacen su aproximación al tema de las crónicas especialmente interesante para el lector. Esa podría ser, de hecho, otra de las razones que justificarían su viaje a Alemania: el prestigio de su firma. Por otra parte, los géneros de interpretación de situaciones (según la clasificación de Núñez Ladevéze) se ajustan bien a la manera de entender el periodismo de Chaves, tal y como vimos en el apartado 2.3. “Para ponerse a escribir en los periódicos hay que disculparse previamente por la petulancia que esto supone, y la única disculpa válida es la de contar, relatar, reseñar”, escribía en el prospecto de *La vuelta a Europa en avión* (Chaves Nogales, 1929: 19), donde también explicaba: “Interpreto, según mi temperamento, el panorama espiritual de las tierras que he cruzado” (22). Asimismo, como ya hemos visto en el apartado 2.3.3, en un artículo publicado el 20 de septiembre de 1929 en el *Heraldo de Madrid*, el periodista sevillano aseguraba: “Al repasar ahora, recogidos en un volumen, mis reportajes sobre la vuelta a Europa en avión, me avergüenza un poco haber opinado y definido tanto” (Chaves Nogales, 2013: 1409). Parece, por tanto, que su intención en esa ocasión (que es semejante a la de 1933) es la de interpretar situaciones, utilizando de nuevo el término de Núñez Ladevéze.

En definitiva, podemos aceptar la síntesis que realiza Álvaro de Diego (2007: 19), que le atribuye a la crónica periodística estas cuatro características distintivas:

1. El autor es testigo de los acontecimientos.
2. El autor elabora sus propios juicios acerca de aquéllos.
3. El autor prioriza los hechos a su modo. Podría pensarse que esta es una acción similar a la que opera en la noticia, pero no lo es. En la noticia se priorizan los hechos en orden descendente en importancia (pirámide invertida) con el solo referente del interés del público; en la crónica el reportero ordena los hechos en función de las interpretaciones que extraiga de éstos.
4. El autor utiliza un lenguaje dotado de recursos literarios.

En el caso de los textos alemanes escritos por Chaves en 1933, se dan estas cuatro características, aunque alguna lo hace tan sólo parcialmente. Ése es el caso de la primera, pues si bien todo aquello sobre lo que escribe Chaves en sus textos que es susceptible de ser presenciado ha sido, en efecto, presenciado directamente por el

periodista, buena parte de los textos tratan sobre ideas y situaciones políticas que no pueden ser, por definición, *presenciadas*. Sí se cumplen, sin embargo, el segundo y el tercer punto. Así ocurre también con el cuarto, como veremos en los siguientes apartados cuando exponamos el análisis de los textos en cuestión.

3.3.2. La hipótesis del reportaje

Hasta aquí las convergencias y divergencias del trabajo de Chaves con las definiciones de crónica periodística. Ahora veamos qué tiene en común con el reportaje, concretamente con el reportaje interpretativo o en profundidad. Comencemos por esta reflexión de Javier Mayoral (2013: 293) sobre dicho género:

En la modalidad de reportaje que ahora se presenta [el interpretativo] el camino no se inicia en la búsqueda de información novedosa. El reportaje interpretativo recurre a otras herramientas. Más que un proceso de investigación para lograr nuevos datos, el periodista debe afrontar un análisis minucioso de la realidad, o de varios aspectos de cierta realidad. Lo fundamental entonces es saber utilizar de manera juiciosa y hábil toda la documentación disponible, comenzando por las últimas informaciones publicadas en torno a una determinada materia. Esta labor de documentación permite contextualizar, dar sentido a una serie de asuntos que han ido difundiéndose de forma fragmentaria. Así, con una visión de conjunto, se facilita la explicación y la comprensión de una realidad compleja que, por su propia naturaleza, no se deja entender con la noticia aislada de un solo día. El punto de llegada, así pues, es de nuevo la comprensión: no se pretende que el receptor sepa algo, sino más bien que comprenda algo. A diferencia del reportaje objetivo, en este caso la tarea se realiza a través de un proceso analítico que lleva a contextualizar y explicar informaciones por lo general ya publicadas.

Esa voluntad de hacer una interpretación de conjunto de una realidad compleja y prolongada en el tiempo de la que habla Mayoral parece que se ajusta bastante bien a lo que hace Chaves en su trabajo sobre la Alemania nazi, así como a reportajes anteriores del sevillano, como “La vuelta a Europa en avión”, “Lo que ha quedado del imperio de los zares” o incluso “Los enemigos de la República”²¹³. No cabe duda de que lo que Chaves pretende es dar su visión de conjunto de lo que ocurría en Alemania, abordando los temas que él consideraba más relevantes para comprender el cambio político que estaba teniendo lugar en el país germano.

Convergente con esa definición, aunque más restrictiva, es la de Martínez Albertos (2004: 65), quien, siempre afín al modelo anglosajón, sostiene que el reportaje “sirve para exponer y desarrollar más ampliamente los hechos noticiosos con sus circunstancias explicativas”. Asimismo, distingue entre reportaje informativo y reportaje interpretativo, siendo este segundo el que nos interesa tratar aquí. Así, recoge de la teoría norteamericana sus características, entre las que nos interesa especialmente la siguiente:

²¹³ Ver, respectivamente, los apartados 2.3, 2.4 y 3.1.1.

El punto de partida para la elaboración de un reportaje interpretativo no es un hecho o un conjunto de hechos relacionados entre sí. El punto de partida del reportaje interpretativo es un juicio de valor, normalmente colectivo, que se convierte en el *lead* o párrafo de arranque del nuevo relato o trabajo literario que va a ser expuesto a la consideración de los lectores²¹⁴.

Como veremos en los siguientes apartados, la mayoría de los textos escritos en Alemania en 1933 por Chaves (aunque no el conjunto) comienza con un juicio de valor. Según este criterio, por tanto, estaríamos ante una serie de pequeños reportajes sobre un mismo tema general: la Alemania nazi.

Por otra parte, Álvaro de Diego (2007: 15) señala las siguientes diferencias entre crónica y reportaje:

La divergencia entre ambos géneros, en realidad, estriba en la secuencia temporal característica de la crónica, que no ha de cumplir necesariamente el reportaje; pero, sobre todo, en que el periodista siempre prepara la crónica desde el lugar de los hechos, mientras que en el reportaje el autor puede estar ausente.

Si bien el lugar de preparación de los textos de Chaves fue Alemania, y por tanto, atendiendo sólo a ese rasgo, podría tratarse tanto de crónicas como de un reportaje. La ausencia de una secuencia temporal en dichos textos, sin embargo, podría resultar determinante para descartar que se trate de una serie de crónicas, como hemos visto anteriormente.

Asimismo, resulta especialmente interesante otro rasgo distintivo que señala Núñez Ladevéze (1995: 86): “El reportaje es un género informativo que se distingue de la información de actualidad o noticia estricta en que el periodista suscita la información en lugar de ir a buscarla o a esperar que acontezca”. Sobre este particular Lorenzo Gomis se extiende algo más:

Pero hay también necesidades informativas que la noticia no satisface. El lector quiere ver, sentir, entender las cosas como si hubiera estado en el lugar del suceso, comprender la articulación de una serie de hechos y las circunstancias en que se han producido. Esta es la función del reportaje. El reportaje representa una doble aproximación. El reportero se acerca al lugar de los hechos, a sus actores, a sus testigos, pregunta, acopia datos, los relaciona, y después de todo esto, lo acerca al lector u oyente, con los recursos de la literatura y la libertad de un texto firmado, para que el público vea, sienta y entienda lo que ocurrió, lo que piensan y sienten los protagonistas, testigos o víctimas, y se haga cargo de lo que fue el hecho en su ambiente (Gomis, 1991: 45-46).

Existe, en efecto, esa característica particular del reportaje en los textos alemanes de 1933 de Chaves, quien, efectivamente, “pregunta, acopia datos, los relaciona” y luego se lo acerca al público “con la libertad del texto firmado”, en palabras de Gomis; o “suscita la información”, como dice Núñez Ladevéze.

²¹⁴ Cit. en Martínez Albertos (1991: 337). El origen de la cita no está señalado por Martínez Albertos, aunque cabe suponer que su autor es Frank Luther Mott por su relación con citas anteriores y posteriores.

3.3.3. Síntesis

En definitiva, de esta comparación de los textos de Chaves con las distintas teorías de los géneros periodísticos, podemos sacar varias conclusiones. En primer lugar, cabe resaltar varias características de los textos de Chaves que resultan claves para definirlos. Así, conviene tener en cuenta que se trata de once textos publicados de forma periódica sin más discontinuidad que la obligada por la inserción de dos entregas del mismo reportaje –o que, al menos, llevan el mismo sobretítulo–: la crónica gráfica de la quema de libros y la entrevista a Goebbels. Asimismo, es importante el hecho de que se trate de textos de carácter interpretativo no exentos de valoraciones personales del periodista. También cabe destacar que la firma de Chaves tenía prestigio, pero si bien es un buen analista político, no es un especialista en temas alemanes. No obstante, está bien documentado sobre la situación política alemana. Y, finalmente, cabe subrayar que la mayoría de sus textos no narran acontecimientos, sino que comentan situaciones.

Teniendo todo esto en cuenta, cabe descartar que estemos ante noticias, artículos o comentarios; a pesar de que aparezcan elementos valorativos. Parece evidente que se trata de un conjunto de crónicas o de un reportaje interpretativo, es decir, de géneros que pertenecen a la categoría que Núñez Ladevéze llama interpretación de situaciones, pues la intención del periodista no es en ningún caso editorializante.

Dicho esto, la primera hipótesis (que se trate de crónicas) tiene a su favor el carácter fraccionario de su publicación, así como la independencia temática de cada pieza, si bien dentro de un mismo marco temático general. La segunda hipótesis, por su parte, cuenta a favor, precisamente, con ese marco temático general, así como con la periodicidad de la publicación de las partes, su homogeneidad formal y el hecho de compartir el sobretítulo “Cómo se vive en los países de régimen fascista”.

En cualquier caso, parece claro, por lo que hemos expuesto hasta ahora, que la intención de Chaves era aleccionar a los lectores españoles acerca de la verdadera naturaleza del régimen nazi, ya fuera por medio de interpretaciones o valoraciones; usando un estilo directo o personal, con figuras literarias para apoyar sus argumentaciones (como veremos más adelante). Para ello viaja a Alemania con la intención de ser testigo directo de lo que estaba ocurriendo en el país centroeuropeo. Y realiza un análisis de conjunto, priorizando los temas que resultan de mayor interés según su criterio, para contextualizar y explicar lo que ocurre bajo el nuevo régimen alemán. “Suscita la información”, en términos ya vistos de Núñez Ladéveze; la busca, la recoge y la relaciona. En definitiva, hace la labor de un enviado especial, que es a la vez reportero y analista.

Por tanto, a pesar de la individualidad de cada uno de los textos publicados por Chaves Nogales desde Alemania, dado que no está allí para interpretar unos

acontecimientos concretos, sino para dar una visión general del régimen nazi, nos inclinamos a pensar que sus textos alemanes son más un reportaje por entregas –eso sí, uno muy largo: de veinticinco páginas si contamos la crónica gráfica y la entrevista a Goebbels–, a cuyo formato fraccionado obligaba la naturaleza del medio en que fue publicado, *Ahora*, un diario. Sin embargo, lo cierto es que, siendo la definición de crónica tan variada y difusa, no podemos rechazar que los textos de Chaves sean crónicas que aborden los distintos aspectos del régimen alemán. De hecho, seguir denominando a cada una de las entregas del reportaje *crónica* parece lo más práctico, además de correcto, para lo que resta de esta investigación, sin dejar de denominar al conjunto como *reportaje*.

3.4. Composición y forma de las crónicas que componen el reportaje “Cómo se vive en los países de régimen fascista”

Como hemos visto en el apartado 3.2, las crónicas que Chaves Nogales escribió en Alemania en la primavera de 1933 fueron publicadas como parte de un gran reportaje titulado “Cómo se vive en los países de régimen fascista”. Aparte de una crónica fotográfica publicada el sábado 20 de mayo y de una entrevista a Goebbels publicada el domingo 21, el reportaje constaba de once crónicas publicadas entre el 14 y el 28 de mayo sin más interrupciones que las menciones de los días 20 y 21, y las de los lunes 15 y 22, en los que el periódico no salía a la calle. De modo que las entregas del reportaje son las siguientes, por orden cronológico:

- Elementos previos: publicidad del reportaje publicada los días 7, 10 y 11 de mayo de 1933 en *Ahora*, y primera página del día 14 de mayo²¹⁵.
- 14 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “Alemania bajo el poder de Hitler”. *Ahora*. Madrid, pp. 24-25²¹⁶.
- 16 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “Antes de tres años otra vez la guerra”. *Ahora*. Madrid, pp. 18-19²¹⁷.
- 17 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “Cómo están organizadas las fuerzas de asalto y protección del nacionalsocialismo”. *Ahora*. Madrid, pp. 14-15²¹⁸.
- 18 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “Una visita a un campamento de trabajadores voluntarios”, parte I. *Ahora*. Madrid, pp. 18-19²¹⁹.
- 19 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “Una visita a un campamento de trabajadores voluntarios”, parte II. *Ahora*. Madrid, pp. 18-19²²⁰.
- 20 de mayo de 1933. Sin firma: “La película de un auto de fe celebrado en Berlín en el siglo XX”. *Ahora*. Madrid, pp. 18-19²²¹.
- 21 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “¿Habrá fascismo en España?”. *Ahora*. Madrid, p. 25²²².

²¹⁵ Ver apéndices 5, 6, 7 y 8, respectivamente.

²¹⁶ Ver apéndice 9.

²¹⁷ Ver apéndice 10.

²¹⁸ Ver apéndice 11.

²¹⁹ Ver apéndice 12.

²²⁰ Ver apéndice 13.

²²¹ Ver apéndice 14.

²²² Ver apéndice 15.

- 23 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “La conquista de la juventud”. *Ahora*. Madrid, pp. 18-19²²³.
- 24 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “¿Por qué son «nazis» las mujeres?”. *Ahora*. Madrid, pp. 24-25²²⁴.
- 25 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “La vida cotidiana; usos y costumbres”. *Ahora*. Madrid, pp. 18-19²²⁵.
- 26 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “La extirpación metódica de los judíos”. *Ahora*. Madrid, pp. 14-15²²⁶.
- 27 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “La lucha política y la represión policíaca”. *Ahora*. Madrid, pp. 18-19²²⁷.
- 28 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “Adolfo I. Emperador”. *Ahora*. Madrid, pp. 24-25²²⁸.

Comoquiera que el objeto de análisis de esta tesis son tan solo las once crónicas que forman parte del reportaje, una vez puestas éstas en su contexto, nos centraremos a continuación en sus características formales, comenzando por su ubicación dentro del periódico.

Sobre este aspecto cabe destacar la visibilidad que *Ahora* le da a estas crónicas, que ocupan siempre la doble página central del periódico, cuyo número de páginas y dimensiones explica con detalle Jesús de Juana (1988: 28):

Su número de páginas era variable, oscilando entre 48 (algunos domingos) y 28; la cifra más constante, la que podemos considerar como representativa era de 36 páginas, de las cuales 12 estaban en huecograbado (cuatro hojas centrales más la portada y contraportada). En cuanto a las dimensiones, siempre inmutables, nuestro periódico se incluiría en la categoría que M. Raux denominaba como «tabloide», es decir, de formato pequeño. Su medidas eran de 35'50x27 centímetros; tamaño, pues, reducido si se tiene en cuenta los que se estilaban en la época.

Ocupaban, por tanto, las crónicas alemanas de Chaves, las páginas más vistosas del periódico, impresas en huecograbado²²⁹, lo que permitía que cada crónica fuese acompañada de varias fotografías —entre cuatro y diez, concretamente—, que podían proceder de distintas agencias o habían sido tomadas por el propio Chaves²³⁰. De hecho,

²²³ Ver apéndice 16.

²²⁴ Ver apéndice 17.

²²⁵ Ver apéndice 18.

²²⁶ Ver apéndice 19.

²²⁷ Ver apéndice 20.

²²⁸ Ver apéndice 21.

²²⁹ Las rotativas con las que contaba *Ahora* para su impresión eran de la casa suiza Winkler, Fallert & Cía y, como explica Jesús de Juana (1988: 31-32), al ser “mixtas de tipografía y huecograbado”, evitaban “el inconveniente de tener que imprimir con anticipación las páginas de fotografías y unir las luego a las páginas de última hora”.

²³⁰ Ver nota 200.

parece que la importancia de las fotografías en el reportaje que ocuparía esas páginas centrales era el criterio fundamental para decidir si éste se ubicaba en las mismas, por encima de su relevancia periodística. Así, por ejemplo, otros reportajes importantes ya habían sido publicados en esas dos páginas centrales, como “Con los braceros del campo andaluz”, también escrito por Chaves Nogales, y publicado el 8 de noviembre de 1931. Sin embargo, esas dos páginas también albergaban a menudo reportajes fotográficos mucho más intrascendentes: valga como ejemplo “La fabricación de botijos, industria típica de Salvatierra de Barros”, escrito por Antonio Jiménez, y publicado el 15 de mayo de 1932.

En cuanto a la longitud de las crónicas, oscila entre los 8.500 y 12.500 caracteres (sin espacios) aproximadamente, repartidos con las fotografías en un espacio de ocho columnas (cuatro por página)²³¹, con titulares de tipografía variable cuya longitud oscila entre las cuatro y las siete columnas, siempre antecidos del sobretítulo del reportaje: “Cómo se vive en los países de régimen fascista”. Por otra parte, las fotografías se reparten por la superficie publicable de distintas maneras en función de la longitud de las crónicas, pudiendo aparecer parcialmente superpuestas unas con otras, algunas divididas entre las dos páginas e incluso recortadas en silueta. Esta configuración le daba un aspecto bastante moderno y original para la época a la composición final. Naturalmente, el contenido de las imágenes estaba siempre directamente relacionado con el tema de las crónicas.

En cuanto a dichos temas, cada crónica tiene uno predominante, a veces exclusivo, aunque en la mayoría el periodista aborda varios asuntos que son recurrentes a lo largo de todo el reportaje. Así, como veremos con más detalle en el análisis de cada crónica, la primera, publicada el 14 de mayo, se centra en el ambiente prebélico que Chaves percibe nada más llegar a Alemania; la segunda, publicada el día 16, desarrolla algo más el mismo tema, pero centrándose en la ideología nazi, de la que hace una síntesis; la tercera, publicada el día 17, sin abandonar del todo el tema de las anteriores, aborda la naturaleza de las fuerzas de asalto nazis y la organización del partido; la cuarta y la quinta, publicadas los días 18 y 19 respectivamente, sin dejar todavía el tema de la preparación alemana de la guerra, tratan de los campos de trabajadores voluntarios y del calado de la demagogia nazi en el pueblo alemán; la sexta, del día 23, dentro del tema del apoyo del pueblo alemán a Hitler, aborda el adoctrinamiento de los niños; la séptima, del 24 de mayo, en el mismo marco temático que la anterior, explica las razones del apoyo de las mujeres alemanas al nazismo; la octava, publicada el día 25, sigue enmarcada en la relación de los alemanes con el régimen nazi, aunque se centra en cómo había afectado el nuevo régimen a la vida de algunos colectivos alemanes; la

²³¹ Esta era, según Jesús de Juana (1988: 28), la división habitual del espacio en *Ahora*: “La superficie impresa constaba de cuatro columnas de 6 centímetros por cada lado de la página; sin embargo, y por lo general, este número de columnas no es uniforme si nos referimos a los escritos de colaboración, a los textos de tipo literario o a los artículos editoriales”.

novena, del día 26, trata de la despiadada represión de los nazis contra los judíos; la décima, publicada el 27 de mayo, continúa con el tema de la represión nazi, pero centrándose en la ejercida contra los disidentes políticos y la escasa resistencia que encontraba; y, finalmente, en la del día 28, el periodista sevillano realiza un análisis mordaz sobre las principales figuras conservadoras que apoyaban el gobierno de Hitler, poniendo especial atención en éste, como es natural.

Por tanto, de acuerdo con el tema predominante en cada una de ellas, podemos englobar las crónicas que vamos a analizar a continuación en cuatro grupos:

- *Nazificación* y preparación de Alemania para una nueva guerra (crónicas de los días 14, 16, 17, 18 y parte de la del 19 de mayo).
- El nazismo y el pueblo alemán (parte de la crónica del 19 y las del 23, 24 y 25 de mayo).
- Los judíos y el resto de represaliados (crónicas del 26 y 27 de mayo).
- Habilidad política de Hitler frente a los conservadores alemanes y mediocridad personal del mismo (crónica del 28 de mayo).

4. Análisis discursivo y de contenido de las crónicas que componen el reportaje “Cómo se vive en los países de régimen fascista”

4.1. Análisis de la crónica “Alemania bajo el poder de Hitler”

4.1.1. Todavía en las trincheras

Como hemos visto en el apartado 3.2, Chaves llegó a Alemania desde la ciudad francesa de Metz, situada a escasos kilómetros de la frontera francesa con la región del Sarre. Metz era la ciudad más importante del territorio de Mosela (en la región de Lorena), que tras la derrota francesa en la guerra franco-prusiana en 1871 había quedado parcialmente anexionado al Imperio alemán junto a la región de Alsacia²³², para luego, desde el 11 de noviembre de 1918 –fecha del armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial– volver a quedar bajo soberanía francesa en virtud del Tratado de Versalles (artículos 51-79), el cual, además, otorgaba a Francia todos los derechos de explotación de sus importantes minas²³³ e industria.

Esa pugna por la soberanía de Lorena es clave para comprender la descripción que Chaves nos ofrece del ambiente en Metz. Bajo el ladillo “Todavía en las trincheras”, en el primer párrafo de su crónica, el periodista nos presenta, separadas por punto y coma²³⁴, una sucesión de descripciones anecdóticas que conforman una imagen más o menos exagerada de la actitud de los habitantes de la zona fronteriza francesa con respecto a Alemania:

En Metz no había nadie que supiera por dónde se va a Alemania; en las librerías no se venden mapas alemanes ni en los cruces de las carreteras hay postes indicadores; tuve la impresión de que la palabra Alemania jamás se había pronunciado allí y hubo un momento en el que llegué a temer formalmente que en los arrabales de Metz el mundo terminase súbitamente en una tajante cortadura (Chaves Nogales, 1933a).

La impresión que Chaves se llevó de la ciudad francesa no se puede entender sin tener en cuenta la lucha por la hegemonía cultural que Francia y Alemania libraban desde hacía décadas en Alsacia y Lorena con el fin de legitimar la asimilación política de dichos territorios a sus respectivos estados durante el medio siglo largo que va de la guerra franco-prusiana a la Segunda Guerra Mundial. Hay que reconocer, por tanto, el

²³² Las pérdidas de Alsacia y el norte de Lorena y las reparaciones de guerra impuestas por el Imperio alemán, sería trago amargo para el orgullo nacional francés, como señala Stürmer (2003: 24).

²³³ La extracción total de carbón en Alsacia y Lorena entre 1920 y 1931 fue de 12.627.722 toneladas, el 23,79% del total extraído en el conjunto de Francia (sin incluir la Cuenca del Sarre) en ese mismo periodo (Chiny, 1932: 6-7).

²³⁴ Si bien esos punto y coma son perfectamente sustituibles por punto y seguido y, por tanto, no estamos ante una hipotaxis; lo cierto es que, como iremos viendo, Chaves tiende más al uso de frases moderadamente largas. Según Senabre Sempere (1964: 92), la frase larga es propia del novecentismo, que reacciona a la tendencia del 98, del que la “nerviosa brevedad” de la frase barojiana es paradigmática. Y, si bien Chaves reconoce en Baroja a un maestro, como vimos en el apartado 2.3, lo cierto es que la derivación es mucho más habitual en el discípulo, cuyas frases acaban con frecuencia en cola de pescado, por utilizar la metáfora de Josep Pla (1976) sobre la hipotaxis.

buen juicio o la buena intuición de Chaves al elegir el epicentro de los conflictos franco-germanos en el medio siglo anterior para comenzar su reportaje sobre la Alemania nazi.

El Ducado de Lorena, ambicionado por Francia desde la Baja Edad Media (Goubert, 1987: 75), formó parte del Sacro Imperio Romano Germánico hasta 1766²³⁵, cuando fue asimilado por el Reino de Francia. No obstante, en la región de Mosela seguiría prevaleciendo la lengua alemana. Ése sería, precisamente, el argumento principal por el que el Imperio alemán reclamaría para sí Alsacia y el norte de Lorena tras la derrota francesa en la guerra franco-prusiana. El 6 de agosto de 1870, la mayor parte del departamento de Mosela y buena parte del de Meurthe (ambos en Lorena), junto con Alsacia, fueron conquistados por el ejército prusiano tras conseguir la rendición del Mariscal Bazaine, comandante en jefe del Ejército del Rin, sitiado en Metz (271). Merced al Tratado de Fráncfort, firmado el 26 de febrero de 1871, esos territorios pasaron a formar parte del *Deutsches Reich* (Imperio alemán) bajo la forma administrativa del *Reichsland* de Alsacia y Lorena (*Elsaß-Lothringen*), es decir, “como un Estado dependiente directamente de los órganos directivos del *Reich*, pues este nuevo «país» no tenía una dinastía propia ni una constitución propia, como los otros Estados del *Reich*” (Abellán, 1997: 98), situación que resultaba discriminatoria para sus habitantes, o, al menos, para sus élites, que se resistían a la integración en el Imperio alemán. De población mayoritariamente católica, la integración de estos territorios nunca fue completa a pesar de la política lingüística y la *Kulturkampf* (lucha cultural) implementada por el gobierno del *Reich*:

Hasta 1911 no tuvo Alsacia-Lorena una constitución propia, con un gobierno regional, un parlamento de dos cámaras y sufragio universal para la segunda cámara. El emperador mantuvo un derecho de veto, y nombraba al gobernador y daba de hecho las instrucciones para el *Bundesrat* [parlamento federal]. La constitución llegaba, en realidad, un poco tarde. Continuó una fuerte oposición entre el ejército y la población civil. En la guerra de 1914, Alsacia-Lorena mostró una clara fidelidad a Alemania, pero las tropas de Alsacia, por desconfianza de la dirección militar alemana, fueron enviadas al frente del este. La integración no llegó a realizarse enteramente. Su situación especial en la Federación, la administración tan inepta y la desconfianza hacia los alsacianos, el militarismo y el sentimiento de ser alemanes de segunda clase, impidieron una integración mayor (98).

Pero, aunque la integración no fuera nunca completa, las políticas del *Reich* surtieron algún efecto, que, tras la reintegración de 1918, la República francesa se propuso revertir, en primer lugar, condenando la adhesión alemana de dichos territorios. Así, en el prólogo de la Sección V (referente a Alsacia-Lorena) del Tratado de Versalles podemos leer:

Habiendo reconocido las Altas Partes contratantes la obligación moral de reparar el daño hecho por Alemania en 1871, tanto al derecho de Francia como a la voluntad de las poblaciones de

²³⁵ Salvo por un breve periodo de anexión a Francia durante el reinado de Luis XIV, a finales del siglo XVII (Goubert, 1987: 139, 145).

Alsacia y de Lorena, separadas de su patria a pesar de la solemne protesta de sus representantes en la Asamblea de Burdeos [...]”²³⁶.

Si bien Alemania se resignó finalmente a aceptar su rendición en esos términos, previamente había protestado ante el octavo punto de los catorce propuestos en enero de 1918 por el presidente estadounidense Woodrow Wilson como base para la paz en Europa, que rezaba así: “El agravio hecho a Francia por Prusia en 1871 en lo que concierne a Alsacia y Lorena, y que ha turbado la paz del mundo durante cerca de cincuenta años, deberá ser reparado [...]”²³⁷. En contraposición, las contraproposiciones alemanas al proyecto de tratado de paz propuesto por los Aliados trataban el caso de Alsacia y Lorena en estos términos:

La Alsacia-Lorena es, en su mayor parte, un viejo país alemán que desde hace más de mil años es una parte del imperio alemán. Las partes alemanas, en los siglos XVII y XVIII, pasaron a la soberanía francesa, principalmente por medio de conquistas, sin consultar a la población, y la mayor parte del tiempo, a pesar de su resistencia declarada. La dominación francesa hubiera podido conducir a la unión política con Francia, pero ha afectado tan poco las particularidades nacionales y culturales de los habitantes, que todavía, actualmente, es alemana la población por su lengua y sus costumbres, en las cuatro quintas partes del país²³⁸.

Los Aliados, sin embargo, no cambiaron un ápice su posición y rechazaron la propuesta de un referéndum de autodeterminación para los territorios en cuestión:

Reparar una injusticia consiste, en todo lo que sea posible, en restablecer las cosas al estado en que se hallaban antes de ser alteradas por la injusticia. Todas las cláusulas del Tratado concernientes a Alsacia-Lorena, tienen ese objeto como finalidad. Sin embargo, no son suficientes para borrar los sufrimientos de dos provincias que durante medio siglo no han sido para los alemanes más que un glacis militar [...]”²³⁹.

Y remataban con una fuerte carga dramática: “Alsacia-Lorena, arrojándose en los brazos de Francia, como en los brazos de una madre perdida y encontrada, han fechado por sí mismas el día de su liberación”²⁴⁰. Como ocurre con frecuencia, un agravio se exhibe cuando se tiene la intención de justificar la respuesta al mismo que está a punto de llevarse a cabo. En este caso, tras la anexión, Francia prohibió la prensa en alemán y negó la nacionalidad francesa a los alemanes asentados en la región después de 1870 y a sus descendientes (Anexo I a la Sección V del Tratado de Versalles)²⁴¹. Así completaba la República francesa lo que Goubert (1987: 273-288) ha llamado “el desquite” de la derrota de 1871. Esa política de “desquite”, por tanto, debía

²³⁶ *Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes* (1920). Madrid: Publicaciones del Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, p. 223.

²³⁷ *Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes* (1920). Madrid: Publicaciones del Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, p. 115.

²³⁸ *Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes* (1920). Madrid: Publicaciones del Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, p. 48.

²³⁹ *Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes* (1920). Madrid: Publicaciones del Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, p. 115.

²⁴⁰ *Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes* (1920). Madrid: Publicaciones del Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, p. 116.

²⁴¹ *Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes* (1920). Madrid: Publicaciones del Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, pp. 234-236.

de ser especialmente notoria en Metz, la ciudad en la que tuvo lugar la rendición de los 180.000 hombres al mando del mariscal Bazaine que supuso una humillación nacional para Francia, hasta el punto de costarle la prisión al propio Bazaine, condenado por traición (271).

Es en ese contexto en el que Chaves Nogales escribió esas primeras líneas de su crónica. En ellas, el periodista, combinando elementos realistas con otros subjetivos, logra transmitir una imagen caricaturesca de la actitud de Francia hacia Alemania. Así, por ejemplo, es evidente la ironía en la siguiente exageración: “En Metz no había nadie que supiera por dónde se va a Alemania; [...] tuve la impresión de que la palabra Alemania jamás se había pronunciado allí” (Chaves Nogales, 1933a); combinada a su vez con observaciones aparentemente más exactas, como “en las librerías no se venden mapas alemanes ni en los cruces de las carreteras hay postes indicadores”, que aportan objetividad a la descripción, finalmente coronada con una imagen satírica, marcadamente subjetiva: “[...] hubo un momento en el que llegué a temer formalmente que en los arrabales de Metz el mundo terminase súbitamente en una tajante cortadura”. Podemos ver en todo el párrafo un *crescendo* irónico culminado con la hipérbole²⁴² que supone la metáfora que presenta a Metz como un *finis terrae* de la mitología medieval.

Encaja, por lo demás, el estilo de este primer párrafo con la idea que Martín Vivaldi tiene de lo que debe ser la prosa de un cronista:

Desde un punto de vista puramente formal, el estilo de la crónica periodística ha de ser claro, sencillo, conciso [...]. Aquí valen todos los recursos estilísticos: la comparación, la metáfora, la ironía, la paradoja incluso, la hipérbole mesurada; pero dentro siempre de una norma fundamental de claridad comunicativa (Martín Vivaldi, 1987: 133).

No obstante, advierte acto seguido contra la tentación de “desvirtuar los hechos, deformar la realidad para servir a unos intereses determinados”. Sin embargo, no parece que Chaves sobrepase esos límites tal y como los presenta el propio Martín Vivaldi: “Una cosa es el personal enfoque del suceso, la apreciación personal del cronista, y otra muy distinta la deformación intencionada de la verdad” (133). La imagen que nos ofrece Chaves del ambiente en Metz es quizá exagerada, pero eficaz para transmitir la idea de la artificialidad de la *desgermanización* (esencialmente cierta) en la que fuera catorce años atrás ciudad del Imperio alemán. Se trata de una argumentación por el ejemplo, que, como advierten Santamaría y Casals (2000: 227), es un método de persuasión muy eficaz, “pero también puede ser sumamente tramposo”.

Por otra parte, el narrador, en este caso el Chaves cronista, interactúa con la realidad narrada: pregunta por Alemania, busca mapas y señales y, finalmente, se da por vencido y llega a temer haber alcanzado el extremo de la tierra, es decir, juzga con ironía la actitud de los habitantes de la ciudad. Su relato es, por tanto, necesariamente

²⁴² Como señala Llera (2004: 111), “tamizada por la ironía, la hipérbole gana en sutileza e intensidad expresiva”.

subjetivo. Utiliza Chaves estas impresiones anecdóticas para, a través de un razonamiento inductivo, llegar a una conclusión. No es extraño en sus crónicas este procedimiento sinecdótico que proyecta la parte (a veces deformada por su mirada burlona) sobre el todo, o reduce el todo a esa parte representativa del mismo, extendiendo la parodia al conjunto. Como señala Llera (2004: 74) en relación con el estilo de Julio Camba, “la lupa sinecdótica es a menudo deformante, cóncava y convexa; alumbró auténticas caricaturas”. En cualquier caso, como veremos a continuación, el periodista pretende con estos primeros párrafos demostrar la desconexión social y política existente entre Francia y Alemania ya adelantada en el metafórico ladillo de esta primera parte de la crónica: “Todavía en las trincheras”.

Para llegar a esa conclusión ha de mostrar la otra cara de la moneda, el otro lado de la frontera: Alemania. Para ser más exactos, la cuenca del Sarre, cuyo gobierno el Tratado de Versalles (artículo 49) había dejado en manos de la Sociedad de Naciones en fideicomiso por un plazo de quince años transcurrido el cual se sometería a consulta popular su soberanía²⁴³. Asimismo, establecía (artículo 45) que, durante el mismo periodo, “en compensación de la destrucción de las minas de carbón en el Norte de Francia, y con cargo al importe de la reparación de daños de guerra debida por Alemania”, ésta cedía a Francia “la propiedad entera y absoluta, franca y libre de cualesquiera deudas o cargas, con derecho exclusivo de explotación, de las minas de carbón, situadas en la cuenca del Sarre”²⁴⁴, especialmente rica en ese mineral, fundamental para la producción industrial y el modo de vida de la época²⁴⁵. A pesar de que la inmensa mayoría de los habitantes del Sarre eran alemanes (MacMillan, 2001: 252), los Aliados condescendieron a la concesión a Francia de la explotación de las ricas minas de hulla para aplacar así otras reivindicaciones más audaces de los franceses, que ambicionaban todo el territorio alemán que se extendía al oeste del Rin, incluyendo el Sarre, para asegurarse así una defensa natural contra futuros ataques alemanes (220-223). No obstante, no es de extrañar que, cuando tuvo lugar la consulta sobre la soberanía del Sarre, en enero de 1935, ganara la opción de la reintegración en Alemania con un noventa por ciento de los votos (260). Esto explica el fuerte contraste que encuentra Chaves en su tránsito de Metz a este territorio: “Unos kilómetros más allá casi no me atrevía a decirme a mí mismo que venía de Francia. ¿Francia? Ya parecía una palabra extraña y sospechosa. Había pasado en unos minutos de un mundo a otro sin advertir el tránsito [...]” (Chaves Nogales, 1933a).

²⁴³ *Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes* (1920). Madrid: Publicaciones del Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, pp. 208-209.

²⁴⁴ *Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes* (1920). Madrid: Publicaciones del Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, p. 206.

²⁴⁵ Entre 1920 y 1931 los franceses extrajeron un total de 46.723.960 toneladas de carbón de las minas del Sarre, lo que suponía un 88% del total extraído en el resto de Francia en ese mismo periodo, siendo la suma de la extracción en el conjunto de ambos territorios de 99.811.684 toneladas (Chiny, 1932: 6-7). Por otra parte la producción industrial de acero en bruto en la Cuenca del Sarre ascendió entre 1925 y 1928 a 7.283.193 toneladas (17).

Vemos aquí de nuevo la subjetividad del periodista expresada en sus hiperbólicas impresiones, o, mejor dicho, en sus sensaciones; ya que son éstas tanto como sus percepciones lo que nos describe aquí Chaves: “[...] no me *atreví* a *decirme a mí mismo* que venía de Francia”, “[...] *parecía* una palabra extraña”, “[...] había pasado de un mundo a otro *sin advertir* el tránsito”... Además, introduce un mínimo monólogo interior: “¿Francia?”, de una sola palabra. Por tanto, más que lo que ve, Chaves nos cuenta en esas tres líneas lo que siente al cruzar de un territorio a otro en un curioso caso que no llega a constituirse en expresionismo tan sólo porque Chaves no pierde de vista la realidad²⁴⁶, y, si bien la presenta exagerada por el espejo cóncavo de sus sensaciones, su impresión no sólo no altera las propiedades del objeto descrito, la invisible frontera entre el Sarre y Francia, sino que las resalta. Estaría más cerca el periodista del impresionismo, técnica a todas luces más adecuada para la confección de una crónica periodística. En cualquier caso, todavía escribiría más sobre la frontera en cuestión:

Porque entraba en Alemania por la frontera del Sarre y Francia tiene la puerilidad de no haber puesto allí su Aduana, acaso pensando que así, sin solución de continuidad, el Sarre iría acostumbrándose a la idea de ser francés. Pero precisamente por eso, acaso porque no hay señales claras y terminantes de que un país acabe y otro empiece la voluntad de unos hombres que creen ser franceses y otros que creen ser alemanes ha forjado una línea divisoria abisal, espantosa, inhumana (Chaves Nogales, 1933a).

Cambia aquí Chaves la subjetividad de sus sentidos por la de su juicio. Es decir, pasa de transmitirnos sensaciones a transmitir valoraciones. El elemento más llamativo de estas apreciaciones subjetivas es la “puerilidad” que le atribuye a los franceses, quienes en un intento estéril por mantener viva su reivindicación sobre el Sarre habían omitido la formalidad de la frontera. No obstante, la medida parece coherente con la política francesa en el territorio e, incluso, una medida de signo contrario probablemente habría resultado contradictoria. A continuación, sea como fuere, aparece la clave de bóveda de la argumentación de Chaves y quizá su observación más acertada: a pesar de los intentos franceses por asimilar a la población germana del Sarre, o quizá debido a ellos, la identidad nacionalista alemana se había visto reforzada hasta crear esa distancia con Francia que Chaves expresa con la metáfora de la línea divisoria “abisal, espantosa, inhumana”, una sucesión de adjetivos algo hiperbólica que transita de lo descriptivo a lo valorativo: dimensión (metafórica), valor estético, valor ético. Esa tríada de adjetivos en gradación climática se comporta como un conjunto de vasos comunicantes de significación: Chaves asocia a lo inhumano lo excesivo, lo desmesurado. Una idea que, como ya hemos visto, no es nueva en el pensamiento del periodista sevillano. Vuelve a aparecer ahí, agazapada, aquella *medida de lo humano* que el abuelo de “El hombrecito de la limalla de oro” (ver apdo. 2.2) le aconsejaba a su

²⁴⁶ Elise Richter define el expresionismo como “la reproducción de representaciones o de sensaciones provocadas en nosotros por impresiones externas o internas, sin que entren en consideración las propiedades reales de los objetos que suscitan tales impresiones”, cit. en Modern (1958: 26).

jovencísimo nieto que nunca perdiera de vista, la misma *medida de lo humano* que Chaves de nuevo aconsejaría poco más de un año después de publicar esta crónica no sobrepasar nunca, en el cierre *El maestro Juan Martínez que estaba allí* (1934: 287).

Finalmente, concluye el periodista el primer apartado de esta crónica con una opinión directa:

No creo que en ninguna parte del mundo haya una división tan hondamente marcada entre unos hombres y otros como la que se advierte en los veintiocho kilómetros de carretera que separan Saint Avold de Forbach; Francia de Alemania. Cada cual en su trinchera y las dos inexpugnables. Como hace quince años (Chaves Nogales, 1933a).

Vemos aquí que Chaves hace uso de una metonimia: la frontera entre Francia y el Sarre representa la distancia política entre Francia y Alemania. Así, Francia se proyecta en Saint Avold y Alemania, en Forbach. Chaves considera esa distancia política como la más marcada del mundo. Y con gran lucidez nos presenta la metáfora de las dos trincheras y nos retrotrae a la Primera Guerra Mundial. En definitiva, advierte al lector de que las circunstancias para la guerra de nuevo se estaban conjurando en esa esquina de Europa. Cierra así el periodista una estructura argumentativa que no será extraña en estas crónicas: presentación de una anécdota representativa²⁴⁷ (en Metz nadie sabe cómo se llega a Alemania, etc.), exposición argumentativa (separación inhumana) y conclusión (se está incubando una guerra)²⁴⁸.

Mención aparte merece una observación acerca de las fronteras que intercala Chaves entre sus impresiones del abismo cultural y político que se ha abierto entre Francia y Alemania:

Había pasado en unos minutos de un mundo a otro sin advertir el tránsito, sin topar siquiera con esas dos casetitas gemelas, colocadas a cien metros una de otra, en las que los aduaneros, uniformados con distintos colores, las banderas diferentes, los cambistas, igualmente ladrones, y los policías, análogamente descortesados, imponen al viajero el gran convencionalismo de las fronteras (Chaves Nogales, 1933a).

Resultan bastante representativas estas línea del carácter y el pensamiento liberal de Chaves, internacionalista, enemigo del nacionalismo, como él mismo expresaba en *La vuelta a Europa en avión*: “Lo peor del mundo es el aislamiento, las fronteras, el ignorarse los unos a los otros, el negarse” (1929: 102). Así, vemos que el periodista, para parodiar el nacionalismo, se sirve de la eliminación de las diferencias entre las banderas (banalizando así los símbolos nacionales), las casetas y los funcionarios que trabajaban en las fronteras de los distintos países. Caricaturiza a todos ellos, los convierte en intercambiables y los presenta, especialmente en el caso de los cambistas y

²⁴⁷ Bien es cierto que en el prospecto de *La vuelta a Europa en avión* Chaves aseguraba: “[...] cuento anécdotas que puede que tengan algún valor categórico, pero que desde luego yo no les doy” (1929: 22). Sin embargo, en este conjunto de crónicas veremos que el periodista sí les daba con frecuencia ese valor.

²⁴⁸ De acuerdo con Pérez Álvarez (2014: 273-274), en la obra de Chaves suele aparecer este procedimiento: “[...] el caso concreto sirve de ejemplo –o bien introduce– una cuestión histórica general y, a partir de una entrevista personal o de unas declaraciones de un personaje, elabora la narración”.

de los policías, como igualmente inoportunos, un estorbo banal para el viajero, para el hombre cosmopolita, ése que se mete las manos en los bolsillos y echa a andar por la parte habitable del mundo, como escribiría años más tarde ya en el exilio en el prólogo de *A sangre y fuego*, donde también hacía mención a los “estrechos y egoístas nacionalismos” (Chaves Nogales, 1937: 7).

4.1.2. El “camisa parda”, descamisado

Tras esa introducción sobre la frontera con Francia asoma ya en el segundo apartado, encabezado por el ladillo “El «camisa parda», descamisado”, el tema principal de esta primera crónica, que no es otro que la nazificación de Alemania, hecho que el periodista nos presentará a lo largo de lo que queda de crónica a través de varias estampas anecdóticas, costumbristas, pero llenas de significado.

Empieza Chaves este apartado haciendo explícito lo que ya ha sugerido a través de anécdotas y metáforas en el anterior:

Colocado el territorio del Sarre bajo el control de la Sociedad de Naciones, en virtud del Tratado de Versalles y gobernado por un Consejo formado por un delegado francés, otro nativo del país y tres extranjeros, se ha desarrollado allí un furioso nacionalismo alemán, como reacción contra el intento francés de desgermanización. No necesitamos esperar al plebiscito que, cándidamente, proyectaron los franceses para 1935, si queremos saber cuál es la voluntad de los ochocientos mil habitantes del Sarre (Chaves Nogales, 1933a).

Ya sabemos cuál fue el resultado de ese plebiscito. La impresión de Chaves era acertada y, según él mismo, evidente. Como escribe a continuación, bastaba entrar en Saarbrücken, “recorrer dos calles, meterse en una cervecería”... Estaba claro: “Todo es rabiosamente alemán, agresivamente alemán” (1933a). Aquí, la repetición de la estructura adverbio-adjetivo, siendo el adjetivo en ambos casos “alemán”, transmite contundencia. Estamos, nos dice, ante una evidencia indiscutible: “Más furiosos nacionalistas que los del Sarre no creo que los haya en toda Alemania” (1933a). Tan indiscutible que el periodista se atreve, como ya había hecho al final del párrafo anterior, a introducir una opinión de la forma más directa posible (en términos pragmáticos) utilizando el verbo *crear*, que explicita la intención de Chaves de enunciar una opinión (ver Leech, 1983: 302).

Por lo demás, la impresión de Chaves se corresponde con la descripción que Evans (2003: 98-99) hace de la situación que se daba en las zonas que los Aliados ocuparon en Alemania: “La prolongada ocupación militar de Alemania occidental a lo largo del valle del Rin [...] provocó asimismo un resentimiento generalizado e intensificó el nacionalismo alemán en las regiones afectadas”. Así, por ejemplo, el propio Evans recoge el testimonio de un joven socialdemócrata alemán que había sido

pacifista hasta el momento de la ocupación y que luego declararía: “Vine a sentir el culatazo del fusil del francés y me convertí de nuevo en patriota” (99). Además, en una época en el que el racismo era moneda común, la presencia de las tropas coloniales de los Aliados en Renania y el Sarre resultaba especialmente afrentoso para sus habitantes. Era humillante que “siameses, senegaleses y árabes se hiciesen los dueños de nuestra tierra”, declaraba uno de esos habitantes recogidas de nuevo por Evans, que señala que dicha situación sirvió a los nacionalistas del resto de Alemania para armar su propaganda, en cuyo repertorio no faltaban imágenes de soldados coloniales franceses violando a jóvenes y rubias alemanas, que causaron tal impacto que “los pocos cientos de niños mestizos que había en Alemania a principios de la década de 1930 eran casi universalmente considerados fruto de esos incidentes” (224).

Ese repunte nacionalista que Chaves constataba en el Sarre tenía un fuerte componente antifrancés, lo cual explica esa división “inhumana” de la que habla el periodista. Así lo señala Evans:

Aunque los ingleses y los estadounidenses desplegaron tropas en un gran sector de Renania, fueron los franceses, tanto allí como en el Sarre, los que provocaron mayor resentimiento. Causó especial indignación que se prohibiesen las fiestas y las canciones patrióticas alemanas, que se estimulasen los movimientos separatistas de la zona y que se ilegalizasen los grupos nacionalistas radicales. Un minero del Sarre afirmaba que los nuevos propietarios franceses de las minas del estado expresaban su germanofobia tratando con dureza a los trabajadores. La resistencia pasiva, sobre todo entre las capas bajas de funcionarios patriotas (como empleados ferroviarios, que se negaron a trabajar para las nuevas autoridades francesas), fomentó el odio a los políticos de Berlín que habían aceptado aquella situación y el rechazo de la democracia alemana por no hacer nada al respecto (99).

Pero, volviendo a la crónica, tras esa primera puesta en situación, Chaves introduce un recurso que aparecerá frecuentemente a lo largo del reportaje: una secuencia dialógica con fines argumentativos²⁴⁹. En este caso, se trata de una conversación entre el propio periodista y el que cabe suponer como un lugareño anónimo, pero que bien podría ser un acompañante de Chaves que residiera en Alemania: ¿Xammar, Amanda Fürstenwerth? Imposible saberlo. Sea como fuere, Chaves observa, siente e interactúa con el objeto de su crónica. Y todo ello nos lo cuenta, ofreciéndole al lector diversas perspectivas de dicho objeto. Desde sus sensaciones y pensamientos podemos pasar a sus percepciones, y de éstas, a las de los protagonistas de la crónica. Enriquece así nuestra representación de la realidad que describe.

Sin embargo, volviendo al diálogo en cuestión, sea quien fuere el velado interlocutor de Chaves, su discurso es de dudosa literalidad. Es probable²⁵⁰ que el

²⁴⁹ Ver Fuentes Rodríguez (2000: 130).

²⁵⁰ No hay razones para cuestionar la honestidad de Chaves. Como veremos en el análisis de la siguiente crónica (ver el apartado 4.2), cuando el periodista inventa un diálogo, explica cómo lo ha compuesto y cuáles son sus fuentes. No hay motivo, por tanto, para pensar que haya construido este diálogo él mismo o que lo haya compuesto de distintos comentarios sin habérselo hecho saber al lector.

periodista hubiera conservado el espíritu pero hubiese alterado el contenido para adaptarlo a sus fines expositivos:

—¿Y los “nazis”? ¿Aquí, donde el nacionalismo está tan en carne viva, habrá muchos “nazis”?
— he preguntado.

—No; Francia no los consiente. Pero a falta de “nazis”, aparatosos, con camisas pardas y atalajes guerreros, nos contentamos con sencillos y descamisados deportistas.

—¿Deportistas?

—Sí; un “nazi”, cuando se quita la camisa parda, se convierte en un joven deportista y una patrulla de “nazis” puede parecer muy bien un equipo de fútbol o un grupo de montañeros. Tenga usted en cuenta que lo característico del “nazi”, lo que le distingue de todos los demás militantes políticos, es que el “nazi”, no tiene barriga; es un hombre joven, fuerte, sano, que practica el deporte y que hasta ahora ha comido poco (Chaves Nogales, 1933a).

Efectivamente, los partidos nacionalistas alemanes radicales, entre ellos el NSDAP, habían sido prohibidos por la Comisión de gobierno que administraba el Sarre (Evans, 2003: 99). Cabe comentar, por otra parte, el entrecorillado de la palabra *nazi*, diminutivo de *Nazionalsozialist*, que en aquel momento todavía no había llegado a tener el grado de asimilación en español que alcanzaría más tarde, sino que era un germanismo más o menos novedoso, como comentábamos en la introducción de esta tesis. Por lo demás, lo fundamental de este diálogo es la aparición de los primeros nazis de carne y hueso a los que se refiere Chaves en las crónicas, que además, aparecen desprovistos de su indumentaria ritual. No deja de ser representativo de la intención desmitificadora de Chaves que la primera referencia que haga de los nazis sea una que los despoja de los atributos que los convierten en parte de una masa inquietante y los presenta como personas normales y corrientes, sin mayor particularidad que la de ser jóvenes que practican deporte y que, además, han comido poco; dos características, no obstante, bastante significativas: mediante un procedimiento sinecdótico, Chaves (que a fin de cuantas es quien nos presenta el contenido de ese diálogo) nos muestra al joven que la crisis del 29 ha dejado sin medios para ganarse la vida y que encuentra en el deporte tradicional alemán una manera de dignificarse, y lo transforma en arquetipo del nazismo.

Por otra parte, como señala Grunberger (1971: 284), los jóvenes eran un elemento fundamental para el régimen nazi, en tanto que eran más fácilmente manipulables ideológicamente y estaban más abiertos a las novedades. Mucho antes de llegar al poder, Hitler había abanderado la lucha de lo nuevo contra lo viejo, “de la Juventud contra la Madurez, menos por la defensa de una causa joven que por su vehemente asalto a la ponderada República de Weimar” (284). No obstante, una vez en el poder utilizó a los jóvenes para atraer a los padres “inadaptados” y para impresionar a los más conservadores:

Al llegar al poder, [los nazis] cancelaron inmediatamente la lucha generacional y consiguieron que su manipulación de los jóvenes sirviese a dos fines que no eran fácilmente conciliables: liberar todo el potencial de la agresividad juvenil y, al mismo tiempo, impresionar al público adulto por el grado de disciplina a que podían someter a los jóvenes (284).

Volviendo a tomar la palabra para continuar con su monólogo, Chaves perfila un poco más la imagen de esos jóvenes deportistas: “El territorio del Sarre lo cruzan a diario estos grupos de jóvenes deportistas, que vienen de Alemania con el pecho al aire y el puño sobre sus ferrados bastones de alpinista” (1933a). Llamam la atención las alusiones específicas al “pecho al aire” y al “puño sobre sus ferrados bastones”, imágenes que transmiten fuerza, virilidad y acaso belicismo; utilizadas, sin duda, con ironía para transmitir una imagen caricaturesca. Todo lo que le llega al lector a través de la mirada de Chaves le llega satirizado o desmitificado. La ironía del periodista ejerce de filtro que sólo deja pasar lo profano y bloquea las mistificaciones.

Por otra parte, Chaves trataría en otra crónica la importancia que los nazis le daban al culto al cuerpo (ver apdo. 4.8). Acerca de la importancia de dicho culto, Hitler predicaba en *Mein Kampf* (1926: 1043-1045):

Der völkische Staat muß dabei von der Voraussetzung ausgehen, daß ein zwar wissenschaftlich wenig gebildeter, aber körperlich gesunder Mensch mit gutem, festem Charakter, erfüllt von Entschlußfreudigkeit und Willenskraft, für die Volksgemeinschaft wertvoller ist als ein geistreicher Schwächling. [...] Die körperliche Ertüchtigung ist daher im völkischen Staat nicht eine Sache des einzelnenm auch nicht eine Angelegenheit, die in erster Linie die Eltern angeht und die erst in zweiter oder dritter die Allgemeinheit interessiert, sondern eine Forderung der Selbsterhaltung des durch den Staat vertretenen und geschützten Volkstums. [...] Er hat seine Erziehungsarbeit so einzuteilen, daß die jungen Körper schon in ihrer frühestens Kindheit zweckentsprechend behandelt werden und die notwendige Stählung für das spätere Leben erhalten. Er muß vor allem dafür sorgen, daß nicht eine Generation von Stubenhockern herangebildet wird²⁵¹.

En cualquier caso, los deportistas que nos presenta Chaves en esta ocasión no son jugadores de fútbol o de baloncesto, ni siquiera atletas. La única referencia que nos permite adivinar el deporte que practican es la del bastón de alpinista. Y es que, como explica Guttman (2002: 49-50), frente a los deportes modernos más populares (exceptuando el boxeo²⁵²) –inventados todos ellos por los ingleses o los estadounidenses y devenidos en internacionales–, los nazis defendían los deportes tradicionales alemanes: las caminatas alpinas, los duelos a espada o la gimnasia tradicional alemana:

²⁵¹ “El Estado nacionalista debe partir de la premisa de que una persona con mala formación científica pero físicamente sana, con un carácter bueno, firme, lleno de determinación y fuerza de voluntad, es más valiosa para la comunidad nacional que un alfeñique marchito. [...] Por lo tanto, el ejercicio físico en el Estado nacionalista no es un asunto individual, ni es un asunto que concierna principalmente a los padres, y que interese al público en general en un segundo o tercer lugar, sino una demanda de auto-conservación de la raza representada y protegida por el Estado. [...] Tiene que organizar su trabajo educativo de tal manera que los cuerpos jóvenes sean tratados adecuadamente en su primera infancia y reciban el temple necesario para la vida posterior. Sobre todo, debe asegurarse de que no se entrene a una generación de vagos”.

²⁵² Sobre el boxeo asegura Hitler (1926: 1047): “Es gibt keinen Sport, der wie dieser den Angriffsgeist in gleichem Maße fördert, blitzschnelle Entschlußkraft verlangt, den Körper zu stählerner Geschmeidigkeit erzieht” [“No existe deporte alguno que estimule tanto como éste el espíritu de ataque; que exija una determinación rápida como el relámpago y le dé al cuerpo la flexibilidad del acero”].

La concepción nazi de los deportes modernos apenas era un poco más aberrante que las actitudes de los tradicionales *Turner*²⁵³, defensores a ultranza de los ejercicios gimnásticos en su versión alemana, extremadamente nacionalista. [...] Estos defensores de la gimnástica alemana condenaban la competición, aspecto inherente a los deportes, y se mostraban consternados por la especialización, la racionalización y la cuantificación que caracterizan [a] los deportes modernos. La Deutsche Turnerschaft, la mayor y más importante organización gimnástica, había evitado participar en los primeros Juegos Olímpicos [...] (50).

En cuanto a los jóvenes a los que se refiere Chaves, el periodista nos informa de algunas de sus correrías en sus incursiones por el territorio ocupado de la Cuenca del Sarre: “Alguna vez la Policía ha descubierto que entre estos jóvenes descamisados había uno que traía liada a la cintura una bandera roja con la cruz gamada en el centro; alguna vez se ha dicho también que un maestro de escuela había sido apaleado...” (1933a). Estos incidentes son verosímiles en un contexto de fuerte tensión en un territorio en el que convivían el nacionalismo de sus habitantes, como hemos visto, exacerbado por la ocupación francesa, con los exiliados que desde que Hitler tomara el poder y comenzaran las persecuciones políticas habían huido a la única zona de Alemania que se mantenía fuera del alcance de los nazis y que defendían que el Sarre conservase su estatus actual y no volviese a integrarse en Alemania. No sería extraña una agresión a un maestro que defendiera esta última postura, por ejemplo.

Finalmente, Chaves cierra este apartado con una conclusión parecida a la del anterior, que se va repitiendo como un redoble de tambor que resuena de fondo a lo largo de toda la crónica: volverá la guerra:

De momento sólo se trata de deportistas descamisados. Así, pues, los primeros “camisa parda” que he visto, no la llevaban. Algún día se la pondrán, sin embargo, y pasarán la frontera. Ese día mis oraciones y mis pensamientos, todos, serán para un pobre gendarme catalán –de Perpiñán, precisamente– que allá en el confín del Sarre representa dignamente a Francia sentado a la puerta de una barraquita, que dice: “Douane Française” (Chaves Nogales, 1933a).

Personifica aquí el periodista a Francia en un ser humano muy concreto y, además, lo más próximo posible al lector español; de todos los que pueden ser víctimas de una nueva guerra con Alemania, aquél por el que el lector de *Ahora* puede sentir mayor empatía: un catalán del otro lado de la frontera, prácticamente un paisano, no una abstracción lejana susceptible de ser deshumanizada y que, por tanto, permita al lector despreocuparse de su suerte. Llegará la guerra –le dice al lector– y quienes la sufrirán serán personas muy concretas, vulnerables, con cuyo sufrimiento el lector podrá identificarse: un gendarme de Perpiñán, allá en la frontera alemana, solo ante el peligro en su “barraquita”.

²⁵³ Las *Turnerschften* eran asociaciones de estudiantes que practicaban deportes tradicionales alemanes, como los duelos a espada.

4.1.3. El “schupo” y el “nazi”

Y con eso, Chaves nos despide del Sarre, dejamos atrás al pobre gendarme francés en su puesto y nos adentramos en la Alemania nazi, concretamente, en la región de Palatinado, una parte desgajada de Baviera en el extremo occidental de Alemania, en cuya capital, Kaiserslautern, el periodista nos presenta la siguiente estampa costumbrista:

De mañanita, las calles de esta vieja ciudad del Palatinado están casi desiertas. Sólo se ven a esta hora temprana parejas o grupos de estudiantes, que van a sus clases. Más hembras que varones. Ellas, con sus gorritas de visera encasquetadas sobre las rubias trenzas germánicas. Kaiserslautern es una típica ciudad académica de gustos tradicionales.

Desde la ventana de mi cuarto de hotel estoy hace ya largo rato viendo pasear con aire solemne, calle arriba, calle abajo, a un imponente “schupo”, con su guerrera bien entallada y su casco puntiagudo. A su costado, guardando cuidadosamente la distancia, va un “nazi”, de altas botas claveteadas, camisa parda y pistola al cinto. Paso a paso, sin cambiar palabra, el “schupo” y su sombra parda llegan por el centro del arroyo hasta el límite de la demarcación, giran lentos y ceremoniosos y vuelven a recorrer la calle. Así una vez y otra durante todas las horas de servicio (Chaves Nogales, 1933a).

Más allá del primer párrafo, cuya función parece ser únicamente la de crear ambiente, situar a los dos personajes principales del relato en una atmósfera de calma y cotidianidad; en el segundo, Chaves nos presenta a un *Schupo*²⁵⁴ y a un nazi que patrullan frente a la ventana de su hotel. No los introduce sin más en la crónica, sino que lo hace a través de su ventana. Lector y cronista comparten perspectiva. Una perspectiva que, además, le otorga verosimilitud a la escena, en tanto que el periodista declara que la está observando directamente. Por otra parte, el periódico acompaña la crónica de un montaje fotográfico en el que aparecen codo con codo un *Schupo*, “con su guerrera entallada y su casco puntiagudo”²⁵⁵, tal y como lo describe Chaves, y lo que el lector ha de suponer que es un miembro de las SA cubierto por un abrigo bajo el que debe imaginar las “altas botas claveteadas, camisa parda y pistola al cinto” de las que habla el periodista.

Hay, por lo demás, cierto tono irónico en la descripción de la escena: el aire solemne y ceremonioso que les atribuye el periodista a los dos personajes en su paseo “calle arriba, calle abajo”; su aspecto fiero y su indumentaria guerrera... Todo ello enmarcado por el ambiente de paz y tranquilidad del primer párrafo, le da un aire caricaturesco a las dos figuras, el *Schupo* y “su sombra parda”, sintagma nominal que constituye a su vez una metáfora y una parodia del nazi. Chaves confía en la perspicacia del lector para interpretar su tono adecuadamente. Encaja este procedimiento perfectamente en la definición que Heinrich Lausberg (1967: 85) hace de la ironía:

²⁵⁴ Diminutivo de *Schutzpolizei des Reiches* –Policía de Protección del Imperio, literalmente–, cuerpo de policía encargado de la seguridad y el orden público en la Alemania nazi, continuación de la tradicional *Schutzpolizei*. Chaves utiliza probablemente el germanismo, en lugar de referirse a *el policía* o *el guardia*, para hacer más pintoresco al personaje, para darle color.

²⁵⁵ Se trata, concretamente, de una especie de chacó bajo con un frontal puntiagudo.

La ironía es la expresión de una cosa mediante una palabra que significa lo contrario de ésta²⁵⁶. La ironía es un arma de la parcialidad; el orador está tan convencido de la fuerza de persuasión de su propia causa así como de la simpatía del público que (en una reducida *sermocinatio*) utiliza la escala léxica de valores de su adversario, haciendo ver su falsedad mediante el contexto (lingüístico o situacional).

A lo largo de todas las crónicas alemanas, el periodista utilizará contra los nazis la ironía, entendida ésta como el “artificio de autotraición” que Llera (2004: 145) presenta en forma de metáfora: “No de otra forma Teseo acabó con la Gorgona, devolviéndole con el escudo su reflejo al monstruo”. Pero, volviendo a los dos compañeros de patrulla de esta crónica, Chaves (1933a) plantea la siguiente pregunta retóricas en conversación con el lector (en ausencia de éste): “¿Qué hacen juntos el policía y el «nazi»?”. Y, antes de aventurar una respuesta, se coloca en la misma posición que sus lectores²⁵⁷: “Nosotros, españoles, es difícil que lo comprendamos”. Y, en esa misma línea, añade: “El «schupo» es el guardia y todo el mundo sabe qué es lo que tiene que hacer un guardia. ¿Pero y el otro?”. Planteada de nuevo una pregunta retórica y una vez acompañado el lector de la mano del cronista hasta este punto, él mismo responde: “¡Ah, el otro! El otro responde a un problema nuevo, un problema que se planteó Hitler antes de tomar el Poder y que ha resuelto con la aparición de este doble del «schupo»”. El problema en cuestión es el siguiente: “¿Quién guarda a los guardias?”. Y, acto seguido, Chaves explica la solución que, según él, Hitler²⁵⁸ ha aplicado, valiéndose de un recurso que será muy frecuente en estas crónicas: la comparación con una situación española equivalente, real o hipotética. Utiliza este recurso el periodista no sólo para explicar al lector la situación correspondiente en términos que le sean conocidos, sino también, una vez más, para desmitificar la situación alemana análoga. Le muestra al lector que entre lo que le resulta exótico y lo que le es cotidiano no hay grandes distancias. Esta misma idea la expresaba en *La vuelta a Europa en avión* en una frase aparentemente intrascendente escondida en un párrafo por lo demás banal de ese reportaje que, sin embargo, a la luz de toda su obra, adquiere un formidable valor expresivo y nos presenta de forma concisa la manera en que el periodista ve el mundo: “En ninguna parte del mundo ocurre nada extraordinario” (1929: 61). Esto, en apariencia tan sencillo y evidente, es precisamente lo que quiere

²⁵⁶ En realidad tal definición se limita a la antífrasis. “La ironía, en cambio, se caracterizaría porque el autor quiere comunicar algo diferente de lo que dice, no necesariamente lo contrario”, como señala Llera (2004: 136).

²⁵⁷ A la vuelta de Alemania e Italia, el periodista diría en una conferencia en Sevilla, de acuerdo con la noticia sobre el evento publicada en *El Liberal* de Sevilla el 24 de junio, que durante su viaje por Alemania “tuvo siempre la precaución de saber qué pensaría de estas cosas el hombre de Sevilla” (Gori, 1933).

²⁵⁸ En realidad, la idea hay que atribuírsela a Hermann Göring, por entonces ministro prusiano del interior, quien creó la “policía auxiliar” (*Hilfspolizei*) el 17 de febrero de 1933, cuando, a través de una orden escrita, “instó a la policía a que trabajase coordinada con las «asociaciones nacionales» de la SA, SS y Stahlhelm [Cascos de Acero], apoyando la «propaganda nacional con todas sus fuerzas» y combatiendo las actuaciones de «organizaciones hostiles al estado» con todos los medios a su disposición” (Kershaw, 1998: 448).

hacer ver aquí al lector, al que, en este caso, invita a situarse en Madrid el día que se proclamó la República:

Imaginemos que el 14 de abril, cuando los republicanos españoles entraron en Gobernación y unas docenas de ellos dijeron que se habían puesto a gobernar se hubiesen planteado este problema que Hitler ha visto con tanta lucidez y no contentos con que los guardias hubiesen hecho acto de acatamiento a la República a cada guardia le hubiesen puesto un guardián: un joven republicano sin trabajo; uno de aquellos voluntarios del brazal rojo, que nosotros utilizamos sólo durante unas semanas para que guardasen los árboles de la Casa de Campo, y que después licenciamos por superfluos, diciéndoles: “Gracias por vuestro auxilio, camaradas; id ahora a seguir vuestro destino de obreros parados, de mendigos, de pistoleros, o de albiñanistas, si os place” (Chaves Nogales, 1933a).

Llama la atención el reconocimiento del buen criterio de Hitler con respecto a este asunto. De nuevo Chaves demuestra ecuanimidad: sin perder su posición crítica le reconoce a cada cual sus victorias. Refractario al dogmatismo, el periodista a menudo muestra un sentido práctico de la política que ejemplifica bien este reconocimiento de la perspicacia de esa medida adoptada por los nazis y la crítica que ese reconocimiento implica a la “docena” de hombres que se pusieron a gobernar el 14 de abril de 1931, algunos de ellos muy próximos a sus ideas y a su persona, como ya hemos visto. Por otra parte, él mismo asume como propia la responsabilidad de los actos del Gobierno provisional de la República, ya sea por su afinidad al mismo o por entender que es el gobierno de su país y, por tanto lo representa, al usar la primera persona del plural – “[...] que nosotros utilizamos sólo durante unas semanas [...]” – participando en alguna medida de la culpa.

Por lo demás, hace referencia a unos voluntarios con brazaletes rojos dedicados, según dice, a guardar los árboles de la Casa de Campo. Parece claro que se refiere a la Guardia cívica municipal de Madrid, cuerpo voluntario constituido la misma tarde de la proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, por el Ayuntamiento de Madrid, ya en manos republicanas. Según informaba *El Sol* al día siguiente, la misión de estos voluntarios era “velar por el orden en la vía pública, para evitar posibles violencias”, portaban como distintivos brazaletes rojos²⁵⁹ e iban provistos de “nombramientos sellados por el Ayuntamiento”, de los que ya se habían repartido “millares” el día anterior, según la misma noticia (sin firma, 1931b). Por otras noticias similares sabemos que estos sobrevenidos guardias custodiaron tras la salida del rey y de su familia el Palacio Real, donde desaparecieron documentos y objetos de valor... (Aldecoa, 1931). Por tanto, parece que Chaves escoge subrayar en esta crónica la función de resonancias más absurdas a la que se habían dedicado los voluntarios del brazalete rojo: cuidar los árboles de la Casa de Campo, utilizando además, para presentar la labor de los guardias como más banal, una sinécdoque, pues lo que seguramente debían de haber cuidado era la Casa de Campo, no sólo sus árboles. Y es que, tras la proclamación de la República,

²⁵⁹ En la información en cuestión se hace referencia a brazaletes “rijos”, pero parece claro que se trata de una errata. Además, las referencias a los voluntarios de los *brazaletes rojos* son numerosas en la prensa de esos días.

los madrileños se lanzaron con entusiasmo y, al parecer, pocos miramientos, a ocupar la que hasta ese momento había sido propiedad de la Corona. Josep Pla estaba allí el 15 de abril y lo cuenta con su habitual ironía y su estilo telegráfico: “Nos dirigimos a la Casa de Campo. Entramos. El pueblo lo ha invadido todo. Es una fiesta nacional. [...] Observo la persecución a la que son sometidos los conejos del lugar por parte de los elementos del pueblo soberano” (Pla, 1933: 37).

Protegeran la flora o la fauna de la Casa de Campo, la cuestión es que fueron excusados de su función demasiado pronto, en opinión de Chaves, que utiliza una cita ficticia para presentar lo que implicaba la liberación de obligaciones de esos voluntarios de forma explícita: “[...] id ahora a seguir vuestro destino de obreros parados, de mendigos, de pistoleros, o de albiñanistas, si os place”. Respecto a esas posibles nuevas ocupaciones, ya hemos visto en el apartado 3.1.1 el problema que supusieron para la Repúblicas en sus primeros años los disturbios sociales y las revueltas en el campo (ver apdo. 3.1.1). En lo referente a los mendigos, baste una cifra para hacerse una idea de su número: según aseguraba la Guardia Municipal de Madrid en un reportaje publicado en *Ahora* el 16 de abril de 1931, en torno a doscientos cincuenta ingresaban a diario en un campamento provisto por el Ayuntamiento “donde al mendigo se le estimula para el trabajo” (!) (Llorca, 1931). En cuanto al desempleo, según Carr (1983: 165), en 1934 el número de parados casi alcanzaba el millón en toda España (con una población total de unos 24 millones de personas). Y finalmente, en lo tocante a los albiñanistas, se trataba de los seguidores de José María Albiñana, fundador del ultraconservador Partido Nacionalista Español (Gil Pecharromán, 2000: 52-65), que cobijaba al grupo paramilitar Legionarios de España, destinado “a llevar la violencia contra los adversarios del régimen [la Monarquía] hasta unos límites situados más allá de lo permisible en un Estado de derecho” (69); y a cuyos miembros probablemente se refiere Chaves con el término “albiñanistas”. Sobre ellos, Gil Pecharromán (2000: 71) comenta:

No pocos albiñanistas procedían del maurismo, del sindicalismo libre y católico o de las filas del Somatén primorriverista, heredero del movimiento de las *uniones cívicas*. Muchos legionarios eran «excombatientes de las guerras de Marruecos», veteranos licenciados que no habían sabido adaptarse a los que el PNE ofrecía sustento –un par de duros por actuación– y en ocasiones vivienda en la propia sede del partido. Era frecuente encontrar legionarios con antecedentes por delitos sociales y varios, como León Simón Sanz, el fornido jefe de los guardaespaldas de Albiñana, habían actuado como pistoleros de la patronal o de los Sindicatos Libres en Madrid y Barcelona.

Por lo demás, a continuación, Chaves expone los hipotéticos beneficios que la República habría recogido de haber hecho que esos voluntarios acompañasen a los guardias en España, como lo hacían los nazis en Alemania:

Si hubiéramos hecho lo que Hitler, a estas horas: primero, habríamos reducido considerablemente el número de parados, por lo menos de parados republicanos, porque este doble del guardia –¡qué duda cabe!– cobra también; segundo, habríamos simplificado la función del guardia porque así serían dos a repartirse el trabajo de mantener el orden y según el procedimiento español es uno sólo y, en cambio, el otro, como no tiene nada que hacer más

importante, acaso sea de los que se dedican a perturbarlo; tercero, no existiría nunca el temor de que el guardia no fuese bastante republicano. Tuve la impresión de que en aquella calle de Kaiserslautern el “schupo” y su sombra, al pasear de arriba abajo, estaban haciendo brillantes oposiciones de gubernamentalismo (Chaves Nogales, 1933a).

Pasa aquí el periodista, tras presentar un caso particular y relacionarlo con una realidad conocida por el lector, a hacer una exposición inductiva no exenta de humor. Así, los dos primeros beneficios que presenta son más o menos evidentes, más allá de la ironía que encierra la conjetura de que el voluntario que no es utilizado para ayudar al guardia pueda dedicarse perfectamente a darle más trabajo. Sin embargo, la agudeza de Chaves consiste en descubrirle al lector una tercera consecuencia no tan evidente y sugerirla de nuevo con la ironía encerrada en la metáfora de las “oposiciones de gubernamentalismo”, si bien, acto seguido, hace explícito lo que la metáfora sugiere, hasta el punto de hacerle notar al final de su exposición al lector mediante un pregunta retórica de confirmación que quería decir más de lo que ha dicho: “Porque si el «nazi» es «nazi» más «nazi» es el «schupo». Basta pensar que esta duplicidad no puede ser definitiva y que a la larga será «schupo» en propiedad el más «nazi» de los dos. ¿Está claro?” (Chaves Nogales, 1933a).

Y como colofón, para fijar esa opinión en la mente del lector, no utiliza el martillo de un conclusión explícita, sino que lo coloca ante una disyuntiva expuesta en varias preguntas retóricas que, sin más información que la que él mismo ha proporcionado, difícilmente puede resolverse en otra dirección que en la que le ha indicado previamente por él mismo: “Ahora bien; ¿quién tiene razón? ¿Hitler? ¿Los republicanos españoles?” (Chaves Nogales, 1933a). Queda claro.

4.1.4. ¡Jude! ¡Jude!

Como él mismo declara en esta crónica, Chaves llegó a Alemania pocos días después del boicot a los judíos que tuvo lugar el 1 de abril de 1933²⁶⁰ (ver apdo. 3.2). Sebastian Haffner (1939: 149) recuerda ese boicot como el primer “acto intimidatorio” de la “verdadera revolución” por venir. Según leyó el escritor alemán el lunes de esa semana en el periódico, se iba a llevar a cabo una “operación masiva” (150): la SA cuidaría de que el sábado, 1 de abril, nadie accediera a ningún comercio judío. Además, se les prohibía a abogados y médicos judíos ejercer su profesión, medida que también supervisaría la SA, como pudo comprobar ese día en casa de un amigo cuyo padre era

²⁶⁰ Por otra parte, cabe señalar que el periodista no hace referencia alguna en esta crónica, a pesar de tratar el boicot a los comercios judíos, a la Ley para la Restauración del Funcionariado (*Gesetz zur Wiederherstellung des Berufsbeamtentums*), promulgada el 7 de abril, que decretaba la expulsión de los judíos de dicho cuerpo del estado (Friedländer, 1997: 49), lo cual hace sospechar que el periodista escribió la crónica antes de ese día.

médico el propio Haffner (181), quien resume bien lo que aquella jornada significaba en términos de confianza en su propio poder para los nazis:

La justificación de esta medida permitió calibrar el avance logrado por los nazis en el último mes. La leyenda propagada en su día sobre los planes de golpe de Estado por parte de los comunistas, que tenían por objeto abolir la Constitución y las libertades civiles, fue una trama bien urdida, con pretensiones de resultar creíble; es más, los nazis creyeron incluso necesario fabricar una prueba bien visible, por eso incendiaron el Reichstag. Por el contrario, la explicación oficial del boicot impuesto a los judíos fue desde un principio una ofensa descarada y una burla dirigida contra aquellas personas de las que se esperaba que se comportasen como si creyeran dicha explicación. La justificación era que el boicot debía llevarse a cabo como medida de defensa y revancha frente a las historias de terror infundado sobre la nueva Alemania que los judíos de ese país estaban difundiendo astutamente en el extranjero. Sí, esa era la razón (150).

El porcentaje de alemanes judíos con respecto al resto de alemanes en Alemania era del 0,8 por ciento (Poliakov, 1979: 24) y, a pesar de que la mayoría, ya fuera como empleados o como propietarios, se dedicaban al comercio –fundamentalmente al por menor– y a profesiones liberales (Friedländer, 1997: 42), su porcentaje respecto al total de comerciantes de Alemania seguía siendo muy pequeño:

Desde el punto de vista demográfico, los 525.000 judíos de Alemania, tradicionalmente concentrados en las ciudades, se dedicaban en su mayoría al comercio y a las profesiones liberales, aunque su porcentaje distase mucho de ser el que les atribuía la infatigable propaganda (el 3,3% en el comercio y el 2,3% en las profesiones liberales, con picos de 8,1% en el derecho y de 7,1% en medicina). El 29% de la población judía trabajaba por cuenta ajena y el 7% era de clase obrera (Poliakov, 1979: 25).

El día del boicot, Goebbels escribía en su diario: “El boicot contra la *Greuelpropaganda*²⁶¹ alcanzó su apogeo en Berlín y en todo el Reich”, y se ufanaba de que “en todas partes el público” había mostrado “su solidaridad” (cit. en Friedländer, 1997: 42). No obstante, Friedländer (1997: 42) asegura que la mayoría de la población se mostró indiferente con respecto al boicot y en algunos casos incluso contraria, como en Hannover, donde algunas personas habían intentado entrar a la fuerza en un comercio judío; o en Múnich, donde algunos comercios judíos habían incrementado sus ventas en los días previos al 1 de abril. Sin embargo, a pesar de su fracaso relativo, el boicot afectó especialmente a los pequeños comercios, muchos de los cuales ni siquiera abrieron ese día:

Según el periódico alemán comunista Rundschau, en aquel entonces publicado en Suiza, sólo los negocios judíos más pequeños –es decir, los judíos más pobres– sufrieron daños a causa del boicot nazi. Las empresas grandes como el editorial Ullstein, con sede en Berlín, o los bancos de propiedad judía –el gran capital judío– no fueron perjudicados en absoluto. Esto, que parece una simple expresión de ortodoxia marxista, es cierto sólo en parte, pues perjudicar a una cadena de grandes almacenes como Tietz podría haber dejado sin trabajo a catorce mil empleados. Precisamente por ese motivo Hitler en persona aprobó que se concediera un préstamo a Tietz para suavizar sus dificultades financieras inmediatas (45).

Precisamente, ese carácter meramente práctico para los nazis es el que Chaves le da al boicot, pero en un sentido distinto. Comienza el periodista este apartado de su

²⁶¹ Así denominaban los nazis la ola de noticias extranjeras sobre las atrocidades que supuestamente habían cometido, como ya mencionamos en el apartado 3.1.3.

crónica –en la que, como vamos viendo, toca asuntos bastante variados con la intención de presentar un primer mosaico suficientemente representativo de la nueva situación alemana– con grandes dosis de ironía y acoso alguna exageración para hacerla más persuasiva:

Esto salta a la vista. Frente a cada comercio marcado con la palabra infamante ¡Jude! –he llegado a Alemania pocos días después del boicot– hay una tiendecita pobre, con menos luz en el escaparate, los géneros un poco desteñidos y los precios un poco más altos. Esta tiendecita que no vende es de un ario puro, raza noble de héroes y ascetas que, por lo visto, no saben comprar y vender (Chaves Nogales, 1933a).

En primer lugar, vemos que opta de nuevo por utilizar un germanismo, presumiblemente para sumergir al lector en la atmósfera local. En este caso, el sustantivo *Jude* (judío) figura tanto en el ladillo que encabeza el apartado como en el texto. Es ésta, además, una palabra que comenzaba a tomar, escrita en los escaparates de los comercios, un terrible valor simbólico que trascendía con mucho su valor semántico, como denota, por otra parte, el adjetivo “infamante” del que Chaves la acompaña. Dicho esto, comienza el periodista presentándonos una “tiendecita”²⁶² que, comparada con la aldea regentada por un comerciante judío, es una auténtica calamidad. Resalta esa condición la enumeración de defectos que finaliza con la práctica repetición de la estructura sintáctica en los dos últimos sintagmas nominales y en la que el periodista introduce el contraste significativo entre “menos luz” y “más altos” que le ofrece ritmo al conjunto y, con ello, contundencia: “[...] con menos luz en el escaparate, los géneros un poco desteñidos y los precios un poco más altos”. Por lo demás, qué duda cabe de que Chaves o bien exagera los defectos de este arquetipo de tienda regentada por un “ario” o bien exagera su representatividad²⁶³. No obstante, la imagen es eficaz y le deja al lector clara la idea que el periodista desarrollará en los siguientes párrafos: los judíos, en general, son mejores comerciantes que el resto de alemanes.

No obstante, no cesa aquí la exageración, si bien en lo que sigue viene acompañada de una ironía muy propia del periodista sevillano cuando hace referencia a continuación al “ario puro”. Conviene aquí hacer una breve digresión sobre las resonancias que el término *ario* tenía en las fuentes racistas de las que bebían los nazis para así comprender en toda su riqueza la ironía de Chaves. Como explica Sala Rose (2003: 52-53), el nacionalismo alemán que precedió al nazismo y lo inspiró, para justificar sus ideas racistas no sólo había mitificado los orígenes de la supuesta raza aria, sino que incluso la etimología del término había sido objeto de las más arbitrarias especulaciones, todas ellas conducentes a probar la superioridad de dicha raza:

²⁶² Veremos a lo largo del análisis del resto de las crónicas que el uso peyorativo del diminutivo no es extraño en Chaves.

²⁶³ No obstante, la descripción que hace Chaves no es arbitraria. Muestra de ello es esta conversación que un soldado y su novia tuvieron en un cine de Alemania la noche antes del boicot que recoge Evans (2003: 478): “«En realidad no habría que comprar nada a los judíos», dijo él. «Pero venden muy barato», contestó ella. «Luego es malo y no dura», contestó él. «No es verdad –replicó ella–, es igual de bueno y dura lo mismo, en realidad es lo mismo que en las tiendas cristianas... y es muchísimo más barato»”.

Fue también [Friedrich] Schlegel quien en 1819 [...] designó la citada raza superior indico-nórdica con el término *ario*, derivándolo del término griego *arioi* de Heródoto [...]. Schlegel estableció una vinculación etimológica entre la raíz *ari* y el alemán *Ehre* (“honor”), una asociación rica en comprometedoras implicaciones futuras en la medida en que favorecía la idea de una legítima aristocracia (del griego *aristós*, “el más noble”) de la raza aria respecto a otros pueblos. [...] Guido von List pretendió demostrar en 1902 el supuesto origen divino de los arios afirmando arbitrariamente que el sustantivo alemán *Arier* estaba compuesto de *ar* (“sol”), *ri* (“producir”, “engendrar”) y *er* (“gente”).

En esa línea, los nazis, imbuidos de un misticismo religioso, adoptaron las teorías más delirantes sobre una raza mítica que habría surgido en el norte de Europa y habría surtido, merced a sus superiores cualidades espirituales (ligadas indivisiblemente a su biología, y entre las que destacaría su generosidad), de élites políticas y culturales a todas las culturas indoeuropeas a despecho del “judío oscuro, traicionero y corruptor” (61-62), que se constituiría en “den gewaltigsten Gegensatz zum Arier” [“la más tremenda antítesis de los arios”], según Hitler (1926: 777), que le atribuía a los judíos el mayor de los egoísmos²⁶⁴. Asimismo, Hitler se sacó de la chistera tres tipos de razas: fundadores, conservadores y destructores; y no es difícil adivinar qué papel le otorgaba al generoso hombre ario (773). Además, como “Träger der menschlichen Kulturentwicklung” [“portaestandarte del desarrollo cultural humano”] (765), le atribuía a ese ario una superioridad histórica mayúscula, hasta que, incauto, se comenzaba a mezclar con otras razas:

Arische Stämme unterwerfen (häufig in wahrhaft lächerlich geringer Volkszahl) fremde Völker und entwickeln nun, angeregt durch die besonderen Lebensverhältnisse des neuen Gebietes (Fruchtbarkeit, klimatische Zustände usw.), sowie begünstigt durch die Menge der nun zur Verfügung stehenden Hilfskräfte an Menschen niederer Art, ihre in ihnen schlummernden geistigen und organisatorischen Fähigkeiten. Sie erschaffen in oft wenigen Jahrtausenden, ja Jahrhunderten, Kulturen, die ursprünglich vollständig die inneren Züge ihres Wesens tragen, angepaßt den oben schon angedeuteten besonderen Eigenschaften des Bodens sowie der unterworfenen Menschen. Endlich aber gehen die Eroberer von der im Anfang eingehaltenen Reinheit ihres Blutes ab, beginnen sich mit den unterjochten Einwohnern zu vermischen und beenden damit ihr eigenes Dasein; denn dem Sündenfalle im Paradiese folgte noch immer die Vertreibung aus demselben²⁶⁵ (759).

He ahí, de la propia pluma de Hitler, las virtudes del “ario puro” al que se refiere Chaves, esa “raza noble de héroes y ascetas que, por lo visto, no saben comprar y vender”, como escribía el periodista. Queda patente, pues, la ironía de Chaves,

²⁶⁴ “[...] leitet [...] weiter nichts als nackter Egoismus des einzelnen” [“no se guía por nada más que por el egoísmo desnudo del individuo”] (Hitler, 1926: 785).

²⁶⁵ “Las tribus arias subyugaban (a menudo con un número de personas tan inferior que resultaba realmente ridículo) a pueblos extranjeros y desarrollaban sus capacidades intelectuales y organizativas latentes, estimuladas por las condiciones particulares de vida del nuevo territorio (fertilidad, condiciones climáticas, etc.) y favorecidas por la cantidad de mano de obra auxiliar disponible entre esas gentes inferiores. A menudo, en pocos milenios, incluso siglos, creaban culturas que absorbían por completo los rasgos intrínsecos de su carácter adaptados a las características particulares mencionadas anteriormente del suelo y de las gentes sojuzgadas. Al final, sin embargo, los conquistadores renunciaban a la pureza de su sangre, que habían mantenido desde el principio, y comenzaban a mezclarse con los lugareños subyugados, liquidando así su propio ser. Y es que a la caída en el pecado le siguió siempre la expulsión del Paraíso”.

fehaciente en el contraste (expresado en los términos más exaltados de los propios nazis) entre esa raza superior y su supuesta incompetencia comercial.

Por lo demás, a continuación, pasa el periodista a explicar en un nuevo intento desmitificador la que, según él, era la verdadera motivación del boicot:

Antes, el ario puro, convencido de su incapacidad para este menester, dejaba libre al judío el campo del comercio y se iba a arar la tierra o a barrer las calles a sueldo, metido en un impresionante uniforme. Pero cada vez hay menos uniformes de barrendero municipal y menos tierras que labrar y el ario puro, cuando se pone a hacer la competencia al judío con su pobre tiendecita cubierta de polvo y visitada sólo por las moscas, está perdido. Hitler ha venido a resolver a favor de este ario puro el problema de la competencia comercial, que él, por sí sólo, era incapaz de salvar. Hitler ha dado al ario puro que no vende un talismán maravilloso para que su tiendecita se llene de clientes capaces de cargar con géneros manidos. Este talismán es la cruz gamada, la svástica de los arios.

Todo consumidor alemán debe comprar en esas tiendas que tienen el talismán de la svástica en el escaparate. De momento, el ario puro está encantado. ¿Puede dudar alguien de que todo el [sic] hombre que tiene una tiendecita en Alemania y no es judío adora a Hitler? (Chaves Nogales, 1933a).

Vemos cómo Chaves insiste en la ironía al utilizar el término “ario” acompañado del adjetivo “puro” y ahonda en la parodia al asegurar que, antes, este individuo se conformaba con arar la tierra o barrer las calles, eso sí, “metido en un impresionante uniforme”. La parodia se genera por el contraste cómico entre la modesta profesión de barrendero y el “impresionante” uniforme, el cual inferimos que este “ario puro” lleva con jactancia –por el conocimiento implícito del gusto del nazismo por los uniformes que el periodista intenta convocar en la mente del lector–. Nos explica a continuación Chaves que la crisis económica (expresada por el periodista mediante la metáfora de la escasez de uniformes de barrendero y de tierra que labrar) ha obligado al “ario puro” a competir con el “judío” en el campo del comercio, donde Chaves lo estima condenado al fracaso, y presenta de nuevo la imagen exagerada del arquetipo de la “pobre tiendecita” de estos propietarios, “cubierta de polvo y visitada sólo por las moscas”.

En ese sentido, Friedländer (1997: 180) cuenta cómo, según un informe del estado de Pomerania de 1935, “los campesinos a menudo «decidían comprar sólo en tiendas judías» [...] «porque las tiendas de los judíos venden productos más baratos y uno tiene más variedad»”. De modo que la impresión de Chaves era bastante acertada. Asimismo, Friedländer añade: “Probablemente por los mismos motivos, un número considerable de *Volksgenossen* [camaradas nacionales] todavía prefería las tiendas y los negocios judíos en las pequeñas ciudades, igual que en las grandes”. Por su parte, Victor Klemperer (1995: 110), en la entrada de su diario del 13 de junio de 1934 contaba cómo los habitantes de algunas pequeñas ciudades de Sajonia iban de una ciudad a otra buscando comercios judíos en los que poder comprar:

In Falkenstein darf man nicht beim „Juden“ kaufen. Also fahren die Falkensteiner zum Juden nach Auerbach. Und de Auerbacher ihrerseits kaufen beim Falkensteiner Juden. Zu größeren Einkäufen aber fährt man aus den Nestern nach Plauen, wo ein jüdisches Kaufhaus größeren

Umfangs ist. Trifft man sich dort, so hat man sich nicht gesehen. Stillschweigende Konvention²⁶⁶.

Sin embargo –nos explica Chaves–, Hitler había venido a salvar al pobre “ario puro” en su nueva situación de tendero. La verdadera razón del boicot no sería, pues, según el periodista, el castigo a los judíos por la *Greuelpropaganda*²⁶⁷, sino ayudar económicamente a los comerciantes no judíos, a los que el periodista los supone menos aptos para el comercio que a los judíos y, por tanto, necesitados de auxilio. La ayuda de Hitler, la solución para los problemas comerciales del “ario puro”, la expresa Chaves de nuevo en forma de metáfora: no es ni más ni menos que la cruz gamada, “la svástica de los arios”²⁶⁸. E introduce el símil cargado de significado esvástica-talismán: “un talismán maravilloso para que su tiendecita se llene de clientes capaces de cargar con géneros manidos”. De hecho, como explica Kershaw (1998: 305), desde 1927, estos pequeños tenderos, muchos antisemitas y amenazados por los grandes almacenes, se convirtieron el objetivo electoral prioritario del NSDAP.

Más adelante, en el siguiente párrafo, desarrolla esa teoría insistiendo en el uso del símil esvástica-talismán: donde estuviera el talismán, allí estaría obligada a comprar la gente, sugiere el periodista. Y, rematada así su argumentación, arroja una conclusión: como es natural, “el ario puro está encantado” con la nueva situación. Y, una vez más, la refuerza con una pregunta retórica: “¿Puede dudar alguien de que todo [...] hombre que tiene una tiendecita en Alemania y no es judío adora a Hitler?”²⁶⁹. Y así, nos

²⁶⁶ “En Falkenstein no está permitido comprarle a los «judíos». Entonces los habitantes de Falkenstein van en busca de los judíos en Auerbach. Y los de Auerbach a su vez les compran a los judíos de Falkensteiner. Sin embargo, para compras más grandes, uno sale del nido y va a Plauen, donde hay un gran centro comercial judío. Si se encuentran por casualidad allí, hacen como si no se hubieran visto. Una convención tácita”.

²⁶⁷ Joseph Goebbels en la entrevista que el propio Chaves le realizó y que se publicó en *Ahora* el 21 de mayo de 1933 explicaba así las supuestas razones del boicot: “Nos consta que los judíos emigrados al extranjero mantienen estrechas relaciones con los judíos en Alemania. A las organizaciones israelitas alemanas no ha de serles difícil, por consiguiente, lograr que sus hermanos de raza emigrados se abstengan de toda agitación y de toda injerencia en los asuntos internos de Alemania, con lo cual prestarán un servicio a los judíos que en Alemania residen. El boicot de defensa contra los judíos, puesto en práctica por nosotros hace algún tiempo, nos demostró que este género de presión era perfectamente posible. En adelante seguiremos manteniendo el principio de que los judíos residentes en Alemania tienen obligación de evitar que el país donde viven sea difamado” (Chaves Nogales, 1933f).

²⁶⁸ La esvástica era asociada a los *arios* por el nacionalismo racial alemán desde el siglo XIX. Así, por ejemplo, Ernst Ludwig Krause la clasificó como “símbolo nórdico por excelencia” y fósil guía de la raza aria (Sala Rose, 2003: 128). “Jörg Lechter [en 1921] ubica el origen de la esvástica en el centro y norte de Europa, a pesar de la antigüedad mucho mayor de las esvásticas mesopotámicas, por entonces ya reconocida” (128). También Sala Rose (129) apunta que Hitler debió familiarizarse con el símbolo, que ya tenía connotaciones antisemitas, en Viena, probablemente a través de la revista ariosofista *Ostara*, que la lucía en su portada.

²⁶⁹ Como refuerzo de esta argumentación de Chaves, acompañan a la crónica dos fotografías (ver apéndice 9), una de un comercio judío en cuyo escaparate aparece pintada la palabra “Jude” repetidamente, y otra en la que aparece el escaparate de una tienda de ropa con un cartel pegado al escaparate en el que se puede leer en alemán e inglés el siguiente mensaje: “¡Alemanes, defendeos de la *propaganda del horror* judía, comprad sólo en comercios alemanes!”. Esas pintadas y los carteles permanecieron en los comercios aun después del boicot (Haffner, 1939: 202). A la primera foto la acompaña el siguiente pie: “«¡Judío! ¡Judío!» El día del boicot, todos los almacenes de Alemania que no

introduce en el siguiente apartado de la crónica, en el que expone su impresión de que la mayoría de alemanes apoyaban a Hitler.

No obstante, antes de pasar al siguiente apartado, se responde a sí mismo: “Sí”, y hace un inciso: “[...] pero ¿y los judíos? ¿No serán adversarios de Hitler? ¿No pueden convertirse en un temible adversario?” (Chaves Nogales, 1933a). Y, de nuevo, introduce a un interlocutor desconocido, que le resuelve su inquietud con una sonrisa produciendo un interesante juego dialógico en el que involucra al lector:

Mi interlocutor se ha sonreído:

—Cuando vea usted en un comercio de Alemania unas banderas hitlerianas descomunales, cuando vea usted una excesiva iconografía hitleriana en los escaparates, desconfíe usted y murmure por lo bajo con nosotros: ¡Jude, jude! Pocas veces se equivocará (Chaves Nogales, 1933a).

Deducimos del uso de la primera persona del plural que el interlocutor anónimo de Chaves es un alemán, acaso simpatizante del nacionalsocialismo. Y, de nuevo, cabe suponer que, si bien la idea (acaso algo caricaturizada) puede ser de su interlocutor, la elección de las palabras es del periodista. Presenta así, por boca de otro, un nuevo argumento, que pasa a explicar a continuación con su propia voz:

Por ahí es por donde le fallará el truco al ario de la tiendecita. El judío que no se ha puesto ya la cruz gamada sobre el pecho es porque aún no se le ha presentado la ocasión. Pero ya se le presentará. Aun en estos momentos de desesperación confía en Jehová y en las virtudes de los arios que tan profundamente admira (Chaves Nogales, 1933a).

Lo primero que cabe resaltar de este párrafo, que cierra el apartado, es la frivolidad con la que Chaves aborda el tema. No comprende todavía la verdadera gravedad del asunto, aunque en la crónica que dedicará a la situación de los judíos en Alemania unos días más tarde el tratamiento será notablemente menos frívolo, salvo en el caso de los judíos que pedían asilo en la embajada española, a los que caricaturizaría (ver apdo. 4.9). Y es que, si bien Chaves no da muestras de ser especialmente antisemita, el antisemitismo estaba muy extendido tanto en Europa como en Estados Unidos en ese momento (Poliakov, 1979: 15), y algunos prejuicios eran ampliamente compartidos por la población. En ese caso, Chaves le supone a los alemanes judíos una adaptabilidad casi sin escrúpulos a las nuevas circunstancias –aunque no sabemos si se la supone por ser judíos o por ser seres humanos– que, como veremos un poco más adelante, no está justificada, aunque no faltaran los intentos de contemporización con el nuevo régimen.

eran propiedad de alemanes puros aparecieron marcados por los “nazis” con la palabra infamante. Expeditivo procedimiento hitleriano para resolver la competencia comercial en estos tiempos de crisis”. Bajo la segunda se puede leer: “«Comprad sólo en las tiendas de los alemanes», decían estos carteles. El boicot a los judíos sólo duró veinticuatro horas oficialmente; pero a partir de entonces las tiendas de los alemanes puros mantienen la recomendación, y como señuelo para los clientes, la cruz gamada de los hitlerianos”. Desconocemos si estos pies de foto fueron escritos por Chaves o por algún compañero de la redacción de Madrid, pero, desde luego, mantienen el vocabulario y el tono de la crónica e insisten en la argumentación que hace el periodista en el cuerpo de la misma.

Por otra parte, la falta de trascendencia que el periodista le da al boicot es en parte consecuencia de la habilidad de los dirigentes nazis para medir el impacto generado por sus medidas. Así, tras el boicot, los nazis se replegaron prudentemente al ver que la medida no había tenido tan buena acogida como esperaban. Además, Friedländer (1997: 43) añade otras razones:

[...] Hitler reveló una forma de liderazgo que durante los años siguientes iba a convertirse en característica de sus medidas antijudías: en general, establecía un curso de acción que suponía un aparente compromiso entre las exigencias de los radicales del partido y las reservas pragmáticas de los conservadores, dando la impresión pública de que él mismo estaba por encima de los detalles operativos. Tal circunspección, por supuesto, era meramente táctica. En el caso del boicot, estaba dictada por el estado de la economía alemana y por la cautela ante las reacciones internacionales.

En esa misma línea, Kershaw (2009: 261) señala que aunque los ataques contra los judíos fueron frecuentes en la región de Franconia durante 1933, en el resto del país, “dentro del contexto de una situación económica deteriorada y con la necesidad de evitar ganarse enemigos gratuitos en el frente diplomático, podría decirse que hacia finales de 1933 se instauró una relativa calma en la actividad antijudía”. Lo cual, sin restarle importancia a las medidas ya tomadas, hacía más difícil predecir el cariz siniestro que tomarían los acontecimientos en la década siguiente. En cualquier caso, con el boicot, los nazis habían conseguido su objetivo: insuflar miedo a la población. Así lo explica Haffner (1939: 151):

[...] Todo esto generó lo que en modo alguno se habría esperado de los alemanes al cabo de aquellas cuatro semanas: un sentimiento de terror generalizado. Cierta murmullo desaprobatorio, reprimido pero perceptible, recorrió el país. Gracias a su extremada sensibilidad, los nazis se dieron cuenta de que habían dado un paso demasiado arriesgado, así que después del primero de abril retiraron parte de las medidas, no sin antes haber aguardado a que el terror surtiera pleno efecto.

Además, si bien Chaves por lo general interpreta con perspicacia la situación en Alemania y, como hemos dicho, juzgará con algo más de justicia la situación de los judíos en su crónica del 26 de mayo, hay dinámicas políticas cuya evolución depende de factores difíciles de prever, como explica Friedländer (1997: 20) respecto de la persecución a los judíos: “Los objetivos ideológicos generales y las decisiones propias de la táctica política se iban reforzando unos a otros, y siempre se mantenían abiertos, a medida que las circunstancias iban cambiando, a movimientos más radicales”. Asimismo, Stefan Zweig (1944: 326) en sus memorias declara su incapacidad para predecir la deriva del régimen nazi: “Es bleibt ein unumstößliches Gesetz der Geschichte, daß sie gerade den Zeitgenossen versagt, die großen Bewegungen, die ihre Zeit bestimmen, schon in ihren ersten Anfängen zu erkennen” [“Existe una ley inmutable de la Historia que niega a los contemporáneos reconocer en sus comienzos los grandes movimientos que definen su tiempo”]; aunque bien es cierto que la capacidad para el diagnóstico social o político del escritor austriaco no podía compararse con la del periodista español:

Man kann dreißig oder vierzig Jahre inneren Weltglaubens schwer abtun in einigen wenigen Wochen. Verankert in unseren Anschauungen des Rechts, glaubten wir an die Existenz eines deutschen, eines eurpäischen, eines Weltgewissens und waren überzeugt, es gebe ein Maß von Unmenschlichkeit, das sich selbst ein für allemal vor der Menschheit erledige. Da ich versuche, hier so ehrlich als möglich zu bleiben, muß ich bekennen, daß wir alle 1933 und noch 1934 in Deutschland und Österreich jedesmal nicht ein Hundertstel, nicht ein Tausendstel dessen für möglich gehalten haben, was dann immer wenige Woche später hereinbrechen sollte. [...] all die Ungeheuerlichkeiten, wie Bücherverbrennungen und Schandpfaahlfeste, die wenige Monate später schon Fakten sein sollten, waren einen Monat nach Hitlers Machtergreifung selbst für weitdenkende Leute noch jenseits aller Faßbarkeit²⁷⁰ (331-332).

Los propios nazis contaban con la incredulidad del mundo, como indica un informe secreto de 1943 acerca del asesinato de cinco mil judíos firmado por Alfred Rosenberg, entonces Ministro del Reich para los Territorios Ocupados del Este, en el que éste asegura que si ese hecho llegara a saberse fuera de Alemania, “lo más probable es que semejante propaganda no tuviera efecto sólo porque la gente que oye y lee acerca de eso simplemente no estaría dispuesta a creerlo” (cit. en Arendt, 1948:588n). Por otra parte, como indica Poliakov (1979: 19), el boicot fue una medida “profana” (frente a las que califica de naturaleza “sacra” que luego se tomaron) como otras ya adoptadas en otros momentos de la historia contra los judíos, “y nadie, o casi nadie, presintió las consecuencias siniestras que podían derivarse de estas primeras medidas discriminatorias. Ni siquiera los judíos” (15). Lo que nos lleva a la segunda cuestión a destacar en ese último párrafo de Chaves: la impresión que el periodista transmite sobre la relación de los judíos con el nacionalsocialismo, así como la supuesta admiración hacia los nazis y el prejuicio sobre la religiosidad de los mismos. En cuanto a esto último, Poliakov (1979: 25) habla de la heterogeneidad dentro del conjunto de alemanes judíos y asegura que, aunque “sus comunidades confesionales en las grandes ciudades eran prósperas y [...] más sólidas y estaban mejor organizadas que en otros países occidentales”. Sin embargo, “solo una minoría de los judíos participaba en dichas comunidades”. Por tanto, vemos que si bien Chaves caricaturiza a los nazis, en buena medida también hace lo propio con los judíos al hacer hincapié en su fe en Jehová, caricaturización en la que ahondará en su crónica del 26 de mayo (ver apdo. 4.9.5).

En cuanto a la afirmación: “El judío que no se ha puesto ya la cruz gamada sobre el pecho es porque aún no se le ha presentado la ocasión”, es evidentemente exagerada y seguramente Chaves buscara llamar la atención del lector con ella. Aunque es cierto que hubo intentos por parte de algunos judíos de asimilación con el nacionalsocialismo, como explica Poliakov (1979: 25):

²⁷⁰ “Es difícil renunciar en pocas semanas a treinta o cuarenta años de fe en el mundo. Anclados en nuestras concepciones del Derecho, creíamos en la existencia de una conciencia alemana, europea, mundial, y estábamos convencidos de que había cierta medida de inhumanidad que sucumbiría de una vez por todas ante la humanidad. Como intento ser lo más honesto posible aquí, debo confesar que en el año 1933 e incluso en 1934 no creíamos posible en Alemania o en Austria ni la centésima ni aun la milésima parte de lo que iba a ocurrir pocas semanas después. [...] Y es que todas las monstruosidades, como la quema de libros o las fiestas en torno a la picota, parecían un mes después del ascenso de Hitler al poder más allá de todo lo concebible aun a juicio de personas muy clarividentes”.

Una primera tendencia fue el intento de adaptarse a las nuevas condiciones. La expresión extrema de este proceso fue la creación de la Unión de los Judíos Nacionales Alemanes, presidida por el doctor Max Naumann, que aspiraba a la conciliación del programa del partido Nacionalsocialista y del «porvenir alemán» con las pretensiones de los judíos verdaderamente alemanes y «nacionales». Este lamentable experimento no duró mucho. El masoquismo del doctor Naumann y de sus amigos no era del agrado de los nazis, por lo que la asociación fue disuelta en seguida.

Sin embargo, el propio Poliakov defiende que “el episodio refleja el drama psicológico de los judíos alemanes”, y que “sería vano atribuirlo únicamente al instinto de conservación” (25-26). Y a continuación añade algo que, si bien de forma menos exagerada, va, sin embargo, en la dirección hacia la que apunta Chaves:

Sin llegar a tales extremos, la mayoría de los judíos alemanes se mostraba incapaz de comprender su nueva situación. Casi todos creían que se trataba de un fenómeno pasajero, un malentendido, que se disiparía mediante una fidelidad inquebrantable. Consideraban útil expresar en público el testimonio de su apego indefectible a la patria alemana. Tras la llegada de Hitler al poder, llegaron a alabar la moderación y la sensatez del nuevo gobierno²⁷¹ (26).

Sea como fuere, lo cierto es que 25.000 judíos huyeron de Alemania en el primer semestre de 1933 (Poliakov, 1979: 27). Al parecer, ninguno de ellos tenía intención de ponerse la cruz gamada en el pecho.

4.1.5. Los maestros de artes y oficios

En este último apartado de la crónica, Chaves vuelve a cambiar de tema, esta vez para exponernos su impresión sobre la postura de la clase media alemana con respecto a Hitler. Lo hace de nuevo mediante un procedimiento sinecdótico que le atribuye al conjunto de dicha clase media la opinión de los hombres de un *Gasthof* de Kaiserslautern²⁷². Comienza el periodista por aproximar una vez más la realidad alemana al lector a través de su propia realidad conocida, esta vez no con intención desmitificadora, sino simplemente descriptiva. Así, presenta el *Gasthof* en comparación y contraste con instituciones españolas cuya función social era semejante para que el lector español se hiciera una idea más exacta de qué tipo de local se trataba:

El “gasthof”²⁷³ alemán es una entidad sin par en España. Viene a ser como la vieja hospedería española, nuestro desaparecido hostel, entre fonda y posada; taberna y casino al mismo tiempo. Lo más importante del “gasthof” es que la vida de relación, la política y la sociología de las

²⁷¹ Mención aparte merece la interacción de los sionistas con el régimen y la impotencia de la Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de Fe Judía (a la que pertenecían el 95% de los judíos alemanes) ante la represión nazi. Para una visión más detallada de este asunto ver Arendt (1963: 90-94).

²⁷² Según Pérez Álvarez y Gómez Baceiredo (2015: 259), Chaves hizo uso de este recurso a lo largo de toda su obra: “[...] el caso concreto sirve de ejemplo –o bien introduce– una cuestión histórica general”.

²⁷³ Vemos que en este caso Chaves no hace uso del germanismo *Gasthof* (los sustantivos siempre se escriben con mayúscula en alemán) tanto con la intención de darle color local a su crónica, sino debido a que no hay un equivalente español que ajuste su significado al del significante en cuestión, como el propio periodista explica en este párrafo.

pequeñas ciudades alemanas se hace tradicionalmente en su ámbito, como en otro tiempo fueron en España las tertulias de las reboticas las que forjaban eso que llamamos opinión. Tiene el “gasthof” alemán más ambiente casero y familiar que nuestro café y más dignidad que nuestra taberna. Viejos y grandes muebles de ricas maderas; un gato arisco o un perro grande y quieto; un reloj de recio tic tac; un buen fuego, y un acertado punto para la presión y la temperatura de la cerveza (Chaves Nogales, 1933a).

Haciendo gala de una gran agudeza sociológica –en parte, seguramente fruto de su experiencia desde niño en las tertulias de Sevilla y luego de Madrid–, nos ofrece aquí Chaves, por contraste o por simple descripción, los dos rasgos fundamentales que le interesa resaltar del *Gasthof*: nos hace ver, mediante una secuencia de imágenes, que el ambiente es de clase media conservadora, con “más ambiente casero y familiar que nuestro café y más dignidad que nuestra taberna”, con sus “muebles de ricas maderas” y “reloj de recio tic tac”; y, por otro lado, nos explica que es el lugar en el que sedimenta, o se “forja”, la opinión popular. Es el “ámbito” donde se hace “la política y la sociología” de las pequeñas ciudades alemanas –nos dice–. Y, a continuación, en otra secuencia descriptiva, esta vez sin comparación o contraste alguno, pasa a presentarnos a los clientes de estos comercios típicamente alemanes:

Los clientes del “gasthof”, pocos siempre, son todos conocidos y respetados en la localidad. Clase media tradicionalista y bien enraizada; gente seria que se mueve con pies de plomo y que sabe lo que quiere. El mayor contingente de parroquianos del “gasthof” lo dan los maestros de las artes y los oficios; el origen gremial, medieval de la Alemania de hoy, se ve más claramente que en ningún sitio en este rincón del “gasthof” provinciano donde el maestro de retórica, el maestro de mecánica, el maestro de telar y el maestro de gimnasia juegan sosegadamente a la baraja y riegan su cena sobria y fría con grandes vasos de cerveza fortalecida con buchadas de kirsch (Chaves Nogales, 1933a).

Esta escena costumbrista le sirve a Chaves para definir a los protagonistas de este último apartado de la crónica, los maestros de artes y oficios alemanes, presentados por el periodista como representantes de la clase media “tradicionalista”, y descritos, con pericia de buen retratista, en su ambiente social: en la partida de cartas con cena fría regada de cerveza y licor. Además, acompañan a la crónica dos fotografías que ilustran la descripción hecha por Chaves de estos parroquianos en las que aparecen respectivamente tomando su cerveza y su licor, y fumando algún puro mientras echan una partida de cartas con un gramófono sobre la mesa (ver apéndice 9). Estas figuras de la clase media tradicional pertenecientes a los antiguos gremios, de origen “medieval”, y desconcertados ante los conflictos que conllevaba la industrialización serán fundamentales en la argumentación de Chaves, como veremos a continuación:

Lentamente, muy lentamente, por una sedimentación casi tan lenta como las del reino mineral, va formándose entre los parroquianos del “gasthof”, mientras el dueño espuma la cerveza y fuma en silencio su gran puro alemán de papelón torcido, ese estado de conciencia individual que después el mundo llama “la actitud de Alemania”. Son estos hombres prudentes, lentos, pesados, que se pasan años y años rumiando las novedades que la vida les tira sobre la mesa del “gasthof”

–guerra, derrota, inflación, comunismo, crisis, paro²⁷⁴– los que en definitiva dan esa fuerza formidable a la acción alemana (Chaves Nogales, 1933a).

Éste es el párrafo clave de este apartado y acaso de la crónica. En primer lugar, Chaves nos presenta la metáfora de la sedimentación acompañada de las sugestivas imágenes de la cerveza espumando y el puro consumiéndose. La plasticidad de la secuencia se imprime en la mente del lector, que asocia la atmósfera pesada del *Gasthof* al carácter de sus parroquianos: el ambiente es palpablemente conservador, estático, como se deduce de ese perro “grande y quieto” que mencionaba en las líneas anteriores y que enlaza ahora con la lentitud y pesadez de los parroquianos. Nada se mueve pues y todo inspira tradición y falta de dinamismo, tanto en las costumbres como en lo ideológico. El tiempo mineral transcurre y los problemas de una generación –“guerra, derrota, inflación, comunismo, crisis, paro”– se van asentando sobre las mesas donde se juega a las cartas hasta conformar “ese estado de conciencia individual que después el mundo llama «la actitud de Alemania»”, o, como la denomina Kershaw (2009: 202-203), *la opinión popular*:

El término “opinión pública” puede utilizarse poco en relación con el Tercer Reich. [...] la “opinión pública”, en el sentido de la expresión que se expresa públicamente, fue de 1933 en adelante única y exclusivamente la del régimen, o la de las entidades rivales dentro de la élite de dirección nazi. [...] De modo que en lugar de “opinión pública”, un término adecuado para la formación pluralista de actitudes en una democracia liberal, sería más apropiado hablar de “opinión popular” para abarcar los no cuantificados, a menudo generalizados, difusos y descoordinados, pero aun así genuinos y extendidos, puntos de vista de los ciudadanos de a pie.

Esta es sin duda “la actitud de Alemania” a la que se refiere Chaves, una actitud u opinión popular que, de nuevo según Kershaw, a partir de 1933 sólo puede “reconstruirse a través de impresiones” (204). Y esto es lo que hace Chaves en el *Gasthof*, acaso lo que mejor sabe hacer como periodista, como le explicaba a Baroja (ver apdo. 2.2): “Es el andar por la calle. Si usted se mete en su casa, con sus papeles y sus libros, ¿qué se va usted a enterar de lo que ocurre en el mundo? Naturalmente, nada” (Baroja, 1944: 350). Asimismo, cabe recordar de nuevo el testimonio de la hija mayor del periodista a este respecto: “Le gustaba el análisis unido al contacto directo con la gente, sabía relacionarse, se volcaba continuamente al exterior” (Cintas, 2011a: 202). Y, como buen reportero, en la calle –o en el *Gasthof*, esa ágora alemana– encontraba el pulso de la sociedad, un pulso que en Alemania no se podía tomar en la prensa, ya que la Ley de Protección del Pueblo y del Estado (Gesetz zum Schutz von Volk und Staat) del 28 de febrero de 1933 había suspendido los derechos fundamentales, entre ellos los de libertad de expresión y prensa (Frei y Schmitz, 1989: 22), y, por lo demás, lo que quedaba de dicha prensa estaba ya casi completamente controlado por el Ministerio de Propaganda:

²⁷⁴ Mann (1990: 28) asegura que fue “el paro o el temor al mismo, el miedo ante la amenaza de la bancarrota, lo que en aquel momento hizo que la clase media se adhiriera en masa al *Führer*”.

Aunque un amplio sector de la burguesía acomodada estaba ya suscrito a la prensa nazi, Goebbels no se decidió a imponerlo [el *Völkischer Beobachter*, órgano de propaganda del NSDAP] de manera absoluta a todos los sectores educados de la población. La prensa socialdemócrata y comunista desapareció totalmente de la toma del poder, y en este destino la siguieron pronto los diarios católicos, pero se permitió que siguieran existiendo algunos periódicos liberales de gran reputación (como el *Frankfurter Zeitung* y el *Berliner Tageblatt*), convenientemente despojados de su anterior relación con grupos judíos, aunque conservando su personal no nazi. Esta decisión, en principio contradictoria, tenía como fin mantener, en el interior del país, un vestigio del pasado esplendor periodístico, para dar una apariencia de pluralidad en aquel sistema herméticamente cerrado (Grunberger, 1971: 415).

De manera que Chaves hizo lo que el propio régimen hacía de forma confidencial para medir el “estado de ánimo y la opinión” (*Stimmung und Haltung*) de los alemanes (Kershaw, 2009: 205), sondear su opinión allí donde era representativa. Y he aquí la conclusión que sacó el periodista de su visita al *Gasthof*:

Pues bien; los hombres del “gasthof”, todos, absolutamente todos, están hoy con Adolfo Hitler. Han llegado a esta conclusión después de un largo proceso, pero hoy su resolución es definitiva. Sería estúpido equivocarse. No hay más que Adolfo Hitler. Antes de que los hombres del “gasthof” se decidieran por él, pudo Hitler tener trescientos mil camisas pardas y pudo haber en Alemania –como individualmente ha habido– trescientos agitadores del tipo de Hitler. Nada tendría importancia. Lo que la ha tenido decisiva para los destinos del pueblo alemán y del Mundo es que estos hombres del “gasthof”, estos maestros de artes y oficios de las pequeñas ciudades alemanas, hayan llegado a la conclusión de que hay que jugar la carta de Hitler. La jugarán a todo evento. Tengo la convicción de que ya hoy no esperan más que el momento en que Hitler les mande la papeleta de movilización (Chaves Nogales, 1933a).

Su impresión es clara e inequívoca: “absolutamente todos” los parroquianos del *Gasthof* están con Hitler, “su resolución es definitiva” y jugarán la carta (metáfora adecuada para el contexto) de Hitler “a todo evento”. Grunberger (1971: 183) comparte el diagnóstico de Chaves de que los artesanos y los trabajadores independientes estaban con Hitler:

De todos los grupos socioeconómicos de Alemania, el que más ayudó a la toma del poder por los nazis fueron los comerciantes, sobre todo los componentes de la “clase media” económica compuesta por trabajadores independientes (*Mittelstand*), como los tenderos y los artesanos.

Y atribuye tal apoyo, entre otras cosas a las medidas económicas que propugnaban los nazis:

El señuelo que condujo de forma irresistible a las masas de trabajadores independientes hacia el campo nazi fue la “ideología de la clase media” del partido, que les ofrecía una panacea para todos sus males económicos al propugnar la ayuda estatal a los pequeños negocios y a las empresas artesanales, medidas estatales contra los sindicatos y restricciones oficiales a las grandes firmas, grandes almacenes y cooperativas (183).

Por otra parte, volviendo al texto de Chaves, “Sería estúpido equivocarse” y “No hay más que Adolfo Hitler” son dos frases consecutivas de una contundencia que probablemente va dirigida a aquellos que en España todavía se hacían la ilusión de que el régimen nazi no habría de durar, como era el caso del periódico *El Socialista* (ver apdo. 3.1.3). Sin embargo, no cabía duda, la “fuerza formidable” de la “acción alemana” de la que hablaba antes Chaves se la daba esa resolución de las clases medias, de los antiguos menestrales, ora desconcertados, ora irritados por los acontecimientos de las

últimas dos décadas que mencionaba Chaves con acierto: “[...] guerra, derrota, inflación, comunismo, crisis, paro”²⁷⁵. Así lo sintetiza Grunberger (1971: 55-56):

La euforia de agosto de 1914 resultó de la confluencia de dos poderosos sentimientos: la esperanza de la victoria y la creencia de que todas las diferencias sociales y políticas podían ser eliminadas en la gran ecuación nacional. Después de 1918, una aversión generalizada por la democracia –porque parecía destruir la unidad nacional a través de la lucha partidista en las urnas, en el parlamento e incluso dentro de los gobiernos de coalición– contribuyó a impedir que el estado de Weimar arraigara en Alemania. De la desorientación social producida por la Depresión [...] surgió un ansia de retorno al seno de la comunidad. [...] Las aspiraciones precapitalistas, es decir, el deseo de seguridad de tipo estático y tradicional, crearon una contracorriente dentro de la corriente general anticapitalista del momento. [...] Las ideas de que las relaciones de producción capitalista implicaban por esencia una situación de conflicto social constante nunca se había impuesto totalmente a la ética gremial de armonía social y orgullo del artesano.

Por su parte, Goebbels (1932: 38) diría en un mitin en Berlín en julio de 1932: “We came from the people, and return ever to it”, según la traducción inglesa de Bytwerk. Esa idea atávica de comunidad nacional la asocia Arendt (1948: 445) a la abolición del sistema de clases que genera individuos extremadamente independientes que, sin embargo, pasan a formar parte de la masa en los regímenes totalitarios:

Procedentes de la sociedad estructurada en clases de la nación-estado, cuyas grietas habían sido colmadas por el sentimiento nacionalista, era sólo natural que estas masas, en el primer momento de desamparo de su nueva experiencia, tendieran hacia un nacionalismo especialmente violento [...].

Esas masas tienen en dichos regímenes, como ejemplifican los hombres del *Gasthof*, una relación de interdependencia con el líder: “El Reich nacionalsocialista [...] se basa en la lealtad mutua del Führer y del pueblo”, aseguraría Hitler en 1939 (cit. en Arendt, 1948: 494 n. 39). En este sentido, Freud ya había apuntado en su *Psicología de las masas* que las multitudes, irracionales y acrílicas, se mueven por el enamoramiento y la hipnosis que ejerce sobre ellas el líder²⁷⁶. Sin embargo, Arendt también hace notar que Hitler predicaba sin escrúpulos esa idea mientras manifestaba su desprecio por la mayor parte del pueblo alemán (497). El propio Hitler aseguraba en un discurso en 1932: “El pueblo alemán consiste en un tercio de héroes, un tercio de cobardes, mientras que el resto son traidores” (cit. en Arendt, 1948: 497 n. 52). En otro discurso, éste pronunciado ya durante la guerra, dejaría claro el carácter arbitrario de esa *Volksgemeinschaft* (comunidad del pueblo), cuya silueta se debía ajustar en todo momento a la de su líder:

No soy más que un imán que se mueve constantemente a través de la nación alemana, extrayendo el acero de este pueblo. Y he declarado a menudo que llegará el día en que todos los

²⁷⁵ Según Evans (2003: 283), la crisis económica del 29 hizo que algunos sectores de la clase media “sintieran amenazada su posición económica y social durante la República de Weimar”. Y el NSDAP, “equipado ya con una compleja estructura de divisiones especializadas, se dio cuenta de ello y empezó a dirigir su propaganda hacia las clases medias de propietarios y profesionales”.

²⁷⁶ El propio Hitler había dicho: “Las masas tienen una visión primitiva. Lo que prevalece es el sentimiento de odio” (cit. en Kershaw, 2009: 104).

hombres valiosos de Alemania estén en mi campo. Y aquellos que no estén a mi lado no serán valiosos en manera alguna (cit. en Arendt, 1948: 497 n. 52).



Cartel electoral del NSDAP que relaciona los conceptos de *pueblo* y *líder*: “Un pueblo, un *Führer*, un «Sí»”. Berlín, Voßstraße, noviembre de 1933²⁷⁷.

Como vimos en el apartado 2.3, Chaves había captado ya en su visita a Alemania de 1928 la desestructuración y la volubilidad de la sociedad alemana: “Esa masa un poco informe que es todavía el pueblo alemán toma fácilmente la forma del recipiente en que se vierte” (1929: 99). Así, el nazismo utilizó los conceptos de *comunidad* y *pueblo* para atraer a esa masa social desestructurada y descontenta y acomodarla en su molde. “La «vuelta a la comunidad» se convirtió en un programa de rechazo de la sociedad moderna y del sistema político parlamentario” (Abellán, 1997: 133); o, como explica Benz (2006: 82):

Bajo la fórmula mágica de *Volksgemeinschaft* (“comunidad del pueblo”), Hitler y su “Movimiento” pudieron reunir e integrar a los decepcionados y descontentos que produjo en Alemania la Primera Guerra Mundial. *Volk* (“pueblo”) era uno de los valores supremos del vocabulario nacionalsocialista y, apelando a supuestas tradiciones germánicas, la “comunidad del pueblo” debía superar la organización del Estado basada en enfrentamientos de clases: cada uno debía tener su lugar natural en la sociedad. [...] La idea fue bien aceptada, con sus aspectos glorificadores de lo propio y condenatorios de lo ajeno, porque ofrecía una imagen de protección y seguridad, así como el sentimiento de camaradería solidario y elitista. La vida bajo un sistema dictatorial se justificó ideológicamente con el concepto de “comunidad del pueblo”.

O expresado en las palabras mucho más plásticas de Joseph Goebbels, según las cuales el individuo que pasaba a formar parte de esa comunidad, en virtud del encantamiento totalitario, se transformaba “de un gusanito en parte de un dragón” (cit.

²⁷⁷“Berlín, Voßstraße. „Wahlplakat der NSDAP zur Reichstagswahl («Ein Volk, ein Führer, ein Ja»)”. Digitales Bildarchiv des Bundesarchivs, en <<https://cutt.ly/BfyFtFX>> [cons. 22/11/2019].

en Grunberger, 1971: 413). Y era este un dragón que, como nos vuelve a sugerir Chaves, se preparaba para la guerra. El tema de fondo del artículo, más allá de la abrumadora nazificación de Alemania, sigue subiendo a la superficie cada cierto tiempo: Alemania irá a la guerra. Chaves lo expresa aquí utilizando de nuevo una fórmula explícita para la expresión de opiniones: “Tengo la convicción de que ya hoy no esperan más que el momento en que Hitler les mande la papeleta de movilización”. No es sólo una opinión, sino una convicción: el lector queda avisado de que el periodista desborda el análisis. Por lo demás, Chaves utiliza la metonimia del envío de las papeletas de movilización (causa) para referirse a la guerra (efecto), la guerra que aparecerá de forma explícita en el último párrafo de la crónica, en el que Chaves, invirtiendo el proceso empleado hasta ahora, concluye su exposición argumental con una escena anecdótica que apuntala e ilustra lo dicho hasta el momento:

En Kaiserslautern yo he visto a estos graves hombres –hombres que han hecho la guerra ellos mismos– precipitarse con el brazo levantado hacia las ventanas del “gasthof” porque en el silencio de la noche avanza un cortejo de “nazis”, que tras las llamaradas de sus antorchas y el redoble de sus tambores arrastraban a una masa de adolescentes, niños casi, que iban marcando el paso con las mandíbulas apretadas y los ojos encendidos.

—¿Adónde van estos hombres? ¿Qué va a hacer Alemania? —he preguntado.

—La guerra; Alemania va a hacer la guerra —me han contestado unánimemente (Chaves Nogales, 1933a).

En primer lugar, cabe destacar de nuevo el verismo añadido que Chaves le otorga a la escena al explicitar que él mismo ha sido testigo de lo que nos cuenta. Y no sólo ha sido testigo, sino que interviene en la escena –de nuevo el recurso del diálogo²⁷⁸ y el cambio de perspectiva–, trasladando así al lector una sensación más vívida de la narración. Una narración cuyo fondo es un “cortejo” de nazis que avanza en el sugestivo “silencio de la noche” con antorchas y redoble de tambores. Sala Rose (2003: 46) hace mención a este tipo de desfiles y explica su función dentro del aparato propagandístico nazi:

El efecto visual que este tipo de desfiles multitudinarios generaban en la oscuridad de la noche, que los testigos presenciales describen como un inmenso río de luz y fuego en movimiento, causaba una profunda impresión en el espectador, por lo que resultaban especialmente apropiados para enriquecer cualquier ceremonial.

Por su parte, Allen (1984: 333) cuenta sobre la aceptación que tuvo el NSDAP a su llegada al poder en la localidad prusiana de Northeim: “Los burgueses en general contemplaban con entusiasmo los desfiles y ceremonias y estaban encantados con la acción económica”. Asimismo, añade que “el sentimiento parecía ser el de que había llegado el fin de la división interna”. En ese sentido, un maestro de artes y oficios de Notheim como los que describe Chaves en esta crónica decía: “No estoy de acuerdo con todo lo que han hecho, pero me alegro de ver que intentan cosas”. Asimismo, añade

²⁷⁸ Cabe recordar que Pérez Álvarez (2013a) argumentaba que la reproducción literal de diálogos en sus escritos del periodista sevillano sería una de las características que tendrían en común la obra de Chaves y el *New Journalism* norteamericano (ver apdo. 2.3).

Allen que el concepto de *Volksgemeinschaft* causaba cierta fascinación en esa burguesía, a pesar de sus “connotaciones místicas”, en tanto que suponía el fin de la lucha de clases: “La clase media se sentía atraída en especial por la idea de que las clases debían cesar de existir para que sólo hubiera alemanes”.

Por otro lado, volviendo a la parada que pasaba frente al *Gasthof*, estos desfiles no eran una invención nazi, sino que tenían detrás cierta tradición. Sin ir más lejos, cabe recordar aquí la impresión que Chaves se llevó durante su primera visita a Alemania en 1928 (ver el apartado 2.3) de los desfiles de los estudiantes en Berlín: “[...] no sin cierto airecillo arisco, desfilan bajo sus enormes banderas altas como mástiles de navío” (1929: 100). Y añadía: “Esta mascarada grotesca de los estudiantes alemanes es seguramente muy pintoresca pero poco simpática”. Igual de poco simpática debió de resultarle la escena que presencia en esta ocasión: esa “masa de adolescentes, casi niños” que seguían a los nazis y que “iban marcando el paso con las mandíbulas apretadas y los ojos encendidos”. Más allá de la plasticidad de la escena, con un adjetivo casi expresionista²⁷⁹ como “encendidos” refiriéndose a los ojos, la imagen de las mandíbulas apretadas recuerda al testimonio del entonces miembro de las Juventudes Hitlerianas, Peter Neumann (1975: 19), quien refiere sus sensaciones al final de un discurso de su líder, Baldur von Schirach, y que, además, recuerda a la metáfora de Goebbels ya mencionada del gusano y el dragón:

Se antoja como si de golpe hubiese roto sacrílegamente un sueño inmenso e infinito. Un sueño que nos había transportado a través de los sonidos y de las trompetas y del clamor de los cobres, hasta las más altas cimas de las gloriosas batallas de nuestros antepasados en el Marne o Sedan. [...] En mi interior, prietos los dientes y crispado el puño sobre el puñal, he renovado el juramento. *Treu bis zum Tode!* [¡Fiel hasta la muerte!].

Como ya hemos visto, en los jóvenes “halló el régimen el grupo de población más maleable a su política y el que rindió los mayores beneficios de fidelidad y en proporción a los halagos invertidos” (Grunberger, 1971: 284). Por tanto, vemos que todos los detalles que Chaves dibuja en el fondo de la escena están llenos de significado. Pero, volviendo a los protagonistas de la misma, los menestrales del *Gasthof*, la imagen de sus brazos en alto al paso de la procesión de antorchas, ilustra la conclusión de Chaves: están completamente entregados al nazismo e integrados en la nueva *Volksgemeinschaft*. De dicha integración da testimonio la unanimidad que Chaves atribuye a su respuesta a la pregunta que les formula, un tanto forzada, probablemente para presentar la respuesta de un modo más efectista, como un redoble final de tambor que extrae a la superficie lo que durante toda la crónica había sido un ritmo de fondo: “La guerra, Alemania va a hacer la guerra”.

Por otra parte, en la entrega de esos hombres al nazismo tiene gran importancia el papel de Alemania en la Primera Guerra Mundial. No en vano, Chaves resalta el

²⁷⁹ Ver notas 246 y 438.

hecho de que se trata de “hombres que han hecho la guerra”. Así explica Mann (1990: 27-28) la forma de pensar de esos hombres:

Lo que estaba ocurriendo en el seno de la mayor parte de la burguesía –y de la nobleza– era lo siguiente: se pensaba que la guerra de 1914-1918 no se había perdido realmente. El hecho de que el Imperio alemán no hubiera resultado vencedor era un malentendido de la historia. Y había que corregir este malentendido, si no con una segunda guerra, al menos a través de medios de presión políticos y diplomáticos. El tratado de Paz de Versalles no tenía validez moral y, lo que es más importante, al haber transcurrido algunos años, ya no correspondía a la auténtica relación de fuerzas. [...] ¿Acaso no estaba permitido actuar de manera ilegítima en una situación histórica ilegítima?

Según el programa del NSDAP (Feder, 1927: 36), Alemania había sido humillada (*erniedrigt*) por aquéllos (judíos, marxistas y liberales) que habían firmado (o apoyado) la Paz de Versalles. Alemania se había rendido invicta, pero la próxima vez –aseguraban–, una vez extirpado el pacifismo y los elementos corruptores de la patria, vencerían (Mann, 1990: 28). Sobre ese relato, explica Abellán (1997: 129):

El 11 de noviembre de 1918, el ejército alemán estaba ciertamente vencido desde un punto de vista estratégico, pero no había caído realmente. El día del armisticio no había ni un centímetro de suelo alemán ocupado por las tropas aliadas, mientras que las tropas alemanas ocupaban todavía algo de suelo francés, unos cuatro quintos de Bélgica y grandes extensiones en el este de Europa. Por otro lado, la población civil no había experimentado la derrota; sólo había conocido los motines de soldados organizados por la izquierda. Esto se convertiría en el origen de la leyenda de que el ejército alemán había sido imbatido y que había sido víctima de una puñalada por la espalda. Estas cosas tuvieron mucho peso en el nacionalismo alemán, y Hitler lo convertiría en uno de los elementos principales de su propaganda.

Meinecke (1950: 31), por su parte, expone cómo la leyenda de la puñalada en la espalda fue clave para que la burguesía no llegase a aceptar la República de Weimar:

The decisive factor was that a large and important part of this bourgeoisie closed its mind more and more against the democratic idea [...]. [...] this democratic form of government created by the Weimar Constitution of 1919 appeared in the scornful light of the stab-in-the-back legend as the product of disloyalty to the nation, as an unheroic attitude of mind, and as the selfish exploitation of a defeat caused by the treachery of the masses in their lust of power.

Hitler lo expondría con estas palabras en *Mein Kampf* (1926: 613-615):

[...] denn hätte wirklich die Front als solche versagt und wäre durch ihr Unglück das Verhängnis des Vaterlandes hervorgerufen worden, so würde das deutsche Volk die Niederlage ganz anders aufgenommen haben. [...] Dann hätte man nicht gelacht und getanzt, hätte sich nicht der Freiheit gerühmt und die Niederlage verherrlicht, hätte nicht die kämpfende Truppe verhöhnt und ihr Fahne und Kokarde in den Schmutz gezerrt, vor allem aber: dann wäre es nie zu jeder entsetzlichen Erscheinung gekommen, die einen englischen Offizier, Oberst Repington, zu der verächtlichen Äußerung veranlaßte: »Von den Deutschen ist jeder dritte Mann ein Verräter«²⁸⁰.

Su obsesión era demostrar que la guerra del 14 no se habría perdido con él al frente (Mann, 1990: 39-40), y, como Chaves acababa de constatar, los parroquianos del

²⁸⁰ “[...] porque si el frente realmente hubiera fallado como tal, y si ese desastre hubiera causado el derrumbe de la patria, el pueblo alemán habría recibido la derrota de manera muy diferente. [...] Entonces no se habría reído y bailado, nadie se habría jactado de la libertad y glorificado la derrota, nadie se habría burlado de las tropas combatientes ni arrastrado su bandera y escarapela por el barro; pero sobre todo: jamás se habría dado aquella lamentable situación que propició que un oficial inglés, el coronel Repington, hiciera el siguiente comentario despectivo: «Uno de cada tres alemanes es un traidor»”.

Gasthof lo aclamarían y apoyarían “a todo evento” en su intento de llevar a cabo esa demostración por medio de una nueva guerra. A este tema le dedicaría Chaves su siguiente crónica.

4.2. Análisis de la crónica “Antes de tres años otra vez la guerra”

Endlich ein Gott. Da wird den friedlichen oft
nicht mehr ergriffen, ergreift uns plötzlich der Schlacht-Gott,
schleudert den Brand: und über dem Herzen voll Heimat
schreit, den er donnernd bewohnt, sein rötlicher Himmel²⁸¹.
R. M. RILKE, *Fünf Gesänge* (1914)

Al igual que la crónica anterior, ésta forma parte de ese primer grupo que toca en alguna medida el tema de la intención de Alemania de ir de nuevo a la guerra (ver apdo. 3.4). Y, como su llamativo título deja adivinar –“Antes de tres años otra vez la guerra”–, es la que lo hace de forma más explícita y extensa. Comienza la crónica Chaves con una variación de un recurso que, como ya hemos visto, es muy común en sus crónicas, la pregunta retórica: “¿Que por qué este juicio temerario de que Alemania hará la guerra? ¿Que por qué va a surgir la guerra antes de tres años?” (Chaves Nogales, 1933b). Establece, en este caso, el periodista un diálogo en ausencia con el hipotético lector, con la particularidad de que las dos preguntas son en realidad respuestas a preguntas elípticas que su ficticio interlocutor le habría planteado previamente. Como señala Lausberg (1967: 148), la elipsis puede utilizarse “con una *voluntas* especial”, como por ejemplo, “para jugar con la inteligencia del público”. Por otra parte, Llera (2004: 40) señala que “muy a menudo se dan usos literarios, *poéticos*, de textos que se insertan en los periódicos, y que por tanto son literatura en sentido estricto, sin dejar de funcionar también como periodismo”. Este sería el caso de algunas secuencias insertas en las crónicas de Chaves, que, si bien tienen un claro carácter periodístico, no dejan de albergar elementos propios de la literatura, como este diálogo ficticio con elementos elípticos que acabamos de ver. Asimismo, Llera añade que “Albert Chillón ha hablado de *ficción tácita* para géneros de tenor testimonial como la crónica o el reportaje, «propia de los enunciados de vocación *veredicente*, en los que la “dosis” de ficción estaría reducida al mínimo» [...]” (40). En este sentido, el propio Chillón (2014: 41) reflexiona acerca de cómo a menudo “lo verificable se revela insuficiente para alcanzar lo verdadero”, ya que “la anhelada verdad tiende a alejarse cuanto más la buscamos”. Y, en cuanto a la tradicional dicotomía entre “ficción” y “no ficción”, defiende que “lo que existe, de hecho, son dicciones que conjugan de variadas formas la ficción y la facción, lo ficticio y lo facticio” (44). En esa línea cabe enmarcar las impresiones y los diálogos ficticios de Chaves, que no por ser tales dejan de referirse a hechos “verificables” – aquellos que se basan “en pruebas susceptibles de ser empíricamente contrastables o lógicamente inferibles, cuando no en indiscutibles evidencias”–, por utilizar la terminología de Chillón (2014: 68).

²⁸¹ “Por fin un dios. Puesto que hemos dejado de abrazar al de la paz, nos abraza de repente el dios de las batallas, lanza el incendio, y, sobre el corazón lleno de patria, brama el cielo rojizo que atronador habita”.

Por otra parte, como vimos en el apartado 2.3, Pérez Álvarez (2013a) apunta en su estudio comparativo entre la obra de Chaves Nogales y el *New Journalism* norteamericano el uso en aquélla de “registros propios de la ficción”²⁸². Pero, volviendo a las preguntas en cuestión con las que Chaves responde a un hipotético lector que se muestra escéptico hacia el título de su crónica –“Antes de tres años otra vez la guerra”–, el periodista las utiliza para dejar constancia de que es consciente de lo chocante de su afirmación que puede enfrentarse al escepticismo de algunos lectores.

Prevenido contra ese escepticismo, el periodista decide dar un paso atrás y, en lugar de enfrentar su opinión directamente con los posibles prejuicios del lector acerca de ese asunto, le advierte de que no hace otra cosa que llamar su atención sobre cierto “estado de conciencia” existente en Europa:

Como no tiene ningún valor el hecho de que un periodista crea que va a producirse una guerra ni tiene importancia alguna el que este periodista se dedique a sensacionales profecías, no he considerado demasiado imprudente estampar estas impresionantes afirmaciones, que espero tengan la virtud de despertar la atención del público español hacia un estado de conciencia que indiscutiblemente existe hoy en toda Europa y cuya expresión gráfica, terminante, son estas dos terribles conclusiones: guerra; antes de tres años (Chaves Nogales, 1933b).

En primer lugar, le resta todo valor a su opinión acerca de asuntos geopolíticos (como el posible estallido de una guerra), así como a sus “sensacionales”²⁸³ profecías. Cree, o dice creer, que viniendo de un periodista, ni la una ni las otras tienen importancia. Por tanto, –asegura– considerando que nadie les va a dar credibilidad, utiliza ese altisonante anuncio para atraer la atención del lector. Quizá, cabe recordar aquí la idea que Chaves tenía acerca de su profesión, sobre la que ya habíamos hablado en el apartado 2.3. En el prospecto de su libro *La vuelta a Europa en avión*, el periodista criticaba al “articulista clásico que todas las mañanas ponía su paño al púlpito y discursaba a su albedrío” sin tener conocimientos específicos del asunto de su discurso, y aseguraba que la atención del lector sólo debía reclamarse para “contarle algo, informarle de algo”, que es, según él, lo único “que puede uno proponerse si no quiere sentar plaza de mixtificador” (1929: 18-19). Es dentro de esa modesta²⁸⁴ idea del periodismo donde cobra sentido esta estrategia discursiva de Chaves. El periodista presupone a sus lectores acostumbrados a las homilías estériles de algunos de sus colegas y entiende que una opinión expresada en términos tan tajantes como los que él utilizaba en el titular de esta crónica no podía ser tomada en serio por nadie. Presupuesto esto, nos dice que no ha considerado imprudente utilizar ese reclamo altisonante para atraer la atención del lector hacia el que dice que es el “estado de conciencia” imperante en Europa, que se puede resumir en dos “terribles” conclusiones:

²⁸² En el artículo “Manuel Chaves Nogales, periodista”, Pérez Álvarez (2013b: 141) vuelve a enumerar las similitudes del estilo de Chaves con el *New Journalism* norteamericano y comenta su manera de hacer periodismo.

²⁸³ Aquí “sensacionales” tiene, sin duda, el sentido de *sensacionalistas*.

²⁸⁴ De nuevo vemos implícito aquí el concepto clásico de *límite*, afín al de la *medida de lo humano*, presente en la idea que el periodista tiene de su oficio, que pretende ejercer con modestia socrática.

habrá guerra –expresado mediante la elisión del verbo, tan sólo haciendo uso del término “guerra”–, y ésta tendrá lugar en menos de tres años –de nuevo con una elipsis, que reduce la expresión a un escueto “antes de tres años”.

Sin embargo, parece claro que, independientemente de la intención con la que Chaves escogiera el titular de la crónica, lo cierto es que su contenido coincidía exactamente con su opinión, o, al menos, le resultaba perfectamente verosímil a juzgar por lo que ya hemos podido ver en el apartado 4.1. De hecho, a continuación, el periodista intenta transmitirles ese “estado de conciencia” europeo a sus conciudadanos españoles, quienes, según el periodista –que se incluye a sí mismo en el conjunto mediante el uso del pronombre *nosotros* para amortiguar la crítica–, tradicionalmente suelen mostrar desinterés por los asuntos internacionales²⁸⁵:

Ocurrirá así o no ocurrirá; pero en la órbita de las preocupaciones mundiales están presentes, con dolorosa presencia, estas afirmaciones que a nosotros –desde nuestro limbo nacional– se nos antojan perfectamente gratuitas. Ya sé que para admitir esta hipótesis catastrófica, el ciudadano de la República española, al que sólo llegan los ecos del Mundo envueltos en el algodón de los discursos pacifistas de Ginebra, tiene que someter a revisión sus ideas fundamentales sobre muchas cosas. Pero tal es la única finalidad de estas impresiones de viaje (Chaves Nogales, 1933b).

Tanto da si ocurre o no –nos viene a decir–: ése no es asunto de un cronista. La finalidad de sus crónicas (“estas impresiones de viaje”) es hacer que los españoles sometan “a revisión” sus ideas sobre la nueva realidad política alemana –es decir, clarificar su visión sobre ésta, desmitificarla–, o lo que se dice de ésta más allá de “nuestro limbo nacional”, sin la envoltura de “algodón”²⁸⁶ que le atribuye a los discursos que llegan a la prensa española desde la Sociedad de Naciones²⁸⁷, a la que el periodista hace alusión por medio de la metonimia, refiriéndose a la ciudad en la que se encuentra su sede, Ginebra. Por lo demás, la función que se atribuye el periodista es la de retirar el velo de los ojos del lector –“someter a revisión sus ideas fundamentales”– y mostrarle la realidad tal y como él la está percibiendo en el lugar mismo de los hechos. Se manifiesta aquí la preocupación de Chaves por la representación del mundo que se

²⁸⁵ El propio Chaves Nogales, en su reportaje “La vuelta a Europa en avión”, se refería a los españoles en estos términos: “[...] tan aislados, tan encerrados dentro de nuestro casticismo”; y proponía que se celebrasen corridas de toros para “sostener en Ginebra a un pequeño núcleo de españoles que se enterasen de lo que pasa por el mundo” (1929: 62).

²⁸⁶ Utiliza el periodista aquí una imagen metafórica de gran plasticidad. Y, más adelante, añade la metáfora “ecos del Mundo”, que se refiere a las noticias internacionales que llegan a España, añadiéndoles un matiz de lejanía. Encaja bien este ejemplo dentro de la reflexión de Chillón (2014: 45) acerca de la metáfora: “Tropo entre los tropos, la metáfora hace posible la decisiva translación mediante la que los sucesos brutos son convertidos en imágenes, palabras y conceptos, esto es, en alusiones virtuales de muy distinta índole ontológica a la que poseen en origen”.

²⁸⁷ También en “La vuelta a Europa en avión” hablaba Chaves de la Sociedad de Naciones y sus buenas intenciones: “La subsistencia de este grupo de gentes de buena fe, con un fervoroso sentido internacional en el cogollo de estos feroces nacionalismos del centro de Europa, bien vale lo poco que cuesta aunque ese gasto no evite el otro, el de los acorazados” (1929: 62). No obstante, era menos crítico entonces con las noticias que salían de Ginebra: “La fuerza de la Sociedad de Naciones radica en la legión de periodistas de todo el mundo que vienen a Ginebra para servir a sus países de centinelas en las avanzadas de la política internacional” (63).

hacían sus conciudadanos y por la consecuente formación de su opinión política, presente en toda su obra, como vimos en el apartado 3.1.1, ilustrada en los casos de los magnicidas Pável Gorgulof y Ramón Casanellas, a los que presenta bien como “delirantes” (2013: 940), bien como ignorantes (1118). Como veremos con más detenimiento en el apartado 4.10, esta idea tiene relación con el concepto de *banalidad del mal*, que Hannah Arendt acuñaría en 1963.

4.2.1. Punto de partida

En su afán por influir en esa representación de la realidad que pudieran tener los lectores más escépticos ante su argumentación, mantiene el periodista su estrategia de repliegue: se guarda de expresar su opinión directamente, como sí hacía en la crónica anterior, y, con un mecanismo semejante al de la ironía, se sirve del discurso nazi, ante el que el hipotético lector germanófilo no ha levantado ninguna defensa, para persuadirlo acerca de las intenciones de Hitler. Al igual que Larra, a quien Chaves reconoce como uno de sus maestros (como vimos en el apartado 2.3), “se esfuerza por depurar su estilo de toda clase de fórmulas dogmáticas y así aproximarle al tono conversacional”, como señala Lorenzo-Rivero (1997: 146) sobre el malogrado periodista madrileño, quien para ganarse la confianza y atención del público se colocaba “en un plano de igualdad, evitando el tono impasible de absoluto poseedor de la verdad” (Lorenzo-Rivero, 1977: 146). Chaves actúa aquí de forma análoga. Probablemente también con esa intención, utiliza el recurso del lector implícito representado: concretamente, se dirige explícitamente al lector potencialmente menos proclive a creerle²⁸⁸, utilizando el pronombre personal *usted* acompañado de la aposición “lector germanófilo”:

Para usted, lector germanófilo –porque el solo hecho de plantear estos problemas es volver a dividir a España en aliadófilos y germanófilos–, esta afirmación de que Alemania va a desencadenar una nueva guerra es una infamia inventada contra el pueblo alemán por sus enemigos (Chaves Nogales, 1933b).

En efecto, planteada una situación prebélica entre Francia y Alemania, era verosímil el avivamiento de la polarización generada en España quince años atrás. Y es que, como señala Carr (1983: 118), aunque España no tomó partido en la Primera Guerra Mundial por ninguno de los dos bloques en liza, la sociedad española se vio fuertemente dividida entre los simpatizantes de la Triple Entente –compuesta por Francia, Rusia y Gran Bretaña– y los de la Triple Alianza –de la que formaban parte Alemania, Austria-Hungría e Italia–: “[...] los conservadores, los oficiales del ejército y la derecha en general apoyaban a Alemania y a la «autoridad» frente a la

²⁸⁸ Lo cual no implica de ningún modo que se dirija exclusivamente a ese tipo de lector.

«decadencia»²⁸⁹; la izquierda, particularmente los intelectuales, apoyaban a la «civilización» contra la «barbarie» alemana”. Tanto los partidos políticos como la prensa interpretaron el conflicto en clave de política nacional y polarizaron la opinión pública, como explican Fuentes y Fernández (1998: 193), quienes dan cuenta de las “generosas subvenciones” que recibió la prensa española de los dos bandos contendientes, “interesados en influir en la opinión pública española” (194). De esas “subvenciones” se beneficiaron “casi todas las publicaciones españolas de todas las tendencias”, agrupadas en dos polos opuestos:

[...] los principales diarios liberales –*Heraldo*, *El País* y *El Liberal*– defendían con ahínco la causa aliada, en tanto que los más reaccionarios, como *ABC*, *La Correspondencia Militar*, *El Debate* y la prensa católica y maurista, en general, se alineaban con las potencias centrales, aunque con distinto talante y énfasis (94).

Por otra parte, ya hemos hablado en los apartados 3.1.2 y 3.1.3 acerca del papel de avanzadilla que representaban para la derecha española los regímenes italiano y alemán, espejos en los que los más reaccionarios se miraban buscando caminos para derrocar la democracia liberal en España. No obstante, dado el perfil medio del lector de *Ahora*, perteneciente a la clase media (ver apdo. 2.4), el lector al que Chaves intenta persuadir de forma tan explícita es presumiblemente un conservador moderado apegado a la idea de *orden*. En cualquier caso, Chaves tiene presente su probable escepticismo ante una información que contravendría sus convicciones. Prevé que para ese arquetípico lector germanófilo su afirmación de que “Alemania va a desencadenar una nueva guerra” sería percibida como una “infamia” fabricada por sus enemigos. Para diluir ese escepticismo, a continuación, Chaves, con mucha sutileza, dice entender el origen de la confusión de dicho lector, mientras que, a la vez, hace una dura crítica del régimen nazi:

Por muy germanófilo que un español sea, nunca se identificará tan absolutamente con el pensamiento germano que pueda aceptar ciertos postulados que hoy son moneda corriente en Alemania, y que a un latino, por grande que sea su simpatía hacia el pueblo alemán, tienen que parecerle hasta tal extremo monstruosos que los atribuye no a Alemania misma, sino a la mala voluntad de sus enemigos, que los interpretan torcidamente (Chaves Nogales, 1933b).

En primer lugar, cabe recordar que la incompatibilidad del latino con las ideas nazis que da Chaves aquí por sentada, ya la había prefigurado el periodista en 1929, tras

²⁸⁹ El 18 de diciembre de 1915, un grupo de intelectuales germanófilos españoles publicaba un manifiesto, escrito por Jacinto Benavente, de apoyo a Alemania en el periódico maurista *La Tribuna* que representa una buena síntesis del pensamiento germanófilo en España. El texto, según Fuentes Codera (2014: 100), “concedía un amplio espacio a responder las críticas de retrógrados, militaristas y reaccionarios que estos acostumbraban a recibir. Rechazaba de manera tajante que la guerra fuese un enfrentamiento de la libertad y la democracia, representadas por los aliados, contra la barbarie y el oscurantismo que encarnaba Alemania. Desde su punto de vista, el imperio de Guillermo II era una lección de socialismo de Estado, orden, organización y fortaleza, y debía ser un modelo para España. Por ello, estos intelectuales, que se autoconcebían como «la representación de toda la España que piensa, trabaja y estudia» frente a «un grupo de bullidores, muchos de ellos profesionales del bombo mutuo en Madrid» que no entendía que Inglaterra había sido la causa principal de todos los males de la nación, se planteaban romper con el monopolio aliadófilo de la cultura española”.

su primer viaje a Alemania (como vimos en el apartado 2.3), cuando distinguía entre el alemán castizo y el alemán viajero:

El tipo de alemán cerrado, auténtico, podríamos decir castizo, es el bárbaro por antonomasia. Es el tipo que engendró la guerra; el alemán que no creía más que en Alemania y que no conocía más. Por el contrario, el alemán viajero, el que desata este magnífico espíritu aventurero de los germanos se lanza por el mundo y se contrasta, llega a dar un tipo de tan fina sensibilidad como un latino. ¿Qué es la latinidad sino un mar abierto siempre ante el espíritu? (Chaves Nogales, 1929: 102).

Por otra parte, volviendo a la crónica, podríamos inferir del enunciado anterior, aparentemente empático con los germanófilos, el siguiente silogismo: por muy germanófilo que un español pueda ser, nunca se identificará tan absolutamente con el pensamiento germano como para aceptar “ciertos postulados que hoy son moneda corriente en Alemania”; por tanto, (y en consonancia con lo que decía en 1929) “a un latino, por grande que sea su simpatía hacia el pueblo alemán, tienen que parecerle hasta tal extremo monstruosos que los atribuye no a Alemania misma, sino a la mala voluntad de sus enemigos, que los interpretan torcidamente”. En conclusión, el español germanófilo, consecuentemente, tras leer esta crónica tan sólo puede optar entre aceptar la evidencia que le presenta el cronista, o militar, ya de forma consciente y sin excusas, entre los bárbaros (por utilizar el mismo término que usara Chaves en 1929). Se propone así Chaves poner al germanófilo ante el espejo y, mediante un juego de luces y sombras, obligarlo a cambiar su postura o a dejar de negar la evidencia. Y ese espejo no es ni más ni menos que el resto de la crónica, como veremos a continuación. En esa línea, el periodista añade:

Piénsese, pues, que cuando se dice que Alemania quiere la guerra, no es esto una imputación injuriosa que se le hace, sino el reconocimiento de una aspiración nacional que ha llevado al Poder al partido político que más garantías ha dado al pueblo alemán de satisfacerla (Chaves Nogales, 1933b).

Formula aquí Chaves dos apreciaciones importantes: era un hecho que la guerra era una “aspiración nacional” de los alemanes; los cuales, por otra parte, no sólo no eran sujetos pasivos ante el abrumador ascenso del nazismo, sino que, según el periodista, eran los causantes de la llegada al poder de dicho partido, en tanto que, como asegura Chaves con ironía, era el que “más garantías ha dado al pueblo alemán” de que lo llevaría a la guerra, que era a lo que ellos aspiraban. Muchos años después, Hannah Arendt (1963: 36) hablaría de la existencia en el pueblo alemán “de una casi omnipresente complicidad que desbordaba los límites del Partido Nacionalsocialista”. Y fue así desde la llegada de Hitler al poder, como constata Chaves, hasta las mismas puertas del desastre al que aquél condujo a Alemania, según Arendt:

[...] la abrumadora mayoría del pueblo alemán creía en Hitler, incluso después del ataque a Rusia y del establecimiento de los tan temidos dos frentes, incluso después de que EEUU entrara en la guerra, incluso después de Stalingrado, de la desafección de Italia y de los desembarcos aliados en Francia. Contra esta cíclopea mayoría se alzaban unos cuantos individuos aislados que eran plenamente conscientes de la catástrofe nacional y moral a que el país se dirigía (146).

Por otra parte, también Arendt (1948: 44 n. 1) hace notar que los alemanes fueron hasta el último momento plenamente conscientes de lo que estaba pasando en Alemania y concluye: “Es completamente obvio que el apoyo de las masas al totalitarismo no procede ni de la ignorancia ni del lavado de cerebro”. Esto está en consonancia con la responsabilidad por la llegada de los nazis al poder que Chaves le atribuye al pueblo alemán, que deseaba una nueva guerra, idea en la que insiste a continuación:

Si Adolfo Hitler está gobernando hoy en Alemania, es porque lleva doce años predicando la guerra²⁹⁰. Su triunfo lo debe más que nada a haberse colocado abiertamente contra los pacifistas. “¡Exterminemos a los pacifistas!” Este es su grito de combate. Si los “nazis” se dedican hoy al deporte de cazar como a ratas a los judíos y a los socialistas es esencialmente porque los judíos y los socialistas son pacifista[s]. Esta palabra de “pacifista” es el mayor insulto que se puede dirigir en estos días a un ciudadano alemán. Yo quisiera que el que lo dudase pudiese hacer la prueba en una calle de Berlín (Chaves Nogales, 1933b).

Sobre esa obsesión de Hitler con una nueva guerra y la persecución a los pacifistas, habla también Golo Mann (1990: 30):

Dentro del país se trataba de que la nación se fuera preparando para *su* guerra [la de Hitler]: no quedaba lugar para quienes se atrevieran a criticar su política, para los pacifistas, los demócratas, los judíos. Todos merecían, si no la horca, desde luego el campo de concentración [...]. En 1933 todo eso ya era un hecho.

Asimismo, como prueba del acierto de la observación de Chaves acerca de la actitud de los nazis hacia los “pacifistas”, Christopher Isherwood, que vivía en Berlín en esa época, relata lo siguiente en su obra autobiográfica *Goodbye to Berlin*:

This morning, as I was walking down the Bülowstrasse, the Nazis were raiding the house of a small liberal pacifist publisher. They had brought a lorry and were piling it with the publisher's books. The driver of the lorry mockingly read out the titles of the books to the crowd: ‘*Nie Wieder Krieg!*’ [¡*No más guerra!*] he shouted, holding up one of them by the corner of the cover, disgustedly, as though it were a nasty kind of reptile. Everybody roared with laughter. “‘No More War!’” echoed a fat, well-dressed woman, with a scornful, savage laugh. ‘What and idea!’ (Isherwood, 1939: 249).

En cuanto a la conversión del término *pacifista* (*Pazifist, pazifistisch*) en el peor de los insultos, parece en concordancia con la metamorfosis léxica y sociolingüística que sufrieron tantos otros términos durante el Tercer Reich, como explica el filólogo Victor Klemperer. Así ocurrió, por ejemplo, con el término *fanático* (*Fanatiker, fanatisch*), que sufrió un proceso inverso al de pacifista, y, según Klemperer (1975: 93), pasó de tener un inequívoco valor negativo a convertirse en un elogio que no sólo era recurrente en el discurso nacionalsocialista sino que se filtró a toda la sociedad:

[...] como el nacionalsocialismo se basaba en el fanatismo y practicaba la educación para el fanatismo por todos los medios disponibles, “fanático” fue durante la era del Tercer Reich un adjetivo que manifestaba reconocimiento en términos superlativos. Significaba la exacerbación de conceptos tales como “valiente”, “entregado”, “constante”, o, para ser más preciso, una concentración gloriosa de todas estas virtudes, y hasta el más mínimo matiz peyorativo desapareció del uso habitual de esta palabra por parte de la LTI [Lengua del Tercer Reich].

²⁹⁰ Hacía doce años desde que Hitler, en 1921, se había convertido en el líder del NSDAP.

Asimismo, Sebastian Haffner (1939: 90) recuerda cómo ya a finales de los años veinte surgían a su alrededor términos del “alemán pardo”, es decir, nazi, como “fanático”, “compatriota”, “terruño”, “ajeno a la raza” o “ser inferior”; que él consideraba “una jerga detestable, en la que cada vocablo entrañaba todo un mundo de estupidez brutal”. Valgan estos ejemplos para entender el caso del término *pacifista* al que se refiere Chaves Nogales, que forma parte del instrumento que Klemperer define como la *Lengua del Tercer Reich*, un “veneno que absorbes inconscientemente y que surte su efecto” (Klemperer, 1975: 94), un instrumento que facilitó la condena de la virtud y el enaltecimiento del oprobio bajo el nacionalsocialismo: [...] una mentalidad próxima tanto a la enfermedad como al crimen fue considerada durante años como la virtud suprema” (95). En este sentido, Hannah Arendt (1963: 127), en referencia al lenguaje en clave que utilizaban los nazis para referirse al exterminio de los judíos, explica que el efecto último de esa jerga “no era el de conseguir que quienes lo empleaban ignorasen lo que en realidad estaban haciendo, sino impedir que lo equiparasen al viejo y normal concepto de asesinato y falsedad”.

Por otra parte, el odio al pacifismo lo había cultivado la derecha nacionalista alemana desde la Primera Guerra Mundial, incluso antes de la fundación del NSDAP, incapaz de reconocer la inevitable derrota de Alemania²⁹¹, como explica Tampke (2019: 172):

Semanas antes del hundimiento, el público creía que la patria estaba al borde de la victoria. Si ningún soldado extranjero había puesto el pie en suelo alemán, entonces Ebert, dirigente del SPD y, poco después, presidente del Reich, podía dar la bienvenida a las tropas, asegurándoles con orgullo que “ningún enemigo os ha derrotado”. Con la derecha política recuperándose del súbito impacto de la derrota, y con el héroe de guerra Ludendorff (que había huido en noviembre a Suecia con peluca y gafas oscuras) y sus compañeros del antiguo OHL contando la historia del bravo soldado alemán, invicto en el campo de batalla pero apuñalado por la espalda por los izquierdistas chapuceros y los judíos (mucho antes de que nadie oyese hablar de Hitler), podía evitarse que resurgieran los debates sobre la verdadera naturaleza del fin de la guerra.

Y es que, para entender a qué se referían los nazis cuando hablaban de *pacifistas*, hay que comprender, aunque sea someramente, los convulsos acontecimientos que tuvieron lugar en Alemania entre 1918 y 1919, que fueron determinantes para las condiciones de la rendición alemana. En este sentido, Abellán (1997: 126) explica:

Cuando la opinión pública conoció la realidad de la marcha de los acontecimientos en el frente, acusó a los dirigentes políticos y militares de haber engañado a la sociedad alemana y de haber forjado falsas esperanzas para que aceptara enormes sufrimientos, sin ningún provecho final. Como culpable de la catástrofe aparecía el régimen imperial en su conjunto, y, por ello, se demandaba una nueva forma de Estado: la República.

²⁹¹ Aunque es cierto que, incluso los Aliados consideraban en 1918 que, aunque el ejército alemán había sido vencido en el campo de batalla, difícilmente se podría haber invadido completamente Alemania, pues ésta mantenía suficiente estructura bélica para oponer resistencia a una invasión. Además, “los expertos militares advirtieron que encontrarían una población hosca, tal vez huelgas, incluso tiros. Era muy improbable que los Aliados consiguieran llegar a Berlín”, según comenta MacMillan (2001: 209).

El 9 de noviembre de 1918, el socialdemócrata Philipp Scheidemann proclamaba el advenimiento de una república parlamentaria desde el balcón del Reichstag mientras que el espartaquista Karl Liebknecht proclamaba una república socialista desde el Palacio Imperial. Tras la abdicación del káiser y la renuncia del canciller, el socialdemócrata Friedrich Ebert se hizo cargo del gobierno apoyado por los Consejos de Obreros y Soldados, agrupaciones que habían surgido de forma más o menos espontánea por toda Alemania. Según Abellán, “el gobierno de Friedrich Ebert, opuesto a la revolución política y social [de los espartaquistas], encontró los apoyos suficientes para contener el movimiento revolucionario que protagonizaba la extrema izquierda” (127). Tras asegurarse Ebert el apoyo del ejército, el 11 de noviembre de 1918 Alemania firmaba el armisticio. El káiser se había marchado y la guerra había acabado. Tras un proceso constituyente aprobado por los Consejos, el 6 de febrero de 1919 comenzaron en Weimar las sesiones de la Asamblea Constituyente para redactar una nueva constitución, que sería promulgada el 14 de agosto. Entre tanto, el 28 de junio, Alemania firmaba el Tratado de Versalles. Como hemos visto en el apartado 4.1, los nacionalistas consideraron todo el proceso de negociaciones como una puñalada por la espalda (*ein hinterhältiger Dolchstoß*) al ejército y al pueblo alemán. Abellán describe así el efecto que la rendición tuvo en la conciencia de la mayoría de los alemanes:

Lo que quedó en la mente de los alemanes fue que en los bosques de Compiègne [donde se firmó el armisticio] no estuvo presente ningún oficial; el armisticio fue firmado por civiles, por un político del partido *Zentrum*, que había recibido sus poderes de un consejo de comisarios del pueblo, es decir, de un órgano que había surgido de la revolución. Derrota y revolución se presentaban, por lo tanto, unidas en la conciencia de los alemanes²⁹² (129).

Como señala García Pelayo (1964: 49) con acierto, “esta manera de ver las cosas tenía la virtud mítica de ser un eco de la leyenda de Sigfrido”, símbolo de “valentía, heroísmo, lealtad, carencia de malicia”, según Sala Rose (2003: 348), que, víctima de una conspiración, es asesinado a traición por la espalda en el *Cantar de los Nibelungos*. Sala Rose (2003: 350) cita unas palabras del testamento político del mariscal von Hindenburg donde éste explicita esa analogía: “Igual que Sigfrido bajo el traicionero golpe de lanza del malvado Hagen, cayó nuestro fatigado frente”.

²⁹² Algo semejante declara Haffner (1939: 30): “El estallido bélico, a pesar de las terribles secuelas, estuvo asociado para la mayoría a unos días inolvidables de máxima exaltación y vida intensa, mientras que la Revolución de 1918, que fue en definitiva la que trajo la paz y la libertad, en realidad dejó recuerdos sombríos a casi todos los alemanes. Este contraste tuvo un efecto funesto sobre toda la historia alemana que estaba aún por llegar. Tan sólo la circunstancia de que la guerra hubiese estallado cuando hacía un tiempo de verano magnífico y la revolución surgiera bajo la niebla fría y húmeda de noviembre fue un duro hándicap para esta última. Probablemente esto sonará ridículo, pero es cierto”.



Fotogramas de la secuencia del asesinato de Sigfrido en la versión cinematográfica de la primera parte del *Cantar de los Nibelungos* (*Nibelungenlied*) dirigida por Fritz Lang, *Die Nibelungen: Siegfried* (1924).

Por otra parte, según Tampke, en los años siguientes los dirigentes de la República de Weimar contribuyeron a preparar el terreno que luego los nazis cultivarían con tanto éxito para justificar la guerra y condenar el pacifismo:

Se podía utilizar (y se hizo) a historiadores “expertos” para que escribiesen libros –cuarenta en total– que desmontaban los motivos de la guerra. Se podía crear (y se hizo) un departamento gubernamental que difundiese el mensaje de que la guerra no había sido culpa de Alemania, y se podía hacer circular (y se hizo) una propaganda incalculable de esa falsa premisa. Por lo tanto, si se podía demostrar que el Imperio alemán no había provocado la guerra, entonces no solo las cláusulas sobre las indemnizaciones, sino el Tratado de Versalles al completo, se basaba en falsedades, era un ataque de los aliados, y no tenía efectos legales. Se podía culpar al artículo 231²⁹³ (y se hizo) por todas y cada una de las desgracias que se abatieron sobre la República –por las dificultades económicas, como la inflación, los altos precios, los bajos salarios y el desempleo, y por la inestabilidad política permanente– y, sobre todo, por su ignominioso final en enero de 1933 (2019: 172-173).

Así, pues, con el terreno ya preparado, Hitler sacó un formidable rendimiento político al odio cultivado durante años hacia los responsables de la rendición alemana y de la firma del Tratado de Versalles, en definitiva, a lo que los nazis denominaban *pacifistas*. Así, en *Mein Kampf*, Hitler –quien, inaccesible al pecado, asegura que todos los intentos de convertirlo en pacifista cuando era niño fueron en vano²⁹⁴– hace numerosas alusiones a lo que él denomina *pacifistas*, y en todas ellas le da al término un sentido peyorativo. Muestra una animadversión obsesiva, en concreto, contra los *pacifistas* alemanes. Su odio se sustenta en una primera premisa: el ario, como *portador de progreso humano*²⁹⁵ (1926: 391), debe imponerse mediante la guerra para que haya una verdadera paz: “[...] ein Friede, gestützt nicht durch die Palmwedel tränenreicher pazifistischer Klageweiber, sondern begründet durch das siegreiche Schwert eines die

²⁹³ En el artículo 231 del Tratado de Versalles Alemania aceptaba la responsabilidad por los daños causados a los aliados a causa de “la agresión de Alemania y sus aliados”. En Alemania ese artículo se conoció como el “párrafo de la vergüenza” (Tampke, 2019: 173) y se convirtió en uno de los principales fetiches de la propaganda nacionalista.

²⁹⁴ “Ich war eben schon als Junge kein »Pazifist« und alle erzieherischen Versuche in dieser Richtung wurden zu Nieten” (1926: 445) [“Incluso de niño yo no era «pacifista», y todos los intentos formativos en esa dirección fueron en vano”].

²⁹⁵ Para Hitler el ario era “der Prometheus der Menschheit, aus dessen lichter Stirne der göttliche Funke des Genies zu allen Zeiten hervorsprang”(1926: 755) [“el Prometeo de la humanidad, de cuya luminosa frente saltó la divina chispa del genio en todas las épocas”].

Welt in den Dienst einer höheren Kultur nehmenden Herrenvolkes”²⁹⁶ (1015). La contradicción de los pacifistas, argumentaba, consistía en rechazar la guerra mientras se aprovechaban de sus frutos, pues “der erste Pflug einst »Schwert« hieß!” [“el primer arado una vez se llamó «espada»”] (403). Y añadía: “Hätten unsere Vorfahren einst ihre Entscheidungen von dem gleichen pazifistischen Unsinn abhängig gemacht wie die heutige Gegenwart, dann würden wir überhaupt nur ein Drittel unseres jetzigen Bodens zu eigen besitzen”²⁹⁷ (399). Asimismo, aseguraba que el pacifismo –una suerte de conspiración entre intelectuales, judíos y masones– había contaminado a la burguesía alemana antes de la Primera Guerra Mundial por medio de la “gran prensa”²⁹⁸. Según esa delirante argumentación –a menudo indisimuladamente contradictoria, como señala Kellerhoff (2016: 36)–, esa prensa alemana, supuestamente en manos judías, habría envenenado las mentes de los alemanes en el peor momento posible, cuando sus enemigos confabulaban contra la nación alemana²⁹⁹. Asimismo, el estado “pacifista-demócrata”, combinación, para Hitler, tan inseparable como perniciosa, habría corrompido a los jóvenes mediante el sistema educativo, dejándolos indefensos ante el enemigo:

[...] der Staat selber durch die pazifistisch-demokratische Art seiner Erziehung Millionen und Millionen junger Leute konsequent ihrer natürlichen Instinkte beraubt, ihr logisches vaterländisches Denken vergiftet und sie so allmählich zu einer jeglicher Willkür gegenüber geduldigen Hammelherde verwandelt³⁰⁰ (1363).

Los adjetivos *pacifista*, *demócrata*, *liberal*, *marxista* y *judío* parecen perfectamente intercambiables para el líder nazi, que forma con ellos las combinaciones que más le convienen a su discurso en cada momento. Así, por ejemplo, asegura que quienes ostentaban el poder en Alemania al final de la Primera Guerra Mundial traicionaron “in demokratisch-marxistischer Verblendung” [“en delirio democrático-marxista”] los intereses del pueblo alemán (1577). Por su parte, otro de los más

²⁹⁶ En cursiva en el original: “[...] una paz, no apoyada por las hojas de palma de los llorosos pacifistas, sino fundada en la espada victoriosa de una raza maestra que ponga al mundo al servicio de una civilización superior”.

²⁹⁷ “Si nuestros antepasados hubieran hecho que sus decisiones dependieran del mismo sinsentido pacifista de hoy en día, sólo seríamos dueños de un tercio de nuestra tierra actual”.

²⁹⁸ “Was die Freimaurerei in den Kreisen der sogenannten Intelligenz an allgemein pazifistischer Lähmung des nationalen Selbsterhaltungstriebes einleitet, wird durch die Tätigkeit der großen, heute immer jüdischen Presse der breiteren Masse, vor allem aber dem Bürgertum, vermittelt” [“Lo que la masonería introduce en los círculos de la llamada intelectualidad en medio de la parálisis pacifista general del instinto nacional de auto conservación, se transmite a las grandes masas, y sobre todo a la burguesía, a través de la actividad de la gran prensa, hoy siempre en manos judías”] (837).

²⁹⁹ “Welche Kost aber hat die deutsche Presse der Vorkriegszeit den Menschen vorgesetzt? War dies denn nicht das ärgste Gift, das man sich nur vorzustellen vermag? Wurde hier nicht schlimmster Pazifismus in das Herz unseres Volkes zu einer Zeit eingepfht, da die andere Welt sich schon an schickte, Deutschland langsam aber sicher abzudrosseln?” [“Pero, ¿qué tipo de alimento sirvió la prensa alemana del período anterior a la guerra a los hombres? ¿No era este el peor veneno imaginable? ¿No se estaba inoculando el peor pacifismo en el corazón de nuestro pueblo en un momento en que el otro mundo, lento pero seguro, se estaba preparando para frenar a Alemania?”] (643).

³⁰⁰ “El propio Estado, por la naturaleza democrática pacifista de su educación, robó constantemente a millones y millones de jóvenes sus instintos naturales, envenenó su pensamiento patriótico lógico y los transformó gradualmente en un arbitrario rebaño de ovejas pacientes”.

importantes ideólogos del nacionalsocialismo, Alfred Rosenberg, en su obra más exitosa, *El mito del siglo XX*, había señalado a otro supuesto grupo de pacifistas traidores a la patria, la Iglesia Católica:

[...] cuando en asambleas pacifistas católicas se exigía rehusar el saludo al soldado alemán; cuando religiosos católicos osaron negar públicamente las acciones de los francotiradores belgas y culpar a los soldados alemanes del asesinato de sus camaradas, a fin de contar con un pretexto para la persecución de los belgas; cuando, completamente acorde con la propaganda francesa, el ejército nacional alemán fue acusado de la profanación de altares y hostias, cometida en iglesias belgas. Contra estas conscientes profanaciones de la alemanidad, del honor de sus defensores caídos y vivientes, no se ha alzado ningún obispo ni cardenal alguno; pero sí se produjo por parte de éstos un violento ataque tras otro contra el nacionalismo alemán (1930: 8).

Judíos, demócratas, masones, intelectuales, católicos, marxistas (internacionalistas)... Todos cabían bajo el infamante (por usar un término propio de Chaves) adjetivo *pacifista*, que, de acuerdo con el periodista sevillano, era el peor insulto que se podía lanzar en Alemania. Rosenberg era taxativo sobre el tema: “Alemania, si no quiere hundirse del todo, debe erradicar el movimiento pacifista” (39); y de nuevo hacía referencia a los judíos, a los que relaciona con Tersites, personaje de la *Ilíada*, “un traidor enemigo, oscuro y deforme, evidentemente la personificación de espías pro-asiáticos en el ejército griego”³⁰¹, y al que considera el “antecesor de nuestros pacifistas berlineses y de Frankfurt” (134). Y, en definitiva, acusa a toda esa suerte de *pacifistas* de haber traicionado al ejército alemán firmando el Tratado de Versalles (260). Por su parte, Gottfried Feder critica en el programa del NSDAP al resto de partidos nacionalistas por intentar gobernar con pacifistas, internacionalistas (marxistas) y judíos: “Mit Pazifisten, Internationalisten, Juden glauben sie zusammen regieren zu können” [“Creer poder gobernar con pacifistas, internacionalistas y judíos”] (1927: 19). En definitiva, esta animadversión nazi por los pacifistas, recuerda a lo que comentaba Francis Bacon (1597: 382) acerca de algunos fanáticos: “For to certain zealants all speech of pacification is odious. *Is it peace, Jehu? What hast thou to do with peace? Turn thee behind me*³⁰². Peace is not the matter, but following and party”.

Por otro lado, la mención explícita de Feder a pacifistas, internacionalistas y judíos confirma lo acertado del juicio de Chaves acerca de lo que ocurría en Alemania: “Si los «nazis» se dedican hoy al deporte de cazar como a ratas a los judíos y a los socialistas es esencialmente porque los judíos y los socialistas son pacifistas”. De dicha persecución ya hemos tratado en el apartado 3.1.3 y volveremos a abordarla en los

³⁰¹ Tersites en el Canto II de la *Ilíada* instiga a sus compañeros aqueos para que regresen a Grecia y abandonen la guerra. De él dice Homero: “Era el hombre más indigno llegado al pie de Troya: era patizambo y cojo de una pierna; tenía ambos hombros encorvados y contraídos sobre el pecho; y por arriba tenía cabeza picuda, y encima una rala pelusa floreaba” (*Il.* II, 216-219). Ulises acaba apaleándolo y humillándolo. Resulta muy revelador que Rosenberg lo asocie al judío alemán.

³⁰² Esta cita que refiere Bacon proviene de *La Biblia* (2 R 9: 18) y forma parte de la historia del asesinato de los reyes de Israel y Judá a manos de Jehú, jefe militar israelí que ambicionaba el trono de Israel, el cual le había sido prometido por el profeta Eliseo. Al ver acercarse a la ciudad de Jezrael a Jehú con su tropa, el rey Joram envía a un mensajero para que le pregunte a Jehú si viene en son de paz. La respuesta imperativa de Jehú es la que recoge Bacon.

apartados 4.9 y 4.10. Sin embargo, en esa última afirmación, el periodista sevillano al utilizar el símil del “deporte de cazar como a ratas” transmite la idea de la cotidianeidad y la naturalidad con la que se cometían atropellos contra judíos y disidentes políticos en Alemania. Hay en la expresión, desde luego, una banalización de esos atropellos, pero no la genera el periodista, sino que simplemente da cuenta de ella, como haría luego en *El maestro Juan Martínez que estaba allí* cuando habla de la cotidiana tarea de los verdugos de la Checa en Kiev durante la guerra civil rusa, y que, en definitiva, es un excelente ejemplo de la deshumanización de las víctimas que tantas veces se habría de dar a lo largo del siglo XX y de la que acaso Chaves fuese uno de los primeros en dar testimonio, que, por la brutalidad que contenía, debió resultar inverosímil a sus contemporáneos:

Se trataba sencillamente de liquidar a unos cuantos millares de indeseables de la manera más rápida y cómoda. Nada de liturgia: puro y simple materialismo. El verdugo, amateur o profesional, procuraba despachar cuanto antes y con poco trabajo. [...] Desnudos, tiritando, arrastrados como corderillos, aquellos infelices recibían el balazo en la nuca que acababa con sus pobres vidas cogidas al azar por aquella máquina del terror que iba triturando implacablemente a la sociedad burguesa. En las prisiones de la Checa se moría así, sin ninguna prosopopeya, como la cosa más natural del mundo (Chaves Nogales, 1934: 185).

Finalmente, Chaves, esperando cierto grado de escepticismo por parte de sus lectores, cierra el párrafo retando al lector incrédulo a pasar por Berlín y probar él mismo la veracidad de lo que le acaba de contar: “Yo quisiera que el que lo dudase pudiese hacer la prueba en una calle de Berlín”. Aparte de convocar en la mente del lector una escena casi cómica, el periodista busca darle verosimilitud a lo dicho, dando a entender que es algo evidente para cualquiera que vaya a Berlín, como él mismo ha hecho. Y, por último, para terminar este apartado de la crónica, ofrece sus conclusiones:

Así, pues, para comprender la situación de Alemania hay que partir de unos supuestos comunes que ya nadie se atreve a discutir de buena fe, ni siquiera los mismos alemanes: el de que Alemania quiere la guerra; el de que la hará en cuanto pueda; el de que podrá hacerla muy pronto³⁰³ (Chaves Nogales, 1933b).

Tras haber puesto al lector escéptico ante el espejo, insiste en que sólo la mala fe podía hacer que continuara negando lo que él consideraba evidente, y que se resumía en tres “supuestos” enlazados sintácticamente mediante la anáfora que constituye la repetición de la estructura “el de que”, y semánticamente mediante la palabra “guerra”, presente en el primer término del trío y elíptica en los dos siguientes: “[...] el de que Alemania quiere la guerra; el de que la hará en cuanto pueda; el de que podrá hacerla muy pronto”. Así, el periodista dota a su conclusión de un ritmo que lleva al lector de una premisa a otra a lomos de su cadencia y que, por tanto, no sólo tiene un fin estético, sino también persuasivo. Semánticamente, bien podría haber prescindido del segundo término incluyendo el matiz que añade en cualquiera de los otros dos. Sin embargo,

³⁰³ El acierto de esta predicción lo ilustra de forma muy eficaz (aunque menos que el propio hecho de que, efectivamente, Alemania volvió a ir a la guerra) la cifra a la que ascendió el gasto militar de Alemania entre 1933 y 1939: aproximadamente 14.000 millones de marcos (Tampke, 2019: 217).

expresadas las conclusiones de esta forma, el último término de la sucesión, precedido por el suspense de la amenaza que contiene el segundo, subraya su tono profético.

4.2.2. Cómo piensa el alemán medio

A continuación, presenta Chaves el más extenso ejercicio de ventriloquía de su obra periodística. Bajo el ladillo “Cómo piensa el alemán medio”, se despliega una larga secuencia dialógica que ocupa las cinco columnas centrales de la crónica. Tal extensión indica de nuevo la importancia de dos aspectos fundamentales en el pensamiento del periodista sevillano: por un lado, la ecuanimidad que revela el hecho de que dedique la mayor parte de la crónica a exponer un pensamiento contrario al suyo; y, por otro, el interés por la representación que los demás se hacían de la realidad política.

Se esconde de nuevo Chaves tras un gran espejo levemente curvado que le devolví al hipotético lector germanófilo desnudas las ideas que en realidad defendía, lo supiera o no. Este procedimiento se ajusta perfectamente a lo que Lausberg denomina *sermocinatio*: “La *sermocinatio* consiste en fingir, para caracterizar personas naturales (históricas o inventadas), dichos, conversaciones, monólogos o reflexiones inexpressadas de las personas correspondientes” (1967: 235). El periodista presenta del siguiente modo dicha *sermocinatio*: “A los quince días de estar en Alemania se oye hablar así y no se escandaliza uno” (Chaves Nogales, 1933b). Y en un pie de página añade:

Todas las afirmaciones contenidas en esta conversación que he reconstruido con las frases más destacadas de las entrevistas que he celebrado en Alemania están confirmadas y avaladas con textos de la más pura ortodoxia nacionalsocialista, principalmente en publicaciones de propaganda del partido, en el libro de Adolfo Hitler “Mein Kampf” y en discursos y artículos de teorizantes y líderes del nacionalsocialismo, tales como Goebels [sic], Rosenberg, Feder, Frick y otros (Chaves Nogales, 1933b).

En primer lugar, cabe destacar la ironía mediante la cual hace notar que lo que se oía por la calle en Alemania era escandaloso y que, si uno no se escandalizaba, era sólo por la costumbre. Por otra parte, nos dice en esa frase introductoria que lo que va a presentar a continuación es un discurso común entre los alemanes. En cuanto a la nota al pie, explicita la *sermocinatio* y nos explica el modo en que la ha compuesto: asegura que el contenido de la conversación proviene de “entrevistas” que él mismo ha llevado a cabo en los días que lleva en Alemania –de nuevo vemos aquí al periodista que le toma el pulso a la realidad en la calle, hablando con la gente³⁰⁴–, para asegurar a continuación que, por si alguien dudara de su autenticidad, todas las ideas que contiene la

³⁰⁴ Pérez Álvarez y Gómez Baceiredo (2015: 257) defienden que Chaves hablaba “con personas concretas a las que caracterizaba como representantes de sus pueblos y de su forma de ver la vida”. Asimismo, Pérez Álvarez y Martínez Illán (2016: 235) destacan la capacidad de Chaves “para ponerse en el lugar de quien retrata en algunos casos o en el de los lectores en otros”.

conversación se pueden encontrar, para quien quiera contrastar su veracidad, en la obra y en los discursos de los ideólogos del régimen, y cita a los principales: Hitler, Joseph Goebbels (ministro de Ilustración Pública y Propaganda, al que Chaves entrevistaría personalmente), Alfred Rosenberg (ensayista y director de la Oficina de Asuntos Exteriores), Gottfried Feder (autor del programa del Partido Nacionalsocialista), Wilhelm Frick (ministro del Interior; junto a Göring y Goebbels, uno de los tres únicos ministros nazis del gobierno de Hitler en el momento en el que Chaves escribió la crónica) y otros. Asimismo, cierra la secuencia dialógica otro comentario de Chaves que le señala al lector una conclusión acerca de lo que acaba de leer:

Así habla hoy el ciudadano medio alemán. Después de haber expuesto sucintamente las ideas en curso, las que son moneda corriente en Alemania, podremos seguir nuestra encuesta por el país que de modo tan sustancialmente distinto al nuestro concibe su misión (Chaves Nogaes, 1933b).

Vemos aquí asomar la silueta de nuestros viejos conocidos del *Gasthof* en la figura del “ciudadano medio alemán”. Por lo demás, insiste el periodista en que lo expuesto no son más que “las ideas en curso”, “moneda corriente en Alemania”, la forma en que el país “concibe su misión”, que tan “sustancialmente” distinta es a la de los españoles, fuera cual fuese su posición política.

Por otra parte, Chaves evita con la *sermocinatio* un molesto carrusel de citas que harían pesado el texto, de manera análoga a la forma de proceder a este respecto de su colega Julio Camba, como explica Llera (2004: 150):

Siendo un autor que aprecia por encima de todo la originalidad y que detesta el barroquismo, las citas no atosigan nunca al lector, sino que suelen estar muy bien traídas, cuando la ocasión lo requiere, ya sea como introito ingenioso para facilitar el calado de la tesis, o para allanar el camino de la conclusión.

Sin embargo, a diferencia del periodista gallego, que utilizaba la *sermocinatio* como instrumento para la parodia, ya sea en entrevistas ficticias³⁰⁵ o en textos apócrifos³⁰⁶, Chaves reproduce las ideas nazis con bastante rigor en este diálogo, confiando en que la propia desmesura de las mismas le resulte al lector español grotesca de por sí. De hecho, el procedimiento argumentativo que ya hemos explicado de presentarle al lector germanófilo lo que realmente defiende cuando apoya a Hitler requiere de cierto rigor en la presentación si pretende cumplir eficazmente su cometido. Sin embargo, el periodista se reserva dos importantes licencias: la de elegir qué ideas expone y cuáles no, y la de escoger sus propias palabras aun respetando el espíritu de dichas ideas. Y, en esta ocasión, escoge un lenguaje desprovisto de toda floritura: despoja de toda su retórica propagandística al discurso nazi y lo presenta desnudo, frío, duro, nada agradable al ojo del germanófilo español. Así, comienza el diálogo con una intervención del arquetípico interlocutor de Chaves en la que resume y apuntala lo ya dicho por el periodista:

³⁰⁵ Ver Llera (2004: 46).

³⁰⁶ Ver Llera (2004: 144).

—No tenemos más remedio que hacer la guerra, y el único hombre capaz de llevarnos a ella es Adolfo Hitler. Sólo por esto cuenta Hitler con la adhesión inquebrantable de sesenta millones de alemanes. El programa que se ha trazado el partido nacionalsocialista satisface plenamente las aspiraciones del pueblo alemán. Primero acabará con los pacifistas del interior; tenemos que exterminarlos para quedarnos con las manos libres y poder emprender con éxito una política de alianzas exteriores que ha de ser el preludio de la guerra contra el enemigo exterior. Nuestra guerra es una guerra de independencia, porque Alemania recaba para sí el mismo derecho que tienen todos los pueblos a regirse por sí mismos con plena libertad. En nombre de este derecho exigiremos la revisión de los tratados de Versalles y Saint Germain (Chaves Nogales, 1933b).

A lo ya visto anteriormente, cabe añadir aquí, en referencia a las dos últimas frases de la cita, un comentario acerca del papel simbólico que los tratados de Versalles y Saint Germain en Laye tenían en el ideario nazi³⁰⁷. No en vano, ya el segundo punto de los veinticinco propuestos en 1920 como base de los objetivos del partido, proponía la derogación de ambos tratados: “Wir fordern die Gleichberechtigung des deutschen Volkes gegenüber den anderen Nationen, Aufhebung der Friedensverträge von Versailles und St. Germain” [“Exigimos la igualdad de derechos del pueblo alemán frente al resto de naciones, así como la derogación de los tratados de paz de Versalles y St. Germain”] (Feder, 1927: 14). De hecho, la última frase recogida por Chaves en ese párrafo, por su similitud, bien puede estar inspirada en ésta fuente.

En lo referente al Tratado de Versalles, ya hemos visto en este apartado y en el 4.1 que, desde el punto de vista nacionalsocialista, era considerado una humillación impuesta al pueblo alemán por los Aliados en traidora colaboración con los *pacifistas* alemanes. De hecho, los nazis se referían al tratado como el “Dictado de Versalles” (*Versailler Diktat*), y uno de sus lemas propagandísticos más recurrentes era “*Los von Versailles!*” [“¡Librémonos de Versalles!”] (Sala Rose, 2003: 401). Según la versión nazi, en lugar de haber continuado *bravíamente* la lucha, los *pacifistas* que habían tomado el poder en 1918 en Alemania habían traicionado al ejército y al pueblo alemán firmando una paz que implicaba la *amputación* de buena parte del territorio del Reich, la pérdida de sus colonias, su desmilitarización, el pago de *desmesuradas* reparaciones de guerra y, lo que resultaba más humillante, la aceptación de la responsabilidad exclusiva por la guerra³⁰⁸.

Por otro lado, en lo tocante al Tratado de Saint Germain en Laye, que sellaba la paz entre las potencias aliadas y Austria, lo que irritaba a los nazis era que cerraba la puerta a cualquier intento de anexión legal de Austria por parte de Alemania (*Anschluss*). De acuerdo con el artículo 88 del tratado, Austria aceptaba no comprometer de ningún modo su independencia sin el consentimiento expreso del Consejo de la Sociedad de Naciones. Tras la derrota en la Primera Guerra Mundial y la consecuente fragmentación del antiguo imperio de los Habsburgo, Austria quedaba reducida a un pequeño territorio empobrecido que no tenía forma de sostener a la gran

³⁰⁷ Hitler (1926: 1595) se refiere a estos tratados como “die Schandverträge von Versailles und St. Germain” [“los tratados de la vergüenza de Versalles y Saint Germain”].

³⁰⁸ Para una refutación de estas tesis nazis ver Tampke (2019) y Evans (2003: 98-99).

cantidad de trabajadores y funcionarios que albergaba la otrora gran capital del Imperio austrohúngaro, Viena. De manera que, como explica MacMillan (2001: 313), muchos austriacos veían en 1919 con buenos ojos la anexión a Alemania:

En 1919 muchos austriacos veían el *Anschluss* (la anexión) como única esperanza de protección y prosperidad para su pequeño país. En las universidades y en los cafés, intelectuales pangermanistas hablaban dramáticamente de colocar de nuevo en su sitio la rama cortada del gran árbol germánico. Los socialistas estaban entusiasmados, porque, como arguyó Bauer, Alemania se desplazaba hacia la izquierda. La unión de las clases obreras austriaca y alemana reforzaría el socialismo en todas partes. La actitud de Renner era más pragmática y más típica: “El temor a la hambruna y el paro y la súbita contracción del campo para la iniciativa hicieron que casi todo el mundo pensara en el *Anschluss* como la única solución posible”.

El propio Chaves se dio cuenta de este fenómeno en 1928 a su paso por Viena y, en *La vuelta a Europa en avión*, comentaba:

La germanización vuelve a ser ostensible; se mete por los ojos apenas se baja de la cabina del avión. Todo vuelve a estar pintado y barnizado a la alemana. Los aviones vuelven a ser exclusivamente alemanes. Salen frecuentemente los correos aéreos para Múnich y Berlín, van dando un rodeo para evitar el territorio checoslovaco, esta cuña metida por la paz de Versalles en el corazón de Germania (Chaves Nogales, 1929: 271).

Asimismo, añadía una metáfora referente a Viena absolutamente reveladora:

Viena, mientras volamos sobre ella, se nos antoja como una cabeza cortada que sigue moviendo los ojos y la boca mientras el verdugo la enseña al pueblo cogida por los cabellos. De un momento a otro cesarán estos movimientos del sistema nervioso central, y esta magnífica testa de magnate decapitado que es Viena se acabará para siempre. Pero la cirugía de los pueblos tiene muchas más posibilidades que la cirugía de los individuos. A esta cabeza cortada se le está buscando un cuerpo. Éste es el empeño de los defensores del *Anschluss*, la anexión de Viena a Alemania (272).

Ante ese estado de cosas y en pleno intento de debilitar a Alemania para que no volviera a estar en condiciones de emprender una nueva guerra en mucho tiempo, los aliados obligaron a Austria a aceptar el artículo 88 del Tratado de Saint Germain, el cual no podía sino despertar el mayor de los odios en Hitler, de origen austriaco y vehemente pangermanista –un *fanático de la nacionalidad alemana* (“fanatischen «Deutschnationalen»”), según sus propias palabras (1926: 113)– que durante su juventud detestaba la diversidad étnica de Viena:

Widerwärtig war mir das Rassenkonglomerat, das die Reichshauptstadt zeigte, widerwärtig dieses ganze Völkergemisch von Tschechen, Polen, Ungarn, Ruthenen, Serben und Kroaten usw., zwischen allem aber als ewiger Spaltpilz der Menschheit Juden und wieder Juden³⁰⁹ (365).

Detractor acérrimo de la dinastía Habsburgo, odiaba el cosmopolitismo del imperio: “Im Norden und im Süden fraß das fremde Völkergift am Körper unseres Volkstums, und selbst Wien wurde mehr und mehr zur undeutschen Stadt” [“En el norte y en el sur, el veneno de los pueblos extranjeros devoró el cuerpo de nuestra

³⁰⁹ “Me resultaba repugnante el conglomerado de razas que la capital del imperio representaba, repugnante esa mescolanza popular de checos, polacos, húngaros, rutenos, serbios y croatas, etc., y, en medio de todos ellos, como eterno hongo que crece en los resquicios de la humanidad, judíos y otra vez judíos”.

nacionalidad, e incluso Viena se convirtió cada vez más en una ciudad no-alemana”] (119). Y su afán último era la unión de Alemania y la antigua Marca del Este (*Ostmark*) como primer paso para la expansión germánica:

Deutschösterreich muß wieder zurück zum großen deutschen Mutterlande, und zwar nicht aus Gründen irgendwelcher wirtschaftlicher Erwägungen heraus. Nein, nein: Auch wenn diese Vereinigung, wirtschaftlich gedacht, gleichgültig, ja selbst wenn sie schädlich wäre, sie möchte dennoch stattfinden. Gleiches Blut gehört in ein gemeinsames Reich³¹⁰ (Hitler, 1926: 93).

Al final, el *Anschluss* tendría lugar en marzo de 1938 y sería sólo el primer paso en la construcción de lo que los nazis denominaban el “Gran Imperio Alemán” (*Grossdeutscher Reich*), que continuaría con la anexión en los siguientes años de otros territorios con población de origen alemán, como los Sudetes checos, anexionados en octubre de ese mismo año (Benz, 2006: 55-56).

Pero, volviendo a la secuencia dialógica de esta crónica, Chaves –en realidad el personaje de Chaves, que el periodista ha creado para introducirse dentro de su propia crónica e interactuar con un interlocutor también ficticio– responde a su arquetípico interlocutor (esto es, en realidad a sí mismo) señalando las consecuencias lógicas de lo dicho por éste previamente. A menudo se sirve para ello de oraciones adversativas, como en esta secuencia con la que sigue el diálogo:

—Pero ustedes la libertad que piden es la libertad de prepararse y armarse para la guerra.
—Estamos en nuestro derecho. El Tratado de Versalles desarmó a Alemania como preludio de un desarme general de potencias. Sólo así lo aceptamos. Como las demás potencias no [se] han desarmado, tenemos perfecto derecho a armarnos. Esto es lo que dirá en la Conferencia del Desarme el barón von Neurath, nuestro ministro de Negocios Extranjeros (Chaves Nogales, 1933b).

En cuanto a la cuestión del desarme alemán que establecía el Tratado de Versalles (artículos 159-221), éste disponía que el ejército alemán habría de reducirse a un máximo de cien mil hombres –incluidos los oficiales, que no debían exceder de cuatro mil–, y que debía ser “destinado exclusivamente al mantenimiento del orden en el territorio y a la policía de las fronteras”³¹¹. Pero las restricciones en ese ámbito no se quedaban ahí. Así resume Tampke (2019: 164-165) el resto de recortes y medidas que Alemania debía llevar a cabo en ese ámbito:

También se le prohibió disponer de tanques o vehículos armados, cañones pesados y gases venenosos u otras armas químicas. Solo quedó exenta una cantidad reducida de armamento ligero. Del mismo modo, la armada se vería limitada a 36 embarcaciones menores, y a 15.000 hombres. Alemania tampoco dispondría de submarinos ni de aparatos voladores. El armamento y la munición debían fabricarse en lugares designados para ello y, además, siguiendo los artículos [...] referidos a Renania, se destruirían todos los arsenales y fortificaciones de esa región.

³¹⁰ “La Austria germana debe regresar a la gran madre patria alemana, y no basándose en ninguna consideración económica. No, no: incluso si esta unión, pensando en términos económicos, fuera indiferente o incluso perjudicial, aun así debería producirse. La misma sangre debe estar bajo el mismo Imperio”.

³¹¹ *Tratado de Versalles de 1919 y sus antecedentes* (1920). Madrid: Publicaciones del Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, p. 276.

También se introdujeron restricciones en el número y cualificación de organizaciones como la policía, las unidades de vigilancia aduanera y los guardacostas. Las sociedades privadas, como los veteranos, no tendrían objetivos militares y cesaría el sistema de cadetes en institutos y universidades. Estas medidas iban encaminadas a reducir la probabilidad de una nueva agresión alemana.

Sin embargo, como asegura Stephen Schuker, “los militares creían en el desarme permanente de una gran nación industrial lo mismo que en el ratoncito Pérez” (cit. en Tampke, 2019: 165). Y, en efecto, pronto se vio que el cumplimiento de los acuerdos armamentísticos del tratado era difícil de verificar. “Las obstrucciones eran habituales, y en la mayoría de fábricas y cuarteles, se recibía a los inspectores aliados con hostilidad, además de dificultar su tarea” (165). No era extraño el descubrimiento de arsenales ocultos o del uso de fábricas convencionales para la fabricación de armamento³¹², así como la deslocalización de fábricas de armamento, que se instalaban en terceros países, o el adiestramiento de fuerzas del *Reichswehr* (el ejército de tierra alemán) en Rusia, merced al Tratado de Rapallo (Tampke, 2019: 166-167).

En cuanto a la conferencia a la que hace referencia Chaves, se trata de la Conferencia Mundial del Desarme, que tuvo lugar en Ginebra de forma discontinua entre 1932 y 1933. Philip Noel-Baker, político británico y asistente del presidente de dicha conferencia, Arthur Henderson, recuerda la preocupación que sentían ante las reivindicaciones alemanas: “It became increasingly clear that if there was no Treaty of World Disarmament, Germany would re-arm; and all too soon we knew that, when that happened, Hitler would be the man on charge” (1979: 114). A pesar de ello, antes de la conferencia ya había fracasado un plan de desarme propuesto por el presidente de Estados Unidos Herbert Hoover, y durante la misma habría de fracasar una nueva propuesta de su sucesor, Franklin Roosevelt, y otro intento del británico Baldwin, lord presidente del Consejo, debido a la presión tanto de los *halcones* de la industria militar en Francia y Gran Bretaña, las cuales se negaron a reducir su arsenal pesado de ataque, como la de los militaristas alemanes, primero encabezados por Schleicher y, a partir de enero de 1933, por el propio Hitler, cuya delegación en la conferencia, encabezada por los “halcones” militaristas Blomberg y Neurath (Kershaw, 1998: 483-487), no renunciaba a la exigencia de que los aliados quedaran en una posición paritaria con respecto a Alemania en cuanto a su fuerza militar (ver Noel-Baker, 1979: 132). Finalmente, las posturas de los halcones prevalecieron y la conferencia fracasó definitivamente, para la más que probable satisfacción de Hitler:

During the summer adjournment of 1933, the Bureau of the Conference did nothing that was worthwhile. The private talks among the Powers led to nothing at all. On October 14 Hitler's Germany announced that it had left the Conference and would not return. A few days later it announced that it had left the League [of Nations] (133).

³¹² En este sentido, Tampke (2019: 166) recoge la siguiente broma que circulaba en los años veinte por los cabarets de Berlín: “[Un] obrero de una fábrica de carritos de bebé [...] había ido escamoteando piezas para construirle uno al suyo, hasta que las juntó y descubrió que tenía una ametralladora”.

Lo que anunciaba el diálogo de Chaves, habría de cumplirse: “la más salvaje carrera armamentística”, en palabras de Noel-Baker, de la historia de la humanidad hasta ese momento estaba a punto de tener lugar (133). Pero, volviendo a la crónica, Chaves continúa añadiendo eslabones a la cadena: primero un comentario sobre lo recién expuesto y luego una nueva exposición aclaratoria de dicha inferencia:

—Pero ustedes quieren armarse para hacer inmediatamente la guerra.

—Queremos armarnos porque es el único modo de defender nuestro territorio nacional y nuestra independencia. Nuestro destino histórico es la Gran Alemania, el Imperio. No renunciamos, ni hemos renunciado nunca, a un solo alemán de Alsacia, Lorena, Polonia, Austria o Checoslovaquia. Reconquistaremos los territorios perdidos en 1918, incluso contra la voluntad de sus habitantes si la independencia de la patria alemana y las necesidades de su poder político lo reclamasen. Es más; no tenemos por qué poner a nuestras aspiraciones el límite de las fronteras de 1914 (Chaves Nogales, 1933b).

Aparece aquí el concepto de la “Gran Alemania”³¹³, embrión del ya comentado Gran Imperio Alemán, concepto recogido en el primero de los veinticinco puntos del programa del NSDAP antes mencionados: “Wir fordern den Zusammenschluß aller Deutschen auf Grund des Selbstbestimmungsrechtes der Völker zu einem Groß-Deutschland” [“Exigimos la unión de todos los alemanes en una Gran Alemania en base al derecho de autodeterminación de los pueblos”] (Feder, 1927: 14). Asimismo, Rosenberg (1930: 100) se refiere a este concepto como idea presente durante el ascenso del Imperio Alemán y ausente en las décadas posteriores y hace mención a la idea de “destino” que menciona Chaves: “La disminución forzada del espacio vital alemán impone a todos los alemanes como una fuerza del destino, su antiquísimo problema vital con fuerza redoblada para que sea finalmente solucionado” (Rosenberg, 1930: 302). De hecho, la palabra *destino* (*Schicksal*) aparece con asiduidad en los textos nazis. Así, en el programa del NSDAP se habla de la “comunidad de destino” alemana: “Nur der Deutsche, der sich zur deutschen Kultur- und Schicksalsgemeinschaft bekennt, kann staatsbürgerliche Rechte ausüben” [“Sólo el alemán que se reconozca partidario de la comunidad cultural y de destino alemana puede ejercer los derechos ciudadanos”] (Feder, 1927: 31). Y, naturalmente, Hitler utiliza el término innumerables veces en *Mein Kampf*, como, por ejemplo, aquí: “Heute sind wir eine Klippe; in wenigen Jahren schon kann das Schicksal uns zum Damm erheben, an dem der allgemeine Strom sich bricht, um in ein neues Bett zu fließen” [“Hoy somos un acantilado; en pocos años, el destino podrá convertirnos en un dique donde se rompa la corriente general para seguir por un nuevo lecho”] (1926: 1689).

Este concepto del destino de la nación en la *Historia* emana probablemente de la filosofía de la historia de Hegel, quien desde un obtuso nacionalismo prusiano veía en la

³¹³ Asimismo, bajo la fotografía que ocupa la esquina inferior derecha de la crónica el pie de foto dice: “La toma del Poder por Hitler se considera ya como el resurgimiento del Imperio, y hace pocos días se le ha consagrado este primer monumento conmemorativo” (Chaves Nogales, 1933b). En la fotografía aparece una columna de ladrillo en la que se distingue una esvástica y a duras penas se puede leer un lema que parece decir: “Alles für Deutschland” (todo por Alemania). Ver apéndice 10.

Prusia monárquica y protestante la encarnación del *Espíritu*, el cual era representado, según el filósofo, en cada época por una nación para avanzar un paso más en la dialéctica histórica de la humanidad³¹⁴. Asimismo, subordinaba al individuo al estado³¹⁵ y justificaba la guerra como medio necesario, e incluso le encontraba propiedades benéficas³¹⁶. En definitiva, como concluye Bertrand Russell (1946: 711):

Such is Hegel's doctrine of the State—a doctrine which, if accepted, justifies every internal tyranny and every external aggression that can possibly be imagined. The strength of his bias appears in the fact that this theory is largely inconsistent with his own metaphysic, and that the inconsistencies are all such as tend to the justification of cruelty and international brigandage. A man may be pardoned compels him regretfully to reach conclusions which he deplures, but not for departing from logic in order to be free to advocate crimes³¹⁷.

No obstante, si bien es cierto que Hegel le dio prestigio intelectual a esas ideas, a Hitler y sus compañeros del NSDAP, les llegaron ya manoseadas por los intelectuales *völkisch* alemanes de finales del siglo XIX y principios del XX³¹⁸. De hecho, Rosenberg critica a menudo a Hegel en su obra, mientras ensalza a otros pensadores como Nietzsche, Houston Chamberlaine o Paul de Lagarde³¹⁹. Por otra parte, como plantea Fernández-Crehuet López (2017: 40-41), neohegelianos como Julius Binder o Kral Larenz justificaron el nacionalsocialismo, pero “¿hasta qué punto es culpable Hegel del uso o de las interpretaciones que se hicieron de su filosofía?”³²⁰.

Por lo demás, volviendo al contenido de la crónica, cabe resaltar el hecho de que Chaves no sólo no puso en duda las amenazas nazis acerca de la reconquista de los territorios perdidos por el Imperio Alemán en 1919, sino que, además, le dio credibilidad a la intención de éstos de ampliar las fronteras de 1914, intención que, de hecho, Hitler llevaría a cabo. Como hemos visto en el apartado 3.1.3, muchos no le dieron importancia a las amenazas nazis y hasta el último momento, e incluso cuando la evidencia difícilmente lo seguía permitiendo, pensaron que, al llegar al poder, Hitler

³¹⁴ Además de en Hegel, Isaiah Berlin (2006: 285) atribuye a Nietzsche y Carlyle influencia sobre “los movimientos que rinden culto abiertamente al poder, como el marxismo y el fascismo, que infieren la moralidad del éxito histórico”.

³¹⁵ Ver Berlin (2006: 288-290), quien asegura que “Hegel sigue siendo el más grande de entre aquellos que establecieron la tradición del culto a lo fuerte, efectivo e inevitable: la marcha de la historia, el carácter casi sagrado de los Estados y de los titanes que los conforman y mantienen”.

³¹⁶ Ver Russell (1946: 701-715).

³¹⁷ Se podría traer aquí a colación el comentario de Emil Cioran (1997: 98): “El drama de Alemania es el de no haber tenido un Montaigne. ¡Qué ventaja para Francia la de haber *comenzado* con un escéptico!”.

³¹⁸ Para un estudio más profundo de la influencia de las doctrinas hegelianas en el nacionalsocialismo y en sus predecesores, ver Fernández-Crehuet López (2017). Asimismo, sobre la evolución del nacionalismo alemán y, en concreto, sobre el nacionalismo *völkisch* y el nacionalsocialismo, ver Abellán (1997) y Bracher (1969: 44-51).

³¹⁹ Para un estudio detallado de las fuentes ideológicas del nacionalsocialismo, ver Butler (1942).

³²⁰ En cualquier caso, semejantes ideas no eran, en absoluto, exclusivas del nacionalsocialismo alemán en aquella época. Sin ir más lejos, *mutatis mutandis*, en la entrevista que Chaves le realizó, en noviembre de 1931, para *Ahora* al socialista Fernando de los Ríos —por entonces, ministro de Justicia de la República—, éste hacía afirmaciones como ésta: “Hijo de la fuerza biológica de la raza ha sido el renacer actual de la fe en sus destinos históricos que hoy muestra el pueblo español” (Chaves Nogales, 2013: 1066); o esta otra: “[...] somos los instrumentos ocasionales de que se vale el espíritu español para realizar lo que estaba de una manera subyacente e inarticulada, pero vivo ya en el fondo de su alma y de su conciencia” (1067).

moderaría sus posturas. Ocurrió todo lo contrario, y Chaves, con excelente criterio, supo verlo en aquella primavera de 1933. En cualquier caso, de vuelta a la crónica, el periodista continúa con la secuencia de comentarios y respuestas:

—Todo esto no se puede intentar más que por la guerra.

—Desde que Hitler ha subido al Poder, todas las energías espirituales de la nación se aplican a preparar la guerra de mañana. El pueblo alemán ha llegado al convencimiento de que la misión providencial que le está reservada no se puede cumplir más que con la espada en la mano; forjar esa espada es la única tarea del nacionalsocialismo en la política interior; proteger ese trabajo será toda nuestra política exterior (Chaves Nogales, 1933b).

Chaves recoge aquí casi literalmente la consigna con la que Hitler martillea constantemente al lector de *Mein Kampf*, donde el líder nazi hace numerosas alusiones a la espada (*Schwert*) —como símbolo de la guerra—, a la cual presenta como el único medio posible para conseguir sus objetivos. Así, podemos ver la similitud entre lo expuesto por Chaves y este fragmento de *Mein Kampf*:

Denn unterdrückte Länder werden nicht durch flammende Proteste in den Schoß eines gemeinsamen Reiches zurückgeführt, sondern durch ein schlagkräftiges Schwert. Dieses Schwert zu schmieden, ist die Aufgabe der innerpolitischen Leitung eines Volkes; die Schmiedearbeit zu sichern und Waffengenossen zu suchen, die Aufgabe der außenpolitischen³²¹ (Hitler, 1926: 1553).

O en:

So wie unsere Vorfahren den Boden, auf dem wir heute leben, nicht vom Himmel geschenkt erhielten, sondern durch Lebenseinsatz erkämpfen mußten, so wird auch uns in Zukunft den Boden und damit das Leben für unser Volk keine göttliche Gnade zuweisen, sondern nur die Gewalt eines siegreichen Schwertes³²² (1655).

O, en tono más agresivo, si cabe:

Heute werde ich nur von der nüchternen Erkenntnis geleitet, daß man verlorene Gebiete nicht durch die Zungenfertigkeit geschliffener parlamentarischer Mäuler zurückgewinnt, sondern durch ein geschliffenes Schwert zu erobern hat, also durch einen blutigen Kampf³²³ (1595).

La espada se consideraba desde la Edad Media un elemento representativo de los antiguos germanos³²⁴, como explica Sala Rose (2003: 118), quien recoge también estos

³²¹ “Porque los países oprimidos no serán devueltos al seno común del Imperio mediante encendidas protestas, sino merced a una poderosa espada.

»Forjar esta espada es una tarea de la política interior que deben llevar a cabo los líderes de una nación; garantizar el trabajo del herrero y buscar camaradas de armas es tarea de la política exterior”.

³²² “Del mismo modo que nuestros antepasados no recibieron del Cielo el terreno sobre el que hoy vivimos, sino que lo consiguieron luchando con riesgo de su vida, así también no será por concesión divina por lo que nuestro pueblo obtendrá territorio en el futuro y, con él, la subsistencia; sino solamente por medio del poder de una espada victoriosa”.

³²³ “Hoy me guió sólo por la comprensión sobria de que los territorios perdidos no serán recuperados merced a la habilidad de las pulidas lenguas de las bocas parlamentarias, sino que deben ser conquistadas gracias a una pulida espada, esto es, mediante una lucha sangrienta”.

³²⁴ Sin embargo, Tácito, en su *Germania* (6:1), cuenta que pocos germanos tenían espadas debido a la escasez de hierro. Si bien hace hincapié en la importancia que para ellos tienen las armas y menciona en un par de ocasiones la espada, la que presenta como el arma más común es la frámea (*Germania*, 6:1, 13:1).

versos del *Sigfrido* de Wagner³²⁵, que no desentonarían en un discurso nazi: “Un dios nos creó la necesidad. / La ansiada espada, sin embargo, / nos la crearemos nosotros mismos” (119). En esa misma línea, Hitler (1926: 947) comenta que, el día que expuso por primera vez los veinticinco puntos del partido nazi y la gente rompió en grandes ovaciones, “ein Feuer war entzündet, aus dessen Glut dereinst das Schwert kommen muß, das dem germanischen Siegfried die Freiheit, der deutschen Nation das Leben wiedergewinnen soll” [“fue encendido un fuego de cuyo resplandor ha de surgir un día la espada que le dará al Sigfrido alemán la libertad con la que resucitará a la nación alemana”]³²⁶. Asimismo, la espada aparece en el discurso nazi en los ámbitos más inesperados, como, por ejemplo, en este discurso pronunciado por Goebbels en la *Ersten Großdeutschen Buchwoche* (Primera Semana del Libro de la Gran Alemania) el 30 de octubre de 1938:

Buch und Schwert bilden heute über dem Leben unseres Volkes eine wunderbare Einheit. Als eine geistige Nation in Waffen treten wir, die neue junge Weltmacht, vor das Gesicht der anderen Völker. So sollen denn auch für die Zukunft Buch und Schwert die Symbole unseres nationalen Lebens sein und bleiben. In ihnen liegt die Kraft, die unser materielles und geistiges Leben bestimmt³²⁷ (cit. en Linthaut, 2012: 59).

Pero, dejando a un lado el fetiche nazi de la espada, Chaves proseguía así su larga *sermocinatio*:

—¿No les asusta a ustedes la guerra?

—La guerra crea la cultura. El ciclo de Pericles fue el resultado de las guerras médicas; con las guerras púnicas cimentaron los romanos su cultura (Chaves Nogales, 1933b).

Sobre la concepción de la cultura germánica, *aria*, como cultura superior o civilización portadora de la antorcha del progreso humano que los nazis pregonaban y sobre la defensa de la guerra como medio de expansión de dicha civilización – expansión que, una vez consumada, conllevaría una paz duradera³²⁸– hemos visto suficientes muestras en las citas de este apartado y en las del 4.1, pero valga aún como ejemplo este fragmento de *Mein Kampf*, en el que, por cierto, vuelve a aparecer la venerada espada victoriosa (*das siegreiche Schwert*):

³²⁵ Sobre la fuerte influencia de la obra de Wagner en Hitler, ver Sala Rose (2003: 408-415).

³²⁶ Asimismo, la dupla espada-arado aparecía recurrentemente en la obra de Hitler y en la de Rosenberg. Por ejemplo: “Der Pflug ist dann das Schwert, und aus den Tränen des Krieges erwächst für die Nachwelt das tägliche Brot” [“El arado será entonces la espada, y de las lágrimas de la guerra brotará el pan de cada día para la posteridad”] (Hitler, 1926: 93).

³²⁷ “El libro y la espada forman hoy una maravillosa unidad en la vida de nuestro pueblo. Pues una nación de espíritu en armas nosotros, la nueva joven potencia mundial, nos plantamos en la cara del resto de los pueblos. Por lo tanto, para el futuro, el libro y la espada deberán ser y permanecer como los símbolos de nuestra vida nacional. En ellos reside la fuerza que define nuestra vida material y espiritual”. Este texto, comparado con la cenagosa prosa de Hitler, nos permite confirmar lo acertado del criterio de Chaves al juzgar el verbo de Goebbels, que el periodista califica como “claro, sucinto, terminante” (1933f).

³²⁸ Una “paz de cementerio”, diría Chaves refiriéndose al fanatismo de Gorgulof (ver apdo. 3.1.1), análogo en este sentido al de los nazis: “La democracia, la contemporización y el equilibrio de todas las fuerzas populares por medio de un régimen continuo de equilibrio inestable tiene que ser fatalmente el gran odio de estos tipos de delirantes que sueñan con el taumatúrgico poder de un milagroso dictador que cortando cabezas imponga en el mundo una paz de cementerio” (2013: 940).

Würde das deutsche Volk in seiner geschichtlichen Entwicklung jene herdenmäßige Einheit besessen haben, wie sie anderen Völkern zugute kam, dann würde das Deutsche Reich heute wohl die Herrin des Erdballs sein. Die Weltgeschichte hätte einen anderen Lauf genommen, und kein Mensch vermag zu entscheiden, ob dann nicht auf diesem Wege eingetroffen wäre, was so viele verblendete Pazifisten heute durch Winseln und Flennen zu erbetteln hoffen: ein Friede, gestützt nicht durch die Palmwedel tränenreicher pazifistischer Klageweiber, sondern begründet durch das siegreiche Schwert eines die Welt in den Dienst einer höheren Kultur nehmenden Herrenvolkes³²⁹ (Hitler, 1926: 1015).

En cuanto al paralelismo que plantea Chaves en su diálogo ficticio entre este empeño nazi y la Grecia y Roma clásicas, basta leer estas palabras de Hitler para comprender su origen: “Aus der Not der Perserkriege erwuchs die Blüte des perikleischen Zeitalters, und über den Sorgen der Punischen Kriege begann das römische Staatswesen sich dem Dienste einer höheren Kultur zu widmen” [“De la calamidad de las guerras médicas floreció la era de Pericles, y pasando por las penurias de las guerras púnicas el estado romano comenzó a consagrarse al servicio de una civilización superior”] (1555). O estas otras:

Römische Geschichte, in ganz großen Linien richtig aufgefaßt, ist und bleibt die beste Lehrmeisterin nicht nur für heute, sondern wohl für alle Zeiten. Auch das hellenische Kulturideal soll uns in seiner vorbildlichen Schönheit erhalten bleiben. Man darf sich nicht durch Verschiedenheiten der einzelnen Völker die größere Rassegemeinschaft zerreißen lassen. Der Kampf, der heute tobt, geht um ganz große Ziele: eine Kultur kämpft um ihr Dasein, die Jahrtausende in sich verbindet und Griechen- und Germanentum gemeinsam umschließt³³⁰ (1075).

Asimismo, Hitler llegó a afirmar que “el perfil griego y el de los césares es el de los hombres de nuestro Norte, y apuesto a que podría encontrar dos mil cabezas de este tipo entre nuestros campesinos” (cit. en Sala Rose, 2003: 180). En cuanto a la cultura griega, como señala Sala Rose (2003: 178), “expresaba la perfección máxima en todos los aspectos” para Hitler, quien reivindicaba a los griegos como sus ancestros. “Su arianismo se basaba en la creencia de la superioridad europea, sustentada, como se ha dicho antes, sobre los cimientos de las tradiciones griega y romana”, asegura Weber (2018). Y es que, como añade Sala Rose (2003: 179):

La teoría desarrollada en Alemania a finales del siglo XIX según la cual los arios no serían originarios de la India, sino del norte de Europa, permitía aceptar la suposición de que también la floreciente cultura griega no había sido más que una aportación de migraciones arias venidas del norte, teoría especialmente seductora para una nación como la alemana, víctima durante mucho

³²⁹ “Si el pueblo alemán en su desarrollo histórico hubiera poseído esa unidad gregaria de la que se beneficiaban otros pueblos, entonces el Imperio alemán probablemente sería hoy el dueño del mundo. La historia mundial habría tomado un curso diferente, y nadie puede asegurar que no habría llegado de esta manera lo que muchos pacifistas engañados hoy esperan obtener mendigando con ruegos y quejidos: una paz, no apoyada por las hojas de palma de los llorosos pacifistas dolientes, sino fundada en la espada victoriosa que ponga al mundo al servicio de una más alta civilización deudora de una raza superior”.

³³⁰ “La historia romana, correctamente entendida en líneas generales, es el mejor maestro no solo para el presente, sino seguramente para todos los tiempos. El ideal cultural helénico también debe conservarse en su belleza ejemplar. No se debe permitir que la comunidad racial más grande sea desgarrada por las diferencias de los pueblos individuales. Los objetivos de la lucha hoy desatada son muy grandes: una cultura lucha por su existencia, que reúne en sí milenios y abarca tanto al helenismo como al germanismo”.

tiempo de un complejo de inferioridad colectivo debido a su carencia, a diferencia de otras naciones europeas, de un glorioso pasado nacional con el que identificarse.

No es de extrañar, pues, que Goebbels calificara en una ocasión la Acrópolis como “cuna de la cultura aria” (cit. en Sala Rose, 2003: 189). Rosenberg (1930: 327), por su parte, asegura que la esvástica, como símbolo ario, “fue delante de los migrantes y guerreros nórdicos a Italia y Grecia”. Tampoco sorprende, por otra parte, la admiración nazi en concreto por Esparta, no sólo por su estructura social elitista, sino también por “su ascetismo, su aversión a las influencias extranjeras y su estructura altamente militarizada y antiurbana” (Sala Rose, 2003: 182).

Por lo demás, Chaves, a continuación, tras la usual clarificación de su yo ficticio, nos ofrece una extensa disertación de su alter ego, en la que desarrolla el concepto de *Lebensraum* (espacio vital):

—¿Es decir, que Alemania se lanza a una guerra de conquista?

—No; Alemania tiene simplemente el debe[r] de dar a la raza alemana las tierras que necesita para vivir. No queremos colonias. Los grandes estados coloniales semejan una pirámide apoyada en la punta. Hemos renunciado también a una política mundial de expansión industrial. Nos dedicaremos primero a la colonización interior: Hitler preconiza la vuelta al agrarismo. Pero llega un momento en que la colonización interior no puede progresar más y el país no puede estacionarse. Entonces habrá que buscar nuevas tierras para los alemanes. Las buscaremos por el Este, realizando nuestra expansión a costa de nuestros vecinos de Oriente, principalmente contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. No es humano que haya Estados que tienen inmensos territorios en reserva mientras otros se ven condenados a las prácticas malthusianas. La Providencia no ha repartido las tierras de una vez y para siempre: no tenemos por qué respetar las fronteras trazadas siempre por el derecho del más fuerte. La Naturaleza ignora las fronteras políticas y en cambio concede el derecho a vivir a los pueblos más fuertes y trabajadores. Todavía hay en Europa territorios inexplorados que fatalmente serán del más fuerte, del que los tome por la fuerza, porque nadie los va a ceder de buen grado. La población alemana aumenta cada año en novecientos mil almas, y Alemania no puede ya dar de comer a todos los alemanes (Chaves Nogales, 1933b).

Sala Rose (2003: 115-116) realiza una exposición acerca del concepto de *Lebensraum*³³¹ y de sus connotaciones en la ideología nazi a la que se ajusta bastante bien lo expuesto por el arquetípico interlocutor de Chaves, personaje en su propia crónica:

La concepción nazi de espacio vital está directamente relacionada con la ideología de sangre y tierra, en la medida en que por espacio vital se entiende la obtención de nuevos territorios para la explotación agrícola y el asentamiento permanente de la raza aria, buscando la plena integración territorial aun a costa de la germanización, expulsión o esclavización de los pueblos autóctonos. De este modo, la conquista del espacio vital se distingue notablemente de cualquier forma tradicional de colonialismo.

³³¹ El concepto lo creó el geógrafo Friedrich Ratzel en 1901, aunque, como señala Benz (2006: 27-28), “se hizo popular por la novela de Hans Grimm *Volk ohne Raum* («Pueblo sin espacio»), muy leída en los años veinte. El título de la novela dio a Hitler el lema para su proyecto imperialista de conquistar territorios en el este de Europa mediante la anexión colonial. El lema encajaba en la doctrina «sangre y tierra», esto es, en el derecho de los más fuertes y en el convencimiento racista de la supremacía de los germanos frente a los pueblos eslavos”.

No obstante, detrás de la excusa de la alta densidad de población alemana, se escondían razones geopolíticas. Como explica Sala Rose (115), la ambición alemana de expandirse hacia el este se basaba, en primer lugar, en el concepto de *Heartland* –que se refiere al territorio que aproximadamente ocupaba la URSS–, acuñado por uno de los padres de la geopolítica, el británico Halford Mackinder, quien resumía su teoría del siguiente modo: “Who rules East Europe commands the Heartland: who rules the Heartland commands the World-Island [Asia, Europa y África]: who rules the World-Island commands the world” (Mackinder, 1919: 106). Según Neumann (1944: 99), también se le debe a Mackinder el concepto de *Mittleuropa* (Centroeuropa), espacio geográfico que abarcaría aproximadamente los entonces territorios pertenecientes a Holanda, Suiza, Austria-Hungría y Rumanía, y que “llegó a hacerse, naturalmente, muy popular en Alemania”. Esos dos conceptos eran fundamentales para diferenciar la idea de *Lebensraum* nacionalsocialista de la que tenían previamente los nacionalistas alemanes, que no incluía la expansión hacia territorio soviético, según Benz (2006: 28). Los cuadros de las SS solían gritar: “Hoy Alemania nos pertenece. ¡Mañana el mundo entero será nuestro!”, según Poliakov (1979: 19).

Por lo demás, lo expuesto por Chaves acerca de la doctrina del *espacio vital* probablemente proviene de *Mein Kampf*, donde Hitler (1926: 391), por ejemplo, expone:

Wenn ein Volk sich auf innere Kolonisation beschränkt, da andere Rassen sich auf immer größeren Bodenflächen dieser Erde festklammern, wird es zur Selbstbeschränkung schon zu einer Zeit zu greifen gezwungen sein, da die übrigen Völker sich noch dauernd fortvermehren. Einmal tritt aber dieser Fall ein, und zwar um so früher, je kleiner der zur Verfügung stehende Lebensraum eines Volkes ist³³².

O también:

Wenn die nationalsozialistische Bewegung wirklich die Weihe einer großen Mission für unser Volk vor der Geschichte erhalten will, muß sie, durchdrungen von der Erkenntnis und erfüllt vom Schmerz über seine wirkliche Lage auf dieser Erde, kühn und zielbewußt den Kampf aufnehmen gegen die Ziellosigkeit und Unfähigkeit, die bisher unser deutsches Volk auf seinen außenpolitischen Wegen leiteten. Sie muß dann, ohne Rücksicht auf "Traditionen" und Vorurteile, den Mut finden, unser Volk und seine Kraft zu sammeln zum Vormarsch auf jener Straße, die aus der heutigen Beengtheit des Lebensraumes dieses Volk hinausführt zu neuem Grund und Boden und damit auch für immer von der Gefahr befreit, auf dieser Erde zu vergehen oder als Sklavenvolk die Dienste anderer besorgen zu müssen³³³ (1637).

³³² “Si un pueblo se limita a la colonización interna, dado que otras razas se aferran a áreas de tierra cada vez más grandes en este planeta, se verá obligado a recurrir a la autocontención mientras los otros pueblos se siguen multiplicando perpetuamente. Cuanto más temprano ocurra esto, más pequeño será el espacio vital disponible para un pueblo”.

³³³ “Si el movimiento nacionalsocialista quiere sostener realmente la consagración de una gran misión para nuestro pueblo ante la Historia, debe, penetrado por el entendimiento y lleno de dolor por su posición real en esta tierra, luchar con valentía y determinación contra la falta de rumbo y la incapacidad en la política exterior que hasta ahora ha guiado a nuestro pueblo alemán. Luego, sin tener en cuenta las “tradiciones” y los prejuicios, debe encontrar el coraje de concentrar a nuestro pueblo y su fuerza para avanzar en el camino que conduce desde la restricción actual del espacio vital de este pueblo hasta nuevas

Y es que, para Hitler, las fronteras nacionales no eran más que límites contingentes: “So wie Deutschlands Grenzen Grenzen des Zufalls sind und Augenblicksgrenzen im jeweiligen politischen Ringen der Zeit, so auch die Grenzen der Lebensräume der anderen Völker” [“Así como las fronteras de Alemania son límites del azar y límites momentáneos en la respectiva lucha política de la época, también lo son los límites de los espacios vitales de otros pueblos”] (1653); o como lo expresa Chaves en su texto: “La Naturaleza ignora las fronteras políticas y en cambio concede el derecho a vivir a los pueblos más fuertes y trabajadores”. Todos los problemas sociales tenían un sólo y último origen para Hitler: la falta de espacio vital que obligaba a los alemanes a “prácticas malthusianas” (en palabras del texto de Chaves), esto es, a políticas de control demográfico, y daba lugar a una situación de estrechez que enfrentaba a unos alemanes con otros “in dem ohnedies viel zu engen Lebensraum des deutschen Volkes” [“en el espacio vital demasiado estrecho en cualquier caso para el pueblo alemán”] (Feder, 1927: 52).

En cuanto a la renuncia a la política de expansión industrial mundial a la que se refiere el fingido interlocutor de Chaves, sin duda procede del discurso de Hitler, que pensaba que se debería haber renunciado a la expansión industrial para no competir con Inglaterra, por la que no ocultaba su admiración³³⁴, y ganarse así su apoyo, como expone ampliamente en el cuarto capítulo del primer volumen de *Mein Kampf*. Por otra parte, Hitler detestaba todo lo que tuviese que ver con la globalización y el progreso. En consonancia expone en *Mein Kampf* (1926: 621): “Der Verzicht auf die Gewinnung neuen Bodens und ihr Ersatz durch den Wahn einer weltwirtschaftlichen Eroberung mußte am Ende zu einer ebenso schrankenlosen wie schädlichen Industrialisierung führen” [“El abandono de nuevas tierras y su reemplazo por el engaño de una conquista económica global tuvo que conducir al final a una industrialización que era tan ilimitada como dañina”]. Y como consecuencia de la *perversa* industrialización, habría llegado el desorden urbano (en detrimento de la idílica vida campesina), y con él, la lucha de clases:

Die erste Folge von schwerster Bedeutung war die dadurch hervorgerufene Schwächung des Bauernstandes. In dem gleichen Maße, in dem dieser zurückging, wuchs die Masse des großstädtischen Proletariates immer mehr an, bis endlich das Gleichgewicht vollständig verloren wurde³³⁵ (621).

Feder (1927: 8), por su parte, asegura que los intereses industriales alemanes se interpusieron entre Alemania y su victoria en la última guerra:

tierras, y, con ello, liberarlo para siempre del peligro de perecer en esta tierra o, como un pueblo esclavo, estar obligados a servir a los demás”.

³³⁴ Según Lozano (2008: 97), una de las películas favoritas de Hitler era *Tres lanceros bengalíes* (*The Live of the Bengal Lancers*), de 1935, porque, según sus propias palabras, “trata de un puñado de británicos que mantienen esclavo a un continente. Así es como debe comportarse una raza superior”.

³³⁵ “La primera consecuencia de gran importancia fue el debilitamiento resultante del campesinado. A medida que retrocedía, la masa del proletariado metropolitano crecía cada vez más hasta que finalmente el equilibrio se perdió por completo”.

Das deutsche Volk deckt einen erheblichen Teil seines Lebensunterhaltes durch Einfuhr ausländischer Lebensmittel. Vor dem Weltkriege konnten wir diese Einfuhr mit den Einnahmen unserer industriellen Ausfuhr, unseres Handels und unseres im Ausland angelegten Kapitals bezahlen. Diese Möglichkeit hat uns der Ausgang des Weltkrieges versperrt. [...] Befreiung von dieser Knechtschaft ist nur möglich, wenn das deutsche Volk sich im wesentlichen vom eigenen Grund und Boden ernähren kann³³⁶.

La alternativa para los nazis sería una *sana y tradicional* economía agraria: el “agrarismo” del que habla el texto de Chaves. Así el programa del NSDAP defiende que el estado debe cuidar el campesino: “Der Staat hat die Aufgabe, die wirtschaftliche und kulturelle Hebung des Bauernstandes entsprechend seiner Bedeutung für das ganze Volk zu fördern und dadurch eine Hauptursache der Landflucht zu beseitigen” [“El Estado tiene la obligación de promover la mejora económica y cultural de la clase campesina de acuerdo con su importancia para el resto de la nación, y así acabar con una de las principales causas del éxodo rural”] (12). En esa misma línea, Rosenberg (1930: 257) asegura: “En el vikingo nórdico, en el caballero germánico, en el oficial prusiano, en el hanseata báltico, en el soldado alemán y en el campesino alemán reconocemos el concepto del honor plasmador de vida en sus distintas manifestaciones telúricas” (105). Y, yendo todavía más lejos, Hitler (1926: 399) aseguraría: “Ein fester Stock kleiner und mittlerer Bauern war noch zu allen Zeiten der beste Schutz gegen soziale Erkrankungen” [“Una reserva sólida de pequeños y medianos agricultores ha sido siempre la mejor protección contra las enfermedades sociales”]. Queda claro con estos ejemplos que, como señala Grunberger (1971: 169), para el nacionalsocialismo “los campesinos constituían el incorruptible núcleo del *Volk*”, mientras que “del asfalto de las ciudades emanaba degeneración y decadencia racial”.

Por último, el dato que el interlocutor arquetípico de Chaves ofrece sobre el crecimiento de la población alemana –“La población alemana aumenta cada año en novecientas mil almas”– parece literalmente extraída de *Mein Kampf*: “Deutschland erhält eine jährliche Bevölkerungszunahme von nahezu 900 000 Seelen” (Hitler, 1926: 383). Sin embargo, es un dato muy poco fiable, especialmente, si tenemos en cuenta que el crecimiento medio anual de la población alemana entre 1871 y 1910 fue de 612.000 personas³³⁷. Parece inverosímil que después de la guerra la tasa de crecimiento aumentara un treinta por ciento.

A continuación, el Chaves personaje asume la justificación de la necesidad de la expansión alemana, presumiblemente para permitir que el personaje del interlocutor continúe exponiendo el argumentario nazi:

³³⁶ “El pueblo alemán cubre una parte considerable de su sustento mediante la importación de alimentos extranjeros. Antes de la Guerra Mundial, podíamos pagar esta importación con los ingresos de nuestras exportaciones industriales, nuestro comercio y nuestro capital invertido en el extranjero. Esta posibilidad embarazó nuestro éxito en la Guerra Mundial. [...] La liberación de esta esclavitud solo es posible si el pueblo alemán puede obtener su alimento esencialmente de su propia tierra”.

³³⁷ Ver Hitler (1926: 382 n. 42).

—Demos por justificada la necesidad de la expansión; descontado también que nadie va a ceder sus tierras de buen grado, y siendo así que Alemania está desarmada, mientras todo el mundo refuerza sus armamentos, ¿cómo podrán ustedes emprender la lucha?

—Esto es lo que ha de hacer Hitler; esto es lo que se propone en su programa (Chaves Nogales, 1933b).

En la respuesta del personaje nazi subyace el concepto de Hitler como *Führer*, como líder al que se le entrega el destino de la comunidad homogénea (la *Volksgemeinschaft* de la que hablábamos en el apartado 4.1), sin espacio para la disidencia; de Hitler, en definitiva, como objeto de fe. El concepto lo ilustra muy bien Klemperer a través de una conversación con una colega de departamento, quien tras declararse miembro de esa comunidad homogénea con estas palabras: “[...] toda yo pertenezco al Führer” (1975: 160), y expresarle toda clase de certidumbres sobre la grandeza de Hitler y de sus ideas, preguntada por Klemperer por el origen de tanta certidumbre le ofrecía una respuesta que resume el modo de pensar del interlocutor arquetípico de Chaves: “De donde viene toda certidumbre: de la fe. [...] Porque yo creo en él” (161).

Una vez expuestas las grandes líneas ideológicas nazis relacionadas con la guerra, continúa ahora la charla ficticia por caminos secundarios:

—No es tarea fácil.

—Lo primero ya está casi hecho: acabar con el enemigo interior, el pacifista. ¿Cree usted a los quince días de estar en Alemania que hay la más remota esperanza de que la socialdemocracia y los judíos levanten cabeza?

—No, no me parece probable (Chaves Nogales, 1933b).

Ya hemos tratado, tanto en el apartado 3.1.3 como en el 4.1, a grandes rasgos la represión política y el acoso a los judíos durante los primeros meses del gobierno de Hitler, y aún añadiremos algo más sobre este asunto en los apartados 4.9 y 4.10. Sin embargo, aquí cabe señalar un ligero desplazamiento en la concepción de Chaves sobre la escala de la represión contra los judíos que se estaba llevando a cabo en ese momento en Alemania. Tanto de la intervención de su interlocutor como de la respuesta de su *yo* ficticio, cabe inferir un mayor grado de concienciación sobre la gravedad y la dureza de dicha represión del que mostraba el periodista en la crónica anterior. Entre aquella y ésta debió ser testigo de hechos que modularon su opinión a ese respecto, opinión que se verá reflejada en su crónica del 26 de mayo, como veremos en el apartado 4.9.

Dicho esto, continúa el diálogo con una intervención del personaje del interlocutor que da comienzo a una secuencia cuyo tema es la política exterior alemana y el papel que Francia e Inglaterra ocupaban en ella:

—Ahora conseguida la seguridad interior hay que desarrollar una política exterior favorable a nuestros propósitos. ¿Cómo? Ganando para nuestra causa a las potencias interesadas en que Francia no se alce con la hegemonía del Mundo: Italia e Inglaterra.

—¿Inglaterra también?

—Inglaterra ha de ser, tarde o temprano, nuestro asidero en el Mundo. Hitler ha predicado toda su vida que el gran error de Hohenzollern fue colocar a Alemania frente a Inglaterra. De aquí en

adelante nuestra política exterior será anglófila. La expansión territorial alemana por el Este no puede despertar recelos en Inglaterra, sino al contrario; será vista con simpatía, porque vamos a ser la fuerza de choque de Europa contra el bolchevismo.

—Pero también van ustedes contra Francia.

—Es cierto; con Francia no hay nada que hacer; la guerra únicamente; pero la política tradicional de Inglaterra ha sido siempre impedir la supremacía absoluta de ninguna gran potencia, y esa supremacía es hoy por hoy de Francia. Cuando existió el peligro de que la conquistásemos nosotros, Inglaterra se nos puso en contra. Ahora, el peligro que existe es el de Francia; Inglaterra lo impedirá poniéndose a nuestro lado. Para ganarnos la confianza de Inglaterra, nosotros renunciamos de antemano a toda aspiración colonial, a la política de expansión industrial que puede hacerle la competencia y a las posibilidades de crear una marina de guerra que despertase su desconfianza (Chaves Nogales, 1933b).

De esta secuencia cabe destacar, en primer lugar, el hecho de que Chaves comprende que el nazismo tenía una concepción del mundo que, por abyecta que pudiera resultar, tenía cierta coherencia interna y se correspondía en alguna medida con los intereses geoestratégicos de Alemania. De otro modo, sin un asidero mínimo a la realidad y cierta coherencia aparente en sus planteamientos, el discurso de Hitler nunca hubiese calado en la clase media alemana, incluso entre académicos y personas a las que se les presumía cierta cultura.

En segundo lugar, destaca la intención nazi de establecer una relación amistosa con Inglaterra basándose en sus intereses comunes frente a Francia y a la convergencia ideológica frente a la Unión Soviética. Ponerse frente a Inglaterra, según nos dice el arquetípico portavoz nazi de Chaves, fue el error del káiser Guillermo II (Friedrich Wilhelm Viktor Albert de Prusia, de la dinastía Hohenzollern). Esta idea la habría extraído Chaves probablemente de la obra del propio Hitler (1926: 403):

Wollte man in Europa Grund und Boden dann konnte dies im großen und ganzen nur auf Kosten Rußlands geschehen [...].

Für eine solche Politik allerdings gab es in Europa nur einen einzigen Bundesgenossen: England. Nur mit England allein vermochte man, den Rücken gedeckt, den neuen Germanenzug zu beginnen³³⁸.

Al igual que el ficticio interlocutor de Chaves, Hitler proponía la renuncia de Alemania a sus intereses coloniales, a su expansión industrial y a su marina de guerra para garantizarse el apoyo de Inglaterra, que permitiría a Alemania expandirse hacia el este sin abrir simultáneamente otro frente al oeste: “Englands Geneigtheit zu gewinnen, durfte dann aber kein Opfer zu groß sein, Es war auf Kolonien und Seegeltung zu verzichten, der britischen Industrie aber die Konkurrenz zu ersparen” [“Para conseguir la simpatía de Inglaterra, ningún sacrificio debería considerarse demasiado grande, así fuera renunciar a las colonias y a nuestra fuerza naval, o ahorrarle la competencia a la industria británica”] (403).

³³⁸ “Si se querían tierras en Europa, sólo podrían conseguirse en cantidad suficiente a expensas de Rusia [...]. Para tal política, no obstante, tan sólo podía haber un único aliado en Europa: Inglaterra. Únicamente con Inglaterra hubiera sido posible, con la espalda cubierta, comenzar la nueva marcha germánica”.

La síntesis de la política Europea de Hitler era la siguiente: “In Europa wird es für Deutschland in absehbarer Zukunft nur zwei Verbündete geben können: England und Italien” [“En Europa solamente habrá dos aliados para Alemania en un futuro previsible: Inglaterra e Italia”] (1585). A Goebbels, del sector más socialista del partido, sin embargo, la idea de la alianza con Inglaterra al principio no le entusiasmó: “Italien und England naturgegebene Bundesgenossen. Grauenhaft!” [“Aliados naturales de Italia e Inglaterra. ¡Horrible!”], había escrito en su diario tras una reunión de los líderes del partido en Bamberg en febrero de 1926 (cit. en Marjanovic, 2013: 498). Sin embargo, su admiración por Hitler era más fuerte que sus propias convicciones, y en el mes de abril de ese mismo año apoyaría lo contrario de lo que sostenía en febrero: “Er spricht drei Stunden. Glänzend. Könnte einen irre machen. Italien und England unsere Bundesgenossen. Rußland will uns fressen. [...] Wir fragen. Er antwortet glänzend. Ich liebe ihn” [“Él habla tres horas. Brillante. Podría volverlo a uno loco. Italia e Inglaterra nuestros aliados. Rusia quiere engullirnos. [...] Preguntamos. Él responde brillantemente. Lo amo”], escribió en su diario tras otra reunión con Hitler (cit. en Marjanovic, 2013: 545).

En lo referente a Francia y al enfrentamiento de sus intereses con los británicos al que se hace mención en el texto de Chaves, es probable que la fuente original del mismo también fuera Hitler (1926: 1567-1569):

So wie nun Englands traditionelle politische Ziele eine gewisse *Balkanisierung* Europas wünschen und benötigen, genau so diejenigen Frankreichs eine *Balkanisierung* Deutschlands. Englands Wunsch ist und bleibt die Verhütung des übermäßigen Emporsteigens einer kontinentalen Macht zu weltpolitischer Bedeutung, d. h. also die Aufrechterhaltung einer bestimmten Ausgeglichenheit der Machtverhältnisse der europäischen Staaten untereinander; denn dies erscheint als Voraussetzung einer britischen Welthegeonie³³⁹.

Esto enlaza con la animadversión nazi contra Francia, cuyos intereses eran, según Hitler, incompatibles con los de Alemania: “England wünscht kein Deutschland als Weltmacht, Frankreich aber keine Macht, die Deutschland heißt” [“Inglaterra no quiere que Alemania sea una potencia mundial, mientras que Francia no quiere que Alemania sea una potencia en absoluto”] (1573). Además, estaban el odio y el rencor acumulados durante las dos últimas guerras, que, rara Hitler, vedaban cualquier posibilidad de reconciliación con Francia:

Denn darüber muß man sich endlich vollständig klar werden: Der unerbittliche Todfeind des deutschen Volkes ist und bleibt Frankreich. Ganz gleich, wer in Frankreich regierte oder regieren wird, ob Bourbonen oder Jakobiner, Napoleoniden oder bürgerliche Demokraten, klerikale Republikaner oder rote Bolschewisten: das Schlußziel ihrer außenpolitischen Tätigkeit wird

³³⁹ “Así como los objetivos políticos tradicionales de Inglaterra requieren de una cierta balcanización de Europa, así los de Francia requieren una balcanización de Alemania. El deseo de Inglaterra es y sigue siendo la prevención del crecimiento excesivo de una potencia continental con influencia política mundial, es decir, el mantenimiento de un cierto equilibrio entre las relaciones de poder de los estados europeos entre sí; porque esto parece un requisito previo para una hegemonía mundial británica”.

immer der Versuch einer Besitzergreifung der Rheingrenze sein und einer Sicherung dieses Stromes für Frankreich durch ein aufgelöstes und zertrümmertes Deutschland³⁴⁰ (1573).

Nada querían los nazis, por tanto, con ese “enemigo mortal” salvo la guerra, como recogía Chaves en su diálogo, el cual, a continuación, entre otras cosas, ahondaba en las razones de la enemistad con Francia:

—¿Y no temen ustedes que el Mundo se vuelva otra vez contra Alemania aun reconociendo esa necesidad alemana de la expansión territorial? No basta para cometer un despojo decir: “Lo necesitamos”.

—Es cierto; Alemania perdió la guerra porque se batió honradamente para conquistar su pan. Los alemanes no supimos revestir nuestras necesidades vitales de una envoltura ideal. No se muere ni se mata por los negocios. Hay que batirse, no por el pan, sino por un ideal. En 1914, los ingleses se batieron por el ideal de la libertad. Nosotros, cuando llegue nuestra hora, nos batiremos también por un ideal, un gran ideal religioso, místico: la Gran Alemania, que no es una mezquina concepción dictada por el egoísmo. Esto es precisamente lo que las doctrinas nacionalsocialistas han sabido dar al pueblo alemán: una definición exacta de la misión providencial que le está reservada.

—¿Cuál es esa misión providencial?

—La de salvar la raza aria; la de evitar que perezca la civilización occidental: la de impedir la invasión de Europa por los negros. Si Francia, país de escasa natalidad, continúa teniendo en sus manos la hegemonía de Europa, terminará por convertir a Occidente, desde el Rhin hasta el Níger, en un gran imperio negro o mestizo. Su pobreza de sangre le obliga a tener que pedirla prestada a sus coloniales. Como se ve obligada a tener un ejército negro, tendrá que tener un arte negro y una política negra y una ciencia negra. Pero Alemania salvará a Europa. Esta es nuestra misión providencial. Para cumplir este destino histórico peharemos. Tarde o temprano, el Mundo se volverá contra Francia (Chaves Nogales, 1933b).

Aquí, cabe comentar, en primer lugar, la aceptación de nuevo del Chaves personaje de la justificación de la expansión alemana, probablemente para facilitar de nuevo la exposición de las siguientes ideas del interlocutor. En segundo lugar, parece evidente que la idea de que Alemania perdió la guerra porque el pueblo alemán no se batía por un ideal procede de Hitler: “Solange das deutsche Volk im Jahre 1914 noch für Ideale zu fechten glaubte, hielt es stand; sowie man es nur mehr um das tägliche Brot kämpfen ließ, gab es das Spiel lieber auf” [“Mientras el pueblo alemán, en el año 1914, todavía creía que luchaba por ideales, se mantuvo firme; en cuanto se empieza a pelear por el pan de cada día, es mejor renunciar al juego”] (1926: 433). Idea que desarrollaba un poco más en este párrafo:

Wenn man sich jedoch die Frage vorlegt, was nun die staatsbildenden oder auch nur staatserschaltenden Kräfte in Wirklichkeit sind, so kann man sie unter einer einzigen Bezeichnung zusammenfassen: Aufopferungsfähigkeit und Aufopferungswille des einzelnen für die Gesamtheit. Daß diese Tugenden mit Wirtschaft auch nicht das geringste zu tun haben, geht aus der einfachen Erkenntnis hervor, daß der Mensch sich ja nie für diese aufopfert, das heißt: man stirbt nicht für Geschäfte, sondern nur für Ideale³⁴¹ (431).

³⁴⁰ “Es necesario ser plenamente consciente de esto de una vez por todas: el implacable enemigo mortal del pueblo alemán sigue siendo Francia. No importa quién gobernara o gobierne en Francia, si borbones o jacobinos, napoleónicos o demócratas burgueses, republicanos clericales o bolcheviques rojos: el objetivo final de su acción en política exterior siempre será el intento de tomar la frontera del Rin y asegurar ese río para Francia por medio la disolución y desintegración de Alemania”.

³⁴¹ “Sin embargo, si uno se pregunta cuáles son las fuerzas de construcción del estado o incluso de mantenimiento del estado en realidad, se las puede reunir bajo una sola designación: el sacrificio personal

En cuanto al concepto de “Gran Alemania”, ya hemos visto su origen en este apartado. Asimismo, en el apartado 4.1 hemos hablado sobre la visión racista nazi y el papel del *ario* como *portador de cultura* (*Kulturträger*). De igual modo, hemos visto en el apartado 4.1 el rechazo que despertó en la población de las zonas ocupadas de Alemania tras la guerra la presencia de tropas coloniales francesas de color. No obstante, esta cita de Rosenberg (1930: 307) resulta ilustrativa a ese respecto:

Sobre los hombros de los conductores de las potencias de la Entente pesa el monstruoso crimen de haber movilizadado a negros y mestizos contra el pueblo alemán y haberlos llevado, apoyado por muchos años de insultos inferidos a Alemania, a la guerra contra un país de raza blanca. La culpa más grande y más directa le toca aquí, sin duda a Francia, la que hasta después de la Guerra ocupó con hombres de color la cuna de la cultura de Europa, Renania [...].

Finalmente, cierra Chaves la larga *sermocinatio* con una última secuencia en la que aborda un tema sobre el que volverá en las crónicas de los días 18 y 19 de mayo: la formación de un ejército de voluntarios:

—¿Y cómo va Alemania a forjar su espada? ¿Cómo podrá rehacer su ejército?

—Postulamos la teoría de la nación en armas. Vamos a la supresión del ejército profesional y a la creación de un ejército nacional. Todos los alemanes tendrán derecho al servicio militar. La defensa de la patria corresponde a los ciudadanos todos, encuadrados por un Cuerpo de oficiales de profesión, animados por un agudo sentimiento de casta.

—Esto es la militarización total del país.

—Exactamente. Nuestro ideal es el militarismo. Los latinos se asustan de esta afirmación porque son incapaces de concebir el militarismo como voluntad y como representación. No comprenden una actividad humana sin fin utilitario. No admiten que el germano sea militarista independientemente de que haga la guerra o no. Claro es que el militar hace la guerra cuando llega su hora, pero es que puede darse el caso de que el militarismo sea un fin en sí y no un medio, y éste es el caso del pueblo alemán, cuyas virtudes esenciales se manifiestan dentro de la disciplina militar como en un clima favorable. Hemos llegado a la conclusión de que el único medio para construir un estado “verdaderamente popular” en Alemania es el cuartel y que la disciplina es el camino que se ha de seguir para la forma genuina de la democracia; es decir, que el “servicio” es para el alemán la fórmula perfecta de la libertad (Chaves Nogales, 1933b).

En efecto, el programa del NSDAP contenía en sus propuestas la formación de un ejército voluntario que sustituyera la “tropa mercenaria” (*Söldnertruppe*): “Schaffung eines Volksheeres zur Verteidigung der Heimat unter einem in strenger Standeszucht aufzubauenden Berufsoffizierskörper” [“Creación de un ejército nacional para defender la patria bajo el mando de un cuerpo de oficiales profesionales organizado con estricta disciplina”] (Feder, 1927: 33). De hecho, ya en 1919, el mariscal Foch, comandante en jefe del ejército francés y de los ejércitos aliados durante el último tramo de la Primera Guerra Mundial, temía que los cuatro mil oficiales que el Tratado de Versalles permitía mantener a Alemania fuesen suficientes para organizar un ejército voluntario, como, efectivamente, ocurrió (Tampke, 2019: 168).

Por otro lado, el “derecho” a servir en el ejército alemán al que hace alusión Chaves en su texto también está presente en el programa del NSDAP en términos

y el sacrificio del individuo por el conjunto. Que estas virtudes no tienen nada que ver con la economía queda claro mediante la simple comprensión de que el hombre nunca se sacrifica por eso, es decir: uno no muere por los negocios, sino solo por ideales”.

semejantes: “Wehrhaftmachung der Nation durch Einführung des Wehrrechtes für jeden freien Deutschen” [“Militarización de la nación mediante la introducción del derecho de cada alemán libre a la militarización”] (Feder, 1927: 33). En cuanto a la libertad, la única que les interesaba a los nazis, mediante una perversión del concepto, era una supuesta “libertad” de la nación alemana, a la que siempre había de subordinarse la libertad individual. Así, Hitler defendía (1926: 575): “Für was wir zu kämpfen haben, ist die Sicherung des Bestehens und der Vermehrung unserer Rasse und unseres Volkes, die Ernährung seiner Kinder und Reinhaltung des Blutes, die Freiheit und Unabhängigkeit des Vaterlandes” [“Por lo que tenemos que luchar es salvaguardar la existencia y la multiplicación de nuestra raza y nuestra gente, alimentar a sus hijos y mantener limpia la sangre, la libertad y la independencia de la patria”]. Asimismo, acerca de la “libertad”, tal y como la entendían los nazis, escribía Rosenberg (1930: 57):

Libertad en el sentido germánico es independencia interior, posibilidad de investigación, estructuración de un concepto del mundo, sentimiento genuinamente religioso; libertad para los elementos proasiáticos introducidos y emparentados con ellos, significa desenfrenada destrucción de otros valores culturales.

En lo referente al militarismo como forma de vida, parece coherente con el resto del discurso nazi visto en este apartado y en el 4.1. Así, por ejemplo, Hitler predicaba la formación militar de los jóvenes, como ya hemos visto, y sus referencias a la guerra como requisito necesario para conseguir los objetivos del nacionalsocialismo son constantes en su obra. El líder nazi siempre recordaría con nostalgia la camaradería en las trincheras de la Primera Guerra Mundial y añoraría el entusiasmo compartido de las victorias. Así recordaba, por ejemplo, la última en la que participó:

Es sind dies die ungeheuersten Eindrücke meines Lebens geworden; ungeheuerlich deshalb, weil nun zum letzten Male ähnlich wie im Jahre 1914 der Kampf den Charakter der Abwehr verlor und den des Angriffs übernahm. Ein Aufatmen ging durch die Gräben und Stollen des deutschen Heeres, als endlich nach mehr als dreijährigem Ausharren in der feindlichen Hölle der Tag der Vergeltung kam. Noch einmal jauchzten die siegreichen Bataillone, und die letzten Kränze unsterblichen Lorbeers hingen sich an die siegumwitterten Fahnen. Noch einmal brausten die Lieder des Vaterlandes die endlosen Marschkolonnen entlang zum Himmel empor, und zum letzten Male lächelte die Gnade des Herrn seinen undankbaren Kindern³⁴² (Hitler, 1926: 541).

De hecho, ya desde el momento en que se retira herido del frente de batalla, Hitler añora unos supuestos valores militares basados en el heroísmo y en el honor que, según él mismo, no existían en la retaguardia: “Der Geist des Heeres an der Front schien hier schon kein Gast mehr zu sein. Etwas, das an der Front noch unbekannt war, hörte ich hier zum ersten Male: das Rühmen der eigenen Feigheit!” [“El espíritu del ejército en el frente no estaba ya aquí. Algo que aún era desconocido en el frente lo

³⁴² “Estas son las impresiones más increíbles de mi vida; increíbles porque, ahora por última vez, como en 1914, la lucha perdió el carácter defensivo y se pasó al ataque. Un suspiro de alivio recorrió las trincheras y túneles del ejército alemán, cuando por fin, después de más de tres años de paciencia en el infierno hostil, llegó el día de la venganza. Una vez más, los batallones victoriosos vitorearon, y las últimas coronas de laurel inmortal colgaron en las banderas victoriosas. Una vez más, los cantos de la patria ascendieron hacia el cielo por las interminables columnas en marcha, y por última vez la gracia del Señor sonrió a sus ingratos hijos”.

escuché aquí por primera vez: ¡La jactancia de la propia cobardía!”] (527). Como veremos en el apartado 4.11, tal nostalgia sólo podía ser posible en alguien que había encontrado en la guerra una justificación a su existencia de la que carecía en su vida civil. Por su parte, Rosenberg (1930: 264) defiende así el militarismo frente las críticas liberales:

Antiguamente el señor del castillo edificaba un muro alrededor de sus casas burguesas, cuyos habitantes en su totalidad debían participar de todos los combates. La época liberal desarrolló ejércitos profesionales, los burgueses dejaron que los soldados defendieran sus vidas e incluso criticaban aún descaradamente el militarismo. Este pseudo-idilio ha pasado: la técnica que otrora había trazado una muralla de acero alrededor de todo un Estado, ella misma la ha vuelto a romper, restableciendo la antiquísima relación orgánica.

Asimismo, Grunberger explica la importancia del militarismo en la tradición prusiana y el impacto que el Tratado de Versalles tuvo en la sociedad de la República de Weimar en ese sentido, resumido en el siguiente estribillo, muy popular en la época: “Heerlos, wehrlos, ehrlos”, esto es, sin ejército, indefensos, deshonorados (1971: 150). Y añade:

Militärfromm, es decir, llenos de reverencia hacia lo militar, es la palabra altamente descriptiva que el general Beck aplicó a sus compatriotas. Y la existencia de cinco ejércitos extraoficiales distintos durante la República –la secreta *Reichswehr* negra, el *Rote Frontkämpferbund* comunista, la Asociación de ex Combatientes (*Reichsbanner*) socialdemócrata, la Asociación Nacionalista de ex Combatientes (*Stahlhelm*) y el *Sturmabteilung* nazi (SA)– estaba motivada por la simple pasión política (150).

En ese sentido, Elias Canetti llega a atribuir la victoria del nazismo a las restricciones sobre el ejército: “La prohibición del ejército era como la prohibición de la religión, de unas prácticas específicas y sacrosantas sin las que era imposible concebir la existencia, y la consecuencia fue el generalizado alistamiento de la nación al lado de los nazis” (cit. en Grunberger, 1971: 150). Sea como fuere, si bien está claro que los nazis no inventaron el militarismo, desde luego, lo convirtieron en su bandera. En cualquier caso, la última intervención del interlocutor ficticio del Chaves personaje parece una síntesis hecha por el Chaves cronista acerca de la visión del mundo –la *Weltanschauung*, dirían los nazis³⁴³– militarista del nacionalsocialismo en contraste con la visión latina del mundo tal y como él la entendía.

Toda esta exposición de Chaves es reforzada por las dos fotografías de sendos desfiles de los Cascos de Acero y de la SA, respectivamente, que aparecen sobre el diálogo (ver apéndice 10) y a las que acompaña un pie de foto compartido que, en línea con lo que comentaba Grunberger, reza así:

La teoría de la [sic] Alemania sobre el Ejército se basa en el concepto de “la nación en armas”, es decir, en la militarización de todos los ciudadanos. Fieles a este propósito los alemanes han ido organizando dos verdaderos ejércitos populares: el de los Cascos de Acero y el de las tropas

³⁴³ Chaves, sin embargo, utiliza los términos “militarismo como voluntad y como representación”, que recuerdan más a Arthur Schopenhauer, cuya obra más célebre es, sin duda, *Die Welt als Wille un Vorstellung* (*El mundo como voluntad y representación*).

de asalto y protección nacionalsocialistas, que aparecen a derecha e izquierda, respectivamente, en dos de sus recientes paradas (Chaves Nogales, 1933b).

Asimismo, una tercera fotografía ocupa casi por completo la primera columna de la doble página en la que aparece un interminable desfile de la SA y cuyo pie de página dice: “Esto es una manifestación «nazi». Precedidos de sus charangas y marcando el paso en columnas cerradas han hecho siempre las fuerzas de Hitler sus demostraciones callejeras” (Chaves Nogales, 1933b).

En definitiva, si tomamos toda la *sermocinatio* de Chaves en sí, resulta, sin duda, un excelente resumen de la ideología nazi, al menos en lo referente a la política exterior alemana. Es evidente que Chaves se había documentado bien. Como mínimo, a juzgar por la cantidad de citas casi literales que introduce en el diálogo, cabe pensar que había leído, así fuese por encima, *Mein Kampf*, de Hitler. Tiene, además, verdadero mérito dar credibilidad absoluta a las amenazas bélicas nazis cuando el propio Hitler precisamente en esos días en los que se publicaban las crónicas de Chaves hacía discursos sobre política exterior en tono conciliador en el Reichstag que causaban alivio en parte de la comunidad internacional, como cuenta Xammar (1933j) en su crónica del 19 de mayo desde Berlín. Tal y como comenta Kershaw (2004: 43), en 1933 aún había muchos, tanto dentro como fuera de Alemania, a derecha e izquierda, que minusvaloraban el peligro que Hitler suponía para la paz en Europa³⁴⁴. Valga como ejemplo de la clarividencia de Chaves en este asunto la incertidumbre que, todavía en octubre de 1933, mostraba en un memorándum el secretario del Gabinete de Gran Bretaña, Maurice Hankey, acerca de las verdaderas intenciones de Hitler:

¿Estamos tratando aún con el Hitler de *Mein Kampf*, que hace dormirse a sus adversarios con bellas palabras para ganar tiempo y armar a su pueblo?... ¿O es un nuevo Hitler, que ha descubierto el peso de la responsabilidad del cargo...? Ese es el enigma que hay que descifrar (cit. en Kershaw, 2004: 53).

4.2.3. La primera derrota

Acabada la exposición del ideario nazi, Chaves vuelve al terreno de la actualidad, eso sí, enlazando con lo que acababa de escribir, concretamente, con la política nazi respecto a Inglaterra. Y es que el director de la Oficina de Asuntos Exteriores nazi, Alfred Rosenberg, cuando se publicó esta crónica (el 16 de mayo) acababa de viajar a Inglaterra, donde permaneció entre los días 4 y 13 de mayo, lo cual, por otra parte, hace pensar que este último apartado, encabezado por el sugerente ladillo

³⁴⁴ Como cuenta Kershaw (2004: 43): “La mayoría de los que, incluso dentro de Alemania, creyeron que entendían a Hitler resultó que no le entendían en absoluto. Los juicios erróneos sobre él, el infravalorarlo, el interpretar equivocadamente sus objetivos, el entenderle mal, era algo generalizado”.

“La primera derrota”, fue añadido a la crónica original en el último momento. Habida cuenta de que en el primer apartado de la misma Chaves insinuaba que llevaba un par de semanas en Alemania, y teniendo presente que en la crónica anterior comentaba que había llegado a Alemania pocos días después del 1 de abril, parece improbable que el primer y el último apartado de esta crónica hayan sido escritos en el mismo momento. Sea como fuere, he aquí la continuación de la crónica:

Pero Alemania ha sufrido precisamente en estos días su primera derrota. Para iniciar su política de acercamiento a Inglaterra, Hitler había enviado a Londres a uno de los doctrinarios del nacionalsocialismo, Rosenberg, quien había comenzado a sondear la opinión de las principales figuras de la política británica. Pero, en la vieja Inglaterra hay unos tipos insobornables, con los que no cuenta el ciudadano alemán medio (Chaves Nogales, 1933b).

Vemos cómo Chaves conecta este hecho de absoluta actualidad para el lector con lo que ya había escrito, haciendo alusión, precisamente, al “ciudadano alemán medio”, cuya forma de pensar acababa de exponer extensamente en el apartado anterior. En efecto, Rosenberg, director de la Oficina de Asuntos Exteriores (*Außenpolitisches Amt*, o APA) del NSDAP³⁴⁵, había viajado a Inglaterra del 4 al 13 de mayo, si no por encargo de Hitler, como asegura Chaves, al menos sí con su beneplácito, según Kuusisto (1984: 87). Por otra parte, Rosenberg no tuvo ocasión de sondear a muchas de “las principales figuras de la política británica”, como apunta Chaves, quien sí acierta en calificar el viaje como “derrota”, según veremos más adelante. Sí alcanzó Rosenberg, sin embargo, a reunirse con dos ministros del Gabinete británico, como también veremos a continuación.

Antes, no obstante, conviene detenerse en la admiración que Chaves muestra en su obra por los ingleses, esos “tipos insobornables” a los que hace referencia aquí. En su exilio en Londres, en enero de 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, en un artículo para la revista cubana *Bohemia* alababa el humanismo de la organización del ejército británico y, en particular, la práctica de “esa otra gimnasia del espíritu que es el humor” (Chaves Nogales, 2013: 1495). También tenía palabras de admiración para el *fair play* de los oficiales para con los soldados o para la buena voluntad y el tesón de las compañías de actores improvisados que recorrían el país para “divertir a los *boys* con su talento, o, lo que es más heroico y benemérito, con su falta de talento” (1496-1497). Hablaba también en ese artículo de la diferencia entre el nacionalismo alemán y el inglés, que radicaba, según él, en que el segundo “no ha sido artificialmente provocado como en Alemania ni se basa en el menosprecio a los demás pueblos” (1501). Y, finalmente, concluye con un párrafo en el que vuelve a aparecer la idea de esos “tipos insobornables” de “la vieja Inglaterra”, formulada de modo distinto:

³⁴⁵ Cargo que no hay que confundir con el de ministro de Asuntos Exteriores, ocupado en ese momento por Konstantin von Neurath. Vemos en este caso cómo el Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei comenzaba ya en la primavera de 1933 a crear estructuras paralelas al estado alemán.

Mientras haya ingleses así y mientras estén dispuestos a luchar, Inglaterra no sólo no perderá la guerra sino que no será nunca ni fascista ni comunista sino que seguirá siendo lo que tiene que ser, cada vez con mayor perfección, profundamente inglesa, profundamente humana y penetrada por una fe en los principios de la democracia y la libertad que por nada perderán jamás³⁴⁶ (1503).

Asimismo, acerca de “la vieja Inglaterra”, en otro artículo –uno de los últimos que escribiría antes de su muerte– para *El Tiempo* de Bogotá, comentaba que “en Inglaterra todo tiene un fuerte sentido de la continuidad” (1447). Y, volviendo al tenaz liberalismo británico, en otro artículo para *Bohemia* de octubre de 1942, aseguraba: “La profilaxis británica contra las toxinas ideológicas es perfecta” (1512). Y, un año después, en octubre de 1943, también para la revista *Bohemia*, escribiría sobre los ingleses: “Gentes que se quedan frías e insensibles ante las ideas generales, las grandes concepciones doctrinarias y las teorías deslumbradoras, son capaces de las más audaces fantasías siempre que tengan como punto de partida menudas y tangibles realidades”³⁴⁷ (1534). George Orwell (1941: 279-280), en ese mismo sentido, escribiría:

La idea totalitaria de que no existe la ley, de que solo existe el poder, nunca ha echado raíces entre nosotros. [...] En Inglaterra se sigue creyendo en conceptos como la justicia, la libertad y la verdad objetiva. Quizá sean ilusiones, pero son ilusiones muy poderosas. La creencia en ellos influye en la conducta, la vida nacional es distinta gracias a esos conceptos.

En consecuencia, es normal que Chaves, cuando tuvo ocasión, enviase a sus dos hijas a estudiar a Inglaterra, o que, cuando en 1940 el franquismo y el nazismo le cerraron las puertas de la Europa continental, él mismo decidiera refugiarse en Londres. En el barco que lo llevaba a Inglaterra escribiría: “Aún hay patrias en la tierra para los hombres libres. Sobre nuestras cabezas tremolaba orgullosamente el pabellón de la Union-Jack” (1705). Asimismo, en un artículo sobre el independentista americano Sebastián Francisco de Miranda para *Bohemia* de noviembre de 1942, escribía: “Náufrago de Europa, [...] vive largos años refugiado en Londres, acogido a la hospitalidad segura de esta tierra fría y adusta, único rincón del mundo donde un hombre como él está seguro de no ser perseguido” (1516). También en ese artículo habla de “la verdad profunda del liberalismo inglés y la tolerancia británica” (1517). Y, finalmente, añade:

[...] en qué otros rincones desconocidos de este Londres inmutable [...] estarán celebrándose seguramente a estas horas los conciliábulos y las entrevistas de los patriotas emigrados de cien patrias esclavizadas que esperan del liberalismo inglés, de esta fría, adusta y honesta hospitalidad británica el cobijo que necesitan sus ideales de liberación (1519-1520).

No obstante, su admiración por el liberalismo y la tolerancia británicas no son óbice para que en su obra también aparezcan críticas a Inglaterra, como en un artículo

³⁴⁶ Hay que tener en cuenta que este artículo fue escrito cuando, según Cintas (2011a: 276-278), Chaves colaboraba activamente con el Ministerio de Información británico, encargado de canalizar la información sobre la guerra que salía de Inglaterra. Por tanto, por más que la simpatía de Chaves por los británicos fuese cierta, éste no deja de ser un artículo propagandístico. Cintas (2011a: 278) asegura que Chaves, como responsable en ese momento de la Atlantic Pacific Press Agency, se encargó de la gestión de los artículos que se enviaban a Latinoamérica entre 1941 y 1942.

³⁴⁷ Vemos aquí implícito una vez más el concepto de la *medida de lo humano*.

de 1926 sobre la llegada del *Plus Ultra* a España publicado en el *Heraldo de Madrid*: “Ahora, que a Huelva le llega lo peor de Inglaterra; su fuerza dominadora, su talento de explotación [...]” (11). Asimismo, en un reportaje de 1930 sobre los campamentos de indigentes en Londres tras la Gran Depresión en el que aborda ya los problemas que acarrea la globalización para los trabajadores de los países industrializados, y que es, por lo demás, un ejemplo del excelente criterio con que escogía los temas más representativos de actualidad más trascendentales de cada momento histórico y de lo bien que solía documentar sus reportajes, escribía: “La fórmula inglesa del aislamiento ha fracasado. Esos dos millones de obreros ingleses que no encuentran ocupación son el castigo de la soberbia británica” (906).

No obstante, si damos por acertados todos estos juicios de Chaves sobre Inglaterra, mayoritariamente positivos, no es de extrañar que Rosenberg se encontrara a su llegada a Londres con un ambiente hostil, si no directamente un “deutschfeindliche Stimmung” (ambiente antialemán), como él mismo lo definiría con sorpresa en su diario de viaje (cit. en Kuusisto, 1984: 87). A diferencia de lo ocurrido en un viaje anterior a la toma del poder por los nazis, durante los días que pasó en Londres, en esta ocasión, Rosenberg tuvo la sensación de estar en un país enemigo (*Feindesland*). Y es que el director de la APA había recibido informes de Hans Wilhelm Thost, corresponsal del *Völkischer Beobachter* en Londres desde 1930, llenos de un optimismo que no se correspondía con la realidad, como explica Kuusisto:

Thost wiederum reportierte, das die Stimmungen auf der anderen Seite des Kanals so oft wechselten wie das Wetter. Die Vorgänge in der Sowjetunion und auf den Devisenmärkten hatten nach Meinung Thosts Ende April 1933 bereits „die Krökodilstränen verwischt, die man für die armen Juden Vergoss“. Als dann Rosenberg in nächsten Monat selbst nach London kam, musste er feststellen, dass die „Krokodilstränen“ viel bitteres Salz hinterlassen hatten³⁴⁸ (86).

No obstante, no es extraño que Hitler y Rosenberg confiaran en la posibilidad de establecer buenas relaciones con Inglaterra merced a sus intereses comunes frente a Francia y la Unión Soviética. Según Tampke (2019: 219-220), desde la firma del Tratado de Versalles grupos de intelectuales ingleses protestaron contra la dureza de las condiciones impuestas a Alemania. Hasta tal punto fue así –siempre según Tampke– que cuando en los años treinta Hitler comenzó a incumplir descaradamente el tratado, algunos historiadores británicos “urgieron a aceptar la agresión, basándose en que los reproches de Alemania eran válidos” (220). Asimismo, los sucesivos gobiernos británicos, interesados en restaurar cuanto antes el comercio internacional y el sistema bancario de preguerra –para lo cual era necesaria la recuperación económica de Alemania– redujeron “los pagos debidos” por Alemania, “interrumpieron las

³⁴⁸ “Thost, a su vez, informó de que el estado de opinión al otro lado del canal cambiaba tan a menudo como el clima. Los acontecimientos en la Unión Soviética y en los mercados de divisas, según Thosts, a fines de abril de 1933 ya habían «difuminado las lágrimas de cocodrilo derramadas por los pobres judíos». Cuando al mes siguiente Rosenberg llegó a Londres, se dio cuenta de que las «lágrimas de cocodrilo» habían dejado mucha sal amarga”.

inspecciones militares, aceleraron la retirada de las tropas de Renania y agilizaron la devolución del Sarre” (221). Además, según Tampke, “presionaron a Francia para que se desarmase y abandonase sus alianzas con los países de Europa oriental, mientras mostraban sus simpatías por las ambiciones revisionistas germanas en la región” (221). Asimismo, Noel-Baker (1979: 61) asegura que los fabricantes de armas británicos apoyaban abiertamente el rearme alemán arguyendo la necesidad de que Alemania destruyera a los bolcheviques rusos, y, cuando Hitler comenzó su rearme, no dudaron en venderle tanques y aviones.

En cuanto a la prensa británica, la llegada de Hitler al poder la encontró tan desorientada como lo estaba la española. Kershaw (2004: 49) señala a este respecto:

La mayoría de los periódicos estaban dispuestos a “darle a Hitler una oportunidad” y tenían la esperanza de que las cosas fuesen lo mejor posible, con lo que indicaban implícitamente que podría acabar convirtiéndose en un jefe de gobierno fuerte pero convencional, una vez superada la crisis inicial. Esto se correspondía con el punto de vista que aún sostenía *The Times* de que Hitler era básicamente una persona moderada y decente.

Pero, si bien es cierto que, como explica Kershaw, a la llegada de los nazis al poder, la opinión pública inglesa estaba dividida con respecto a Hitler, y a veces mostraba una “ignorancia profunda” sobre sus intenciones (44); tras los primeros meses de represión contra disidentes y judíos, la antipatía de los ingleses contra los nazis aumentó (como señalará el propio Chaves más adelante); antipatía que, según Kuusisto (1984: 86), ya no se dirigía “gegen das Programm, Versprechungen, Drohungen und die Strassengewalt, sondern gegen Formen der Machtausübung” [“contra el programa, las promesas, las amenazas y la violencia callejera, sino contra la forma en que ejercían el poder”]. Así lo señala también Kershaw (2004: 49), quien indica que las primeras esperanzas acerca de la moderación de Hitler no duraron mucho en Gran Bretaña:

Estas ilusiones no tardaron en esfumarse para gran parte de la prensa, y para la mayor parte de la opinión pública informada por las noticias de los periódicos, durante los dramáticos meses de la consolidación del poder nazi en Alemania. La prensa británica dio amplia información sobre la violencia y la intimidación, los tiroteos, palizas, detenciones y torturas de los adversarios políticos y de los judíos que acompañaron la ampliación implacable del control nazi sobre la totalidad de la sociedad alemana durante los primeros meses de 1933.

No obstante, si bien la repulsa contra la represión que se estaba llevando a cabo en Alemania era generalizada, todavía la mayor parte de la opinión pública consideraba que, “aunque lamentables y repugnantes, los problemas internos alemanes no eran asunto de Inglaterra mientras estos no afectasen a la política exterior” (50). Como veremos a continuación, Chaves no participaba en absoluto de ese estado de opinión y no haría sino advertir de todo lo contrario.

Pero, volviendo a la visita de Rosenberg y a las personas con las que se reunió, su primer encuentro con un alto funcionario británico fue el 8 de mayo. El funcionario en cuestión era Robert Vansittart, subsecretario de Estado del Ministerio de Asuntos

Exteriores británico. Según Kuusisto (1984: 87), “Rosenberg selbst empfand das Gespräch nicht als unbefriedigend, obschon sich die prinzipiellen Differenzen bereits abzeichneten” [“El propio Rosenberg no encontró la entrevista insatisfactoria, aunque las diferencias fundamentales ya eran evidentes”]. Al día siguiente, el ideólogo nazi se reunió con el secretario de Estado británico para Asuntos Exteriores, John Simon, quien le hizo saber a Rosenberg que Alemania acababa de perder en dos meses la simpatía construida en Inglaterra durante diez años. Según Kuusisto, los intentos de Rosenberg de alejar la conversación del tema de la represión contra los judíos y dirigirla hacia los peligros del comunismo fueron en vano (88). Algo más amigable, de acuerdo con Kuusisto, fue la reunión con el secretario de Estado británico para la Guerra, Douglas Hoog, vizconde de Hailsham, quien, no obstante, “drückte jedoch seine Sorge darüber aus, dass die NSDAP aus der SA und ähnlichen Organisationen eine grosse Armee bilden könnte” [“mostró su preocupación de que el NSDAP pudiera construir un gran ejército a partir de las SA y otras organizaciones semejantes”] (88).

Desde ese momento las cosas sólo irían a peor para Rosenberg en Londres. Esa fue la última conversación a alto nivel que tuvo en su viaje. El primer ministro MacDonald se negó a recibirlo y el propio Rosenberg le pidió a la embajada alemana en Londres, según Kuusisto (88), que cesase de todo intento de concertar nuevas reuniones a nivel gubernamental. El resto de sus reuniones, que no tuvieron carácter oficial, fueron con contactos que había establecido en viajes anteriores, como la viuda del ex primer ministro Asquith o el mayor Bray, quien, de hecho, le hizo saber que en adelante no podría ayudarle políticamente debido a la animadversión que las medidas nazis contra los judíos habían despertado en Inglaterra, como recogió en propio Rosenberg en su diario:

[...] was er gehört habe, zwingt ihn, mir mitzuteilen, dass er zwar mir persönlich immer wieder zur Verfügung stehe, aber als einzelner Mann unfähig sei, gegen die immer stärker werdende deutschfeindliche Stimmung anzukämpfen. Politisch könne er mir also unter den heutigen Umständen nicht mehr nützen³⁴⁹ (cit. en Kuusisto, 1984: 88- 89).

Pero lo peor para Rosenberg estaba aún por venir, como explica Chaves a continuación:

Rosenberg comenzó a adorar el santo por la peana, y se fué a colocar solemnemente una corona con la cruz gamada en el cenotafio de White Hall. A la mañana siguiente la corona del “nazi” no estaba allí. Un capitán del Ejército británico la había arrojado al Támesis y la había sustituido con otra cuya inscripción rezaba: “Han combatido por la Libertad. Dios guarde al rey”. Acto seguido se denunció a las autoridades.

Por otra parte, lord Hailsham [sic], ministro de la Guerra británico, hacía casi simultáneamente en la Cámara una declaración terminante contra las pretensiones de Alemania. Rosenberg ha abandonado sus gestiones diplomáticas y ha salido precipitadamente de Inglaterra. La cosa no es tan sencilla como el alemán medio se la imagina (Chaves Nogales, 1933b).

³⁴⁹ “[...] lo que había oído lo obligó a decirme que, aunque está siempre personalmente disponible para mí, como individuo no puede luchar contra el creciente sentimiento antialemán. Políticamente, ya no podía ayudarme en las circunstancias actuales”.

Más allá de la reiterada referencia al “alemán medio” que le sirve para que el lector no pierda de vista lo que ya había expuesto anteriormente en la *sermocinatio*, Chaves introduce la anécdota más representativa de la visita de Rosenberg a Londres a través de un vulgarismo –“adorar el santo por la peana”– que le sirve para no perder el contacto con la cotidianidad, como una especie de toma de tierra. Un uso análogo le daba a los vulgarismos uno de sus maestros, Mariano José de Larra, quien de acuerdo con Lorenzo-Rivero (1977: 73, 75), utilizaba este recurso no sólo para rebajar “la tonalidad establecida por los cultismos, y aun los tecnicismos”, sino también para “rebajar la dignidad de una persona, ciudad u objeto”, o con un “fin satírico”.

En cuanto a la anécdota que tuvo lugar en el cenotafio del soldado caído, en Whitehall, Kuusisto (1984: 89) también la considera representativa y la refiere de la siguiente manera:

Symbolisch für die ganze Reise war das Schicksal jenes Kranzes, den Rosenberg am Cenotaph, dem Gefallenenmahnmal bei Whitehall niederlegte. Die Anhänger der "British Legion" entfernten den Kranz samt Hakenkreuzen und warfen ihn in das schmutzige Wasser der Themse. Der Aussenminister entschuldigte sich zwar, das offizielle Deutschland hatte jedoch keinen Protest gegen die Erniedrigung eingelegt³⁵⁰.

La versión de Chaves es más detallada, aunque no sabemos si más exacta. Es, sin embargo, la misma versión que *Ahora* publicaría en su primera página el 19 de mayo acompañada de una fotografía a toda página de la manifestación con la que los ingleses despidieron a Rosenberg en la estación de Liverpool Street a su partida de Londres que podemos ver a continuación:



Primera página de *Ahora* del 19 de mayo de 1933.

³⁵⁰ “Simbólico de todo el viaje fue el destino de la corona que Rosenberg depositó en el cenotafio, el memorial a los caídos, en Whitehall. Los seguidores de la *British Legion* retiraron la corona con la esvástica y la arrojaron a las sucias aguas del Támesis. El secretario de Estado para Asuntos Exteriores se disculpó, aunque ningún cargo oficial alemán protestó contra tal humillación”.

El texto de la noticia decía así:

LA PRESENCIA DEL DOCTOR ROSENBERG, DELEGADO DE HITLER, DA LUGAR A VARIAS DEMOSTRACIONES ANTIFASCISTAS EN LONDRES.—Los ciudadanos ingleses han aprovechado la breve estancia del doctor Rosenberg para significar su decidida voluntad de oponerse a toda propaganda del fascismo, por medio de actos aislados y colectivos. El gesto de un oficial del Ejército británico, que arrojó al Támesis la corona de flores que el delegado hitleriano había depositado en el Cenotafio, y las manifestaciones de hostilidad verificadas ante la Embajada del Reich, fueron seguidas de una tumultuosa demostración en los alrededores de la estación de Liverpool Street cuando el enviado “nazi” abandonó la capital inglesa. La fotografía reproduce el momento en que varios policías reducen a uno de los manifestantes más exaltados (sin firma, 1933o).

Por lo demás, la versión de Chaves viene a ahondar en su visión de los británicos como demócratas inamovibles y, a su vez, refuerza los conceptos de *fair play* y de civismo británicos a los que ya hemos hecho alusión anteriormente, encarnados en esta ocasión por la persona del oficial que había lanzado la corona nazi al Támesis, la había sustituido por una que honra la lucha de los caídos por la “Libertad” y luego se había denunciado a sí mismo a las autoridades.

En cuanto a la intervención de Hailsham en la cámara alta del Parlamento británico unos días después de su reunión con Rosenberg a la que hace referencia Chaves, Kuusisto (1984: 88) comenta: “Rosenberg konnte Hailsham nicht daran hindern, einige Tage später im Oberhaus eine Rede zu halten, deren die Abrüstung betreffenden Schlussfolgerungen in Deutschland Verärgerung hervorriefen” [“Rosenberg no pudo evitar que Hailsham pronunciara un discurso en la Cámara de los Lores unos días después, cuyas conclusiones sobre el desarme provocaron irritación en Alemania”]. Tras todo ello, como expone Chaves con tono burlón, Rosenberg abandonó “sus gestiones diplomáticas” y salió “precipitadamente de Inglaterra”. Como afirma Kuusisto (1984: 89), la corta duración del viaje aparentemente estaba relacionada con los escasos resultados. No obstante, las conclusiones de Rosenberg sobre el viaje fueron aleccionadoras para los nazis:

Seiner Meinung nach war alles zu vermeiden, »was irgendwie in den Geruch deutscher Propaganda kommen könnte«, und Besuche deutscher Politiker in England seien »in absehbarer Zeit zu unterlassen«. Rosenberg legte seine Eindrücke dahingehend aus, dass das Ausland einen Präventivkrieg gegen Deutschland in Betracht ziehe³⁵¹ (Kuusisto, 1984: 90).

Pero, con esta prudencia de los nazis ya contaba Chaves, quien, definitivamente, los había juzgado con acierto. Así, cierra su crónica con esta advertencia:

Los “nazis” no desesperarán, sin embargo. Hitler, que tantas cosas ha tomado prestadas al comunismo, conoce bien la táctica leniniana de “un paso atrás, dos adelante” —lo que llamaban el realismo genial de Lenin—, y volverá al ataque cuando las circunstancias sean más favorables. De momento el clamor universal contra el despertar del imperialismo germánico y les extorsiones hechas a los judíos han puesto a la opinión frente al nacionalsocialismo, y hay que ser prudentes.

³⁵¹ “En su opinión, debía evitarse todo «lo que pudiera llegar a oler a propaganda alemana», y los políticos alemanes debían abstenerse de visitar Inglaterra «en un futuro próximo». Rosenberg expresó su impresión de que en el extranjero se estaba considerando una guerra preventiva contra Alemania”.

Días atrás, el bizarro Hitler proclamaba en Kiel: “No queremos guerra ni efusión de sangre; [que]remos sólo el derecho a vivir y [a ser]³⁵² libres”.

Veamos ahora cómo “la nación en armas”, por medio de las fuerzas de asalto y protección del nacionalsocialismo, se dispone a vivir y a ser libre sin guerra ni efusión de sangre (Chaves Nogales, 1933b).

Más allá de la clarividencia de Chaves al juzgar las intenciones de Hitler, que, como hemos visto, no eran en absoluto evidentes para la mayoría, así fuera en Inglaterra o en España (o incluso en la propia Alemania), cabe comentar aquí la relación que establece el periodista entre nazismo y comunismo. Ambas formas, que devendrían en totalitarias en Alemania y Rusia respectivamente, eran condenadas por Chaves, que, además, supo ver puntos en común en sus estrategias de asalto a la democracia, que a fin de cuentas era sobre lo que más le interesaba a Chaves advertir a sus lectores. Así, hace referencia el periodista a la consigna leninista³⁵³ “un paso atrás, dos adelante”, que en realidad es el título, alterado por Chaves, de una de las obras más famosas de Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás* (*Шаг вперёд, два шага назад*), publicada en 1904. No sabemos si la alteración del título es intencionada o mera obra del subconsciente del periodista, pero, en cualquier caso, favorece la intención de Chaves, que no es otra que persuadir sobre la rapidez –recuérdese el título de esta crónica– con la que los nazis se estaban preparando para la guerra. Desde luego, sea o no casual, “un paso atrás, dos adelante”, visto con perspectiva histórica, parece ajustarse mucho mejor a la estrategia nazi de los años treinta que la consigna original de Lenin.

Así, tal y como lo anuncia Chaves, Hitler “volverá al ataque cuando las circunstancias sean más favorables”. En este sentido, Golo Mann (1990: 30) asegura que Hitler “hasta julio de 1940 abrigó la esperanza de conseguir atraerse a Inglaterra”; y que “pocos días antes de la declaración de guerra inglesa en 1939, aún había rogado a los británicos que «garantizaran» su imperio, cualquiera que fuera o pudiera ser el significado de esto”. Hay que señalar, además, que el análisis de la situación que hace Chaves en el momento en el que estaba ocurriendo se corresponde exactamente con los análisis posteriores que hemos visto aquí: “De momento el clamor universal contra el despertar del imperialismo germánico y las extorsiones hechas a los judíos han puesto a la opinión frente al nacionalsocialismo, y hay que ser prudentes”.

El periodista era, por tanto, perfectamente consciente de cuál era el discurso de Hitler en ese momento, pues, como ya hemos hecho notar en varias ocasiones, su documentación para los reportajes era excelente. Así, escribía: “[...] el bizarro Hitler proclamaba en Kiel: «No queremos guerra ni efusión de sangre; [que]remos sólo el derecho a vivir y [a ser] libres»”. Pero él no se dejó embaucar, no tenía las dudas que hemos visto que presentaba el secretario del Gabinete británico, compartidas por buena

³⁵² En el original se advierten aquí sendos errores de imprenta.

³⁵³ El término *leninista* no se había hecho común aún y Chaves utiliza en su lugar “leniniana”.

parte de los mandatarios y la opinión pública de toda Europa³⁵⁴. Chaves no sólo no confiaba en Hitler, sino que se disponía a desenmascarar sus verdaderas intenciones. Y lo anunciaba, valiéndose de la ironía, usando las propias palabras de Hitler: “Veamos ahora cómo «la nación en armas», por medio de las fuerzas de asalto y protección del nacionalsocialismo, se dispone a vivir y a ser libre sin guerra ni efusión de sangre”. Este sería el tema al que dedicaría la siguiente crónica, como veremos a continuación.

³⁵⁴ Como explica Kershaw (1998: 440), Hitler tuvo desde el primer momento muy claras sus intenciones con respecto al rearme de Alemania: “La decisión de dar prioridad absoluta al rearme era la base del pacto, basado en el beneficio mutuo, entre Hitler y el ejército que, aunque a menudo inseguro, fue un cimiento claro del Tercer Reich. Hitler estableció los parámetros en febrero de 1933”. Concretamente, el 8 de febrero de 1933, el nuevo canciller proclamaba ante los miembros de su gabinete: “Los próximos cinco años tienen que estar consagrados a la restauración de la capacidad de defensa (*Wiederwehraftmachung*) del pueblo alemán” (cit. en Kershaw, 1998: 438).

4.3. Análisis de la crónica “Cómo están organizadas las fuerzas de asalto y protección del nacionalsocialismo”

El tema principal de esta crónica, publicada el día 17 de mayo, es, como el propio titular indica, las fuerzas de asalto –es decir, la *Sturmabteilung* (SA), generalmente traducido como *Sección de Asalto*– y las fuerzas de protección –esto es, la *Schutzstaffel* (SS) o *Escuadra de Protección*– nazis. No obstante, la crónica puede enmarcarse en ese primer grupo (ya mencionado en el apartado 3.4) que Chaves dedica a intentar demostrar que Alemania se estaba preparando para una nueva guerra.

4.3.1. ¿Cuántos soldados tiene Alemania?

En ese sentido se entiende este primer apartado de la crónica, en el que el periodista, bajo el ladillo “¿Cuántos soldados tiene Alemania?”, introduce el argumento principal de la crónica: esto es, que las SA y las SS, junto con otros grupos militarizados, constituían en sí mismas un ejército, que, además, podía ser la base para la construcción de otro mayor. Así, utiliza la pregunta del ladillo para despertar la curiosidad del lector y comienza el texto satirizando las reivindicaciones y aspiraciones militaristas de Alemania:

Las potencias aliadas se empeñan en que Alemania no tenga más que cien mil soldados. “¿Qué se puede hacer con cien mil soldados nada más?” –preguntan con tono de desolación los alemanes. Y sus representantes diplomáticos –lo mismo los de antes que los de ahora– se van a Ginebra a pordiosear y gemir. ¿Cómo es posible que un país que se estime no tenga más que esa ridícula cifra de buenos mozos a los que alimentar, vestir con vistosos uniformes y calzar con recios zapatos? (Chaves Nogales, 1933c).

Tanto en el apartado 4.1 como en el 4.2 hemos expuesto las condiciones impuestas a Alemania en el Tratado de Versalles (artículo 160) sobre el tamaño de su ejército, así como los temores de algunos representantes aliados, como el mariscal Foch, acerca de la posibilidad de un rearme alemán. Asimismo, hemos visto (apartado 4.2) la posición de Alemania durante la Conferencia de Desarme de Ginebra, donde los representantes diplomáticos alemanes iban a “pordiosear y a gemir”, según la representación paródica que Chaves construye en este párrafo, así como las artimañas utilizadas para intentar sortear las condiciones del tratado incluso durante la República de Weimar. En cuanto a la postura de los nazis respecto de las restricciones sobre el ejército impuestas por lo que ellos llamaban el *dictado de Versalles*, Hitler consideraba que se había obligado al pueblo alemán a “entwaffnet dahinleben” [“vivir desarmado”] (1926: 873), privado de la institución que garantizaba su *independencia*:

Daß sich die Wut der internationalen Volksausbeuter zu Versailles in erster Linie gegen das alte deutsche Heer richtete, laßt dieses erst recht als Hort der Freiheit unseres Volkes vor der Macht der Börse erkennen. [...] Was das deutsche Volk dem Heere verdankt, läßt sich kurz zusammenfassen in ein einziges Wort, nämlich: Alles³⁵⁵ (725).

Por otra parte, dentro de esa representación paródica que acabamos de mencionar, Chaves vuelve a introducir la intervención de, al menos, un personaje arquetípico. Es posible que el entrecomillado que aparece en el texto sea una cita textual que no hemos logrado identificar, o bien, que se trate de una declaración ficticia. Por el contrario, en cuanto a la segunda pregunta que plantea Chaves en el texto, no cabe duda: se trata de una *sermocinatio* que el periodista utiliza como recurso para exponer la posición nazi, aunque en esta ocasión está formada por un brevísimo monólogo: en concreto, por una queja en forma de pregunta retórica, que, esta vez sí, tiene como función parodiar al fingido emisor, función con la que, como hemos visto en el apartado 4.2, a veces la utilizaba su colega Julio Camba³⁵⁶. De hecho, si consideramos el entrecomillado una intervención ficticia y lo colocamos junto a la otra pregunta, el conjunto no sólo resulta coherente, sino que puede atribuírsele a un mismo emisor arquetípico imaginado por Chaves, en lo que resultaría ser un texto ficticio de *vocación veredicente*, según la terminología de Albert Chillón que hemos visto en el apartado 4.2: “«¿Qué se puede hacer con cien mil soldados nada más?» [...] ¿Cómo es posible que un país que se estime no tenga más que esa ridícula cifra de buenos mozos a los que alimentar, vestir con vistosos uniformes y calzar con recios zapatos?”. Introduce aquí el periodista, además, una caricatura dentro de otra caricatura. En la parodia de la postura alemana ante los aliados con respecto a las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles a su ejército, inserta una parodia del militarismo alemán, al que reduce, por medio de la metonimia, a un supuesto gusto germano por la abundancia de “buenos mozos a los que alimentar, vestir con vistosos uniformes y calzar con recios zapatos”³⁵⁷. No sin ironía, atribuye a continuación estos fetiches militaristas al nacionalismo romántico alemán, ligado al militarismo prusiano³⁵⁸:

³⁵⁵ “El hecho de que la ira de los explotadores internacionales de Versalles se dirigiera principalmente contra el antiguo ejército alemán señala a éste, más si cabe, como un refugio de libertad para nuestro pueblo ante el poder de la bolsa. [...] Lo que el pueblo alemán le debe al ejército se puede resumir brevemente en una palabra, a saber: todo”.

³⁵⁶ Ver Llera (2004: 46, 144).

³⁵⁷ Ya hemos visto en el apartado 4.1 cómo Chaves parodiaba el gusto del “ario puro” por los uniformes “impresionantes”. Asimismo, en el apartado 2.3, hemos visto cómo el periodista hacía referencia en “La vuelta a Europa en avión” al gusto por los uniformes de las asociaciones “adictas” a la República de Weimar: “[...] en cuanto tienen un pretexto, los miembros de estas agrupaciones se ponen un uniforme, y si no un uniforme completo, algo que los recuerde” (1929: 98-99); o cómo se burlaba en su cuento “¡Viva la muerte!” de las ínfulas con las que los falangistas aparentaban ser militares. En este sentido, Muñoz Molina, no en vano, ha caracterizado a Chaves Nogaes como un hombre sin uniforme: “En una época en la que casi todo el mundo da por supuesto que solo se puede agitar el puño cerrado o levantar la mano abierta, vestir camisa despechugada de nazi o mono postizo de obrero, Chaves vindica su apostura no heroica de pequeño burgués, de hombre con camisa y corbata” (2011: 8).

³⁵⁸ La influencia que el Ejército tenía sobre la sociedad Alemana en general era muy grande y se manifestaba en la vida cotidiana de muy diversas formas, según Evans (2003: 40). En cuanto a Prusia,

Pero ésta es una de las más puras manifestaciones del romanticismo alemán, porque sus reclamaciones son puramente desinteresadas y románticas. Quiéranlo o no el Tratado de Versalles y la Sociedad de Naciones, Alemania no tiene cien mil soldados, ni doscientos mil, ni un millón: tiene sesenta millones de soldados. Los franceses se pasan la vida regateándole a Alemania este centenar de guardias o aquel millar de policías, pensando que con este regateo hacen alguna mella en sus efectivos militares a un país que, si en algo es rico, fabulosamente rico, es en eso: en soldados. Mientras en Ginebra discuten si la Reichswehr³⁵⁹ tiene efectivamente cien mil hombres o cien mil uno, cualquiera que ande unos días por Alemania y vea las manifestaciones callejeras y las paradas de los “nazis” y los “cascos de acero”, hará fatalmente el cálculo de que en filas Alemania tiene muy cerca de un millón de hombres (Chaves Nogales, 1933c).

Vemos, en efecto, la ironía de Chaves al insinuar razones meramente estéticas en las reclamaciones alemanas sobre el tamaño de su ejército, que, según el periodista, contaba en realidad con sesenta millones de soldados, es decir, prácticamente el total de la población alemana³⁶⁰. Esta afirmación la complementa Chaves con un pie de foto que acompaña a dos imágenes en las que se puede observar, respectivamente, a un grupo de jóvenes que desfilan con el torso desnudo en formación de a cuatro y a otro grupo de hombres mayores que, ataviados con pajarita y chistera, hacen lo propio llevando al hombro un fusil. El pie de foto dice así:

Contra todas las restricciones del Tratado de Versalles, Alemania tiene un ejército de sesenta millones de hombres, tantos como alemanes. Viejos y jóvenes, lo mismo los audaces deportistas que los prudentes y graves varones de las viejas ciudades, todos tienen el mismo gusto por la parada militar; todos caminan marcando el paso hacia el ideal de la Gran Alemania (Chaves Nogales, 1933c).

De nuevo aparecen aquí dos figuras que Chaves ya había presentado en la primera crónica: los “audaces deportistas” y los “graves varones de las viejas ciudades”, es decir, los nazis descamisados y los maestros de artes y oficios del *Gasthof*. Insiste aquí el periodista, por otra parte, en el gusto de estos alemanes “por la parada militar”, el mismo que ya había detectado en su primer viaje a Alemania, en 1928 (ver nota 357), y del que ya hemos hablado en el apartado 4.1. Asimismo, añade la metáfora de la marcha marcial “hacia el ideal de la Gran Alemania”, enlazando así el militarismo alemán con el expansionismo nazi, representado en el concepto de *Großdeutschland*, sobre el que ya hemos tratado ampliamente en el apartado 4.2.

En cualquier caso, los motivos de Alemania eran más que románticos. Como señala Noel-Baker (1979: 64), no sin cierto reduccionismo, “essentially Hitler was the creature of the vested armament interests, whose purpose was simple but terrible—to smash the League of Nations and re-arm Germany”. No obstante, se entiende que la afirmación de Chaves tiene por intención parodiar el militarismo alemán y otorgarle a su argumento un toque sensacionalista que provocara sorpresa en el lector.

resulta revelador el conocido comentario que en el siglo XVIII hizo el conde de Mirabeau: “Prusia no es un Estado con un ejército, sino un ejército con un Estado” (cit. en Lozano, 2008: 124).

³⁵⁹ “Reichswehr” en el original. En cualquier caso, Chaves se refiere a las fuerzas armadas alemanas, que en 1935 pasarían a denominarse *Whermacht*.

³⁶⁰ La población de Alemania en 1933 rondaba los 65 millones de habitantes (sin firma, 2019b).

Precisamente, esa misma impresión parece querer causar la cadena de negaciones en este enunciado: “Quiéranlo o no el Tratado de Versalles y la Sociedad de Naciones, Alemania no tiene cien mil soldados, ni doscientos mil, ni un millón: tiene sesenta millones de soldados”. La concatenación innecesaria de negaciones de la veracidad de unas cifras ascendentes, al crear un efecto de *crescendo*, resalta el tamaño de la cifra final. Por otra parte, cuando Chaves hace referencia al Tratado de Versalles y a la Sociedad de Naciones, probablemente se refería a la Comisión de Control Militar Interaliada (IAMCC en inglés), encargada de velar por el cumplimiento de los sesenta y dos artículos del tratado relativos al desarme alemán, según Tampke (2019: 165), y a la Conferencia de Desarme de Ginebra, sobre la que ya hemos hablado en el apartado 4.2. Probablemente es en el marco de dicha conferencia y en el de las condiciones del propio Tratado de Versalles donde hay que colocar la afirmación de Chaves: “Los franceses se pasan la vida regateándole a Alemania este centenar de guardias o aquel millar de policías”.

Acto seguido, el periodista expone con claridad la tesis principal de esta crónica: es decir, que Alemania es “un país que, si en algo es rico, fabulosamente rico, es en eso: en soldados”. Y, al igual que hacía en la crónica anterior, vuelve a darle verosimilitud a su afirmación asegurando que se trata de una evidencia para cualquiera que, como él, pasase unos días en Alemania y presenciara “las manifestaciones callejeras y las paradas de los «nazis» y los «cascos de acero»”. Quien hiciera tal cosa, según Chaves, descubriría que Alemania tenía “muy cerca de un millón de hombres” preparados para la guerra. Y, a continuación, hace un desglose detallado de esa cifra:

Por referencias verbales, de las que no respondo, pero que deben aproximarse bastante a la verdad, en Alemania existen hoy los siguientes soldados, auténticos soldados, con una preparación militar y una vida de cuartel más intensas que las que puedan llevar, por ejemplo, los soldados en filas de la República Española.

Ejército y Policía, 200.000 hombres; tropas de asalto y protección del nacionalsocialismo, 400.000; Cascos de Acero, 200.000; trabajadores voluntarios, 200.000; otras organizaciones premilitares, 100.000 (Chaves Nogales, 1933c).

En primer lugar, cabe destacar el rigor que muestra Chaves en lo referente a la fiabilidad de sus fuentes. Como ocurre aquí, si considera que su fuente no es completamente fiable, o bien, si la información de ésta no es contrastable, advierte de ello al lector. En este caso, le da credibilidad a las cifras de las que le han hablado, pero, honestamente, no puede asegurar que sean exactas. Sin embargo, sí da fe, porque de ello sí ha sido testigo –como veremos en el análisis de la siguiente crónica–, de que el adiestramiento militar y la rutina cuartelaria de los hombres a los que se refiere son “más intensas que las que puedan llevar, por ejemplo, los soldados en filas de la República Española”. De nuevo vemos aquí un recurso recurrente en estas crónicas: la aproximación al lector de la realidad alemana a través de la comparación con una realidad más próxima a éste, en este caso, la vida de cuartel de los soldados españoles.

En cuanto a los datos que ofrece Chaves, la cifra de 200.000 hombres que sumarían el ejército y la policía es coherente con los términos del Tratado de Versalles, que, como ya hemos visto, limitaba en su artículo 160 el número de soldados alemanes a 100.000, y en su artículo 162 preveía un número de policías semejante al que tuviera el Imperio alemán antes de la guerra más un aumento proporcional al crecimiento de la población. No obstante, de acuerdo con Tampke (2019: 167), el general de brigada británico J. H. Morgan denunció en dos artículos publicados en *The Times* en 1921 que el ejército alemán contaba con “personal, uniformes y armamento suficientes para 800.000 hombres”, aunque lo cierto es que sus compatriotas del IAMCC aseguraban que en 1920 Alemania ya había reducido sus tropas hasta 100.000 soldados. En cuanto a la policía y su inclusión en la cuenta de Chaves, Evans (2003: 40) explica que, debido a que los oficiales del ejército alemán tenían tras su retirada derecho a ocupar un puesto de funcionario, la mayoría de policías eran “ex soldados que habían sido socializados en el Ejército y se comportaban de acuerdo con la disciplina castrense a la que se habían habituado”. Por otra parte, Chaves probablemente no incluye en la cifra de policías a la “policía auxiliar” (*Hilfspolizei*) creada por Göring en febrero de 1933 e integrada por cuadros de las SA –recuérdese al acompañante del *Schupo* en la primera crónica de Chaves–, las SS y los *Stahlhelm* (Cascos de Acero), utilizada para ayudar a la policía en la represión política (Bessel, 1986: 4), puesto que el periodista ofrece aparte cifras de estas organizaciones. En cualquier caso, según Koehl (2000: 87), el número de efectivos de esas fuerzas auxiliares en Prusia era de 50.000, casi la misma cantidad que el número de policías de dicho estado: 54.712. Teniendo en cuenta que Prusia ocupaba prácticamente la mitad del territorio total de Alemania, no es descabellado pensar que la cifra total de policías con los que contaba Alemania rondaría los 100.000 hombres. Por tanto, teniendo esto en cuenta y, si confiamos en las cifras sobre el ejército alemán que daba el IAMCC, el total de 200.000 efectivos entre policía y ejército al que se refiere Chaves no debía diferir en mucho de la cifra real de miembros que oficialmente pertenecían a dichas entidades.

Tampoco difería mucho de la realidad la cifra que el periodista ofrece sobre la SA y las SS. Las cifras varían según los autores, pero la mayoría están cerca de las que ofrece Koehl (2000: 103): “Tanto las SS como la SA doblaron sus contingente entre el 30 de enero y mayo de 1933: las SS pasaron de 50.000 a más de 100.000³⁶¹ hombres, la

³⁶¹ Una evolución similar explica Lozano (2008: 117), quien asegura que en enero de 1933 las SS tenían 50.000 miembros, mientras que a finales de ese mismo año alcanzó los 200.000. Por su parte, Aycard y Vallaud (2013: 91) hablan de “Himmler, el hombre que ha hecho pasar a las SS de 300 miembros en 1929 a 50.000 en 1933”. Algo semejante explica Lumsden (1997: 33), quien señala que los miembros de las SS se quintuplicaron durante 1932, pasando de 10.000 a 50.000. Y Weale (2010: 105), como Koehl, asegura: “Nada más llegar los nacionalsocialistas al poder se habían multiplicado las solicitudes de ingreso en las SS; entre los meses de enero y mayo de 1933 el número de miembros había pasado de cincuenta mil a cien mil”.

SA pasó de 300.000 a unos 500.000³⁶², antes de sumárseles las unidades del *Stahlhelm*³⁶³. De acuerdo con esto, la suma de Chaves, 400.000 hombres, se quedaría corta en el momento de la publicación de la crónica, cuando, según las cifras de Koehl, las SA y las SS sumarían un total de 600.000 hombres en conjunto. Aunque, si tenemos en cuenta que en enero sumaban, según Koehl, 350.000 miembros y que Chaves debió obtener esa información en el mes de abril, la cifra de 400.000 no resulta en absoluto descabellada para ese momento.

En cuanto a los Cascos de Acero (*Stahlhelm*), por el contrario, la cifra que brinda Chaves, 200.000 hombres, no parece tan fidedigna como las anteriores si hemos de confiar en Koehl (2000: 100), quien explica la descomposición de dicha organización durante 1933 y ofrece cifras de tres subgrupos de 500.000, 450.000 y 1.500.000 hombres respectivamente, que, sumadas, darían un total de 2.450.000 miembros; cifra más de diez veces mayor que la que ofrece Chaves, pero que es coherente con el repentino aumento que, según otros autores, como Lozano (2008: 439), experimentó el número de miembros de las SA (que alcanzó los tres millones) la segunda mitad de 1933, tras la absorción del *Stahlhelm*. Así desglosa Koehl (2000: 99-100) esa transferencia:

[...] el *Stahlhelm* se quedó prácticamente vacío en julio, cuando el *Wehrstahlhelm* (todos los menores de treinta y cinco años) se organizó como unidad aparte, a las órdenes de Röhm. El 31 de octubre de 1933 esta unidad se disolvió como tal y su contingente, medio millón de hombres, se sumó a las filas de la SA. El 1 de diciembre, el *Kernstahlhelm* (el cogollo del Casco de Acero) que quedaba se dividió en dos grupos: una unidad de 450.000 hombres conocida como la Reserva I de la SA (hombres entre treinta y cinco y cuarenta años, la mayoría veteranos) y un grupo mayor de 1,5 millones conocido como Reserva II de la SA.

Otras fuentes también mencionan cifras mayores que la de Chaves, aunque no tan altas ni tan concretas como las de Koehl. Así, por ejemplo, Aycard y Vallaud (2013: 330-331) aseguran que los Cascos de Acero “decían tener un millón de miembros, aunque sus adversarios los estimaban en la mitad”; mientras que Evans (2003: 103-104) explica que “a mediados de la década de 1920, los Cascos de Acero se ufanaban de contar con 300.000 afiliados”, y en otro lugar habla de “las fuerzas unidas de unos tres cuartos de millón de camisas pardas y cascos de acero” (326). Sea como fuere, esta asociación de excombatientes de la Primera Guerra Mundial era la más numerosa de las organizaciones paramilitares durante la República de Weimar, y aún en 1933. Fundados y dirigidos por Franz Seldte, que en 1933 era ministro de Trabajo en el gobierno de

³⁶² Benz (2006: 117) describe una evolución similar de las SA: “En 1921 pertenecían a ellas unos 300 hombres, y en 1923, 1.500 miembros de las SA participaron en el intento de golpe de Estado de Hitler. Vestidos con camisas marrones, brazaletes y botas, el número de hombres de las SA ascendió en 1932 a 420.000, y alcanzó su punto culminante a principios de 1934 con 4,2 millones”. Kershaw (1998: 408) habla de 400.000 guardias de asalto a finales de 1932. Lozano (2008: 439), por su parte, ofrece la siguiente relación de la evolución del número de miembros de las SA: 1931, 100.000; 1932, 291.000; 1933, 425.000; 1934, 3.000.000 (tras la absorción de los Cascos de Acero).

³⁶³ Acerca de la absorción de los Cascos de Acero por parte de las SA y de cómo Chaves lo predijo, hablaremos en el apartado 4.11.

Hitler, los Cascos de Acero reclamaban “la restauración del antiguo sistema imperial por el que habían luchado” (Evans, 2003: 103). Si bien compartían algunos aspectos de la ideología nazi, como el odio a la Constitución de Weimar, no renunciaban a la restauración de la dinastía Hohenzollern y consideraban a Hitler, dadas las circunstancias, un medio inevitable para alcanzar ese fin³⁶⁴, como explicaría Chaves en sus crónicas del 18 y del 28 de mayo. Sin embargo, como el propio Chaves (1933d y 1933l) haría notar en dichas crónicas, no podían estar más equivocados. Su disolución a lo largo de ese año y su integración en las SA, culminada en diciembre, le darían la razón al periodista sevillano.

En cuanto a los trabajadores voluntarios, a los que Chaves les dedicaría las dos crónicas siguientes, publicadas el 18 y 19 de mayo, respectivamente, la cifra de 200.000 hombres que el periodista ofrece se acerca bastante a la cifra de 220.000 hombres (y 7.347 mujeres) que Oschlies (2004) asegura que pasaban mensualmente por los campos de trabajo del *Freiwillige Arbeitsdienst* (FAD), el Servicio de Trabajo Voluntario, institución creada en 1931 sobre la que hablaremos con más detenimiento en los apartados 4.4 y 4.5.

Por último, Cuando el periodista hace referencia a “otras organizaciones premilitares”, cuyo número de miembros estima en 100.000, podría estar refiriéndose a las Juventudes Hitlerianas (*Hitlerjugend*, HJ), cuyo número de miembros a principios de 1933 rondaba esa cifra, según Grunberger (1971: 292), quien, por otra parte, indica que dos años más tarde el número de miembros de dicha organización era treinta y cinco veces mayor. Sin embargo, Chaves también podría estar refiriéndose a dos organizaciones que, si bien combatían a los nazis, no dejaban de ser organizaciones paramilitares³⁶⁵, la *Rote Frontkämpferbund* (Liga de Combatientes del Frente Rojo) comunista y la *Reichsbanner Schwarz-Rot-Gold* (Bandera del Imperio Negra, Roja y Oro) socialista, “que proclamaba su fidelidad a la República incorporando a su nombre los colores de su bandera, aunque unidos a la idea mucho más ambivalente del Reich”, según Evans (2003: 106), quien asegura que dicha organización contaba con más de 200.000 hombres en 1932 (326). Por tanto, teniendo solamente en cuenta los hombres de la *Reichsbanner*, sin sumar los miembros de la *Rote Frontkämpferbund*, la cifra ya duplicaría la que ofrece Chaves.

³⁶⁴ “Estamos cerrándole el paso a Hitler”, dijo Seldte tras ocupar su cargo en el Gobierno de Hitler; a lo que otro dirigente del *Stahlhelm*, Deusterberg, le contestó que “acabaría huyendo por los jardines del ministerio en calzoncillos para eludir su detención” (Kershaw, 1998: 419).

³⁶⁵ Como comenta Grunberger (1971: 150), la *Militärfront* (reverencia por lo militar) alemana, se manifestó durante los años veinte y comienzos de los treinta en la existencia de numerosas organizaciones para militares que, como señala Evans (2003: 106) “desfilaban por las calles y se enfrentaban entre ellos en brutales escaramuzas” durante la República de Weimar, en “una atmósfera general de violencia y agresividad de la vida política”.

Una vez ofrecidos esos datos, el periodista rebate la postura oficial nazi frente a los que denunciaban el carácter militar de las organizaciones mencionadas:

Oficialmente el Gobierno alemán ha declarado que las tropas de asalto y protección de los “nazis”, así como los “cascos de acero”, no pueden ser consideradas como organizaciones militares, y que el Ministerio de la Guerra las ignora absolutamente, pero se ha demostrado hasta la saciedad el valor militar de estas tropas, su cohesión y la facilidad y rapidez con que pueden ser movilizadas sin ninguna intervención gubernamental. Se ha comprobado también que la instrucción militar que se da a estas tropas es exactamente igual a la que reciben los soldados regulares, y que en ella se incluye el manejo del fusil, la pistola, la ametralladora y el lanzamiento de granadas (Chaves Nogales, 1933c).

Las declaraciones a las que hace referencia Chaves se produjeron en el contexto de la Conferencia de Desarme de Ginebra, cuando la delegación inglesa, el 28 de abril, propuso, con el apoyo de Francia, que Alemania pudiera tener un contingente de 200.000 soldados siempre y cuando se prohibiera toda organización paramilitar en el país³⁶⁶. El ministro “de la Guerra” –en realidad, *Reichswehrminister* (ministro de Defensa o del Ejército)–, Werner Eduard Fritz von Blomberg, uno de los halcones alemanes en la Conferencia de Desarme (como hemos visto en el apartado 4.2), respondió a la propuesta británica “coléricamente” en público (Kershaw, 1998: 484), irritado por la vinculación de dichas organizaciones a la *Reichswehr*. Blomberg era muy celoso de la independencia del Ejército y de que éste no tomara parte en la represión política que estaba teniendo lugar, ni, en general, en la política interna alemana (357).

No obstante, Chaves insiste en que esas organizaciones tenían un carácter militar: “[...] se ha demostrado hasta la saciedad el valor militar de estas tropas, su cohesión y la facilidad y rapidez con que pueden ser movilizadas sin ninguna intervención gubernamental”. Si bien es cierto que la función de la SA oscilaba entre la agitación y la represión política según las necesidades del NSDAP durante la toma del poder y la consolidación del mismo³⁶⁷, no es menos cierto que su líder, Ernst Röhm, aspiraba a convertirla en “una milicia armada o «ejército popular» que colaborara con el regular o que incluso lo absorbiera” (Overy, 2010: 94). De hecho, esa ambición de Röhm³⁶⁸ fue una de las causas del declive de las SA y el ascenso de las SS

³⁶⁶ Los temores de Chaves eran compartidos por una parte de la opinión pública francesa. El 2 de febrero de 1933, el corresponsal de *El Sol* en París citaba el siguiente párrafo extraído del diario francés *Le Temps*: “Si, como se prevé, las tropas de asalto de Hitler y las formaciones del Casco de Acero quedan integradas, en un porvenir próximo, en una u otra forma, dentro de las fuerzas del Reich, nos encontraremos en presencia de una situación que constituirá una violación manifiesta de las cláusulas militares del Tratado de Versalles, que alterará enteramente los elementos del problema del desarme tal como se plantea actualmente en Ginebra” (cit. en sin firma, 1933b).

³⁶⁷ Acerca de la variada actividad represora de la Sección de Asalto hay innumerables testimonios, pero baste como ejemplo el testimonio de Haffner (1939: 117) sobre las acciones de sus miembros en Berlín en febrero de 1933: “[...] sus brigadas de asalto irrumpían regularmente en los mítines de otros partidos, asesinaban de uno a dos adversarios políticos casi a diario y un día incendiaron toda la casa de una familia socialdemócrata que vivía en las afueras de Berlín”.

³⁶⁸ Según Lepage (2016: 217), a principios de 1934, una vez asentado el poder nazi, la SA se habían convertido para Hitler en “a threat to civil order, a rival to the regular Army, an embarrassment for the NSDAP, a challenge to Hitler’s own power, and a superfluous financial burden”.

(organización más útil al partido una vez consolidado el poder), proceso que culminó el 30 de junio de 1934 con la Noche de los Cuchillos Largos (*Nacht der langen Messer* o *Röhm-Putsch*) que supuso la drástica reducción del tamaño de la SA y su práctica irrelevancia, además de la ejecución de sus principales líderes, incluido Röhm (ver Kershaw, 1998: 502-507). En cuanto a las SS, si bien sus principales funciones eran represivas y organizativas, en 1939 se crearía una sección dentro de las mismas, las *Waffen-SS*, cuya función era principalmente militar (ver Weale, 2010: 205-2016).

En cuanto al entrenamiento en el “manejo del fusil, la pistola, la ametralladora y el lanzamiento de granadas” del que habla Chaves, en efecto, según Lepage (2016: 162), la SA tenía depósitos secretos de armas, y usaba con cierta discreción en sus entrenamientos “small-calibre rifles, hunting weapons, military pistols, rifles, grenades, and machine guns”. No obstante, el propio Lepage (2016: 141), asegura que, por lo general, las armas utilizadas por la SA en sus acciones públicas eran las habituales de una banda criminal (“a criminal fraternity”): porras de goma (*Knüppeln*), cadenas y palancas de hierro, cuchillos...

En cuanto a la capacidad de movilización de la SA a la que hace mención Chaves, cabe señalar la existencia dentro de las unidades especiales (*Sondereinheiten*) de la SA de una unidad motorizada, la *Motor Sturmabteilung* (MSA), creada en abril de 1930 y encargada, entre otras cosas, de transportar en camiones rápida y eficazmente a los *camisas pardas* allí donde el partido los necesitara³⁶⁹. Por otra parte, como apoyo a la argumentación de Chaves, en la parte superior izquierda de la crónica aparece la imagen de un camión silueteado que se adentra en el cuerpo del texto cargado de “camisas pardas” al que acompaña el siguiente pie de foto:

Así actúan “políticamente” las tropas de asalto de Adolfo Hitler. Rápidamente movilizadas, merced a sus medios propios de transporte –camiones y motos–, los “camisas pardas”, en grupos de veinte o treinta se lanzan desde sus cuartelillos a intervenir o a provocar las manifestaciones callejeras, que han hecho enmudecer a todos los adversarios políticos de los “nazis” (Chaves Nogales, 1933c).

El propio Chaves, haría mención en su crónica del 25 de mayo a esos camiones de las SA que cruzaban las calles de Berlín y al miedo que causaban en la población berlinesa, del que quizá él mismo fuera testigo:

[...] empezaron a cruzar las calles unos camiones cargados de “camisas pardas” que iban no se sabía adónde; de cuando en cuando dos “nazis” se acercaban a un caballero de ojos negros y manos largas y le invitaban secamente a que les acompañase; otras veces se veía formarse un pequeño revuelo en la acera de enfrente –¡las calles berlinesas son tan anchas!– y se sabía vagamente que unos transeúntes estaban golpeando a otro (Chaves Nogales, 1933i).

No obstante, como ya hemos dicho (ver nota 367), la actividad agitadora y represiva de la SA no sólo se ceñía a provocar altercados y a boicotear manifestaciones de sus enemigos políticos. A partir de febrero de 1933, los *camisas pardas*, junto a las

³⁶⁹ Ver Lepage (2016: 164).

SS, se entregaron con especial dedicación a la violencia política, y aparte de las habituales palizas a sus enemigos políticos, comenzaron a detenerlos, torturarlos y asesinarlos, ya fuera en sus locales (*Sturmlokale*) –que “a menudo eran las habitaciones traseras o los almacenes de tabernas normales”, según Kellerhoff (2006: 23)– o en los campos de concentración que comenzaron a abrir con ese fin (ver Lumsden, 1997: 36).

En cuanto a la instrucción que recibían los miembros de la SA y de las SS de la que habla Chaves, es revelador el estudio de William S. Allen (1984) acerca del ascenso del nazismo en la pequeña ciudad prusiana de Northeim³⁷⁰. Así, por ejemplo, cuenta Allen: “Era un secreto a voces que las SA recibían formación militar (sobre todo instrucción básica) todos los viernes por la noche en la Feria del Ganado, cuyo propietario les dejaba usar las habitaciones sin cobrar alquiler” (Allen, 1984: 120). Y un poco más adelante añade:

Ya en otoño de 1932, los miembros de las SA de Northeim realizaban unas completas maniobras públicas en un bosque cercano, seguidas de un “Baile de las Maniobras”. A finales de 1932 estaban instituidos los cursos de adiestramiento [...]. En pocas palabras, a finales de ese año, las SA de Northeim, compuestas ante todo por jóvenes hijos de granjero, se habían desarrollado hasta ser un instrumento formidable: bien adiestradas, equipadas y acuarteladas, llenas de ánimo y bajo la disciplina de hierro del Partido Nazi (121-122).

Asimismo, para el 17 de septiembre de 1932 se anunció en la localidad una “Gran Velada de Marcha Militar” que incluía una “Demostración deportiva de las SS”. Según Allen (1984: 194), dicha “demostración deportiva” resultó ser “una exhibición de lo que eufemísticamente se llamaban «deportes de defensa», es decir, ejercicios militares”. Y, con la llegada de 1933, esos ejercicios militares disfrazados de espectáculo no hicieron sino aumentar, incluyendo “una batalla de tanques simulada” o “una carrera con mochila de veinticinco kilómetros” en la que tomaron parte la SA, las SS y los Cascos de Acero (296). Teniendo todo esto en cuenta, parece que la información de Chaves es fidedigna: “Se ha comprobado también que la instrucción militar que se da a estas tropas es exactamente igual a la que reciben los soldados regulares”, escribía el periodista. Además, a principios de los años veinte los miembros de la SA recibieron algún apoyo del ejército, que les permitía entrenar con armas y les proporcionaba adiestramiento militar de forma clandestina (Lepage, 2016: 89-90). No obstante, Hitler defendía en *Mein Kampf* (1926: 1377) que el adiestramiento de los miembros de la SA no debía tener propósitos militares, sino ajustarse a los intereses del partido. Tan sólo le interesaba como milicia política. Como ya hemos visto, por el contrario, la idea de Röhm era convertir la SA en una fuerza militar, pero no tuvo ocasión de materializarla.

³⁷⁰ Emplazada en el antiguo Reino de Hannover, muy cerca de Gotinga, con una población de diez mil habitantes, su tamaño era similar al de alrededor de otras mil ciudades alemanas de la época, en las que vivían uno de cada siete alemanes, aproximadamente (Allen, 1984: 23). De modo que su caso resulta bastante representativo.

Finalmente, Chaves cierra este apartado de la crónica de forma coherente con su concepción del periodismo ya enunciada en otras ocasiones, según la cual, sólo debe reclamarse la atención del lector para “contarle algo, informarle de algo”, en lugar “sentar plaza de mixtificador” (Chaves Nogales, 1929: 18-19), como vimos en el apartado 4.2. En consonancia con esto, así le presenta al lector el siguiente apartado: “Para que cada cual piense lo que quiera, he aquí algunos datos sobre la organización de las fuerzas de asalto y protección del nacionalsocialismo” (Chaves Nogales, 1933c).

4.3.2. El correligionario aquí y allí

Pero antes de ofrecer más datos, el periodista abre un paréntesis para poner al lector en situación. Bajo el ladillo “El correligionario aquí y allí”, de nuevo utiliza el recurso de la comparación con realidades que le son próximas al lector con un fin desmitificador, como hemos visto en apartados anteriores. Así, escribe:

Un “nazi” es, sencillamente, un afiliado político; como si dijéramos un miembro del partido radical. Pues bien; imagínense que un buen día este hombre que cree en don Alejandro Lerroux – o bien en don Antonio Goicoechea– y espera un destinillo o una concejalía si triunfan sus ideas recibiera una “instrucción” en la que su jefe político le advirtiera de la necesidad en que estaba, si quería continuar en el partido, de “entrenarse en ejercicios gimnásticos y excursiones obligatorias, así como aprender a caminar durante la noche campo traviesa, sin planos ni itinerarios, orientándose sólo, por la posición de las estrellas”. Imagínense cuál sería la estupefacción de nuestro hombre lerrouxista, radical socialista o filofascista de Goicoechea cuando le dijese que tenía que aprender el manejo de las armas y debía hallarse siempre dispuesto a morir luchando por la causa. Cuál no sería su disgusto cuando tuviese que pagar ocho o diez pesetas por asistir a los mítines del partido y hasta dónde llegaría su indignación cuando recibiese otra “instrucción” en la que su querido jefe político le dijese como dice Hitler (textualmente) a sus “camisas pardas”: “Usted se calla y se no [sic] mete para nada en lo que no entre en sus atribuciones” (Chaves Nogales, 1933c).

Vemos cómo Chaves acerca al lector lo exótico hasta la distancia de lo cotidiano, para que así lo juzgue en su justa medida, de nuevo haciendo valer la máxima que ya había enunciado en *La vuelta a Europa en avión*: “En ninguna parte del mundo ocurre nada extraordinario” (1929: 61). Del mismo modo, aquí nos dice: “Un «nazi» es, sencillamente, un afiliado político”, ni más ni menos, “como si dijéramos un miembro del partido radical”. Esta comparación entre un miembro de la SA o las SS y un militante lerrouxista³⁷¹, un radical socialista³⁷² o incluso un seguidor de Goicoechea³⁷³,

³⁷¹ Seguidor del Partido Republicano Radical, cuyo líder, Alejandro Lerroux había sido ministro de Estado en el gobierno provisional de la República en 1931, y en la primavera de 1933 se encontraba en la oposición.

³⁷² Seguidor del Partido Republicano Radical Socialista, uno de los partidos que formaban la coalición que gobernaba en ese momento la República, fundado por Álvaro Albornoz, ministro de Justicia en el momento en el que se publicó la crónica, y Marcelino Domingo, por entonces ministro de Agricultura, Industria y Comercio. Tanto Domingo como Albornoz eran compañeros de Chaves en la logia “Dantón”, como señala Pérez Álvarez (2014: 187).

resulta cómica y genera una imagen paródica tanto del militante nazi como del “filofascista” español o del lerrouxista. Y mayor es la parodia cuanto más desarrolla el periodista la comparación, generando lo que Llera (2004: 70) denomina “una yuxtaposición humorística de contextos”, esto es, “una comparación tanto más jocosa por cuanto los polos de la analogía resultan, en apariencia, muy distantes”.

Así, Chaves le pide al lector que “imagine” a ese militante del Partido Radical o de Renovación Española que “espera un destinillo o una concejalía si triunfan sus ideas”, obligado a recibir una instrucción militar como la que recibían las tropas nazis, de la que ya hemos hablado, y que, según Chaves, incluiría excursiones obligatorias o “aprender a caminar durante la noche campo traviesa, sin planos ni itinerarios, orientándose sólo, por la posición de las estrellas”³⁷⁴. La imagen del lerrouxista campo traviesa buscando la estrella polar en la oscuridad no podría ser más cómica. Menos cómicas, sin embargo, resultan el resto de imágenes, en tanto que, dado el desarrollo de la política española en los años posteriores, no sería tan descabellado imaginar a un militante de Renovación Española empuñando un arma u obedeciendo órdenes de sus superiores. Por lo demás, vuelve a aparecer aquí la incompatibilidad que Chaves había expresado ya en la crónica anterior entre la latinidad y la concepción del mundo (*Weltanschauung*) nacionalsocialista. Recordemos la afirmación de Chaves a este respecto en la crónica anterior: “Por muy germanófilo que un español sea, nunca se identificará tan absolutamente con el pensamiento germano que pueda aceptar ciertos postulados que hoy son moneda corriente en Alemania” (1933b).

En cuanto a la obediencia debida por el militante nazi que se infiere de la cita de Hitler que introduce Chaves en su texto y cuyo origen no hemos podido hallar, recuerda a lo que el propio Hitler le dijo a Otto Strasser durante una discusión sobre la idiosincrasia del partido en 1930: “Para nosotros el Caudillo es la Idea, y los miembros del partido tienen que obedecer todos solamente al Caudillo” (cit. en Kershaw 1998: 328). La misma idea está reflejada de forma no menos explícita en el contrato de adhesión que era necesario firmar para ingresar en la SA de Baviera, donde reza: “Me comprometo mientras viva con lealtad inviolable con el programa de nuestro movimiento, el servicio a nuestro Führer y la adhesión a nuestra bandera”; y también:

³⁷³ Antonio Goicoechea Cosculluela había fundado en enero de 1933 Renovación Española (RE), partido de corte monárquico y conservador cuyo líder era el propio Goicoechea, “pensador de talante autoritario, jurista vinculado a las corrientes católico-conservadoras del siglo pasado [s. XIX], iba a marcar con su impronta el maurismo primero, a determinados sectores del primorriverismo después, y a una amplia sección de la extrema derecha española en los años de la Segunda República” (Gil Pecharromán, 1985: 376). En la primavera de 1933, Fernando Suárez, conde de Vallengano y vicepresidente del partido, aseguraba que RE era “antimarxista, antiliberal, antidemocrático y antiparlamentario” (cit. en Gil Pecharromán, 1985: 378). Además, Goicoechea, alfoncino, iría perdiendo peso paulatinamente en favor de José Calvo Sotelo, cuyos planteamientos eran más próximos al fascismo (ver Gil Pecharromán, 1985, 371-383).

³⁷⁴ Recuérdese esa “carrera con mochila de veinticinco kilómetros” en la que tomaron parte la SA, las SS y los Cascos de Acero en Northeim a la que hacía referencia Allen (1984: 296)

“Prometo obedecer ciegamente las órdenes emanadas de mi Führer y la adhesión a nuestra bandera” (Contrato de adhesión a las Tropas de Asalto de Baviera, sin fecha: 253). Asimismo, el segundo de “Los diez mandamientos de las SA” escritos por Joseph Goebbels en 1926 decía: “Entrégate a tu dirigente hasta las últimas consecuencias. Le debes obediencia y sumisión, no por él, sino por la patria y el futuro” (Goebbels, 1926: 258). Por otra parte, Arendt (1948: 483) explica la deriva de la imagen de los líderes totalitarios hacia la infalibilidad. Así, en la edición de 1936 del *Organisationsbuch des NSDAP* (*Libro de la organización del NSDAP*) se proclamaba: “El Führer siempre tiene razón”; mientras que en el *Dienstvorschrift für die P.O. der NSDAP*, previo al anterior, se expresaba el mismo concepto de esta forma: “¡La decisión de Hitler es inapelable!” (cits. en Arendt, 1948: 483 n. 21).

Por último, el periodista hace hincapié en el contraste entre la realidad alemana y la española que acababa de exponer, para que quede bien definida la silueta política del nazismo: “Esta es lisa y llanamente la diferencia que existe entre un militante político español y un hitleriano. He aquí cómo se actúa en política en un país de régimen fascista” (Chaves Nogales, 1933c). Y, finalmente, anuncia la continuación de la crónica después de ese paréntesis: “Y ahora que hemos marcado la diferencia entre militante y militante, vamos con la organización” (Chaves Nogales, 1933c).

4.3.3. Un ejército para uso particular

Bajo este sugerente ladillo, comienza Chaves hablando de los orígenes de las “tropas de asalto y protección”. No hace el periodista aquí distinción entre el origen de las *tropas de asalto* (SA) y el de las de *protección* (SS) –aunque sí habla de ellas por separado–, probablemente porque las SS, si bien no paraban de crecer, no habían alcanzado a comienzos de 1933 todavía la visibilidad pública que habrían de llegar a tener, y, además, entonces todavía estaban subordinadas a la SA (ver Benz, 2006: 118). Sea como fuere, así comienza su informe sobre esas organizaciones paramilitares:

El partido nacionalsocialista cuenta hoy con un millón de afiliados, pero su fuerza política radica casi exclusivamente en sus tropas de asalto y protección, creadas por Adolfo Hitler en Múnich el 4 de noviembre de 1921, a los pocos meses de haber comenzado la actuación del nacionalsocialismo como tal partido. La organización de las milicias fue la única preocupación de los “nazis” desde el primer momento, y su éxito fue tal, que antes de un año ochocientos “camisas pardas” pudieron presentar batalla a los comunistas de Coburgo. A partir de entonces estas milicias han ido adueñándose de toda Alemania. Hoy, su organización y sus efectivos superan a los del ejército nacional (Chaves Nogales, 1933c).

En cuanto al millón de afiliados que Chaves le atribuye al NSDAP en la primavera de 1933, se queda algo corto con respecto al 1.414.975³⁷⁵ afiliados que Kershaw (1998: 408) asegura que tenía el partido a finales de 1932. En el momento en el que se publicó la crónica es más que probable que el número de afiliados hubiera superado con creces esa cifra tras la llegada al poder del partido³⁷⁶. En lo referente a la fecha exacta en la que el periodista sitúa la creación de la SA y las SS, el 4 de noviembre de 1921, cabe hacer varias aclaraciones. Efectivamente, según Koehl (2000: 19), en noviembre de 1921 “Hitler oficializó la expresión Sección de Asalto (*Sturmabteilung*), con el que aludía abiertamente al ideal elitista militar de las trincheras”. Sin embargo, no es fácil asociar una fecha exacta a la creación de la SA, como señala Kershaw (1998, 184-185):

Los inicios de la SA se remontan, como hemos dicho ya, a principios de 1920, cuando el DAP [*Deutsche Arbeiterpartei*] decidió organizar actos públicos de más envergadura en las cervecerías de Múnich y necesitó disponer de un grupo de encargados de mantener el orden como los que tenían otros partidos, un “servicio de protección local” (*Saalschutz*) que fuese capaz de controlar un tumulto, este equipo se convirtió en noviembre de 1920 en la “Sección de Gimnasia y Deportes del Partido” (*Turn- und Sport Abteilung*). Tras la “toma del poder” de Hitler dentro del partido en julio de 1921 se reestructuró esta sección y se le asignó una función básica, pasando a ser responsable según los nuevos estatutos del partido, de la “instrucción física de los jóvenes del movimiento”. Hitler consideró valiosa su estructura semimilitar para reafirmar su derecho a la jefatura del movimiento. Sin embargo, la SA (*Sturmabteilung*, “Sección de Asalto”), como habría de conocerse de octubre de 1921 en adelante, no fue, como ha llegado a decirse, “creación personal suya”, producto exclusivo de su voluntad, no se diseñó como un instrumento de su poder personal. Las figuras clave en la transformación de la brigada de protección del local del partido en una organización militar fueron Ernst Röhm e, inicialmente, el capitán Ehrhardt.

En cuanto a las SS, que, según Koehl (2000: 14), crecieron dentro de la SA, tuvieron su origen en marzo de 1925 dentro del proceso de reconstrucción del partido llevado a cabo por Hitler tras el fracaso del *Putsch* de 1923:

[...] mientras se mudaba la sede del partido, [...] Julius Schreck, uno de los chóferes de Hitler [...], organizó el servicio de guardia de la sede con otros conductores, los guardaespaldas personales de Hitler y algunos miembros del *Stoss-trupp Hitler* que habían estado en prisión con Hitler, con lo que sumaron un total de doce personas. En abril de 1925, ocho de ellos portaron antorchas en el entierro de Ernst Pochner [...]. Durante el verano, cuando estuvo claro que Röhm no iba a contribuir a la reforma de la SA, Hitler decidió recomendar a los cabecillas locales del partido que organizaran pequeños destacamentos de guardia [...]. Se les llamaría *Schutzstaffel* (destacamentos o Unidades de Defensa) [...]. Se estipuló que debían ser unos diez, elegidos entre los miembros más fiables de las *Ortsgruppen* (filiales locales del partido) (34-35).

Por otra parte, en lo tocante a los hechos acontecidos en la ciudad bávara de Coburgo en octubre de 1922 a los que hace referencia Chaves, en efecto, la cifra de ochocientos miembros de la SA que tomaron parte en el altercado que ofrece el

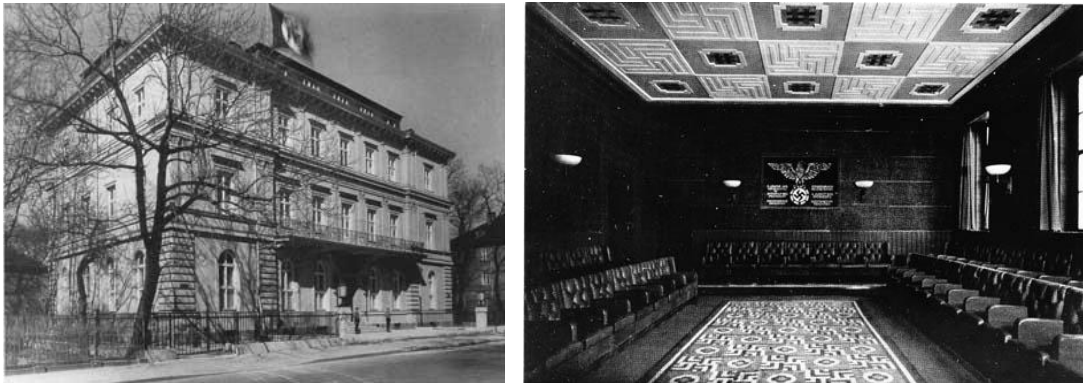
³⁷⁵ Casquete (2017: 177) habla de 1.200.000 afiliados en las mismas fechas.

³⁷⁶ Grunberger (1971: 68) asegura que la base más extensa del partido la constituían las “violetas de marzo”, llamados así burlescamente por los militantes más veteranos por haber entrado en el partido durante la “gigantesca” ola de ingresos de nuevos militantes que tuvo lugar a partir de marzo de 1933.

periodista es correcta, de acuerdo con Lumsden (1997: 21). Según Evans (2003: 218), una concentración nacionalista celebrada en dicha localidad acabó “en una batalla campal con socialdemócratas [Chaves habla de “comunistas”] en la que los nazis acabaron expulsando a sus adversarios de las calles con sus porras de goma”. Por otra parte, la afirmación del periodista acerca del tamaño de la SA en el momento de la publicación de la crónica, que, según él, sería mayor que el del ejército alemán, era exacta, tal y como hemos visto más arriba: la *Reichswehr* contaba oficialmente con 100.000 soldados, mientras que la SA tenía en sus filas, como mínimo, 400.000 hombres.

Por lo demás, a continuación, habla Chaves de la sede del NSDAP y de su líder:

La sede del partido está en la famosa Braune[s] Haus (casa oscura) de Múnich, magnífico palacio adquirido por los “nazis” hace un par de años. Allí se reúne el Comité directivo del partido que preside el jefe supremo del movimiento, hoy canciller del Imperio, Adolfo Hitler, que es a la vez presidente del partido y jefe supremo de las secciones de asalto. El “führer”, o, mejor dicho, el “oberführer” (Chaves Nogales, 1933c).



Exterior de la *Braunes Haus* de Múnich³⁷⁷ y *Senatorensaal* (Sala de los senadores), en su interior³⁷⁸.

Llama la atención, en primer lugar, la traducción de *Braunes Haus* como “casa oscura”, cuya inexactitud bien podría ser intencionada. El adjetivo *braun*, dependiendo del contexto, puede ser traducido como *marrón*, *pardo*, *moreno*... Sin embargo, *oscuro* es una traducción algo forzada, que sería más adecuada para el término alemán *dunkel*. Por tanto, no sería extraño que la intención de Chaves fuera añadirle al término *pardo* connotaciones de *opaco*, o incluso *siniestro*, que sí comparten un mismo campo semántico con *oscuro*. Por lo demás, el edificio en cuestión comenzó a ser conocido como *Braunes Haus*, según Aycard y Vallaud (2013: 330), a partir de su transformación en sede del NSDAP, al que se le asociaba el adjetivo *braun* (*marrón* o *pardo*) por el color de los uniformes de la SA, cuyos miembros eran conocidos como *Braunhemden* (camisas pardas), como ya sabemos. Sea como fuere, se trataba del palacio Barlow, construido para un industrial inglés en torno a 1830 en Brienner Straße 45, en Múnich.

³⁷⁷ “Braunes Haus vor 1933”. Stadtarchiv München, en Historisches Lexikon Bayerns: <<https://cutt.ly/VfyFfAM>> [cons. 27/12/2019].

³⁷⁸ “Braunes Haus, Brienner Straße 45, Innenansicht Senatorensaal”. Bayerische Staatsbibliothek, en Historisches Lexikon Bayerns: <<https://cutt.ly/zfyFcON>> [cons. 27/12/2019].

El partido lo adquirió el 26 de mayo de 1930 por 805.000 marcos³⁷⁹ y, una vez remodelado, en 1931, lo convirtió en sede de la cancillería del partido y de su dirección nacional (Overy, 2010: 38). Según Aycard y Vallaud (2013: 330), en adelante el partido decidió adoptar oficialmente el nombre de *Braunes Haus* para el resto de sus sedes.

Como señala Chaves, el Comité Ejecutivo del NSDAP se reunía en la *Senatorensaal*, presidido por Hitler, líder del partido, cuya autoridad indiscutible se estableció, según Evans (2003: 221), a finales de 1922 y principios de 1923, cuando, siguiendo el ejemplo del fascismo en Italia –donde se denominaba *Duce* a Mussolini–, adoptó la denominación de *Führer*, término que en ese contexto se podría traducir como *líder* o *caudillo*, y que ya había sido utilizado con anterioridad por el líder pangermanista austriaco Georg Ritter von Schönerer (74). Además, como señala Chaves, en 1933 ya era *Reichskanzler* (canciller del Imperio) y, un año más tarde, tras la muerte de Hindenburg, llegaría a ser también *Reichsführer* (caudillo del Impero), acaparando así el poder en el partido, el Gobierno y el Estado. No obstante, su rango en la SA en 1933 era el de *Oberster SA-Führer* (líder supremo de la SA), y no, como sugiere Chaves, *Oberführer*, rango inferior al anterior, según Lepage (2016: 136).

Acto seguido, como había anunciado en el apartado anterior, el periodista ofrece una descripción de la organización del NSDAP:

El aparato administrativo del partido está regido por los jefes de los distintos departamentos, que vienen a ser unos verdaderos ministerios, y cuyos títulos son los siguientes: Hacienda, Organización (I y II). Propaganda (I y II); Asociación de Juventudes, Gimnasia y Deportes, Encuesta y arbitrajes, Asuntos comerciales, Cuestiones jurídicas, Personal e Imprenta general del partido.

Territorialmente, el partido está dividido en regiones (*Gauen*), que se subdividen en distritos (*Bezirk*), y éstos, a su vez, en grupos locales, que en las grandes ciudades se denominan distritos urbanos. Hay en toda Alemania treinta y cinco regiones, es decir, tantas como distritos electorales (Chaves Nogales, 1933c).

En líneas generales, la descripción de Chaves es bastante detallada, habida cuenta de que la organización del NSDAP no sólo era compleja, sino que estaba tan sujeta a la voluntad de su líder que el partido, según Kershaw (1998: 526), no llegó a tener nunca “una estructura coherente”³⁸⁰.

Por lo demás, el periodista aborda con el mismo rigor y exactitud la descripción de la organización de la SA y las SS, a las que cita por primera vez de forma explícita

³⁷⁹ Overy (2010: 38) asegura que el dinero de la compra lo donó al partido el empresario Fritz Thyssen. Sin embargo, Turner (1985: 148) sostiene que Thyssen se limitó a abalar un préstamo a un banco holandés de entre 200.000 y 400.000 marcos destinados a la reforma y decoración de la nueva sede. También según Turner, como el partido sólo reembolsó la mitad del préstamo, el empresario tuvo que hacerse cargo del pago del resto.

³⁸⁰ Para una descripción del orden jerárquico del partido y de su estructura territorial a partir de 1925, ver Bracher (1969: 178-192, 307-316), Evans (2003, 243. 244), Aycard y Vallaud (2013: 101-102, 661) y Lepage (2016: 39-42).

con sus iniciales: “El ejército “nazi” lo forman las secciones de asalto (S.A.) y las secciones de protección (S.S.)” (Chaves Nogales, 1933c). Primero habla de la SA:

Las Secciones de Asalto son unas dos mil, y forman parte de ellas cerca de cuatrocientos mil hombres uniformados con la camisa parda. Su organización militar está calcada de la del antiguo ejército del Kaiser. Es más: en la última reorganización de sus tropas que hizo Hitler, dispuso que varios regimientos fuesen designados no con los números que les correspondían según la distribución territorial de las unidades, sino con los números que llevaban los regimientos más gloriosos del ejército imperial, “el mejor ejército del Mundo”, de cuyas glorias debían ser dignos continuadores.

Forman el ejército hitleriano seis grupos o divisiones, que corresponden a los “gruppen kommando” de la Reichswehr. Cada tres estandartes o regimientos componen un “gau-sturm”, que viene a ser una brigada.

El regimiento lo componen cinco batallones, formados cada uno por una cifra variable –de seis a diez– de secciones de asalto o compañías, que son las que dan nombre a todo el ejército. Cada sección de asalto está formada por dos o tres pelotones (Chaves Nogales, 1933c).

En primer lugar, hay que contraponer las dos mil secciones que Chaves estima que había en ese momento en Alemania³⁸¹, con las tres mil que Casquete (2017: 146) asegura que había en 1933. En cuanto al número total de miembros de las mismas, ya hemos visto en el apartado 4.3.1 que cuatrocientos mil³⁸² es un número que debía estar cerca de la cifra real de miembros de la SA, sin contar a los de las SS. Por otra parte, la afirmación de Chaves de que la organización de la SA era “calcada de la del antiguo ejército del Kaiser” es quizá exagerada. No obstante, tenía algunas similitudes con la organización del ejército alemán³⁸³. En el caso de la SA, la célula más pequeña de la organización era la *unidad* o *grupo* (*Gruppe*), que constaba de un número de hombres que oscilaba entre los tres y los trece, y que, según una disposición del partido de 1927, debían ser “amigos, compañeros de trabajo y camaradas de deporte que vivan y trabajen cerca entre sí” (cit. en Casquete, 2017: 73). Esas *unidades*, según la necesidad, podían agruparse de la siguiente forma:

Varias unidades conformaban una tropa o batallón (*Stosstrupp*, o *Trupp*); varias tropas, una sección de asalto (*Sturm*); varias secciones, un estandarte (*Standarte*)³⁸⁴; varios estandartes, una brigada; varias brigadas, una sección regional (*Gausturm*); y el conjunto de las secciones regionales era lo que daba lugar a las SA del NSDAP (Casquete, 2017: 73).

Debido a lo detallado de la información que ofrece Chaves, aún hoy resulta difícil encontrar referencias con las que contrastarla, pero, al menos, lo expuesto por Casquete resulta coherente con la descripción del periodista. Por otra parte, Lepage (2016: 141) asegura que en 1931 la SA contaba con siete *Obergruppen* identificados

³⁸¹ A esta información la complementa una fotografía en la que aparecen desfilando miembros de la SA, cada uno de los cuales porta una bandera con la esvástica. El pie de foto dice: “Un desfile de las banderas de las dos mil Secciones de Asalto que componen el ejército hitleriano” (Chaves Nogales, 1933c).

³⁸² La información de Chaves viene acompañada con una foto en la que aparece en formación una las secciones de la SA y en cuyo pie de foto reza: “El nacionalsocialismo cuenta con un ejército de cuatrocientos mil “camisas pardas”, sometidos a una rigurosa disciplina y con una organización militar calcada de la del antiguo ejército del Kaiser” (Chaves Nogales, 1933c).

³⁸³ Para una comparativa de las estructuras de mando de la futura *Wehrmacht* y la SA, ver Aycard y Vallaud (2013: 662).

³⁸⁴ Según Koehl (2000: 61), en 1931 había centenares de *Standarten*.

con números romanos del I al VII, veintidós *Gruppen* y ciento veintiún *Standarten*, incluyendo las unidades especiales (*Sondereinheiten*).

Por otra parte, no hemos encontrado la fuente de la cita que introduce Chaves en su texto en la que se asegura que el ejército imperial alemán era “el mejor ejército del Mundo”, pero no sería extraño que tal afirmación proviniera del propio Hitler. Al menos, estaba en consonancia con otras opiniones suyas, como la que hemos visto en el apartado 4.3.1: “Was das deutsche Volk dem Heere verdankt, läßt sich kurz zusammenfassen in ein einziges Wort, nämlich: Alles” [“Lo que el pueblo alemán le debe al ejército se puede resumir brevemente en una palabra, a saber: todo”] (1926: 725).

En cuanto a las SS, Chaves asegura que su organización es análoga a la de la SA: “La organización de las secciones de protección es análoga, aunque desde luego en mucha menor escala”, pues, según estima: “Los hombres de las secciones de protección no llegarán a cincuenta mil” (Chaves Nogales, 1933c). Como ya hemos visto en el apartado 4.3.1, esta cifra sería correcta de haber sido ofrecida en enero de 1933, pero en mayo de ese año, cuando se publicó la crónica de Chaves, las SS ya habían duplicado su número de miembros, alcanzando los cien mil, según Weale (2010: 105). En cuanto a la organización, si bien el orden jerárquico era, en efecto, análogo al de la SA, como podemos ver en Aycard y Vallaud (2013: 662), la forma de reclutamiento, la estructura departamental y las funciones de las SS eran completamente distintas, en tanto que el objetivo de dicha organización era ayudar a Hitler a controlar y consolidar el poder, mientras que la SA, como hemos visto, era fundamentalmente el instrumento de agitación del partido³⁸⁵, prácticamente inútil y potencialmente problemática para Hitler a partir de 1934, cuando decidió descabezarla. Por el contrario, el líder nazi definió las SS en sus inicios como “un cuerpo de policía” y un “ejército de élite”, según Koehl (2000: 65), quien asegura que, a diferencia de la SA, aquéllas tenían un papel “contrarrevolucionario o, para ser quizá más exactos, un papel regulador para impedir que los revolucionarios [la SA] se salieran de madre y pusieran en peligro las ambiciones revolucionarias a largo plazo que abrigaba la cúpula” (65-66). Y, si bien las SS irían asumiendo nuevas responsabilidades con la consolidación del estado totalitario, en la primavera de 1933, cuando se publicó la crónica, su labor era fundamentalmente la misma que la del resto de miembros del partido: “[...] quitar todo el poder a sus aliados conservadores y aplastar cualquier contrarrevolución, tanto de la derecha pequeñoburguesa como de la izquierda marxista” (81).

Por lo demás, Chaves continúa hablando del origen de los miembros de la SA y las SS. Aunque antes de ver lo que dice, conviene hacer notar una diferencia que el

³⁸⁵ Hitler (1926: 1371) aseguraba acerca de la SA en *Mein Kampf* que lo que el partido necesitaba en ese momento eran “hunderttausend fanatische Kämpfer für unsere Weltanschauung” [“cien mil combatientes fanáticos para nuestra visión del mundo”].

periodista omite: y es que los requisitos para formar parte de las SS eran mucho más estrictos que los de la SA. Como explica Lumsden (1997: 31), en 1930, el 60 por ciento de los miembros de la SA eran “rufianes sin empleo, más leales a sus generales inmediatos que a Hitler”, mientras que acerca de los primeros años de las SS asegura:

A diferencia de la SA, que aceptaba a todos los postulantes, para las SS sólo se aceptaban candidatos muy selectos, partiendo sobre todo de su disciplina voluntaria. Aunque no existía ninguno de los requisitos raciales que se impusieron más adelante a los reclutas, los primeros hombres de las SS tenían que demostrar que estaban dispuestos a realizar cualquier sacrificio, en una acción más individual que en grupo. [...] Sin embargo, el alto nivel personal resultaba muy atractivo para los ex combatientes y los jóvenes nacionalistas, y los veteranos de los *Freikorps* también se presentaron como voluntarios en gran número (Lumsden, 1997: 30).

En ese sentido, Evans (2003: 266) señala que, cuando se hizo cargo de las SS, Himmler se propuso convertirlas en un cuerpo de élite del nazismo:

Desdeñando a los elementos broncos que habían formado su primer grupo de reclutas, se dedicó a convertirla en una auténtica unidad de elite, integrando en ella a oficiales del Ejército como el aristócrata pomerano Erich con dem Bach-Zelewski y a veteranos de los Cuerpos Libres [*Freikorps*] como Friedrich Karl, baron Von Eberstein.

En consonancia con esto, Chaves explica que los cuadros de mando de la SA y las SS “están cubiertos con ex oficiales del ejército del Kaiser” (1933c). Lo cual era cierto, al menos en los orígenes de ambas organizaciones, según acabamos de ver en el caso de las SS, y como explica Kershaw (1998: 1869) acerca de la SA:

Fue con toda probabilidad Röhm quien preparó el acuerdo al que llegaron Hitler y Ehrhardt en agosto de 1921, que incorporó a la “Sección deportiva” del partido a antiguos miembros de la brigada naval de Ehrhardt, veteranos curtidos en la actividad paramilitar [...]. Esta “Sección deportiva” se puso a cargo de un veterano de Ehrhardt, el teniente Klinzsch [...].

Por su parte, Casquete (2017: 32) asegura que algunos integrantes de la SA “y desde luego los más experimentados y llamados a adquirir responsabilidades de mando, procedían de los *Freikorps*, esto es, eran antiguos soldados”. Aun siendo esto cierto, Koehl (2000: 14) explica que los oficiales que formaban el núcleo inicial de la SA, como Röhm o Ehrhardt, eran jóvenes con aspiraciones revolucionarias que organizaron fuerzas paramilitares “al margen del viejo ejército que había perdido la guerra”.

En cualquier caso, sobre este asunto Chaves añade: “Para la instrucción de las clases, Hitler fundó su Reichsführerschule, que le suministra los subalternos necesarios para sus tropas” (Chaves Nogales, 1933c). En efecto, inaugurada en junio de 1931 en Múnich, la *Reichsführerschule der SA* formaba oficiales para la SA, tales como los que aparecen en la fotografía de la página siguiente:



Hitler con la primera promoción de la *Reichsführerschule der SA* de Múnich, julio de 1931³⁸⁶.

Por último, para cerrar este apartado de la crónica, Chaves habla del acuartelamiento y la movilidad de la SA y las SS:

Estas fuerzas se alojan en pequeños cuarteles, en los que se instalan, a lo más, veinte o treinta individuos, salvo excepciones. Después de la toma del Poder, Hitler ha proporcionado a su ejército un acuartelamiento adecuado para mayores masas de hombres. Pero siempre el ejército hitleriano ha tenido asegurada la comunicación estrecha y rápida entre sus unidades, hasta el modo de que en cualquier circunstancia podía ser movilizada la fuerza con una rapidez extraordinaria. Para ello, las tropas de asalto han tenido establecidos siempre sistemas seguros de movilización, aun descartando las posibles interrupciones de las comunicaciones normales. Este propósito se lograba merced al material de “autos” y “motos” de que disponían los nacionalsocialistas. Últimamente, Hitler se había organizado incluso un cuerpo de aviación particular (Chaves Nogales, 1933c).

Los cuarteles a los que se refiere aquí el periodista eran los *SA-Heime* (Hogares de la SA) y en ellos, según Lepage (2016: 104, 141), vivían y eran adiestrados los miembros que tenían dedicación exclusiva a la SA, generalmente jóvenes desempleados urbanos, que estaban siempre preparados para la acción. El resto, la mayoría, eran conocidos como “soldados de domingo”, participaban en las acciones políticas de la SA en su tiempo libre y tenían sus propias viviendas.

Asimismo, es exacta la información que Chaves ofrece sobre la autonomía con que contaba la SA para realizar sus comunicaciones y las unidades motorizadas de las que disponía. Entre las *unidades especiales (Sondereinheiten)* de la SA, había un servicio de telecomunicaciones, el *SA-Nachrichten*, creado en 1930, que contaba, según Lepage, con operadores especializados de radio, teléfono, morse e incluso de señalización con linternas (167). Asimismo, contaban con toda clase de equipamientos

³⁸⁶ “München.- Adolf Hitler mit Teilnehmern der SA des ersten Lehrgangs der Reichsführerschule (RFS)”. Bundesarchiv, en App in die Geschichte <<http://app-in-die-geschichte.de/document/28502>> [cons. 29/12/2019].

electrónicos de comunicación, e incluso con bicicletas y palomas mensajeras, que les permitían una absoluta autonomía en el establecimiento de sus comunicaciones internas (167-168). En cuanto a la unidad motorizada, la *Motor Sturmabteilung*, de la que ya hemos hablado con anterioridad, y que también fue creada en 1930, contaba con una flota de motocicletas, coches y camiones que permitían el rápido y eficaz transporte, tanto de las tropas como de los líderes de la organización (Lepage: 2016: 164). De hecho, contaban incluso con una unidad de caballería, la *SA-Reiter*, y otra de marina, la *SA-Marine*. Además, como indica Chaves con acierto, disponían de “un cuerpo de aviación particular”, el *SA-Flieger*, establecido también en 1930³⁸⁷, que instruía a los pilotos que luego formarían el grueso de la *Luftwaffe* (el Ejército del Aire alemán), según Lepage (2016: 172), debido a que el Tratado de Versalles (artículo 198) prohibía a Alemania disponer de una fuerza aérea. Sin embargo, permitía el vuelo con globos y planeadores, muy populares aún hoy en Alemania. El *SA-Flieger* incentivaba la práctica de vuelos con dichos aparatos para que los futuros pilotos de la *Luftwaffe* adquirieran alguna experiencia de vuelo. No obstante, según Lepage (2016: 173), dicha unidad fue incorporada a la *Deutscher Luftsportverband* (Liga Alemana de Deportes del Aire) en 1933.

Y así concluía Chaves su informe acerca de la organización de la SA y las SS, el cual representa una muestra más de la variedad y general consistencia de sus fuentes y de su capacidad de documentación para los reportajes, características que dan lugar a un periodismo de un rigor y una modernidad admirables para su época³⁸⁸.

4.3.4. ¿De dónde son las pistolas españolas?

En el siguiente apartado de la crónica, Chaves trata un asunto que considera ligado los intereses de España, aunque no deja de tener relación con las organizaciones paramilitares nazis: se trata de un rumor que circulaba por Alemania según el cual las pistolas que portaban los miembros de dichas fuerzas eran de origen español. El periodista comienza poniendo en situación al lector:

³⁸⁷ Las SS crearon una unidad análoga en 1931, pero aún dependiente de la SA, dando como resultado así los *SA-SS-Flieger Korps*, según Lepage (2016: 172).

³⁸⁸ Pérez Álvarez (2014: 279) lo considera un “moderno periodista literario” por introducir en su obra determinados elementos: “[...] testimonio de los protagonistas, recreación histórica, inclusión de escenas, recreación de diálogos, etc.”. El periodista Javier Martínez Reverte se expresaba en términos parecidos acerca de Chaves Nogales en la entrevista realizada por Suberviola y Torrente (2013b: 112): “Es un hombre que va a los sitios, que pregunta, que se documenta y que escribe bien. Hace un periodismo muy moderno”. También en Suberviola y Torrente (2013b: 32), el escritor Antonio Muñoz Molina habla de la modernidad de Chaves, en términos, si cabe, más entusiastas: “Es tan distinto y tan fresco y tan de ahora”.

El “nazi” lleva hoy en el costado una pistola. Antes la llevaba también; pero la llevaba escondida. Esa pistola es el gran argumento que el nacionalsocialismo ha empleado desde el primer momento en sus discusiones con los demás partidos políticos (Chaves Nogales, 1933c).

De acuerdo con Lepage (2016: 95), Hitler había prohibido a la SA portar armas. No obstante, a algunos miembros de las SS sí les estaba permitido llevar pistola (223). Sin embargo, como se verá en el texto de Hoegner citado unas líneas más abajo, una vez el NSDAP en el poder y estando la SA y las SS bajo la égida de la *Hilfpolizei*, la prohibición de llevar armas dejaría de tener cualquier efecto práctico. En cualquier caso, aparece aquí de nuevo la ironía de Chaves, esta vez en forma de símil: “Esa pistola es el gran argumento que el nacionalsocialismo ha empleado desde el primer momento en sus discusiones con los demás partidos políticos”. Acerca de este crítico símil de la pistola y el argumento, en sentido inverso, Chaves solía decir que su pluma “era su única arma de fuego”, de acuerdo con su hija Pilar (cit. en Ramírez, 2020). Por otra parte, ya hemos visto que la función principal de la SA antes de la llegada de Hitler al poder era reventar actos políticos de la oposición, y, una vez que el NSDAP alcanzó el poder, esa función se sumaron las de intimidar, perseguir, torturar, encarcelar o incluso asesinar a los opositores (ver Evans, 2003: 498). Un buen ejemplo del uso que Hitler le daba a la SA y las SS al que se refiere Chaves es esta descripción de la sesión del Reichstag en su sede provisional de la Ópera Kroll el 23 de marzo de 1933 que hace el socialdemócrata Wilhelm Hoegner, quien estaba allí presente:

En el Teatro de la Ópera Kroll había por todas partes hombres armados de las SA y de las SS [...]. Cuando los socialdemócratas ocupamos nuestros puestos en el extremo izquierdo hombres de las SA y de las SS se colocaron junto a las salidas y alineados en las paredes detrás de nosotros en un semicírculo. Su actitud no presagiaba nada bueno para nosotros (cit. en Evans, 2003: 393).

En definitiva, la pistola, como hemos podido ver en este ejemplo, representa en la frase de Chaves el *argumentum ad baculum*, argumento, que según le habían dicho al periodista, era de origen español: “Pues bien; ese argumento –me lo han dicho en secreto– es nuestro; se lo hemos dado nosotros, los españoles. La pistola que lleva el “nazi” es española; quizá de Éibar”. Como veremos más adelante, la mención al secretismo con el que, según Chaves, le ha sido dada esta información anuncia cierta falta de fiabilidad, se insinúa el descrédito asociado a la figura del rumor. En cuanto a la mención a Éibar, acaso la localidad vasca fuera el principal referente del país en lo tocante a la industria armera. Empresas como *STAR*, *Bonifacio Echeverría*, *ASTRA*, *Unceta y Cía*, *LLAMA* o *Gabilondo y Cía*, todas sitas en Éibar, se dedicaban a la fabricación de pistolas en 1933, y algunas ya habían vendido dichas armas a Francia o Italia durante la Primera Guerra Mundial³⁸⁹. No obstante, no hemos encontrado ninguna referencia a la venta de armas españolas a la Alemania nazi en 1933. Sí existió, sin

³⁸⁹ Ver Museo de la Industria Armada (sin fecha): “La Guerra Civil Española 1936-1939”, en <<https://cutt.ly/FfyFWv5>> [cons. 30/12/2019].

embargo, colaboración antes y después de ese año entre los dos países en el ámbito militar, como explica ampliamente Viñas (2001).

Chaves, de hecho, muestra abiertamente su escepticismo ante esa información que le ha llegado de forma tan discreta:

Yo no quiero creerlo, y a pesar de que me insisten en que las tropas hitlerianas se han ido armando poco a poco en los últimos años merced al contrabando de armas procedentes de España, que con la complicidad de los aduaneros alemanes se hacía de un modo descarado, afirmo una vez y otra que esas pistolas no han salido de España (Chaves Nogales, 1933c).

Una vez más, Chaves le deja claro al lector el origen de su información y el grado de fiabilidad de la misma, y establece una línea divisoria bien visible para el lector entre su opinión y la información. En este caso, muestra su escepticismo y dice afirmar “una y otra vez” que la información es falsa: “Yo no quiero creerlo”, declara, erigiéndose en defensor de la reputación de la República española, régimen que, como hemos visto, contaba con todo su apoyo. Y, acto seguido, reproduce una conversación con su fuente secreta, una vez más, probablemente respetando el contenido de la misma pero utilizando sus propias palabras:

Alguien me ha dicho:

—Puede ser que no estén fabricadas realmente en España; pero lo que sí le garantizo es que aquí se vendían clandestinamente diciendo que eran pistolas españolas.

—Eso es otra cosa. En la República Española no se favorece el contrabando de armas. Esas pistolas que los “nazis” compraban podían ser de otro país cualquiera.

—Acaso fueran belgas.

—Quizá de la misma Francia.

—O tal vez de la propia Alemania. ¿Quién sabe?

—Pero pasaban como españolas.

—Porque la procedencia española era una procedencia que no despertaba recelos (Chaves Nogales, 1933c).

Utiliza el periodista esta secuencia dialógica con intenciones argumentativas. Y lo que, en definitiva, argumenta es que, en primer lugar, “en la República Española no se favorece el contrabando de armas”. No sabemos hasta qué punto esta afirmación de Chaves es un acto de fe o una impresión coherente con su representación de la situación política española, que, como hemos visto a lo largo de este trabajo, solía ajustarse bastante a la realidad. No obstante, acto seguido, ofrece un argumento que, si bien no sostiene por sí solo su afirmación, al menos pone en duda la fiabilidad de la información de su interlocutor: la procedencia española “no despertaba recelos”, es decir, la República española no era en 1933 un régimen sospechoso de colaborar con los nacionalsocialistas alemanes. Y es que el gobierno de Manuel Azaña era, sin duda, mucho más francófono que germanófilo, y, desde luego, estaba en las antípodas de los planteamientos ideológicos del nazismo, que a su vez mostraba hacia él cierta indiferencia, como señala Viñas (2001: 119-133).

Finalmente, Chaves hace una advertencia, probablemente dirigida al Ministerio de Estado de la República para que tome cartas en el asunto:

Cuidado. No es este caso solo. Recientemente, un reportaje de China hablaba también de pistolas españolas vendidas de contrabando a generales y a bandidos. ¿No valdría la pena de preocuparse un poco para que no se cubran con nuestro pabellón esos traficantes de armas sin escrúpulos que piensan que la nación de donde no importa que procedan las armas vendidas clandestinamente sea España? (Chaves Nogales, 1933c).

En efecto, el periodista que hacía las veces de corresponsal de *Ahora* en China, Mauricio Frasco³⁹⁰, publicaba el 5 de febrero de 1933 un reportaje sobre una emboscada de “bandidos” chinos –a los que él mismo había acompañado– a las tropas japonesas que habían invadido Manchuria. En dicho reportaje, el autor aseguraba haber visto a bandidos chinos con pistolas “de la fábrica Astra, de Éibar” (Frasco: 1933). No obstante, en este caso, la información de Frasco parece más verosímil que la del confidente alemán de Chaves.

Por lo demás, como en la crónica del 14 de mayo, el periodista cierra este apartado con una pregunta retórica que le sirve, una vez más, como instrumento de reafirmación: dada su argumentación previa, la respuesta del lector no podría ser sino afirmativa.

4.3.5. ¿De dónde salen las misas?

El ladillo que encabeza el último apartado de esta crónica, “¿De dónde salen las misas?”, contiene una metáfora que constituye a su vez un vulgarismo, o al menos un fórmula popular. Dado el tema sobre el que versa dicho apartado, las “misas” a las que se refiere Chaves sólo pueden ser una metáfora del dinero, o, más concretamente, de la financiación del NSDAP. Probablemente, hace referencia el periodista al pago que aún hoy es costumbre hacer al párroco de una iglesia católica para que oficie un determinado número de misas por el alma de un difunto. Así pues, con esta metáfora *vulgarizante*³⁹¹, Chaves nos coloca en el terreno de lo profano. A pesar de que semánticamente la metáfora es religiosa, el asunto que trata es de lo más terrenal: a saber, la financiación del NSDAP por parte de algunos industriales alemanes para que velara por sus intereses, del mismo modo que los familiares de un difunto pagan al sacerdote para que interceda ante Dios por su alma.

³⁹⁰ De acuerdo con Jesús de Juana (1988: 42-43), *Ahora* no tenía corresponsal fijo en China, aunque a veces contaba con la colaboración en Shanghái de Mauricio Frasco.

³⁹¹ Como ya hemos visto en el apartado 4.2.3, Chaves, como Larra, utiliza los vulgarismos con intención satírica. Asimismo, Chaves usa el vulgarismo sin caer en el casticismo, pues lo hace sin intención retórica. No en vano, Ortega y Gasset aseguraba: “El *casticista* [...] es un retórico nato” (cit. en Sanabre Sempere, 1964: 213). Además, al igual que ocurría en la crónica anterior, donde Chaves utilizaba la expresión vulgar “adorar el santo por la peana”, aquí vuelve a hacer referencia, aunque de forma elíptica, a una expresión ligada a la tradición católica sevillana (que formaba parte de la tradición popular), “pagar misas”.

Por lo demás, el periodista comienza este último apartado introduciendo una afirmación falazmente sorprendente, pues, aparte de menospreciar la dificultad que habría entrañado construir la SA y las SS, Chaves omite en primera instancia una condición que considera necesaria y suficiente para que dicha afirmación fuera cierta y que desactivaría el carácter sorprendente de la misma, como veremos a continuación:

No hay que maravillarse demasiado ante la obra de este ejército que para su uso particular ha sabido organizarse Adolfo Hitler. Cualquier jefe político que sienta el anhelo de emular al “führer” puede fabricarse un instrumento análogo; así lo creo y así lo digo para consuelo y esperanza de los Goicoechea o los Albiñana que puedan andar por ahí (Chaves Nogales, 1933c).

Lo que omite en este primer párrafo el periodista, pero expresa a continuación es esto: “No hace falta más que un requisito indispensable: dinero” (Chaves Nogales, 1933c). Insiste aquí Chaves, por lo demás, en caricaturizar a la SA y las SS como “ejército para uso particular” de Hitler. Y no abandona el tono satírico al hablar sobre los líderes políticos que podían querer seguir el ejemplo de Hitler. Para ello, utiliza expresiones como *sentir el anhelo* en vez de *querer*, o “para consuelo y esperanza de los Goicoechea o los Albiñana que puedan andar por ahí”, con lo que consigue no sólo insuflar patetismo en los citados personajes, sino restarles importancia, pues no sólo se refiere a ellos dos, sino a otros que “puedan andar por ahí” como ellos. Por tanto, deja entender que ni Goicoechea ni Albiñana, de los que ya hemos hablado con anterioridad³⁹², eran personajes excepcionales, sino más bien lo contrario; y, además, según los pinta, andaban por ahí suspirando por ser Hitler. La sátira es, por tanto, completa.

No obstante, más allá de la presentación sorprendente de un argumento y de la sátira, Chaves expresa una idea de fondo: lo fundamental para conseguir la formación de un cuerpo paramilitar es el dinero; “así lo creo y así lo digo”, enfatiza, usando de nuevo el verbo *crear*. Por otra parte, a continuación, ofrece datos más concretos: “En los últimos tiempos, el ejército y la propaganda le han venido costando a Hitler unos cinco millones de marcos por mes; trece o catorce millones de pesetas. Con esto basta” (Chaves Nogales, 1933c). Ironiza aquí Chaves con la cantidad de dinero que “basta” para montar un cuerpo paramilitar y un servicio de propaganda, y añade: “Si alguien está dispuesto a gastar en España una cantidad proporcional, puede ensayar el fascismo”, dándole así una importancia central a la financiación del partido y, quizá, intentando desanimar a los posibles aspirantes a *Führer* en España. En lo referente al gasto en propaganda, de acuerdo con Huici Módenes (2017: 207), el Ministerio de Propaganda nazi llegó a tener dos mil empleados y un presupuesto anual de 187 millones de marcos, es decir, 15,6 millones de marcos al mes, cifra que dista bastante de la ofrecida por Chaves. No obstante, no sabemos en qué año alcanzó dicho ministerio su presupuesto máximo, pero es más que probable que eso no ocurriera en 1933.

³⁹² Ver apartados 4.1.3 para Albiñana y 4.3.2 para Goicoechea.

En cuanto a los gastos de la SA y las SS, son difíciles de determinar. Según Lumsden (1997: 250), había gastos como los de los uniformes para los miembros permanentes de las SS que cubría el partido, pero los que trabajaban “con jornada parcial” tenían que pagar ellos mismos todos los artículos del uniforme. Por otra parte, según Koehl (2000: 39), Josef Berchtold, primer líder de las SS, “para recaudar fondos fundó una organización auxiliar de patrocinadores de las SS (Fördernde Mitglieder: no eran miembros de las SS, pero recibían insignias de plata de las SS para lucirlas en el hojal)”. También Koehl asegura que la mayor parte del presupuesto de las fuerzas paramilitares del partido iba a parar a la SA:

El inteligente plan Berchtold para que los patrocinadores de las SS les aportaran fondos más allá de su deber fue aplicado rigurosamente y perfeccionado a lo largo de estos años. A diferencia de la SA, que desde el verano de 1926 fue apoyada por una sobrecuota de diez pfenning para todos los cotizantes del NSDAP, las SS no tenían ninguna ayuda del partido, es más, sus miembros pagaban a veces la sobrecuota de la SA. Las SS vivían muy frugalmente, sin organización de personal o estructural costosa, como la que la SA desarrolló enseguida. Al parecer nadie entregaba todo su tiempo a las SS, ni siquiera Heiden o Himmler (46).

Como explica más adelante también Koehl, a finales de 1930, con ciento cincuenta compañías de las SS, “los costes de estructura estaban destinados a crecer aunque se pagara poco o nada a varios cientos de oficiales y suboficiales «con dedicación completa»” (57). Por otra parte, en marzo y abril de 1933, tanto las SS como la SA comenzaron una campaña de extorsión a empresarios:

[...] las SS fueron también iniciadoras, aunque no las únicas ejecutoras, de programas para reclutar mecenas o patrocinadores tanto entre directivos “arios” como entre directivos “no arios” de las grandes firmas, para obtener “aportaciones” obligatorias de automóviles, motocicletas y camiones a las SS, y para confiscar edificios de los masones y los judíos que se convertían en comandancias de las SS. La SA, por supuesto, no era inferior a las SS en estas explotaciones. Su especialidad era el nombramiento de comisarios e incluso directores de compañías locales, que se comprometían a pagarles un salario por el privilegio de no ser molestadas (Koehl, 2000: 96).

En ese mismo sentido, Evans (2003: 426) habla también de esta ominosa estrategia del partido para financiarse, acentuada tras su llegada al poder:

El 1 de junio de 1933 el empresariado dio otro paso para intentar afianzar su posición. Corporaciones y empresas destacadas financiaron la Donación Adolf Hitler de la Economía Alemana. Se suponía que esto pondría fin a las frecuentes extorsiones, a veces intimidatorias, de los grupos del partido y de las SS locales a los empresarios al instituir un sistema proporcional y regular de pagos de la industria al Partido Nazi. Aportaría en los doce meses siguientes 300 millones de Reichsmarks a las arcas del partido. Pero no consiguió su objetivo primario, pues su financiación no sirvió en realidad para impedir que jefes de las SS y del partido siguiesen extorsionando pequeñas sumas a empresarios y hombres de negocios de ámbito local.

Por su parte, Chaves menciona a continuación otras fuentes de ingreso del NSDAP:

No hay que hacerse ilusiones. Se calcula que a todo tirar, los ingresos naturales del partido no pasan de un millón de marcos por mes. Eso, contando con que en Alemania hay unos afiliados a los partidos políticos que pagan regularmente cuotas que oscilan entre uno y cinco marcos y que además abonan cantidades equivalentes por sus entradas para los actos de propaganda. Hay que contar también en ese millón de marcos lo que produce la venta callejera de folletos, insignias,

retratos del “bello Adolfo”, tarjetas postales alegóricas, etc., etc. Con todo eso faltan todavía tres o cuatro millones de pesetas, que son los que tenía Hitler todos los meses para seguir adelante (Chaves Nogales, 1933c).

Sin llegar a la precisión de Chaves, ya hemos hablado de las cuotas de los militantes de la SA y las SS. En cuanto a las entradas de los mítines, Allen (1984: 79) asegura que en 1931 los oradores nazis (que tenían que pasar un examen previo para obtener una tarjeta de identificación emitida por el *Gau* local) cobraban una tarifa estándar de siete marcos por discurso, “amén de transporte, comida y alojamiento”, de manera que, fuera cual fuese el precio de las entradas para el evento, debía cubrir con creces esos gastos. En el caso de los discursos de Hitler, en 1932 ya se habían convertido en “una especie de combinación de carnaval, lo que hoy sería un concierto de rock y la final de un partido de la liga de fútbol”, según Allen (1984: 183), quien también habla de la celeridad con que se vendieron las entradas para un discurso de Hitler en Gotinga el 21 de julio de 1932 y del alto precio que éstas alcanzaron:

Las entradas se agotaron desde el momento en que se anunció el discurso; era costumbre que se racionaran con cuidado entre los peces gordos nazis locales; las sobrantes alcanzaban precios exorbitantes. Walter Steineck [líder nazi de la localidad de Northeim] en una ocasión previa había rogado a la *Gauleitung* que una serie de entradas fueran donadas a los inválidos de la Primera Guerra Mundial, y se daba con un canto en los dientes por haber conseguido once a dos marcos cada una (1984: 183).

En cuanto a la venta de objetos relacionados con el partido, Corella Torres (2005: 81) habla de la distribución de “millones de ejemplares” del retrato de Hitler, o el “bello Adolfo”, como lo llama Chaves con ironía. También Corella incluye entre los métodos de propaganda nazi los folletos, de cuya impresión se encargaba la imprenta Eher (*Eher Verlag*), a cuyo cargo estaba Max Amann, *Leiter der Parteipresse*, (jefe de las publicaciones del partido) (71). Sin embargo, no habla del precio de dichos folletos ni de la venta del resto de objetos que menciona Chaves. No obstante, Allen (1984: 79) asegura que un panfleto de cuatro páginas le costaba a un grupo local del NSDAP un *Pfennig*, un céntimo de marco, de manera que su precio de venta al público no debía ser inferior a esta cifra. En cualquier caso, de nuevo, la capacidad de Chaves de obtener información detallada sobre el terreno queda patente y tiene como consecuencia que incluso hoy resulte muy difícil contrastarla.

Sea como fuere, la información fundamental de ese párrafo son esos “tres o cuatro millones de pesetas” al mes que el periodista asegura que aún le faltarían a Hitler para mantener la actividad del partido y sobre cuyo origen el propio periodista se dispone a especular:

¿Quién le daba este dinero?

Mucho se ha fantaseado sobre esto. Ha habido incluso quien ha afirmado que en el movimiento “nazi” corría el oro de Moscú; ese oro inagotable que por todo el mundo se esparce con pavorosa prodigalidad. Pero no parece muy verosímil que los comunistas de Moscú gastasen su oro en que los “nazis” les rompiesen la cara a sus correligionarios los comunistas de Berlín (Chaves Nogales, 1933c).

Chaves conocía muy bien ya en 1933 el régimen soviético, tanto por su viaje a Rusia de 1928 como por su investigación sobre los exiliados rusos en Francia en 1930, o por el relato que probablemente ya en ese momento, aunque fuese parcialmente, el bailar flamenco Juan Martínez le habría hecho acerca de su experiencia durante la Revolución rusa. De hecho, en mayo de 1932 publicaba un artículo en *Ahora* acerca del asesinato de Doumer, del que ya hemos hablado en el apartado 3.1.1. En ese artículo, Chaves mencionaba la paranoica tendencia de los exiliados rusos en París a sospechar que cualquier hecho ominoso que tenía lugar a su alrededor era obra de los bolcheviques. Así, el periodista escribía con ironía:

Todo cuanto ocurre en el mundo está movido por unos resortes milagrosos –los espías de la G.P.U.– que maneja desde los sótanos del caserón de la Lubjanka, en Moscú, un omnipotente diablo rojo, espíritu del mal a cuya intervención nada escapa (Chaves Nogales, 2013: 932).

El periodista rescata en esta crónica a ese “diablo rojo”, de nuevo con intenciones desmitificadoras, pero esta vez con la forma del “oro de Moscú”: ese oro “inagotable que por todo el mundo se esparce con pavorosa prodigalidad”. A pesar de su condena tajante al régimen soviético, Chaves conocía suficientemente bien la realidad para que la idea de que los comunistas rusos estuviesen financiando al NSDAP le resultase disparatada. Era, por lo demás, una cuestión de sentido común, según el propio periodista: “Pero no parece muy verosímil que los comunistas de Moscú gastasen su oro en que los «nazis» les rompiesen la cara a sus correligionarios los comunistas de Berlín”. En efecto, resultaba de todo punto inverosímil que los comunistas rusos financiaran la SA, con la que sus camaradas alemanes habían tenido durante los años de la República de Weimar constantes enfrentamientos. Como señala Evans (2003: 259), “para el guardia de asalto, los «marxistas» eran el enemigo”, y durante esos años “la brutal y constante presión de la violencia de los camisas pardas fue lentamente arrinconando a los comunistas en sus territorios de los barrios pobres” (282). Los episodios de esa violencia son innumerables, y su frecuencia e intensidad aumentó con la llegada de los nazis al poder. Por ejemplo, en febrero de 1933, un comunista fue asesinado durante una batalla callejera por la SA en Eisleben (361); por no hablar de la posterior prohibición del partido y persecución de sus miembros. Asimismo, la SA ejercía con frecuencia violencia contra comunistas concretos, “a los que a menudo conocían personalmente” (375). Un ejemplo especialmente cruel, pero representativo de lo que comenta Chaves, fue el asesinato en agosto de 1932 de Konrad Pietzuch, simpatizante comunista de la aldea de Potempa, en la Alta Silesia: “Le pegaron en la cara con un taco de billar, siguieron pegándole hasta dejarlo sin sentido, luego continuaron dándole patadas en el suelo y acabaron rematándolo de un tiro” (336). Por otra parte, el odio entre la SA y los comunistas era recíproco. El 17 de julio de 1932 miles de comunistas fuertemente armados (entre ellos algunos francotiradores) intentaron disolver una marcha de la SA en el municipio hamburgués de Altona, un bastión comunista, según Evans (2003: 325). En definitiva, parece que la incredulidad

de Chaves estaba más que justificada. Había, además, otra explicación que el periodista considera más verosímil:

No; seamos más razonables. La verdad es que no se sabe exactamente de dónde salía el dinero que en costearse un ejército gastaba Hitler. Nadie conoce al céntimo los ingresos del nacionalsocialismo, pero no es aventurado afirmar –entre otras cosas, porque los interesados no lo han recatado demasiado– que muchos aristócratas alemanes, y sobre todo la gran industria germánica, han nutrido con largueza las cajas hitlerianas.

Krupp, Boersig y Thyssen, las grandes firmas de la industria pesada alemana, han estado casi desde el primer momento al lado de Hitler, el hombre que puede con su doctrina y con la fuerza de que dispone realizar en Alemania el milagro de los trabajadores voluntarios; esos hombres que trabajan durante una jornada de ocho o nueve horas por dos reales (Chaves Nogales, 1933c).

En primer lugar, cabe resaltar de nuevo el rigor de Chaves al informar al lector del grado de fiabilidad de una información o del nivel de conocimiento que él tenía sobre el tema de la misma. En este caso, reconoce no saber exactamente la procedencia del dinero que financiaba las fuerzas paramilitares del NSDAP: “Nadie conoce al céntimo³⁹³ los ingresos del nacionalsocialismo”. Por tanto, lo que ofrecerá a continuación no será más que una especulación, pero una especulación que no carece de fundamento: “[...] no es aventurado afirmar –entre otras cosas, porque los interesados no lo han recatado demasiado– que muchos aristócratas alemanes, y sobre todo la gran industria germánica, han nutrido con largueza las cajas hitlerianas”.

En lo referente a la aristocracia, algunos de sus miembros mostraban un gran desprecio por los nazis en general y por Hitler en particular. Así, por ejemplo, el comandante Ewald von Kleist dijo sobre Hitler un año después de que éste llegara al poder: “Últimamente se habla mucho de un tal señor Hitler. Yo he estado en Berlín. Pues bien, el tal señor Hitler no es ningún señor” (cit. en Grunberger, 1971: 157). Asimismo, Friedrich Reck-Malleczewen, aunque se alegró de la caída de la democracia, consideraba a los nazis una “horda de simios malvados” (cit. en Zeile, 1994: 279), y sobre Hitler, cuenta con enorme desprecio en la entrada del 11 de agosto de 1936 de su diario que, en 1920, tras una visita del que llegaría a ser Führer del Reich a la casa de un amigo de Reck, Clemens zu Frankenstein, éste tuvo que abrir la ventana de la habitación que habían compartido: “En el cuarto no había estado un cuerpo sucio, pero sí el hediondo espíritu de un monstruo”, asegura Reck (1981: 30), que más adelante atribuye a Hitler una “desenfrenada estupidez” y lo califica de “Maquiavelo que predicaba entre salchichas de cerdo y patas de ternera”. Asimismo, compara su aspecto al despedirse de él en un segundo encuentro casual como el de “un camarero que recibe una mísera propina”³⁹⁴ (31). Es más, en esa misma entrada relata un último encuentro casual con Hitler en una hostería de Múnich en 1932:

³⁹³ De nuevo utiliza Chaves un vulgarismo que, en este caso, le otorga llaneza a su discurso.

³⁹⁴ Como señala Grunberger (1971: 72), “Hitler, en las recepciones oficiales, quedaba visiblemente impresionado por la proximidad de personajes de sangre azul”. Y es que, como añade el propio Grunberger, “las actitudes básicas de los dirigentes nazis ante la aristocracia oscilaban constantemente

Sí, allí estaba sentado, un Gengis Kahn vegetariano, un Alejandro abstemio, un Napoleón sin mujeres, una miniatura de Bismarck que habría tenido que guardar un mes de cama si se hubiera visto forzado a tomar aunque solo fuera uno de los desayunos del viejo Canciller de Hierro... (33-34).

En esa ocasión el aristócrata llevaba una pistola consigo y asegura que podría haber matado al líder nazi: “Lo habría hecho si hubiera sabido el papel que iba a desempeñar ese puerco, y los años de sufrimiento que nos esperaban”, escribe (34).

Sin embargo, a pesar del desprecio que muchos aristócratas sentían por Hitler, “sectores importantes de la aristocracia” sí apoyaron al nazismo sin demasiado recato (como señalaba Chaves), según Grunberger (1971: 72), quien ofrece algunos ejemplos significativos:

El príncipe Hohenzollern, August Wilhelm, el cuñado de la reina de Holanda (duque de Macklenburg), el yerno del rey de Italia (el príncipe de Hesse), el duque de Coburg y el duque de Brunswick [...] se adhirieron al nacionalsocialismo. Fue sobre todo el príncipe Auwi quien inició esta tendencia, a consecuencia de la cual, el *Almanaque de Gotha*³⁹⁵ y el registro de miembros del partido vinieron a coincidir ampliamente.

En cuanto a los grandes industriales, Benz (2006: 23) cuenta cómo, el 19 de noviembre de 1932, el presidente Hindenburg recibió una carta de representantes de la industria y la banca en la que le pedían que nombrara a Hitler canciller: “Según la carta, esperaban de la política del líder del NSDAP nuevos impulsos para la economía alemana”. Sin embargo, el propio Benz sostiene que, en general, el “gran capital” no financió el ascenso al poder de Hitler, pero sí reconoce que dos de los hombres citados por Chaves, Fritz Thyssen –a quien atribuye una donación al NSDAP de 400.000 marcos en 1933 (Benz, 2006: 24)– y Ernst von Borsig, “ayudaron desde el principio al partido con importantes aportaciones económicas” (23). Asimismo, Turner (1985: 253) asegura que, a pesar de los esfuerzos de Hitler y el resto de cabecillas del nacionalsocialismo, en 1932 muy pocas figuras de la gran industria los apoyaban. Vemos, por tanto, que la afirmación de Chaves de que “las grandes firmas de la industria pesada alemana, han estado casi desde el primer momento al lado de Hitler” es inexacta, excepto en los casos de Thyssen y Borsig, e incluso en estos casos el apoyo al NSDAP fue muy intermitente, como veremos más adelante.

Por otra parte, como explica Kershaw (1998: 361), hasta la toma del poder del NSDAP, “los fondos del partido siguieron llegando principalmente de las cuotas de sus miembros y de las entradas a los actos del partido”, como también señalaba en parte Chaves. Asimismo, Kershaw también asegura que el dinero de los industriales que simpatizaban con el nazismo llegaba en esa época con más frecuencia a manos de los dirigentes del partido que a las arcas del mismo. En esa misma línea, Benz (2006: 23) ofrece los siguientes datos sobre la financiación del NSDAP:

entre la envidia a los «superiores» sociales [...], la tendencia al gesto deferente del *parvenu* y la emulación frente a las figuras jerárquicas” (72).

³⁹⁵ Publicación anual que incluía una relación de los miembros de las casas reales y la nobleza de Europa.

Hasta finales de los años veinte, el NSDAP se financió básicamente sin ayudas externas, con el dinero de las cuotas que pagaban sus afiliados, las contribuciones de sus seguidores y diversas colectas. En 1926 reunieron de este modo 114.000 marcos, y 104.000 en 1927. Sólo el éxito en las elecciones parlamentarias de 1930 hizo que los magnates industriales comenzaran a dar su apoyo económico al NSDAP. Con todo, el partido de Hitler no recibió más que entre el 10 y el 15% del total entregado a los partidos situados a la derecha del SPD.

No obstante, asegura que “las fuentes de ingresos más importantes antes del acceso al poder siguieron siendo las cuotas de los afiliados y el dinero conseguido por actos del partido” (24). Esa proporción encaja perfectamente con las estimaciones de Chaves, quien, como hemos visto, aseguraba que del total de trece o catorce millones de pesetas mensuales que venía gastando el partido, tres o cuatro procedían de la gran industria, es decir, unos dos millones de marcos. Evans (2003: 285) también se manifiesta en ese mismo sentido y explica que, antes de la llegada al poder, el partido se financiaba fundamentalmente por medio de las aportaciones voluntarias de sus miembros, así como “a través de los pagos de las entradas a sus mítines, a través de los ingresos de su prensa y de sus publicaciones, y a través de donaciones de pequeñas empresas y pequeños negocios más que de los grandes”.

Por otra parte, Turner (1985: 54-55) coincide en que las donaciones de industriales como Borsig o Thyssen no eran suficientes para financiar al NSDAP en sus primeros años de crecimiento. Las principales fuentes de financiación, según el propio Turner, eran algunos elementos del ejército alemán en Baviera (que le habrían proporcionado al partido dinero y equipamiento), así como, probablemente, la *Alldeutscher Verband* (Liga Pangermana) y algunos tempranos seguidores de Hitler, como aristócratas, rusos blancos en el exilio, simpatizantes suizos e incluso una viuda finlandesa. Por lo demás, la lista de contribuidores en los comienzos del partido la componían fundamentalmente pequeños empresarios (que nada tenían que ver con la gran industria alemana), artesanos, granjeros, etc. Algunos, además, no sólo donaban dinero al partido, sino que le extendían créditos, como en el caso de los impresores que imprimían su propaganda (55-56). Sin embargo, Noel-Baker (1979: 4), por su parte, en la misma línea que Chaves, asegura que “the German armament manufacturers brought Hitler into power”, y en una nota al pie hace referencia explícitamente a Krupp, Hugenberg y Thyssen. Además, también hace mención a los “ejércitos particulares” de Hitler: “Without the massive purchase of the German Press, Radio and Films, and without their financing of his SA and SS private armies, Hitler would have remained an unknown and unimportant Munich clown” (4).

En cuanto a los nombres concretos a los que Chaves hace referencia, el primero, Gustav Krupp, era el gestor de *Krupp AG*, compañía del sector del acero que fabricaba armamento pesado, y presidente desde 1931 de la *Reichsverband der Deutschen Industrie* (Asociación Imperial de la Industria Alemana), RDI. James (2012: 128) asegura que Krupp, hombre de la última era guillermina, desconfiaba de la política de masas, y antes de 1933 nunca mostró su apoyo al NSPAD: “He found Hitler and his

movement too radical, too populist, and too socialist”. Según Turner (1985: 222), en 1932 sus preferencias políticas pasaban por una gran coalición de los partidos a la derecha del *Zentrum* (un partido católico conservador) que incluiría entre otros a los nacionalistas del *Deutsche Volkspartei* (Partido Popular Alemán) y al *Deutschnationale Volkspartei* (Partido Nacional del Pueblo Alemán), DNVP. Sin embargo, el líder de este último, el poderoso empresario de la comunicación Alfred Hugenberg, se negó a que se produjera tal convergencia. En consecuencia, Krupp promovió la rebelión contra Hugenberg dentro del DNVP, sin éxito. El objetivo último de Krupp con esa propuesta era crear un frente conservador tradicionalista que pudiera plantarle cara al nacionalsocialismo, que consideraba demasiado intervencionista en lo económico.

No obstante, como relata Turner (1985: 329-331) el 20 de febrero de 1933, Hitler se reunió en casa de Göring con varios industriales, entre los que estaba Krupp, a quien le preocupaba que el proteccionismo nazi perjudicara sus exportaciones, y así tenía pensado comunicárselo al nuevo canciller. Sin embargo, Hitler no le dio ocasión. Tras hacerlos esperar quince minutos, cuando llegó, hizo un largo discurso en el que aseguraba que el nuevo gobierno no haría experimentos económicos e insistió en las virtudes de la propiedad privada y en la necesidad de acabar con el marxismo, como ya había hecho anteriormente en otros discursos, y les advirtió de que las de marzo serían las últimas elecciones que se celebrarían en Alemania. Tras escuchar a Krupp, que decidió ser prudente (dado el tono amenazante de las advertencias de Hitler) y no expresar ninguna de sus reivindicaciones, Hitler se marchó y Göring insistió ante los presentes que las elecciones de marzo no sólo no cambiarían la distribución de fuerzas políticas del momento, sino que probablemente serían las últimas que se celebrarían en Alemania en los cien años siguientes. Una vez Göring se despidió también, apareció Hjalmar Schacht, empresario encargado en otras ocasiones de recoger fondos para el partido, quien “pidió a los presentes que pasasen por caja”, según Kerschaw (1998: 441), quien añade que los industriales, Krupp entre ellos, prometieron entregarle al partido tres millones de marcos, cosa que hicieron en unas semanas. Sin embargo, siempre de acuerdo con Kershaw, el donativo “tenía más de extorsión política que de respaldo entusiasta” (441). Nada en este episodio, como señala Turner (1985: 331-332), hace pensar que el grueso de los grandes industriales hubiese estado financiando hasta ese momento el NSDAP, al contrario de lo que aseguraba Chaves. No hubiera sido necesario organizar esa reunión y deslizar amenazas antes de pasar la caja si los allí presentes fuesen industriales próximos al partido y contribuyentes habituales.

También Turner (1985: 336) comenta que durante los primeros meses del Tercer Reich, “changes took place quite abruptly, and the accommodation came from the side of the industrialists”. En cualquier caso, Krupp –quien transigió en casa de Göring y de nuevo en abril, accediendo a la disolución de la RDI y al despido de sus empleados judíos–, como fabricante de armamento pesado, se benefició en los años siguientes del

belicismo nazi. De hecho, en adelante, la familia Krupp realizó donaciones anuales de diez millones de marcos al NSDAP, según Aycard y Vallaud (2013: 460), quienes explican también las ventajas que Krupp obtuvo a cambio de su largueza: la empresa no sólo triplicó sus beneficios entre 1933 y 1939, sino que Krupp fue nombrado “jefe de la Economía militar en 1937 y condecorado con la medalla de oro del partido en 1940”. Sin embargo, después de que dos de sus hijos murieran en la guerra y de que su cuñada y su marido, Tilo von Wilmowsky, persona muy cercana a Krupp, fuesen detenidos por la Gestapo en 1944, éste cayó en la demencia, según Turner (1985: 339).



Gustav Krupp recibiendo de manos de Hitler la medalla de oro del NSDAP en 1940³⁹⁶.

En cuanto a Ernst von Borsig, era el dueño de la Borsigwerke, empresa de Berlín dedicada a la fabricación de locomotoras, calderas y equipamiento para la industria pesada, quien, aunque su empresa estaba ya en decadencia, seguía ejerciendo una gran influencia en el ámbito industrial, según Turner (1985: 50): era miembro fundador de la *Reichsverband der Deutschen Industrie*, presidente desde 1923 de la *Vereinigung der Deutschen Arbeitgeberverbände* (Agrupación de Asociaciones de Patronos Alemanes), presidente desde 1919 de la *Verein Deutscher Eisen- und Stahlindustrieller* (Asociación de Industriales Alemanes del Hierro y el Acero) y codirector gerente de la *Zentralarbeitsgemeinschaft* (Sociedad Central del Trabajo). A pesar de ocupar todos esos cargos de responsabilidad y de que la concesión de contratos públicos a su empresa le obligara a cierta moderación en sus opiniones públicas, como indica Turner, contribuía a la financiación de varias organizaciones de extrema derecha, como el *Stahlhelm*. En 1922 asistió a una charla de Hitler, quien le causó una gran impresión. Como escribiría en un artículo publicado en el *Berliner Tageblatt* el 12 de marzo de 1927, pensó que había encontrado en Hitler “a man who could, through his movement, make a contribution toward bridging the cleft between the social classes by reviving the

³⁹⁶ En C. Joric (2020): “Gustav Krupp y el acero de los nazis”. *La Vanguardia*. Barcelona, 16 de enero de 2020. En <<https://cutt.ly/6fyFPu5>> [cons. 20/1/2020].

national sentiment of the working class”, según la traducción inglesa de Turner (1985: 51). En consonancia con tan entusiastas expectativas, tras su primer encuentro con el líder nazi, Borsig no sólo contribuyó con dinero a la financiación del NSDAP (convirtiéndose así en uno de los más tempranos valedores económicos del partido), sino que también ayudó (con poco éxito) a conseguir donaciones de otros industriales berlineses con el fin de establecer una sede del partido en la capital alemana (51). Sin embargo, cuando en 1927 comenzaron a aparecer rumores en la prensa alemana sobre sus contribuciones a la financiación del NSDAP, atemorizado por los efectos económicos que esto pudiera tener para su empresa, Borsig aseguró (en el artículo antes citado) que se había reunido con Hitler un par de veces en Berlín, antes del intento de golpe de estado nazi de 1923, cuando, según él, el nacionalsocialismo tenía otro carácter; y alegó que después no se había vuelto a encontrar con el líder nazi (Turner: 1985: 97). Su distanciamiento del nacionalsocialismo se acabaría de hacer patente en el otoño de 1932, cuando su firma apareció en un manifiesto que pedía el voto para Franz von Papen en las elecciones del 6 de noviembre de ese año (296). Murió en enero de 1933, días antes de la ascensión de Hitler al poder.



Ernst von Borsig en septiembre de 1929 en un encuentro de la ejecutiva de la *Reichsverband des Deutsches Indrutrie*³⁹⁷, y fotomontaje satírico de John Heartfield en la publicación comunista *Arbeiter-Illustrierte Zeitung* en el que aparece Fritz Thyssen jugando con una marioneta que representa a Hitler junto al titular “¿Instrumento en manos de Dios? ¡Juguete en manos de Thyssen!” (agosto de 1933)³⁹⁸.

³⁹⁷ Bayer Archiv. En Turner (1985: 17).

³⁹⁸ Heartfield, John (1933). *Arbeiter-Illustrierte Zeitung*, 10 de agosto. En Turner (1985:ii).

En cuanto a Fritz Thyssen, magnate metalúrgico al frente del consorcio Vereinigte Stahlwerke, era entre los grandes industriales probablemente el más entusiasta seguidor de Hitler antes de su llegada al poder. De hecho, era el único industrial eminente que se identificaba con el partido en 1932, según Turner (1985: 145), quien asegura que, aunque Thyssen no se afilió al NSDAP hasta que éste llegó al poder, en 1933 hacía tiempo que lo financiaba. La primera muestra visible de esa generosidad fue probablemente la donación de 100.000 marcos oro a Lundendorff tras la participación de éste en *Putsch* de Múnich, donación de la que Hitler posiblemente también acabó beneficiándose, según Kershaw (1998: 202), quien también habla de las “generosas donaciones” que el empresario hacía a Göring antes de la llegada al poder del NSDAP (361). Al parecer, Thyssen quería reforzar la posición de Göring en el partido frente al ala más izquierdista, según Turner (1985: 148), quien refiere que el tribunal de *desnazificación* que juzgó al empresario en 1946 estimó esas donaciones a Göring en unos 150.000 marcos. Por otra parte, ya vimos cómo el partido había reformado su nueva sede en Múnich en 1931 con un préstamo abalado (y en buena medida también reembolsado) por Thyssen, según Turner (1985: 148). Y también hemos hablado de la petición a Hindenburg en noviembre de 1932 para que nombrara canciller a Hitler, de la cual Thyssen era el firmante más destacado (ver Kershaw, 1998: 390). Sin embargo, a partir de 1933 el industrial se iría distanciando de Hitler. En 1939 disconforme con el belicismo del canciller, según Turner (1985: 339), huyó al extranjero, donde denunció públicamente el régimen nazi. Finalmente, capturado y repatriado por el régimen de Vichy, acabaría dando con sus huesos en el campo de concentración de Dachau (ver Aycard y Vallaud, 2013: 594).

Por otra parte, otros industriales y empresarios eminentes que apoyaron al nazismo en su ascenso al poder y que Chaves no menciona fueron, por ejemplo, Hans von Loewenstein, director de la *Bergbauverein*, asociación de empresarios del carbón de la Cuenca del Ruhr, o el director del *Deutsche Bank*, Georg von Stauss (ver Turner, 1985).

Finalmente, la irónica afirmación sobre Hitler que cierra la crónica de Chaves sirve como introducción a las crónicas de los días 18 y 19 de mayo, en las que el periodista narraría su visita a un campo de trabajadores voluntarios, ese “milagro” que atribuye –equivocadamente, como veremos en los próximos apartados– a Hitler, el milagro de “esos hombres que trabajan durante una jornada de ocho o nueve horas por dos reales³⁹⁹” sobre el que hablaremos en los apartados 4.4 y 4.5.

No obstante, antes de pasar a dichos apartados y para terminar, cabe comentar que Chaves, si bien exagera acerca del apoyo generalizado de los grandes industriales a

³⁹⁹ De nuevo recurre Chaves aquí al uso de una expresión vulgar, acercando así el fenómeno al que se refiere a la realidad cotidiana del lector.

Hitler (ver Evans, 2003: 284-285), no yerra al insinuar que la política económica y social de Hitler convenía a dichos industriales. En ese sentido, Evans (2003: 426) comenta:

Con los sindicatos destruidos, el socialismo en todas sus formas fuera de juego y nuevos contratos de armas y municiones perfilándose ya en el horizonte, el empresariado podía sentirse satisfecho y pensar que las concesiones que había hecho al nuevo régimen habían merecido mucho la pena.

4.4. Análisis de la crónica “Una visita a un campamento de trabajadores voluntarios. Los hombres que trabajan por dos reales”

El tema central tanto de esta crónica, publicada el 18 de mayo de 1933, como de la siguiente es la visita que Chaves hizo al campo de trabajadores voluntarios de Biesenthal, cerca de Berlín. No obstante, tanto esta crónica como su continuación están todavía enmarcadas en ese primer grupo de crónicas que Chaves dedicaba, en alguna medida, a demostrar que Alemania se estaba comenzando a preparar para una nueva guerra. No obstante, ésta no está tan cargada de datos como las anteriores y resulta por ello más amena.

4.4.1. La causa de todo

Comienza la crónica el periodista sevillano ofreciéndonos una estampa costumbrista llena de significado. No se trata de un simple fondo escénico, como aquella postal de Kaiserslautern que servía de contexto para presentarnos al *Schupo* y a su compañero (ver apdo. 4.1.3), ni tan sólo de un texto literario con una función exclusivamente poética. En este caso, si bien es cierto que el texto tiene una función poética⁴⁰⁰, su función principal es argumentativa: la escena descrita contiene una anécdota significativa, sinecdóquica, que sirve para presentar la causa fundamental, según Chaves, de la llegada de los nazis al poder –como señala el ladillo que encabeza este primer apartado: “La causa de todo”–: el desorbitado índice de paro en Alemania en 1933. He aquí el texto en cuestión:

Iba un ario puro uncido por un tirante que le hendía el pecho a una carretilla cargada de leña que arrastraba penosamente a lo largo de aquel camino oscuro tajado en el macizo de los bosques de abetos como una sima; su mujer, una mujer fuerte, avejentada, con unos calcetines caídos sobre los zapatones remendados y una capotita ridícula del tiempo de Federico el Grande, iba detrás de la carretilla empujándola también con tan honrado esfuerzo de bestia resignada y doméstica que, sin más ni más, súbitamente, al verles así afanados y empequeñecidos por el contraste con la sombra alta de los abetos hasta parecer hormigas, uno se avergonzaba un poco de pertenecer a un país privilegiado, en el que la vida se gana todavía con mucho menos esfuerzo (Chaves Nogales, 1933d).

⁴⁰⁰ Como denota el uso para comenzar la narración de la fórmula “Iba”, propia de textos literarios como el chiste, la anécdota, el cuento o, incluso, la novela; o el de la metáfora del “camino oscuro tajado en el macizo” y la comparación de dicho camino con “una sima”; todos ellos, elementos cuyo uso es poético, al menos aparentemente, pues también es posible que Chaves use el estilo poético con ironía para presentar una escena prosaica en forma de parodia.

Lo primero que cabe destacar de este magnífico retrato en movimiento⁴⁰¹ es la subjetividad del mismo, reflejada, en primer lugar, en el uso irónico que hace, una vez más, el periodista de la denominación “ario puro” referida a cualquier alemán de rasgos nórdicos. Como vimos en el apartado 4.1, Chaves utiliza el mismo término que los nazis, pero con intenciones caricaturescas: el “ario puro”, con todos los atributos hiperbólicos que el término tiene para los nazis, puesto en una situación cotidiana o, incluso, penosa se convierte en el protagonista de una parodia, no de los personajes (por los que el periodista parece sentir compasión), sino de la *Weltanschauung* (cosmovisión) nazi. Por lo demás, otros elementos que evidencian la subjetividad de la descripción que Chaves hace de la escena son el epíteto “ridícula” aplicado a la “capotita” –nótese también la subjetividad del diminutivo– de la mujer de la escena⁴⁰², así como el apelativo “bestia resignada y modesta” aplicado a dicho personaje, o los símiles expresionistas del camino y la “sima” y los personajes y las “hormigas”; y, sobre todo, –completando una curva en la que la subjetividad es cada vez más pronunciada– la introducción en el relato de los sentimientos del propio periodista al presenciar la escena. Pasa, por tanto, Chaves de expresar la subjetividad de sus sentidos y de su juicio a expresar la de sus sentimientos al asegurar que “uno se avergonzaba un poco de pertenecer a un país privilegiado”⁴⁰³. Así, el periodista no ejerce de mero espejo que refleja la escena tal como ocurre (cosa, por otra parte, imposible), sino que nos cuenta su experiencia al contemplar la escena, que llega a nosotros a través del tamiz de sus sentidos, su juicio y su sensibilidad.

Por lo demás, como decíamos al principio de este apartado, toda la escena no deja de tener un significado que le otorga capacidad de persuasión en la argumentación que Chaves pretende comenzar. El periodista nos explica con esta anécdota y con la impresión que le causa, que existen en Alemania personas que sobreviven de forma muy penosa. El ejemplo de dos personas concretas y reales, así como la compasión que despierta en el periodista ver a esos dos seres humanos “así afanados y empequeñecidos”, y la vergüenza que siente por “pertenecer a un país privilegiado, en el que la vida se gana todavía con mucho menos esfuerzo”, no hacen sino resaltar en la conciencia del lector la dureza de las condiciones de vida de algunos alemanes. Y no es que Chaves no sea consciente de la existencia de personas que llevaban una vida dura en España: es que el “ario puro” en cuestión tenía un título de ingeniero –lo cual, por

⁴⁰¹ Como hemos visto al final del apartado 2.3.3, Pérez Álvarez (2014: 390) aseguraba que Chaves “entiende que para comprender la psicología del personaje era y es necesario conocer en persona al personaje, acompañarle y verle actuar, crear escenas”.

⁴⁰² Ya Aristóteles aseguraba que tanto el epíteto como el diminutivo pueden servir para resaltar lo malo y atenuar lo bueno (Aris., *Ret.*, 1405b, 22-33).

⁴⁰³ En la conferencia que el periodista dictó en el Ateneo de Sevilla el 23 de junio, a la vuelta de su viaje por Alemania e Italia, insistía en esta idea: “Uno llega a avergonzarse durante sus viajes por el extranjero, de que aquí se gane la vida con tan poco esfuerzo, ya que la crisis mundial nos ha de coger de rechazo”, según la noticia sobre la conferencia que publicaba al día siguiente *El Liberal* de Sevilla (Gori, 1933).

otra parte, nos permite adivinar que Chaves se detuvo a hablar con él–, como explica a continuación:

Porque las dos figuras de aquella patética estampa no eran de esa pobre gente condenada fatalmente a la miseria por una incapacidad individual de mejoramiento. No se trataba de un analfabeto, sino de un ingeniero; el hombre que arrastraba la carretilla cargada de ramitas secas de abeto, con las que iba haciendo su provisión de leña para no morir de frío en el invierno, era todo un ingeniero diplomado; uno de esos millares de ingenieros alemanes que no han trabajado nunca, porque no han tenido en qué trabajar. Todavía no se conoce en España esta tragedia del hombre laborioso y capacitado que consagra su juventud a adquirir una técnica difícil y que luego se ve envejecer y morir en la miseria, sin que el Mundo le haya ofrecido jamás la ocasión de ser útil y sin que haya podido probar si servía o no (Chaves Nogales, 1933d).

Queda patente aquí la sensibilidad de Chaves y su compasión hacia el sufrimiento de estos seres humanos concretos⁴⁰⁴, así como su consciencia de la existencia de problemas sociales abstractos que afectaban a personas de carne y hueso, como esta “tragedia del hombre laborioso y capacitado que consagra su juventud a adquirir una técnica difícil y que luego se ve envejecer y morir en la miseria, sin que el Mundo le haya ofrecido jamás la ocasión de ser útil y sin que haya podido probar si servía o no”⁴⁰⁵. Pone aquí de relieve Chaves asimismo su admirable conocimiento de la condición humana, de esa *medida de lo humano* que tan a menudo aparece en su obra y de la que venimos hablando desde el capítulo 2. Y, al resaltar la carga que supone para una persona que “consagra su juventud a adquirir una técnica difícil” envejecer sin tener “jamás” ocasión de probar “si servía o no”, presenta un enfoque psicológico del problema del paro que debía resultar muy novedoso para su época. Por lo demás, esa sensibilidad hacia las consecuencias psicológicas del paro es coherente con la idea que el periodista tenía del trabajo y la satisfacción personal. Recordemos lo que el abuelo de “El hombrecito de la limalla de oro” le decía a su nieto: “Conocerás el encanto de la limitación, del deber cumplido y del trabajo bien terminado. Artesano, artífice o artista, ama más que nada esta penumbra civil que salva del turbión de la gente desatada” (Chaves Nogales, 1926). Y es que lo que señala Pérez Álvarez (2014: 243) con respecto a un artículo de Chaves sobre el rey Amanullah de Afganistán de 1929, también valdría para esas palabras del abuelo de “El hombrecito de la limalla de oro” o para la reflexión de Chaves sobre el ingeniero alemán que arrastraba su carretilla de leña por un camino oscuro de Alemania:

Aparece ya aquí una idea que está en muchos de sus textos: la vocación como configuradora de la realidad privada, el trabajo como instrumento de realización personal y la coherencia con la actividad individual como manera de alcanzar la plenitud.

⁴⁰⁴ Como veremos en el apartado 4.9.5, el periodista no siempre mostraba esa sensibilidad hacia el sufrimiento ajeno, como ilustra el desdén con el que en ocasiones se refiere en su crónica del 26 de mayo a los judíos alemanes que solicitaban un visado en el consulado español de Berlín.

⁴⁰⁵ Chaves ya había tratado el problema del paro con anterioridad. En un reportaje acerca del desempleo en Inglaterra publicado en *Estampa* el 29 de julio de 1930, el periodista relataba “uno de los más tristes espectáculos que puede ofrecer la Humanidad”, el de los parados, “ex hombres”, que dormían al raso en los parques de Londres y que daban “la sensación más angustiosa de infelicidad que puede darse” (Chaves Nogales, 2013: 903).

Por otra parte, el periodista ahonda en este segundo párrafo en el sentido trágico de la escena: “[...] el hombre que arrastraba la carretilla cargada de ramitas secas de abeto, con las que iba haciendo su provisión de leña para no morir de frío en el invierno, era todo un ingeniero diplomado”. Y hace patente la condición arquetípica de este ingeniero, “uno de esos millares de ingenieros alemanes que no han trabajado nunca, porque no han tenido en qué trabajar”. De nuevo presenta aquí el periodista un caso particular representativo de una realidad social mucho más amplia, como ya había hecho en la crónica del 14 de mayo con los hombres del *Gasthof* (ver apdo. 4.1). Cabe comentar, además, que el retrato que realiza de los dos personajes de esta escena sigue en buena medida dos elementos del patrón que, según Pérez Álvarez (2014: 388), generalmente utiliza el periodista en su “arte de la caracterización”: por una parte, “conocía al personaje y lo trataba en la medida de la posible mediante una entrevista”; y por otra, “explicaba el momento histórico, social o político en el que el protagonista se desenvolvía para situar su posible forma de actuar en su contexto”. Salvo que, en este caso, los personajes sirven más para ilustrar el contexto que a la inversa.

Por otra parte, tal y como señala Chaves, la situación laboral en España no era tan “trágica” como en Alemania, aunque, si bien es cierto que la crisis de 1929 no había afectado tanto a la economía española como a la alemana, sí había tenido algunas consecuencias, como explica Carr (1983: 165):

Aunque es cierto que la economía española relativamente aislada sufrió en menor medida que otras economías europeas los efectos de la Gran Depresión de la década de 1930, la República tuvo la mala suerte de que su llegada coincidió con la era de las rebajas en los presupuestos y con la deflación. En 1934 las exportaciones habían descendido hasta el 75 por ciento, la producción industrial estaba estancada y se alcanzaba casi el millón de desempleados, un 70 por ciento de ellos en el campo.

Con un índice de analfabetismo que oscilaba entre el 30 y el 50 por ciento de la población (Juliá, 2003: 501) y estando el 70 por ciento de los parados en zonas rurales, los parados españoles con alta formación académica debían ser pocos. De hecho, el texto de Chaves podría contener un mensaje político para la izquierda revolucionaria española. En una situación como la descrita en el apartado 3.1.1, tras los conatos revolucionarios en varios pueblos del Levante y Andalucía de enero de ese año⁴⁰⁶, no sería extraño que Chaves quisiera utilizar la penosa situación en la que se encontraban los desempleados alemanes para relativizar los problemas laborales existentes en España. En ese contexto es probablemente en el que hay que entender el hecho de que el periodista se refiera a España como “un país privilegiado, en el que la vida se gana todavía con mucho menos esfuerzo”.

⁴⁰⁶ Juliá (2003: 503), en este sentido, explica: “Las demandas de reparto de trabajo y de reducción de jornada provocaron en 1933 un espectacular aumento de las huelgas que afectó no sólo a los tradicionales núcleos reivindicativos como Barcelona, Asturias, Vizcaya o Sevilla, sino a regiones de latifundio y a ciudades hasta entonces menos conflictivas, como Madrid”.

Finalmente, Chaves cierra este apartado de la crónica insistiendo en que en esos momentos había “millares” de parados en Alemania y presentándolos como la causa del fenómeno que constituirá el tema principal de la crónica, es decir, el servicio de trabajo voluntario:

Así, declarados superfluos, hay muchos millares de hombres en Alemania; técnicos de todas las técnicas que, con sus diplomas en el bolsillo, barren las calles o escardan los sembrados. Estos hombres que, habiendo renunciado ya a todos los derechos, incluso el de comer, se refugian en el último baluarte, el derecho al trabajo, son los que han hecho posible este fenómeno curioso de “los trabajadores voluntarios” (Chaves Nogales, 1933d).

En cuanto al número de desempleados que había en Alemania en ese momento, Kershaw (1998: 402) ofrece los siguientes datos:

Las oficinas de desempleo registraron 5.772.984 personas sin trabajo a finales de 1932; en enero de 1933 la cifra era de 6.013.612. Teniendo en cuenta los trabajadores eventuales y el paro encubierto, se admitía que el total real había llegado ya en octubre de 1932 a 8.745.000.

Esa cifra de 1933 de en torno a seis millones de parados, según Lozano (2008: 438), sería la del mes de enero y contrasta con la del mes de julio, cinco meses después de la llegada de los nazis al poder, cuando habría descendido hasta los 4.464.000 de parados, lo que supuso una caída de algo más de un millón y medio del número de desempleados en cinco meses⁴⁰⁷. Por otra parte, Casquete (2017: 146) presenta un análisis del desempleo en la ciudad de Berlín en 1933 que resulta muy esclarecedor:

[...] el paro afectaba en Kreuzberg [barrio obrero de Berlín] a un total de 64.722 personas (42.693 hombres y 22.029 mujeres), un 34% de la población activa y un 50% entre los jóvenes; en el conjunto de la capital la tasa de desempleo general era de un 29,8% (o 675.096 personas: 464.126 varones y 210.970 mujeres), y un 63% si se consideraba únicamente a los jóvenes.

En cuanto al nivel de formación de los desempleados alemanes, no menos esclarecedora es esta anécdota que refiere Noel-Baker (1979: 64 n. 6):

In the summer of 1930, [Robert] Cecil visited the University of Heidelberg. A Professor told him that of a class of 150 students who had graduated 12 months before, 3 had then found jobs; one as a clerk, one as a shop assistant, and one cleaning the stables of a herd of cows.

Esta anécdota parece confirmar por sí sola la validez del retrato arquetípico que Chaves hace de los parados alemanes: “[...] técnicos de todas las técnicas que, con sus

⁴⁰⁷ Allen (1984: 328) explica que en el caso de la localidad de Northeim en 1933 el éxito de los nazis en su lucha contra el paro fue “inegable”, al menos en el plano psicológico (323-324), merced a una mayor inversión en empleo público. Asegura, asimismo, que prácticamente abolieron el desempleo (aunque hubo un repunte en 1934) y aumentaron la renta disponible: “En pocas palabras, el NSDAP de Northeim cumplió lo que había prometido hacer con la economía: exorcizó el espectro de la depresión” (328). Un maestro artesano hablaba así de los primeros resultados de la gestión del NSDAP en el municipio prusiano: “Lo principal es que la gente encuentre trabajo otra vez y de algún modo aprenda de nuevo a reconocer un propósito y una satisfacción en la vida” (333), como ya hemos visto en el apartado 4.1.5. Grunberger (1971: 202) transmite esta misma idea referida al conjunto de la sociedad alemana, y añade que el ciclo económico había comenzado a cambiar en el otoño de 1932, de modo que la coyuntura favoreció a los nazis. Evans (2005: 330), explica que Seldte, ministro de Trabajo, pudo anunciar un descenso de medio millón de desempleados el 27 de abril de 1933 en parte por factores temporales, “ya que el empleo mejoró después del bajón invernal”.

diplomas en el bolsillo, barren las calles o escardan los sembrados”. En ese mismo sentido, Allen (1984: 219-220) cuenta cómo en el municipio de Northeim el invierno de 1933 fue muy duro física y psicológicamente para los desempleados:

Algunos llevaban desempleados tres años y más; otros habían encontrado sólo trabajos intermitentes. Otros eran quizá aún más desgraciados: acababan de llegar a la edad en que, en circunstancias normales, obtendrían su primer empleo, pero ni los había ni parecía que fuese a haberlos nunca. Para el tendero que esperaba junto a su ociosa máquina registradora, para el artesano –con el orgulloso título de “maestro de su arte”– que aguardaba en su taller a que llegasen los pedidos, fue un invierno aciago.

Por su parte, Evans (2003: 271) aporta otro revelador testimonio perfectamente coherente con el que ofrece Chaves al comienzo de esta crónica:

“Después de mucho vagar sin rumbo de ciudad en ciudad –escribía en el otoño de 1932 un impresor de Essen de 21 años de edad–, llegué al puerto de Hamburgo. ¡Pero qué decepción! Allí había aún más miseria, más paro de lo que yo había pensado, y mis esperanzas de buscar trabajo se vieron frustradas. ¿Qué debía hacer? Sin familia aquí, no tenía el menor deseo de convertirme en un vagabundo”. El joven no se vio obligado al final a unirse a las crecientes hordas de hombres sin techo que vivían en las calles de pueblos y ciudades de Alemania (entre doscientos mil y medio millón, según cálculos oficiales), acabó encontrando apoyo en un programa de trabajo voluntario dirigido por la iglesia.

Asimismo, Evans también cuenta que era común ver por las calles de Alemania hombres apostados en las esquinas con letreros en los que se podía leer: “Busco trabajo, del tipo que sea” (271); y asegura que “lo que provocaba mayor pesadumbre y desesperación era la larga duración de la crisis, que se inició en octubre de 1929 [...] y no mostró indicios de disminuir durante los tres años siguientes”⁴⁰⁸ (275-276). La seguridad social alemana no era capaz de cubrir el seguro de desempleo durante tanto tiempo a tanta gente –a principios de 1932 los parados y las personas a su cargo constituían una quinta parte de la población total de Alemania, según el propio Evans (2003: 275). En ese sentido, Allen (1984: 111) ofrece datos del municipio prusiano de Northeim que resultan representativos:

[...] si bien en octubre de 1930 dos terceras partes de los parados de la ciudad percibían la prestación por desempleo regular, en octubre de 1931 sólo la cobraba una tercera parte; el resto obtenía subsidios de emergencia o el mínimo de la asistencia social. La diferencia era la medida de la desesperación.

En 1932 los casos de altercados provocados por las rebajas de las subvenciones se incrementaron. Por ejemplo, un hombre enfureció en la Oficina de Bienestar de Northeim y, tras ser detenido, camino de la comisaría no paró de gritar: “¡Tengo hambre! ¡Tengo hambre y nada más!” (200-201). Esa escena resulta muy ilustrativa de la situación en la que se dio ese “fenómeno curioso” al que se refiere Chaves: el de los trabajadores voluntarios, que el periodista se disponía a explicar en los siguientes apartados de su crónica. Pero antes de pasar al siguiente apartado, cabe comentar una de

⁴⁰⁸ Para una exposición detallada de la evolución de la crisis económica en Alemania entre 1929 y 1932, ver Evans (2003: 271-276). Por otra parte, en el apartado 4.4.5 veremos algunas consecuencias de la larga duración de la crisis en los trabajadores, y en el apartado 4.8 hablaremos de los altos índices de suicidio.

las fotografías que ilustran esta crónica en las páginas de *Ahora*. Dicha imagen ocupa la parte superior izquierda de la doble página, y en ella se puede ver una multitud que hace fila a la puerta de una Oficina de Bienestar de Berlín, según reza el pie de foto:

La causa de todo en Alemania es ésta: la crisis de trabajo; miles y miles de hombres que no encuentran ocupación. Esta que aparece en la fotografía es una de las colas de los “sin trabajo” que se forman en Berlín ante las oficinas de paro, a las que acuden para percibir los socorros de la asistencia social. El pavoroso problema de los parados ha sido el factor más decisivo en el triunfo de Hitler y sus huestes⁴⁰⁹ (Chaves Nogales, 1933d).

En ese sentido, Grunberger (1971: 202) comparte este juicio acerca de la importancia que tuvo el “pavoroso problema” del paro entre los factores que propiciaron el ascenso del NSDAP –“Hitler y sus huestes”, según los llama el pie de foto– al poder:

Nada ayudó tanto a los nuevos detentadores del poder como las circunstancias bajo las cuales se hicieron con él. Desde 1930, 6 millones de obreros (una tercera parte de la población laboral) habían quedado sin empleo, mientras el promedio de los ingresos del resto había bajado en un 33 por ciento.

4.4.2. El paraíso de los patronos

En el siguiente apartado de la crónica, bajo una metáfora en forma de ladillo –“El paraíso de los patronos”– bastante sugerente, Chaves introduce el tema principal de la crónica: su visita al campo de trabajadores voluntarios de Biesenthal. Pero antes, hace una breve disertación sobre una organización de la que ya hemos hablado en los apartados anteriores, el Stahlhelm, el grupo paramilitar de los Cascos de Acero, y sobre su líder, Franz Seldte, en ese momento, ministro de Trabajo del Reich (*Reichsarbeitsminister*):

He ido al imponente edificio del Ministerio de Trabajo a pedir autorización para visitar un campamento de trabajadores voluntarios. El Ministerio de Trabajo, regido por Seldte⁴¹⁰, está todavía en poder de los “cascos de acero”; y digo todavía, porque tengo la impresión de que a estos infelices “cascos de acero” no tardarán en desalojarlos de aquí, como de todas partes, los arrolladores “nazis”, dispuestos a tomar el Poder de modo tan absoluto que no quede un resquicio en la Administración alemana al que no llegue su ojo avizor. En Alemania me ha nacido súbitamente una simpatía por los “cascos de acero”, de la que no me creía capaz. Creo que es la misma simpatía que despertarían los monárquicos constitucionales y alfonsinos de España si alguna vez cometieran la candidez de caer en manos de una fuerza fascizante (Chaves Nogales, 1933d).

⁴⁰⁹ En la conferencia que dictaría el periodista a su vuelta del viaje por Italia y Alemania en el Ateneo de Sevilla, de acuerdo con la noticia publicada por *El Liberal* de Sevilla sobre dicha conferencia, diría: “En Alemania existe un problema económico gravísimo y por él ha llegado el hombre a prescindir de la libertad y de la dignidad” (Gori, 1933).

⁴¹⁰ Seldte, en realidad. Como veremos a lo largo de este análisis, este tipo de errores ortográficos en nombres alemanes es común en estas crónicas.

La “imponente” sede del Reichsarbeitsministerium (Ministerio de Trabajo del Reich) a la que hace referencia Chaves era la Invalidenhaus, que se encontraba en Scharnhorststraße 35, en Berlín, en la esquina con Invalidenstraße, entre un canal del río Spree que conduce al lago Tegel y el Cementerio de los Inválidos (Invalidenfriedhof). Se trataba de un complejo arquitectónico de estilo barroco, que, en efecto, ocupaba una gran extensión y tenía una imponente factura. Fue construido en el siglo XVIII y desde 1910, tras una reforma de estilo neobarroco, albergó la Kaiser-Wilhelms-Akademie, donde se formaban los médicos militares del Imperio alemán, y hoy es la sede principal del Bundesministerium für Wirtschaft und Energie (Ministerio Federal de Economía y Energía). Fue la sede del Reichsarbeitsministerium entre 1921 y 1934, año en el que el ministerio fue trasladado al número 33-35 de Unter den Linden⁴¹¹.



La Invalidenhaus vista desde la esquina de Invalidenstraße y Scharnhorststraße (1929)⁴¹², y portal del ala neobarroca por el que se accedía al ministerio, en Scharnhorststraße 35 (1931)⁴¹³.

En cuanto al Stahlhelm, Bund der Frontsoldaten (Casco de Acero, Liga de Soldados del Frente) se trataba de una organización paramilitar de excombatientes de la Primera Guerra Mundial. Fundada en diciembre de 1918 por el propio Seldte –herido de guerra y oficial del ejército en la reserva–, era una organización paramilitar independiente, aunque a partir de 1929 estableció lazos con el nacionalista Deutschnationale Volkspartei (DNVP), el Partido Nacional Alemán del Pueblo, “una organización de marcado carácter conservador, lo que en Alemania iba de la mano del nacionalismo y del antisemitismo”, según Casquete (2017: 164), quien añade que “la nostalgia de la época imperial pesaba sobremanera en su ideario y prácticas políticas”. Abellán (1997: 139) explica acerca del DNVP que, como monárquicos guillerminos, “defendían un sistema político que aseguraba su poder y privilegios”. Y añade:

⁴¹¹ Ver Unabhängige Historikerkommission zur Geschichte des Reichsarbeitsministeriums, 1933-1945 (sin fecha): “Die historischen Standorte des Reichsarbeitsministeriums und wichtiger nachgeordneter Behörden in Berlin”, en <<https://cutt.ly/JfyFFFO>> [cons. 9/1/2020].

⁴¹² Deutsche Sozialpolitik 1918-1928, 2. Aufl. 1929, Bildteil. En Unabhängige Historikerkommission zur Geschichte des Reichsarbeitsministeriums, 1933-1945: “Die historischen Standorte des Reichsarbeitsministeriums und wichtiger nachgeordneter Behörden in Berlin”, en <<https://cutt.ly/xfyFCSSO>> [cons. 9/1/2020].

⁴¹³ “Reichsarbeitsministerium, Portal Scharnhorststraße 35” (tarjeta postal). En Picclick.de: <<https://cutt.ly/RfyF110l>> [cons. 9/1/2020].

Les parecía que los más sagrados bienes de la nación habían sido ensuciados y que en vez del brillo y el poder del antiguo Imperio, había ahora una República cutre, impotente, nacida de una revolución, que había enterrado arrogantemente el amor patriótico del régimen anterior. Para estos nacionalistas, todo tenía que volver a ser como antes de 1914 o al menos como era hasta el cese de Bismark. [...] Por eso, a diferencia del nuevo nacionalismo, los nacionalistas de viejo cuño ignoran la cuestión social y no cultivan un patriotismo *popular* [völkisch]⁴¹⁴ (139).

Sin embargo, según Weitz (2007: 115-116), la postura del DNVP respecto a Guillermo II no estaba tan clara como pudiera parecer:

En un momento dado, antes de la guerra, había sido un partido monárquico, pero la mayoría de sus simpatizantes dejaron el ideal monárquico –a pesar de sus altisonantes afirmaciones de lealtad a la casa Hohenzollern– durante la Primera Guerra Mundial, cuando no les quedó más remedio que reconocer la ineptitud del káiser Guillermo II. Durante las tres fases por las que pasó la República, no dejaron de trabajar la idea de algún tipo de solución autoritaria, preferiblemente militar. Aunque afirmaba apoyar la “tradicición” –el protestantismo o los estrechos lazos familiares tejidos a lo largo de generaciones–, el DNVP andaba enredado en una campaña de extrema derecha.

En lo referente a Seldte y los Cascos de Acero, Chaves demuestra una vez más su clarividencia en el juicio acerca de la realidad política alemana, merced a la cual anticipa uno de los rasgos fundamentales del régimen totalitario que los nazis no tardarían en instaurar en Alemania, esos “arrolladores «nazis», dispuestos a tomar el Poder de modo tan absoluto que no quede un resquicio en la Administración alemana al que no llegue su ojo avizor”, como aseguraba el periodista haciendo uso de un lugar común de gran expresividad. No obstante, de acuerdo con Hannah Arendt (1948: 566-567), un sistema puede ser unipartidista, puede haber una “completa amalgama del estado y del partido”, éste puede ocupar todos los cargos administrativos, y aun así no ser un sistema totalitario, como sí lo fue el Tercer Reich⁴¹⁵. La dictadura de partido “es «total» sólo en un sentido negativo, es decir, en el de que el partido dominante no tolerará otros partidos, oposición alguna ni ninguna libertad de oposición política”, explica. Sin embargo, una dictadura de partido deja “intacta” la relación de poder entre el partido y el estado: “En todos estos casos el poder del partido se basa en un monopolio garantizado por el estado, y el partido ya no posee su propio centro de poder”. El régimen nazi, en tanto que totalitario, fue un paso más allá:

La revolución iniciada por los movimientos totalitarios después de haber conquistado el poder es de una naturaleza considerablemente más radical. Desde el comienzo, se esfuerzan conscientemente por mantener las diferencias esenciales entre el estado y el movimiento y por impedir que las instituciones “revolucionarias” del movimiento sean absorbidas por el gobierno⁴¹⁶. El problema de apoderarse de la maquinaria del estado sin amalgamarse con ella queda resuelto permitiendo elevarse a la jerarquía del estado sólo a aquellos miembros del partido cuya importancia para el movimiento resulte secundaria. Todo el poder real queda

⁴¹⁴ Como señala Kershaw (1998: 152), el DNVP, dirigido por el magnate de la comunicación Alfred Hugenberg (del que hablaremos en el apartado 4.11), consideraba a los nazis “primitivos y vulgares”.

⁴¹⁵ La propia Arendt (1948: 372-373) explica que “el hecho de que la conquista del poder por los nazis fuera normalmente identificada con la dictadura de un partido simplemente cuán enraizado se hallaba todavía el pensamiento político en los viejos esquemas establecidos y cuán poco preparado estaba el pueblo para lo que realmente habría de llegar”.

⁴¹⁶ Para la relación entre el partido y el estado en el Tercer Reich, y los intereses de Hitler a ese respecto, ver Kershaw (1998: 527) y Grunberger (1971: 67-68).

centrado en las instituciones del movimiento, fuera del estado y del aparato militar. Es en el interior del movimiento, que sigue siendo el centro de la acción del país, donde se elaboran todas las decisiones [...].

Así, el estado se convierte tan sólo en una “fachada exterior, para representar al país ante el mundo no totalitario”. El nazismo no aspiraba, por tanto, a controlar el estado, sino a destruirlo⁴¹⁷, según la propia Arendt (1948: 373), ya que “lo único que cuenta en un movimiento es precisamente que se mantiene en constante movimiento”, y el estado, “aun como dictadura de un partido, era considerado un obstáculo en el camino de las necesidades siempre cambiantes de un movimiento siempre creciente” (376-377).

En cualquier caso, la previsión de Chaves era acertada, el régimen de partido único no tardaría en llegar, aunque sólo fuera un primer paso hacia el estado totalitario. El 14 de julio de 1933 la *Ley contra la Nueva Formación de Partidos (Gesetz gegen die Neubildung von Parteien)* prohibió todo partido que no fuese el NSDAP, aunque el resto, en la práctica, ya habían desaparecido para esa fecha, según Kershaw (1998: 471), y los tentáculos nazis no tardarían en apropiarse de la administración, como había anunciado Chaves, o duplicarían sus funciones con organizaciones del partido, haciéndola inútil en la práctica (526-527). El 1 de diciembre de 1933 se aprobaría la *Ley para la Protección de la Unidad del Partido y el Estado (Gesetz zur Sicherung der Einheit von Partei und Staat)*, que aseguraba que “el partido estaba indisolublemente unido al estado” (cit. en Benz, 2006: 80), y merced a la cual “el NSDAP obtuvo el estatus de corporación de derecho público”, según Benz (2006: 79), quien añade que el partido se convirtió en el responsable de la “instrucción y educación de la Nación” y de la “selección de las personas para los cargos de poder en el Estado”. Por otra parte, Benz también explica cómo el NSDAP, además de ejercer el control sobre el Estado (por no hablar del control policial sobre la población), ejercía un fuerte control social a través de la propaganda, de sus distintas secciones (a las que estaban afiliadas millones de alemanes) y de sus “asociaciones incorporadas”, como, por ejemplo, la Liga Nacionalsocialista de Profesores de Secundaria y otros colegios profesionales (80-81).

En cualquier caso, volviendo a Seldte y los “infelices” Cascos de Acero, la “impresión” de Chaves sobre su pronto desalojo del Ministerio de Trabajo a manos de los “arrolladores” nazis ya denota cierta ironía del periodista –como se desprende del uso del epíteto “infelices” aplicado a un grupo paramilitar–, que se confirma unas líneas más abajo: “En Alemania me ha nacido súbitamente una simpatía por los «cascos de acero», de la que no me creía capaz”, asegura, sugiriendo al mismo tiempo su distancia política con el grupo paramilitar a través de la expresión “no me creía capaz”. Sin embargo la siguiente frase permite inferir que el sentimiento real no es de “simpatía”,

⁴¹⁷ Asimismo, Arendt (1948: 374) explica que “el furioso interés de las masas por las llamadas «potencias supraestatales» (*überstaatliche Mächte*) –es decir, los jesuitas, los judíos y los francmasones– no procedía de la adoración a la nación o al estado, sino, al contrario, de la envidia y del deseo de convertirse en también en una «potencia supraestatal»”.

sino que se trata, en efecto, de una irónica compasión, como denota la paródica atribución de “candidez” a la estrategia de los Cascos de Acero, equivalente a la hipotética de los monárquicos españoles que plantea Chaves: “Creo que es la misma simpatía que despertarían los monárquicos constitucionales y alfonsinos de España si alguna vez cometieran la candidez de caer en manos de una fuerza fascistizante”.

Lo cierto es que, una vez más, la impresión de Chaves se confirmaría, aunque no exactamente en los términos en que la planteaba. De hecho, cuando se publicó esta crónica, el 18 de mayo, ya hacía prácticamente un mes que Seldte se había afiliado al NSDAP y había puesto el Stahlhelm al mando de Hitler⁴¹⁸. Lo hizo el 26 de abril, lo cual nos indica que probablemente Chaves escribió esta crónica (o, al menos, su primera parte) antes de dicha fecha. Sin embargo, lo cierto es que Seldte siguió siendo ministro de Trabajo hasta 1945, aunque ya no como miembro del DNVP, sino como un nazi más. En cuanto al Stahlhelm, ya vimos en el apartado 4.3.1 cómo se disolvió y la mayoría de sus miembros se integraron en las filas de la SA durante la segunda mitad de 1933, incluyendo al propio Seldte, culminando así el declive del nacionalismo tradicional alemán. Según Kershaw (1998: 336), el DNVP “había ido cayendo en elecciones sucesivas desde 1924 del 20,5 por 100 a sólo el 7 por 100” en 1930. Un tercio de sus antiguos votantes se había pasado por entonces al NSDAP, tendencia que se invertiría precisamente en las últimas elecciones antes del ascenso de Hitler al poder, celebradas en noviembre de 1932, cuando el NSDAP perdería dos millones de votos y el DNVP aumentaría hasta un 8,9 por ciento, de acuerdo con Kershaw (1998: 387-388). Sin embargo, en las circunstancias que ya hemos descrito en el apartado 3.1.3, justo cuando el nacionalsocialismo estaba a punto de comenzar su decadencia, Hindenburg aupó a Hitler al poder, en lo que fue evidentemente un error político por parte del presidente y los nacionalistas conservadores que se lo propusieron, incluyendo a Hugenberg, Seldte y von Papen a la cabeza, como explica Kershaw:

El propio Hindenburg, y los que podían influir en él, estaban tan empeñados en encontrar una solución derechista que no querían considerar siquiera las posibles soluciones parlamentarias. Y las diferentes formas de “estrategia de domesticación”, encaminadas a incorporar al gobierno a los nacionalsocialistas, por las que abogaron todos los que rodeaban a Hindenburg en un momento u otro y de una forma u otra, revelaban una infravaloración de Hitler y un desprecio hacia él que nacían de una excesiva e inveterada confianza en la capacidad de las clases dirigentes “naturales” para controlar al arribista (378).

La clara derrota de la coalición *Kampffront Schwarz-Weiß-Rot*, encabezada por Hugenberg, Seldte y von Papen en las elecciones de marzo de 1933 y la consolidación de Hitler en el poder conduciría a lo que Chaves había anunciado en esta crónica y en la que publicaría el 28 de mayo (que analizaremos con detalle en el apartado 4.11), en la que retrataba a Hindenburg, von Papen, Hugenberg y Seldte como víctimas de la astucia

⁴¹⁸ Ver Beck (2008: 274-275)

de Hitler o de su propia torpeza política. Así, de Seldte, asegura que se había convertido en “un ministro más a las órdenes de Hitler”, y sobre los Cascos de Acero comentaba:

Hablando con un jefe de los “cascos de acero”, me decía: “Hitler no es más que una etapa más; acaso larga; pero al final no hay más solución que los Hohenzollern”. Creo que es una vaga ilusión. De momento, en las calles de Berlín no se vende una postal de Guillermo o de su hijo que no vaya acompañada de otra de Hitler; la bandera del Imperio se ha restablecido, pero los “nazis” le han cosido en el centro su cruz gammada [sic]; va a ser difícil quitarla (Chaves Nogales, 1933l).

Esto nos lleva de nuevo a la comparación que Chaves hace del Stahlhelm con los monárquicos españoles. Lejos de ser un simple intento de acercar la realidad alemana al ámbito de lo cotidiano para el lector español, esta comparación probablemente constituyera, además, una advertencia para los conservadores españoles, que, salvando las distancias con el caso alemán, resultaría profética, al menos en el medio plazo⁴¹⁹. El propio periodista en junio de 1938, en plena Guerra Civil española, desde su exilio en Francia, escribiría para *La Dépêche* lo siguiente acerca de los carlistas que habían apoyado la rebelión militar:

Esta formidable fuerza tradicionalista ha sido abocada a un sacrificio impío por el triunfo imposible de algo tan odioso a sus ojos como el marxismo o el liberalismo: la deificación del Estado. Estos valientes navarros que se hicieron matar con el grito “Dios y las leyes antiguas [viejas]” se habrán sacrificado en definitiva para imponer a España una concepción anticristiana, anticatólica y revolucionaria: el Estado totalitario⁴²⁰ (Chaves Nogales, 2013: 711-712) [traducción del francés de Marie Christine del Castillo].

En cuanto a los alfonsinos, en el mismo artículo, afirma:

La desilusión de las fuerzas puramente monárquicas que ayudaron al levantamiento es total. La posibilidad de la restauración se aleja cada día más. Los militares responsables de la caída de Alfonso XIII no permiten que se hable de él, ni de su hijo, el Infante don Juan (713) [traducción del francés de Marie Christine del Castillo].

Por lo demás, continúa el periodista la crónica con un elogio comparativo de los Cascos de Acero frente a los nacionalsocialistas:

Estos hombres del casco de acero que rigen todavía el Ministerio de Trabajo tienen, por lo menos, la corrección tradicional de las clases conservadoras –cosa que los “camisas pardas” han desechado–, y, deferentes a mi requerimiento, me han facilitado cuantos datos pudiera desear sobre la organización del trabajo voluntario y, finalmente, me han concedido la autorización que pedía para visitar un campamento (Chaves Nogales, 1933d).

⁴¹⁹ Franco no nombraría como sucesor a la Jefatura del Estado al príncipe Juan Carlos hasta julio de 1969.

⁴²⁰ Hay que tener en cuenta que en los textos sobre la Guerra Civil y el franquismo publicados por Chaves en el exilio, el periodista intentaba persuadir a Francia e Inglaterra de que su interés pasaba por el apoyo a la República en tanto que Franco era un aliado de Hitler y Mussolini. Acaso Chaves exagere con esa intención al denominar como “totalitario” el estado franquista, o bien incurriera en un error de juicio inducido por el apoyo de Hitler y Mussolini al bando franquista y la adopción de algunos elementos fascistas por parte del franquismo en esos primeros años acordes con esas alianzas. Sobre la naturaleza del franquismo aún existe controversia, pero parece haber un acuerdo suficientemente amplio contra su clasificación como estado totalitario. Valga mencionar la postura de Arendt (1948: 435-436), quien clasifica el franquismo como “dictadura” y “régimen unipartidista”, esto es, un régimen “no totalitario”.

En cuanto a la “corrección tradicional” de las clases conservadoras que Chaves atribuye aquí a los empleados del Ministerio de Trabajo –y que, según él, los nazis “han desechado”–, en su crónica del 25 mayo también habla de los jóvenes nazis y del “infinito desprecio” que sienten por “las buenas cualidades de sus mayores” (Chaves Nogales, 1933i). En ese sentido, la doctrina nazi era revolucionaria y afectaba a todos los ámbitos de la vida⁴²¹. Un cambio semejante en las costumbres sociales lo detectó Chaves en su viaje a Rusia en 1928. En *La vuelta a Europa en avión* refiere su experiencia con una muchacha rusa a la que “la ofende la cortesía”, ya que, como explica más adelante el periodista, “el comunista no considera nada como un favor que deba ser agradecido ni pagado; los servicios que presta son deberes de asistencia social” (1929: 219). Por otra parte, el deterioro de las normas sociales de cortesía parece normal en un contexto en el que incluso las leyes más elementales habían sido ignoradas. Donde el asesinato y el robo estaban justificados por “la historia y los intereses de la raza alemana” (Evans, 2005: 55), el deterioro de las costumbres era una consecuencia esperable⁴²². Por su parte, Haffner, quien asegura que lo que se produjo en Alemania en marzo de 1933 fue “una angustiosa inversión de los conceptos” por la cual ladrones y asesinos actuaban como policía y trataban a sus víctimas como criminales (1939: 134), describe una escena que bien puede ilustrar la diferencia que Chaves señala entre la actitud de los monárquicos y la de los nazis. En febrero de 1933, estando el escritor en una fiesta de carnaval en Berlín apareció la policía y ordenó el desalojo del edificio. Haffner se dirigió a uno de los *Schupos* para confirmar lo que estaba pasando, el modo en que el agente se dirigió a él resulta muy ilustrativo:

–Tienen permiso para irse a casa –contestó, y casi retrocedí bruscamente al escuchar el tono tan amenazante con el que había hablado, lento, gélido y malicioso. Lo miré a la cara y volví a retroceder bruscamente, pues ¡menudo rostro era aquél! No se trataba del rostro habitual, conocido, fiel y probo de un poli. Era una cara que parecía estar compuesta sólo de dientes. De hecho aquel hombre había gruñido enseñándome la dentadura y además, lo que era menos probable, me había mostrado ambas filas de dientes, una visión extraña en una persona; allí estaban sus dientecillos pequeños, afilados y malignos, como los de un pez depredador. También como de pez, como de un tiburón, era todo aquel rostro rubio y pálido que asomaba por debajo del chacó: unos ojos muertos, acuosos e incoloros, cabello incoloro, piel incolora, labios incoloros y una prominente nariz de lucio sobre la dentadura. Muy “nórdico”, eso había que reconocerlo, pero por supuesto ya no era un rostro humano en absoluto, sino más bien la cara de un cocodrilo. Me estremecí. Había visto el rostro de las SS (Haffner, 1939: 125).

La escena recuerda a su vez a la descripción de la transformación de las calles del centro de Berlín que el propio Chaves expondría en su crónica del 25 de mayo (1933i): “Por la Tauentzien avanzan, cada vez más arrogantes, los hombres de Hitler con sus altas botas ferradas y sus camisas pardas”. Ésas eran las nuevas formas.

⁴²¹ En noviembre de 1933 Goebbels afirmaba: “Nuestra revolución es total. Ha abarcado todas las áreas de la vida pública y las ha reestructurado. Ha cambiado y reformado del todo la existencia, la relación entre las personas y de éstas con el estado” (cit. en Evans, 2005: 127).

⁴²² De Quincey expondría esta misma idea con su característica ironía: “[...] si por una vez un hombre se ve arrastrado al asesinato, pronto considerará cosa de poco más o menos el robo, y del robo irá a la borrachera, a la crápula [*Sabbath-breaking* en el original inglés], y de aquí a la incivilidad y a la procrastinación. Una vez en esta pendiente, no se sabe dónde se detendrá” (2008: 77).

Por lo demás, volviendo a la crónica, una vez conseguido el permiso para la visita al campo de trabajadores y antes de narrar la misma, el periodista pone al lector en contexto:

En la visita me acompaña un “ministerialrat”, que me provee de copiosas estadísticas, de las que hago gracia a los lectores. Baste con hacer constar que los obreros voluntarios pasan de doscientos mil, repartidos en campamentos de cincuenta a sesenta hombres por toda Alemania. Las regiones alemanas donde más se ha intensificado la organización del trabajo voluntario son las provincias renanas.⁴²³ Sajonia, Westfalia y Hessen; los trabajos a que se consagran preferentemente estas tropas de obreros voluntarios son los de saneamiento y mejora de terrenos; hacen también carreteras y caminos, trabajos forestales y cultivo de algunas pequeñas parcelas (Chaves Nogales, 1933d).

El cargo de *Ministerialrat* al que hace referencia Chaves se correspondía con la posición de alto funcionario de un ministerio. En cuanto a las estadísticas de las que éste había provisto al periodista, resulta significativo que Chaves haga “gracia a los lectores” de ellas en esta ocasión, teniendo en cuenta que en la crónica anterior había ofrecido información detallada acerca de la SA y las SS. Probablemente, prefería ocupar el espacio de la crónica en contar lo que había tenido ocasión de ver con sus propios ojos durante su visita al campo de trabajadores. De hecho, a dicha visita tendría que dedicarle también parte de la siguiente crónica. De manera que sería normal que, no teniendo espacio suficiente para ofrecer datos detallados sobre los campos de trabajo, decidiera relatar su experiencia directa, lo cual es coherente con su forma de hacer periodismo, bastante moderna y dinámica para su época, con una fuerte carga testimonial, tal y como hemos explicado en apartados anteriores. “Andar y contar es mi oficio”, aseguraba, no en vano, en el prospecto de *La vuelta a Europa en avión* (1929: 22), donde también anunciaba su intención de divulgar noticias “fácilmente por la virtud prodigiosa de unas palabras eficaces más que sabias” (17). También hacía alusión en ese texto al científico que escribía en los periódicos, que era respetado, entendiendo por “respetar el no leer” (17) y que no conseguía otra cosa “que aburrir al público con unos insoportables folletones” (20). En ese sentido se podría entender, por tanto, la omisión de datos detallados sobre los campos de trabajo, aunque no hubiese seguido el mismo criterio en las dos crónicas anteriores.

No obstante, sí le ofrece al lector los datos más importantes. Así, nos informa de que había más de doscientos mil trabajadores voluntarios en ese momento en Alemania, cifra próxima a la de 220.000 hombres (y 7.347 mujeres) que Oschlies (2004) ofrece, como vimos en el apartado 4.3.1. Sin embargo, según Patel (2003: 55), aunque desde noviembre de 1932, cuando el número de trabajadores voluntarios alcanzó un pico de 285.000, las cifras habían caído hasta los 177.000 en enero de 1933; en mayo de ese mismo año, el número de trabajadores voluntarios rondaba los 250.000 (Patel, 2003:

⁴²³ Probablemente los dos puntos sean una errata, pues Westfalia, Hesse y Sajonia no eran provincias renanas. Probablemente, las “provincias renanas” eran el primer elemento de la enumeración, que quedaría de este modo: “[...] las provincias renanas, Sajonia, Westfalia y Hesse”.

145). Esa volubilidad en las cifras se explica, entre otras razones, porque la duración máxima del servicio de cada individuo sólo podía ser de veinte semanas. En cualquier caso, es comprensible que con una variación tan rápida Chaves no acertara la cifra exacta, aunque la que ofrece se aproxima bastante al número de trabajadores que debía haber en abril de ese año.

En cuanto al Servicio de Trabajo Voluntario (*Freiwillige Arbeitsdienst*, FAD), se instauró en 1931 como medida contra el aumento galopante del desempleo tras la crisis de 1929. Si bien tenía financiación pública y estaba regulado por el Estado, los encargados de implementarlo eran los municipios u organizaciones sociales y políticas (hasta que a lo largo de 1933 el NSDAP se hizo cargo de todos los campos), siempre que no tuvieran ánimo de lucro, aunque sus intereses respecto al FAD fueran muy distintos. Así, por ejemplo, Patel (2003: 56-57) explica que el Stahlhelm, que contaba a comienzos de 1933 con 20.000 trabajadores voluntarios, utilizaba el FAD como una especie de servicio militar, como Chaves comprobaría en su visita al campo de Biesenthal, tal y como veremos más adelante. Asimismo, el NSDAP de la localidad prusiana Northeim, por ejemplo, fundó en febrero una organización de trabajadores voluntarios con el objetivo de “1) unirlos a la *Volksgemeinschaft*⁴²⁴, 2) reinstaurar su conexión con la tierra y 3) revivir un saludable espíritu militar” (cit. en Allen, 1984: 327).

Por otra parte, Chaves habla en su crónica de campamentos de cincuenta o sesenta hombres. Sin embargo, como explica Patel (2003: 211) el tamaño de los campamentos variaba dependiendo de la organización que los tuviera a su cargo. No obstante, cuando los nazis llegaron al poder, impusieron un número fijo de 216 hombres por campamento, incluyendo a los capataces. En el momento en el que Chaves realizó su visita al campamento de Biesenthal el sistema de campos de trabajo aún debía estar en periodo de transición. Por ello, el número de trabajadores que ofrece se aproxima más al que Allen (1984: 327) asegura que tenía el Servicio de Trabajo Voluntario de Northeim a finales de abril de 1933: sesenta y cinco jóvenes; aunque el líder local nazi esperaba poder alcanzar la cifra de 250.

En cuanto al número de campos, según Patel (2003: 211), al final de la República de Weimar había unos 4.000 repartidos por toda Alemania. Sin embargo, los nazis querían convertir el FAD en una organización militar más eficiente y manejable, por lo que decidieron reducir el número de campos a 1.200 o 1.300, meta que alcanzaron en 1935, cuando sólo quedaban 1.260 campos en todo el país. En medio de ese proceso, a finales del verano de 1933 había aún 3.400 campos. De modo que cuando Chaves escribió esta crónica el número total estaba entre los 4.000 y los 3.400. En

⁴²⁴ En la traducción original, “comunidad-Volk” (Allen, 1984: 327).

cuanto a su distribución territorial, no hemos podido confirmar la mayor presencia que señalaba Chaves en los territorios de Renania, Westfalia, Sajonia y Hessen.

Por último, el periodista cierra este apartado presentando el campo que había visitado y reflexionando sobre las consecuencias sociales del trabajo voluntario, utilizando para ello la figura de un representante de la patronal sueca que lo acompañaría en la visita:

El campamento de trabajadores voluntarios que vamos a visitar está en Biesenthal, a unos 60 kilómetros de Berlín. Viene con nosotros, deseoso de aprender esta curiosa organización del trabajo voluntario, un patrono de Suecia, que ostenta la representación de no sé qué entidad patronal de su país: una especie de Graupera sueco que quiere ver por sus ojos esta maravilla de unos hombres que dócilmente, sin huelgas ni Sindicatos, trabajan sólo por el gusto de trabajar y para no perder la costumbre del trabajo. ¡Si esto se difundiera! El patrono sueco viene bastante ilusionado (Chaves Nogales, 1933d).



En realidad, la localidad de Biesenthal se encuentra a unos treinta kilómetros al noreste de Berlín en línea recta y a unos cuarenta kilómetros por carretera hoy día⁴²⁵, algo más cerca de lo que Chaves estimaba.

En lo referente al patrono sueco que acompaña a Chaves, de nuevo el periodista utiliza la comparación con una realidad próxima al lector para acercar al personaje a una distancia a la que aquél pueda juzgarlo en contraste con referentes cotidianos, ya desprovisto de cualquier posible halo mistificador. Así, se refiere al patrono como “una especie de Graupera sueco”. Probablemente la elección de Félix Graupera para la comparación se debiera a la relativa notoriedad de éste. Presidente de la Federación Patronal de Barcelona, Graupera sobrevivió a un atentado el 5 de enero de 1920 que causó una gran consternación en la sociedad de la época debido a las particulares circunstancias del mismo –que incluían la implicación de una banda criminal que se

⁴²⁵ Datos obtenidos mediante el medidor de distancias de Google Maps, en <<https://cutt.ly/dfyF9Fg>> [cons. 14/1/2020].

hizo pasar por grupo anarquista⁴²⁶, con su correspondiente eco informativo en los periódicos.

Por otra parte, el periodista nos presenta con ironía la perspectiva desde la que el patrono sueco abordaba su inminente visita al campo de trabajadores voluntarios del FAD: “[...] quiere ver por sus ojos esta maravilla de unos hombres que dócilmente, sin huelgas ni Sindicatos, trabajan sólo por el gusto de trabajar y para no perder la costumbre del trabajo. ¡Si esto se difundiera!”. En los siguientes apartados, Chaves explicará las razones de esa docilidad. Además, las expectativas del patrono, su ilusión, le sirven al periodista para enmarcar su relato sobre la visita al campo de trabajadores: como veremos en el análisis de la siguiente crónica (ver apdo. 4.5.3), Chaves utilizará la decepción del sueco al final de la visita para ilustrar su argumentación sobre la naturaleza del trabajo voluntario en Alemania.

4.4.3. Labores adecuadas

Como veremos a continuación, el ladillo “Labores adecuadas” es un eufemismo que el periodista utiliza aquí con una ironía de la que se servirá, en un juego de significado constante, para sugerir el carácter militar del campo a lo largo de todo este apartado, el cual comienza así:

La jornada de los trabajadores voluntarios comienza con un saludo a la bandera. Colocada sobre un alto mástil que se yergue solitario en una explanada próxima al campamento, la gloriosa bandera del imperio –rojo, blanco y negro– es saludada todas las mañanas por estos cincuenta hombres sin fortuna que en rigurosa alineación, armados con palas, picos y azadones, se cuadran militarmente y le rinden honores antes de partir para el tajo, hacia el que se dirigen a una voz de mando, marcando el paso, “de cuatro en fondo”, con la herramienta al hombro y encuadrados por los suboficiales, que ejercen la función de capataces (Chaves Nogales, 1933d).

De acuerdo con Patel (2003: 219-221), quien ofrece un horario estandarizado de los campos de trabajo alemanes, la bandera se izaba en los campamentos de trabajadores a las cinco de la mañana y se recogía de lunes a viernes a las diez de la noche (los sábados, a media noche, y los domingos, a las once). No consta, por lo demás, en ese horario el saludo a la bandera, aunque no existía un plan diario obligatorio para todos los campamentos, como explica el propio Patel (2003: 219 n. 74). En cuanto a la “gloriosa” bandera imperial⁴²⁷ que ondeaba en la explanada del campamento, el periodista acompaña su crónica con una fotografía de su propia autoría

⁴²⁶ Para un relato detallado del atentado, así como de sus causas y consecuencias, ver VVAA (2016: 399-407). Por otra parte, Chaves (2013: 1207) mencionaba en 1921 a Graupera en una noticia publicada en *El Liberal* de Sevilla sobre la Conferencia Internacional del Trabajo celebrada en Ginebra ese mes de octubre, a la que asistió el patrono español.

⁴²⁷ De nuevo utiliza aquí Chaves el lenguaje de sus adversarios políticos de forma irónica.

en la que aparece la bandera en cuestión –una de las cuatro únicas fotografías en todo su reportaje sobre la Alemania nazi que sabemos con seguridad que fueron hechas por el periodista, pues él mismo explica que llevaba su propia cámara en la siguiente crónica, habla de cómo hizo una de las fotos en su correspondiente pie y, además, en tres de ellas aparecen siempre las mismas dos personas, probablemente el *Ministerialrat* y un capataz del campo. He aquí la fotografía en cuestión:



Fotografía del campo de trabajadores de Biesenthal hecha por el propio Chaves Nogales en la que se puede apreciar (probablemente resaltada antes de la impresión) la bandera imperial alemana⁴²⁸.

El pie de foto reza: “En los campamentos de los trabajadores voluntarios se alza siempre la bandera del Imperio, a la que, mañana y tarde, se rinden honores militares” (Chaves Nogales, 1933d). Sin embargo, dado que cada organización regía su campamento de la FAD según su propio criterio y puesto que los nazis todavía no habían tomado el control de la totalidad de los mismos, lo cierto es que la bandera del Imperio alemán se alzaba en la primavera de 1933 probablemente tan sólo en los campamentos a cargo del Stahlhelm, grupo paramilitar de orientación monárquica guillermina, como ya hemos visto; y más adelante, sería sustituida por la bandera nazi.

Por lo demás, cabe señalar que en el relato de su visita al campo de Biesenthal, como ya vamos viendo, es donde Chaves hace un trabajo más próximo al del reportero, pues él mismo es la fuente principal de la información que le transmite al lector acerca del campo de trabajadores, información que a veces obtiene de forma clandestina, valiéndose de la picaresca, como en el caso de las cuatro fotografías de su autoría que

⁴²⁸ En Chaves Nogales (1933d). Ver apéndice 12.

aparecen en esta crónica y en la siguiente y que, según uno de los pies de foto, fueron tomadas “disimuladamente” (Chaves Nogales, 1933d), como también permite adivinar el hecho de que en las tres aparezcan dos hombres, los “jefes del campamento”, según el mismo pie de foto, unos pasos por delante del periodista y siempre de espaldas a él.

En cualquier caso, Chaves no abandona la función interpretativa del cronista en ningún momento. Así, por ejemplo, vemos cómo utiliza una vez más la ironía para sugerir el carácter militar de esos “cincuenta hombres sin fortuna que en rigurosa alineación, armados con palas, picos y azadones, se cuadran militarmente y le rinden honores [a la bandera] antes de partir para el tajo”, hacia el que se dirigen, nos dice, “a una voz de mando, marcando el paso, «de cuatro en fondo», con la herramienta al hombro y encuadrados por los suboficiales, que ejercen la función de capataces”. A este respecto, cabe resaltar, en primer lugar, el carácter desmitificador que el apelativo *hombres sin fortuna* cobra en esta frase referido a los trabajadores, pues sugiere que éstos no están en el campamento de buena gana, con lo que disipa así cualquier posibilidad de que el lector se imagine a un grupo impresionante de hombres marchando orgullosos. Por otra parte, Chaves insinúa, de forma más o menos indirecta, el carácter militar de la formación que se mueve “en rigurosa alineación”, los hombres “armados” –donde la elección de la metáfora no es en absoluto inocente– con sus herramientas de trabajo, que “a una voz de mando” se dirige al trabajo “marcando el paso, «de cuatro en fondo»”. Sin embargo, es absolutamente explícito cuando afirma que “se cuadran militarmente” y marchan “encuadrados por los oficiales, que ejercen la función de capataces”, y no a la inversa, detalle no menor, y representativo de la ironía que atraviesa todo el texto⁴²⁹.

Continúa el periodista la crónica hablando sobre las labores que desempeñaban los trabajadores voluntarios de Biesenthal:

En este campamento de Biesenthal que he visitado, los trabajadores voluntarios están desecando una laguna en cuyo fondo se ha formado un légamo que lo hace impermeable; las aguas estancadas, al perder el terreno su porosidad, son perniciosas y hay que desecar la laguna, limpiar el légamo y volver las aguas a su lecho. Para ello, los cincuenta obreros del campamento llevan ya varias semanas abriendo cauces, tallando trincheras y arrancando el légamo (Chaves Nogales, 1933d).

Esta descripción de las tareas de los trabajadores voluntarios de Biesenthal no es solamente testimonial, como ya anuncia el hecho de que Chaves incluya entre las tareas de estos obreros el *tallar* “trincheras”. De nuevo, la elección del sustantivo “trincheras” en lugar de *zanjas* no es casual. El periodista sugiere aquí de nuevo que en realidad los trabajadores están recibiendo adiestramiento, y unas líneas más adelante lo explicita:

⁴²⁹ Salvo que los “oficiales” sean en efecto oficiales paramilitares del Stahlhelm que hicieran la función de capataces, y no capataces que se comportaran como oficiales. En ese caso, no se trataría de un apelativo irónico, sino simplemente descriptivo.

Viéndolos remover el terreno, no puedo resistir a la sugestión de que estos hombres están aquí adiestrándose para hacer la guerra. Efectivamente: todos los trabajos que hacen los obreros voluntarios son útiles para un ejército en operaciones. Después he visto en las estadísticas que me dieron en el Ministerio, que de 179.132 trabajadores voluntarios, sólo 25.427 habían estado dedicados a labores propiamente de cultivo; los demás no habían hecho más que trabajos de remoción de tierras y de modificaciones en los bosques, equivalentes a los que sería necesario hacer en una guerra (Chaves Nogales, 1933d).

En cuanto a los trabajos que solían realizar los trabajadores voluntarios, Aycard y Vallaud (2013: 571) aseguran que algunas de sus tareas eran desbrozar, cosechar y construir carreteras. Asimismo, Allen (1984: 327) comenta que los trabajadores voluntarios de Norheim no sólo ejecutaron “varios proyectos de conservación”, sino que ayudaban en la labor propagandística del NSDAP, que organizaba con ellos “frecuentes desfiles a través de Norheim con una esvástica al frente”, e incluso un concierto de música clásica en el parque de la ciudad. En cualquier caso, probablemente los datos de Chaves eran correctos y los trabajadores se dedicaban fundamentalmente a labores de transformación del territorio a tenor de lo que indicaba el decreto del 6 de junio de 1931 que regulaba las tareas de los voluntarios del FAD:

Gefördert werden dürfen nur gemeinnützige zusätzliche Arbeiten, [...] insbesondere Bodenverbesserungen, Herrichtungen von Siedlungs- und Kleingartenland, örtliche Verkehrsverbesserungen und Arbeiten, die der Hebung der Volksgesundheit dienen⁴³⁰ (cit. en Patel, 2003: 304).

No obstante, Patel (2003: 305-306) explica que, aunque en un principio se minimizó el trabajo “económicamente valioso” (*volkswirtschaftlich wertvollen*) de los voluntarios, potenciando las tareas de menor impacto económico, generalmente en el ámbito de la salud y la higiene públicas (*Volksgesundheit*), que, además, no requerían un alto grado de cualificación; poco a poco se fue cambiando esa dinámica hasta el punto de que en enero de 1933 tan sólo un 6% de los trabajadores voluntarios se dedicaba a este tipo de trabajos de bajo impacto económico. La llegada de los nazis al poder no hizo sino acelerar esta tendencia. El nuevo régimen quería que los trabajadores del FAD se dedicasen a tareas de mayor impacto económico pero que no requirieran una cualificación especialmente alta. Así, a finales de septiembre de 1933, el 45,1% de los trabajadores voluntarios se dedicaba a mejoras del territorio (*Bodenverbesserungen*), el 19,7%, a mejoras de las carreteras (*Verkehrsverbesserungen*); el 9,7%, a trabajos forestales (*Forstarbeiten*); el 6,2, al acondicionamiento de asentamientos suburbanos (*Stadttrandsiedlungen*); y tan sólo el 1,8%, al de asentamientos rurales (*Bauernsiedlung*). De modo que, según Patel (2003: 306), el trabajo llamado “económicamente valioso” representaba un 80% del total de las tareas realizadas por los trabajadores voluntarios, cifra que concuerda con la que Chaves ofrecía esa primavera, según la cual, 153.705 trabajadores de un total de 179.132, es decir, un 85,8%, se

⁴³⁰ “Sólo se financiará el trabajo complementario que sirva al interés público (sin ánimo de lucro), [...] en particular, mejoras del territorio, acondicionamiento de terrenos para su urbanización y de pequeños huertos, mejoras de las comunicaciones (carreteras) locales y obras que sirvan para mejorar la salud y la higiene públicas”.

dedicaban a tareas forestales y de movimiento de tierras, todas ellas útiles, según el periodista, “para un ejército en operaciones”, equivalentes a las “que sería necesario hacer en una guerra”.

Asimismo, Chaves añade a la crónica otra de las fotos que tomó –al parecer, a hurtadillas– en el campo de Biesenthal, en la que se puede ver una zanja que el periodista identifica como una trinchera, de acuerdo con el pie de foto de la imagen: “Mientras los jefes del campamento van mostrándome la obra de los trabajadores voluntarios, disparo disimuladamente mi maquinita fotográfica y me quedo con este testimonio gráfico de la labor a que se consagran: cavar trincheras” (Chaves Nogales, 1933d).



Fotografía tomada “disimuladamente” por Chaves en la que se puede apreciar una zanja hecha por los trabajadores voluntarios del campo de Biesenthal que el periodista identifica como una trinchera⁴³¹.

A continuación, refuerza su argumentación introduciendo una secuencia dialógica. El periodista, una vez más, se convierte en un personaje que interactúa con el objeto de su crónica, ofreciéndole así diferentes perspectivas del mismo al lector. En este caso, reproduce –probablemente con sus propias palabras, como suele en estos casos– un diálogo entre él mismo y, presumiblemente, uno de los encargados del campo de trabajadores, o más probablemente, el *Ministerialrat* que lo acompañaba, diálogo que el periodista comienza de este modo:

—¿Por qué no se dedican los obreros voluntarios a otro género de trabajos? Esto de remover la tierra es indudablemente beneficioso para mejorar y extender los cultivos; pero ¿no convendría adiestrar a estos hombres en algo más que en cavar trincheras y abrir caminos?—pregunto.

⁴³¹ En Chaves Nogales (1933d). Ver apéndice 12.

—No podemos dedicarlos a otros trabajos porque no queremos hacer competencia a la industria privada, que en Alemania sufre agudamente las consecuencias de la crisis (Chaves Nogales: 1933d).

Vemos cómo Chaves insiste aquí –no sin descaro si realmente utilizó esas palabras– en la idea de que los trabajadores se dedicaban a cavar trincheras. Por su parte, su interlocutor hace mención a lo que ya hemos visto que indicaba el decreto sobre el trabajo voluntario de junio de 1931: que el trabajo de los voluntarios tenía que ser “complementario” (*zusätzlich*), y en ningún caso competitivo con la industria alemana, cuyo apoyo financiero intentaba conseguir Hitler, como hemos visto en el apartado 4.3.5. Por lo demás, el periodista continúa la conversación tratando el tema de los beneficiarios del trabajo voluntario:

—¿A quién benefician los trabajos hechos por estos hombres?

—Por lo general, a los Municipios; es en los terrenos comunales donde preferentemente se hacen las obras de mejoramiento oportunas. También trabajan en posesiones privadas. Estos terrenos son propiedad de una condesa.

—¿Y los propietarios beneficiados no pagan nada a los obreros?

—Directamente, no; nos proporcionan alojamientos y ayudan pecuniariamente al sostenimiento de la institución (Chaves Nogales, 1933d).

En consonancia con lo que le explica a Chaves su interlocutor, Allen (1984: 327) comenta sobre el caso del municipio prusiano de Northeim:

[...] el Servicio de Trabajo sí sacó a jóvenes sin empleo de las esquinas para incorporarlos al mercado de trabajo [...]. La mayoría se instaló en los viejos barracones del Ejército. Para eso hizo falta expulsar a los “sin techo” que vivían allí. Para albergar a los desplazados, la ciudad se ofreció a garantizar los pagos del alquiler y a subsidiar cualquier reforma necesaria para crear nuevos pisos. Con el tiempo Girmann [líder local del NSDAP] esperaba tener doscientos cincuenta hombres del Servicio de Trabajo en los viejos barracones, lo cual, señalaba, significaría doscientos cincuenta nuevos consumidores en la ciudad.

Finalmente, Chaves cierra el diálogo, y con él el apartado, tendiéndole una trampa dialéctica a su interlocutor que forma parte de su estrategia argumentativa:

—¿Qué jornal cobra un trabajador voluntario?

—Treinta “pfennigs”. (Unos cincuenta céntimos.)

—Treinta “pfennigs” cobran también los soldados, ¿no? (Chaves Nogales, 1933d).

Vemos cómo Chaves se vale una vez más de la ironía para asociar el FAD con el adiestramiento militar, subrayando que tanto los trabajadores voluntarios como los soldados cobraban exactamente el mismo sueldo, treinta *Pfennig* (treinta céntimos de marco, unas diez pesetas de la época). Y así, el periodista cierra el diálogo sin añadir la respuesta de su interlocutor, convirtiendo su última intervención en conclusión final.

4.4.4. Ambiente de cuartel

Bajo el irónico ladillo “Ambiente de cuartel”, el periodista nos presenta una estampa de la vida y las instalaciones del campamento de trabajadores en la que Chaves continúa jugando con la ironía y el símil, alternando lo implícito y lo explícito constantemente:

Cuando llegamos al campamento de Biesenthal, a mediodía, los trabajadores voluntarios han dado ya de mano a la faena y están en el caserón que les sirve de alojamiento comiendo el rancho. El funcionario del Ministerio que nos acompaña, desde que llegó al campamento, se ha convertido en una especie de coronel, al que los suboficiales que hacen de capataces saludan militarmente, dándose un taconazo formidable cada vez que se dirige a ellos. Cuando hemos penetrado en el comedor ha sonado una voz de mando autoritaria, y con un golpe seco los cincuenta trabajadores se han arrancado de la cabeza las gorras de cuartel que usan y se han quedado ante sus platos cuadrados militarmente (Chaves Nogales, 1933d).

De acuerdo con el horario tipo de los campos de trabajo que ofrece Patel (2003: 220), el descanso para el almuerzo estaba organizado como indica la siguiente tabla:

14:00-14:20	Aseo personal, vestirse y reunirse para el almuerzo
14:20-14:50	Almuerzo
14:50-15:45	Reposo en la cama, informe de sección (<i>Abteilungsrapport</i>)
15:45	Diana
15:45-16:00	Levantarse, vestirse, hacer las camas, limpiar botas, prepararse para el entrenamiento físico

Descanso del mediodía en los campos del FAD, según Patel (2003: 220).

Por tanto, la escena que Chaves nos describe probablemente tuvo lugar en torno a las dos y media de la tarde. Por otra parte, el de Biesenthal era un campo (*Lager*) regido por el Stahlhelm, y por lo que inferimos de lo descrito por Chaves, se trataría de un campo de tipo “cerrado” (*geschlossen*), es decir, un campo en el que los voluntarios pasaban las veinticuatro horas del día bajo la autoridad de los capataces, en una suerte de régimen cuartelario (como ya apuntaba Chaves en el ladillo). A finales de 1932 la mayoría de los campos eran de tipo “abierto” (*offenen*), en los que los trabajadores sólo estaban bajo las órdenes de los capataces durante las horas de trabajo. Sin embargo, el 18 de abril de 1933, los nazis ordenaron que todos los campos de tipo “abierto” o “semiabierto” (*halboffenen*) fuesen clausurados o convertidos en campos de tipo “cerrado”, según Patel (2003: 210).

Volviendo a la crónica, vemos cómo Chaves continúa con su juego de comparaciones. Así, asegura que el *Ministerialrat* que lo acompaña es tratado en el campo de trabajadores como “una especie de coronel” al que “los suboficiales que hacen de capataces saludan militarmente, dándose un taconazo formidable cada vez que

se dirige a ellos”. Además de la comparación del funcionario con un coronel y del “formidable” taconazo, que representaba inequívocamente parte del saludo militar del ejército imperial alemán, Chaves repite aquí la sugerente inversión “los oficiales que hacen de capataces” (siempre que, como ya hemos dicho, no se trate en realidad de oficiales paramilitares del Stahlhelm). Asimismo, se refiere el periodista más adelante al sonido de una “voz de mando autoritaria” al entrar al comedor que tiene como consecuencia inmediata que todos los trabajadores se *arrancaran* “con un golpe seco” las gorras “de cuartel” que llevaban y se quedarán “cuadrados militarmente” ante los platos. Chaves transmite aquí la atmósfera militar de la escena no sólo a través del uso de sustantivos y adjetivos propios del ámbito militar, sino con la descripción de los movimientos de los trabajadores transmitida mediante el uso del verbo *arrancar* en lugar de *quitar* acompañado del “golpe seco”, que sugieren un gesto marcial.

Continúa el periodista su descripción utilizando de nuevo el tono irónico: “Hemos comido con el coronel y los oficiales –perdón, con el funcionario y los capataces– el mismo rancho sabroso y nutritivo de la tropa” (Chaves Nogales, 1933d). Vemos cómo se sirve Chaves aquí de la complicidad del lector para fingir un error que es en realidad la reiteración de la comparación irónica del funcionario con un coronel, y de los capataces con oficiales. Asimismo, nos cuenta que los trabajadores –a los que se refiere con la metáfora “la tropa” de nuevo usando la ironía, merced a la complicidad con el lector, con fines argumentativos– recibían un “rancho sabroso y nutritivo”, a pesar de que, como añade acto seguido, “la austeridad prusiana nos ha privado hasta de un sencillo vaso de cerveza”. Por su parte, Patel (2003: 226) explica que, si bien los almuerzos y las cenas variaban durante la semana, la propaganda nazi hizo público un menú tipo en el que el almuerzo constaba de una sopa de cebada, carne de res y patatas. La cerveza, en efecto, no aparecía en el menú de los trabajadores, pero sí el café en el desayuno y la cena. La misma publicación de propaganda consideraba esta dieta “*ausgewogen, abwechslungsreich und grosszügig*” [“equilibrada, variada y generosa”]. Por lo demás, no es de extrañar que el rancho fuese de buena calidad, aunque austero, pues el estado consignó en 1933 un presupuesto de aproximadamente 180 millones de marcos para el programa masculino de trabajadores voluntarios, aparte las donaciones de los beneficiarios de las que hablaba el interlocutor de Chaves en el apartado anterior, cifra que no hizo sino aumentar en los años siguientes, llegando hasta los 456 millones de marcos en 1944, según Patel (2003: 117). Como explica éste, el FAD no estaba exento de cierto carácter caritativo (227). Además, como el culto al cuerpo era un elemento central en la ideología nazi, la organización hacía públicos periódicamente resúmenes sobre el peso, en kilos y gramos, que habían ganado los trabajadores durante su servicio: concretamente, en 1937, el entonces líder del servicio de trabajo (*Reichsarbeitsführer*), Konstantin Hierl, hizo público que el 83,4% de los jóvenes ganaron peso durante su servicio como trabajadores voluntarios, el 6,8% mantuvo su peso y el 9,8% bajó de peso, según Patel (2003: 227), quien añade que, no obstante, la

alimentación no era tan buena como la propaganda la presentaba: de hecho, la frecuente escasez de verduras en la dieta de los trabajadores producía problemas nutricionales.

Una vez acabada la comida, Chaves continuaba con su visita: “De sobremesa hemos ido a visitar el alojamiento”, escribe el periodista, que describe así las estancias de los trabajadores:

Es un viejo molino que era casi inhabitable y que estos hombres mismos para habitar han tenido que poner en condiciones. El Estado no les ha dado más que unas paredes desmanteladas y un techo ruinoso. Todo lo demás lo han hecho ellos. Por lo menos, así me lo afirma mi guía, mostrándome los catres de campaña en que duermen, toscamente fabricados. Yo he visto, sin embargo, al pasar por otro dormitorio, unos catres de campaña que los trabajadores voluntarios no han podido fabricar, y que indudablemente han salido de los antiguos cuarteles del ejército del káiser (Chaves Nogales, 1933d).

Este párrafo deja ver con claridad el valor de Chaves como reportero y cronista. Primero nos ofrece la descripción del lugar, que a diferencia de otros campos, contruidos ex profeso para albergar a los hombres y mujeres del FAD, era una vieja construcción dentro del terreno de una condesa que los propios trabajadores habían habilitado como barracones, según nos cuenta el periodista, que a continuación nos ofrece la versión de su “guía”, que le muestra “unos catres toscamente fabricados”, hechos por los trabajadores. Pero, donde aparece el genio del periodista, la “buena manera de mirar” de la que hablaba el personaje de “El hombrecito de la limalla de oro” (Chaves Nogales, 1926), es en la atención que pone en aquello que su guía no le está señalando. En este caso, al pasar por un dormitorio, no le pasan desapercibidos unos catres de campaña que, según razona, “los trabajadores voluntarios no han podido fabricar” y que sólo pueden provenir de “los antiguos cuarteles del ejército del káiser”. El hecho no es especialmente relevante para su argumentación, pero contribuye a crear la imagen cuartelaria del campo de trabajo que está intentando transmitirle al lector, imagen a la que sigue añadiendo nuevos elementos:

En cada cuadra de éstas duermen doce o quince hombres, cuyos nombres y apellidos están inscritos en la puerta. Al lado del primer nombre que hay en la lista se lee: “El más viejo del cuarto”. Este “más viejo del cuarto” tiene una autoridad indiscutible sobre los demás. Viene a ser algo así como un cabo. Podrían haber puesto el cabo o el sargento de la compañía. Pero no han querido ponerlo (Chaves Nogales, 1933d).

Más allá de la metáfora despectiva “cuadra” con la que se refiere a los barracones en los que dormían los trabajadores, aquí comienza el periodista a hacer hincapié en la actitud de los directores del campo con respecto al carácter semiclandestino del mismo, en tanto que ocultaban sistemáticamente la que Chaves considera su función principal: la de centro de adiestramiento militar. Así, el periodista considera evidente que el “más viejo del cuarto”, vista su autoridad sobre los demás, cumplía las funciones de un cabo del ejército, y lo hace ver mediante la afirmación: “Podrían haber puesto el cabo o el sargento de la compañía”, es decir, se trataba de algo tan evidente que no había necesidad de disimularlo. “Pero no lo han hecho”, añade,

sugiriendo que pretendían ocultar el carácter militar del campo, ya que la formación de nuevos reclutas más allá de los 100.000 que el Tratado de Versalles (en su artículo 160) le permitía tener a Alemania violaba claramente el tratado.

Para culminar su argumentación, el periodista recurre de nuevo a la ironía:

Cada vez que entramos o salimos de una de estas habitaciones, el suboficial que nos acompaña se cuadra ante nosotros y nos saluda militarmente, pegándose el inevitable taconazo. Esto no será un cuartel, pero no hay nada en el Mundo que se le parezca tanto (Chaves Nogales, 1933d).

Primero, vuelve a referirse a uno de los capataces como “el suboficial que nos acompaña”. Además, insiste en la costumbre que tenía éste de hacer el saludo militar cada vez que entraba en una habitación, con el “inevitable” –en lugar de *habitual*, con la connotación que conlleva– taconazo incluido. Y, por último, llega a la cima de la crónica con una ironía construida sobre toda la argumentación anterior. Así, finge inocencia y asegura: “Esto no será un cuartel”, como quieren hacerle creer quienes lo rigen y organizan; para luego añadir “pero no hay nada en el Mundo que se le parezca tanto”, generando una imagen paródica tanto del campo como de quienes se empeñaban en disimular su evidente carácter militar.

Por su parte, Patel (2003: 216) también se refiere a los elementos cuartelarios de los campos de trabajadores voluntarios, aunque el de Biesenthal, por lo que describe Chaves, no tenía la composición arquitectónica de un campo tipo, sino que había sido improvisado en unas instalaciones previas. No obstante, las impresiones de Chaves encajan dentro del contexto que describe Patel (2003: 216):

Die Lagerstaltung korrespondierte neben der kollektiven Disziplinierung in einer zweiten Hinsicht mit dem Erziehungsprogramm. Sie bewöhnte an das Militärische, das man als eine von verschiedenen möglichen Ausprägungen von Disziplinierung verstehen kann. Diese Dimension drückte sich an der übersichtlichen, kasernenähnlichen Ordnung ebenso aus wie an den klaren Hierarchien, die sich etwa an der Trennung von Führer- und Mannschaftsbaracken ablesen lässt. Greifbar wird die Orientierung am Heer zum Beispiel auch an der Gestaltung der Außengrenzen der Lager. Mit architektonischen Mitteln wie Einganstoren und Zäunen, Hecken und Mauern, Schilder- und Wachhäusern fand eine klare Trennung zwieschen „innen“ und „außen“ statt. Im Gegensatz zum Militär boten die Abgrenzungen zumeist keinen Schutz vor Übergriffen, vielmehr hatte das Wehrhafte primär symbolischen Charakter. So bedienten sich die Arbeitslager der Zeichensprache der Kasernen, ohne selbst in allen Aspekten militärisch zu sein⁴³².

Asimismo, el orden de los campos de trabajo fue, según Patel (2003: 209), un valioso instrumento en manos de los nacionalsocialistas para disciplinar a los jóvenes

⁴³² “Además de la disciplina colectiva, la estructura del campamento constituía un segundo elemento del programa formativo. Ésta tenía un carácter militar que puede entenderse como una de forma de disciplina. Esta dimensión se manifestaba en una ordenación clara, similar a la de un cuartel, así como en las igualmente claras jerarquías, patentes, por ejemplo, en la separación del líder y el resto de la tropa. La orientación militar se hace evidente, por ejemplo, en el diseño de los límites exteriores de los campos. Con medios arquitectónicos como puertas y cercas, setos y muros, señales y garitas de guardia, se establecía una clara separación entre «adentro» y «afuera». A diferencia de las militares, estas demarcaciones en su mayoría no ofrecían ninguna protección contra los ataques, sino que el elemento militar era principalmente simbólico. Así, los campos de trabajo utilizaban el lenguaje simbólico de los cuarteles sin llegar a ser militares en todos los aspectos.”

alemanes: “Die Ordnung von Zeit und Raum in den Lagern ermöglicht in diesem Rahmen den absoluten Zugriff auf die Individuen, kontrolliert und diszipliniert sie und zieht sie nicht zu Eigenverantwortung und Selbstständigkeit” [“En este contexto, la ordenación del tiempo y el espacio en los campamentos permite el control absoluto sobre los individuos, los controla y los disciplina y los aleja de la responsabilidad personal y la independencia”]. Por otra parte, el trabajo colectivo y la disciplina de los campos creaban sentimientos de solidaridad (*Zusammengehörigkeit*) y camaradería (*Kamaradschaft*) entre los trabajadores. Según palabras del *Arbeitsdienstführer* Paul Seipp, el ejército y el servicio de trabajo eran las únicas organizaciones capaces de llevar a sus miembros del *yo (ich)* al *nosotros (wir)* (Patel, 2003: 216).

En cualquier caso, el periodista continuará insistiendo en el carácter militar del campo de trabajadores de Biesenthal en la siguiente crónica. Pero, antes, y sin abandonar completamente ese tema, les dedicaría el último apartado de esta crónica a los dos últimos voluntarios en llegar al campo, particularizando la problemática que aborda en esta crónica en la experiencia de seres humanos concretos, manteniendo así siempre presente la *medida de lo humano*.

4.4.5. Resignación

Y es que esa medida de lo humano está presente en cada detalle de estos tres últimos párrafos de la crónica, que contienen el retrato patético –por el verismo de los sentimientos que Chaves describe– de dos hombres deshechos por el largo desempleo, que a su vez son el arquetipo del desempleado alemán y, por tanto, la representación de un problema social que es la razón última tanto de los campos de trabajadores voluntarios como del ascenso de Hitler al poder, como ya hemos visto. “Resignación”, reza el ladillo que encabeza este apartado, que resume la razón de la existencia del trabajo voluntario en Alemania: la resignación de los desempleados de larga duración que no tenían nada mejor a lo que asirse que el FAD. Esa resignación tenía necesariamente dos componentes: la ausencia de voluntad de esos hombres de ingresar en el campo y la desesperación que los llevaba a hacerlo. Chaves comienza ilustrando el primero de esos dos elementos en los siguientes dos párrafos:

Mientras hemos estado visitando el caserón se han presentado en el campamento unos muchachos que solicitan engancharse. Vienen con un aire triste, aburrido; con esa desgana y ese malhumor del hombre que ha perdido el hábito de trabajar y quizá de comer. Están a la entrada del comedor, con las manos en los bolsillos de los pantalones, venteando el olor del rancho e interrogando recelosos sobre “las costumbres de la casa” a sus futuros camaradas. Se ve desde el primer momento que no les hace maldita la gracia enrolarse en el cuerpo de trabajadores voluntarios. Estos infelices deben haber trotado mucho inútilmente por los caminos de Alemania en busca de un jornal. No lo hay para ellos. Tal vez alguno de ellos sea comunista; aquél, parece judío...

Nuestro coronel los mira de arriba abajo, y al advertir el aire desmadejado y despectivo que tienen y que aquí, entre los taconazos y los saludos, parece realmente una insolencia, tuerce el gesto significativamente. No le gustan. A ellos tampoco parece hacerles mucha gracia el ambiente cuartelero que se respira (Chaves Nogales, 1933d).

Además, el texto va acompañado por la tercera de las fotografías que el periodista tomó en el campo de Biesenthal, en cuyo pie de foto se puede leer lo siguiente: “Al jefe del campamento, que los mira de arriba abajo, no le gusta el aire de indiferencia y desgana de estos infelices que vienen a enrolarse. Mucho trabajo costará disciplinar a estos elementos minados por el comunismo” (Chaves Nogales, 1933d).



Fotografía tomada por Manuel Chaves Nogales en la que, según el periodista, se puede ver al *Ministerialrat* que lo acompañaba en su visita al campo de Biesenthal mirando a unos jóvenes que pretendían enrolarse en el Servicio de Trabajo Voluntario⁴³³.

Respecto al texto de Chaves, cabe destacar la precisión del primer perfil arquetípico de los jóvenes desempleados alemanes que traza en tan sólo dos oraciones al describir el aspecto de los dos individuos que acababan de llegar al campo Biesenthal: “Vienen con un aire triste, aburrido; con esa desgana y ese malhumor del hombre que ha perdido el hábito de trabajar y quizá de comer”. Este perfil concuerda con las descripciones de la situación de los jóvenes parados alemanes tras la crisis del 29 realizadas por Evans y Patel. Así, el primero escribe:

El abatimiento aumentaba cuanto más tiempo se llevaba sin trabajo. Entrevistas realizadas en el verano de 1932 revelaban actitudes mucho más sombrías que las realizadas dieciocho meses antes. La gente posponía los planes de matrimonio y los casados, el tener hijos. Los jóvenes vagaban sin rumbo por las calles, se quedaban en casa sumidos en la apatía y en la inercia, se pasaban el día jugando a las cartas⁴³⁴, vagabundeando por los parques públicos o dando vueltas y vueltas en los trenes eléctricos de la Línea Circular de Berlín (Evans, 2003: 272).

⁴³³ En Chaves Nogales (1933d). Ver apéndice 12.

⁴³⁴ La crónica de Chaves va ilustrada por otra foto (ésta de autoría desconocida) en la que aparecen unos hombres jugando a las cartas en alguna taberna o centro social y cuyo pie reza: “¿Qué hacer sino

Patel (2003: 43), por su parte, explica que las consecuencias económicas del paro en Alemania fueron especialmente devastadoras (*verheerend*) para los jóvenes:

Im Gegensatz zu älteren Arbeitslosen hatten junge Arbeitskräfte noch nicht die Möglichkeit gehabt, Rücklagen für schlechte Zeiten zu bilden. Deswegen waren sie der materiellen Not stärker ausgesetzt. Dass sich die sozialen Sicherungssysteme hauptsächlich an Erwerbslose richteten, die bereits einige Jahre beschäftigt gewesen waren, verschärfte die Lage der Jugend zusätzlich⁴³⁵.

En consecuencia, el sufrimiento mental fue también mayor en el caso de los jóvenes parados que en el de los mayores, como también explica Patel (2003: 43):

Denn die Krise traf sie in einer ohnehin von Übergängen und Unsicherheiten geprägten Phase ihres Lebens. In der Zeit, in der sich die Idealität einer Person normalerweise festigt, wurde die ihre massiv in Frage gestellt. Hinzu kam die soziale Ächtung, die den Betroffenen entgegenschlug. Das wirtschaftsliberale Credo, dass jeder Arbeitswillige eine Beschäftigung finde, wurde den Arbeitlosen – und gerade den jungen Erwerbslosen – aber nicht nur von ihrer Umwelt entgegengehalten. Auch viele der Krisenopfer hatten es selbst so tief verinnerlicht, dass sie die Schuld für ihre Lage primär bei sich suchten⁴³⁶.

Así, el paro prolongado “destruía la confianza en sí mismos de los obreros”, como también señala Allen (1984: 205). De ahí ese aire “triste” y “aburrido” y esa “desgana” y “malhumor” que Chaves, con buen juicio, advirtió en los dos jóvenes que acababan de llegar al campo de Biesenthal. Pero el periodista no refiere sólo su actitud, sino que va más allá y refuerza la descripción anterior del carácter de los dos jóvenes con la de su comportamiento: “Están a la entrada del comedor, con las manos en los bolsillos de los pantalones, venteando el olor del rancho e interrogando recelosos sobre «las costumbres de la casa» a sus futuros camaradas”. Chaves no sólo hace retratos estáticos de los personajes que describe, sino que nos los muestra actuando en su entorno, como señala Pérez Álvarez (2014: 390), quien, como ya hemos visto, asegura que Chaves se adelanta en ese sentido al *New Journalism* norteamericano, “porque entiende que para comprender la psicología del personaje era y es necesario conocer en persona al personaje, acompañarle y verle actuar, crear escenas”.

Por último, en esos dos primeros párrafos del apartado, el periodista expone ese primer elemento de la resignación de los dos jóvenes al que nos referíamos con anterioridad, esto es, su falta de entusiasmo por enrolarse en el campo de trabajadores,

engancharse en una tropa de trabajadores voluntarios? Un día y otro, un mes, y un año y otro año, arrastrándose inútilmente en busca de trabajo...” (Chaves Nogales, 1933d).

⁴³⁵ “A diferencia de los desempleados mayores, los trabajadores jóvenes aún no habían tenido la oportunidad de acumular reservas para los malos tiempos. Por ello, estaban más expuestos a la necesidad material. Además, el hecho de que los sistemas de seguridad social se dirigieran principalmente a los desempleados que habían estado empleados durante algunos años agravó la situación de los jóvenes”.

⁴³⁶ “Ya que la crisis los golpeó en una etapa de su vida caracterizada por los cambios y la incertidumbre. En el momento en el que el ideal de una persona se suele solidificar, el de esos jóvenes fue puesto en cuestión masivamente. A esto se sumó el ostracismo social que golpeó a las víctimas. Sin embargo, el credo económico liberal de que todos los que estaban dispuestos a trabajar encontraban no sólo se le reprochaba a los parados, y especialmente a los jóvenes desempleados, en su entorno, sino que muchas de las víctimas de la crisis lo habían interiorizado tan profundamente que se culpaban fundamentalmente a sí mismos de su situación”.

que no les hacía “maldita la gracia”, tan maldita como la que ellos le hacían al “coronel”, según el periodista, quien, por otra parte, ya ha naturalizado esa metáfora y no volverá a referirse de otro modo al *Ministerialrat* que lo acompañaba. En cuanto a los dos jóvenes, Chaves refuerza la descripción de los mismos añadiendo circunstancias previas conjeturales: “Estos infelices deben haber trotado mucho inútilmente por los caminos de Alemania en busca de un jornal. No lo hay para ellos”. Es más aventurada, sin embargo, la siguiente hipótesis: “Tal vez alguno de ellos sea comunista; aquél, parece judío...”, que, además, le sirve para enlazar con la impresión que parecen causarle los dos aspirantes a voluntario al *Ministerialrat*: “Nuestro coronel los mira de arriba abajo, y al advertir el aire desmadejado y despectivo que tienen y que aquí, entre los taconazos y los saludos, parece realmente una insolencia, tuerce el gesto significativamente”. Refuerza con este contraste el periodista tanto la imagen que nos ha presentado de los dos jóvenes, con ese “aire demadejado y despectivo”, como el ambiente “cuartelero” del campo del que viene hablando durante toda la crónica, con “los taconazos y los saludos”. Así, la dejadez de los jóvenes resulta una “insolencia” a ojos del “coronel”, según Chaves. “No le gustan”, concluye el periodista. Y acaba: “A ellos tampoco parece hacerles mucha gracia el ambiente cuartelero que se respira”.

“Se quedarán, sin embargo”, añade (Chaves Nogales, 1933d), presentando así el segundo elemento necesario para que se dé la resignación con la que titulaba el apartado: la necesidad, como explica a continuación:

¿Qué van a hacer? Aquí hay un rancho seguro, un catre y dos reales diarios. Pero, sobre todo, hay una tarea. El alemán tiene que trabajar siempre. Tener trabajo es ser hombre. El alemán, a diferencia de los demás hombres de la Tierra, trabaja por un principio invisible, ajeno a la remuneración; no es la consecución del bienestar por el trabajo lo que le hace feliz, sino que su felicidad es el trabajo mismo (Chaves Nogales, 1933d).

Esta generalización de Chaves acerca de los alemanes y el trabajo puede ser una exageración –quizá con fines argumentativos, uso que le da el periodista a veces a la hipérbole, como hemos visto en el apartado 4.1.1–, pero hace referencia a una realidad social que, sin duda, existía en Alemania, y de la que también habla Evans (2003: 271): “El paro acababa con la autoestima de la gente y minaba su estatus, sobre todo en el caso de los hombres, en una sociedad en la que el prestigio, el reconocimiento y hasta la identidad de éstos dependían sobre todo del trabajo que hacían”. Chaves lo expresa prácticamente en los mismos términos: “Tener trabajo es ser hombre”. Así, en un contexto social en el que el trabajo no era sólo, ni fundamentalmente, un medio para ganarse la vida, sino que era en sí mismo, sobre todo, una forma de vivir para el alemán medio, cuya felicidad –asegura Chaves– era “el trabajo mismo”, rematando el enunciado con una estructura sintáctica en quiasmo que enfatiza el contenido. Por tanto, no pudiendo hacer otra cosa que trabajar, según Chaves, el parado alemán se resignaba a la disciplina de los campos de trabajo:

Si por la adversidad de las circunstancias el trabajo sólo lo dan hoy a toque de corneta y sin más remuneración que la comida, ¿qué se le va a hacer? Todo es cuestión de acostumbrarse. Tengo la convicción de que a la vuelta de unos días, estos socialistas y estos judíos marcarán el paso y saludarán a la bandera del Imperio con el mismo fervor que los otros (Chaves Nogales, 1933d).

En cuanto a la posibilidad de que los jóvenes que acababan de llegar al campo de Biesenthal no sólo militaran anteriormente en el comunismo o el socialismo, sino que se convirtieran en fervorosos nacionalistas, resulta perfectamente posible, como explicará el propio periodista en la siguiente crónica (ver apdo. 4.5.4). Además, según explica Patel (2003: 135), una vez que los nazis tomaron el control del Servicio de Trabajo Voluntario (FAD) e incorporaron todos los campos al Servicio de Trabajo Nacional-socialista en el verano de 1933, bajo el mando de Kontantin Hierl, la represión política se extendió meticulosamente por todo ellos. Así, por ejemplo, un trabajador voluntario que se encontrara en posesión de propaganda comunista podía ser sancionado con cuatro años de cárcel, mientras que cantar *La internacional* en un campo de trabajo conllevaba seis semanas de arresto.

En lo que se refiere a los judíos, como también indica Patel (2003: 140), a pesar de que oficialmente no fueron excluidos del servicio de trabajo hasta la aprobación de la Ley para el Servicio de Trabajo del Reich (*Gesetz für den Reichsarbeitsdienst*)⁴³⁷, el 26 de junio de 1935, cuando el servicio ya había dejado de ser voluntario, lo cierto es que fueron sistemáticamente excluidos del FAD a partir del verano de 1933, cuando los nazis se hicieron con el control absoluto del mismo. Además, en la práctica, en el ambiente de abril de 1933, cuando los nazis comenzaron a implementar las medidas contra los judíos a las que ya nos hemos referido en el apartado 4.1, difícilmente podrían éstos ser admitidos en un campo regido por el Stahlhelm. Por tanto, Chaves da de nuevo muestras aquí de no ser completamente consciente todavía de lo complicada que se había vuelto la situación de los alemanes judíos ya durante esa primavera.

En cualquier caso, volviendo a la relación de los alemanes con el trabajo, el periodista sevillano se sirve una vez más aquí de la comparación con la realidad española, más próxima al lector, con el fin de dotar a éste de referencias conocidas para juzgar adecuadamente la lejana realidad alemana. Así, el periodista concluye la crónica de esta forma:

Lo importante es trabajar. Solos por los caminos del Mundo, vagando a la deriva, viviendo del milagro y la aventura, como normalmente viven muchos millares de españoles, estos tipos germánicos son incapaces de vivir. En España, estos muchachos, antes que meterse en este cuartel, se convertirían en mendigos o pondrían bombas. Aquí es otra cosa (Chaves Nogales, 1933d).

⁴³⁷ Dicha ley establecía la exclusión del nuevo servicio obligatorio de trabajo (*Reichsarbeitsdienst*, RAD) de delincuentes (*Straffälligen*), discapacitados (*Untauglichen*) y personas de descendencia no aria (*Personen nichtarischer Abstammung*) o casadas con no arios (*Nichtariern*), según Patel (2003: 140).

De nuevo, la imagen que Chaves transmite de los alemanes parece exagerada. Como señala Evans (2003: 272), muchos alemanes cayeron en la marginalidad durante la crisis económica, llegando incluso a la mendicidad:

Muchos parados, incluso chicos y chicas jóvenes, intentaban procurarse un magro sustento como músicos callejeros, en tareas de limpieza, vendiendo en la calle o con cualquier otra de las actividades tradicionales de los marginados. [...] Clubes excursionistas informales y agrupaciones juveniles de clase obrera se convertían fácilmente en las llamadas “pandillas salvajes”, bandas de muchachos que se reunían en edificios abandonados, hurgaban en las basuras buscando restos de comida, robaban para poder sobrevivir, luchaban con bandas rivales y tenían frecuentes choques con la policía. [...] La prostitución, masculina y femenina, se hizo más notoria y más generalizada [...]. La venta callejera, en su nivel más bajo, se convertía en mendicidad.

Sin embargo, es evidente que las personas que vivían en la marginalidad en España y en Alemania pertenecían a realidades sociológicas distintas, tal y como el propio periodista volvería a hacer notar en su crónica del 25 de mayo, en la que hablaba del cuidado en el vestir que guardaban los mendigos alemanes en comparación con los españoles:

Frecuentemente le tiende a uno la mano en una esquina un hombre positivamente mejor vestido que uno; y, a veces, hasta con cierta elegancia. El tipo astroso y repugnante del mendigo meridional –español o italiano– es desconocido. No he visto a nadie descalzo en toda Alemania (Chaves Nogales, 1933i).

“Aquí es otra cosa”, concluye el periodista en esta crónica del 18 de mayo, cuya continuación, en la que todavía hablaría algo más sobre su visita al campo de trabajadores voluntarios de Biesenthal, se publicaría al día siguiente.

4.5. Análisis de la crónica “Una visita a un campamento de trabajadores voluntarios” (continuación de la anterior)

Continúa el reportaje de Chaves Nogales sobre Alemania con la crónica publicada el 19 de mayo, que, como ya hemos dicho, es la continuación de la publicada el día anterior, con la que comparte el titular “Una visita a un campamento de trabajadores voluntarios”, aunque sin el subtítulo añadido de la primera (“Los hombres que trabajan por dos reales”). Es natural, por tanto, que el periodista empiece esta segunda parte en el mismo lugar en el que acabó la primera: en el campo de trabajadores voluntarios de Biesenthal.

4.5.1. Pudor ante el objetivo

Ya en el ladillo del primer apartado Chaves comienza insistiendo en la idea, expuesta en la crónica anterior, de que los trabajadores voluntarios de Biesenthal recibían adiestramiento militar, aunque los organizadores del campo hicieran lo posible por disimularlo; y lo hace valiéndose de un doble sentido: se sirve de la naturaleza polisémica de la palabra *objetivo*, que en este caso hace referencia tanto a un fin u objeto como al componente de una cámara fotográfica. De ese modo, con “Pudor ante el objetivo”, Chaves hace referencia al objetivo oculto del campo de trabajo, es decir, el adiestramiento militar, y a la vez se refiere también al objetivo de su cámara fotográfica, con la que los dirigentes del campo no le permitirían captar esa realidad velada, como veremos a continuación. Recurre el periodista de nuevo aquí a la complicidad con el lector mediante ese juego irónico de significados, recurso cuyo uso era común en la obra de uno de sus principales referentes periodísticos: Mariano José de Larra, una vez más, quien utilizaba con frecuencia los dobles sentidos como vehículo de su ironía, como señala Lorenzo-Rivero (1977: 149), quien comenta que sus artículos contienen “copiosos equívocos que son extraordinariamente ricos en posibilidades jocosas”.

Continúa, por lo demás, en esta nueva crónica Chaves el relato de su visita al campo de trabajadores voluntarios de Biesenthal, sin solución de continuidad, en el mismo momento en el que lo dejó en la última crónica: el descanso de mediodía. Y lo hace introduciendo un diálogo sin más contextualización que la ya ofrecida en la crónica del día anterior. Se trata, por lo demás, de uno de los diálogos que el propio periodista protagoniza, convertido en personaje de su propia crónica. Su interlocutor en esta ocasión probablemente fuera el *Ministerialrat* que le servía de guía en su visita, a quien Chaves pregunta:

—¿A qué hora reanudan el trabajo? —pregunto al ver a los trabajadores voluntarios sesteando plácidamente después del rancho.

—Ya no se trabaja más hasta mañana. Las labores terminan a mediodía y la tarde se consagra a la gimnasia.

—Saludable práctica. Si todos los patronos dedicasen la mitad de la jornada de trabajo a la cultura física de sus obreros, el mejoramiento de la raza sería prodigioso (Chaves Nogales, 1933e).

Ya vimos en el apartado 4.4.4 que el horario tipo de los campos de trabajo, según Patel (2003: 220), consignaba casi una hora (entre las 14:50 y las 15:45) al “reposo en la cama” (*Bettruhe*) después del almuerzo y antes de comenzar el entrenamiento físico (*Körperschulung*). En cuanto a las actividades de la tarde, era competencia del encargado del campo (el *Abteilungsführer*) establecer la distribución del tiempo entre las 16:00 y las 18:25, pero, siempre que las condiciones meteorológicas lo permitieran, debía consignar una hora y cuarto al entrenamiento físico. El resto de la tarde se dedicaba a lo que el *Abteilungsführer* decidiese, por ejemplo, tareas de mantenimiento y limpieza del campo, natación... Finalmente, entre las 18:25 y las 19:00, los trabajadores recibían formación sobre el servicio (*Dienstunterricht*) dos veces a la semana y sobre asuntos políticos (*Staatspolitischer Unterricht*) los otros tres días.

Por otra parte, conviene comentar la alusión de Chaves al “mejoramiento de la raza” que se derivaría, según su opinión, de que todos los obreros practicasen ejercicios gimnásticos por las tardes en lugar de trabajar. El uso del término *raza* era común en la época, antes de que se conocieran las siniestras consecuencias del racismo nazi, y podía referirse no sólo a la genética de un individuo o colectivo, sino a su cultura (que a veces se asociaba, no obstante, de un modo determinista a la genética), como muestra este artículo de Pío Baroja, abiertamente racista, publicado en *Ahora* el 13 de enero de 1933:

En principio, y considerado el punto de una manera puramente racional y zoológica, parece evidente que las razas humanas y hasta las sub-razas deben ser distintas y tener cada una aptitudes diferentes. Por otra parte, las razas deben de estar ya tan mezcladas desde tiempos prehistóricos que tiene que ser muy difícil o imposible asignar a cada una sus caracteres y su especialidad. La cultura llega a borrar unas diferencias étnicas y a acentuar otras. Es, por ejemplo, muy lógico que entre los judíos haya habido grandes banqueros, porque durante mucho tiempo no han podido ser militares, ni agricultores, ni industriales, sino sólo negociantes; también, es lógico que entre ellos y los árabes no haya habido pintores célebres, porque para los semitas la reproducción de la figura humana estaba prohibida (Baroja, 1933a).

En el caso de Chaves, con “raza” parece referirse más a un colectivo no sólo étnico, sino social, cultural o político, si tenemos en cuenta otros usos que hace del término a lo largo de su obra, como por ejemplo, en “Lo que ha quedado del imperio de los zares”, cuando se refiere a los rusos que habían huido de la revolución y del régimen soviético: “Este ruso emigrado, este nuevo judío errante, conservará en toda su pureza, con el celo de las razas proscritas, las características raciales de la antigua cultura rusa” (Chaves Nogales, 1931: 190). Asimismo, en el mismo reportaje utiliza el ladillo “El triste destino de una raza” para referirse a los ucranianos, a los que describe como una “gran masa de humanidad, asentada en la zona de tierra blanda, negra y feraz que va

desde el Cáucaso a los Cárpatos” (309). Y también en ese reportaje, dice acerca del príncipe Yusupov, asesino de Rasputín, que “mantiene su papel de hombre de excepción, de tipo «fin de raza» que interiormente tanto debe satisfacerle” (128), haciendo referencia en este caso a su antiguo estatus social de aristócrata en el ámbito cultural y político de la Rusia zarista. Por otra parte, en “La defensa de Madrid” se refiere a los caídos en la batalla de Madrid como “genuinos españoles, tipos representativos de nuestra vieja raza”, muertos a causa de la “infinita estupidez de quienes siendo españoles atrajeron a España a las potencias destructoras de Europa, a las fuerzas del mal, a las monstruosas concepciones del odio que ha ido formando esa nueva barbarie del Estado Totalitario” (2013: 1689). También hacía referencia a los españoles en *A sangre y fuego* en estos términos: “[...] cuando veinte millones de seres pertenecientes a una raza vieja en la civilización se precipitaban a la barbarie de las edades primitivas” (1937: 154). Y en esa misma obra decía sobre los guerreros bereberes del bando sublevado: “[...] empujados por aquellas remotas ambiciones de raza, los guerreros árabes y bereberes se tiraban a pecho descubierto contra las trincheras de los rojos y parecían dichosos” (177). Y, finalmente, en *La agonía de Francia*, asegura que los generales franceses odiaban a Alemania “con un odio profundo, instintivo, de casta y de raza” (2013: 1809). Por tanto, cuando en el contexto de esta crónica habla del “mejoramiento de la raza”, puede referirse a la mejora física de los integrantes de una comunidad social o política, no exclusivamente étnica.

Sea como fuere, continúa la crónica relatando cómo los trabajadores se disponían a realizar los “ejercicios gimnásticos” de la tarde, haciendo hincapié, como en la crónica anterior, a veces de forma explícita y otras mediante la ironía, de cada elemento militar que advertía: “Y, en efecto; formados militarmente de nuevo los trabajadores voluntarios del campamento de Biesenthal, se dirigen a una explanada próxima, donde, a la voz de mando de sus capataces, se consagran a ejercicios gimnásticos” (Chaves Nogales, 1933e). Así, aquí resalta cómo los trabajadores marchaban “formados militarmente” y cómo “a la voz de mando” de los capataces comenzaban sus ejercicios.

No obstante, no todo era lo que parecía y el periodista no tardará en sembrar la duda en el lector. A pesar de conocer el desenlace final, Chaves utiliza el método literario del *reconocimiento* de la verdad oculta: tal y como señala Aristóteles en su *Poética*, “los dos medios más importantes con los que la tragedia arrastra seductoramente las almas son partes del argumento, a saber, las peripecias y los reconocimientos” (*Poet*, VI, 1450a), siendo el “reconocimiento” (*ἀναγνώρισις*), el cambio que los personajes de una tragedia experimentan “de la ignorancia al conocimiento” (XI, 1452a). En este caso particular, como veremos a continuación, Chaves utiliza este método literario no sólo para resaltar el carácter clandestino de la formación militar de los trabajadores, sino probablemente también para generar interés

en el lector. Así, primero nos presenta la versión del *Ministerialrat*, a quien cree en un principio, para acto seguido hacernos sospechar que aquél oculta algo:

He mostrado deseos de presenciarlos, y galantemente el jefe del campamento se ofrece a llevarme. Pero cuando llegamos a una distancia de trescientos metros, desde la que se divisa, aunque sin detalles, el cuadrado perfecto del pelotón, inclinándose y levantándose, moviéndose a derecha e izquierda rítmicamente, con esa exactitud de movimientos que consiguen las buenas formaciones gimnásticas, mi guía se detiene y me dice:

—Allí los tiene usted: ya los ha visto (Chaves Nogales, 1933e).

Vemos cómo en un primer momento la acción transcurre sin que el lector tenga motivos para la sospecha. El correcto jefe del campamento —recordemos la apreciación que Chaves hacía en la crónica anterior acerca de la “corrección tradicional” los Cascos de Acero que, en cambio, los nazis habían “desechado” (1933d) (ver apdo. 4.4.2)— no pone, en principio, ningún problema para que Chaves pueda presenciar el entrenamiento de los trabajadores, pero tan sólo lo conduce hasta una distancia de trescientos metros de lo que el periodista llama “pelotón”, deslizándolo de nuevo el carácter militar de la formación de trabajadores, cuyo movimiento describe con una suerte de anáfora que pretende imitar el ritmo de éste: “inclinándose y levantándose, moviéndose a derecha e izquierda rítmicamente”. No obstante, todavía no desvela la realidad y nos dice que desde esa distancia parecía una formación “gimnástica”. Sin embargo, añade otra circunstancia que reafirma la ya inevitable sospecha del lector: su guía no quería avanzar más y parecía tener prisa por volver al campamento: “Allí los tiene usted: ya los ha visto”. Dicha sospecha no hará sino aumentar ante las evidencias que el periodista nos va presentando a continuación:

Haciéndome el desentendido, yo insisto en aproximarme y continúo adelante. El jefe del campamento me sigue, a remolque casi, unos metros más. Pero he vuelto a sacar mi aparatito fotográfico y este hombre está dispuesto, por lo visto, a que yo no haga fotografías de la “gimnasia” de los trabajadores voluntarios. Y de manera inapelable, acabada ya su condescendencia, me hace dar media vuelta (Chaves Nogales, 1933e).

Queda patente aquí, por otra parte, la picardía de buen reportero de Chaves, que, haciéndose “el desentendido”, va, literalmente, unos pasos más allá de lo que su guía le permite en su afán por descubrir la verdad, eso sí, sin transgredir límite moral alguno. Por lo demás, las actitudes sospechosas del guía que el periodista nos va revelando, bien dosificadas, se van haciendo cada vez más evidentes. Primero, lo sigue “a remolque casi”. Luego, parece “dispuesto” a que no saque fotografías de lo que el periodista ahora entrecomilla como “gimnasia”, dando a entender con ironía que no es tal cosa. Y, por último, “acabada ya su condescendencia”, lo obliga a “dar media vuelta”. Evidentemente, había algo que no quería que viera. El periodista no hará esperar más al lector, al que le plantea una pregunta retórica para acentuar el clímax del *reconocimiento*: “¿Saben ustedes por qué no ha considerado oportuno que nos acercásemos más?” (1933e). Y, por fin, acaba con el suspense y revela la realidad:

Sencillamente, porque los trabajadores voluntarios, en vez de hacer gimnasia, estaban haciendo la instrucción. Eso que en Alemania se llama discretamente gimnasia no es más que la instrucción militar que se da a los reclutas, pura y simple. A la distancia de trescientos metros podía verse perfectamente el movimiento rígido de los reclutas y su marcha acompasada; se oía claro y distinto el silbato de los suboficiales y el desgarrón de las voces de mando (Chaves Nogales, 1933e).

El *reconocimiento* se completa así: lo que “discretamente” los directores del campo llamaban “gimnasia” no era sino instrucción militar “pura y simple”, como remarca el periodista. Y es que, como señala Patel (2003: 220), de acuerdo con el plan genérico de los campos de trabajo de 1935, el entrenamiento físico (*Körperschulung*) debía consistir dos días a la semana en gimnasia y los tres días restantes en *Ordnungsübungen* (literalmente, “ejercicios de orden”), es decir, instrucción militar. Aunque es difícil saber hasta qué punto el campo de Biesenthal seguía ya ese patrón, por lo que cuenta Chaves, es posible que la tarde de su visita fuera una de las tres dedicadas a los *Ordnungsübungen*. La descripción de Chaves no deja lugar a dudas: desde su alejada posición “podía verse perfectamente el movimiento rígido de los reclutas y su marcha acompasada”, y “se oía claro y distinto el silbato de los suboficiales y el desgarrón de las voces de mando”. Ya no necesita recurrir el periodista aquí a la ironía y el texto está lleno de imágenes militares contundentes, como el “movimiento rígido de los reclutas”, la “marcha acompasada”, los “suboficiales” con su silbato y, especialmente, el “desgarrón de las voces de mando”, símil expresionista⁴³⁸ que sirve como culminación al crescendo de imágenes cuartelarias. De esa forma concluye el relato de su visita al campo de trabajadores voluntarios de Biesenthal, que, a pesar de contar con varios elementos literarios, como hemos visto, tiene un fin argumentativo. De hecho, incluso dichos elementos sirven al fin argumentativo, que pretende conducir al lector hacia la conclusión de que, aprovechándose de la desesperación de los desempleados que ingresaban en el Servicio de Trabajo Voluntario (*Freiwillige Arbeitsdienst*), los nuevos dirigentes de Alemania pretendían forjar disimuladamente, si no un ejército, sí un espíritu militar.

Sin embargo, como explica Patel (2003: 233), debido a los cambios tecnológicos y de las tácticas de combate, los ejércitos ya no solían dirigirse en formación cerrada a la batalla al menos desde la Primera Guerra Mundial, hecho que utilizarían los nazis para defender ante las potencias occidentales los ejercicios que se realizaban en los campos de trabajo. No obstante, la instrucción seguía siendo útil para la guerra, en tanto que inducía a los trabajadores voluntarios a la sumisión, a la obediencia incondicional de las órdenes y, en general, los sometía a una disciplina de grupo que marginaba la individualidad, como señala Patel:

⁴³⁸ Ya vimos en el apartado 4.4.1 cómo el periodista se servía de este recurso en la descripción de la estampa costumbrista con la que abría la crónica anterior. Siendo, por otra parte, Valle-Inclán uno de sus escritores de referencia, como vimos en el apartado 2.3, no es de extrañar el gusto de Chaves por el expresionismo.

Der Reichsarbeitsführer erklärte, dass die Ordnungsübungen kein Selbstzweck, sondern „Mittel für die Erziehung zur Disziplin“ seien, das heißt der „unbedingten Unterordnung des eigenen Willens unter die Gesetze einer Gemeinschaft und die Anordnungen ihrer Führer“. [...] Bei der „sofortigen, peinlichst genauen Ausführung der gegebenen Kommandos“ werde das „Ich“ völlig ausgelöscht und mit der „Einheit des Verbandes“ verschmolzen. [...] Da jeder kleinste Fehler die ganze Einheit durcheinanderbringe, sollte die gesamte Gruppe die Übung wiederholen, falls ein Einzelner versage. Der daraus resultierende Druck der jungen Männer aufeinander stärke den „Korpsgeist“. Das zeigt den hohen Stellenwert, welchen der Dienst der Disziplinierung der Männer untereinanderer beimaß, und manche Erinnerungsberichte zeigen, wie Außenseiter oder Abweichler von ihren Kameraden drangsaliert wurden⁴³⁹ (2003: 230-231).

Otra de las funciones de los *Ordnungsübungen* que comenta Patel es la de preparar a los trabajadores –primero a los de los campos controlados por los nazis y a partir de verano de 1933 a todos– para desfilar adecuadamente en público, especialmente, durante la celebración anual del congreso del partido en Núremberg (230). En cualquier caso, tales ejercicios estaban asociados al servicio militar desde el siglo XVIII y no dejaban de tener la utilidad que Chaves les atribuía: servían como sustituto del servicio militar⁴⁴⁰ (o para la preparación del mismo a partir de 1935, cuando fue restituido) y como ejercicio físico adicional con el fin de preparar a los jóvenes alemanes para una futura guerra (232-233), al principio sólo en los campos regidos por los nazis y el Stahlhelm (como el de Biesenthal), y a partir del verano de 1933 en todos los demás, aunque tal objetivo debía ocultarse (como ya sugería Chaves en el ladillo de este primer apartado de la crónica) a la comunidad internacional. Además, a tal efecto, los juegos explícitos de guerra quedaron prohibidos, como explica Patel:

Besonders in den ersten beiden Jahren nach der Machtübertragung wurde stets betont, dass die Übungen nichts mit „Soldatenspielerei“ zu tun hätten. Das verweist auf die Grenzen, innerhalb derer sich die Körperbildung abspielte: Übungen, die einen direkt militärischen Charakter gehabt hätten, verbot Hierl im Sommer 1933 nach der Intervention der Siegermächte des Ersten Weltkrieges. Während im FAD vor 1933 je nach Dienstträger der Wehrsport eine mehr oder minder große Rolle gespielt hatte⁴⁴¹, wurde er nun aus dem Ausbildungsprogramm genommen. [...] Im Dezember 1933 untersagte der Reichsarbeitsführer zudem den Geländesport, das heißt den Unterricht zu Gefechtslagen [...]. Lediglich die Geländeschulung war weiterhin erlaubt. Allerdings wurden hier ebenfalls Fähigkeiten vermittelt, die in einem kriegerischen Konflikt von Bedeutung sind, zum Beispiel die Orientierung oder das Karten- und Fährtenlesen. Ferner gab es im Gelände auch die bereits erwähnten Kampfspiele, die ohne Waffen ein Gefecht simulierten.

⁴³⁹ “El *Reichsarbeitsführer* explicaba que los ejercicios reglamentarios no eran un fin en sí mismo, sino «medios para la formación en la disciplina», es decir, la «subordinación incondicional de la propia voluntad a las leyes de una comunidad y las órdenes de sus líderes». [...] En la «ejecución inmediata y meticulosamente precisa de las órdenes dadas», el «Yo» desaparece por completo y se fusiona con la «unidad del conjunto». [...] Dado que cada pequeño error arruina la unidad completa, todo el grupo debe repetir el ejercicio si uno de ellos falla. La presión resultante que los jóvenes ejercen entre sí fortalece el «espíritu de cuerpo». Esto muestra la importancia que se le daba a que los hombres se disciplinaran unos a otros, y algunas memorias muestran cómo los que no pertenecían al grupo o los disidentes eran hostigados por sus camaradas”.

⁴⁴⁰ Uno de los trabajadores voluntarios aseguraba, según Patel (2003: 232): “Arbeitsdienst ist nichts anderes wie Militärsatz. Die meiste Zeit wird mit Exerzieren zugebracht” [“El servicio de trabajo no es más que un reemplazo del servicio militar. La mayor parte del tiempo se dedica al ejercicio”].

⁴⁴¹ Como en el caso de los campos regidos por el *Stahlhelm*.

Gegenüber der nationalen und besonders der internationalen Öffentlichkeit wurde jedoch betont, dass die Übungen harmlos seien⁴⁴² (2003: 231).

Por su parte, Chaves cierra el apartado haciendo hincapié en su *reconocimiento*: “Esto era todo. No les parecía oportuno que hiciésemos fotos” (Chaves Nogales, 1933e). Y añade: “Pero contarlos ya se supondrían que íbamos a contarlos”. En efecto, “andar y contar”⁴⁴³, desentrañar la realidad, despojarla de falsedades y mistificaciones para ofrecérsela al lector con el fin de que su representación de la misma fuese más exacta y lo alejase así de ideas políticas “delirantes”⁴⁴⁴, era, como hemos visto ya, el objetivo del trabajo del periodista sevillano.



Fotografía tomada por Chaves Nogales en el campo de trabajadores voluntarios de Biesenthal en la que aparece un grupo de trabajadores voluntarios durante el descanso de mediodía⁴⁴⁵.

Por otro lado, en la parte superior izquierda de la crónica, levemente solapada por el titular, aparece la última de las fotografías hechas por Chaves en el campo de Biesenthal publicadas en este reportaje. En ella se ve en la entrada del caserón principal del campo a un grupo de jóvenes trabajadores que miran al periodista durante el

⁴⁴² “Especialmente en los primeros dos años tras la toma del poder, se hizo especial hincapié en que los ejercicios no tenían nada que ver con «jugar a los soldados». Esto indica los límites dentro de los cuales tuvo lugar la formación física: Hierl prohibió los ejercicios que tuvieran un carácter militar directo en el verano de 1933, después de la intervención de las potencias que ganaron la Primera Guerra Mundial. Si bien los deportes militares habían jugado un papel más o menos importante en el FAD antes de 1933, dependiendo de quién fuera el organizador de cada campo [*Dienstträger*], ahora habían sido eliminados del programa de entrenamiento. [...] En diciembre de 1933, el *Reichsarbeitsführer* también prohibió los deportes a campo abierto, es decir, la instrucción sobre situaciones de combate [...]. Sólo se permitía el entrenamiento dentro del campo, donde, sin embargo, sí se enseñaban habilidades que son importantes en una situación de guerra, como la orientación o la interpretación de mapas y pistas. También estaban los juegos de guerra dentro del campo ya mencionados, donde se simulaban batallas sin armas. Sin embargo, de cara al público, nacional y especialmente internacional, se hizo hincapié en que los ejercicios eran inofensivos.”

⁴⁴³ Ver apdo. 4.4.2.

⁴⁴⁴ Ver Chaves Nogales (2013: 940).

⁴⁴⁵ En Chaves Nogales (1933e). Ver apéndice 13.

descanso de mediodía. El pie de foto dice así: “Los trabajadores voluntarios, con sus guerreras y sus gorros de cuartel, esperan la hora de hacer la instrucción” (Chaves Nogales, 1933e). Vemos que Chaves insiste en el carácter militar de su vestimenta y en el de la actividad que se disponían a realizar: “la instrucción”, los disimulados *Ordnungsübungen*.

4.5.2. Trabajo voluntario = Servicio militar obligatorio

En el siguiente apartado, el periodista presenta sus conclusiones de la visita al campo de Biesenthal, que ya anticipa de forma esquemática pero clara en el ladillo que encabeza este apartado y cuyo contenido repetirá de nuevo en el cuerpo de la crónica: “He llegado a esta conclusión: Trabajo voluntario = Servicio militar obligatorio” (Chaves Nogales, 1933e). Utiliza aquí el periodista un símbolo matemático para expresar una transferencia de significado, concretamente, una equivalencia, cuyos fundamentos explica a continuación:

Y no debo ir descaminado. Según me explican, el Ministerio de Trabajo tiene el propósito de sistematizar la recluta de los trabajadores voluntarios. Para ello, todos los años se hará el cupo entre los obreros de diez y seis a veinticuatro años que cobran el subsidio de paro. Durante un período de varios meses, estos hombres serán trabajadores voluntarios obligatoriamente, y se les licenciará cuando, suficientemente entrenados en la disciplina del trabajo, estén en condiciones de poder ser útiles a la patria en cualquier momento.

¿Cuál será el momento?

El momento en que haya que darles un fusil.

El proyecto está ya muy adelantado, y me aseguran que allá para el mes de octubre podrá ponerse en ejecución, llamando a la primera quinta (Chaves Nogales, 1933e).

Cabe señalar, en primer lugar, cómo Chaves hace explícita la subjetividad de su juicio a este respecto mediante las expresiones: “He llegado a la siguiente conclusión”; y: “Y no debo ir desencaminado”. Presenta su opinión como tal y acto seguido expone los fundamentos sobre los que ésta se sustenta, otorgándoles a cada uno su adecuado grado de verosimilitud. Así, utiliza expresiones como “según me explican” o “me aseguran que” para indicarle al lector que no le ofrece información contrastada por él mismo, sino que ésta proviene de otras fuentes. En cualquier caso, la información resultaría bastante fiable, al menos la parte que se refería a la futura obligatoriedad del servicio de trabajo, aunque la reforma no se implementaría hasta dos años más tarde, y no ese mes de octubre, como le aseguraba a Chaves su fuente. Como ya hemos visto en el apartado 4.4.5, la Ley para el Servicio de Trabajo del Reich (*Gesetz für den Reichsarbeitsdienst*) se aprobó el 26 de junio de 1935. Sin embargo, según Patel (2003: 133-134), la obligación de unirse al servicio de trabajo durante seis meses de todos los jóvenes alemanes que cumplieran las condiciones de las que hemos hablado en el apartado 4.4.5 y que tuvieran entre dieciocho y veinticinco años –no entre dieciséis y

veinticuatro, como decía Chaves– y no hubiesen prestado al menos doce meses en el FAD se estableció ya en agosto de 1934. Por tanto, la obligatoriedad del servicio de trabajo no afectaría tanto a los desempleados, como cuenta Chaves, como a los jóvenes.

Por lo demás, Chaves insiste en el objetivo militar del servicio de trabajo, primero con ironía, refiriéndose al entrenamiento “en la disciplina del trabajo” que recibirían los trabajadores para estar en condiciones de “ser útiles a la patria en cualquier momento”, cuando lo que en realidad sugiere es que esa “disciplina” no es sino militar. Así, a continuación, plantea una pregunta retórica que le sirve para llamar la atención del lector sobre el objetivo real de la formación en el servicio de trabajo, que preparaba a los trabajadores para el momento “en que haya que darles un fusil”, según responde él mismo a su pregunta, valiéndose, por otra parte, de una sinécdoque: darles un fusil a los trabajadores significaba, evidentemente, enviarlos a la guerra. Por tanto, esa disciplina en la que se les entrenaba no podía ser otra cosa que militar. Argumento que, finalmente, remacha con una nueva pregunta retórica: “¿Cuántos soldados tendrá entonces Alemania?” (1933e), cuya respuesta ya había sido sugerida al comienzo de su argumentación. Según la fórmula algebraica que presentaba al principio del apartado, si el trabajo voluntario era lo mismo que el servicio militar, entonces Alemania tendría tantos soldados como trabajadores voluntarios entrenara, haciendo inútiles las restricciones que establecía al respecto el artículo 160 del Tratado de Versalles.

4.5.3. Un jornal de esperanza

Una vez terminado el relato de la visita al campo de trabajadores, el periodista comienza la transición hacia el que será el tema que dominará el resto de la crónica: la política social del nuevo régimen. Y lo hace a través de una de las implicaciones que se desprendían del fenómeno de los trabajadores voluntarios, que ya anuncia, de nuevo con ironía, en el ladillo que encabeza el apartado: “Un jornal de esperanza”, metáfora cargada de ironía que hace referencia a la promesa del régimen de ofrecerle a los trabajadores voluntarios un futuro mejor, ya que, por el momento, no les ofrecía un sueldo. Esta estrategia del régimen nazi la expone Chaves a través de un diálogo con el *Ministerialrat* que tuvo lugar durante el viaje de vuelta a Berlín tras la visita al campo de Biesenthal. “Ya de regreso a Berlín, el funcionario del Ministerio, viéndome un poco abatido por el ambiente cuartelero de la organización y al patrono sueco un poco desesperanzado del trasplante a sus fábricas de los trabajadores de dos reales”, escribía el periodista (1933e), creando el marco ambiental y conceptual del diálogo. Nos presenta un ambiente de desánimo: él mismo se confiesa abatido por el “ambiente cuartelero” del campo del que nos había hablado en la crónica anterior, y señala la

desesperanza del patrono sueco, que no parecía pensar que fuera posible que los trabajadores suecos se resignasen a cobrar dos reales al día, según el periodista. Así, como anunciábamos en el apartado 4.4.2, las actitudes contrapuestas del patrono sueco antes y después de la visita al campo de trabajadores le sirven al periodista para enmarcar su relato y para reforzar su argumentación. En ese sentido, en la crónica anterior aseguraba que el patrono iba “bastante ilusionado” con la idea de trasladar el modelo de trabajo voluntario nazi, sin huelgas ni sindicatos, a Suecia, mientras que ahora nos lo presenta “desesperanzado”, dejándonos entender que tal sistema sólo podía darse en un contexto de crisis económica como el de Alemania⁴⁴⁶, e intentando quizá también desanimar a quien quisiera imitar ese modelo en España.

Por lo demás, en ese ambiente y con ese marco conceptual planteado, es donde Chaves nos presenta un diálogo en el que el funcionario del Ministerio de Trabajo alemán explicaba por qué los trabajadores voluntarios aceptaban condiciones tan precarias. Probablemente, como en otras ocasiones, el periodista transcribió lo que decía el funcionario utilizando sus propias palabras:

[El funcionario] nos explicaba:

—En estos tiempos angustiosos para Alemania, el hombre no tiene derecho más que a una cosa: a no perder el hábito de trabajar. Esto es todo lo que podemos ofrecerle. Aquellas exigencias del marxismo, todas las coacciones sindicales y las reivindicaciones proletarias se han acabado de raíz; en las presentes circunstancias, el trabajador no tiene derecho más que a trabajar.

—¿Ni siquiera a comer?

—Sí; el rancho (Chaves Nogales, 1933e).

El discurso del funcionario —probablemente miembro del Stahlhelm, por lo que hemos podido inferir de lo relatado por Chaves en la crónica anterior— resume la posición en política social de los elementos más conservadores del nuevo gobierno alemán. Como veremos en los siguientes apartados, el nacionalismo, tanto tradicional como *völkisch*, acusaba al marxismo y a los sindicatos de haber minado la comunidad nacional, y de ser los causantes de la derrota en la Primera Guerra Mundial. En ese contexto se enmarca el discurso antimarxista del *Ministerailrat*, quien, como probable miembro del Stahlhelm, o al menos representante de un ministerio controlado por el líder de este grupo ligado en los años anteriores al DNVP, se expresaba en los términos habituales del nacionalismo conservador alemán, que defendía “un sistema político que aseguraba su poder y privilegios” (Abellán, 1997: 139), como ya hemos visto en el apartado 4.4.2. En cualquier caso, en esa primera intervención ya mencionaba el funcionario algunos de los temas que Chaves trataría en el resto de la crónica, como, por ejemplo, la supresión de los sindicatos.

⁴⁴⁶ La crónica iba acompañada de una fotografía en la que se podía ver a una madre con seis hijos pequeños en una cocina pobre y en cuyo pie de foto se lee: “¿Dará el nacionalsocialismo solución a las vidas de estos millares de niños alemanes que vienen al mundo sin esperanza?” (Chaves Nogales, 1933e); y otra de unos hombres sentados a la entrada de una chabola cuyo pie reza: “Hay en Alemania millares y millares de «sin trabajo», que carecen de todo, hasta el punto de haberse tenido que hacer ellos mismos sus viviendas” (1933e).

Por otra parte, el periodista no entabla una discusión con su interlocutor, sino que, como en el caso de la *sermocinatio* de la crónica del 16 de mayo⁴⁴⁷, sus intervenciones sólo sirven para orientar o matizar las de su interlocutor. Por ejemplo, ni siquiera interrumpe al funcionario tras su primera intervención. No obstante, sus gestos parecen ser interacción suficiente para su interlocutor:

He debido poner una cara tan extraña, que mi interlocutor, encogiéndose de hombros, agrega: —Es difícil que usted lo comprenda; pero el pueblo alemán sabe perfectamente que no hay más. Y convencido de esta dolorosa realidad, acepta esto que a usted le parece monstruoso. Lo acepta resignado, y se pone a trabajar por dos reales diarios y una escudilla de rancho con la esperanza de que el nuevo régimen sabrá crearles unas condiciones de vida mejores que las que supieron depararle catorce años de socialismo y comunismo (Chaves Nogales, 1933e).

De hecho, Chaves ni siquiera describe su reacción a las palabras del funcionario, sino que supone que ésta ha llamado su atención y lo ha inducido a extender, “encogiéndose de hombros”, la justificación de su postura, que, por otra parte, concuerda con lo que explica Grunberger (1971: 201):

El restablecimiento del derecho al trabajo indujo a los obreros a aceptar la pérdida de los derechos sindicales de asociación y negociación colectiva; para conseguir los fines de liberación a través del trabajo aceptaron los medios de la servidumbre con respecto al Frente del Trabajo⁴⁴⁸.

Por otra parte, en esa intervención del funcionario, queda en evidencia que Chaves solía utilizar sus propias palabras al transcribir las declaraciones de sus interlocutores, pues aquí, por ejemplo, habla del salario de los trabajadores en “reales”. Asimismo, tampoco parece verosímil que el propio funcionario, que se había esforzado durante toda la visita en transmitir una buena imagen del servicio de trabajo voluntario, se refiriera a la cantidad de comida que recibían los trabajadores como “una escudilla de rancho” con la que aparentemente se habían de conformar. De hecho, aquí se hace patente la falta de rigor con la que a veces Chaves trataba este tipo de fuentes, pues los matices que introducía al escoger los términos en los que expresaba las declaraciones de sus interlocutores en ocasiones alteraban evidentemente la intención del discurso de éstos. Vemos, por tanto, que el periodista no utiliza estos diálogos como meros testimonios, sino como engranajes, a veces pulidos para su mejor encaje, de su propio entramado argumentativo, dándole más importancia a la eficacia de éste que al interés del testimonio en sí.

Asimismo, parece más probable que el periodista utilice la intervención del *Ministerialrat* para introducir su valoración del fenómeno de los trabajadores voluntarios, a que el propio funcionario juzgue por sí mismo que a Chaves dicho fenómeno le parece “monstruoso”. Al menos, el periodista no da ninguna información de sus conversaciones con el funcionario que permitan argumentar que éste había podido concluir que ésa era la valoración que el periodista hacía sobre la situación de

⁴⁴⁷ Ver apdo. 4.2.2.

⁴⁴⁸ *Deutsche Arbeitsfront* (DAF), sindicato único creado por los nazis en 1933 del que hablaremos más adelante.

los trabajadores voluntarios. Por lo demás, más allá de la falaz calificación de los gobiernos de la República de Weimar como socialistas y comunistas⁴⁴⁹, el funcionario introduce aquí la idea central de este apartado, el sacrificio que el nuevo régimen le pide a los trabajadores a cambio de la promesa de un futuro mejor, idea en la que ahonda el funcionario inducido por la siguiente intervención de Chaves:

—Sí; pero de momento, el nuevo régimen lo que ha hecho ha sido cambiarle al obrero su jornal y su libertad por el plato de rancho y la disciplina.

—Merced a este sacrificio le ofrece el bienestar en el futuro, cuando Alemania vuelva a ser grande⁴⁵⁰ (Chaves Nogales, 1933e).

Más allá de lo inquietantemente actual que sigue siendo la terminología que usa el *Ministerialrat*, su argumentación sintetiza algunos de los postulados fundamentales del ideario nazi que el periodista había expuesto en su crónica del 16 de mayo y que analizamos con detenimiento en el apartado 4.2.2: en primer lugar, presupone que Alemania había perdido una supuesta grandeza, pérdida que los nacionalistas en general y los nazis en particular achacaban a la “puñalada por la espalda” (*hinterhältiger Dolchstoß*) que judíos, comunistas y liberales (lo que los nazis llamaban *pacifistas*, como vimos en el apartado 4.2.1) le habían asestado al ejército y al pueblo alemán al aceptar la paz de Versalles⁴⁵¹, que suponía, según ellos, entre otras cosas, la pérdida de espacio vital (*Lebensraum*), que los nazis, a su vez, consideraban la causa fundamental de todos los problemas sociales de Alemania. Como veíamos en el apartado 4.2.1, para Hitler el ario, como *portador de progreso humano* (1926: 391), debía imponer su dominio sobre las razas inferiores mediante la guerra para alcanzar una *verdadera* paz (1926: 1015). Había que construir la “Gran Alemania” (Großdeutschland), concepto recogido, como vimos en el apartado 4.2.2, en el programa del NSDAP: “Wir fordern den Zusammenschluß aller Deutschen auf Grund des Selbstbestimmungsrechtes der Völker zu einem Groß-Deutschland”⁴⁵² (Feder, 1927: 14). O, en los términos en que lo expresaba el *Ministerialrat*, volver a hacer a Alemania “grande”. En cuanto a la necesidad de que los alemanes se sacrificaran por ese ideal, recordemos las palabras de Hitler (1926: 431) ya citadas en el apartado 4.2.2:

Wenn man sich jedoch die Frage vorlegt, was nun die staatsbildenden oder auch nur staaterhaltenden Kräfte in Wirklichkeit sind, so kann man sie unter einer einzigen Bezeichnung zusammenfassen: Aufopferungsfähigkeit und Aufopferungswille des einzelnen für die Gesamtheit. Daß diese Tugenden mit Wirtschaft auch nicht das geringste zu tun haben, geht aus

⁴⁴⁹ En ningún gobierno durante la República de Weimar tomó parte ningún partido a la izquierda del socialista SPD. Al contrario, a partir de marzo de 1930 los gobiernos fueron estrictamente conservadores, incluso reaccionarios, como vimos en el apartado 3.1.3.

⁴⁵⁰ Expresión que hoy, en 2020, ciertos elementos políticos han vuelto a poner de moda referida a otros países.

⁴⁵¹ Ver Tampke (2019: 172) y Abellán (1997: 129), ambos citados en el apartado 4.2.1.

⁴⁵² “Exigimos la unión de todos los alemanes en una Gran Alemania en base al derecho de autodeterminación de los pueblos”.

der einfachen Erkenntnis hervor, daß der Mensch sich ja nie für diese aufopfert, das heißt: man stirbt nicht für Geschäfte, sondern nur für Ideale⁴⁵³.

Chaves, por su parte, ante esa promesa de una gran Alemania, responde con escepticismo: “No es mucho” (1933e). La réplica del *Ministerialrat* sirve como cierre del apartado y como conclusión que permite enlazar con el tema del siguiente apartado, lo cual muestra una vez más el uso argumentativo que el periodista hace del discurso de su interlocutor, quien concluye: “¿Cree usted que al cabo de catorce años el comunismo le ha ofrecido algo más que una esperanza al obrero de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas? El porvenir, a cambio de una vida dura y sin libertad” (Chaves Nogales, 1933e). Vemos cómo el funcionario establece una comparación pretendidamente simétrica entre el nuevo régimen alemán y el comunismo soviético con el fin de presentar a aquél como un mal menor o, al menos, equivalente a la otra opción, el comunismo, que presenta implícitamente como única alternativa al régimen nazi en un claro ejemplo del uso de la falacia de sugerir la validez del principio escolástico *Tertium non datur* (o del tercero excluido) en situaciones en las que no se dan sólo dos posibilidades, como en este caso, donde existían muchas más opciones políticas además del nazismo y el comunismo. Se trata de un “falso dilema”, como lo llaman Santamaría y Casals (2000: 221). Así, lo que implica el argumento del funcionario es que el alemán podía elegir tan sólo entre el nuevo régimen o el comunismo, que supondría, al menos, un sacrificio tan grande como aquél; obviando así la democracia liberal, por ejemplo, como alternativa política al nazismo y al comunismo. De hecho, ya había asociado con anterioridad la democracia (los catorce años de la República de Weimar) con el comunismo, diluyendo así todas las diferencias y matices entre los partidos a la izquierda del nacionalismo pangermánico.

Pero más allá de la debilidad del argumento, la idea en la que hace hincapié aquí Chaves en boca del *Ministerialrat* es la del sacrificio del bienestar y la libertad presentes por un porvenir de grandeza nacional que el nazismo le prometía a los alemanes. Sobre esto, hablaría el periodista el 23 de junio en la conferencia que dictó en Sevilla a su regreso de su viaje por Alemania e Italia. De acuerdo con la noticia acerca de dicha conferencia publicada al día siguiente en *El Liberal* de Sevilla, Chaves aseguraba:

Todas las dictaduras de hoy se ejercen con el pretexto de beneficiar al pueblo; pero es lo cierto que no dan ni más ni menos que esperanzas en la vida futura.

Los propagandistas de ellas reclaman al obrero al trabajo, dispuesto el ánimo a laborar por un mundo mejor, muy lejano. Así mantíenese la ilusión del régimen bolchevique.

Los planes quinquenales vienen a ser, en fin de cuentas, condenas con que el pueblo ruso ganará el cielo algún día (*Gori*: 1933).

⁴⁵³ “Sin embargo, si uno se pregunta cuáles son las fuerzas de construcción del estado o incluso de mantenimiento del estado en realidad, se las puede reunir bajo una sola designación: el sacrificio personal y el sacrificio del individuo por el conjunto. Que estas virtudes no tienen nada que ver con la economía queda claro mediante la simple comprensión de que el hombre nunca se sacrifica por eso, es decir: uno no muere por los negocios, sino solo por ideales”.

Asimismo, más adelante, se refería en dicha conferencia al caso alemán en concreto en términos parecidos a los que ya hemos visto en sus crónicas:

En Alemania existe un problema económico gravísimo y por él ha llegado el hombre a prescindir de la libertad y de la dignidad.

Cuando se ha hecho posible que estos hombres pasen por la humillación de ir a los cuarteles “nazis” a pedir el rancho, es que no les queda ninguna aventura que intentar.

Y continuaba:

Y no es que a los fascistas alemanes se les deba tener por esclavos; es que les guía la ilusión de una gran Alemania y su fe en que la raza aria está destinada por Dios para gobernar al mundo. Tal es el truco de Hitler, por el que ha llegado al fascio de setenta millones de alemanes, que creen en él como los rusos en Stalin y los italianos en Mussolini.

Y, algo más adelante, insiste: “Lo fundamental de las dictaduras es la esperanza en el porvenir”. Para, finalmente, concluir que “no hay en el mundo más que un régimen posible: el de la República democrática, tolerante y comprensiva”. Esto coincide en gran medida con lo que Raoul Frary (1884: 40-41) aseguraba en su *Manual del demagogo*: “Se maneja a los hombres por la esperanza no menos que por el orgullo. [...] Una de las funciones esenciales del demagogo, sea orador o escritor, es la de dar satisfacción a la necesidad de esperanza y al deseo de reforma que poseen todos los corazones [...]”. Asimismo, afirmaba:

Todas las pasiones y todos los intereses del mundo no bastarían sin el orgullo de la fe. Los franceses de la Revolución no habrían soportado un gobierno tan duro, de privaciones tan severas y de peligros tan terribles, si no se sintieran tan halagados por promulgar un nuevo dogma. No sólo defendían la independencia nacional contra al extranjero, las libertades conquistadas contra la realeza, la igualdad contra la aristocracia; se sentían apóstoles y profetas (1884: 36).

Por último, acerca de la eficacia de la propaganda nazi para sustituir el materialismo por un ideal nacionalista⁴⁵⁴, y también como ejemplo de cómo los nazis se valían de la desesperación de los más perjudicados por la crisis económica y les ofrecían esperanza, esta traducción inglesa de la transcripción de un discurso que Joseph Goebbels (1932: 38) ofreció el 9 de julio de 1932 durante una concentración en Berlín resulta muy reveladora:

We, the leaders of this exciting movement of millions, we come from you, the people. We, too, comrades, were once unknown men marching with the gray masses. People, we have shared in our hearts your torture, your misery, your tribulations, your desperation. We are a part of the people. When the bourgeois know-it-alls ask what we have accomplished, you, men and women, must save us from the necessity of giving answer. When they ask what we have done, you fifteen million must answer: “They have given us faith once more, they have given us hope”.

⁴⁵⁴ Hitler ya había señalado en *Mein Kampf* (1926: 1513) que el nacionalsocialismo no podía llegar a los trabajadores apelando sólo a sus intereses materiales.

4.5.4. La teoría de la vacuna

Tras las afirmaciones del *Ministerialrat* que cierran el apartado anterior de la crónica, según las cuales los trabajadores alemanes sabían que no tenían más remedio que resignarse al sacrificio en pos del futuro mejor que les prometían los nazis, el periodista comienza este apartado explicando cómo Hitler había conseguido, según él, el apoyo unánime del proletariado alemán, enlazando así con lo que afirmaba el funcionario ministerial:

Esto es absolutamente cierto. En contra de todo lo que por táctica digan los partidos democráticos y marxistas, la verdad es que el proletariado alemán se ha puesto unánimemente al lado de Hitler. En Alemania no hay más que nacionalsocialismo. La eliminación de todas las demás fuerzas políticas y sociales ha sido absoluta y fulminante, merced, de una parte, a la eficacia indiscutible de un instrumento de acción tan contundente como las tropas de asalto, y de otra, a las esperanzas que el nacionalsocialismo, por su raíz demagógica y sus afirmaciones socializantes, ha hecho concebir a los obreros (Chaves Nogales, 1933e).

En primer lugar, cabe destacar la ecuanimidad del periodista, su interés por contar la verdad, por poco favorable que ésta resultase para sus intereses políticos. Así, aquí desmiente la propaganda de los partidos democráticos y marxistas y da cuenta de la dura realidad: “[...] el proletariado alemán se ha puesto unánimemente al lado de Hitler”. Se trata de un comportamiento análogo al que ya comentamos en el apartado 2.3: el que siguió tras visitar en 1928 la Rusia soviética, sobre la que aseguraba:

Hay que rendirse a la evidencia. Los bolcheviques son unos teorizantes insoportables, han dictado millones de disposiciones gubernamentales que no se cumplen, se han equivocado, tropiezan, se caen, rectifican... Por encima de todo, como prodigio de voluntad, una voluntad heroica capaz de vencer tanto las dificultades como la propia incapacidad, existe hoy una obra de Gobierno puramente soviética que ha llegado a la entraña misma del país (Chaves Nogales, 1929: 198-199).

Por otra parte, Chaves acierta al resaltar el carácter fulminante del proceso hacia el régimen de partido único, culminado, como vimos en el apartado 4.4.2, el 14 de julio con la aprobación de la *Ley contra la Nueva Formación de Partidos* (*Gesetz gegen die Neubildung von Parteien*), que prohibió todo partido que no fuese el NSDAP, el cual, en la práctica, ya era entonces el único partido político de Alemania. Los principales dirigentes del Partido Comunista de Alemania (*Kommunistische Partei Deutschlands*, KPD) habían sido detenidos tras el incendio del Reichstag, y el partido sería oficialmente ilegalizado el 6 de marzo, y sus bienes, incautados el 26 de mayo (Evans, 2003: 377, 382). A finales de marzo la policía prusiana informaba de la detención de 20.000 comunistas y la organización en el exilio del propio partido aseguraba que los miembros del partido detenidos a finales de 1933 ascendían a 130.000 (388). En cuanto al resto de partidos, Kershaw (1998: 468) resume así lo ocurrido:

Tras la implacable destrucción del KPD, que había sido oficialmente prohibido, los principales bloques de resistencia potencial eran el SPD y los Sindicatos Libres, el catolicismo político (focalizado en el Zentrum) y los conservadores (que seguían siendo mayoría en el gabinete). En mayo y junio fue eliminado cada uno de los bloques. La intimidación desempeñó un papel en

ello, no cabe duda. Pero quedaba ya poca capacidad de lucha en los partidos de oposición. El estar dispuestos a llegar a acuerdos pronto se convirtió en estar dispuestos a capitular.

En el caso de los socialdemócratas del SPD, en marzo y abril su brazo paramilitar, el ya mencionado *Reichsbanner*, fue obligado a disolverse, se cerraron delegaciones del partido y muchos de sus militantes fueron detenidos o huyeron al extranjero (470). A pesar de ello, en su intento por sobrevivir, el partido apoyó a Hitler en su discurso del 17 de mayo en el Reichstag. Pero no le sirvió de mucho. La salida el 18 de junio de una publicación del partido en el exilio sirvió de coartada a los nazis para prohibir cuatro días más tarde sus actividades en Alemania, abolir su representación parlamentaria y confiscar sus propiedades, según Kershaw (1998: 470). En cuanto al resto de partidos, el 27 de junio se disolvió el principal socio de gobierno de Hitler, el nacionalista y conservador DNVP de Hugenberg, del que ya hemos hablado, que había sido rebautizado en mayo como *Deutschnationale Front* (DNF). El liberal *Deutsche Staatspartei* (DStP) hizo lo propio el 28 de junio. Un día después le siguió el nacionalista *Deutsche Volkspartei* (DVP). Y, por último, el 4 y el 5 de julio se disolverían, respectivamente, los católicos *Bayerische Volkspartei* (BVP) y *Deutsche Zentrumspartei* (DZP) (Kershaw, 1998: 470-471).

Esa capitulación de los partidos de oposición fue la razón principal de que los trabajadores acabaran prestando su apoyo al nacionalsocialismo, según el escritor alemán Sebastian Haffner (1939: 143):

El Tercer Reich nació a partir de esta traición practicada por los adversarios políticos de Hitler, así como de la sensación de impotencia, debilidad y repugnancia que aquélla generó. El 5 de marzo los nazis seguían estando en minoría. De haberse repetido las elecciones tres semanas más tarde, probablemente habrían logrado una verdadera mayoría. No sólo el terror había dado sus frutos entretanto, no sólo las fiestas habían sumido a muchos en un estado de embriaguez (a los alemanes les gusta embriagarse en las fiestas patrióticas). El factor decisivo fue que en aquel momento la ira y la repugnancia vertidas contra los propios dirigentes cobardes y traidores fueron mucho más fuertes que la ira y odio de los que era objeto el auténtico enemigo. Durante el mes de marzo de 1933 cientos de miles de personas se afiliaron de repente al partido nazi tras haber estado en su contra hasta ese momento [...]. Cientos de miles de personas, sobre todo obreros, abandonaron sus organizaciones socialdemócratas o comunistas y se pasaron a las “células de producción” nazis o a las SA.

Especial hincapié hace el escritor en la “traición” tanto de los comunistas –de quienes asegura que “ocultos tras la ostentosa fachada de su «disposición a intervenir» y de la preparación de una guerra civil, lo único que hicieron en realidad fue preparar la huida a tiempo de sus más altos funcionarios en dirección al extranjero” (139)–; como de los socialdemócratas, sobre los que comenta:

Asimismo, los socialdemócratas llevaron a cabo la campaña electoral de 1933 de una forma en extremo humillante, dejándose arrastrar por los eslóganes nazis y subrayando su condición de “también-nosotros-somos-nacionalistas”. El 4 de marzo, un día antes de las elecciones, Otto Braun, presidente de Prusia y “hombre fuerte” de los socialdemócratas, cruzó la frontera suiza; había tomado la precaución de adquirir una casita en Tessin. En mayo, un mes antes de su disolución, los socialdemócratas llegaron al punto de prestar un apoyo unánime al gobierno de Hitler y de entonar el himno de Horst Wessel en el Reichstag (en el informe parlamentario figura

la siguiente observación: “Ovaciones interminables y aplausos en la cámara y en las tribunas. El canciller del Reich también aplaude vuelto hacia los socialdemócratas”) (139-140).

El resultado fue la orfandad de todos aquellos que hubiesen querido resistir: “En marzo de 1933 había millones de personas dispuestas a combatir. De la noche a la mañana se vieron traicionadas, sin dirigentes y sin armas” (141). Esto provocó una ola de transfuguismo: “Algunos intentaron desesperadamente ingresar en el Stahlhelm o en el partido de los nacionalistas alemanes cuando se puso de manifiesto que los otros no estaban combatiendo” (142). Sin embargo, la “traición” de los líderes políticos de la oposición no es la única razón que ofrece Haffner al desplome de la democracia aquella primavera. Los otros dos elementos que, según el escritor, explican el “ataque de nervios”, el “colapso colectivo” (133), de aquellos meses eran el miedo causado por la brutal represión nazi y el sentimiento gregario de buena parte de la población. Así, explica con maestría que, a pesar de que la mayoría de los votante alemanes habían elegido una opción distinta al nacionalsocialismo en las elecciones del 5 de marzo, los nazis lo celebraron como una victoria, “el terror fue reforzado, las fiestas se multiplicaron por diez” (137). Y, no sin ironía, añade:

La población, en definitiva, debía acostumbrarse a vitorear y a ponerse en pie aunque no tuviese ningún motivo real para ello. A su vez, esto fue razón suficiente para que –¡psst! –, todos los días y todas las noches por medio de látigos de acero y taladros percutores se causara la muerte de quienes no participaban con bastante energía. Así que vitoreemos y ululemos con los lobos, *heil, heil!* Además se le acababa cogiendo el gusto. El mes de marzo de 1933 trajo un tiempo estupendo. ¿No era realmente maravilloso pasar inadvertido entre una multitud exaltada bajo un radiante sol primaveral en una plaza adornada con banderas y escuchar palabras de adoración a la patria y a la libertad, al alzamiento y al sagrado juramento? (En todo caso era mejor eso que estar aislado en un cuartel de las SA mientras a uno le inflan el intestino con una manguera) (138).

He ahí ejemplos bastante ilustrativos de “la eficacia indiscutible de un instrumento de acción tan contundente como las tropas de asalto” a la que se refería Chaves⁴⁵⁵. Así, el hecho de que el proletariado alemán se hubiera puesto “unánimemente al lado de Hitler”, tal y como lo expresa el periodista, lo atribuye Haffner (1939: 144) a una mezcla de miedo –“golpear para no pertenecer al grupo de los golpeados”–, el magnetismo ejercido por las masas nacionalsocialistas, la sed de venganza contra la “traición” de los partidos de oposición, y lo que denomina una “extraña lógica alemana” por la que el alemán medio llegó a la conclusión de que si los adversarios de los nazis aseguraron que éstos no vencerían y, sin embargo, acabaron

⁴⁵⁵ Evans (2005: 83) habla de un “periodo caótico de detenciones masivas de marzo a junio de 1933”, y sobre los primeros campos de concentración y los locales improvisados de detención y tortura explica: “Durante la toma de poder en los primeros meses de 1933, se construyeron precipitadamente por lo menos setenta campos, junto con un número desconocido, pero probablemente más alto, de celdas de tortura y pequeñas cárceles en los cuarteles de las diversas ramas de las camisas pardas. Durante este periodo se encerró a 45.000 prisioneros, a quienes los guardas de los campos sometieron a palizas, torturas y humillaciones rituales. Unos cientos de ellos murieron a causa de los maltratos. La inmensa mayoría eran comunistas, socialdemócratas y sindicalistas. De todas formas, la mayoría de estos campos y centros de tortura ilegales fueron cerrados entre la segunda mitad de 1933 y los dos o tres primeros meses de 1934”, eso sí, una vez “intimidados y escarmentados” los que allí estaban detenidos (89).

haciéndose con el poder, entonces, aquéllos no tenían razón y los nazis sí⁴⁵⁶. También expone el caso de los intelectuales que pensaron que debían limpiar la imagen del nacionalsocialismo y hacer que éste tomara un nuevo rumbo; y el de aquéllos que eran simples oportunistas. Y, finalmente, plantea una hipótesis que, aunque exagerada, quizá sea la que más nos interese aquí con respecto al fenómeno del apoyo del proletariado a Hitler al que se refiere Chaves:

[...] en el caso de los más simples, de quienes tenían una capacidad de percepción más primitiva y típica de la masa, la razón del cambio fue un proceso similar al que probablemente solía acontecer en una era mítica, cuando una tribu derrotada renegaba de su propio dios, que parecía haberla abandonado, para elegir como protector al dios de la tribu enemiga y vencedora. San Marx, en quien siempre habían creído no había sido de gran ayuda. San Hitler parecía ser más poderoso. Destruyamos pues las imágenes de san Marx sobre los altares y consagremos éstos a san Hitler. Aprendamos a orar: los judíos tienen la culpa, en vez de: el capitalismo tiene la culpa. Tal vez esto nos salve (Haffner, 1939: 145).

En efecto, esta teoría de Haffner tiene cierta relación con “las esperanzas que el nacionalsocialismo, por su raíz demagógica y sus afirmaciones socializantes, ha hecho concebir a los obreros” de las que hablaba Chaves al comienzo de este nuevo apartado de su crónica, idea que desarrollaría a continuación:

El trabajador alemán se ha dejado ganar por lo que Hitler ha tomado prestado al socialismo. Para conquistar al proletariado, Hitler ha seguido el mismo camino que siguió Mussolini: ha puesto en práctica lo que un escritor francés –Fabre Luce– llamó la teoría de la vacuna. Hitler, para combatir al socialismo, ha vacunado con [el] virus socialista a la burguesía alemana (Chaves Nogales, 1933e).

Desvela aquí Chaves el sentido del enigmático ladillo que preside este apartado: “La teoría de la vacuna”; y comienza a darle forma a la idea central del resto de la crónica: que Hitler ofrecía a los trabajadores un discurso distinto al que presentaba ante los industriales, siendo el verdadero este último. En cuanto a esa “teoría de la vacuna” que habría enunciado el escritor y periodista francés Alfred Fabre-Luce, no hemos podido determinar en qué publicación (o publicaciones) fue expuesta. No obstante, el escritor francés creó junto a Pierre Dominique y Jean Prévost en 1933 la revista semanal *Pamphlet*⁴⁵⁷, cuyo primer número se publicó el 3 de febrero de ese año, de modo que Chaves podría haber leído alguno de los artículos de Fabre-Luce en *Pamphlet* esa misma primavera a su paso por Francia, de camino a Alemania; aunque, incluso si así fuese, parece improbable que sacara de ahí la información en cuestión, ya que el periodista utiliza el pretérito indefinido *llamó* para referirse a la acción del francés, de manera que probablemente leyera sobre la “teoría de la vacuna” en alguno de los libros que Fabre-Luce había escrito antes de 1933⁴⁵⁸. En cualquier caso, en relación con dicha

⁴⁵⁶ Esta misma razón la esgrimiría años más tardes Adolf Eichmann ante el tribunal que lo juzgaba en Jerusalén: “Para mí, el éxito alcanzado por Hitler era razón suficiente para obedecerle” (cit. en Arendt, 1963: 186).

⁴⁵⁷ Ver catálogo de la Bibliothèque nationale de France, en <<https://cutt.ly/cfyF54O>> [cons. 31/1/2020].

⁴⁵⁸ De acuerdo con Knecht (2017: 268), hasta 1933 Alfred Fabre-Luce había publicado los siguientes libros: *La Crise des Alliances: Essai sur les Relations Franco-Britanniques depuis la Signature de la Paix*

teoría, según explica Knecht (2017: 122), Fabre-Luce –liberal de origen burgués que devino en admirador de Hitler durante la ocupación de Francia y defensor del régimen de Vichy– defendía en varias de sus publicaciones de 1942, que, del mismo modo que Napoleón había “digerido” la Revolución francesa reprimiendo el desorden que generó e integrando sus logros a su proyecto imperial, así Hitler había *digerido* el socialismo. De igual forma, consideraba el nacionalsocialismo un “socialismo antimarxista” que formaba parte de una revolución fascista internacional contra el marxismo y el capitalismo “reaccionario”. En cualquier caso, en los años 20, cuando probablemente Chaves habría tenido conocimiento de su “teoría de la vacuna”, el francés criticaba el colectivismo socialista tanto como el corporativismo fascista por ser ambos, según el francés, incompatibles con la libertad (69).

Sea como fuere, el propio Chaves Nogales explica en ese párrafo a grandes rasgos en qué consistía la mencionada teoría, que ya habría puesto en práctica Mussolini, lo cual tiene sentido si tenemos en cuenta que el propio dictador italiano se definía a sí mismo como “revolucionario y reaccionario, proletario y antiproletario”⁴⁵⁹ (cit. en Arendt, 1948: 266) y, como los nacionalistas *völkisch* alemanes, consideraba la lucha de clases un mal provocado por la revolución industrial y presentaba el fascismo como “el lazo de un destino común” que uniría a todos “por encima de los intereses en discordia” (cit. en Arendt, 1948: 376 n. 98). Por lo demás, Chaves asegura que Hitler había *tomado prestados* del socialismo algunos elementos para atraer al proletariado hacia el nacionalsocialismo, o dicho de otra forma y haciendo suya la metáfora de Fabre-Luce: para “combatir al socialismo”, había “vacunado con [el] virus socialista a la burguesía alemana”, haciendo referencia así a lo que Grunberger (1971: 56) llama una “síntesis de promesas socialistas y procedimientos de corte capitalista”.

Sin embargo, la impresión de Chaves acerca del discurso social del nacionalsocialismo resulta algo exagerada. Es cierto que dependiendo del lugar y de la audiencia el discurso nazi podía variar notablemente: así, por ejemplo, el discurso no era el mismo en la conservadora Baviera que en las zonas industriales del norte, como la cuenca del Ruhr, donde el partido insistía en los aspectos más “socialistas” de la ideología nazi para intentar ganarse a la clase obrera, según Evans (2003: 240). Aunque lo cierto es que dichos aspectos habían ido perdiendo peso desde finales de los años veinte, cuando Hitler comenzó a estrechar sus relaciones con la derecha burguesa para sacar fruto del descontento de los pequeños comerciantes. Según Kershaw (1998: 305), en noviembre de 1927 Hitler proclamó en una reunión del partido un cambio de rumbo: como no podían esperar “grandes triunfos” en las próximas elecciones frente a “los marxistas”, se centrarían en los pequeños tenderos, muchos ya antisemitas,

(1922), *La Victoire* (1924), *Locarno Sans Rêves* (1927), *Russie 1927* (1927), *Le 22 Avril: Après la Législature des Dupes* (1928), *Pour une Politique Sexuelle* (1929), *À Quoi Rêve le Monde* (1931).

⁴⁵⁹ De forma análoga, Hitler se definiría a sí mismo ante las Juventudes Hitlerianas en 1936 como “el revolucionario más conservador del mundo” (Sala Rose, 2003: 305).

“amenazados por los grandes almacenes”, y en los pequeños propietarios campesinos. No obstante, durante el segundo lustro de los años 20, Gregor Strasser, primero como jefe de propaganda y luego (a partir de 1928) como jefe de organización del partido, se había esforzado en “ganarse al proletariado urbano”, según Kershaw (1998: 305). Asimismo, elaboró junto a otros dirigentes del partido del norte de Alemania una serie de ideas que conformaban un “socialismo” muy particular, como explica Evans:

[...] su idea del socialismo, aunque incluía que el Estado se hiciese cargo del 51 por 100 de las acciones de las industrias importantes y el 49 por 100 de todos los demás negocios, incluía también una resurrección de los gremios y el pago de salarios en especie en vez de en dinero (2003: 240).

Kershaw (1998: 327), no obstante, considera las “ideas sociales” de Strasser tan “vagas” como las de Hitler, y las económicas, “contradictorias y eclécticas” y más “utópicas” que las de éste. En cualquier caso, en 1933 ya no ocupaba ningún cargo de responsabilidad en el partido: había renunciado a todos ellos en diciembre de 1932 tras mostrar su desacuerdo con la estrategia de Hitler de no aceptar entrar en un gobierno de coalición con el resto de partidos de derechas si no era como canciller. Un destino semejante había corrido su hermano Otto, cabeza visible del ala más izquierdista del partido, en 1930. Otto Strasser controlaba la editora Kampfverlag, desde la que predicaba su versión del nacionalsocialismo, que Kershaw describe así:

Ésta era un brebaje vago y ofuscante de nacionalismo místico radical, anticapitalismo estridente, reformismo social y antioccidentalismo. El rechazo de la sociedad burguesa generó una admiración hacia el anticapitalismo radical de los bolcheviques. (327).

En abril de 1930, el pequeño de los hermanos Strasser insistió en apoyar la huelga metalúrgica de Sajonia a pesar de que Hitler, presionado por los industriales, había prohibido que se diese apoyo a la huelga desde dentro del partido, según Kershaw (1998: 327). En mayo, Hitler se reunió en Berlín con él. En esa reunión, Strasser lo acusó de intentar estrangular la “revolución social” con su colaboración con la derecha burguesa, a lo que Hitler replicó que la masa obrera solamente quería pan y circo, y que sólo había “una clase posible de revolución”, y no era “económica ni política ni social, sino racial” (cit. en Kershaw, 1998: 328). Y añadió que era prioritario crear un estado fuerte que garantizase “la producción en beneficio de los intereses nacionales” (329). Finalmente, Strasser y sus seguidores abandonaron el partido el 4 de julio de ese mismo año.

Por tanto, las posiciones ideológicas de las que habla a continuación Chaves, debían ser a partir de 1930 marginales dentro del partido. Como explica Abellán (1997: 151), Hitler durante esos años estaba dando un giro a su estrategia electoral que resultó ser un éxito:

[...] haciendo referencia al componente socialista que llevaba el nombre de su partido, esperaba ganarse a la clase obrera, sacándola de la influencia de los partidos obreros de orientación marxista e internacionalista. Pero, a partir de 1926, introdujo un cambio de orientación. Eliminó

el ala izquierda del partido, se ganó al experto en propaganda Joseph Goebbels como *Gaulaiter* de Berlín y concentró su movilización política en las clases medias del campo y la ciudad.

A la vista de todo ello, parece que Chaves presenta un discurso izquierdista algo exagerado con relación al discurso nazi de 1933, sin que ello contradiga el fondo de su argumentación sobre el doble juego de los nazis con los empresarios y los trabajadores, aunque sí la matice.

Esas impresionantes afirmaciones del nacionalsocialismo contra la renta, contra la propiedad privada de la tierra, contra la especulación y contra toda la burguesía, han hecho su efecto en las masas. No se olvide que Hitler ha mantenido hasta ahora sus postulados revolucionarios en materia social, y que aún ahora, aliado con los barones y los grandes industriales, procura dar la impresión de que está luchando contra ellos, hasta el punto de que en sus relaciones con von Papen la gente quiere ver un doble juego: el de que cada uno va a engañar al otro. El alemán, hombre de buena fe, cree que Hitler va a convertir al socialismo a las fuerzas conservadoras del Estado; la opinión no alemana, más recelosa, cree que Hitler es sencillamente una vacuna, un recurso terapéutico de la burguesía alemana (Chaves Nogales, 1933e).

Ya hemos visto que los “postulados revolucionarios en materia social” eran más bien difusos, y en algunos casos eran más tradicionalistas que socialistas, como veremos más adelante. En lo referente a la relación de Hitler con von Papen, su vicecanciller, en la que, según Chaves, la gente quería ver “un doble juego: el de que cada uno va a engañar al otro”, lo cierto es que quien creyera tal cosa llevaba algo de razón, pero no precisamente en lo referente a asuntos de política social y económica. Es cierto que Papen, tras reprocharle uno de sus correligionarios que acabara de ponerse en manos de Hitler el 31 de enero, le contestó: “Te equivocas. Le hemos contratado” (cit. en Kershaw, 1998: 419), respuesta que denotaba la intención de utilizar a Hitler en pro de sus propios intereses. Sin embargo, los papeles pronto se invirtieron. Cuando a finales de febrero comenzó la represión política y Hitler le aseguró al Gabinete que era obra de radicales incontrolados del partido, Papen no sospechó de él: “Todos estábamos de acuerdo en que no había motivo para dudar de las intenciones de Hitler y teníamos la esperanza de que la experiencia del gobierno tendría sobre él efectos beneficiosos” (cit. en Kershaw, 1998: 449). Más adelante, el vicecanciller se quejó a Hitler por las agresiones a diplomáticos extranjeros por parte de la SA y las SS, a lo que Hitler le respondió que tenía la impresión de haber salvado a la burguesía demasiado pronto y que si hubiesen experimentado seis semanas de bolchevismo, habría llegado a “saber cuál es la diferencia entre la revolución roja y nuestro levantamiento” (Kershaw, 1998: 456). Y, finalmente, el último desacuerdo registrado entre ambos fue en julio de ese año, cuando se aprobó la Ley para la Prevención de Descendencia con Enfermedades Hereditarias (*Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses*). Papen pidió que sólo se esterilizase a las personas que los solicitasen voluntariamente. Hitler le dijo que todas las medidas que se tomasen en defensa de la raza (*Volkstum*) estaban justificadas (Kershaw, 1998: 480). Sin embargo, tras las elecciones de noviembre de 1933, Papen hizo en la reunión del gabinete un discurso en el que dirigía a Hitler grandes alabanzas: “En nueve meses el talento genial de su jefatura y los ideales que habéis puesto de

nuevo ante nosotros han logrado crear un Reich unido de lo que antes era un pueblo interiormente desgarrado y sin esperanza” (cit. en Kershaw, 1998: 487). Vemos, por tanto, que si bien hubo en los primeros meses del gobierno de Hitler engaños y disimulos entre éste y Papen, la sumisión política del vicescanciller acabó siendo absoluta. Y, en cualquier caso, no se conocen divergencias reseñables entre sus posturas respecto a la política social de su gobierno.

En cuanto a la alianza de Hitler “con los barones y los grandes industriales” a la que se refiere Chaves, ya vimos en el apartado 4.3.5, que con la excepción de Fritz Thyssen, en 1933 los grandes industriales eran reticentes a apoyar a Hitler y temían que aplicara políticas proteccionistas. Y, en lo referente a las “impresionantes afirmaciones del nacionalsocialismo contra la renta, contra la propiedad privada de la tierra, contra la especulación y contra toda la burguesía”, si nos atenemos a *Mein Kampf*, al programa del partido y a algunos discursos de sus líderes en esos meses, lo cierto es que tales afirmaciones se pueden resumir en dos ideas a las que, de hecho, hará mención Chaves (con más acierto) en los dos apartados siguientes: la denuncia de los grandes capitales judíos, convertidos en la personificación del capitalismo y representados como usureros y explotadores del trabajo de los alemanes; y la necesidad de acabar con la lucha de clases y volver al orden social preindustrial en pro de un supuesto interés nacional común de los empresarios y los trabajadores (ver Grunberger, 1971: 56).

4.5.5. El doble juego

En el siguiente apartado, desarrolla Chaves lo expuesto en el anterior, como ya señala el ladillo “El doble juego”, concepto al que ya había hecho referencia el periodista unas líneas más arriba referido al contradictorio discurso social de los nazis. Precisamente, comienza ilustrando lo dicho hasta ese momento con un caso sinecdótico, que, tal y como hemos explicado, sería en realidad tan sólo una anécdota poco representativa del discurso nazi de ese momento:

No hace muchos meses, se dio un caso curioso. Un hitleriano y un pangermanista netamente conservador iban del brazo en sus propagandas. El pangermanista se levantó en un mitin y dijo:

—La propiedad no peligra.

Acto seguido, el hitleriano declaró:

—La propiedad no tiene razón de ser. Vamos contra los “junkers” tanto como contra los comunistas.

Los “camisas pardas” han recorrido Alemania diciendo textualmente:

“Somos socialistas y vamos contra la mentira de la compasión burguesa. No queremos para el obrero la piedad de los burgueses, y nos burlamos de la legislación social burguesa, con la que no basta para vivir, y para morir, sobra. Queremos dar al obrero el producto íntegro de su trabajo”. Y cosas por el estilo (Chaves Nogales, 1933e).

Introduce aquí el periodista, con la intención de acentuar el carácter izquierdista del discurso nazi, un contraste entre éste y el discurso de un “pangermanista netamente conservador”. El uso del adverbio *netamente* refuerza dicho contraste, al sugerir que los nazis no eran “netamente” conservadores, a pesar de “ir del brazo en sus propagandas” con los conservadores. El periodista establece así el marco para que la idea que le interesa resaltar quede bien visible: a pesar de situarse en el ámbito conservador, el discurso nazi era contrario al de éstos en materia social. Por lo demás, resulta difícil identificar a los personajes de la anécdota que refiere Chaves, pues no indica ni la fuente de la que ha obtenido la información, ni el momento exacto en que se produjo la anécdota, ni el lugar, ni identifica a sus protagonistas con precisión. Por otra parte, cabe distinguir entre el nazi que hace la primera declaración, la referida a los *Junker*, y la cita –textual, según Chaves– que introduce después, atribuida, no al mismo personaje, sino a los “camisas pardas”, es decir, a un arquetipo de nazi.

En cuanto a lo que dicen ambos personajes, como ya hemos indicado, no es en realidad representativo del discurso nazi en 1933, o, al menos, no lo es con exactitud, aunque hay que recordar que, por su propia naturaleza, cualquier intento de fijar el discurso del nazismo sobre muchos asuntos es inútil, en tanto que, como le recordaba Hitler a Otto Strasser en la discusión a la que hemos aludido unas páginas atrás, para el nacionalsocialismo, como movimiento totalitario, “el Caudillo es la Idea” (cit. en Kershaw, 1998: 328). Por otra parte, Turner (1985: 181) explica que no era fácil para los empresarios averiguar en qué consistía la política social y económica que proponían los nazis en 1931: “Instead, the enigma of Nazi economic policy seemed to deepen as still more voices joined the dissonant chorus of those claiming to speak for the movement, which continued to grow and spread rapidly all across Germany”.

Los testimonios que recoge Chaves en este apartado bien pueden formar parte de esas voces que disonaban en el coro nazi, probablemente en el ámbito de la *Nationalsozialistische Betriebszellenorganisation* (NSBO), organización dentro del partido cuya labor era crear células nacionalsocialistas entre los obreros de los centros industriales, que, a través de la publicación *Arbeitertum*, “poured forth a steady stream of Nazi anti-capitalist slogans, calling to an end of the «liberal-capitalist economic system», for «state socialist nationalization of basic industries», and for removal and prosecution of the «hyenas of the economy»”, según Turner (1985: 181). Asimismo, promovía la huelga y rechazaba que cualquier nazi hiciese de esquirol.

En lo referente a la alusión del arquetípico nazi de Chaves a la expropiación de los *Junker*, la aristocracia terrateniente de Prusia, Evans (2003: 242) explica cómo el NSDAP entró en crisis entre 1925 y 1926 cuando algunos dirigentes del norte de Alemania, entre ellos, Joseph Goebbels y Gregor Strasser, abogaron por tal expropiación frente a la postura oficial del partido, y habla de una reunión celebrada entre Hitler y éstos dos el 14 de febrero de 1926 en Bamberg para abordar ese tema:

El dirigente nazi [Hitler] habló durante dos horas, rechazando los puntos de vista de los norteaños y reafirmando su creencia en que lo que más importaba para el futuro de la política exterior alemana era la conquista de “espacio vital” en Europa oriental. Mientras que Strasser y Goebbels habían instado a los nazis a unirse a la campaña a favor de la expropiación de las propiedades de los príncipes alemanes, que habían conservado sus extensas posesiones en el campo después de la revolución de 1918, Hitler condenó esa campaña como un ataque a la propiedad privada.

Finalmente, la posición de Hitler prevaleció. Por lo demás, ni en *Mein Kampf* ni en el programa del partido se hace alusión de forma explícita a los *Junker*. De hecho, según Grunberger (1971: 171), tras la invasión de Polonia en 1939, éstos no sólo no vieron sus propiedades disminuidas, sino que éstas aumentaron con la anexión de territorio polaco. Asimismo, en el programa del partido se establecía que la propiedad del suelo debía ser hereditaria –en contraposición con la rotundidad de la afirmación del primer nazi arquetípico que presenta Chaves: “La propiedad no tiene razón de ser”⁴⁶⁰–, eso sí, siempre que el propietario fuera alemán y bajo la condición de “den Boden auch zum Wohle des Gesamtvolkes zu nützen” [“usar la tierra en beneficio del conjunto de la nación”] (Feder, 1927: 10). Así, entre los casos en los que la expropiación de la tierra sería legítima, según dicho programa, estarían los siguientes:

- b) von Land, das - nach Urteil des zuständigen Berufsstandsgerichtes - durch verantwortungslose Mißwirtschaft seines Besitzers nicht mehr der Versorgung des Volkes dient;
- c) von Teilen des von den Besitzern nicht selbst bewirtschafteten Großgrundbesitzes zum Zwecke der Ansiedlung einer freien Bauernschaft;
- d) von Land, das zugunsten der Volksgesamtheit für besondere staatliche Zwecke (z.B. Betriebseinrichtungen, Landesverteidigung) benötigt wird⁴⁶¹ (Feder, 1927: 11).

No obstante, hay que tener en cuenta que, como explica Turner (1985: 239), Hitler ya en 1931, temeroso del desafecto de los industriales y de la burguesía, desconfiaba de los consejos económicos que recibía de Gottfried Feder (autor del programa del partido), Gregor Strasser (jefe de organización) y Otto Wagener (jefe de la sección de política económica del partido), y le pidió al empresario Wilhelm Keppler, crítico con las posturas socializantes de aquéllos, que se convirtiera en su consejero personal para asuntos económicos. Para la campaña de las elecciones de julio de 1932, Wagener preparó un programa económico que llamaba a la subida de impuestos a los más ricos, una mayor intervención estatal en la economía y el control estatal de exportaciones e importaciones, entre otras medidas que levantaron las suspicacias de los empresarios, lo que probablemente propició la destitución de Wagener de su puesto y la retirada del panfleto en cuestión. Hitler tomó directamente las riendas del consejo

⁴⁶⁰ De hecho, en otro punto del programa se aseguraba: “An sich ist Reichtum und Besitz gar nicht schädlich, im Gegenteil, ein gut verwalteter Besitz dient allen daran Beschäftigten” [“En sí, la riqueza y la propiedad no son perjudiciales en absoluto, por el contrario, la propiedad bien administrada sirve a todos los empleados”] (Feder, 1927: 45).

⁴⁶¹ “b) tierras que, de acuerdo con sentencia del tribunal competente, debido a la gestión irresponsable de su propietario no sirvan ya al Pueblo [o nación];
c) partes de las grandes propiedades no gestionadas por los propios terratenientes con el fin de establecer el asentamiento de un campesinado libre;
d) la tierra que, para beneficio del Pueblo [o nación] en su conjunto, requiera el Estado con fines especiales (por ejemplo, instalaciones de fábricas, defensa nacional)”.

económico del partido y puso al frente de la sección de “economía privada” a Walther Funk (antiguo director del periódico de finanzas *Berliner Börsen-Zeitung*), y a Gottfried Feder, al frente de “economía estatal”, dos personas cuya visión económica difería notablemente, según Turner (1985: 287). Finalmente, en octubre de 1932 apareció un nuevo programa económico del partido, mucho más moderado que el de julio (288-289). En ese contexto es donde hay que entender las impresiones de Chaves sobre las múltiples posturas sociales del nacionalsocialismo en los meses previos a la toma del poder.

En cualquier caso, volviendo a la crónica de Chaves, ya vimos en el apartado 4.2 cómo Hitler consideraba a los pequeños y medianos agricultores como “la mejor protección contra las enfermedades sociales” (*der beste Schutz gegen soziale Erkrankungen*) (1926: 399). No obstante, la solución que contemplaba para conseguir que aumentase el número de dichos propietarios era, como ya hemos dicho, la ampliación del *Lebensraum* alemán (1709). De manera que los dos ejemplos que Chaves presenta, en este asunto en particular, no van completamente desencaminados, pero resultan exagerados con respecto a las posiciones oficiales del partido. Por otra parte, con respecto a la “piedad de los burgueses”, no son extrañas las alusiones (siempre despectivas) en *Mein Kampf* a la moral burguesa, pero no referidas a los beneficios del trabajo de los obreros, sino a represión del instinto y al rechazo de la violencia (Hitler, 1926: 645-647). No obstante, Hitler sí establece una línea divisoria entre los “nacionalistas burgueses” (*bürgerlich-nationalen*) y los nacionalsocialistas (563), y reprocha al pangermanismo que, lejos de intentar ganarse a las masas, se convirtiera en un movimiento “bürgerlich vornehm, gedämpft radikal” [“burgués distinguido, radicalmente gris”] (317). Asimismo, en lo referente al “producto íntegro” del trabajo de los obreros al que hace referencia el segundo nazi cuyo discurso presenta Chaves, el nacionalsocialismo lo reivindicaba tan sólo frente a la explotación de los especuladores financieros y de los banqueros judíos, como, de hecho, el propio periodista explica a continuación:

Hay, además, un viejo tipo de propaganda demagógica que siempre da resultado y que Hitler ha cultivado intensamente: es esa propaganda que tiene por base el meter en cintura a los explotadores del pueblo; siempre que se les dice esto, las masas populares se conmueven. Hitler disponía de unos explotadores para el sacrificio: los judíos. Y los ha aprovechado bien (Chaves Nogales, 1933e).

Nótese la ironía en la expresión: “[...] siempre que se les dice esto, las masas populares se conmueven”. Presenta Chaves aquí a la masa paródicamente como un ente irracional o infantil, representación que está presente a lo largo de toda la obra del periodista⁴⁶². Recordemos una vez más al abuelo de “El hombrecito de la limalla de oro” previniendo a su nieto sobre el “turbión de la gente desatada” (Chaves Nogales,

⁴⁶² Se trata, por lo demás, de una tesis ampliamente expuesta por Le Bon (1895) desde el ámbito de la psicología social o de Freud (1921) desde la óptica psicoanalítica en su *Psicología de las masas*.

1926), o cómo relataba el periodista la situación de Kérenski durante la Revolución rusa en medio de la trágica “lucha de lo consciente con lo inconsciente” en *Lo que ha quedado del imperio de los zares* (1931: 99). Asimismo, en *La agonía de Francia*, habla de cómo las masas se entregaron a los totalitarismos: “El totalitarismo, la nueva barbarie, lo único que ha conseguido ha sido sustraer a la democracia las masas populares que eran su razón de ser” (2013: 1739). En la misma obra asegura que “la masa francesa había caído en una actitud gregaria” (1732) y había llegado a estar “muy por debajo del exponente que eran sus hombres públicos” (1717), en lo que constituye una inusual inversión del tópico populista que considera a los gobernados siempre mejores que sus gobernantes, que también resulta representativa del pensamiento de Chaves con respecto a las masas.

Asimismo, y en coherencia con su ideología liberal, al periodista probablemente no le agradase el concepto de *pueblo*, cuyo uso propagandístico pone aquí de manifiesto: “Hay, además, un viejo tipo de propaganda demagógica que siempre da resultado y que Hitler ha cultivado intensamente: es esa propaganda que tiene por base el meter en cintura a los explotadores del pueblo”. Chaves demuestra aquí clarividencia y conocimiento de la política de masas, familiarizado como estaba ya en 1933, entre otras cosas, con la propaganda comunista de la Rusia soviética. De nuevo caricaturiza a la *masa* al afirmar que eso que presenta como un sencillo y bien conocido truco propagandístico “siempre da resultado” con ella. En cuanto a “meter en cintura a los explotadores del pueblo”, o dicho de otra forma, ofrecerlos en “sacrificio”, Chaves trae a colación de forma implícita la metáfora del chivo expiatorio o de la víctima ritual, que en este caso toma la forma de “los judíos”, la víctima de la que Hitler “disponía” –se podría decir que, dado que el antisemitismo estaba fuertemente arraigado en Europa desde el siglo XIX, se trataba de una víctima asequible– y que “ha aprovechado bien”, según el periodista⁴⁶³. Sin embargo, y a pesar de prever en su crónica del 26 de mayo que las medidas que los nazis comenzaron a adoptar contra los judíos esa primavera no podían conducir a otra cosa que a la desaparición física de éstos, y a haberle dado importancia y credibilidad a las proclamas antijudías nazis previas al ascenso de Hitler al poder, como veremos en el apartado 4.9.2, Chaves no podía comprender en ese momento completamente el papel de catalizador⁴⁶⁴ que el antisemitismo tendría en la fundación del estado totalitario nazi, como le ocurrió a tantos otros, según Arendt (1948: 65):

Lo que los nazis reivindicaron como su principal descubrimiento –el papel del pueblo judío en la política mundial– y como su principal interés –la persecución de los judíos en el mundo entero– fue considerado por la opinión pública como un pretexto para captar a las masas o como un curioso truco demagógico.

⁴⁶³ Para una aproximación antropológica a la figura del chivo expiatorio, ver Girard (2002).

⁴⁶⁴ Ver Arendt (1948: 65).

Ya hablamos en el apartado 4.1.4 sobre las primeras medidas represivas de Hitler contra los judíos y del antisemitismo nazi. No obstante, cabe mencionar qué aspecto tomaba ese antisemitismo en el contexto de la política social del nacionalsocialismo. Así, por ejemplo, en el programa del partido se puede leer acerca de los excesivos intereses que los granjeros tenían que pagar por sus préstamos, no pudiendo a veces hacerles frente y perdiendo sus propiedades: “Er gerät immer tiefer in Zinsknechtschaft und verliert schließlich Haus und Hof an die vorwiegend jüdischen Besitzer des Leihkapitals” [“Se adentra cada vez más en la esclavitud y finalmente pierde su casa y su granja en favor de los dueños predominantemente judíos del capital de préstamo”] (Feder, 1927: 9). Asimismo, más adelante, se añade (en lo que parece una referencia tácita a los judíos):

[...] zahllose frühere kleine Besitzer sind enteignet worden, sind überschuldet, und immer grauenhafter wächst die Geldmacht der Berufskapitalisten, der Leute, die kein Vaterland, keine Heimat kennen, die in ihren modernen Raubritterburgen, den Banken, die Bevölkerung ausplündern⁴⁶⁵ (46).

También carga el programa contra los grandes accionistas de la industria (haciendo referencia velada a los judíos): “In Zinsknechtschaft befindet sich der Arbeiter, der in den Fabriken und Werkstätten Werte erzeugt für kargen Lohn, während der Aktionär, – ohne Mühe und Arbeit - Zinsen, Tantiemen und Dividenden bezieht” [“El trabajador en condiciones de servidumbre es el trabajador que genera valor a cambio de salarios escasos en las fábricas y talleres, mientras que el accionista recibe intereses, regalías y dividendos sin esfuerzo ni trabajo”] (Feder, 1927: 26). Pero en la cosmovisión nazi, antimarxista y anticapitalista, el judío no podía ser sólo responsable de uno de los dos fenómenos contra los que se alzaba el partido. Así, Hitler (1926: 835) también acusaba a los judíos de haber contaminado a los hombres arios con la idea de justicia social, causando así grandes “daños a la sociedad” (*sozialer Schäden*), y de estar detrás del marxismo que, según él, minó la voluntad de los soldados alemanes durante la guerra:

In eben dem Maße aber, in dem im Laufe des Krieges der deutsche Arbeiter und deutsche Soldat wieder in die Hand der marxistischen Führer zurückkehrte, in eben dem Maße ging er dem Vaterland verloren. Hätte man zu Kriegsbeginn und während des Krieges einmal zwölf- oder fünfzehntausend dieser hebräischen Volksverderber so unter Giftgas gehalten, wie Hunderttausende unserer allerbesten deutschen Arbeiter aus allen Schichten und Berufen es im Felde erdulden mußten, dann wäre das Millionenopfer der Front nicht vergeblich gewesen. Im Gegenteil: Zwölftausend Schurken zur rechten Zeit beseitigt, hätte vielleicht einer Million ordentlicher, für die Zukunft wertvoller Deutschen das Leben gerettet⁴⁶⁶ (Hitler, 1926: 1719).

⁴⁶⁵ “Innumerables ex pequeños propietarios han sido expropiados, están sobreendeudados y aumenta horriblemente el poder del dinero de los capitalistas profesionales, personas que no conocen ninguna patria, que saquean a la población en sus modernas fortalezas para el expolio, los bancos.”

⁴⁶⁶ “En la medida en que en el curso de la guerra el trabajador y el soldado alemanes volvieron a caer en manos de los líderes marxistas, en esa misma medida se fue perdiendo la patria. Si al comienzo de la guerra y durante la misma se hubiera puesto de una vez a doce o quince mil de estos perversos hebreos bajo el gas venenoso, como el que cientos de miles de nuestros mejores trabajadores alemanes de todas las clases y profesiones tuvieron que soportar en el campo de batalla, entonces los millones de víctimas

Sirva, además, esta cita de *Mein Kampf* para ilustrar hasta qué punto Hitler tenía intención de sacrificar (literalmente) a la víctima de la que hablaba Chaves, como de hecho hizo, utilizando métodos siniestramente semejantes a los que aquí anunciaba. También recogía Xammar (1932a) en una de sus crónicas de julio de 1932 una amenaza semejante de Hitler, aunque más inespecífica: “Los culpables de la miseria del pueblo alemán serán perseguidos sin piedad”.

Por lo demás, el periodista pasa a hablar a continuación finalmente de la otra cara del “doble juego” del que acusaba a los nazis:

Pero cuando los señores de Alemania, las clases conservadoras, los grandes industriales, los barones que tienen en sus manos el carbón, el acero, la tierra y las finanzas, un poco alarmados, constriñeron a Hitler, éste les contestó:

“Yo lo que quiero es salvar la economía; no destruirla”.

Y pactaron con él⁴⁶⁷ (Chaves Nogales, 1933e).

Ya vimos en el apartado 4.3.5 que, en la reunión que tuvo lugar en casa de Göring el 20 de febrero de 1933 entre Hitler y los principales representantes de la gran industria, el nuevo canciller hizo un discurso de una hora y media en tono conciliador:

Tranquilizó a su público de empresarios, como había hecho en ocasiones anteriores, respaldando la propiedad privada y la empresa individual y desmintiendo los rumores de que se planeaban experimentos económicos radicales. El resto fue primordialmente una ratificación de sus ideas sobre la subordinación de la economía a la política, la necesidad de erradicar el marxismo, restaurar la unidad y la fuerza interna para estar en condiciones de afrontar a los enemigos exteriores (Kershaw, 1998: 441).

El contenido de ese discurso y su tono eran muy similares a los del que dio en enero de 1932 ante seiscientos cincuenta empresarios en el Club de la Industria de Düsseldorf, en el que, sin concretar ninguna medida económica de las que tomaría un posible gobierno nazi, trató de explicar usando terminología del darwinismo social su conformidad con la propiedad privada y el reparto desigual de las ganancias vinculado al mérito, con el fin de mitigar el temor de los industriales a un futuro gobierno nazi, según Turner (1985: 209). En cuanto a la cita que Chaves atribuye a Hitler: “Yo lo que quiero es salvar la economía; no destruirla”, no hemos podido determinar el lugar y el momento en que la pronunció, pero, sin duda, es coherente con lo expuesto por el líder nazi en los dos eventos que acabamos de mencionar.

Por último, la afirmación del periodista de que los empresarios “pactaron” con Hitler, a la vista de lo expuesto en el apartado 4.3.5, resulta algo exagerada. La mayoría, como, por ejemplo, Gustav Krupp, al principio más bien contemporizaron con él,

del frente no habrían sido en vano. Por el contrario, eliminar a doce mil villanos en el momento adecuado habría salvado la vida de quizás un millón de alemanes de provecho valiosos para el futuro”.

⁴⁶⁷ Sobre el doble juego de Hitler, el corresponsal de *La Vanguardia* en Berlín, *Augusto Assía* (1931a), escribía en enero de 1931: “Hitler ha intensificado en los últimos tiempos todavía más sus medios tácticos, consistentes en un doble juego falso, con discursos «ad hoc» para los parados forzosos y para la banca”.

aunque luego sí acabarían colaborando activamente con el régimen. Tal y como explica Arendt (1948: 373), esto se debió a un error de juicio por parte de los industriales:

Aunque los movimientos totalitarios y sus predecesores, los panmovimientos, no eran “partidos por encima de los partidos”, aspirantes a la conquista de la maquinaria del estado, sino movimientos encaminados a la destrucción del estado, los nazis hallaron muy conveniente hacerse pasar por tales, es decir, fingir que seguían fielmente el modelo del fascismo italiano. Así pudieron lograr la ayuda de aquellas élites de las clases altas y empresariales que confundieron a los nazis con grupos más antiguos que ellos habían promovido frecuentemente y que tenían sólo la pretensión más bien modesta de conquistar para un partido la maquinaria del estado. Los empresarios que impulsaron a Hitler al poder creían ingenuamente que estaban apoyando a un dictador, y a un dictador que era hechura suya, y que naturalmente gobernaría a favor de su propia clase y en contra de todas las demás.

Algunos no tardaron en salir de su engaño, como Fritz Thyssen, quien, como ya vimos en el apartado 4.3.5, había apoyado a los nazis durante años en su camino hacia el poder. Sin embargo, en 1934, el empresario, viendo sus expectativas defraudadas, se quejó a Hitler por su ingratitud, y éste, según la traducción inglesa de Turner (1985: 339), le respondió: “I never made you any promises. [...] I’ve nothing to thank you for. What you did for my movement you did for your own benefit”. Éste era el hombre que en 1933 estaba todavía jugando al doble juego del que habla Chaves en esta crónica.

4.5.6. Apoteosis

Bajo el ladillo “Apoteosis”, Chaves insiste en este último apartado de su crónica en la ambigua posición nazi en materia social y en la eficacia de la misma para atraer a los trabajadores (con el estímulo añadido de la represión política). El periodista presenta este apartado como un desenlace –idea que, en un doble sentido, sugiere el ladillo– de su argumentación: “Hoy, el triunfo de Hitler es absoluto”, escribe Chaves (1933e) a modo de conclusión, y añade: “La fiesta del Primero de Mayo en el campo de Tempelhof fue apoteósica: trescientas mil almas le aclamaron delirantes”⁴⁶⁸ (1933e). Kershaw (1998: 469) describe así la celebración del 1 de mayo de 1933 a la que hace referencia el periodista:

Goebbels, siguiendo las directrices del “Día de Postdam”, preparó otro inmenso espectáculo para el 1 de mayo, en que los nacionalsocialistas usurparon la celebración tradicional de la Internacional, convirtiendo la jornada en el “Día Nacional del Trabajo”. El ADGB [*Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund* (Confederación General Sindical Alemana)] participó plenamente en las concentraciones y desfiles. Fueron unos 10 millones de personas en total las que participaron... aunque en más de un caso la asistencia de la plantilla de una fábrica no pudiese considerarse del todo voluntaria. Hitler habló, como en tantas otras ocasiones, al medio millón reunido en el Tempelhofer Feld de Berlín, la gran extensión de terreno despejado contiguo al

⁴⁶⁸ A la crónica la acompañaba una fotografía panorámica del evento en la que se podía advertir una multitud de asistentes (ver apéndice 13) y cuyo pie de foto rezaba: “La fiesta del Primero de Mayo en Alemania. Trescientos mil alemanes, en el campo de Tempelhof, aclamaron a Hitler, proclamando la adhesión de las clases trabajadoras al nacionalsocialismo” (Chaves Nogales, 1933e).

aeródromo, de que era necesario dejar atrás las divisiones de la lucha de clases e integrarse todos en una comunidad nacional unida. La celebración conmovió a muchos que no simpatizaban en modo alguno con el nacionalsocialismo⁴⁶⁹.

En cuanto al número de asistentes a la concentración de Tempelhof, Chaves habla de trescientos mil, número inferior al de medio millón que ofrece Kershaw, y mucho menor que el “más de un millón de personas” que señala Evans (2003: 397), quien asegura que la atmósfera entusiasta de la que Chaves daba cuenta no era en realidad unánime:

Muchos trabajadores, principalmente los que trabajaban para el Estado, habían sido amenazados con el despido si no asistían, mientras que a miles de empleados de la industria de Berlín les habían confiscado la tarjeta registradora al llegar al trabajo, con la promesa de que sólo se la devolverían en el campo de Tempelhof. La atmósfera general de violencia acechante y de intimidación generalizada había sido también determinante para que los dirigentes sindicales acordasen oficialmente participar (398).

Por lo demás, cabe comentar la aparición en la obra de Chaves del adjetivo “delirante”, siempre referido a seguidores de movimientos políticos radicales o con ideas afines a los mismos, como en este ejemplo en el que se refiere a Lenin sin mencionarlo en *Lo que ha quedado del imperio de los zares*:

De nada valían las apelaciones a la prudencia que hacía el prudente Miliukov, utilizando un lenguaje sensato para convencer a un pueblo desatado, a millares de locos que escuchaban con más entusiasmo las “boutades” de un poeta delirante de Petrogrado proclamado presidente de la República del Universo, que al razonable Miliukov, obstinado en plantear el problema de los Estrechos (1931: 82).

Asimismo, en su artículo del 15 de mayo de 1932 sobre Gorgulof, asesino del presidente de la República francesa, se refiere a *los verdes*, facción de la guerra civil rusa, como “popes delirantes que sólo hallarían equivalentes entre nuestros cabecillas carlistas” (2013: 938). Y en el mismo artículo se refiere a Gorgulof como uno de “estos tipos de delirantes que sueñan con el taumatúrgico poder de un milagroso dictador que cortando cabezas imponga en el mundo una paz de cementerio” (940)⁴⁷⁰.

Por lo demás, volviendo a la crónica, el periodista continúa con su relato de los hechos de principios de mayo de 1933 en Alemania:

⁴⁶⁹ Vemos aquí de nuevo la eficacia de las celebraciones que tuvieron lugar durante esas semanas para conseguir la adhesión al nuevo régimen de personas que no simpatizaban con el nacionalsocialismo a la que se refería Sebastian Haffner (ver apdo. 4.5.4).

⁴⁷⁰ También en “Bigornia”, uno de los cuentos de *A sangre y fuego*, el periodista se refería a la multitud que al comienzo de la Guerra Civil española asedió el Cuartel de la Montaña de Madrid como “una gigantesca muchedumbre sin armas, pero con un entusiasmo delirante y suicida” (1937: 221). Y en “La defensa de Madrid” habla así de los asesinatos políticos cometidos en Madrid durante los primeros meses de la guerra: “Milicianos desertores del frente, pistoleros profesionales, agentes provocadores y criminales de toda laya asesinaban a favor de la impunidad más absoluta por pura venganza personal, para despojar a sus víctimas de las joyas y el dinero que tuvieran o por delaciones infames de simples resentidos y de revolucionarios delirantes” (2013: 1641). Y, por último, en la misma obra, durante la narración de una disputa en la Junta de Defensa de Madrid describe a los representantes de los partidos revolucionarios como “jóvenes exaltados, de mentalidad estrecha y delirante, gente formada en la rebeldía y la clandestinidad” (2013: 1658).

Al día siguiente, Hitler se incautaba de los Sindicatos. Todo esto, con un ademán imperial. Los líderes obreristas que iban a pactar su sumisión eran enviados a la cárcel, y las masas que hasta hace poco les habían seguido acataban sin discusión las órdenes del “führer” (Chaves Nogales, 1933e).

En efecto, el 2 de mayo de 1933, “brigadas de la SA y de la NSBO ocuparon las oficinas y sucursales bancarias del movimiento sindical socialdemócrata, confiscaron sus fondos y detuvieron a sus funcionarios”, según Kershaw (1998: 469), quien asegura que en apenas una hora, el “movimiento sindical democrático mayor del mundo había sido destruido”. Chaves acertaba al asegurar que los líderes “obreristas” estaban dispuestos a “pactar su sumisión” antes de su detención, de acuerdo con lo que explica Kershaw (1998: 468): “Theodor Leipart, el presidente de la confederación de sindicatos, la ADGB, había intentado ya en marzo orientarse en la dirección en que soplabla el viento, distanciando a los sindicatos del SPD y ofreciendo una declaración de lealtad al nuevo régimen”. Sin embargo, como también explica Chaves, los líderes sindicales, Leipart incluido, fueron detenidos el 2 de mayo de todas formas y sometidos a torturas y humillaciones, como cuenta Evans (2003: 468):

Leipart y todos los demás funcionarios sindicales, fueron detenidos y puestos en situación de “detención preventiva” en campos de concentración, donde muchos de ellos fueron objeto de malos tratos y de humillaciones brutales, y puestos en libertad al cabo de una o dos semanas. En un incidente particularmente horroroso, paramilitares nazis mataron de una paliza a cuatro funcionarios sindicales en el sótano del edificio de los sindicatos de Duisburg el 2 de mayo.

También acertaba Chaves al asegurar que las masas que hasta hacía poco habían seguido a esos líderes sindicales “acataban sin discusión las órdenes del «führer»”. En la entrada del 17 de abril del diario de Goebbels, el ministro de la Propaganda nazi describía los planes del partido para el 1 y 2 de mayo tal y como se produjeron, salvo que Goebbels preveía que los sindicalistas resistieran y que hubiera “un conflicto durante algunos días” (cit. en Evans, 2003: 398). Nada de eso ocurrió. Como señalaba Kershaw, el movimiento sindical alemán desapareció en un solo día. Goebbels escribiría, con razón, en su diario el 13 de mayo: “Somos los amos de Alemania” (cit. en Evans, 2003: 399).

Esa arrogancia concuerda con el “ademán imperial” con el que el periodista asegura que Hitler disolvió los sindicatos, y también con lo que explica a continuación: “Ante quinientos representantes de los Sindicatos, reunidos en la Casa de los Señores, Hitler ha declarado constituido el «frente obrero» de la revolución nacionalsocialista y se ha proclamado su «protector»”⁴⁷¹ (1933d). Dicho acto tuvo lugar el 10 de mayo (nueve días antes de la publicación de la crónica) en Berlín, en la Herrenhaus –la “Casa de los Señores” a la que se refiere Chaves (que se podría traducir como “Cámara de los Señores”)–, antigua cámara alta del parlamento prusiano, que en 1933 albergaba al

⁴⁷¹ Una fotografía de dicho acto acompaña a la crónica (ver apéndice 13) y en su correspondiente pie se puede leer: “Hitler, ante quinientos representantes de los Sindicatos, declara constituido el «frente obrero» y se proclama su «protector»” (Chaves Nogales, 1933e).

Consejo de Estado prusiano. Por otra parte, el “frente obrero” del que habla Chaves era el *Deutsche Arbeitsfront* (DAF), el Frente Alemán del Trabajo, que, bajo la dirección de Robert Ley, sustituyó a los sindicatos democráticos y aglutinó tanto a patronos como a obreros, para así evitar la lucha de clases, según Aycard y Vallaud (2013: 376), quienes aseguran que llegó a tener veinticinco millones de afiliados.

Por otra parte, cabe resaltar las resonancias feudales del título de “protector” que Hitler se otorgaba con respecto al DAF, de acuerdo con Chaves. Una circular de junio de ese año de dicha organización cita a Hitler como *Schirmherr*⁴⁷², término utilizado en el medievo para designar a algunos señores feudales, y que podría traducirse, en efecto, como *protector* o, en este contexto, también como *patrón*. Llama la atención que Chaves haga mención a esta denominación en la misma frase en la que habla de la “revolución nacionalsocialista”. Sea el contraste intencionado o no, lo cierto es que ilustra bien el tipo de cambio político que se estaba produciendo en Alemania y que tenía más que ver con una vuelta –al menos estética– a la sociedad preindustrial que con una revolución socialista, como remarca el propio periodista en su cierre de crónica al contraponer una cita de Hitler de la que se desprende esa vuelta al pasado preindustrial con un comentario en tono coloquial del propio periodista que encierra un doble sentido: anuncia el fin del marxismo en Alemania y, a la vez, la retirada de la máscara socialista del nacionalsocialismo. Con esta irónica superposición, Chaves da por destapado el engaño de Hitler a los trabajadores alemanes:

“Vamos –ha dicho– a restablecer las relaciones patriarcales entre patronos y obreros”.
Y se acabó el marxismo (Chaves Nogales, 1933e).

En cuanto a la afirmación de Hitler, está en la línea de la utopía regresiva que el NSDAP había defendido desde sus comienzos, impulsado por la pulsión tradicionalista y anticapitalista que tras la guerra y las consecuentes crisis política y económica que la siguieron dio lugar al nacionalismo *völkisch*, que propugnaba la vuelta a las relaciones sociales preindustriales (como ya explicamos en el apartado 4.1.5). En este sentido, Grunberger (1971: 56) señala:

No solamente el amplio sector pequeñoburgués de las masas anticapitalistas sino también muchos obreros identificaban las alteraciones radicales de la estructura social con un descenso general de su situación, y preferían a eso una mejora de sus particulares condiciones de vida. Las aspiraciones precapitalistas, es decir, el deseo de seguridades de tipo estático y tradicional, crearon una contracorriente dentro de la corriente general anticapitalista del momento.

Como explica Benz (2006: 82), con ese malestar de fondo, el nacionalsocialismo introdujo el concepto de *Volksgemeinschaft*, del que ya hemos hablado en el apartado 4.1.5: “[...] apelando a supuestas tradiciones germánicas, la «comunidad del pueblo» debía superar la organización del Estado basada en enfrentamientos de clases: cada uno debía tener su lugar natural en la sociedad”. Se trataba de volver a un pasado idílico en

⁴⁷² Ver Office of United States Chief of Counsel For Prosecution of Axis Criminality (1946: 1054).

el que no existían los conflictos sociales, de ofrecer al trabajador desamparado ante los vaivenes económicos y políticos de las dos décadas anteriores una sensación de seguridad estática encarnada en la *comunidad nacional* que las relaciones industriales habrían destruido, según el nacionalismo *völkisch*, con consecuencias nefastas para Alemania, como la derrota en la Primera Guerra Mundial y la firma del Tratado de Versalles. Según explica Abellán (1997: 133), “la «vuelta a la comunidad» se convirtió en un programa de rechazo de la sociedad moderna y del sistema parlamentario. [...] La comunidad era unidad interna, fuerza, poder; la comunidad tenía valores”.

En ese sentido, Goebbels (1932: 36-37), en un discurso de campaña en el verano de 1932, aseguraba que los marxistas y los burgueses se habían unido en su lucha contra el NSDAP, y proclamaba, según esta traducción inglesa de su discurso: “We think no longer in terms of class. We are not workers or middle class. We are not first of all Protestants or Catholics. We do not ask about ancestry or class. Together we share the words of the poet: «Now, people rise up, and storm, break loose!»”. E instaba a los asistentes al mitin a que, cuando los marxistas los llamasen a las barricadas, respondieran:

The good old days of party bigwigs are over. A new Germany is coming, a Germany raised on the Spartan laws of Prussian duty. It is a Germany not grown fat, but one that is starving! It is a Germany with strength, with will, with idealism! It is a Germany that is done with Marxist betrayal and bourgeois white gloves (37).

Asimismo, Hitler achacaba en *Mein Kampf* (1926: 827, 835) la precariedad de la vida de los obreros de las fábricas a los cambios sociales traídos por la industrialización. Asimismo, se compadecía de su sufrimiento y lo presentaba como la causa del surgimiento del marxismo, doctrina judía internacional que se habría valido de ese sufrimiento para destruir las relaciones que mantenían unida la comunidad nacional alemana. Así, aseguraba que el trabajador alemán había sido desviado del interés nacional por los sindicatos marxistas:

Die gleichen Gewerkschaften, fanatisch national in politischen und völkischen Belangen geleitet, würden Millionen Arbeiter zu wertvollsten Gliedern ihres Volkstums machen ohne Rücksicht auf die im einzelnen stattfindenden Kämpfe in rein wirtschaftlichen Belangen⁴⁷³ (883).

Y aseguraba que tanto trabajadores como empresarios debían subordinar sus intereses particulares a los intereses de la nación:

So sicher ein Arbeiter wider den Geist einer wirklichen Volksgemeinschaft sündigt, wenn er ohne Rücksicht auf das gemeinsame Wohl und den Bestand einer nationalen Wirtschaft, gestützt auf seine Macht, erpresserisch Forderungen stellt, so sehr aber bricht auch ein Unternehmer diese

⁴⁷³ “Los mismos sindicatos, liderados de modo fanáticamente nacional en asuntos políticos y étnicos, harían de millones de trabajadores los miembros más valiosos de su etnia (o nacionalidad), más allá de las luchas individuales en asuntos puramente económicos”.

Gemeinschaft, wenn er durch unmenschliche und ausbeuterische Art seiner Betriebsführung die nationale Arbeitskraft mißbraucht und aus ihrem Schweiße Millionen erwuchert⁴⁷⁴ (883-885).

En esa misma línea, en el programa del partido se podía leer:

Kapitalismus und Marxismus sind eins! sie wachsen aus der gleichen geistigen Grundlage. Wir Nationalsozialisten sind ihre schärfsten Gegner, denn uns trennt eine Welt, trennt unsere ganz andere Vorstellung vom Bau der Gesellschaft von ihnen, uns ist nicht Klassen- oder Klassenkampf, nicht Klassen- oder Klassenegiosmus – sondern das allgemeine Wohl oberstes Gesetz⁴⁷⁵ (Feder, 1927: 53).

En definitiva, es en ese contexto donde debe enmarcarse la frase de Hitler que cita Chaves. “[...] Restablecer las relaciones patriarcales entre patronos y obreros” implicaba, en primer lugar, que esas relaciones “patriarcales” habían existido previamente y habían desaparecido. Por lo demás, ahí estaba implícita la idea de la vuelta a una sociedad preindustrial idílica en la que no existiría el conflicto entre clases y todos los actores sociales remarían en pos de los intereses de la nación. Por tanto, Chaves acierta en ese final de crónica al identificar la verdadera esencia de la política social nazi.

⁴⁷⁴ “Igual que un trabajador peca contra el espíritu de una verdadera comunidad nacional cuando hace demandas exorbitantes sin tener en cuenta el bien común y la existencia de una economía nacional, basado en su poder, un empresario también rompe esta comunidad si es inhumano y la naturaleza explotadora de su gestión abusa de la fuerza laboral nacional y gana millones con su sudor”.

⁴⁷⁵ “¡El capitalismo y el marxismo son lo mismo! crecen del mismo fundamento espiritual. Los nacionalsocialistas somos sus oponentes más feroces, porque un mundo nos separa: separa nuestra idea completamente diferente de la construcción de la sociedad de la suya; nuestra más alta ley no es la lucha de clases o el egoísmo de clase, sino el bienestar general”.

4.6. Análisis de la crónica “La conquista de la juventud”

La sexta crónica del periplo alemán de Chaves forma parte del grupo de las dedicadas al relato y descripción del proceso de nazificación del pueblo alemán, tema que ya había tratado el periodista en los últimos apartados de la crónica del 19 de mayo, referidos a la adhesión del proletariado alemán al nuevo régimen, y que también trataría, como indicábamos en el apartado 3.4, en las crónicas del 24 y 25 de mayo, dedicadas a las mujeres alemanas y a la *revolución cultural* nazi, respectivamente, y parcialmente en la del día 28. La que nos disponemos a analizar aquí, publicada el 23 de mayo –tras la interrupción que supuso la publicación del fotorreportaje del sábado 20 y la entrevista a Joseph Goebbels publicada el domingo 21 (ver apéndices 14 y 15, respectivamente)–, se centraba en las medidas propagandísticas que el régimen había comenzado a tomar para conseguir la adhesión de niños y jóvenes.

4.6.1. El niño “nazi”

Siguiendo el mismo procedimiento sensacionalista que ya había utilizado en su crónica del 16 de mayo, como vimos en el apartado 4.2, comienza esta crónica Chaves con dos afirmaciones inauditas, que, sin contexto previo, buscan probablemente causar sorpresa en el lector:

De aquí en adelante, todos los niños que nazcan en Alemania traerán la cruz gamada en el ombligo. No desconfío de que los sabios alemanes lleguen a aislar el principio biológico del nacionalsocialismo, ni de que encuentren la manera de inyectárselo a las embarazadas (Chaves Nogales, 1933g).

Evidentemente, la primera es una caricatura que persigue la parodia. Sin embargo, la segunda, a la vista de los acontecimientos futuros, no sólo no carecía de base real, sino que resultaba tristemente clarividente. Se podría decir que, como le pedía Julio Camba (1913) a sus lectores que interpretaran sus crónicas desde Alemania, Chaves aquí no escribe “ni completamente en serio ni completamente en broma”. En 1933 la imagen de un médico nazi inyectando algo a una embarazada no debía despertar el sentimiento de terror y repugnancia que despierta hoy, tras conocer los testimonios de las víctimas de los experimentos médicos que tenían lugar en los campos de exterminio nazis. Ni siquiera Chaves debía sospechar el carácter profético de su caricatura. Así, por ejemplo, entre los experimentos del funesto Josef Mengele en Auschwitz constan algunos que se aproximaron a la caricatura que hacía en ese primer párrafo de su crónica el periodista: experimentación con gemelos para establecer qué atributos y defectos eran hereditarios y cuáles se adquirirían por el estilo de vida, con la intención de

acelerar la multiplicación de la raza aria; o inyecciones en los ojos de niños para intentar cambiar el color de los mismos que acababan en infecciones o ceguera (Posner y Ware, 1986: 58). Asimismo, ha quedado testimonio de otros experimentos de Mengele para *mejorar la raza aria*, como, por ejemplo, intentos de esterilización con rayos X (ver Spitz, 2005: 232-235). Las intenciones del ominoso médico eran exactamente las que anunciaba Chaves una década antes. En la orden de prisión del tribunal de Frankfurt del Meno contra Mengele se puede leer:

Las investigaciones sobre los gemelos ocuparon una gran parte de los pseudoexperimentos del acusado, según las indagaciones previas del tribunal. Éstos le resultaban especialmente interesantes al régimen nazi, en especial en lo que se refiere a su deseo de incrementar la tasa de nacimientos por medio de un aumento manipulado médicamente en el número de nacimientos de gemelos (cit. en Posner y Ware, 1986: 55).

No obstante, Posner y Ware (1986: 55) aseguran que el objetivo de Mengele no era sólo aumentar la fertilidad de las alemanas: “Lo que perseguía era perfeccionar y preservar los mejores rasgos de la mítica superraza aria, los ojos azules, el pelo rubio y el cuerpo fuerte y sano”. Chaves acertaba, por tanto, al juzgar las intenciones nazis, pero difícilmente podía llegar a imaginar la brutalidad indecible de los experimentos que llevarían a cabo con ese fin. Le ahorraremos al lector aquí más ejemplos concretos de dicha brutalidad, que puede encontrar detallados en Posner y Ware (1986: 58-79).

Por otra parte, en julio de 1933, Hitler anunciaría que el nuevo estado no estaría completo si no desarrollaba “una nueva persona”, que, como señala Fritzsche (2008: 92), “emergería como resultado de la aplicación de las técnicas de higiene racial”. Y, en efecto, los “etnócratas” y los profesionales biomédicos se encargarían en adelante, como comenta el propio Fritzsche, de expedir el *Anhnenpaß*⁴⁷⁶ (literalmente, *pasaporte de antepasados*) y certificados de “salud genética”, así como de evaluar la “valía genética” de cada individuo. En este sentido, Evans (2005: 499) asegura que los higienistas raciales recibieron al Tercer Reich con grandes esperanzas, que no serían defraudadas: el ministro del Interior, Wilhelm Frick, no tardaría en anunciar la reducción del gasto público destinado a “individuos inferiores y asociales, los enfermos, los deficientes mentales, los locos, los tullidos y los delincuentes” (cit. en Evans, 2005: 500). Y el 14 de julio se aprobaría la Ley para la Prevención de Descendencia con Enfermedades Hereditarias (*Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses*), que ordenaba la esterilización obligatoria de todas las personas que sufrieran “debilidad mental congénita, esquizofrenia, psicosis maniaco depresiva, epilepsia hereditaria, corea de Huntington, sordera hereditaria, ceguera, deformidades físicas graves y alcoholismo agudo” (Evans, 2005: 500). En total, 360.000 personas fueron esterilizadas durante los doce años que duró el Tercer Reich, tres cuartas partes de ellas por “debilidad mental

⁴⁷⁶ Esta suerte de certificado genealógico constituía la prueba legal de “arianidad” (*Ariernachweis*) indispensable para acceder a un puesto de funcionario a partir de abril de 1933. Como explicaría Chaves en su crónica del 26 de mayo (ver apdo. 4.9), para ser considerado “ario” era necesario tener dos generaciones de ascendientes, hasta 1800, completamente “arias” (Aycard y Vallaud, 2013: 285).

congénita”, concepto ambiguo que podía englobar desde la prostitución hasta la “debilidad moral”⁴⁷⁷, según Evans (2005: 501), quien explica:

No era muy probable que las personas demasiado enfermas, demasiado necesitadas o demasiado peligrosas para vivir libres en sociedad tuvieran hijos, de modo que no requieran esterilización. Así, en esencia, el régimen utilizó la esterilización para borrar aquellas áreas de la sociedad que no se adaptaban al ideal nazi del nuevo hombre y la nueva mujer: eran en un porcentaje abrumador, miembros de las clases más bajas, mendigos, prostitutas, vagabundos, personas que no querían trabajar, personas procedentes de orfanatos y de reformatorios, de los barrios bajos y de las calles: gente de la que no se podía esperar que se afiliaran a las Juventudes Hitlerianas, entregaran dinero a Ayuda Invernal, se alistaran en las Fuerzas Armadas, colgaran banderas el día del cumpleaños del Führer o se presentaran cada día puntualmente al trabajo. Esta nueva ley entregó al régimen el poder de llegar a la esfera más íntima de la existencia humana, la sexualidad y la reproducción, un poder que extendería finalmente a su trato a los judíos y, de hecho, por lo menos en potencia, a todos los alemanes en edad adulta (503).

Chapoutot (2017: 100), por su parte, recuerda la admiración de Hitler por los antiguos espartanos (de la que hablábamos en el apartado 4.2.2) y la costumbre de éstos de sacrificar a los niños más débiles o enfermos. Por lo demás, en 1936 se fundaría el Centro de Investigaciones de Higiene Racial y Biología de la Población (*Rassenhygienische und bevölkerungsbiologische Forschungsstelle*), cuya finalidad era “demostrar con métodos exactos las raíces biológicas de los fenómenos sociológicos, es decir, en última instancia su determinación por las leyes de la herencia” (cit. en Fings, Heuss y Sparing, 1999: 57), para “legitimar la *supresión* de los inadaptados e improductivos”, según Fings, Heuss y Sparing (1999: 57).

No obstante, más allá de estas siniestras connotaciones, la imagen de la producción de niños con la cruz gamada en el ombligo que presenta Chaves no desentonaría, por ejemplo, entre las animaciones de *Education for Death: The Making of the Nazi* (1943), la película de Walt Disney sobre el adoctrinamiento nazi de los niños alemanes (ver Costa, 2016: 81), o las de *Why we fight?*(1942-1945), de Frank Capra, ni, desde un punto de vista formal, entre las visiones del protagonista de *Metropolis* (1927), de Fritz Lang, o, en general, en el expresionismo alemán de los años veinte. Se trata, por lo demás, en términos de Lapesa, de una *imagen poética*, es decir, una “expresión verbal dotada de poder representativo, esto es, la que presta forma sensible a ideas abstractas o relaciona, combinándolos, elementos formales de diversos seres, objetos o fenómenos perceptibles” (1974: 45).

En cualquier caso, simboliza bien la idea central de la crónica, en la que a continuación Chaves insiste en que en el futuro “no habrá en Alemania más que niños «nazis»”, y se refiere con ironía a la *extirpación* de los “incapaces de conversión” al nacionalsocialismo:

Ya no habrá en Alemania más que niños “nazis”. A los alemanes que Hitler ha cogido adultos y barbados no ha habido más remedio que molestarse en convertirlos al nacionalsocialismo, y a los

⁴⁷⁷ Recuérdese la memorable interpretación de Montgomery Clift en la excelente película de Stanley Kramer *Judgement at Nuremberg*, de 1961.

que eran incapaces de conversión, el “führer” ha tenido que tomarse el trabajo de “extirparlos” – es su expresión favorita–; pero con los que nazcan de aquí en adelante no está dispuesto a tomarse esos penosos trabajos. Nacerán ya como convenga (Chaves Nogales, 1933g).

Habla aquí Chaves del proceso de conversión y represión que el nacionalsocialismo estaba llevando a cabo esos días en Alemania y que Sebastian Haffner describía muy bien, como hemos visto en el análisis de la crónica anterior (ver apdo. 4.5.5), como una combinación de celebraciones y de terror, que es, en realidad, lo mismo que expresa aquí Chaves con ironía, parodiando la perspectiva nazi: “A los alemanes que Hitler ha cogido adultos y barbados no ha habido más remedio que molestarse en convertirlos al nacionalsocialismo, y a los que eran incapaces de conversión, el «führer» ha tenido que tomarse el trabajo de «extirparlos»”. Radica la ironía del periodista en la imagen paródica de Hitler tomándose la molestia de convertir a su credo al alemán “adulto y barbado”, donde la correspondencia en la realidad de ese “molestarse” era todo el esfuerzo propagandístico del nacionalsocialismo, y, en el caso de los “incapaces de conversión”, es decir, los que conservaron su integridad, la correspondencia real de “tomarse el trabajo de «extirparlos»” era la brutal represión política de la que ya hemos hablado en los apartados anteriores y a la que Chaves dedicaría la crónica del 27 de mayo, que analizaremos con detenimiento en el apartado 4.10. Por lo demás, es probable Chaves siguiera en Alemania cuando esta crónica fue publicada. Si así fuera, sería normal que se cuidara de hacer una crítica descarnada del régimen para evitar la expulsión de Alemania que ya habían sufrido otros colegas⁴⁷⁸, como hemos explicado en el apartado 3.1.3. De hecho, las crónicas en las que habla sobre la represión contra los judíos y los disidentes políticos, así como aquélla en la que caricaturiza a Hitler con mayor mordacidad las dejó para el final del reportaje, y se publicarías, respectivamente, los días 26, 27 y 28 de mayo.

En cuanto a *extirpar* como “expresión favorita” de Hitler, Chaves puede referirse a varios términos alemanes con un significado similar que, en efecto, Hitler utilizaba con frecuencia, por ejemplo, en *Mein Kampf*: especialmente los verbos *entfernen* y *ausrotten* (incluso también *vernichten* o *vertilgen*), y sus correlativos sustantivos *Entfernung* y *Ausrottung*. Así, por ejemplo, en referencia a la derrota en la Primera Guerra Mundial, defiende que el Gobierno alemán debería haber “extirpado” a los “envenenadores del pueblo judío” para evitar que pusieran a los trabajadores en contra de la nación:

Es war die Pflicht einer besorgten Staatsregierung, nun, da der deutsche Arbeiter wieder den Weg zum Volkstum gefunden hatte, die Verhetzer dieses Volkstums unbarmherzig auszurotten.

⁴⁷⁸ En la introducción a la entrevista que el periodista hizo a Joseph Goebbels, publicada el 21 de mayo, escribía: “Ser ciudadano de la República Española y periodista liberal no es hoy, para los gobernantes alemanes, una invitación a la confianza. Los españoles estamos haciendo exactamente lo contrario de lo que hacen los alemanes, y ya suponen ellos que no vamos a traicionar nuestras convicciones nacionales en beneficio de las suyas” (Chaves Nogales, 1933f).

Wenn an der Front die Besten fielen, dann konnte man zu Hause wenigstens das Ungeziefer vertilgen⁴⁷⁹ (1926: 473).

Asimismo, en otro lugar asegura que el objetivo de una revolución no es derribar todo el edificio, “als viel mehr schlecht hinzugefügtes oder unpassendes Zeug zu entfernen und an der dann wieder freigelegten gesunden Stelle weiter- und anzubauen” [“sino más bien extirpar lo mal agregado o lo inapropiado y continuar construyendo en la zona saludable que queda al descubierto”] (1926: 685-687).

Por lo demás, Chaves vuelve a recurrir a la ironía para parodiar la posición del nacionalsocialismo sobre ese asunto: “[...] pero con los que nazcan de aquí en adelante no está dispuesto a tomarse esos penosos trabajos. Nacerán ya como convenga”. Enlaza así con el siguiente párrafo, en el que hace una descripción paródica que se aproxima bastante a lo que en realidad fue la instrucción de los niños alemanes durante los años del Tercer Reich:

A partir de ahora, el niño alemán vendrá al Mundo con el convencimiento indestructible de que es un niño privilegiado que pertenece a la mejor raza de la Tierra; antes que a enderezarse sobre sus extremidades abdominales y a salir marcando el paso de oca, habrá aprendido que es miembro de un Estado totalitario que tiene una misión providencial que cumplir; estará convencido de que no todos los hombres son iguales ni todos los pueblos tienen los mismos derechos, y sentirá gravitar sobre sus hombros todo el peso de la herencia de heroísmo de los germanos; considerará subversivos los conceptos de Paz, Libertad y Humanidad; aceptará que la vida es milicia y la milicia cuartel; estudiará una historia universal que será sólo la historia de Alemania; leerá únicamente en libros impresos con caracteres góticos y no entenderá los caracteres latinos; lo que hasta aquí se ha llamado “la invasión de los bárbaros”, él lo llamará “la migración de los pueblos”; crecerá y se hará hombre sólo para imponer al Mundo estas convicciones, y con este fin exclusivo cultivará las ciencias y las artes, practicará los deportes y, sobre todo, se adiestrará en el boxeo (Chaves Nogales, 1933g).

Insiste el periodista en la caricatura del niño que nace ya siendo un nazi. En este caso, éste tendría el convencimiento innato e “indestructible” de pertenecer a “la mejor raza de la Tierra”, es decir, la *raza aria*, de cuya superioridad para los nazis ya hablamos ampliamente en el apartado 4.1.4. Por lo demás, el periodista continúa la caricatura con la escena del momento en que ese niño aprende a caminar: “[...] antes que a enderezarse sobre sus extremidades abdominales y a salir marcando el paso de oca”⁴⁸⁰. Sin duda, la imagen busca generar un efecto cómico, y, de nuevo, recuerda a la película de propaganda de Disney *Education for Death: The Making of the Nazi*, de 1943, a la que hacíamos referencia más unas páginas más atrás. Así, por ejemplo, es patente la similitud de la imagen de Chaves con las de los siguientes fotogramas:

⁴⁷⁹ “Hubiera sido el deber de un gobierno nacional responsable extirpar implacablemente a los agitadores de la nación (o raza) ahora que el trabajador alemán había encontrado su camino de regreso a la misma. Si los mejores cayeron en el frente, qué menos que poder exterminar a las alimañas en casa”.

⁴⁸⁰ El paso de la oca, de origen prusiano, estaba asociado al Ejército alemán, aunque no era exclusivo de éste. Era conocido en alemán como *Stechschritt* (literalmente, *paso penetrante*) y se caracterizaba por el movimiento de la pierna hasta posiciones más elevadas que en el paso normal y sin flexión de la rodilla. Klemperer describe así las imágenes vistas en un noticiero en 1932, en el que asegura que fue su “primer encuentro estremecedor con el nacionalsocialismo”, aunque fuese *avant la lettre*: “Los hombres levantaban las piernas de tal manera que las puntas de las botas daban la impresión de superar las de las narices y todo parecía un único impulso, una única pierna” (Klemperer, 1975: 34-35).



Secuencia de fotogramas de la película propagandística de Walt Disney *Education for Death: The Making of the Nazi* (1943) en la que se representa la evolución de los niños nazis: comienzan marcando el paso de la oca mientras hacen el saludo nazi y acaban muertos en el campo de batalla.

En cualquier caso, hasta ahí llega la parodia del nazi innato. En adelante los conocimientos que Chaves le atribuye al futuro niño nazi son adquiridos, aunque sea de forma prematura. Por ejemplo, asegura el periodista que antes de comenzar a marcar el paso de la oca, “habrá aprendido que es miembro de un Estado totalitario que tiene una misión providencial que cumplir”. Fue Mussolini quien acuñó el término “estado totalitario” para referirse a la Italia fascista –aunque ésta no lo fuera, según Arendt (1948: 435)–, pero acierta de pleno Chaves al atribuirle el calificativo “totalitario” al nuevo régimen alemán⁴⁸¹, al menos en el sentido en el que lo entiende Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* (1948). En cuanto a la misión providencial de dicho estado, ya la definía el periodista en su crónica del 16 de mayo en boca del nazi arquetípico con el que dialogaba el Chaves ficticio en la *sermocinatio* de la que hablábamos en el apartado 4.2.2:

—¿Cuál es esa misión providencial?

—La de salvar la raza aria; la de evitar que perezca la civilización occidental: la de impedir la invasión de Europa por los negros (Chaves Nogales, 1933b).

Por otra parte, cuando asegura que ese futuro niño nazi “estará convencido de que no todos los hombres son iguales ni todos los pueblos tienen los mismos derechos”, y que “considerará subversivos los conceptos de Paz, Libertad y Humanidad”, el periodista señala el carácter antiliberal del nacionalsocialismo, exponiendo el rechazo a los valores liberales surgidos en la Edad Moderna, prefigurados en la década de 1530, cuando Francisco de Vitoria afirmara: “Por derecho natural todos los hombres nacen igualmente libres” (Pereña Vicente, 1992: 16); y recogidos en la Declaración de

⁴⁸¹ Klemperer (1975: 54) escribiría el 9 de julio de 1933 que “el «levantamiento nacional» ha sido sustituido por la «revolución nacionalsocialista», que a Hitler se lo llama más a menudo el «canciller del pueblo» y que se habla del «Estado total»”.

Derechos de Virginia en 1776, que afirmaba que “todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes” (Jellinek, 2009: 119); y la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, que proclamaba: “Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos” (123); y que en Alemania se habían materializado por primera vez legalmente en la Constitución de Weimar de 1919, que proclamaba la igualdad de todos los alemanes ante la ley (artículo 109) y la inviolabilidad de la libertad de la persona (artículo 114)⁴⁸². Por lo demás, los tres conceptos que Chaves menciona, “Paz, Libertad y Humanidad”, no aparecerían como figuras legales universales hasta la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948⁴⁸³, tras el escarnio de la Segunda Guerra Mundial, que el periodista no necesitó para sentir apego por ellos. Sin embargo, los nuevos niños nazis, según Chaves, habrían de encontrar esos valores “subversivos”, pues, como vimos en el apartado 4.2.2, los nazis predicaban la legitimidad de la guerra para ampliar el *Lebensraum* del pueblo alemán, defendían la opresión y la esclavitud de las *razas inferiores*, y ostentaban un nacionalismo y un racismo fanáticos; es decir, la antítesis de los tres conceptos que menciona el periodista. Por otra parte, éste utiliza la figura del futuro niño nazi para ilustrar la revolución cultural que ya habían puesto en marcha los nazis:

[...] sentirá gravitar sobre sus hombros todo el peso de la herencia de heroísmo de los germanos; [...] estudiará una historia universal que será sólo la historia de Alemania; leerá únicamente en libros impresos con caracteres góticos y no entenderá los caracteres latinos; lo que hasta aquí se ha llamado “la invasión de los bárbaros”, él lo llamará “la migración de los pueblos”; [...].

En la época en que Chaves escribía esto, Antonio Gramsci desarrollaba en la prisión de Turi (en la región italiana de Puglia) la idea de la *hegemonía cultural* como paso previo para conseguir la *hegemonía política*, que, a diferencia de la dominación, no requiere del uso coercitivo de la fuerza, según el intelectual italiano. Así, Gramsci (1949: 34) explica que, en los países totalitarios, el partido único se hace cargo de “las funciones culturales, dando lugar a un lenguaje político de verdadera jerga⁴⁸⁴: es decir, las cuestiones políticas se revisten de formas culturales y como tales resultan insolubles”. O, expresado en otros términos, para conseguir que el pueblo alemán acompañara a Hitler en su delirante carrera hacia el genocidio y la destrucción, hacía falta cambiar radicalmente lo que Lakoff (2004: 17) llamaría décadas más tarde el “marco mental”⁴⁸⁵ de aquél. Chaves supo entender ese fenómeno en 1933, aunque no lo

⁴⁸² Ver *Constitución de Weimar* (1919: 271, 277).

⁴⁸³ Ver Jellinek (2009: 127-133).

⁴⁸⁴ En este sentido, vimos cómo Klemperer explicaba el cambio de sentido que la palabra *fanático* había experimentado con la implantación de lo que él denominó la Lengua del Tercer Reich (ver apdo. 4.2.1), ese “veneno que absorbes inconscientemente y que surte su efecto” (Klemperer, 1975: 93). Asimismo, Lakoff (2004: 17) escribiría acerca de los *marcos mentales*: “Cambiar de marco es cambiar el modo que tiene la gente de ver el mundo. [...] Puesto que el lenguaje activa los marcos, los nuevos marcos requieren un nuevo lenguaje. Pensar de modo diferente requiere hablar de modo diferente”.

⁴⁸⁵ “Los marcos son estructuras mentales que conforman nuestro modo de ver el mundo. Como consecuencia de ello, conforman las metas que nos proponemos, los planes que hacemos, nuestra manera de actuar y aquello que cuenta como el resultado bueno o malo de nuestras acciones. En política nuestros

teorizara ni le diera nombre, pues su trabajo como periodista era incompatible con la calma necesaria para la construcción de un sistema de pensamiento. No obstante, en ese mismo sentido, en su crónica del 28 de mayo escribiría que convertir a Hitler en una suerte de emperador hubiera sido imposible en un país que viviera una “auténtica vida contemporánea”, pero en el caso de Alemania la cosa era “mucho más hacedera”, porque vivía “espiritualmente en la Edad Media” (Chaves Nogales, 1933l).

En cuanto a la afirmación según la cual los futuros niños nazis habrían de llevar la “herencia de heroísmo de los germanos” sobre sus hombros, no podía ser más clarividente, pues, dos meses después de la publicación de la crónica, el 30 de julio, se decretaron las directrices que en adelante debían seguir los libros de historia en las escuelas alemanas, según las cuales las lecciones de historia se debían basar en el “concepto de heroísmo en su forma germánica, ligado a la idea de liderazgo” (cit. en Evans, 2005: 262). Tal concepto tiene su origen en la mitificación nazi de los antiguos germanos basada en la descripción idealizada que Tácito hacía de éstos en su *Germania*, como explica Sala Rose (2003: 118):

Desde que a mediados del siglo XIV se redescubrió la *Germania* de Tácito, se impuso la imagen de los germanos como un pueblo guerrero continuamente armado con escudo y espada y presto para el ataque, imagen que pasó a convertirse en un signo de la naciente identidad alemana, y ello a pesar de que en el imaginario latino la vinculación del germano con las armas era considerada un claro signo de su barbarie.

Así, el nazi Alfred Rosenberg (1930: 77) definía al germano, el hombre nórdico, en contraposición con los griegos –a los que evidentemente confunde con sus representaciones literarias homéricas–, como un héroe sobrio y viril: “El honor personal del nórdico requería valor, autodominio, no parloteaba durante horas como los héroes griegos antes de cada combate; no gritaba como éstos cuando era herido, sino que su conciencia del honor exigía serenidad y reunión de las fuerzas”. Por su parte, Hitler criticaba en *Mein Kampf* que se denominara “bárbaros” (*Barbaren*) a los antiguos germanos:

Kulturell und schöpferisch begabte Nationen oder besser Rassen tragen die Möglichkeiten latent in sich, auch wenn im Augenblick ungünstige äußere Umstände eine Verwirklichung dieser Anlagen nicht zulassen. Daher ist es auch ein unglaublicher Unfug, die Germanen der vorchristlichen Zeit als „kulturlos“, als Barbaren hinzustellen. Sie sind dies nie gewesen. Nur zwang sie die Herbheit ihrer nordischen Heimat unter Verhältnisse, die eine Entwicklung ihrer schöpferischen Kräfte behinderten⁴⁸⁶ (1926: 1005).

marcos conforman nuestras políticas sociales y las instituciones que creamos para llevar a cabo dichas políticas. Cambiar nuestros marcos es cambiar todo esto. El cambio de marco es cambio social” (Lakoff, 2004: 17).

⁴⁸⁶ “Las naciones con talento cultural y creativo o las mejores razas llevan consigo las posibilidades latentes, incluso si, por el momento, circunstancias externas desfavorables no permiten la materialización de esas aptitudes. Por lo tanto, es una tontería increíble retratar a las tribus germánicas de los tiempos precristianos como “sin cultura”, como bárbaros. Tan sólo estaban constreñidos por la dureza de su patria nórdica, bajo unas condiciones que impedían el desarrollo de sus poderes creativos”.

En este sentido, se entiende también la referencia de Chaves a la sustitución del término “invasión de los bárbaros” por el de “migración de los pueblos” en la educación del futuro niño nazi. Como explica López Quiroga (2008: 37), “la denominación «período de las migraciones de los pueblos» (*Völkerwanderungszeit*) [...] surge en la Alemania del siglo XIX” para evitar “el empleo de términos con un alto contenido peyorativo [...] como *germanos* y/o *bárbaros*” de una forma “supuestamente objetiva y meramente descriptiva”.

Asimismo, asegura Chaves que ese niño habría de estudiar “una historia universal que será sólo la historia de Alemania” y leer “únicamente en libros impresos con caracteres góticos”, y no entendería los caracteres latinos. Parece claro que la primera afirmación hace referencia al fuerte carácter nacionalista del nazismo. La segunda, sin embargo, no tiene tanto que ver con el nacionalsocialismo como con la tradición alemana. De hecho, la tipografía gótica, conocida en Alemania como *Faktur*, fue repudiada por el nacionalsocialismo en los últimos años del Tercer Reich por su supuesto origen hebreo (Corbeto y Garone, 2014: 46-49).

También decía Chaves que ese futuro niño nazi aceptaría “que la vida es milicia y la milicia cuartel”, en una concatenación que tiene resonancias bíblicas: “Militia est vita hominis super terram” (Jb 7:1)⁴⁸⁷; y que hace referencia, evidentemente, al belicismo nazi y a los preparativos que Alemania ya habría puesto en marcha para afrontar una nueva guerra, como explicaba el propio periodista ampliamente en su crónica del 16 de mayo (ver apdo. 4.2), por lo demás, con mucho acierto. Asimismo, añadía sobre el niño nazi que crecería y se haría “hombre sólo para imponer al Mundo estas convicciones”, aludiendo de nuevo los planes bélicos nazis; y, continuaba: “[...] con este fin exclusivo cultivará las ciencias y las artes, practicará los deportes y, sobre todo, se adiestrará en el boxeo”. Acerca de esto último, ya vimos en el apartado 4.1.2 que los deportes que promovía el nacionalsocialismo eran los tradicionales alemanes: las caminatas alpinas, los duelos a espada o la gimnasia tradicional alemana; frente a los deportes modernos más populares, que los nazis rechazaban por ser internacionales, a excepción del boxeo, el cual, como también vimos en el mencionado apartado, era defendido por Hitler porque, según éste, le daba al cuerpo “la flexibilidad del acero”, entre otras virtudes (1926: 1047). Asimismo, en un manual nacionalsocialista para la impartición de la educación física en las escuelas alemanas de 1937 se podía leer: “Nacionalidad, raza, dotes de mando, sirven también como líneas directrices para la estructuración de la educación física” (Mosse, 1966: 297).

En cuanto al cultivo de las ciencias por parte de los nazis, ya hemos visto en este apartado siniestros ejemplos relativos a la etnografía, la medicina y la genética. Asimismo, en el campo de la física, el nacionalsocialismo ensalzó al premio Nobel

⁴⁸⁷ Este no sería el único intertexto bíblico en estas crónicas, como veremos en el apartado 4.11.

Philipp Lenard, quien defendía “eludir el «materialismo», y subordinar la investigación científica al «mayor de los misterios», que es un misterio espiritual” (Mosse, 1966: 213). Por su parte, el también premio Nobel y crítico de Albert Einstein Johannes Stark asociaba la ciencia “objetiva y factual” con la raza nórdica, mientras que otro crítico de Einstein, Bruno Thuring, vinculaba la ciencia moderna a los judíos y defendía la importancia de los “factores espirituales” en la misma (214). Por su parte, Kurt Gauger, médico, contraponía el “materialismo” de Sigmund Freud a los “valores positivos” que el nacionalsocialismo habría aportado a la ciencia (215). En definitiva, como señala Mosse, “la ciencia fue absorbida por la cultura nazi y a su vez ayudó a dar a esa cultura un aire de respetabilidad intelectual” (216). Por otra parte, también según Mosse (1966: 279), la biología racial cobró una importancia especial dentro de los nuevos planes de estudio nazis en detrimento del resto de las ciencias. Asimismo, la literatura y la historia alemana arrinconaron a otras asignaturas, como las lenguas clásicas.

Por otra parte, Steinweis (1993: 35) explica que, en lo referente a las artes, al igual que ocurrió con el resto de organizaciones profesionales, aquéllas vinculadas a la cultura pasaron a ser controladas por los nazis en la primera mitad de 1933, que las coordinaron en cámaras nacionales de música, teatro, literatura, cine, etc.; todas ellas ligadas al Ministerio para la Ilustración Pública y la Propaganda de Joseph Goebbels y puestas a disposición de sus fines, según Mosse (1966: 153), quien explica que el régimen le pedía a la “creatividad cultural” dirigir sus energías hacia el “modo de ser alemán”, es decir:

En el Tercer Reich la principal tarea de la cultura fue propagar el punto de vista nazi sobre el mundo. ¿Cuál era el lugar del intelecto en esta cultura? El punto de vista nazi sobre el mundo estaba basado en el rechazo del racionalismo; y cualquier énfasis sobre la razón humana se considera “divisionista”, destructivo de la unidad de la ideología emocionalmente centrada, que todo el *Volk* podía comprender. La “creatividad” humana fue colocada en el primer plano de este esfuerzo definido por medio del arte y de la literatura, así como de la política. La totalidad del punto de vista sobre el mundo era un conjunto cultural interrelacionado (151).

Finalmente, Chaves completa el clarividente retrato del futuro niño nazi con una burla del pensamiento nacionalsocialista enunciada en los términos de éste pero con el tono irónico del periodista:

Porque este niño alemán viene al Mundo con el compromiso de andar siempre entristecido, pensando que hay unos millones de alemanes que viven bajo el yugo extranjero y con la promesa formal de que se hará fuerte y sabio para acudir a libertarles cuanto antes (Chaves Nogales, 1933g).

A continuación, vuelve a aparecer el recurso, recurrente en estas crónicas, de la comparación de la realidad alemana con la española. En este caso, sin embargo, no se trata tan sólo de una forma de acercar la realidad alemana a una distancia desde la que el lector español pudiera compararla con realidades que le eran próximas y bien conocidas, sino que el periodista también busca resaltar lo grotesco de la formación que acababa de describir del futuro niño nazi en contraposición con la de los niños españoles:

Los alemanes están orgullosísimos, relamiéndose sólo de pensar en lo que será capaz de hacer este niño que van a producir en serie. Pero uno –que no pertenece a la mejor raza del Mundo– se queda pensando que es triste el destino de estos niños alemanes, para los que ningún acento verdaderamente humano será jamás inteligible. Es indudable que serán unos niños magníficos, fuertes, sabios, valientes; pero en cambio, todas las voces que no sean exclusivamente alemanas serán para ellos trágicamente incomprensibles. Cuando, como hace unas semanas, unos niños ingleses lancen al Mundo un patético mensaje dirigido a todos los niños de la Tierra, en el que se hable con un acento hondo y universal de “la sed de paz”, estos magníficos niños alemanes no lo entenderán. Y uno espera, en cambio, que haya unos rapaces en las montañas de Galicia o unos chavalillos en las vegas andaluzas más débiles, acaso, peor preparados tal vez, que cuando suenen en el Mundo esas voces humanas y las oigan y las entiendan, sean para ellos una lengua inteligible, porque aunque es posible que no tengan zapatos –procuraremos que los tengan– conservarán íntegro, puro, el sentimiento de la Libertad, el de la Justicia, el de la Paz y el de la Humanidad (Chaves Nogales, 1933g).

La producción en serie, es decir, industrial, sugería elocuentemente su deshumanización y equiparaba al niño con el armamento u otros objetos fabriles. Está claro que Chaves enfrenta la ciencia con la ética y para evidenciar la amoralidad de la ciencia que promovían los nazis, ominosa e inquietante. Probablemente, lo más interesante de este párrafo es la diferencia implícita que Chaves establece entre la sabiduría, es decir, la formación intelectual, y el humanismo, al que no se llegaría tan sólo por la vía intelectual, de acuerdo con lo que se desprende de lo que escribe aquí el periodista⁴⁸⁸. Esto está en consonancia con lo que en 1921 había puesto en boca de uno de los personajes de su libro de juventud *La ciudad*, sobre el que ya hablamos en el apartado 2.1, acerca de las personas que vivían en los suburbios sevillanos:

A pesar de su miseria terrible, de sus hambres y sus pasiones, no sabe esta gente la miseria infinita, la desolación de esas otras almas ciertamente empobrecidas, arruinadas, que entre el regalo, la comodidad, lo que pudiéramos llamar la cultura, advierten la incapacidad de su espíritu, lo mezquino y ruin de sus almas fragmentarias, lo artificioso y débil de su contextura y el estrecho límite de su facultad de aprehensión (Chaves Nogales 1921: 154).

Insistiría el periodista en esta representación idealizada del tipo popular sevillano, desde una perspectiva menos dramática, en su madurez, precisamente a la vuelta de su viaje a Alemania en la ya mencionada conferencia que ofreció en el Ateneo de Sevilla el 23 de junio, según la noticia de *El Liberal* de Sevilla:

El conferenciante ha venido a Sevilla a hablar de estas cosas porque aquí se ha formado un tipo excepcionalmente comprensivo, producto de una cultura y una civilización no superadas, que irradiaba sus destellos cuando el mundo se hallaba plenamente entregado a la barbarie (Gori: 1933).

Es también la misma idea que expresaría al comienzo de *Juan Belmonte, matador de toros* acerca de los niños que crecían en calles como la calle Ancha de la

⁴⁸⁸ Una diferenciación similar hacía Julio Camba, con su tono burlón y una admirable capacidad de síntesis, en una de sus crónicas desde Alemania, escritas entre 1913 y 1915, en la que introduce un diálogo en el que le dice a su interlocutor: “Yo no sé nada de filosofía, ignoro el cálculo integral y, sin embargo, soy un hombre civilizado. [...] En el sur de Europa hay muchísimas gentes que no saben leer ni escribir, pero que tienen el sentimiento civilizado” (1916: 23-24). Y en otra, asegura: “Los españoles vienen a Alemania a hacerse sabios. Muchos, con sólo un año de permanencia aquí, adquieren toda la sabiduría. El aire alemán es ciencia pura. Basta respirarlo para que insensiblemente se vaya poniendo uno grave y trascendental” (175).

Feria de Sevilla, calles de las que no había más de quince o veinte en el mundo, según el periodista: “Los niños que nacen en estas calles se equivocan poco, adquieren pronto un concepto bastante exacto del mundo, valoran bien las cosas, son cautos y audaces” (1935: 5). Precisamente, la elección de Juan Belmonte como protagonista para ese reportaje biográfico (publicado en *Estampa* entre el 29 de junio y el 14 de diciembre de 1935) es perfectamente coherente con esta forma de pensar de Chaves. Aunque el torero se declara en dicha obra “un mal teorizante” (331), lo cierto es que la lucidez de sus apreciaciones más allá del ámbito del toreo lo desmienten. Esa fue la razón por la que el periodista se interesó por el torero⁴⁸⁹, a pesar de no tratarse de un intelectual al uso.

Por el mismo motivo, había elegido unos años antes al bailarín Juan Martínez para contar su experiencia durante la Revolución rusa. Chaves encontró a Martínez, bailar de un flamenco “litúrgico y severo” (Chaves Nogales, 1934: 5), durante la preparación del reportaje “Lo que ha quedado del imperio de los zares”, en 1930, en el Cabaret Sevilla, cerca de la Place Pigalle de París, donde solían acudir algunos exiliados rusos (Cintas, 2011a: 73). El 18 de marzo de 1930 el periodista publicó en *Estampa* un artículo sobre el flamenco en París cuyo principal protagonista es el maestro Martínez. No obstante, no debió tardar en darse cuenta de que el flamenco no era lo único interesante sobre lo que podía hablar el bailarín: el azar quiso que la Primera Guerra Mundial sorprendiese a Martínez y a su mujer en Turquía, los persiguiera por los Balcanes y los empujase a buscar refugio en Rusia, con tal suerte que se vieron atrapados en uno de los acontecimientos más cruentos del siglo XX: la Revolución rusa. La elección de Martínez como narrador y protagonista de tal epopeya en el reportaje “El maestro Juan Martínez que estaba allí” confirma la preferencia de Chaves por la lucidez antes que por la “sabiduría”⁴⁹⁰. Así, a lo largo del reportaje, publicado en *Estampa* en 1934, el bailarín asegura recurrente que no entiende de política. Sin embargo, ofrece una visión crítica, llena de humanidad y alejada de los mitos ligados a la Revolución rusa ampliamente aceptados por muchos intelectuales de izquierdas todavía en los años 30, personas mucho más “sabias” que Martínez, que viajaban a Rusia desde una posición prácticamente acrítica y volvían cantando las alabanzas del régimen, como

⁴⁸⁹ En el banquete de homenaje que algunos amigos y conocidos (Ortega y Gasset, Azorín, Gómez de la Serna o Julio Camba, entre otros) le ofrecieron al periodista y al torero (que declinó la invitación) el 14 de diciembre de 1935, con ocasión de la publicación de la biografía en la editorial Estampa, Chaves explicaba la causa de su interés por Belmonte. Contaba que se hallaba en el intento literario de recuperar “el gesto, el ademán, la actitud de se mismo español castizo auténtico que a comienzos de siglo era la expresión de un modo de ser nacional y que repentinamente desaparece, se lo traga la tierra” (sin firma, 1935). Por ello, organizó una encuesta en *Ahora* en el que le pedía a algunos personajes ilustres que hablaran de cómo era su oficio a principios de siglo, entre ellos Juan Belmonte, que envió al periódico unas cuartillas escritas de su puño y letra que resultaron ser, según el periodista, “las que más exactamente reflejaban el ambiente taurino tal y como yo anhelaba”. Por eso insistió en “ahondar” en sus recuerdos personales.

⁴⁹⁰ Algo parecido a lo que Laurence Sterne hace decir a uno de sus personajes en *The Life and Opinions of Tristram Shandy, Gentleman*: “Sciences may be learned by rote, but Wisdom not” (Sterne, 1760).

César Vallejo, Rafael Alberti o Margarita Nelken, por citar a algunos⁴⁹¹. Por el contrario, todo el relato de Martínez es intrínsecamente desmitificador. La elección de éste como narrador lo hace necesariamente así: es un hombre sencillo pero agudo, tal y como lo describe Chaves: “Bailarín, hijo de bailarín, granujilla madrileño y castizo, con arreviques de pillo de playa andaluza, pero muy mirado, de una peculiar hombría de bien y una moral casuística complicadísima” (1934: 3). Precisamente, esta breve descripción sea quizá la que mejor ilustra esa diferencia entre la sabiduría y la comprensión de las “voces humanas” que Chaves establece cuando habla de los futuros niños nazis.

Por lo demás, volviendo al último párrafo citado de la crónica, Chaves vuelve a introducir una imagen digna del cine impresionista alemán: la de los niños que los alemanes “van a producir en serie”, según el periodista, quien comenta con ironía – jugando con la complicidad del lector y adoptando una vez más como propia la terminología nazi– que él “no pertenece a la mejor raza del Mundo”, y por ello, “se queda pensando que es triste el destino de estos niños alemanes”, que sólo entenderán a los que piensen como ellos, y cualquier “acento humano” les resultará ininteligible, como el mensaje de paz que asegura que acababan de lanzar al mundo unos “niños ingleses”, que fue, en realidad, el duodécimo *World Wireless Message of the Children of Wales*, emitido en la emisora galesa Neges Radio el 18 de mayo de 1933 con ocasión de la celebración del *Goodwill Day*, conmemoración establecida por la Federación Mundial de Asociaciones de Educación con motivo del aniversario de la Primera Conferencia de la Haya, que tuvo lugar en 1899. No obstante, es posible que Chaves tuviera conocimiento de la misma el 13 de mayo, pues ese día, cinco antes de su emisión, el diario *La Voz* publicaba una traducción del mensaje en la que aparecía la expresión “sed de paz” que cita Chaves, que no se corresponde con la traducción literal del mensaje original: “Let us then on this Goodwill Day, millions and millions of us, unite in one great thought of peace, peace between the people and peace between the nations”⁴⁹² (Youth of Wales, 1933). No obstante, no está claro cómo pudo el periodista leer la traducción aparecida en *La Voz* si se encontraba en Alemania. Es posible, aunque improbable, que ese día ya estuviera de vuelta en España, o bien que *La Voz* se distribuyera en Alemania (o en Italia), o que leyera una traducción que le llegó por otro medio que fuese la misma que publicó *La Voz*. Quizá este último sea el caso más probable. Además, también da lugar a la reflexión que el periodista asegure que el mensaje fue lanzado al mundo “hace unas semanas”, cuando, en realidad, fue emitido cinco días antes de la publicación de la crónica y *La Voz* lo publicaba tan sólo diez días antes. Aquí caben tres hipótesis: o bien el periodista se refiere con semanas a esos diez

⁴⁹¹ Sobre los visitantes españoles de la Rusia soviética, ver Avilés Farré (1999) y Navarra (2016).

⁴⁹² Sin embargo, la traducción publicada en *La Voz* decía así: “Al celebrar la jornada de la buena voluntad unámonos, pues, todos los millones de niños del mundo entero y proclamemos nuestra sed de paz. ¡Paz entre los hombres! ¡Paz entre las naciones!” (Jordán Morales, 1933).

días, o había leído la traducción días antes de que se publicara en *La Voz*, o bien escribió la crónica pensando que ésta sería publicada después de cuando finalmente lo fue, el 23 de mayo.

Finalmente, introduce el contraste de los futuros niños nazis con los niños españoles que habrían de crecer bajo el nuevo régimen republicano. No olvidemos que el objetivo último de estas crónicas, como ya hemos señalado, era desmitificar el nacionalsocialismo como posible nuevo referente de éxito para la derecha española, así como persuadir a los lectores de *Ahora* del peligro de los movimientos totalitarios, y fortalecer así el apoyo de éstos a la nueva democracia española. En ese contexto se entiende ese contraste del niño nazi, fuerte y bien formado, frente a los niños españoles, “unos rapaces en las montañas de Galicia o unos chavalillos en las vegas andaluzas”, que acaso serían “más débiles, acaso, peor preparados”, pero que, “cuando suenen en el Mundo esas voces humanas”, fueran para ellos “una lengua inteligible”. Vemos de nuevo aquí la ya tantas veces mencionada *medida de lo humano* que Chaves defendía frente a los modelos totalitarios, la sensibilidad humana que contraponía a la simple “sabiduría”, la sensibilidad del abuelo de “El hombrecito de la limalla de oro” o del maestro Juan Martínez, formulada aquí en estos términos: “[...] porque aunque es posible que no tengan zapatos –procuraremos que los tengan– conservarán íntegro, puro, el sentimiento de la Libertad, el de la Justicia, el de la Paz y el de la Humanidad”. Como ya hiciera en la crónica del 14 de mayo en referencia a los voluntarios de la Guardia cívica de Madrid, Chaves utiliza aquí la primera persona del plural, mostrando así su compromiso con la República y compartiendo la responsabilidad sobre el destino del país. Por lo demás, la imagen de los niños sin zapatos pero con valores humanistas – los mismos de los que hemos hablado más arriba y que se acabarían consolidando tras la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial⁴⁹³– resulta argumentativamente muy eficaz por lo conmovedor de la misma.

Y, como colofón, tras esa eficaz y bella imagen de los niños españoles que, aun siendo pobres, habrían de sentir apego por los valores humanistas, lejos de mostrar odio por los futuros nazis, asegura que siente “una gran pena por esos niños que van a producir los «nazis»” (Chaves Nogales, 1933g), sugiriendo así, de forma implícita, la superioridad de los valores que defendía.

⁴⁹³ De hecho, en su lecho de muerte el periodista le diría a su amigo y compañero José Soto, según relató éste en la nota necrológica que leyó en la BBC: “Es horrible. Llevo ocho años esperando ver cómo vencen al fascismo y me voy a morir precisamente en el momento en el que los Aliados van a invadir Europa libertándola de sus opresores” (cit. en Suverbiola y Torrente, 2013: 37). En la misma ocasión, Chaves también le habría dicho a Soto: “Si los españoles abusan alguna vez de la libertad, démosles más libertad aún. Los males de libertad sólo con libertad se curan” (cit. en Suverbiola y Torrente, 2013: 38).

4.6.2. Hay que saber cómo se hacen bien las cosas

En el siguiente apartado, Chaves introduce una nueva comparación entre la realidad alemana y la española que, esta vez sí, busca acercar al lector aquélla para que la juzgue respecto a referencias conocidas, despojándola así de cualquier aura mística. Bajo el irónico ladillo “Hay que saber cómo se hacen las cosas”, el periodista le propone al lector un ejercicio de imaginación y le ofrece un relato de lo que haría y diría el entonces ministro de Gobernación de la República, Santiago Casares Quiroga, si actuase como el ministro del Interior nazi, Wilhelm Frick, bajo cuya responsabilidad se encontraba el sistema educativo alemán en aquel momento, pues los nazis todavía no habían creado el Ministerio de Educación (*Reichsministerium für Wissenschaft, Erziehung und Volksbildung*), cosa que ocurriría un año más tarde (ver Evans, 2005: 143). He aquí la ficción didáctica propuesta por Chaves, que gira sobre el mencionado juego de perspectivas:

Hay que tener un poco de imaginación para comprenderlo. Imaginemos que el señor Casares Quiroga reuniese un día en su despacho del Ministerio de la Gobernación a los rectores de las Universidades, a los directores de los Institutos y a los inspectores de Primera Enseñanza y, sobre poco más o menos, les dijese:

—Señores; es indispensable que ustedes se encarguen de que la juventud y la infancia española sean penetradas hasta lo más hondo por el sentimiento republicano. El niño español tiene que aprender a odiar al monárquico, y ustedes, señores, tienen la misión de inculcárselo. Han de barrer de las conciencias infantiles todo lo que no sea exclusivamente republicano, porque la República es España, y, en cambio, la Monarquía no fue más que una traición al sentimiento nacional, a la verdadera patria española. Tienen ustedes que llamar la atención de los niños sobre la situación trágica que la Monarquía ha creado a los españoles. Si España es hoy una nación empobrecida, ustedes van a decir constantemente a los niños que se debe única y exclusivamente al antipatriotismo de los monárquicos y a las infamias del régimen desaparecido. Estas afirmaciones no son unos postulados políticos, sino que ustedes, los maestros de los niños españoles, las tomarán como base indestructible de todas las ciencias y las artes que de aquí en adelante se cultiven en las Universidades, los Institutos y las escuelas de España. Esto que yo digo aquí ahora es la doctrina que se va a repetir todos los días y con todos los pretextos en todas las aulas del territorio nacional. ¿Estamos? (Chaves Nogales, 1933g).

De nuevo Chaves utiliza un discurso ficticio para exponer las ideas de un arquetipo, en este caso con el añadido de la imaginaria transposición de la doctrina propagandística nazi a la República española. De este modo, no sólo consigue trasladar la doctrina nazi a un contexto mejor conocido por el lector, sino que resalta su carácter totalitario e intolerante en comparación con el de la nueva democracia española. Recordemos la defensa que el periodista hacía de la importancia de discrepantes como Valle-Inclán para la nueva República española en el artículo “Don Ramón, «enchufista»”, publicado en enero de ese mismo año, unos meses antes de su viaje a Alemania (ver apdo. 3.1.1). Allí el periodista escribía: “La capacidad de convivencia con los heterodoxos y el homenaje a sus valores es la esencia misma del régimen” (2013: 1440). Es decir, lo contrario de lo que predicaría Casares Quiroga, según Chaves, si tuviera el papel de Wilhelm Frick en el nuevo régimen alemán: “El niño español tiene que aprender a odiar al monárquico”. Por lo demás, este discurso en el que se tacha a

una ideología de “traición a la patria” y se determina cuál es la “verdadera patria española” no divergiría mucho del que adoptaría el franquismo con el concepto excluyente de la *antiespaña*. Por lo demás, con la frase: “Si España es hoy una nación empobrecida, ustedes van a decir constantemente a los niños que se debe única y exclusivamente al antipatriotismo de los monárquicos y a las infamias del régimen desaparecido”, Chaves hacía referencia tanto a la figura del chivo expiatorio de la que hablábamos en el apartado 4.5.5, como a lo que los nazis llamaban *pacifistas*, según vimos en el apartado 4.2.1.

Por otro lado, ya hemos visto unas páginas atrás cómo el nazismo tomó el control de la ciencia y el arte y los utilizó para infiltrar su cosmovisión en la sociedad alemana. Así, cuando el Casares Quiroga nazificado dice que todas esas afirmaciones que ha realizado “no son unos postulados políticos”, sino que los maestros han de tomarlas “como base indestructible de todas las ciencias y las artes que de aquí en adelante se cultiven en las Universidades, los Institutos y las escuelas de España”, y que “es la doctrina que se va a repetir todos los días y con todos los pretextos en todas las aulas del territorio nacional”, refleja con acierto lo que sería la política propagandística y educativa del Tercer Reich, que Hitler resumía ya en *Mein Kampf* del siguiente modo: “Die gesamte Bildungs- und Erziehungsarbeit des völkischen Staates muß ihre Krönung darin finden, daß sie den Rassesinn und das Rassegefühl instinkt- und verstandesmäßig in Herz und Gehirn der ihr anvertrauten Jugend hineinbrennt” [“Toda la labor educativa del Estado nacional debe encontrar su cima en marcar a fuego instintiva y espiritualmente en el corazón y el cerebro de los jóvenes que le han sido confiados la conciencia y el sentimiento de raza”] (1926: 1087). Basten un par de ejemplos para ilustrar dicha política. El primero es el de Otto Pack, un niño nacido en 1932 que cuenta la experiencia de su primer año de escuela: “Nuestro profesor cambió el poema «Soy pequeño, mi corazón es puro, no debe vivir nadie más que Jesús en él» por «no debe vivir nadie más que el Führer en él»” (cit. en Knopp, 2000: 189). También es esclarecedor el testimonio de Verena Hellwig, una maestra que tuvo que exiliarse de Alemania, que cuenta cómo, tras expresar su tristeza por la desaparición de la diversidad de opiniones en la escuela, recibió la siguiente réplica de un compañero: “Según Hitler, existe sólo una creencia, y todo el que no abandone todas las demás ideas y acepte ésta no es un verdadero nacionalsocialista y se convierte en un enemigo que debe combatirse sin piedad ni escrúpulos sentimentales” (cit. en Koonz, 2003: 159). Lo importante no era el individuo, sino la nación. Así lo cuenta también Hans Buchsholz, nacido en 1927, estudiante de uno de internados de las Juventudes Hitlerianas (conocidos como *Napola*) donde se debía formar a los futuros líderes del Reich. Allí le inculcaron la siguiente idea: “Tú no eres nada, tu pueblo lo es todo. Alemania tiene que vivir aunque nosotros tengamos que morir” (cit. en Knopp, 2000: 181). Asimismo, según el testimonio del director de un instituto de Wismar, el retrato de Hitler presidía todas las clases y sus discursos políticos “considerados importantes” eran escuchados

por los niños en clase por la radio (Evans, 2005: 262). De estos cambios da fe asimismo el siguiente informe de adquisiciones de la Escuela Primaria Católica de Northeim:

Adquirimos banderas [...] se colgó una foto del Führer en todas las aulas [...] adquisición de diagramas de reparaciones y granadas [...] se revisó la biblioteca de la escuela [...] Se complementaron las imágenes de las paredes del centro con tablas raciales, “La esvástica en cuatro siglos”, leyes genéticas [...] un mapa de la guerra mundial de 1914-1918 pasó a ser propiedad nuestra [...] adquisición de fusiles de aire comprimido [...] mástil de bandera [...] maquetas de planeadores (cit. en Allen, 1984: 354).

Según Ernst Krieck, teórico nazi de la educación que llegaría a ser rector de la Universidad de Heidelberg, los docentes debían “estandarizar la educación interior de todos los miembros de la nación para lograr una uniformidad en el comportamiento, la actitud, la identidad y las tareas”, según recoge Koonz (2003: 162), quien resume así el tipo de educación que recibían los niños durante el Tercer Reich, en concordancia con lo expuesto por Chaves:

En lugar de ciudadanos reflexivos, los docentes nazis los alentaban a que se convirtieran en lo que denominaban “gente de acción” (*Tatmenschen*). En lugar de tolerancia y diversidad, una escala racial del valor humano, supuestamente objetiva, dividía el mundo en un “nosotros” y un “ellos” peligroso.

A continuación, tras cerrar la admonición del Casares Quiroga nazificado con la amenazante pregunta “¿Estamos?”, el periodista añade, ya con su propia voz, pero todavía dentro de la hipótesis ficticia que ha planteado:

Los rectores de las Universidades, los directores de los Institutos y los inspectores de Primera Enseñanza bajarían respetuosamente la cabeza y se irían a sus cátedras a repetir estas palabras una y mil veces todos los días con la mejor voluntad y el más meritorio celo. Con la mejor voluntad y el más meritorio celo, porque previamente el señor Casares Quiroga se habría cuidado de que no fuesen ya rectores, ni directores, ni inspectores los que no estuviesen en tan favorable disposición de ánimo (Chaves Nogales, 1933g).

En efecto, de forma análoga al proceso de coordinación y unificación (*Gleichschaltung*) de asociaciones culturales llevado a cabo por el nacionalsocialismo tras la toma del poder del que hemos hablado más arriba, las asociaciones regionales de maestros se unificaron en la Liga Nacionalsocialista de Maestros (*Nationalsozialistische Lehrerbund*), de la que formaban parte a finales de 1933 220.000 docentes, un tercio de los cuales, además, se afiliaron al NSDAP ese año. En cuanto a los que se resistieron a esta corriente, Koonz (2003: 161) explica:

Simultáneamente a ese impulso en las afiliaciones, el partido empezó a purgar las filas de maestros de elementos llamados indeseables, es decir, judíos e izquierdistas declarados. Aunque fueron relativamente pocos los maestros que perdieron sus puestos en 1933, entre el 15 y el 20% de los 3.000 supervisores fueron despedidos y reemplazados por nazis, y el 60% de todos los profesores que impartían asignaturas en las escuelas de magisterio perdieron su plaza [...]. En el ámbito universitario, 1.145 profesores (de un total de 7.979) perdieron sus plazas, principalmente por sus orígenes judíos, o por tener cónyuges judíos.

Asimismo, Evans (2005: 271) cuenta cómo los maestros nazis denunciaban sin escrúpulos a sus compañeros:

En cada escuela lo más probable es que hubiera dos o tres maestros fanáticos, dispuestos a denunciar a los colegas que expresaban opiniones heterodoxas. Los más considerados advertían de forma abierta a sus colegas de que se verían obligados a informar sobre ellos si decían algo fuera de tono.

Allen (1984: 353), por su parte, cuenta que en la localidad de Northeim fueron cesados tres profesores de la escuela primaria por “oposición idealista” y uno del *Gymnasium* (centro de educación secundaria) “de conocidas simpatías republicanas”. Asimismo, enumera varias de las medidas adoptadas por las autoridades nazis:

Convertir las escuelas en bastiones ideológicos del nuevo Estado fue un proceso que se inició casi de inmediato. Surgieron nuevos libros de texto en 1933. Las bibliotecas escolares existentes fueron despojadas de literatura “degenerada” y surtidas con libros que glorificaban el nacionalismo y el militarismo. Los profesores recibieron conferencia que esbozaban las líneas generales bajo las que debía enseñarse la historia y demás asignaturas conflictivas. Se introdujeron nuevos cursos de “Teoría Racial” y prehistoria teutónica. Las conferencias y “sesiones formativas” para profesores continuaron sin cesar. Con frecuencia se reiteraban los mismos temas sesión tras sesión. Los profesores se aseguraban de ajustarse al dedillo a la línea general, ya que no tardó en correr la voz de que las Juventudes Hitlerianas denunciarían al NSDAP lo que hiciesen los profesores (353).

Vemos, por tanto, que la información de Chaves sobre este asunto es fidedigna. A pesar del ambiente represivo y de la propaganda nazi, consiguió distinguir lo que realmente estaba ocurriendo en Alemania en ese ámbito. Así, en el último párrafo del apartado –separado por guiones del texto ficticio para remarcar la diferente naturaleza de uno y otro texto– no deja lugar a dudas e insiste en que el discurso del falso Casares Quiroga es análogo al de Wilhelm Frick: “Pues esto es –traducido al español– lo que ha hecho en Alemania el doctor Frick, un señor que se ha sentado en un despacho de un Ministerio que es igual, exactamente igual, que el que tiene el señor Casares Quiroga en la Puerta del Sol” (Chaves Nogales, 1933g). Además, remarca que no hay nada de misterioso, exótico o místico en el ministro nazi del Interior, sino que se sienta en un despacho que era “igual, exactamente igual” –nótese la significativa repetición– que el de Casares Quiroga en la Puerta del Sol, lugar ajeno a toda mística para el lector de *Ahora*, y donde éste no espera que ocurra nada extraordinario. O, visto desde otro punto de vista, podría tratarse de un aviso para los españoles, pues la equiparación tiene implicaciones bidireccionales: si desde un despacho en Berlín como el del ministro de la Gobernación de la República se pueden implementar las medidas descritas por Chaves, perfectamente podrían llegar a implementarse las mismas medidas desde ese prosaico despacho de la Puerta del Sol de darse un cambio de régimen.

4.6.3. La única esperanza de las dictaduras: la corrupción de menores

En el siguiente apartado, si bien Chaves no abandona el tema de la manipulación política de los niños alemanes, como se puede inferir del ladillo “La única esperanza de las dictaduras: la corrupción de menores”⁴⁹⁴, habla principalmente sobre uno de los elementos fundamentales del régimen nazi, la propaganda:

Hay que grabar de manera indeleble las doctrinas nacionalsocialistas en las imaginaciones infantiles. Esta es la principal preocupación de los hombres que hoy gobiernan Alemania. Para lograr esta deformación espiritual del niño y conseguir esta servidumbre de la inteligencia infantil a una concepción política que se ha proclamado dogma del Estado, todos los medios se consideran lícitos. Además de la coacción sobre los educadores se ha recurrido al arma de la propaganda por la imagen, arma formidable en manos de estos hombres de Hitler, que se jactan de decir que los regímenes anteriores no han sabido esgrimirla y que consideran desdeñable y de poca monta incluso el ejemplo de Mussolini (Chaves Nogales, 1933g).

Insiste el periodista en lo que ya se desprendía del discurso ficticio de Casares Quiroga, esto es, que el nacionalsocialismo se había propuesto infiltrar su doctrina “en las imaginaciones infantiles”, y, para conseguir esa “servidumbre de la inteligencia infantil” a esa “concepción política que se ha proclamado dogma del Estado”, los nazis consideraban “lícitos” todos los medios, entre ellos la “coacción a los educadores”. Cabe resaltar también el acierto de la calificación de la doctrina nacionalsocialista como “dogma de Estado”, es decir, como principio que se había convertido oficialmente en indiscutible en Alemania. Por último, como ya habíamos anunciado, añade a los medios de los que se valían los nazis para someter la inteligencia de los niños al nacionalsocialismo el “arma de la propaganda por la imagen”. Acaso haga hincapié el periodista en el uso de la “imagen” en la propaganda nazi porque le resultara lo más novedoso o reseñable en la propaganda nazi con respecto a las técnicas de propaganda ya desarrolladas; o bien, porque ya había hecho mención a la propaganda escrita de Goebbels en la entrevista a éste publicada el 21 de mayo, dos días antes que esta crónica. En la introducción a dicha entrevista, Chaves calificaba a Goebbels como “el tipo más interesante de la nueva Alemania –incluyendo en esta subordinación de interés al propio Hitler” (1933f), y realizaba un retrato del personaje en el que, reconociendo su habilidad para la propaganda, lo desmitificaba completamente. Así, aseguraba que era “un tipo ridículo, grotesco” que, “con su gabardinita y su pata torcida, se ha pasado diez años siendo el hazmerreír de los periodistas liberales”. Sin embargo, también lo definía como “un tipo enconado, duro, implacable”, un auténtico fanático que “debajo de su gabardinita insignificante lleva la guerrera más ajustada de Alemania”, para el que no encontraba otro tipo social español con el que compararlo que el de “algunos curas carlistas, hace ya muchos años”. En definitiva, para Chaves, Goebbels era “de esa estirpe dura de los sectarios, de los hombres votados a un ideal con el cual fusilan a su

⁴⁹⁴ Utiliza aquí Chaves una metáfora muy dura, al referirse a la manipulación ideológica de los jóvenes por parte del nacionalsocialismo con el término “corrupción de menores”, que hace referencia a un delito de tipo sexual ya tipificado en el artículo 440 del Código Penal español del momento bajo el título “Estupro y corrupción de menores” (ver *Gaceta de Madrid*, 1932).

padre si se les pone por delante”, pero, además, tenía la capacidad de que sus artículos se convirtieran en un acontecimiento en sí mismos:

Este artículo de fondo del “Angriff”, que Goebbels dictaba mientras iba y venía por la Redacción arrastrando su pata coja, llegó a ser lo que todos los periodistas quisieran que fuesen sus artículos: un suceso, un verdadero suceso que se producía en la conciencia del lector cada vez que en el “Metro”, en el café, en la calle, donde fuese, alguien cogía el periódico y se ponía a leerle. Tenía esa misma facultad prodigiosa que en nuestro tiempo han tenido León Daudet, el reaccionario, y Trotski, el comunista. Goebbels escribía como hablaba: claro, sucinto, terminante. Hay en él la misma capacidad de sugestión y de dominio que en todos los grandes iluminados, en todos esos tipos nazarenoides de una sola idea encarnizada: Robespierre o Lenin. Lucirá mucho menos que Hitler en las paradas, pero es más certero (Chaves Nogales, 1933f).

Ése era el hombre a cargo de la propaganda nazi al que Chaves consideró, con buen criterio, tan importante dentro del nuevo régimen como para dedicarle una entrevista. En cualquier caso, volviendo a la propaganda “por la imagen” de la que habla en esta crónica, el periodista asegura que los nazis se “jactan” de ser los primeros en saber esgrimirla, a diferencia de sus predecesores en el poder y consideraban “desdeñable y de poca monta” incluso la de Mussolini, en quien, sin embargo, el nacionalsocialismo se inspiró en sus inicios⁴⁹⁵ (ver Evans, 2003: 221-222). De hecho, Goebbels sentía admiración por el personaje: “Mussolini steht mir näher als unsere Heutigen alle” [“Mussolini está más próximo a mí hoy que todos los nuestros”], escribía el dirigente nazi en su diario en 1930 (cit. en Marjanovic, 2013: 1389). Por lo demás, no hemos conseguido identificar la fuente en la que se basó Chaves para hacer tal afirmación, si bien Hitler se permitía presumir en *Mein Kampf* de sus habilidades como propagandista y organizador, y teorizaba al respecto: “Ein Agitator, der die Fähigkeit aufweist, eine Idee der breiten Masse zu vermitteln, muß immer Psychologe sein [...]. Denn Führen heißt: Massen bewegen können” [“Un agitador que tiene la capacidad de transmitir una idea a las masas siempre ha de ser un psicólogo. Porque liderar significa ser capaz de mover a las masas”].

A continuación, Chaves insistiría en la importancia de la propaganda en el nuevo régimen y mencionaba algunos de los métodos nazis en ese campo:

El Ministerio de Propaganda es, efectivamente, una de las piedras angulares del nacionalismo. Ya en aquel Gobierno clandestino que tenía Hitler en la Casa Oscura de Múnich había no uno, sino dos Ministerios de Propaganda confiados a los hombres más activos e inteligentes del partido. No se espera a que las gentes se convenzan por las buenas de la excelcitud de los gobernantes “nazis” y de la legitimidad de sus doctrinas, sino que se sale en avalancha a las calles y a los campos para cazar al ciudadano con un formidable reclamo. Prensa, carteles, charangas, banderas, uniformes; toda Alemania está bajo la acción proselitista de este aparato gigantesco de publicidad (Chaves Nogales, 1933g).

En efecto, entre los dieciocho departamentos regidos por los distintos *Reichsleiter* (el rango jerárquico del partido más alto por debajo de Hitler) que llegó a tener el NSDAP (y que constituían lo que Chaves llama “Gobierno clandestino”), dos

⁴⁹⁵ Según Kershaw (1998: 345), Hitler tenía “un busto monumental de Mussolini” en su despacho (*Arbeitszimmer*) en la Casa Parda de Múnich.

estaban dedicados en cierto modo a la propaganda. Uno de ellos era, evidentemente, el *Reichspropagandaleitung* (Dirección de Propaganda del Reich) dirigido desde su creación, en 1926, por Gregor Strasser, a quien sucedió Joseph Goebbels en 1930; el otro, era el departamento a cargo del *Leiter der Parteipresse*, es decir, el jefe de las publicaciones del partido, cargo ocupado ininterrumpidamente desde 1922 por Max Amann, otro hombre de la máxima confianza de Hitler (Kershaw, 1998: 111, 327). En cuanto a la afirmación de Chaves de que tanto Amann como Goebbels eran “los hombres más activos e inteligentes del partido”, en el caso del segundo, está en consonancia con lo que el periodista había escrito sobre él en la entrevista que le realizó y que fue publicada en *Ahora* dos días antes que esta crónica y de la que hemos hablado extensamente en las páginas anteriores. En lo referente a Amann, sin duda se trataba de un miembro muy activo dentro del partido, perteneciente desde los inicios del mismo al círculo más cercano a Hitler, de quien había sido sargento en la Primera Guerra Mundial (Kershaw, 1998: 111). Por otra parte, Frei y Schmitz (1989: 22) señalan que entre Goebbels, Amann y Otto Dietrich, jefe de prensa del partido (*Reichspresseschef der NSDAP*), surgió una insomne rivalidad por la delimitación de competencias de cada uno y los posibles solapamientos. En cuanto a la Braunes Haus, la “Casa Parda” de Múnich a la que se refiere Chaves, sede central del partido desde 1931, ya hemos hablado de ella en el apartado 4.3.3.

Por otro lado, Chaves acierta al juzgar, tanto la escala a la que los nazis ejercían su actividad propagandística, como el espíritu avasallador con el que la llevaban a cabo: “No se espera a que las gentes se convenzan por las buenas de la excelencia de los gobernantes «nazis» y de la legitimidad de sus doctrinas, sino que se sale en avalancha a las calles y a los campos para cazar al ciudadano con un formidable reclamo”. En ese sentido, Joseph Goebbels, recién nombrado *Reichsminister für Volksaufklärung und Propaganda*, hacía esta declaración sorprendentemente sincera en una conferencia de prensa el 15 de marzo de 1933:

[El nuevo gobierno] no se dará por satisfecho sabiendo que tiene el respaldo del 52 por 100 mientras aterroriza al otro 48 por 100 sino que considerará su próxima tarea ganarse a ese otro 48 por 100 [...]. No basta reconciliar a la gente más o menos con nuestro régimen, llevarles hacia una posición de neutralidad hacia nosotros, lo que queremos es trabajar con ellos hasta que se hayan hecho adictos a nosotros (cit. en Evans, 2003: 438).

También Evans (2003: 439) recoge otra declaración muy ilustrativa sobre el espíritu de la propaganda nazi, en esta ocasión del propio Hitler, quien aseguraba ese 23 de marzo:

El gobierno se enmarcará en una campaña sistemática para restaurar la salud material y moral de la nación. Todo el sistema educativo, el teatro, el cine, la literatura, la prensa y la radio, todo ello será utilizado como un medio para este fin. Todo ello se aprovechará para ayudar a preservar los valores eternos que son parte de la naturaleza integral de nuestro pueblo.

Asimismo, Goebbels defendía que para “conseguir que la nación apoye unánimemente la idea de la revolución nacional”, se debían utilizar incluso métodos condenables (440). Precisamente, acerca de la falta de escrúpulos de Goebbels en el uso de la propaganda escribiría Chaves siete años después, cuando tras haberse exiliado a causa de la Guerra Civil española a Francia, ésta cayó en manos de los nazis. Obligado a un segundo exilio, esta vez en Inglaterra, y en plena expansión del Tercer Reich, en su obra *La agonía de Francia*, escribiría, en esta ocasión con más rabia que en 1933, sobre la propaganda nazi en Francia: “La forma en que se ha desarrollado esta campaña revela tanto los sentimientos primarios sobre los que el nazismo actúa como la perfección técnica a que en esta pura y simple práctica del mal ha llegado la barbarie hitleriana” (2013: 1776). O: “La táctica hitleriana, proclamada abiertamente en *Mein Kampf*, de que una mentira mil veces repetida puede llegar a ser verdad⁴⁹⁶ triunfaba del buen sentido y la ecuanimidad de los soldados franceses” (1777). Y también: “Ninguna vileza se han ahorrado los servidores del doctor Goebbels” (1778). Y, por último, también escribiría: “Esta unanimidad en el juicio de los tontos es uno de los mayores prodigios realizados por los fabulosos medios de captación de que dispone en nuestro tiempo la propaganda manejada sin escrúpulo por los estados” (1736).

Por lo demás, dichos métodos debían ser los más modernos: “No hay que permitir que la tecnología adelante al Reich”, aseguraba Goebbels (cit. en Evans, 2003: 440). Por ello, la edad media de los 350 funcionarios que trabajaban en su ministerio era de 30 años. Sin embargo, Chaves no menciona este aspecto en la crónica, sólo se refiere a medios tradicionales, aunque, eso sí, abrumadores: “Prensa, carteles, charangas, banderas, uniformes; toda Alemania está bajo la acción proselitista de este aparato gigantesco de publicidad”. Dichos medios, se corresponden, no obstante, con algunos de los que el propio Goebbels reconocería que eran los adecuados para la campaña de las elecciones presidenciales de abril de 1932: “Unser Krieg wird in der Hauptsache mit Plakaten und Reden geführt” [“Nuestra guerra se libra sobre todo con carteles y discursos”], según recoge Marjanovic (2013: 2128), quien explica que, además, el entonces jefe de Propaganda del partido ya utilizaba medios modernos como grabaciones de gramófono, que enviaba a los hogares alemanes en sobres, o una película sonora de diez minutos, que se mostró en plazas y cines de las principales ciudades alemanas.

En cuanto a los “carteles, charangas, banderas, uniformes” que Chaves menciona como medios de propaganda nazi, Evans (2005: 129) explica que ésta “no sólo se proyectaba a través de palabras e imágenes, sino en un sinnúmero de canales más pequeños y simbólicos”. Así, pone como ejemplo las celebraciones con ocasión del cumpleaños de Hitler:

⁴⁹⁶ Esta frase es también atribuida a Goebbels. No está clara su autoría. En lo que respecta a esta investigación, no la hemos encontrado en *Mein Kampf*.

El 20 de abril del mismo 1933, 44 cumpleaños de Hitler, se levantaron banderas y estandartes en todas las poblaciones alemanas y en los transportes públicos, se colgaron guirnaldas en las casas y se decoraron escaparates en las tiendas. Los desfiles y las procesiones de antorchas llevaron la celebración a las calles, mientras en las iglesias se oficiaban servicios especiales para desearle suerte al Führer.

Asimismo, Victor Klemperer (1975: 58) anotaba en su diario el 19 de septiembre de ese mismo año sus impresiones tras ver imágenes del congreso del NSDAP en Núremberg:

Hitler consagra nuevas banderas de la SA tocándolas con la “bandera de sangre” de 1923 [la utilizada en el *Putsch de la Cervecería*]. A cada contacto entre los estandartes se oye un cañonazo. ¡Si esto no es una mezcla entre escenificación teatral y eclesiástica!

También habla el filólogo alemán de la propaganda previa al plebiscito de noviembre de 1933: “[...] la gente lleva pegatinas con el «sí en la solapa» del abrigo” (62). Y asegura que todos los estudiantes universitarios, “absolutamente todos”, debían participar en la campaña: “[...] deben echar una mano, casi sin cesar, en la propaganda electoral, participar en desfiles, actos, etcétera, etcétera”.

Por otra parte, habla Chaves también a continuación del cine nazi, especialmente del que ven los jóvenes, pero antes hace referencia al resto de propaganda que va dirigida a éstos:

Pero cuando se dirige a los chicos esta campaña de propaganda es realmente aterradora. Los grandes almacenes están llenos de juguetes nacionalsocialistas; todos los juegos infantiles en boga tienen un sentido “nazi”, y lo mismo ocurre con los deportes. Las chaquetillas bávaras, las insignias, los uniformes, las banderas, las armas, las estampas, todo lleva al chico hacia el nacionalsocialismo (Chaves Nogales, 1933g).

Sobre la antipatía de Chaves por los uniformes y su opinión acerca del adoctrinamiento de los niños, es revelador lo que cuanta doña Pilar Chaves, hija del periodista acerca de su educación:

Al principio, estudiábamos en el Instituto Escuela, que dirigía en gran parte María de Maeztu. No era un colegio al uso, se respiraba cierto ambiente intelectual. Los métodos de enseñanza eran modernos. Pero nos pusieron uniforme y empezaron con aquello de los desfiles. A mi padre le pareció peligroso, no le gustó y nos mandó a Inglaterra (cit. en Ramírez, 2020).

Por otra parte, la crónica va acompañada en las páginas de *Ahora* por cinco fotografías (ver apéndice 16), dos de las cuales muestran esos juguetes con “un sentido nazi” de los que habla Chaves. Así, por ejemplo, en la esquina inferior izquierda se puede ver una fila de soldados de plomo con el uniforme de la SA cuyo portaestandarte lleva una bandera con la cruz gamada. En el pie de foto se lee: “Los soldados de plomo se han convertido en «nazis» de plomo. En tanto llega la ansiada hora de jugar a los soldados de verdad, los niños alemanes se entretienen en imaginar las brillantes «acciones» de las tropas de asalto de Hitler” (Chaves Nogales, 1933g). Sea Chaves Nogales, o no, el autor de estos pies de foto, lo cierto es que conservan el tono y el sentido de las crónicas. En este caso, se detecta la ironía en la conversión de soldados a

nazis de plomo y en la metáfora “jugar a los soldados” y el uso del epíteto “brillantes” referido a las acciones de las tropas de asalto nazis. Asimismo, en la esquina opuesta de la crónica, aparece una fotografía en la que se pueden ver en el escaparate de una juguetería unos muñecos con el uniforme de las Juventudes Hitlerianas (*Hitlerjugend*), similar al de la SA, y muñecas con uno de la Liga de Muchachas Alemanas (*Bund Deutscher Mädel*), su equivalente femenino. En el pie de foto se puede leer: “También son «nazis» los juguetes. Las niñas alemanas dormirán en su regazo maternal a estos lindos «camisas pardas» y los casarán con estas graciosas muñequitas vestidas con el uniforme femenino del hitlerismo”. De nuevo la ironía aparece en “estos lindos «camisas pardas»” y en “estas graciosas muñequitas”. Por otra parte, en la esquina superior izquierda la fotografía de un niño de unos cuatro o cinco años con el uniforme de la SA que, encima de una balastrada, hondea una bandera nazi con aparente satisfacción. El pie de foto reza:

La conquista del niño es la principal preocupación de los hitlerianos, que han sabido cultivar hábilmente el gusto infantil por los uniformes como un medio más de propaganda. Todos los niños alemanes quieren tener, como este diminuto “nazi”, un uniforme de “camisa parda” y una bandera con la cruz svástica (Chaves Nogales, 1933g).

Esto concuerda con el testimonio de Carl-Albert Schlüter, miembro de las *Hitlerjugend* (HJ), que tenía ocho años cuando Hitler llegó al poder: “Estábamos orgullosos de nosotros mismos, y nos sentíamos fantásticamente bien con esos uniformes” (cit. en Knopp, 2000: 66); o con el de Karl-Heinz Jasen, otro miembro de las HJ, nacido en 1930: “En el momento en que uno mismo tenía que llevar la bandera, ésta se convertía en un objeto sagrado” (44). En este sentido, también aparece en la crónica una fotografía de una multitud de niños uniformados en una concentración de las HJ que ocupa la parte central de la doble página y en cuyo pie de foto se puede leer: “Los nacionalsocialistas hacen frecuentemente grandes movilizaciones infantiles. Miles y miles de inocentes criaturas, atraídas por el aparato brillante del partido –las charangas, las antorchas, los uniformes–, forman en las grandes paradas del hitlerismo” (Chaves Nogales, 1933g). Y, por último, en la parte inferior de la crónica aparece la imagen de unos oficiales dándole de comer a unos niños cuyo pie de foto dice:

La propaganda del militarismo es cada vez más intensa. En los cuarteles no sólo se organizan las grandes colectas en favor de los “sin trabajo”, sino que a los hijos de éstos se les da de comer por la mano misma de los oficiales que algún día les llevarán gozosos a la lucha por el ideal de la Gran Alemania (Chaves Nogales, 1933g).

Por lo demás, volviendo al cuerpo de la crónica, Chaves se refiere a continuación, como ya decíamos, al cine como medio para llegar a la conciencia de los jóvenes:

En el “cine”, los muchachos no verán más que películas de las paradas hitlerianas, ni oirán más que discursos del “führer”; folletines a base de espionaje y escenas de guerra; “Alemania sangrante”, “Los camisas negras”; en todo caso, nada que pueda suscitar una crítica del partido o de sus doctrinas. Hace poco se ha prohibido la exhibición de “Muchachas de uniforme” porque es una película que tiende a humanizar la férrea disciplina prusiana (Chaves Nogales, 1933g).

De acuerdo con Huici (2017: 210), tres cuartas partes de las mil películas producidas en Alemania entre 1933 y 1944 eran “comedias, historias de amor, aventuras, musicales o intrigas policiales”. La otra cuarta parte eran películas de temas políticos, históricos o militares. En cuanto al cine documental, era, según Paz y Montero (1999: 193), el más utilizado por el régimen, en tanto que era más barato de producir que la ficción, y a diferencia de la radio (el otro medio de persuasión más eficaz con el que contaban los nazis, menos desprestigiado que la prensa), contaba con la fuerza de la imagen. Además, se trataba de “un cine, que según creía el público de los años treinta, reflejaba la realidad”, a pesar de que el régimen lo utilizaba con fines propagandísticos: “Después de 1933, la intervención estatal convirtió a los noticiarios en un medio de comunicación para crear una intoxicación de la masa y obtener el apoyo para los proyectos del régimen tanto en el ámbito doméstico como en los asuntos exteriores” (194). Así, los documentales nazis ensalzaban la figura de Hitler, como en *El triunfo de la voluntad* (*Triumph des Willens*), de Leni Riefenstahl, producida en 1934, que es el ejemplo más notable del cine propagandístico nazi, en el que Hitler siempre aparece en contrapicado, las masas aparecen en orden y simetría, entre gritos de adhesión o marchas militares, y está lleno de simbología, como explican con detalle Paz y Montero (1999: 201-204). Otros temas recurrentes en el cine nazi eran “la muerte heroica, [...] la idealización de la raza aria y la camaradería entre los miembros del partido”, además de, naturalmente, el odio a los judíos (196-198).

En buena medida, la primera de las películas que cita Chaves contiene esos elementos: *Alemania sangrante* (*Blutendes Deutschland*) es un documental dirigido por Johannes Häußler del que se estrenaron sendas versiones en diciembre de 1932 y marzo de 1933. Muestra una visión nacionalsocialista de la historia de Alemania desde la guerra franco-prusiana hasta el ascenso de Hitler al poder. En cuanto a *Los camisas negras* (*Schwarzhemden*), se trata de la versión alemana de 1933, dirigida por Herbert Selpin, de la película italiana *Camicia nera*, dirigida por Giovacchino Forzano y también estrenada en 1933, que cuenta la historia de un herrero italiano emigrado a Francia que pierde la memoria luchando en la Primera Guerra Mundial y que, tras recuperarla, vuelve a Italia y se encuentra un país completamente distinto, modernizado por el fascismo. Y, finalmente, en cuanto a *Muchachas de uniforme* (*Mädchen in Uniform*), se trata de una película de 1931 dirigida por Leontine Sagan que cuenta la historia de una niña que sufre la férrea disciplina de un internado en el que la única profesora que la cuida es una joven de la que todas las chicas están enamoradas. Por tanto, la película no sólo “tiende a humanizar la férrea disciplina prusiana”, como asegura Chaves con acierto, sino que también trata el tema del lesbianismo, que, como veremos en el apartado 4.8, no estaba bien visto por el nuevo régimen. Por lo demás, es posible que Chaves hubiese visto hacía poco la película en Madrid, pues ese año estaba en la cartelera de la capital de España (ver Montero y Paz, 2009: 268).



Panfleto promocional de *Blutendes Deutschland*⁴⁹⁷ en el que se pueden leer las tres partes en las que está dividida la película: “De una época más grande”, “La traición a la patria” y “El rebrote de la nación”; anuncio de *Schwarzhemden* en la revista *Film-Kurier*⁴⁹⁸; y fotograma de *Mädchen in Uniform*.

A continuación, el periodista compara la política propagandística nazi con la de la unión soviética, colocando así al nacionalsocialismo a la misma altura en ese ámbito que el comunismo soviético, el otro movimiento totalitario de la época:

Es la misma táctica del partido comunista. Cuando en los primeros tiempos del bolchevismo las doctrinas soviéticas fracasaban y el régimen estaba a punto de perecer, Lenin seguía imperturbable, consagrando sus mayores esfuerzos a la propaganda infantil, y afirmaba: “Por mal que vaya todo, si me dejan a los chicos en mis manos durante unos años, no habrá nada después que derribe el régimen soviético” (Chaves Nogales, 1933g).

En este sentido, Chaves también diría en la conferencia que dictó unas semanas más tarde en el Ateneo de Sevilla, el 23 de junio, a la vuelta de su viaje por Alemania e Italia, que en Rusia se daba una “negación absoluta de la libertad, que los pequeños bolcheviques actuales no conocen y creerán descubrir cuando la consigan, pasado mucho tiempo”, según la crónica sobre dicha conferencia publicada al día siguiente en *El Liberal* de Sevilla (Gori, 1933). En cuanto a la cita de Lenin, no hemos podido determinar su origen, pero es coherente con la doctrina que había defendido en otras ocasiones, como, por ejemplo, en el discurso que pronunció en el I Congreso Nacional de Instrucción Pública, celebrado el 28 de agosto de 1918 en Moscú, donde aseguraba: “Decimos que nuestra labor en el terreno de la enseñanza es esa misma lucha por derrocar a la burguesía; declaramos públicamente que la escuela al margen de la vida, al margen de la política, es falsedad e hipocresía” (Lenin, 1981: 70-71). Asimismo, en el I Congreso Nacional de los Maestros Internacionalistas, el 18 de enero de 1919, diría: “Una de esas hipocresías burguesas es la convicción de que la escuela puede mantenerse al margen de la política” (73). Por otra parte, Chaves ya había utilizado una variación de la cita de Lenin, que situaba “en los primeros momentos de la revolución”, en un reportaje publicado en *Estampa* el 4 de marzo de 1930 acerca de la situación de los cristianos ortodoxos en Rusia: “Si me dejan a la infancia y a la juventud en mis manos

⁴⁹⁷ Bildarchiv Austria, en <<https://cutt.ly/TfyL6xO>> [cons. 21/2/2020].

⁴⁹⁸ En PicClick.de: <<https://cutt.ly/lfyL4uI>> [cons. 21/2/2020].

durante diez años, yo haré que cambie radicalmente el alma del pueblo ruso” (Chaves Nogales, 2013: 900).

Por otro lado, esa preocupación por el adoctrinamiento de los niños se la atribuye Chaves a continuación también al fascismo italiano y, en general, a todas las dictaduras:

Esta misma preocupación ha tenido Mussolini en Italia y tiene ahora Hitler en Alemania. Todas las dictaduras convencidas de que el régimen de represión, por violento que sea, a la larga trae la ruina del dictador, ponen su esperanza en la fabricación artificial de una juventud que consolide su obra. Si durante los años que tuvo el poder en sus manos Primo de Rivera se hubiese dedicado como Lenin, Mussolini e Hitler a la corrupción de menores con fines políticos, no hubiese sido tan fácil la tarea de implantar un régimen democrático en España (Chaves Nogales, 1933g).

El periodista insistiría en esta idea en la conferencia que dictaría unas semanas más tarde en el Ateneo de Sevilla. Según la crónica de la misma, Chaves aseguró: “Lo fundamental en las dictaduras es la esperanza en el porvenir. Así, el dictador se preocupa de los niños como si fueran del Estado para moldear su espíritu restándole la fe en la democracia” (Gori: 1933).

Por último, Chaves establece aquí de nuevo una comparación con la realidad española. En este caso, plantea una hipótesis histórica sobre la dictadura de Primo de Rivera: “Si durante los años que tuvo el poder en sus manos Primo de Rivera se hubiese dedicado como Lenin, Mussolini e Hitler a la corrupción de menores con fines políticos, no hubiese sido tan fácil la tarea de implantar un régimen democrático en España”. Se trataba una vez más simplemente de traer el tema a un terreno en el que el lector tuviera referencias conocidas para juzgarlo, en este caso, un terreno perfectamente conocido para cualquier lector de *Ahora*, pues apenas habían pasado tres años del final de la dictadura de Primo de Rivera y dos desde la proclamación de la República.

4.6.4. Un cauce a las rebeliones juveniles

Enlazando con lo que acababa de exponer, el periodista dedica el siguiente apartado a la adecuación de la propaganda nacionalsocialista al carácter rebelde y radical propio de la juventud, como ya deja adivinar el ladillo que encabeza el apartado: “Un cauce a las rebeliones juveniles”. Sobre esto, Chaves escribe:

Hitler fue directamente a captar a la juventud. Desde el comienzo, el nacionalsocialismo tuvo un aire radical, impetuoso, violento, que halagaba a los jóvenes. La propaganda se hace todavía entre los muchachos a base de que no hay en el mundo una doctrina que satisfaga tan plenamente los impulsos juveniles. Todos los radicalismos y todas las audacias de la juventud caben en la actuación de las tropas de asalto de Hitler (Chaves Nogales, 1933g).

En este sentido, *Augusto Assía* (1932), corresponsal de *La Vanguardia* en Berlín, en su crónica del 24 de septiembre de 1932 aseguraba que en Alemania “las ideologías políticas y religiosas” se disputaban “palmo a palmo la conquista de la juventud”. Y añadía: “Cientos y cientos de organizaciones deportivas, militares, culturales, políticas esperan con miles de ramificaciones tentadoras ese momento umbilical de la vida en el cual el niño se convierte en hombre”. Se trataba, por tanto, de una corriente general, como el propio corresponsal de *La Vanguardia* explicaba en su crónica: “Ha habido en los últimos años en Alemania toda una escuela de filósofos que adscribían a la juventud la vitalidad de nuestro tiempo. «A nuestra época le da su carácter la juventud», se ha dicho de muchos modos distintos”.

En cuanto a los “radicalismos” de la juventud a los que hace alusión Chaves, cabe traer aquí a colación el editorial de *Ahora* del 2 de octubre de 1931, el día después de la aprobación en las Cortes la concesión del derecho al voto a los mayores de 23 años (siendo anteriormente 25 años la edad mínima permitida para votar). Desconocemos la autoría de dicho editorial, pero es perfectamente posible que fuera obra de Chaves. Fuera o no así, su contenido es coherente con la postura del periodista en la presente crónica y en el resto de su obra, pues está acorde con la ecuanimidad y la tolerancia del periodista, así como con el concepto limitador de la *medida de lo humano*, como ilustra este fragmento de dicho editorial:

En cuanto a los menores de veinticinco la cosa es clara. Es ésta la edad de las actitudes extremistas, tanto hacia la derecha como a la izquierda. Lo de que a los veinte años todo el mundo es republicano hay que corregirlo en el sentido de que todo el mundo es extremista. Es la edad en que privan las fórmulas absolutas, en que la experiencia no ha enseñado aún el descuento que en la realidad sufre toda exigencia de orden ideal. Es también la edad en que domina la pasión que lleva al fanatismo, en que no se concede a nadie el derecho a discrepar, en que no se ha aprendido aún a respetar al enemigo, porque se tiene por intangible la propia opinión y se supone que el que disiente va impulsado por bajos motivos (sin firma, 1931d).

Por otra parte, acerca de la estrategia de “captar a la juventud” que menciona Chaves, Kater (2004: 46-47) asegura que Hitler “obvió los problemas de la juventud” antes de 1930, año en que finalmente, aconsejado por compañeros “más astutos”, como Gregor Strasser o Goebbels, “reconoció que necesitaban a los jóvenes a fin de engrosar las filas del movimiento y de garantizar su longevidad”, además de por su utilidad en los enfrentamientos callejeros, donde podían dar rienda suelta a las “audacias” de las que habla Chaves. No obstante, según Henig (1998: 64), de los 130.000 afiliados que tenía el partido en 1930, el 37% eran menores de treinta años, y el 70%, menores de cuarenta. En cuanto a la adecuación de la doctrina nazi al temperamento juvenil, Kater, hablando del caso del historiador y antiguo miembro de las *Hitlerjugend* Hermann Graml, también explica:

En la disputa por hacerse con la autoridad sobre los niños que en ocasiones se libraba entre la Iglesia, las escuelas, los progenitores y las Juventudes Hitlerianas, a Graml y sus amigos les divertía ser el centro de atención y el objeto de los deseos de los adultos. Con todo, tenían a

ponerse del lado de las Juventudes Hitlerianas las más de las veces, porque les parecían “más modernas” y progresistas que cualquiera de las otras instituciones (33-34).

Y, en el mismo sentido, añade:

Uno de los grandes logros de la propaganda nazi fue su capacidad de ofrecer una visión ideológica y política del mundo que garantizase estatus, seguridad y poder a los jóvenes [...]. Los jóvenes, tan cargados de ideales y energía, por fuerza tuvieron que ser especialmente vulnerables a semejantes valores en su búsqueda personal de una identidad y de dar sentido a sus vidas (37).

Y también habla de la existencia de “grandes tensiones” entre los jóvenes y sus mayores durante la República de Weimar (41), que los líderes nazis se preocuparon en exacerbar: “Uno de sus gritos de guerra en aquellos años, que no pudo sino impresionar a la alienada juventud alemana, fue «¡Haced sitio, viejos!»” (45). Precisamente sobre ese aspecto insistiría Chaves en su crónica del 25 de mayo, de lo cual, en cualquier caso, hablaremos con más detenimiento en el apartado 4.8.9. Baste aquí, no obstante, este ejemplo: “Hablad a un joven «nazi» de las buenas cualidades de sus mayores, y veréis qué infinito desprecio siente por ellos, cómo los odia. ¿El pasado? Un tejido de errores. ¿El kaiser Guillermo? Un viejo cobardón que le tenía miedo a la guerra...” (Chaves Nogales, 1933i). Volviendo a la crónica del día 23 de mayo, que nos ocupa en este apartado, ésa es la misma generación de jóvenes a la que se refiere Chaves a continuación:

A los desheredados, a los millones de muchachos que andan por las carreteras alemanas convertidos en vagabundos por no encontrar trabajo, el nacionalsocialismo les ofrece una revolución antiburguesa dirigida principalmente contra los explotadores del pueblo. Más, mucho más de lo que pueda ofrecer el comunismo a las masas proletarias, lo ofrece Hitler a los rebeldes alemanes. ¿Cómo va a cumplir el “führer” sus promesas demagógicas? Esto no se ve claro todavía. Pero lo cierto es que le han creído. En los últimos tiempos, los propagandistas “nazis” iban a los millares de “Albergues de juventud”, que hay por toda Alemania para proporcionar refugio a estos muchachos vagabundos, medio mendigos, medio deportistas, que con un morral a la espalda y una mandolina en el pecho cruzan sin rumbo los caminos de Alemania, y allí, ante el fuego del hogar, hacían su campaña proselitista. Son millares y millares los comunistas de hace unos años que hoy se hallan convertidos al nacionalsocialismo sin que les quepa en la cabeza que han saltado limpiamente de un mundo a otro, considerándolo como una evolución natural (Chaves Nogales, 1933g).

Kater (2004: 42) también hace mención a esa generación de jóvenes alemanes, y explica algunas cosas de las que hablaba Chaves en ese último párrafo:

Estos jóvenes, chicos y chicas por igual, insistían en el individualismo; inspirados por el pesimismo intelectual de Lagarde, Schopenhauer y Nietzsche, querían gobernar sus vidas más allá de los confines urbanos, lejos del hogar, de sus progenitores y de sus profesores. Vagaban por la campiña, siguiendo sus propias reglas de simplicidad y honradez, ataviados con atuendos improvisados, entonando canciones folclóricas rescatadas del olvido, alimentándose de sencillas comidas junto a la hoguera y propugnando una vida sexual sana. Buscaban el ideal romántico absoluto [...]. Les atrapó el misticismo [...]. A un cuando las actividades de los jóvenes eran apolíticas, su desempeño se produjo dentro de un marco mucho más amplio dominado por los valores preliberales y románticos, y, hasta cierto punto, por la recuperación de los valores sociales y políticos medievales. En consciente contraposición a los ideales de la Ilustración, favorecían las emociones frente al racionalismo.

Con respecto a la efectividad de la propaganda nazi en ese grupo de jóvenes a la que hace referencia Chaves, Kater también comenta:

[...] la mismísima naturaleza autoritaria del régimen nazi, junto con su despiadada ideología a favor de la supervivencia de los mejores [...] constituiría un gran atractivo para los adolescentes que buscaban certezas en un mundo que cambiaba y se reestructuraba a pasos forzados, por muy estricta que fuera dicha naturaleza (35-36).

Por otra parte, habla Kater de la ayuda que las organizaciones del partido brindaban a los jóvenes en paro, las cuales “se aprestaron a colaborar en la creación de empleo e intentaron intermediar en la oferta de trabajo remunerado” (45). En cuanto al salto de muchos jóvenes del comunismo al nacionalsocialismo, comenta que durante la República de Weimar, muchos jóvenes, de acuerdo con los ideales antiliberales ya mencionados comenzaron a militar en ligas ajenas a los partidos políticos. La cantidad de organizaciones de este tipo que se dieron durante ese periodo favorecía los cambios de unas a otras:

Como bien reflejan los grupos juveniles comunistas, el cambio se estaba convirtiendo en la única constante del movimiento de juventudes, dotándolo de una peligrosa volatilidad en un momento en el que el propio régimen de Weimar era cada vez más inestable (44).

En cuanto a los “desheredados”, los jóvenes parados que andaban por las carreteras y la propaganda nazi dirigida contra “los explotadores del pueblo” a los que hace referencia Chaves, el periodista ya había hecho mención a los primeros en su crónica del 18 de mayo (ver apdo. 4.4), y a la segunda, en su crónica del 19 de mayo (ver apdo. 4.5). Por otra parte, cabe comentar la crítica no exenta de ironía que el periodista hace a la demagogia nazi: “¿Cómo va a cumplir el “führer” sus promesas demagógicas? Esto no se ve claro todavía”. Crítica que de forma sutil extiende a la credulidad de los jóvenes alemanes: “Pero lo cierto es que le han creído”. Por lo demás, continúa el periodista la crónica hablando de las organizaciones universitarias:

A las juventudes universitarias que desde el primer momento se inclinaron hacia el nacionalsocialismo, Hitler les ha restablecido de un golpe todas sus viejas franquicias. Ha restaurado los antiguos derechos de los estudiantes y ha utilizado sus asociaciones para que delatasen y eliminasen a los profesores contaminados de liberalismo, judaísmo o marxismo (Chaves Nogales, 1933g).

Kater (2004: 39) explica a este respecto que durante la república de Weimar, el índice de suicidios de estudiantes universitarios, “acosados por la incertidumbre y completamente desmoralizados”, triplicaba el de la población en general. Por lo demás, Chaves hablaría en su crónica del 25 de mayo sobre la recuperación en la comunidad universitaria de antiguas costumbres como los duelos con espada (ver apdo. 4.8.7). Por otra parte, ya hemos hablado en el apartado 4.6.2 de los profesores que fueron expulsados de la universidad. Recordemos las cifras que ofrecía a este respecto Koonz (2003: 161): “En el ámbito universitario, 1.145 profesores (de un total de 7.979) perdieron sus plazas, principalmente por sus orígenes judíos, o por tener cónyuges judíos”. Victor Klemperer, alemán judío, entonces profesor de la Universidad Técnica

de Dresde, habla en la entrada del 10 de octubre de 1933 de su diario de algunos compañeros expulsados de la universidad:

Mi colega Robert Wilbrandt vino a vernos. ¿Estábamos dispuestos a acoger un huésped peligroso para el Estado? Había sido despedido de la noche a la mañana. La fórmula para el estrangulamiento reza así: “Poco fiable políticamente”. Desenterraron el caso del pacifista Gumbel, al que había apoyado en Marburgo. Además, había escrito un libro sobre Marx. Quiere viajar al sur de Alemania y sumirse en su trabajo en un pueblucho recóndito... ¡Si yo pudiera! La tiranía y la inseguridad aumentan día a día. Despidos en el círculo judaizado de los colegas de mi especialidad. Olschki en Heidelberg, Friedmann en Leipzig, Spitzer en Marburgo, Lerch – ario al cien por cien– en Münster, por “vivir en concubinato con una judía” (1975: 58-59).

El propio Klemperer, a pesar de ser veterano de guerra, sería apartado de su cátedra en 1935. También Klemperer habla del control nazi sobre las revistas científicas y de asociaciones universitarias: “Las revistas filológicas especializadas y la revista de la asociación universitaria se mueven de tal manera en la jerga del Tercer Reich que cada página da ganas de vomitar” (59). En cuanto, a las delaciones de profesores por parte de los estudiantes, Evans (2005: 292) comenta:

Como las Juventudes Hitlerianas en las escuelas, la Liga Nazi de Estudiantes y sus miembros no titubearon en señalar y avergonzar a los profesores que creían que no seguían los principios nazis. En 1937 un profesor de Hamburgo denunció que en los últimos años no se había celebrado ninguna reunión de estudiantes donde no se hubiera “rechazado al profesorado en términos despectivos”, calificándolo de “cuerpo osificado no apto para educar o guiar a los jóvenes en las universidades”.

Finalmente, como cierre del apartado Chaves insiste en la importancia de los jóvenes en el ascenso de Hitler al poder: “La gran fuerza de Hitler para la conquista del Poder ha sido indiscutiblemente los jóvenes” (Chaves Nogales, 1933g). Y, al igual que hacía el autor (fuese o no él mismo) del editorial del 2 de octubre de 1931 que hemos citado unas páginas más atrás, remarca implícitamente que los jóvenes no son necesariamente de izquierdas, como, al parecer, defendían algunos en España, sino radicales que podían perfectamente apoyar a los nazis. A quien eso pensara lo animaba Chaves a abandonar toda esperanza de encontrar rebeldía por parte de los jóvenes contra Hitler: “No nos equivoquemos: la juventud rebelde alemana está con el «führer»” (Chaves Nogales, 1933g).

4.6.5. Ya nada puede detener la avalancha

El último apartado de la crónica lo dedica el periodista a la prensa alemana, que, ya bajo el control absoluto del nacionalsocialismo, no podía servir como barrera de contención democrática contra la propaganda, como sugiere el ladillo que encabeza el apartado: “Ya nada puede detener la avalancha”. Recordemos que, como vimos en los apartados 2.3 y 4.3, la función del periodista para Chaves era la de informar al lector de

lo que ocurría, ayudarle a formarse una idea lo más aproximada posible de la realidad, en lugar de “sentar plaza de mixtificador” (1929: 19), es decir, una función exactamente contraria a la de la propaganda. Precisamente en relación con la prensa y la propaganda el periodista relata aquí un encuentro con el antiguo redactor jefe del *Berliner Tageblatt*, Theodor Wolff, durante su anterior viaje a Alemania, en 1928:

Estando en Berlín, hace ya cinco años, fui una tarde a la Redacción del “Berliner Tageblatt” [sic] para hablar con Teodoro Wolff. Los periodistas españoles teníamos candente entonces aquella vergüenza de la previa censura, y fui, naturalmente, con nuestro pleito al gran periodista (Chaves Nogales, 1933g).

Curiosamente, Chaves no menciona este encuentro en la crónica de su anterior viaje, dentro del reportaje “La vuelta a Europa en avión”, publicado en el *Heraldo de Madrid*, ni tampoco en el libro publicado en 1929, ya libre de la censura previa. Quizá lo que le dijo Wolff no le resultaba conveniente para la defensa de sus postulados contra la censura en España. En cualquier caso, llama la atención la visita en sí misma, quizá fruto del interés del periodista por conocer cómo era la redacción del prestigioso periódico. O, tal vez, Chaves consideraba a Wolff un personaje relevante dentro del panorama alemán y, por tanto, digno de ser entrevistado para su reportaje. Y es que Wolff era redactor jefe del *Berliner Tageblatt* desde 1906, y desde entonces había convertido el periódico en un referente mundial y disparado sus ventas de 100.000 a 300.000 ejemplares diarios. Además, era fundador del Partido Demócrata Alemán (*Deutsche Demokratische Partei*), que abandonaría en 1926 por discrepancias con la dirección, y había sido consejero de varios políticos durante la República de Weimar. A veces, incluso asumió tareas diplomáticas merced a sus contactos en Francia. De hecho, el canciller Hermann Müller llegó a proponerle que fuera embajador en París, pero Wolff no quiso abandonar su tarea periodística, según Kühn (2014).

En cualquier caso, el veterano periodista alemán sorprendió al español con sus ideas sobre la censura, según cuenta éste:

Pero Teodoro Wolff, que tenía ya ante los ojos el panorama de la Alemania de hoy, me habló de una manera insospechada para mí. Vino a decirme:
—La censura para la Prensa es necesaria; cada vez más necesaria. Pero no para que la ejerza un Gobierno en beneficio de sus fines particulares o de sus hombres, eso es siempre condenable. En cambio, cada día estoy más convencido de que es indispensable una censura de Prensa ejercida no a beneficio de los gobiernos, sino precisamente en contra de ellos. Nunca será tan dañino lo que un periodista rebelde escriba como lo que un Gobierno inspira y hace escribir. Las campañas de un periódico de oposición pueden ser fatales para un político o un régimen; pero las campañas alentadas por los Gobiernos pueden desencadenar una nueva catástrofe mundial. Censura, sí; pero para los políticos y los gobernantes que se valen de la Prensa. Lo horrendo, lo espantoso, lo que tiene consecuencias incalculables es el estado de opinión unánime que en un momento dado un Gobierno puede provocar en un país por medio de los periódicos. Yo sueño en una censura de Prensa ejercida por un Tribunal internacional con un alto sentido de la Justicia y una autoridad indiscutible; un organismo análogo al Tribunal de Justicia Internacional de La Haya, que llegado el caso pudiera cortar ciertas propagandas infames que los Gobiernos mismos alientan. ¿Cree usted que en estos momentos no sería la salvación de Europa que una censura internacional de Prensa impidiese las campañas ferozmente nacionalistas de los Gobiernos que están dispuestos a lanzar nuevamente a sus pueblos a una guerra? (Chaves Nogales, 1933g).

Evidentemente, Chaves debía estar utilizando sus propias palabras para transmitir lo que Wolff le contó, como era habitual en sus crónicas. Además, habían pasado cinco años de su conversación con el periodista alemán, aunque caben las remotas posibilidades de que escribiera la crónica en Madrid o cargara sus notas de la anterior visita a Alemania en este nuevo viaje. En cualquier caso, Chaves le reconoce el acierto al detectar el problema de la propaganda estatal: “[...] tenía ya ante los ojos el panorama de la Alemania de hoy”, si bien la solución que proponía resulta utópica. En cualquier caso, lo que más nos interesa aquí es la reacción de Chaves ante aquellas palabras premonitorias de Wolff:

¡Pobre Teodoro Wolff! ¿En qué oculto rincón de Alemania estará a estas horas contemplando despavorido cómo el gobierno de Hitler desencadena la campaña de Prensa más fuerte que se ha hecho en el mundo para lanzar a la guerra a un pueblo? ¿Qué pensará el iluso demócrata de esta captación del adolescente y del niño para los fines imperialistas del nacionalsocialismo que ya nadie puede frenar? (Chaves Nogales, 1933g).

Pero el “pobre” Theodor Wolff ya no estaba en Alemania. Había huido la noche del incendio del Reichstag. Probablemente se maliciaba la persecución política que los nazis iban a desencadenar en los meses siguientes. De hecho, en 1931, el periodista alemán ya había advertido que los nazis habían establecido “el concepto de asesinato” (*der Mordgedanke*) en la política (Kühn, 2014). Siendo judío, liberal, pacifista y acaso el más célebre periodista de Alemania⁴⁹⁹, comprendió el peligro que corría si permanecía en el país. Además, ya había sido advertido por algunos colegas de que la SA lo tenía en sus “listas de la muerte” (*Todeslisten*). De hecho, los libros de Wolff arderían en las hogueras nazis del 10 de mayo (Frei y Schmitz, 1989: 16). Además, la misma noche que Wolff huyó, el también periodista y célebre pacifista Carl von Ossietzky, director de *Die Weltbühne*, fue detenido por la SA y sometido a trabajos forzados y palizas que le provocaron un infarto el 12 de abril de ese año al que sobrevivió por poco, para pasar los años siguientes en distintos campos de concentración, hasta su muerte por tuberculosis en 1938 (Evans, 2003: 451). Wolff, por su parte, huyó de Alemania por el Tirol austriaco, y desde allí pasó a Suiza, donde se encontraba ya cuando Chaves publicó esta crónica (ver Kühn, 2014).

Por otra parte, en uno de sus editoriales Wolff ya había anunciado un oscuro futuro para la prensa con la llegada de Hitler al poder. Acerca de la pregunta de Chaves “¿Qué pensará el iluso demócrata de esta captación del adolescente y del niño para los fines imperialistas del nacionalsocialismo que ya nadie puede frenar?”, la respuesta la

⁴⁹⁹ Goebbels les recomendó en 1939 a los propagandistas a su cargo en el ministerio que buscaran artículos en el antiguo Berliner Tageblatt de Wolff, que “escribía como pocos en Alemania” (cit. en Kühn, 2014). El cinismo del dirigente nazi era notable: elogiaba a quien había forzado al exilio y a quien había llamado años atrás públicamente el “Obermoses der deutschen Demokratie” [“gran Moisés de la democracia alemana”], a pesar, además, de haber solicitado trabajo en al menos una ocasión para el periódico que ese “gran Moisés” dirigía (Kühn, 2014).

daba con anticipación el propio Wolff en ese editorial, donde volvía a hablar sobre la libertad de prensa:

Um die Pressefreiheit, von der die Nationalsozialisten immer so kräftig Gebrauch gemacht haben, dürfte es wohl besonders übel stehen. Keine angenehme Zukunft breitet sich vor denjenigen aus, die leider nicht in der Lage sind, sich so zu äußern, wie es dem neuen Regime gefällt⁵⁰⁰ (cit. en Frei y Schmitz, 1989: 10).

Por lo demás, insiste Chaves aquí en la idea de la propaganda dirigida a “lanzar a la guerra a un pueblo”, así como en el papel de la juventud y la infancia como objetivos prioritarios de esa propaganda, que ya nadie podía “frenar”. Y, a continuación, repite Chaves como una letanía su lamento por el periodista alemán: “¡Pobre Teodoro Wolff!”. La figura de Wolff parece con respecto a Chaves similar a la de Kérenski, por quien el periodista había manifestado su afinidad en su reportaje “Lo que ha quedado del imperio de los zares” (como vimos en el apartado 2.4.1), donde escribía: “Kerenski es el caso patético del hombre inteligente cogido por el engranaje de hechos monstruosos”; y añadía más adelante: “El destino que cupo a Kerenski es el que en idénticas circunstancias hubiese cabido a todo hombre de formación intelectual, jurídica, humanística” (Chaves Nogales, 1931: 99-100). Y, en efecto, destinos similares al de Kérenski, acaso más aciagos, fueron los que cupieron tanto a Chaves como a Wolff, como veremos más adelante. De modo que el periodista debía sentirse identificado con Wolff, y no sin razón, pues, como hemos visto, éste ocupaba un papel similar en la República de Weimar al de Chaves en la República española: ambos, a cargo de la redacción de grandes e influyentes periódicos, y ambos, próximos a los círculos de poder republicanos, amén de defensores de la democracia liberal. Por lo demás, Wolff no había escapado aún de las garras del nacionalsocialismo. Suiza no aceptó su petición de asilo y tuvo que pasar a Francia. Se estableció en Niza, desde donde intentó, sin éxito, emigrar a Estados Unidos. Finalmente, tras la anexión italiana de Niza, en mayo de 1943, Wolff fue arrestado y enviado al campo de concentración de Sachsenhausen, adonde llegó ya enfermo. En septiembre de ese año fue trasladado al Hospital Judío de Berlín, donde murió tres días después de su ingreso (ver Frei y Schmitz, 1989: 18). La letanía de Chaves, por tanto, era premonitoria:

¡Pobre Teodoro Wolff! Su periódico, el “Berliner Tageblatt” [*sic*] es hoy uno de los más furiosos defensores del belicoso nacionalsocialismo; uno de esos periódicos hitlerianos de nuevo cuño que hacen decir al ministro Goering, con el mayor desprecio del mundo: “El celo de la antigua prensa pacifista convertida ahora al nacionalsocialismo es tal, que los viejos y auténticos nacionalsocialistas nos ruborizamos leyendo las fervorosas demostración de estos recién llegados” (Chaves Nogales, 1933g).

En este sentido, el testimonio de Sebastian Haffner (1939: 211) coincide con el de Chaves:

⁵⁰⁰ “Es probable que la libertad de prensa, que los nacionalsocialistas siempre tan enérgicamente han usado, haya resultado particularmente dañina. Ningún futuro agradable se extiende ante aquéllos que, desafortunadamente, no sean capaces, por decirlo así, de complacer al nuevo régimen”.

Algunos diarios de larga tradición democrática promovidos por la intelectualidad como el *Berliner Tageblatt* o el *Vossische Zeitung* se convirtieron en órganos nazis de la noche a la mañana; sus antiguas voces juiciosas y cultas decían lo mismo que pregonaban y babeaban el *Angriff* o el *Völkische Beobachter*.

En un sentido parecido se expresa Kellerhoff (2006: 27), quien asegura: “Casi todas las redacciones se amoldaron a los deseos del nuevo gobierno y pronto creció la influencia de los simpatizantes de los nazis en los medios de comunicación”. Asimismo, afirma que dichos simpatizantes eran más de los que podían parecer antes de la llegada de Hitler al poder: “Después del nombramiento de Hitler como canciller del Reich se puso de manifiesto que en ambas editoriales [Ullstein y Mosse] trabajaban periodistas que desde hacía tiempo habían ocultado sus tendencias nacionalsocialistas” (27). Sin embargo, a juzgar por lo que explican tanto Frei y Schmitz (1989: 41-42) como Kühn (2014), la impresión de Chaves acerca de la línea editorial del *Berliner Tageblatt* en mayo de 1933 sería exagerada. Si bien el editor Hans Lachmann-Mosse ya le había dado al periódico un giro hacia la derecha y había comenzado a despedir periodistas judíos antes de la llegada al poder del nacionalsocialismo, tras la huida de Wolff, durante la primavera de 1933, el caos y la incertidumbre se apoderaron de la redacción y la línea editorial se volvió ambivalente. Así, por ejemplo, el editor jefe, Karl Vetter, publicaba un artículo el 4 de abril acerca del boicot contra los comercios judíos en el que aseguraba que las “tragedias humanas individuales” (*menschliche Einzeltragödien*) eran inevitables durante una revolución (cit. en Frei y Schmitz, 1989: 44). Sin embargo, el 20 de abril el nuevo jefe de Política del periódico, Erich Haeuber, matizaría esa posición: “Eine harte Zeit verlangt harte Gesetze. Deshalb hat der einzelne aber noch lange kein Recht, kaltherzig über die zahlreichen seelischen und wirtschaftlichen Tragödien hinwegzusehen, die sich in seiner Umgebung vollziehen” [“Un momento difícil exige leyes estrictas. Por lo tanto, el individuo todavía no tiene derecho a ignorar insensiblemente las numerosas tragedias emocionales y económicas que tienen lugar en su entorno”] (cit. en Frei y Schmitz, 1989: 44). Así, por tanto, la calificación de “furiosos defensores del belicoso nacionalsocialismo” que Chaves le otorga al *Berliner Tageblatt* parece excesiva para ese momento. Y es que, como señala Evans (2003: 450), para entonces “los periodistas no nazis sólo podían comunicar sus ideas mediante alusiones o insinuaciones” si no querían correr una suerte similar a la del ya mencionado Ossietzky. Asimismo, en la entrada del 17 de marzo de su diario, el escritor Thomas Mann, exiliado en Suiza, escribía acerca de “los cínicos y sádicos planes de propaganda del Gobierno alemán, que tienden a sojuzgar la opinión pública, para hacer de ella algo homogéneo y amorfo, destruyendo toda crítica y haciendo que la oposición sea una actitud sin salidas” (1986: 139). En este sentido, resulta patente el cinismo Hermann Göring, en ese momento presidente del Reichstag y ministro presidente de Prusia, en la declaración que recoge Chaves, cuyo origen no hemos podido determinar. En cualquier caso, el cinismo de la misma radica en el hecho de que Göring, que era el principal responsable de la creación de un estado policial en aquellos meses, se

admirara de que los que estaban bajo su amenaza sucumbieran a ella. Ese cinismo era, por lo demás, un rasgo propio del nacionalsocialismo en general y de Göring en particular, quien en cierta ocasión había dicho respecto a las torturas sufridas por los opositores detenidos esa primavera que “si empleas un cepillo de carpintero, no puedes evitar hacer virutas” (cit. en Manvell y Fraenkel, 1962: 118). Por otra parte, el cinismo del nacionalsocialismo con respecto a la prensa lo explica bien Thomas Mann (1977: 146) en la entrada del 8 de abril de 1933 de su diario, que bien puede valer para cerrar este apartado:

Hitler, hablando de la Prensa, “acuñó” la sentencia: “El derecho a criticar trae consigo el deber de decir la verdad”. Por “verdad” no se entiende aquí precisamente la verdad humanista, en modo alguno. [...] Todo esto parece muy profundo y nuevo y revolucionario, pero no es otra cosa que la consigna que se dio a comienzos de la guerra: “Quien no mienta ahora es un granuja traidor”.

4.7. Análisis de la crónica “¿Por qué son «nazis» las mujeres?”

La siguiente crónica que publicaría Chaves en *Ahora* estaría dedicada al papel que el nacionalsocialismo le reservaba a las mujeres alemanas. Publicada el 24 de mayo, es la más corta de las once crónicas que componen el reportaje sobre la Alemania nazi y la que, por tanto, más espacio le dedica a las fotografías.

4.7.1. A la cocina

El ladillo del primer apartado, la exhortación “A la cocina”, ya anuncia la posición radical que, según Chaves, el nacionalsocialismo había adoptado frente a las mujeres, y sugiere una imagen autoritaria y retrógrada –un tanto caricaturesca, aunque muy próxima a la realidad– de los nazis en tanto que emisores de tal exhortación. Por lo demás, el periodista empieza la crónica mostrando su preocupación por la impresión que aquello que cuenta pudiera causar en sus lectores e invocando su deber profesional: “Yo no quería hacer propaganda de Hitler, y si cuento esto sé que se la voy a hacer. Pero como quiero cumplir mis deberes de informador imparcial, no tengo más remedio que contarlo” (Chaves Nogales, 1933h). Estas dos primeras afirmaciones tienen un valor testimonial. La primera permite adivinar la intención principal de estas crónicas, de la que ya hemos hablado: la aproximación crítica del periodista al nuevo régimen alemán de forma que ésta contribuyera a la desmitificación de dicho régimen ante la derecha española. Mientras que la segunda afirmación explicita la intención del periodista de permanecer “imparcial”, aunque, como ya hemos visto, en otras ocasiones su trabajo se había caracterizado más por la ecuanimidad que por la imparcialidad, es decir, por reconocer los méritos de aquello con lo que no estaba de acuerdo más que por no tomar partido. Y aquí, a pesar de la elección del adjetivo, actuaba de forma análoga: se decantaba claramente contra el nacionalsocialismo pero no dejaba de contar lo que creía que era cierto pese a que fuera contraproducente para la argumentación a favor de la causa de la democracia liberal, que era la que él defendía.

Una vez expresada su preocupación, comienza a explicar los motivos que la causaban, primero, exponiendo la posición del nacionalsocialismo respecto a las mujeres alemanas y viceversa. Plantea así la siguiente paradoja:

Uno de los más fuertes apoyos de Hitler son las mujeres, a las que precisamente Hitler ha metido en la cocina de un manotazo. “Se acabaron los derechos políticos de las mujeres –dijo el “führer”–; no tienen nada que hacer en política; el nacionalsocialismo donde necesita a las mujeres es en el fogón o criando a los hijos”. Y apenas había dicho esto, las mujeres, en las

primeras elecciones que hubo, se fueron como corderitas a votar a Hitler. Ellas han sido las que le han dado su gran triunfo electoral (Chaves Nogales, 1933h).

Vemos que comienza con una nueva imagen simbólica, la de Hitler metiendo a las mujeres en la cocina “de un manotazo”, imagen digna de una viñeta satírica. Por otra parte, a dicha imagen la acompañan unas declaraciones de Hitler de rudeza equivalente al manotazo anterior, cuyo origen no hemos sido capaces de determinar. En cualquier caso, Chaves captura la esencia del pensamiento nazi respecto de las mujeres con esa cita, que, por su crudeza, debía llamar inmediatamente la atención del lector. Dichas declaraciones, por lo demás, están en la línea de otras, acaso menos toscas, realizadas sobre ese tema por los líderes nazis, incluyendo al propio Hitler, quien habría de sentar las bases de la doctrina del Tercer Reich respecto a la mujer en septiembre de 1934 en un discurso dirigido a la Organización de Mujeres Nacionalsocialistas (*Nationalsozialistische Frauenschaft*) durante el congreso del partido en Núremberg. Allí, de acuerdo con la traducción al inglés de Rabinbach y Gilman, el líder nazi aseguró:

If one says that man's world is the state, that this world is his struggle, his readiness to devote himself to the community, then one could perhaps say that the world of woman is a smaller one. For her world is her husband, her family, her children, and her home (Hitler, 1934: 482-483).

A esa afirmación le seguía entre paréntesis en la transcripción publicada al día siguiente en el *Völkischer Beobachter* la anotación “ardiente aplauso” (483). Ese auditorio de mujeres siguió con entusiasmo toda la intervención de Hitler a juzgar por las recurrentes anotaciones en la mencionada publicación (uno de los principales órganos de propaganda del nacionalsocialismo), incluyendo el momento en el que el orador aseguró: “[...] our National Socialist women's movement contains only one single point, and this point is the child” (485). Asimismo, en cuanto a la posición nazi en contra de la presencia de la mujer en política y del apoyo que ésta le brindó a Hitler a pesar de todo, éste afirmaba en ese mismo discurso:

Accordingly, for many years we National Socialist have protested against bringing woman into political life, a life that, in our eyes is unworthy of her. A woman once said to me, “You must see to it that women get into parliament, because only they are capable of ennobling that institution.” “I do not believe,” I answered, “that man should ennoble something that is inherently bad. And any woman who becomes involved in the workings of parliament will not ennoble it but will instead be dishonored by it. I do not want to leave something to woman that I intend to take away from man.” (*Enthusiastic applause.*) Our opponents thought that this [attitude] would prevent us from ever winning women to our movement. But we gained the support of more women than all other parties together, and I know that we would have won over even the last German woman if she had only the opportunity to study parliament and the degrading role played by women therein (484).

En ese mismo sentido, Goebbels, en marzo de 1933, durante la inauguración de una exposición cuyo tema era precisamente la mujer, declaró:

El movimiento nacionalsocialista es el único partido que mantiene a la mujer alejada de la política del día [...]. No por falta de respeto, sino porque la respetamos demasiado, la hemos alejado del juego parlamentario-democrático de intrigas que ha caracterizado a Alemania durante

los últimos 14 años. No porque veamos en la mujer un valor inferior, sino porque apreciamos en ella y en su misión otro valor diferente al destino que desempeña el hombre. Por eso estábamos convencidos de que la mujer, sobre todo la mujer alemana, que más que cualquier otra es en el verdadero sentido de la palabra, una mujer, debería aplicar su energía y capacidades en ámbitos distintos a los del hombre (cit. en Casquete, 2014: 111-112).

Por otra parte, de la misma manera que el nacionalsocialismo apelaba al cese de la lucha de clases en pro de la *Volksgemeinschaft*, en lo referente a las mujeres, predicaba el final de la “lucha de sexos” (485), es decir, del feminismo; pues, como miembros de esa comunidad nacional tanto hombres como mujeres debían luchar por objetivos comunes, eso sí, cada uno en su esfera “natural”, sin interferir en el mundo del otro. Así lo afirmaba también Wilhelm Frick, ministro del Interior nazi, en un artículo en 1934: “La mujer debe volcarse exclusivamente en sus hijos y su familia, la esposa en el marido y la mujer soltera en los trabajos que se corresponden con su condición femenina. Por lo demás, los trabajos remunerados deben reservarse al varón” (cit. en Casquete, 2014: 105). No obstante, según Casquete (2014: 100), ese “patriarcalismo” no era exclusivo del nacionalsocialismo, sino compartido por la mayoría de fuerzas políticas. Ni tampoco era nuevo, según Evans (2003: 163), quien asegura que ya antes de la guerra los nacionalistas y pangermanistas “comenzaron a clamar por el regreso de las mujeres al hogar y a la familia”. Lo que distinguía al nacionalsocialismo en este sentido, según Casquete (2014: 100), era el “poner a la mujer al servicio de un proyecto de «purificación» racial desde un rol reproductivo de madre y esposa”. Goebbels lo expresaría de esta forma en 1934:

El primer, mejor y más razonable emplazamiento de la mujer es la familia. La tarea más maravillosa que puede desempeñar es regalar hijos a su país y a su pueblo para dar continuidad a los géneros y garantizar la inmortalidad de la nación. La mujer es la educadora de la juventud y la portadora del futuro (cit. en Casquete, 2014: 112).

Sin embargo, según Chaves, las mujeres eran uno “de los más fuertes apoyos de Hitler”, a pesar del manifiesto antifeminismo nazi. El periodista, para ilustrar esta paradoja, introduce el símil de la mujer y el cordero que entra sumiso en el matadero: “Y apenas había dicho esto, las mujeres, en las primeras elecciones que hubo, se fueron como corderitas a votar a Hitler”. Nótese, por otra parte, el diminutivo peyorativo “corderitas”, que quizá encierre un reproche a la actitud de las mujeres alemanas, y que acaso esconda también una actitud condescendiente hacia las mismas. Por lo demás, los marcadores temporales “apenas había dicho esto” y “en las primeras elecciones que hubo”, son exagerados si les otorgamos un valor literal, como veremos en el siguiente párrafo. Finalmente, insiste: “Ellas han sido las que le han dado su gran triunfo electoral”, en lo que constituye, evidentemente, una exageración que busca resaltar la importancia del voto femenino en la victoria nazi.

Es cierto que la postura del nacionalsocialismo con respecto al papel de la mujer en la sociedad era, a grandes rasgos, la que Chaves exponía en su crónica, y también que, tal y como explica Tampke (2019: 228), el crecimiento electoral del NSDAP en las

elecciones de finales de los años veinte, especialmente en las zonas rurales, se debió en parte a que “proclamó que el futuro de Alemania dependía del regreso de la mujer a su sitio, en el hogar, como esposa y madre”. Sin embargo, no es menos cierto que, en lo que respecta al apoyo de las mujeres alemanas al NSDAP, éste no fue tan inmediato como lo presenta el periodista. Rey y Canales (2014: 28) consideran “injusto y simplista” asegurar que las mujeres llevaron a Hitler al poder: “Hasta mucho después de su primer éxito electoral en 1930, el NSDAP era un partido predominantemente masculino que, al igual que los comunistas, recibía muchos más votos de los hombres que de las mujeres”. Por ello, a partir de 1930, y especialmente en la campaña electoral de 1932, fue necesario un giro en la estrategia de los nacionalsocialistas para conseguir captar el voto femenino. En lugar de atacar a las mujeres trabajadoras abiertamente, pulieron su lenguaje y atacaron a la República de Weimar por, según ellos, no haberle dado la oportunidad a las mujeres de tener una familia y haberlas obligado a competir con los hombres en el ámbito laboral. Así, en lugar de aparecer como el partido misógino (*frauenfeindlich*) que presentaban sus rivales, aparentaban ser simplemente un partido que defendía el derecho de la mujer a tener una familia. Así lo explica Childers (1983):

Indeed, the Nazis spent considerable energy attempting to rebuff charges that a National Socialist victory would result in mass layoffs of female personnel. Throughout the year [1932] the party was repeatedly accused of seeking to deprive women of an opportunity to earn their livelihood. [...] The Nazis, of course, denied these accusations, declaring that in the Third Reich women would become citizens with equal rights. Yet while the party admitted the necessity of women in the job market, it clearly regarded the home as the proper area of female endeavor. National Socialist campaign literature sought to depict the entry of women into the labor force, especially after 1918, as a blatant deprivation of woman’s “most fundamental right,” that of having a family. “Millions of German women have been denied the opportunity to establish a family by the parties of the present system,” the Nazis charged. [...] Thirteen years of “progressive” republican legislation had advanced women’s rights but had produced “millions of men without work” and “millions of women without familial happiness.” [...] “We demand the right to life and family for the German woman and mother,” the Nazis declared, “and if she goes her way alone, the right to work and decent pay.” In the future National Socialist state, “surplus women who cannot function in the family or in the home will be given extensive career opportunities,” the Nazis promised.

Esa evolución de la retórica de los dirigentes nazis que tenía como fin atraer el voto femenino queda patente en las anotaciones de los diarios de Joseph Goebbels sobre ese tema entre 1929 y 1932. Así, en 1929 escribía: “La mujer tiene la obligación de ser hermosa y traer hijos al mundo”⁵⁰¹. Y aún a comienzos de 1931 defendía esa postura, a pesar de que el asunto ya era tema de discusión dentro del partido, como refleja la entrada del 19 de enero de ese año:

Virulento debate sobre la mujer y sus tareas. En esto, soy enteramente reaccionario. Tener niños y educarlos es una gran tarea. Mi madre es la mujer a la que tengo mayor respeto, y está alejadísima del intelecto, y tanto más próxima a la vida. Hoy las mujeres opinan de todo, lo único que ya no quieren es tener hijos. Y a eso le llaman emancipación. No, yo he tenido el valor

⁵⁰¹ Ésta y las siguientes dos citas de los diarios de Goebbels aparecen citadas en Sigmund (2000: 15-16).

de defenderme contra el terrorismo de la opinión pública. Fue una discusión dura, hasta las dos de la mañana.

Sin embargo, en 1932 ya había renegado de su postura sobre el asunto en favor de la más pragmática de su venerado Adolf Hitler, como, por lo demás, era habitual en él. Así, el 23 de marzo de ese año, escribía:

El Führer ha desarrollado ideas completamente nuevas sobre la situación de la mujer. Son importantísimas para la próxima campaña electoral, porque precisamente en ese terreno nos atacaron en las primeras elecciones. La mujer es compañera sexual y de trabajo del hombre. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Ha de serlo también en las actuales condiciones económicas. Antes en el campo, ahora en la oficina. ¡El hombre es el organizador de la vida, la mujer su ayuda y su órgano de ejecución! Estas concepciones son modernas, y nos elevan más alto que una torre sobre el resentimiento de los del Partido Popular Alemán.

En cuanto a la importancia del voto femenino en los resultados electorales del NSDAP, Childers (1983) explica que, si bien durante la República de Weimar tradicionalmente el voto femenino –establecido en Alemania tras el armisticio de 1918 y ejercido por primera vez en enero de 1919 (ver Henig, 1998: 12)– había favorecido a partidos conservadores con fuerte orientación religiosa⁵⁰², como el Zentrum o el DNVP, en detrimento de partidos radicales como el NSDAP y el KPD (*Kommunistische Partei Deutschlands*) en los que, además, apenas militaban mujeres; el esfuerzo hecho por el nacionalsocialismo a partir de 1930 por atraer a las mujeres, especialmente a las de la clase media conservadora, dio sus frutos, hasta tal punto que, allí donde existía el registro del sexo de los votantes en 1932, el NSDAP obtuvo más votos de las mujeres que de los hombres:

[...] the NSDAP, in the summer of 1931, announced the formation of a new national women's organization to supersede and unite the various Nazi women's auxiliaries. The *Nationalsozialistische-Frauenschaft* (NS-F), as its first declaration of principles emphasized, stood for "a German women's spirit which is rooted in God, nature, family, nation, and homeland," [...]. Acutely conscious of National Socialism's poor performance among women voters in the past, the RPL [*Reichspropagandaleitung*] saturated the female electorate with political literature throughout the election year, relentlessly pledging the party's support for traditional religious and cultural values. These efforts were not without effect. Although women still tended to favor parties with a strong religious orientation, the NSDAP made enormous gains among the female electorate in 1932. In those areas where votes were tabulated by sex, women for the first time outnumbered men in the National Socialist constituency (Childers, 1983).

Vemos, por tanto, que la importancia que Chaves le atribuía al voto femenino en la victoria del nacionalsocialismo estaba justificada, al menos, en lo tocante a las elecciones de 1932⁵⁰³. Por su parte, Sigmund (2000: 11-13) comenta la importancia que

⁵⁰² Casquete (2017: 99) explica que la visión conservadora de la mujer no era exclusiva del NSDAP, sino que era compartida por otros partidos políticos e incluso por colectivos de mujeres asociados a organizaciones religiosas: "En la República de Weimar esta visión patriarcal se ajustaba con bastante precisión a la de las organizaciones de mujeres conservadoras y confesionales (tanto católicas como protestantes), que rechazaban frontalmente los espacios conquistados por la «nueva mujer» en la década de 1920 en ámbitos como el trabajo, la política, la sexualidad o el arte".

⁵⁰³ Asimismo, como elemento pragmático y conservador dentro del orden familiar, algunas mujeres ayudaron de forma indirecta a la estabilización del nuevo régimen. Así, de acuerdo con uno de los opositores al nazismo en la localidad prusiana de Northeim, Thomas Galland, una vez que el NSDAP se

algunas mujeres de la clase media y alta tuvieron en los comienzos del partido, financiando a Hitler y facilitándole contactos en el mundo financiero⁵⁰⁴. Grunberger (1971: 283) habla también del culto a Hitler entre las mujeres:

Dado que la República de Weimar había sido menos efectiva entre las mujeres que entre los hombres a la hora de inculcar un sentido de autonomía personal y a la vez de compromiso público, la psique colectiva femenina permaneció apolítica e imbuida de un residuo de lealtad dinástica y vaga religiosidad, impulsos latentes que Hitler activó hasta un nivel de intensidad sin precedentes. Ya en enero de 1932, durante la reunión en el Club Industrial de Düsseldorf, entre Hitler y los magnates del Ruhr, las damas allí reunidas pagaron un marco cada una a la empleada del guardarropa por el privilegio de oler el ramillete de flores que había sido ofrecido al Führer a la entrada.⁵⁰⁵

De las cinco fotografías que acompañan el texto de esta crónica (ver apéndice 17), en tres de ellas aparecen grupos de mujeres de las organizaciones femeninas nazis, y, por tanto, servían para ilustrar el apoyo de las mujeres a Hitler. Así, en la que ocupa la parte superior izquierda de la doble página podemos ver a unas jóvenes alemanas uniformadas sosteniendo banderas nazis en formación en las gradas de un estadio. En el pie de foto se puede leer: “La mujer alemana sueña otra vez con ser la mítica valquiria. Estas jóvenes alemanas han llegado a creer que su misión es impulsar a los hombres a la guerra, auxiliar a los héroes y glorificar a los que caigan en la lucha” (Chaves Nogales, 1933h). Asimismo, en la imagen que ocupa la parte central de la doble página aparece una columna de adolescentes alemanas con el uniforme de la Liga de Muchachas Alemanas (*Bund Deutscher Mädel*) haciendo el saludo nazi. En el pie de foto se lee: “¡Heil Hitler! Como secuela de las tropas de asalto las muchachas alemanas han organizado una especie de milicias femeninas consagradas a la mayor gloria del «bello Adolfo»” (1933h). Nótese la ironía de Chaves (si es que era él el autor del pie de foto) al utilizar el entrecomillado para referirse al apelativo con el que algunas mujeres se referían a Hitler, confirmando por otra parte la atracción hacia él por parte de algunas mujeres de la que hablaba Grunberger (ver nota 505). Por último, la tercera de las fotografías mencionadas muestra una reunión multitudinaria de la Organización de Mujeres Nacionalsocialistas (*Nationalsozialistische Frauenschaft*). Naturalmente, todas las asistentes aparecen debidamente uniformadas. El pie de foto dice: “Millares y

instaló en el poder, muchos hombres se vieron empujados a afiliarse al partido por la presión a la que los sometían sus mujeres: “Había esposas cuyas palabras constantes eran: «¡Piensa en tu familia!» Había esposas que llegaban al extremo de salir a comprar una camisa parda para ponérsela a su marido” (cit. en Allen, 1984: 332).

⁵⁰⁴ El propio Hitler, en el congreso anual del partido en Núremberg en 1935, aseguraría, no sin exagerar: “Creo que hoy no estaríamos aquí si desde el principio de nuestra lucha muchas, muchísimas mujeres, no se hubiesen sentido íntimamente ligadas a este movimiento y no se hubiesen comprometido con él desde el primer instante” (cit. en Casquete, 2014: 110). Lo cierto es que, según Casquete (2014: 109), las mujeres nunca supusieron más que un 10% del total de afiliados del partido.

⁵⁰⁵ En este sentido, también Grunberger (1971: 283) comenta: “En los actos públicos, las mujeres presentes entre la multitud mostraban a menudo una forma de histeria colectiva denominada *Kontaktsucht*, «ansia de contacto», un incontrolable deseo de tocarle. En los mítines públicos, Rauschnigg observó que los ojos de las mujeres presentes «se empañaban y brillaban con una especie de exultación religiosa»”.

millares de mujeres acuden a los actos de propaganda del nacionalsocialismo. He aquí una vista de un acto femenino celebrado hace pocos días en el Sportpalst⁵⁰⁶, de Berlín”.

En cuanto a los motivos que llevaron a las mujeres alemanas a votar masivamente a Hitler, Chaves hablaría más adelante de los que él consideraba los principales. Pero, antes, establecería un paralelismo, no exento de ironía, con la situación española. Alemania fue uno de los primeros grandes países europeos en implementar el sufragio femenino, y, por tanto, un modelo en el que los españoles, que habían reconocido el derecho de las mujeres al voto en la Constitución de 1931, podían estudiar sus consecuencias, pues desde la aprobación de dicha constitución y hasta el momento de la publicación de la crónica de Chaves, en mayo de 1933, aún no se habían celebrado elecciones en España y, en consecuencia, las mujeres todavía no habían tenido la ocasión de ejercer su recién adquirido derecho. Lo harían por primera vez unos meses más tarde, ese mismo año, en las elecciones generales del 19 de noviembre. Así, el periodista escribía lo siguiente todavía en un contexto de incertidumbre acerca de la conveniencia del voto femenino para los intereses electorales de los partidos españoles de izquierdas:

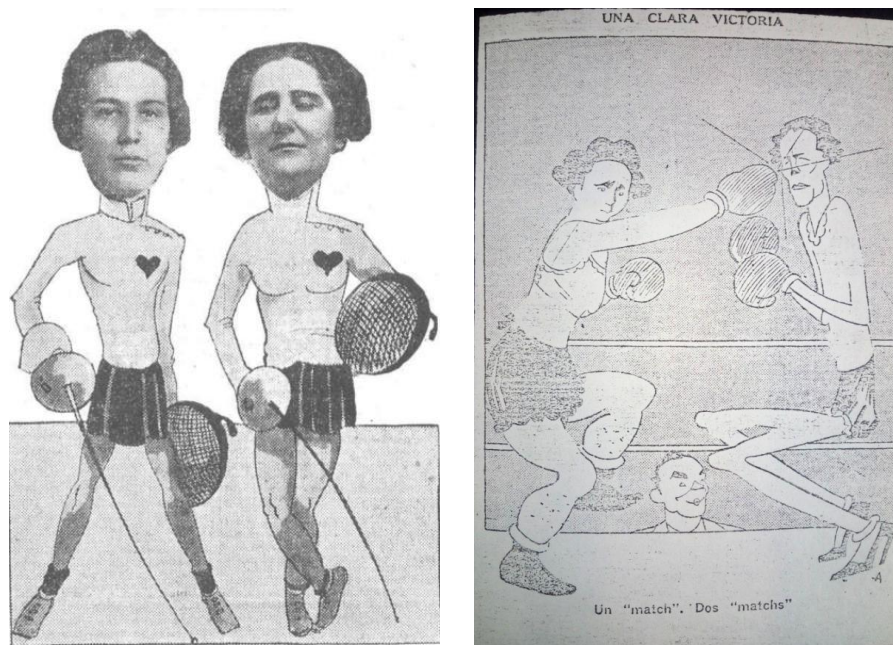
En cualquier parte, esta desconsiderada actitud del “führer” para con las mujeres bastaría para que se alzase un clamor universal de condenación. “¡Qué bárbaro!” –diría la gente–. Pero aquí, en España, tengo el temor de que al contarlo estoy haciendo, sin quererlo, muchos prosélitos para el hitlerismo. Y no es lo malo que estos prosélitos salgan de entre los filofascistas españoles, sino que van a salir también de entre los más puros demócratas y los más fervorosos republicanos, porque si alguien tiene una dolorosa experiencia y un justificado temor acerca de la intervención de la mujer en la política deben ser, precisamente, los republicanos españoles. Todavía no se han tocado todas las consecuencias del lío que ha armado Clarita Campoamor con esto del voto femenino. Sin que esto quiera decir que deban alegrarse las derechas y los monárquicos. ¡Quién sabe si, al final, van a ser los que más deploran la intervención de las mujeres españolas en la política! (Chaves Nogales, 1933h).

Y es que en 1931 el debate parlamentario en España en torno al artículo 34 del proyecto de Constitución, que recogía el derecho al voto de los mayores de 23 años, “así varones como hembras” (cit. en Capel, 1975: 14), había dado lugar a una viva polémica tanto dentro como fuera de las Cortes. El debate parlamentario tuvo lugar entre los días 29 de septiembre y 1 de octubre. Y, si bien, como explica Capel (1975: 16), todos los grupos parlamentarios “coincidían en la necesidad de otorgar el voto a la mujer”, en cuanto a la idoneidad del momento para implementar dicha medida existían notables discrepancias. Por un lado, los socialistas (a excepción de alguno de sus miembros, como Indalecio Prieto) y los partidos republicanos de derechas estaban a favor del reconocimiento del sufragio femenino sin restricciones dentro de la nueva constitución. Por el otro, el Partido Radical, el Partido Radical Socialista y Acción Republicana, temerosos de que el voto femenino beneficiara a la derecha, abogaban por imponer a las mujeres una serie de condiciones para poder ejercer su derecho al sufragio activo o,

⁵⁰⁶ Sin duda, el pie de foto hace referencia al Sportpalast de Berlín, pabellón deportivo que se convertiría en lugar de reunión habitual para los actos multitudinarios nazis.

directamente, posponer su aplicación. Entre las restricciones que contemplaban estaba elevar la edad mínima de las mujeres para votar o conceder el voto sólo a aquellas mujeres que trabajasen o tuvieran un alto nivel cultural (Capel, 1975: 18).

Especialmente llamativa era la oposición a la aprobación del artículo 34 del Partido Radical de Lerroux, del cual era diputada la principal impulsora y defensora del artículo en la comisión que preparaba el Proyecto de Constitución, Clara Campoamor. Esta contradicción quedó patente el 30 de septiembre en pleno debate parlamentario, cuando el portavoz del grupo radical, Rafael Guerra del Río, propuso una enmienda al artículo en cuestión que incluía un cambio en la redacción del mismo que dejara abierta la posibilidad de limitar el sufragio femenino mediante una ley electoral. De acuerdo con la crónica parlamentaria que *Ahora* publicaba el día siguiente, Guerra del Río defendía que se debía “conceder el voto a la mujer, pero reservándose la República el derecho de retirárselo al día siguiente, si la mujer vota con el cura y con la reacción” (sin firma, 1931c). Campoamor se opuso tajantemente y, según la misma crónica, arguyó que “en una Constitución democrática no se puede prever una contingencia como la señalada por el señor Guerra del Río”, y que el peligro no estaba en cómo votase la mujer, sino en que pensase que “la República la rechaza”. Más sonado, sin embargo, fue el choque dialéctico que tuvo lugar el día anterior entre las dos únicas diputadas femeninas del hemiciclo, Victoria Kent, miembro del Partido Radical Socialista, y la propia Campoamor.



Collage publicado en *La Voz* el 30 de septiembre de 1931 en el que aparecen Victoria Kent y Clara Campoamor vestidas de tiradoras de esgrima con un corazón en su uniforme⁵⁰⁷; y viñeta cómica encabezada por el juego de palabras “Una clara victoria”, en alusión a los nombres de las dos diputadas, en la que se puede ver un combate de boxeo entre Campoamor y Kent⁵⁰⁸.

⁵⁰⁷ En *La Voz* (1931). Madrid, 30 de septiembre, p. 3.

⁵⁰⁸ En Capel (1974).

Kent consideraba “peligroso” para la República conceder el voto a las mujeres mientras entre ellas fuesen minoría las obreras y las universitarias, mientras que Campoamor proclamaba como una obligación “ética” de la República reconocerle a las mujeres “todos los derechos” y no admitía el argumento de la ignorancia de la mujer, pues, –argüía– a los hombres analfabetos se les permitía votar (cit. en Capel, 1975: 25). Finalmente, la postura de Campoamor prevaleció por 161 votos frente a 121 en contra. Ese día se ausentaron de las Cortes 188 diputados (Capel, 1975: 28). Así, el artículo 34 del Proyecto de Constitución, que pasaría a ser el 36 en el texto definitivo, quedaba aprobado con el siguiente contenido: “Los ciudadanos de uno y otro sexo, mayores de 23 años, tendrán los mismos derechos electorales, conforme determinen las leyes” (cit. en Capel, 1975: 32). La opinión de Chaves a este respecto la podemos inferir del párrafo de su crónica sobre las mujeres alemanas citado más arriba y quizá del editorial que el 2 de octubre de 1931 publicó *Ahora* con motivo de la aprobación del artículo en cuestión, cuyo autor, como ya comentamos en el apartado 4.6.4, podría ser el propio periodista:

Hay ya bastante pasión en el ambiente para que sea saludable cargarlo aún más. En el momento en que lo que se requiere es serenidad reflexiva y visión desapasionada de las cosas, es una imprudencia lanzar a la arena política elementos apasionados y extremistas. Porque la actuación de la mujer, al menos en estas latitudes, se ha distinguido siempre por su radicalismo. Milite donde milite, la mujer lleva a la lucha un espíritu de intransigencia y defiende siempre las soluciones más radicales. Dígase lo que se diga, la mujer española no está preparada para intervenir en la vida pública. La resolución de las Cortes nos lanza a una aventura cuyas consecuencias son difíciles de prever. Añadir a las muchas incógnitas que ofrece el porvenir una nueva, no nos parece razonable (sin firma, 1931d).

En este sentido se entendería la afirmación de Chaves en la crónica del 24 de mayo desde Alemania de que “si alguien tiene una dolorosa experiencia y un justificado temor acerca de la intervención de la mujer en la política deben ser, precisamente, los republicanos españoles”. Se entiende que el temor se debía a que las mujeres optaran por una opción radical como la de Hitler en Alemania. De ahí que el periodista afirme que “las consecuencias del lío que ha armado Clarita Campoamor” –nótese de nuevo la condescendencia en el uso del diminutivo– “con esto del voto femenino” podrían perjudicar tanto a los republicanos como a “las derechas y los monárquicos”.

En definitiva, es en ese contexto en el que Chaves asegura que, si bien la actitud de Hitler frente a las mujeres parecería una barbaridad en “cualquier parte”, en España esa actitud podía generar “prosélitos para el hitlerismo”, no entre los “filofascistas españoles”, sino entre “los más puros demócratas y los más fervorosos republicanos”, que temían la intervención de la mujer en política y que se habían opuesto a concederle el derecho sin limitaciones al voto. Sin embargo, cabe comentar la contradicción en los términos en la que cae el periodista al incluir a “los más puros demócratas” entre aquellos que se oponían a la igualdad de derechos electorales entre hombres y mujeres. Para más inri, los hechos demostraron que los temores de los republicanos españoles eran infundados, como explicaría la propia Clara Campoamor en *Mi pecado mortal: el voto femenino* y yo: “La mujer no votó ni por las derechas en 1933, ni por las izquierdas

en 1936; votó, como el hombre, por reacciones políticas nacionales, y por iguales reacciones votará [...] mientras el tiempo no consolide en su espíritu los hitos democráticos” (Campoamor, 1936: 255). Villa García (2011: 359-372) corrobora con datos esta percepción de Campoamor⁵⁰⁹, quien, asimismo, cargaba contra los “aprendices de intérpretes”, entre los que podríamos incluir en esta ocasión al propio Chaves Nogales, que consideraba en esta crónica un “lío” de consecuencias aún no previstas la aprobación del sufragio femenino:

La mujer, aprendices de intérpretes, votará siempre, como el hombre, por reacciones y estímulos de orden general, sobre todo de orden y política nacional; y como el hombre español, votará en la mayoría de los casos contra los que han gobernado, por el sólo hecho de haber gobernado y porque gobernando no los hicieron felices, y el mesianismo no se ha desarraigado aún del alma ingenua de este pueblo, que en general no ha aprendido ni ha olvidado nada (Campoamor, 1936: 245).

4.7.2. Nada menos que el fogón

Una vez que la aparente paradoja planteada en el primer apartado ha hecho su efecto como reclamo para el interés del lector, el periodista pasa a explicar por qué las mujeres, a pesar del papel que les reservaba el nacionalsocialismo, habían votado por Hitler: “Pero no vale contentarse con la gracia de la paradoja. Cuando Hitler manda al fogón a las mujeres y las mujeres van, es, naturalmente, por algo” (Chaves Nogales, 1933h). Y ese “algo” ya lo adelanta en el ladillo que encabeza el apartado: “Nada menos que el fogón”. Es decir, que tener un “fogón” en Alemania en 1933 no era una cosa despreciable. No obstante, este planteamiento choca con aquella actitud de “corderitas” que Chaves les atribuía a las mujeres alemanas. Si “Hitler manda al fogón a las mujeres y las mujeres van, es, naturalmente, por algo”, aseguraba. No se trataba simplemente de sumisión, por tanto. La razón era otra, según escribía el periodista a continuación: “Es, sencillamente, que Hitler, al mandarlas al fogón, les ofrece eso, el fogón; nada menos que el fogón” (1933h). Y, acto seguido, establece, una vez más, un contraste con la situación española, sugiriendo que la situación económica de muchas de sus lectoras había mejorado sensiblemente en comparación con la de las alemanas: “Quizá a muchas de mis lectoras se les haya olvidado la importancia que esto tiene” (1933h). Parece que

⁵⁰⁹ Villa García (2011: 368, 370-371) muestra el descenso de votos masculinos entre la izquierda en 1933, así como una subida proporcional en todos los partidos con el aumento del cuerpo electoral. Asimismo, asegura que “es difícil no coincidir con la tesis que apunta que los republicanos de izquierdas, y algún socialista como prieto, mostraron una postura maniquea al convertir el sufragio femenino en el factor principal del resultado electoral” (372). Se trataba, siempre según Villa García, de un “argumento oportunista, a modo de excusa en la que escudarse para no afrontar el verdadero significado de los comicios: la repulsa, por parte de un amplio sector de la opinión pública, de la República modelada por estos sectores políticos y, más aún, el desvío que una mayoría holgada de los electores reflejaron a la labor de gobierno de republicanos de izquierda y socialistas” (372).

esta última frase iba dirigida a las feministas españolas que pudieran sorprenderse o escandalizarse por la actitud de la mujer alemana que Chaves describía. Por otra parte, el uso del verbo *olvidar* acaso esconda cierto tono de reproche por esa hipotética sorpresa. Se trataría, por tanto, de una suerte de reproche *ex ante* o preventivo.

En cualquier caso, el periodista explica por qué era importante tener en ese momento en Alemania un “fogón”, que aquí no es sino una referencia sinecdótica del hogar:

Pero piensen que todas las andanzas políticas y sociales de la mujer alemana tienen esta única y exclusiva causa: que no había fogones, que no había hogares, que no había casas, que no había hombres. Cuando esto ocurre en un país con la intensidad con que había venido sucediendo en Alemania a partir del armisticio, se plantea una serie de problemas sociales a base del feminismo verdaderamente pavorosos. Las mujeres, a las que la crisis ha echado a la calle, tienen que patear y luchar a brazo partido con los hombres en medio del arroyo. Las pobres, en esta lucha, llevan la peor parte, naturalmente, y si de pronto aparece un guardia que dice autoritariamente: “¡Basta; a la cocina!”, la mujer se va muy contenta, porque supone que, efectivamente, hay una cocina a la cual se puede ir a cocinar (Chaves Nogales, 1933d).

En cierta medida, el planteamiento de Chaves no puede ser sino reduccionista, aunque no tanto como hoy nos pudiera parecer, como veremos a continuación. Acaso hiciera uso de la afirmación impresionante como estrategia argumentativa o para mantener el interés del lector, pero no por ello dejaba de ser exagerado afirmar que “todas las andanzas políticas y sociales de la mujer alemana tienen esta única y exclusiva causa: que no había fogones, que no había hogares, que no había casas, que no había hombres”. Cabe resaltar además el uso de la anáfora en *gradatio* como instrumento avivador de la sensación de drama. Así, la repetición de la estructura gramatical “que no había” intensifica la percepción de crisis social y escasez. Y, precisamente, de la intensidad de esos problemas “pavorosos” hablaba Chaves explícitamente en la siguiente frase: “Cuando esto ocurre en un país con la intensidad con que había venido sucediendo en Alemania a partir del armisticio, se plantea una serie de problemas sociales a base del feminismo verdaderamente pavorosos”. No iba desencaminado el periodista en ese sentido, ni tampoco en lo referente a la lucha de la mujer en el ámbito laboral durante la República de Weimar y su posición de desventaja frente al hombre: “Las mujeres, a las que la crisis ha echado a la calle, tienen que patear y luchar a brazo partido con los hombres en medio del arroyo”. Así lo explica Henig (1998: 48):

Though 36 per cent of women were recorded as working in the 1920s, most of them earned low wages as temporary, manual workers, as domestic servants or in family businesses and farms. Furthermore, male unskilled workers earned more than skilled female ones. The one promising area for educated and unmarried women was white-collar work - more women than men took up the new opportunities offered by Germany's expanding industrial sector and welfare services - as secretaries, telephonists, salesgirls, nurses and teachers.

Además, la competencia para encontrar trabajo era muy dura debido a la desmovilización de los soldados del frente y a la llegada al mercado laboral de la

generación de jóvenes nacidos antes de la guerra, cuando se había registrado un fuerte aumento de la población, según Henig (1998: 54), quien asegura que “working women came under strong social pressure to give up their jobs to men whose positions as heads of families cast them, and not their wives or daughters, as the chief bread winners” (67). De manera que el planteamiento de Chaves, si bien resulta algo reduccionista, como ya hemos dicho, no obstante, reflejaba en mayor o menor medida un problema realmente existente en la sociedad alemana, que bien podía ser parte de la explicación del apoyo masivo de las mujeres a Hitler en las elecciones de 1932 y durante todo el Tercer Reich: “Las pobres, en esta lucha, llevan la peor parte, naturalmente, y si de pronto aparece un guardia que dice autoritariamente: «¡Basta; a la cocina!», la mujer se va muy contenta, porque supone que, efectivamente, hay una cocina a la cual se puede ir a cocinar”. Con el apelativo “las pobres” muestra aquí el periodista a la vez condescendencia y solidaridad y comprensión hacia la situación de la mujer alemana y la presenta más como una víctima resignada que como una seguidora entusiasta del nacionalsocialismo. Por otra parte, igual que hacía en el apartado anterior, vuelve a introducir aquí una intervención breve de un personaje ficticio, una brevísima *sermocinatio*. Entonces se trataba de las personas de un país cualquiera que ante el discurso nazi reaccionaban con la expresión “¡Qué bárbaro!”, mientras que ahora se trata de un arquetípico nazi autoritario, “un guardia”, que les dice a las mujeres alemanas: “¡Basta; a la cocina!”. Y la mujer alemana arquetípica “se va muy contenta”. Esta escenificación teatral ayuda a darle una medida humana –de nuevo la *medida de lo humano*– a la problemática social que trata en esta crónica.

Por lo demás, Grunberger (1971: 282) también habla de la difícil situación de la mujer durante los años de crisis en Alemania y de su predisposición a condescender a apoyar al nacionalsocialismo a cambio de recuperar el bienestar perdido:

Seguramente, ellas estaban más dispuestas aún que los hombres en general a cambiar sus abstractos derechos humanos por un tangible plato de lentejas. Algunas permanecieron en una feliz inconsciencia del hecho de que la función de “Gretchen paridora” a la que se las había destinado era una ofensa a su dignidad humana. Muchas otras consideraron que, a la hora del balance, la seguridad económica y el culto a la maternidad compensaban sobradamente la discriminación sexual y la muerte política.

También Grunberger explica que, después de la guerra, “se estimó que una de cada cuatro mujeres de entre veinticinco y treinta años no se casaría, y la inflación vino, por otro lado, a agravar este problema demográfico” (249-250). Y más adelante añade:

Cuando el desempleo masivo vino a unirse a las secuelas de la guerra y a la inflación en su calidad de impedimentos al matrimonio, la mayoría de las mujeres comenzaron a mirar con mejores ojos la propuesta que representaban las tres K [*Kinder, Kirche, Küche* (niños, iglesia, cocina)] (268).

Asimismo, en referencia a esta pretenciosa frase del popular compendio de 1933 sobre la ideología nacionalsocialista *Das ABC des Nationalsozialismus*, de Curt Rosten: “¿Puede la mujer imaginar algo más bello que estar sentada junto a su amado esposo en

su acogedor hogar [...] mientras va tejiendo la trama y la urdimbre de la maternidad a través de los siglos y de los milenios?”, Grunberger (1971: 270) señala:

No se puede negar el atractivo del idilio matrimonial propuesto por Rosten para el subconsciente femenino colectivo, y ciertamente, el resurgimiento económico y las medidas nazis para promover el matrimonio prestaron alguna realidad a este cuadro de felicidad doméstica a los ojos de millones de mujeres que habían desesperado de casarse a causa de la Depresión.

En cualquier caso, Chaves dudaba de la fiabilidad de las promesas nazis en este ámbito: “El problema es que haya cocina. Hitler dice que sí. Allá veremos. Yo no lo creo, la verdad” (Chaves Nogales, 1933h). He aquí, por otra parte, otra de las contadas ocasiones en que Chaves expresa en estas crónicas su opinión de forma explícita empleando el verbo *creer* (ver apdos. 4.1.2 y 4.3.5). En cuanto al escepticismo que muestra el periodista frente a las promesas nazis, a ese respecto Grunberger (1971: 282) señala que, en conjunto, “las mujeres alemanas obtuvieron del Tercer Reich la reducción del paro en los primeros tiempos, el aumento de la natalidad después⁵¹⁰ y, finalmente, las raciones de comida preferentes”.

En cualquier caso, Chaves basa su desconfianza en un precedente concreto de una promesa nazi cuyo cumplimiento no le parecía factible al periodista, como explicaría a continuación:

Cuando alguna vez las mujeres le han ido con sus problemas sociales, Hitler les ha tapado la boca con afirmaciones terminantes.
—¿Cuál es la política del nacionalsocialismo acerca del problema de los hijos ilegítimos?⁵¹¹ —le preguntaron una vez.
—Con el nacionalsocialismo —contestó— no habrá hijos ilegítimos, porque cada mujer tendrá su marido.
Esto, así, a primera vista, zanja todos los problemas. Pero, ¿habrá hombres bastantes para que cada mujer tenga un marido? ¿No hay en Alemania mayor número de hembras que de varones? (Chaves Nogales, 1933h).

Grunberger (1971: 268) hace referencia explícita a la intervención de Hitler citada aquí por Chaves: “[...] Hitler —en una síntesis única de cinismo y penetración psicológica— aseguró a una delegación que discutía con él acerca de los derechos de la mujer que en el Tercer Reich toda mujer encontraría marido”, aunque no señala la fecha de la mencionada reunión. Por lo demás, el “cinismo” del que habla Grunberger se corresponde con la demagógica táctica de tapar “la boca con afirmaciones terminantes” a la que se refiere Chaves. Es decir, Hitler utilizaba aquí una doble falacia: en primer término, se valía del principio escolástico *nego suppositum*, es decir, negaba que fuera a haber hijos ilegítimos en el Tercer Reich, y lo hacía valiéndose de la falacia *petitio*

⁵¹⁰ Independientemente de que estos dos primeros logros fueran en beneficio exclusivo de la mujer o no, para más información acerca del aumento de la natalidad, ver Grunberger (1971: 251-252).

⁵¹¹ Acerca del problema de los “hijos ilegítimos” al que hace referencia la interlocutora, de Hitler en el diálogo introducido por Chaves, Grunberger (1971: 262) explica que, en los años veinte, “el promedio anual de niños nacidos fuera del matrimonio había sido de unos 150.000; esta cifra disminuyó en casi la mitad durante la Depresión, colocándose un poco por encima de los 100.000 por año a mediados de los años treinta”. De las medidas tomadas por los nazis en relación con este asunto hablaremos en el siguiente apartado.

principii, es decir, lanzando una afirmación contundente cuya validez se basaba tan sólo en la afirmación misma –que cada mujer tendría un marido– y, que, por tanto, no podía ser probada, ni, en consecuencia, discutida (ver Santamaría y Casals, 2000: 213-215); o como lo expresa Chaves: “Esto, así, a primera vista, zanja todos los problemas”. El periodista, sin embargo, ponía en duda la afirmación de Hitler por medio de dos preguntas retóricas (y capciosas) consecutivas que ponían de manifiesto el carácter contradictorio del discurso de Hitler: “Pero, ¿habrá hombres bastantes para que cada mujer tenga un marido? ¿No hay en Alemania mayor número de hembras que de varones?”. Y así, introducía el tema del siguiente apartado: la contradicción entre las políticas raciales nazis y las de natalidad.

4.7.3. Problema insoluble

El ladillo ya anuncia esa contradicción: “Problema insoluble”. El periodista lo expone así:

La cosa se complica, si se tienen en cuenta las exigencias racistas de los “nazis”. Sostienen éstos que no todos los seres humanos tienen derecho a reproducirse; como una de las piedras angulares del nacionalsocialismo es la depuración de la raza, los “nazis” aspiran a que sólo los puros arios puedan casarse y tener hijos (Chaves Nogales, 1933h).

Ya hemos hablado de algunas medidas raciales y eugenésicas nazis en el apartado 4.6. Y a pesar de que aquí la información de Chaves es exacta en lo referente a la “depuración de la raza”, lo cierto es que el aspecto en el que se centrará más adelante el periodista, la ascendencia racial, tan sólo es uno de los varios elementos de la política demográfica nazi. De acuerdo con Koonz (2003: 127), en junio de 1933, durante la reunión inaugural de un comité creado por Wilhelm Frick, ministro nazi del Interior, de expertos en política demográfica y racial, entre los que había desde eugenistas y médicos hasta ideólogos del partido, Frick “se refirió sólo de manera tangencial a los peligros de la «mezcla racial y la degeneración racial», y de las «personas de entornos extranjeros» (*Fremdstämmigen*)”. Los judíos, insiste Koonz, “no eran el objeto de la nueva política racial”, sino “sólo una dimensión de una exhaustiva revolución moral que llevaría al resurgimiento de los valores comunitarios”. Según Fritz, había que erradicar tres “perniciosas modas” adquiridas por el pueblo alemán durante la República de Weimar: el control de natalidad, los programas de asistencia social y “la libertad sexual que fomentaba la aparición de la mujer masculina” (128). No obstante, las medidas de esterilización combinadas con la prohibición a los estériles de contraer matrimonio conllevaban el mismo problema que planteaba Chaves: si, como calculaba Frick, uno de cada cinco alemanes debía ser esterilizado por motivos eugenésicos (Koonz, 2003: 129), el número de personas disponibles para el matrimonio quedaría más reducido si cabía.

No obstante, lo cierto es que los nazis consiguieron aumentar el número de matrimonios sólo durante sus dos primeros años de gobierno, en 1933 y 1934, y luego en 1939. En 1932 se registraron 516.793 matrimonios en toda Alemania; 638.573 en 1933, y 740.165 en 1934. A partir de entonces se mantuvieron por debajo de los 700.000 hasta 1939, cuando se produjo un repunte previo a un abrupto descenso durante la guerra (Länderrat des Amerikanischen Besatzungsgebiets, 1949: 47).

En cualquier caso, Chaves sigue desarrollando su argumento, en este caso, citando a uno de los “teorizantes más autorizados que tiene el racismo”, es decir, el nacionalsocialismo. El grado de ironía con el que el periodista reproduce esas declaraciones es difícil de determinar, aunque cabe suponer su desacuerdo con las mismas:

Uno de los teorizantes más autorizados que tiene el racismo concreta su programa de mejoramiento de la raza en una división fundamental de las mujeres alemanas, a las que clasifica en cuatro grupos: las que se deben casar de todos modos, porque su casamiento es conveniente para la raza; las que no importa nada que se casen y tengan hijos si las⁵¹² gusta; las que no se deberán casar más que después de haber sido esterilizadas, y las que no se debe consentir de ninguna manera que se casen (Chaves Nogales, 1933h).

No hemos podido determinar la fuente de esta cita indirecta ni identificar al “teorizante” al que hace referencia Chaves⁵¹³, aunque es perfectamente posible que se tratara de Arthur Ostermann, a pesar de que, en principio, no encaje en la descripción de “teorizante” del “racismo”. Sin embargo, parece que Chaves pensaba que sí: en la siguiente entrega del reportaje, publicada el 25 de mayo, el periodista cita a este eugenista y lo sitúa entre las “personalidades científicas del nacionalsocialismo que preconizan la esterilización”. Por el contrario, Ostermann no era nacionalsocialista ni defendía la superioridad de la raza aria, aunque sí preconizaba la esterilización por motivos eugenésicos. En realidad, Arthur Ostermann fue durante los años de la República de Weimar el *Ministerialrat* (una suerte de alto funcionario ministerial, como vimos en el apartado 4.4.2) responsable de las políticas de población e higiene racial del Ministerio para el Bienestar del Pueblo (Ministerium für Volkswohlfahrt) de Prusia y vicepresidente de la facción berlinesa de la Sociedad para la Higiene Racial (Gesellschaft für Rassenhygiene), que discrepaba con la facción muniquesa acerca de la superioridad de la raza nórdica, idea defendida por estos últimos (ver Schmuhl, 2005). Lo que Ostermann defendía, según Friedlander (2001: 147), era, por el contrario, la esterilización de los discapacitados y los *asociales* como solución a lo que ellos entendían como el problema de la degeneración genética y moral de la raza, pero no

⁵¹² Es poco habitual el uso del laísmo en la obra de Chaves.

⁵¹³ Son comunes en la obra de Chaves estas referencias a fuentes anónimas que hacen declaraciones que son públicas y cuyo anonimato no tiene más sentido que el de no entorpecer o alargar la crónica con nombres de personas cuya importancia es secundaria en la misma. El uso de este tipo de citas anónimas no justificadas era común en la época del periodista, mientras que hoy día su uso es escaso en el periodismo español, y se restringe a las columnas de opinión, merced a la influencia del periodismo anglosajón.

compartía el antisemitismo de los eugenistas nazis. Por ello y por sus vínculos con el Partido del Centro, era visto con recelo por los nacionalsocialistas. No obstante, cuando éstos llegaron al poder lo mantuvieron en su puesto y se sirvieron de su trabajo en el comité que redactó la ley para la esterilización voluntaria en Prusia en 1932, que nunca llegó a aprobarse, para luego redactar la Ley para la Prevención de la Descendencia con Enfermedades Hereditarias (Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses) del 14 de julio de 1933 (Schmuhl, 2005: 148). En cualquier caso, Ostermann dejaría su puesto en el ministerio prusiano en el otoño de 1933 a causa de una enfermedad (Schmuhl, 2005: 293-294), y con posterioridad su nombre sería borrado de algunos manuales de obstetricia reeditados durante los años del Tercer Reich (Fallwell, 2013: 155).

A pesar de todo ello, es posible que se trate de la fuente que Chaves cita aquí, no sólo porque el periodista, al parecer, ignoraba todos estos matices, sino porque el contenido de la cita indirecta que introduce en este apartado se asemeja a lo que Ostermann defendió en la Exposición sobre Cultura e Historia del Imperio Alemán (*Kulturhistorischen Schau des Deutschen Reiches*), celebrada en Dresde en 1931, a la que había asistido como líder de un grupo de expertos en el campo de la eugenesia. Allí, según Weinert (2017: 314), pidió que las personas con enfermedades hereditarias (*erblich Kranke*), los “débiles mentales” (*Schwachsinnige*), los “psicópatas” (*Psychopathen*) y los “asociales” (*Asoziale*) se acogieran, a través de las consejerías matrimoniales, a la esterilización voluntaria antes de la reproducción, ya que no los consideraba capaces de “encajar en la sociedad” (*in die Gesellschaft einzuordnen*). Por tanto, de ser Ostermann la fuente de Chaves, las mujeres que debían ser esterilizadas o que no debían casarse, según dicha cita, serían las que encajaran con los perfiles anteriores, no las judías.

Por otro lado, aparte de Ostermann, otros “teorizantes” que podrían encajar con la definición que ofrece el periodista y con las declaraciones citadas serían Hans Friedrich Karl Günther, Walter Groß, Achim Gercke, Arthur Gütt y Gerhard Wagner, todos ellos, expertos raciales al servicio del nuevo régimen. Gercke, “especialista del Ministerio del Interior en investigaciones sobre la raza”, era un antisemita acérrimo⁵¹⁴ que había comenzado la creación de un archivo con todos los descendientes de hebreos que vivían en Alemania cuando era estudiante en Gotinga (Friedländer, 1997: 50). En cuanto a Gerhard Wagner, era, además de eugenista y partidario de la esterilización obligatoria, dirigente principal de los Médicos del Reich (Kershaw, 1998: 551) y un “fanático racista” (Fiedländer, 1997: 39). Fue uno de los miembros del NSDAP que

⁵¹⁴ Baste como ejemplo de su fanatismo antisemita la siguiente nota de su autoría en un expediente del Ministerio del Interior sobre Karl Blumfeld, un funcionario de Chemnitz *acusado* de ser fruto de una relación extramatrimonial entre su madre y un hombre judío que, como se acabó demostrando según avanzaba la investigación, tenía trece años cuando Blumfeld fue concebido. Ante esta revelación Gercke escribía: “La imposibilidad de un hecho semejante no se puede dar por sentada, ya que entre los judíos la madurez sexual llega antes, y se conocen casos similares” (cit. en Friedländer, 1997: 55).

insistió en las discusiones previas a la promulgación de las Leyes de Núremberg en incluir como *judíos* incluso a aquéllos que sólo tenían un abuelo de origen hebreo (208-210). Asimismo, era, según Kershaw (1998: 554), “uno de los propugnadores más fanáticos de una prohibición de las relaciones sexuales entre alemanes y judíos”, y “llevaba abogando por una prohibición de los matrimonios entre «arios» y judíos desde 1933”, lo cual lo convierte en un probable candidato a ser la fuente de Chaves. Por su parte, Gütt, miembro del partido desde 1923 y autor de las “directrices de política racial” sobre “esterilización de personas enfermas e inferiores” del partido, era eugenésista y activista “incansable” de la esterilización obligatoria de los que padeciesen “enfermedades hereditarias” físicas o mentales (Kershaw, 1998: 479). Abogaba, al igual que Wagner, por la línea dura del partido con respecto a la clasificación racial de los judíos con algún abuelo judío (Friedländer, 1997: 210). Pero, de entre los cinco *expertos* mencionados, probablemente el más famoso teórico de la raza nazi, y, por tanto, uno de los candidatos que mejor encajan con el perfil de la fuente que cita Chaves aquí, era Hans Günther, miembro del NSDAP próximo al ministro del Interior Wilhelm Frick (Friedländer, 1997: 98, 171). El propio Hitler asistió a su lección inaugural de la nueva cátedra de cuestiones raciales y conocimiento racial (*Rassenfragen und Rassenkunde*) de la Universidad de Jena, de la que fue nombrado titular en 1930 por iniciativa del entonces nuevo presidente de Turingia, a la sazón, Wilhelm Frick (ver Kershaw, 1998: 321-322). Era, según Chapoutot (2017: 29), el “raciólogo jefe del partido nazi”, y “uno de los referentes intelectuales de Himmler” (244). No obstante, en 1944 su ensayo *Los hijos ilegítimos considerados desde un punto de vista racial*⁵¹⁵ sería prohibido por defender la monogamia (213), pues en plena guerra, los nazis decidieron fomentar la poligamia como solución a la falta de hombres, como anunciaría Chaves en esta misma crónica con extraordinaria clarividencia, como veremos más adelante. No obstante, Walter Groß era en 1933 un joven médico de 29 años a quien el partido le acababa de encargarse la creación de la Secretaría Nacional-socialista para la Instrucción sobre Políticas de Población y Bienestar Racial, según Koonz (2003: 130), quien añade:

Durante los siguientes doce años, Gross infundió en la cultura pública datos sobre un Volk supuestamente superior y sobre unos indeseables “otros”, término que englobaba a judíos, personas “genéticamente defectuosas”, alemanes africanos, gitanos, homosexuales y elementos “asociales” (delincuentes sexuales, vagabundos, etc.).

De acuerdo con esto, Groß bien podría ser la fuente de Chaves, aunque contra esta hipótesis se puede esgrimir que en la primavera de 1933 era aún relativamente poco conocido en la esfera pública. Por lo demás, otros investigadores nazis de temas raciales de cierto renombre en 1933 que no podemos descartar son Adolf Bartels, Martin Staemmler o Paul Schultz-Naumburg (ver Koonz, 2003: 133).

⁵¹⁵ Tanto el tema de este ensayo, como el del publicado en 1941, *La elección de los esposos. Condición de la felicidad conyugal y de la mejora hereditaria*, no hace sino reforzar la hipótesis de que Günther fuera la fuente que cita Chaves en este apartado de su crónica.

Pero, independientemente de la autoría de la cita que utiliza aquí Chaves, en lo referente a los judíos y las limitaciones impuestas a su derecho al libre matrimonio, cabe señalar dos hitos fundamentales desde el ascenso de Hitler al poder: el primero tuvo lugar el 7 de abril de 1933, con la promulgación de la Ley para la Restauración del Funcionariado (*Gesetz zur Wiederherstellung des Berufsbeamtentums*); el otro sería la aprobación de las Leyes de Núremberg, en septiembre de 1935. En cuanto a la primera, era importante en tanto que establecía por primera vez de forma oficial la definición de *no ario* como concepto legal. Según el primer decreto suplementario de la ley, con fecha 11 de abril, *no ario* sería todo aquel que “desciende de padres o abuelos no arios, particularmente judíos. Basta con que uno de los padres o de los abuelos sea no ario” (cit. en Friedländer, 1997: 49). Como explica Friedländer: “La definición como tal, fueran cuales fuesen sus términos precisos en el futuro, era la base inicial necesaria para todas las persecuciones que seguirían” (50). En cuanto a las Leyes de Núremberg, es decir, las conocidas como *Blutschutzgesetz* (Ley para la Protección de la Sangre) y *Reichsbürgergesetz* (Ley de Ciudadanía del Reich), promulgadas ambas en septiembre de 1935, “privaban a los judíos de la ciudadanía alemana y prohibían los matrimonios y las relaciones sexuales entre judíos y arios, y cuya misión primordial era frenar la *degeneración racial*” (Cayuela Sánchez, 2011: 262). Finalmente, la Ley para la Protección de la Sangre recogía el concepto de *mestizo* (*Mischling*) en grado uno o dos, según el número de abuelos judíos que tuvieran (dos o uno, respectivamente), y recogía una complicada casuística matrimonial que Friedländer (1997: 211) resume así:

[...] no se permitían los matrimonios entre un judío y un *Mischling* con un abuelo judío; entre dos *Mischlinge* que tuvieran un abuelo judío; y entre un *Mischling* con dos abuelos judíos y un ciudadano alemán (a estos últimos le podía conceder una dispensa especial el Ministerio del Interior o el adjunto del Führer). Los *Mischlinge* de primer grado (dos abuelos judíos) podían casarse con judíos (con lo cual se convertían en judíos) o unirse entre sí, dado que, tal como indicaba el material recogido por Hans F. K. Günther, tales parejas preferían no tener hijos. Por último, las ciudadanas de sangre alemana empleadas en un hogar judío en el momento de publicación de la ley podían continuar su trabajo solamente si habían cumplido los cuarenta y cinco años el 31 de diciembre de 1935.

Según Rudolf Heß, lugarteniente de Hitler, estas previsiones de la ley aseguraban que, ya fuera “en el presente o en la siguiente generación, los *Mischlinge* germano-judíos” acabarían perteneciendo “o bien al grupo judío o bien al de los ciudadanos alemanes” (cit. en Friedländer, 1997: 211). No obstante, la persecución por parte de los nazis de las relaciones entre mujeres *arias* y judíos comenzó ya en 1933, lo cual no es de extrañar si tenemos en cuenta la posición particularmente fanática que mantenía Hitler a este respecto en *Mein Kampf* (1926: 847-851), donde acusaba a los judíos de *profanar* (*schänden*) a las mujeres *arias*:

Der schwarzhaarige Judenjunge lauert stundenlang, satanische Freude in seinem Gesicht, auf das ahnungslose Mädchen, das er mit seinem Blute schändet und damit seinem, des Mädchens,

Volke raubt. Mit allen Mitteln versucht er die rassistischen Grundlagen des zu unterjochenden Volkes zu verderben⁵¹⁶.

Las siguientes dos fotografías resultan muy ilustrativas de esa temprana persecución de las relaciones entre mujeres *arias* y hombres judíos:



El comerciante judío Leopold Westheimer es conducido descalzo por las calles de la ciudad bávara de Rothenburg por la policía, miembros de la SA y de las Hitler Jugend el 6 de agosto de 1933, tras haber sido agredido, con un letrero colgado al cuello en el que se podía leer: “Ich bin ein Judenschwein, ich habe ein deutsches Mädchen geschändet!” [“Soy un cerdo judío: he profanado a una chica alemana”]⁵¹⁷.



Fotografía tomada en la localidad de Cuxhaven, en la desembocadura del Elba, en 1933, en la que se puede ver a un grupo de miembros de la SA rodeando a una mujer que porta un cartel con el siguiente mensaje en alemán: “Soy la cerda más grande de la ciudad y sólo me junto con judíos”, y a un hombre que muestra otro que dice: “Como joven judío que soy, sólo llevo chicas alemanas a mi habitación”⁵¹⁸.

⁵¹⁶ “El joven judío de cabello negro acecha durante horas, con felicidad satánica en la cara, a la chica desprevenida, a la que profana con su sangre y la roba a su pueblo. Por todos los medios, intenta socavar los fundamentos raciales del pueblo subyugado”.

⁵¹⁷ En *Rothenburg unterm Hakenkreuz* (2014): “Rothenburg im Jahr 1933”. En <<https://cutt.ly/PfyLJp4>> [cons. 18/6/2020].

⁵¹⁸ Stadtarchiv Nürnberg E39 Nr. 1747. En *Cuxhavener Nachrichten* (2019): “Bewegendes Foto: Als Juden in Cuxhaven verfolgt wurden”. En <<https://cutt.ly/4fyLSSo>> [cons. 18/6/2020].

Por otra parte, en noviembre de 1935, se promulgó la Ley de Salud Matrimonial (*Ehegesundheitsgesetz*), que prohibía el matrimonio a todo el que sufriera una *enfermedad hereditaria* (Rodríguez García, 2014: 130), tal y como los nazis entendían tal concepto (ver apdo. 4.6.1). En definitiva, cabe suponer que toda la casuística prevista en las leyes de 1935 era la misma de la que hablaba el “teorizante” mencionado por Chaves en la primavera de 1933. De acuerdo con todo ello, se puede establecer la hipótesis de que las mujeres “que se deben casar de todos modos” a las que se refería el *teorizante* eran las *arias sanas*; “las que no importa nada que se casen y tengan hijos si las gusta”, las mestizas con un solo abuelo judío *sanas*; “las que no se deberán casar más que después de haber sido esterilizadas”, las que tuvieran alguna *enfermedad hereditaria* y, quizá también, las mestizas con dos abuelos judíos; y, por último, “las que no se debe consentir de ninguna manera que se casen”, las judías con tres o cuatro abuelos judíos.

A continuación, Chaves habla de las únicas restricciones en esta materia que ya en 1933 estaban vigentes, aquellas que pesaban sobre los miembros de las SS:

A los varones, el nacionalsocialismo les impone también no pocas restricciones. Una de las ordenanzas de Hitler a sus tropas de protección –que son lo más selecto del nacionalsocialismo⁵¹⁹– previene que ningún individuo de estas tropas podrá contraer matrimonio si no presenta ante el servicio de control de la raza los cuadros genealógicos debidamente en regla, suyo y de su prometida (Chaves Nogales, 1933h).

En efecto, la información del periodista es exacta. Los miembros de las SS y sus prometidas debían presentar sus credenciales raciales ante la RuSHA (Oficina Central de la Raza y de la Colonización), según explica Chapoutot (2017: 244):

El organismo [...] tiene una doble misión. Como guardián de la raza y de su pureza, es el encargado de la valoración genealógica y antropométrica que deben pasar los aspirantes a ingreso en las SS, así como las novias de estos: un miembro de las SS solo puede casarse con la autorización previa del Reichsführer SS, después de una valoración racial de la prometida, en debida forma.

Cabe recordar aquí también el discurso del jefe de las Juventudes Hitlerianas, Baldur von Schirach, del 13 de marzo de 1938, ante una tropa de nuevos reclutas, entre los que estaba Peter Neumann, quien refiere las palabras del líder nazi:

Uno de nuestros primeros objetivos consiste en obtener por todos los medios una raza alemana moral y físicamente pura... Vosotros, los jóvenes, sois la futura élite de nuestro pueblo. Vosotros, más que nadie, debéis custodiar celosamente vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestros músculos y vuestro cerebro frente a los contactos degradantes, para poderlos ofrecer un días, limpios y sin tacha, a la patria (Neumann, 1975: 16).

Chaves, insiste a continuación, no sin ironía, en la contradicción latente entre las medidas raciales nazis y la promesa de Hitler de darle a cada mujer alemana un marido,

⁵¹⁹ En cierto sentido, Chaves acierta al denominar a los miembros de las SS como “lo más selecto del nacionalsocialismo”, ya que eran literalmente seleccionados según los a veces arbitrarios criterios raciales del partido para colonizar, en su condición de arios puros, los territorios que el Reich conquistara (ver Chapoutot, 2017: 245).

por supuesto, *ario*: “Este cuidado por el «pedigree» reduce notablemente el número de varones que puedan convertirse en maridos. No se vislumbra cómo Hitler va a poder cumplir su promesa a las mujeres alemanas de darles un marido a cada una” (Chaves Nogales, 1933h). La ironía reside en el uso del anglicismo *pedigree* (es decir, la genealogía animal) referido a la genealogía de los alemanes. El periodista ridiculiza así la obsesión nazi por la pureza de la raza, más propia de criadores de animales. Y, con la misma ironía, habla a continuación de “los vilipendiosos tiempos de la democracia y el internacionalismo” (1933h) en referencia a la República de Weimar. La ironía radica en la elección del adjetivo “vilipendiosos” en lugar de *vilipendiados*. El periodista utiliza una vez más el lenguaje de los nazis para burlarse de su discurso. Sin embargo, no está claro, como veremos a continuación, si hay ironía en lo que añade después:

En los vilipendiosos tiempos de la democracia y el internacionalismo que han terminado para siempre, la raza ha degenerado indudablemente porque las mujeres germánicas no tenían ningún escrúpulo en casarse con judíos, indios, chinos, negros o lo que hubiera; yo quiero creer que las muchachitas germánicas han preferido siempre ver sus claros ojos reflejados en los ojos azules de un ario de lo más puro que pueda darse; pero ¿y si no hay ario? Si en el mercado matrimonial tenían cotización los judíos, era sencillamente porque escaseaban los arios (Chaves Nogales, 1933h).

Cabe pensar, por el tono del párrafo anterior y del siguiente que Chaves habla con ironía de la *degeneración de la raza* y del gusto de las alemanas por los *arios*, pero también cabe recordar aquí la anécdota que refería en *La vuelta a Europa en avión*, según la cual, cuando en París vio a un anciano chino con “la cara amarilla y fea” hablando con una “jovencita blanca y fresca de Occidente”, le gritó a aquél: “¡Eh, chino! [...] ¡A tus chinerías! ¡Occidente, para los occidentales!” (Chaves Nogales, 1929: 48). Casi cinco años más tarde su forma de ver las cosas a ese respecto podría haber cambiado. Aunque en su crónica del 26 de mayo, el periodista mostraría también ciertos prejuicios contra los judíos que pedían asilo en la embajada de España en Berlín (ver apdo. 4.9.5). Por otra parte, esta actitud choca con esa otra declaración de principios que hacía también en *La vuelta a Europa en avión*, tal y como vimos en el apartado 4.1.1, cuando alababa al “alemán viajero” frente al “cerrado, auténtico”, al que consideraba “el bárbaro por antonomasia”, y aseguraba: “Cada vez soy más fervoroso partidario de la compenetración. Creo que todo lo que se hace en el mundo es producto de fusiones de ideas, sentimientos o fuerzas. Lo peor del mundo es el aislamiento, las fronteras, el ignorarse los unos a los otros, el negarse” (Chaves Nogales, 1929: 102).

En cualquier caso, parece claro que no ironiza al asegurar que las muchachas alemanas preferían a los *arios* antes que a los judíos y que si se casaban con éstos era por falta de *arios*. Sin embargo, es igualmente claro que se trata de una exageración o, directamente, de una falsedad, por lo demás, imposible de demostrar, pues, para ello, habría que conocer los sentimientos de todas las jóvenes alemanas de los años veinte. No obstante, hay casos suficientes de alemanas casadas con judíos que los acompañaron fielmente en la tragedia que para ellos supuso el Tercer Reich a pesar del peligro que

con ello corrían sus vidas y de las facilidades para el divorcio de sus maridos judíos que el nuevo régimen les ofrecía, como por ejemplo, Eva Klemperer, esposa *aria* del filólogo alemán Victor Klemperer, judío para más señas (ver Klemperer, 1995).

Por lo demás, Chaves vuelve a hacer uso del irónico símil de los nazis y los criadores de animales al final de su argumentación, esta vez de forma más explícita, refiriéndose a los “ganaderos” y la “raza bovina” (1933h); y, además, realiza una predicción en la que, una vez más, acertaría de lleno:

Los arios van a seguir escaseando, y como Hitler no se decida a resolver el problema de su raza como resuelven los ganaderos el de la raza bovina, mucho es de temer que no llegue a cumplir sus promesas. Ya verán ustedes cómo va a tener que instituir la poligamia. Los “nazis”, de las tropas de protección a los que tanto se cuida el “pedigree”, parecen ser los indicados para cumplir esta misión reproductora (Chaves Nogales, 1933h).



Hogar del *Lebensborn* en el municipio bávaro de Steinhörig; mujer alimenta a un niño en el hogar de Wernigerode, cerca de Gotinga; y hogar de Nordrach, en la Selva Negra⁵²⁰.

Chaves anticipa aquí la creación en 1935 por parte del jefe de las SS, Heinrich Himmler, de los hogares del programa *Lebensborn* (literalmente, *manantial de vida*). Estas instituciones estaban destinadas, al menos de cara al público, a “dar a las mujeres racialmente satisfactorias portadoras de hijos ilegítimos la oportunidad de tenerlos sin gastos y de pasar las últimas semanas del embarazo en un ambiente tranquilo”, según el propio Himmler (cit. en Grunberger, 1971: 262). No obstante, el *Lebensborn* servía también como servicio de adopción para miembros del partido y como centro de procreación, es decir, era un programa pensado para evitar los abortos y fomentar la natalidad de madres solteras *arias* que hubiesen quedado embarazadas asimismo por hombres *arios* o que quisieran llegar a conseguirlo, especialmente durante la guerra. Según Grunberger (1971: 263), se rumoreaba que la institución contaba con “agentes de procreación” (*Zeugungshelfer*), “hombres de auténtico valor, racialmente puros”, según Himmler (cit. en Grunberger, 1971: 263), encargados de dejar embarazadas a las mujeres solteras que querían tener un hijo, tal y como, de hecho, relata una de ellas:

En el hostel de Tegernsee, esperé hasta el décimo día después del comienzo de mi menstruación y fui examinada médicamente; a continuación me acosté con un hombre de las SS que tenía que cumplir también su obligación con otra chica. Cuando se diagnosticó el embarazo, pude elegir

⁵²⁰ En *Lebensspuren Deutschland*, <<https://cutt.ly/BfyLOlq>> [cons. 24/5/2020].

entre volver a casa o entrar directamente en un hogar de maternidad... (cit. en Grunberger, 1971: 263).

Lo cierto es que, si bien en Alemania no se instituyó la poligamia oficialmente, como preveía Chaves, sí se hizo oficiosamente. En lo referente al uso de las SS para esa “misión reproductora” de la que hablaba el periodista, el propio Himmler, a pesar de las reservas de los miembros más conservadores del partido acerca de los hijos ilegítimos, había pedido a los miembros de las fuerzas de protección en 1940 que dejaran un hijo antes de morir, aunque fuese fuera del matrimonio:

Sólo el que deja un hijo tras él puede morir tranquilo... Más allá de los límites de las leyes y costumbres burguesas, quizá en otros casos necesarios, y fuera de la esfera del matrimonio, la tarea sublime de mujeres y muchachas alemanas de buena sangre, comportándose no frívolamente sino con una profunda seriedad moral, es convertirse en madres de hijos de soldados que parten para la batalla, y de quienes sólo el destino sabe si regresarán o morirán por Alemania (cit. en Grunberger, 1971: 264).

Es más, al final de la guerra, los planes de Himmler irían más allá. Planeaba junto a Martin Bormann, jefe de la Cancillería, la instauración después de la guerra de la institución del matrimonio doble “para grandes grupos de alemanes meritorios”, como funcionarios del partido o soldados condecorados, según Grunberger (1971: 266), que añade: “La poligamia selectiva todavía podría enderezar el descenso del índice de natalidad y corregir el desequilibrio en el mercado matrimonial producido por la guerra”. Como señala Sigmund (2000: 23), el matrimonio para los nazis “no era algo exigible por consideraciones morales”, sino que tan sólo lo valoraban como “institución reproductora”. Así, por ejemplo, Gerda, la mujer de Martin Bormann, se mostraba entusiasmada con los planes de su marido, el cual, además, en una nota aseguraba que eran planes compartidos por Hitler:

Sería bueno que al final de la guerra, se aprobara una ley como la que se aprobó al final de la guerra de los Treinta Años, que otorgaba a los hombres sanos y válidos el derecho de tener dos mujeres [nota al margen de Martin Bormann: El Führer está pensando en cosas parecidas]. Habrá tan pocos hombres valiosos que sobrevivan a esta azarosa lucha, tantas mujeres valiosas condenadas a no tener hijos... ¡Necesitamos niños también de esas mujeres! (cit. en Sigmund, 2000: 25).

Richard Walter Darré, teórico racista con fuerte influencia sobre Himmler y jefe de la Oficina Central de la Raza y la Colonización de las SS (la RuSHA, de la que ya hemos hablado), defendía en su obra *Neuadel aus Blut und Boden (Nueva nobleza de la sangre y el suelo)*, de 1930, la primacía de la “mejora racial” frente a la moral burguesa, que ponía por delante del “valor hereditario” la convención del matrimonio (cit. en Chapoutot, 2017: 191). Es posible que Chaves tuviera noticia de ésta u otras obras de los racistas próximos al NSDAP. Diez años más tarde, el mismo Darré se quejaba de que en Alemania “aún nos preguntemos a menudo en qué condiciones matrimoniales ha nacido un hijo, en lugar de preguntarnos por su valor racial” (cit. en Chapoutot, 2017: 191). En definitiva, Chaves previó lo que le esperaba a Alemania en ese ámbito simplemente leyendo y escuchando a los nazis y dándole credibilidad a sus intenciones,

cuando la mayoría no las quería creer porque les parecían despiadadas o excéntricas. Tal y como expresaría Camus años más tarde en *La peste*:

Las plagas, en efecto, son una cosa común pero es difícil creer en las plagas cuando las ve uno caer sobre su cabeza. [...] Cuando estalla una guerra, las gentes dicen: “Esto no puede durar, es demasiado estúpido”. [...] La plaga no está hecha a la medida del hombre, por lo tanto el hombre se dice que la plaga es irreal, es un mal sueño que tiene que pasar. Pero no siempre pasa, y de mal sueño en mal sueño son los hombres los que pasan [...] (1947b: 35).

Esto ocurrió, sin duda, con la llegada de los nazis al poder. De ahí el mérito de Chaves al anticipar algunas de las cosas que habrían de ocurrir en Alemania bajo el régimen de Hitler.

4.7.4. El triste destino de las madres alemanas

Como señala el ladillo del último apartado de esta crónica –“El triste destino de las madres alemanas”–, Chaves muestra su pesadumbre por el destino que, según él, les esperaba a las mujeres alemanas. Y, de nuevo, habla sobre el papel al que el nuevo régimen las había relegado:

Las tres kaes, “kuche”, “kirche”, “kinder” –es decir, la cocina, la iglesia y los hijos–, son todo el programa feminista del nacionalsocialismo. Las mujeres alemanas no pueden llamarse a engaño. No hay una sola alusión a los derechos de la mujer en todo el programa oficial del partido. La patria alemana van a hacerla los hombres solos. De las mujeres –dicen– sólo queremos los hijos. Y, en efecto, desde que se encargó del Poder, Hitler ha ido mandando a sus casas a numerosas e importantes funcionarias que hace unos años jugaban un gran papel en la política y la administración. Las mujeres ya no cuentan (Chaves Nogales, 1933h).

En efecto, la única referencia que se hace a las mujeres en el programa del partido es una mención a las limpiadoras sin mayor significación política (Feder, 1927: 56). Hitler, en el congreso del partido de 1934, diría:

Las mujeres alemanas quieren ante todo ser esposas y madres, no quieren ser camaradas, como esos rojos que tratan de congraciarse como el pueblo y pretenden convencerse a sí mismos y a ellas. No echan de menos la fábrica, no echan de menos la oficina y tampoco echan de menos el Parlamento. Un hogar íntimo, un marido cariñoso y un montón de niños felices es algo más próximo a sus corazones (cit. en Sigmund, 2000: 24).

No obstante, como señala Sigmund (2000: 24), esta visión de la mujer se volvería pronto contra los nazis, al igual que su desprecio hacia la ciencia. Cuando estalló la guerra, mientras los nazis permitían trabajar a las mujeres en las fábricas de armamento a regañadientes, las mujeres de los países aliados contribuían al esfuerzo de guerra tanto como sus conciudadanos varones.

En cuanto a las tres “kaes” a las que se refiere Chaves, *Kuche*, *Kirche*, *Kinder* –donde *Kinder* se traduce literalmente como *niños*, aunque la traducción de Chaves,

“hijos”, no es desacertada en ese contexto—, se trataba de un lema que proliferó entre las clases conservadoras alemanas a medida que el papel de la mujer en la sociedad de los años veinte se diversificaba, según Grunberger (1971: 267), quien explica que el eslogan “el lugar de la mujer está en el hogar” encontraba más eco “cuanto más se encauzaba el trabajo femenino hacia fábricas y oficinas” debido a las necesidades económicas, la movilización industrial de la guerra y el desequilibrio demográfico de la posguerra. Por otra parte, Chaves hace uso de la sinécdoque al reducir el programa del NSDAP respecto a las mujeres a las “tres kaes”, buscando causar mayor impresión en el lector, a la vez que el uso de términos alemanes le da verosimilitud y proximidad a su relato, como ya hemos comentado en otras ocasiones.

En cuanto a la cita indirecta que utiliza Chaves, cuyo emisor son *los nazis* en general —“De las mujeres —dicen— sólo queremos los hijos”—, ya hemos visto en el apartado anterior bastantes declaraciones de nazis eminentes en ese sentido. Por otra parte, utiliza de nuevo con ironía, y valiéndose de la complicidad del lector, el lenguaje nazi: “La patria alemana van a hacerla los hombres solos”. Y, en cuanto, a la afirmación, en la que media el uso de una metonimia, de que Hitler había “mandado a su casa” a importantes funcionarias, es cierto, como explica Grunberger (1971: 276), que las “doctoras y funcionarias casadas fueron despedidas de sus puestos inmediatamente después de la toma de poder”. Efectivamente, el despido de mujeres de la administración pública fue generalizado, salvo en áreas muy determinadas (entre ellas, aquellas ligadas a las organizaciones femeninas del partido):

Aunque en los primeros tiempos del régimen se efectuó una purga bastante sistemática, se mantuvieron en todo momento puestos administrativos en los servicios sociales como zonas especiales reservadas a la mujer; en 1938, uno de cada diez funcionarios era una mujer (278).

Asimismo, también descendió el número de profesoras de educación secundaria y las universitarias. Y, desde 1936, se prohibió a las mujeres ejercer como jueces o fiscales (276-277). En definitiva, el contundente final de párrafo de Chaves, si bien exagerado, resume la política nazi sobre el papel público de las mujeres en el Tercer Reich: “Las mujeres ya no cuentan”.

En este sentido, la crónica incluye dos fotografías (ver apéndice 17) que ilustran la regresión tradicionalista que proponía el nacionalsocialismo en el modo de vida de las mujeres. La primera ocupa la parte inferior del centro de la primera página, y en ella se puede ver a una joven alemana con ropa deportiva corta sentada sobre lo que parece un columpio, con aspecto de ser feliz. En el correspondiente pie de foto se puede leer:

La gracia y la belleza de la mujer alemana tenían, en los últimos tiempos, una expresión dinámica y violenta. La clásica “gretchen” de ojos azules y trenzas doradas se había lanzado impetuosamente a los rudos deportes varoniles, suelta al aire la rubia cabellera. ¿Soportará ahora la “vuelta al fogón”, que preconizan los “nazis”? (Chaves Nogales, 1933h).

Gretchen, hipocorístico de Margarete, era el nombre del personaje femenino del que estaba enamorado el doctor Faust, el protagonista de la famosa obra homónima de Goethe. En la época en que Chaves escribió la crónica, representaba el estereotipo de la belleza femenina y la moral alemana tradicional. Sobre el choque entre ese modelo y la nueva mujer surgida de la sociedad de la posguerra, Grunberger (1971: 267) explica:

[...] la aceptación de cambios materiales y técnicos estuvo a menudo acompañada del rechazo de los correspondientes cambios sociales. Un claro ejemplo de ese mecanismo es la persistencia de ese modelo de feminidad, "Gretchen". Mientras una cantidad creciente de mujeres vivían materialmente a la sombra de las máquinas de coser (y de otras máquinas), eran aún consideradas, desde el punto de vista mental, como si todavía manejasen la rueca.

En cuanto a los "rudos deportes varoniles" a los que se había lanzado la mujer alemana, "suelta al aire la rubia cabellera", de los que se habla en el pie de foto, recuerdan a una escena presenciada por el propio Chaves en su anterior viaje a Alemania y descrita en *La vuelta a Europa en avión* en la que una chica alemana jugaba y forcejeaba con unos jóvenes de su edad en una piscina pública de Berlín el verano de 1928: "La chica se levanta entonces, se estira cuidadosamente el maillot y se lanza impetuosa contra los muchachos, sonriendo enardecida. Esta lucha se repite una y mil veces con gran alborozo de hembras y varones" (Chaves Nogales: 1929: 79). Esa mujer alemana de los años veinte de la que habla Chaves pertenecía al mundo que describe Sigmund (2000: 18):

Las mujeres trabajaban en todos los sectores y cuidaban la imagen que las mundanas clases altas de los años veinte les habían dado. Había carreras de coches femeninas, actos organizados por aviadoras deportistas y concursos de paracaidistas... la "mujer moderna" no era sólo un eslogan. Ese nuevo tipo de mujer que se manifestaba en la ingeniera Melitta Schiller (de casada condesa Stauffenberg), doctora en ciencias físicas y piloto de aviación, no tenía nada que ver con el ideal nazi de la mujer "junto a la rueca y el costurero".

En lo referente a la otra fotografía, muestra una escena en un restaurante en la que aparecen dos mujeres y un hombre sentados a una mesa junto a la que cuelga un retrato de Hitler y un cartel donde se puede leer: "Die deutsche Frau raucht nicht". El pie de foto explica: "«La mujer alemana no fuma», dicen estos cartelitos difundidos por toda Alemania por los organizadores de la campaña «nazi» de moralización de las costumbres y de extirpación de todos los vicios femeninos, aun de este pequeño vicio del cigarrillo" (Chaves Nogales, 1933h). En efecto, los nazis estaban en contra de que las mujeres fumasen⁵²¹, actividad que estaba prohibida en algunas de sus organizaciones femeninas (Grunberger, 1971: 279), o usaran lápiz de labios o maquillaje (Kater, 2004: 144), como parte de su campaña propagandística a favor de la mujer tradicional alemana. Así, por ejemplo, el *Völkischer Beobachter* condenaba el maquillaje y lo llamaba "pinturas de guerra orientales" (cit. en Grunberger, 1971: 279). Se dio, incluso, el caso de que muchachas que viajaban maquilladas en el transporte público de Berlín

⁵²¹ En cierta ocasión, el propio Hitler, que detestaba el olor a tabaco, según Sala Rose (2003: 367), "al saludar a la bella actriz austriaca Maria Holst durante una recepción, le reprochó el olor a tabaco que percibió en su cabello al acercarse a ella para besarle la mano".

eran llamadas “putas” o “traidoras” (Grunberger, 1971: 279). En algunos lugares, la campaña también incluyó el uso de pantalones, mal visto por los más contumaces defensores de la moral tradicional (280-281). Según Kater (2003: 144), “los nazis proyectaron la imagen de la fémina nazi como una mujer que se recogía el pelo en un moño y vestía con gusto pero con sencillez”. Asimismo, añade: “Los dictados del régimen en pro de una joven aseada y bien vestida tenían como finalidad atraer al hombre alemán para la procreación y crianza de futuros hijos” (144).

Por lo demás, sigue Chaves su crónica con otra predicción que, en cierta medida, habría de convertirse una vez más en realidad:

Es posible que más adelante, cuando pase el tiempo sin que se convierta en realidad esta esperanza que hoy tienen las mujeres de que la vuelta al hogar va a dulcificar y mejorar su existencia, Hitler tropiece con la enemiga del feminismo, pero de momento, todas las mujeres están a su lado. Todas no; seamos exactos; si hay algo en Alemania capaz de resistir al “führer” son algunos Sindicatos femeninos de obreras y empleadas que, por las señales que han dado, no se avienen tan dócilmente como los varones a que se cumpla la voluntad del amo. Creer, sin embargo, que estas débiles resistencias pueden tener alguna importancia política, es hacerse ilusiones (Chaves Nogales, 1933h).

Grunberger (1971: 275) recoge algunas quejas de las mujeres nazis que, en efecto, no vieron sus vidas *dulcificadas* con la “vuelta al hogar”. Un libro publicado en 1934 bajo el título *Las mujeres alemanas a Adolf Hitler* recogía varias quejas de las mujeres nazis, entre ellas la de que los maridos pasaban más tiempo en sus asociaciones que en casa: “La mujer se hunde más y más en las tinieblas de la soledad, –escribían–. Vemos a nuestras hijas en una triste ociosidad, viviendo sólo con la vaga esperanza de encontrar un marido y tener hijos. Si no lo consiguen, sus vidas se verán frustradas” (cit. en Grunberger, 1971: 275). Asimismo, en la revista del Departamento Femenino del Frente de Trabajo, *Frau und Werk*, se podía leer a favor de las mujeres trabajadoras lo siguiente: “No puede esperarse que las personas rindan siempre al máximo de su trabajo si se les hace sentir constantemente que su actividad, es más, su simple presencia, es indeseable” (cit. en Grunberger, 1971: 275-276). Y así, Grunberger recoge varias reivindicaciones sobre maestras, doctoras, estudiantes, etc. que pedían respeto y un mayor grado de participación en la sociedad y el mundo laboral (276).

Sin embargo, como también advertía Chaves, estas quejas tenían una importancia política muy relativa. Denotaban cierto malestar entre algunas mujeres, pero poco más. Por otra parte, en lo referente a los “sindicatos femeninos de obreras y empleadas” que ofrecían alguna resistencia a las medidas del nuevo régimen a los que se refiere Chaves, el periodista hacía referencia con bastante seguridad a la Liga de Asociaciones Alemanas de Mujeres (*Bund Deutscher Frauenvereine*, BDF), que englobaba a los más importantes sindicatos femeninos de Alemania; pero que, no obstante, fue disuelta el 15 de mayo de 1933, poco más de una semana antes de que se publicara esta crónica, lo que hace pensar que la misma acaso fuera escrita antes de esa fecha. Stoehr (2019) explica que el sindicato decidió disolverse tras tres años de lucha

contra el nacionalsocialismo porque su última presidenta, Agnes von Zahn-Harnack, no veía posible seguir funcionando con los requisitos impuestos por los nazis, que incluían la subordinación incondicional a los líderes de NSDAP y la expulsión de los miembros *no arios* de las juntas. De modo que, como anticipaba Chaves, efectivamente, no convenía “hacerse ilusiones”.

A continuación, el periodista preveía que el problema de la mujer le estallará al régimen más adelante: “No; el problema, el pavoroso problema de la mujer, se planteará en Alemania más adelante” (Chaves Nogales, 1933h), como explicaría a continuación, no sin antes volver a hablar sobre la situación de la mujer durante la República de Weimar:

Cuando Alemania acababa de perder la guerra, las infelices mujeres alemanas, que veían sus hogares deshechos, arruinada su dicha familiar, agotado su patrimonio y socavados los cimientos de su moral, se lanzaron a una nueva vida heroica de intervención en los asuntos públicos, de trabajo en las fábricas, de lucha en las oficinas, de aventura e inseguridad. Con esa sorprendente capacidad de adaptación que tienen las mujeres, las que hasta entonces habían sido entusiastas conservadoras de las tradiciones germánicas más puras, aquellas mujeres de clase media recatadas y honestas, y aquellas campesinas de costumbres y trajes patriarcales, al verse lanzadas al torbellino de la postguerra se improvisaron una vida nueva sin raigambre, sin el apoyo de la moral tradicional, sin base sólida de subsistencia, vinculada en las angustiosas necesidades del momento, de un vivir puramente instantaneísta que desdeñaba el pasado –demasiado triste– y el porvenir –demasiado incierto–. Se trabajaba furiosamente para gastar inmediatamente lo ganado; hombres y mujeres se entregaban exclusivamente al afán de cada hora, y no había más preocupación que la de arrancar, a costa de lo que fuese, los marcos necesarios para la satisfacción de los instintos en cada momento. Así ha ido rehaciéndose Alemania; esta es la base de la pujante nación de hoy (Chaves Nogales, 1933h).

Ya hemos hablado en el apartado 4.7.2 de la difícil situación económica, laboral y social por la que atravesaron muchas mujeres alemanas tras la Primera Guerra Mundial, la misma que Chaves vuelve a resumir aquí: “[...] veían sus hogares deshechos, arruinada su dicha familiar, agotado su patrimonio y socavados los cimientos de su moral”, de modo que se vieron empujadas a “una nueva vida heroica de intervención en los asuntos públicos, de trabajo en las fábricas, de lucha en las oficinas, de aventura e inseguridad”. Y acto seguido explica qué tenía de heroica esa nueva vida, dibujando un admirable retrato sociológico de la mujer desarraigada de la época y mostrando gran comprensión de sus problemas: “[...] aquellas mujeres de clase media recatadas y honestas, y aquellas campesinas de costumbres y trajes patriarcales”, que “improvisaron una vida nueva sin raigambre, sin el apoyo de la moral tradicional, sin base sólida de subsistencia, vinculada en las angustiosas necesidades del momento”. Y, por último, cabe también resaltar la mención de la que Chaves consideraba una característica propia del género femenino, una “sorprendente capacidad de adaptación”.

A continuación, el periodista resumía con maestría en un par de líneas el *Zeitgeist* de la República de Weimar:

[...] de un vivir puramente instantaneísta que desdeñaba el pasado –demasiado triste– y el porvenir –demasiado incierto–. Se trabajaba furiosamente para gastar inmediatamente lo ganado;

hombres y mujeres se entregaban exclusivamente al afán de cada hora, y no había más preocupación que la de arrancar, a costa de lo que fuese, los marcos necesarios para la satisfacción de los instintos en cada momento.

Anticipaba así el tema de la siguiente crónica, en la que comenzaría contrastando la vida bohemia berlinesa de los años de Weimar con la realidad gris del Berlín nazi, como veremos en el siguiente apartado. Chaves había tenido ocasión en su viaje de 1928 de conocer de primera mano el ambiente hedonista de los cafés y cabarets de Berlín en los *dorados años veinte* (*Die goldenen Zwanziger*). Sin duda el retrato de época que plasmaba en esta crónica tenía su origen en aquella experiencia. Así, ya en *La vuelta a Europa en avión* escribía que, aparentemente, los berlineses habían olvidado la guerra: “Parece como si la conciencia de las gentes atormentadas por aquella monstruosidad de cuatro años, la repudiase y se la hubiese arrancado deliberadamente de la memoria” (Chaves Nogales, 1929: 89-90). En el mismo sentido se pronunciaba Sebastian Haffner (1939: 75), que vivió como adolescente aquella época en Berlín: “Los últimos diez años cayeron en el olvido, como un mal sueño. El reino de los cielos volvía a estar lejos, no había demanda alguna de salvadores ni de revolucionarios”. Chaves, por su parte, aseguraba que, “al día siguiente de la guerra”, la gente se había puesto a divertirse como si no hubiera pasado nada: “Es curioso este afán de diversión, de goce sensual, despertado en el mundo inmediatamente después de la guerra” (1929: 90). Todo se reducía a trabajar y disfrutar de las rentas del trabajo:

La gente trabaja aprisa para gozar aprisa, para divertirse. Comer bien, beber, amar, hacer negocios, dinero, lujo, pieles, perlas, bienestar material; nada más. [...] La vida es dura y hay que andar suelto y con las manos libres para ganarla y hacerla amable. [...] una hora de jazz-band con una muchachita graciosa y despreocupada vale más que el más alquitarado deliquio amoroso (91).

La fisonomía de la ciudad que describía el periodista estaba en consonancia con ese espíritu y esa forma de vida: “En cada esquina hay un cabaret, un casino, un café o restaurante, donde una multitud ávida de comer, beber, bailar y divertirse consume todas las horas que el trabajo cotidiano le permite” (91-92). Asimismo, hablaba de los cabarets y salas de baile más populares a los que acudían “las mecanógrafas, los oficinistas y los obreros” de Berlín. Así, por ejemplo, escribía:

Este suntuoso salón de Wilhelm-Halle, donde en tres o cuatro parquets danzan gozosas tres o cuatro mil parejas, emocionadas gratamente por la sugestión jocunda de estas músicas de negros, es el espectáculo más revelador del espíritu europeo de la posguerra, ese espíritu obstinado precisamente en desconocer la guerra, en haberla olvidado, en hacer que no quede de ella un pequeño rastro capaz de turbar el anhelo de vivir que todos tienen (92).

Era el Berlín, en definitiva, que aparecía en las crónicas de Joseph Roth, la Alemania de las novelas de Alfred Döblin y Heinrich Mann. Era una Alemania en la que la guerra había abierto una grieta generacional, que según Díez Espinosa (1996: 66), llevó a un enfrentamiento de los valores de padres e hijos: “Autoritarismo/libertad. Militarismo/pacifismo. Disciplina/revuelta. Decrepitud/energía, etc.”. Díez se refiere a la República de Weimar como “un auténtico «Estado del Entretenimiento» (*Reich der*

Unterhaltung)” (301), y hace un retrato histórico del espíritu de la época afín al de Chaves y que puede observarse también en documentales célebres como *Berlin – Die Sinfonie der Großstadt* (1927), de Walter Ruttmann:

[...] la sociedad alemana se aprestaba, una vez terminada la prolongada jornada de trabajo, al disfrute máximo de posibilidades de disfrute y esparcimiento. [...] Con la noche, los intermitentes y cambiantes letreros de neón iluminan toda la ciudad. Los espectáculos dominan la noche berlinesa: cines, cabarets, variedades y revistas; espectáculos sobre los escenarios teatrales o sobre el hielo; visita al velódromo o a los combates de boxeo; juegos de azar y bailes, etc. (301-302).

Por otra parte, más allá de las apreciaciones de Chaves, cabe señalar su uso del neologismo *instanteneísta*. No es extraño el uso de este recurso en su obra. Así, por ejemplo, en otros textos del periodista podemos encontrar otros neologismos, como *panderetismo* (Chaves Nogales, 1921: 23), *sevillanistas* (34), *inactualidad* (73), *indesechable* (154), *miliunanochesco* (2013: 249 y 1931: 61), *discurseador* (1931: 49), *cirilistas* (60), *bolchevizantes* (276), *nazarenoide* (1933f), *chequista* (1934: 181), *gallistas* y *belmontistas* (1935: 201), *sanchopancismo* —éste puesto en boca de Juan Belmonte— (309), *fusilable* (1937: 5), *patronaje* (2013: 1754), *caporalismo* (1773), *maurrasiano* (1790), etc..

Por lo demás, más adelante, Chaves vuelve sobre el tema del segundo apartado de esta crónica (ver apdo. 4.7.2): la rendición de las mujeres a las promesas de Hitler, cansadas de la difícil lucha en el mundo laboral durante los años de crisis de la República de Weimar:

Pero ha llegado el momento en que las mujeres, las más débiles, las que han llevado la peor parte, no pueden más. Extenuadas, batidas constantemente en esta lucha desigual del arroyo, han oído las palabras del “führer”, que predica “la vuelta al hogar”, como una voz celestial. —¿Será verdad? —preguntan ilusionadas—. ¿Volveremos al gran tiempo? ¿Tendremos un hogar y unos hijos? (Chaves Nogales, 1933h).

El periodista utiliza aquí de nuevo un personaje ficticio, una alemana arquetípica que habla en nombre de las mujeres alemanas, y que plantea unas preguntas que, sin embargo, según Chaves, no hacen referencia a lo realmente importante: “No se han parado todavía a pensar que lo que ellas llaman «el gran tiempo» fueron los años anteriores a 1914, cuando se iba incubando la guerra; ni siquiera han pensado que cuando se les piden hijos es porque se espera el momento en que sean necesarios” (Chaves Nogales, 1933h). Recordemos en este sentido la crónica de Chaves del día anterior, en la que hablaba de la preparación de los niños alemanes para la guerra (ver apdo. 4.6), una guerra que aquí Chaves evita mencionar. Utiliza la elipsis como recurso para crear complicidad con el lector, que, a estas alturas del reportaje, ya debe saber para qué necesitarán los nazis a los hijos que les piden que tengan a las mujeres alemanas. Por si acaso, además, establece el símil entre su momento presente y los años previos a la Primera Guerra Mundial (de nuevo, con clarividencia). Y, por último, insiste en esa idea, insinuando los terribles efectos que habría de tener una nueva guerra,

que pediría el sacrificio de todas las vidas disponibles, buscando la frase contundente que retumbe en la conciencia del lector cuando cese la lectura: “Muchos, muchísimos hijos de madres alemanas va a necesitar el «führer». Todos serán pocos” (Chaves Nogales, 1933h). Como explica Sigmund (2000: 17), “eslóganes como «la mujer como guardiana de la raza, la virtud doméstica y las costumbres» enmascaraban las prosaicas metas de eliminar el paro y aumentar la población con vistas a la guerra y la colonización del Este”. Asimismo, Chapoutot (2017: 96) resume la postura nazi a este respecto en estos términos: “Para hacer la guerra hacen falta hombres y brazos. El primer imperativo moral que se impone a todo miembro de la raza nórdica es, por consiguiente, procrear”. Nótese, por último, la ironía en el uso del término *Führer*, el *conductor* que llevaba a Alemania al desastre.

4.8. Análisis de la crónica “La vida cotidiana; usos y costumbres”

En la crónica del 25 de mayo de 1933, Chaves realiza un retrato social –como indica el titular de la misma: “La vida cotidiana; usos y costumbres”– con elementos heterogéneos en lo que, en realidad, constituye una suerte de cajón de sastre en el que recoge varias de sus impresiones sobre los cambios operados en la sociedad alemana en los primeros meses del nuevo régimen. Esta crónica va acompañada de nueve fotografías que, sin embargo, ocupan una superficie menor que las de la crónica del día anterior y que, por tanto, dejan algo más de espacio para el texto, que el periodista organiza asimismo en nueve apartados.

4.8.1. La fauna berlinesa

En el ladillo del primer apartado –“La fauna berlinesa”–, Chaves utiliza lo que suponemos que en su época ya era un lugar común: “la fauna” como metáfora de lo más pintoresco del paisaje humano de un lugar o ambiente, en este caso Berlín durante la República de Weimar. Un paisaje humano que el periodista describe de esta forma en el primer párrafo del apartado:

Una tropa de hombres de negocios de tipo cosmopolita, encuadrada por capitanes de industria judíos y flanqueada por toda la fauna de arribistas que produjo la postguerra, ha dado el tono a la vida berlinesa desde 1918 hasta la llegada de Hitler. Desde el bar del Hotel Adlon hasta la terraza del Eden Hotel –¿conocen ustedes la película “Grand Hotel”?–, una corriente de humanidad, sedienta de poder y de goce, que se lanzaba heroicamente a la especulación y al derroche, ha ido preparando el resurgimiento de Alemania, elaborado a fuerza de despojos feroces en una lucha espantosa en la que triunfaban los aventureros más audaces en la conquista del dinero y los más valientes en el despilfarro (Chaves Nogales, 1933i).

Se trata, a grandes rasgos, de retrato muy similar al que hacía de esa misma sociedad tras su visita a Alemania en 1928 y que recogía en *La vuelta a Europa en avión* (1929: 89-92), y también muy similar al que ya había hecho en su crónica del 24 de mayo en el que hacía referencia al papel de la mujer en la sociedad alemana de los años veinte, ambos ya comentados en el apartado 4.7.4. No obstante, recordemos el segundo por su similitud con la segunda parte de la descripción que realiza aquí:

[...] de un vivir puramente instantaneísta que desdeñaba el pasado –demasiado triste– y el porvenir –demasiado incierto–. Se trabajaba furiosamente para gastar inmediatamente lo ganado; hombres y mujeres se entregaban exclusivamente al afán de cada hora, y no había más preocupación que la de arrancar, a costa de lo que fuese, los marcos necesarios para la satisfacción de los instintos en cada momento. Así ha ido rehaciéndose Alemania; esta es la base de la pujante nación de hoy (Chaves Nogales, 1933h).

Por otra parte, las impresiones que plasma del periodista sevillano en estos retratos de época coinciden en cierto sentido con la sensación que Josep Pla –más amigo que Chaves de sacar conclusiones políticas de los usos y costumbres cotidianos– se llevó de los alemanes en su visita a Berlín en 1922:

A l'hora que toquen a passar-sela bé, l'alemany no té ni un dubte; tira andevant. Tot plegat fa que sigui um poble que causa la impressió que despèn més del que pot. I això és alarmant. Si jo fos francès o tan sols tingués l'obligació imprescindible de creure em la pau universal, aquesta preocupació alemanya de viure bé em faria molt mala espina. L'alemany, home rarament dotat de fre religiós, golafre i ansiós, desenfrenat, desarrelat, mancat del sentiment de la terra i dels morts, es planteja els problemes de la comoditat amb una claredat impressionant (Pla, 1992: 679).

En cualquier caso, acerca de la nueva descripción de la sociedad berlinesa de la posguerra que hace Chaves en esta crónica, cabe señalar la mención de los “capitanes de industria judíos” que formaban parte de esa “tropa de hombres de negocios de tipo cosmopolita” de la que habla el periodista. En este sentido, ya hemos visto cómo los nazis también asociaban a los judíos con las empresas internacionales que, según ellos, se aprovechaban del trabajo de los alemanes (ver apdo. 4.5.5). De acuerdo con Niewyk (1971: 163), tres cuartas partes de los aproximadamente seiscientos mil alemanes de origen judío que había en Alemania en 1933, y que apenas constituían un uno por ciento de la población alemana, se dedicaban al comercio o ejercían profesiones liberales, mientras que sólo un tercio del resto de alemanes hacía lo propio. De manera que la comunidad judía había conseguido “más visibilidad al concentrarse cada vez más en las grandes ciudades” y por dedicarse a áreas “sensibles” de “los negocios y las finanzas, del periodismo y las actividades culturales, de la medicina y la ley” (Friedländer, 1997: 114). Esto daba lugar a tópicos como el que, en el apartado 3.1.3, vimos que difundía César González-Ruano, corresponsal de *ABC* en Berlín en aquel momento y afín al gobierno nazi, en su crónica del 4 de abril de 1933, en la que se refería a los judíos alemanes como “un pueblo que tiene comerciantes y burócratas judíos, pero ni un solo obrero judío” (1933c). Asimismo, Carlos Fernández Cuenca escribía en el diario de ultraderecha *Informaciones* el 12 de abril de ese mismo año lo siguiente sobre los judíos alemanes: “[...] la Banca, la prensa, las industrias más importantes están en manos de los judíos, cuyos astutos tentáculos, esgrimen las armas de combate más terribles y más difíciles de rehuir” (cit. en Semolinos, 1985: 223).

En cualquier caso, y tópicos aparte, las empresas judías más importantes eran las del ámbito de la banca, el llamado “gran capital judío”⁵²², según Friedländer (1997: 45), quien explica:

⁵²² Con la llegada del nuevo régimen, no obstante, según Friedländer (1997: 46), “los bancos del país expulsaron de sus consejos a los directores judíos, como fue el caso de Oskar Wassermann y Theodor Frank, despedidos del consejo del Deutsche Bank”. Asimismo, fue destituido el banquero Max Warburg, mientras que consejeros judíos de la gran empresa química IG Farbe, como Ernst Schwartz o Edmund Pietrowski, fueron trasladados a puestos fuera de Alemania (47).

De los cincuenta y dos bancos privados que había en Berlín a principios del siglo XIX, treinta eran propiedad de judíos. [...] Cuando, con el cambio de siglo, muchos banqueros privados se convirtieron en empresas con participación accionarial, los judíos con frecuencia mantuvieron un porcentaje de control sobre la totalidad de las acciones o desempeñaron el cargo de directores de las nuevas empresas (115).

Un caso significativo es el de los Rothschild, familia de banqueros judíos que, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, ante el peligro de quedar encerrados en los mercados de los incipientes estados-nación europeos, pasaron de ser prestamistas palaciegos de un solo príncipe a ser banqueros internacionales que prestaban dinero “simultánea y concurrentemente a los gobiernos de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia y Austria” (Arendt, 1948: 92). Por ello, no tardaron en convertirse en el estereotipo del banquero judío internacional que perduró hasta la época nazi:

La posición exclusiva de la casa de los Rothschild en el mundo judío sustituyó hasta cierto punto a los antiguos lazos de la tradición religiosa y espiritual [...]. Para el mundo exterior, esta única familia se trocó también en símbolo de la realidad viable del internacionalismo judío en un mundo de estados-nación y de pueblos organizados nacionalmente. [...] Ninguna propaganda podría haber creado un símbolo más efectivo con fines políticos que la misma realidad (Arendt, 1948: 96).

Así, los nazis habían convertido la figura del empresario judío, como vimos en el apartado 4.5.5, en un *explotador del pueblo* que ofrecerle a éste en sacrificio, como señalaba Chaves en su crónica del 19 de mayo. Así, por ejemplo, en el programa del partido se acusaba a los banqueros judíos de cobrar intereses excesivos a los campesinos (Feder, 1927: 46), o se aseguraba que los industriales judíos se aprovechaban del trabajo de los obreros alemanes (26).

Y, en efecto, aparte de los bancos, también había grandes empresas en manos de judíos en otros ámbitos del mundo financiero alemán a principios del siglo XX (incluyendo el periodo de la República de Weimar), como las cadenas de grandes almacenes de Abraham Wertheim y Leonhard y Oskar Tietz, las minas y las acerías de las familias Wienmann y Petschek, o la eléctrica AEG, de Walter Rathenau, quien sería asesinado en 1922, cuando ocupaba el cargo de ministro de Exteriores de la República de Weimar, merced a la importancia de sus “relaciones internacionales judías”, según Arendt (1948: 87); así como el imperio editorial de Rudolf Mosse, que incluía el *Berliner Tageblatt*, el *Morgenzeitung*, el *Volkszeitung* y el *Börsenblatt*; o la gran editorial Ullstein, propietaria del *Neues Berliner Tageblatt*, el *Abendpost*, el *Illustrierte Zeitung*, el *B. Z. am Mittag* y el *Morgenpost*, el diario de mayor circulación de Alemania (Friedländer, 1997: 117). Además, Mosse y Ullstein, al igual que el eminente Samuel Fischer, también eran “figuras capitales” en la edición de libros (117). Asimismo, por ejemplo, a pesar de las medidas adoptadas por el nuevo régimen contra los comercios judíos, en 1935, el 80% de la industria de la moda femenina de Berlín estaba en manos de propietarios judíos, de acuerdo con una información del *Frankfurter Zeitung*, una fuente, no obstante, poco fiable en esa época (236).

En cuanto a “la fauna de arribistas que produjo la postguerra” a la que hace referencia Chaves, éste ya comentaba en *La vuelta a Europa en avión* que la vida en la Alemania de los años veinte era dura y había que “andar suelto y con las manos libres para ganarla” (Chaves Nogales, 1929: 91), como vimos en el apartado 4.7.4. Por lo demás, esos “arribistas” recuerdan a algunos de los personajes que se movían por el ambiente canallesco de Berlín⁵²³ en la película *M* (1931), de Fritz Lang:



Fotograma de *M*, de Fritz Lang: escena de una redada de la policía en un local frecuentado por el hampa berlinesa.

También es esa “fauna” que “ha dado el tono a la vida berlinesa” la misma que aparece en las crónicas de Joseph Roth sobre el Berlín de la época. Por ejemplo, en una de febrero de 1921, habla de tres parroquianos del Café Dalles, en Schönhauser Straße, “Kirsch el Ladrón, Willy el de Tegel y Fritz el Apache” (Roth, 1996: 46); o de los del Reese, que eran, según Roth, “bastante refinados”, aunque a veces allí –aseguraba– “la política y el crimen” se mezclaban (47-48). También habla del Labert-Keller, en Weinmaisterstraße, que tenía unos clientes “de una asiduidad tal que hasta les envían allí el correo”; o de la taberna de Willy, en la Mulackstraße, donde igual se podía encontrar a “Gustav, el litógrafo”, como a Willy, el “corredor de apuestas” (52). En el Tippelkneipe, en Liniestraße, se reunían, según el escritor, “los mendigos con los barrenderos”. Y también allí se podía encontrar a Fed y Karlchen, “técnicos en lámparas eléctricas” que sólo trabajaban “para edificios señoriales” y ganaban doscientos marcos al día (53). Y así describe a sus conocidos del Gipsdiele, en Gipsstraße:

Max el Largo, estucador (aunque solo de día); Grete, que en realidad se llama Margot; la pequeña Berta; Else (sin apellidos), y por último, Anny la Silesia para distinguirla de Anny la Bárbara.

⁵²³ A pesar del título con el que se comercializó la película en España, *M, el vampiro de Düsseldorf*, la cinta está ambientada en el Berlín de esa época, aunque está basada en un caso real que tuvo lugar en la ciudad renana.

No conviene confundirlas; Anny la Bávara tiene su puesto junto a Schönhauser Tor y nunca se deja caer por estos pagos. Además, acaba de llegar hace una semana. De la cárcel, afirma. Pero no le creo. Como muy bien dice Max, ha salido del hospital y le da vergüenza decirlo (54).

También habla el escritor austriaco de los mercados de cambio ambulantes de los judíos emigrados a Berlín desde Europa del Este, quienes también encajan bien en la descripción de Chaves. Así, por ejemplo, en una crónica de mayo de 1921, encontramos a “Baruch”, uno de los corredores de bolsa clandestinos de Hauptstraße:

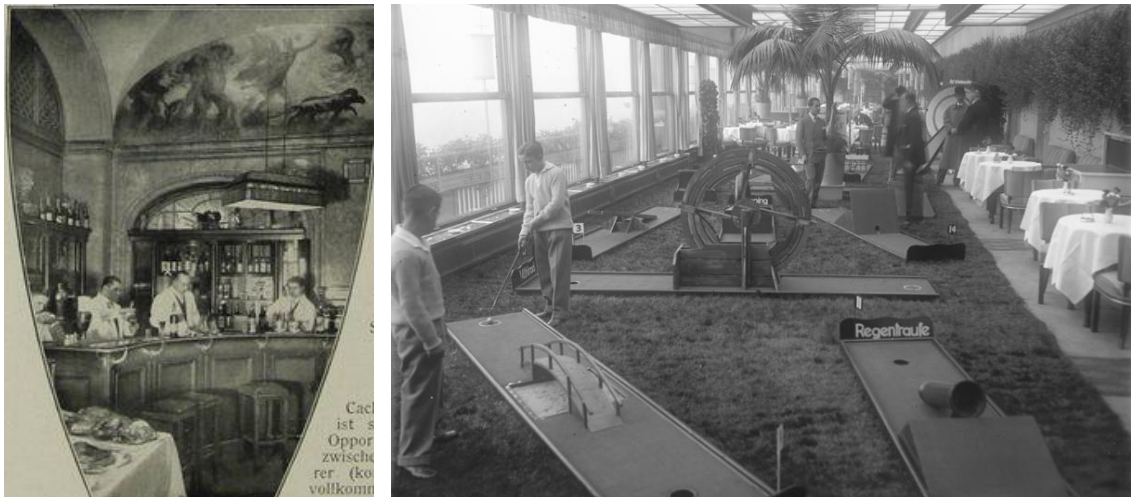
Baruch viste muy a la europea, lleva la elegancia muy ceñida a la barriga, como un cinturón del que no se avergonzaría ningún Baruch del Kurfürstendamm.

Baruch es grueso, va bien afeitado, con unos quevedos de montura negra, y se dedica a hacer de intermediario.

En apenas diez minutos se sienta a seis mesas distintas, una detrás de otra. Con un lápiz y una libreta. Estoy convencido de que en menos de diez minutos ha cerrado veinticinco tratos. ¡Oh, Baruch! (22).

Es éste también, por otra parte, el mismo paisaje humano que describe Alfred Döblin en su crónica “Al este de la Alexanderplatz”, de 1923:

Más allá está la Hospedería Central; los viajantes obtienen precios especiales, también se compran y venden timbres y sellos. Muchos almacenes con listas de precios escritas con tiza en pizarras que cuelgan de la puerta, un “establecimiento de compraventa de metales preciosos” (¡qué ínfulas!). Un sastre cose sentado en el escaparate de una tienda: “Sastrería exprés”. Todo el mundo mercadea y compra algo que le falta, en todas partes hay demanda de sacos, de cordones [...]. En la Bülowplatz [...], almacenes de chatarra y raíles. Tráfico intenso, hormigueo humano. Y por todos lados: “Venta de ocasión”, marchantes de telas, relojes, botas (Döblin, 1923: 210-212).



Fotografía del bar del hotel Adlon en 1929 en la que se puede ver al jefe de los *cocteleros*, Franz “el Gordo”⁵²⁴, y terraza del hotel Eden en 1930, con su campo de minigolf⁵²⁵.

En cuanto a los dos hoteles que menciona Chaves, el Adlon y el Eden, se trataba de dos de los hoteles más lujosos de Berlín, ubicados a su vez en dos de las zonas más activas del centro de la ciudad: el entorno del conocido como Barrio del Gobierno

⁵²⁴ Recorte de prensa con el pie de foto “Berlines Adlon-Bar mit Chef Mixer Franz dem Dicken, 1929”, en Pintarest.de. <<https://cutt.ly/4fyLECO>> [cons. 3/6/2020].

⁵²⁵ Bundesarchiv, Bild 102-10637. Foto: o. Ang. 1 de octubre de 1930. En <<https://cutt.ly/ufkoWHD>> [cons. 31/8/2020].

(Regierungsviertel), en Mitte, y Charlottenburg, respectivamente. El Eden estaba situado frente al zoológico, y su terraza contaba con un restaurante que tenía incluso campo de minigolf (como se puede ver en la fotografía de la página anterior), mientras que el Adlon se encontraba (y aún se encuentra) en la Pariser Platz, junto a la Puerta de Brandemburgo y Unter den Linden. Precisamente, en este último se inspiró⁵²⁶ la película a la que hace mención aquí Chaves: *Grand Hotel*, cuyo estreno en 1932 debió haber sido todo un acontecimiento, ya que se trataba de una superproducción de la Metro Goldwyn Mayer con Greta Garbo, John y Lionel Barrymore y Joan Crawford. La “fauna” que prolifera por los salones de ese ficticio hotel incluye a un simpático noble arruinado (John Barrymore) que se dedica al robo en las habitaciones de los clientes adinerados, a una bailarina rusa (Greta Garbo), a un despiadado industrial alemán (Wallace Berry), a un empleado del mismo consumido por la explotación laboral (Lionel Barrymore) o a un médico alemán, herido de guerra (Lewis Stone).

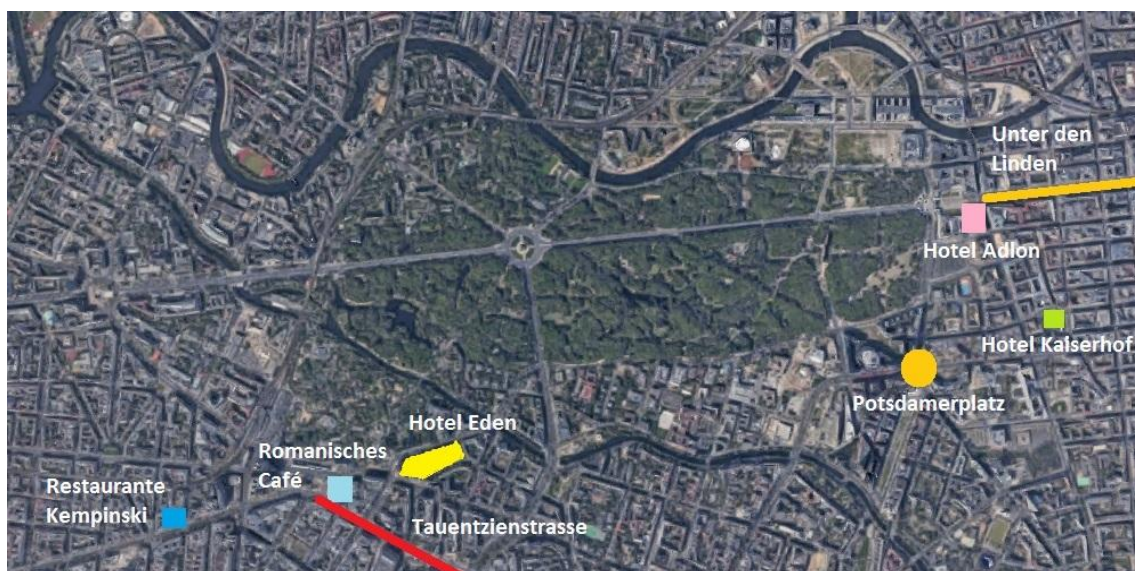


Foto de satélite del centro de Berlín hoy con la antigua localización de los lugares a los que se refiere Chaves en este apartado marcados con los siguientes colores: en rosa, el Adlon Hotel; en amarillo, el Eden Hotel; en verde, el hotel Kaiserhof; en naranja Unter den Linden y la Potsdamerplatz; en azul, el restaurante Kempinski; en celeste, el Romanisches Café; y en rojo, la Tauentzienstraße⁵²⁷.

Por lo demás, llama la atención en el texto de Chaves la forma implícita en que el periodista sugiere la similitud del ambiente en esos hoteles de Berlín con el representado en *Grand Hotel*, mediante la formulación de una pregunta dirigida al lector⁵²⁸. El periodista establece así cierta proximidad y complicidad con aquél. Por otra parte, no era ésta la primera referencia cinematográfica que hacía Chaves en su obra. Si bien no se puede afirmar que el periodista fuera un cinéfilo, desde luego, parecía estar al

⁵²⁶ Ver Associated Press (1994): “Work Starts on Adlon Hotel, Once Berlin’s Social Center”. *Los Angeles Times*. Los Ángeles, 6 de diciembre, en <<https://cutt.ly/0fyLQM2>> [cons. 3/6/2020].

⁵²⁷ Imagen sin marcas añadidas obtenida en Google Maps, en <<https://cutt.ly/TfkyYiU>> [cons. 31/8/2020].

⁵²⁸ En lo que constituye una de las varias conversaciones con el lector (en ausencia de éste) que introduce Chaves a lo largo de sus crónicas, como vimos en el apartado 4.1.3, por ejemplo.

día de la creación cultural de su tiempo, incluida la cinematográfica. Así, por ejemplo, en *La vuelta a Europa en avión*, mencionaba la película documental de 1927 *Berlin – Die Sinfonie der Großstadt*, de Walter Ruttmann, a la que se refería como *Berlín 1928* (Chaves Nogales, 1929: 73-74). Y, en sus primeros años como periodista, había escrito alguna columna acerca de una versión cinematográfica de *Sangre y arena* de Blasco Ibáñez, así como sobre el proyecto de adaptación al cine de *La reina mora*, de los hermanos Álvarez Quintero (Chaves Nogales, 2013: 1240).

En cuanto al “resurgimiento de Alemania” que menciona el periodista, ya en *La vuelta a Europa en avión* afirmaba:

Se llega a la conclusión de que la guerra no fue para Alemania más que un pequeño accidente fácilmente olvidado. Este pueblo joven se había puesto en marcha: erró el camino, sufrió la pena, rectificó su ruta y adelante. No habrá riada en el mundo capaz de contener esa fuerza expansiva de Alemania. No se trata de una política determinada, ni de una misión histórica, ni de un ideal; no. Es que esta gente tiene una vitalidad maravillosa⁵²⁹ (Chaves Nogales, 1929: 95).

Por otro lado, frente a las descripciones previas del ambiente del Berlín de los años veinte ya mencionadas, la de esta crónica resulta más descarnada, como indican la aparición en ese paisaje de la “corriente de humanidad, sedienta de poder”, los “despojos feroces en una lucha espantosa” y los hombres y mujeres “más valientes en el despilfarro”. Acaso al periodista le interesaba hacer hincapié en ese aspecto más desmesurado de *los dorados años veinte* para explicar la faceta moralizante del nacionalsocialismo, de la que hablaría a continuación:

Cuando ya Alemania ha vuelto a sentirse fuerte –a pesar de la crisis y de los seis millones de parados–, gracias al esfuerzo pavoroso de estos hombres sin escrúpulos que sucumbían víctimas de la fiebre de los negocios y del afán sensual de gozar del dinero tan duramente adquirido, han aparecido los “nazis” con sus camisas pardas, diciendo: “Hay que moralizar todo esto”. Y, para moralizarlo, han empezado por quitarles la cartera a estos judíos inmorales (Chaves Nogales, 1933i).

Insiste aquí en el resurgimiento de Alemania, que “ha vuelto a sentirse fuerte”, y también en la vida desenvuelta de los tiempos de la República de Weimar, con su “fiebre de los negocios” y el “afán sensual de gozar el dinero tan duramente adquirido”. Un tiempo en el que, como comentaba en *La vuelta a Europa en avión*, los rigores de la guerra habían sido rápidamente sepultados y nadie hablaba ya de ella, ni a nadie le había quedado “orgullo de su heroicidad”⁵³⁰ (Chaves Nogales, 1929: 90). Hasta que, como escribe Chaves, aparecieron los nazis “con sus camisas pardas”. La mención de este atributo en particular, es decir, la vestimenta parda de los nazis, tiene como objeto probablemente resaltar la severidad espartana de éstos frente al colorido y la licencia de los dorados años veinte. A continuación, el periodista introduce una vez más una

⁵²⁹ Josep Pla, en este sentido, aseguraba acerca de los alemanes a principios de los años veinte: “L’alemany menja, veu, treballa, investiga, medita, balla, dorm, parala amb una vitalitat doble de la persona d’aquí més vital” (1992: 679).

⁵³⁰ Esto a Hitler, sin duda, le debía molestar sobremanera si atendemos a sus recuerdos dulcificados de la guerra en *Mein Kampf* (ver apdo. 4.2.2).

teatralización, que otorga a la crónica un carácter más asequible y humano, en la que unos nazis estereotípicos exclaman: “Hay que moralizar todo esto”, que resume su postura a este respecto y concuerda con su *Weltanschauung* (visión del mundo). Y, por último, surge de nuevo la ironía de Chaves, quien plantea una paradoja tácita entre la supuesta intención moralizadora de los nazis y su comportamiento inmoral: “Y, para moralizarlo, han empezado por quitarles la cartera a estos judíos inmorales”. Es decir, su primera medida *moralizadora* ha sido robar, quitarle el dinero a los judíos, expresado por el periodista de una forma más caricaturesca, más desmitificadora: *quitarles la cartera*. De ese modo, presenta a los nuevos moralizadores de Alemania, por el momento, como unos simples carteristas. Y continúa:

Los nuevos amos plantaron primero sus reales en el Hotel Kaiserhof. Desde allí fueron extendiendo su garra imperial por el centro de Berlín; la Unter den Linden y la Postdammerplatz fueron poco a poco poblándose de caras duras y mandíbulas apretadas, que se movían bajo el signo de la svástica de los arios; empezaron a cruzar las calles unos camiones cargados de “camisas pardas” que iban no se sabía adónde; de cuando en cuando dos “nazis” se acercaban a un caballero de ojos negros y manos largas y le invitaban secamente a que les acompañase; otras veces se veía formarse un pequeño revuelo en la acera de enfrente –¡las calles berlinesas son tan anchas!– y se sabía vagamente que unos transeúntes estaban golpeando a otro. Nada más (Chaves Nogales, 1933i).

Comienza este párrafo Chaves con el uso de un vulgarismo: *plantar sus reales*, recurso que el periodista utiliza, como vimos en los apartados 4.2.3 y 4.3.3, para mantener el contacto con la cotidianeidad, con lo profano y, como hacía Larra, según Lorenzo-Rivero (1977: 75), para “rebajar la dignidad de una persona”, con un “fin satírico”. En cuanto al hotel Kaiserhof (marcado en verde en la fotografía de la página 408), se trataba de un hotel de lujo situado en pleno *Barrio del Gobierno*, en el número 3-5 de la Wilhelmplatz (donde hoy se emplaza la embajada de Corea del Norte), frente a la Cancillería (Reichskanzlei), por tanto, habría sido normal que fuese uno de los primeros sitios que comenzaran a frecuentar “los nuevos amos” de Alemania.



La SA custodia la entrada del hotel Keiserhof el 30 de enero 1933, tras la proclamación de Hitler como canciller; y éste saludando a sus seguidores desde el balcón de dicho hotel⁵³¹.

Sin embargo, lo cierto es que, según Kellerhoff (2006: 18-19), Hitler, con todo su séquito, se alojaba en el Kaiserhof cada vez que visitaba Berlín desde 1931:

⁵³¹ En Kellerhoff, Sven Felix (2006): *Berlín bajo el peso de la Cruz Gamada*. Berlín: be.bra Verlag, p. 21.

En Berlín se alojaba regularmente desde 1931 en los hoteles más caros de la capital del Reich, en el “Kaiserhof” ubicado en la Wilhelmplatz vis-à-vis con la Cancillería del Reich. [...] Por supuesto, este alojamiento era un acto político. El jefe del NSDAP manifestaba de esta manera su exigencia de ocupar una posición dirigente en el futuro gobierno. Pero Hitler no se alojaba solo en el hotel sino que tenía a su lado una escolta de diez o doce personas que a veces ocupaban la mitad de un piso del “Kaiserhof”. Además Hitler tenía aquí su corte, recibía visitas y dejaba esperar a los que venían a suplicarle.

También llaman la atención la plasticidad y la capacidad de sugestión de la imagen que utiliza el periodista aquí: la “garra imperial” nazi que se extiende por el centro de Berlín, imagen digna, una vez más, de la famosa serie de películas propagandísticas estadounidenses *Why we Fight?*, de Frank Capra (ver apdo. 4.6.1), donde se daba un ingenioso uso de la metáfora visual, como en el siguiente ejemplo:



Secuencias de fotogramas de la cuarta película de la serie *Why we Fight?*, de Frank Capra, *The Battle of Britain* (1943).

No menos plástica es, por otra parte, la siguiente imagen, donde se utiliza muy persuasivamente la sinécdoque particularizante: “[...] la Unter den Linden y la Postdammerplatz⁵³² fueron poco a poco poblándose de caras duras y mandíbulas apretadas, que se movían bajo el signo de la svástica de los arios”. Tanto la avenida Unter den Linden como la Potsdamer Platz, dos de los lugares más concurridos de Berlín, se encuentran en torno a la zona en la que se concentraban las sedes gubernamentales en el Berlín de la época (ver en la fotografía de Berlín de la página 408 los dos lugares, marcados en naranja).



Postal de Unter den Linden de 1933⁵³³, y fotografía de la Potsdamer Platz en 1936 con el tráfico detenido mientras se guardaba un minuto de silencio con motivo de un discurso de Hitler⁵³⁴.

⁵³² Como vamos viendo, no son raros los errores ortográficos en las palabras alemanas en estas crónicas.

⁵³³ “Ansichtskarte Mitte-Berlin Unter den Linden mit viel Verkehr 1933”, oldthing.com, en <https://cutt.ly/3fyLbyP> [cons. 3/6/2020].

⁵³⁴ En Kellerhoff, Sven Felix (2006): *Berlín bajo el peso de la Cruz Gamada*. Berlín: be.bra Verlag, p. 46.

Por tanto, es natural que esos dos lugares se fueran “poblando” antes que otros sitios de esas “caras duras y mandíbulas apretadas, que se movían bajo el signo de la svástica de los arios” de las que habla el periodista. Algo más adelante, en esta misma crónica, el periodista asegura con ironía que aquellos días en Berlín la gente tenía “un aire grave y un gesto duro” (Chaves Nogales, 1933i). Asimismo, recordemos la marcha de antorchas nocturna que describía el periodista en su primera crónica desde Alemania, la del 14 de mayo (ver apdo. 4.1.5):

[...] en el silencio de la noche avanza un cortejo de “nazis”, que tras las llamaradas de sus antorchas y el redoble de sus tambores arrastraban a una masa de adolescentes, niños casi, que iban marcando el paso con las mandíbulas apretadas y los ojos encendidos (Chaves Nogales, 1933a).

Precisamente, esa imagen de seriedad y crueldad –las “caras duras y mandíbulas apretadas”– es recurrente en las descripciones sobre los nazis, como muestran los casos de Peter Neumann y Sebastian Haffner, como vimos en los apartados 4.1.5 y 4.4.2, respectivamente. El primero, antiguo miembro de las Juventudes Hitlerianas, refiere sus sensaciones al final de un discurso del líder de las mismas, Baldur von Schirach, el 13 de marzo de 1938: “En mi interior, prietos los dientes y crispado el puño sobre el puñal, he renovado el juramento. *Treu bis zum Tode!* [¡Fiel hasta la muerte!]” (Peter Neumann, 1975: 19). El segundo, por su parte, describe la impresión que le produjo un policía en febrero de 1933 de este modo:

Lo miré a la cara y volví a retroceder bruscamente, pues ¡menudo rostro era aquél! No se trataba del rostro habitual, conocido, fiel y probo de un poli. Era una cara que parecía estar compuesta sólo de dientes. De hecho aquel hombre había gruñido enseñándome la dentadura y además, lo que era menos probable, me había mostrado ambas filas de dientes, una visión extraña en una persona; allí estaban sus dienteillos pequeños, afilados y malignos, como los de un pez depredador. También como de pez, como de un tiburón, era todo aquel rostro rubio y pálido que asomaba por debajo del chacó: unos ojos muertos, acuosos e incoloros, cabello incoloro, piel incolora, labios incoloros y una prominente nariz de lucio sobre la dentadura. Muy “nórdico”, eso había que reconocerlo, pero por supuesto ya no era un rostro humano en absoluto, sino más bien la cara de un cocodrilo. Me estremecí. Había visto el rostro de las SS (Haffner, 1939: 125).

Por lo demás, Chaves continúa con la sucesión de escenas, que reflejan una violencia soterrada pero creciente. Así, cuenta que, después de la aparición de las “mandíbulas apretadas”, “empezaron a cruzar las calles unos camiones cargados de «camisas pardas» que iban no se sabía adónde”. Conviene recordar a este respecto que, el 17 de febrero, la SA, las SS y los Stahlhelm habían sido nombrados *policía auxiliar* (*Hilfspolizei*) por Göring, entonces ministro prusiano del Interior (ver apdo. 4.1.2). Y, como afirma Kellerhoff (2006: 24), por lo general, estos “«ayudantes de la policía» pudieron sin problemas llevarse, detener y torturar a quien querían”. Evans, por su parte, describe una escena protagonizada por esos camiones cargados de “camisas pardas” que cruzaban las calles de Berlín que merece la pena transcribir aquí, pues refleja el ambiente que se respiraba en la ciudad esas semanas:

En la mañana del 6 de mayo de 1933, un grupo de camionetas paró en la entrada del Instituto para la Ciencia Sexual del doctor Magnus Hirschfeld, en el elegante barrio berlinés de Tiergarten. De ellas se bajaron estudiantes de la Escuela de Educación Física de Berlín, miembros de la Liga de Estudiantes Alemanes Nacionalsocialistas. Se colocaron en formación militar y luego, mientras algunos de ellos sacaban sus tubas y trompetas y empezaban a interpretar música patriótica, los otros penetraban en el edificio. Sus intenciones eran claramente hostiles. [...] procedieron a verter tinta roja sobre libros y manuscritos, jugaron al fútbol con las fotografías enmarcadas, dejando el suelo cubierto de cristales rotos, y saquearon armarios y cajones, arrojando al suelo su contenido. Cuatro días después, llegaron más camionetas, en esta ocasión con camisas pardas provistos de cestos, en los que amontonaron todos los libros y manuscritos que pudieron y los llevaron a la plaza de la Ópera. Allí formaron con ellos un montón gigantesco y les prendieron fuego. [...] Los camisas pardas al ser informados de que Hirschfeld, de 65 años de edad, estaba en el extranjero recuperándose de una enfermedad, dijeron: “Pues mejor que se muera antes de que le cojamos nosotros; así no tendremos que ahorcarlo o meterle una paliza” (Evans, 2003: 416).



Desfile de los miembros de la Liga de Estudiantes Alemanes Nacionalsocialistas frente al Instituto para la Ciencia Sexual (Institut für Sexualwissenschaft), en el Tiergarten de Berlín, el 6 de mayo de 1933, momentos antes de asaltarlo y vandalizarlo⁵³⁵.

La siguiente escena de esta sucesión que hace Chaves tiene como protagonista implícito a un judío estereotípico en cuanto a sus rasgos físicos: “[...] de cuando en cuando dos “nazis” se acercaban a un caballero de ojos negros y manos largas y le invitaban secamente a que les acompañase”. Si bien hablaremos ampliamente de la represión contra los judíos durante esos primeros meses de 1933 en el apartado 4.9, en el que analizaremos la crónica que Chaves le dedica a ese asunto, aquí cabe traer a colación algunas acciones emprendidas por los nazis en Berlín contra ciudadanos judíos, que bien pueden ilustrar la verosimilitud de la escena descrita por Chaves, como la agresión a los “profesores judíos” de la Escuela de Bellas Artes Estatal en el barrio de Charlottenburg el 17 de febrero o el asalto de locales de organizaciones judías la noche

⁵³⁵ “German students parade in front of the Institute for Sexual Research prior to their raid on the building”. 1933 May 6. Berlin, Germany. Photograph 01625. United States Holocaust Memorial Museum, courtesy of National Archives and Records Administration, College Park. En <<https://cutt.ly/efyLxij>> [cons. 9/6/202].

del incendio del Reichstag, ambos hechos llevados a cabo por la SA, según Kellerhoff (2006: 27); por no mencionar el boicot a los comercios judíos del 1 de abril. Por lo demás, Christopher Isherwood, que era profesor de inglés en Berlín en esa época, aporta en su obra autobiográfica *Goodbye to Berlin* un ejemplo bastante ilustrativo de lo que cuenta Chaves en su crónica. Se trata de la detención de un escritor judío en el famoso Romanisches Café de Berlín, del que hablará Chaves más adelante:

Almost every evening, the S.A. men come into the café. [...] Sometimes they have come make an arrest. One evening a Jewish writer, who was present, ran into the telephone-box to ring up the Police. The Nazis dragged him out, and he was taken away. Nobody moved a finger. You could have heard a pin drop, till they were gone (Isherwood, 1939: 247).



Redada en el centro de Berlín⁵³⁶, y grupo de policías rodeando a un anciano judío mientras es interrogado⁵³⁷, ambas de abril de 1933.

Finalmente, el periodista cierra la secuencia de escenas que ilustran la paulatina *ocupación* nazi del centro de Berlín asegurando que “otras veces se veía formarse un pequeño revuelo en la acera de enfrente –¡las calles berlinesas son tan anchas!– y se sabía vagamente que unos transeúntes estaban golpeando a otro. Nada más”. Llama aquí la atención la introducción en la descripción de la escena de un elemento circunstancial: la anchura de las calles de Berlín. El periodista mantiene en sus crónicas la perspectiva del lector español. Así, acaso resalta aquello que resultaría extraño o llamativo para uno de sus lectores, en este caso, la amplitud de las avenidas berlinesas. En cuanto a la narración del hecho, llama la atención la ironía con que Chaves subraya la naturalidad con la que se producía tal hecho, introduciendo para ello la apostilla final: “Nada más”. Sugiere así que la brutalidad se había convertido en algo cotidiano para los berlineses. En este sentido, el escritor Sebastian Haffner, testigo de aquella época en Berlín, escribía sobre febrero de 1933: “Uniformes pardos en las calles, desfiles, gritos de *Heil* y, por lo demás, *business as usual*” (Haffner, 1939: 118), y explica la dualidad del fenómeno nazi de la represión y la inversión de los valores morales que se produjo aquellos días en Alemania, como vimos en el apartado 4.4.2:

⁵³⁶ En Kellerhoff, Sven Felix (2006): *Berlín bajo el peso de la Cruz Gamada*. Berlín: be.bra Verlag, p. 31.

⁵³⁷ En Chaves Nogales (1933j).

La imagen vista desde fuera mostraba el terror revolucionario: una gentuza salvaje y desaliñada que irrumpía por la noche en las casas y arrastraba a personas indefensas a unos sótanos de tortura cualesquiera. El proceso interno consistía en un terror represivo: un control y una manipulación estatales fríos: perfectamente calculados y totalmente respaldados por el ejército y la policía. [...] Lo que se produjo fue más bien una angustiada inversión de los conceptos habituales: ladrones y asesinos que actuaban como policías en pleno ejercicio de la autoridad del Estado tratando a sus víctimas como criminales, objetos de su desprecio y condenados a muerte de antemano (134).

Asimismo, Evans (2005: 83) habla del “periodo caótico de detenciones masivas de marzo a junio de 1933” y de la incipiente “conversión de la violencia callejera nazi anterior a 1933 en un principio de Estado” (82). Mientras que, por su parte, Kellerhoff (2006: 22), explica que, ya en febrero de 1933 había comenzado la “primera guerra” de los nazis contra “sus enemigos en el interior”, y Berlín se convirtió en “el campo de batalla” más importante de Alemania. Y asegura que, a comienzos de marzo de 1933, los nazis ya controlaban la ciudad (24). Aunque, la cumbre de la violencia en Berlín esos meses llegaría en junio, cuando las tropas de la SA asesinaron, al menos, a veinticinco personas en el barrio obrero de Köpenik, en su mayoría comunistas y socialdemócratas (25). Por último, de nuevo Isherwood nos ofrece un ejemplo concreto que corrobora lo que Chaves cuenta en su crónica. Se trata de una paliza propinada por la SA a un joven que el propio escritor presencié en enero de 1933, días antes de que los nazis llegaran al poder:

All at once the three S.A. men came face to face with a youth of seventeen or eighteen, dressed in civilian clothes, who was hurrying along in the opposite direction. I heard one of the Nazis shout: ‘That’s him!’ and immediately all three of them flung themselves upon the young man. He uttered a scream, and tried to dodge, but they were too quick for him. In a moment they had jostled him into the shadow of a house entrance, and were standing over him, kicking him and stabbing at him with the sharp metal points of their banners. All this happened with such incredible speed that I could hardly believe my eyes (Isherwood, 1939: 243-244).

Por lo demás, acerca de la actitud de los alemanes en general –esos “transeúntes” que golpean a otro– frente a la persecución política y de los judíos Chaves hablaría en su crónica del 27 de mayo. Por el momento, en ésta continúa hablando sobre el repliegue de la “fauna” berlinesa:

La fauna berlinesa se atemorizaba; perdió el control del barrio de los Ministerios y fue replegándose hacia Charlottenburgo, donde todavía hay unos Kempinski repletos de hombres de negocios que pagan cincuenta marcos por una cena al tiempo que besan la mano ceremoniosamente a una cortesana prodigiosamente estilizada, y un Romanische café, donde, en la madrugada, aún se ven unos tipos agudos de arbitristas y unos sujetos con aire de sonámbulos a los que identifica ese color cetrino y ese aspecto feble del intelectual de oficio (Chaves Nogales, 1933i).

Vuelve a utilizar aquí Chaves imágenes muy plásticas. Por ejemplo, el repliegue de la “fauna berlinesa” a Charlottenburg, barrio al oeste del Tiergarten frecuentado por la bohemia de la ciudad, donde, efectivamente, se encontraban el restaurante Kempinski (Restaurant und Delikatessengeschäft Kempinski) y el Romanisches Café. En cuanto al primero, se trataba de un restaurante de lujo situado en la Kurfürstendamm, en el número 27, en la esquina con Fasanenstraße, donde hoy se alza un hotel con el mismo

nombre. Como los hoteles Adlon y al Eden, tenía un ambiente en el que encajarían perfectamente esos “hombres de negocios que pagan cincuenta marcos por una cena al tiempo que besan la mano ceremoniosamente a una cortesana prodigiosamente estilizada” de los que habla aquí Chaves.



Restaurante Kempinski, en la esquina de Kurfürstendamm y Fasanenstraße, en 1928⁵³⁸.

En cuanto al Romanisches Café, se trataba de un local de ambiente mucho más bohemio, pero ya venido a menos, como cuenta Chaves y confirma Haffner (1939: 268), quien recuerda así una visita a este local en 1933: “Estábamos sentados en el Romanisches Café, el que fuera sede de la bohemia literaria de Berlín, entonces venido a menos”. El café estaba situado frente a la Gedächtniskirche, en Kurfürstendamm 238, en la confluencia con Tauentzinstraße y Budapester Straße. Pita (2018), en un artículo en *El País*, resume así su importancia como catalizador de la vida cultural del Berlín de la época:

[...] durante los convulsos años en que Alemania pasó de la hiperinflación galopante y el trauma de Versalles al ascenso nazi al poder, el Romanisches Café fue lugar de reunión, debate y borracheras de tantos artistas, intelectuales y periodistas que hoy ocupan un lugar destacado en la historia que basta con citar unos pocos (Albert Einstein, Bertold Brecht, Billy Wilder, Joseph Roth, Otto Dix...) para entender su importancia.

De hecho, Billy Wilder, Robert Siodmak, Edgar G. Ulmer y Fred Zinnemann rodaron en 1930 una escena de su película *Menschen am Sonntag* en la terraza del Romanisches, con cuyo dueño, Bruno Fiering, tenían confianza y no les cobraba por ello (Uzcanga Meinecke, 2018: 129-133).

No es de extrañar, por todo ello, que Joseph Goebbels tuviera la peor de las impresiones de este local, según él mismo escribiera:

⁵³⁸ En “Unsere Geschichte”. Hotel Bristol Berlin. En <<https://cutt.ly/EfyLj0O>> [cons. 6/6/2020].

Los judíos bolcheviques están sentados en el Romanisches Café y urden ahí sus siniestros planes revolucionarios; por la noche invaden los locales de esparcimiento de la Kurfürstendamm, se dejan incitar al baile por orquestas de negros y se ríen de las miserias de la época (cit. en Uzcanga Meinecke, 2018: 6).

Esta cita no sólo sirve para hacerse una idea de cuál era el ambiente del Romanisches Café –en el que los que Goebbels llamaba “judíos bolcheviques” eran en realidad, según Uzcanga Meinecke (2018: 6), “la plana mayor de literatos, artistas e intelectuales que se apiñaban en el Berlín de los años veinte”–, sino también para ilustrar el odio que los nazis sentían hacia la vida despreocupada berlinesa de los años veinte de la que habla Chaves en esta crónica. Como asegura Francisco Uzcanga Meinecke en una entrevista para *El País*: “El Romanisches encarnó el Berlín de aquella época. Es decir, todo aquello que odiaban los nazis: el cosmopolitismo, la modernidad, la literatura de asfalto...” (cit. en Pita, 2018). Es normal, por tanto, que con la llegada de éstos al poder llegara también su decadencia. El propio Uzcanga Meinecke (2018: 185-190) refiere cómo un grupo de nazis, entre los que se encontraba el astrólogo Erik Hanussen, agredió y humilló a Max Moecke, colega de profesión y enemigo de Hanussen, el 9 de marzo de 1933 en el café.



Vista del Romanisches Café y de la Tauentzienstraße en torno a 1900⁵³⁹, y fotograma de una escena de la película de 1930 *Menschen am Sonntag* rodada en la terraza del Romanisches Café.

Chaves, por su parte, sugiere la sensación de decadencia del café a través de la imagen de los intelectuales que lo frecuentaban, “unos sujetos con aire de sonámbulos a los que identifica ese color cetrino y ese aspecto feble del intelectual de oficio”. Según Uzcanga Meinecke, a esa clientela desvaída que describía Chaves ya en 1933 le quedaba poco tiempo: “[...] en torno al 70% de los clientes del café se fue al exilio, bastantes acabaron en los campos de concentración y unos pocos, no judíos, en el exilio interior” (cit. en Pita, 2018), es decir, lo mismo que aseguraba Chaves en su crónica a continuación, una vez más, con acierto:

Pero por poco tiempo. Por la Tauenzien avanzan, cada vez más arrogantes, los hombres de Hitler con sus altas botas ferradas y sus camisas pardas. Y la gente que daba el tono a Berlín cada vez va encogiéndose y disimulándose más y más. Pronto no quedará ninguno (Chaves Nogales, 1933i).

⁵³⁹ En Pita, Antonio (2018): “El café berlinés que odiaba Goebbels”. *El País*. Madrid, 3 de junio. En <<https://cutt.ly/xfyLsGu>> [cons. 6/6/2020].

Christopher Isherwood también corrobora con su testimonio en *Goodbye to Berlin* el acierto del juicio de Chaves sobre la situación y el destino de los clientes del Romanisches Café:

Every evening, I sit in the big half-empty artist's café by the Memorial Church, where the Jews and left-wing intellectuals bend their heads together over the marble tables, speaking in low, scared voices. Many of them know that they will certainly be arrested – if not today, then tomorrow or next week. [...] Almost every evening, the S.A. men come into the café. Sometimes they are only collecting money; everybody is compelled to give something. Sometimes they have come make an arrest (Isherwood, 1939: 247).

Llama de nuevo la atención, por otra parte, la plasticidad de las imágenes que Chaves utiliza en este apartado. Así, tan sugestiva resulta la imagen del avance por la Tauentzienstraße (marcada en rojo en la fotografía de Berlín de la página 408), de los nazis, “cada vez más arrogantes”, “con sus altas botas ferradas y sus camisas pardas” (símbolos de severidad y rigidez), como esa otra, metafórica, de la gente que “daba el tono” a Berlín, “encogiéndose y disimulándose cada vez más”. En efecto, pronto no quedaría ninguno. Chaves daba testimonio en esta crónica de un mundo que se estaba desmoronando con una rapidez sorprendente.

Por último, antes de pasar al siguiente apartado, cabe dar cuenta aquí de siete de las nueve fotografías que acompañan a la crónica (ver apéndice 18), cuyos pies de foto, de forma excepcional en estas crónicas, forman en su conjunto un texto coherente cuya temática es la misma que la de este apartado y la del siguiente. Así, la primera de estas fotos, que ocupa la parte superior izquierda de las dos páginas que *Ahora* le dedicaba a la crónica, muestra a unos jóvenes caminantes paseando por un camino de tierra flanqueado por altos árboles. El pie de foto dice: “La estampa romántica de la juventud alemana, amiga de los campos floridos y las viejas canciones germánicas, ha ido borrándose, ensombrecida por los problemas económicos, y en su lugar...” (Chaves Nogales, 1933i). De este modo, el texto continúa en el pie de la foto de su derecha, que muestra un callejón estrecho y mal iluminado en una ciudad, y bajo la cual se puede leer: “... ha surgido la miseria de una vida dura en los bajos fondos de las ciudades, congestionados de «sin trabajo», que incrementan la criminalidad. He aquí un callejón siniestro de Hamburgo” (Chaves Nogales, 1933i). Lo cierto es que el callejón en cuestión es oscuro, pero la imagen no deja adivinar ningún rasgo siniestro. En cualquier caso, si seguimos llevando la vista hacia la derecha encontramos otra fotografía en la que aparecen varios jóvenes de ambos sexos tumbados en el suelo abrazándose en parejas, bajo la cual se lee: “La desmoralización de las costumbres había llegado a ser inconcebible. He aquí una foto bastante expresiva de una fiesta de artistas celebrada hace pocos meses en uno de los locales públicos de Berlín” (Chaves Nogales, 1933i). De ésta, pasamos a la que se le superpone ligeramente por abajo, en la que se ve a un grupo de jóvenes en formación que portan uniformes, sables y banderas. El pie de foto recoge el hilo del anterior:

Frente a esta relajación de las costumbres, la juventud alemana se ha vuelto radicalmente hacia sus virtudes tradicionales de disciplina militar y austeridad prusiana. He aquí un grupo de estudiantes alemanes, con sus clásicos uniformes, en una parada patriótica (Chaves Nogales, 1933i).

Ligeramente superpuesta a esta última fotografía, encontramos una del tráfico de Berlín por la noche en cuyo pie de foto se puede leer: “La gran ciudad, Berlín, refulgía, entregada a la fiebre de los negocios, el ansia de dinero y de placeres...” (Chaves Nogales, 1933i). Y, bajo ésta, hay otra que también se le superpone ligeramente, que muestra el interior de una casa rural tradicional perfectamente limpia y ordenada, y en cuyo pie de foto se lee: “... mientras el tradicional y confortable hogar germánico no se conservaba ya más que en los Museos” (Chaves Nogales, 1933i). Y, por último, en la parte superior de la segunda página se ve a un hombre mayor vendiendo postales en una acera. Su pie de foto explica: “La clase media era la que sucumbía inexorablemente, y los viejos artistas, los funcionarios sin empleo, los maestros de artes y oficios, se veían empujados a la mendicidad callejera” (Chaves Nogales, 1933i). Y, precisamente, a los mendigos alemanes y a su aspecto le dedicaría Chaves el segundo apartado de su crónica.

4.8.2. La miseria

Este segundo apartado, igual que casi todos los demás restantes, es más breve de lo habitual debido a la cantidad de temas distintos que toca Chaves en esta crónica. Va encabezado por el sugerente ladillo “La miseria”, que ya deja adivinar el tema del que trata: el paro y la indigencia en Berlín, tema que el periodista desarrolla en un solo párrafo:

En Berlín –sólo en Berlín– hay medio millón de parados; de ellos, ciento treinta y siete mil son mujeres. Los oficinistas berlineses sin empleo son unos setenta mil. La miseria es, sin embargo, difícilmente perceptible porque todos, absolutamente todos, a costa de los sacrificios que haya que hacer, van vestidos con cierta decencia. Frecuentemente le tiende a uno la mano en una esquina un hombre positivamente mejor vestido que uno; y, a veces, hasta con cierta elegancia. El tipo astroso y repugnante del mendigo meridional –español o italiano– es desconocido. No he visto a nadie descalzo en toda Alemania (Chaves Nogales, 1933i).

Una vez más, llama la atención la precisión de los datos que utiliza Chaves en sus crónicas, fruto, sin duda, de una buena preparación de las mismas. No obstante, Casquete (2017: 146) ofrece unas cifras del paro en Berlín en 1933 algo distintas, aunque no muy lejanas, a las de Chaves: “[...] en el conjunto de la capital la tasa de desempleo general era de un 29,8% (o 675.096 personas: 464.126 varones y 210.970 mujeres)”. Sin embargo, esas dos cifras no son necesariamente incompatibles, pues hay que tener en cuenta que la variación de la cifra de parados en Alemania fue notable

durante los primeros meses de ese año, como vimos en el apartado 4.4.1. Así, por ejemplo, Kershaw (1998: 402) ofrece los siguientes datos de toda Alemania:

Las oficinas de desempleo registraron 5.772.984 personas sin trabajo a finales de 1932; en enero de 1933 la cifra era de 6.013.612. Teniendo en cuenta los trabajadores eventuales y el paro encubierto, se admitía que el total real había llegado ya en octubre de 1932 a 8.745.000.

Sin embargo, Lozano (2008: 438) asegura que en julio de 1933, cinco meses después de la llegada de Hitler al poder, la cifra de parados en toda Alemania habría descendido hasta los 4.464.000. En este sentido, Grunberger (1971: 202) explica que el ciclo económico había comenzado a cambiar en el otoño de 1932, de modo que la coyuntura favoreció a los nazis. En cualquier caso, no cabe duda de que la situación económica aún era mala. Según Evans (2003: 419), “en el punto álgido de la crisis económica, estaban recibiendo algún tipo de ayuda pública no menos de diez millones de personas”. Tras la crisis del 29 el ingreso real en Alemania se redujo en un tercio, según Scriba (2014), quien añade que, en esas circunstancias, no había esperanza de empleo para las personas mayores, y los más jóvenes se vieron obligados a aprovechar cualquier oportunidad de conseguir pequeños ingresos para escapar del declive social y la falta de vivienda. Y, para aquellos que no habían conseguido trabajo a mediados de 1933, la cosa sólo iba a empeorar: “El 1 de junio de 1933 el ministro del Interior prusiano promulgó un decreto para la eliminación de la mendicidad pública. La pobreza y el desamparo, estigmatizados ya antes de 1933, empezaban ahora también a criminalizarse” (Evans, 2003: 420).

Pero, aparte de las cifras, Chaves, de nuevo, no pierde de vista la perspectiva del lector español y llama la atención, quizá con exageración, sobre la cuidada vestimenta de “absolutamente todos” los indigentes en Berlín, contrastándola con la de sus homólogos españoles. Así, asegura que los primeros “a costa de los sacrificios que haya que hacer, van vestidos con cierta decencia”. Y, como suele, teatraliza, en este caso con cierto humor, esa realidad con una escena que condensa la idea: “Frecuentemente le tiende a uno la mano en una esquina un hombre positivamente mejor vestido que uno; y, a veces, hasta con cierta elegancia”. A juzgar por una de las fotografías que acompañan a la crónica de las que hemos hablado en el apartado anterior, la que muestra a un hombre mayor, en efecto, decorosamente vestido que vende unas postales junto a una farola en la calle (ver apéndice 18), y a las imágenes que reproducimos aquí a continuación de un albergue para indigentes en el Berlín de la época y de un inválido de guerra que vende postales en Hannover, si bien el periodista exagera, hay verdad en lo que cuenta sobre la dignidad en el vestir de las personas que atravesaban situaciones económicas penosas:



Fotografía de un albergue para personas sin hogar en Berlín (fecha estimada: entre 1924 y 1930)⁵⁴⁰, e imagen de un mendigo en Hannover, 1930⁵⁴¹.

En cuanto a la comparación que hace el periodista de nuevo con la realidad española, cabe señalar el uso indudablemente despectivo de los adjetivos “astroso” y “repugnante” que utiliza en referencia al estereotipo del “mendigo meridional –español o italiano”. Cabe suponer que su intención es la de remarcar el contraste entre las dos realidades que describe.

Por último, cierra el apartado con una frase que, por cierta, no deja de ser peregrina: “No he visto a nadie descalzo en toda Alemania”. Nada más natural, pues pasar el invierno en Alemania sin el calzado adecuado es completamente incompatible con conservar la salud, tanto entonces como ahora. En consecuencia, es normal que los desempleados alemanes cuidasen al menos esa parte de su indumentaria “a costa de los sacrificios que haya que hacer”.

4.8.3. Los innecesarios

Precisamente, sobre la climatología alemana hablará el periodista en el siguiente apartado, cuyo tema principal, no obstante, serán las colonias de personas sin hogar improvisadas en las afueras de Berlín. Bajo el ladillo “Los innecesarios”, en el que Chaves utiliza con ironía el término con el que los nazis se referían a esas personas⁵⁴², el periodista escribe:

⁵⁴⁰ “Berlin, Schlafsaal im Obdachlosen-Asyl”. Bundesarchiv, Bild 102-10839. En <<https://cutt.ly/ffylqza>> [cons. 7/6/2020].

⁵⁴¹ Ballhause, Walter (1930): “Advent - Auf Krücken sitzt's sich wärmer”. Lebendiges Museum Online. En <<https://cutt.ly/pfyK4oj>> [cons. 7/6/2020]. A esta imagen se podrían añadir otras elaboradas por los pintores de la llamada Nueva Objetividad; por ejemplo, *El vendedor de cerillas* (1920), de Otto Dix, quien representa los estragos de la Gran Guerra a la perfección.

⁵⁴² Recordemos la definición de ironía de Lausberg (1967: 85): “La ironía es un arma de la parcialidad; el orador está tan convencido de la fuerza de persuasión de su propia causa así como de la simpatía del

Ahora que llega el buen tiempo, la situación mejora notablemente, porque hay muchos millares de berlineses declarados innecesarios que se van a vivir la vida del hombre primitivo en medio de los campos. Unas arpilleras y unos palos resuelven el problema de la vivienda; el de la manutención, mal o bien, se resuelve con el subsidio de paro. Así surgen durante el verano esas “ciudades de lona”, en las que vuelven al estado de naturaleza unos millares de berlineses que no tienen nada que hacer, yendo de un lado para otro en Berlín y gastándose en tranvías y autobuses el dinero que no poseen. Mediante el pago de dos marcos y medio por la temporada, los Ayuntamientos de Berlín y Postdam ceden el terreno necesario para que estos desgraciados levanten sus tiendas de campaña. Ellos mismos se lo hacen todo. Eliminados por superfluos de la urbe civilizada, se las ingenian para pasarse sin los beneficios de la civilización; en las “ciudades de lona” no son necesarios los trajes, ni los “taxis”, ni los ascensores, ni los teatros, ni los cafés, ni ninguna de esas exigencias de la vida civilizada que a tan dura costa se consiguen. Cada cual busca el emplazamiento que más le agrada para su casa de lona, y a tomar el sol; ellos mismos, con el sentido innato de la autoridad que tienen todos los alemanes se organizan en “verein” o concejos, a los que compete mantener el orden y hacer cumplir las ordenanzas –bastante severas– que voluntariamente se imponen.

Y así tiran desde junio hasta octubre (Chaves Nogales, 1933i).

Esos “muchos millares de berlineses declarados innecesarios” a los que Chaves se refiere son, sin duda, los indigentes que los nazis consideraban un obstáculo para alcanzar la pureza racial que defendían sus eugenistas (ver apdo. 4.7.3) y que buena parte de la sociedad protestante había asumido como deseable, como explica Evans (2003: 418):

Mucho antes del final de la República de Weimar, algunos especialistas habían aprovechado la oportunidad que brindaba la crisis económica para sostener que el mejor medio de reducir la carga insostenible de la seguridad social sobre la economía era impedir que la subclase se reprodujese, sometiendo a sus miembros a una esterilización forzosa. En pocos años habría así menos familias indigentes que mantener. [...] Las instituciones de beneficencia protestantes, influidas por doctrinas de predestinación y pecado original, dieron en general la bienvenida a estas ideas [...].

Con la llegada de los nazis al poder, esta visión no hizo sino prosperar, incluso entre los funcionarios de la seguridad social:

Los trabajadores sociales y los funcionarios de la seguridad social hacía mucho ya que tendían a considerar a los usuarios de sus servicios haraganes y parásitos. Ahora, estimulados por sus nuevos jefes, nombrados por las administraciones regionales y locales nazis, podían dar rienda suelta a sus prejuicios (419).

En cuanto a la localización de esas “ciudades de lona”, es difícil de determinar, pues la documentación, tanto gráfica como escrita que ha quedado de las mismas es escasa en contraste con el fenómeno análogo estadounidense de las *hoovervilles*, quizá en parte porque la gravedad de los acontecimientos posteriores solapó históricamente este fenómeno en Alemania. No obstante, sabemos que, al menos, uno de esos asentamientos se encontraba en Wilmersdorf, en las afueras del Berlín de la época, al sur de Charlottenburg, en dirección a Potsdam. En la siguiente fotografía se puede ver a un grupo de desempleados en una de esas “tiendas de campaña” hechas con “unas arpilleras y unos palos” de las que habla Chaves:

público que (en una reducida *sermocinatio*) utiliza la escala léxica de valores de su adversario, haciendo ver su falsedad mediante el contexto (lingüístico o situacional)”.



Desempleados en una tienda hecha con despojos en Wilmersdorf, Berlín, en 1931. Según el pie de foto original, en un cartel se podía leer la siguiente inscripción: “Laube für die Erwerbslosen. Es wird gebeten, für die Unterhaltungskosten, Beleuchtung, Blumen, Reinemachefrau, PP, einen Beitrag hier eintragen zu wollen. Auch der kleinste Beitrag wird dankend entgegengenommen” [“Cabaña para desempleados. Se solicita una contribución voluntaria para los costes de mantenimiento, iluminación, flores, mujer de la limpieza, etc. Incluso la contribución más pequeña se recibe con gratitud”]⁵⁴³.

Cabe señalar aquí, asimismo, el uso de la hipérbole irónica en la frase: “Unas arpilleras y unos palos resuelven el problema de la vivienda”. Por otra parte, en lo referente al subsidio del paro, que le resolvía “mal o bien” el problema de la manutención a los desempleados, según Chaves, lo cierto es que para muchos el problema se resolvía más mal que bien. La situación era difícil tras varios años de crisis. El sistema de seguridad social de la República de Weimar estaba pensado para cubrir los subsidios de desempleo de no más de 800.000 personas durante unos meses, y no los de los seis millones de parados de larga duración que había en 1932, como explica Evans (2003: 276). Y el problema había incluso empeorado con los recortes que el canciller Brüning llevó a cabo en 1931:

Los desempleados de larga duración vieron así reducido su nivel de vida cuando pasaron de percibir las prestaciones del seguro del paro a obtener las previstas para situaciones críticas, de financiación pública, luego a las de ayuda social de las autoridades locales y, finalmente, a no recibir prestación alguna. A finales de 1932 sólo quedaban 618.000 personas que percibían las prestaciones del seguro de paro, 1.230.000 que percibían las prestaciones por situación de crisis, 2.500.000 que percibían el auxilio social y más de un millón cuyo periodo de paro había excedido el límite establecido por el sistema y no percibían ya, por tanto, ningún tipo de ingreso regular (Evans, 2003: 291-292).

Por tanto, muchas de esas personas que se iban a “vivir la vida del hombre primitivo” no debían recibir subsidio alguno. Y, en cuanto a la descripción de esa vida

⁵⁴³ “Arbeitslose in ihrer selbstgebauten Laube in Berlin, 1931”. Timeline Images. En <<https://cutt.ly/xfyK1bU>> [cons. 7/6/2020]. Asimismo, esta misma fotografía aparece en la crónica del 19 de mayo de Chaves Nogales (ver apéndice 13), aunque el pie de foto no especifica el momento ni el lugar en el que fue tomada.

en “ciudades de lona” en las que volvían “al estado de naturaleza”⁵⁴⁴ unos millares de berlineses” que no tenían nada que hacer, “yendo de un lado para otro en Berlín y gastándose en tranvías y autobuses” el dinero que no tenían, cabe resaltar la capacidad de Chaves para reducir a una frase la estampa de la dramática situación de los parados de larga duración en la gran ciudad: el tedio, el absurdo de la acción cotidiana sin horizonte cierto representado en el sinsentido del gasto en transporte público sin ningún motivo práctico. Recordemos que ya habíamos visto en el apartado 2.2 esta capacidad de Chaves cuando hablamos de sus primeros cuentos, en los cuales era capaz de atrapar en unos párrafos el drama que conllevan el carácter y las circunstancias de unos personajes que, además, resultan entrañables: la niña inocente de “Los zarcillos”, el alegre borracho de “Cómo se deshace a un hombre”, la esperanzada viuda de “La tía Conchita”, o el estoico abuelo de “El hombrecito de la limalla de oro”. Como ocurre con los relatos de *Dubliners* (1914), de James Joyce, todos esos cuentos poseen la característica común de resumir una tragedia vital en un solo episodio representativo, algo análogo a lo que hace aquí el periodista en apenas un par de líneas. Y es que, entre otras cosas, Chaves contaba entre sus cualidades con dos que Rosendo Klecker (2010: 15) considera indispensables para quien escribe un perfil: “Sensibilidad y hondura humana”. El propio periodista, en el reportaje “Lo que ha quedado del imperio de los zares”, aseguraba sobre el político ruso Kokovtsov que para definirlo, “mejor que muchos datos biográficos es una anécdota” (Chaves Nogales, 1931: 70). Por lo demás, también *Augusto Assía* (1931b), corresponsal de *La Vanguardia* en Berlín, hablaba en términos similares de la situación de los parados alemanes en marzo de 1931:

El hombre que se encuentra de repente sin trabajo se siente desmoralizado y trasladado a un mundo para él incomprensible, a la falta de recursos se une la largura y el aburrimiento inacabable de los días. La vida le lleva a merodear por la ciudad y a llenar con algo el tiempo libre.

Por otra parte, que Chaves sentía la vida de esas gentes como una tragedia se desprende también del uso del apelativo “desgraciados” en: “Mediante el pago de dos marcos y medio por la temporada, los Ayuntamientos de Berlín y Postdam ceden el terreno necesario para que estos desgraciados levanten sus tiendas de campaña”. No hemos podido, por lo demás, contrastar este dato, que, de nuevo, refleja el grado de detalle con el que Chaves se había aproximado al asunto a pesar de tratarlo con brevedad. Por otra parte, a continuación queda patente la ironía de Chaves en el empleo del concepto rousseauiano de “estado de naturaleza”, no menos, por otra parte, que la que hay en el uso del término “vida civilizada”:

Ellos mismos se lo hacen todo. Eliminados por superfluos de la urbe civilizada, se las ingenian para pasarse sin los beneficios de la civilización; en las “ciudades de lona” no son necesarios los trajes, ni los “taxis”, ni los ascensores, ni los teatros, ni los cafés, ni ninguna de esas exigencias de la vida civilizada que a tan dura costa se consiguen. Cada cual busca el emplazamiento que más le agrada para su casa de lona, y a tomar el sol [...].

⁵⁴⁴ Nótese la ironía en el uso del cultismo rousseauiano.

Así, se trasluce en el texto cierta crítica contra la dureza de la vida urbana moderna, a la que, como hemos dicho, se refiere irónicamente como “la vida civilizada”, con sus “exigencias” –los trajes, los taxis, los ascensores, los teatros, los cafés–, que “a tan dura costa se consiguen”. Estas gentes “se las ingenian”, según el periodista para vivir una vida simplificada, sin necesidades, más allá del alimento y la vivienda. Parece éste un elogio de la vida retirada: “Cada cual busca el emplazamiento que más le agrada para su casa de lona, y a tomar el sol”. No obstante, a pesar de estar fuera de la “civilización”, también había en esos campamentos improvisados cierto grado de organización, según cuenta, ahondando en el tópico del apego de los alemanes por el orden: “[...] ellos mismos, con el sentido innato de la autoridad que tienen todos los alemanes se organizan en «verein»⁵⁴⁵ o concejos, a los que compete mantener el orden y hacer cumplir las ordenanzas –bastante severas– que voluntariamente se imponen”. Finalmente, sugiriendo de forma implícita con el verbo *tirar* la precariedad y la provisionalidad de la situación de toda esa gente, concluye: “Y así tiran desde junio hasta octubre”.

4.8.4. Administración de la paternidad

El siguiente apartado vuelve a constar de nuevo de un solo párrafo, si bien algo más largo que los dos anteriores. Bajo el ladillo “Administración de lo paternidad”, que admite una lectura informativa y otra irónica, siendo esta segunda la que más probablemente buscaría Chaves, por ser la habitual en sus titulares y ladillos. La ironía, en ese caso, radicaría en lo chocante que el periodista supone que la gestión estatal de la natalidad le podía parecer al lector español de la época. En cualquier caso, Chaves habla en este apartado de los “consejos matrimoniales” (*Eheberatungen*), una suerte de centros de planificación familiar que proliferaron durante los años de la República de Weimar, y de la reacción del nuevo régimen ante los mismos, así como de la política nazi de esterilización. Veamos el párrafo por partes:

En Berlín había unos titulados “consejeros matrimoniales”, cuyos gabinetes de consulta se habían visto concurridísimos en los últimos tiempos. Estos “consejeros matrimoniales” surgieron hace cinco o seis años, cuando empezó a hablarse de que iba a ser exigido legalmente el certificado sanitario prenupcial, y sus clientes eran no sólo los novios que querían saber si tenían algún impedimento fisiológico para contraer matrimonio, sino los casados viejos, a los que la crisis planteaba el caso de conciencia de las prácticas malthusianas. En una palabra: los “consejeros matrimoniales” lo que hacían era poner en práctica el malthusianismo por medio de la divulgación de los medios preventivos o bien favoreciendo la ejecución del aborto (Chaves Nogales, 1933i).

⁵⁴⁵ La traducción de *Verein* como *concejo* parece adecuada en este contexto, aunque su significado más común es el de *organización* o *asociación*.

Marhoefer (2015: 204) explica del siguiente modo cuáles eran las actividades habituales de esos *consejos*:

The marriage and sex counselling clinics were a diverse lot and did far more than offer eugenic advice. Though the clinics were by far the largest of the three programs [los otros dos eran un proyecto de ley de esterilización que nunca llegaría a aprobarse y el reparto de panfletos a parejas que se iban a casar] in terms of resources devoted and people affected, most of their clients were not all that interested in eugenics and rather sought help with practical matters such as fertility control.

A pesar de no ser una de estas clínicas, resulta representativo acerca de la actitud nazi respecto a este asunto el caso del Institut für Sexualwissenschaft (Instituto para la Ciencia Sexual) del sexólogo judío Magnus Hirschfeld, del que ya hemos hablado en el apartado 4.8.1 con motivo de su asalto el 6 de mayo de 1933 por parte de un grupo de estudiantes nazis. Como explica Evans (2003: 416), esta institución era muy famosa en Berlín, “no sólo porque defendía causas como la legalización de la homosexualidad y del aborto, y por sus populares clases vespertinas de educación sexual, sino también por su gran colección de libros y manuscritos sobre temas sexuales”. Dicha colección, de más de diez mil libros y fotografías ardió en una hoguera en la Opernplatz (hoy Babelplatz) cuatro días después del asalto de los nazis (416). Asimismo, Chaves da cuenta a continuación de la clausura de este tipo de centros por parte del nuevo régimen: “Hace unos días, los «nazis» han suprimido de raíz los «consejeros matrimoniales». No porque el racismo considere criminal la limitación de los natalicios, sino porque, a lo que parece, pretende administrarla” (Chaves Nogales, 1933i). La primera afirmación del periodista concuerda con lo que señala Evans (2003: 418): el 1 de marzo de 1933 un nuevo decreto sobre seguridad sanitaria “había legitimado el cierre de las clínicas de asesoramiento médico de financiación pública en todo el país”, medida que encajaba en un plan más extenso, como también explica Evans:

La destrucción de su instituto [de Hirschfeld] fue sólo una parte, aunque la más espectacular, de un ataque de mucho más amplio alcance a lo que los nazis describían como el movimiento judío para subvertir a la familia alemana. Sexualidad y procreación debían estar indisolublemente vinculadas, al menos para los racialmente autorizados. Los nazis, con la aprobación de conservadores y católicos, iniciaron la liquidación de todas las ramas de la camarilla de pequeños grupos de presión dinámica e intrincadamente interrelacionados de la Alemania de Weimar que defendían la libertad sexual, la reforma de la ley del aborto, la descriminalización de la homosexualidad, la facilitación pública de asesoramiento anticonceptivo y cualquier otra cosa que considerasen que contribuiría a la disminución constante del índice de natalidad del país. Reformadores sexuales como el freudiano Wilhelm Reich o la veterana impulsora de la reforma de la legislación sobre el aborto Helen Stöcker, se vieron obligados a exiliarse y sus organizaciones clínicas fueron clausuradas o quedaron bajo el control nazi (417).

En cuanto a la segunda afirmación, ya vimos en el apartado 4.7.3 cómo los nazis consideraban una obligación de las mujeres *racialmente autorizadas* engendrar hijos *arios* para servir al Reich. Era, por tanto, una cuestión política más que moral. En cuanto a la mención a la administración estatal de la paternidad, el periodista se explica a continuación: “Hay, en efecto, algunas personalidades científicas del nacionalsocialismo que preconizan la esterilización; recientemente, el doctor Ostermann

la ha defendido, diciendo que no hay ningún peligro en practicarla” (Chaves Nogales, 1933i). En el apartado 4.7.3, ya hemos hablado ampliamente, tanto acerca de la defensa de la esterilización obligatoria por parte de los nazis y de sus proyectos eugenésicos, como sobre el eugenista Arthur Ostermann, cuyas palabras citadas aquí por Chaves de forma indirecta no hemos podido contrastar. No obstante, de acuerdo con Söderfeldt y Schwanke (2019: 173), en 1926 publicó un artículo en la revista *Zeitschrift für Volksaufartung und Erbkunde* en el que decía: “Die zwangsweise Sterilisierung wird auch in Deutschland kommen, weil sie kommen muß” [“La esterilización obligatoria llegará también a Alemania, porque debe llegar”]; y en 1931, había defendido la esterilización de personas con *enfermedades hereditarias, débiles mentales, psicópatas y asociales* (Weinert, 2017: 314). No obstante, como también señalamos en el apartado 4.7.3, no se podía considerar a Ostermann una de las “personalidades científicas del nacionalsocialismo”, pues discrepaba con la facción de la Sociedad para la Higiene Racial (Gesellschaft für Rassenhygiene) que defendía la superioridad de la raza nórdica, y tenía lazos con el partido del Zentrum, aunque es cierto que los nazis no lo cesaron de su puesto en el Ministerio para el Bienestar del Pueblo (Ministerium für Volkswohlfahrt) de Prusia cuando llegaron al poder, e incluso se aprovecharon de su trabajo para la redacción de la Ley para la Prevención de la Descendencia con Enfermedades Hereditarias (Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses) del 14 de julio de 1933 (Schmuhl, 2005: 148). No obstante, Ostermann dejaría su puesto en el ministerio prusiano en el otoño de 1933 a causa de una enfermedad, de acuerdo con Schmuhl (2005: 293-294), y con posterioridad su nombre sería borrado de algunos manuales de obstetricia reeditados durante los años del Tercer Reich, según Fallwell (2013: 155), como también vimos en el apartado ya mencionado.

No obstante, Chaves utiliza la cita indirecta de Ostermann para exponer la doctrina nazi sobre la esterilización obligatoria de los judíos, a pesar de que éste no la defendía, como acabamos de ver:

Lo que los “nazis” pretenden es que no sea el individuo, según su individual capricho, el que decida si va a tener hijos o no; esta es una facultad que incumbe al Estado, el cual dirá a uno: “Tú, ario puro, a tener hijos”; y al otro: “Tú, semita indeseable, no los tendrás de ninguna manera, porque te esterilizaré, quieras o no” (Chaves Nogales, 1933i).

En cierto modo, y por paradójico que parezca, Chaves se excede y se queda corto a la vez al juzgar las intenciones nazis con respecto a los judíos. Se excede porque la esterilización de los judíos nunca se sistematizaría ni sería recogida por ninguna ley durante el Tercer Reich. Y se queda corto, porque, como bien sabemos hoy, lo que les esperaba a millones de judíos alemanes y de los territorios que ocuparía Alemania iría mucho más allá de la esterilización. Tal y como explica Friedländer (1997: 64), la Ley para la Prevención de la Descendencia con Enfermedades Hereditarias de julio de 1933, que ya hemos mencionado anteriormente, no incluía la esterilización de los judíos por el hecho de serlo, sino que *solamente* afectaba a los que padecían lo que los nazis

llamaban “enfermedades hereditarias”, esto es, “debilidad mental, esquizofrenia, trastornos maniaco-depresivos, epilepsia genética, síndrome de Huntington, ceguera o sordera genéticas y alcoholismo grave”. Así, “más allá del objetivo de limpieza racial, idéntico al perseguido por la campaña de esterilización y eutanasia, la lucha contra los judíos, [...] se afrontaba como un combate de dimensiones apocalípticas” (66). Lo cierto es que, aparte de por el terrorífico exterminio posterior de millones de judíos durante la guerra, la esterilización de los judíos hubiese resultado una medida redundante a partir de finales de 1935, pues las Leyes de Núremberg, aprobadas ese mes de septiembre, y la Ley de Salud Matrimonial, aprobada en noviembre, de las que hablamos en el apartado 4.7.3, prohibían a los judíos casarse o tener relaciones sexuales con *arios*. Esas medidas eran, por tanto, suficientes para “frenar la *degeneración racial*” (Cayuela Sánchez, 2011: 262) que tanto preocupaba a los nazis.

Por lo demás, cabe llamar la atención sobre el uso que hace Chaves del recurso del pleonismo en estas últimas líneas: “[...] el individuo, según su individual capricho”, figura retórica poco frecuente en su obra. En este caso, parece querer resaltar, en consonancia con su ya conocido liberalismo, la importancia del libre albedrío individual, es decir, del “individual capricho”. Asimismo, cabe señalar de nuevo la introducción de un elemento dialógico de teatralización, además de una personificación, merced a la cual el estado nacionalsocialista le habla al individuo con el lenguaje arrogante del nacionalsocialismo y le espeta: “Tú, ario puro, a tener hijos”, y: “Tú, semita indeseable, no los tendrás de ninguna manera, porque te esterilizaré, quieras o no”. Vemos aquí cómo Chaves parodia el lenguaje nazi, generando con él una caricatura del nacionalsocialismo que contribuye a la desmitificación del mismo ante el público español que el periodista persigue a lo largo de todas sus crónicas alemanas.

4.8.5. Demografía

En el siguiente apartado, cuyo ladillo, “Demografía”, informa sólo parcialmente de su contenido, Chaves plantea la relación que el nacionalsocialismo establecía entre el descenso de la natalidad en Alemania y la relajación de las costumbres sociales tradicionales. Así, comienza ofreciendo datos demográficos muy precisos sobre la natalidad en Prusia en los años previos a su visita:

Porque, a pesar de la fecundidad germana, el número de natalicios había decrecido considerablemente; el año pasado hubo en Prusia 178.000 natalicios más que defunciones; pero el año anterior había habido 193.000 más; hace tres años, 258.000, y en 1925, los natalicios superaron a las defunciones en 345.000. Los matrimonios iban también en baja; en 1932 hubo tres mil menos que en 1931 (Chaves Nogales, 1933i).

De nuevo, vemos que el trabajo de documentación de Chaves resulta notable, hasta tal punto que es difícil contrastar hoy los datos que ofrece. No obstante, el *Statistische Handbuch für Deutschland 1928-1944*, editado por el Länderrat des Amerikanischen Besatzungsgebiets (Consejo de los Territorios de Ocupación Americana) (1949: 47), recoge cifras que reflejan la misma tendencia que las de Chaves, pero correspondientes a todo el territorio alemán: así, la diferencia media entre nacimientos y defunciones entre 1921 y 1930 habría sido de 492.347 a favor de los primeros; en 1931, de 313.610, y en 1932, de 285.484. Llama la atención, no obstante lo elevado de las cifras de Chaves, a pesar de que Prusia era el estado más poblado de Alemania. En cualquier caso, la tendencia descendente del número de nacimientos con respecto al de defunciones durante esos años en Alemania queda confirmada. Y lo mismo ocurre con el número de matrimonios: según el *Statistische Handbuch für Deutschland 1928-1944*, los matrimonios registrados en toda Alemania en 1931 fueron 522.881, mientras que en 1932 fueron 516.793, es decir, 6.088 menos (1949: 47). Esta cifra encaja mucho mejor con la ofrecida por Chaves, pues es aproximadamente el doble, lo que tiene sentido, ya que Prusia acumulaba prácticamente la mitad de la población de todo el Imperio Alemán.

47

II. Bewegung der Bevölkerung

A. Natürliche Bewegung der Bevölkerung

1. Die Eheschließungen, Geborenen und Gestorbenen

Jahre bzw. Jahresdurchschnitte	Eheschließungen	Lebendgeborene	Totgeborene	Unehelich Lebend- und Totgeborene	Gestorbene (ohne Totgeborene)	Mehr geboren als gestorben	Auf 1000 Einwohner kamen				Von 100 Lebend- u. Totgeborenen waren	
							Eheschließungen	Geborene ohne Totgeborene	Gestorbene	Mehr Geborene als Gestorbene	Uneheliche	Totgeborene
1891/1900	430 846	1 900 295	63 812	179 081	1 170 030	730 265	8,2	36,1	22,3	13,9	9,1	3,2
1901/10	484 651	1 999 364	62 118	178 115	1 133 027	866 338	8,0	33,0	18,7	14,3	8,7	3,0
1911/20 ¹⁾	496 779	1 450 845	44 853	157 284	1 206 848	248 592	7,6	22,1	18,4	3,7	10,8	3,0
1921/30 ²⁾	575 188	1 285 902	42 281	152 538	793 555	492 347	9,1	20,3	12,5	7,8	11,5	3,2
1931	522 881	1 047 775	32 533	127 136	734 165	313 610	8,0	16,0	11,2	4,8	11,8	3,0
1932	516 793	993 126	29 978	119 169	707 642	285 484	7,9	15,1	10,8	4,3	11,6	2,9
1933	522 573	971 174	28 424	106 817	737 877	332 207	9,7	14,7	11,2	3,5	10,7	2,8
1934	740 165	1 198 350	32 528	105 346	724 758	473 592	11,1	18,0	10,9	7,1	8,6	2,6
1935	651 435	1 263 976	33 099	101 816	792 018	471 958	9,7	18,9	11,8	7,1	7,8	2,6
1936	609 770	1 278 583	33 470	102 031	795 793	482 790	9,1	19,0	11,8	7,2	7,8	2,6
1937	620 265	1 277 046	31 561	101 094	794 367	482 679	9,1	18,8	11,7	7,1	7,7	2,4
1938	645 062	1 348 534	31 733	105 709	799 220	549 314	9,4	19,6	11,6	8,0	7,7	2,3
1939 ³⁾	774 163	1 413 230	32 968	112 339	854 348	.	11,2	20,4	12,3	.	7,8	2,3
1940	613 103	1 402 258	32 394	.	885 591	.	8,8	20,0	12,7	.	.	2,2
1941	504 200	1 308 232	28 859	.	844 435	.	7,2	18,6	12,0	.	.	2,2
1942	525 459	1 055 915	22 637	.	847 861	.	7,4	14,9	12,1	.	.	2,1
1943	514 095	1 124 718	24 998	.	853 246	.	7,3	16,0	14,6	.	.	2,2

Tabla de matrimonios, nacimientos y defunciones en Alemania entre 1891 y 1943 (Länderrat des Amerikanischen Besatzungsgebiets, 1949: 47).

Según Grunberger (1971: 250), la crisis del 29 había afectado tanto a la natalidad como al número de matrimonios: “[...] los matrimonios practicaban una limitación familiar mucho más estricta, y la discriminación en el trabajo a favor de los hombres con familia dejaba a los solteros sin trabajo y sin posibilidades de casarse”. En cualquier caso, a Chaves le parecían cifras altas a juzgar por su mención a la

“fecundidad germana”. Sin embargo, señala la baja natalidad como causa del afán nazi por reformar las costumbres sociales de la Alemania de entreguerras:

Por todo esto, Hitler ahora, y antes von Papen, se propusieron moralizar las costumbres a golpe de decreto. Se ha organizado una verdadera persecución de la propaganda anticoncepcionista; se han cerrado todos los cabarets perniciosos, y se ha llegado incluso a la supresión de aquellos tangos que por su letra o por su cadencia pueden contribuir a la relajación de las costumbres; en cambio, se está provocando artificialmente la resurrección del vals. Los que quieran oír música de negros tienen que buscar en sus aparatos radioreceptores la onda de París o de Londres. Es exactamente lo mismo que hacen los bolcheviques. Sólo en Moscú he visto un celo moralizador equivalente (Chaves Nogales, 1933i).

En efecto, Franz von Papen, vicescanciller de Hitler en el momento de la publicación de la crónica de Chaves, había ocupado el cargo de canciller del Reich entre junio y diciembre de 1932, periodo al que se refiere el periodista cuando habla del intento de “moralizar las costumbres a golpe de decreto” de este aristócrata y miembro del Zentrumspartei hasta 1932. En este sentido, Evans (2003: 324) asegura que von Papen se había propuesto, como canciller, “dar marcha atrás a la historia, no sólo a la democracia de Weimar sino a todo lo que había sucedido en la política europea desde la Revolución francesa”. No obstante, Marhoefer (2015: 185) sostiene que los decretos contra la *inmoralidad pública* promulgados por el gobierno de von Papen fueron más bien limitados, siendo el más destacado el que prohibía bañarse y bailar desnudos⁵⁴⁶. Para los conservadores, para los cuales el sexo y el pecado estaban íntimamente relacionados, la revolución sexual de aquellos jóvenes de la posguerra que querían romper con el mundo de sus padres (ver apdo. 4.7.4) debía despertar el mayor de los rechazos. Así lo explica Haffner (1939: 86), uno de aquellos jóvenes:

Las relaciones entre los sexos eran más abiertas y más liberales que nunca, tal vez como una consecuencia beneficiosa más del largo abandono sufrido. Ya ni siquiera albergábamos despreciables sentimientos de superioridad, sino sólo de asombrosa compasión ante aquellas generaciones que en su juventud únicamente se encontraron con vírgenes inalcanzables a las que venerar y putas con las que desahogarse.

Esas vírgenes inalcanzables a las que venerar coinciden con la Gretchen fáustica idealizada por los nazis⁵⁴⁷ como modelo de mujer de la que hablamos en el apartado 4.7.4. Por tanto, es normal que la represión que éstos llevarían a cabo en el ámbito de las costumbres sexuales fuese mayor que la llevada a cabo por los conservadores. Tal y como explica Chaves, los nazis persiguieron “la propaganda anticoncepcionista”, y se cerraron “cabarets perniciosos”. Así lo explica Marhoefer (2015: 174-175):

In the first months of Hitler’s chancellorship, gay, lesbian, and transvestite bars and clubs like the Magic Flute and the Eldorado were shuttered, magazines like *Girlfriend* and *Friendship* forced out of business, books like *Berlin’s Lesbian Women* snatched from the shelves of bookstores. The new authorities banned the public display of “filthy” images at street kiosks and shut down nudity movement, the sex reform movement, and the fight against the abortion law.

⁵⁴⁶ En el siguiente apartado de esta crónica, Chaves hablaría de la popularidad del nudismo en Alemania.

⁵⁴⁷ En el apartado 4.11.5 hablaremos de la particular relación personal de Hitler con las mujeres.

Asimismo, Evans (2003: 417) habla de la modificación por parte del gobierno de Hitler de la Ley contra las Enfermedades de Transmisión Sexual de 1927 (*Gesetz zur Bekämpfung der Geschlechtskrankheiten*) el 26 de mayo de 1933 (justo un día después de la publicación de esta crónica de Chaves):

Las enmiendas no sólo volvían a criminalizar la prostitución, legalizada en la práctica en 1927, sino que reintroducían también la prohibición legal sobre publicidad y educación en lo relativo al aborto y a las sustancias abortivas. En muy poco tiempo, los nazis habían desmantelado todo el movimiento de la reforma sexual y ampliado limitaciones legales a la sexualidad, desde leyes punitivas contra relaciones de personas del mismo sexo a otras contra diversos tipos de actividad sexual que no estaban dirigidos a la finalidad de un aumento del índice de natalidad.

Por otra parte, probablemente con “cabarets perniciosos” Chaves se refiere a los locales de ese tipo en los que los artistas eran travestis, de los que ya había hablado – haciendo gala de una homofobia, por lo demás, hegemónica en su época– tras su anterior visita a Berlín en *La vuelta a Europa en avión*, como vimos en el apartado 2.3:

A todos los extranjeros que pasan por Berlín se les brinda la ocasión de ir a visitar el típico cabaret de homosexuales: El dorado. Es un cabaret exactamente igual a todos los demás –tan aburrido y triste como todos–, con la sola diferencia de que las tanguistas que merodean por los palcos y se lucen en el parquet no son mujeres. Hombres, yo no puedo asegurar que lo sean (Chaves Nogales, 1929: 87).

En cuanto a “la supresión de aquellos tangos que por su letra o por su cadencia pueden contribuir a la relajación de las costumbres”, de la “música de negros”, es decir, el jazz, y a la *artificial* “resurrección del vals” de las que habla el periodista, cabe traer a colación el choque cultural que supuso la introducción del jazz y el swing en Europa, que refleja bien Joseph Roth, nada sospechoso de simpatizar con el nacionalsocialismo, en su artículo de 1930 “La industria berlinesa del entretenimiento”, en el que habla de la homogeneización cultural mundial del ocio nocturno. Sirva este pasaje en el que describe el ambiente en un local típico de baile de Berlín como ejemplo:

En la esquina se ha instalado la orquesta –y no para quedarse sentada como cabría esperar, sino para realizar una serie de movimientos absurdos e interminables que recuerdan el conocido ejercicio de “correr sin moverse del lugar”–, trasladado del universo marcial al universo báquico el saxofón reluce y brilla, suspira y gime, da gritos de júbilo y alegría, trompeta profana de este juicio profano, en cierto modo penúltimo. [...] Las parejas se levantan al mismo tiempo y con la misma indiferencia para realizar los ejercicios de baile gimnástico. Los movimientos de los músicos tienen más garbo que los de quienes bailan (Roth, 1996: 184-185).

Grunberger (1971: 432), por su parte, explica que a los nazis, en concreto, les preocupaba por motivos *morales* tanto el jazz como la música de salón, llegando a alcanzar dicha preocupación unos niveles de mojigatería ridículos:

Los teóricos nazis veían en la danza una actividad altamente problemática, desde el punto de vista musical y desde el social. Musicalmente, era un conglomerado de influencias foráneas: a las composiciones judías, de ritmo vulgar, se añadía el jazz, música de negros, emanación de la jungla. [...] Un peligro social adicional que comportaban todas las formas corrientes de danza era el de la depravación sexual. El *Schwarze Korps* [semanario de las SS] condenó “ese tipo de música que sólo se puede bailar con la parte superior del cuerpo echada hacia atrás y el abdomen apretado contra el de la pareja, al tiempo que se agitan las caderas a la manera de un homosexual rijoso”.

Evans (2003: 161), por su parte, asegura que “la cólera de los moralistas convencionales se encendía con bailes como el tango, el foxtrot y el charleston”, es decir, los “tangos que por su letra o por su cadencia pueden contribuir a la relajación de las costumbres” de los que habla Chaves. En este sentido, el destacado crítico musical Alfred Einstein consideraba el jazz “la traición más repugnante a toda la música occidental” (cit. en Evans, 2003: 161). Asimismo, en mayo de 1938 los nazis llegaron a organizar en Düsseldorf una exposición de “música degenerada” (Benz, 2006: 44). No obstante, según Evans (2003: 445), a pesar de que muchos músicos extranjeros abandonaron el país en 1933, el jazz se resistía a desaparecer de Alemania, merced a la picaresca de los dueños de los locales de baile de moda:

[...] el jazz resultaba casi imposible de definir, y con unos cuantos pellizcos técnicos diestros y una conducta adecuadamente conformista por parte de los intérpretes, los músicos de jazz y de swing pudieron continuar tocando sin mucho problema en innumerables clubes, bares, salones de baile y hoteles de Alemania a lo largo de los años treinta. Los guardias de seguridad de los clubes nocturnos *chic* de Berlín como Roxy, Uhu, Kakadu o Ciro prohibían la entrada a los espías invariablemente mal vestidos que enviaban los nazis [...]. Si había que dejar pasar a un espía, el portero no tenía más que tocar un timbre secreto y los músicos cambiaban rápidamente la partitura en sus atriles antes de que llegase al salón de baile.

A pesar de todo, en 1937, el periódico oficial de la SA denunciaba la permanencia de “impúdicas flores de la jungla, de pandemonium negroide, lamentablemente introducidas en las salas de baile alemanas por orquestas de baile supuestamente alemanas” (cit. en Grunberger, 1971: 441). Asimismo, las redadas con agentes de la Gestapo y de la Cámara de Música del Reich aumentaron a partir de 1934, según Evans (2005: 207), quien también cuenta que, en verano, “los camisas pardas patrullaban las playas frecuentadas por jóvenes con gramófonos portátiles y rompían a pedazos sus discos de jazz”. El absurdo llegó a tal punto que los compositores Peter Kreuder, Theo Mackeben y Barbanas von Geczay “engendraron una aséptica forma de música sincopada a la que se denominó «jazz alemán»”, y las Juventudes Hitlerianas sustituyeron los bailes de salón por música folclórica bailada en un corro “que representaba la comunidad” (Grunberger, 1971: 441). No obstante, Huici (2017: 212) comenta que no sólo se trataba de una cuestión de moralidad en las costumbres:

[...] se esperaba de la música que se ajustara a los cánones de la tonalidad, por lo que se defenestra la música serial y dodecafónica. Fuera de la música clásica, se condena el *jazz*, puesto que no solo proviene de los Estados Unidos sino que, además, es música de negros y judíos. Por ello, se censuraban discos, se cerraban salones en los que se escuchaba *jazz* o se bailaba *swing*, y se reprimía a sus jóvenes seguidores, los llamados *Swingjugend* (‘jóvenes del *swing*’) ⁵⁴⁸.

Haffner (1939: 224), por su parte, hace un perfil de dos jóvenes pertenecientes a su grupo de tertulios habituales, uno, “simpatizante de los comunistas”, y el otro, “con una manera de pensar militar y nacionalista”, cuyas ideas sobre este tema eran muy similares:

⁵⁴⁸ En 1993 se estrenó en Estados Unidos una película sobre este tema: *Swing Kids*, de Thomas Carter.

[...] ambos concebían un ideal de «comunidad» y «espíritu de grupo» y su verdadera bestia negra eran el jazz, las revistas de moda y el Kurfürstendamm, en una palabra: el mundo entendido como oportunidad de ganar y gastar dinero como quien no quiere la cosa.

Es decir, su “bestia negra” era todo aquello que Chaves explicaba en el primer apartado de esta crónica que constituía el espíritu de los años veinte en Berlín. El odio de esos dos contertulios a esa época es el mismo que Chaves explicaba que sentían los nazis por la misma. Y lo que es más, que uno de los contertulios simpatizara con los comunistas y el otro con los nacionalistas no hace sino confirmar lo acertado de la analogía que hace Chaves en lo referente al “celo moralizador” de los bolcheviques que él había conocido de primera mano en su viaje a Rusia en 1928. Esa equivalencia –“es exactamente lo mismo”, escribía– que establece Chaves entre nazis y bolcheviques es la misma en la que insistiría a lo largo de toda su obra en coherencia con su pensamiento liberal y humanista. Recordemos, sin ir más lejos, la conferencia que daría en Sevilla unas semanas más tarde, ya de vuelta a España, en la que aseguraría, según la crónica de *El Liberal* de Sevilla del día siguiente, que “ha conocido de cerca las dictaduras roja, negra y parda, y que es enemigo de todas ellas porque rebajan la dignidad del hombre” (Gori, 1933). Asimismo, ya conocemos su famoso alegato en el prólogo de *A sangre y fuego*, de 1937: “Antifascista y antirrevolucionario por naturaleza, me negaba sistemáticamente a creer en la virtud de las grandes conmociones [...]. Todo revolucionario, con el debido respeto, me ha parecido siempre algo tan pernicioso como cualquier reaccionario” (Chaves Nogales, 1937: 4)⁵⁴⁹. Recordemos, por otra parte, lo que decía acerca del cambio de las normas sociales tanto en la Alemania nazi en su crónica del 18 de mayo, como vimos en el apartado 4.4.2, y el cambio análogo en la Rusia comunista del que hablaba en *La vuelta a Europa en avión*, y que también mencionamos en el apartado 2.3, donde aseguraba que el comunismo “aspira a ser tanto como un sistema económico, una norma moral” (Chaves Nogales, 1929: 128), y que “la deshonestidad, para los comunistas, está fatalmente en todos los esparcimientos burgueses”, idea sobre la que articularía su relato *La bolchevique enamorada*, publicado en 1930, una fábula en la que habla del cambio de las costumbres en el ámbito de las relaciones sentimentales en la Rusia soviética. En cuanto al “celo moralizador” de los nazis, también cabe recordar las palabras de noviembre de 1933 del ministro de la Propaganda nazi, Joseph Goebbels, ya mencionadas también en el apartado 4.4.2: “Nuestra revolución es total. Ha abarcado todas las áreas de la vida pública y las ha reestructurado. Ha cambiado y reformado del todo la existencia, la relación entre las personas y de éstas con el estado” (cit. en Evans, 2005: 127).

Por último, el periodista cierra este apartado con ironía, satirizando las medidas del nacionalsocialismo en el ámbito de la natalidad y las costumbres sociales: “Ahora se

⁵⁴⁹ También en ese prólogo, escribiría, ya más cargado de resentimiento contra esos totalitarismos que empezaban a acorralarlo: “Los caldos de cultivo de esta nueva peste, germinada en ese gran pudridero de Asia, nos los sirvieron los laboratorios de Moscú, Roma y Berlín, con etiquetas de comunismo, fascismo o nacionalsocialismo” (Chaves Nogales, 1937: 4-5).

trata de convencer a los jóvenes matrimonios de que aplicarse a mejorar las estadísticas demográficas es más barato que ir al «cine». Y más entretenido” (Chaves Nogales, 1933i). La cómica imagen de los nazis animando a las parejas a sustituir el cine por el sexo no puede tener otro fin que el de ridiculizar la estrategia de aquéllos para aumentar el número de nacimientos. No obstante, lo cierto es que el nuevo régimen tuvo un éxito moderado en su lucha por el aumento de la natalidad, como muestra la tabla reproducida en la página 429, procedente del *El Statistische Handbuch für Deutschland 1928-1944*, del Länderrat des Amerikanischen Besatzungsgebiets (1949: 47), y un éxito más pasajero con el aumento de matrimonios. Según ésta, entre los 971.174 nacimientos de 1933 y el 1.413.230 de 1939, la cifra no hizo sino aumentar. No tanto así los matrimonios, como vimos en el apartado 4.7.3, que tan sólo aumentaron durante los dos primeros años de gobierno nazi: en 1933 se registraron 638.573 en toda Alemania, y 740.165 en 1934. A partir de entonces se mantuvieron por debajo de los 700.000 hasta 1939, cuando se produjo un repunte previo a un abrupto descenso durante la guerra.

4.8.6. Un poco de ropa

En el siguiente apartado, bajo el, de nuevo, irónico ladillo “Un poco de ropa”, Chaves habla brevemente de la actitud de los nazis hacia una costumbre muy popular en la Alemania de la época, el nudismo:

A los “nazis” no les divierten demasiado los desnudistas. El desnudista suele ser un tipo que cae en una órbita de preocupaciones nada gratas al hitlerismo; es esa línea ideológica que va del naturismo al internacionalismo y el pacifismo; el hombre que prescinde de la ropa suele tener algo de socialista, pacifista, vegetariano y, acaso, acaso, esperantista. No, no; los “nazis” no están para monsergas de este tipo; para ser revolucionarios no hay que quitarse tanta ropa; basta con prescindir de la chaqueta y quedarse en camisa parda. Creo, pues, que terminarán dando la batalla a los millares de desnudistas que hoy pueblan gozosos los bosques de Alemania. Y va a ser un conflicto; porque de todas las libertades que los “nazis” puedan conculcar, acaso la que más sientan perder los alemanes sea ésta de poder quedarse en cueros vivos cuando se les antoja (Chaves Nogales, 1933i).

Asimismo, en la parte superior derecha de la crónica (ver apéndice 18) se podía ver la foto de un discóbolo completamente desnudo con el siguiente pie de foto, cuyo texto era continuación de los ya comentados en el apartado 4.8.1: “Como reacción, surgía en los jóvenes el ansia de abandonar la civilización y volver a la vida del hombre primitivo, al naturismo y el desnudismo, que cada vez hacían más prosélitos” (Chaves Nogales, 1933i).

Por lo demás, ya había llamado la atención del periodista este fenómeno en su anterior viaje a Alemania. Así, en *La vuelta a Europa en avión* hacía un retrato no exento de humor del ambiente en uno de los lagos de Berlín un sábado por la tarde:

Familias enteras llegan el sábado por la tarde al Wannsee, se despojan absolutamente de sus vestiduras, y así, como su madre los echó al mundo –a lo sumo con un sucinto traje de baño–, se dedican a todos los deportes, alternándolos con la vida de sociedad, indispensable también para el alemán. Completamente desnudos berlineses y berlinesas, acampados en las orillas de los lagos, toman el té, bailan el charleston al compás de sus pequeños gramófonos, leen, flirtean... Esta tarde, en una caleta del Wannsee, me han presentado a un gentleman: he conocido que lo era en el monóculo que altivamente llevaba, única señal que lo distinguía de Adán (Chaves Nogales, 1929: 105).

A pesar de no ser un fenómeno estrictamente alemán, el nudismo estaba especialmente arraigado en el país germano. De acuerdo con Carr-Gomm (2010: 39), ya en la edad media en algunos lugares de Alemania se observaban rituales de fertilidad en los que con diversas variantes una mujer se paseaba desnuda por los campos la noche de San Juan para propiciar buenas cosechas. Sin embargo, el movimiento nudista tal y como lo conoció Chaves, era un movimiento de reacción contra la industrialización y la vida urbana que no surgió en Alemania hasta finales del siglo XIX, con la revolución industrial, y que, por tanto, estaba fundamentalmente integrado por burgueses urbanitas que se habían formado un concepto romántico del *estado de naturaleza*. En este sentido, Carr-Gomm (2010: 156) explica que la *Nacktkultur*, la *cultura del desnudo*, surgió de la mano del movimiento de *Lebensreform* (reforma de la vida), que postulaba una forma de vida más sana. Así, principalmente dos movimientos, las Wandervögel (aves migratorias)⁵⁵⁰ y la Freikörperkultur (cultura del cuerpo libre), o FKK, predicaban la idea de que el cuerpo humano debía ser expuesto al aire y a la luz del sol. Ambas organizaciones, según Carr-Gomm, perseguían una vida más sana y libre de hipocresías, y organizaban paseos y baños nudistas al aire libre (156). Pero, si bien el movimiento se consolidó antes de la Primera Guerra Mundial, su auge llegó, no sin contradicciones, junto con el de la gimnasia, el vegetarianismo o la eugenesia, con la República de Weimar, según Carr-Gomm (2010: 157):

In the process, the image of the healthy Aryan became for many an ideal that required not only frequent doses of fresh air, sunshine, a vegetarian or 'reform' diet, and exercise in the nude, but also the toxic notion of 'racial hygiene'. Nudism could help to purify the racial stock by curing and preventing disease, and by helping the healthier Germans it produced make better mate selections. [...] Even though racist and anti-Semitic ideas, fuelled by eugenic theory, circulated amongst the FKK, the Wandervögel and the nudist camps, these groups were also breeding-grounds of progressive thinking that attracted socialists, liberals, pacifists, Marxists and many Jews.

De ahí que la posición del nacionalsocialismo sobre este asunto, a pesar de lo que asegura Chaves en esta crónicas, fuese a menudo ambivalente. Movimientos como el nudismo o el vegetarianismo, al que también se refiere aquí Chaves, eran socialmente transversales en la Alemania de la época. De hecho, como señala Sala Rose (2003: 395), Hitler era vegetariano desde 1924, como muestra esta nota que le pasó a la novia en la boda de Baldur von Schirach: “Yo como todo lo que la naturaleza proporciona

⁵⁵⁰ Este movimiento, de tipo juvenil, acabó derivando hacia el militarismo. Durante la Primera Guerra Mundial 12.000 jóvenes pertenecientes a esta organización se convirtieron en soldados voluntarios. Sólo la mitad regresó con vida a Alemania (Kater, 2004: 43).

voluntariamente: fruta, verdura, grasas vegetales. Pero ruego que me sea evitado todo aquello que los animales sólo dan a su pesar: carne, leche y queso. Así pues, de un animal, ¡sólo los huevos!” (cit. en Sala Rose, 2003: 395). No obstante, si bien el periodista parece desconocer esta faceta de Hitler y, por otra parte, no tiene en cuenta los aspectos del nudismo que encajaban en la *Weltanschauung* (visión del mundo) nacionalsocialista, es comprensible que su impresión fuese la de que los nazis fueran contrarios al mismo, y no sólo por los motivos que alega:

El desnudista suele ser un tipo que cae en una órbita de preocupaciones nada gratas al hitlerismo; es esa línea ideológica que va del naturismo al internacionalismo y el pacifismo; el hombre que prescinde de la ropa suele tener algo de socialista, pacifista, vegetariano y, acaso, acaso, esperantista.

Efectivamente, como explicaba Carr-Gomm, el nudismo atrajo durante la República de Weimar a muchas personas con ese perfil. Sin embargo, la impresión de Chaves también se justifica por la primera reacción nazi tras la llegada al poder contra el mismo, de la que acaso el periodista fuese testigo. Como explica Carr-Gomm (2010: 158), “as fast as nudism was appealing to progressive thinkers, it was also attracting the condemnation of the Catholic church”. De modo que los nazis decidieron prohibir el nudismo como forma de ganarse a los conservadores para su causa. En ese sentido se entienden las siguientes declaraciones de Hermann Göring, citadas en inglés por Carr-Gomm (2010: 158):

One of the greatest dangers for German culture and morality is the so-called nudity movement. Greatly as it is to be welcomed in the interest of the public health, that ever wider circles, especially of the metropolitan population, are striving to make the healing power of sun and air and water serviceable to their body, as greatly must the so-called nudity movement be disapproved of as a cultural error. Among women nudity kills natural modesty; it takes from men their respect for women, and thereby destroys the prerequisite for any genuine culture. It is therefore expected of all police authorities that, in support of the spiritual powers developed through the national movement, they take all police measures to destroy the so-called nude culture.

Por tanto, la impresión de Chaves no es desacertada, pero sí parcial, pues, como también explica Carr-Gomm (2010: 158), con el poder ya consolidado en manos del nacionalsocialismo, comenzaron a surgir voces dentro del movimiento que defendían el nudismo, como la de Karl Buckmann, quien creó el *Kampfring für völkische Freikörperkultur* (Anillo de Lucha para la Cultura del Cuerpo Libre del Pueblo). En el verano de 1933, la mitad de las organizaciones nudistas estaban funcionando de nuevo, y, a principios de 1934, la policía recibió instrucciones de no interferir en las actividades organizadas por éstos (158). Asimismo, Sala Rose (2003: 280-281), señala que el nudismo encajaba en el “culto tiránico al cuerpo y a la belleza” de los nazis, quienes, además, asociaban el nudismo a su idea romántica de los antiguos germanos y de la Grecia clásica. No obstante, según Carr-Gomm (2010: 158), la Gestapo siguió investigando y acosando a algunos de estos grupos en busca de *elementos marxistas*.

En cualquier caso, cabe destacar la ironía con la que el periodista aborda la que él considera que es la posición del nacionalsocialismo frente al nudismo. En primer lugar, ironiza –de nuevo utilizando el vocabulario de los nazis, y haciendo uso de la repetición del adverbio *acaso* como marcador de su intención– sobre el celo de éstos contra todo aquello que tenga tintes de “internacionalismo” y “pacifismo”: “[...] el hombre que prescinde de la ropa suele tener algo de socialista, pacifista, vegetariano y, acaso, acaso, esperantista”. Asimismo, satiriza una vez más la figura del nazi ataviado con su uniforme pardo: “[...] para ser revolucionarios no hay que quitarse tanta ropa; basta con prescindir de la chaqueta y quedarse en camisa parda”. De nuevo, el periodista entrega a los nazis al ridículo, desmitificándolos ante los ojos de sus lectores.

4.8.7. Boxeadores y duelistas

Como sugiere el ladillo de este apartado –“Boxeadores y duelistas”–, éste aborda brevemente el fomento del boxeo y los duelos con espada que el nacionalsocialismo llevaría a cabo entre los jóvenes tras su llegada al poder, según Chaves. Tal y como vimos en el apartado 4.1.2, y como explica Guttman (2002: 49-50), frente a los deportes modernos más populares –la mayoría de origen anglosajón–, los nazis defendían los deportes tradicionales alemanes como las caminatas alpinas o la esgrima, así como el boxeo, que, a pesar de ser moderno, no dejaba de ser una forma de lucha. Además, estos dos últimos preparaban a los jóvenes para el combate, lo cual encajaba con el afán bélico del nacionalsocialismo. En este sentido, Hitler (1926: 1047) aseguraba en *Mein Kampf* que el deporte no sólo tenía que formar individuos fuertes, ágiles y audaces, sino que también debía servir para endurecerlos (*abhärten*) y enseñarles a lidiar con las dificultades (*Unbilden zu ertragen*).

En cuanto al boxeo, Chaves escribe lo siguiente en el primer párrafo de este apartado:

Los “nazis” se proponen intensificar la cultura deportiva del pueblo; sobre todo, el boxeo. Se asegura que en el próximo presupuesto figurarán muchos cientos de miles de marcos a disposición de los promotores profesionales del boxeo para que organicen sensacionales encuentros; se van a dar clases obligatorias de boxeo para los soldados y para los alumnos de todas las escuelas y todas las Universidades; los viejos boxeadores retirados serán movilizados como profesores, y se organizarán constantemente campeonatos interescolares o interuniversitarios (Chaves Nogales, 1933i).

Nada de lo que cuenta el periodista aquí es de extrañar si recordamos lo que escribía Hitler (1926: 1047) sobre el boxeo en *Mein Kampf*: “Es gibt keinen Sport, der wie dieser den Angriffsgeist in gleichem Maße fördert, blitzschnelle Entschlußkraft verlangt, den Körper zu stählerner Geschmeidigkeit erzieht” [“No existe deporte alguno

que estimule tanto como éste el espíritu de ataque; que exija una determinación rápida como el relámpago y le dé al cuerpo la flexibilidad del acero”⁵⁵¹.

No hemos podido comprobar si todos los planes referentes al boxeo que menciona Chaves en este párrafo se llevaron a cabo. Sin embargo, sí podemos afirmar que el boxeo se convirtió en obligatorio en todas las escuelas secundarias de Alemania, según confirma Grunberger (1971: 306). Es más, de acuerdo con Roche (2016: 184), no se enseñaba como un simple deporte sino como una forma de lucha. Asimismo, acerca de la voluntad nazi de “intensificar la cultura deportiva del pueblo” a la que se refiere Chaves, Grunberger (1971: 306) afirma que el deporte adquirió “una importancia sin precedentes en los programas escolares”, de manera que el número de horas de educación física fue aumentando hasta alcanzar las cinco por semana en 1938. Además, una baja calificación en esa asignatura podía llegar a suponer la expulsión de la escuela o la interrupción de los estudios, siempre según Grunberger (1971: 306), quien también asegura que el adiestramiento físico en la universidad era obligatorio para todos los estudiantes, y que éste incluía en el primer curso la práctica del boxeo (338). Asimismo, todos los estudiantes universitarios debían obtener el certificado de aptitud deportiva, sin el cual quedaban privados de realizar nuevos estudios (338).

Por otra parte, como señala Hachtmann (2016: 40), la victoria del alemán Max Schmelling, amigo personal de Goebbels⁵⁵², sobre el americano Joe Louis en el campeonato del mundo de los pesos pesados el 19 de junio de 1936 ayudó al régimen a poner el boxeo de moda entre los jóvenes alemanes. Según Coesfeld (2016: 131), dentro de la *Deutscher Reichsbund für Leibesübungen*, la Federación Alemana para el Ejercicio Físico (a partir de 1938, *Nationalsozialistischen Reichsbund für Leibesübungen*), en 1937 había inscritos 675 asociaciones o clubes de boxeo, los cuales sumaban un total de 15.666 boxeadores, mientras que en 1939, la cifra ascendía a 872 asociaciones, con 17.904 boxeadores (ninguno de ellos mujer). De manera que el boxeo pasó en 1939 a superar a la lucha como el deporte de lucha más practicado en Alemania. Un eslogan de la KdF (*Kraft durch Freude*), asociación para el ocio inscrita en el sindicato nacionalsocialista, el *Deutschen Arbeitsfront*, pregonaba: “*Wer eine Boxschule durchgemacht hat, ist ein Kerl, der das Leben zu packen weiß*” [“Quien ha pasado por una escuela de boxeo es un tipo que sabe cómo encajar la vida”] (cit. en Hachtmann, 2016: 40).

⁵⁵¹ Asimismo, aseguraba que lo mejor del boxeo era que los niños aprendían a recibir golpes (*Schläge ertragen*) (1926: 1047). Además, pensaba que si a la generación de jóvenes de la guerra les hubiesen enseñado boxeo en su infancia, “*so wäre eine deutsche Revolution von Zuhältern, Deserturen und ähnlichem Gesindel niemals möglich gewesen*” [“una revolución alemana de proxenetas, desertores y ese tipo de chusma nunca hubiera sido posible”] (1926: 1047). De hecho, recomendaba a los miembros de la SA la práctica del boxeo y del *jiu-jitsu* para mantenerse en buena forma (1926: 1377).

⁵⁵² Ver Grunberger (1971: 76).

De hecho, los nazis le daban tanta importancia al boxeo que, según Coesfeld (2016: 131), a partir 1934, se creó un departamento específico dentro de la *Deutscher Reichsbund für Leibesübungen*, al igual que ocurrió con la esgrima, a la que Chaves le dedicaría el segundo párrafo de este apartado. Concretamente hablaría de los duelos con espada tradicionales dentro de las fraternidades universitarias alemanas, los *Mensuren* (*medidas*, literalmente):

Simultáneamente, ha reaparecido entre los estudiantes el gusto antiguo por los desaffos. Vuelven a verse por las calles de las ciudades universitarias alemanas jóvenes petulantes con la cara cortada. “Los duelos –dicen– forman parte de nuestra educación, elevan nuestra alma y nos inoculan la fuerza del carácter, el coraje y el patriotismo” (Chaves Nogales, 1933i).

No nos ha sido posible determinar el origen de las declaraciones transcritas aquí por Chaves y atribuidas por éste a los “petulantes” estudiantes alemanes “con la cara cortada”. No obstante, concuerdan con lo que Sáez Arance (1991: 260) comenta sobre las virtudes atribuidas a los duelos con espada en las fraternidades universitarias alemanas, establecidos como tradición desde el siglo XIX: “La práctica atávica de la *Mensur*, formalmente ilegal, pasará a ser, en la segunda mitad del XIX, un rito de iniciación tolerado, favorecido incluso, que preparaba a afrontar, curtiendo una virilidad elevada a virtud, los riesgos ciertos de la vida futura”. En cuanto al “patriotismo” al que se refieren las fuentes de Chaves, también Sáez Arance señala que ese contexto universitario sería “también fermento del nacionalismo militarista, antisemita y antiliberal, característico del *Kaiserreich* guillermino” (260). Asimismo, y siempre de acuerdo con Sáez Arance (1991: 259), las universidades alemanas “constituían de hecho, si no un bastión, sí el caldo de cultivo idóneo del futuro duelista”. En realidad, los duelos no eran más que una parte del ritual indispensable para disfrutar de las ventajas corporativistas de las fraternidades universitarias:

Más allá de regulares excesos étlicos, o de la exhibición ostentosa de las cicatrices acumuladas en las *Mensuren* –los “ejercicios de armas” genuinamente estudiantiles–, las Fraternidades (*Verbindungen, Corps, Landsmannschaften*) facilitaban al joven burgués una rápida inserción en la vida de la Universidad, y le garantizaban, concluida ésta, posibilidades bien tangibles de ascenso social, lejos de plantearle obligación académica alguna (Sáez Arance, 1991: 260).

Por otra parte, los “jóvenes petulantes con la cara cortada” que Chaves asegura que se volvían a ver por las calles de las ciudades universitarias de Alemania son los sucesores de aquéllos que vio Mark Twain en Heidelberg, ciudad universitaria alemana por excelencia, durante una visita a la misma en 1878:

Newly bandaged students are a very common spectacle in the public gardens of Heidelberg. It is also said that the student is glad to get wounds in the face, because the scars they leave will show so well there; and it is also said that these face wounds are so prized that youths have even been known to pull them apart from time to time and put red wine in them to make them heal badly and leave as ugly a scar as possible. It does not look reasonable, but it is roundly asserted and maintained, nevertheless; I am sure of one thing—scars are plenty enough in Germany, among the young men; and very grim ones they are, too. They crisscross the face in angry red welts, and are permanent and ineffaceable (Twain, 1880).

En la descripción de Chaves queda implícito el orgullo con el que los jóvenes duelistas llevaban sus cicatrices, cuyo aspecto era tan desagradable como describe Twain, a juzgar por la fotografía de uno de estos jóvenes con la cara recién cortada que acompaña a la crónica original de *Ahora* (ver apéndice 18). Por lo demás, sobre esa petulancia de los universitarios alemanes ya había hablado el periodista en *La vuelta a Europa en avión*, cuando describía, con evidente antipatía, cómo desfilaban éstos el día de la República de 1928, como ya hemos visto en apartados anteriores:

Muy serios, con sus gorritas absurdas, sus levitas, sus cortes en la cara, sus pantalones blancos y sus botas altas de montar provistas de espuelas, los estudiantes de Berlín se han adherido, al fin, de un modo brillante a la República, y no sin cierto airecillo arisco, desfilan bajo sus enormes banderas altas como mástiles de navío. Esta mascarada grotesca de los estudiantes alemanes es seguramente muy pintoresca pero poco simpática (Chaves Nogales, 1929: 100).

Por otra parte, en contra de la afirmación de Chaves acerca de la reaparición entre los estudiantes del “gusto antiguo por los desafíos”, Sáez Arance (1991:264) asegura que “los conatos de recuperación del duelo tras 1933” fracasaron “por la incompatibilidad de un supuesto honor del individuo con los intereses de la *Volksgemeinschaft* germánica”. No obstante, tal afirmación choca con las cifras que ofrece Coesfeld (2016: 131) sobre la proliferación de asociaciones de esgrima (*Fechten*) en la *Deutscher Reichsbund für Leibesübungen*, en la que en 1937 había inscritas 467, con un total de 8.925 tiradores, cifras que aumentaron hasta las 548 asociaciones y los 9.088 tiradores en 1939.

4.8.8. Contra los explotadores

En el siguiente apartado, como ya apunta el ladillo “Contra los explotadores”, Chaves vuelve a traer a colación el tema de los proclamados por los nazis “explotadores del pueblo”, que ya había tratado en su crónica del 19 de mayo (ver apdo. 4.5.5). En esta ocasión, como en aquella, aparece la figura del chivo expiatorio, aunque aquí tan sólo de forma subrepticia. Esta vez, el periodista cuenta cómo los nazis acusaban a los “explotadores del pueblo”, es decir, a los judíos y sus multinacionales, de ser los responsables de la subida de los precios de los bienes de consumo:

Empiezan a subir los precios. Los “nazis” sostienen que estas subidas son artificiales y están provocadas por los explotadores del pueblo. En Munich han sido detenidos recientemente doscientos comerciantes, a los que se les han cerrado las tiendas y se les ha colgado este leterrito: “Cerrado por precios ilícitos. El dueño de esta tienda está en el campamento de concentración de prisioneros de Dachau” (Chaves Nogales, 1933i).

Sobre los “explotadores del pueblo”, recordemos lo que escribía el periodista en su crónica del 19 de mayo:

Hay, además, un viejo tipo de propaganda demagógica que siempre da resultado y que Hitler ha cultivado intensamente: es esa propaganda que tiene por base el meter en cintura a los explotadores del pueblo; siempre que se les dice esto, las masas populares se conmueven. Hitler disponía de unos explotadores para el sacrificio: los judíos (Chaves Nogales, 1933e).

En ese mismo sentido, el periodista francés Raoul Frary (1884: 48) escribiría en su *Manual del demagogo*: “El zorro es un adulator hábil; alivia la conciencia del príncipe y ridiculiza a las víctimas del noble carnicero”. Asimismo, hablaba de las afrentas de las minorías o los extranjeros inventadas por los demagogos como motores del odio colectivo: “[...] la necesidad de venganza no es jamás tan terrible como cuando es impersonal, porque entonces adquiere la apariencia de justicia” (51). Y le recomienda al aspirante a demagogo:

Recordadle a vuestro auditorio los males que ha sufrido; si se ha librado de ellos, veréis que no se altera demasiado. Trazadle sin embargo un cuadro emotivo de una iniquidad largamente impune, de una opresión secular; entonces sí les inspiraréis un deseo irresistible de castigar a los culpables (52).

En cuanto al “letrero” colgado en la tienda cuyo contenido cita aquí Chaves, es posible que los “precios ilícitos” fuesen sólo una excusa para enviar al tendero en cuestión al campo de concentración de Dachau, operativo desde marzo de 1933. O, si era judío, también podría haberse tratado de un pretexto para *arianizar* su tienda, esto es, confiscarla. En cualquier caso, los “precios ilícitos” no tenían por qué ser el resultado de una subida de precios, pues las rebajas superiores al tres por ciento del precio original también estaban prohibidas (Grunberger, 1971: 184). Por otra parte, cabe preguntarse si Chaves vio ese letrero personalmente. De ser así, habría pasado por Múnich (quizá ya camino de Italia) en su periplo alemán.

En cualquier caso, lo cierto es que, según Evans (2005: 337), mientras que las políticas de empleo nazis dieron cierto resultado, la venta al por menor disminuyó entre 1933 y 1934, “mientras que los salarios seguían a la baja y los precios de la comida y la ropa crecían”. Asimismo, muchos pequeños comerciantes alemanes se encontraban en una situación muy comprometida ante las medidas autárquicas que imponía el gobierno, que impedían conseguir productos extranjeros más baratos que compitieran con los nacionales, y la regulación de precios originada por el miedo de aquél a una nueva ola inflacionista como la de los años veinte (ver Evans, 2005: 347). De manera que, como explica Grunberger (1971: 187), era muy frecuente que los pequeños comerciantes violaran la congelación de precios:

Hubo ocasiones en que los tenderos y los intermediarios del comercio de comestibles se encontraron indefensos entre, por arriba, la rueda de molino de la política de precios de la Corporación de Productores de Alimentos y, por abajo, la obligatoria congelación de precios impuesta a las tiendas. Esta situación, en la que la Corporación, los agricultores y los consumidores se beneficiaban a costa de los establecimientos de ultramarinos y las carnicerías, provocó una crisis de conciencia de los funcionarios de los gremios directamente afectados. En presencia del delegado local, el plenipotenciario del comercio de alimentos de Renania desafió a las autoridades a que lo enviaran a un campo de concentración: “Yo mismo he contravenido

durante mucho tiempo los reglamentos de precios y no puedo denunciar a ningún colega por esta misma falta”.

Así, muchos tenderos se valían de la picaresca para sacar beneficio de sus ventas, aunque las sanciones no solían ser tan duras como aquélla de la que Chaves da testimonio, sino que solía tratarse tan sólo de multas, que, eso sí, podían provocar la quiebra del negocio en cuestión, como explica Grunberger (1971: 188-189):

Algunos comerciantes de alimentos, sometidos a las presiones contrarias de la autarquía y el monopolio de la Corporación de Productores de Alimentos, tomaron medidas evasivas. Salvaron la congelación de precios ofreciendo los productos de peor calidad a la tarifa impuesta, o bien “emparejaron” las ventas sin beneficios de los artículos indispensables con la venta provechosa de los demás artículos, creándose así problemas con la ley. Un mayorista de frutas fue multado por 10.000 marcos por emparejar transacciones, mientras *Schwarzes Korps* exigía “que le cortasen la cabeza” si reincidía en el delito. Respecto a los vendedores al por menor, a veces infringían la regulación de precios, puesto que les era difícil orientarse entre las complicadas indicaciones y las constantes variaciones en la calidad de las mercancías con que se les aprovisionaba. Las multas de la policía a los tenderos que contravenían la legislación de precios se convirtieron en una apreciable fuente de ingresos. Tales multas, además, constituían una razón potencial para el cierre de empresas, dentro del plan de eliminación.

De manera que no sería extraño que la historia de los comerciantes enviados a Dachau por establecer precios “ilícitos” en sus comercios de la que habla Chaves en este apartado fuera una tapadera para ocultar la detención de disidentes políticos o de judíos. Aunque también podría tratarse de un escarmiento para disuadir a otros tenderos de incurrir en esas prácticas.

4.8.9. Revolución

Finalmente, en el último apartado de esta crónica del 25 de mayo, bajo el ladillo “Revolución”, el periodista trata con cierta ironía la “revolución” nacionalsocialista. Así, escribe: “En medio de todo esto, la gente tiene un aire grave y un gesto duro. Se está haciendo una revolución” (Chaves Nogales, 1933i). La ironía de Chaves reside en este caso en la asociación del “aire grave” y el “gesto duro” de la gente con el término nazi “revolución” referido al proceso de consolidación en el poder del nacionalsocialismo. Si bien los dos elementos no son contradictorios, el uso del término *revolución* en el mismo sentido en el que lo utilizan los nazis asociado al “aire grave” y el “gesto duro” de “la gente”, resulta cómico, o, cuando menos, esconde una crítica velada al proceso político que estaba teniendo lugar en Alemania. En este sentido, un ejemplo del uso del término “revolución” por parte de los nazis asociado a la toma y consolidación del poder que estaban llevando a cabo es un episodio que tuvo lugar ese mes de marzo en plena ola de represión nacionalsocialista y que Evans (2003: 389) refiere de este modo:

Cuando un destacado nacionalista se dirigió a Hitler el 10 de marzo protestando por la destrucción del orden legal, protesta a la que siguió una llamada telefónica en el mismo sentido de Papan el 19 de marzo, Hitler les acusó, furioso, de intentar “detener la revolución nacional”.

No obstante, a este respecto, cabe recordar la opinión ya citada en el apartado 4.8.1, de Sebastian Haffner (1939: 133), quien aseguraba que lo que los nazis estaban llevando a cabo no era una revolución, sino algo más “repugnante”, pues su violencia no iba dirigida contra el orden constitucional, sino que se valieron del mismo para llevar a cabo su represión:

La imagen vista desde fuera mostraba el terror revolucionario: una gentuza salvaje y desaliñada que irrumpía por la noche en las casas y arrastraba a personas indefensas a unos sótanos de tortura cualesquiera. El proceso interno consistía en un terror represivo: un control y una manipulación estatales fríos, perfectamente calculados y totalmente respaldados por el ejército y la policía.

Así, los nazis podían amoldar su discurso dependiendo del público ante el que quisieran justificar sus acciones, como continúa explicando Haffner (1939: 135):

Este tipo de terror tenía la ventaja de que, según fuera el caso, uno podía encogerse de hombros compasivamente y hablar de “las tristes e inevitables circunstancias inherentes a toda revolución” –es decir, que podía justificar el terror revolucionario–⁵⁵³, o bien apelar a la disciplina férrea y argumentar que reinaban un orden y una tranquilidad absolutos y que únicamente se llevaban a cabo determinadas acciones policiales necesarias, las cuales lograban mantener a Alemania alejada de un caos revolucionario –esto es, que se podía justificar el terror represivo.

Por otra parte, con respecto al “aire grave” y el “gesto duro” que tenía “la gente” –y acaso aquí “la gente” sea un eufemismo referido a los nazis– en Alemania esos días, según Chaves, ya hemos visto en el apartado 4.8.1, cómo el periodista hablaba en el primer apartado de esta crónica de las “caras duras y mandíbulas apretadas, que se movían bajo el signo de la svástica de los arios”, que iban poblando el centro de Berlín. Y, asimismo, en ese apartado recordábamos la marcha de antorchas nocturna que refería el periodista en su primera crónica desde Alemania, en la que hablaba de los adolescentes que marchaban “marcando el paso con las mandíbulas apretadas y los ojos encendidos” (Chaves Nogales, 1933a), así como la impresión análoga que Sebastian Haffner se había llevado al contemplar la cara de un policía cuyo rostro no era “humano en absoluto, sino más bien la cara de un cocodrilo”: era “el rostro de las SS” (Haffner, 1939: 125).

Por lo demás, a continuación, el periodista varía ligeramente el tema del apartado y hace uso de uno de sus recursos más frecuentes en estas crónicas: la comparación de la realidad española con la alemana. En este caso, utiliza dicho recurso, no para aproximar la realidad alemana al lector, como en otras ocasiones, sino para

⁵⁵³ Esto era exactamente lo que hacía el 4 de abril de 1933 el corresponsal de *El Sol* en Berlín, José García Díaz, quien escribía en su crónica de ese día: “Pero no es de extrañar tampoco que se hayan exasperado los actos de violencia que siguen inevitablemente a las revoluciones, aunque sean tan legales como lo ha sido esta revolución nacional” (cit. en Semolinos, 1985: 228).

intentar que el lector español se hiciera una idea cabal de cómo eran los jóvenes nazis y hasta qué punto su “revolución” iba dirigida contra el mundo de sus mayores:

Los jóvenes “nazis”, a los que seguramente los reaccionarios españoles se imaginan como unos muchachos alocados que hacen barbaridades provechosas –algo así como nuestros señoritos–, se espantarían si viesen el sentido demagógico que tienen estas huestes juveniles de Hitler. El nacionalsocialismo es, indudablemente, un movimiento reaccionario, pero no como se lo imaginan los reaccionarios españoles. Hablad a un joven “nazi” de las buenas cualidades de sus mayores, y veréis qué infinito desprecio siente por ellos, cómo los odia. ¿El pasado? Un tejido de errores. ¿El kaiser Guillermo? Un viejo cobardón que le tenía miedo a la guerra... (Chaves Nogales, 1933i).

El periodista comienza aquí por desmontar el estereotipo que, según él, los “reaccionarios” españoles se habrían creado de los jóvenes nazis, “unos muchachos alocados que hacen barbaridades provechosas”. Se entiende que el adjetivo “provechosas” que acompaña a “barbaridades” está aquí utilizado con ironía, es decir, forma parte del discurso del reaccionario español estereotípico. Por tanto, el *provecho* de las “barbaridades” sería para esos reaccionarios. Esta definición, por otra parte, la asocia el periodista a los “señoritos” españoles. Acaso un buen ejemplo de lo que Chaves entendía por “barbaridades provechosas” llevadas a cabo por esos señoritos españoles sea el que el periodista ofrecería en el relato “¡Viva la muerte!”, publicado en 1937 como parte de *A sangre y fuego*. En él, Chaves relata, por boca de una campesina, el asalto al ficticio pueblo vallisoletano de Sanbrian, en el que los campesinos habían declarado la revolución social, por parte de un grupo de señoritos del pueblo durante la Guerra Civil: “Pero a los pocos días, como temíamos, volvieron al fin los hijos de los señores, los señoritos. Venían en tres o cuatro automóviles y traían fusiles y pistolas. Para asustar al pueblo entraron disparándoles sin ton ni son, a diestro y siniestro” (Chaves Nogales, 1937: 203-204).

En cualquier caso, el periodista saca de su error a continuación al arquetípico “reaccionario” español explicándole que los jóvenes nazis no compartían el conservadurismo de los señoritos españoles. Así, asegura que estos “reaccionarios” no sólo se sorprenderían al constatar su error, sino que “se espantarían si viesen el sentido demagógico que tienen estas huestes juveniles de Hitler”. Llama la atención aquí, aparte del sentido peyorativo que tiene la palabra “huestes”, el uso del adjetivo *demagógico* como concepto ajeno a *reaccionario*. Chaves lo explica a continuación: el nacionalsocialismo es “indudablemente”, según él, “un movimiento reaccionario”, pero “no como se lo imaginan los reaccionarios españoles”. Y, acto seguido, utiliza un recurso, que si bien no es muy común en sus crónicas, sí aparece en la publicada el 16 de mayo, que constituía la segunda entrega de este reportaje. El recurso no es otro que el de dirigirse directamente al lector y pedirle que compruebe por sí mismo lo que el periodista acaba de contarle. Así, tal y como vimos en el apartado 4.2.1, en la crónica del 16 de mayo, le pedía al hipotéticamente escéptico lector que probase él mismo a llamar “pacifista” a alguien por la calle en Berlín y comprobara su reacción. Aquí, de

forma análoga, Chaves le pide al supuestamente incrédulo lector que le hable a un joven nazi “de las buenas cualidades de sus mayores” y que observe su reacción de “infinito desprecio”. Ésta es una forma de reforzar su argumentación, de darle credibilidad a lo que cuenta, insinuándole al lector que se trata de una realidad que puede constar él mismo si le place.

Por último, en cuanto al “infinito desprecio” que los jóvenes nacionalsocialistas sentían por sus mayores, el periodista lo ilustra con una serie de dos preguntas y respuestas encadenadas, emitidas todas ellas por un mismo joven nazi estereotípico en una de las teatralizaciones que utiliza Chaves para alejar al lector de las abstracciones y darle a su crónica una textura de realidad: “¿El pasado? Un tejido de errores. ¿El kaiser Guillermo? Un viejo cobardón que le tenía miedo a la guerra...”. No es este sino un resumen del pensamiento nazi en lo referente a la Primera Guerra Mundial que el periodista ya había expuesto en su crónica del 16 de mayo, como vimos en el apartado 4.2.2. Así pues, los jóvenes nazis querían acabar lo que sus mayores, representados por el káiser Guillermo, no habían sido capaces de llevar a cabo. De acuerdo con su visión del mundo, sus padres, socavada su moral por los *pacifistas* (es decir, judíos, liberales, comunistas, etc.), habían rendido Alemania a las potencias europeas. Ellos pretendían reanudar y ganar aquella guerra de la que sus padres se retiraron sin haber sido derrotados en el campo de batalla⁵⁵⁴. Recordemos a este respecto lo que explica Tampke (2019: 172) sobre el origen de la percepción que el nacionalsocialismo predicaría sobre la rendición de Alemania en la Primera Guerra Mundial:

Semanas antes del hundimiento, el público creía que la patria estaba al borde de la victoria. Si ningún soldado extranjero había puesto el pie en suelo alemán, entonces Ebert, dirigente del SPD y, poco después, presidente del Reich, podía dar la bienvenida a las tropas, asegurándoles con orgullo que “ningún enemigo os ha derrotado”. Con la derecha política recuperándose del súbito impacto de la derrota, y con el héroe de guerra Ludendorff (que había huido en noviembre a Suecia con peluca y gafas oscuras) y sus compañeros del antiguo OHL contando la historia del bravo soldado alemán, invicto en el campo de batalla pero apuñalado por la espalda por los izquierdistas chapuceros y los judíos (mucho antes de que nadie oyese hablar de Hitler), podía evitarse que resurgieran los debates sobre la verdadera naturaleza del fin de la guerra.

Por otra parte, ya hablamos en el apartado 4.7.4 del conflicto ideológico que surgió en los años veinte en Alemania entre padres e hijos. Como explica Kater (2004: 45), el nacionalsocialismo potenció ese conflicto buscando el apoyo de la juventud, a la que halagaba sin descanso (33). Los jóvenes, por su parte, se sentían más atraídos por lo que les ofrecían las Juventudes Hitlerianas que por lo que esperaban de otras entidades más tradicionales:

Qué duda cabe que, para ellos, el régimen nazi parecía ofrecer más apoyo a los jóvenes a la hora de garantizarles mayor autonomía con respecto a sus progenitores y de permitirles mantener relaciones liberales con chicas de su edad. A diferencia de la familia, la Iglesia o la escuela, las

⁵⁵⁴ Como señala Haffner (1939: 25), “la auténtica generación del nazismo son los nacidos en la década que va de 1900 a 1910, quienes, totalmente al margen de la realidad del acontecimiento, vivieron la guerra como un gran juego”.

HJ no estaban abrumadas por la tradición y los tabúes, y parecían ofrecer a los jóvenes la excitante oportunidad de ser respetados y responsables (34).

En este sentido, Grunberger (1971: 337) asegura: “El estudiantado [universitario], a quien la toma del poder había anunciado el destino providencial de Alemania y la victoria de la Juventud sobre la Madurez, nunca retiró su apoyo al régimen”. Y también explica que “el Tercer Reich alentaba el amor propio de los alumnos con respecto al de los profesores (o al de sus padres); era un axioma que la generación joven había de tener razón forzosamente, puesto que de ella era el futuro” (308). Recordemos, asimismo, lo que explicaba *Augusto Assía* (1932) sobre el papel de la juventud en Alemania, en general, en 1932: “Ha habido en los últimos años en Alemania toda una escuela de filósofos que adscribían a la juventud la vitalidad de nuestro tiempo. «A nuestra época le da su carácter la juventud», se ha dicho de muchos modos distintos”.

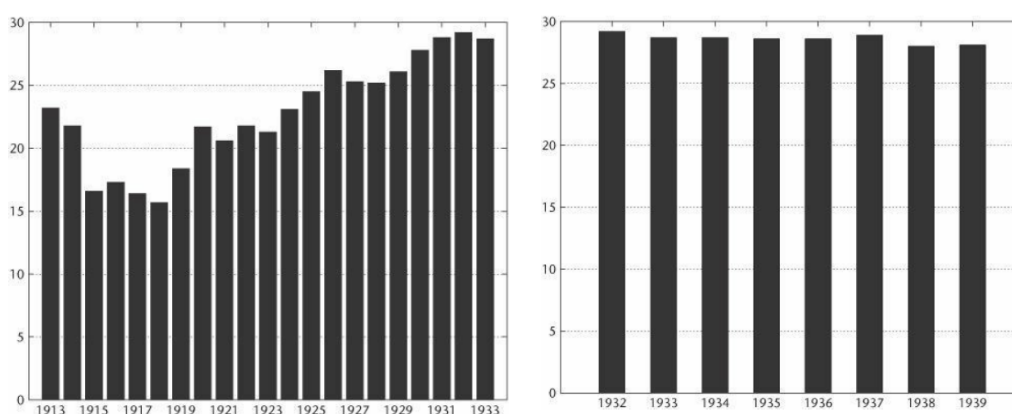
Asimismo, Kater (2004: 45) señala que uno de los eslóganes más repetidos por los dirigentes nazis durante su ascenso hacia el poder era: “¡Haced sitio, viejos!”. Este eslogan parece corroborar de forma muy ilustrativa lo que Chaves aseguraba en este apartado, aparte de probar que el tono elegido por el periodista para explicar el desprecio que los jóvenes nazis sentían hacia sus mayores era fiel a la realidad. Así, el eslogan “¡Haced sitio, viejos!” tiene el mismo tono peyorativo que el apelativo de “viejo cobardón” con el que el arquetípico joven nazi de la crónica de Chaves se refiere al káiser. Por otra parte, la propagación de esta forma de pensar entre los jóvenes fue posible en buena medida debido a la penosa situación económica a la que fueron arrojados tras las crisis del 29 y a la falta de perspectiva que la República de Weimar aparentemente les ofrecía. Como explica Kater (2004: 39), esa generación había perdido la esperanza de que el régimen de Weimar le ofreciera empleo o seguridad económica. En este sentido, el propio Kater ofrece un dato muy esclarecedor acerca de las perspectivas vitales de los jóvenes durante la posguerra: “El índice de suicidios entre los estudiantes universitarios, acosados por la incertidumbre y completamente desmoralizados, triplicaba el de la población en general” (39).

Precisamente este dato nos lleva a una cita de Hitler con la que Chaves cierra esta crónica, eso sí separándola del resto del texto del apartado con tres guiones (ver apéndice 18): “—Hemos venido —ha dicho Hitler—, porque desde el armisticio habían tenido que suicidarse doscientos veinticuatro mil novecientos alemanes” (Chaves Nogales, 1933i). Efectivamente, Hitler había dicho casi literalmente lo que aquí reproducía Chaves, unos días antes de la publicación de esta crónica, durante su discurso sobre política exterior en el Reichstag el 17 de mayo, tal y como asegura Goeschel (2009: 56), quien refiere la siguiente traducción al inglés de las palabras literales pronunciadas por Hitler aquél día: “Since the signing of this treaty... 224,900 people, men, women, elderly people, and children have voluntarily taken their lives

almost exclusively because of misery and deprivation!” (cit. en Goeschel, 2009: 56). Por lo demás, la cifra que ofreció Hitler ese día era bastante cercana a la realidad, pues, como también señala Goeschel, el número total de suicidios en Alemania entre 1918 y 1933 ascendía a 214.409, algo más de diez mil menos de los que aseguraba Hitler que se habían producido, una diferencia mínima comparada con el total. Sin embargo, el nuevo canciller no siempre era tan fiel a la verdad en lo tocante a ese asunto. Así, en otra declaración realizada, en este caso, a un periodista británico en octubre de 1933, el canciller alemán aseguraba que, por culpa del Tratado de Versalles, se habían suicidado desde el final de la guerra una media de 20.000 alemanes al año (cit. en Goeschel, 2009: 29), cifra exagerada de acuerdo con Goeschel (2009: 29), quien asegura que el año en que más suicidios se produjeron durante todo el periodo de la República de Weimar, 1932, el total ascendió a 18.934, de manera que era imposible que la media anual fuese de 20.000.

Y es que, como explicaba el propio periodista en la conferencia que ofrecería a finales de junio de ese mismo año en Sevilla, en Alemania existía un problema económico “gravísimo” a causa del cual los alemanes llegaron a “prescindir de la libertad y de la dignidad” (cit. en *Gori*, 1933), es decir, a echarse en los brazos de los nazis. Como explica Goeschel (2009: 13-14), el recorte en los gastos sociales y la falta de recursos para ofrecer un subsidio a los parados de larga duración, de los que ya hablamos en el apartado 4.8.3, generó un sentimiento de desesperación en muchos de éstos, especialmente en los desempleados de mayor edad. En este sentido, Evans (2003: 271) refiere la siguiente anécdota, que ilustra bien la gravedad del problema:

Los escolares, cuando los sociólogos les preguntaban su opinión sobre el asunto [del paro], solían contestar que los parados se degradaban socialmente, pues cuanto más tiempo están sin trabajar más perezosos se vuelven, y se sienten más y más humillados, porque están viendo continuamente a otras personas que van decentemente vestidas y se enfadan porque quieren eso también y se convierten en delincuentes [...]. ¡Todavía quieren vivir! Los que son más viejos muchas veces ya no quieren eso siquiera.



Gráficas del número de suicidios anuales en Alemania por cada cien mil habitantes entre 1913 y 1939⁵⁵⁵.

⁵⁵⁵ En Goeschel (2009: 209).

Y, en efecto, el desempleo masivo que se sufría Alemania entre 1929 y 1932 estaba, sin duda, detrás del aumento del número de suicidios de personas de entre 30 y 60 años, de acuerdo con Goeschel (2009: 15). Y, cuanto más aumentaba la edad, peores eran las cifras de suicidio relacionadas a ella (16). En cualquier caso, lo cierto es que desde que el nacionalsocialismo se hizo con el poder en Alemania y hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial la tasa de suicidios no descendió prácticamente, como se puede apreciar en las gráficas de la página anterior.

Por lo demás, que el periodista separe con guiones esta cita del resto del apartado puede significar que se trata de una suerte de conclusión, o más probablemente, de una justificación de todos los apartados, que le daría coherencia a la miscelánea temática que compone esta crónica. De este modo, Chaves vendría a decir que todas esas cosas eran posibles porque la situación económica y social de Alemania era realmente penosa desde hacía ya demasiados años.

4.9. Análisis de la crónica “La extirpación metódica de los judíos”

Esta novena crónica, la antepenúltima del reportaje sobre la Alemania nazi, es la primera de las dos que Chaves dedica a la represión ejercida por el nuevo régimen alemán. Fue publicada el viernes 26 de mayo con un titular (“La extirpación metódica de los judíos”) de una intuición y un acierto extraordinarios: la elección del sustantivo “extirpación” seguido del adjetivo calificativo “metódica” no podía ser más perspicaz, por ajustarse con total exactitud tanto a la intención postrera de los nazis con respecto a los judíos como a la meticulosidad con la que la llevaron a cabo, tal y como la sucesión de acontecimientos pavorosos relacionados con este tema ocurridos entre 1933 y 1945 confirmaría.

4.9.1. Sin folletines

No obstante, el periodista aborda el tema con gran prudencia y con un afán de rigor avivado por el temor a alimentar la avasalladora campaña de los nazis contra lo que ellos llamaban *Greuelpropaganda*⁵⁵⁶ (propaganda del horror, literalmente). Así, el primer apartado de la crónica constituye una buena muestra de las ideas sobre ética periodística de Chaves en lo tocante al tratamiento de las fuentes y la comprobación de la información, si bien, como hemos dicho, en este caso el periodista estaba influido por el temor a los desmentidos del gobierno alemán, lo cual demuestra hasta qué punto era efectiva la *contrapropaganda* nazi, en tanto que exacerbaba la precaución de los periodistas extranjeros de no propagar rumores por más verosímiles que pudieran parecerles. Bajo el ladillo “Sin folletines”, con el que Chaves hace referencia a las historias más o menos cargadas de drama y de sensacionalismo sobre la represión nazi contra los judíos que circulaban por Europa, y con el que también adelanta su intención de no participar en su propagación si no podía demostrar su veracidad, escribe:

¿Asesinatos de judíos? ¿Atrocidades de que han sido víctimas? ¿Casos espantosos de crueldad? Desde hace dos meses, la Prensa mundial está llena de relatos terribles, algunos con bastantes indicios de exactitud. Pero no hay manera de demostrar nada de esto, y como honradamente no puedo aportar ningún testimonio personal, ni quiero caer en las rectificaciones de la *Greuelpropaganda* (propaganda contra las atrocidades, o, mejor dicho, contrapropaganda de las atrocidades) que han tenido que montar los “nazis” para hacer frente a la protesta del mundo civilizado, prescindo de los relatos circunstanciados de crímenes atribuidos a los “nazis”, que hoy andan por el Mundo al alcance de cualquier pluma. Se calcula que en toda la aglomeración

⁵⁵⁶ Este término, utilizado por los nazis, hacía referencia a las noticias extranjeras contra las atrocidades que supuestamente éstos cometían. Como ya señalábamos en el apartado 3.1.3, la grafía de esta palabra ha cambiado y ya no se utiliza la de la época del Tercer Reich: en alemán actual se escribe *Gräuelpopaganda*. Aquí, no obstante, hemos decidido conservar la grafía de la época.

urbana de Berlín los judíos muertos violentamente estos días son unos quince en total; pero repito que esta cifra me parece arbitraria y que no habría nunca manera de probar su exactitud. Si se tiene, además, en cuenta que los judíos de Berlín son cerca de doscientos mil, estos crímenes, caso de ser ciertos, carecen de importancia numérica. En una urbe de la densidad de Berlín, y dadas las proporciones de su criminalidad, los quince judíos muertos a mano airada no tienen ninguna trascendencia social y pueden ser fácilmente absorbidos por esta masa que forman las víctimas de crímenes oscuros y accidentes confusos que ni siquiera merecen tres líneas en la reseña diaria de los sucesos locales (Chaves Nogales, 1933j).

Como vemos, Chaves comienza la crónica con el mismo recurso que utilizara en la del 16 de mayo (ver apdo. 4.2): una serie de preguntas retóricas que en realidad forman parte de un diálogo en ausencia con el hipotético lector o con un tercero, en el que, en este caso, estas tres preguntas serían respuestas a preguntas elípticas que su ficticio interlocutor le habría planteado previamente. Como también vimos en el apartado 4.2, Lausberg (1967: 148) señala que la elipsis puede utilizarse “con una *voluntas* especial”, como por ejemplo, “para jugar con la inteligencia del público”. Este parece el caso de esta secuencia dialógica *in medias res*, con la que el periodista juega con lo que supone que el lector ya conoce, aquello que desde hacía “dos meses” llenaba la “Prensa mundial”, es decir: los “relatos terribles” sobre asesinatos de judíos, las atrocidades de que habían sido víctimas y los casos espantosos de crueldad, en palabras del propio Chaves. Asimismo, la sucesión de tres preguntas que utiliza aquí el periodista es un recurso afín a otras sucesiones en cierta medida redundantes que ya hemos visto que introducía en otras crónicas con diversos propósitos (ver apdos. 4.1.1 y 4.2.1). En este caso, con la aposición de elementos cuyos significados en realidad se superponen en mayor o menor grado, consigue realzar el conjunto. Aquí, concretamente, parece multiplicar el número de los crímenes e iniquidades contra los judíos que la prensa mundial atribuía a los nazis.

En cuanto al componente de deontología periodística en el discurso de Chaves en este párrafo, como ya adelantábamos al comienzo del apartado, está fuertemente condicionado por el temor del periodista a que lo que escribiera sirviese como combustible para la maquinaria propagandística nazi. No obstante, no deja de tener cierto valor testimonial su declaración de honestidad profesional. Así, a pesar de considerar que algunos de los relatos que circulan por la prensa internacional tenían “bastantes indicios de exactitud”, declara: “Pero no hay manera de demostrar nada de esto, y como honradamente no puedo aportar ningún testimonio personal, [...] prescindo de los relatos circunstanciados de crímenes atribuidos a los «nazis»”. Por tanto, no es que el periodista creyera que dichos relatos no eran ciertos, sino que consideraba su obligación no difundirlos sin haber sido testigo de ellos o tener pruebas de su veracidad, porque, como ya decía en su crónica del 24 de mayo sobre las mujeres alemanas, donde también hablaba de su deber como “informador imparcial”, no tenía intención de hacerle propaganda a Hitler (Chaves Nogales, 1933h). En este caso, asegura que no quiere “caer en las rectificaciones de la Greuelpropaganda (propaganda contra las atrocidades, o, mejor dicho, contrapropaganda de las atrocidades) que han

tenido que montar los «nazis» para hacer frente a la protesta del mundo civilizado”. Por otra parte, aunque la frase presenta algunas ambigüedades, da la impresión de que Chaves entiende que el concepto *Greuelpropaganda* se refiere a la propaganda nazi, pues lo define como “propaganda contra las atrocidades, o, mejor dicho, contrapropaganda de las atrocidades”. Sin embargo, como ya hemos mencionado, *Greuelpropaganda* era el concepto que utilizaban los nazis para referirse a la supuesta propaganda que se hacía contra ellos. Por tanto, la definición entre paréntesis tendría sentido si se refiriera a “las rectificaciones de la Greuelpropaganda”, pero no parece ese el caso. Más bien se refiere simplemente a la propia *Greuelpropaganda*. En cualquier caso, con su definición da a entender el periodista que las “atrocidades”⁵⁵⁷ en cuestión existían y que los nazis no hacían propaganda para que éstas no se produjeran (“propaganda contra las atrocidades”), sino propaganda contra la mala imagen que éstas le producían (“contrapropaganda de las atrocidades”). Por lo demás, al utilizar la denominación de “mundo civilizado” para aquellos lugares en los que se denunciaban esas supuestas atrocidades, el periodista estaba sugiriendo inequívocamente que Alemania en aquel momento no formaba parte de la *civilización*.

Un ejemplo de la poca fiabilidad de algunas informaciones que en el extranjero se recibían esos días sobre lo que estaba ocurriendo en Alemania nos lo da la entrada del 15 de marzo de 1933 del diario de Thomas Mann (1977: 138):

[...] y leímos el *Neue Züricher Zeitung*: sobre la detención de Otto Falckenberg, el asesinato de Fritz Gerlich y otras atrocidades. En el hotel visitamos a Eri en la tercera planta. Había regresado ya en coche con la señora Giehse y nos traía nuevas noticias de los asesinatos y barbaridades perpetrados en Múnich, como parte de los continuos y habituales actos de violencia política que formaron parte de la celebración en esos días de la libertad nacional. Salvajadas y bestialidades contra los judíos.

Si bien es cierto que Otto Falckenberg, director de teatro, sí había sido detenido⁵⁵⁸, sin embargo, Fritz Gerlich, director del semanario católico *Der Gerade Weg*, aunque fue detenido por la SA el 9 de marzo de 1933, no sería asesinado hasta el 30 de junio de 1934 en el campo de concentración de Dachau (Morsey, 2010: 269), más de un año después de que el periódico suizo *Neue Züricher Zeitung* lo diera por muerto, según Mann. No obstante, quizá el caso más representativo, aunque sin relación con los judíos, era el del líder del Partido Comunista Alemán, Ernst Thälmann, al que ya nos referimos en el apartado 3.1.3. En marzo de 1933 corría el rumor en la prensa internacional de que Thälmann había sido asesinado. Sin embargo, si bien el líder comunista había sido detenido el 3 de marzo de 1933, no sería asesinado hasta agosto de 1944 en el campo de concentración de Buchenwald⁵⁵⁹ (Kogon, 1974: 359).

⁵⁵⁷ En realidad, el término alemán para *atrocidad* es más bien *Greueltat*, que se podría traducir literalmente como *hecho horrible*. Sin embargo, *Greuel* se traduciría simplemente como *horror*.

⁵⁵⁸ Aunque fue liberado al poco tiempo y luego acabaría confraternizando con el régimen (ver Klee, 2007: 145-146).

⁵⁵⁹ Goebbels aseguró que había muerto a consecuencia del ataque aéreo sobre Buchenwald. No era cierto: fue asesinado a tiros (Kogon, 1974: 359).

Precisamente, el periódico *El Socialista* protagonizaría una polémica con el gobierno alemán, que puso una queja ante el embajador español en Alemania, el a su vez socialista Luis Araquistáin, con motivo de un artículo del periódico oficial del PSOE publicado el domingo 19 de marzo en el que éste daba credibilidad a la información recogida por el periódico francés *L'Humanité* según la cual los nazis habrían asesinado al líder comunista. Como también vimos en el apartado 3.1.3, el corresponsal de *Ahora* en Berlín, Eugenio Xammar (1933e) escribió una crónica el 26 de marzo en la que contaba que había entrevistado a Thälmann en la cárcel y éste le había asegurado que no había sufrido malos tratos. Naturalmente la concesión de esa entrevista formaba parte de la estrategia de *contrapropaganda* nazi y fue editada por Xammar con todas las precauciones necesarias para no ser expulsado de Alemania por el nuevo régimen, como vimos en el apartado 3.1.3. En este sentido, en su siguiente crónica desde Alemania, la del 27 de mayo, Chaves haría referencia a “aquella leyenda de la muerte de Thaelmann⁵⁶⁰, que tan eficazmente sirvió a los «nazis» para desvirtuar las acusaciones que se les hacían” (Chaves Nogales, 1933k), como veremos en el apartado 4.10.

Por otra parte, de vuelta a la crónica del 26 de mayo, Chaves prescinde de los “relatos circunstanciados de crímenes” atribuidos a los nazis porque sabe que “andan por el Mundo al alcance de cualquier pluma”. Es decir: no es necesario que él insista sobre ello, especialmente sin tener pruebas. Prefiere, como veremos en el siguiente apartado, dejar constancia de lo que sí había podido ver y, sin embargo, no llamaba tanto la atención de la prensa internacional. Por lo demás, insiste en la imposibilidad de probar la exactitud de las cifras de judíos “muertos violentamente”, en este caso, en Berlín. Los quince que se estimaba que habían muerto esos días en “la aglomeración urbana de Berlín” juzga que “carecen de importancia numérica”, pues, dado el índice de criminalidad de una ciudad “de la densidad de Berlín” y siendo los judíos residentes en la capital alemana unos doscientos mil, según el periodista –aunque en realidad eran unos 160.000, según Kellerhoff (2006: 30)–, esos quince muertos podían ser “fácilmente absorbidos por esta masa que forman las víctimas de crímenes oscuros y accidentes confusos que ni siquiera merecen tres líneas en la reseña diaria de los sucesos locales”, según Chaves.

Si bien no sabemos cuántos de esos muertos se debieron a la represión (y de éstos, cuántos habrían sido asesinados por su filiación política), Evans (2003: 476) estima que los judíos asesinados por la SA hasta junio de 1933 ascendían, como mínimo, a cuarenta y tres. No obstante, lo cierto es que, como explica Johnson (2000: 118), en esa época el objetivo principal de los nazis era “destruir los medios económicos de los judíos, y no tanto satisfacer el espíritu sanguinario de las SA y las SS”. De ahí que Chaves se centre más en ese aspecto en esta crónica, como veremos más adelante.

⁵⁶⁰ Las grafías *ä* y *ae* son equivalentes en alemán. En 1933 la norma era usar *ae*, mientras que hoy se usa *ä*.

También Saul Friedländer (1997: 35) se expresa en ese sentido: “Los principales objetivos políticos del nuevo régimen y de su sistema de terror, al menos durante los primeros meses de los nazis en el poder, no fueron los judíos sino los comunistas”. No obstante, sí que hubo asesinatos de judíos, aunque no sistematizados, durante esos primeros meses de 1933. En el caso concreto de Berlín, al que se refiere Chaves, según Kellerhoff (2006: 28), las semanas siguientes al incendio del Reichstag, numerosos judíos fueron arrestados, y algunos, torturados y asesinados por la SA, pero la mayoría no por causa de su religión, sino por pertenecer al Partido Comunista o al Partido Socialista. El que probablemente fuera el primer asesinato de un judío en Berlín a causa de su raza fue el de Siegbert Kindermann, “un panadero de 18 años que había denunciado a la policía un año antes a un miembro del SA que le había molestado y que se vengó de él con crueldad el 18 de marzo de 1933” (28-29). Sin duda, le siguieron otros, pero es imposible saber cuántos. Johnson (2000: 118), sin embargo, asegura:

Marzo de 1933 fue un mes en el que reinó la violencia antisemítica más exacerbada. Hubo varias manifestaciones violentas contra los judíos; los médicos y abogados judíos fueron hostigados; otros individuos judíos acabaron abatidos en las calles. La primera oleada de detenciones de judíos comenzó en Berlín sólo unos días después de las elecciones parlamentarias del 5 de marzo, cuando las tropas de asalto de las SA, uniformadas con camisa marrón, desfilaron por uno de los mayores barrios judíos de la ciudad, el Scheunenviertel, y apresaron a decenas de judíos procedentes de la Europa del este.

Acaso a este último episodio que refiere Johnson se corresponde la fotografía de mayor tamaño que acompaña a esta crónica, situada en la parte superior izquierda de la misma (ver apéndice 19), en la que se ve a un anciano judío rodeado de policías mientras es interrogado. En el pie de foto se puede leer: “Una «razzia» de la policía berlinesa en los barrios del Norte, donde viven millares de familias judías. La patrulla de «schupos» rodeando a un judío, mientras se le somete a un interrogatorio” (Chaves Nogales, 1933j). Y entre paréntesis se lee: “Fotografía autorizada por la Oficina de Policía de Berlín”. He aquí otras fotografías de esa misma redada:



Fotografía de la redada en Scheunenviertel en la que se ve una hilera de camionetas cargadas de miembros de la SA⁵⁶¹, y grupo de judíos mostrando su documentación a la policía durante la misma redada en Scheunenviertel⁵⁶².

⁵⁶¹ Bundesarchiv. Bild 102-02940A. Primavera de 1933. En <<https://cutt.ly/TfyKHrj>> [cons. 21/6/2020].

Por su parte, Friedländer (1997: 37) refiere varias agresiones contra los judíos en toda Alemania durante el mes de marzo de 1933, entre ellas, dos episodios en los que se produjeron varios asesinatos. Del primero dio cuenta el *Manchester Guardian* (ver Kershaw, 1998: 465), y tuvo lugar en la localidad bávara de Straubing:

Según el informe bimestral de finales de marzo del presidente del gobierno de Baviera, “el 15 de este mes y en torno a las seis de la mañana, varios individuos con uniformes oscuros llegaron en camión al hogar del hombre de negocios israelita Otto Selz, en Straubing. Sacaron a Selz a rastras de su casa en ropa de dormir y se lo llevaron. En torno a las 9.30 lo mataron a tiros en un bosque junto a Wang, en el distrito de Landshut. [...] Varias personas observaron que los ocupantes del camión llevaban brazaletes rojos con una esvástica” (Friedländer, 1997: 37).

El segundo ocurrió en el estado de Wurtemberg:

El sábado 25 de marzo de 1933 unos treinta hombres de las SA de Heilbronn llegaron a Niederstetten, una pequeña ciudad al sudoeste de Alemania. Irrumpieron en los pocos hogares judíos que había en la zona, llevaron a los hombres al ayuntamiento y los golpearon salvajemente mientras los policías locales hacían guardia a la entrada del edificio. La escena se repitió aquella misma mañana en la vecina Creglingen, donde los dieciocho varones judíos que se encontraban en la sinagoga fueron también conducidos al ayuntamiento. Allí las palizas llevaron a la muerte a Hermann Stern, de sesenta y siete años de edad, y pocos días después a Arnold Rosenfeld, de cincuenta y tres (Friedländer, 1997: 67).

Ese mes de marzo, como cuenta Haffner (1939: 151), dio comienzo una “campana informativa” contra los judíos que dio lugar a un ambiente propicio para esa ola de agresiones:

A través de octavillas, carteles y concentraciones multitudinarias se explicó a los alemanes que, en caso de que hasta entonces hubiesen considerado a los judíos personas, estaban en un error. Los judíos no eran más que “seres inferiores”, una especie de animales, pero a la vez tenían características demoníacas. Las consecuencias que había que sacar de esto no se explicitaron por el momento. Con todo, la expresión “¡Pereced, judíos!” se presentó como consigna y grito de guerra.

Sin embargo, el propio Haffner (1939: 201) explica que, tras la polvareda levantada por el boicot a los comercios judíos del 1 de abril, “los acontecimientos mostraron una tendencia a replegarse en el ámbito de las noticias del periódico”. El terror continuó, pero “adquirió un carácter funcional”. En este sentido, Zweig (1944: 332) explica:

[...] der Nationalsozialismus in seiner skrupellosen Täuschertechnik hütete sich, die ganze Radikalität seiner Ziele zu zeigen, ehe man die Welt abgehärtet hatte. So übten sie vorsichtig ihre Methode: immer nur eine Dosis und nach der Dosis eine kleine Pause. Immer nur eine einzelne Pille und dann einen Augenblick Abwartens, ob sie nicht zu stark gewesen, ob das Weltgewissen diese Dosis noch vertrage⁵⁶³.

⁵⁶² Bundesarchiv. Bild 183-H26763. 1933. En <<https://cutt.ly/BfyKDXT>> [cons. 21/6/2020].

⁵⁶³ “[...] el nacionalsocialismo, con su técnica de engaño sin escrúpulos, se cuidaba mucho de mostrar la completa radicalidad de sus objetivos antes de haber curtido al mundo para ello. Así que usaban sus métodos precavidamente: siempre una dosis y, tras la dosis, una pequeña pausa. Siempre una sola píldora y, luego, un momento de espera, para ver si no había sido demasiado fuerte, si la conciencia mundial soportaba la dosis”.

En efecto, tras el revuelo internacional levantado por el boicot, los nazis dieron un paso atrás y buscaron maneras menos llamativas de vejar a los judíos, según Kellerhoff (2006: 30). Pero de estas medidas hablaremos más adelante cuando Chaves se refiera ellas. Por el momento el periodista sigue hablando de la reacción de los judíos ante las represalias nazis contra la *Greuelpropaganda*:

Hay además, por parte de los mismos judíos, el deliberado propósito de no escandalizar al Mundo con estos relatos terribles; la verdad, ellos y los “nazis” la saben; pero ellos tienen acaso más cuidado que los “nazis” en no divulgar ciertas cosas; han sido precisamente los mismos judíos alemanes los que se han dirigido a sus hermanos de raza que se hallan en el Extranjero desmintiendo todas las atrocidades divulgadas y pidiéndoles que no protesten, que no escandalicen. “No conseguiríais –dicen– más que agravar nuestra situación” (Chaves Nogales, 1933j).

No está claro si Chaves utiliza aquí una de sus habituales teatralizaciones y la cita que presenta es el resumen de la posición de unos judíos arquetípicos, o si se trata de una cita real que no hemos podido identificar. Lo cierto es que las reacciones de ese estilo no faltaron en la comunidad judía alemana, como explica Poliakov (1979: 26):

“La difusión de noticias inexactas [...] suscitará dificultades y empañará el prestigio de nuestra patria Alemana”, se afirmaba en un telegrama remitido por la comunidad israelita de Berlín al gran rabino de Londres en 1933; “os rogamos que actuéis con el fin de que cese todo acto de propaganda y boicot”. La asociación alemana de antiguos combatientes judíos envió al embajador estadounidense, “en interés patriótico, pero también en nombre de la verdad”, una propuesta más enérgica si cabe, destinada a la opinión pública norteamericana. Leo Baeck, gran rabino de Berlín, arremetía “contra los partidos de izquierda”: “Con el fin de suscitar dificultades a los nuevos gobernantes en Alemania, los partidos de izquierda de todo el mundo se han escudado en el judaísmo alemán. Han intentado perjudicar a sus adversarios, los dirigentes nacionalsocialistas, mediante comunicaciones falsas e inauditas”. El doctor Alfred Tietz, director de las revistas berlinesas más importantes, remitió el siguiente telegrama “a sus clientes y amigos”: “Seguridad absoluta de por vida y propiedad asegurada. Reinan por doquier la calma y el orden, únicamente amenazados por la propaganda tan falsa como insensata”.

Asimismo, Friedländer (1997: 40-41) transcribe un telegrama del 26 de marzo de Kurt Blumenfeld, presidente de la Federación Sionista para Alemania (Zionistische Vereinigung für Deutschland), y Julius Brodnitz, presidente de la Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de Fe Judía⁵⁶⁴ (Central-Verein deutscher Staatsbürger jüdischen Glaubens), al Comité Judío Americano de Nueva York: “Protestamos categóricamente contra mitin lunes, radio y otras manifestaciones. Pedimos esfuerzos enérgicos inequívocos que pongan fin a manifestaciones hostiles contra Alemania”. Y es que, como explica Poliakov (1979: 26), “la mayoría de los judíos alemanes se mostraba incapaz de comprender la nueva situación”. Pensaban que se trataba de un “fenómeno pasajero, un malentendido, que se disiparía mediante una fidelidad inquebrantable”. También Poliakov señala que esos “conatos de apaciguamiento” eran *fomentados* por los nazis, y cita a Goebbels: “[...] los judíos alemanes deben persuadir a sus congéneres extranjeros; en caso contrario, se arrepentirán” (26). Del mismo modo, Chaves transcribía en su crónica un párrafo de la entrevista a Goebbels que había publicado el

⁵⁶⁴ De acuerdo con Arendt (1963: 92), el 95% de los alemanes judíos pertenecían a esta asociación. Por tanto, su actitud es bastante representativa.

domingo anterior, 21 de mayo, en la que el ministro de Propaganda nazi hacía declaraciones análogas a las reproducidas por Poliakov con respecto a los judíos alemanes y la *Greuelpropaganda*:

El domingo se publicaban en AHORA unas palabras del ministro Goebbels que, contestando a una pregunta mía, explicaban con claridad meridiana la situación. “A las organizaciones israelitas alemanas –decía impasible el lugarteniente de Hitler– no ha de serles difícil lograr que sus hermanos de raza emigrados se abstengan de toda agitación y de toda injerencia en los asuntos internos de Alemania, con lo cual prestarán un servicio a los judíos que en Alemania residen. El boicot de defensa contra los judíos, puesto en práctica por nosotros hace algún tiempo, nos demostró que este género de presión es perfectamente posible. En adelante seguiremos manteniendo el principio de que los judíos residentes en Alemania tienen obligación de evitar que el país donde viven sea difamado” (Chaves Nogales, 1933j).

E, inmediatamente después de este párrafo, el periodista escribía la conclusión del apartado resumida en una oración: “Hemos vuelto al régimen medieval de los rehenes” (Chaves Nogales, 1933j). Reforzaba así su discurso mediante una analogía⁵⁶⁵ que buscaba escarnecer el chantaje al que los nazis sometían a los judíos alemanes, como denota el uso del verbo *volver*, que aquí sugiere retroceso, además de la imagen de atraso y violencia que transmite el adjetivo “medieval” y, desde luego, la figura de “los rehenes”. Como aseguraba el periodista en el párrafo anterior, con las declaraciones de Goebbels la situación quedaba explicada “con claridad meridiana”. Es decir, estaba claro: Alemania había vuelto “al régimen medieval de los rehenes”.

En lo referente a la cita de la entrevista a Goebbels, llama la atención la nueva acotación que introduce el periodista: “[...] decía impasible el lugarteniente de Hitler”, donde el adjetivo “impasible”, sugiere frialdad, falta de sentimientos⁵⁶⁶, y recuerda a la descripción que Chaves hacía del ministro nazi de la Propaganda en la entrevista del día 21 de mayo (de la que ya hablamos en el apartado 4.6.3), según la cual éste era “un tipo enconado, duro, implacable”, un auténtico fanático que “debajo de su gabardinita insignificante lleva la guerrera más ajustada de Alemania”; y al que comparaba con los “curas carlistas” españoles, y lo colocaba dentro “de esa estirpe dura de los sectarios, de los hombres votados a un ideal con el cual fusilan a su padre si se les pone por delante”, y de “esos tipos nazarenoides⁵⁶⁷ de una sola idea encarnizada: Robespierre o Lenin” (Chaves Nogales, 1933f). De nuevo vemos aquí, por contraste, cómo se perfila la “medida de lo humano” que el abuelo de “El hombrecito de la limalla de oro” le aconsejaba a su nieto que no perdiera, aquello que es “lo mejor nuestro, lo más blando y

⁵⁶⁵ En este sentido, Llera (2004: 89) explica: “Desde la óptica de la neorretórica Perelman y Olbrechts-Tyteca han estudiado en profundidad la importancia de la analogía y de la metáfora en la argumentación, ya que mediante ella el autor es capaz de persuadir al lector para que «vea las cosas tal como se las presenta»”.

⁵⁶⁶ Recordemos que en la crónica anterior, Chaves hablaba de “caras duras y mandíbulas apretadas” y “un aire grave y un gesto duro” en referencia a los nazis (Chaves Nogales, 1933i). Ver apdo. 4.8.1.

⁵⁶⁷ El adjetivo *nazarenoides*, utilizado por Chaves en varias ocasiones a lo largo de su obra, recuerda al concepto de “ideas picudas” del liberal granadino Ángel Ganivet, quien definía dicho concepto así: “A esas ideas que incitan a la lucha las llamo yo *ideas picudas*; y, por oposición, a las ideas que inspiran amor a la paz las llamo *redondas*” (Ganivet, 1943: 237).

cálido del ser” (Chaves Nogales, 1926), en oposición al fanatismo representado por Goebbels, es decir, a la estupidez y a la crueldad que tanto odiaba el periodista según el prólogo de *A sangre y fuego* (Chaves Nogales, 1935: 4), actitudes éstas incompatibles con la “República democrática, tolerante y comprensiva” que Chaves defendería como el régimen más deseable unos días después de volver de Alemania en su conferencia dictada en el Ateneo de Sevilla (Gori, 1933), o con “la civilización greco-latina, cuyo módulo era el hombre”, de la que hablaría en *La agonía de Francia*, frente a “la fe de doctrinario, de partidario, de defensor de un dogma” (Chaves Nogales, 2013: 1697). En definitiva, esa *medida de lo humano* que se contrapone al fanatismo de hombres como Goebbels encierra la misma idea que expresaría Albert Camus (1979: 29) en “L’exil d’Hélène” en 1948 de esta forma: “Rechazar el fanatismo, reconocer la propia ignorancia, los límites del mundo y del hombre, el rostro amado, la belleza, en fin, he ahí el campo donde podremos reunirnos con los griegos”⁵⁶⁸. O, como lo formularía Chaves también en *La agonía de Francia*: “El totalitarismo, la autarquía, la deificación del Estado, la vuelta al medievalismo, el corporativismo gremialista y el caudillaje no llevaban a ninguna parte. [...] No será empresa fácil volver a descubrir el Mediterráneo” (Chaves Nogales: 2013: 1535-1536).

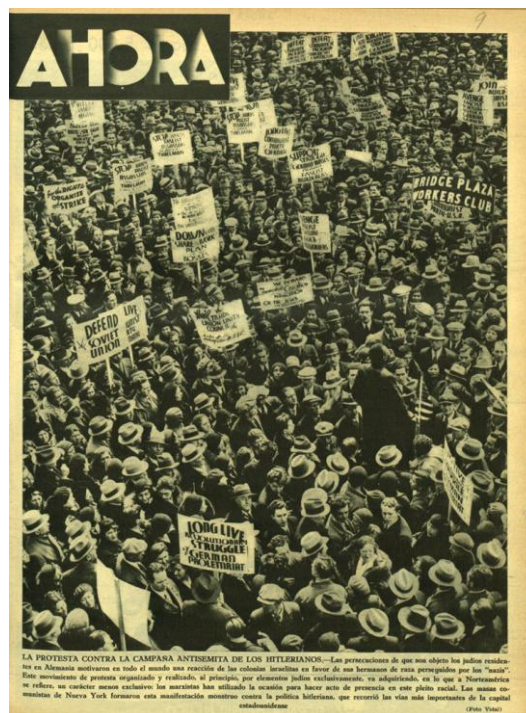
Por lo demás, aparecen en la crónica otras tres fotografías aparte de la que ya hemos mencionado antes, y todas ellas muestran actos de protesta fuera de Alemania contra el trato que los nazis estaban dándole allí a los judíos (ver apéndice 19), salvo la que se encuentra en el centro superior de la doble página, que muestra a un grupo de personas portando huchas, y en cuyo pie de foto se puede leer: “Una de las cuestaciones organizadas por los judíos de París para acudir en socorro de los millares de hermanos de raza refugiados en Francia”⁵⁶⁹ (Chaves Nogales, 1933j). Las otras dos muestran, respectivamente, una manifestación multitudinaria y el interior de la sala Wagan de París, abarrotada de gente. Bajo la primera se puede leer: “Una de las grandes manifestaciones públicas organizadas en los Estados Unidos para protestar contra la persecución de que los hitlerianos hacen víctimas a la población judía de Alemania” (Chaves Nogales, 1933j), mientras que el pie de la segunda dice:

Un mitin celebrado en la sala Wagan, de París, para protestar contra el antisemitismo de los «nazis». Los judíos alemanes, para evitar las represalias que por estas campañas internacionales toman contra ellos los «nazis», han sido los primeros en pedir que cesen las protestas, que no les servirían más que para acarrearles mayores males (Chaves Nogales, 1933j).

⁵⁶⁸ En este mismo sentido se pronunciaría años más tarde Octavio Paz (1977): “Las ideologías políticas del siglo XX han creado esquemas más o menos geométricos en los cuales han querido encerrar a la realidad, y la realidad se ha vengado cruelmente. [...] La política revolucionaria [...] ha convertido a los lobos en lobos más lobos. [...] La historia del siglo XX es la historia de las utopías convertidas en campos de concentración. [...] La vocación democrática debe ser también una vocación crítica y del pluralista. [...] la política es el arte de convivir y no el arte de cambiar al hombre”.

⁵⁶⁹ De acuerdo con Poliakov (1979: 27) y Evans (2003: 481), unos 25.000 alemanes registrados como judíos habían abandonado Alemania durante el primer semestre de 1933.

Asimismo, *Ahora* había recogido la noticia de ese mitin en su primera página de la edición del 7 de abril, como podemos ver en la imagen al final de esta página. Por otra parte, las manifestaciones en el extranjero en apoyo a los alemanes judíos fueron numerosas en todo el mundo, como de ello da testimonio la prensa de la época. No obstante, de acuerdo con Friedländer (1997: 40), los líderes judíos en el extranjero, “sobre todo en Estados Unidos y Palestina” se mostraban indecisos sobre la mejor actitud ante lo que estaba ocurriendo en Alemania: “¿Debían apoyar las protestas masivas y pedir un contraboiicot de los productos alemanes, o había que evitar el enfrentamiento por miedo a futuras «represalias» contra los judíos de Alemania?”. Sin embargo, debido a la presión de algunos grupos como los Veteranos de Guerra Judíos, según el propio Friedländer, el Congreso Judío Americano decidió actuar, y, el 27 de marzo, “tuvieron lugar mítines de protesta en varias ciudades americanas, con la participación de la Iglesia y los líderes sindicales” (41). El 9 de abril *Ahora* había aparecido en los quioscos con la imagen de esas manifestaciones en primera página:



Primera página de la edición del 7 de abril, y de la edición del 9 de abril de 1933 del diario *Ahora*.

4.9.2. El terror gris

Como ya adelantábamos en el apartado anterior, Chaves pone el foco de atención en este segundo apartado de su crónica en lo que considera lo más importante que estaba ocurriendo en ese momento en Alemania con respecto a los judíos: las medidas que los nazis habían adoptado esos primeros meses de 1933 y sus implicaciones a largo plazo. Ya el ladillo del apartado hace referencia al carácter terrible pero poco llamativo de esas medidas: “El terror gris”. Sugiere así el periodista que la política de los nazis con respecto a los judíos no daba lugar a acciones que llamasen especialmente la atención del público, pero no por ello dejaba de ser terrorífica. Así, el periodista enumera algunas de esas medidas, “sólo los casos de persecución comprobables fácilmente, por haberse hecho públicos autorizadamente o porque dimanaban de resoluciones de gobierno” (Chaves Nogales, 1933j), en un largo párrafo que veremos aquí por partes:

A pesar de todo, en esto de las atrocidades cometidas con los judíos creo que entra por mucho la fantasía folletinesca. Lo verdaderamente serio e importante no es el relato espeluznante de un crimen o de quince crímenes, sino la implacable línea de conducta seguida por un régimen como el nacionalsocialista contra una masa de ciudadanos que, según las estadísticas, pasan de setecientos mil. Hitler va positivamente a cumplir desde el Poder sus promesas de “extirpación” de los judíos. Conste que esta palabra “extirpación” es suya. El judío residente en Alemania se encuentra hoy absolutamente bloqueado; la vida se le hace materialmente imposible (Chaves Nogales, 1933j).

Lo más destacable de estas primeras líneas es acaso la capacidad analítica de Chaves para discernir entre lo trascendental y lo circunstancial en el momento mismo en el que se producían los acontecimientos. Cabe recordar aquí las palabras del periodista Miguel Ángel Aguilar (2015) acerca de Chaves Nogales que ya mencionábamos en el apartado 2.3 según las cuales el periodista sevillano practicaría lo que el madrileño llama “periodismo de distancia crítica”, que consistiría en “el ejercicio de la frialdad en medio de la pasión”, frente a lo que Aguilar denomina “periodismo de acompañamiento sentimental”, que, en este caso, podría ser el que atacaba apasionadamente al régimen nazi con noticias cuya veracidad no podía comprobar, como en el caso de *El Socialista* con respecto a la muerte de Thälmann; o lo defendía de ellas, como Bermúdez Cañete, en *El Debate*, donde justificaba la represión nazi de este modo: “La represión no es terrible si se viera el entusiasmo patriótico en que vibra este pueblo y que explica y disculpa sus excesos” (cit. en Semolinos, 1985: 226); o García Díaz, que hacía lo propio en *El Sol*: “Pero no es de extrañar tampoco que se hayan exasperado los actos de violencia que siguen inevitablemente a las revoluciones, aunque sean tan legales como lo ha sido esta revolución nacional” (cit. en Semolinos, 1985: 228). “Lo verdaderamente serio e importante no es el relato espeluznante de un crimen o de quince crímenes”, defiende Chaves en ese sentido, “sino la implacable línea de conducta seguida por un régimen como el nacionalsocialista contra una masa de ciudadanos que, según las

estadísticas, pasan de setecientos mil”. Esto es, prácticamente, lo mismo que afirmaba Eugenio Xammar (1933i) en *Ahora* en su crónica del 14 de abril:

[...] lo verdaderamente interesante y grave en el antisemitismo nacionalsocialista no está en tales o cuales incidentes violentos provocados por gentes irresponsables y oficialmente desautorizadas, sino en el texto de algunas leyes recientes que establecen para los judíos una nueva legalidad diferencial.

Por otra parte, conviene observar que Chaves distingue entre el crimen en sí mismo y “el relato espeluznante” del mismo, que es al que le quita importancia en términos periodísticos. Ya reconocía en el primer apartado de la crónica que algunos de esos relatos tenían “bastantes indicios de exactitud”, pero aquí asegura que, a pesar de todo, “en esto de las atrocidades cometidas con los judíos creo que entra por mucho la fantasía folletinesca”, y lo hace expresando su opinión de forma explícita mediante uno de los contados usos en estas crónicas del verbo *creer* (ver apdos. 4.1.2, 4.3.5 y 4.7.2). Un ejemplo de esa fantasía folletinesca es la noticia de la agencia Febus (1933) publicada por el diario *La Voz* el 23 de marzo basada en el testimonio de una fuente anónima identificada como “un periodista demócrata alemán llegado estos días de aquel país”, el cual habría facilitado a la agencia “informaciones que consideramos dignas de crédito sobre la situación interior por que atraviesa Alemania”, entre las cuales estarían los asesinatos por parte de los nazis del escritor Ludwig Renn y de Ernst Thälmann, ambos completamente ficticios, pues, como hemos visto, Thälmann no moriría hasta 1944, mientras que Renn, miembro del Partido Comunista Alemán, no sólo no fue asesinado, sino que huiría a España, donde tomaría parte en la Guerra Civil, experiencia sobre la que dejaría testimonio en su obra de 1955 *Der Spanische Krieg* (ver Drommer, 2009: 185). Asimismo, en esa misma noticia se asegura: “Según nuestro comunicante, en los grandes ríos de Alemania es frecuente ver flotar los cadáveres de perseguidos políticos arrojados a ellos por los «nazis»”, información con tantos tintes de verosimilitud como de sensacionalismo. Otro ejemplo de esta mezcla de sensacionalismo con indicios de verdad, no obstante, imposibles de contrastar en aquel momento, es el artículo “How Nazis are Torturing Jews in Berlin”, publicado por el *Daily Herald* británico el 10 de marzo de 1933. En los subtítulos de la noticia se podía leer: “Victims beaten with rods of steel”, y: “Others made to drink castor-oil” (sin firma, 1933d), ambas, afirmaciones con “bastantes indicios de exactitud”, por utilizar las palabras de Chaves. Asimismo, en el cuerpo de la noticia se afirmaba: “Few of them sleep in their own homes at night because the risk of being raided and assaulted is so great” (sin firma, 1933d). Sin embargo, el periódico no revelaba sus fuentes, aunque aseguraba que eran de la mayor responsabilidad y fiabilidad: “The information comes from highly responsible and reliable sources (persons who have recently been in close touch with the situation in Germany), and the *Daily Herald* has no hesitation in publishing it”. Lo cierto es que, aunque era realmente complicado comprobar la

veracidad de esta información entonces, hoy sabemos que era en buena medida cierta, a tenor de lo que expone Evans (2003: 473-474) al respecto:

En las semanas que siguieron al nombramiento de Hitler como canciller del Reich, los camisas pardas irrumpieron en las sinagogas y profanaron el mobiliario religioso, destrozaron los escaparates de las tiendas y empresas judías y sometieron a judíos a actos de humillación al azar, afeitándoles la barba u obligándoles, en una imitación de un castigo ideado por los fascistas italianos, a beber grandes cantidades de aceite de ricino. La violencia alcanzó nuevas cotas tras las elecciones del 5 de marzo. Al día siguiente de las elecciones, bandas de camisas pardas irrumpieron en la Kurfürstendamm, una calle comercial elegante de Berlín, que muchos nazis consideraban una zona donde tendían a congregarse judíos, y se dedicaron a perseguirlos y maltratarlos. En Breslau una pandilla de camisas pardas secuestró al director del teatro, que era judío, y le propinaron una paliza con porras de goma y fustas que lo dejó al borde de la muerte. En Königsberg, en Prusia Oriental, fue incendiada una sinagoga y un hombre de negocios judío fue secuestrado y sometido a malos tratos tan despiadados que murió más tarde de las lesiones.

En cualquier caso, como decíamos, lo que Chaves cree que es realmente importante en término periodísticos, y sí se podía demostrar, era la “implacable” conducta del régimen con los judíos que en ese momento vivían en Alemania, que, según Friedländer (1997: 33) y Poliakov (1979: 25), no eran los más de setecientos mil de los que daba cuenta aquí el periodista, sino 525.000 en enero de 1933. Por otra parte, el adjetivo “implacable”, igual que antes “impasible”, sugiere el fanatismo de la conducta de los nazis con respecto a los judíos. Algo análogo ocurre con la palabra “extirpación” en: “Hitler va positivamente a cumplir desde el Poder sus promesas de «extirpación» de los judíos”, con la diferencia de que, en este caso, Chaves le atribuye al propio Hitler el uso del término. Además, no era la primera vez que el periodista le atribuía a Hitler esta expresión. Como vimos en el apartado 4.6.1, Chaves (1933g) aseguraba en su crónica del 24 de mayo que *extirpar* era la “expresión favorita” del líder nazi. Así, recordemos que en el apartado mencionado habíamos visto cómo Hitler utilizaba con frecuencia en *Mein Kampf* varios verbos alemanes que podían traducirse por *extirpar* según el contexto, especialmente los verbos *entfernen* y *ausrotten*, y también *vernichten* y *vertilgen*. Así, por ejemplo, en referencia a la derrota en la Primera Guerra Mundial, defendía que el gobierno alemán debería haber “extirpado” a los “envenenadores del pueblo judío” para evitar que pusieran a los trabajadores en contra de la nación:

Es war die Pflicht einer besorgten Staatsregierung, nun, da der deutsche Arbeiter wieder den Weg zum Volkstum gefunden hatte, die Verhetzer dieses Volkstums unbarmherzig auszurotten. Wenn an der Front die Besten fielen, dann konnte man zu Hause wenigstens das Ungeziefer vertilgen⁵⁷⁰ (1926: 473).

Asimismo, en otro lugar asegura que el objetivo de una revolución no es derribar todo el edificio, “als viel mehr schlecht hinzugefügtes oder unpassendes Zeug zu entfernen und an der dann wieder freigelegten gesunden Stelle weiter- und anzubauen” [“sino más bien extirpar lo mal agregado o lo inapropiado y continuar construyendo en

⁵⁷⁰ “Hubiera sido el deber de un gobierno nacional responsable extirpar implacablemente a los agitadores de la nación (o raza) ahora que el trabajador alemán había encontrado su camino de regreso a la misma. Si los mejores cayeron en el frente, qué menos que poder exterminar a las alimañas en casa”.

la zona saludable que queda al descubierto”] (1926: 685-687). He ahí, por otra parte, algunas de las “promesas de «extirpación» de los judíos” de Hitler, explícitas o solapadas, de las que hablaba Chaves. Asimismo, Hitler suele referirse a los judíos como “parásitos” en *Mein Kampf* (1926: 793), concepto coherente con el de *extirparlos*:

Er ist und bleibt der typische Parasit, ein Schmarotzer, der wie ein schädlicher Bazillus sich immer mehr ausbreitet, sowie nur ein günstiger Nährboden dazu einlädt. Die Wirkung seines Daseins aber gleicht ebenfalls der von Schmarotzern: wo er auftritt, stirbt das Wirtsvolk nach kürzerer oder längerer Zeit ab⁵⁷¹.

Por otra parte, Chaves aseguraba que el “judío residente en Alemania se encuentra hoy absolutamente bloqueado; la vida se le hace materialmente imposible”, y pasaba a enumerar las medidas tomadas por los nazis durante esos primeros meses en el poder que habían empujado los alemanes judíos a tal situación:

La ley del 7 de abril le ha expulsado de todos los empleos oficiales, y téngase en cuenta que no se trata sólo de los puestos que dependen del Gobierno, sino de todas las corporaciones y empresas en las que el Estado participa. Es decir, que, por ejemplo, el judío no tiene ni siquiera derecho a ser guardagujas. Sus hijos no son admitidos en las Universidades ni en las Escuelas Superiores más que en una proporción del uno por ciento de los alumnos. De tres mil abogados judíos que había en Berlín, han sido excluidos mil trescientos; sólo se les ha consentido seguir ejerciendo a los que hicieron la guerra o a los que perdieron al padre o algún hijo en el frente. La inmensa mayoría de los empleados judíos de casas particulares han sido despedidos con un mes de indemnización. Los Municipios han retirado todas las subvenciones que daban a los hospitales y centros de beneficencia judíos. Los profesores de Universidad han sido expulsados de las aulas por sus propios discípulos. Los pequeños comerciantes sufrirán ya siempre las consecuencias del día del boicot, porque los clientes se van ahora a comprarle al tendero o al panadero netamente alemán. Los grandes almacenes están bajo la intervención de los representantes del racismo designados con arreglo a la ley de control sobre las industrias que ha impuesto Hitler. Los dueños de las grandes empresas periodísticas y editoriales, Ullstein y Mosse, por ejemplo, han tenido que cederlas a los “nazis”, que han renovado casi totalmente el personal de sus Redacciones. Rudolph Mosse recibirá por toda indemnización la suma de cien mil marcos al año, de los cuales tiene el deber de invertir una parte considerable en beneficencia y el resto ha de gastarlo forzosamente en Alemania (Chaves Nogales, 1933j).

De nuevo, demuestra aquí el periodista haberse documentado a fondo para escribir este reportaje. Así, efectivamente, la Ley para la Restauración del Funcionariado (*Gesetz zur Wiederherstellung*⁵⁷² *des Berufsbeamtentums*), promulgada el 7 de abril de 1933, excluía de los puestos en la administración del estado a los judíos y a “individuos que no eran políticamente de fiar” por sus actividades políticas previas, según Evans (2003: 479), quien asimismo explica:

Los funcionarios “no arios”, definidos en una ley suplementaria del 11 de abril como aquellos que tuviesen uno o más abuelos “no arios, particularmente judíos”⁵⁷³, debían ser despedidos, a

⁵⁷¹ “[El judío] es el típico parásito, un parásito que se propaga cada vez más, como un bacilo dañino, en un caldo de cultivo favorable. Del mismo modo, su efecto también es similar al de los parásitos: donde aparece, el pueblo que lo hospeda muere antes o después”.

⁵⁷² El término *Wiederherstellung* (*restauración* o *restablecimiento*) no era arbitrario: en una carta a Hindenburg del 4 de abril, Hitler le recordaba que la de Weimar era “una república judía” y que los judíos apenas tenían acceso a la antigua administración prusiana (Friedländer, 1997: 60). Se trataba, por tanto, de presentar la reforma como una vuelta al pasado glorioso.

⁵⁷³ El 30 de junio se añadiría a la lista de personas que debían ser expulsadas del cuerpo de funcionarios a aquellos casados con un “no ario” (Evans, 2003: 423).

menos que (por insistencia explícita de Hindenburg) fusen veteranos de guerra o hubiesen perdido a un padre o a un hijo en combate, o hubiesen estado en las Fuerzas Armadas antes de la Primera Guerra Mundial. Esta legislación, propuesta por Wilhelm Frick, ministro del Interior nazi del Reich, que había propuesto ya una ley similar cuando era un humilde diputado del Reichstag, en 1925, coordinaba, según la tónica nazi característica, medidas ya en marcha de ámbito regional y local, donde hacía ya algunas semanas que se estaban produciendo despidos de funcionarios judíos (479-480).

También Evans (2003: 424) señala que la ley “afectó en conjunto a entre el 1 y el 2 por 100 de todo el funcionariado profesional”, ya que, como afirma Arendt (1963: 63), entre los funcionarios del Estado “se contaban todos los cargos de enseñanza, desde los de las escuelas elementales hasta las facultades universitarias, y también los de muchas ramas de la industria del espectáculo, radio, teatro, ópera y conciertos”; y la ley, como ya indicaba Chaves, también excluía, en general, a los judíos “de todo cargo de carácter público”. En definitiva, como señala Chaves, los judíos no tenían derecho en Alemania ya ni a ser “guardagujas”. Por otra parte, con este ejemplo de empleado de bajo nivel de una empresa pública, Chaves intentaba darle una medida humana al problema para que el lector pudiera sentir simpatía hacia el caso concreto, aunque indefinido, del guardagujas y no quedase indiferente ante la abstracción de *los judíos alemanes*. Es, en cierta medida, el mismo procedimiento que el periodista utilizaba en su primera crónica cuando mencionaba a aquel “pobre gendarme catalán –de Perpiñán, precisamente– que allá en el confín del Sarre representa dignamente a Francia sentado a la puerta de una barraquita” (Chaves Nogales, 1933a) esperando el día en que los nazis pasaran la frontera (ver apdo. 4.1.2).

Por lo demás, la Ley de Restauración del Funcionariado fue la única de las que afectaban a los judíos que se desarrolló plenamente durante esos primeros meses de 1933, según Friedländer (1997: 56), quien afirma que “las afirmaciones simbólicas que expresaba y el mensaje ideológico que llevaba consigo eran inconfundibles” (56). En ese sentido, como vimos en el apartado 4.7.3, la ley fue importante para el desarrollo posterior de los acontecimientos, porque establecía por primera vez de forma oficial la definición de *no ario* como concepto legal. Según el primer decreto suplementario de la ley, con fecha 11 de abril, *no ario* sería todo aquel que “desciende de padres o abuelos no arios, particularmente judíos. Basta con que uno de los padres o de los abuelos sea no ario” (cit. en Friedländer, 1997: 49). Como explica Friedländer: “La definición como tal, fueran cuales fuesen sus términos precisos en el futuro, era la base inicial necesaria para todas las persecuciones que seguirían” (50). El filólogo judío Victor Klemperer (1995: 23), como vimos en el apartado 3.1.3, captó la trascendencia de esa ley de inmediato, a juzgar por la entrada del 20 de abril de su diario: “[...] ich bin an der Zustand der Rechtlosigkeit gewöhnt” [“me he acostumbrado a este estado de vivir sin derechos”]. Y añadía: “Ich bin schon nicht Deutscher und Arier, sondern Jude und muß dankbar sein, wenn man mich am Leben läßt” [“Ya no soy alemán y ario, sino judío, y debo estar agradecido de que se me deje vivir”]. Y esto, a pesar de que por el momento

él podía conservar su plaza en la Universidad Técnica de Dresde por ser veterano de guerra, aunque acabaría siendo despedido en 1935.

Por otra parte, el propio Klemperer, como vimos en el apartado 4.6.4, en la entrada del 10 de octubre de 1933 de su diario hablaba de algunos compañeros expulsados de la universidad merced a la Ley de Restauración del Funcionariado:

Mi colega Robert Wilbrandt vino a vernos. ¿Estábamos dispuestos a acoger un huésped peligroso para el Estado? Había sido despedido de la noche a la mañana. La fórmula para el estrangulamiento reza así: “Poco fiable políticamente”. Desenterraron el caso del pacifista Gumbel, al que había apoyado en Marburgo. Además, había escrito un libro sobre Marx. Quiere viajar al sur de Alemania y sumirse en su trabajo en un pueblucho recóndito... ¡Si yo pudiera! La tiranía y la inseguridad aumentan día a día. Despidos en el círculo judaizado de los colegas de mi especialidad. Olschki en Heidelberg, Friedmann en Leipzig, Spitzer en Marburgo, Lerch – ario al cien por cien– en Münster, por “vivir en concubinato con una judía” (1975: 58-59).

En la carta que Hitler le envió al presidente Hindenburg el 5 de abril, justificaba estos despidos y el resto de medidas que se tomarían durante esos meses (y que enumera Chaves), por “la exagerada presencia de judíos en algunas áreas clave de la vida social y profesional; su carácter de elemento no asimilado, y por tanto extranjero, en la sociedad; así como la nefasta influencia de sus actividades (liberales o revolucionarias)”, según Friedländer (1997: 60). En cuanto al resto de medidas, Chaves expone a continuación que los hijos de los judíos “no son admitidos en las Universidades ni en las Escuelas Superiores más que en una proporción del uno por ciento de los alumnos”. Aquí el periodista hacía referencia a la Ley contra el Hacinamiento en las Escuelas y Universidades Alemanas (*Gesetz gegen die Überfüllung der deutschen Schulen und Hochschulen*), que fue aprobada el 25 de abril de ese año y restringía el número de alumnos y estudiantes *no arios* en dichas instituciones, aunque en un porcentaje ligeramente distinto al que menciona Chaves si atendemos a la información expuesta en este sentido por Evans (2003: 480) y Friedländer (1997: 53). Así, este último explica:

La ley limitaba la matriculación de nuevos estudiantes judíos en cualquier escuela o universidad alemana a un 1,5% del total de nuevos solicitantes, y el número máximo de alumnos o estudiantes judíos de cada institución al 5%. Los hijos de veteranos de la Primera Guerra Mundial y los nacidos de matrimonios mixtos contraídos antes de que se promulgara la ley estaban exentos de dicha cuota⁵⁷⁴.

No obstante, la ley, junto al resto de medidas adoptadas contra los judíos esos días, tuvo consecuencias que excedían la letra de la misma. En este sentido, Friedländer recoge el testimonio de varios niños cuyas vidas cambiaron radicalmente tras la aprobación de la Ley contra el Hacinamiento de las Escuelas y Universidades Alemanas. Así, por ejemplo, Hilma Geffen-Lidomer, “la única niña judía del barrio berlinés de Rangsdorf”, se percató de que de repente se había quedado sin amigos: “Ya no quedaba ni una sola amiga y muchos vecinos incluso tenían miedo de hablar con

⁵⁷⁴ De nuevo, la explicación nazi de la norma era la excesiva presencia de “individuos de origen racial extranjero”, es decir, judíos, en instituciones clave, como explicaba el *Deutsche Allgemeine Zeitung* el 27 de abril (cit. en Friedländer, 1997: 53).

nosotros” (cit. en Friedländer, 1997: 63). Asimismo, Lore Gang-Salheimer, “que contaba once años en 1933 y residía en Núremberg”, aunque pudo seguir en la escuela porque su padre era veterano de guerra, cuenta que sus compañeros le decían: “No, ya no puedo volver contigo a casa nunca más. No pueden verme nunca más contigo” (cit. en Friedländer, 1997: 63).

Por lo demás, Chaves continúa con la lista de restricciones impuestas a los judíos por el nuevo régimen: “De tres mil abogados judíos que había en Berlín, han sido excluidos mil trescientos; sólo se les ha consentido seguir ejerciendo a los que hicieron la guerra o a los que perdieron al padre o algún hijo en el frente”. En efecto, aunque planteado de forma inversa, según Evans (2003: 480), gracias a esas exenciones, de un total de 4.585 abogados judíos, pudieron seguir ejerciendo 3.167 en toda Alemania. Friedländer (1997: 52) confirma esas cifras que indican que aproximadamente el 70% del total de abogados judíos alemanes pudieron seguir ejerciendo, mientras que según las cifras de Chaves, referidas únicamente a Berlín, sólo en torno al 55% de los abogados judíos de la capital habrían podido seguir ejerciendo. Esto se puede deber, o bien a la posible inexactitud de las cifras de Chaves, o a que, efectivamente, la proporción de abogados judíos que no eran veteranos de guerra fuese mayor en Berlín que en el resto de Alemania. En cualquier caso, como señala Friedländer (1997: 52), aunque podían seguir ejerciendo, “los letrados judíos estaban excluidos de la Asociación Nacional de Abogados y no figuraban en su directorio anual, sino en una guía aparte”.

Lo cierto es que ya desde finales de marzo “el acoso físico a los juristas judíos se había extendido por todo el Reich”, según Friedländer (1997: 51), quien ofrece varios ejemplos de dicho comportamiento:

En Dresde sacaron a rastras a jueces y abogados judíos de sus despachos e incluso de los tribunales durante los procesos judiciales, y a menudo luego los golpearon. Según el *Vossische Zeitung* –citado por el *Jüdische Rundschau* del 28 de marzo–, en Gleiwitz, Silesia, “un gran número de hombres jóvenes entraron en el edificio del tribunal e importunaron a varios abogados judíos. El letrado Kochmann, de setenta años, recibió un golpe en la cara, y otros abogados fueron agredidos y golpeados en todo el cuerpo. Una asesora judía fue encerrada en el calabozo [...]”.

Asimismo, Sebastian Haffner (1939: 157-162), que era pasante en esa época, cuenta cómo el 31 de marzo estaba en el Tribunal Cameral de Berlín cuando un grupo de hombres de la SA entró en el edificio y ordenó a los judíos que lo abandonaran, cosa que hicieron sin oponer resistencia, con una excepción: “Un letrado judío había empezado a alborotar y le propinaron una paliza” (161). Por lo demás, esos días, por iniciativa propia, los ministros de Justicia de Prusia y Baviera anunciaron “el despido inmediato de todos los abogados y funcionarios judíos” (Friedländer, 1997: 51). Ante esa presión, Hitler decidió aprobar un decreto el 7 de abril, que se hizo público el día 11, “que excluía a los abogados judíos de los tribunales sobre la misma base que la Ley

del Funcionariado, pero también con las mismas excepciones para los veteranos de guerra y sus familiares, y atendiendo a la longevidad de la práctica” (51). Así contentaba a los más impacientes de su partido: “Por el momento [...] uno tiene que lidiar solamente con lo que es necesario”, había dicho con respecto a este decreto (cit. en Friedländer, 1997: 52). En cualquier caso, al igual que ocurriría con los funcionarios, esas exenciones dejarían de tener validez a partir de 1935 (210-211).

Por otro lado, Chaves continuaba con la lista de damnificados por las medidas antisemitas del nuevo régimen: “La inmensa mayoría de los empleados judíos de casas particulares han sido despedidos con un mes de indemnización”. No hemos podido documentar este hecho concreto, aunque Friedländer (1997: 38) asegura que, en general, esos días “los empleados judíos eran cada vez más discriminados en el mercado de trabajo”. Asimismo, el boicot del 1 de abril, que afectaba a comercios, empleados, médicos y abogados judíos, supuso la estigmatización de los segundos y una excusa para su despido. Así, por ejemplo, Friedländer (1997: 43-44) refiere el caso de Arthur B., un líder judío de una banda de músicos *arios* que tenía un contrato para tocar en el Café Corso, en Fráncfort, hasta el 30 de abril. Sin embargo, la dueña del café el 30 de marzo por ser judío sin indemnización alguna. De modo que el músico decidió acudir al Tribunal Laboral de Fráncfort para reclamar lo que habría cobrado por el mes de abril:

El tribunal rechazó su apelación y lo condenó a él a costas. Según el fallo, las circunstancias creadas por la incitación judía contra Alemania, que había inducido a varios clientes a exigir el despido del líder de la banda del Café Corso y había llevado al líder del Gau (distrito del partido) local a amenazar con considerar el Café Corso empresa judía en el caso de que Arthur B. continuara trabajando allí, podrían haber causado grandes daños a la demandada, y por tanto, eran razón suficiente para el despido (44).

En ese ambiente social y con ese grado de perversión en los tribunales judiciales, resulta perfectamente verosímil el despido masivo de empleados del hogar judíos al que hace referencia aquí Chaves. Esto explica, en parte, por qué todas estas medidas y las aún más monstruosas que les habrían de seguir no encontraron un rechazo mayoritario entre los alemanes. Como señalaba Hannah Arendt (1963: 186) en el caso de Adolf Eichmann, éste “no tuvo ninguna necesidad de «cerrar sus oídos a la voz de la conciencia» [...] debido, no a que no tuviera conciencia, sino a que la conciencia hablaba con voz respetable, con la voz de la respetable sociedad que le rodeaba”.

Por lo demás, Chaves continuaba la enumeración de las medidas de las instituciones nazis contra los judíos: “Los Municipios han retirado todas las subvenciones que daban a los hospitales y centros de beneficencia judíos”. En este sentido, Gruner (2002: 71) explica que la política antijudía del Gobierno no sólo dio pie a los municipios y ciudades para aplicar una política de segregación racial (*Rassentrennung*) dentro del sistema de bienestar social (*Wohlfahrtssystem*), merced a la cual, por ejemplo, la Oficina de Asistencia Social de Colonia estableció un centro especial de atención para los judíos (*Sonderbetreuungsstelle für Juden*), sino que

además, en línea con lo que señalaba Chaves, algunas ciudades se negaban a pagar la factura de los enfermos bajo la protección del servicio de asistencia social ingresados en hospitales judíos. Así, por ejemplo, la Oficina de Bienestar de Breslavia (Breslauer Wohlfahrtsamt) canceló las subvenciones a los judíos pobres que estaban siendo tratados en hospitales judíos. Por su parte, Kellerhoff (2006: 30) explica que, en Berlín, “el 7 de abril se retiraron las subvenciones a las guarderías de las comunidades judías y tres días más tarde las ayudas para los escolares judíos necesitados”.

Por otro lado, Chaves asegura que los profesores universitarios habían sido “expulsados de las aulas por sus propios discípulos”. Recordemos lo que escribía el propio periodista a este respecto en su crónica del 23 de mayo, tal y como vimos en el apartado 4.6.4:

A las juventudes universitarias que desde el primer momento se inclinaron hacia el nacionalsocialismo, Hitler les ha restablecido de un golpe todas sus viejas franquicias. Ha restaurado los antiguos derechos de los estudiantes y ha utilizado sus asociaciones para que delatasen y eliminasen a los profesores contaminados de liberalismo, judaísmo o marxismo (Chaves Nogales, 1933g).

Y recordemos también lo que comentaba Evans (2005: 292) a este respecto:

Como las Juventudes Hitlerianas en las escuelas, la Liga Nazi de Estudiantes y sus miembros no titubearon en señalar y avergonzar a los profesores que creían que no seguían los principios nazis. En 1937 un profesor de Hamburgo denunció que en los últimos años no se había celebrado ninguna reunión de estudiantes donde no se hubiera “rechazado al profesorado en términos despectivos”, calificándolo de “cuerpo osificado no apto para educar o guiar a los jóvenes en las universidades”.

Asimismo, en el apartado 4.6.4 vimos las cifras de profesores expulsados de la universidad que ofrecía Koonz (2003: 161): “En el ámbito universitario, 1.145 profesores (de un total de 7.979) perdieron sus plazas, principalmente por sus orígenes judíos, o por tener cónyuges judíos”.

Por lo demás, el periodista hablaba a continuación de las consecuencias del boicot a los comercios judíos del 1 de abril: “Los pequeños comerciantes sufrirán ya siempre las consecuencias del día del boicot, porque los clientes se van ahora a comprarle al tendero o al panadero netamente alemán”. Esta afirmación es muy similar a la que hacía en su crónica del 14 de mayo, si bien aquella estaba mucho más cargada de ironía y de imágenes satíricas, como vimos en el apartado 4.1.4:

Antes, el ario puro, convencido de su incapacidad para este menester, dejaba libre al judío el campo del comercio y se iba a arar la tierra o a barrer las calles a sueldo, metido en un impresionante uniforme. Pero cada vez hay menos uniformes de barrendero municipal y menos tierras que labrar y el ario puro, cuando se pone a hacer la competencia al judío con su pobre tiendecita cubierta de polvo y visitada sólo por las moscas, está perdido. Hitler ha venido a resolver a favor de este ario puro el problema de la competencia comercial, que él, por sí sólo, era incapaz de salvar. Hitler ha dado al ario puro que no vende un talismán maravilloso para que su tiendecita se llene de clientes capaces de cargar con géneros manidos. Este talismán es la cruz gamada, la svástica de los arios (Chaves Nogales, 1933a).

En cuanto a la situación de los comerciantes judíos tras el boicot, Sebastian Haffner (1939: 201-202), que la conoció de primera mano, cuenta:

Volvió a estar permitido comprar en tiendas judías. Bien es verdad que siguieron instándonos a abstenernos de hacerlo y, en caso contrario, éramos tildados de “traidores a la nación” a través de carteles que se exhibían permanentemente, pero no estaba prohibido. Ya no había oficiales de la SA apostados ante las puertas de los comercios.

En cualquier caso, tal y como vimos en el apartado 4.1.4, Friedländer (1997: 180) cuenta cómo, según un informe del estado de Pomerania de 1935, “los campesinos a menudo «decidían comprar sólo en tiendas judías» [...] «porque las tiendas de los judíos venden productos más baratos y uno tiene más variedad»”. De modo que, aunque, evidentemente, la campaña antisemita nazi necesariamente debió afectar a los comercios judíos, la impresión de Chaves no reflejaba toda la realidad alemana del momento. Así, por ejemplo, Friedländer también comenta: “Probablemente por los mismos motivos, un número considerable de *Volksgenossen* [camaradas nacionales] todavía prefería las tiendas y los negocios judíos en las pequeñas ciudades, igual que en las grandes”. Por su parte, Victor Klemperer (1995: 110), en la entrada de su diario del 13 de junio de 1934 explica cómo los habitantes de algunas pequeñas ciudades de Sajonia iban de una ciudad a otra buscando comercios judíos en los que poder comprar:

In Falkenstein darf man nicht beim „Juden“ kaufen. Also fahren die Falkensteiner zum Juden nach Auerbach. Und de Auerbacher ihrerseits kaufen beim Falkensteiner Juden. Zu größeren Einkäufen aber fährt man aus den Nestern nach Plauen, wo ein jüdisches Kaufhaus größeren Umfangs ist. Trifft man sich dort, so hat man sich nicht gesehen. Stillschweigende Konvention⁵⁷⁵.

Asimismo, Friedländer (1997: 181) cuenta cómo incluso algunos nazis seguían comprando en comercios judíos:

Lo que más parecía irritar a las autoridades nazis era el hecho de que incluso los miembros del partido, algunos con uniforme completo, no se privasen de hacer negocios con los judíos. A principios del verano de 1935, por ejemplo, se informaba de la persistencia de esa conducta reprensible en Dortmund, Frankfurt del Oder, Königsberg, Stetin y Breslau. En resumen, mientras hordas de activistas del partido golpeaban a los judíos, otros miembros del partido nazi seguían comprando fielmente en las tiendas judías.

De hecho, la integración de los judíos en la economía alemana era tan profunda como la de cualquier otro grupo de ciudadanos, como señala Friedländer (1997: 279), quien asegura que incluso Göring estuvo durante cuatro horas junto a su ayudante personal en la tienda de alfombras de Otto Bernheimer, judío para más señas, y allí gastó 36.000 marcos por dos alfombras en 1936 (319). Y este caso no constituía una excepción, sobre todo en las grandes ciudades: también en 1936, más de 300 clientas habían hecho cola antes de la tienda de telas Sally Eichegrün, de propiedad judía, con

⁵⁷⁵ “En Falkenstein no está permitido comprarle a los «judíos». Entonces los habitantes de Falkenstein van en busca de los judíos en Auerbach. Y los de Auerbach a su vez les compran a los judíos de Falkensteiner. Sin embargo, para compras más grandes, uno sale del nido y va a Plauen, donde hay un gran centro comercial judío. Si se encuentran por casualidad allí, hacen como si no se hubieran visto. Una convención tácita”.

ocasión de sus rebajas anuales de finales de invierno (320). No obstante, en las ciudades pequeñas la situación era más complicada para los judíos (ver Friedländer, 1997: 322). En general, Kershaw (1998: 467) afirma que para “las víctimas judías” el día del boicot “fue traumático, la indicación más clara de que aquella era una Alemania en la que no podían ya sentirse «en casa», en la que la discriminación rutinaria había sido sustituida por una persecución patrocinada por el estado”. Por lo demás, Chaves acababa su lista de medidas dictadas contra los judíos con las que afectaban a los grandes almacenes y a las principales editoriales judías. Así, aseguraba que los grandes almacenes estaban “bajo la intervención de los representantes del racismo designados con arreglo a la ley de control sobre las industrias que ha impuesto Hitler”. Asimismo, como ya hemos visto, afirmaba:

Los dueños de las grandes empresas periodísticas y editoriales, Ullstein y Mosse⁵⁷⁶, por ejemplo, han tenido que cederlas a los “nazis”, que han renovado casi totalmente el personal de sus Redacciones. Rudolph Mosse recibirá por toda indemnización la suma de cien mil marcos al año, de los cuales tiene el deber de invertir una parte considerable en beneficencia y el resto ha de gastarlo forzosamente en Alemania.

Como es habitual en estas crónicas el grado de precisión de la información de Chaves hace que a menudo sea difícil verificar la exactitud de la misma hoy, cuando algunas de las medidas que menciona el periodista están eclipsadas por las todavía más radicales que los nazis tomaron en los meses y años siguientes. Sin embargo, Kellerhoff (2006: 27) corrobora parcialmente la información del periodista referente a las editoriales Mosse y Ullstein:

Ya que Mosse-Verlag era insolvente desde el otoño de 1932 le fue muy fácil al NSDAP adquirirla con ayuda de Cautio GmbH, una sociedad anónima financiera. Para la adquisición de la Ullstein-Verlag necesitó Max Amann, el hombre más influyente de la prensa nazi y competidor de Goebbels, un poco más de tiempo pero en 1934 ya la controlaba: los hermanos Ullstein tuvieron que vender su empresa muy por debajo de su valor a la Cautio, todos los periodistas judíos ya habían sido despedidos con anterioridad.

Asimismo, Burleigh (2000: 240) explica:

Las editoriales propiedad de los judíos fueron expropiadas de acuerdo con las medidas de “arianización”, para gozo de un Goebbels que pudo desbancar a los Mosse, que habían rechazado en otros tiempos una solicitud suya para un puesto de periodista. El imperio de los Ullstein, capitalizado en sesenta millones de marcos, fue adjudicado a una sociedad de cartera a Amann a una décima parte de esa suma, sin que se llegase a pagar a la familia Ullstein, que no podía además salir de Alemania con más de los diez marcos obligatorios.

Por su parte, Evans (2005: 149) señala que Amann se hizo con el control de “un número creciente de rotativos” como jefe de la editorial Eher, “explotando la debilidad financiera de la prensa en la época de la crisis y privando de ingresos a los periódicos rivales desviando los contratos de publicidad del gobierno a la prensa nazi”. Asimismo, cuenta que “el control sobre el personal que trabajaba en la prensa quedó establecido en

⁵⁷⁶ Ya hablamos de estas dos editoriales y de las numerosas e importantes cabeceras periodísticas de las que eran propietarias en el apartado 4.8.1.

otoño de 1933 con la creación de la Cámara de Prensa del Reich, dirigida por Max Amann” (149). Por otro lado, Kellerhoff asegura, como vimos en el apartado 4.6.5, que todas las redacciones “se amoldaron a los deseos del nuevo gobierno y pronto creció la influencia de los simpatizantes de los nazis en los medios de comunicación” (27). También afirma que dichos simpatizantes eran más numerosos de lo que parecía: “Después del nombramiento de Hitler como canciller del Reich se puso de manifiesto que en ambas editoriales [Ullstein y Mosse] trabajaban periodistas que desde hacía tiempo habían ocultado sus tendencias nacionalsocialistas” (27). Recordemos asimismo lo que comentaba Haffner (1939: 211) en este sentido:

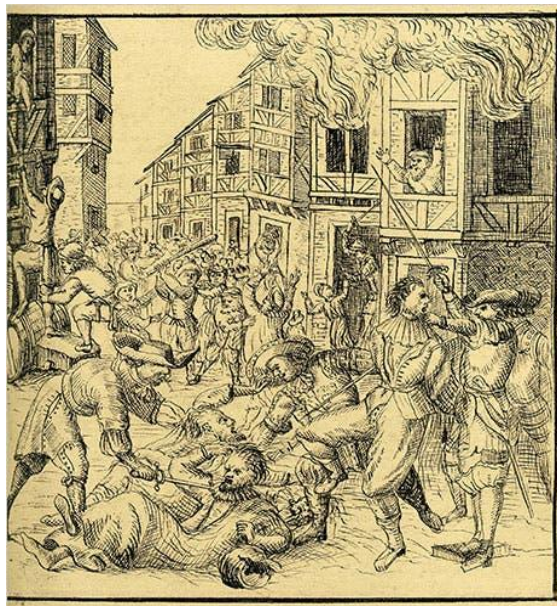
Algunos diarios de larga tradición democrática promovidos por la intelectualidad como el *Berliner Tageblatt* o el *Vossische Zeitung* se convirtieron en órganos nazis de la noche a la mañana; sus antiguas voces juiciosas y cultas decían lo mismo que pregonaban y babeaban el *Angriff* o el *Völkische Beobachter*.

En cuanto a “la intervención de los representantes del racismo designados con arreglo a la ley de control sobre las industrias que ha impuesto Hitler” de la que habla Chaves, Evans (2003: 478) y Friedländer (1997: 45-46) mencionan que la “célula nazi” de la empresa Ullstein llamó la atención a Hitler acerca de la importancia de la empresa para sus numerosos empleados *arios* y del daño que podía causarles a todos ellos el boicot a los comercios judíos. Asimismo, la cadena de grandes almacenes de los hermanos judíos Leonard y Hermann Tietz –que en 1930 poseía cincuenta y ocho grandes almacenes en toda Alemania, entre ellos los famosos KaDeWe de Berlín (Evans, 2005: 378)– “podía haber dejado sin trabajo a catorce mil empleados”, como señala Friedländer (1997: 45), si se veía obligada a cerrar, de ahí que el ministro de Economía, Kurt Schmitt, gestionara un crédito de catorce millones de marcos para la misma condicionado “a la «arianización» de la dirección, es decir, a la expulsión de los propietarios, miembros del consejo de administración y otros altos directivos judíos” (Evans, 2005: 379). Los hermanos Tietz fueron obligados a salir de la empresa en 1934 “después de una prolongada auditoría y con una compensación de 1,2 millones de marcos” (379).

En cualquier caso, más allá de las medidas tomadas por el nuevo gobierno contra los judíos que menciona aquí Chaves, la ola de medidas locales contra éstos más o menos espontáneas tomadas durante los primeros meses de 1933 en municipios y ciudades de toda Alemania fue abrumadora (ver Friedländer, 1997: 61-62 y Kellerhoff, 2006: 30). En este sentido, Chaves proseguía su crónica afirmando:

No; no es que a los judíos les corten las orejas ni les arranquen los pelos; es, sencillamente, que les van suprimiendo los medios de vida. Hasta que sucumban. Cito sólo los casos de persecución comprobables fácilmente, por haberse hecho públicos autorizadamente o porque dimanen de resoluciones de gobierno. Todas estas medidas –que en opinión de algún propagandista “nazi” son todavía suaves, muy suaves– no pueden causar impresión a los que conozcan el credo del nacionalsocialismo, uno de cuyos fundamentos es esta extirpación radical del judío. ¿Es que no iban a cumplir su programa? (Chaves Nogales, 1933j).

Lo primero que llama la atención en este párrafo es la imagen de los judíos a los que se les cortan las orejas y se les arrancan los pelos asociadas a los pogromos medievales que Chaves utiliza como contraste para remarcar el carácter no (fundamentalmente) violento que le atribuye a la represión nazi contra los judíos. El periodista, buen conocedor la historia de Sevilla, como vimos en el apartado 2.1, acaso tuviera presente la gran matanza en la judería de Sevilla del 6 de junio de 1391 (ver Valdeón, 2003: 181-182), en la que, según Pérez (1993: 57), murieron unos cuatrocientos judíos, “cifra tal vez exagerada, pero que da una idea del horror que causaron los acontecimientos; el saqueo y el pillaje acompañan las matanzas y los incendios”. Hechos similares se dieron en toda Europa durante la Edad Media. También en Alemania, como ilustra el grabado de la página siguiente:



Detalle de las *Crónicas de Frisia*: masacre de los judíos de Erfurt en 1349⁵⁷⁷.

Por lo demás, esa primera frase: “No; no es que a los judíos les corten las orejas ni les arranquen los pelos; es, sencillamente, que les van suprimiendo los medios de vida”, recuerda a lo que escribía en su crónica para *Ahora* del 1 de abril Eugenio Xammar (1933f), quien se refería al boicot en los mismos términos con que Chaves habla aquí de las medidas nazis contra los judíos: “Una tragedia sin sangre. En lugar del pogromo a la manera clásica, la asfixia económica, por métodos modernos e incruentos, de todos los judíos alemanes”. Si Xammar, efectivamente, acompañó a Chaves durante su visita a Alemania, no sería extraño que éste se hubiera visto influido por la percepción de la realidad alemana de su corresponsal en Berlín. Por otra parte, también se expresaba en términos parecidos el corresponsal de *El Sol* en Berlín, José García Díaz, quien, como vimos en el apartado 3.1.3, en su crónica del 2 de abril escribía lo siguiente sobre el boicot: “El «pogromo» [sic] no ha sido cruento, pero sí cruel”, pues, según Díaz, les arrebatava su medio de supervivencia a los judíos (García Díaz, 1933d).

⁵⁷⁷ Yeshiva University Museum. En <<https://cutt.ly/UfyJjOG>> [cons. 28/6/2020].

Por otra parte, Chaves no deja de recordar su intención de no dar pie a las rectificaciones de la *contrapropaganda* nazi y escribe: “Cito sólo los casos de persecución comprobables fácilmente, por haberse hecho públicos autorizadamente o porque dimanaran de resoluciones de gobierno”. Su objetivo era que la denuncia que estaba haciendo de la política nazi contra los judíos fuera lo más eficaz posible, que no quedara fleco que pudiera ser negado por el ubicuo ministerio de la Propaganda de Joseph Goebbels. También Xammar (1933i) utilizaba una estrategia semejante en su crónica del 14 de abril, aunque más indirecta, valiéndose de un juego de irónicos halagos con el que intentaba contar lo que pasaba en Alemania sin ser expulsado por el gobierno nazi, como vimos en el apartado 3.1.3:

Después de protestar con tan justificada vehemencia contra ciertas imputaciones imaginarias propaladas en el extranjero, el Gobierno alemán no puede tener inconveniente en que su política antisemita sea dada a conocer en detalle. Un Gobierno fuerte como el de Hitler acepta la responsabilidad de sus actos ante su propio pueblo y ante la opinión pública mundial.

Por último, Chaves argumentaba: “Todas estas medidas [...] no pueden causar impresión a los que conozcan el credo del nacionalsocialismo, uno de cuyos fundamentos es esta extirpación radical del judío”. En efecto, como señala Friedländer (1997: 47), de los veinticinco puntos del programa del NSDAP del 24 de febrero de 1920, los puntos 4, 5, 6 y 8 trataban específicamente de la “cuestión judía”. Así, el punto 4 rezaba así: “Staatsbürger kann nur sein, wer Volksgenosse ist. Volksgenosse kann nur sein, wer deutschen Blutes ist, ohne Rücksichtnahme auf Konfession. Kein Jude kann daher deutscher Volksgenosse sein” [“Sólo pueden ser ciudadanos quien sea camarada nacional. Sólo puede ser camarada nacional quien tenga sangre alemana, sin importar cuál sea su credo. Por lo tanto, ningún judío puede ser camarada nacional”] (Feder, 1927: 14). En el punto 5 consecuentemente se declaraba: “Wer nicht Staatsbürger ist, soll nur als Gast in Deutschland leben können und muß unter Fremdengesetzgebung stehen” [“Quien no sea ciudadano tan sólo puede vivir en Alemania en calidad de huésped y debe atenerse a la legislación de extranjería”] (15). Asimismo, el punto 6 rezaba:

Das Recht, über Führung und Gesetze des Staates zu bestimmen, darf nur dem Staatsbürger zustehen. Daher fordern wir, daß jedes öffentliche Amt, gleichgültig welcher Art, gleich ob im Reich, Land oder Gemeinde, nur durch Staatsbürger bekleidet werden darf⁵⁷⁸ (15).

Y, finalmente, el punto 8 decía: “Jede weitere Einwanderung Nicht-Deutscher ist zu verhindern. Wir fordern, daß alle Nicht-Deutschen, die seit 2. August 1914 in Deutschland eingewandert sind, sofort zum Verlassen des Reiches gezwungen werden” [Debe evitarse toda inmigración que no sea alemana. Exigimos que todo no-alemán que haya emigrado a Alemania a partir del 2 de agosto de 1914 sea inmediatamente obligado a abandonar el Imperio] (15). Por otra parte, las referencias de Hitler a los

⁵⁷⁸ “El derecho a votar el gobierno y las leyes del estado lo ostentan solamente los ciudadanos. Por lo tanto, exigimos que cualquier cargo público, independientemente de su tipo, ya sea nacional, regional o local, sólo pueda ser ocupado por ciudadanos”.

judíos en *Mein Kampf* son innumerables. De hecho, ya hemos visto algunas de las que ilustran mejor las intenciones nazis con respecto a los judíos de las que habla aquí Chaves. Así, por ejemplo, como vimos en el apartado 4.2.2, Hitler (1926: 365), hablando de la presencia de judíos en la Viena de su juventud, se refiere a éstos como “ewiger Spaltpilz der Menschheit”, una especie de “eterno hongo” que crece entre los resquicios que le deja la humanidad. Asimismo, como vimos en el apartado 4.5.5, los acusaba de haber contaminado a los hombres arios con la idea de justicia social, causando así grandes “daños sociales” (*sozialer Schäden*) (1926: 835), y de estar detrás del marxismo que, según él, minó la voluntad de los soldados alemanes durante la guerra. Y aseguraba que, si se hubiese gaseado a doce mil o quince mil judíos, se habrían salvado millones de vidas, en lo que supone una declaración tristemente premonitrice de sus postreras intenciones:

Hätte man zu Kriegsbeginn und während des Krieges einmal zwölf- oder fünfzehntausend dieser hebräischen Volksverderber so unter Giftgas gehalten, [...] dann wäre das Millionopfer der Front nicht vergeblich gewesen. Im Gegenteil: Zwölftausend Schurken zur rechten Zeit beseitigt, hätte vielleicht einer Million ordentlicher, für die Zukunft wertvoller Deutschen das Leben gerettet⁵⁷⁹ (Hitler, 1926: 1719).

En ese mismo sentido, ya hemos visto en este apartado una cita en la que el líder nazi defendía que el gobierno alemán habría debido “extirpar implacablemente” (*unbarmherzig auszurotten*) y “exterminar” (*vertilgen*) a las “alimañas” (*Ungeziefer*) judías para evitar que pusieran a los trabajadores alemanes en contra de su propia nación (Hitler, 1926: 473). Por otra parte, en una entrevista de Eugenio Xammar a Hitler publicada en *La Veu de Catalunya* en 1923 y realizada, según el periodista catalán, pocas horas antes del *Putsch* de la Cervecería, éste asegura: “Si volem que Alemanyia visqui hem d'eliminar els jueus...” (cit. en Xammar, 1923). Y más adelante, el ya líder del NSDAP espetaba: “En tot Alemanyia hi ha més d'un milió de jueus. Què hi vol fer? Els vol matar tots en una nit? Seria la gran solució, evidentment, i si això pogués passar la salvació d'Alemanyia estaria assegurada” (cit. en Xammar, 1923). Sin embargo, la veracidad de esta entrevista ha sido puesta en duda por Lluís Permanyer (2000), quien asegura que es sospechoso que Hitler le concediera una entrevista a Xammar (y también a Josep Pla) sólo unas horas antes del *Putsch*, en momentos de tanta tensión. Asimismo, Permanyer sospecha del hecho de que tanto Pla como Xammar esperaran varios días para publicar sus respectivas entrevistas y de que ninguno de los dos volviera a hablar de ellas a pesar de lo premonitrice que eran las palabras de Hitler que contenían. Sin embargo, Permanyer asegura no tener pruebas de su falsedad, sólo sospechas. Y, por otra parte, como señala Arcadi Espada (2005), incluso si Xammar hubiera inventado la noticia, tendría el mérito de haber sido profético. En cualquier

⁵⁷⁹ “Si al comienzo de la guerra y durante la misma se hubiera puesto de una vez a doce o quince mil de estos perversos hebreos bajo el gas venenoso, [...] entonces los millones de víctimas del frente no habrían sido en vano. Por el contrario, eliminar a doce mil villanos en el momento adecuado habría salvado la vida de quizás un millón de alemanes de provecho valiosos para el futuro”.

caso, de ser verdadera, seguramente le hubiese hablado a Chaves de esta temprana y premonitoria entrevista.

Por lo demás, Evans (2003: 211-212) ofrece un breve resumen de las intervenciones de Hitler durante los primeros años veinte en las que éste defendía la necesidad del exterminio físico de los judíos alemanes:

Los judíos, decía en un discurso pronunciado el 6 de abril de 1920, debían “ser exterminados”; el 7 de agosto de ese mismo año dijo a su público que no debían creer “que vais a poder combatir una enfermedad sin matar la causa, sin aniquilar el bacilo, y no creáis que podéis combatir la tuberculosis racial si no os esforzáis porque la gente deje de estar expuesta a la causa de la tuberculosis racial”. Aniquilación significaba la eliminación violenta de los judíos de Alemania por cualquier medio. La “solución de la cuestión judía”, dijo a sus oyentes en abril de 1921, sólo era posible por la “fuerza bruta”.

Por tanto, a la vista de todo esto, como escribía Chaves, las medidas que los nazis habían comenzado a tomar ya en la primavera de 1933 no deberían haber sorprendido a nadie, como recalca con la inserción de una pregunta retórica: “¿Es que no iban a cumplir su programa?”, un recurso que, como vimos en el apartado 4.1.3, el periodista utiliza a veces para reforzar sus argumentaciones: primero conduce al lector a una conclusión y luego plantea la pregunta de forma que el lector sólo pueda contestarla sin caer en contradicción en el sentido que le indica la argumentación del periodista. Asimismo éste demuestra de nuevo su buen criterio al tomar en serio las declaraciones de los nazis. De hecho, en la siguiente crónica, publicada el 27 de mayo, hablaría de las copiosas amenazas que los nazis habían venido lanzando durante años antes de llegar al poder: “Los «nazis» habían venido diciendo que el día que triunfasen iban a hacer y acontecer, que se iban a tragar el Mundo, que del régimen anterior no quedaría piedra sobre piedra, que harían una degollina general” (Chaves Nogales, 1933k). Y aseguraba con ironía: “No creo que haya habido nadie en el Mundo que haya amenazado tanto como estos hombres de la camisa parda” (1933k).

Por otra parte, el periodista señalaba que las medidas tomadas por los nazis contra los judíos “en opinión de algún propagandista «nazi» son todavía suaves, muy suaves”. Probablemente, se refiriera a Julius Streicher o, incluso, al propio Goebbels. Streicher, “un matón bajo, cuadrado y de cabeza afeitada”, como lo define Kershaw (1998: 191), estaba “absolutamente poseído por imágenes demoníacas de los judíos”. Era un “antisemita patológico” (465) que fundó en 1923 el periódico *Der Stürmer*, “famoso por sus obscenas caricaturas de judíos de malévolo aspecto que seducían a castas doncellas alemanas y sus denuncias de supuestos crímenes rituales” (191). En marzo de 1933 había sido uno de los que más había insistido en la necesidad del boicot a los comercios judíos (465). De hecho, se encargó de su coordinación (Haffner, 1939: 151). Por su parte, Friedländer (1997: 39) identifica a Streicher entre los miembros del partido que abogaban por la adopción de medidas más duras contra los judíos, junto a

Gerhard Wagner o Walter Groß (de los que ya hablamos en el apartado 4.7.3), entre otros.



Julius Streicher vestido con el uniforme de la SA⁵⁸⁰, y primera página de *Der Stürmer* de abril de 1932 en la que se ve la caricatura de un judío y se puede leer el lema acuñado por el historiador nacionalista Heinrich von Treitschke (Evans, 2003: 59) que figuraba al pie de la primera página de todas sus ediciones: “Die Juden sind unser Unglück!” [“¡Los judíos son nuestra desgracia!”]⁵⁸¹.

Finalmente, el periodista cierra este apartado señalando la paradójica actitud del gobierno alemán con respecto a los judíos y la desesperada situación a la que ésta los había conducido:

Lo que más sorprende es que a una masa humana de setecientos mil almas, a la que se somete a esta presión formidable, no se le da salida alguna. Porque el Gobierno alemán, temeroso de las consecuencias económicas que pudiera tener la huida general de los judíos al Extranjero llevándose sus bienes, ha echado la llave a la frontera. A los judíos que quieren marcharse se les exige un visado especial, que puede ser –y es–, con diversos pretextos, frecuentemente negado. No se deja sacar de Alemania más que doscientos marcos por persona, y sólo con esta medida la emigración es prácticamente imposible en una época de crisis y congestión como ésta que atraviesa Europa (Chaves Nogales, 1933j).

En contraste, y para subrayar que las medidas contra los nazis no podían sorprender a quien conociera su programa, el periodista comienza este párrafo con la fórmula: “Lo que realmente sorprende [...]”. Así resalta que lo anterior no era sorprendente en absoluto, pero lo siguiente, en contraposición, sí: es decir, que a los judíos alemanes –que, como ya hemos señalado, no eran 700.000, sino entre 525.000 y 500.000 en el momento en el que Chaves escribió esta crónica– no se les diera “salida alguna”. Y, efectivamente, las condiciones para la emigración impuestas por los nazis eran las que describe en este párrafo Chaves, tal y como explica Friedländer (1997: 95):

⁵⁸⁰ En lasegundaguerra.com, en <<https://cutt.ly/tfyJs1y>> [cons. 29/6/2020].

⁵⁸¹ Deutsches Historisches Museum, Berlín. Lebendiges Museum Online, en <<https://cutt.ly/9fyJpjB>> [cons. 29/6/2020].

[...] las dificultades materiales para la emigración eran considerables, especialmente en un periodo de incertidumbre económica, ya que constituían una inmediata y grave pérdida material: las propiedades de titularidad judía se vendían a precios muy bajos y el impuesto de emigración –la “tasa sobre la fuga de capitales” de 1931 del gobierno de Brüning, que gravaba los bienes valorados por encima de los doscientos mil Reichmark, fue ampliada por los nazis a los bienes que superaban los cincuenta mil– era prohibitivo. La tasa de cambio del Reichbank para la compra de visas, totalmente arbitraria para los emigrantes, acababa por agotar sus bienes, que disminuían con rapidez. [...] Aunque los nazis querían librarse de los judíos de Alemania, estaban decididos a desposeerles primero, mediante unos métodos cada vez más duros.

Por su parte, el comerciante judío de Hannover de origen polaco Zindel Grynszpan aseguró durante su testimonio en el juicio contra Adolf Eichmann en Jerusalén lo siguiente acerca de su deportación a Polonia en 1938:

Cuando llegamos a la frontera nos registraron para ver si llevábamos dinero, y a todos los que tenían más de diez marcos les quitaban todo lo que excediera de esa suma. La ley alemana decía que no se podía sacar de Alemania más de diez marcos. Los alemanes decían: “Cuando llegasteis no trajisteis más que eso, y ahora no os podéis llevar más” (cit. en Arendt, 1963: 333).

Asimismo, Poliakov (1979: 27) explica que la obtención de un visado para un país extranjero era para los judíos alemanes una “empresa bastante difícil”. Además, asegura que “el aciago judío alemán emigrado, deshonrado por su país, desprovisto de su fortuna [...], padecía además la hostilidad general que suscitaban en el extranjero los titulares de pasaportes alemanes ornados con una esvástica...” (27). Por ello, y por la confianza en que la situación sería pasajera, tan sólo emigraron 25.000 judíos de Alemania en la primera mitad de 1933 (27), como ya habíamos señalado con anterioridad. Por otro lado, habida cuenta de todo esto, no es extraño que, años más tarde, cuando estalló la Guerra Civil española, Chaves tardara pocos meses en huir de España, cuando ya, según confesaría él mismo en el prólogo de *A sangre y fuego*, el terror no lo dejaba vivir y la sangre lo ahogaba (Chaves Nogales, 1937: 6). Y luego, en 1940, cuando las tropas alemanas se acercaban a París, volvería a huir, esta vez de forma más precipitada a causa de un fundado temor a la Gestapo, con destino a Londres, donde fallecería, lejos de su familia, en 1944. El periodista seguramente tuvo presente en esas dos ocasiones las dificultades para huir y sacar dinero de un país en tales circunstancias, merced a su conocimiento de primera mano de la situación de los judíos alemanes en 1933, así como del buen conocimiento de las experiencias de otros, como la de los exiliados rusos que había relatado en “Lo que ha quedado del imperio de los zares” en 1930, o la del bailar Juan Martínez, cuyas homéricas dificultades para escapar de la Rusia soviética también narraría en 1934 en *El maestro Juan Martínez que estaba allí*.

Por otra parte, no parece gratuito el uso que hace el periodista aquí de la imagen metafórica del gobierno alemán echando “la llave a la frontera”, que, especialmente en este contexto, evoca la imagen de Alemania como una prisión para los judíos. Así, el periodista refuerza la idea, aunque sea subrepticamente, de que los judíos no eran sino presos del régimen nazi, encerrados en Alemania a merced de sus carceleros.

4.9.3. Reivindicación

Precisamente para resaltar esa paradójica actitud de los nazis respecto a los judíos de la que hablaba en el apartado anterior, Chaves plantea en éste, que consta de un solo párrafo, el contraste con una situación distinta, con el objeto de resaltar la fría crueldad de las medidas nazis. Para ello, escoge un caso de una época teóricamente más cruel que aquel aún incipiente –al menos en lo que a la proliferación de la crueldad se refiere– siglo XX. Y, una vez más, establece una comparación entre una realidad alemana y otra española, en este caso histórica, pero, de todas formas, más próxima y conocida para el lector de *Ahora* que la alemana: la expulsión de los judíos por parte de los Reyes Católicos. Además, el periodista no se limita a la comparación, sino que, con ironía, asegura que se propone reivindicar –como ya indicaba el ladillo del apartado (“Reivindicación”)– la política de los Reyes Católicos respecto a los judíos españoles del siglo XV frente a la de los nazis con sus correligionarios alemanes de 1933:

Vamos nada menos que a reivindicar a los Reyes Católicos. Cuando les molestaron los judíos, no se anduvieron en contemplaciones y los expulsaron. Con el decreto de expulsión de los judíos, España sufrió un grave quebranto; pero la catolicidad de sus reyes exigía esta amputación dolorosa. Ahora bien; si los Reyes Católicos, en vez de católicos hubiesen sido arios, y en vez de la cruz hubiesen llevado en su pendón la svástica, habrían encontrado un arbitrio menos heroico y más beneficioso que sólo su catolicidad les vedaba. No los habrían expulsado, no. La expulsión ocasionaba un daño demasiado grave a la economía general del país. Hubiesen hecho algo más sencillo; no los hubiesen dejado vivir y no los hubiesen dejado marcharse. La barbarie medieval no permitió entonces el alumbramiento de esta fórmula genial del racismo, que estaba reservada a la mayor gloria del siglo XX (Chaves Nogales, 1933j).

Además, el periodista resalta mediante el uso de la locución adverbial “nada menos” el carácter retrógrado de la política nazi contra los judíos: no sólo va a reivindicar un modelo que considera más humanitario que el del nacionalsocialismo, sino que, además, ese modelo, el de los Reyes Católicos, es “nada menos” que del siglo XV. Hasta ahí puede uno remontarse y seguir encontrando comportamientos más humanitarios que los de los nazis, parece querer decir el periodista. Por otra parte, éste utiliza un lenguaje vulgar para referir el episodio histórico de manera que el lector no sienta su relato como un alarde de erudición, sino como parte de una argumentación. Es decir, el periodista busca la eficacia en la transmisión de sus argumentos, como declaraba en el prospecto de *La vuelta a Europa en avión* acerca del propio libro:

[...] no hay en él ni una idea nueva, ni nada que no se haya dicho antes por gentes autorizadas que utilizan prudentes y copiosas palabras. Sólo contiene noticias que procura divulgar fácilmente por la virtud prodigiosa de unas palabras, eficaces más que sabias (Chaves Nogales, 1929: 17).

Asimismo había escrito que en España se pensaba que el periodismo era cosa solamente o bien de reporteros iletrados, o bien del literato o el científico “al que se respeta –se entiende por no respetar el no leer” (17). Y cita al filósofo Hermann Keyserling, quien, según Chaves, afirmaba que el talento periodístico “no significa sino capacidad de expresión breve, precisa, eficaz” (21). En coherencia con esto, aquí el

periodista utiliza expresiones vulgares, pero breves, precisas, y eficaces para el propósito que perseguía, tales como: “Cuando les molestaron los judíos, no se anduvieron en contemplaciones y los expulsaron”. Por lo demás, el breve relato histórico que hace aquí es de una gran exactitud, no sólo en el relato de los hechos, que es muy escueto, sino también en el sentido de los mismos. Así, las razones de los Reyes Católicos para la promulgación del decreto expulsión de los judíos de 1492 que exponía Chaves en 1933 son coherentes con lo que en la actualidad, por ejemplo, escribe el destacado especialista en Historia Moderna Joseph Pérez (1993: 6) al respecto:

No se trataba de fanatismo religioso. [...] Estamos frente a un típico problema de identidad nacional: para los Reyes Católicos, como para todos los soberanos de Europa, la cohesión del cuerpo social exige la asimilación de las comunidades minoritarias a la cultura dominante, considerada como consustancial al concepto de nación. Así se comprenden, primero la creación de la Inquisición para castigar a los judaizantes o falsos convertidos, luego el decreto de 1492: el que no quiera asimilarse –es decir, convertirse–, que salga del reino.

Cuando Chaves escribe que “la catolicidad de sus reyes exigía esta amputación dolorosa” no hace sino hacer mención del principio *cujus regio ejus religio*, es decir, la norma que, según Pérez (1993: 6), se iría asentando a lo largo del siglo XVI en todas las naciones europeas según la cual los súbditos debían tener la misma religión que su rey. La creación del estado moderno exigía, de acuerdo con Pérez, “una mayor cohesión social y para ello la unidad de fe parecía lo más apropiado” (130). Por otra parte, en cuanto al “grave quebranto” y la “amputación dolorosa” a las que se refiere Chaves, Pérez (1993: 10) afirma que “la comunidad judía de España era a finales del siglo XV la más numerosa y la más próspera de Europa, después de las expulsiones decretadas en Inglaterra y Francia a finales de los siglos XIII y XIV”. Y lo cierto es que los Reyes Católicos pensaban que la mayoría de judíos se convertirían. Imaginaron “que el hecho sería relativamente fácil”, asegura Pérez (1993: 136). Sin embargo, “de los doscientos cincuenta o trescientos mil judíos que vivían entonces en los reinos, sólo cincuenta mil recibieron el bautismo; los demás escogieron la vía del destierro” (Pérez, 2003: 232). Por lo tanto, el “grave quebranto” y la “amputación dolorosa” a los que se refiere el periodista no sólo supusieron una tragedia a nivel personal y social, sino también en el ámbito económico.

Asimismo, acierta Chaves en contraponer los motivos religioso-políticos de los Reyes Católicos a la motivación nazi, de tipo racista, como se deduce de la siguiente frase: “[...] si los Reyes Católicos, en vez de católicos hubiesen sido arios, y en vez de la cruz hubiesen llevado en su pendón la svástica, [...]”. Así lo corrobora también Pérez (1993: 6) en el caso de los Reyes Católicos: “No se trataba de racismo: lo que se pretendía desterrar no era una raza, sino un credo religioso”. De hecho, si la entrevista

que Josep Pla le hizo a Hitler en 1923 es real⁵⁸², éste ya habría hecho notar esa diferencia entre el caso de los Reyes Católicos y el suyo:

Tenim un precedent en el que féu Espanya davant dels jueus. Nosaltres, però, corregirem la solució espanyola. No deixarem als jueus l'opció entre la conversió o l'expulsió, com féu Espanya. No. Som per l'expulsió pura i simple. Per a Espanya, el problema jueu era un problema religiós; per a nosaltres és un problema de reça (Pla, 1923).

Por otra parte, el uso que hace Chaves de las imágenes contrapuestas de los pendones con cruces y esvásticas le otorga plasticidad a la comparación del periodista de la política antijudía de los Reyes Católicos con la de los nazis, así como cierto carácter satírico. Por lo demás, Chaves vuelve a desmitificar el nacionalsocialismo, retirando el velo de heroicidad que la propaganda nazi había extendido sobre sus intenciones, que el periodista entendía como totalmente prosaicas:

Ahora bien; si los Reyes Católicos, en vez de católicos hubiesen sido arios, y en vez de la cruz hubiesen llevado en su pendón la svástica, habrían encontrado un arbitrio menos heroico y más beneficioso que sólo su catolicidad les vedaba. No los habrían expulsado, no. La expulsión ocasionaba un daño demasiado grave a la economía general del país. Hubiesen hecho algo más sencillo; no los hubiesen dejado vivir y no los hubiesen dejado marcharse.

Al igual que hacía en la crónica del 14 de mayo, cuando le atribuía al boicot contra los comercios judíos motivos meramente económicos —el beneficio que generaría el mismo a los comerciantes *arios* (ver apdo. 4.1.4)—, aquí Chaves hace lo propio con la política antijudía de los nazis en general, motivada por “un arbitrio menos heroico y más beneficioso” que el que habría movido a los Reyes Católicos, el cual, por otra parte, como hemos visto, también era bastante prosaico. Además, la alusión a la “catolicidad” de los Reyes Católicos como obstáculo para aplicar las políticas nazis no es sino una crítica a la impiedad de éstos, que ni dejaban vivir a los judíos ni les permitían marcharse. Y añade como conclusión, con marcada ironía: “La barbarie medieval no permitió entonces el alumbramiento de esta fórmula genial del racismo, que estaba reservada a la mayor gloria del siglo XX”. Así, los elogiosos términos “fórmula genial [...] reservada a la mayor gloria del siglo XX” del complemento directo ven invertido su significado por la carga irónica del sujeto y el verbo de la frase: “La barbarie medieval no permitió [...]”⁵⁸³. En realidad, lo que se produce aquí es una antífrasis, que Llera (2004: 136) define como un “tipo de ironía explícita donde existe una inversión entre lo que se dice y lo que se da a entender”. Lo que dice Chaves sin decirlo es precisamente que ni siquiera la barbarie de la Edad Media, la falta de progreso humanístico, permitía la fría crueldad de las medidas nazis contra los judíos, o más bien, que el progreso técnico ajeno al humanismo había permitido la

⁵⁸² Ya hemos hablado unas páginas más atrás de las dudas planteadas por Lluís Permanyer (2000) acerca de la veracidad de la misma y de otra realizada el mismo día por Xammar.

⁵⁸³ Recordemos a Lausberg (1967: 85): “La ironía es la expresión de una cosa mediante una palabra que significa lo contrario de ésta. La ironía es un arma de la parcialidad; el orador está tan convencido de la fuerza de persuasión de su propia causa así como de la simpatía del público que (en una reducida *sermocinatio*) utiliza la escala léxica de valores de su adversario, haciendo ver su falsedad mediante el contexto (lingüístico o situacional)”.

deshumanización de los judíos a ojos de los nazis, “a la mayor gloria del siglo XX”. Ya denunciaba, de hecho, el periodista esa forma inhumana de progreso tanto en “El hombrecito de la limalla de oro” como en *La vuelta a Europa en avión*. Así, en el primero, había escrito: “[...] convencido de que el mundo ha sobrepasado ya la medida de lo humano. La civilización [...] no es ya humana. Es un mito moderno que exige, como las divinidades bárbaras, el sacrificio de lo mejor nuestro, lo más blando y cálido del ser” (Chaves Nogales, 1926); mientras que, en el reportaje de 1929, aseguraba con motivo de su anterior visita a Alemania que los berlineses estaban “muy orgullosos” de sus progresos en la “dominación mecánica”, que era, según el periodista, su “gran superstición”, representada en la película documental de Ruttmann *Berlin: Die Sinfonie der Grosstadt* (1929: 73). Asimismo, aseguraba el periodista: “Cualquiera que no sea alemán, ve enseguida la pobreza espiritual de este absoluto dominio de la mecánica” (74), con una excepción, la del fundador del futurismo: “Se necesita ser tan idiota como Marinetti para rendirse así a una cosa inferior” (75). Y concluía con una opinión explícita:

Creo que, por el contrario, el hombre de verdadero espíritu, el que tiene la plena conciencia de que, a pesar de todos los prodigios de la técnica, son las fuerzas puramente espirituales las que rigen el mundo, afirma su personalidad precisamente cuando se siente rodeado de este estrépito de la máquina (75).

Ya indicaba, por lo tanto, Chaves los peligros del progreso técnico sin progreso “espiritual”, especialmente en Alemania. Y, en 1933, esa particular “gloria” del siglo XX no había alcanzado todavía su cénit. Asimismo, Albert Camus (1979: 13) haría una reivindicación del “espíritu” análoga a la de Chaves en 1946, reivindicando la actualidad del mito de Prometeo: “Prometeo es ese héroe que amó bastante a los hombres para darles al mismo tiempo el fuego de la libertad, las técnicas y las artes. Pero la humanidad hoy ya no necesita ni se preocupa más [que] por la técnica”. Chaves moriría en mayo de 1944, como él mismo lamentaba en su lecho de muerte, antes de ver triunfar a los Aliados frente al “fascismo” (Suverbiola y Torrente, 2013: 37), pero también sin conocer los horrores de Auschwitz o de Hiroshima, entre otros de los hitos del progreso técnico deshumanizado en el siglo XX, que Camus sí conoció.

4.9.4. Quiénes son arios y quiénes son judíos

Entre el apartado anterior y éste que le sigue, la ironía de Chaves va *in crescendo*, a pesar de que el ladillo de este apartado parezca meramente informativo: “Quiénes son arios y quiénes son judíos”. Sin embargo, para ser informativo debería incluir un añadido final del tipo *según los nazis*. Al no incluirlo, y anunciar que se va a exponer quiénes son nazis y quiénes son judíos como si la categorización nazi fuese

universalmente válida, el periodista aprovecha una vez más la complicidad del lector para ironizar sobre las doctrinas nazis utilizando su propio lenguaje. Como señala Llera (2004: 136-137), “si el lector quiere captar la ironía en su justa medida es fundamental el conocimiento del contexto histórico, así como del código ideológico del autor”. Pero el periodista ya había ido proveyendo a lo largo de todo el reportaje al lector de esos instrumentos de interpretación, y podía permitirse el uso frecuente de la ironía, que como decíamos, va en aumento en el siguiente párrafo:

La raza de los arios aparece sobre el haz de la tierra hacia 1830; hace aproximadamente un siglo; antes de esa fecha, las razas no estaban diferenciadas, y la Humanidad vivía en el caos. Esto es lo que se deduce de las normas puestas en vigor por Hitler para saber cuáles son los alemanes puros y cuáles los judíos. Son arios puros aquéllos que puedan presentar las partidas de bautismo de sus cuatro abuelos; un solo abuelo no bautizado convierte a un alemán en semita, y en cambio, una pura ascendencia judía de veinte siglos, y la conversión final al cristianismo de los cuatro abuelos, sirven para trocar al más legítimo hijo de Israel en ario purísimo, dotado de todas las nobles virtudes de la raza nórdica (Chaves Nogales, 1933j).

En realidad, todo el párrafo no es más que una inapelable *reductio ad absurdum* con la que el periodista pretende satirizar la definición legal de *no ario* establecida por el decreto suplementario del 11 de abril de la Ley para la Restauración del Funcionariado, referente al párrafo 3 de la misma, el famoso *párrafo ario*. Dicho decreto definía como “no ario” a todo aquel que “desciende de padres o abuelos no arios, particularmente judíos. Basta con que uno de los padres o de los abuelos sea no ario” (cit. en Friedländer, 1997: 49). Llevando las implicaciones de esta definición hasta el absurdo, Chaves se burla de la cosmovisión nazi: “La raza de los arios aparece sobre el haz de la tierra hacia 1830; hace aproximadamente; un siglo; antes de esa fecha, las razas no estaban diferenciadas, y la Humanidad vivía en el caos”. Así, el periodista, mediante la ironía, no sólo se burla de la idea de que todo el que estuviera bautizado a partir de 1830 (aproximadamente dos generaciones atrás, es decir, cuando los abuelos de los alemanes de 1933 fueron bautizados) fuera necesariamente de origen ario, sino que al asegurar, con marcada ironía, que antes de esa fecha “las razas no estaban diferenciadas” y, en consecuencia, “la Humanidad vivía en el caos”, también se burla de la importancia que el concepto de *raza* tenía en la cosmovisión (*Weltanschauung*) nazi.

Y, acto seguido, explicita la *reductio ad absurdum*: “Esto es lo que se deduce de las normas puestas en vigor por Hitler para saber cuáles son los alemanes puros y cuáles los judíos”. Y la desarrolla tras explicar el contenido del decreto suplementario del 11 de abril: “Son arios puros aquéllos que puedan presentar las partidas de bautismo de sus cuatro abuelos; un solo abuelo no bautizado convierte a un alemán en semita”. Y, llevando hasta sus últimas implicaciones lógicas el caso contrario, pone de manifiesto lo arbitrario de esa definición, que sería legalmente válida durante todo el Tercer Reich: “[...] y en cambio, una pura ascendencia judía de veinte siglos, y la conversión final al cristianismo de los cuatro abuelos, sirven para trocar al más legítimo hijo de Israel en ario purísimo, dotado de todas las nobles virtudes de la raza nórdica”. De nuevo, Chaves

utiliza una ironía muy marcada, merced a su confianza en la complicidad del lector, y hace uso de la terminología nazi para satirizarla: según el periodista, no sólo era absurdo que un judío se convirtiese en ario mediante el bautismo, sino que lo era todavía más que el mero hecho del pasar por el bautismo transfiriera a quien era bautizado todas las “nobles virtudes” que los nazis atribuían a la “raza nórdica”, por no hablar de la burla implícita en tal atribución. En ese último giro es donde la ironía de Chaves se torna más abrasiva. No obstante, a continuación, lo sugerido se vuelve explícito:

¿Es un poco grotesco, verdad? Pues con este concepto de la raza aria, diferenciada de las demás hace cien años –cuando pudieron bautizarse o dejar de hacerlo los cuatro abuelos del ciudadano alemán–, está haciendo Hitler la división de sus súbditos en ciudadanos que tienen derecho a la vida y ciudadanos que deben morir; porque no tendrán más remedio que morir (Chaves Nogales, 1933j).

Por otra parte, Eugenio Xammar ya había hecho la misma apreciación, aunque en términos más contenidos y con una ironía más fina –que requería, por tanto, un mayor grado de complicidad e inteligencia por parte del lector–, obligado, como ya hemos explicado, por la amenaza de expulsión de Alemania como corresponsal extranjero por parte del gobierno nazi (ver apdo. 3.1.3). Así, en su crónica del 9 de abril, el periodista catalán sugería la incoherencia que suponía determinar la raza a partir de las partidas de bautismo: “Las partidas de bautismo, entiéndase bien; no los certificados de pureza de sangre” (Xammar, 1933h). Y añadía:

Es de suponer que todo se andará, pero, de momento, lo único de que disponen Hitler y sus amigos para dilucidar este problema, que ellos llaman de raza, son las partidas de bautismo, y podrá ocurrir lo siguiente: que un abuelo judío baste para incapacitar a un ciudadano alemán en el ejercicio de cargos públicos, pero, en cambio, un ciudadano alemán sería reconocido como de pura raza aria si tiene los cuatro abuelos bautizados, aunque los ocho bisabuelos fueran tan judíos como los profetas del Antiguo Testamento (1933g).

En cuanto a Chaves, por si el lector no captase la ironía de su anterior párrafo, explicita aquí el carácter ridículo y extravagante⁵⁸⁴ de la definición nazi de *no ario*: “¿Es un poco grotesco, verdad?”, pidiendo así además la aquiescencia del lector mediante una pregunta retórica que difícilmente puede tener una respuesta negativa. Y, una vez dado por válido su argumento, expone su consecuencia más terrible: que tal arbitrariedad repercutía sobre la vida o la muerte de miles de seres humanos. Así, el periodista asegura que “con este concepto [...] está haciendo Hitler la división de sus súbditos en ciudadanos que tienen derecho a la vida y ciudadanos que deben morir; porque no tendrán más remedio que morir”. En este mismo sentido se pronunciaría el diario *Luz* en un editorial del 12 de abril en el que se podía leer que la persecución a los judíos por parte de los nazis era “consecuencia de ese principio de la pureza de raza, que no es sólo cruel y medieval, sino, ante todo, ridículo, estúpido, pedantesco, extraído de los libros más absurdos y confusos que ha producido la mentalidad germánica” (cit. en Semolinos, 1985: 229), como vimos en el apartado 3.1.3. Por otra parte, cabe señalar el

⁵⁸⁴ Tal es la definición que la Real Academia Española (2006: 742) ofrece de *grotesco*.

uso que hace Chaves del término “súbditos” referido a los alemanes bajo el gobierno de Hitler, que es coherente con lo que escribiría el periodista en su última crónica desde Alemania, la publicada el 28 de mayo, en la que aseguraría: “Adolfo Hitler será rey o no lo será; pero emperador lo es ya por derecho propio” (Chaves Nogales, 1933). Y más adelante afirmaría, no sin ironía: “En un país que viva una auténtica vida contemporánea, sería grotesco intentar la elaboración de un rey; pero cuando se trata de un país que vive espiritualmente en la Edad Media, la cosa es mucho más hacedera” (1933).

Por lo demás, la afirmación según la cual los alemanes judíos “no tendrán más remedio que morir” porque así lo determina el nuevo régimen resulta de una gran lucidez y, de nuevo, de una asombrosa clarividencia por parte de Chaves, que, si bien no prevé el asesinato masivo y sistematizado de millones de judíos que los nazis habrían de llevar a cabo unos años después, sí anuncia el afán nacionalsocialista por conseguir la eliminación física de los judíos, así fuera por medios indirectos. Y, en su justa medida, esto resulta meritorio, pues como comenta Poliakov (1979: 15), “nadie, o casi nadie, presintió las consecuencias directas que podían derivarse de estas primeras medidas discriminatorias”. Ni siquiera la mayoría de los judíos, como señala Friedländer (1997: 57): “Muy pocos judíos alemanes percibieron las implicaciones de las leyes nazis en términos de puro y simple terror de largo alcance”. No era fácil, como comenta Hannah Arendt (1948: 65):

Resulta bastante comprensible el fallo de no haber considerado seriamente lo que los propios nazis decían. Apenas existe un aspecto en la historia contemporánea más irritante y equívoco que el hecho de que de todas las grandes cuestiones políticas no resueltas de nuestro siglo fuera este problema judío, aparentemente pequeño y carente de importancia, el que tuviera el dudoso honor de poner en marcha toda la maquinaria infernal. Tales discrepancias entre causa y efecto constituyen un insulto a nuestro sentido común, por no hablar del sentido de la armonía y equilibrio del historiador.

No obstante, Chaves no fue el único en señalar las consecuencias lógicas de la política antijudía del nuevo régimen alemán. Por ejemplo, Luis Araquistáin, a la sazón embajador de España en Berlín hasta ese mes de mayo⁵⁸⁵, había enviado ya el 3 de abril un despacho a la Ministerio de Estado de la República de una extraordinaria clarividencia en lo referente a la situación de los judíos alemanes: “El antisemitismo del partido nacionalsocialista es de tal naturaleza, que el exterminio de la población judía alemana, si se sigue en el rumbo de hoy, será inevitable en un plazo más o menos largo” (cit. en Bernecker, 2000: 123).

⁵⁸⁵ Araquistáin cesó en su cargo de embajador de España en Berlín ese mes de mayo de 1933 y, su sucesor, Luis de Zulueta, antiguo ministro de Estado, no tomaría posesión del cargo hasta junio de ese año (Millán Romeral, 1998: 325).

4.9.5. Los que querían venir a España

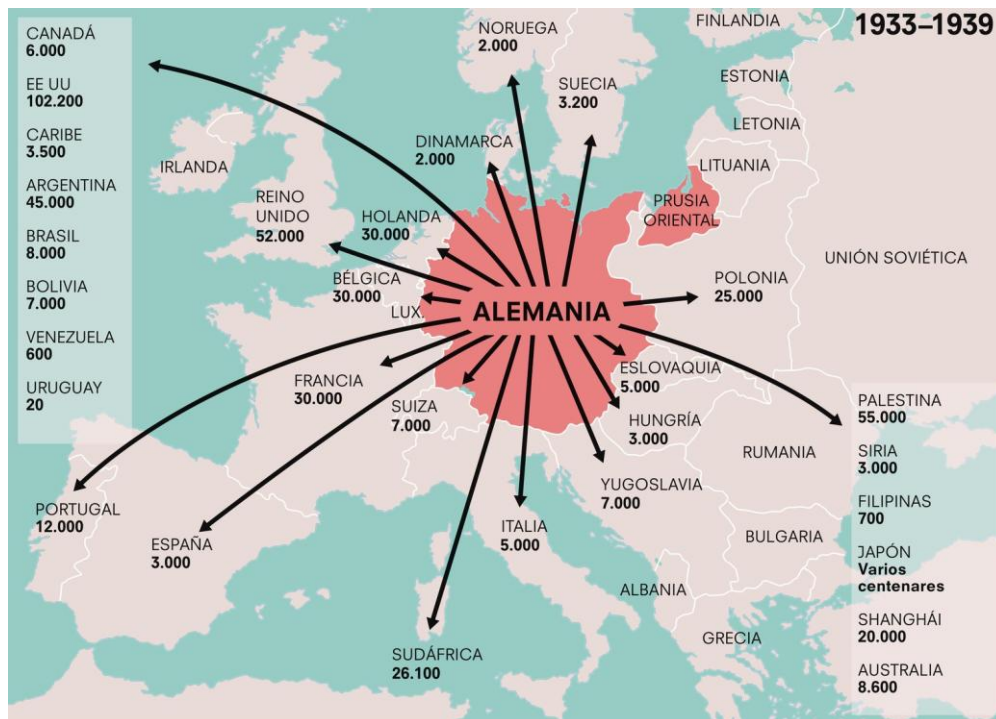
En el siguiente apartado el periodista habla de la ola de solicitudes de visado de judíos alemanes para entrar en España que había recibido en los últimos meses el consulado de España en Berlín. En él Chaves muestra cierto desdén por algunos de estos judíos, desdén que quizá esté presente, así sea de forma mínima –acaso en la sustitución del sustantivo por la subordinada sustantiva con el verbo *querer* en pretérito imperfecto–, en el ladillo que encabeza el apartado: “Los que querían venir a España”. En cualquier caso, el periodista comienza el apartado ofreciendo una visión general de la emigración judía alemana hacia el resto de Europa durante los meses previos:

De los diez millones de judíos que, según los cálculos, hay en Europa, la undécima parte eran alemanes. Ahora tendrán que repartirse por las demás naciones, agravando el problema particular de paro que tiene cada una. Claro es que no todos los judíos alemanes podrán emigrar; a los que tienen dinero, Hitler no los deja salir tan fácilmente; la inmensa mayoría de los otros tendrá que quedarse, como sea, porque Europa no está hoy para permitir que vayan de un lado para otro hombres que sólo sirven para agravar el problema de los “sin trabajo”. Así y todo, en las primeras semanas del régimen nacionalsocialista salieron para Polonia unos diez mil judíos alemanes; en un solo día se fueron a Checoslovaquia tres mil; por el consulado de Francia en Berlín pasan diariamente doscientos o trescientos judíos; Inglaterra no admite ya más que a los que lleven dinero; España... (Chaves Nogales, 1933j).

La cifra de diez millones de judíos que menciona aquí el periodista se ajustaba bastante a la realidad, de acuerdo con los datos del United States Holocaust Memorial Museum, que ofrece una cifra aproximada de nueve millones y medio de judíos en toda Europa (incluyendo la zona europea de la Unión Soviética) en 1933⁵⁸⁶, de los que 525.000 vivían en Alemania (el país con la mayor población judía de Europa Occidental), los cuales, en realidad, suponían una decimoctava parte (el 5,5%) de la población judía total de Europa en 1933, no la undécima parte, como apuntaba Chaves. Por lo demás, es difícil determinar si lo que escribe el periodista a continuación se corresponde con su visión acerca de la inmigración de los judíos alemanes a otros países europeos o si, por el contrario, reproduce con ironía un arquetípico discurso de los poderes nacionales europeos acerca de ese tema. La afirmación: “Europa no está hoy para permitir que vayan de un lado para otro hombres que sólo sirven para agravar el problema de los «sin trabajo»”, que denota una concepción meramente utilitaria de los emigrantes judíos, si no pretende exponer la postura arquetípica de “Europa”, sería de un desprecio y una insensibilidad hacia el sufrimiento de otros seres humanos poco habituales dentro de la obra de Chaves. Por otra parte, puede que ocurran ambas cosas. En cualquier caso, está claro que la mayor parte de los gobiernos europeos no veían a los judíos alemanes de otra forma que como un potencial problema, en particular a los más pobres (generalmente emigrados previamente a Alemania desde el este de Europa). Como señala Poliakov (1979: 27), sólo Palestina recibía a los emigrantes con los brazos abiertos.

⁵⁸⁶ United States Holocaust Memorial Museum (sin fecha): “La población judía en Europa en 1933”. *Enciclopedia del Holocausto*. En <<https://cutt.ly/efyJy5h>> [cons. 2/7/2020].

En cuanto a la cantidad de judíos que abandonaron Alemania durante los primeros meses del nuevo régimen, ya vimos que hasta julio habían sido 25.000, de acuerdo con Poliakov (1979: 27). Y, según Friedländer (1997: 95), a finales de año la cifra alcanzaría los 37.000, de los cuales el 73% se dirigió a otros países de Europa Occidental, un 19% a Palestina y un 8% a ultramar. Una idea del reparto proporcional de los emigrantes judíos de Alemania en el resto de Europa lo da el siguiente gráfico de la Fundación Anne Frank, que muestra el número total de los mismos que huyeron a cada país europeo entre 1933 y 1939:



Migración de los judíos residentes en Alemania entre 1933 y 1939⁵⁸⁷.

Vemos que, efectivamente, Polonia y Francia están entre los países que más judíos recibieron en Europa, junto a Reino Unido, Holanda y Bélgica. Valentín (2014: 8), por su parte, asegura que “cerca de 50.000 judíos abandonan Alemania entre principios de 1933 y la primavera de 1934”, y que Francia fue “el principal destino de los refugiados, seguida muy de cerca por Holanda y Checoslovaquia”. Asimismo, una noticia de la agencia Febus (1933), de la que ya hemos hablado en el apartado 4.9.2, publicada por *La Voz* el 23 de marzo, aseguraba que, según una fuente anónima, el consulado polaco en Berlín había tenido que aumentar su personal para atender las demandas de pasaportes que presentaban los judíos de esa nacionalidad, “temerosos de las persecuciones, y según parece, permanecen horas y horas formando cola ante el Consulado, donde frecuentemente son molestados por grupos de nacionalsocialistas”. Por otra parte, España, con 3.000 en total, fue una de las que menos recibió, lo que se

⁵⁸⁷ Broek, Gertjan: “La (im)posibilidad de huir. Inmigración judía 1933-1942”. Anne Frank Stichting, Ámsterdam. En <<https://cutt.ly/qfyH3g6>> [cons. 2/7/2020].

puede explicar en buena medida porque desde 1936 estaba inmersa en la Guerra Civil. No obstante, en la primavera de 1933 se dio una situación complicada en el consulado español de Berlín, como explicaba Chaves a continuación, tras dejar al lector en suspenso –“España...”–, sugiriendo así que se trataba de un caso singular⁵⁸⁸:

Durante todo el mes de abril, nuestro Consulado en Berlín estuvo sitiado por los millares de judíos que querían venir a vivir a España. Se había difundido el rumor de que necesitábamos judíos. Un periódico alemán publicó incluso la noticia de que el Gobierno español necesitaba trescientos mil judíos, a los que pagaría el viaje –en segunda clase– y los gastos de hospedaje durante dos meses, a más que facilitarles los medios para que montasen fábricas e industrias en nuestro territorio (Chaves Nogales, 1933j).

Es difícil determinar a qué periódico alemán se refiere aquí Chaves y en qué fecha fue publicada la noticia que menciona. No obstante, Marquina Barrio (2000: 198) hace mención a la existencia de “propuestas alemanas de poner trenes especiales” para transportar judíos a España en 1933. En cualquier caso, varios periódicos españoles se hicieron eco de la noticia, la mayoría, con alarma. Así, por ejemplo, el 16 de abril César González-Ruano (1933d) escribía en *ABC*: “[...] pasan de mil los judíos que han acudido al consulado español –y también a la embajada– manifestando su deseo de trasladarse con toda urgencia a España”. Asimismo, Eugenio Xammar (1933i) escribía en *Ahora* el 14 de abril que “España –la España republicana– es hoy la tierra donde tienen puesta su ilusión y su esperanza muchos millares de ciudadanos alemanes. Son, naturalmente, hombres de raza, de religión o de ascendencia judía [...]”. Por su parte, Pérez (2005) asegura que en esos primeros meses de 1933 “varios centenares de judíos alemanes solicitaron [...] autorización para trasladarse a España”.

Por lo demás, Chaves sigue relatando los detalles de este episodio utilizando términos bastante despectivos para referirse a los judíos –probablemente, incluso de forma inconsciente, imbuido del antisemitismo en auge en toda Europa tras la crisis de los estados-nación que siguió a la Primera Guerra Mundial⁵⁸⁹–, como a continuación:

Acudieron como moscas. Nuestro cónsul, asediado por aquella muchedumbre de desesperados, que veían el cielo abierto, no sabía cómo quitárselos de encima. A la puerta del Consulado tuvo que fijar un aviso que decía: “Emigrantes, leed. Todos los rumores que han circulado sobre supuestas facilidades o preferencias del Gobierno español para establecerse en España y sobre concesiones de terrenos para su colonización, así como sobre viajes gratuitos y demás ventajas, son completamente fantásticos. En España hay también falta de trabajo, y se dejan sentir, como en todo el Mundo, los efectos de la crisis” (Chaves Nogales, 1933j).

⁵⁸⁸ Esa sugerencia está en la línea de la visión de España como singularidad negativa dentro de una Europa más avanzada característica de la Generación del 98, algunos de cuyos miembros reconocía Chaves como mentores (ver apdo. 2.3).

⁵⁸⁹ Ver Arendt (1948: 66-67). Por otra parte, Pérez (2005) afirma que “España ocupa un lugar aparte en la Europa moderna: el de una nación en la que ya no existen oficialmente judíos, pero en la que en teoría se sigue manteniendo la desconfianza hacia el judaísmo”. Ya vimos, en cualquier caso, rasgos de ese antisemitismo en la crónica que Chaves publicaba el 24 de mayo, cuando hablaba de la preferencia de las mujeres alemanas por los *arios* (ver apdo. 4.7.3). Para una visión más detallada del antisemitismo en la España de la época, ver Álvarez Chillida (2002) y Sawicka (2003)

Aparte del peyorativo “Acudieron como moscas”, Chaves utiliza aquí otras expresiones vulgares, como “veían el cielo abierto”⁵⁹⁰ y “quitárselos de encima”, quizá por el carácter anecdótico del relato, al que parece quitarle importancia –en un intento de disimular las responsabilidades del consulado español en ese ámbito–, mostrando así de nuevo cierta falta de sensibilidad hacia el sufrimiento de esos hombres “desesperados”. Una falta de sensibilidad que en los siguientes apartados se torna prácticamente en antipatía, como veremos más adelante. Por otro lado, en cuanto a la traducción (seguramente aproximada) del “aviso” fijado en la puerta del consulado español, ya vimos en el apartado 4.4.1 lo que explicaba Carr (1983: 165) acerca de la situación económica española tras la crisis del 29 y, en particular, del problema del paro:

Aunque es cierto que la economía española relativamente aislada sufrió en menor medida que otras economías europeas los efectos de la Gran Depresión de la década de 1930, la República tuvo la mala suerte de que su llegada coincidió con la era de las rebajas en los presupuestos y con la deflación. En 1934 las exportaciones habían descendido hasta el 75 por ciento, la producción industrial estaba estancada y se alcanzaba casi el millón de desempleados, un 70 por ciento de ellos en el campo.

En cualquier caso, y a pesar de ese “aviso”, Fuentes (1995: 27) asegura que Luis Araquistáin, embajador español en Berlín todavía en abril de 1933, desempeñó “una modesta labor humanitaria al prestar ayuda –según él, sin apenas esfuerzo ni riesgo por su parte– a muchos judíos que deseaban abandonar el país”. No obstante, debió ser una ayuda limitada, a tenor de lo que Chaves continúa relatando:

Llegaban leían aquello y no se convencían. Subían todavía a plantear su caso al cónsul, plenamente convencidos de que en España eran necesarios. Muchos preguntaban cuál era la consideración de que disfrutarían en España, y al decirseles que sencillamente la de extranjeros, se maravillaban. Entonces, algunos exhibían su castellano del siglo XV y sus apellidos de indudable origen español; he visto allí un David Marco, un Alcalai, un Alfandari y un Ben Usiglio incuestionablemente españoles.

Ha habido algunos tan pintorescos que se presentaban pidiendo poco menos que las llaves de su casa de Toledo o Granada. Estos sefarditas eran los menos; muchos eran alemanes, y en su inmensa mayoría, del Este, polacos. Mezclados con los judíos, iban también nutridos grupos de comunistas típicamente alemanes, ucranianos y rusos con pasaporte Nansen que desde hace muchos años residían en Alemania. El Gobierno español restableció inmediatamente el visado y ha podido hacer así una razonable selección. Prudente e inevitable medida (Chaves Nogales, 1933j).

Una vez más, y a pesar de no demostrar especial simpatía por estos judíos, el periodista no pierde su vocación de ecuanimidad y transmite la desesperación de esos hombres en unas cuantas líneas, con esa capacidad de síntesis y de agudeza psicológica de las que hablábamos en el apartado 4.8.3. Esa simple escena condensa la tragedia de

⁵⁹⁰ Con el uso de esta expresión Chaves vuelve a recordar, así sea de forma implícita, la desesperada situación a la que los nazis habían empujado a los alemanes judíos, que veían la salida española como un gran desahogo a su situación. Además la expresión cobra más sentido aún si tenemos en cuenta aquella vergüenza que el periodista decía sentir en su crónica del 18 de marzo cuando afirmaba que, al contrario de lo que le ocurría a los alemanes, él pertenecía “a un país privilegiado en el que la vida se gana todavía con mucho menos esfuerzo [que en Alemania]” (Chaves Nogales, 1933d). Por tanto, debía pensar que para los judíos alemanes se trataba de una salida bastante buena.

unos seres humanos en una situación desesperada en un entorno que no conocen bien, que explotan hasta el último momento cualquier esperanza que se pone a su alcance, con obstinación, utilizando todos los recursos que tienen a su disposición por improbable que sea su eficacia. Por otra parte, se trata de escenas que el propio periodista ha presenciado, según él mismo declara: “[...] he visto allí [...]”. Por tanto, conocía la situación de primera mano. No es de extrañar, en consecuencia, que su información sea acertada. Según Valentín (2014: 8) la ola de migrantes judíos que llegaron a España esos meses era “estrictamente asquenazí”, es decir, de judíos procedentes, en último término, de Europa del Este. No obstante, también según Valentín, esa ola migratoria “se había iniciado años antes” y su destino principal fue la ciudad de Barcelona. De acuerdo con una noticia de la *Jewish Telegraphic Agency* del 19 de diciembre de 1932, en la ciudad condal residían ya en esa fecha tres mil judíos, y de acuerdo con un reportaje de *Estampa* del 16 de febrero de 1935, esa cifra ascendía ya a seis mil (Valentín, 2014: 8-9), es decir, unos tres mil más desde la llegada de Hitler al poder en Alemania, en su mayoría asquenazíes, siempre según la información de estas publicaciones, en cuya exactitud conviene no confiar demasiado: por ejemplo, la Sociedad de Naciones calculaba que el número de refugiados alemanes (incluyendo los no judíos) en España en 1934 era tan sólo de mil (Rother, 2000: 169).

Por otra parte, al hacer mención a los casos de judíos sefarditas que solicitaban el visado para huir a España, Chaves añade al relato un toque pintoresco, como él mismo reconoce, que no hace sino reforzar la imagen caricaturesca que transmite de los judíos que se habían presentado en el consulado español en busca de ayuda. Aparte de por prejuicios antisemitas, por lo demás bastante comunes en su época, el periodista utiliza probablemente este recurso de la caricatura para reforzar su argumentación a favor de la política del gobierno de la República española respecto a los migrantes judíos de Alemania, que Chaves apoya y justifica aquí explícitamente: “El Gobierno español restableció inmediatamente el visado y ha podido hacer así una razonable selección. Prudente e inevitable medida”. En cuanto a la imagen caricaturesca de los sefardíes, más allá de la mención de los nombres pintorescos con resonancias hispánicas y “su castellano del siglo XV”, cabe destacar el uso del lugar común de las llaves de las casas de Toledo y Granada que, en este caso, los judíos “poco menos” que habían reclamado, según el periodista⁵⁹¹. Este tópico, era común en la época, como explica Pérez (2005), quien hace referencia a un artículo publicado en el semanario femenino *Aspiraciones*, que se hacía eco de esta “leyenda muy divulgada: al salir de la Península, en 1492, los hebreos se llevaron las llaves de sus casas; desde entonces, estas llaves se transmiten de unos a otros en las mismas familias”. Sin embargo, como también señala Pérez (2005, n. 113), la recurrente historia “de las llaves de casa que se habrían llevado

⁵⁹¹ Aquí ahonda Chaves en el prejuicio antisemita al que hacía referencia Pío Baroja (1933b) en su artículo “Los judíos”, publicado en *Ahora* el 9 de abril de 1933, en el que aseguraba que “el judío es gesticulante, histriónico y reclamista”.

los judíos al salir desterrados de España es un tópico que se encuentra a cada paso, pero que no parece tener ningún fundamento serio”. En cualquier caso, aquí Chaves lo utiliza para satirizar las reclamaciones de los sefardíes ante el cónsul de España en Berlín, seguramente con la intención de restarles legitimidad, favoreciendo así los intereses del gobierno español y defendiendo con ello la imagen de la recién creada República española, cuyo prestigio estaba estrechamente ligado a ese primer gobierno electo, a cuyo apoyo no se le encuentran resquicios en la obra del periodista publicada no sólo durante el tiempo que duró el gobierno de Manuel Azaña, sino durante toda la República, contra cuyos gobiernos el periodista no sólo omite prácticamente cualquier crítica importante sino que, especialmente en el caso del gobierno Azaña, le muestra en repetidas ocasiones su apoyo (ver apdos. 2.4 y 3.1.1). En este caso, Chaves no mantuvo la distancia crítica de la que hablábamos en el apartado 4.9.2. El mismo afán de defensa de la República que lo llevó a Alemania, para desmitificar el nacionalsocialismo, es el que lo hizo justificar desafortunadamente la posición del régimen español frente al empuje migratorio de los judíos alemanes, llegando incluso a caricaturizarlos para añadir legitimidad a dicha posición, olvidando no sólo la ecuanimidad, sino también la compasión.

En cuanto a las medidas del Gobierno de la República con respecto a los judíos alemanes –más allá de la disposición de ayudar a éstos del embajador en Berlín, el socialista Luis Araquistáin, que mencionaba Fuentes (1995: 27)–, Pérez (2005) explica:

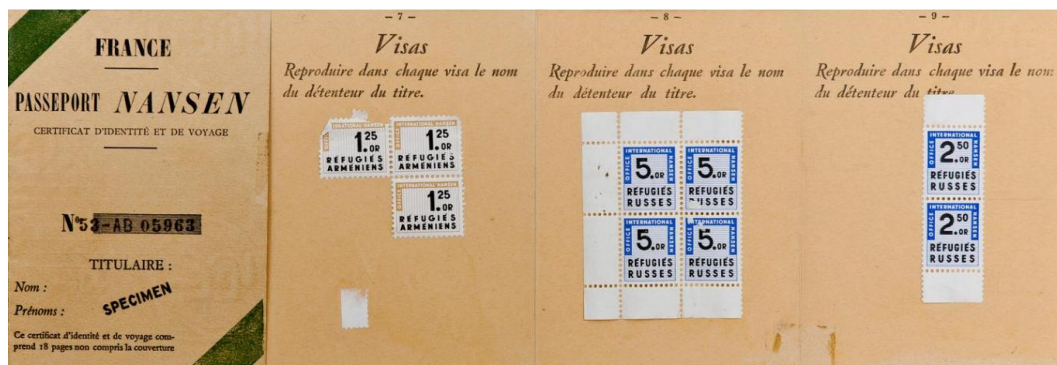
El gobierno se resistía a satisfacer aquellas demandas, no por hostilidad hacia los judíos –se sabe que, por las mismas fechas, los representantes de España en la Sociedad de Naciones, Luis de Zulueta y Salvador de Madariaga, denunciaron severamente los malos tratos que recibían los judíos de la Alta Silesia–, sino sencillamente porque la situación económica de España no le permitía acoger a refugiados.

Como expone Rother (2000: 168), el gobierno español, teniendo en cuenta el interés de muchos judíos alemanes en emigrar a España, introdujo en abril de 1933 “otra vez el visado obligatorio para alemanes”. Al parecer, un informe confidencial del Ministerio de Estado decía que esa medida “era necesaria para impedir problemas en el mercado español de trabajo” (168). De hecho, en octubre de ese mismo año España se negó a participar en el sistema de cuotas para refugiados judíos propuesto por la Sociedad de Naciones, según Rother (2000: 168-169). Asimismo, con respecto a los sefardíes, el Ministerio de Estado redactó en agosto de 1933 un proyecto de ley que endurecía los requisitos del decreto-ley de 1924 que regulaba la nacionalización de aquéllos (167). Asimismo, Valentín (2014: 9) cita un informe de abril de 1933 del cónsul general español de Copenhague, Ginés Vidal, en el que informaba sobre “el interés creciente de los judíos alemanes por emigrar hacia territorio español”, y advertía de la laxitud de las leyes españolas con respecto a una “cada vez más factible ola migratoria” y de los “efectos devastadores que eso podría causar en el depauperado mercado laboral español”. Además, Vidal escribía literalmente: “No sé hasta qué punto

vale la pena perder el tiempo dedicándolo a la inmigración de estos elementos, por otra parte, tan difíciles de integrar” (cit. en Valentín, 2014: 9). Asimismo, Valentín recoge la respuesta a Vidal de Justo Gómez Ocerín, ministro plenipotenciario en La Haya y subsecretario del Ministerio de Estado, en la que le anunciaba “el decreto de nuevas leyes que exigían visados y obligaban a demostrar medios económicos a los refugiados, a fin de detener «oleadas de judíos y otros indeseables»”. Por último, Gómez Ocerín concluía: “Bastaría con limitar el posible flujo de extranjeros indeseables, en particular, aquellos que puedan engrosar las cifras de desempleo” (cit. en Valentín, 2014: 9).

En cuanto a la mención de Chaves a los “nutridos grupos de comunistas típicamente alemanes”, hay que tener en consideración que, como comenta Valentín (2014: 9), muchos de los refugiados judíos que vinieron a España durante esos años “no se reconocían como tales, anarquistas y comunistas en su mayoría”. Y, en lo referente a los “ucranianos y rusos con el pasaporte Nansen”, Hobsbawm (1995: 58-59) explica:

La primera guerra mundial y la revolución rusa supusieron el desplazamiento forzoso de millones de personas como refugiados o mediante “intercambio de poblaciones” forzosos entre estados. [...] 1,5 o 2 millones de rusos, que escapaban de la revolución o que habían luchado en el bando perdedor durante la guerra civil, quedaron sin hogar. Fue principalmente para ellos, [...] para quienes se inventó un nuevo documento destinado, en un mundo cada vez más burocratizado, a quienes no tenían existencia burocrática en ningún estado: el llamado pasaporte Nansen de la Sociedad de Naciones, al que dio nombre el gran explorador noruego del Ártico que hizo de la asistencia de los desamparados su segunda profesión.



Pasaporte Nansen⁵⁹².

No obstante, y a pesar de que las “oleadas de judíos y otros indeseables” a las que se refería el subsecretario Vidal –es decir, los comunistas alemanes y los apátridas de origen ruso a los que hacía referencia Chaves– fueron muy limitadas, como ya hemos visto, éstas, según señala Pérez (2005), sirvieron “de pretexto a algunos órganos de prensa para pronosticar el retorno de los judíos a España, con todas las consecuencias nefastas que había que esperar de aquel acontecimiento”. Así, el ejemplo más significativo es el de César González-Ruano, corresponsal en Berlín de *ABC*, quien en su crónica del 16 de abril de 1933 acerca de los judíos que solicitaban refugio en España

⁵⁹² Biblioteca Digital Mundial. “Pasaporte Nansen, con sellos”. En <<https://cutt.ly/NfyH1XD>> [cons. 4/7/2020].

escribiría lo siguiente, con algunas similitudes con lo que escribiría luego Chaves en este apartado, aunque con un vocabulario mucho más ofensivo:

Esta gente, volcada en su mayoría del Este y de Polonia, tipos de aire maleante, que no pasan casi nunca de la Alexander Platz, no permitiéndose entrar en las grandes arterias céntricas de Berlín, hablan estos días con exceso de la Constitución española, que les otorga ciertos derechos. Unos son –o dicen ser– de origen español. En su mayoría ni siquiera saben dónde diablos anda su origen. Algunos, echando a volar la fantasía, han mencionado la devolución de “sus casas de Toledo”, y yo mismo he oído a dos de estos *mangantes* de Israel hablar de la protección que el Estado español “está obligado” a dispensarles (González-Ruano, 1933d).

Asimismo, el periodista hablaba de “trotamundos cuyos perfiles se han afilado aún más en las esquinas de la noche inconfesable, aventureros del «pasaporte de Nansen», desocupados y huidizos judíos errantes de todos los Códigos”, y se preguntaba: “[...] ¿qué buscan en España?”, para acabar concluyendo: “Sólo le faltaba esa competencia a la esquilhada burguesía y al defraudado y auténtico proletariado español...” (1933d). Lo cierto es que ni la postura ni el tono de González-Ruano causan sorpresa, habida cuenta de que, tal y como ya explicamos en el apartado 3.1.3, el Ministerio de la Propaganda nazi le pasaba algún “alivio ocasional”, en palabras del embajador alemán en Madrid, el conde Johannes Bernhard von Welczeck⁵⁹³, que el periodista aceptaba con buena disposición, como explican Sala Rose y García-Planas (2014: 96): “Vendió su alma y la vendió con mucha vaselina, con tal facilidad que los propios nazis acabarían mosqueados”⁵⁹⁴. Pero González-Ruano no fue el único en mostrar su preocupación por la posible acogida por parte de España de alemanes judíos. Por ejemplo, el diario ultraderechista –y aun así, en lo tocante a este asunto, más moderado que González-Ruano en su tono– *La Nación* publicaba un artículo el 17 de abril de 1933 en el que expresaba “sin reservas” su “temor a la posible importación de israelitas” (sin firma, 1933k), y en el que pedía que el Gobierno aclarara sus intenciones respecto a ese asunto:

Si nos amenaza un ciclón de pedigüños, de tribus que vengan a España a hacer una “política” como la que ha sido indispensable cortar en Alemania y en otros países, dígame pronto, para que se puedan tomar aquellas medidas que demanda el interés común (1933f).

Una excepción a esta tendencia, sin embargo, es la crónica del 14 de abril de Eugenio Xammar (1933i), quien sugería:

Cada país hace lo que quiere, pero la República española y los republicanos españoles sabrán hacer suyas, por natural inclinación de espíritu, las recientes palabras del diputado Wegdwood en la Cámara de los Comunes, y adoptarán siempre, frente a los judíos, la “actitud decente de un gentilhomme”.

Por lo demás, Chaves ponía fin a su relato sobre lo que había ocurrido esas semanas en el consulado de España en Berlín de este modo:

⁵⁹³ Cit. en Sala y García-Planas (2014: 98).

⁵⁹⁴ Además, como ya apuntábamos en el apartado 2.3, posteriormente González-Ruano se dedicó en París a estafar a los judíos que huían de la persecución del régimen nazi (ver Sala y García-Planas, 2014).

Se presentaron muchos casos curiosos. Hombres de negocios que proyectaban instalar formidables hoteles en Palma de Mallorca; dueños de establecimientos de modas que querían trasladar sus negocios a Barcelona; una gran empresa dedicada a la fabricación de óptica de precisión que quería montar su industria en Madrid, y así varias docenas. Hubo también algunos que, con esa suavidad de modales del judío, planteaban en seguida el problema de la exportación clandestina de capitales; como cosa hacedera y dentro perfectamente de la moral al uso, pretendían que los representantes oficiales de España les ayudasen a sacar el dinero de Alemania burlando las restricciones de Hitler.

—Yo tengo un millón de marcos —decía uno acariciando su barbita— y lo depositaría aquí, en el Consulado, para que me lo entregasen ustedes en Madrid si la comisión que me cobrasen no fuese muy crecida... (Chaves Nogales, 1933j).

No hace referencia aquí el periodista a sus fuentes. Cabe suponer que en su visita al consulado no habría tenido ocasión de presenciar todos esos casos y que, por tanto, le fueron referidos por una tercera persona, ya fuera un funcionario del consulado, el propio cónsul, Eugenio Xammar, o quizá (quién sabe) el propio embajador saliente, Luis Araquistáin, por cuyo periodismo Chaves (1929: 19) había mostrado en alguna ocasión su admiración, como vimos en el apartado 2.3. En cualquier caso, los ejemplos de empresarios que deseaban trasladar sus negocios a España a los que hace mención aquí el periodista contradicen su argumento previo según el cual los judíos alemanes eran “hombres que sólo sirven para agravar el problema de los «sin trabajo»”.



Caricatura de 1936 en la que se ve a un grupo de emigrantes judíos de aspecto hostil bajo un letrero en el que se lee: “Die Juden sind unser Unglück!”, y a unos niños rubios celebrando su partida⁵⁹⁵.

Por otra parte, vemos que el periodista vuelve a mostrar aquí sus prejuicios sobre los judíos: en esta ocasión, además de mencionar “esa suavidad de modales del judío” y de describir la imagen del judío que se acaricia su “barbita”, sugiere la falta de escrúpulos morales de los que les plateaban “como cosa hacedera y dentro perfectamente de la moral al uso” a los, al parecer, insobornables “representantes oficiales de España” la exportación clandestina de capitales. Seguía así el periodista la

⁵⁹⁵ En “Emigration und Exil infolge des Nationalsozialismus 1933–1945”. Ernst Klett Verlag GmbH. Leipzig, 2007. En <<https://cutt.ly/qfyH5VN>> [cons. 2/7/2020].

misma línea que Pío Baroja (1933b) en el artículo antisemita antes mencionado publicado en *Ahora* el 9 de abril de ese año: “Con esta idea de su superioridad y con el desprecio por los demás, el judío es hombre de pocos escrúpulos”.

Finalmente, Chaves expone el ejemplo concreto del judío que proponía depositar su millón de marcos en el consulado de España si la comisión que le cobrasen “no fuese muy crecida...”. Tanto con el ejemplo como con la cita directa de las palabras del judío que proponía ese arreglo, Chaves pretende una vez más alejar al lector de la abstracción y ofrecerle, por medio de un monólogo teatralizado, un ejemplo concreto que ilustrara su argumentación previa. Por lo demás, puesto que el periodista no hablaba alemán, cabe suponer que, incluso si hubiera sido testigo de la escena, las palabras del hombre que proponía esa componenda, por lo demás, nada inmoral, dadas las circunstancias, le fueron referidas por una tercera persona. En cualquier caso, afirmar que Chaves era particularmente racista o decididamente antisemita sería desmesurado. En este sentido, su hija Pilar cuenta que, durante el exilio en París, el periodista se haría buen amigo de un médico judío alemán, el doctor Kats (Suberviola y Torrente, 2013: 93).

4.9.6. Apóstrofe

Finalmente, en el último apartado de la crónica, Chaves vuelve sobre la idea central de la misma: que el régimen nacionalsocialista había puesto a los judíos entre la espada y la pared privándoles de sus medios de vida y dificultado su emigración, colocándolos así en una situación desesperada. Así, el periodista transcribe la *patética* interpelación –de ahí el ladillo “Apóstrofe”– de un intelectual judío dirigida a los nazis:

El judío está tan aterrorizado, que se allana a todo, y pasando por las más humillantes vejaciones, sólo pide que le dejen el derecho a vivir. No he oído en mi vida un apóstrofe tan patético como el de ese intelectual judío que días atrás clamaba dirigiéndose a los «nazis»:

—Haced con nosotros lo que queráis, pero dejadnos vivir a costa de lo que sea. Las últimas experiencias científicas han demostrado que a un perro se le puede extraer impunemente hasta la última gota de su sangre para volver a llenar sus venas con sangre de otro perro de casta distinta; hacedlo así con nosotros, si no queréis que tengamos sangre judía; pero dejadnos vivir. O dejadnos marchar (Chaves Nogales, 1933j).

No hemos sido capaces de identificar el medio en el que se publicó este artículo ni su autor. No obstante, la posición que éste mantiene no debía ser extraña en la prensa judía, como muestra el ejemplo de *Die Jüdische Rundschau*, que en 1935 publicaba un editorial dirigido a la Sociedad de Naciones bajo el elocuente titular “¡Abrid las puertas!” (Friedländer, 1997: 236). Por otra parte, lo que pide con desesperación el autor del artículo es exactamente lo mismo que pedía Xammar (1933f) en su crónica del 1 de abril de 1933, aunque disimulado por su obligada ironía:

Los actuales gobernantes de Alemania son admirables por muchos conceptos, pero en esto de los judíos tienen que definirse en un sentido o en otro. Podremos admirarles como hombres que dejan a los judíos en libertad o que –por las razones que sean– les quitan a los judíos la libertad. Por las dos cosas a la vez va a ser un poco difícil.

Por lo demás, la del intelectual judío cuyas palabras reproduce Chaves en este último apartado no era la actitud hegemónica dentro de la comunidad judía, como sugiere el periodista: “El judío está tan aterrorizado, que se allana a todo, y pasando por las más humillantes vejaciones, sólo pide que le dejen el derecho a vivir”. Lo cierto es que cientos de ellos, no sólo no pidieron que les dejaran vivir ni consintieron pasar por más humillaciones, sino que tomaron la vía no menos desesperada del suicidio, según Poliakov (1979: 28). Así, por ejemplo, el 5 de abril de 1933, de acuerdo con Friedländer (1997: 62), el “atleta y hombre de negocios Fritz Rosenfelder” se suicidó, dejando una nota en la que aseguraba: “Como no puedo ejercer ninguna actividad que me convenga, mediante mi suicidio intento conmover a mis amigos cristianos” (cit. en Poliakov, 1979: 28). Por otra parte, como explica Friedländer (1997: 33), muchos judíos pensaban que la agitación antijudía del régimen se calmaría con el tiempo y, por tanto, no sentían desesperación:

Las responsabilidades del poder, la influencia de los miembros conservadores del gobierno y la vigilancia del mundo exterior, razonaban los judíos, ejercerían una influencia moderadora sobre cualquier tendencia al exceso por parte de los nacionalsocialistas.

Los que así pensaban eran lo que Hannah Arendt (1963: 92), que sí huyó de Alemania en 1933, llama “la gente que todavía no tenía experiencia en los misterios del gobierno totalitario”⁵⁹⁶. En esto los judíos no se diferenciaban del resto de alemanes. Como aseguraba Klaus Mann, “la percepción del tendero Moritz Cohn” no difería “en gran medida de la de su vecino, el tendero Friedrich Müller” (cit. en Friedländer, 1997: 95). De este modo, todavía en 1933, “la mayoría de los judíos” pensaban que podrían “capear el temporal” en Alemania, sin necesidad de recurrir a la emigración, según Friedländer (1997: 95). Así, por ejemplo, el historiador judío Ismar Elbonen aseguraba, en contraste con el intelectual al que cita Chaves: “Pueden condenarnos a pasar hambre, pero no pueden condenarnos a morir de hambre” (cit. en Friedländer, 1997: 93). Asimismo, en la Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de Fe Judía (Central-Verein deutscher Staatsbürger jüdischen Glaubens), a la que pertenecían la mayor parte de los judíos confesionales de Alemania, “no flotaba una gran sensación de urgencia”, según Friedländer (1997: 93). Hubo incluso alguna reacción ciertamente sorprendente, como la de otro historiador judío, Felix Jacoby, quien, en una conferencia sobre el poeta

⁵⁹⁶ Uno de los que sí comprendió la nueva naturaleza política de las medidas nazis fue Sebastian Haffner, quien escribiría: “Lo verdaderamente interesante del propósito nazi, cada vez menos velado, de amaestrar a los alemanes para que persigan a los judíos a lo largo y ancho del mundo y a ser posible los exterminen, no es ya su justificación [...], sino el propósito en sí mismo. Éste constituye un efecto algo novedoso en la historia de la humanidad: el intento de anular, en el caso del género humano, esa solidaridad primigenia que comparten todos los miembros de una especie animal [...] y de «azuzar» a toda una nación contra determinadas personas, como si fuera una manada de perros” (1939: 153).

Horacio dictada en el verano de 1933, declaró: “Desde 1927 he votado por Adolf Hitler, y me considero afortunado por ser capaz de dar una conferencia sobre un poeta de la época de Augusto el año del renacimiento nacional” (cit. en Friedländer, 1997: 34).

En contraste con ese comportamiento excéntrico, hubo actitudes de gran dignidad que no tuvieron nada que ver con esa imagen del judío aterrorizado “que se allana a todo” que presentaba Chaves. Un caso de especial dignidad es el de James Frank, profesor de la Universidad de Gotinga, premio Nobel de Física y condecorado con la Cruz de Hierro, quien, en abril de 1933, renunció a su plaza como profesor, a pesar de que como veterano de guerra podía conservarla. Frank le escribía al rector de la universidad:

He solicitado al Ministerio que me exima de mis funciones. Intentaré continuar mis investigaciones científicas en Alemania. [...] A los antiguos combatientes se les permitirá que continúen sirviendo al Estado. Me niego a beneficiarme de este favor, aunque comprendo el punto de vista de quienes consideran que su deber es perseverar en sus tareas (cit. en Poliakov, 1979: 28).

En cualquier caso, se entiende que lo que Chaves persigue al cerrar la crónica con el “patético” apóstrofe del intelectual judío es reforzar su argumentación acerca de la gravedad –mayor que la de los casos concretos de violencia, según el periodista– de la situación económica y social a la que las medidas nazis estaban empujando a los alemanes judíos, aunque lo hiciera a costa de insistir en la imagen caricaturesca y desdeñosa de los judíos que había esbozado en el apartado anterior.

4.10. Análisis de la crónica “La lucha política y la represión policíaca”

El 27 de mayo se publicaba en *Ahora* la penúltima crónica de la serie alemana de Chaves Nogales bajo el titular a cuatro columnas “La lucha política y la represión policíaca”. Era la segunda de las dos que el periodista dedicaría expresamente a la represión ejercida por el nuevo régimen alemán. Esta crónica, a diferencia de las demás, tiene la particularidad de estar escasamente dividida en apartados. En este caso, el periodista comienza la crónica con una larga introducción sin ladillo que constituye algo más de la mitad del texto, mientras que el resto lo divide en dos apartados: uno relativamente largo y el otro, el último, bastante breve. De modo que empezaremos sin establecer más subdivisiones con el análisis de la crónica, que el periodista inicia así:

Los “nazis” habían venido diciendo que el día que triunfasen iban a hacer y acontecer, que se iban a tragar el Mundo, que del régimen anterior no quedaría piedra sobre piedra, que harían una degollina general. El mismo Goebbels, en sus encendidas propagandas, hablaba con tono apocalíptico de una simbólica “noche de los grandes cuchillos” (“langen messer”), en la que el furor revolucionario de los “nazis” iba a hacer surgir la nueva Alemania de un verdadero mar de sangre. No creo que haya habido nadie en el Mundo que haya amenazado tanto como estos hombres de la camisa parda (Chaves Nogales, 1933k).

La primera frase, trufada de locuciones y expresiones populares o coloquiales que rozan el vulgarismo –“iban a hacer y acontecer”, “se iban a tragar el Mundo”, “no quedaría piedra sobre piedra”, o “harían una degollina”–, da el tono de esta primera parte de la crónica, de marcado carácter interpretativo. Da la sensación de que el periodista se siente más libre para tocar los temas más peliagudos sobre el nuevo régimen ahora que se encuentra a punto de dejar Alemania, o quizá habiéndolo hecho ya. Tras ésta, sólo publicaría una crónica más (en la que haría sendas semblanzas de Hitler y de sus socios de gobierno), y en nada le afectaba ya, por tanto, el riesgo de ser expulsado del país germano. En cuanto a las locuciones⁵⁹⁷ y vulgarismos, que aquí utilizaría el periodista con el mismo fin que Lorenzo-Rivero (1977: 75) le atribuye al uso de estos últimos que hacía Mariano José de Larra en ocasiones, y que no sería otro que “rebajar la dignidad de una persona, ciudad u objeto” a la que se refería, con un “fin satírico”, tal y como vimos en el apartado 4.2.3. En cuanto a las locuciones, también se les puede atribuir el efecto que Lorenzo-Rivero (1977: 91) señala de las mismas en la obra de Larra, es decir: la contribución “a la rotura de la rigidez discursiva de la prosa”. Asimismo, al igual que hacía Larra, según Lorenzo-Rivero, Chaves sabía combinar “lo popular y lo culto” para “ganar vitalidad y color coloquial, sin perder dignidad” (91-92),

⁵⁹⁷ Entendidas éstas según la definición de Lázaro Carreter citada por Lorenzo-Rivero (1977: 91): “Combinación estable de dos o más términos, que funcionan como elemento oracional y cuyo sentido unitario, familiar a la comunidad lingüística, no se justifica, sin más como una suma del significado normal de los componentes”.

de manera que consigue también el periodista sevillano “crear un ambiente cordial” que lo acerca a sus lectores, como habría hecho el madrileño (90). Es decir, el periodista, como apuntábamos en el apartado 4.9.3, “procura divulgar fácilmente por la virtud prodigiosa de unas palabras, eficaces más que sabias” (Chaves Nogales, 1929: 17); o, como lo expresa Senabre Sempere (1964: 217) en referencia laudatoria al estilo de Ortega y Gasset, pero que también podría valer en mayor o menor medida para el caso de Chaves, “lo popular y lo culto se amalgaman [...] sin apenas disonancias, gracias a la sorprendente intuición del escritor, que sabe en cada momento hallar el tono justo para alejar a su estilo de toda pesadumbre”.

En cualquier caso, respecto al contenido del párrafo citado, lo cierto es que hemos visto varios ejemplos en apartados anteriores de declaraciones y escritos de dirigentes nazis que pueden ilustrar lo que Chaves expone en la primera frase. Recordemos, a modo de ejemplo, la contundente e ilustrativa arenga escrita por Hitler en *Mein Kampf* (1926: 473), ya citada en los apartados 4.6.1 y 4.9.2:

Es war die Pflicht einer besorgten Staatsregierung, nun, da der deutsche Arbeiter wieder den Weg zum Volkstum gefunden hatte, die Verhetzer dieses Volkstums unbarmherzig auszurotten. Wenn an der Front die Besten fielen, dann konnte man zu Hause wenigstens das Ungeziefer vertilgen⁵⁹⁸.

En esa misma línea, el líder nazi escribía también en *Mein Kampf*:

Und es war, meiner Überzeugung nach, damals [1923] die allererste Aufgabe einer wirklich nationalen Regierung, die Kräfte zu suchen und zu finden, die entschlossen waren, dem Marxismus den Vernichtungskrieg anzusagen und diesen Kräften dann freie Bahn zu geben [...] ⁵⁹⁹ (Hitler, 1926: 1721).

Asimismo, como también vimos en los apartados antes mencionados, más adelante el Hitler aseguraba que el objetivo de una revolución era “schlecht hinzugefügtes oder unpassendes Zeug zu entfernen” [“extirpar lo mal agregado o lo inapropiado”] (1926: 685-687). No obstante, hay muchos más ejemplos –entre ellos, la declaración de Goebbels que ofrece aquí el periodista y de la que hablaremos más adelante–. Verbigracia, el 27 de febrero de 1925, en un discurso pronunciado con ocasión de la restauración del NSDAP, según la traducción inglesa de Bytwerk, Hitler (1925: 21) espetaba: “Marxism, whether in the form of social democracy or communism, can be defeated as long as it faces a doctrine of greater truthfulness, but with the same brutal methods”. Asimismo, en un discurso de enero de 1923, el líder nazi aseguraba lo siguiente acerca de los judíos, según Evans (2003: 212): “Sabemos [...] que si ellos llegan al poder, nuestras cabezas rodarán por el polvo, pero sabemos

⁵⁹⁸ “Hubiera sido el deber de un gobierno nacional responsable extirpar implacablemente a los agitadores de la nación (o raza) ahora que el trabajador alemán había encontrado su camino de regreso a la misma. Si los mejores cayeron en el frente, qué menos que poder exterminar a las alimañas en casa”.

⁵⁹⁹ “Y estaba convencido de que la primera tarea de un gobierno verdaderamente nacional en ese momento [1923] era buscar y encontrar las fuerzas que estuvieran decididas a declarar una guerra de aniquilación contra el marxismo y luego darles rienda suelta a dichas fuerzas”.

también que cuando alcancemos el poder: «¡Que Dios tenga piedad de vosotros entonces!»”. Como aseguraba Xammar (1932b) en su crónica para *Ahora* del 31 de julio de 1932, Hitler era “hombre de un solo disco”, y siempre repetía las mismas promesas: “Los culpables de la miseria del pueblo serán perseguidos sin piedad. Se hará justicia, caiga quien caiga, etc., etc. Todo esto dicho en fórmulas breves, claras y brutales”. Además, tal y como señalaba Chaves, las amenazas eran profusas, entre otras cosas, porque los líderes nazis multiplicaban sus apariciones públicas hasta límites sorprendentes durante cada campaña electoral, tal y como comenta Xammar (1932b) con respecto a las elecciones de julio de 1932: “Más de treinta mil mítines habrá celebrado el partido nacionalsocialista en el curso de esta última semana electoral”. Asimismo, en su crónica del 8 de noviembre de 1932, tras las elecciones al Reichstag, el periodista catalán escribía: “[...] Hitler lanza esta mañana una inflamada proclama a sus huestes anunciando que sólo después del aniquilamiento del régimen actual y de los partidos que lo sostienen, está dispuesto a entrar en negociaciones” (1932d). Y, el 31 de enero, tras la proclamación de Hitler como canciller, Xammar recordaba: “[...] Hitler ha llegado a reunir doce o catorce millones de partidarios y a instalarse en la Cancillería como resultado de trece años de incesante propaganda antiparlamentaria, anticomunista, antisocialista y antiliberal” (Xammar, 1933a).

Por su parte, Felipe Fernández Armesto, que firmaba sus crónicas para *La Vanguardia* como *Augusto Assía*, en la del 9 de julio de 1930, llamaba la atención precisamente sobre lo excepcional de la campaña nazi para las elecciones a la Dieta de Sajonia por su falta de agresividad, y también hacía referencia a la ya mencionada abundancia de actos propagandísticos de los nacionalsocialistas:

Hitler ha hecho en Sajonia una campaña tenacísima (sobrepaso de 2.000 el número de actos de propaganda realizados), en la que dejando un poco al margen sus tópicos agresivos y su exacerbación antisemítica, aprovechó los argumentos económicos elocuentes e incontrastables que le ofrecía la inseguridad y la vacilación del Gobierno. Esta tenacidad en la propaganda y en la campaña, hay que ponerla, aunque nos cueste trabajo, en el escaso «haber» de la política nacionalsocialista (Assía, 1930).

Por lo demás, la sucesión de locuciones que utiliza Chaves tiene un elemento común: su carácter hiperbólico. Como señala Llera (2004: 111), la hipérbole “implica una actitud pragmática enaltecedora o degradadora”. Parece claro que aquí estamos ante el segundo caso. De hecho, las exageradas metáforas que encierran respectivamente cada una de las locuciones utilizadas aquí por Chaves no parecen tener otro fin que caricaturizar el agresivo lenguaje del que el nacionalsocialismo se había valido para exaltar a las masas y alcanzar el poder. Dicho efecto, además, se ve reforzado por la aposición de varias locuciones y vulgarismos en una sucesión que, con cada nuevo elemento, va aumentando la carga paródica de la sucesión. Con la aposición de elementos cuyos significados en realidad se superponen en mayor o menor grado, Chaves consigue realzar el conjunto. Éste es, por lo demás, un recurso habitual en la obra del periodista, como ya vimos en el apartado 4.9.1.

En cuanto a la mención de Goebbels a una “noche de los grandes cuchillos” (*Nacht der langen Messer*), “en la que el furor revolucionario de los «nazis» iba a hacer surgir la nueva Alemania de un verdadero mar de sangre”, a la que hace referencia Chaves, no hemos podido determinar el lugar y el momento previo a la fecha de publicación de esta crónica en el que el líder nazi había utilizado esa expresión. No obstante, la mención del periodista de la “noche de los grandes cuchillos” no deja de ser afortunada, en tanto que resulta ciertamente irónico, aunque no casual, el hecho de que los nazis utilizaran exactamente esa expresión para denominar la purga que llevaron a cabo en 1934 dentro de sus propias filas. Como relata Kershaw (1998: 502-507) con detalle, entre el 30 de junio y el 1 de julio de 1934, la conocida como Noche de los Cuchillos Largos (*Nacht der langen Messer*), por mandato de Hitler y los líderes nacionalsocialistas más próximos a él (Goebbels, Göring, Hess, Amann, Himmler, etc.) fueron ejecutados o encarcelados numerosos dirigentes y miembros del NSDAP próximos al jefe de la SA Ernst Röhm, que fue detenido esa noche y ejecutado a la mañana siguiente, y otros del sector más revolucionario del partido, como Gregor Strasser (asesinado en una celda del cuartel general de la Gestapo), e incluso antiguos miembros del Zentrum adheridos al régimen, como von Papen, que estuvo arrestado varios días, u otras personalidades nacionalistas que podrían haber entorpecido el camino de Hitler hacia el poder absoluto, como el ex canciller Kurt von Schleicher, que fue asesinado junto a su mujer esa noche⁶⁰⁰. En algunos casos se trataba sólo de venganzas por rencillas personales. De acuerdo con Kershaw (1998: 506), el número de víctimas no se conoce con exactitud, pero oscilarían entre las ciento cincuenta y las doscientas. Tal matanza supuso un sangriento golpe en la mesa de Hitler y un mensaje para futuros disidentes. “La matanza causó horror fuera de Alemania, sobre todo por los métodos gansteriles utilizados por los dirigentes del estado”, asegura Kershaw (1998: 507).

Por tanto, la “noche de los grandes cuchillos («langen messer»)” que anunciaba Goebbels “con tono apocalíptico”, según Chaves, “en la que el furor revolucionario de los «nazis» iba a hacer surgir la nueva Alemania de un verdadero mar de sangre”, acabaría en efecto con un baño de sangre del que surgiría la Alemania totalitaria, aunque no precisamente por el fervor revolucionario nazi, sino precisamente por el antirrevolucionario. No se trataría al final, por tanto, de una “simbólica” noche, sino de una muy real. Sin embargo, sí se puede considerar simbólica referida al asesinato de líderes políticos de la República de Weimar durante todo el régimen nazi, según el sentido que le da Chaves, quien acaba el párrafo con una hipérbole cargada de ironía⁶⁰¹: “No creo que haya habido nadie en el Mundo que haya amenazado tanto como estos

⁶⁰⁰ En la edición de Kershaw (1998: 205) aparece una errata: se habla del asesinato del “general Strasser” y de su esposa en su casa en lugar de la de la *general Schleicher* y su esposa, que es lo que realmente quiere decir Kershaw.

⁶⁰¹ Como señala Llera (2004: 110-111), generalmente, “la hipérbole se articula sobre otros tropos –la metáfora, la metonimia, la perífrasis o la ironía”.

hombres de la camisa parda”. Además, la referencia a los nazis como “estos hombres de la camisa parda” resulta satírica en tanto que da la impresión de que se trata de unos excéntricos cualesquiera. En este sentido, recordemos la burla que Chaves hacía de los nazis y sus uniformes en su crónica del 25 de mayo cuando hablaba del nudismo en Alemania: “[...] para ser revolucionarios no hay que quitarse tanta ropa; basta con prescindir de la chaqueta y quedarse en camisa parda”⁶⁰² (Chaves Nogales, 1933i).

Por otra parte, a continuación, el periodista expone una paradoja aparente, generada por ese afán de amenaza que les atribuye a los nazis y la indignación que mostraban éstos cuando se les señalaban sus amenazas cumplidas:

Cuando Hitler tuvo el Poder en sus manos, sus tropas se lanzaron, efectivamente, sobre el país como un ejército invasor de la Edad Media; no se han quedado cortos; han hecho bastantes barbaridades; muchas menos, claro está, de las que prometían, pero desde luego todas las que eran factibles. Lo sorprendente es que, ahora, cuando se les apuntan en la cuenta de su programa como facturas saldadas las barbaridades ya cometidas, se enojan y dicen que se les hace víctimas de una campaña de difamación. Tengo la evidencia de que todos los hechos que he venido consignado en este reportaje son auténticos y creo que ningún “nazi” se avergonzaría de haberlos realizado. ¿De qué se enojan, entonces? De la interpretación; es, sencillamente, que lo que nosotros llamamos barbaridades, para ellos no lo son. El nacionalsocialismo ha ido orgullosamente a buscar sus fuerzas motoras en unos resortes medievales y aun en ciertas fuentes primitivas de energía. A eso, nosotros lo llamamos barbarie, aunque ellos lo llamen de otro modo; surge aquí la misma diferencia de apreciación –ya señalada– que nos hace llamar “invasión de los bárbaros” a lo que ellos llaman “migración de los pueblos” (Chaves Nogales, 1933k).

Tal y como explica Llera (2004: 130), la paradoja literaria “consiste en la coexistencia de dos términos opuestos o contradictorios a los que, a diferencia de la antítesis, se encuentra una solución interpretativa”. Este párrafo de Chaves parece, por tanto, un ejemplo claro de la misma: efectivamente, las amenazas y la indignación nazis tal y como las presenta el periodista parecen contradictorias entre sí, contradicción que éste salva mediante una *solución interpretativa*, es decir, explicando la indignación nazi de manera que no resulte incongruente con las amenazas previamente expuestas. Por lo demás, Chaves vuelve a asociar aquí el nacionalsocialismo con la brutalidad medieval, tal y como hacía en la crónica anterior, cuando comparaba la política antisemita nazi con los pogromos medievales y la expulsión de los judíos de España (ver apdo. 4.9.3). “Cuando Hitler tuvo el Poder en sus manos, sus tropas se lanzaron, efectivamente, sobre el país como un ejército invasor de la Edad Media”, escribe el periodista. El símil contiene una imagen, una vez más, de una enorme plasticidad y eficacia argumentativa. Como señala Baltasar Gracián, la “ semejanza es origen de una inmensidad conceptuosa. [...] porque de ella manan los símiles conceptuosos y disímiles, metáforas, alegorías, metamorfosis, apodos y otras innumerables diferencias de sutileza” (cit. en Llera, 2004: 89). Así, la eficacia de la imagen radica en la transmisión del atributo de la brutalidad y del atraso de un arquetípico ejército invasor medieval a las “tropas” nazis. Asimismo, el

⁶⁰² En ese mismo sentido, Eugenio Xammar (1932c) escribía en su crónica para *Ahora* del 14 de agosto de 1932: “Hitler, para hacerse la ilusión de que va de uniforme, ha de ponerse en mangas de camisa”.

uso de la locución “se lanzaron sobre el país” le otorga a la imagen del ejército medieval mayor ferocidad que si éste se representara estático en la mente del lector. Además, la introducción del adverbio “efectivamente” en la frase da a entender que esa brutalidad suponía la realización de las amenazas que los nazis venían lanzando antes de su llegada al poder, según había explicado el periodista en el párrafo anterior. Por lo demás, ya vimos en los apartados 4.1.5 y 4.2.2 el carácter *medievalizante* de algunos elementos de la escenografía nazi, como las antorchas y la espada. De hecho, esos elementos serían usados contra los nazis por el cine propagandístico estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial, que utilizaría imágenes para representar a los nazis semejantes a ésta esbozada en 1933 por Chaves. Un ejemplo de esto es la película de Walt Disney de 1943 *Education for Death: The Making of the Nazi*, ya mencionada en el apartado 4.6.1.



Desfile de antorchas en la Pariser Platz de Berlín la noche del 30 de enero de 1933⁶⁰³, y fotogramas de la película *Education for Death* en los que se ve a un grupo de nazis con antorchas profanando una iglesia.

Al contrario de lo que hacía el periodista en su crónica anterior, donde les restaba trascendencia a los crímenes cometidos contra los judíos para poner la atención del lector en las medidas antijudías del gobierno nazi, aquí sí centra su atención en los crímenes cometidos por los nazis: “[...] no se han quedado cortos; han hecho bastantes barbaridades; muchas menos, claro está, de las que prometían, pero desde luego todas las que eran factibles”. Por otra parte, vuelve a satirizar la profusión amenazadora de los

⁶⁰³ NARA / National Archives. En Kellerhoff, Sven Felix: “Der Tag, an dem Hitler die Macht zufiel”. *Welt*. En <<https://cutt.ly/ZfyHCjc>> [cons. 8/7/2020].

nazis mediante la aposición de la afirmación “han hecho bastantes barbaridades” y de “muchas menos, claro está, de las que prometían”, donde la irónica locución adverbial “claro está” sugiere que no cabe duda de que los nazis habían proferido tantas amenazas que difícilmente iban a poder cumplirlas. Se valía así el periodista de la complicidad del lector, causando, además, un efecto cómico. En cuanto a la afirmación según la cual “desde luego” –locución que ejerce la misma función que el “claro está” anterior pero referida al barbarismo nazi– habían hecho todas las barbaridades “que eran factibles”, Friedländer (1997: 48) explica en lo referente a las medidas antijudías tomadas por los nazis esa primavera de 1933 lo siguiente:

Nada en el programa indicaba el modo de conseguir esos objetivos, y el fracaso del boicot de abril de 1933 es un buen ejemplo de la absoluta carencia de preparación para esas tareas entre los nuevos amos de Alemania. Pero al menos en su política antijudía, los nazis pronto se convirtieron en maestros de la improvisación; al asumir los principales puntos de su programa de 1920 como objetivos a corto plazo, aprendieron a perseguirlos de forma cada vez más sistemática.

Asimismo, recordemos la confesión de impotencia de Hitler con motivo del decreto del 11 de abril que permitía a los funcionarios judíos que fuesen veteranos de guerra conservar sus puestos (ver apdo. 4.9.2): “Por el momento [...] uno tiene que lidiar solamente con lo que es necesario” (cit. en Friedländer, 1997: 52). Y recordemos también cómo el revuelo internacional que levantó el boicot a los comercios judíos del 1 de abril obligó a los nazis a limitarlo a ese día, en contra de sus planes iniciales (ver Kellerhoff, 2006: 30). En ese sentido, Haffner (1939, 151) también habla de cierto “murmullo desaprobatorio, reprimido pero perceptible” debido al boicot del 1 de abril que también se pudo notar en el interior de Alemania, y añade: “Gracias a su extremada sensibilidad, los nazis se dieron cuenta de que habían dado un paso demasiado arriesgado, así que después del primero de abril retiraron parte de las medidas, no sin antes haber aguardado a que el terror surtiera pleno efecto”. Vemos, por lo tanto, que, como señalaba Chaves, los nazis, “claro está”, no pudieron cumplir todas sus amenazas, aunque “desde luego” cumplieron todas las que pudieron.

Tras dar constancia de esto, el periodista planteaba explícitamente la paradoja aparente de la que hablábamos anteriormente: “Lo sorprendente es que, ahora, cuando se les apuntan en la cuenta de su programa como facturas saldadas las barbaridades ya cometidas, se enojan y dicen que se les hace víctimas de una campaña de difamación”. Vuelve a usar aquí Chaves una fórmula coloquial: el registro “en la cuenta” del programa del NSDAP “como facturas saldadas las barbaridades ya cometidas”. El uso de esta imagen busca, una vez más, la eficacia argumentativa y el mayor entretenimiento del lector. En cuanto al *enojo* nazi y a la acusación de que se les estaba haciendo “víctimas de una campaña de difamación”, Haffner (1939: 135-136) escribe, en referencia a esos primeros meses del régimen:

Los nazis, por contra, jamás mostraron otra cosa que no fuera la mueca tímida, cobarde y pálida del asesino que niega su crimen. Mientras torturaban y asesinaban sistemáticamente a personas indefensas, aseguraban a diario en un tono suave y ennoblecedor que no se había hecho daño a nadie y que jamás una revolución se había llevado a cabo de una forma tan humana y tan incruenta. Sí, a las pocas semanas de que comenzaran las atrocidades se promulgó una ley que amenazaba con penas graves a todo el que afirmara que estaban cometándose tales barbaridades, aunque lo hiciera entre las cuatro paredes de su casa.

Por otra parte, Chaves vuelve a insistir en la veracidad de la información recogida en estas crónicas: “Tengo la evidencia de que todos los hechos que he venido consignado en este reportaje son auténticos y creo que ningún «nazi» se avergonzaría de haberlos realizado”. Ya hablamos en el apartado 4.9.1 del afán de rigor del periodista en estas crónicas avivado por el temor a alimentar la campaña de los nazis contra la *Greuelpropaganda*. Además, aquí añade que no sólo lo que cuenta es cierto, sino que, según su criterio –expresado mediante el verbo *creer*– “ningún «nazi» se avergonzaría” de haber hecho nada de lo que refiere en estas crónicas, completando así la presentación de la paradoja antes mencionada. En este mismo sentido, como vimos en el apartado 3.1.3, Eugenio Xammar (1933d) escribía en su crónica del 23 de marzo de 1933 con su habitual y disimulada ironía: “Ante las censuras y los ataques de Prensa, los regímenes nuevos en general, pero muy especialmente las dictaduras, son de una susceptibilidad muy viva”. Y en la del 14 de abril añadiría: “Un Gobierno fuerte como el de Hitler acepta la responsabilidad de sus actos ante su propio pueblo y ante la opinión pública mundial” (Xammar, 1933i).

Una vez planteada la paradoja, e insistiendo en la misma, Chaves plantea la siguiente pregunta retórica: “¿De qué se enojan, entonces?”. En realidad, la pregunta no es más que un recurso argumentativo para presentar la *solución interpretativa* de la paradoja de la que hablábamos unos párrafos más atrás, que el periodista introduciría como respuesta a su propia pregunta: “De la interpretación; es, sencillamente, que lo que nosotros llamamos barbaridades, para ellos no lo son”. Si bien es cierto que con esta interpretación el periodista obvia el cinismo de los líderes nazis que describe con acierto Sebastian Haffner en la cita reproducida unas líneas más arriba, no es menos cierto que dicha interpretación contiene una verdad fundamental acerca de la formación de las ideas políticas, y resulta una buena muestra del conocimiento del periodista sobre la condición humana y sobre la naturaleza del régimen nazi. Y es que lo que esboza aquí Chaves y desarrolla en el siguiente párrafo, como veremos más adelante, no es otra cosa que el concepto que, en 1963, tras oír el testimonio de Adolf Eichmann, responsable del transporte de los judíos a los campos de exterminio nazis, durante su juicio en Jerusalén, Hannah Arendt denominaría la *banalidad del mal*, esto es, que el “alejamiento de la realidad” y la “irreflexión pueden causar más daño que todos los malos instintos inherentes, quizá, a la naturaleza humana” (Arendt, 1963: 418). No obstante, antes de desarrollar esa idea, Chaves vuelve a insistir en el carácter medieval y bárbaro de algunos elementos de la visión nacionalsocialista del mundo: “El nacionalsocialismo ha

ido orgullosamente a buscar sus fuerzas motoras en unos resortes medievales y aun en ciertas fuentes primitivas de energía”. Aquí, el adverbio “orgullosamente” vuelve a sugerir el carácter desacomplejado de las amenazas nazis. En lo referente a los “resortes medievales” y las “fuentes primitivas de energía”, hemos visto en los apartados anteriores suficientes ejemplos que pueden asociarse a esas dos metáforas arcaizantes que menciona Chaves. Así, por ejemplo, en cuanto a las “fuentes primitivas de energía”, recordemos el concepto nacionalsocialista de *Volksgemeinschaft* (comunidad del pueblo o comunidad nacional), que, como vimos en el apartado 4.1.5, encerraba un anhelo de regreso a una idílica sociedad preindustrial sin conflicto entre clases sociales, como explicaba Benz (2006: 82):

Bajo la fórmula mágica de *Volksgemeinschaft* (“comunidad del pueblo”), Hitler y su “Movimiento” pudieron reunir e integrar a los decepcionados y descontentos que produjo en Alemania la Primera Guerra Mundial. *Volk* (“pueblo”) era uno de los valores supremos del vocabulario nacionalsocialista y, apelando a supuestas tradiciones germánicas, la “comunidad del pueblo” debía superar la organización del Estado basada en enfrentamientos de clases: cada uno debía tener su lugar natural en la sociedad. [...] La idea fue bien aceptada, con sus aspectos glorificadores de lo propio y condenatorios de lo ajeno, porque ofrecía una imagen de protección y seguridad, así como el sentimiento de camaradería solidario y elitista. La vida bajo un sistema dictatorial se justificó ideológicamente con el concepto de “comunidad del pueblo”.

En ese sentido precisamente es en el que la *Volksgemeinschaft* suponía una de esas “fuentes primitivas de energía” de las que hablaba Chaves, si atendemos a lo que escribía el francés Raoul Frary (1884: 51) en su *Manual del demagogo*: “Hay en todas partes dos grandes fuentes de odio: la diferencia y la competencia”, y añadía: “La conciencia popular divide naturalmente el género humano en dos mitades: los buenos y los malos, [...] nosotros y nuestros enemigos” (48). En consecuencia, el francés le aconsejaba a los aspirantes a demagogo: “Vosotros serviréis, pues, a las pasiones del pueblo; justificaréis sus apetitos; alimentaréis sus odios” (48). En este sentido también cabe recordar el uso por parte de los nazis del judío como chivo expiatorio o víctima ritual al que hacía referencia el periodista en su crónica del 19 de mayo, como vimos en el apartado 4.5.5, y que podría considerarse uno de los “resortes medievales” a los que aludía aquí. Otro de esos “resortes” podría ser la conversión de Hitler en “emperador” a la que se referiría en su crónica del 28 de mayo, donde aseguraba que Alemania vivía en 1933 “espiritualmente en la Edad Media”⁶⁰⁴ (Chaves Nogales, 1933). Por otra parte, tanto el carácter de líder de la *Volksgemeinschaft* como la división entre amigos y enemigos de la que hablaba Frary, subyacen en estas palabras de Hitler ya citadas en el apartado 4.1.5:

⁶⁰⁴ En este sentido, conviene recordar las palabras de William Hazlitt (2011: 11): “El hombre es naturalmente un adorador de ídolos y un amante de reyes. Son los excesos del poder lo que hechiza su imaginación”. Y: “El principio de la idolatría es siempre idéntico: necesidad de encontrar algo venerable, sin saber qué es o por qué se le admira; amor a un efecto sin comprensión de la causa; admiración que no deshonra nuestra vanidad; elevar algo a los cielos para envanecerse de que fuimos nosotros quienes lo alzaron. Mientras más retorcidas sean las formas de adoración, más nos halagamos. Mientras más innoble sea el objeto de culto, más esplendorosos serán sus atributos. Mientras mayor sea la mentira, mayor entusiasmo habrá al creer en ella y mayor codicia al tragársela” (13-14).

No soy más que un imán que se mueve constantemente a través de la nación alemana, extrayendo el acero de este pueblo. Y he declarado a menudo que llegará el día en que todos los hombres valiosos de Alemania estén en mi campo. Y aquellos que no estén a mi lado no serán valiosos en manera alguna (cit. en Arendt, 1948: 497n).

No obstante, como veremos más adelante, más allá de esos elementos, la naturaleza totalitaria del nacionalsocialismo, que se desarrollaría en los años siguientes, era algo completamente nuevo, y Chaves no distinguiría todavía más que algunas de sus siluetas. Entretanto, fue rellenando los huecos que quedaban en la interpretación de este nuevo fenómeno con modelos conocidos del pasado. Por lo demás, aquí vuelve el periodista a la idea de las distintas representaciones de una misma realidad que había planteado al principio del párrafo: “A eso, nosotros lo llamamos barbarie, aunque ellos lo llamen de otro modo; surge aquí la misma diferencia de apreciación –ya señalada– que nos hace llamar «invasión de los bárbaros» a lo que ellos llaman «migración de los pueblos»”. En efecto, ya había señalado en su crónica del 23 de mayo esa diferencia de denominación en referencia la *Weltanschauung* (cosmovisión) que tendría el futuro niño alemán adoctrinado por los nazis: “[...] lo que hasta aquí se ha llamado «la invasión de los bárbaros», él lo llamará «la migración de los pueblos»” (Chaves Nogales, 1933g). Por otra parte, esto nos remite, como vimos en el apartado 4.6.1, al concepto de *hegemonía cultural* de Gramsci y al de *marco mental* de Lakoff, así como a la *lengua del Tercer Reich* de Klemperer. Como ya vimos, Gramsci considera la *hegemonía cultural* como paso previo para conseguir la *hegemonía política*. Asimismo, explicaba que, en los países totalitarios, el partido único se hacía cargo de “las funciones culturales, dando lugar a un lenguaje político de verdadera jerga” (Gramsci, 1949: 34). En el caso del nacionalsocialismo, esa jerga era lo que Klemperer denominaría *lengua del Tercer Reich*, ese “veneno que absorbes inconscientemente y que surte su efecto” (Klemperer, 1975: 93), de la que ya vimos en el apartado 4.2.1 el ejemplo del cambio de sentido que la palabra *fanático* había experimentado durante el Tercer Reich, pasando a convertirse en un elogio (82). En cuanto los marcos mentales de Lakoff, éste los define así:

Los marcos son estructuras mentales que conforman nuestro modo de ver el mundo. Como consecuencia de ello, conforman las metas que nos proponemos, los planes que hacemos, nuestra manera de actuar y aquello que cuenta como el resultado bueno o malo de nuestras acciones. En política nuestros marcos conforman nuestras políticas sociales y las instituciones que creamos para llevar a cabo dichas políticas. Cambiar nuestros marcos es cambiar todo esto. El cambio de marco es cambio social (Lakoff, 2004: 17).

En este sentido, en la siguiente crónica, Chaves aseguraba, como ya hemos visto, que lo que estaba ocurriendo en Alemania era posible porque el país vivía en ese momento “espiritualmente en la Edad Media” (Chaves Nogales, 1933i). Es decir, en otro escenario cultural o con otro marco mental, la sociedad alemana entendería como “barbarie” lo mismo que entendía Chaves. Y, precisamente, con esta idea continuaría el periodista su crónica:

Por esta diferencia sustancial de apreciación que hay fatalmente entre un latino y un germano, si decimos que la población alemana vive hoy bajo un régimen de terror policíaco, diremos verdad; pero los alemanes dirán que no somos exactos. Hay, en efecto, millares y millares de detenidos; hombres a los que se arranca de sus casas y se mete en prisión sin más causa que la de tener unas ideas distintas de las que tienen los que mandan. Se han instalado varios campamentos de concentración de prisioneros, y todos los días salta a la vista del viajero en las calles de las ciudades alemanas el trajín de los camiones policíacos llevando y trayendo presos políticos de un lado para otro. Ahora bien; esto, que para nosotros es la barbarie, el terror policíaco, para los “nazis” es sencillamente una operación social necesaria y urgente que practican filantrópicamente. Estos hombres, a los que se priva de libertad y se mete en un campamento a comer rancho, son tan sólo como unos enfermos a los que se recluye piadosamente en unos sanatorios para favorecer su curación (Chaves Nogales, 1933k).

En definitiva, a juzgar por lo que Chaves escribía en estos dos últimos párrafos, el periodista entendió los fenómenos que luego describirían Klemperer, Gramsci o Lakoff, entre otros, aunque no llegara a teorizarlos, pues su labor era meramente periodística y, por tanto, se limitaba al análisis *in situ* de la actualidad, que siempre es, necesariamente, en mayor o menor medida, precipitado.

En cuanto a este último párrafo, recordemos que Chaves ya sugería la “diferencia sustancial de apreciación que hay fatalmente entre un latino y un germano”, a la que hace referencia aquí, también en su crónica del 16 de mayo, tal y como vimos en el apartado 4.2:

Por muy germanófilo que un español sea, nunca se identificará tan absolutamente con el pensamiento germano que pueda aceptar ciertos postulados que hoy son moneda corriente en Alemania, y que a un latino, por grande que sea su simpatía hacia el pueblo alemán, tienen que parecerle hasta tal extremo monstruosos que los atribuye no a Alemania misma, sino a la mala voluntad de sus enemigos, que los interpretan torcidamente (Chaves Nogales, 1933b).

Asimismo, en la misma crónica, el periodista le hacía decir al nazi arquetípico que él mismo había creado: “Los latinos se asustan de esta afirmación porque son incapaces de concebir el militarismo como voluntad y como representación. No comprenden una actividad humana sin fin utilitario” (Chaves Nogales, 1933b). Por otra parte, el periodista también hablaba en 1929, tras su primera visita a Alemania, sobre las diferencias entre el “alemán cerrado” y el “latino”, haciendo gala de un determinismo geográfico que, como toda generalización, no podía ser sino hiperbólico:

El tipo de alemán cerrado, auténtico, podríamos decir castizo, es el bárbaro por antonomasia. Es el tipo que engendró la guerra; el alemán que no creía más que en Alemania y que no conocía más. Por el contrario, el alemán viajero, el que desata este magnífico espíritu aventurero de los germanos se lanza por el mundo y se contrasta, llega a dar un tipo de tan fina sensibilidad como un latino. ¿Qué es la latinidad sino un mar abierto siempre ante el espíritu? (Chaves Nogales, 1929: 102).

Por lo demás, Chaves vuelve en este párrafo sobre la idea que, como ya habíamos señalado, constituye la esencia de lo que tres décadas más tarde Arendt describiría como la *banalidad del mal*:

[...] si decimos que la población alemana vive hoy bajo un régimen de terror policíaco, diremos verdad; [...]. Ahora bien; esto, que para nosotros es la barbarie, el terror policíaco, para los “nazis” es sencillamente una operación social necesaria y urgente que practican filantrópicamente.

Efectivamente, lo que escribe aquí el periodista es análogo a lo que Arendt (1963: 156-157) explicaba acerca de la forma de pensar de los miembros de las SS que llevaron a cabo el exterminio de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial:

Lo que se grababa en las mentes de aquellos hombres que se habían convertido en asesinos era la simple idea de estar dedicados a una tarea histórica, grandiosa, única (“una gran misión que se realiza una sola vez en dos mil años”), que, en consecuencia, constituía una pesada carga. Esto último tiene gran importancia, ya que los asesinos no eran sádicos, ni tampoco homicidas por naturaleza, y los jefes hacían un esfuerzo sistemático para eliminar de las organizaciones a aquéllos que experimentaban un placer físico al cumplir su misión. [...] los asesinos, en vez de decir: “¡Qué horrible es lo que hago a los demás!”, decían: “¡Qué horribles espectáculos tengo que contemplar en el cumplimiento de mi deber, cuán dura es mi misión!”.

En ese mismo sentido, aunque de forma más genérica, Arendt escribiría:

Y, al igual que la ley de los países civilizados presupone que la voz de la conciencia dice a todos “no matarás”, aun cuando los naturales deseos o inclinaciones de los hombres les induzcan a veces al crimen, del mismo modo la ley común de Hitler exigía que la voz de la conciencia dijera a todos “debes matar” [...] (Arendt, 1963: 219).

Asimismo, aseguraba que la sociedad alemana “había sido resguardada de la realidad” mediante “autoengaño, mentiras y estupidez” (82). En ese sentido, añade, acerca del lenguaje empleado para referirse al exterminio de los judíos: “El último efecto de este modo de hablar no era el de conseguir que quienes lo empleaban ignorasen lo que en realidad estaban haciendo, sino impedirles que lo equiparasen al viejo y normal concepto de asesinato y falsedad” (127). Y, finalmente, resume el concepto de *banalidad del mal* haciendo referencia al caso de Adolf Eichmann, al que ya nos hemos referido con anterioridad: “Lo más grave, en el caso de Eichmann, era precisamente que hubo muchos hombres como él, y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y terroríficamente normales” (402). En esa misma línea, el propio Chaves, años más tarde, en enero de 1939, en la revista inglesa *The Nineteenth Century* colocaría al general Franco entre esa clase de hombres que acaban los primeros en cualquier oposición a la que se presenten, pero cuya falta de cultura humanística los convierte en “bárbaros peligrosos”. Y, del mismo modo que Arendt señalaba la necedad de Eichmann al “negarse a imaginar lo que la otra persona siente”⁶⁰⁵ como causa de sus acciones más terribles (Arendt, 1964: 60), Chaves explicaba que Franco era “un hombre sin imaginación”, y, por eso, no era capaz de comprender el daño que estaba causando la guerra que se empeñaba en continuar (Chaves Nogales, 2013: 771-780). Asimismo, en mayo de 1932, el periodista ya sugería esta relación entre una representación mental de la realidad alejada de la misma y el mal, en relación con la figura de Pável Gorgulof, el asesino del presidente

⁶⁰⁵ En este sentido, Borges (1970: 398), en su cuento “El otro duelo”, escribiría en referencia a dos de sus personajes: “La falta de imaginación los libró del miedo y de la lástima”.

francés Paul Doumer, “uno de esos tipos iluminados que se construyen una teoría social disparatada y con arreglo a ella actúan disparatadamente, claro es” (Chaves Nogales, 2013: 939).

Vemos, por tanto, que Chaves, como Arendt, no asociaba el mal necesariamente a factores congénitos del individuo, sino a su representación del mundo, o como lo expresaría muchos años después Rafael Sánchez Ferlosio (2016: 134) de forma elocuente: “Es un error pensar que hacen falta muy malos sentimientos para aceptar o perpetrar los hechos más sañudos; basta el convencimiento de tener razón”. De ahí la importancia que le daba a las convicciones el periodista sevillano, quien también, en este sentido, escribiría en su cuento “¡*Massacre, massacre!*” (1937: 20), ambientado en la retaguardia republicana durante la Guerra Civil: “Aquellos diez o doce hombres [...] consideraban legítima la feroz represalia y se habrían maravillado si alguien se hubiese atrevido a sostener que lo que ellos consideraban naturalísimo era una monstruosidad criminal”. De igual forma, en *El maestro Juan Martínez que estaba allí* (1934: 186), el periodista, a través de la voz de Martínez (o éste a través de la pluma de aquél), escribía: “Los bolcheviques mataban, sencillamente, porque creían que había que matar, sin concederle ninguna importancia”⁶⁰⁶, y explicaba con qué naturalidad las víctimas iban pasando por esa acrítica “máquina del terror” (185). Por último, recordemos lo que decía a finales de 1933 el propio Chaves sobre los anarcosindicalistas de La Rioja (ver apdo. 2.3): “Mi obsesión de repórter en el lugar mismo de los sucesos era reconstruir el mecanismo ideológico que a estos hombres les ha hecho morir y matar” (Chaves Nogales, 2013: 1443).

Por otra parte, en cuanto a la represión política del régimen nazi, en este último párrafo Chaves, a diferencia de lo que hacía en la última crónica con respecto a la represión contra los judíos, no tiene problemas con ser explícito: “Hay, en efecto, millares y millares de detenidos; hombres a los que se arranca de sus casas y se mete en prisión sin más causa que la de tener unas ideas distintas de las que tienen los que mandan”. Es ésta una denuncia propia de un liberal como Chaves, quien, como ya hemos señalado en otros apartados, semanas después, el 23 de junio, en el Ateneo de Sevilla, defendería una forma de gobierno “democrática, tolerante y comprensiva” (cit. en *Gori*, 1933). Por lo demás, desde la noche del incendio del Reichstag, el 27 de febrero, en efecto, habían sido detenidos en Alemania millares de militantes de partidos marxistas y liberales. Concretamente, de acuerdo con Drobisch y Wieland (1993: 38), en abril de 1933, ya habían sido detenidos entre 46.500 y 48.500 *antifascistas* en todo el país. Y, a pesar de las numerosas liberaciones que se produjeron durante las siguientes semanas, según Wachsmann (2015: 43), “las cifras oficiales a 31 de julio de 1933

⁶⁰⁶ Albert Camus (1953: 84) aseguraba algo análogo: “Hemos visto mentir, envilecer, matar, deportar, torturar, y nunca fue posible persuadir a quienes lo hacían de que no lo hicieran, porque estaban seguros de sí y porque no se persuade a una abstracción, es decir al representante de una ideología”.

determinaban un total de casi veintisiete mil prisioneros en custodia protectora⁶⁰⁷, número que a finales de octubre sólo había descendido hasta los cerca de veintidós mil”. Como explica Kershaw (1998: 453), la misma noche del 27 de febrero, con los rescoldos del Reichstag aún incandescentes, fueron detenidos los principales líderes del partido comunista, y, al día siguiente, el Gobierno aprobaba el Decreto del Presidente para la Protección del Pueblo y el Estado (*Verordnung des Reichspräsidenten zum Schutz von Volk und Staat*), que en un solo párrafo suspendía indefinidamente algunas de las libertades personales fundamentales amparadas por la Constitución de Weimar, como ya habíamos señalado en el apartado 3.1.3. Sebastian Haffner (1939: 127) recuerda así aquel momento en sus memorias:

No fue hasta la mañana siguiente que leí en el periódico que el Reichstag estaba ardiendo. Hasta el mediodía no tuve noticia de las detenciones. Más o menos al mismo tiempo fue publicada la disposición de Hindenburg que anulaba la libertad de expresión y el secreto postal y telefónico de los ciudadanos y, a cambio, otorgaba a la policía pleno derecho a efectuar registros domiciliarios, incautaciones y arrestos.

Como explica Gallately (1990: 48), entre otras cosas, el decreto de emergencia para la Protección del Pueblo y el Estado “daba a la policía el derecho a cursar órdenes de detención capaces de mantener a los sospechosos en situación de «detención preventiva», esto es, sin las garantías del procedimiento debido”. Y añade:

Junto con varias medidas adicionales anteriores al incendio y otras decretadas inmediatamente después de él (que permitían la aplicación de castigos mucho más drásticos), las nuevas disposiciones constituyeron una “especie de golpe de Estado” e introdujeron en Alemania la nueva condición de “emergencia permanente”, situación que se prolongó hasta 1945. A pesar de que en términos políticos fueron presentados como un elemento necesario para combatir el comunismo, los decretos proporcionaron “la base formal para un Estado ajurídico [*Unrechtsstaat*]” (49).

En ese contexto fue en el que surgió y creció en toda Alemania la Gestapo, la policía política secreta, como también explica Gallately (1990: 41):

Como afirmaba la reveladora expresión de una ley del 26 de abril sobre la Gestapo prusiana, era necesario “garantizar un eficaz combate capaz de rechazar todos los esfuerzos dirigidos contra la existencia y la seguridad del Estado”. Esos objetivos se llevaban enérgicamente a la práctica y muy pronto implicaron incursiones cada vez mayores de la policía en las vidas de los ciudadanos. Si la Gestapo creció sin freno se debió, en medida no carente de importancia, a que la definición de lo que era materia constitutiva de seguridad y de oposición había sido exagerada y agrandada hasta conseguir que superase todos los límites anteriores⁶⁰⁸.

⁶⁰⁷ *Schutzhaft* (custodia protectora) era el eufemismo que los nazis utilizaban para la situación de detención de los que fueron arrestados esos meses por sus ideas políticas (Baganz, 2012: 4).

⁶⁰⁸ Y eso sólo fue el principio de la pendiente que descendía hasta el totalitarismo, como explica Arendt (1948: 580), quien señala que la categoría de “sospechoso” acabaría abarcando a “toda la población”, ya que “cada pensamiento que se desvía de la línea oficialmente prescrita y permanentemente cambiante es ya sospechoso, sea cual fuere el campo de actividad humana en que suceda”. Así, en un estado totalitario, simplemente “por su capacidad de pensar, los seres humanos son sospechosos por definición, y esta sospecha no puede ser descartada en razón de una conducta ejemplar, porque la capacidad humana para pensar es también una capacidad para cambiar la mente propia” (580).

Por otro lado, como vimos en el apartado 4.8.1, Evans (2005: 83) habla de un “periodo caótico de detenciones masivas de marzo a junio de 1933” y de la incipiente “conversión de la violencia callejera nazi anterior a 1933 en un principio de Estado” (82). Kellerhoff (2006: 23) asegura que los “comunistas, los funcionarios socialdemócratas, los intelectuales de izquierda y los otros enemigos de los nazis que tuvieron suerte fueron apresados por la policía y llevados a prisiones preventivas”, pues, como explica Lumsden (1997: 36), a partir de febrero de 1933, los camisas pardas, junto a las SS, se entregaron con especial dedicación a la violencia política, y aparte de las habituales palizas a sus enemigos políticos, comenzaron a detenerlos, torturarlos y asesinarlos, ya fuera en sus locales (*Sturmlokale*) –que “a menudo eran las habitaciones traseras o los almacenes de tabernas normales”, según Kellerhoff (2006: 23)– o en los campos de concentración que comenzaron a abrir con ese fin, como vimos en el apartado 4.3.1. Precisamente, Chaves hacía aquí mención a los campos de concentración y sintetizaba el ingente número de detenciones en una imagen similar a la que ya había utilizado en su crónica del 25 de mayo, la de los camiones pasando por las calles, en aquella ocasión, cargados de miembros de la SA (ver apdo. 4.8.1), y en ésta, de prisioneros políticos: “Se han instalado varios campamentos de concentración de prisioneros, y todos los días salta a la vista del viajero en las calles de las ciudades alemanas el trajín de los camiones policíacos llevando y trayendo presos políticos de un lado para otro”. En cuanto a los campos de concentración, el 22 de marzo fueron trasladados en camiones policiales al campo de Dachau, cerca de Múnich, los primeros ocupantes de estas siniestras instituciones, unos doscientos presos de las cárceles de Stadelheim y Landsberg (Evans, 2003: 385-386). En junio, el campo ya albergaba a 2.036 prisioneros (Wachsmann, 2015: 67). La creación del mismo fue iniciativa de Heinrich Himmler, presidente provisional de la policía muniquesa en ese momento, ante la escasez de celdas en las prisiones del estado para el ingente número de personas arrestadas esos días, un problema por lo demás ya previsto por los nazis⁶⁰⁹ y cuya solución Himmler no estaba improvisando en absoluto (Evans, 2003: 387). En cualquier caso, Dachau fue sólo uno de los primeros campos. Durante la primavera y el verano surgirían muchos más por toda Alemania:

No tardarían en abrirse campos de concentración en todo el país, ampliaciones de cárceles y centros de tortura improvisados en los sótanos de las oficinas sindicales recientemente requisadas por los camisas pardas. Se dio amplia publicidad a su fundación, para garantizar que todo el mundo supiese lo que les pasaría a los que se atreviesen a oponerse a la “revolución nacional” (Evans, 2003: 386).

⁶⁰⁹ El 11 de agosto de 1932, en el *Völkischer Beobachter*, órgano de propaganda del NSDAP, se podía leer un artículo en el que los nazis anunciaban sus intenciones para con el resto de fuerzas políticas una vez aquéllos hubieran alcanzado el poder: “Sofortige Verhaftung und Aburteilung aller kommunistischen und sozialdemokratischen Parteifunktionäre [...] Unterbringung Verdächtiger und intellektueller Anstifter in Konzentrationslager” [“Detención inmediata y condena de todos los funcionarios del partido comunista y socialdemócrata, [...] colocando a sospechosos e instigadores intelectuales en campos de concentración”] (cit. en Baganz, 2012: 3).

De acuerdo con Baganz (2012: 14), en 1933 llegaron a crearse alrededor de cien campos de concentración (*Konzentrationslager*) en Alemania, la mayoría provisionales. En el siguiente mapa podemos ver la ubicación de setenta y cinco de ellos:



Mapa de Alemania en el que se ven (marcados en verde) los campos de concentración creados en 1933⁶¹⁰.

De acuerdo con Wachsmann (2015: 44), si bien la idea de los campos, en general, no era nueva, su primera ejecución sí fue improvisada en muchos casos:

El panorama de los primeros campos nazis, creados durante la primavera y el verano de 1933 no podía ser más diverso. Las nuevas instalaciones estaban dirigidas por distintas autoridades locales, regionales o estatales, y eran de todos los tamaños y formas. Unos cuantos campos funcionaron durante varios años, pero la mayoría cerraron a las pocas semanas o meses de haber abierto. Las condiciones también variaban enormemente, desde los sitios más inocuos en otros a los que corría peligro la propia vida; algunos prisioneros no fueron objeto de crueldades, mientras que otros sufrían constantes vejaciones. De estos nuevos campos, algunos eran denominados campos de concentración, pero se trata de un término que se aplicaba a la ligera y coexistía con otras muchas designaciones –entre ellas, casa de detenciones, campo de trabajo y servicio o campo de tránsito– lo cual viene a reflejar la improvisada naturaleza del primer terror nazi. Pese a las profundas diferencias entre ellos, todos compartían un objetivo: quebrantar a la oposición.

⁶¹⁰ “Frühe Konzentrationslager ab 1933”. Gedenkstätte für NS-Opfer im Neustadt. En <<https://cutt.ly/OfyHKLC>> [cons. 12/7/2020].



Campo de concentración improvisado en un remolcador del río Ochtum, cerca de Bremen, en 1933⁶¹¹.

Por lo demás, en la última frase del párrafo que estamos analizando, Chaves vuelve sobre la idea de la diferencia entre la percepción común de la represión política bajo el nuevo régimen y la que los propios nazis tenían de ésta, según el periodista: “Estos hombres, a los que se priva de libertad y se mete en un campamento a comer rancho, son tan sólo como unos enfermos a los que se recluye piadosamente en unos sanatorios para favorecer su curación”. Por otra parte, Chaves muestra aquí una imagen muy simplificada del fenómeno diverso que fueron los primeros campos de concentración nazis, simplificación que no variará en el siguiente párrafo de su crónica, que comienza así:

No he conseguido que me dejasen visitar ningún campamento de concentración de prisioneros, pero hablando con algunos sujetos que los han padecido, he llegado a obtener referencias bastante precisas. Se trata pura y simplemente de cuarteles o campamentos militares, en los que se aplica inflexiblemente la disciplina de hierro del ejército imperial (Chaves Nogales, 1933k).

Como decíamos, éste de los primeros, y a menudo efímeros⁶¹², campos de concentración nazis es un asunto complejo –sobre el que, además, se ha investigado poco, pues ha quedado a la sombra del fenómeno todavía más pavoroso de los grandes campos de concentración y exterminio que se abrirían años después–, y, lo cierto, es que las fuentes con las que contaba Chaves no podían ser suficientes para que el periodista

⁶¹¹ En Wachsmann (2015). Staatsarchiv Bremen.

⁶¹² De acuerdo con Baganz (2012: 9), de los veintitrés campos que se abrieron en Sajonia en 1933, por ejemplo, en agosto de 1934 sólo quedaba uno, el de Sachsenburg. Así, en toda Alemania, a principios del verano de 1935 sólo quedaban seis campos de concentración que albergaban a aproximadamente 3.500 prisioneros: Dachau, Esterwegen, Lichtenburg, Sachsenburg, Moringen y Columbia-Haus en Berlín-Tempelhof (Baganz, 2012: 11). Y aún se habrían de cerrar algunos de éstos y se inaugurarían otros: en 1939 quedaban seis grandes campos en el Reich, según Wachsmann (2015: 215): Dachau, Sachsenhausen, Buchenwald, Flossenbürg, Rabensbrück y Mauthausen (éste último en la anexionada Austria).

se hiciera una idea exacta de su diversidad y complejidad⁶¹³, por más referencias “precisas” que hubiera recibido de sus fuentes. No es sorprendente, por otra parte, que, como cuenta él mismo, el régimen no le permitiera visitar ningún campo de concentración. La existencia de los campos era de dominio público, como señala Baganz (2012: 12), pero lo que ocurría en ellos no debía ser sino un rumor que sirviera para atemorizar a los posibles opositores al régimen. Así explica Haffner (1939: 136) el fenómeno, del que él mismo fue testigo:

[...] el efecto producido por el terror debía intensificarse justo a través del secretismo y del peligro que implicaba el mero hecho de hablar de las barbaridades. La descripción sin ambages de lo que realmente ocurría en los sótanos de las SA y en los campos de concentración –por ejemplo desde la tribuna de oradores o a través de la prensa– podría haber provocado una reacción de resistencia desesperada incluso en Alemania. En comparación, las escalofriantes historias susurradas por lo bajo –«¡Ande con mucho cuidado, vecino! ¿Sabe lo que le ha pasado al señor X?»– conseguían partir por el eje cualquier oposición con mucha más eficacia.

Por otra parte, Chaves aseguraba: “[...] hablando con algunos sujetos [nótese lo peyorativo del término] que los han padecido, he llegado a obtener referencias bastante precisas”. Sin embargo, esas fuentes no son completamente fiables, por dos motivos: el primero es el miedo de los que habían sido puestos en libertad a volver a ser enviados a los campos si hablaban sobre lo que allí ocurría. Un miedo perfectamente fundado, según explica Baganz (2012: 8):

Die Entlassenen hatten Erklärungen zu unterschreiben, wonach sie keine Ansprüche aus der Haft stellen durften, sich über einen gewissen Zeitraum täglich bei der Polizei melden mussten und sich jeglicher staatsfeindlicher Tätigkeit enthalten würden. Des weiteren hatten sie Stillschweigen über die Vorgänge im Lager zu bewahren. Hielten sie sich nicht an diese Anweisungen, mussten sie mit einer erneuten Einweisung in ein Konzentrationslager rechnen. War dies der Fall, konnte kaum mit einer erneuten Entlassung gerechnet werden⁶¹⁴.

Asimismo, Wachsmann (2015: 92) refiere un corrosivo chiste de la época sobre el campo de Dachau que resulta muy ilustrativo a este respecto:

Dos hombres se encuentran en la calle:
–Me alegro de que estés libre de nuevo. ¿Qué tal el campo de concentración?

⁶¹³ Por otra parte, Chaves estuvo muy cerca de sufrir la realidad de los campos de concentración en sus propias carnes en 1940. Sin embargo, escapó de París dos semanas antes de que la Gestapo se presentara en su casa para detenerlo, como cuenta su hija, Pilar Chaves: “Me dijo: «Van a venir los alemanes buscándome y no deben encontrar nada aquí. Enciende la chimenea y quema todo lo que encuentres. Todo lo que hay en mi despacho, libros, artículos, papeles. Que no quede nada». Y eso hice. Efectivamente, vinieron a los quince días de entrar en París. Buscaron. Vieron una familia, una mujer embarazada, unos niños pequeños, y se marcharon sin armar jaleo” (cit. en Suberviola y Torrente, 2013: 95). Tanto su familia como el propio periodista evitaron acabar en un campo de concentración nazi, pero el precio que pagaron fue no volver a verse nunca más. “Lo perdimos todo varias veces. Nos quedamos sin lo más íntimo. Fueron dos guerras”, comenta Pilar Chaves (cit. en Ramírez, 2020).

⁶¹⁴ “Los reclusos puestos en libertad tenían que firmar declaraciones según las cuales no se les permitía hacer ninguna reclamación por su detención, debían presentarse a la policía todos los días durante un cierto período de tiempo y se abstendrían de cualquier actividad *antiestatal*. También tenían que guardar silencio sobre lo que sucedía en el campo. Si no seguían estas instrucciones, tendrían que volver a ingresar en un campo de concentración. Y, si este fuera el caso, difícilmente podía esperarse que volvieran a ser puestos en libertad”.

–¡Genial! El desayuno en la cama, a elegir entre café y chocolate. Luego un poco de deporte. Para comer: sopa, carne y postre. Y por la tarde, antes del café y las pastas, unos juegos de mesa. Luego dormimos un poquito y después de la cena, una película.
El otro hombre se quedó sorprendido.
–¡Es fantástico! Hablé hace poco con Meyer, que también estuvo allí encerrado. Me contó una historia muy distinta.
El otro asiente, [y] con aspecto grave, responde:
–Ya, sí, por eso lo cogieron de nuevo.

Y es que, como también explica Wachsmann (2015: 92), el Decreto del Presidente para Prevenir Ataques Insidiosos contra el Gobierno del Movimiento Nacional (*Verordnung des Reichspräsidenten zur Abwehr heimtückischer Angriffe gegen die Regierung der nationalen Erhebung*), promulgado el 21 de marzo de 1933, “criminalizaba las afirmaciones «falsas o muy exageradas» que pudieran provocar «daños graves» al régimen”. Así, por ejemplo, el propio Wachsmann refiere la historia de un carpintero que vivía cerca de uno de los campos y “entabló una conversación una noche con dos hombres en una calle de Berlín y les habló de los maltratos de Orianenburg; lo denunciaron y pasó dos años en la cárcel” (92). El celo nazi alcanzaba incluso a los familiares de los reclusos, como Centa Beimler, cuyo marido, antiguo diputado del Partido Comunista Alemán, había escapado de Dachau en mayo de 1933 y había conseguido huir al extranjero, donde publicó un libro sobre lo que allí ocurría –*Im Mörderlager Dachau. Vier Wochen in den Händen der braunen Banditen* (ver Beimler, 1933)–. Centa fue detenida en la primavera de 1933 y estuvo en la cárcel varios años, en lo que suponía un intento de los nazis “por impedir que su esposo fugado revelase más datos acerca de Dachau” (Wachsmann, 2015: 93). Por lo demás, al régimen le convenía el miedo que producía en la población la posibilidad de acabar en uno de los campos, cuya existencia no ocultaba en absoluto (Wachsmann, 2015: 78-79), pero no quería que se conocieran las brutalidades que se cometían dentro de los mismos, de ahí que persiguiera a quienes difundían la existencia de las mismas y que no permitiera que periodistas como Chaves visitaran los campos. En el caso del periodista sevillano, la estrategia nazi resultó muy eficaz, como veremos más adelante.

El segundo motivo por el que las fuentes de Chaves no pueden ser completamente fiables para dar testimonio sobre lo que ocurría en el conjunto de los primeros campos de concentración nazis era, como ya hemos mencionado, sencillamente, la propia naturaleza heterogénea de dicho conjunto, como explicaba Wachsmann (2015: 44): “Las condiciones también variaban enormemente, desde los sitios más inocuos en otros a los que corría peligro la propia vida; algunos prisioneros no fueron objeto de crueldades, mientras que otros sufrían constantes vejaciones”. En ese sentido, Baganz (2015: 15-18) también explica que en ocasiones se denominaba campo de trabajo a aquello que en la práctica era un campo de concentración y viceversa. Por tanto, cuando Chaves afirma: “Se trata pura y simplemente de cuarteles o campamentos militares, en los que se aplica inflexiblemente la disciplina de hierro del ejército imperial”, ofrece una versión exageradamente benévola de lo que realmente

ocurría, en general, en los campos, pues, como explica Wachsmann (2015: 51), en los custodiados por la SA o las SS era común el trato brutal contra los presos:

Todos y cada uno de los presos –jóvenes o viejos, hombres o mujeres– constituían un blanco legítimo a los ojos de los guardias de la SA y la SS. Estos golpeaban a los internos a puñetazo limpio, con cachiporras, con fustas o con palos. Les abrían heridas en la piel, les aplastaban la mandíbula, les provocaban desgarros internos o les partían los huesos. También se generalizaron prácticas como las falsas ejecuciones u otros hábitos de humillación: afeitaban el cuerpo de las víctimas, les ordenaban entablar peleas entre ellos, les hacían tragar aceite de ricino a la fuerza (un modelo de suplicio típico de los fascistas italianos) o les hacían ingerir excrementos u orina. En aquella primera etapa, los abusos sexuales también se producían con bastante frecuencia, por lo menos si comparamos las cifras con las del posterior sistema de campos de la SS. A los hombres se les golpeaba en los genitales desnudos y algunos debían masturbarse mutuamente. En el verano de 1933, un prisionero de Dachau murió después de que un guardia de la SS le introdujera una manguera en el recto y abriese el grifo del agua de alta presión. También las reclusas femeninas constituían un objetivo. Ellas sufrían los asaltos de los guardias masculinos que las golpeaban en los muslos desnudos, las nalgas y los pechos. Tampoco faltaron las violaciones.



Imagen propagandística de presos trabajando en el campo de Dachau en mayo de 1933⁶¹⁵, y, en contraste, fotografía del cadáver de Louis Schloss, asesinado el 16 de mayo en Dachau, con marcas de tortura⁶¹⁶.

Así, por ejemplo, en el campo de Oranienburg, la brutalidad de los centinelas provocó la muerte de al menos siete prisioneros entre mayo y septiembre de 1933 (50). En Dachau, el 12 de abril de 1933, cuatro jóvenes de poco más de veinte años que habían llegado el día anterior al campo fueron fustigados hasta sangrar antes de ser conducidos a un bosque en los alrededores del campo, donde varios miembros de las SS los ejecutaron (60). En las seis semanas siguientes fueron asesinados otros ocho prisioneros en Dachau (61). Asimismo, Wachsmann también explica que la violencia contra los presos tenía un fin deshumanizador: “Desde el primer instante, los guardias recurrían a la brutalidad para comunicar a los nuevos internos un mensaje muy simple: los reclusos no valían nada, eran despreciables y se hallaban a su merced” (51). Además, en “un buen número de campos dirigidos por paramilitares nazis, el personal disponía de salas de tortura donde intentaba forzar a los prisioneros para conseguir

⁶¹⁵ Wachsmann (2015). Bundesarchiv, fotografía 152-01-24.

⁶¹⁶ Wachsmann (2015). Staatsarchiv Munich.

delaciones, información sobre tramas o sobre el paradero de armas ocultas” (Wachsmann, 2015: 53).

No obstante, si bien no se trataba “pura y simplemente de cuarteles o campamentos militares”, como afirmaba Chaves, sí es cierto que en ellos, en general, se aplicaba “inflexiblemente la disciplina de hierro del ejército imperial”, como aseguraba el periodista. En ese sentido, Wachsmann (2015: 77) habla de la influencia de las tradiciones militares en los primeros campos, regidos por oficiales de la SA y las SS que eran veteranos de guerra o que, igualmente, habían recibido instrucción militar y “se habían empapado del espíritu del ejército” en sus respectivas organizaciones. Asimismo, Wachsmann asegura que en los primeros campos “había muchos ecos de la vida castrense” y cita a un antiguo prisionero de Dachau cuya primera impresión sobre el campo era que se trataba de “una especie de campo militar” (77). En efecto, en muchos campos eran normales las marchas diarias “acompañadas con música militar” y la revista en el patio, “donde se vociferaban órdenes como «gorras fuera» y «vista al frente»”, según Wachsmann (2015: 77), quien añade que, en Dachau, “los prisioneros debían saludar y «adoptar la postura militar»” cuando se encontraban con un guardia, y “la jornada laboral de los internos debía señalarse con toque de corneta de un trompetista de la SS llamando a armas”. También explica que la militarización de algunos de estos primeros campos “tiñó incluso el lenguaje cotidiano” (77). De manera que, por ejemplo, en Dachau, “cada barracón era una «compañía de reclusos», constituida por cinco «secciones» (es decir, cinco habitaciones) supervisadas por un «jefe de compañía» de la SS” (77). Asimismo, el adiestramiento militar también era imitado en los primeros campos, pero con objetivos muy distintos a los que se perseguía en el ejército, como también explica Wachsmann (2015: 78):

El equivalente ampliado [al adiestramiento militar] de los primeros campos era el “deporte” de presos, una sucesión de atormentadores ejercicios como flexiones de rodillas lentas e infinitas flexiones de brazos, además de arrastrarse, saltar y correr. En el ejército, aquellos entrenamientos pretendían fundir a los reclutas en una unidad cohesionada. En los campos pretendían derrumbar a los prisioneros.

Algo parecido ocurría con la disciplina:

La disciplina sin sentido proseguía en el interior de los barracones, con reglas absurdas que daban a los guardias la excusa perfecta para continuar maltratando a los presos. Una vez más, muchas de las rutinas eran el reflejo de las prácticas militares, incluida la de “hacerse la cama”, según la cual los prisioneros debían hacer sus camas a la perfección, con los bordes casi escuadrados; los prisioneros solían recurrir al uso de cuerdas y niveles para evitar los castigos (78).

De hecho, esta apariencia militar ayudó a que muchos, como Chaves, asociaran los campos con la tradición alemana y no comprendieran la verdadera dimensión del horror que se estaba gestando en Alemania y que tenía a los campos de concentración como instrumento fundamental. Así lo explica Wachsmann (2015: 78):

Al aprovechar las costumbres e ideas tradicionales, los primeros campos (y la custodia protectora) no parecían una ruptura total con las tradiciones alemanas. Para parte del público, esto hacía que los campos parecieran menos excepcionales de lo que realmente eran. Como ha dicho Jane Caplan, la inflexión de prácticas anteriores ayudó a disfrazar “el despiadado carácter de la represión nazi, y facilitó la aceptación oficial y popular”.

Chaves cayó en esa trampa y no supo ver más allá del efecto óptico del trampantojo del campo militar. En esa misma línea, el periodista continuaba la crónica con la siguiente reflexión:

Los alemanes creen que la disciplina militar es una especie de suma y compendio de todas las virtudes cardinales. Y a todos los disconformes con el régimen –un régimen que debe su triunfo a unas elecciones, no se olvide– los someten a este tratamiento intensivo de disciplina militar, con la esperanza de que así, moviéndose a toque de corneta y marcando el paso, se curarán de sus errores. ¡Y lo maravilloso es que se curan! Pocos, muy pocos, serán los comunistas, socialistas o liberales alemanes que resistan unas semanas de vida militar a la prusiana sin encontrarse al cabo sumados, aun contra su propósito, a esa moral regimental que los alemanes llaman “espíritu del frente” (Chaves Nogales, 1933k).

El periodista ya había desarrollado esta idea del militarismo como “suma y compendio de todas las virtudes cardinales” para “los alemanes”⁶¹⁷ en su crónica del 16 de mayo, donde le hacía decir a un nazi arquetípico lo siguiente:

Nuestro ideal es el militarismo. Los latinos se asustan de esta afirmación porque son incapaces de concebir el militarismo como voluntad y como representación. No comprenden una actividad humana sin fin utilitario. No admiten que el germano sea militarista independientemente de que haga la guerra o no. Claro es que el militar hace la guerra cuando llega su hora, pero es que puede darse el caso de que el militarismo sea un fin en sí y no un medio, y éste es el caso del pueblo alemán, cuyas virtudes esenciales se manifiestan dentro de la disciplina militar como en un clima favorable. Hemos llegado a la conclusión de que el único medio para construir un estado “verdaderamente popular” en Alemania es el cuartel y que la disciplina es el camino que se ha de seguir para la forma genuina de la democracia; es decir, que el “servicio” es para el alemán la fórmula perfecta de la libertad (Chaves Nogales, 1933b).

En este sentido, ya vimos en el apartado 4.2.2 cómo Hitler recordaba con nostalgia la guerra en *Mein Kampf*:

Noch einmal jauchzten die siegreichen Bataillone, und die letzten Kränze unsterblichen Lorbeers hingen sich an die siegumwitterten Fahnen. Noch einmal brausten die Lieder des Vaterlandes die endlosen Marschkolonnen entlang zum Himmel empor, und zum letzten Male lächelte die Gnade des Herrn seinen undankbaren Kindern⁶¹⁸ (Hitler, 1926: 541).

De hecho, como también vimos en dicho apartado, ya desde el momento en que se retiraba levemente herido del frente de batalla, Hitler añoraría *el espíritu del ejército en el frente (der Geist des Heeres an der Front)* –es decir, “esa moral regimental que los alemanes llaman «espíritu del frente»” a la que se refiere Chaves en esta crónica–, una suerte de compendio idealizado de valores militares basados en el heroísmo y en el

⁶¹⁷ Aquí podría haber implícita una sinécdoque, en tanto que Chaves se refiere a los nacionalistas alemanes simplemente como el conjunto de “los alemanes”, o acaso se trate simplemente de una generalización.

⁶¹⁸ “Una vez más, los batallones victoriosos vitorearon, y las últimas coronas de laurel inmortal colgaron en las banderas victoriosas. Una vez más, los cantos de la patria ascendieron hacia el cielo por las interminables columnas en marcha, y por última vez la gracia del Señor sonrió a sus ingratos hijos”.

honor que, según Hitler, no existían en la retaguardia: “Der Geist des Heeres an der Front schien hier schon kein Gast mehr zu sein. Etwas, das an der Front noch unbekannt war, hörte ich hier zum ersten Male: das Rühmen der eigenen Feigheit!” [“El espíritu del ejército en el frente no estaba ya aquí. Algo que aún era desconocido en el frente lo escuché aquí por primera vez: ¡La jactancia de la propia cobardía!”] (Hitler, 1926: 527). Por su parte, como también vimos ya en el apartado 4.2.2, Grunberger (1971: 150) menciona el término que el general alemán Ludwig Beck utilizaba para referirse a sus compatriotas: “*Militärfromm*, es decir, llenos de reverencia hacia lo militar”. También vimos cómo el intelectual nazi Alfred Rosenberg (1930: 105) ensalzaba el militarismo prusiano, entre otras idealizaciones propias de la *Weltanschauung* nazi: “En el vikingo nórdico, en el caballero germánico, en el oficial prusiano, en el hanseata báltico, en el soldado alemán y en el campesino alemán reconocemos el concepto del honor plasmador de vida en sus distintas manifestaciones telúricas”. Asimismo, acerca de esta reverencia por la vida militar de los nazis, Sebastian Haffner (1939: 25), haciendo gala de cierta agudeza psicológica, escribiría:

[...] los eternos combatientes, quienes a pesar de todos los horrores encontraron en la realidad de la guerra *su* forma de vida y siguen haciéndolo aún hoy, y las eternas «existencias fracasadas», aquellos que precisamente vivieron y viven el terror y la destrucción causados por la guerra con júbilo, como una especie de venganza contra una vida que les viene grande. Al primer tipo responde tal vez Göring, al segundo desde luego Hitler.

En este sentido, Klemperer (1975: 12) hablaba de la introducción del término *heroísmo* en el vocabulario de los jóvenes durante el Tercer Reich y cuenta una anécdota ocurrida durante un debate con sus alumnos: “Hablábamos del sentido de la cultura, del humanismo [...] y de repente, de forma inevitable, alguien se refería a un comportamiento heroico o a una resistencia heroica o al heroísmo en general” (13).

Por otra parte, cabe destacar el recordatorio que hace Chaves en este párrafo acerca del carácter democrático de la llegada de Hitler al poder: “[...] un régimen que debe su triunfo a unas elecciones, no se olvide”. Este es un recordatorio dirigido, como no podía ser de otra forma, a los lectores españoles, que no podía tener otro fin que el de advertirles del peligro del fascismo. En este sentido, recordemos que con ocasión de la *sanjurjada*, el periodista advertía que, perdida la fe en la capacidad de gobierno de la República, incluso por parte de personas adictas al régimen, “fue dibujándose la ilusión del golpe de fuerza, la esperanza del puño fascista” (Chaves Nogales, 2013: 1419). Por otra parte, como señalábamos en el apartado 3.1.2, en 1933 no sólo se crearía el partido filofascista Falange Española, sino que, pese a no ser un partido fascista, la CEDA intentó utilizar el auge del fascismo en Europa jugando con su “hibridez”, según sostiene Egido León (1987: 224). Chaves no ignoraba esa tendencia y, como ya hemos señalado en varias ocasiones, el principal objetivo de estas crónicas escritas desde Alemania y las que nunca se publicaron sobre Italia era, precisamente, desmitificar el

régimen nazi y el fascismo italiano ante los ojos de aquéllos que pudiesen verse tentados de imitar sus modelos en España.

Por lo demás, también cabe comentar en qué medida era acertada la afirmación de Chaves de que el supuesto régimen militar en los campos de concentración era eficaz para convertir a los disidentes políticos en nacionalsocialistas:

Y a todos los disconformes con el régimen [...] los someten a este tratamiento intensivo de disciplina militar, con la esperanza de que así, moviéndose a toque de corneta y marcando el paso, se curarán de sus errores. ¡Y lo maravilloso es que se curan! Pocos, muy pocos, serán los comunistas, socialistas o liberales alemanes que resistan unas semanas de vida militar a la prusiana sin encontrarse al cabo sumados, aun contra su propósito, a esa moral regimental que los alemanes llaman “espíritu del frente”.

Como ya hemos visto, el militarismo era tan sólo una fachada que escondía los malos tratos a los presos con la intención de quebrar su resistencia y deshumanizarlos. De manera que la afirmación de Chaves, a la luz de lo que sabemos hoy, resulta frívola. Ciertamente muchos presos acababan rindiéndose a la fatalidad de su condición de presos de un régimen brutal, pero por el efecto de la tortura y la coacción más que por el régimen cuartelario bajo el que se encontraban. Así, por ejemplo, con respecto al caso concreto de los primeros campos de Sajonia, Baganz (2012: 5) cita un documento interno nacionalsocialista que presenta como uno de los principales objetivos de los campos de concentración “den durch marxistische Verhetzung in der Vergangenheit sittlich verwilderten Schutzhäftlingen wieder Sinn für Ordnung, Unterordnung und Eingliederung und für geregelte Arbeit beizubringen und ganz allgemein sie zu brauchbaren Gliedern des neuen Staates zu erziehen” [“restaurar el sentido del orden, de la subordinación, de la integración y del trabajo reglamentado en los prisioneros que habían sido pervertidos en el pasado por la agitación marxista, y educarlos, en general, para ser miembros útiles del nuevo estado”]. Sin embargo, como asegura la propia Baganz (2012: 5-6), esa supuesta educación consistió en “die Gefangenen zu demütigen und zu erniedrigen, ihre Moral zu zermürben, ihren Zusammenhalt zu zerreißen, ihre Gesundheit zu ruinieren und ihr Leben zu verkürzen, kurz: sie psychisch und physisch zu brechen” [“degradar y humillar a los prisioneros, desgastar su moral, destrozar su cohesión, arruinar su salud y acortar sus vidas, es decir: romperlos mental y físicamente”]. La naturaleza de ese plan educativo les quedaba muy claro a los prisioneros nada más llegar a los campos. De acuerdo con Baganz (2012: 6), en sus distintas variables, tenían lugar en casi todos los campos lo que los guardias nazis llamaban “fiestas de recepción” (*Empfangsfeierlichkeiten*): éstas consistían en golpear a los prisioneros con correas, hebillas, palos de goma o de madera, culatas de rifle, varillas de acero, listones con clavos o con las “dagas de honor” (*Ehrendolchen*) de los SS. Asimismo, siempre de acuerdo con Baganz (2012: 6), muchos prisioneros fueron víctimas a su llegada a los campos del llamado “saludo sajón” (*Sachsengruß*), que consistía en ponerlos de pie contra la pared con los brazos cruzados en la nuca, y, si se movían, golpear sus cabezas contra la pared. En definitiva, la maravillosa cura de los

prisioneros de la que hablaba Chaves con ironía, valiéndose de un lenguaje afín al nacionalsocialismo para poner en evidencia su intransigencia, se debía bastante menos al “espíritu del frente” al que hacía referencia el periodista que a la simple y cruel tortura. Además, también existía el adoctrinamiento en los campos. Así, por ejemplo, Baganz (2012: 13) menciona la presencia de una biblioteca en el campo de Sachsenburg con periódicos, revistas y libros nacionalsocialistas, como *Mein Kampf*, para influir en la “educación política” (*politische Erziehung*) de los prisioneros.

En relación con esto último, hay algo que Chaves sí acertó a comprender de los primeros campos de concentración: su naturaleza de instrumento totalitario homogeneizador de la población, aunque no imaginara el grado de crueldad que alcanzaría dicho instrumento, que llegaría hasta el exterminio en masa de seres humanos, pues no podía comprender aún lo que iba a ser el totalitarismo. En este sentido, Arendt (1948: 589) señala que los campos de concentración y de exterminio de los regímenes totalitarios servían de “laboratorios” en los que se ponía a prueba “la creencia fundamental del totalitarismo de que todo es posible”. Asimismo, explica:

La dominación total, que aspira a organizar la pluralidad y diferenciación infinitas de los seres humanos, como si la humanidad fuese justamente un individuo, sólo es posible si todas y cada una de las personas pudieran ser reducidas a una identidad nunca cambiante de reacciones, de forma tal que pudieran intercambiarse al azar cada uno de estos haces de reacciones. El problema es fabricar algo que no existe, es decir, un tipo de especie humana que se parezca a otras especies animales, cuya única “libertad” consistiría en “preservar la especie”. La dominación trata de lograr este objetivo tanto a través del adoctrinamiento ideológico de las formaciones de élite como a través del terror absoluto en los campos [...] (589).

Por último, Chaves cierra este párrafo haciendo una comparación, muy desafortunada a la vista de los acontecimientos posteriores, entre el comportamiento esperable de unos hipotéticos reclusos españoles encerrados en campos como los que se estaban abriendo en Alemania y el de los presos alemanes:

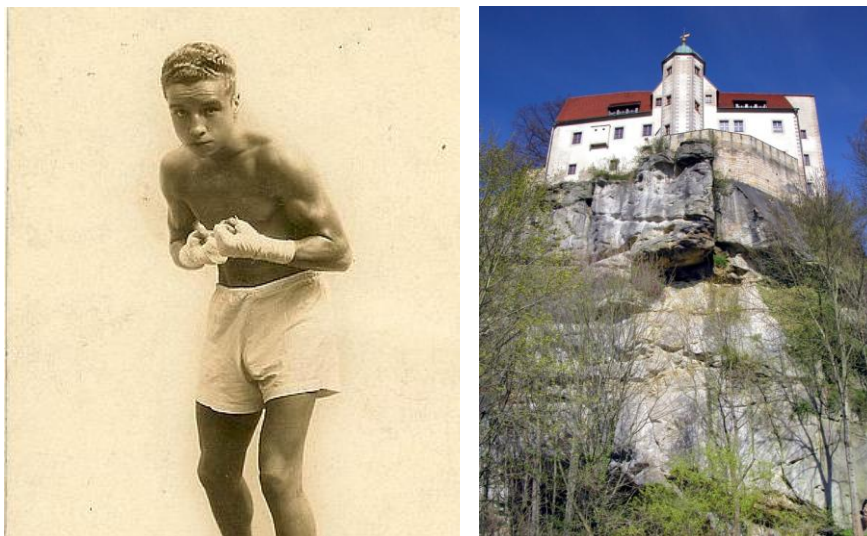
Tengo la sospecha de que si a la masa rebelde española se la sometiese a este tratamiento, la inmensa mayoría de los así tratados acabarían por suicidarse o se estrellarían desesperados contra los fusiles de los guardianes y las alambradas de espino con corriente eléctrica de cuatrocientos voltios que los alemanes ponen a sus campamentos de prisioneros. También en Alemania hay tipos así; pero sospecho que ya quedan pocos. La ley de fugas no es exclusivamente celtíbera (Chaves Nogales, 1933k).

Decíamos que este recurso habitual en estas crónicas alemanas de Chaves de comparar la realidad alemana con realidades más próximas al lector, en este caso era desafortunado, puesto que miles de republicanos españoles, algunos de los cuales formaban en 1933 seguramente parte de lo que Chaves llama “masa rebelde española”, es decir, comunistas y anarquistas⁶¹⁹, acabarían años más tarde en campos de

⁶¹⁹ Recordemos el apartado 3.1.1, en el que vimos cómo el periodista incluía a éstos entre los que intentaban tumbar el nuevo régimen democrático español en 1933. Cabe recordar también lo que escribía el periodista en agosto de 1932 con respecto al ambiente previo a la *sanjurjada* en Sevilla: “Sindicalistas y comunistas han intentado durante muchos meses ejercer su dictadura sobre la vida de la ciudad. Sevilla daba el gran salto: de un régimen casi medieval a unas experiencias marxistas y sorelianas predicadas por

concentración nazi. Y, aunque algunos, en efecto, se suicidaron tirándose contra las vallas electrificadas, éste no fue en absoluto un comportamiento especialmente característico de los prisioneros españoles, a pesar de que la dureza de la vida en los campos a los que éstos llegaron era mayor que la de aquéllos primeros campos de los que habla Chaves. De hecho, algunos de los campos que más republicanos españoles alojaba, como el campo austriaco de Gusen, satélite del de Mauthausen, eran, simplemente, campos de exterminio. De acuerdo con Hernández de Miguel (2015: 521), el número de españoles muertos en los campos de concentración nazis registrados oficialmente asciende a cerca de 9.000. Sin embargo, el propio Hernández de Miguel asegura que algunos “historiadores y asociaciones de exdeportados elevan esa cifra hasta los 20.000”, pues fueron numerosos “los convoyes de prisioneros que no pasaron por el habitual registro, especialmente en los meses finales de la guerra” (521). Entre los que se suicidaron, por ejemplo, estaba el boxeador olímpico Llorenç Vitrià, combatiente republicano español, exiliado tras la toma de Barcelona por el ejército franquista en 1939. En 1940 fue a parar al campo de Gusen, y el 18 de junio de 1941 se quitaba la vida arrojándose contra la valla electrificada, según Hernández de Miguel (2015: 260), quien también recoge el testimonio del superviviente de Mauthausen José Alcubierre acerca de los compañeros que se suicidaban lanzándose contra las alambradas:

Alguno se presentaba por la noche y le decía a un amigo: “Toma, el pan de la cena”. ¡La ración de pan, entera, y se la daba! El otro enseguida se imaginaba lo que iba a ocurrir y le decía: “¡Venga, no hagas el tonto! Ya verás como en tres meses salimos de aquí”. A la mañana siguiente se encontraba a su amigo muerto, agarrado a la alambrada (259-260).



El joven Llorenç Vitrià años antes de suicidarse en el campo de Gusen⁶²⁰, y el castillo de Hohnstein⁶²¹.

unos nazarenoides que sembraban la confusión levantando toda esa fauna de pistoleros flamencos, señoritos comunistas, reaccionarios de rifle y flor de lis, incendiarios profesionales, gente toda –de la derecha y de la izquierda– con un solo designio: hundir el régimen republicano” (Chaves Nogales, 2013: 1418).

⁶²⁰ Estudio Vilaseca. “Llorenç Vitrià en la década de 1920”. En Viana, Israel (2013): “Llorenç Vitrià, el olímpico español que se suicidó en Mauthausen”. ABC. Madrid, 10 de octubre. En <<https://cutt.ly/VfyHSak>> [cons. 14/7/2020].

No obstante, los que se suicidaron no fueron, ni mucho menos, la “inmensa mayoría”, como preveía Chaves. Muchos fueron asesinados y muchos otros sobrevivieron a la experiencia para contarla. Por otra parte, en cuanto a los alemanes que se suicidaron en aquellos primeros campos, Baganz (2012: 6) relata el caso de un hombre que se lanzó desde una altura de ochenta metros en el castillo de Hohnstein, fortaleza emplazada sobre un macizo rocoso cerca de la frontera checa convertida provisionalmente en campo de concentración. Y asegura que hubo muchos otros casos de suicidio, aunque no se conocen las cifras exactas, entre otras cosas, porque a veces los guardias nazis hacían pasar los asesinatos por suicidios.

Por otra parte, Hans Beimler (1933: 35-65), quien estuvo preso en el campo de Dachau, como ya hemos mencionado, relata cómo los guardias de las SS, aparte de darle palizas periódicas, lo instaban continuamente a suicidarse, hasta que un día, y vista su resistencia, lo amenazaron con ejecutarlo ellos mismos al día siguiente si no se había suicidado para entonces. Afortunadamente, consiguió escapar del campo esa misma noche⁶²² (69). Su compañero de la celda contigua, Fritz Dressel, no tuvo tanta suerte y apareció un par de días antes de la fuga de Beimler muerto en su celda, los guardias aseguraron que se había suicidado, pero Wachsmann (2015: 33) afirma que lo más probable es que éstos lo hubiesen asesinado. Esos asesinatos que se hacían pasar por suicidios son precisamente a los que se referiría Chaves, con acierto, cuando aseguraba: “La ley de fugas no es exclusivamente celtíbera”, en referencia a las ocasionales ejecuciones extrajudiciales de la policía española a finales del siglo XIX y principios del XX disfrazadas como intentos de fuga. Así denunciaba Miguel de Unamuno (1927: 122) algunos casos concretos:

Utilizando la ley de fugas, se asesinó, a la puerta de la cárcel, cuando salía con su hatillo en la mano, a las dos de la madrugada, al sindicalista Evelio Boal, y se acribilló a tiros, en las calles, a docenas de presos porque trataban de fugarse, llevando manos y pies atenazados por las esposas.

En este sentido, antes de salir para Dachau el primer destacamento de las SS que se haría cargo del campo, en abril de 1933, recibió una arenga del líder del distrito de Múnich, el barón von Malsen-Ponickau, quien les conminó a asesinar a los prisioneros que intentaran huir del campo: “Si [un prisionero] trata de huir, le disparan, y espero que no fallen. De estos sujetos, cuantos más mueran, mejor” (cit. en Wachsmann, 2015: 68).

A la vista de todo lo anterior, la siguiente descripción que hace Chaves de la rutina en los campos de trabajo, por más detallada que sea, y por más elementos

⁶²¹ Fotografía de Blobelt, Jörg (2012): “Ursprünge im 15 und 16. Jahrhundert. Blick von Süden aus den Bärengarten-Tal zur Burg Hohnstein”. En <<https://cutt.ly/BfyHOit>> [cons. 14/7/2020].

⁶²² Fue la madrugada 9 de mayo de 1933, cuando Chaves todavía estaba en Alemania. El antiguo diputado comunista tardaría aún unos meses en poder publicar su experiencia en Dachau. De modo que, lamentablemente, Chaves no podía conocerla cuando escribió esta crónica.

verdaderos que contenga (al menos en lo referente a algún campo concreto), lo cierto es que ofrece una imagen general infinitamente más benévola que la real:

Los prisioneros de los campamentos se levantan a las cinco y media de la mañana y a las siete y media se ponen obligatoriamente a trabajar, a las voces de mando de sus cabos de vara; trabajan hasta las doce; a esa hora se les sirve el rancho y luego se les deja un par de horas entregados a la predicación de unos instructores “nazis”, que van poco a poco “reformándoles”; se tiene en estos campamentos el cuidado de alejar de los simples militantes políticos a sus jefes, prisioneros también, para que éstos no continúen sus propagandas entre los detenidos. A media tarde, los reclusos pasan a hacer gimnasia, es decir, la instrucción militar, y a las nueve de la noche suena el toque de silencio. La vida de estos reclusos es, pues, bastante activa; además de estas obligaciones comunes, cada uno tiene el deber de hacer su cama, lavar su ropa e ir a buscar su comida (Chaves Nogales, 1933k).

En cuanto a la separación de los simples militantes políticos de “sus jefes” de la que habla Chaves, resulta perfectamente verosímil. Así, por ejemplo, uno de esos “jefes”, el ya mencionado diputado comunista Hans Beimler, refiere que a su llegada al campo de Dachau lo condujeron a una sala y le pidieron que vaciara sus bolsillos. Como al registrarlo le encontraron un lápiz en uno de los bolsillos de la chaqueta, lo condenaron a catorce días de aislamiento: “Fue un pretexto de lo más absurdo, ya que, al cabo de unos minutos me dieron un portaplumas, papel de carta, un cuaderno, etc. Necesitaban una excusa, aunque estuviese cogida por los pelos, para aislar me del resto de camaradas del Lager”, asegura el propio Beimler (1933: 33). Por otra parte, de lo que no cabe duda, es de que los guardias nazis de los campos se ensañaban con los líderes políticos, a los que consideraban “seductores” y “estafadores del pueblo”, tal y como explica Wachsmann (2015: 54-55), quien detalla los malos tratos y palizas que recibieron líderes políticos y sociales como Eric Mühsam, Carl von Ossietzky, Hans Litten, Friedrich Ebert o Ernst Heilmann. Beimler (1933: 34), por su parte, relata cómo el guardia que lo conducía a su celda de aislamiento lo golpeó con una porra delante de cientos de reclusos a los que les gritaba: “Mirad, hemos pillado a vuestro querido Beimler, que os ha engañado e instigado”.

Por lo demás, si lo que Chaves describe en el párrafo anterior es la rutina de un verdadero campo de concentración, sus fuentes muy probablemente habrían omitido cualquier revelación que los pusiera en peligro de volver a ser internados, como ya hemos visto, o habrían utilizado eufemismos. Baste el ejemplo de la “gimnasia” o “instrucción militar” a las que hace referencia Chaves, que, en realidad, como explicaba Wachsmann (2015: 78) unas páginas más atrás, era a menudo tan sólo un medio de “derrumbar a los prisioneros”; o la obligación de hacer las camas que menciona el periodista, que, en realidad, daba ocasión a los guardias de castigar a los reclusos por cualquier imperfección (78). Chaves, sin embargo, aquí sólo insiste en la analogía de los guardias del campo y los “cabos de vara”, similar a la que hacía cuando hablaba de los campos de trabajo en su crónica del 18 de mayo (ver apdo. 4.4). Vemos de nuevo, cómo la cortina del tradicional militarismo alemán ocultó eficazmente al periodista el

novedoso terror de los campos que buscaba quebrar la moral de los prisioneros y arrebatárles su dignidad⁶²³.

Sin embargo, no hay que descartar que las fuentes de Chaves en realidad hubiesen estado en un campo de trabajo, pues, como ya hemos visto, durante aquellos primeros meses a veces se les denominaba campos de concentración. Baganz (2012: 15-16) cita una circular nazi de 1933 en la que se explica quién debía ser enviado a campos de trabajo y quién a campos de concentración en Sajonia:

Zur Aufnahme in die Arbeitsdienstlager sind in erster Linie die Jugendlichen unter 25 Jahren und dann solche Schutzhäftlinge auszuwählen, von denen angenommen wird, daß sie besserungsfähig sind, insbesondere wenn feststeht, daß sie lediglich durch Verhetzung und Verführung Marxisten geworden sind. [...] In die Konzentrationslager sind alle diejenigen Schutzhäftlinge zu überführen, die sich als Schädlinge am deutschen Volkskörper erwiesen haben und deren Sinnesänderung insoweit aussichtslos erscheint, das sind insbesondere die Funktionäre und sonstigen geistigen Führer der marxistischen Verbände und kriminell schwer vorbestrafte Personen⁶²⁴.

A la luz de este documento, no sería extraño, como decíamos, que las fuentes de Chaves se encontraran entre los detenidos que fueron a campos de trabajo, pues, para poder hablar con el periodista, tenían que haber sido puestos en libertad necesariamente a las pocas semanas de su detención, y, por tanto, no estaban entre aquellos prisioneros que los nazis consideraban perdidos para su causa y que solían acabar en los campos más duros. De hecho, a continuación, el periodista hace notar al lector la similitud entre la rutina de esos campos y la de los campos de trabajo que él mismo describió en sus crónicas del 18 y el 19 de mayo, tras su visita al campo de trabajadores de Biesenthal, tal y como vimos en los apartados 4.4 y 4.5:

Nótese la absoluta semejanza que hay entre el régimen a que están sometidos los prisioneros y el que existe en los campamentos de concentración de trabajadores voluntarios de que hablábamos días atrás. La única diferencia que hay –aparte de la relativa voluntariedad– es que al trabajador voluntario el Reich le da unos céntimos de jornal, y al preso se los cobra; si puede, claro es. Hace pocos días se ha dispuesto que todos los detenidos gubernativos que ingresan en las cárceles paguen un canon de un marco cincuenta diario. Es más: cuando se detiene; a un ciudadano y se le conduce, aunque no sea más que por un par de horas, a una oficina de Policía para prestar declaración, tiene el deber de pagar cuarenta “pfennigs” por lo que los “nazis” llaman “derecho

⁶²³ Chaves era víctima en este caso de cierta inocencia, por lo demás muy extendida durante aquellos años previos a la revelación de la represión inhumana y el exterminio que causarían los regímenes totalitarios, que permitía escribir todavía con alguna frivolidad sobre estos temas que no sería posible ya después de conocer la verdadera cara del horror totalitario. Albert Camus (1979: 14) lo expresaría así en 1946: “En aquella época hasta un joven pobre podía forjar el suntuoso proyecto de atravesar un mar en busca de la luz. Pero en aquel momento hice lo que hicieron todos. No me embarqué. Ocupé mi lugar en las filas que pataleaban delante de la puerta abierta del infierno. Poco a poco fuimos entrando en él. Y al primer grito de la inocencia asesinada la puerta se cerró rechinante a nuestras espaldas. Ya estábamos en el infierno y no llegamos a salir de él”.

⁶²⁴ “Para la admisión al campo de trabajo, primero se debe seleccionar a los jóvenes menores de 25 años y luego a los presos que se cree que son capaces de mejorar, especialmente si está claro que se han convertido en marxistas solo por incitación y seducción. [...] Todos aquellos prisioneros de protección que han demostrado ser una plaga en el cuerpo del pueblo alemán y cuyo cambio de opinión parece ser inútil a este respecto deben ser transferidos a los campos de concentración, en particular los funcionarios y otros líderes intelectuales de las asociaciones marxistas y las personas con castigos penales severos”.

de asiento”. Tener a tanta gente en la cárcel es caro, y Alemania no puede permitirse dispendios (Chaves Nogales, 1933k).

En efecto, la rutina que el periodista describía en el párrafo anterior tiene bastantes similitudes con el horario tipo de los campos de trabajo del Servicio de Trabajo Voluntario (*Freiwillige Arbeitsdienst*) que recoge Patel (2003: 219-221) y que vimos con detalle en los apartados 4.4.3. y 4.4.4. Sin embargo, resulta muy difícil asegurar si las fuentes de Chaves maquillaron la información que le ofrecieron sobre los campos, si estuvieron en un campo de trabajo o si, simplemente, estuvieron en un campo de concentración con condiciones más humanas que las descritas por Wachsmann y Baganz, lo cual, a la luz de lo visto en este apartado, no podemos asegurar que sea imposible, pero sí muy improbable. En cuanto al salario de los trabajadores voluntarios, era de treinta *pfennings* (céntimos de marco), según informaba el periodista en la crónica del 18 de mayo (Chaves Nogales, 1933d). Sin embargo, sobre el pago por parte de los detenidos de un “canon” de un marco y medio por cada día que permanecieran en prisión y de cuarenta *pfennings* por el “derecho de asiento” en un centro de detención, no hemos podido encontrar datos exactos que lo corroboren. No obstante, Baganz (2012: 8) asegura que el hostigamiento a los reclusos continuaba incluso después de ser liberados, pues se les exigía el pago de la tasa por cada día que hubieran estado en el campo de concentración, tasa que en Sajonia era de dos marcos diarios. A este respecto, Chaves concluye, con ironía: “Tener a tanta gente en la cárcel es caro, y Alemania no puede permitirse dispendios”, jugando a ver la situación desde la perspectiva nacionalsocialista, y poniendo así de relieve la iniquidad de la medida en cuestión.

4.10.1. El gran inquisidor: el pueblo

En el siguiente apartado, Chaves sostiene que la represión política en Alemania la estaba llevando a cabo el pueblo, azuzado por los líderes nazis, como se desprende ya del símil (que, una vez más, hace referencia al carácter medieval del nacionalsocialismo) que sirve de ladillo al apartado –“El gran inquisidor: el pueblo”–. Sin embargo, para reforzar ese argumento, comete el error de comenzar el apartado con una afirmación sorprendente, no tanto por lo equivocado de la misma –que también–, sino por lo innecesaria que resultaba, pues el periodista se aventura a afirmar algo que de ningún modo podía saber a ciencia cierta: que los presos políticos no eran torturados en las cárceles ni los campos de concentración. Y, como es natural, se equivoca en varios sentidos, como veremos a continuación:

La imaginación meridional tiende a representarse este terror policíaco melodramáticamente; es decir, a base de unas cuadrillas de carceleros criminales que, después de atormentar a sus

víctimas con crueldades refinadas, les dan muerte en medio de horribles sufrimientos, para cumplir los designios de un tirano. Así se inventó aquella leyenda de la muerte de Thaelmann, que tan eficazmente sirvió a los “nazis” para desvirtuar las acusaciones que se les hacían. Me atrevería a afirmar que en ninguna cárcel alemana, ni en los campamentos de prisioneros, ni en las oficinas de Policía, ocurren tales cosas. Es más: creo que no hay un solo funcionario del Reich capaz de responder a esta estampa clásica del esbirro (Chaves Nogales, 1933k).

En primer lugar, cabe recordar la precaución que mostraba el periodista en su crónica del día anterior, la del 26 de mayo, acerca de propalar supuestas atrocidades cometidas por los nazis –lo que éstos llamaban la *Greuelpropaganda* (ver apdo. 4.9.1)–, práctica común en la prensa internacional esos días que dio lugar a varios desmentidos por parte del Ministerio de la Propaganda de Goebbels y que, por tanto, sirvieron para reforzar el relato del nacionalsocialismo en lo referente a la represión política y contra los judíos. De ahí que el periodista afirme aquí que la “imaginación meridional tiende a representarse este terror policíaco melodramáticamente” y recuerde el caso del líder comunista Ernst Thälmann: “Así se inventó aquella leyenda de la muerte de Thaelmann, que tan eficazmente sirvió a los «nazis» para desvirtuar las acusaciones que se les hacían”. Ya hablamos del caso de Thälmann en los apartados 3.1.3 y 4.9.1, y de cómo *El Socialista*, al igual que otros medios de diversos países, se había aventurado a dar credibilidad al rumor de la muerte del líder comunista alemán, que, como vimos en los apartados mencionados, era falso. No obstante, el error de Chaves en este párrafo consiste en pasar de la precaución de no querer atribuir a los nazis ninguna atrocidad que no fuese verificable, a perder toda precaución y decir que se “atrevería a afirmar” que “en ninguna cárcel alemana, ni en los campamentos de prisioneros, ni en las oficinas de Policía” no existían, en absoluto, “cuadrillas de carceleros criminales que, después de atormentar a sus víctimas con crueldades refinadas, les dan muerte en medio de horribles sufrimientos, para cumplir los designios de un tirano”, para acabar opinando –utilizando una vez más el verbo *creer* en primera persona del singular–: “Es más: creo que no hay un solo funcionario del Reich capaz de responder a esta estampa clásica del esbirro”.

¿Por qué pasó el periodista de la prudencia, para no contribuir a la propaganda nazi, a una imprudencia que, en buena medida, contribuía a la misma? Probablemente, hubo varias razones. En primer lugar, como decíamos al principio de este apartado, el periodista quiso resaltar la idea de que el pueblo alemán estaba participando activamente en la persecución de los disidentes políticos dándole un carácter absoluto, es decir, presentándola prácticamente como la única, o al menos la más importante, forma de represión del régimen. Por eso, se precipita a negar que se estuviera torturando a los prisioneros políticos en los campos de concentración o en las comisarías de policía. Para resaltar el carácter novedoso de la presión popular contra los disidentes políticos, negaba la existencia de un fenómeno que consideraba más clásico, el de la tortura, aunque, en realidad, en los regímenes totalitarios alcanzaría dimensiones absolutamente nuevas. Por otra parte, seguramente, el periodista quería servir de contrapunto a medios

como *El Socialista*, que se habían precipitado a anunciar la muerte de Thälmann sin poder confirmarla. Y, en ese afán, fue un paso más allá de lo que debía. Además, como hemos visto en el apartado anterior, había hablado con varios “sujetos” que le aseguraron que habían estado presos en supuestos campos de concentración y que éstos no eran más que una suerte de campamentos militares en los que se educaba en la disciplina prusiana a los prisioneros. Y, por otro lado, tenía el testimonio de Eugenio Xammar (1933e), quien había visitado a Thälmann en la cárcel, y había escrito en su crónica del 26 de marzo para *Ahora* –y quizá también había hablado sobre el tema personalmente con Chaves– que el líder comunista le había asegurado que no había sufrido malos tratos en prisión, como vimos en el apartado 4.9.1. Todo esto, sumado a una innegable dosis de imprudencia, explicaría por qué Chaves se atrevió a negar la práctica de torturas en los campos de concentración y las cárceles alemanas.

Pero hay algo más: a juzgar por el contenido del resto del apartado, da la sensación de que Chaves no tenía noticia de los centros de detención de la SA –los *Sturmlokale* de los que hablábamos en el apartado 4.3, centros de tortura improvisados en “las habitaciones traseras o los almacenes de tabernas normales”, según Kellerhoff (2006: 23)–, ni de que las SS estuvieran a cargo de algunos campos de concentración. Por el contrario, como vimos en el apartado 4.3, el periodista consideraba a la SA y las SS un ejército en la sombra, una simple forma del nacionalsocialismo de burlar el Tratado de Versalles, o, como vimos en el apartado 4.8.1, unos matones callejeros, una suerte de agitadores... Sin embargo, no parecía comprender que, desde el mes de marzo, también ejercían como un cuerpo parapolicial dentro del estado –y no sólo para vigilar a los *Schupos*, como señalaba en su crónica del 14 de mayo (Chaves Nogales, 1933a)–, lo que constituía una de las novedades del incipiente estado totalitario alemán, como explica Arendt (1948: 567): “Todo el poder real queda centrado en las instituciones del movimiento, fuera del estado y del aparato militar”. El movimiento totalitario controla el estado, pero desplaza todo el poder hacia las instituciones del movimiento paralelas al estado. Para Chaves, como para el resto de sus contemporáneos, esto suponía una novedad que no era fácil de apreciar durante su etapa más incipiente, tal y como señala Arendt (1948: 372-373):

El hecho de que la conquista del poder por los nazis fuera normalmente identificada con la dictadura de un partido mostró simplemente cuán enraizado se hallaba todavía el pensamiento político en los viejos esquemas establecidos y cuán poco preparado estaba el pueblo para lo que realmente había de llegar.

Por otra parte, llama la atención que al comienzo de la crónica, como veíamos en el apartado anterior, el periodista asegurara que, tras alcanzar Hitler el poder, “sus tropas se lanzaron, efectivamente, sobre el país como un ejército invasor de la Edad Media; [...] han hecho bastantes barbaridades; [...] todas las que eran factibles”. A la vista de lo que dice en este apartado, no debía referirse a las detenciones efectuadas por la SA y las SS, sino sólo a las agresiones y asesinatos más o menos espontáneos que

éstos cometieron. La confusión de Chaves en ese sentido se hace más evidente cuando asegura que cree que “no hay un solo funcionario del Reich capaz de responder a esta estampa clásica del esbirro”, ignorando que la policía no era la única a cargo de la represión de los disidentes políticos. Además, probablemente esa afirmación, a fuerza de categórica, también debía ser falsa. Por otra parte, Chaves no tiene en cuenta la prematura existencia de la Gestapo, la policía secreta. Como explica Johnson (2000: 208), la Gestapo “se creó a finales de abril de 1933 en Prusia, y posteriormente se hizo cargo de las funciones de la policía política en el resto de Alemania”. Y es perfectamente posible que algunos de sus miembros, que sí eran funcionarios del Reich, encajaran ya en la primavera de 1933 con esa “estampa clásica del esbirro” que mencionaba el periodista⁶²⁵. En este sentido, Burleigh (2000: 216) asegura que “el uso de la violencia, o la amenaza de ella era endémico en la Gestapo, antes y después de que el *modus operandi* se regulase teóricamente con las autoridades judiciales”. Asimismo, afirma que era común que los agentes de la Gestapo maltratasen a los detenidos o se valieran de miembros de las SS para hacerlo. Y refiere el ejemplo del jefe de la policía secreta en Hamburgo, Bruno Streckenbach, quien “llegó a un acuerdo con los tribunales en 1934 por el que los que «cometieran suicidio» después de que les hubiesen deshecho los riñones con unas nudilleras de metal fusen incinerados para evitar la autopsia” (216). De hecho, Burleigh también señala que la Gestapo prefería llevar a los detenidos al campo de concentración de Columbia-Tempelhof, en Berlín, que a la prisión estatal de Spandau:

No se podía esperar que el servicio de prisiones prusiano fuese capaz de algo más que de hacer pasar un mal rato al detenido, mientras que la SS de Columbia maltrataba rutinariamente a los presos hasta dejarlos sin sentido entre las sesiones de tortura en los propios locales de la Gestapo (217).

Gallately (1990: 181), en ese sentido, cuenta que la Gestapo tenía “una reputación de brutalidad, y el terror se apoderaba de los individuos quienes se solicitaba, por medio de tarjetas postales, que se dirigiesen al puesto local de la Gestapo «con el fin de contestar a algunas preguntas»”. Por tanto, en cierto modo, Chaves acertaba al creer incapaces de ejercer de torturadores a algunos funcionarios alemanes, pero erraba al no tener en cuenta a la Gestapo y, desde luego, al no contar a las fuerzas parapoliciales de las SS como instrumentos de represión a las órdenes del estado.

Sin embargo, había algo cierto entre todo lo que afirmaba Chaves en ese párrafo: las “cuadrillas de carceleros criminales” (que sí podían ser denominadas de tal forma), en efecto, no atormentaban a sus víctimas con “crueldades refinadas”. Así lo asegura Evans (2003: 237) en referencia al trato a los prisioneros en los primeros locales de detención de la SA y la SS: “La tortura no incluía nada mucho más refinado que puñetazos, patadas y porras de goma”. Beimler (1933: 17) explica cómo, tras ser

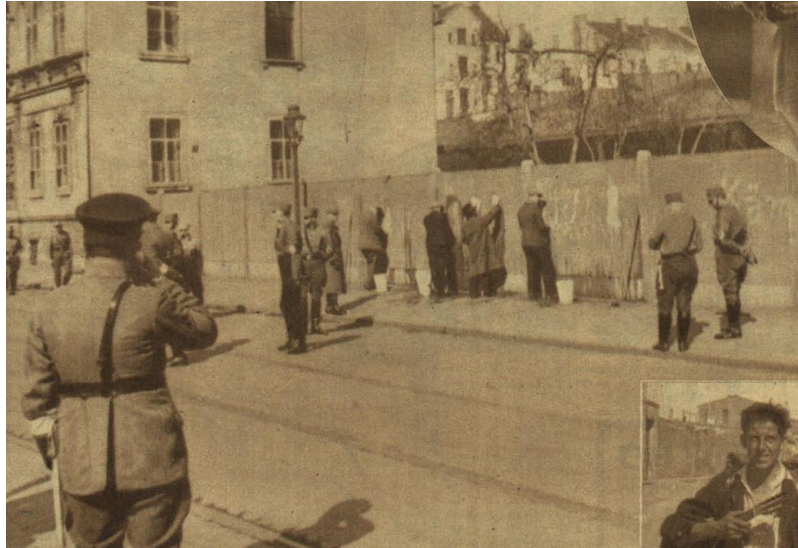
⁶²⁵ En el futuro sí lo harían, como explicamos en la siguiente nota al pie.

detenido y conducido a un cuarto apartado de la Jefatura de Policía de Múnich por un grupo de miembros de las SS, éstos le pidieron que se quitara la ropa y se tumbara en una mesa que allí había: “Y los pardos siervos del capital me golpearon por todo el cuerpo [...] hasta que no pude articular sonido. No sé si me dieron sesenta o setenta porrazos, no lo sé, me dejaron inconsciente de la paliza”. Durante su posterior estancia en Dachau hasta el momento de su fuga, ese ritual se repitió en numerosas ocasiones. No obstante, aunque no más “refinadas”, la tortura y los malos tratos en los campos también incluían prácticas vejatorias, como forzar a los reclusos a beber aceite de ricino o afeitarles el cuerpo, así como falsas ejecuciones y abusos sexuales, como ya hemos visto que señalaba Wachsmann (2015: 51). En efecto, no eran “crueldades refinadas”⁶²⁶, pero sí eran crueldades brutales que causaban la muerte de muchos reclusos “en medio de horribles sufrimientos, para cumplir los designios de un tirano”, por utilizar las palabras de Chaves. O, como lo expresa Evans (2003: 387): “Las condiciones que imperaban en los campos de concentración y centros de detención de las SA y las SS en marzo y abril se han descrito válidamente como «una anarquía sádica improvisada»”.

Sorprendentemente, y a pesar de los errores del periodista al juzgar la naturaleza de la represión nazi, dos de las fotografías que acompañan a la crónica hacen referencia al carácter bicéfalo de la represión nazi contra sus opositores, y las dos, por el carácter furtivo que delatan su encuadre y su enfoque podrían ser obra del propio Chaves, por dos motivos: porque el resto de fotografías del reportaje no tienen esas características, y porque las que hemos visto hasta ahora que eran con seguridad obra del periodista sí las cumplen, como vimos en los apartados 4.4 y 4.5. No obstante, esto no es suficiente para demostrar que el autor de estas dos fotografías sea Chaves. Pero, más allá de esto, lo que llama la atención de dichas fotografías es que ofrecen sendos ejemplos de la persecución a la que eran sometidos los judíos y los opositores al régimen por parte tanto de la SA como de la policía. Como vemos en la página siguiente, la primera muestra a unos hombres limpiando una pared bajo la mirada de varios miembros de la SA, que no parecen reparar en la presencia del fotógrafo. En su pie de foto se puede leer:

Antes del triunfo del nacionalsocialismo, las paredes y las vallas de todas las ciudades de Alemania estaban cubiertas de letreros en los que se Injuriaba a Hitler o se daban vivas al comunismo. Hoy no se ve en toda Alemania un solo grito contra el “führer”. Las tropas de asalto del nacionalsocialismo han obligado a los judíos que caían en sus manos a borrarlos. He aquí una de estas escenas, sorprendida en una calle de Leipzig (Chaves Nogales, 1933k).

⁶²⁶ No eran “refinadas” todavía, pero con el tiempo la Gestapo iría *refinando* sus prácticas de tortura, incluyendo entre su aterrador repertorio métodos como colgar al detenido de las ramas de un árbol y azuzar perros de presa contra él (ver Semprún, 1963: 162) o hundir su cabeza en una bañera llena de todo tipo de elementos escatológicos, como cuenta Jorge Semprún (2016), que fue víctima de ambas prácticas: “[...] los tipos de la Gestapo arrojaban habitualmente en la bañera llena de agua helada basuras caseras, tronchos de verduras podridos, excrementos incluso, para a continuación mantener bajo esa agua repugnante la cabeza del detenido”.



Varios hombres, supuestamente de origen judío, limpiando pintadas contra los nazis en Leipzig⁶²⁷.

Por otro lado, la segunda, tomada desde cierta distancia y con el fotógrafo medio oculto tras el tronco del árbol que queda en primer plano, muestra a la policía de Berlín cacheando a dos viandantes en un parque, según podemos ver a continuación:



La policía de Berlín cacheando a varios viandantes⁶²⁸.

Como vemos, ésta también queda solapada en las esquinas de la izquierda por las mismas fotografías que cubrían parte de la anterior. En cualquier caso, en su pie de foto se lee:

La Policía alemana ha asegurado en todo momento el orden en las calles. El formidable aparato policíaco del Reich no ha permitido que en los últimos tiempos los demás partidos políticos hiciesen frente en la lucha callejera a las tropas de asalto del nacionalsocialismo. Véase en la foto uno de los frecuentes cacheos que se practicaban en pleno día en las calles de Berlín (Chaves Nogales, 1933k).

⁶²⁷ En Chaves Nogales (1933k).

⁶²⁸ En Chaves Nogales (1933k).

Asimismo, en la doble página de la crónica se pueden ver otras dos fotografías relacionadas con el papel de la policía en el nuevo régimen (ver apéndice 20). La primera, situada en la parte superior central, muestra una camioneta de la policía cargada de detenidos, y en su pie de foto se puede leer: “La Policía haciendo una «razzia» en la Colonia de los Artistas, en la que se practicaron numerosas detenciones de intelectuales comunistas, socialistas y liberales” (Chaves Nogales, 1933k). La otra, situada en la parte superior derecha de la doble página, muestra a un policía tomando una fotografía. El pie de foto dice: “Los «schupos» berlineses han sido dotados en estos últimos días de aparatos fotográficos, para que en sus denuncias figure, a ser posible, el testimonio gráfico” (Chaves Nogales, 1933k).

Por lo demás, y más allá de los errores de juicio que Chaves pudiese haber cometido al juzgar la naturaleza de la represión nazi, el periodista desarrollaba a continuación la parte más sólida de su argumentación, según la cual, el pueblo alemán tuvo un papel fundamental en la persecución de los judíos y los oponentes políticos del régimen:

En cambio, es difícil para nosotros imaginarnos la verdadera forma de la persecución política que se está dando en Alemania. No se trata de unos ejecutores viles y asalariados que cumplen unas sentencias secretas; se trata de un formidable movimiento de odio popular desencadenado por las predicaciones de los líderes nacionalsocialistas que lleva a las masas a cometer verdaderos crímenes; el comunista o el judío no tienen que temer tanto a los polizontes como a sus propios vecinos de cuarto, a sus compañeros de trabajo, a los transeúntes, a toda esa masa popular que súbitamente ha descubierto en los marxistas y los judíos la causa de todas sus desdichas y se precipita sobre ellos dispuesta a despedazarlos (Chaves Nogales, 1933k).

Vuelve a contraponer Chaves aquí implícitamente lo que él considera como las contrapuestas visiones latina y germánica del mundo: “[...] es difícil para nosotros imaginarnos la verdadera forma de la persecución política que se está dando en Alemania”. Y vuelve también sobre la idea del párrafo anterior: “No se trata de unos ejecutores viles y asalariados que cumplen unas sentencias secretas”, que presenta en oposición con su argumento principal, que enuncia a continuación, para resaltarlo con el contraste de esa oposición: “[...] se trata de un formidable movimiento de odio popular desencadenado por las predicaciones de los líderes nacionalsocialistas que lleva a las masas a cometer verdaderos crímenes”. Nótese aquí, por otra parte, las resonancias religiosas del grupo nominal “las predicaciones de los líderes nacionalsocialistas”, que sugieren fanatismo y un atavismo que Chaves ya había relacionado con el nacionalsocialismo, especialmente en el contexto de esta crónica y la anterior, en las que las referencias al carácter medieval del mismo son recurrentes. En cuanto al “movimiento de odio popular” y las masas que comenten “verdaderos crímenes”, Haffner (1939: 153-154) aseguraba en 1939 acerca “del propósito nazi, cada vez menos velado, de amaestrar a los alemanes para que persigan a los judíos a lo largo y ancho del mundo y a ser posible los exterminen” lo siguiente:

Éste constituye en efecto algo novedoso dentro de la historia de la humanidad: el intento de anular, en el caso del género humano, esa solidaridad primigenia que comparten todos los miembros de una especie animal [...]; la pretensión de dirigir los instintos depredadores del hombre [...] contra miembros de su propia especie y de “azuzar” a toda una nación contra determinadas personas, como si fuera una manada de perros. Una vez despierto el instinto básico y perpetuo para asesinar al prójimo y transformado incluso en obligación, el hecho de cambiar de objeto se reduce a un detalle sin importancia. [...] De lo que se trata aquí es de la vacunación sistemática de todo un pueblo –el alemán– con un bacilo cuyo efecto consiste en que todos los portadores actúan contra el prójimo con ferocidad, o dicho de otro modo: se trata de liberar y cultivar aquellos instintos sádicos cuya represión y destrucción ha sido obra de un proceso civilizador de muchos miles de años de duración.

Vemos que Haffner, como Chaves, también hace hincapié en el carácter retrógrado y atávico del proceder de los nacionalsocialistas, aunque también menciona el carácter novedoso de esa incitación masiva al odio. En este sentido, cabe señalar la presencia, así sea elíptica, en este párrafo de Chaves de la figura, también de resonancias atávicas, del chivo expiatorio, a la que ya aludía el periodista en su crónica del 19 de mayo (ver apdo. 4.5.5), y que aquí desarrolla algo más cuando asegura que esa “masa popular” constituida por “los propios vecinos de cuarto”, los “compañeros de trabajo” o unos “transeúntes” cualesquiera, “súbitamente ha descubierto en los marxistas y los judíos la causa de todas sus desdichas y se precipita sobre ellos dispuesta a despedazarlos”. Recordemos lo que escribía el periodista sobre los judíos el 19 de mayo:

Hay, además, un viejo tipo de propaganda demagógica que siempre da resultado y que Hitler ha cultivado intensamente: es esa propaganda que tiene por base el meter en cintura a los explotadores del pueblo; siempre que se les dice esto, las masas populares se conmueven. Hitler disponía de unos explotadores para el sacrificio: los judíos (Chaves Nogales, 1933e).

En esta ocasión el periodista señala también la presencia de los “marxistas” entre aquéllos que constituían la causa de todas las “desdichas” del pueblo alemán en el ideario nacionalsocialista. Recordemos el episodio que narra Beimler (1933: 34) en el que un guardia que lo conducía a su celda en Dachau, delante de cientos de reclusos, gritó: “Mirad, hemos pillado a vuestro querido Beimler, que os ha engañado e instigado”. También Beimler (1933: 27) cuenta cómo, cada cierto tiempo, para justificar la detención de comunistas y socialistas, los nazis propagaban noticias falsas sobre complots urdidos por aquéllos para atacar contra Hitler. La versión nazi sobre la autoría del incendio del Reichstag, atribuido a los comunistas⁶²⁹, sería otro ejemplo claro de esta estrategia. Como explica Kershaw (1998: 451), los nazis avivaron la paranoia de una revolución inminente a manos de los comunistas, incluso antes del incendio:

⁶²⁹ La crónica va acompañada de una fotografía que ocupa la esquina superior izquierda de la doble página (ver apéndice 20) en la que aparece Marinus van der Lubbe, el joven holandés que prendió fuego al Reichstag por iniciativa propia, según Kershaw (1998: 450). En el pie de foto se puede leer: “Una curiosa fotografía de Van der Lubbe, el autor del Incendio del Reichstag, prestando declaración ante el comisario Mazowsky. Créese que será condenado a muerte” (Chaves Nogales, 1933k).

Un registro policial efectuado en las oficinas centrales del KPD, en Karl-Liebknecht-Haus el 24 de febrero había intensificado las angustias. La policía, aunque no había encontrado nada de importancia, aseguraba haber hallado gran cantidad de material revelador, incluidas octavillas que llamaban a la población a la rebelión armada. Göring se sumó a esto con una declaración de prensa. Los descubrimientos de la policía mostraban que Alemania estaba a punto de verse precipitada en el caso de bolchevismo, aseguraba. Entre los horrores que conjuró figuraban asesinatos de dirigentes políticos, ataques a edificios públicos y el asesinato de las esposas y los familiares de personalidades oficiales. Nunca se hizo pública prueba alguna de todo esto.

En cuanto a los socialdemócratas, según Evans (2003: 389), la idea de que estaban en connivencia con los comunistas en la preparación de una revolución “era todavía más absurda que la afirmación según la cual los comunistas habían estado preparándola”. No obstante, la mentira caló entre la clase media alemana. Recordemos, por otra parte, la idea propagada por los nazis de que judíos, demócratas, masones, intelectuales, católicos, marxistas, etc. (es decir, lo que ellos llamaban *pacifistas*) habían asestado a Alemania una puñalada por la espalda (*hinterhältiger Dolchstoß*) al firmar el armisticio que ponía fin a la Primera Guerra Mundial, tal y como vimos en el apartado 4.2.1. Como vimos, asimismo, en el apartado 4.1.5, según el programa del NSDAP (Feder, 1927: 36), Alemania había sido humillada (*erniedrigt*) por aquéllos que habían firmado la Paz de Versalles. Alemania se había rendido invicta, pero la próxima vez – aseguraban–, una vez extirpado el pacifismo y los elementos corruptores de la patria, vencerían (Mann, 1990: 28).

Por otro lado, en lo referente a los “verdaderos crímenes” que habrían llegado a cometer las masas alemanas o los “transeúntes” que se precipitan sobre judíos y marxistas dispuestos a “despedazarlos”, da la sensación de que Chaves, como hemos señalado, incluye a los camisas pardas de la SA y a los miembros de la SS en lo que denomina “las masas”, pues, éstos fueron los principales perpetradores de los crímenes y de las agresiones callejeras que se dieron en aquellos primeros meses del nuevo régimen en Alemania, y de los que ofrecimos sobrados ejemplos en el apartado 4.8.1 y en este mismo apartado. Además, más adelante, en este mismo apartado de su crónica, tras describir la represión contra los disidentes llevada a cabo por esas “masas”, el periodista afirmará que esa represión había llegado a tal extremo que Hitler había tenido que “contener a sus gentes” (Chaves Nogales, 1933k), es decir, a la SA y las SS. Por tanto, Chaves mantiene aquí cierta ambigüedad en ese sentido, pues el término “las masas”, tal y como lo utiliza, acoge tanto a los alemanes que delatan a sus compañeros de trabajo como a los matones de la SA y las SS, que, en realidad, eran grupos parapoliciales perfectamente organizados, que poco tenían que ver con el carácter incontrolado de “las masas”, por más que algunas de sus acciones fuesen espontáneas (aunque consentidas y probablemente previstas por los líderes nazis).

Por lo demás, nótese el uso del vulgarismo “polizontes” para referirse a la policía, seguramente con intención de darle al texto un aire coloquial. En cuanto a la referencia a los “vecinos de cuarto” y los “compañeros de trabajo” que hace el

periodista, en el siguiente párrafo hablará con más detalle de la coacción social que se estaría llevando a cabo contra los disidentes políticos y los judíos. No obstante, dicho párrafo comienza con una nueva comparación entre la realidad española y la alemana:

Pensad por un momento que el 14 de abril la muchedumbre que vitoreaba a la República en el techo de los tranvías y las camionetas se hubiese acordado de que tenía que vengar muchas catástrofes nacionales en las personas de los monárquicos, y en vez de irse a estropear la Casa de Campo y después a trabajar humildemente, se hubiese consagrado con verdadero encono a buscar inquisitorialmente a los que ella creía culpables de las desdichas nacionales y a denunciarlos a la Policía o bien a tomarse la justicia por su mano. Imaginad que esta animosidad de la multitud, que aquí se deshizo como la espuma en veinticuatro horas, se hubiese encontrado alimentada y sostenida por una propaganda tenaz e inteligente, y se comprenderá que en estos momentos el marxista o el judío alemán tiemblen de pavor justificadamente, sin que sea realmente el Estado quien le amenaza (Chaves Nogales, 1933k).

En este caso, el periodista le pide a los lectores, a los que se dirige directamente mediante el uso de la segunda persona del plural –“Pensad por un momento que [...]”–, que imaginen una situación análoga a la descrita por él de la Alemania de aquella primavera trasladada a la España de la primavera de 1931. Ya vimos en el apartado 4.2.1 cómo Chaves utilizaba el recurso de la apelación directa al lector (lo que en teoría literaria se denomina lector implícito representado) en su crónica del 16 de mayo. Allí, escribía: “Para usted, lector germanófilo [...]” (Chaves Nogales, 1933b), situándose así en un plano de igualdad con el lector para ganarse su confianza y atención. Por otro lado, antes de comentar esa comparación que le sugiere aquí el periodista al lector, cabe señalar que precisamente aquí Chaves pone de relieve su (por lo demás natural) incompreensión del incipiente carácter totalitario del nuevo régimen alemán al desvincular al “Estado” de la persecución de los judíos y los marxistas. Como ya hemos explicado, si bien, en realidad, el estado sí participaba de la represión, en tanto que la policía llevaba a cabo detenciones, lo cierto es que buena parte de la represión estaba orquestada con el NSDAP e instrumentada por sus brazos parapoliciales, la SA y las SS, nombradas “policía auxiliar” (Evans, 2003: 380), como vimos en el apartado 4.1.3, y encargadas de varios campos de concentración de prisioneros. Por lo tanto, éstas se habían convertido en instrumentos en manos del estado o, más bien, el partido le había arrebatado al estado esas funciones. Como ya hemos visto en este apartado, esa transferencia de poder del estado al movimiento totalitario era una característica fundamental de los nuevos estados totalitarios, según Arendt (1948: 567).

En cuanto a la comparación con la proclamación de la República española, una vez más, Chaves intenta acercar la realidad alemana, lejana para el lector español y, por tanto, susceptible de ser mitificada por éste, a la distancia de lo cotidiano, de lo bien conocido por el lector, de manera que pudiera tomar la justa medida de los acontecimientos ocurridos en una realidad que le era extraña. Como señala Llera (2004, 58) acerca del perspectivismo, “un cambio de punto de vista promueve un cambio de juicio sobre las cosas”. En este caso, el periodista devuelve al lector al ambiente festivo del 14 de abril de 1931, la fecha de la proclamación de la República, cuando “la

muchedumbre” salió a la calle a vitorear “a la República en el techo de los tranvías y las camionetas”, ambiente que Josep Pla (1933: 23) calificó como de “verbena política” y en el que abundaban los abrazos entre desconocidos:

Todo coge un aire de verbena triunfante, un aire de alborozo franco y desenfrenado –sólo que es una verbena política–. La gente se abraza, grita, suda, canta. Un ciudadano cualquiera, pacífico y retirado, su señora o su hija, pueden echarse a los brazos de otra persona completamente desconocida y extraña (Pla, 1933: 23).



La Puerta del Sol el 14 de abril de 1931 llena de gente que celebraba la proclamación de la República, entre la que había varias personas subidas en el techo de los tranvías, como recordaba Chaves⁶³⁰.

Una vez situada la imaginación del lector en ese contexto, Chaves le pide que imagine que toda esa gente, “en vez de irse a estropear la Casa de Campo y después a trabajar humildemente”, se hubiesen dedicado a vengar afrentas colectivas. Recordemos que el periodista había mencionado en su crónica del 16 de mayo a “aquellos voluntarios del brazal rojo, que nosotros utilizamos sólo durante unas semanas para que guardasen los árboles de la Casa de Campo” tras la proclamación de la República (Chaves Nogales, 1933b). Y es que, como vimos en el apartado 4.1.3, en efecto, los madrileños se lanzaron el 15 de abril, al parecer con pocos miramientos, a ocupar la que hasta ese momento había sido propiedad y coto privado de la Corona española. Josep Pla también fue testigo de ello y, como también vimos en su momento, lo contaba con su habitual ironía: “Nos dirigimos a la Casa de Campo. Entramos. El pueblo lo ha invadido todo. Es una fiesta nacional. [...] Observo la persecución a la que son sometidos los conejos del lugar por parte de los elementos del pueblo soberano” (Pla, 1933: 37). Por lo demás, según Carabias (1980: 74) ese día no se produjo “ningún desmán” ni ocurrió “ningún suceso callejero lamentable”. Hay, por otra parte, en la comparación de Chaves una implícita defensa de la República y de los republicanos

⁶³⁰ En Etxarri, Iñaki (2017): “La Segunda República: una radiografía económico-social en su 86 cumpleaños”. *La Información*, 15 de abril, en <<https://cutt.ly/ofyHWzK>> [cons. 18/7/2020].

españoles frente al régimen nazi, como se desprende no sólo de que indique que lo más grave que se produjo fue que la gente *estropeará* la Casa de Campo, sino, sobre todo, de que asegure que al día siguiente habían vuelto “humildemente” al trabajo, en contraste con la barbarie de los nazis, que, según aseguraba el periodista al comienzo de esta crónica, habían caído sobre el país “como un ejército invasor de la Edad Media”.

Por otro lado, Chaves plantea la situación hipotética de que toda esa gente sobre los techos de los tranvías y las camionetas “se hubiese acordado de que tenía que vengar muchas catástrofes nacionales en las personas de los monárquicos”, y en vez de volver a su vida normal al día siguiente, “se hubiese consagrado con verdadero encono a buscar inquisitorialmente a los que ella creía culpables de las desdichas nacionales y a denunciarlos a la Policía o bien a tomarse la justicia por su mano”. Aparte del velado recordatorio dirigido a los monárquicos españoles de que no habían sufrido persecución alguna tras la proclamación de la República (a diferencia de lo que estaba ocurriéndole en Alemania a los defensores de la República de Weimar), cabe recordar aquí lo que le explicaba Raoul Frary (1884: 51) a su aprendiz de demagogo:

[...] los hombres son a menudo menos ardientes a la hora de vengar sus afrentas reales que las imaginarias, o las tradicionales y colectivas. [...] la necesidad de venganza no es jamás tan terrible como cuando es impersonal, porque entonces adquiere la apariencia de justicia.

Ya hemos hablado, por lo demás, del papel de chivo expiatorio que los nazis le dieron a los judíos y los republicanos alemanes, a los que, efectivamente, atribuyeron todas las desgracias que sufría el pueblo, empezando por la derrota en la Primera Guerra Mundial, como veíamos unas páginas más atrás. Chaves insiste en esa idea y vuelve a pedirle al lector que imagine “que esta animosidad de la multitud, que aquí se deshizo como la espuma en veinticuatro horas, se hubiese encontrado alimentada y sostenida por una propaganda tenaz e inteligente [...]”. En efecto, como señala el periodista mediante el plástico símil de la espuma, Pla (1933: 23) asegura que la celebración popular por el advenimiento de la República tan sólo duró veinticuatro horas. Además, Chaves califica de “tenaz e inteligente” la propaganda nazi con la misma ecuanimidad con la que atribuía al ministro de la Propaganda, Joseph Goebbels, en la introducción a la entrevista que le realizó a éste y que publicó en *Ahora* el 21 de mayo, la “capacidad de sugestión y dominio” que había, según el periodista, “en todos los grandes iluminados, en todos esos tipos nazarenoides de una sola idea encarnizada: Robespierre o Lenin” (Chaves Nogales, 1933f). Y añadía: “Lucirá mucho menos que Hitler en las paradas, pero es más certero” (1933f).

Por último, Chaves introduce en este párrafo otra imagen metafórica que, además, individualiza a ojos del lector la persecución política y racial en Alemania: la del “marxista o el judío alemán” que tiemblan “de pavor”. Y continúa el párrafo extendiéndose en la descripción de los motivos por los que judíos y marxistas debían sentir pavor:

Es una caza implacable del hombre por el hombre; son los mismos vecinos de las casas los que delatan al judío o al comunista, los que le acechan por la noche y le acometen a palos y puñaladas hasta dejarle exánime; los que suben a su cuarto y destrozan su hogar. Son los mismos compañeros de trabajo los que plantean a la empresa la necesidad de dejar sin comer al que está contaminado de ideas políticas o sociales contrarias al racismo. Se ha dado el caso de declararse huelgas en varias casas importantes de Berlín porque la dirección se resistía a despedir a los judíos (Chaves Nogales, 1933k).

Más allá de la *hobbesiana* imagen de la “caza del hombre por el hombre”, en lo referente a las delaciones de los “vecinos” de los judíos y los comunistas, Johnson (2000: 294) asegura que la Gestapo no necesitaba contar con un gran número de agentes, pues las delaciones entre la población eran muy comunes:

Los vecinos, los compañeros de trabajo y los familiares estaban siempre alrededor, vigilantes. Una reyerta vecinal, una discusión de pareja, los celos de un colega o un conflicto generacional podían ser la causa inmediata de una carta anónima o una acusación formal que ponían en guardia a la Gestapo y llevaban a la ruina a los individuos denunciados.

En este sentido, Haffner (1939: 231-233) relata cómo, a finales de mayo de 1933, uno de sus compañeros de tertulia, cada vez más afín al nacionalsocialismo, llegó a amenazarle con denunciarlo a la Gestapo. Asimismo, Mallmann y Paul (1994: 287) afirman: “Without the army of voluntary informants from the general population and the state administration, the Gestapo would have been virtually blind”. Naturalmente, tal afirmación se refiere al Tercer Reich en general. Es difícil saber cuál fue el grado de colaboración ciudadana con el régimen de terror nazi esos primeros meses. Desde luego, Chaves lo consideraba alto. En cuanto al resto de situaciones que refiere el periodista, resulta muy difícil encontrar casos concretos que sean análogos a los que describe. No obstante, tanto a lo largo del apartado 4.9 como en éste, hemos ofrecido varios ejemplos concretos de la brutalidad ejercida contra judíos y opositores políticos por parte de la SA y las SS. En cualquier caso, Evans (2003: 358) asegura que, ya desde febrero, los camisas pardas incluían entre los objetivos de sus ataques “domicilios de izquierdistas destacados”, y añade:

En medio de todo ese caos muchos camisas pardas aprovecharon la oportunidad para saldar viejas cuentas personales. Por ejemplo, en Wuppertal, un grupo de ellos, a las órdenes del jefe de la Sección de Asalto, Puppe, sacaron de la cama a las cuatro de la mañana a Friedrich D. Su cadáver fue hallado dos días después. Había sido asesinado porque tenía relaciones con una hermana de Puppe [...] (383-383).

Asimismo, Evans (2003: 382) refiere otros casos similares: como el de August K., un obrero de 62 años que había sido director de la banda de música local del Partido Comunista, al que ocho miembros de la SA tirotearon el 1 de abril de 1933 en el distrito de Wuppertal, dejándolo herido de muerte; o el de Wilhelm Sollmann, diputado socialdemócrata del Reichstag y destacado dirigente del partido en la ciudad de Colonia, quien “fue atacado en su casa por camisas pardas y miembros de las SS que le pegaron, lo llevaron a la sede del Partido Nazi, estuvieron dos horas torturándolo y le hicieron beber aceite de ricino y orina”; o el del diputado socialdemócrata estatal de Sajonia muerto en Brunswick el 13 de marzo a manos de la SA de una paliza por negarse a

dimitir de su cargo. Por otra parte, en el apartado 4.9.1, vimos varios casos de violencia contra los judíos similares a éste que refiere Friedländer (1997: 37) ocurrido en marzo de 1933: “[...] en Gedern, en el estado de Hesse, las SA irrumpieron en los hogares judíos y golpearon a sus habitantes «aclamados por una multitud que fue aumentando con rapidez»”. En cuanto al despido de empleados a exigencia de compañeros de trabajo, no hemos encontrado ejemplos concretos, pero, en cualquier caso, resulta ilustrativo el que presentábamos en el apartado 4.9.2 de un músico judío despedido del café en el que actuaba a petición de algunos clientes del local (Friedländer, 1997: 43-44). Asimismo, en el mismo apartado, vimos cómo muchos maestros de escuela y profesores universitarios perdieron su trabajo, y cómo los judíos y los que no apoyaban el nuevo régimen eran señalados por los estudiantes de las asociaciones nazis, como explica Evans (2005: 292): “Como las Juventudes Hitlerianas en las escuelas, la Liga Nazi de Estudiantes y sus miembros no titubearon en señalar y avergonzar a los profesores que creían que no seguían los principios nazis”. Un caso representativo en ese sentido es el del filósofo Martin Heidegger, quien según Evans (2003: 463), “denunció a un colega, el químico Hermann Staudinger, a las autoridades del estado basándose en acusaciones falsas, y ayudó a la policía política en sus investigaciones sobre él, aunque al final la policía no llegó a dejarse convencer”. Ante tal persecución, según Chaves, muchos acababan sucumbiendo y se integraban en las filas del nacionalsocialismo:

Frente a esta coacción social, frente al odio de una mayoría dispuesta a destrozarse a una minoría vencida, no hay lucha posible. Todos los adversarios del nacionalsocialismo han sucumbido. Después de unas semanas de angustia, ventean hoy como una esperanza de salvación el que se les consienta hacer abjuración de su fe pasada y el que se les deje tiempo suficiente para ponerse a contraer méritos a las órdenes del “führer”. La presión de una masa de humanidad, lanzada en una dirección favorable a sus instintos de odio y venganza, es mucho más eficaz que todos los aparatos policíacos (Chaves Nogales, 1933k).

En este sentido, Grunberger (1971: 68) señala que la base más extensa del partido la constituían las “violetas de marzo” (*Märzveilchen*), llamados así burlonamente por los militantes más veteranos por haber entrado en el partido durante la “gigantesca” ola de ingresos de nuevos militantes que tuvo lugar a partir de marzo de 1933, tal y como vimos en el apartado 4.3.3. Por su parte, Bessel (1986: 12) afirma que del escaso medio millón de miembros que tenía la SA en enero de 1933, en un año pasó a tener alrededor de tres millones, aunque buena parte de ese aumento se explica por la absorción de los Cascos de Acero (Evans, 2003: 414). Asimismo, recordemos lo que explicaba Haffner (1939: 144) acerca de la conversión de la mayoría de los alemanes al nacionalsocialismo, tal y como vimos en el apartado 4.5.4. Desde una perspectiva bastante subjetiva, el escritor alemán atribuía ese fenómeno a varias causas: el miedo causado por la represión, la atracción ejercida por los actos multitudinarios nazis, una cierta sed de venganza contra lo que denomina “traición” de los partidos de oposición, que apenas habían presentado resistencia al nacionalsocialismo, así como lo que llama

una “extraña lógica alemana” según la cual el alemán medio llegó a la conclusión de que si los adversarios de los nazis aseguraron que éstos nunca llegarían al poder, entonces éstos no tenían razón y los nazis sí –que es, de hecho, la misma razón que esgrimiría años más tardes Adolf Eichmann ante el tribunal que lo juzgaba en Jerusalén: “Para mí, el éxito alcanzado por Hitler era razón suficiente para obedecerle” (cit. en Arendt, 1963: 186), como señalábamos también en el apartado 4.5.4–; y, por último, añadía un motivo más:

[...] en el caso de los más simples, de quienes tenían una capacidad de percepción más primitiva y típica de la masa, la razón del cambio fue un proceso similar al que probablemente solía acontecer en una era mítica, cuando una tribu derrotada renegaba de su propio dios, que parecía haberla abandonado, para elegir como protector al dios de la tribu enemiga y vencedora. San Marx, en quien siempre habían creído no había sido de gran ayuda. San Hitler parecía ser más poderoso. Destruyamos pues las imágenes de san Marx sobre los altares y consagremos éstos a san Hitler. Aprendamos a orar: los judíos tienen la culpa, en vez de: el capitalismo tiene la culpa. Tal vez esto nos salve (Haffner, 1939: 145).

Burleigh (2000: 164) cita una anécdota del escritor y aventurero inglés Patrick Leigh Fermor que ejemplifica lo que explica Haffner en este último párrafo. A los pocos meses de llegar Hitler al poder, Fermor fue invitado por un hombre al que había conocido en un bar de obreros de Renania a pasar la noche en su casa. Cuál no fue su sorpresa cuando encontró la buhardilla en que éste vivía llena de simbología nazi y vio un traje de la SA en una percha. Ante el asombro del inglés, su anfitrión le explicó que hacía un año la buhardilla estaba llena de banderas rojas y retratos de Lenin y Stalin, y que él entonces era un “*Kommi*” que “andaba machacándole la cabeza a cualquiera que cantase la *Horst Wessel Lied* [himno del NSDAP]”, hasta que vio la luz: “Luego, de pronto, cuando Hitler llegó al poder, comprendí que todo eso eran disparates y mentiras. Me di cuenta de que mi hombre era Adolf. ¡Así, de pronto!”. Entonces, Fermor le preguntó por sus antiguos camaradas comunistas: “¡Ellos también cambiaron!... todos aquellos colegas del bar. ¡Todos ellos! Ahora están todos en la SA...”, y aseguraba que millones de personas habían hecho lo mismo: “¡Te lo aseguro, me quedé asombrado de lo fácil que cambiaron todos de bando!” (cit. en Burleigh, 2000: 164).

En cualquier caso, en mayo de 1933, cuando Chaves escribió esta crónica, esa mayoría social estaba en pleno proceso de formación, pues poco más de dos meses antes, el 5 de marzo, las elecciones al Reichstag otorgaron a los nacionalsocialistas tan sólo el 43,9% de los votos, a pesar de que los comicios se celebraron en un ambiente de persecución política contra sus adversarios y bajo una campaña propagandística avasalladora (Evans, 2003: 378-381).

Por último, el periodista concluye que la “presión de una masa de humanidad, lanzada en una dirección favorable a sus instintos de odio y venganza, es mucho más eficaz que todos los aparatos policíacos”, omitiendo una vez más el papel de la SA y las SS como elementos parapoliciales al servicio del régimen más que como simple y espontánea “masa”. Para acabar con este tema de la imagen distorsionada de la

represión nazi durante los primeros meses del nuevo régimen que recibió Chaves, conviene recordar una cita de Haffner (1939: 134) que ya recogimos parcialmente en el apartado 4.8.9 pero que, no obstante, no está de más recuperar aquí, pues explica perfectamente la complejidad del fenómeno y los motivos por los que el periodista sevillano no consiguió formarse una imagen nítida del mismo:

El terror de 1933 fue ejercido por una auténtica plebe embebecida de sangre (esto es, las SA –por entonces las SS no desempeñaban el papel que tendrían más adelante⁶³¹–), pero las SA se constituyeron como “policía auxiliar”, actuaron sin ningún tipo de estímulo ni espontaneidad y, sobre todo, sin exponerse al más mínimo peligro, sino más bien todo lo contrario: desde una posición de seguridad plena, cumpliendo órdenes y ateniéndose a una férrea disciplina. La imagen vista desde fuera mostraba el terror revolucionario: una gentuza salvaje y desaliñada que irrumpía por la noche en las casas y arrastraba a personas indefensas a unos sótanos de tortura cualesquiera. El proceso interno consistía en un terror represivo: un control y una manipulación estatales fríos, perfectamente calculados y totalmente respaldados por el ejército y la policía.

Este párrafo parece bastarse por sí mismo para aclarar la confusión que muestra Chaves en este apartado, que, por lo demás, el periodista cierra de esta forma:

Hitler mismo ha tenido que contener a sus gentes. Todos los días se dictan decretos e instrucciones recordando que sólo los agentes de Policía tienen derecho a practicar detenciones y sólo los jueces pueden decretar registros; que los actos arbitrarios de los “nazis” serán castigados con la cárcel; que las personas no deben ser molestadas, etc., etc. Como caso curioso, citaré que en los grandes almacenes Wertheim, de Berlín, se presentaron los “nazis” reclamando que fuesen despedidos todos los empleados judíos; la dirección de los almacenes dijo que lo haría cuando trajesen una orden del Gobierno por escrito, y la orden no ha llegado aún. Finalmente, ante el gran número de “comisarios investidos de misiones especiales”, que operaban sobre Alemania como sobre país conquistado, Goering ha dispuesto que no habrá más “comisarios” que los que el Gobierno de Prusia nombre. Y así, tarde y mal, los jefes “nazis” van frenando a las masas que ellos mismos lanzaron (Chaves Nogales, 1933k).

Aunque es verdad que Hitler hubo de poner cierto orden en la represión, no lo es que lo hiciese “tarde y mal”, como apunta Chaves, sugiriendo cierta dificultad y tardanza en ese control, pues, en realidad, se trataba de una morosidad intencionada. Como explica Evans (2003: 389), en efecto, el 10 de marzo Hitler denunció los ataques a extranjeros, pero los atribuyó a comunistas infiltrados en la SA. No obstante, sí dirigió a los miembros de la SA una exhortación para que dejasen de “acosar a las personas, obstruir el paso de vehículos e interrumpir las actividades normales”. Sin embargo, como también explica Evans, “Hitler continuaba diciendo a los camisas pardas que no debían «dejarse nunca distraer ni por un segundo de vuestro santo y seña que es la destrucción del marxismo»” (389). Y añadía:

“El levantamiento nacional continuará desarrollándose metódicamente y controlado desde arriba”, les decía, y sólo “cuando esas órdenes encuentren resistencia” deberían actuar ellos para que “esa resistencia sea inmediata y totalmente eliminada”. Esta última matización era, por supuesto, licencia suficiente para continuar con la violencia y para aumentarla aún más, en realidad (Evans, 2003: 389).

⁶³¹ Haffner estaba en Berlín en 1933 y fue testigo, en la medida de sus posibilidades, de la represión callejera, pero en 1939, cuando escribió esto, no podía tener una idea completa de lo ocurrido en los primeros campos de concentración.

Por su parte, Kellerhoff (2006: 23-24) explica que, en medio de la represión, el estado sólo intervenía “cuando la SA se comportaba de manera muy salvaje”. Así, por ejemplo, refiere: “El 3 de marzo de 1933 la policía impidió en la Wilhelmstraße 20 en el barrio de Spandau que se fusilara a varios detenidos”, y “el 29 de marzo un comando de la policía irrumpió en la central berlinesa de la SA en la Hedemannstraße en el barrio de Kreuzberg y liberó a los detenidos allí presos”, pues se trataba de personas influyentes en el mundo de las finanzas detenidos en la bolsa de Berlín. De hecho, cuando, meses después de la toma del poder, la represión podía pasar a manos de la Gestapo y de las SS, y la SA se convirtió, por consiguiente, en un problema para Hitler, en “una fuerza perturbadora dentro del estado” (Kershaw, 1998: 489), éste no tuvo grandes dificultades para desarticularla por medios propios de los gánsteres americanos, como vimos en el apartado anterior en relación con la Noche de los Cuchillos Largos. En definitiva, los intentos de frenar a la SA eran, en términos generales, ejercicios propagandísticos más que eficaces reprimendas, como concluye Evans (2003: 498):

Toda la retórica de Hitler, toda su actitud en los primeros meses de 1933, equivalieron a un fenómeno constante de los actos de violencia contra los adversarios de los nazis. Sus peticiones de disciplina iban casi invariablemente acompañadas de ataque retóricos más generalizados a sus adversarios que las bases de paramilitares interpretaban como una licencia para seguir entregándose a la misma violencia. Las acciones a gran escala en las que había una coordinación, como la ocupación de las oficinas sindicales el 2 de mayo, convencieron a los camisas pardas corrientes de que no tendrían demasiados problemas si actuaban por iniciativa propia con el mismo espíritu que en otras ocasiones. Y lo cierto es que no los tuvieron.

En cuanto a los “decretos e instrucciones recordando que sólo los agentes de Policía tienen derecho a practicar detenciones y sólo los jueces pueden decretar registros” a los que hace referencia Chaves, lo cierto es que no eran más que muestras del cinismo nazi. La ambigua llamada al orden de Hitler del 10 de marzo que ya hemos mencionado fue, según Kershaw (1998: 464), “ampliamente ignorada”, al igual que ocurriría con “las tentativas subsiguientes de Göring y Frick de prohibir «acciones individuales» (*Einzelaktionen*) e imponer duras sanciones a los «excesos» (*Übergriffe*)”. En realidad, como también explica Kershaw (1998: 464), “Hitler no sólo simpatizaba con el ataque radical desde abajo a los adversarios, los judíos y cualquier otro que se interpusiese en el camino de la revolución nazi”, sino que “necesitaba además a los radicales para acabar de echar abajo el orden político establecido y para intimidar a los que se resistían a entrar en el redil”. No obstante, necesitaba mantener una pose moderada para no perder el apoyo de los conservadores y del ejército. Además, como señala Evans (2003: 499), “la retórica de la «Revolución nacionalsocialista» estaba destinada sobre todo justificar de forma implícita los actos ilegales”, es decir, la ilegalidad era la base sobre la que los nazis tomaron el poder absoluto en Alemania durante esos meses, como también señala Burleigh (2000: 189), quien afirma que un aspecto fundamental de la dictadura nazi fue “la sustitución de la soberanía de la ley por el terror policial arbitrario”. El propio Hitler había sido claro ante su gabinete de gobierno en este sentido tras el incendio del Reichstag, asegurando que la lucha contra

los comunistas no debía depender “de consideraciones judiciales” (cit. en Evans, 2003: 373). Otra muestra del cinismo nazi en este sentido y de su desprecio por la Ley fueron la puesta en libertad de los miembros de la SA condenados por el asesinato en 1932 de un obrero polaco en Potempa, Silesia, la amnistía a los hombres buscados por el asesinato del político católico Matthias Erzberger, signatario del armisticio de 1918, y el perdón general otorgado el 21 de marzo de 1933 de todos los delitos cometidos durante la “toma del poder” (Burleigh, 2000: 190-191).

Por otra parte, no hemos encontrado información acerca del episodio que refiere Chaves relativo a los grandes almacenes Wertheim, donde “se presentaron los «nazis» reclamando que fuesen despedidos todos los empleados judíos”, según el periodista, y “la dirección de los almacenes dijo que lo haría cuando trajesen una orden del Gobierno por escrito”. Como señalaba el periodista, la orden no había llegado aún. No obstante, no es extraño el rechazo a despedir a los empleados judíos por parte de la familia Wertheim, que también era de origen judío, ni que el gobierno alemán no los obligara a hacerlo, pues, aparte de que no era una medida gubernamental y de la mala imagen que ya había causado el boicot a los comercios judíos, incluso durante éste Hitler tuvo cuidado de no perjudicar a las grandes cadenas de centros comerciales por miedo a dañar la economía y aumentar el problema del paro (Friedländer, 1997: 45). Recordemos en este sentido cómo Hitler tuvo que facilitar la aprobación de un préstamo a los hermanos judíos Tietz para que su cadena de grandes almacenes no quebrara (ver apdo. 4.9.2).

Por último, cabe señalar el uso del símil de Alemania como “un país conquistado” por los nazis, quienes, como Chaves ya había indicado al comienzo de la crónica, se comportaban como un ejército invasor. De nuevo, una metáfora arcaizante del nacionalsocialismo.

4.10.2. Los únicos enemigos

Finalmente, Chaves cierra esta crónica con un breve apartado en el que habla de aquéllos que, según el periodista, aún se resistían a confraternizar con el régimen, como indica el ladillo que lo encabeza: “Los únicos enemigos”. Estos “enemigos” los identifica Chaves como obreros que no tenían prácticamente nada que perder:

En pie, firmes en sus convicciones, no quedan en Alemania más que unos millares de obreros de la base, que no temen que los “nazis” vayan a quitarles su pedazo de pan porque lo ganan con tan penoso esfuerzo que no valía la pena hacer una gran revolución para botín tan exiguo como el jornal de un minero. Los líderes se han entregado ya al nacionalsocialismo, han huido al Extranjero, se han suicidado, como el jefe de la facción comunista de la Dieta bávara, o están en la cárcel, como Thaelmann, Torgler y tantos otros (Chaves Nogales, 1933k).

Cuando Chaves habla de “botín tan exiguo como el jornal de un minero”, lo hace porque ya en 1928 le habían llegado referencias de las condiciones de trabajo y del jornal de esos “obreros de base” alemanes. En este sentido, en *La vuelta a Europa en avión*, el periodista relataba un encuentro en Ginebra con un amigo que trabajaba en la Oficina Internacional del Trabajo de la Sociedad de Naciones, y que acababa de visitar la cuenca minera del Ruhr y le contaba al periodista lo siguiente sobre su visita:

He bajado al pozo de una mina; en el fondo, a unos cien metros he visto en el extremo de una galería a un minero que trabajaba. Estaba tumbado panza arriba, y con los pies en alto sostenía el bloque de carbón suspendido sobre su cuerpo, que penosamente iba desprendiendo poco a poco a punta de piocha (Chaves Nogales, 1929: 67).

En esa ocasión Chave denunciaba la poca eficacia de la Oficina Internacional del Trabajo y se compadecía de los que trabajaban “de una manera inhumana” (68), es decir, esos mineros a los que hace referencia en esta crónica. Por lo demás, Johnson asegura que la única resistencia efectiva al régimen desde sus comienzos la ejercieron los militantes comunistas de base, que eran con toda probabilidad los “obreros de la base” a los que se refiere aquí Chaves:

Los comunistas no se cruzaron de brazos cuando se desencadenó el terror contra ellos. Desde la primera noche tras la llegada de Hitler al poder, y durante los años siguientes, los comunistas de toda Alemania se opusieron al régimen de Hitler con todas las fuerzas y recursos a su alcance. Distribuyeron folletos antinazis que informaban sobre los horrores cometidos por Hitler y convocaban una huelga general para derrocar al gobierno. Llenaron las calles de pintadas con símbolos antinazis y eslóganes que perseguían la unión de todos los contrarios al régimen. Cuando se ilegalizó el partido comunista y sus líderes fueron detenidos o se exiliaron, los militantes organizaron y reorganizaron una red de resistencia clandestina. Incluso se enzarzaron en tiroteos contra miembros del Partido Nazi y tropas de asalto en muchas localidades (Johnson, 2000: 198).

En cuanto a que se tratara de “millares”, como afirma Chaves, Arendt (1963: 153-154) asegura que nadie sabe cuántos fueron –“quizá cien mil, quizá muchos más, quizá menos”– los “individuos que desde los principios del régimen de Hitler, y sin cejar ni un instante, se opusieron a él”. Asimismo, asegura que la mayoría de ellos eran obreros, aunque no todos:

Se les podía encontrar en cualquier lugar, en todas las capas de la sociedad, tanto entre las gentes sencillas como entre los grupos de más alta educación, en todos los partidos, incluso quizá en las filas de la NSDAP. [...] Algunos tenían una moral verdaderamente profunda, como aquel artesano a quien tuve ocasión de conocer que prefirió renunciar a su existencia independiente y pasar a ser un simple obrero de fábrica, antes que “cumplir con la pequeña formalidad” de ingresar al Partido Nazi. Unos cuantos, pocos, siguieron dando toda su importancia al acto de jurar, y prefirieron renunciar a una carrera académica antes que jurar en el nombre de Hitler. Había un grupo más numeroso, formado por obreros, especialmente en Berlín, y por intelectuales socialistas que procuraron ayudar a cuantos judíos conocían (Arendt, 1963: 153-154).

En lo referente a la afirmación de Chaves de que los líderes de esos obreros, es decir, los líderes comunistas, “se han entregado ya al nacionalsocialismo, han huido al Extranjero, se han suicidado, como el jefe de la facción comunista de la Dieta bávara, o están en la cárcel, como Thaelmann, Torgler y tantos otros”, no nos consta que ningún

líder relevante del KPD se hubiera “entregado” en 1933 al nacionalsocialismo, en el sentido de convertirse en nazi. No obstante, si a lo que se refiere el periodista es a los que se habían entregado físicamente a la policía, sí fue notorio el caso de Ernst Torgler, jefe de los representantes comunistas en el Reichstag (a quien menciona aquí el propio Chaves), quien, según Evans (2003: 375), “se entregó a la policía el 28 de febrero con el fin de refutar la acusación del gobierno de que él y la jefatura del partido habían dado orden de que se quemara el edificio del Reichstag”. Además, tras varios años en un campo de concentración, Torgler sería puesto en libertad a cambio de su colaboración con la Gestapo (Delarue, 1962: 47, 256). Por otro lado, sí que hubo muchos que huyeron al extranjero, como Wilhelm Pieck, diputado del Reichstag y futuro presidente de la República Democrática Alemana, quien huyó de Alemania esa primavera, o Walther Ulbricht, jefe del partido en Berlín, que hizo lo propio en otoño (Evans, 2003: 375), o Hans Beimler, diputado del Reichstag, que, como ya vimos en el apartado anterior, consiguió huir del campo de concentración de Dachau el 9 de mayo y salir de Alemania unos días después. Asimismo, también hemos hablado del caso del “jefe de la facción comunista de la Dieta bávara” al que se refiere Chaves, que no era otro que Fritz Dressel, quien, como veíamos en el apartado anterior, probablemente no se había suicidado, como señalaba Chaves en consonancia con la versión oficial ofrecida por los nazis, sino que seguramente fue asesinado por sus carceleros en Dachau, de acuerdo con Wachsmann (2015: 33). Por último, ya hemos explicado lo ocurrido con Torgler, y también hemos hablado en varias ocasiones de Ernst Thälmann, quien, como vimos en los apartados 3.1.3 y 4.9.1, había sido detenido el 3 de marzo de 1933 junto a sus más cercanos colaboradores (Evans, 2003: 375), y sería asesinado en agosto de 1944 en el campo de concentración de Buchenwald (Kogon, 1974: 359).

Finalmente, Chaves cierra la crónica haciendo hincapié en la decisión del pueblo alemán de prescindir de su libertad: “Los demás enemigos de Hitler andan por los caminos del Mundo con un petate a la espalda y una mandolina apretada contra el pecho, en busca de la Libertad que el pueblo germánico ha creído superflua” (Chaves Nogales, 1933k). En cuanto a esos “enemigos de Hitler” que “andan por los caminos del Mundo con un petate a la espalda y una mandolina apretada contra el pecho”, la crónica iba acompañada por dos fotografías en las que se podía ver a músicos ambulantes alemanes en el exilio. La primera, en formato circular, ocupa la parte central de la doble página (ver apéndice 20) y muestra a dos hombres tocando, respectivamente, el acordeón y el violín. En el pie de foto se puede leer: “Los alemanes que no se rinden al nacionalsocialismo andan por el Mundo como estos dos músicos, que imploran la caridad pública en las ramblas de Barcelona” (Chaves Nogales, 1933k). A este respecto, cabe recordar que, según Valentín (2014: 8), la mayoría de la inmigración judía proveniente de Alemania que llegó a España tuvo como destino Barcelona, tal y como vimos en el apartado 4.9.5. En cuanto a la segunda fotografía, muestra a tres jóvenes sonrientes en un pueblo que no parece germano, uno de ellos con una mandolina

colgada del hombro. En el pie de foto se lee: “Tres muchachos alemanes como los miles y miles que hoy cruzan el Mundo con su petate a la espalda y su mandolina en el pecho en busca de la libertad” (Chaves Nogales, 1933k). Sobre los grupos de jóvenes más insumisos ante el régimen nazi, aunque no en el exilio, como éstos a los que hace referencia Chaves, Johnson (2000: 294) explica:

Los grupos juveniles más animados e insumisos, como los Piratas de Edelweiss, los Piratas de Kittelbach, los Navajos, el Norother, los Meuten, los Swing-Jugend y otras bandas, pandillas y camarillas juveniles se negaron a mantener una actitud conformista, declararon la guerra a sus adversarios –las Juventudes Hitlerianas– y suponían una amenaza para los planes nazis de un Reich que pretendía durar 1.000 años.

En cuanto a “la Libertad que el pueblo germánico ha creído superflua”, recordemos lo que el periodista afirmarí­a unas semanas más tarde, el 23 de junio, en la conferencia que dictaría en el Ateneo de Sevilla, donde, según la noticia sobre acto publicada en *El Liberal* de Sevilla, Chaves aseguraría: “En Alemania existe un problema económico gravísimo y por él ha llegado el hombre a prescindir de la libertad y de la dignidad” (cit. en *Gori*, 1933). Sin duda, tanto esa afirmación como la que hace en esta crónica constituyen una defensa indisimulada del único régimen en el que el periodista creía que era posible preservar la dignidad humana, según él mismo aseguraría en la misma conferencia: “[...] el de la República democrática, tolerante y comprensiva”, en contraposición con las dictaduras, que “rebajan la dignidad del hombre” (cit. en *Gori*, 1933). En definitiva, la afirmación según la cual “el pueblo germánico ha creído superflua” la libertad, sugiere un error por parte del mismo, en tanto que a lo que había renunciado era a su propia dignidad, que, además cedió con despreocupación tras la aprobación del Decreto del Incendio del Reichstag⁶³², según Haffner (1939: 130):

El hecho de que a los alemanes, a cada uno de ellos, le fuese arrebatada esa pequeña porción de libertad personal y dignidad ciudadana garantizadas por la Constitución sólo porque en el Reichstag se había producido un pequeño incendio, fue aceptado con una sumisión borreguil, como si no quedara otro remedio.

⁶³² Así era comúnmente conocido el Decreto del Presidente para la Protección del Pueblo y el Estado (*Verordnung des Reichspräsidenten zum Schutz von Volk und Staat*), aprobado el 28 de febrero de 1933.

4.11. Análisis de la crónica “Adolfo I. Emperador”

Esta última crónica que cierra el ciclo alemán de Chaves Nogales es la clave de bóveda de todo el reportaje, pues el periodista la dedica enteramente al que era su objetivo último: disuadir a los líderes y seguidores de la derecha española, ya fueran monárquicos, conservadores o nacionalistas, de unirse a aventuras afines a la del nacionalsocialismo en Alemania. Con esa intención, Chaves expondría en esta crónica, publicada en *Ahora* el 28 de mayo de 1933, cómo Hitler había ido relegando a un segundo plano a los elementos conservadores alemanes que le habían servido de apoyo para llegar al poder, y cómo pronto ostentaría éste en solitario –de ahí el irónico titular “Adolfo I. Emperador”–, para acabar la crónica con una ácida crítica a las dictaduras en general y una defensa de la nueva democracia española, que serviría de conclusión no sólo a esta crónica sino a todo el reportaje sobre la Alemania nazi.

El periodista da comienzo a la crónica con una introducción sin encabezamiento en la que lanza un mensaje inequívoco, aunque indirecto, a los monárquicos españoles:

¡Pobres monárquicos alemanes! ¡Infelices partidarios del kaiser⁶³³ Guillermo! ¡Tristes fieles de los Hohenzollern! ¡Catorce años trabajando y gastando dinero para esto! Catorce años consagrados heroicamente al culto de la idea monárquica con la esperanza de ver al desterrado de Doorn entrando triunfalmente por la Puerta de Bradenburgo⁶³⁴, y, al fin y a la postre, esta mortal decepción. Alemania es monárquica; pero no habrá Hohenzollern; el pueblo alemán se ha convencido de que es incapaz de vivir sin rey, pero Guillermo seguirá, indefinidamente, cortando troncos en su retiro de Holanda; la República se ha hundido, pero la dinastía no se ha restaurado (Chaves Nogales, 1933).

La insistente concatenación de lamentos con resonancias calderonianas⁶³⁵ por los monárquicos alemanes, por los que Chaves no sentía ninguna afinidad ideológica, no puede ser, por lo exagerado de la misma, sino una poco disimulada advertencia a los monárquicos españoles: “¡Pobres monárquicos alemanes! ¡Infelices partidarios del kaiser Guillermo! ¡Tristes fieles de los Hohenzollern! ¡Catorce años trabajando y gastando dinero para esto!”. El mensaje parece claro: los monárquicos alemanes trabajaron durante toda la República de Weimar para conseguir la restauración de la monarquía en Alemania, gastaron mucho dinero y esfuerzo para, al final, acabar

⁶³³ Resulta extraño que en la edición de *Ahora* este germanismo aparezca sin tilde a pesar de no ir entrecomillado, que era la forma en que aparecían las palabras alemanas originales en esta publicación. Podría tratarse de una errata o de un caso de indefinición entre el germanismo y la palabra alemana.

⁶³⁴ Aquí no está claro si se trata de una errata, si simplemente el periodista no conoce las formas correctas de escritura del topónimo español (*Brandeburgo* o *Brandemburgo*) del territorio que en alemán se conoce como *Brandenburg* (quizá porque no fuese de uso tan común entonces como en la actualidad), o si, por el contrario, lo que parece menos probable, aún no existía un topónimo español claramente establecido para dicho territorio. En este caso, obviamente, el periodista se refiere a la Puerta de Brandeburgo o Puerta de Brandemburgo (*Brandenburger Tor*).

⁶³⁵ Casi no parece necesario recordar el lamento de Segismundo: “¡Ay misero de mí! ¡Y ay infelice!” (Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, I: 78, 102).

apoyando a Hitler, cuya acumulación de poder en unos pocos meses los alejaba cada vez más de su objetivo último, como explicaría más adelante el periodista. En conclusión, apoyar el fascismo sería equivalente a renunciar a la monarquía. Y esto, que, según el periodista, era válido para Alemania, también debía serlo para España. Recordemos, por otra parte, lo que escribía Chaves en su crónica del 18 de mayo a este respecto:

En Alemania me ha nacido súbitamente una simpatía por los “cascos de acero”, de la que no me creía capaz. Creo que es la misma simpatía que despertarían los monárquicos constitucionales y alfonsinos de España si alguna vez cometieran la candidez de caer en manos de una fuerza fascistizante (Chaves Nogales, 1933d).

Asimismo, Chaves le auguraba a la organización paramilitar dirigida por Franz Seldte un futuro poco prometedor:

El Ministerio de Trabajo, regido por Seldte, está todavía en poder de los “cascos de acero”; y digo todavía, porque tengo la impresión de que a estos infelices “cascos de acero” no tardarán en desalojarlos de aquí, como de todas partes, los arrolladores “nazis”, dispuestos a tomar el Poder de modo tan absoluto que no quede un resquicio en la Administración alemana al que no llegue su ojo avizor (Chaves Nogales, 1933d).

Como ya vimos en el apartado 4.4.2, el *Stahlhelm, Bund der Frontsoldaten* (Casco de Acero, Liga de Soldados del Frente) era una organización paramilitar de excombatientes de la Primera Guerra Mundial fundada en diciembre de 1918 por el propio Franz Seldte –a quien Chaves le dedicaría un apartado de esta crónica–. Se trataba de una fuerza paramilitar independiente, aunque a partir de 1929 estableció lazos con el nacionalista *Deutschnationale Volkspartei* (DNVP), el Partido Nacional Alemán del Pueblo, que, con el magnate de la comunicación Alfred Hugenberg –a quien Chaves también le dedicaría un apartado en esta crónica– a la cabeza, era un partido monárquico guillermino de marcado carácter conservador, para el que, según Abellán (1997: 139), “todo tenía que volver a ser como antes de 1914 o al menos como era hasta el cese de Bismark”.

Los *pobres* “monárquicos alemanes”, *infelices* “partidarios del kaiser Guillermo”, *tristes* “fieles de los Hohenzollern” a los que se refería Chaves en su sucesión de lamentos debían ser –por lo que refiere el periodista tanto en su crónica del 18 de mayo como en el apartado dedicado a Franz Seldte en esta crónica, como veremos en el apartado 4.11.5– fundamentalmente los Cascos de Acero de Seldte, y, acaso, también el presidente Hindenburg –quien también tendría un apartado dedicado a su persona en esta crónica– y el DNVP de Hugenberg. Aunque cuando habla de la restauración de la monarquía, Chaves hace más hincapié en la postura de los Cascos de Acero. Así, más adelante, en esta misma crónica, aseguraría:

Los “cascos de acero”, que habían hecho a lo largo de catorce años una maniobra de gran estilo para ir minando la República, después de haberse declarado republicanos [...], cuando tocaban ya con las manos el ansiado triunfo de la restauración, se han encontrado con este obstáculo insuperable: Hitler (Chaves Nogales, 1933i).

Y citaría a un “jefe” de esta organización paramilitar, muy probablemente el alto funcionario que lo acompañó a visitar el campo de trabajo de Wiesenthal, del que hablaba en sus crónicas del 18 y el 19 de mayo, tal y como vimos en los apartados 4.4 y 4.5. Este “jefe” de los Cascos de Acero le habría dicho al periodista: “Hitler no es más que una etapa más; acaso larga; pero al final no hay más solución que los Hohenzollern” (Chaves Nogales, 1933). Analizaremos con más detenimiento ambos textos en el apartado 4.11.5, pero, por el momento, sirven para ilustrar la importancia que Chaves le atribuía a las reivindicaciones monárquicas de los Cascos de Acero. Tal y como asegura Evans (2003: 103), este grupo paramilitar de veteranos de la Primera Guerra Mundial, desde su fundación en 1918, había hecho una “enérgica campaña a favor de la restauración del antiguo sistema imperial por el que habían luchado [en la guerra]”, y sus dirigentes, Franz Seldte y Theodor Duesterberg, eran completamente incapaces de “adaptarse a un mundo sin el káiser”.

En cambio, según Weitz, la postura del DNVP respecto al káiser Guillermo no estaba tan clara, a pesar de que su programa de 1931 incluía la restauración de la monarquía de los Hohenzollern (Evans, 2003: 130):

En un momento dado, antes de la guerra, había sido un partido monárquico, pero la mayoría de sus simpatizantes dejaron el ideal monárquico –a pesar de sus altisonantes afirmaciones de lealtad a la casa Hohenzollern– durante la Primera Guerra Mundial, cuando no les quedó más remedio que reconocer la ineptitud del káiser Guillermo II. Durante las tres fases por las que pasó la República, no dejaron de trabajar la idea de algún tipo de solución autoritaria, preferiblemente militar. Aunque afirmaba apoyar la “tradición” –el protestantismo o los estrechos lazos familiares tejidos a lo largo de generaciones–, el DNVP andaba enredado en una campaña de extrema derecha (Weitz, 2007: 115-116).

Por tanto, quizá Chaves le dio más importancia de la que realmente tenían a las aspiraciones monárquicas de la derecha nacionalista alemana. Lo cierto es que los monarcas europeos siempre habían despertado el interés de la prensa sensacionalista, y, en el caso de Guillermo II y de su antiguo heredero, el príncipe Guillermo, en 1932 la prensa internacional especuló con la restauración de éste último a raíz de las insinuaciones del vizconde Rothermere, propietario del *Daily Mail* británico, según contaba en *Ahora* Francisco Melgar, corresponsal del diario español en París, el 18 de junio de 1932:

Un problema de política interior alemana ha llegado a interesar prodigiosamente a la opinión internacional; lord Rothermere, el famoso director y propietario del “Daily Mail” lo ha planteado en términos muy netos; los periódicos del mundo entero han recogido con avidez la sensacional noticia: en Alemania se prepara en estos momentos una restauración imperial en favor del hijo mayor del kaiser, Federico Guillermo de Hohenzollern (Melgar, 1932).

De hecho, Melgar les daba credibilidad a las teorías de Rothermere, a quien consideraba una “personalidad autorizada” (1932), y citaba el artículo del *Daily Mail* en el que éste exponía la inminencia de la restauración de la monarquía en Alemania:

No se necesitará ninguna revolución para restaurar la dinastía de los Hohenzollern; no hemos de olvidar que el actual presidente Hindenburg fue el hombre que se opuso durante ocho días a la

abdicación del Kaiser. Los ministros del día ocupaban todos ellos cargos importantes durante el Imperio; en cuanto al hitlerismo, ¿quién no sabe la influencia que tienen en su desarrollo los hijos del ex kaiser? (cit. en Melgar, 1932).

Asimismo, en la primera página de la edición del 9 de marzo de 1932 de *Ahora*, se podía leer: “En la nebulosa de la política alemana ha surgido un hecho que alienta, con razón o sin ella, las esperanzas del sector nacional partidario de una restauración de los Hohenzollern: el cambio de la bandera republicana por la del Imperio” (sin firma, 1932a). El texto iba acompañado de una foto del antiguo príncipe heredero y su hermano menor. En el mismo sentido, una noticia aparecida el 18 de octubre de 1932 en ese mismo diario aseguraba en su titular: “El ex kronprinz podría ser designado regente del Reich y la restauración total se llevaría a cabo a la muerte del ex kaiser” (Fabra, 1932). Y en el cuerpo de la noticia se podía leer: “Puede, pues, afirmarse que la restauración de la ex familia real, considerada como una utopía hace algunos meses, no puede ser en la actualidad descartada del dominio de las posibilidades políticas”⁶³⁶.

Por lo demás, como veíamos, Chaves se refería en esta crónica al gasto de dinero y al esfuerzo hecho durante la República de Weimar por los monárquicos alemanes: “Catorce años consagrados heroicamente al culto de la idea monárquica con la esperanza de ver al desterrado de Doorn entrando triunfalmente por la Puerta de Bradenburgo, y, al fin y a la postre, esta mortal decepción”. Naturalmente, los catorce años a los que se refiere el periodista son los que duró la República de Weimar, desde 1919 a 1933, y el desterrado de Doorn no es otro que el káiser Guillermo II (Friedrich Wilhelm Viktor Albert de Prusia), exiliado en esa localidad holandesa, próxima a Utrecht, tras su abdicación el 9 de noviembre de 1918, cuando vio perdido su apoyo por parte del ejército y del pueblo alemán, como señala Abellán (1997: 126):

Quando la opinión pública conoció la realidad de la marcha de los acontecimientos en el frente, acusó a los dirigentes políticos y militares de haber engañado a la sociedad alemana y de haber forjado falsas esperanzas para que aceptara enormes sufrimientos, sin ningún provecho final. Como culpable de la catástrofe aparecía el régimen imperial en su conjunto, y, por ello, se demandaba una nueva forma de Estado: la República.

Por otro lado, cabe comentar el uso por parte de Chaves de la imagen de Guillermo II regresando a Berlín y “entrando triunfalmente por la Puerta de Bradenburgo”. Con esta imagen el periodista ilustra y resume con eficacia en la mente del lector las supuestas esperanzas de los monárquicos alemanes, pues recoge en una sola imagen llena de simbolismo, no sólo el deseo de la restitución del káiser, sino también el de devolver a Alemania sus antiguas glorias, ligadas a los desfiles de la

⁶³⁶ Para hacerse una idea del interés que despertaba el tema de la restauración monárquica en Alemania, baste el ejemplo de la crónica del 30 de junio de 1932 de Magda Donato en *Ahora*, que formaba parte de una serie de cuatro crónicas que eran fruto, supuestamente, de la experiencia de la periodista como fingida secretaria del adivino Nayan Rai. En dicha crónica la periodista relata que el adivino había recibido la reproducción de la mano del *Kronprinz* procedente de Leipzig y, tras leerla adecuadamente, la predicción era la siguiente, según Donato (1932): “Y lo que ve el maestro da escalofríos: ve, y para muy en breve, «gloria y elevación»; ve que el poseedor de esa mano está destinado a reinar, si bien por poco tiempo”.

victoria que habían cruzado esa puerta, como el del 16 de junio de 1871, que podemos ver en la siguiente imagen, en la que aparece el padre de Guillermo II recibiendo a las tropas victoriosas que volvían de Francia tras la guerra franco-prusiana:



Desfile de la victoria presidido por Guillermo I en 1871 junto a la Puerta de Brandeburgo⁶³⁷.

Por otra parte, Chaves utiliza una vez más una expresión coloquial –“al fin y a la postre”–, que no permite que el lector pierda de vista la normalidad de los hechos y circunstancias sobre los que habla el periodista. Por último, habla de la “mortal decepción” que la acumulación de poder en manos de Hitler suponía para esos monárquicos alemanes arquetípicos, sugiriendo mediante el adjetivo “mortal” el carácter definitivo de esa “decepción”. En suma, la idea fundamental que quiere transmitir Chaves en este párrafo es que, después de un esfuerzo “heroico” –porque se habría mantenido durante los catorce años de dominio republicano–, los monárquicos alemanes podían abandonar toda esperanza de ver regresar al káiser a Berlín tras la toma del poder de Hitler.

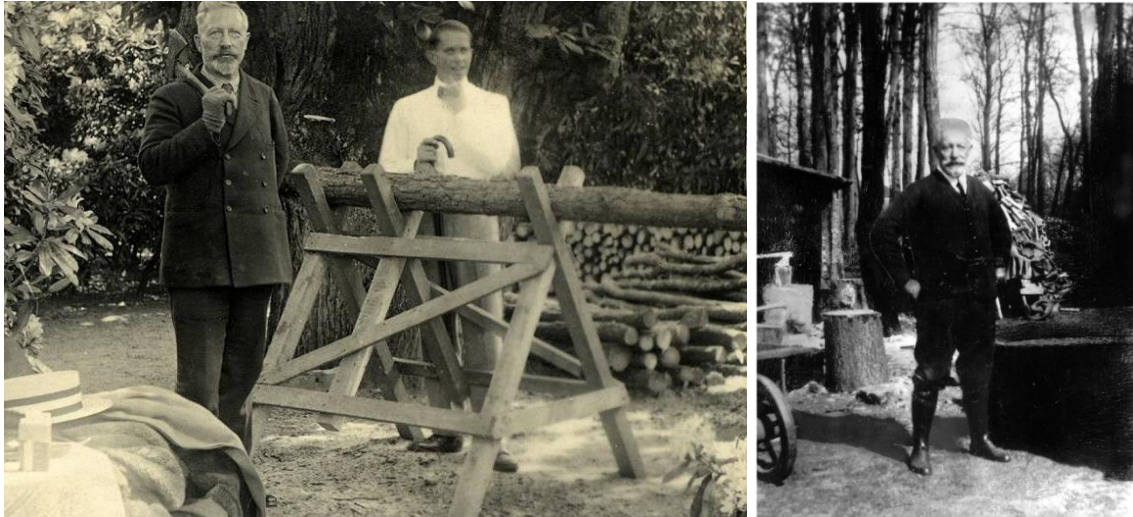
En cuanto a la siguiente afirmación: “Alemania es monárquica [...]; el pueblo alemán se ha convencido de que es incapaz de vivir sin rey [...]”, contrasta notablemente con lo que el periodista aseguraba unos años antes, tras su visita a Alemania en 1928, cuando, tal y como vimos en el apartado 2.3, afirmaba:

Hoy existe una Alemania republicana que impedirá siempre una recaída en el militarismo. Esa masa un poco informe que es todavía el pueblo alemán toma fácilmente la forma del recipiente en que se vierte y lleva ya demasiado tiempo posándose en la vasija republicana (Chaves Nogales, 1929: 95).

⁶³⁷ Fotografía de F. Jamrath & Sohn. Bildarchiv Preußischer Kulturbesitz. En German History in Documents and Images: <<https://cutt.ly/VfyHcQH>> [23/7/2020].

Asimismo, aseguraba que la República tenía “ya una fuerza casi indestructible” (98). En aquella ocasión, el periodista, a pesar de percatarse de una realidad que contradecía su afirmación –“[...] el pueblo alemán toma fácilmente la forma del recipiente en que se vierte”–, se dejó llevar por la impresión de los desfiles del Día de la República, cuya puesta en escena, por otra parte, distaba poco de los que luego organizarían los nacionalsocialistas: “Los manifestantes van de cuatro en cuatro, marcando el paso y guardando las distancias. Llevan hachones encendidos y de tiempo en tiempo los levantan en alto rítmicamente, mientras vitorean a la República” (99). En cualquier caso, el optimismo de Chaves era comprensible si atendemos a lo que explica Weitz (2007: 403) acerca de los “años dorados” de la República de Weimar y, concretamente, de 1928: “[...] el triunfo electoral del SPD, la pérdida de votos en los extremos del arco político y la acertada política llevada a cabo por Stresemann representaron cierta esperanza para la República”.

No obstante, en 1933, y a la vista de los acontecimientos, el periodista se había rendido a la evidencia de que “el pueblo alemán” se había convencido “de que es incapaz de vivir sin rey”. Este desengaño no debió sino avivar su preocupación por la estabilidad de la República española en un momento en el que sus opositores habían comenzado a maniobrar contra el nuevo régimen, tal y como vimos en el apartado 3.1.1. En cualquier caso, tras afirmar que Alemania era “monárquica”, Chaves señalaba que, sin embargo, no era guillermina: “[...] pero Guillermo seguirá, indefinidamente, cortando troncos en su retiro de Holanda; la República se ha hundido, pero la dinastía no se ha restaurado”. De nuevo, el mensaje velado para los monárquicos españoles es inequívoco: acabar con la República no significaría necesariamente la vuelta de Alfonso XIII. En cuanto a la imagen del antiguo káiser “cortando troncos en su retiro de Holanda”, al parecer, a Guillermo II le complacía aparecer en su retiro en Doorn satisfecho de ejercer trabajos manuales, quizá en un intento de convencer a los alemanes de que era un hombre de a pie, aunque Cecil (1996: 211-212) asegura que cortar troncos se encontraba entre sus aficiones y le servía para distraerse de sus preocupaciones políticas: “The retinue consequently made little objection when the Kaiser left his cares behind and sought relaxation in sawing wood, gardening, reading archaeological tracts, or even occasionally leaving headquarters to go on hunting expeditions”. No obstante, parece que no perdía ocasión de hacer pública su afición, como ilustra esta entrevista que le concedió a D. Kosziolaugi y que fue publicada en *Ahora* el 24 de julio de 1932: “Con un gesto amplio [el antiguo káiser] me explica que se entretiene en aserrar madera” (Kosziolaugi, 1932). Además, numerosas fotografías de la época atestiguan esa afición del antiguo káiser, como las dos que reproducimos en la página siguiente:



Dos fotografías de Guillermo II, hacha en mano en una de ellas, junto a los troncos que, supuestamente, se dedicaba a cortar en su retiro holandés, en Doorn⁶³⁸.

Por lo demás, Chaves acertaba al predecir que el antiguo káiser permanecería en esa situación “indefinidamente” y nunca recobraría el poder en Alemania, y, en esa misma línea, continuaba su crónica insistiendo en la esterilidad del esfuerzo realizado por los supuestos monárquicos alemanes para restaurar a Guillermo II a la cabeza del Imperio alemán:

De nada ha servido la sagaz política de los monárquicos fieles a Guillermo, que durante catorce años han estado preparando esta resurrección triunfal de sus ideas que hoy debía ser su alegría y es su desesperación; de nada han valido todas aquellas concesiones a los políticos republicanos; de nada valieron todas las maniobras y todas las adulaciones; ni que el kaiser mendigara a sus primos de Inglaterra; ni que el kronprinz adulase a los magnates judíos en los campos de tenis para fabricarse una popularidad; ni que los príncipes de Hohenzollern se enrolasen, disciplinados y humildes, en las huestes monarquizantes de los “cascos de acero” o del nacionalsocialismo. De nada ha valido (Chaves Nogales, 1933).

La indisimulada insistencia de Chaves en este punto de nuevo parece querer desanimar a sus posibles lectores monárquicos, no sólo de todo propósito de colaborar con movimientos afines al nacionalsocialismo alemán, sino de cualquier resistencia al régimen republicano. Para ese propósito Chaves se sirve de una suerte de anáfora dispersa, o lo que Fernández (1975: 44) llama “repetición diseminada”, una especie de estribillo⁶³⁹ que el periodista repite, variando algunos elementos sintácticos en cada frase, combinado con el polisíndeton que constituye aquí la repetición de la conjunción *ni* seguida de la conjunción *que*. Así, el periodista introduce al principio de cada nueva oración, respectivamente, las siguientes estructuras sintácticas y conjunciones, por orden de aparición: “De nada ha servido [...]”, “de nada han valido [...]”, “de nada valieron [...]”, seguidas de tres apariciones consecutivas del grupo conjuntivo “ni que”,

⁶³⁸ Fotografía de la izquierda: Schloss Amerongen. En RP Online, <<https://cutt.ly/7fyHlum>> [cons. 24/7/2020]. Fotografía de la derecha: Alfred Gross/ullstein bild, via Getty Images. “Wilhelm II in Dutch exile, circa 1919”. En *New York Times*: <<https://cutt.ly/CfyHg1O>> [cons. 24/7/2020].

⁶³⁹ En este caso, como explica Alarcos Llorach (1966: 112), “igual que los estribillos, igual que los *leit-motiven*, lo reiterado es como el hilo conductor, como el gozne en torno al cual gira la composición matizándola totalmente”.

para concluir con un rotundo “De nada ha valido”, que sirve como último golpe de percusión que deja resonando la anáfora en la mente del lector⁶⁴⁰. Como señala Fernández (1975: 40), la reiteración de palabras y estructuras sintácticas, por efecto del ritmo, “atrae la atención y hace más intenso el significado”. En definitiva, Chaves demuestra aquí una notable capacidad retórica al servicio de su argumentación.

Por otra parte, en lo referente a la afirmación: “De nada ha servido la sagaz política de los monárquicos fieles a Guillermo, que durante catorce años han estado preparando esta resurrección triunfal de sus ideas que hoy debía ser su alegría y es su desesperación”, Chaves insiste en la pérdida de esperanzas para la causa monárquica – esto es, “su desesperación”– que ha supuesto la subida del nacionalsocialismo al poder. En cuanto a “la sagaz política de los monárquicos fieles a Guillermo” de la que habla el periodista, en el apartado que le dedica en esta misma crónica a Franz Seldte y a los Cascos de Acero, aseguraría que éstos “habían hecho a lo largo de catorce años una maniobra de gran estilo para ir minando la República” (Chaves Nogales, 1933). De modo que aquí probablemente se refería a éstos. En cualquier caso, sobre esa “sagaz política” hablaremos con detenimiento en el apartado 4.11.5. Por lo demás, las afirmaciones “[...] de nada han valido todas aquellas concesiones a los políticos republicanos; de nada valieron todas las maniobras y todas las adulaciones”, en realidad, presuponen un sacrificio para conseguir, en última instancia, un supuesto ideal monárquico por parte de las fuerzas conservadoras alemanas ligadas a la nobleza y al Ejército, las cuales a menudo simplemente se adaptaron al nuevo régimen para conseguir el poder, como ya hemos explicado. Así, por ejemplo, el mariscal Paul von Hindenburg –a quien Chaves le dedicaría también un apartado de esta crónica–, que en 1918, con poderes casi dictatoriales al frente del Estado Mayor del Tercer Cuerpo del Ejército, pretendía descargar al káiser y al ejército alemán de la responsabilidad por la derrota en la guerra, culpando al parlamentarismo, había condescendido a la democratización de Alemania sólo cuando se vio acorralado por las potencias extranjeras, según Weitz (2007: 27). Y, en 1925, cuando fue elegido presidente de la República, se declaró dispuesto a acatar la Constitución de Weimar. Por otra parte, el NDVP también se resignó a colaborar con las instituciones republicanas y en 1925 había apoyado el gobierno del independiente Hans Luther, y en 1926, a instancias de Hindenburg, entró a formar parte de la coalición de gobierno del presidente Wilhelm Marx, del Partido del Centro (Weitz, 2007: 145). Y, ya en los años treinta, en la maraña de intrigas que supuso la sucesión de los gobiernos de Brüning, von Papen y Schleicher (ver Evans, 2003: 322-323), el DNVP, al igual que el presidente Hindenburg, había apoyado sucesivamente tanto a von Papen como a Schleicher, al igual que haría con

⁶⁴⁰ Se trata de un efecto semejante al producido por la anáfora que utiliza Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de don Rodrigo Manrique*, concretamente, en las coplas XVI y XVII, donde repite las estructuras *Qué se hizo, Qué fue de y Qué se hicieron* (Manrique, *Cop.*, XVI-XVII: 181-204), para volver a hacer una última repetición de una estructura afín al final de la copla XIX, en los versos 227-228: “¿Qué fueron sino rocíos / de los prados?”.

Hitler en 1933 (ver apdo. 3.1.3). Quizá Chaves también se refiriera a estas maniobras, además de las de los Cascos de Acero de las que hablaremos en el apartado 4.11.5, cuando hablaba de la “sagaz política de los monárquicos fieles a Guillermo” y de sus “concesiones”, “maniobras” y “adulaciones”. No obstante, más que la vuelta del káiser lo que perseguían tanto el DNVP como el presidente Hindenburg era probablemente su propio beneficio (ver Weitz, 2007: 116-117). En cualquier caso, el periodista sí acertaba en una cosa: el apoyo a Hitler no los habría de conducir a otra situación que a su propia “desesperación” en términos políticos.

Por otro lado, cuando Chaves habla de las “concesiones a los políticos republicanos” puede que se estuviese refiriendo al antiguo Kronprinz y a la supuesta colaboración con los gobiernos republicanos de la que hablaba Francisco Melgar (1932) en el reportaje sobre el antiguo heredero imperial ya mencionado:

Enterado [...] diariamente de la política gubernamental, el kronprinz ha prestado grandes servicios a todos los ministerios que se han sucedido en Alemania desde que Hindenburg es el presidente de aquella República imperial. En mil ocasiones diversas, ha intervenido para aplacar los ánimos excitados de sus amigos de la derecha y convencerles de la necesidad de reservar su apoyo al Gobierno. Gracias al prestigio cada día mayor de que goza entre los monárquicos, el kronprinz ha sido, durante los años últimos, el instrumento que ha permitido la existencia relativamente tranquila de todos los Gobiernos moderados que han sido en Alemania.

Por otra parte, no hemos encontrado ninguna información que sostenga que el antiguo káiser “mendigara a sus primos de Inglaterra” durante su exilio, como asegura Chaves. Por el contrario, Cecil (1996: 322) asegura que Guillermo II estaba resentido con sus parientes ingleses por no haberle escrito para trasladarle sus condolencias por la muerte de su mujer en 1921, a excepción de su tía Beatriz, princesa de Battenberg. De hecho, su primo, el rey Jorge V de Inglaterra, había declarado públicamente el día que Guillermo huyó a Holanda que éste era “the greatest criminal known for having plunged the world into this ghastly war” (cit. en Cecil, 1996: 322-323), aunque se opuso a que fuese extraditado a Gran Bretaña para ser juzgado, como reclamaban algunos sectores de la opinión pública británica. Por otra parte, Cecil (1996: 347) también asegura que en 1930, Guillermo hizo “a conspicuous effort to end the enmity that existed between himself and his English relatives, a discord that stretched back even before 1914”, pero parece que ya sin ningún propósito político.

En cuanto al hijo de Guillermo II, el antiguo *Kronprinz* (príncipe heredero) – desde 1919, tan sólo *Prinz von Preußen* (príncipe de Prusia)–, y a la adulación de éste a “los magnates judíos en los campos de tenis para fabricarse una popularidad” de la que habla el periodista, no hemos encontrado referencias escritas que atestigüen tales intenciones, más allá del ya mencionado reportaje de Francisco Melgar (1932), en el que el corresponsal en París de *Ahora* hacía referencia a una supuesta campaña propagandística orquestada por el propio príncipe Guillermo para aparecer en la prensa neoyorquina, entre otras cosas, como un “enamorado” del deporte:

Federico Guillermo, convencido de que no obtendría nada de su padre, optó por la solución más racional que era abrirse camino por sus propios medios. Su primer cuidado fue crearse una aureola de simpatía, gracias a la Prensa; la cosa era bastante difícil, acababa de proclamarse en Alemania la República socialista y los periódicos no se atrevían a hablar de la ex familia imperial; en Francia y en Inglaterra, los espíritus caldeados aun por los recuerdos de la guerra se hubiesen rebelado ante cualquier evocación favorable al ex kronprinz. No quedaba más que la gran Prensa neoyorkina, cuya influencia es grande en el mundo entero. Federico Guillermo fue bastante hábil para obtener entonces unos artículos llenos de elogios, que le presentaban como un enamorado del deporte, un espíritu abierto, un filósofo que sufría su suerte con resignación, dispuesto a no entorpecer la vida de su país y preocupado únicamente por su felicidad.

No obstante, sí existen algunas fotografías que muestran al príncipe de Prusia con la alta sociedad durante los años veinte en el club de tenis Rot-Weiss del barrio de Grunewald, a las afueras de Berlín, como la siguiente:



El príncipe Guillermo y su mujer en el club de tenis Rot-Weiss de Berlín en junio de 1929⁶⁴¹.

Por lo demás, Francisco Melgar, en el mencionado reportaje sobre el antiguo *Kronprinz* publicado el 18 de junio de 1932 en *Ahora*, explicaba que el antiguo heredero del káiser se dejaba ver en público en busca de la “popularidad” que Chaves aseguraba que éste perseguía:

[...] en Alemania, en cambio, el kronprinz ha logrado volver a familiarizarse con sus compatriotas; su nombre está en todos los labios, su retrato impreso por las grandes revistas gráficas circula por el país entero; tiene amigos en todas partes; su fisonomía se ha hecho popular lo mismo entre los obreros que en el seno de la burguesía y en la aristocracia (Melgar, 1932).

Por otra parte, en contraste con la frecuentación de “magnates judíos” que le atribuía Chaves al príncipe Guillermo, en una entrevista publicada en *Ahora* el 24 de julio 1932 firmada por *Alf. DUC.*, el antiguo *Kronprinz* hacía declaraciones abiertamente antisemitas: “Pero aquí reaparece la habilidad del judío: husmean los deseos del pueblo y procuran explotarlos” (*Alf. DUC.*, 1932). Y es que, como también explica el periodista, tanto el príncipe Guillermo como su hermano Augusto se habían acercado los últimos años a la corriente dominante del nacionalismo alemán: “[...] que

⁶⁴¹ Bundesarchiv. Bild 102-07899. En <<https://cutt.ly/WfkjixP>> [cons. 25/7/2020].

los príncipes de Hohenzollern se enrolasen, disciplinados y humildes, en las huestes monarquizantes de los «cascos de acero» o del nacionalsocialismo”. Efectivamente, Augusto era diputado del parlamento prusiano por el NSDAP desde abril de 1932, según Melgar (1932), mientras que Guillermo había declarado su apoyo a Hitler en las elecciones presidenciales de 1932, según Xammar (1932a), y, como afirmaba Chaves, formaba parte de los Cascos de Acero, como muestran la primera página de la edición del 24 de junio de 1932 de *Ahora*, en la que aparece pasando revista a las tropas de dicha organización paramilitar, y la primera página de la edición del 23 de septiembre del mismo año, en la que aparece junto a su esposa en un desfile de la sección femenina de los Cascos de Acero (sin firma, 1932b):



Primera página de las ediciones del diario *Ahora* del 24 de junio y el 23 de septiembre de 1932.

Por otra parte, la frecuencia con que el antiguo *Kronprinz* ocupaba la primera página de *Ahora* nos da una idea de la importancia que el diario dirigido por Chaves Nogales le daba tanto al personaje como a la cuestión de la restauración monárquica en Alemania. Por lo demás, Chaves continuaba este primer apartado introductorio de la crónica insistiendo en la idea de que los alemanes eran profundamente monárquicos:

Alemania es hoy monárquica; el pueblo alemán se ha convencido de que la monarquía es consustancial para él y de que no sabe vivir sin rey. Y, ante esta necesidad, se ha fabricado un rey a su medida, a su imagen y semejanza; un rey que ha pasado hambre y ha sido obrero sin trabajo y ha hecho la guerra en las trincheras, un rey con gabardina: Adolfo I, emperador (Chaves Nogales, 1933i).

Insiste aquí Chaves en el cambio obrado en la mentalidad de los alemanes desde que en 1929 asegurara, como hemos visto unas páginas más atrás, que la República de Weimar tenía “ya una fuerza casi indestructible” (1929: 98). Hace hincapié, además, específicamente en la querencia de un rey por parte del pueblo alemán en lugar de prestar más atención a los problemas atravesados por la República de Weimar que

habían llevado a los alemanes a optar en las urnas mayoritariamente por fuerzas antirrepublicanas. Esto es así probablemente porque el periodista quiere poner la atención del lector en la figura de Hitler y en el papel de nuevo emperador que le atribuye.

Por lo demás, se sirve de la prosopopeya para atribuir al conjunto del pueblo alemán la *fabricación* del rey que creía necesitar: “Y, ante esta necesidad, se ha fabricado un rey a su medida, a su imagen y semejanza; un rey que ha pasado hambre y ha sido obrero sin trabajo y ha hecho la guerra en las trincheras, un rey con gabardina”. En este mismo sentido, *Augusto Assía* (1931c), escribía en *La Vanguardia* el 9 de abril de 1931 con respecto a Hitler y los alemanes: “El pueblo germánico necesita de héroes, y cuando no los tiene los hace”. Por otra parte, cabe señalar la introducción del intertexto “a su imagen y semejanza” por parte de Chaves, evidentemente relacionado con este versículo del libro del Génesis: “Et ait Deus: «Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram [...]»” (Gn 1: 26). Mediante este recurso de la intertextualidad, Chaves le transfiere al pueblo alemán cierto carácter de demiurgo, que, en realidad, les encajaría mejor a Hitler y Goebbels, que eran los principales responsables de la *fabricación* del personaje con cuya representación Hitler alcanzó el poder en 1933, un personaje que el propio Hitler comenzó a modelar en *Mein Kampf*, donde habla de una época de hambre y falta de trabajo en Viena y de su experiencia en las trincheras, circunstancias que señalaba Chaves en la crónica y de las que había tenido noticia probablemente por el libro de Hitler, donde éste, por ejemplo, aseguraba sobre su juventud en Viena: “Wien die Stadt, die so vielen als Inbegriff harmloser Fröhlichkeit gilt, als festlicher Raum vergnügter Menschen, ist für mich leider nur die lebendige Erinnerung an die traurigste Zeit meines Lebens” [“Viena, la ciudad que muchos consideran el epítome de la alegría inofensiva, un espacio festivo para personas felices, desafortunadamente es sólo un recuerdo vivo para mí del momento más triste de mi vida”]⁶⁴² (Hitler, 1926: 133).

Vemos cómo el líder nazi se presentaba a sí mismo como un hombre que sabía lo que era el hambre, un trabajador poco cualificado sin un salario seguro. No obstante, como advierte Kershaw (1998: 53-54) la imagen que Hitler ofrece de sí mismo en *Mein Kampf*, cuya primera parte escribió en 1924, tiene un propósito político, el de reafirmarse como líder del nacionalismo *völkisch* tras el fracaso del golpe de 1923 y la

⁶⁴² Asimismo, sobre esa época también cuenta: “Fünf Jahre Elend und Jammer sind im Namen dieser Phäakenstadt für mich enthalten. Fünf Jahre, in denen ich erst als Hilfsarbeiter, dann als kleiner Maler mir mein Brot verdienen mußte; mein wahrhaft kärglich Brot, daß doch nie langte, um auch nur den gewöhnlichen Hunger zu stillen. Er war damals mein getreuer Wächter, der mich als einziger fast nie verließ, der in allem redlich mit mir teilte” [“Para mí, el nombre de esa ciudad de los feacios encierra cinco años de miseria y desesperanza. Cinco años en los que tuve que ganarme el pan de cada día primero como peón, y luego como pequeño pintor; un pan realmente escaso que nunca fue suficiente para mitigar el hambre cotidiana. Ella era entonces mi más leal guardia, la única que casi nunca me abandonaba, quien más sinceramente compartía mi vida”] (Hitler, 1926: 133).

prohibición del NSDAP⁶⁴³: “La imagen heroica de un genio cuya personalidad única y cuya «visión del mundo» se habían forjado con el triunfo de la fuerza de voluntad sobre la adversidad era la base de esa pretensión. Era predominantemente un mito” (Kershaw, 1998: 53-54). Si bien es cierto que Hitler conoció verdaderamente la pobreza, Kershaw (1998: 47-92) ofrece una versión notablemente distinta de la del líder nazi sobre sus años en la Viena imperial, en la que la supuesta fuerza de voluntad del líder nazi brilla por su ausencia. Tanto la parte que le correspondía de la herencia de su madre como un préstamo de su tía le permitieron mantenerse en Viena durante el primer año, hasta 1909 (50). Tras haber sido rechazado por la Academia de Bellas Artes se planteó ser arquitecto, pero volvió “a caer en la vida cómoda, de holganza e indolencia que había vivido antes de la muerte de su madre” (50). Su tutor Joseph Mayrhofer le propuso que trabajara de aprendiz de panadero en Linz, pero el joven Adolf Hitler insistió en que su idea era convertirse en un gran artista, mas sin hacer ningún esfuerzo para conseguirlo. Asimismo, su compañero de habitación en Viena hasta el otoño de 1908, August Kubizek, daría cuenta de su diletantismo: “Se quedaba en la cama por las mañanas, [...] haraganeaba por el recinto del Palacio de Schönbrunn las tardes que hacía bueno, se enfrascaba leyendo libros, fantaseaba sobre planes grandiosos”, fruto del capricho, que abandonaba con la misma facilidad con que los ideaba, según refiere Kershaw (1998: 62-63), quien añade que “la preparación sistémica y el trabajo regular eran cosas tan impropias del joven Hitler como lo serían del posterior dictador” (63). En este sentido, del relato de Kubizek, Kershaw (1998: 72) extrae un retrato psicológico de Hitler a sus diecinueve años bastante coherente con los rasgos que evidenciaría luego el dictador:

La indolencia en el estilo de vida, pero acompañada de una energía y un entusiasmo maníacos centrados en sus fantasías, el diletantismo, la falta de realismo y de sentido de la proporción, el autodidactismo dogmático, el egocentrismo, la intolerancia extravagante, los arrebatos de cólera y las explosiones de ira, las diatribas de veneno derramadas sobre cualquier persona y cualquier cosa que bloquease la ascensión del gran artista...

No obstante, tras ser rechazado dos veces por la Academia de Bellas Artes de Viena y dilapidados sus ahorros en la vida muelle que llevaba en la capital austriaca, en el otoño de 1909 se vio sumido en la indigencia, “durmiendo a la intemperie, cuando el tiempo lo permitía, probablemente en habitaciones baratas cuando las condiciones le obligaban a refugiarse bajo techado”, según Kershaw (1998: 76). Ese invierno, “flaco y desaliñado”, se acogió al asilo para personas sin techo de Meidling, donde su aspecto desarrapado generaba comentarios incluso entre los otros vagabundos, siempre según el relato de Kershaw (1998: 77). No obstante, la suerte le sonrió en forma de un nuevo préstamo de su tía, que empleó en comprar materiales para una empresa conjunta con un conocido del asilo, Reinhold Hanisch: él pintaría estampas típicas de Viena y éste las vendería en los bares y tabernas de la ciudad (77). Este nuevo negocio le permitió mudarse al Albergue de Hombres de Meldemannstraße, más aseado que el asilo para los

⁶⁴³ Según Weitz (2007: 102), “entre 1924 y 1927, se llegó incluso a prohibir que Adolf Hitler tomase la palabra en público en cualquiera de los estados alemanes”.

sin techo. No obstante, la sociedad con Hanisch no duraría mucho: aparte de las quejas de éste por la pereza de Hitler (quien se limitaba a copiar cuadros de otros), el futuro líder nazi rompería con su socio tras una discusión sobre el reparto de ganancias por la venta de un cuadro. En cualquier caso, siguió viviendo en el Albergue de Hombres y vendiendo sus cuadros durante los otros tres años que estuvo en Viena, alternando con algún breve intervalo como peón en la construcción (Kershaw, 1998: 80-82). No obstante, seguía a la deriva. En 1913 se trasladó a Múnich con la intención de probar suerte en la Academia de la ciudad alemana y de huir del servicio militar en Austria (91-92). Allí continuó con su vida de diletante y de vehemente tertuliano de café, sin un proyecto claro y realista a largo plazo, ejerciendo de “pintor arquitectónico” hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial (103-105). “Para Hitler, la guerra fue un regalo del cielo”, asegura Kershaw (1998: 107), quien explica que, tras siete años de ir a la deriva, desde el primer rechazo de la Academia de Bellas Artes de Viena, “en Múnich, seguía siendo un marginado y un cero a la izquierda, vanamente furioso con un mundo que le había rechazado”. Sin perspectiva profesional alguna, la guerra le ofrecía una salida: “A los veinticinco años de edad, le dio por primera vez una causa, un compromiso, camaradería, una disciplina exterior, una especie de empleo fijo, una sensación de bienestar y, sobre todo, una sensación de pertenencia” (107).



Hitler (a la derecha) durante la guerra con su uniforme de correo militar, en Fournes, Francia, en abril de 1915⁶⁴⁴.

De hecho, Hitler recordaría la guerra como la mejor época de su vida:

So, wie wohl für jeden Deutschen, begann nun auch für mich die unvergeßlichste und größte Zeit meines irdischen Lebens. Gegenüber den Ereignissen dieses gewaltigsten Ringens fiel alles Vergangene in ein schales Nichts zurück. Mit stolzer Wehmut denke ich [...] zurück an diese Wochen des beginnenden Heldenkampfes unseres Volkes, den mitzumachen mir das Schicksal gnädig erlaubte⁶⁴⁵ (Hitler, 1926: 459).

⁶⁴⁴ Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz. En Kershaw (1998).

⁶⁴⁵ “Como para el resto de los alemanes, [el día que se declaró la guerra] dio comienzo para mí el momento más inolvidable y mejor de mi vida terrenal. Comparado con los eventos de esa tremenda lucha,

En este contexto parece más acertada si cabe la cita de Sebastian Haffner (1939: 25) que traíamos a colación en el apartado 4.10 en la que el escritor se refería a “los eternos combatientes”, es decir:

[...] quienes a pesar de todos los horrores encontraron en la realidad de la guerra *su* forma de vida y siguen haciéndolo aún hoy, y las eternas «existencias fracasadas», aquellos que precisamente vivieron y viven el terror y la destrucción causados por la guerra con júbilo, como una especie de venganza contra una vida que les viene grande. Al primer tipo responde tal vez Göring, al segundo desde luego Hitler.

Por otra parte, ya hemos citado algún otro pasaje de *Mein Kampf* en el que Hitler rememoraba sus felices recuerdos sobre compañerismo en el frente, dramatizaba el terror de las batallas (haciendo hincapié en que el frente alemán nunca cedió terreno) y mencionaba de pasada el hecho de haber sido herido en una de ellas:

Ende September 1916 rückte meine Division in die Sommeschlacht ab. Sie war dies für uns die erste der nun folgenden ungeheueren Materialschlachten und der Eindruck war denn auch ein nur schwer zu beschreibender — mehr Hölle als Kriege.
In wochenlangem Wirbelsturm des Trommelfeuers hielt die deutsche Front stand, manchmal etwas zurückgedrängt, dann wieder vorstoßend, niemals aber weichend.
Am 7. Oktober 1916 wurde ich verwundet.
Ich kam glücklich nach rückwärts und sollte mit einem Transport nach Deutschland kommen⁶⁴⁶
(Hitler, 1926: 525).

He aquí, por tanto, los primeros ladrillos que servirían para la construcción del mito de ese “rey que ha pasado hambre y ha sido obrero sin trabajo y ha hecho la guerra en las trincheras”, semejante a sus súbditos, al que se refería Chaves. Ese mito sería uno de los pilares sobre los que se sostendría el Tercer Reich⁶⁴⁷. Precisamente en su afán desmitificador —no sólo del personaje, sino del nuevo régimen del que éste era el principal representante—, Chaves describía a Hitler como “un rey con gabardina: Adolfo I, emperador”. El atributo de la gabardina sería utilizado a lo largo de la crónica por Chaves para satirizar la figura de Hitler, a quien más adelante se referiría como “un señor con gabardina que no acierta a pintar un cuadro decorosamente” (Chaves Nogales, 1933); y, al final de la misma, volvería a utilizar ese símbolo para resaltar la medianía del líder nazi en contraste con la grandilocuencia del personaje público que representaba, en esta ocasión, refiriéndose a los dictadores, en general: “Hay que pensar que las dictaduras favorecen el encumbramiento de las medianías, de los señores

todo lo que había vivido antes me parece la más insípida nada. Pienso con orgullosa melancolía [...] pienso de nuevo a esas semanas del comienzo de la heroica lucha de nuestro pueblo, en la que el destino me permitió tomar parte”.

⁶⁴⁶ “A finales de septiembre de 1916, mi división intervino en la batalla que se estaba librando aquel verano. Para nosotros, fue la primera de las enormes *batallas materiales* [con intervención de maquinaria moderna de guerra] que siguieron, y la impresión fue difícil de describir: más infierno que guerra. En el ciclón del bombardeo que duró semanas, el frente alemán resistió, a veces retrocedió un poco, luego empujó hacia adelante nuevamente, pero nunca cedió. Fui herido el 7 de octubre de 1916. Felizmente regresé a la retaguardia para ser transportado a Alemania”.

⁶⁴⁷ Entiéndase aquí el *mito* según la definición de Graves y Patai (1986: 7): “Los mitos son relatos dramáticos que forman una carta constitucional sagrada por la que se autoriza la continuidad de instituciones, costumbres creencias y ritos antiguos, allí donde son comunes o se aprueban sus modificaciones”.

discretos con gabardina” (1933l). Por otra parte, en la entrevista publicada el 21 de mayo, Chaves ya había utilizado la imagen de la gabardina para satirizar la figura de Goebbels: “Es un tipo ridículo, grotesco: con su gabardinita y su pata torcida, se ha pasado diez años siendo el hazmerreír de los periodistas liberales” (1933f). Y, más adelante, añadía que “debajo de su gabardinita insignificante lleva la guerrera más ajustada de Alemania” (1933f), resaltando el contraste entre su mediocridad y su fanatismo, un contraste semejante al que establecería Arendt (1963) entre la mediocridad de Adolf Eichmann y la magnitud inhumana de sus crímenes. Chaves acentuaba en esta crónica ese contraste con la aposición “un rey con gabardina: Adolfo I, emperador”, consiguiendo un efecto satírico al contraponer la gabardina, símbolo de medianía, con la grandilocuencia del título de “emperador” y de la denominación regia “Adolfo I”. Así, por tanto, Chaves seguía *avant la lettre* la misma estrategia que recomendaría más tarde el poeta y dramaturgo alemán Bertolt Brecht, quien, según citaba de memoria Hannah Arendt durante una entrevista, aconsejaba:

Los grandes criminales políticos deben ser expuestos, [...] especialmente a la burla. En realidad, no son grandes criminales políticos, sino gente que permitió grandes crímenes políticos, que es algo completamente distinto. [...] Que Hitler fracasara no significa que fuese un idiota, pero tampoco la envergadura de su proyecto lo convierte en un gran hombre. [...] Es decir, el hecho de que sea un gran criminal y de que sus actos tengan graves consecuencias no aumenta su estatura⁶⁴⁸ (cit. en Arendt, 1973: 152).

Por lo demás, Sobre ese contraste entre la mediocridad de Hitler y el logro de haberse convertido en *emperador* ya en esa primavera de 1933, Chaves hablaría con más detenimiento en el siguiente apartado de la crónica y aún al final de la misma.

4.11.1. Cómo se fabrica un emperador

El ladillo que encabeza este apartado, “Cómo se fabrica un emperador”, ya adelanta el tema del mismo, donde el periodista comienza resaltando la perplejidad que genera ese contraste del que hablábamos entre la persona de Hitler y el personaje político en el que se había convertido:

¡Parece tan desmesurado! ¡Tan grotesco! Los alemanes no se atreven a plantearse el problema; creo que el mismo Hitler ni siquiera es capaz de ponerse a pensarlo; pero con un poco de imaginación, uno se figura a este “pintorcillo de puertas” –como le llamaba Stresemann⁶⁴⁹–

⁶⁴⁸ Asimismo, Arendt (1973: 153) concluía, refiriéndose a Hitler y al Tercer Reich: “Si alguien quiere conservar la integridad en las circunstancias en las que hablamos, resulta imprescindible recordar nuestra antigua perspectiva de las cosas, y decir: «Haga lo que haga, incluso si asesina a diez millones de personas, sigue siendo un payaso»”.

⁶⁴⁹ Éste es uno más de los frecuentes errores en la escritura de nombres y palabras alemanas que contiene el reportaje: evidentemente, el periodista se refiere a Gustav Stresemann. Puede que el error se deba, no obstante, a haber visto el apellido del político alemán en su forma de genitivo, donde sí tendría una *s* al final.

sintiendo que se le va la cabeza tras el vértigo del Imperio. ¿Por qué no? Adolfo Hitler será rey o no lo será; pero emperador lo es ya por derecho propio (Chaves Nogales, 1933).

La magnitud del contraste la expresa Chaves mediante la sucesión de dos exclamaciones que contiene un polisíndeton: la repetición de la conjunción *tan*. Asimismo, califica ese contraste del que hablábamos como “desmesurado” y “grotesco”, tanto que creía imposible que los alemanes y el propio Hitler fueran conscientes de ello. No obstante, en cuanto al segundo, su egolatría bien podía hacerlo pensar que era digno de cualquier gloria, de acuerdo con la descripción que hace Kershaw (1998: 63) de él durante su juventud en Viena: “Las diatribas furiosas dirigidas contra todo y contra todos eran las de un ego desmesurado que necesitaba desesperadamente aceptación y era incapaz de adecuarse a su insignificancia personal, al fracaso y la mediocridad”. Por el contrario, en lo referente a los alemanes, aunque la mayoría no se atrevía “a plantearse el problema”, como lo denominaba Chaves, muchos menospreciaban a Hitler y sentían pavor por su éxito. En este sentido, Haffner (1939: 96) habla de la impresión que de Hitler tenía “el alemán medio” en 1930, tres años antes de su ascenso al poder:

En 1930 Hitler era aún para muchos una figura vergonzosa, perteneciente a un pasado gris: el redentor muniqués de 1923, el hombre del grotesco *putsch* de la cervecería. Además su aspecto le producía bastante rechazo al alemán medio (no sólo a los «inteligentes»): ese peinado de proxeneta, esa elegancia de pacotilla, el dialecto de los suburbios vieneses, esa increíble verborrea unida a los ademanes de epiléptico, su gesticulación desenfadada, esos espumarajos, la mirada entre flameante y extraviada. [...] La mayoría de la gente que empezó a vitorearle en el Palacio de los Deportes en 1930 probablemente habría evitado pedir fuego por la calle a un hombre como aquél.

Haffner, perteneciente a la burguesía berlinesa, muestra desdén por el origen y los modales de Hitler, igual que hacía, según Chaves, otro berlinés de origen burgués: Gustav Stresemann, quien, de acuerdo con el periodista, se refería a Hitler como el “pintorcillo de puertas”. No hemos encontrado ninguna referencia que confirme la veracidad de la atribución a Stresemann de la autoría de ese apodo, pero resulta de todo punto verosímil. Stresemann era el líder del Partido Popular Alemán (*Deutsche Volkspartei*) y, en 1923, como canciller, abrió el “camino para entablar negociaciones con los Aliados” (Weitz, 2007: 168). Entre 1923 y el momento de su muerte, en 1929, como ministro de Exteriores, consiguió mitigar la hostilidad existente entre éstos y Alemania y logró el ingreso de ésta en la Sociedad de Naciones. Como explica Weitz (2007: 127), “introdujo un matiz de racionalidad y de compromiso en el siempre caldeado y más que radicalizado ambiente político de Weimar”. Antiguo diputado monárquico durante la época del káiser, a pesar de no ser republicano por convicción (ver Weitz, 2007: 128), con su pragmatismo se había convertido en el principal pilar político que sostenía la estabilidad de la República de Weimar, como explica Haffner (1939: 74-75), quien se refiere al periodo que fue de los años 1924 a 1929 como “La época de Stresemann”, la única época de paz que conoció su generación, según el escritor, quien asegura: “El ministro de Exteriores siempre se llamaba Gustav

Stresemann. Aquella circunstancia significaba lo siguiente: paz, ninguna crisis a la vista, *business as usual*” (75). Y añade, en referencia a la amenaza nacionalista: “Sabíamos que los tontos formaban una mayoría aplastante. Pero mientras Stresemann estuviese ahí, teníamos una cierta seguridad de que se les tenía en jaque” (90). El escritor describe al político berlinés como la antítesis de Hitler:

Desde lejos seguíamos con la mirada cómo Stresemann deambulaba a paso lento y pensativo [...]; muchos ni siquiera lo reconocían ni le prestaban atención, algunos lo saludaban y él les devolvía el saludo amable y civilizadamente levantando su sombrero y no estirando el brazo, uno por uno y no en masa [...]. [...] sentíamos una confianza callada y una gratitud respetuosa hacia aquel hombre tan poco llamativo. [...] No era una persona adecuada para despertar sentimientos enardecidos (91).



Stresemann durante una recepción a los periodistas extranjeros en el Ministerio de Exteriores en septiembre de 1923⁶⁵⁰. El propio Chaves (1929: 100-102) acudiría a una de esas recepciones en 1928.

Era, por tanto, perfectamente posible que Gustav Stresemann fuese el autor de ese dardo lanzado directamente contra la imagen pública que trataba de proyectar Hitler, quien, en efecto, como ya hemos visto, había sido pintor durante sus años de juventud en Viena, aunque no de puertas⁶⁵¹ –probable exageración satírica de Stresemann que buscaba resaltar la falta de aptitudes artísticas de Hitler, y que aprovechaba aquí Chaves para su argumentación–, sino simplemente de paisajes urbanos, que solía copiar de otros, según Kershaw (1998: 78). Y, como ya vimos, fue rechazado hasta en dos ocasiones por la Academia de Bellas Artes de Viena por falta de aptitudes artísticas (48, 72). Por lo demás, Stresemann no sería el único que haría referencia a las veleidades artísticas del joven Hitler. Así, por ejemplo, desde el Partido del Pueblo Bávaro, representante de la alta burguesía bávara, llamaban al líder del NSDAP con desdén “Hitler, el decorador” (Kershaw, 1987: 56). Por otra parte, incluso el presidente Hindenburg se refería a Hitler con desprecio como el “cabo bohemio”, tanto por su pasado como pintor en Viena como por el bajo grado que alcanzó en el Ejército durante la guerra (Kershaw, 1998: 338). Asimismo, *Augusto Assía*, en su crónica del 9 de abril

⁶⁵⁰ Bundesarchiv. Bild 102-00169. En <<https://cutt.ly/wfyHu6B>> [cons. 28/7/2020].

⁶⁵¹ Aunque no se puede descartar que hiciera tal tarea en sus breves trabajos como peón de albañil.

de 1931, también mencionaba el pasado del líder nazi como “aprendiz de pintor” y ponía de manifiesto, al igual que Chaves, la distancia entre la mediocridad de la persona y el éxito del personaje público: “Por un milagro de las urnas el antiguo aprendiz de pintor, el hombre oscuro y tenebroso, lleno de gestos vagos, salió convertido en la figura epopéyica y popular de Alemania” (*Assía*, 1931). El propio Chaves volvería utilizar el apodo supuestamente acuñado por Stresemann al final de este apartado. Asimismo, al final de la crónica, usaría la imagen del joven Hitler como pintor para desmitificarlo: “Hitler no era más que un pintor que no sabía pintar, un artista sin talento” (Chaves Nogales, 1933I), como veremos en el apartado 4.11.6.

En cualquier caso, como ya hemos dicho, al “pintorcillo de puertas” no parece que se le fuera “la cabeza tras el vértigo del imperio”, como se figuraba Chaves, quien preguntaba retóricamente: “¿Por qué no?”, para señalar la evidencia de su siguiente afirmación: “Adolfo Hitler será rey o no lo será; pero emperador lo es ya por derecho propio”; o, como lo expresaría más adelante, haciendo gala de su ingenio: “[...] es posible que nunca se haga llamar emperador, pero dependerá exclusivamente de su voluntad imperial” (Chaves Nogales, 1933I). Es decir: el periodista no se aventura a pronosticar si formalmente Hitler llegaría a proclamarse emperador, pero, en la práctica, ya acumulaba el poder de un emperador en sus manos “por derecho propio”, según el periodista, esto es, porque lo había ganado, ateniéndose así en buena medida al mito creado por el propio Hitler en *Mein Kampf*. Por lo demás, Chaves explica y desarrolla esta afirmación a continuación, en un párrafo que dividiremos en dos para su análisis:

Todo hitleriano cree como en un dogma en el Imperio; la gran fuerza de Hitler ha sido la resurrección de los ideales imperialistas, latentes en el alma de los alemanes; el alemán, que en lo profundo de su alma es un ser libre, en sus relaciones con el Mundo lo fía todo a la imposición de la fuerza, al Estado, al Imperio; el alemán deja al príncipe el derecho recibido de Dios de manejar la espada y mandar; la República no rompió la armadura monárquica del Estado alemán (Chaves Nogales, 1933I).

En cuanto al “dogma del imperio” en el que, según Chaves, cree todo “hitleriano”, no sería la única ocasión en la que el periodista se referiría como *dogmas* a los elementos de la doctrina nacionalsocialista, equiparándola de ese modo con un credo religioso. Por lo demás, Chaves se refiere aquí al concepto de Gran Imperio Alemán (*Grossdeutscher Reich*), del que ya hablamos en el apartado 4.2.2, y al que se hacía referencia implícita con el término *Groß-Deutschland* en el primero de los veinticinco puntos del programa del NSDAP: “Wir fordern den Zusammenschluß aller Deutschen auf Grund des Selbstbestimmungsrechtes der Völker zu einem Groß-Deutschland” [“Exigimos la unión de todos los alemanes en una Gran Alemania en base al derecho de autodeterminación de los pueblos”] (Feder, 1927: 14). Por otra parte, el periodista, en su crónica del 16 de mayo, hacía decir al nazi arquetípico con el que conversaba en la larga *sermicinatio* que ocupaba la mayor parte de la crónica: “Nuestro destino histórico es la Gran Alemania, el Imperio” (Chaves Nogales, 1933b). En este sentido, García Pelayo (1964: 49) explica que la Alemania de principios de los años treinta era “campo fértil

para que prosperaran mitos políticos”, y el nacionalsocialismo se ocupó de cultivar en él el mito del Tercer Reich, aunque no fue el único:

[...] tendencias muy distintas del pensamiento alemán fueron preparando, sin conciencia de sus terribles consecuencias, el conjunto de imágenes y de ilusiones que acabarían integrándose en el mito del III Reich, mito complejo y compuesto de un conjunto de mitos parciales.

Precisamente, a haber sabido fomentar y aprovechar esa mitología en beneficio propio atribuye Chaves el éxito de Hitler: “[...] la gran fuerza de Hitler ha sido la resurrección de los ideales imperialistas, latentes en el alma de los alemanes”. En este sentido, Sala Rose (2003: 370-374) explica el desarrollo del mito del Tercer Imperio alemán desde la Edad Media hasta el siglo XX, y cita a Hitler, quien en una conversación de sobremesa aseguraba acerca del Sacro Imperio Romano Germánico que “en nuestra ambición por desempeñar un papel en el mundo, debemos consultar constantemente la historia imperial. Todo lo demás es nuevo, incierto e imperfecto, pero la historia imperial es la mayor épica que se conoce desde el Imperio Romano” (cit. en Sala Rose, 2003: 374). Por otra parte, este uso del imperialismo por parte del nacionalsocialismo que señala Chaves aquí, es afín al que el periodista atribuía a los bolcheviques en Rusia en *La vuelta a Europa en avión*, donde aseguraba: “La gran fuerza del comunismo ruso radica hoy en el nacionalismo más exaltado” (Chaves Nogales, 1929: 187), y advertía, con extraordinaria lucidez:

Pero si el Ejército Rojo es ineficaz para emprender por sí solo la lucha con el mundo capitalista, es un formidable instrumento de ataque contra las nacionalidades vecinas, Polonia, Lituania, Letonia y Estonia, y sobre todo, es la garantía de la continuación del régimen (162).

En cuanto a la afirmación de Chaves según la cual “el alemán, que en lo profundo de su alma es un ser libre, en sus relaciones con el Mundo lo fía todo a la imposición de la fuerza, al Estado, al Imperio”, cabe recordar la distinción que hacía el periodista en *La vuelta a Europa en avión* entre el *alemán cerrado* y el *alemán viajero* y que ya mencionamos en el apartado 4.2.1:

El tipo de alemán cerrado, auténtico, podríamos decir castizo, es el bárbaro por antonomasia. Es el tipo que engendró la guerra; el alemán que no creía más que en Alemania y que no conocía más. Por el contrario, el alemán viajero, el que desata este magnífico espíritu aventurero de los germanos se lanza por el mundo y se contrasta, llega a dar un tipo de tan fina sensibilidad como un latino (Chaves Nogales, 1929: 102).

En esta crónica, Chaves no distingue, como hacía en 1929, entre dos tipos de alemanes, sino entre dos almas que conviven dentro de todo alemán. En su exposición está implícita la idea del *Doppelgänger*, la figura literaria del malvado doble que camina en paralelo a su homólogo de buen corazón que ha dado lugar a relatos tan populares como “William Wilson” (1839), de Edgar Allan Poe, o a la célebre novela corta de Robert Louis Stevenson *Strange Case of Dr Jekyll and Mr Hyde* (1886). Está implícita también en la afirmación de Chaves la capacidad corruptora del nacionalismo, pues presenta a un alemán arquetípico que “en lo profundo de su alma es un ser libre”,

pero al que el nacionalismo germánico lo lleva a fiarlo “todo a la imposición de la fuerza, al Estado, al Imperio”, en su relación con el mundo. Recordemos, en este sentido, la declaración de principios que realizaba Chaves en *La vuelta a Europa en avión* justo antes de exponer su teoría sobre los dos tipos de alemanes: “Lo peor del mundo es el aislamiento, las fronteras, el ignorarse los unos a los otros, el negarse” (Chaves Nogales, 1929: 102).

Por otra parte, a continuación el periodista relaciona el nacionalismo germánico con la idea ya expuesta del espíritu monárquico que había sobrevivido oculto en los alemanes a pesar de los años republicanos vividos bajo el orden de la Constitución de Weimar, y afirmaba que “el alemán deja al príncipe el derecho recibido de Dios de manejar la espada y mandar; la República no rompió la armadura monárquica del Estado alemán”, insistiendo así en la rectificación –que nunca llega a hacer explícita– de la impresión que se llevó del republicanismo alemán en 1928. Por otra parte, esa predilección alemana por el autoritarismo fue denunciada de forma implícita en por Robert Wiene *Das Kabinett des Dr. Caligari* (1920), donde Caligari maneja a su ayudante sonámbulo, Cesare, a voluntad y lo hace cometer crímenes, tal y como explica Weitz (2007: 267-268), quien señala que algunos han querido ver en el filme de Wiene incluso un presagio de la llegada de Hitler al poder.



Fotograma de *Das Kabinett des Dr. Caligari* (1920), de Robert Wiene, en el que aparecen el doctor Caligari (Werner Krauß) y su obediente sonámbulo, Cesare (Conrad Veidt).

A continuación, Chaves relaciona esa supuesta inclinación alemana hacia la autoridad, y el consecuente espíritu monárquico de los alemanes, con el ascenso de Hitler al poder:

Durante catorce años, el alma alemana ha sido un alma en pena buscando al “Landvater”, al padre de la patria. Hitler ha sabido captar en su provecho esta disposición ancestral del alemán a la obediencia y ha reconstruido el Imperio. ¿Para qué? ¿Para ir a llevárselo en bandeja de plata a ese viejo de Doorn? (Chaves Nogales, 1933l).

La referencia implícita a la República de Weimar como un periodo de catorce años en el que “el alma alemana ha sido un alma en pena buscando al «Landvater», al padre de la patria”, recuerda –en particular, por la imagen del “alma en pena” que utiliza Chaves– a la siguiente reflexión de Haffner (1939: 75): “Resultó que toda una generación de alemanes no supo qué hacer con un regalo consistente en gozar de una vida privada en libertad”. Aunque, de forma algo reduccionista, el escritor lo achaca más a la querencia de emociones colectivas que a la de la monarquía en concreto:

Alrededor de veinte generaciones de niños y jóvenes alemanes habían estado acostumbradas a que el ámbito de lo público les suministrara gratis, por así decirlo, todo el contenido de sus vidas, la esencia de sus emociones más profundas, del amor y del odio, del júbilo y de la tristeza, pero también todos los hechos sensacionales y cualquier estado de excitación [...]. En el momento en que dicho suministro fue interrumpido bruscamente, ellos se quedaron ahí, bastante desamparados, empobrecidos, expoliados, decepcionados y aburridos⁶⁵² (75-76).

En cuanto a Hitler como *Landsvater* (padre de la patria), Kershaw (1987: 76) explica cómo, tras el nombramiento de Hitler como canciller, el aparato de propaganda del NSDAP, concretamente el *Völkischer Beobachter*, acuñó el apelativo “canciller del pueblo”. Por su parte, Goebbels, puso en marcha todo el aparato de propaganda del partido para fomentar el culto a la persona de Hitler, cuyo punto álgido llegó esa primavera de 1933 con el cumpleaños del nuevo canciller, el 20 de abril: “Las calles y plazas de prácticamente todos los pueblos y ciudades alemanes se veían adornadas con los signos externos de la adulación y la pública aclamación del «canciller del pueblo»” (84). Pero la campaña no se limitaba a los medios del partido. Al día siguiente del cumpleaños de Hitler, en el diario múnichés *Münchner Neuste Nachrichten* se podía leer: “[...] la participación entusiasta en el día de honra personal al canciller nos ha proporcionado la prueba de que Adolf Hitler es reconocido como *führer* en la conciencia del pueblo entero, y de que el corazón de Alemania le pertenece” (cit. en Kershaw, 1987: 85). Como explicaba Chaves, “Hitler ha sabido captar en su provecho esta disposición ancestral del alemán a la obediencia y ha reconstruido el Imperio”. En este sentido, en el apartado 4.2.2, ya citábamos a Grunberger (1971: 150), quien hablaba de la importancia que tenía en Alemania la tradición militar prusiana, en la que la obediencia y la disciplina tenían un papel protagonista⁶⁵³.

Según Chaves, en mayo de 1933 Hitler ya habría “reconstruido el Imperio”. Con esto, el periodista probablemente se refería a la toma absoluta del poder que prácticamente ya se había consumado esos días, por medio de acciones como las que describimos en el apartado 3.1.3: el 21 de marzo Hitler había teatralizado la unión del pasado imperial alemán con el futuro nazi de Alemania en un acto minuciosamente

⁶⁵² En este sentido, Arendt (1948: 377) comenta: “Los nazis, por eso, acostumbraban a referirse a los catorce años de la República de Weimar como la «época del sistema» –*Systemzeit*–, implicando que este tiempo fue estéril, careció de dinamismo, no se «movió» y fue seguido por su «era del movimiento»”.

⁶⁵³ Para un estudio más detallado sobre el militarismo prusiano y su influencia en la creación de los mitos nacionalistas alemanes de comienzos del siglo XX, ver Evans (2003: 39-47).

preparado por Goebbels y presidido por Hindenburg en la Garnisonkirche de Potsdam, donde descansaban los restos de Federico el Grande y su padre (Kershaw, 1998: 458); y, dos días después, el Reichstag, presidido en su interior por una enorme esvástica y rodeado en el exterior por tropas armadas de las SA, las SS y los Cascos de Acero, aprobaba la llamada *Ley de Autorización (Ermächtigungsgesetz)*, que permitía a Hitler prescindir del propio Reichstag para legislar, lo cual le permitió, entre otras cosas, prolongar el decreto temporal de emergencia promulgado tras el incendio del Reichstag y convertirlo “en la base legal o semilegal para la supresión permanente de los derechos ciudadanos y de las libertades democráticas” (Evans, 2003: 395). A esto es, sin duda, a lo que se refería Chaves cuando hablaba de la reconstrucción del imperio por parte de Hitler.

Y, acto seguido se preguntaba: “¿Para qué? ¿Para ir a llevárselo en bandeja de plata a ese viejo de Doorn?”. Una vez más, el periodista planteaba una pregunta retórica cuya respuesta sugería la propia pregunta para dar apariencia de irrefutable a su argumentación. Y para reforzarla, además, se servía aquí del lenguaje nazi al referirse a Guillermo II como “ese viejo de Doorn”. Recordemos la crónica del 25 de mayo, en la que el periodista ilustra el desdén que los jóvenes nazis sentían por sus mayores con la afirmación de un joven nazi arquetípico: “¿El kaiser Guillermo? Un viejo cobardón que le tenía miedo a la guerra...” (Chaves Nogales, 1933i). Por otra parte, una muestra significativa del desprecio al káiser dentro de la cosmovisión nazi es la película de Wolfgang Liebeneiner *Die Entlassung* (1942), aprobada por el Ministerio de la Propaganda, y en la que se sugiere que Guillermo II se sentía atraído por otros hombres, y aparecía como un joven vanidoso que buscaba la renuncia de Bismarck para no quedar eclipsado por su sombra. En definitiva, Chaves argumenta que los nazis no se habían tomado tanto trabajo para acabar restaurando a un hombre que despreciaban, volviendo así a hacer alusión, aunque de forma implícita, al fracaso de la estrategia de los monárquicos de apoyar a Hitler con el que empezaba la crónica.



Fotogramas de la película *Die Entlassung* (1942) en la que Guillermo II aparece representado como un joven vanidoso y en la que se sugería que sentía atracción por otros hombres.

A continuación, el periodista desarrolla una aguda observación que demuestra una vez más su conocimiento de la condición humana y de los resortes del poder:

No; el pueblo alemán, consustancialmente monárquico, no quiere a Guillermo; cuando los reyes caen como cayó él, por debilidad de carácter, por pusilanimidad, por falta de hombría, no se rehabilitan jamás. El alemán, en ese pacto que hace espiritualmente con su príncipe, tiene como base de su ciega supeditación un concepto patriarcal y democrático de la existencia; cada cual cumple su deber; el emperador, mandando; el soldado, obedeciendo. Si el emperador no sabe su oficio, si deserta, el alemán no volverá a obedecerle. Guillermo demostró que era torpe y cobarde, que no sabía su oficio. Adolfo, en cambio, está haciendo unas brillantes oposiciones al cargo vacante (Chaves Nogales, 1933).

Vemos que Chaves utiliza aquí de nuevo la anáfora: “[...] por debilidad de carácter, por pusilanimidad, por falta de hombría”, repitiendo estructuras sintácticas cuyos significados se superponen y aun se transfieren de uno a otro término de la sucesión en gradación climática, dando como resultado una acumulación significativa que aumenta el efecto del conjunto. Se trata, por otra parte, de un lenguaje afín al del nacionalsocialismo, incluso más corrosivo. Por ejemplo, Hitler, en *Mein Kampf*, acusaba al káiser Guillermo de haber confraternizado con el marxismo para acabar siendo traicionado por éste:

Kaiser Wilhelm II. hatte als erster deutscher Kaiser den Führern des Marxismus die Hand zur Versöhnung gereicht, ohne zu ahnen, daß Schurken keine Ehre besitzen. Während sie die kaiserliche Hand noch in der ihren hielten, suchte die andere schon nach dem Dolche⁶⁵⁴ (Hitler, 1926: 557).

Tanto Chaves como Hitler hacen referencia a la rebelión de 1918, que puso fin al régimen del káiser y provocó la abdicación de éste. En este sentido, Evans (2003: 93) explica la complejidad del momento, que el discurso nazi, naturalmente, omite:

La derrota en la guerra provocó el hundimiento inmediato del sistema político creado por Bismarck hacía casi medio siglo. Después de que la Revolución rusa de febrero de 1917 hubiese acelerado el final del despotismo zarista, Woodrow Wilson y los aliados occidentales habían empezado a proclamar que el principal objetivo de la guerra era conseguir que el mundo fuera más seguro para la democracia. Cuando Ludendorff y los máximos dirigentes del Reich llegaron a la conclusión de que la guerra estaba irremediadamente perdida, propugnaron una democratización del sistema democrático del sistema político imperial alemán para poder tener más posibilidades de conseguir unas condiciones de paz razonables e incluso favorables con los aliados. Ludendorff aceptaba también, como un subproducto en modo alguno incidental, que si las condiciones de paz no eran tan aceptables para el pueblo alemán, la carga de aceptarlas recaería en sobre los políticos democráticos del país y no sobre el káiser y sobre la jefatura del Ejército.

Pero las cosas no salieron como la cúpula militar esperaba: el gobierno liberal de Maz de Baden no pudo evitar el amotinamiento en los marineros en Wilhelmshaven y Kiel, que propició el levantamiento popular y, junto a la presión norteamericana, forzó al káiser a abdicar y a partir a su exilio holandés, dejando el gobierno de Alemania en manos del socialdemócrata Ebert (Evans, 2003: 94, 103), y perdiendo su autoridad

⁶⁵⁴ “El káiser Guillermo II fue el primer emperador alemán en tender la mano a los líderes del marxismo para la reconciliación sin tener en cuenta que los villanos no tienen honor. Mientras aún tenían la mano imperial entre las suyas, la otra ya estaba buscando la daga”.

sobre el Ejército, como explica Weitz (2007: 32), quien cuenta cómo Wilhelm Groener, segundo de Ludendorff en el Estado Mayor, llegó a decirle a Guillermo II: “El Ejército regresará a los cuarteles con calma y orden, cumpliendo las órdenes de sus jefes y generales, pero no por orden de Vuestra Majestad, porque ya no contáis con el respaldo de las fuerzas armadas”. Sin embargo, el discurso nazi eximió a Ludendorff, cómplice de Hitler en el *Putsch* de 1923, de toda culpa y utilizó al káiser como chivo expiatorio. En cualquier caso, el lenguaje que Chaves utiliza contra el antiguo káiser, más exagerado incluso que el que utilizaba Hitler en *Mein Kampf*, seguramente tiene un fin persuasivo: el periodista intentaría transmitir con crudeza la percepción que los nazis tenían de Guillermo II para causar así mayor impresión a los monárquicos españoles, con la intención de disuadirlos de intentar aproximaciones a movimientos españoles afines al nacionalsocialismo. Asimismo, la categórica afirmación según la cual, cuando los reyes caen como cayó Guillermo II, “no se habilitan jamás” bien puede ser una invitación al desaliento para los seguidores de Alfonso XIII, a quien Chaves estaría aludiendo de forma elíptica con su referencia al fracaso de Guillermo II como líder. Chaves argumentaba que, si un príncipe alemán no sabía defender su posición, perdía inmediatamente el respeto del pueblo y su capacidad de mando sobre él:

El alemán, en ese pacto que hace espiritualmente con su príncipe, tiene como base de su ciega supeditación un concepto patriarcal y democrático de la existencia; cada cual cumple su deber; el emperador, mandando; el soldado, obedeciendo. Si el emperador no sabe su oficio, si deserta, el alemán no volverá a obedecerle.

Hace aquí mención Chaves, por otra parte, a la “ciega supeditación” del alemán “a un concepto patriarcal y democrático de la existencia”, denotando cierto fanatismo. Y, en cuanto al antiguo káiser, concluía: “Guillermo demostró que era torpe y cobarde, que no sabía su oficio”. Como explica Grunberger (1971: 95), en Alemania, “en especial desde la época de Bismarck, la gente del pueblo consideraba a los hombres que ostentaban la jefatura como situados en una dimensión extraterrena especial”. Y añadía: “En realidad, no deseaban tener hombres de estado, sino ídolos dotados de cualidades sobrehumanas” (96). Un hombre como Guillermo II que, en términos de Chaves, “demostró que era torpe y cobarde” en 1918, no podía ser visto nunca más por los alemanes como un jefe, según Grunberger (1971: 96). Por otra parte, puede que de nuevo el periodista estuviera criticando a Alfonso XIII por la persona interpuesta de Guillermo II. El segundo tuvo que abdicar por haber conducido a Alemania a una costosa guerra cuyas consecuencias políticas no supo detectar ni, por consiguiente, gestionar; mientras que el torpe intervencionismo del primero, consumado en el apoyo a la fallida dictadura de Primo de Rivera, acabó socavando sus apoyos políticos y militares y desacreditándolo a ojos del pueblo español como gobernante (ver Juliá, 2003: 489-495). Ni el uno ni el otro *sabían su oficio*, según la expresión de Chaves, la cual ya había utilizado en el prospecto de *La vuelta a Europa en avión*: “[...] en España, donde todo es ilimitado y desahogado y donde casi nadie sabe su oficio” (Chaves

Nogales, 1929: 17). Por el contrario, Hitler sí parecía conocer muy bien el suyo, de acuerdo con el periodista, quien, en tono desmitificador se refiere al líder nazi por su nombre de pila, traducido al español⁶⁵⁵: “Adolfo, en cambio, está haciendo unas brillantes oposiciones al cargo vacante”. Además, la metáfora de las “oposiciones”, como si el cargo de emperador fuese un puesto administrativo más del estado, tiene un carácter *vulgarizante* que ayuda al intento desmitificador de Chaves, quien, por lo demás, continúa la crónica volviendo al fenómeno, descrito al comienzo del apartado, de la distancia entre la mediocridad de Hitler y el poder que había alcanzado en el Estado alemán, que intenta explicar de la siguiente forma:

Nosotros nos sonreímos irónicamente cuando pensamos que en estos días nuestros sea posible fabricar reyes e inventar dinastías. ¿Pero es que en Alemania no se está viviendo hoy en plena Edad Media? ¿Es que no fueron las concepciones medievales –las mismas que Hitler maneja hoy– las que fabricaron los reyes e inventaron las dinastías? En un país que viva una auténtica vida contemporánea, sería grotesco intentar la elaboración de un rey; pero cuando se trata de un país que vive espiritualmente en la Edad Media, la cosa es mucho más hacedera (Chaves Nogales, 1933).

Chaves reconoce aquí explícitamente la reacción que le causa la acumulación de poder de un personaje como Hitler: “Nosotros nos sonreímos irónicamente cuando pensamos que en estos días nuestros sea posible fabricar reyes e inventar dinastías”. E, incluso esa explicitud tiene un fin argumentativo: el periodista busca la complicidad del lector, a quien invita a percibir la conversión de Hitler en un ser con atributos míticos como un fenómeno ridículo. Siguiendo el mismo propósito, y con premeditada condescendencia, Chaves explica más adelante que Alemania “vive espiritualmente en la Edad Media”. Además, se sirve una vez más de los recursos de la pregunta retórica y de la repetición sucesiva de elementos que insisten en una misma idea: “¿Pero es que en Alemania no se está viviendo hoy en plena Edad Media? ¿Es que no fueron las concepciones medievales –las mismas que Hitler maneja hoy– las que fabricaron los reyes e inventaron las dinastías?”. Presenta así al lector su argumentación como evidente y, en consecuencia, difícilmente refutable.

Por otra parte, ya hablamos en el apartado 4.10 de los elementos medievales que formaban parte de la iconografía y de la cosmovisión del nacionalsocialismo, incluyendo las antorchas, el concepto de *comunidad del pueblo* (*Volksgemeinschaft*) y, también, el liderazgo mesiánico de Hitler. En este sentido, Klemperer (1975: 170) explica cómo la nazi presentaba a Hitler como una divinidad:

[...] el Führer no puede no debe hablar todos los días. Normalmente, una divinidad debe ocupar su trono por encima de las nubes y hablar más por boca de sus sacerdotes que por la suya propia. En el caso de Hitler, a esto se suma la ventaja de que sus amigos y servidores pueden ensalzarlo y convertirlo en Redentor de manera más decisiva y despreocupada, adorarle de manera más incesante y polifónica que él mismo. Entre 1933 y 1945, hasta la catástrofe de Berlín, esta

⁶⁵⁵ Práctica, ésta de la traducción de nombres en otros idiomas al español, que era habitual en la época, aunque, en este caso, podría haberle servido al periodista para acercar a Hitler aún más al mundo conocido por el lector español y alejarlo así de las lejanas nieblas del mito.

divinización del Führer, esta identificación de su persona y de su acción con el Redentor y con la Biblia, se producía día tras día y siempre funcionaba “como una seda”, y jamás se le podía contradecir en lo más mínimo.

En cuanto a los otros elementos de la liturgia medieval nazi, que le daban al nacionalsocialismo un aspecto de religión cuya divinidad era Hitler, Klemperer (1975: 58) también describe en la entrada del 19 de septiembre de 1933 de su diario una escena emitida en un cine en la que Hitler aparecía consagrando banderas de la SA con la “bandera de sangre” del partido utilizada en el *Putsch* de 1923:

Hitler consagra nuevas banderas de las SA tocándolas con la “bandera de sangre” de 1923. A cada contacto entre los estandartes se oye un cañonazo. ¡Si esto no es una mezcla entre escenificación teatral y eclesiástica! Con independencia de cuanto ocurre en el escenario..., el simple nombre de “bandera de sangre”. “Mirad aquí, dignos hermanos: martirio de sangre sufrimos”. Mediante estas únicas palabras, todo el entramado nacionalsocialista se eleva del plano político al religioso. Y la escena y la palabra surten desde luego su efecto, la gente permanece sentada, entregada, absorta; nadie tose ni estornuda, no oye crujir ningún papel ni chupar ningún caramelo. El congreso del Partido, una ceremonia de culto; el nacionalsocialismo, una religión...

Asimismo, Klemperer, en la entrada del 10 de noviembre de su diario, da cuenta de otro episodio en el que la propaganda nazi utilizaba el lenguaje del Evangelio para referirse a Hitler. Se trata del anuncio de un acto público del nuevo canciller: “En la decimotercera hora, Adolf Hitler vendrá a los trabajadores” (cit. en Klemperer, 1975: 65). Por último, y haciendo referencia tanto al ambiente medieval que se respiraba en Alemania aquellos días al que hace referencia Chaves como a la presentación de la figura de Hitler como la de un rey o emperador, Klemperer (1975: 131) recuerda la patética exclamación de un catedrático de la Universidad de Dresde poco después de que Hitler accediera al poder: “¡Somos los siervos del Führer!”.

Finalmente, Chaves insiste en que en circunstancias normales, en “un país que viva una auténtica vida contemporánea”, sería “grotesco” intentar convertir a Hitler en un rey⁶⁵⁶. Sin embargo, concluye, resumiendo con ironía lo expuesto en el apartado, que, “cuando se trata de un país que vive espiritualmente en la Edad Media, la cosa es mucho más hacedera”. Aquí, además, subyace *avant la lettre* la idea del marco mental de Lakoff de la que hablábamos en el apartado 4.6.1 y en el 4.10, cuya definición cabe volver a recordar: “Los marcos son estructuras mentales que conforman nuestro modo de ver el mundo. [...] En política nuestros marcos conforman nuestras políticas sociales y las instituciones que creamos para llevar a cabo dichas políticas” (Lakoff, 2004: 17). Trasladado a esta terminología, lo que expresa Chaves aquí con ironía es que entronizar a Hitler como a un rey visto desde un marco mental construido a base de lo que él entendía como elementos contemporáneos resultaba ridículo, pero, visto desde otro marco construido con elementos medievales, era *mucho más hacedero*.

⁶⁵⁶ Aunque el periodista se refiere, en general, a “la elaboración de un rey”, está claro que alude al caso de Hitler.

Por último, para concluir el apartado, insistía en la imagen de la conversión de Hitler en el nuevo emperador de Alemania, si no con un título oficial, sí en la práctica: “Adolfo Hitler, el «pintorcillo de puertas», actúa hoy en Alemania como un auténtico emperador de un imperio que está creando él mismo; es posible que nunca se haga llamar emperador, pero dependerá exclusivamente de su voluntad imperial” (Chaves Nogales, 1933). En esta recapitulación, Chaves recupera la idea de Hitler como hombre mediocre, como el “pintorcillo de puertas” del que se burlaba Stresemann, para contrastarla una última vez en este apartado con su ostentosa posición política: “[Hitler] actúa hoy en Alemania como un auténtico emperador de un imperio que está creando él mismo”. El periodista, como recomendaría Bertolt Brecht, no perdía de vista ni los logros del personaje ni la mediocridad de la persona. Y, por último, utiliza un irónico juego de palabras para insistir en que, independientemente del nombre del cargo que ostentara, en ese momento, acaparaba todo el poder en Alemania: “[...] es posible que nunca se haga llamar emperador, pero dependerá exclusivamente de su voluntad imperial”. Es decir: su título sería, o no, el de “emperador”, pero su “voluntad” era inequívocamente la “voluntad imperial”, y, por tanto, de la que dependía esa y cualquier otra decisión que se tomara en adelante en Alemania.

Por otra parte, a la crónica la acompañan numerosas fotografías que sirven de apoyo a esta argumentación de Chaves. Así, en la esquina superior izquierda de la doble página (ver apéndice 21) se puede ver una fotografía de un busto de Hitler hecho en mármol, en cuyo pie de foto se lee: “El busto de Hitler, que en adelante presidirá todas las escuelas de Alemania. Es ya un busto de emperador” (Chaves Nogales, 1933). Otro busto del líder nazi aparece en la imagen de la parte central derecha de la doble página, cuyo pie de foto indica: “En las ceremonias oficiales, el busto de Hitler se ofrece ya al homenaje del pueblo bajo doseles imperiales” (Chaves Nogales, 1933). Asimismo, en la parte superior central aparece una imagen de numerosas efigies de Hitler grabadas en metal cuyo pie de foto explica: “El perfil del «führer» se acuña o se moldea ya con la misma frecuencia y la naturalidad con que se reproduce el perfil de los emperadores auténticos. Últimamente se han hecho diez mil reproducciones de esta cabeza en relieve” (Chaves Nogales, 1933). Parcialmente superpuesta a esta última imagen, aparece la fotografía de una medalla recortada en silueta con la efigie de Hitler acompañada del siguiente pie de foto: “Todavía no se acuñan monedas hitlerianas; pero he aquí una medalla conmemorativa con la efigie de Adolfo” (Chaves Nogales, 1933). Vemos, pues, que Chaves insiste con las fotografías en la idea de que Hitler es ya, en la práctica, equivalente a un emperador.

Por otra parte, en la zona inferior izquierda aparece una imagen de Hitler protegido por una cadena de guardias de las SS. En su pie de foto equipara a esos guardias con los guardias de corps encargados de la protección de las casas reales europeas: “Hitler tiene también su «guardia negra», las llamadas tropas de protección

del nacionalsocialismo, que con sus uniformes negros vienen a ser su «guardia de corps»” (Chaves Nogales, 19331). Otra imagen de una escuadrilla de las SS que desfila portando una bandera negra con una calavera (*Totenkopf*) aparece en la parte superior izquierda de la doble página. En su pie de foto se lee: “El origen de la fuerza de Hitler: la famosa «brigada de la calavera», una de las primeras fuerzas de asalto del nacionalsocialismo, desfilando por Múnich, hace ya varios años” (Chaves Nogales, 19331). Por otro lado, en la parte superior derecha de la crónica, aparece Adolf Hitler vestido con una gabardina junto a un grupo de hombres vestidos de civil que, no obstante, forman ante él en actitud militar. El pie de foto insiste con ironía en varios de los elementos desmitificadores utilizados por Chaves en el cuerpo de la crónica: “«Vista a la derecha». Adolfo I, emperador, de gabardina, va a pasar revista a sus ejércitos” (Chaves Nogales, 19331). Por último, en la esquina superior derecha, se puede ver una imagen en silueta de Hitler acompañada del siguiente pie de foto, no menos irónico que el anterior: “El «bello Adolfo», el «pintorcillo de puertas» austríaco, que puede convertirse en Adolfo I, emperador de Alemania” (Chaves Nogales, 19331).

Finalmente, Chaves cierra este apartado con una introducción a los siguientes, en los que hablaría de la situación de las principales figuras políticas conservadoras y monárquicas alemanas que habían apoyado el gobierno de Hitler y que habían quedado eclipsadas por éste en los pocos meses que habían transcurrido desde su nombramiento como canciller y la publicación de esta crónica: “¿Y Hindenburg? ¿Y von Papen? ¿Y los barones? ¿Y los magnates de la industria?” (Chaves Nogales, 19331). Utiliza el periodista aquí, de nuevo, el recurso de las preguntas retóricas, a las que irá respondiendo en los siguientes cuatro apartados.

4.11.2. Hindenburg

El primero de estos apartados, como adelanta el ladillo que lo encabeza, lo dedicaría Chaves al mariscal Paul von Hindenburg, presidente de la República desde 1925 y jefe del Estado Mayor del Tercer Cuerpo del Ejército durante la Primera Guerra Mundial, que, como hemos señalado, en 1918, no apoyó la abdicación del káiser y la democratización de Alemania hasta que las potencias extranjeras no le dejaron otra salida. Al igual que Ludendorff, su primera intención era descargar al káiser y al Ejército alemán de la responsabilidad por la derrota de Alemania, señalando al parlamentarismo como culpable (Weitz, 2007: 27). En 1925, cuando fue elegido presidente de la República, se declaró dispuesto a acatar la Constitución de Weimar, pero desde su posición avivó el revanchismo alemán por la derrota de 1918 y no dejó de ser miembro honorífico del grupo paramilitar monárquico y conservador de los Cascos

de Acero (145-146). Aunque, de acuerdo con Stresemann, Hindenburg “estaba más anclado en los tiempos de Guillermo I que en los de Guillermo II”, es decir, “que cumpliría las obligaciones que, como presidente, le confería la Constitución y que no cometería imprudencias” (Weitz, 2007: 142). No obstante, con buena previsión, Stresemann también dejó escrito que lo más importante era cuidar que no llegaran “a influir sobre él personas incontrolables” (cit. en Weitz, 2007: 142). En ese sentido, precisamente, Chaves lo presenta en este apartado como un anciano senil, una marioneta en manos de Hitler. Y, como ya había hecho con el titular su crónica del 16 de mayo: “Antes de tres años otra vez la guerra”⁶⁵⁷ (Chaves Nogales, 1933b), empieza el texto con una afirmación sorprendente, en este caso, en forma de confidencia, que busca capturar la atención del lector: “Voy a comunicarles una noticia sensacional. Hindenburg, el viejo mariscal Hindenburg, presidente del Reich, ha fallecido; esto lo saben todos los berlineses, y si se lo callan es porque Hitler les ha dicho que conviene guardar el secreto” (Chaves Nogales, 1933l).

Aquí, Chaves mezcla la ironía con la metáfora y, mediante el uso del humor, busca la complicidad del lector, al que, como hacía Julio Camba, no le hablaba “ni completamente en serio ni completamente en broma” (cit. en Llera, 2004: 50). Por lo demás, el periodista, como decíamos, busca captar la atención del lector desde la primera frase, en la que, dirigiéndose directamente al lector implícito representado⁶⁵⁸, anuncia el sensacionalismo de lo que seguiría: “Voy a comunicarles una noticia sensacional”. A continuación, asumiendo con ironía como propio el discurso humorístico de los berlineses que bromeaban sobre la posición de Hindenburg en el nuevo régimen, plantea la metáfora de la muerte del “viejo mariscal” como representación de su nulidad política: “Hindenburg, el viejo mariscal Hindenburg, presidente del Reich, ha fallecido”. Naturalmente, la afirmación debió causar sensación en el lector y despertar su curiosidad. Con la misma ironía, sugiere el origen de la broma: “[...] esto lo saben todos los berlineses”. Y añade, dando otra ingeniosa vuelta de tuerca, ironizando sobre la ironía previa: “[...] y si se lo callan es porque Hitler les ha dicho que conviene guardar el secreto”, es decir, los berlineses disimulan su burla contra Hindenburg por miedo a las represalias nazis, pues, con bastante probabilidad, la afirmación: “Hitler les ha dicho que conviene guardar el secreto” representaría una alusión irónica al Decreto del Presidente para Prevenir Ataques Insidiosos contra el Gobierno del Movimiento Nacional (*Verordnung des Reichspräsidenten zur Abwehr heimtückischer Angriffe gegen die Regierung der nationalen Erhebung*), que, promulgado el 21 de marzo de 1933, como vimos en el apartado 4.10, “criminalizaba las afirmaciones «falsas o muy exageradas» que pudieran provocar «daños graves» al régimen” (Wachsmann, 2015: 92). Aunque también podría tratarse de una alusión no menos irónica a la connivencia de los berlineses con el nuevo régimen.

⁶⁵⁷ Ver apdo. 4.2.

⁶⁵⁸ Ver apdo. 4.10.1.

En cualquier caso, a continuación Chaves aclara parcialmente la broma, aunque sin abandonar del todo aún la ironía: “Desde que apareció el decreto haciendo innecesaria la firma de Hindenburg para la promulgación de las leyes, todo el mundo está convencido de que no hay tal mariscal. Murió. Esto es evidente” (Chaves Nogales, 1933). El decreto al que se refiere Chaves es en realidad la *Ley de Autorización, o de Habilitación (Ermächtigungsgesetz)*, como era conocida la Ley para la Subsanción de las Necesidades del Pueblo y del Reich (*Gesetz zur Behebung der Not von Volk und Reich*), aprobada el 24 de marzo de 1933, que, como explica Evans (2003: 395), en efecto, permitía al Gobierno legislar por decreto sin control alguno del Reichstag o del presidente de la República. De ese modo, Chaves convierte la metáfora prácticamente en un símil: la irrelevancia a la que dicha ley empujaba a Hindenburg era equivalente a su inexistencia: “Murió”. Y subraya la ironía del símil a la vez que lo refuerza como elemento argumentativo: “Esto es evidente”.

A continuación, sin dejar de lado en ningún momento la ironía, refiere una serie de bromas y anécdotas que circulaban por Berlín y que ilustraban la irrelevancia política de Hindenburg en el nuevo régimen:

Los berlineses, para despistar, cuentan una serie de anécdotas pintorescas del glorioso soldado. Dicen que recientemente, en una revista de las tropas de asalto nacionalsocialistas, el mariscal se volvió con aire distraído a uno de sus ayudantes y le preguntó con el tono más natural del mundo: “¿Cuántos prisioneros rusos hemos hecho hoy?”. Otros refieren que días atrás preguntaba: “¿Habrá retreta militar esta noche?”. Y como le contestaran negativamente, movió entristecido la cabeza y dijo: “¡Qué lástima! Cuando hay retretas con antorchas Adolfo me deja acostarme más tarde” (Chaves Nogales, 1933).

Vemos que Chaves continúa con el juego de la doble ironía, merced a la cual afirma que Hindenburg no sólo está muerto sino que los berlineses, por petición de Hitler, disimulan su muerte con una serie de anécdotas, “para despistar”. Por lo demás, las anécdotas en cuestión, que le sirven al periodista para ilustrar, valiéndose de la sátira, la irrelevancia de Hindenburg, son, en realidad, deformaciones de una anécdota que referían, de hecho, los miembros de la camarilla del propio presidente de la República, ocurrida supuestamente la noche del 30 de enero de 1933 durante el desfile de tropas de la SA con antorchas y de los Cascos de Acero por el centro de Berlín organizado por Goebbels para celebrar el nombramiento de Hitler como canciller, al que ya hemos hecho referencia en apartados anteriores. Según le habría contado uno de los miembros de la camarilla del presidente al escritor británico John Wheeler-Bennett, esa noche ocurrió lo siguiente:

Los camisas pardas desfilaron con paso torpe, les siguieron las filas de color gris campaña de los Cascos de Acero, que desfilan con una precisión nacida de la disciplina. El viejo mariscal los observa desde la ventana como en un sueño, los que estaban detrás de él le vieron que hacía señas por encima del hombro. “Ludendorff –dijo–, ¡qué bien están desfilando tus hombres, y cuántos prisioneros han capturado!” (cit. en Evans, 2003: 352).

Parece que esta anécdota, que reflejaba cierta senilidad en el antiguo jefe del Estado Mayor del Tercer Cuerpo del Ejército alemán –y, por tanto, responsable de las operaciones contra el Ejército ruso en el Frente Oriental durante la Primera Guerra Mundial–, había degenerado en bromas entre la población que exageraban esa senilidad y servían para satirizar el papel del viejo mariscal con respecto al nuevo canciller del Reich, como ilustra particularmente aquélla que refiere Chaves, según la cual Hindenburg habría dicho: “Cuando hay retretas con antorchas Adolfo me deja acostarme más tarde”.



Hindenburg contempla desde una ventana de la Cancillería del Reich el paso de la marcha con antorchas de la SA la noche del 30 de enero de 1933, tras el nombramiento de Hitler como canciller⁶⁵⁹.

Respecto a estas manifestaciones humorísticas, Grunberger (1971: 350) señala:

Cuando el totalitarismo marchita todas las manifestaciones del pensamiento excepto el humor, florece el chiste político, planta de largas raíces que se nutre de reservas de imaginación e ingenio a las que se han negado sus salidas naturales. Tales “flores” proliferan en el hermético invernadero de la Alemania nazi, empapada por los vapores de la retórica y la embriaguez nacionalista.

No obstante, Grunberger también explica que, aunque el “humor antinazi era a la vez una expresión en tono menor de resistencia (o, cuanto menos, de disconformidad) y una forma de terapia”, en realidad, esos chistes, que solían ir precedidos de la advertencia: “Éste son tres años de trabajos forzados”, obedecían más al “eterno afán del gracioso de despertar el interés de su auditorio” que a la disidencia efectiva contra el régimen (350-351).

Sea como fuere, parece que, en el caso de Hindenburg, la advertencia de Stresemann de que convenía guardar al viejo mariscal de la influencia de “personas

⁶⁵⁹ United States Holocaust Memorial Museum. *Holocaust Encyclopedia*: “Paul von Hindenburg”. En <<https://cutt.ly/afyGBck>> [cons. 31/7/2020].

incontrolables” (cit. en Weitz, 2007: 142) era muy acertada, tanto como la conclusión del apartado que presenta Chaves, quien, abandonando el tono humorístico, pronostica con bastante clarividencia que, independientemente del papel que desempeñara Hindenburg en la política alemana en ese momento, lo cierto era que, tras su muerte, Hitler no tendría obstáculos para ocupar su lugar formalmente: “Pero en fin; haya muerto o esté así, lo cierto es que un día no lejano Alemania se vestirá de luto por su glorioso mariscal. Ese día, lo más lógico es que el canciller Hitler sea proclamado regente del Imperio. Y ya está” (Chaves Nogales, 1933).

El periodista marca el cambio de tono con la locución adverbial *en fin* precedida de la conjunción adversativa *pero*. Así, el periodista señala el paso del humorismo irónico a la seriedad, confirmado con la fórmula: “[...] haya muerto o esté así, lo cierto es que [...]”, que indica que más allá de la veracidad de lo que sugieren las bromas sobre el mariscal, había algo que era inequívocamente cierto: “[...] un día no lejano Alemania se vestirá de luto por su glorioso mariscal”, es decir: la muerte de Hindenburg, que en ese momento tenía 85 años, no había de tardar en llegar. Chaves estaba en lo cierto: el presidente Hindenburg fallecería poco más de un año después, el 2 de agosto de 1934 víctima de una larga enfermedad en su residencia rural de Neudeck, en Prusia Oriental (Evans, 2005: 41). Así desaparecía el último obstáculo que se interponía en 1933 entre Hitler y el control total, como explica Evans (2003: 415). El día antes de su muerte, Hindenburg recibió la visita de Hitler y, confundiénolo con el káiser se dirigió a él como “Majestad” (Evans, 2005: 53), anticipando metafóricamente lo que ocurriría en unas horas y que Chaves ya había previsto más de un año antes: “Ese día, lo más lógico es que el canciller Hitler sea proclamado regente del Imperio”. De hecho, el día antes de la muerte del presidente, y tras la visita que le realizó en Neudeck, donde los médicos le informaron de que a Hindenburg no le quedaba más que un día de vida, Hitler convocó una reunión del Gabinete que se celebró esa misma noche: “Sin esperar a la muerte del anciano, el gabinete aprobó un decreto de fusión de la presidencia y de la Cancillería por el que se transferían los poderes de la primera a la segunda y que entraría en vigor en el mismo momento de la muerte de Hindenburg” (Evans, 2005: 53). No hubo de esperar mucho tiempo, Hindenburg fallecería a la mañana siguiente, y con él desaparecía el cargo de presidente del Reich y, como anunciaba Chaves, Hitler se proclamaba “regente del Imperio”, pero con una terminología diferente, más acorde con los nuevos tiempos totalitarios: “El título de presidente del Reich, anunció Hitler, estaba «inseparablemente unido al nombre del fallecido». No estaría bien que él lo utilizara. En el futuro, Hitler sería conocido como el «Führer y canciller del Reich»” (Evans, 2005: 53). El nuevo título de Hitler sería refrendado por una ley ratificada por un plebiscito a nivel nacional que se celebraría el 19 de agosto de ese mismo año. “Y ya está”, como escribía Chaves para cerrar su apartado, sugiriendo lo evidente e inevitable que esa medida parecía ya en mayo de 1933 a la vista del poder acumulado por Hitler.

Por otra parte, como refuerzo a la argumentación de Chaves, la crónica va acompañada de una fotografía (ver apéndice 21) en la que aparece Hindenburg acompañando a Hitler en un coche sin capota y en la que el gesto apocado del presidente del Reich contrasta con la alegría del nuevo canciller. En el pie de foto se puede leer: “Hindenburg, el glorioso mariscal, presidente del Reich, presencia el homenaje entusiástico del pueblo alemán a su «führer»” (Chaves Nogales, 1933l).

4.11.3. Von Papen

El siguiente apartado de la crónica Chaves se lo dedicaría a Franz von Papen, viejo amigo de Hindenburg. Evans (2003: 323-324) hace la siguiente semblanza de su trayectoria vital hasta su nombramiento como canciller en 1932 como sucesor de Brüning, que había presentado su dimisión el 30 de mayo de ese año:

Se trataba de un aristócrata terrateniente cuya posición en el Partido del Centro, del que era un oscuro y no muy activo diputado en el Parlamento de Prusia, estaba aún más a la derecha que el propio Brüning. Durante la Primera Guerra Mundial había sido expulsado de Estados Unidos, donde era agregado militar en la Embajada alemana, por espionaje o “actividades incompatibles con su condición”, como rezaba la frase diplomática convencional, y se había incorporado al Estado Mayor del Ejército alemán. Durante la década de 1920 utilizó la fortuna que le había proporcionado su matrimonio con la hija de un rico industrial para comprar una participación mayoritaria en el periódico del Partido del Centro, *Germania*. Estableció así estrechos contactos con algunas de las fuerzas políticas y sociales clave de la República de Weimar, entre las que se incluían la aristocracia terrateniente, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el Ejército, los industriales, la Iglesia Católica y la prensa.

También según Evans (2003: 324), von Papen representaba “una forma de autoritarismo católico presente en toda Europa a principios de la década de 1930”. Su giro nacionalista tras ser proclamado canciller hizo que fuese repudiado por el Partido del Centro. No obstante, su Gobierno, de corte ultraconservador, que aplicó impopulares políticas deflacionarias, duró poco. Como explica Weitz (2007: 408), cometió la “necedad” de convocar elecciones, “confiado en que la ciudadanía le daría su apoyo para sacar adelante las decisiones políticas oportunas”. Pero, “hundido como estaba en la Depresión”, el pueblo no iba a apoyar a un gobierno “cuyas medidas políticas no habían paliado sus carencias” (408). El 31 de julio de 1932, las urnas ofrecieron a los nazis una victoria que constituiría su mejor resultado en unas elecciones libres: el 37,3% de los votos, lo que dejó al gobierno de Papen sin apoyo parlamentario suficiente (Weitz, 2007: 408). Sometido a una moción de censura en septiembre de 1932, el Gobierno cayó y fue necesario volver a convocar elecciones ante la negativa de Hindenburg de proclamar a Hitler canciller, mientras que éste se negaba a aceptar otro cargo que no fuese precisamente ése. Las nuevas elecciones, celebradas el 6 de noviembre, ofrecieron un peor resultado a los nazis y dieron lugar a un gobierno

presidido por el general Schleicher, como ya vimos en el apartado 3.1.3, que acabaría siendo derrocado por las conspiraciones urdidas por von Papen, que acabarían llevando a Hitler al poder y a von Papen a la Vicecancillería (411-412), desde donde esperaba poder controlar a Hitler y a los nazis, a los que consideraba “vulgares, sin refinamiento, sin experiencia de gobierno”, según Evans⁶⁶⁰ (2003: 348). Evidentemente, el efecto de su maniobra no fue el deseado, como no tardaría mucho tiempo en descubrir.

Chaves lo presentaba como ejemplo contrario al de Hitler: un hombre de origen aristocrático que no había sabido conservar el poder y ahora se encontraba subordinado al antiguo “pintorcillo de puertas”, que, dotado de un mejor instinto político, se había alzado con todo el poder en Alemania:

Von Papen –y al decir von Papen decimos toda la aristocracia territorial de Alemania, todos los príncipes y todos los barones– no tenía ningún interés en que este tribuno de la plebe se convirtiese en el dueño absoluto de Alemania; en que, con títulos o sin títulos, personificase el Imperio. Y cuando Hindenburg le llamó para que combatiese a Hitler, von Papen le atacó de una manera elegante, como atacan los verdaderos señores: ofreciéndole carteras de ministro. Pero Hitler rechazó el ataque. “O todo, o nada”, dijo, y se puso a esperar a que llegase su hora (Chaves Nogales, 1933).

En efecto, von Papen podía representar los intereses de la nobleza territorial alemana⁶⁶¹, los *Junker*, de los que hablábamos en el apartado 4.5.5. Y, en general, como aseguraba Chaves, “no tenía ningún interés en que este tribuno de la plebe se convirtiese en el dueño absoluto de Alemania; en que, con títulos o sin títulos, personificase el Imperio”. Recordemos el apartado 4.3.5, en el que explicábamos que algunos aristócratas mostraban abiertamente su desprecio por los nazis en general y por Hitler en particular, y poníamos el ejemplo del comandante Ewald von Kleist quien se atrevió a asegurar sobre Hitler un año después de que éste llegara al poder: “Últimamente se habla mucho de un tal señor Hitler. Yo he estado en Berlín. Pues bien, el tal señor Hitler no es ningún señor” (cit. en Grunberger, 1971: 157). Asimismo, Friedrich Reck-Malleczewen (1981: 30) calificaba a Hitler como “Maquiavelo que predicaba entre salchichas de cerdo y patas de ternera”, y comparaba su aspecto al despedirse de él en un segundo encuentro casual como el de “un camarero que recibe una mísera propina” (31). Y es que, como señala Grunberger (1971: 72), “Hitler, en las recepciones oficiales, quedaba visiblemente impresionado por la proximidad de personajes de sangre azul”. Sin embargo, también según Grunberger, a pesar del desprecio que muchos aristócratas sentían por Hitler, “sectores importantes de la aristocracia” sí apoyaron abiertamente al nazismo (72).

⁶⁶⁰ También Evans recoge varios comentarios de von Papen en este sentido en respuesta a las dudas planteadas por varios conservadores a su estrategia de ofrecer a Hitler, como la siguiente: “Dentro de dos meses [...] habremos arrinconado tanto a Hitler que chillará” (cit. en Evans, 2003: 348).

⁶⁶¹ Seguramente, el periodista también pretendía que resultase representativo para la aristocracia española, Como ya hemos explicado, si Chaves refiere aquí el caso de von Papen es para disuadir a la aristocracia española de emprender aventuras conjuntas con el fascismo.

En cuanto a la aplicación a Hitler del apelativo “tribuno de la plebe” –cargo electo de la antigua república romana que representaba al estamento de la *plebe*–, recordemos que los órganos de propaganda nazi ya habían comenzado a denominarlo “canciller del pueblo” (Kershaw, 1987: 76), y Goebbels, tras reunirse por primera vez con Hitler el 6 de noviembre de 1925, lo había definido en su diario como un “tribuno del pueblo nato” (cit. en Evans, 2003: 242). Por lo demás, era natural que la aristocracia, en general, no sintiera especial simpatía por Hitler, pues, más allá de sus orígenes pequeñoburgueses, en la última campaña electoral había proclamado que “un gabinete de aristócratas” como el de von Papen “nunca contaría con la colaboración de un hombre del pueblo como él” (Evans, 2003: 338). Como ya hemos visto, el propio Hindenburg se refería a Hitler como “cabo bohemio”, y en el verano de 1932 se negó a ofrecerle la Cancillería a pesar de sendas propuestas en ese sentido del general Schleicher y del propio von Papen respectivamente (Kershaw, 1998: 372). En este sentido, Chaves escribía: “Y cuando Hindenburg le llamó para que combatiese a Hitler, von Papen le atacó de una manera elegante, como atacan los verdaderos señores: ofreciéndole carteras de ministro. Pero Hitler rechazó el ataque”. En efecto, aunque es cierto que, tras la victoria nazi en las elecciones de julio de 1932, von Papen le propuso a Hindenburg un gobierno de coalición con Hitler como canciller, que el presidente rechazó; no es menos cierto que posteriormente von Papen y Hindenburg mantuvieron negociaciones a lo largo del mes de agosto para que Hitler entrara a formar parte de un gobierno de coalición del que no fuese el canciller. Pero Hitler insistió en que sólo entraría en un gobierno como canciller. “Ese sería el único cargo que preservaría la mística de su carisma entre sus seguidores”, según Evans (2003: 335). Era cuestión de “todo o nada”, como le había dicho literalmente a Goebbels el 12 de agosto (cit. en Kershaw, 1998: 373), exactamente la misma expresión que Chaves, con acertada exactitud, le atribuía: “«O todo, o nada», dijo, y se puso a esperar a que llegase su hora”.

En cuanto a la irónica afirmación según la cual von Papen atacó a Hitler “de una manera elegante, como atacan los verdaderos señores: ofreciéndole carteras de ministro”, Chaves demuestra de nuevo un sólido conocimiento de los resortes del poder. En efecto, como ya señalábamos, si Hitler se hubiese dejado envolver por esa maniobra, su aura de líder místico se habría esfumado, y la construcción del emperador de la que hablaba Chaves no habría sido posible. No podía aparecer como un subordinado. Y los líderes nazis eran conscientes de ello, como explica Kershaw (1998: 374), que cita a Goebbels, quien escribía en su diario que si Hitler entraba a formar parte de un gobierno del que no fuera canciller “la consecuencia sería una potente depresión en el movimiento y en el electorado”.

Sin duda, la estrategia de Hitler fue acertada, y no tardó en llegar “su hora”, como escribía Chaves, quien, para cerrar el apartado, dejaba claro que tanto von Papen

como el antiguo *Kronprinz*, ambos, aristócratas, no eran más que siervos de Hitler, enviando así una nítida advertencia a la aristocracia española:

Ahora que ha llegado, Hitler manda a von Papen a Roma con misiones diplomáticas, como manda al ex *kronprinz* a la sección de motoristas de una de sus tropas de asalto. Hay que reconocer al “pintorcillo de puertas” cierta discreción en esto de utilizar a los hombres para lo que verdaderamente pueden servir (Chaves Nogales, 1933).

En lo referente a las “misiones diplomáticas” de von Papen en Roma, como explica Kershaw (1998: 471), fue enviado allí por Hitler para negociar un concordato entre la Santa Sede y el Reich alemán. Dichas negociaciones desembocarían con éxito en la firma el 20 de julio en Roma “con gran pompa y fasto” del Concordato entre Alemania y el Vaticano (480).



Franz von Papen (a la izquierda), durante la firma del Concordato entre la Santa Sede y Alemania⁶⁶².

En cuanto al príncipe Guillermo, el “ex *kronprinz*”, del que ya hemos hablado en apartados anteriores ampliamente, su entrada en “el Cuerpo automovilista de las fuerzas de asalto hitlerianas” fue recogida en una breve noticia el 24 de mayo en *Ahora* (Fabra, 1933b), cuatro días antes de la publicación de esta crónica, lo cual nos indica que ésta fue escrita por Chaves pocos días antes de ser publicada. En cuanto a esa “sección de motoristas” de las tropas de asalto nazis a la que Hitler había enviado al antiguo príncipe heredero, según Chaves, debía tratarse de la *Motor Sturmabteilung* (MSA), unidad motorizada de la SA creada en abril de 1930 y encargada, entre otras cosas, de transportar en camiones rápida y eficazmente a los *camisas pardas* allí donde el partido los necesitara (Lepage, 2016: 164), tal y como vimos en el apartado 4.3.1. Por otra parte, la crónica iba acompañada de una fotografía (ver apéndice 21) en la que se veía al príncipe Guillermo con uniforme militar pasando revista a una tropa de soldados y en cuyo pie de foto se podía leer: “El ex *kronprinz*, que en su ambición por reinar estaba

⁶⁶² Deutsches Historisches Museum, Berlín. Inv.-Nr.: PK 99/386. En Lebendiges Museum Online: <<https://cutt.ly/bfyGJxn>> [cons. 1/8/2020].

dispuesto a no esperar a la muerte de Guillermo, ha terminado por inscribirse en las filas del nacionalsocialismo como motorista” (Chaves Nogales, 1933), mensaje que aumentaba el escarnio contra el príncipe, subordinado al “pintorcillo de puertas”, apelativo que utilizaba en este apartado de nuevo el periodista: “Hay que reconocer al «pintorcillo de puertas» cierta discreción en esto de utilizar a los hombres para lo que verdaderamente pueden servir”. Esa frase, que cierra este apartado de la crónica, está cargada de una doble ironía. En primer lugar, Chaves ironiza al utilizar el apelativo con el que Stresemann se refería a Hitler, satirizando así su figura a la vez que remarca su origen pequeñoburgués y su mediocridad frente al abolengo aristocrático de von Papen y el antiguo príncipe heredero. Y, en segundo lugar, sugería irónicamente que von Papen y el antiguo *Kronprinz* servían mejor de embajador en el Vaticano y de oficial del cuerpo de motoristas que como canciller y heredero del Imperio respectivamente, satirizando así la figura de los dos aristócratas fracasados en su intento de alcanzar el poder en Alemania. En cuanto a la idoneidad de von Papen para ser enviado en misión diplomática al Vaticano que Chaves sugería aquí, como explicaba Evans (2003: 323), durante la Primera Guerra Mundial había desempeñado labores diplomáticas en Estados Unidos, como agregado militar de la Embajada alemana, de donde había sido expulsado por espionaje. Además, como aristócrata y antiguo diputado del católico Partido Alemán del Centro (*Deutsche Zentrumspartei*), conocía las normas de protocolo y contaba con contactos en la Iglesia Católica. En cuanto a la adecuación del ex *Kronprinz* para formar parte de la *Motor Sturmabteilung*, cabe señalar que había sido oficial de caballería del Ejército alemán antes de la guerra, como muestra la siguiente fotografía, publicada el 18 de junio de 1932 en *Ahora*:



El *Kronprinz* Guillermo (en la posición más avanzada) al frente de un escuadrón de húsares antes de la Primera Guerra Mundial⁶⁶³.

Asimismo, en un reportaje publicado en *Ahora* el 18 de agosto de 1933, el general Ricardo Burguete (1933) afirmaba que el *Kronprinz*, que había ocupado

⁶⁶³ En Melgar (1932).

posiciones de importancia en el mando del Ejército alemán en el Frente Occidental durante la guerra, era partidario de aplicar la novedosa táctica militar de la “ruptura operativa”, con desastrosos resultados en la batalla del Marne, en la que estaba al mando de las tropas que debían llevar a cabo esa táctica. Tal interés por las nuevas ideas sobre la guerra y la natural evolución desde los cuerpos de caballería a las modernas brigadas motorizadas parecen justificar la decisión de Hitler de enviar al antiguo príncipe heredero a la *Motor Sturmabteilung*. Asimismo, se podría asegurar a la luz de esto, que Chaves también tenía buen criterio para discernir para qué podían servir von Pape y el príncipe Guillermo de Prusia. Por otra parte, Chaves mostraba, una vez más, ecuanimidad: como ya hemos visto en los apartados anteriores, señalar la mediocridad personal de Hitler no le impedía reconocer su habilidad para imponerse a sus enemigos políticos, o, en este caso, su “discreción en esto de utilizar a los hombres para lo que verdaderamente pueden servir”, y, de paso, acabar con cualquier posibilidad de que le hicieran sombra en el futuro.

4.11.4. Hugenberg

En el siguiente apartado, Chaves presenta en paralelo las vidas de Hitler y de Alfred Hugenberg, en ese momento presidente del DNVP –que, como el resto de partidos, estaba a punto de desaparecer– y ministro de Economía, Agricultura y Alimentación (*Reichsminister für Wirtschaft, Landwirtschaft und Ernährung*) en el gobierno de Hitler (Evans, 2003: 347), con la intención de remarcar el cambio radical que el nombramiento de éste como canciller había supuesto en el poder efectivo que ostentaba cada uno, para, de nuevo, ilustrar las habilidades políticas de Hitler y la torpeza en ese ámbito de los industriales y los conservadores alemanes, en este caso. Veamos por partes el primer párrafo del apartado:

Hugenberg era un gran señor de la industria –la personificación de la fuerza ciclópea de la industria pesada alemana– cuando Hitler, licenciado del ejército, enfermo de los ojos a causa de los gases y obrero sin trabajo, fue presentado por su amigo Feder en una tertulia de una “brasserie” de Múnich donde se reunían siete amigos, tan menesterosos como él, a los que preocupaban los problemas políticos y sociales de su país; estos siete amigos fueron el origen del partido nacionalsocialista (Chaves Nogales, 1933).

En efecto, Hugenberg era a comienzos de los años veinte todavía presidente del consejo de administración y director general de la metalúrgica *Krupp AG*, fabricante de armas, y acaso el mayor exponente de la industria pesada alemana del momento (Turner, 1985: 22 y Evans, 2003: 155). Por tanto, era apropiada la calificación de Hugenberg como “personificación de la fuerza ciclópea de la industria pesada alemana” –en particular de la industria armamentística, como señala Noel-Baker (1979: 63-64)– tras la Primera Guerra Mundial, “cuando Hitler, licenciado del ejército, enfermo de los

ojos a causa de los gases y obrero sin trabajo, fue presentado por su amigo Feder en una tertulia de una «brasserie» de Múnich donde se reunían siete amigos”, según Chaves, “tan menesterosos como él, a los que preocupaban los problemas políticos y sociales de su país; estos siete amigos fueron el origen del partido nacionalsocialista”. Esta versión de los orígenes del NSDAP que ofrece Chaves está claramente basada, aunque de modo simplificado y algo inexacto, en la que Hitler ofrece en *Mein Kampf*, que era en ese momento, además, la única fuente sobre la biografía de Hitler a la que el periodista podía tener acceso. Una fuente que, como explica Kershaw (1998: 156), se caracteriza “por la deformación y el recuerdo selectivos de los hechos”. Hitler enaltecía en *Mein Kampf* sus propios logros y minimizaba los de los demás para presentar el éxito del partido como un triunfo más de su mítica voluntad:

Era la historia del genio político que se unió a una pequeña organización con grandiosas ideas pero sin esperanzas de realizarlas, elevándola por sí solo hasta que constituyó una fuerza de primera magnitud que acabaría salvando a Alemania de su terrible situación (Kershaw, 1998: 156).

En cuanto a la versión de Chaves, sí es cierto que Hitler sufrió una ceguera parcial temporal tras ser víctima la noche del 13 de octubre de 1918, prácticamente un mes antes de que acabara la guerra, de un ataque con gas mostaza cerca de Ypres, en Bélgica (Kershaw, 1998: 116). El 21 de octubre fue trasladado al hospital militar de Pasewalk, en Pomerania, donde se recuperaría de los efectos del gas mostaza y recibiría la noticia de la rendición de Alemania (122-124). No obstante, no hay razones para pensar que tras ser dado de alta en Pasewalk, el 19 de noviembre de 1918, Hitler siguiera “enfermo de los ojos”, especialmente después de licenciarse del ejército, como aseguraba Chaves, hecho que no ocurriría hasta el 31 de marzo de 1920 (Kershaw, 1998: 146). Por otra parte, para conseguir permanecer tanto tiempo en el Ejército una vez acabada la guerra, Hitler se prestó a realizar *tareas políticas* para la Reichswehr a partir de la primavera de 1919 (135), una vez disuelta la *Räterepublik* comunista instaurada en Baviera ese año por un proceso revolucionario con el que, según Kershaw (1998: 136-138), el propio Hitler contemporizó por mero oportunismo, a pesar de tacharlo de *criminal* años más tarde. Con objeto de controlar actividades y partidos revolucionarios y de *educar* a la tropa en la ideología conservadora nacionalista, el Ejército organizó “cursos antibolcheviques” en los que Hitler no tardó en tomar parte. Fue en esos cursos, durante el verano de 1919, donde escuchó hablar por primera vez a Gottfried Feder, cuyo discurso económico y antisemita lo impresionó (140-141).

Más adelante, el 12 de septiembre, Hitler recibió el encargo como informador de asistir a una asamblea del Partido de los Trabajadores Alemanes —el Deutsche Arbeiterpartei (DAP), que acabaría siendo el embrión del NSDAP— que se celebraría en la cervecería Sterneckerbräu de Múnich. Allí Hitler escuchó de nuevo a Gottfried Feder, invitado a dar una conferencia. Cuando ésta hubo acabado, su discurso fue atacado por uno de los asistentes. Indignado, Hitler se decidió a intervenir en el debate. Y lo hizo

con tal fogosidad que el asistente en cuestión abandonó el local desanimado antes de que éste acabara de hablar. El presidente del partido, Anton Drexler, impresionado por el discurso de Hitler, le entregó un ejemplar de su ensayo *Mi despertar político* (Kershaw, 1998: 144). Una semana más tarde recibió una invitación a unirse al partido y participar en una reunión de su comité, a la que acudió, en la Altes Rosenbad, “una mísera taberna” de la Herrenstraße, en Múnich (145), la “brasserie” a la que hacía mención Chaves en esta crónica. Sobre el ingreso de Hitler en el DAP, Kershaw (1998: 145) explica: “En algún momento de la segunda mitad de septiembre Hitler ingresó en el Partido de los Trabajadores Alemanes y la asignaron el número 555. Aunque él decía siempre que había sido el séptimo miembro del partido, no era verdad”⁶⁶⁴. No obstante, Casquete (2017: 50) asegura que el partido había iniciado la cuenta en quinientos para inflar la cifra de afiliados.

En conclusión, la versión de los comienzos del nacionalsocialismo que ofrece Chaves es casi por completo un mito. No sólo Hitler no era en septiembre de 1919 un “obrero sin trabajo”, pues aún no había sido licenciado del Ejército y recibía su correspondiente paga, ni estaba ya “enfermo de los ojos a causa de los gases”, sino que no “fue presentado” por Gottfried Feder –que tampoco era “su amigo”– a “una tertulia”, sino que, en realidad, asistió a una asamblea del DAP por invitación de Drexler, y probablemente aún cumpliendo con sus labores de informador de la Reichswehr. Además, aunque los actos sí tenían lugar en cervecerías de Múnich que podían calificarse de “brasserie”, desde luego, no eran reuniones de “siete amigos”, como afirmaba Chaves, sin duda inducido por el mito creado por el propio Hitler de que fue el miembro número siete del partido. No obstante, aunque no fuesen “siete amigos”, el DAP sí se acabaría transformando en el Partido Nacionalsocialista (NSDAP) en febrero de 1920 (Kershaw, 1998: 163). En cualquier caso, el contraste entre el flamante miembro número 555 del DAP con el próspero Alfred Hugenberg seguía siendo considerable, aunque menos dramático. Por lo demás, Chaves seguía avanzando a continuación en el relato de las vidas paralelas de Hugenberg y Hitler:

Cuando Hitler andaba a trastazos con los marxistas muniqueños y por toda arma de combate tenía un periodiquín de escasa tirada, el omnipotente Hugenberg era dueño del más formidable “trust” de Prensa y cinematografía que se ha conocido en Europa, y todo lo que Hitler quería decir al pueblo alemán tenía que pasar por la censura de este hombre, cuyo ojo avizor gozaba el privilegio de ver los artículos y las películas antes que los demás alemanes (Chaves Nogales, 1933l).

Chaves utiliza aquí vulgarismos como “andaba a trastazos” o “periodiquín”, que, como veíamos en el apartado 4.10, le daban al texto un tono coloquial que no sólo generaba un ambiente de mayor confianza con el lector, sino que contribuía a la

⁶⁶⁴ En efecto, Hitler (1926: 599) escribía a ese respecto lo siguiente en *Mein Kampf*: “So meldete ich mich als Mitglied der Deutschen Arbeiterpartei an und erhielt einen provisorischen Mitgliedsschein mit der Nummer: sieben” [“Me inscribí como miembro del Partido de los Trabajadores Alemanes y me dieron un carné provisional con el número siete”].

desmitificación de Hitler. Por otra parte, cuando afirma que “Hitler andaba a trastazos con los marxistas muniqueños”, o bien cae en una nueva inexactitud, o hace uso de la metonimia, pues los que realmente participaban en trifulcas violentas con los marxistas –pero no sólo con los marxistas, como veremos a continuación– en los primeros años del partido en Múnich eran en realidad los miembros de las recién creadas tropas de asalto nazis, la incipiente SA, creadas para proteger los mítines del partido de posibles intentos de boicot, como ocurrió el 4 de noviembre de 1921 en la Hofbräuhaus (Casquete, 2017: 49-55), y para reventar los mítines de otros partidos, como el de la organización nacionalista bávara Bayernbund que tuvo lugar el 14 de septiembre de 1921 en la cervecería Löwenbräukeller. Ese día, los líderes nazis interrumpieron el acto y ocuparon el estrado mientras las tropas de asalto mantenían a raya a los asistentes (Casquete, 2017: 35-36). Hitler, por el contrario, sí participó en un tiroteo entre miembros del partido y la policía cerca de la Odeonsplatz el 8 de noviembre de 1923 durante el famoso *Putsch* de Múnich, en el que murieron catorce golpistas y cuatro policías (Kershaw, 1998: 222). Hitler salió ileso.

En cuanto al “periodiquín de escasa tirada” que Hitler tenía en esa época como “única arma de combate”, según Chaves, se trataba, sin duda, del *Völkischer Beobachter*, que el partido había adquirido en diciembre de 1920, cuando estaba al borde de la quiebra (Kershaw, 1998: 171). Desconocemos la tirada del periódico nazi durante esos primeros años, aunque, como apuntaba Chaves, debía ser “escasa”. Sí sabemos, en cambio, que se publicó dos veces por semana hasta 1923, cuando pasó a ser publicado a diario⁶⁶⁵ (Evans, 2003: 215). En contraste, como señalaba Chaves, en ese momento, “el omnipotente Hugenberg era dueño del más formidable «trust» de Prensa y cinematografía que se ha conocido en Europa”. A este respecto, Evans (2003: 155) explica:

[...] detentaba un estatus igual de legendario Alfred Hugenberg, que en su calidad de presidente del consejo de administración del fabricante de armas Krupp había adquirido la empresa periodística Scherl en 1916. Dos años después, adquirió también una importante agencia de noticias mediante la cual suministraba reportajes y editoriales a grandes sectores de la prensa durante los años de Weimar. A finales de la década de 1920, Hugenberg se había convertido, además, en propietario de la gran productora cinematográfica UFA. Empleaba su imperio mediático para propagar sus ideas virulentamente nacionalistas alemanas por todo el país y para difundir el mensaje de que ya era hora de restaurar la monarquía. Tal era su reputación que, a finales de los años veinte, se decía de él que era el “rey sin corona” de Alemania y “uno de los hombres más poderosos” del país.

En este mismo sentido, Noel-Baker (1979: 63) confirma que el trust (*Konzern*) de Hugenberg era el “más formidable [...] que se ha conocido en Europa”, como aseguraba Chaves, y asegura que no sólo controlaba el cine, la radio y la mitad de los

⁶⁶⁵ También sabemos que en 1933 había alcanzado una tirada de 130.000 ejemplares diarios, cifra que no haría sino crecer durante los años del Tercer Reich (Frei y Schmitz, 1989: 99).

periódicos de Alemania, sino que tenía en su poder todas las agencias de publicidad, con el poder sobre la situación económica del resto de medios que ello suponía⁶⁶⁶.

Desde esa posición, según proseguía diciendo Chaves, “todo lo que Hitler quería decir al pueblo alemán tenía que pasar por la censura de este hombre, cuyo ojo avizor gozaba el privilegio de ver los artículos y las películas antes que los demás alemanes”. Esta afirmación resulta, no obstante, hiperbólica, a tono con el estatus “legendario” de Hugenberg del que hablaba Evans. Más allá de la eficacia de la imagen del “ojo avizor” de Hugenberg⁶⁶⁷, Chaves exagera aquí un poco: no “todo” lo que quería decir Hitler, como es natural, tenía que pasar por la “censura” del magnate alemán, aunque sí lo que quisiera decir en medios de gran difusión. En cualquier caso, Chaves utiliza aquí la hipérbole para resaltar la posición de superioridad de Hugenberg en aquel momento con respecto a Hitler, para, acto seguido, contrastarla con la situación en el momento en que fue escrita la crónica de los dos dirigentes políticos:

Hoy, Hitler tiene en su mano todos los periódicos y todas las pantallas de proyecciones del Imperio, y cuando el formidable Hugenberg quiere decir algo al pueblo alemán, tiene que pasarlo por la censura de aquel tipo audaz de la “brasserie” “Das alte Rosenbad”, de Múnich (Chaves Nogales, 1933i).

En cuanto a la censura “de aquel tipo audaz de la «brasserie»” a la que hace referencia aquí Chaves, como vimos en el apartado 3.1.3, el decreto temporal de emergencia promulgado tras el incendio del Reichstag sería prolongado de forma indefinida merced a la ya mencionada *Ley de Autorización*, aprobada el 23 de marzo, y se convertiría “en la base legal o semilegal para la supresión permanente de los derechos ciudadanos y de las libertades democráticas” (Evans, 2003: 395), entre ellas, la libertad de expresión. Por otra parte, como vimos en el apartado 4.6.5, acerca del control nazi sobre la prensa ya en aquellos primeros meses del régimen –que Chaves expresa aquí mediante la expresiva metáfora “Hitler tiene en su mano todos los periódicos”–, Haffner (1939: 211) aseguraba: “Algunos diarios de larga tradición democrática promovidos por la intelectualidad como el *Berliner Tageblatt* o el *Vossische Zeitung* se convirtieron en órganos nazis de la noche a la mañana”. En el mismo sentido, Kellerhoff (2006: 27) afirmaba: “Casi todas las redacciones se amoldaron a los deseos del nuevo gobierno y pronto creció la influencia de los simpatizantes de los nazis en los medios de comunicación”. Y es que, como señala

⁶⁶⁶ “[Krupp’s] Chairman, Hugenberg, used the vast profits they had made in the First World War to build up a greater empire of the media than any private firm had ever built before. The Hugenberg Konzern bought more than half of all the daily newspapers in Germany. It bought *all* the Press Advertising Agencies—so that the daily papers which it did not buy could be starved of advertisements, if they wrote things that Hugenberg did not approve. It bought *Die Woche* and the other leading weekly and monthly periodicals. It bought the great German Film Enterprise, UFA, and the new Radio Broadcasting Service” (Noel-Baker, 1979: 63).

⁶⁶⁷ Chaves ya había utilizado esta metáfora en su crónica del 18 de mayo, donde hablaba de “los arrolladores «nazis», dispuestos a tomar el Poder de modo tan absoluto que no quede un resquicio en la Administración alemana al que no llegue su ojo avizor” (Chaves Nogales, 1933d), como vimos en el apartado 4.4.2.

Evans (2003: 450), para entonces “los periodistas no nazis sólo podían comunicar sus ideas mediante alusiones o insinuaciones” si no querían correr una suerte similar a la de Carl von Ossietzky, director de *Die Weltbühne*, que fue detenido por la SA y sometido a trabajos forzados y palizas que le provocaron un infarto el 12 de abril de ese año al que sobrevivió por poco, para pasar los años siguientes en distintos campos de concentración, hasta su muerte por tuberculosis en 1938 (Evans, 2003: 451). Ese control de los medios por parte de los nazis y la consecuente pérdida de poder del otrora “formidable” Hugenberg, la resume Chaves así, insistiendo en el cambio de papeles entre el magnate y Hitler: “[...] cuando el formidable Hugenberg quiere decir algo al pueblo alemán, tiene que pasarlo por la censura de aquel tipo audaz de la «brasserie» «Das alte Rosenbad», de Múnich”.



Hugenberg (de pie a la derecha) con el resto del Gobierno alemán el 30 de enero de 1933, tras la primera reunión del nuevo gabinete, apartado, en un segundo plano, sin intervenir en ninguna conversación⁶⁶⁸.

Por lo demás, una vez planteado el contraste entre la antigua situación de Hugenberg y la de Hitler y sus respectivas posiciones en 1933, Chaves procede a ensayar una explicación a ese cambio de suertes, que introduce mediante una pregunta retórica –ocupando el lugar del lector en un diálogo en ausencia de éste– que contesta él mismo a continuación, cerrando así este apartado de su crónica:

¿Por qué? Porque Hugenberg, con toda su fuerza económica, con todo su gran talento de organizador, no llegó a tener algo importantísimo que tiene Hitler y que es lo que diferencia al líder del jefe: la fantasía; la capacidad imaginativa suficiente para crear algo, para infundir en las masas un aliento nuevo. Hitler ha podido decir al pueblo alemán, verdad o mentira: “El nacionalsocialismo no es un partido más; es una «Welstanschauung»⁶⁶⁹, una concepción del Universo”. Con esto, que bien puede ser un camelo, Hitler ha hecho un imperio, mientras Hugenberg, con toda su fuerza, no ha sabido más que hacerse odioso por su implacable servidumbre a los intereses capitalistas que le crearon y le dieron toda su fuerza. Hugenberg no cuenta hoy en Alemania y Hitler es el “führer” (Chaves Nogales, 1933).

⁶⁶⁸ Bundesarchiv. En *Bundeszentrale für politische Bildung*: <<https://cutt.ly/XfyGPoz>> [cons. 2/8/2020].

⁶⁶⁹ Una vez más, Chaves o el editor de la crónica cometen un error ortográfico al introducir una palabra alemana en el texto: la forma correcta de “Welstanschauung” sería *Weltanschauung*, error bastante comprensible en personas que no estaban familiarizadas con el alemán y sus largas palabras compuestas.

En cuanto a la afirmación de Chaves según la cual, a pesar de “toda su fuerza económica” y “todo su gran talento de organizador”, Hugenberg no había sabido “más que hacerse odioso por su implacable servidumbre a los intereses capitalistas que le crearon y le dieron toda su fuerza”, y, en consecuencia, no contaba ya para nada en Alemania, Evans (2003: 155) explica que, a pesar de lo que pensase la gente sobre el poder que ostentaba el magnate alemán, lo cierto era que “este tipo de poder mediático no se traducía de inmediato en poder político”. El control de Hugenberg sobre los medios no impidió “la imparable decadencia de los nacionalistas después de 1924” (155). En cambio, el “constante clamor” de los medios y agencias que controlaba el magnate contra “las iniquidades de la República” sí fue efectivo para predisponer el ánimo de los electores “en contra de la democracia de Weimar”, según Evans (2003: 156). Y, por tanto, en última instancia, el mayor beneficiado de ese trabajo propagandístico de erosión de las instituciones democráticas fue Hitler. Como señala Noel-Baker (1979: 63-64): “It is safe to say that, without the Hugenberg Konzern, Hitler would have remained a fanatical nonentity”. Asimismo, Kershaw (1998: 422) señala, aunque de modo más general, que “los intereses empresariales y financieros, también políticamente miopes y egoístas, habían contribuido significativamente a socavar la democracia, que fue el prelude necesario del triunfo de Hitler”. Y añade: “No se trataba de residuos preindustriales, sino (y pese a lo reaccionario de sus objetivos políticos) de grupos de presión modernos que trabajaban para promover sus intereses encubiertos en un sistema autoritario” (422). En este sentido, Arendt (1948: 373) explica que los movimientos totalitarios no eran simples “aspirantes a la conquista de la maquinaria del estado, sino movimientos encaminados a la destrucción del estado”, aunque “los nazis hallaron muy conveniente hacerse pasar por tales”. Lo cual explicaría que industriales conservadores tradicionales como Hugenberg no detectaran el peligro que suponía apoyar un gobierno presidido por Hitler:

Así [los nazis] pudieron lograr la ayuda de aquellas élites de las clases altas y empresariales que confundieron a los nazis con grupos más antiguos que ellos habían promovido frecuentemente y que tenían sólo la pretensión más bien modesta de conquistar para un partido la maquinaria del estado. Los empresarios que impulsaron a Hitler al poder creían ingenuamente que estaban apoyando a un dictador, y a un dictador que era hechura suya, y que naturalmente gobernaría a favor de su propia clase y en contra de todas las demás (Arendt, 1948: 373).

Por otra parte, al igual que ocurría con los ejemplos del antiguo príncipe heredero, el mariscal Hindenburg o Franz von Papen, éste de Hugenberg podría tener como fin probable servir de advertencia a los empresarios de la comunicación que sostenían los principales medios antirrepublicanos en España, como Juan March o Torcuato Luca de Tena y su hijo, Juan Ignacio. El empresario mallorquín Juan March, que había participado –por la persona interpuesta de Juan Pujol, director de *Informaciones*– en la conspiración que acabaría dando lugar a la *sanjurjada* en agosto de 1932 (Casanova, 2012), era propietario del periódico de extrema derecha *Informaciones* (Semolinos, 1985: 6) –el cual, además, sería subvencionado por la

embajada alemana (Fuentes y Fernández, 1998: 234)– y colaboraría económicamente en la fundación de *El Fascio* (Álvarez Chillida, 2002: 312), semanario de tendencia fascista fundado por Ledesma Ramos, Giménez Caballero, Sánchez Mazas y José Antonio Primo de Rivera, entre otros (como vimos en el apartado 3.1.3), cuyo primer número estaba listo para salir a la luz el 16 de marzo de 1933, poco antes del viaje de Chaves a Alemania. No obstante, el Gobierno de la República suspendió la publicación y ordenó el secuestro de los ejemplares impresos (Seoane y Sáiz, 1996: 467). Por otra parte, March también financiaba el periódico de izquierdas *La Libertad*, desde el cual se vertieron duras críticas contra el gobierno de Manuel Azaña ese mismo año a raíz de los sucesos de Casas Viejas, según señalan Fuentes y Fernández (1998: 232), quienes añaden que el empresario mallorquín estaba empezando por entonces “su cruzada personal contra la República”, precisamente en el momento en que Chaves escribía esta crónica.

En cuanto a los Luca de Tena, eran propietarios del diario monárquico *ABC*, que, como vimos en el apartado 3.1.3, con su corresponsal en Berlín, César González-Ruano a la cabeza, veía con buenos ojos el gobierno de Hitler. En cuanto a su posición en la política española, Fuentes y Fernández (1998: 234) explican que, tras las elecciones de 1933, “celebró el triunfo de la derecha, para vaciar completamente el régimen republicano y preparar la restauración monárquica”. Asimismo, añaden que el diario estaba “más identificado con las posiciones maximalistas de Calvo Sotelo que con el pragmatismo de Gil Robles”, y, en consecuencia, “evolucionó muy pronto hacia una oposición activa a los aspectos más claudicantes de la política cedista” (234). Por tanto, también podía servir para ellos de advertencia el fracaso de Hugenberg en Alemania, otro monárquico que se había deslizado hacia posiciones más radicales y cuyo dinero e influencia en los medios de comunicación no le habían servido más que para acabar a las órdenes de Hitler.

En lo tocante a ese “algo importantísimo” que “diferencia al líder del jefe”, y que según Chaves, Hitler tenía y Hugenberg no, es decir, “la fantasía; la capacidad imaginativa suficiente para crear algo, para infundir en las masas un aliento nuevo”, en primer lugar, cabe comentar el uso de otro intertexto bíblico, la metáfora “infundir en las masas un aliento nuevo” referida a la transmisión de ideas políticas que resulten estimulantes para la masa, inspirada en otro versículo del *Génesis*: “Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem” (Gn 2: 7). Asimismo, cabe señalar una vez más la agudeza psicológica y el conocimiento de la política de los que hace gala el periodista al señalar esa diferencia entre el “líder” y el “jefe”, y esa “fantasía” y esa “capacidad imaginativa suficiente para crear algo, para infundir en las masas un aliento nuevo”, que bien puede relacionarse una vez más con la idea de *marco mental*, de Lakoff, de la que hablábamos en el apartado 4.10, y con el moderno concepto de *relato* en el que se

enmarca y justifica la acción política. En este sentido, Kershaw (1998: 148) señala que, efectivamente, “como consecuencia de una guerra perdida, una revolución y un sentimiento omnipresente de humillación nacional”, en Alemania se daban unas circunstancias en las que Hitler descubrió el que acabaría siendo su principal talento:

[...] podía inspirar a un público que compartía sus sentimientos políticos básicos, por su forma de hablar, por la fuerza de su retórica, por el vigor mismo de su prejuicio, por la convicción que transmitía de que había una salida para la difícil situación de Alemania, y que sólo la salida que él esbozaba era el camino para la resurrección nacional.

En definitiva, combinaba con vehemencia “diagnosis atractivamente simples de los problemas de Alemania y recetas para su solución” no menos simples (148). Como explicaba Frary (1884: 41), en consonancia con lo que afirmaba Chaves, una de las funciones esenciales del demagogo “es la de dar satisfacción a la necesidad de esperanza y al deseo de reforma que poseen todos los corazones [...]”. Sin embargo, Kershaw (1998: 148) señala todavía otro rasgo que confería a Hitler su gran atractivo para las masas y que era en él espontáneo: “[...] avivar el odio de otros vertiendo sobre ellos el odio que tan profundamente engastado se hallaba en él”. Ese odio contribuía notablemente a dar forma a su *Weltanschauung*, que, por lo demás, no estaba compuesta de ningún elemento original: “Lo que Hitler hizo fue pregonar ideas no originales de un modo original” (149). En ese sentido, siempre según Kershaw (1998: 150), “la sencillez y la repetición eran dos ingredientes clave de su arsenal retórico”. Su discurso siempre giraba sobre los mismos elementos:

[...] la nacionalización de las masas, la revocación de la gran “traición” de 1918, la destrucción de los enemigos internos de Alemania (sobre todo la “eliminación” de los judíos) y la reconstrucción material y psicológica como requisito previo para la lucha exterior y el logro de una posición de potencia mundial.

Éstos, junto a la necesidad de ampliar el “espacio vital” (*Lebensraum*) de Alemania, eran los principios elementales que conformaban la *Weltanschauung* nacionalsocialista –es decir, la cosmovisión, el marco mental, el relato– a la que Chaves hacía aquí referencia: “Hitler ha podido decir al pueblo alemán, verdad o mentira: «El nacionalsocialismo no es un partido más; es una “*Welstanschauung*”, una concepción del Universo»”. Efectivamente, el nacionalsocialismo no se presentaba a sí mismo como un partido al uso. Tal y como señala Arendt (1948: 373), los movimientos totalitarios se benefician del odio al sistema de partidos y se presentan a sí mismos por encima de los partidos, pues decían representar el interés de la nación en su conjunto (375). En cuanto al nacionalsocialismo como *Weltanschauung*, resultan ilustrativas estas palabras de Joseph Goebbels pronunciadas en el discurso de apertura de la Cámara de Cultura del Reich el 15 de noviembre de 1933 y recogidas por el *Völkischer Beobachter*, que reproducimos aquí en la traducción inglesa de Housden (1997: 17):

The revolution which we have carried out, is a total one. [...] It was in fact the breakthrough of a fresh ideology [*Weltanschauung*], which had fought for power 14 years long in opposition, that with the help [of political power] gave a new feeling of state to the German Volk.

Chaves insiste en que esa presentación del nacionalsocialismo como *Weltanschauung* que hace Hitler puede ser “verdad o mentira”, pero, en cualquier caso, afirma: “Con esto, que bien puede ser un camelo, Hitler ha hecho un imperio [...]”. Por lo demás, utiliza aquí un vulgarismo, “camelo”, que resulta desmitificador, pues Chaves lo usa aquí como ya hemos visto en varias ocasiones que lo utilizaba Larra, según Lorenzo-Rivero (1977: 75): con intención de rebajar la dignidad del objeto al que se refiere, causando un efecto satírico, que, en este caso, se basa en el contraste de la grandilocuencia del término *Weltanschauung* (cosmovisión) y la llaneza del vulgarismo “camelo”. Esta desmitificación, además, entronca con la que hace el periodista de Hitler en el último apartado de esta crónica, como veremos en el apartado 4.11.6. En cualquier caso, Chaves volvía a presentar a Hitler, no sin influencia del mito creado por éste en *Mein Kampf*, como el hacedor, por sí mismo, de un imperio, en contraste con Hugenberg, que no contaba nada ya, según el periodista, a la sombra del *Führer*.

4.11.5. Seldte

El siguiente apartado lo dedica el periodista a la organización paramilitar de filiación monárquica de veteranos de la Primera Guerra Mundial *Stahlhelm, Bund der Frontsoldaten*, los ya muchas veces mencionados aquí Cascos de Acero⁶⁷⁰ –que, en realidad, se consideraban a sí mismos una unidad de reserva del Ejército alemán (Evans, 2003: 414)–, y a su fundador y principal dirigente, Franz Seldte, en ese momento ministro de Trabajo (*Reichsarbeitsminister*) en el gobierno de Hitler y, desde el 26 de abril, miembro del Partido Nazi, fecha en la que también cedió el mando de los Cascos de Acero a Hitler (Evans, 2003: 414). Sobre ellos, Chaves escribe:

Los “cascos de acero”, que habían hecho a lo largo de catorce años una maniobra de gran estilo para ir minando la República, después de haberse declarado republicanos –el segundo golpe a esta maniobra se está ensayando ahora en España–, cuando tocaban ya con las manos el ansiado triunfo de la restauración, se han encontrado con este obstáculo insuperable: Hitler (Chaves Nogales, 1933).

Lo más reseñable, quizá, que se desprende de este párrafo es la importancia – desde luego, excesiva– que Chaves le atribuye a los Cascos de Acero en la política alemana durante los años de la República de Weimar. Mucho mayor era el peso político de su socio desde 1929, el también monárquico DNVP, dirigido por Alfred Hugenberg, partido del que ya hemos hablado en el apartado 4.11. No obstante, en cuanto a la “maniobra de gran estilo para ir minando la República” que los Cascos de Acero habrían “hecho a lo largo de catorce años”, según Chaves, probablemente el periodista se refiera al aumento del grado de participación política de la organización a partir de la

⁶⁷⁰ Ver el apartado 4.4.2 y el apartado 4.11.

segunda mitad de los años veinte, en particular, a partir de 1929. Como explica Evans (2003: 132), a partir de ese momento los Cascos de Acero empezaron “a trasladar su lucha de las calles a la propaganda electoral, en un intento de conseguir mayor apoyo para sus ideas antirrepublicanas”. El 9 de julio de 1929 se unieron al NDVP, a la Liga Pangermanista y a los nazis en la campaña contra el Plan Young, “que introducía una reducción y reprogramación de los pagos de las reparaciones de guerra, pero que no las abolía” (Evans, 2003: 248), adoptando una postura irredentista que tenía como fin último el acoso y derribo del régimen de Weimar. Según Díez Espinosa (1996: 398-399), los jefes de los Cascos de Acero habrían declarado con motivo de dicha campaña lo siguiente: “Odiamos la actual estructura del Estado con todo nuestro corazón [...], pues nos niega la posibilidad de liberar a nuestra Patria esclavizada, de apartar del pueblo alemán la mendaz culpa de guerra y de obtener espacio vital en el este”. En 1931 solicitaron un referéndum para la disolución del *Land* de Prusia, bajo el gobierno de las fuerzas republicanas. Esta iniciativa dio pie en octubre de ese año a la creación, junto al DNVP, el NSDAP y el DVP (con la participación de los príncipes Hohenzollern) del Frente de Harzburg⁶⁷¹, “con el declarado propósito de provocar la caída del gabinete, la disolución del Reichstag, la convocatoria de nuevas elecciones y la anulación de buen número de decretos-ley”, según Díez Espinosa (1996: 405), quien afirma que esa “fusión de la derecha evidencia su disposición a asumir el poder”.

El Frente de Harzburg, sin embargo, sólo tuvo continuidad política en la alianza entre el NDVP y los Cascos de Acero, que en 1932 concurrirían con un candidato común a las elecciones presidenciales: Theodor Duesterberg, dirigente de los Cascos de Acero y antiguo militante del NDVP (Evans, 2003: 320). El fracaso de Duesterberg en dichas elecciones dio mayor fuerza a Seldte dentro de la organización, partidario de no limitar la misma a la realización de las actividades para las que fue fundada –la ayuda social a los veteranos de guerra, la instrucción, la protección de las fronteras de Alemania y, en definitiva, la función de tropa de reserva para el Ejército–, y uno de los promotores de la conspiración contra el canciller Schleicher en enero de 1931 y del apoyo a Hitler como sustituto de éste (Evans, 2003: 346). Estrategia que, según Chaves, había acabado en fracaso: “[...] cuando tocaban ya con las manos el ansiado triunfo de la restauración, se han encontrado con este obstáculo insuperable: Hitler”. Como vimos en el apartado 4.11, en realidad, ese “ansiado triunfo de la restauración” monárquica no llegaron a tocarlo con las manos –otra metáfora expresiva de Chaves– los Cascos de Acero ni ningún otro monárquico alemán, sino que era tan sólo una elucubración propagada por el vizconde Rothermere, propietario del *Daily Mail* británico (ver Melgar, 1932).

⁶⁷¹ Llamado así por haber sido fundado en la ciudad balneario de Bad Harzburg (Díez Espinosa, 1996: 405).

Por otra parte, es difícil determinar a qué se refiere exactamente Chaves cuando asegura que “el segundo golpe a esta maniobra [de los Cascos de Acero] se está ensayando ahora en España”, aunque parece probable que se refiera a la creación de la CEDA y de Falange Española. Tal y como vimos en el apartado 3.1.2, unos meses antes del viaje de Chaves a Alemania, el 28 de febrero de 1933, se inauguraba el congreso fundacional de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), plataforma que habría de servir de “paraguas político” a varias asociaciones de derechas que condescendieron a actuar en el marco de la República, según Casanova (2007: 83), que lo explica así:

Dominado y dirigido por grandes terratenientes, sectores profesionales urbanos y muchos ex carlistas que habían evolucionado hacia el “accidentalismo” [...] ese primer partido de masas de la historia de la derecha española se propuso defender la “civilización cristiana”, combatir la legislación “sectaria” de la República y “revisar” la Constitución.

La consecuencia más notable fue la aparición, según Casanova, del primer partido católico de masas de la historia de España: la CEDA, “que tuvo un destacadísimo papel en el acoso y derribo de la República” (Casanova, 2007: 77). Ésta podría ser, por tanto, la estrategia análoga a la de los Cascos de Acero, unidos al Frente de Harzburg, que se estaba desarrollando en España en ese momento. Pero, ¿a qué se refería Chaves con “el segundo golpe” a dicha estrategia? Es difícil saberlo. Quizá ya en esos primeros meses de 1933 se adivinase la formación de Falange Española, que no se consumaría hasta octubre de ese año, un mes antes de las elecciones generales, en las que el nuevo partido obtendría un escaño en el Parlamento, que ocuparía José Antonio Primo de Rivera. Ya hemos visto en el apartado anterior que varias personalidades españolas afines al fascismo se habían reunido para fundar el semanario *El Fascio* en marzo de 1933. Esto podía ser un indicador para el periodista de que un movimiento afín al fascismo estaba tomando cuerpo –se estaba “ensayando”– en España (Vicens Vives, 2012: 210-211), y ello podría echar al traste la estrategia de la CEDA del mismo modo que habría ocurrido con los Cascos de Acero y los nazis en Alemania.

Por lo demás, en lo referente a la calificación metafórica de Hitler como “obstáculo insuperable” para las aspiraciones monárquicas de los Cascos de Acero, Chaves comenzaba a explicar a continuación:

Al principio se enfadaron y se liaron a trastazos con los “nazis” en las calles. Pero los “nazis” son más ágiles y más jóvenes que los “cascos de acero”; se zurren con mucho mejor aire. No han tenido más remedio que pactar y someterse. Su jefe, Seldte, se ha convertido en un ministro más a las órdenes de Hitler, el futuro regente, el posible emperador (Chaves Nogales, 1933).

Aunque no es inverosímil que los Cascos de Acero y la SA hubiesen protagonizado algún mal encuentro durante la República de Weimar, no hemos encontrado ninguna referencia concreta que lo atestigüe. No obstante, aunque se pudiera afirmar que “los «nazis» son más ágiles y más jóvenes que los «cascos de acero»”, era completamente infundado asegurar que “se zurren con mucho mejor aire”, pues, como

vimos en el apartado 4.3, los Cascos de Acero eran mucho más numerosos que los nazis⁶⁷² y mucho más disciplinados (Evans, 2003: 352). Y, más infundado aún era señalar ésta como la causa de que los Cascos de Acero no tuvieran “más remedio que pactar y someterse” a los nazis. La causa de su sometimiento, aparte de su torpeza⁶⁷³, fue, como ya hemos visto, su irrelevancia política, que contrastaba con el auge de los nazis, el partido más votado de Alemania en las dos elecciones de 1932 y, desde luego, en las de marzo de 1933 (ver apdo. 3.1.3). En cualquier caso, cabe señalar una vez más el uso de un vulgarismo *–zurrarse–*, por parte de Chaves, para darle un tono coloquial a su discurso. Por lo demás, en lo referente a Seldte, “convertido en un ministro más a las órdenes de Hitler, el futuro regente, el posible emperador”, ya vimos en el apartado 4.11.2, que Chaves no iba desencaminado al augurar que Hitler se convertiría en “el futuro regente, el posible emperador”, aunque el título que acabaría adoptando inmediatamente después de la muerte de Hindenburg sería el de “Führer y canciller del Reich” (Evans, 2005: 53). También cabe comentar cómo resalta aquí Chaves la práctica irrelevancia de Seldte con respecto a Hitler al denominarlo como un ministro “más” a sus órdenes. En esta línea, el periodista añadía:

Hablando con un jefe de los “cascos de acero”, me decía: “Hitler no es más que una etapa más; acaso larga; pero al final no hay más solución que los Hohenzollern”. Creo que es una vaga ilusión. De momento, en las calles de Berlín no se vende una postal de Guillermo o de su hijo que no vaya acompañada de otra de Hitler; la bandera del Imperio se ha restablecido, pero los “nazis” le han cosido en el centro su cruz gamada; va a ser difícil quitarla (Chaves Nogales, 1933).

Tal y como veíamos en el apartado 4.11, muy probablemente el “jefe” de los Cascos de Acero al que cita aquí el periodista era el alto funcionario que lo acompañó a visitar el campo de trabajo de Wiesenthal del que hablaba en sus crónicas del 18 y el 19 de mayo (ver apdos. 4.4 y 4.5). En cuanto a las palabras de dicho “jefe”, recordemos lo que aseguraba Franz Seldte tras ser nombrado ministro de Trabajo en enero de 1933: “Estamos cerrándole el paso a Hitler” (cit. en Kershaw, 1998: 419). Asimismo, Evans (2003: 414) señala que los Cascos de Acero, a pesar de haber pasado a ser dirigidos por Hitler, pensaban que la presencia de Seldte en el Gabinete les garantizaba cierta influencia “donde de verdad importaba”. Chaves, sin embargo, era escéptico a ese respecto, y manifestaba su opinión abiertamente, explicitándola una vez más con el uso del verbo *creer* en primera persona del singular: “Creo que es una vaga ilusión”. Y aporta dos ejemplos anecdóticos en un intento de elevar esa opinión a categoría: “De momento, en las calles de Berlín no se vende una postal de Guillermo o de su hijo que no vaya acompañada de otra de Hitler; la bandera del Imperio se ha restablecido, pero

⁶⁷² Evans (2003: 103-104) explica que “a mediados de la década de 1920, los Cascos de Acero se ufanaban de contar con 300.000 afiliados”, y en 1933 habían alcanzado casi el millón de miembros (414).

⁶⁷³ Recordemos que Seldte, tras ocupar su cargo en el gobierno de Hitler, había dicho: “Estamos cerrándole el paso a Hitler”. A lo que el otro dirigente principal del *Stahlhelm*, Deusterberg, le contestó que “acabaría huyendo por los jardines del ministerio en calzoncillos para eludir su detención” (Kershaw, 1998: 419).

los «nazis» le han cosido en el centro su cruz gamada”. En cuanto a las postales del antiguo káiser y del príncipe Guillermo de Prusia acompañadas de otra de Hitler, no hemos podido encontrar ningún ejemplo de las mismas, aunque sí una de propaganda en la que aparece el antiguo *Kronprinz* (que luce ya el brazalete con la esvástica como nuevo miembro del NSDAP), precisamente, junto al nuevo ministro de Trabajo, Franz Seldte (también con su nuevo brazalete con la esvástica nazi), y al jefe de la SA, Ernst Röhm (que sería mandado ejecutar en 1934 por Hitler tras la Noche de los cuchillos largos, como vimos en el apartado 4.10):



Postal propagandística en la que aparece el príncipe Guillermo de Prusia (en el centro, con su brazalete del NSDAP) entre Franz Seldte (a la derecha, con el brazo en alto) y Ernst Röhm (a la izquierda)⁶⁷⁴.

En lo referente a la restauración de la bandera imperial, era una de las reivindicaciones de los Cascos de Acero que recogía su manifiesto de Berlín de 1927 (Evans, 2003: 103). En cuanto a la esvástica que los nazis le habían “cosido” en el centro, se trataba, sin embargo, probablemente de una metáfora de Chaves –aunque no cabe descartar que el periodista hubiese visto alguna bandera imperial con una esvástica cosida en el centro–, ya que, de acuerdo con Benz (2006: 53-54), en 1933 fue restaurada la bandera imperial (negra, blanca y roja) como bandera oficial del Reich junto a la bandera del NSDAP (con una esvástica negra en el centro dentro de un círculo blanco sobre fondo rojo). Es decir: las dos banderas eran oficiales, pero no la mezcla de ambas. En cualquier caso, en septiembre de 1935 la promulgación Ley de Banderas del Reich (*Reichsflaggengesetz*) convertiría a la bandera nazi en símbolo único del estado (54).

No obstante, más allá de si esa esvástica cosida era metafórica o no, la imagen sí daba lugar a otra metáfora cuando el periodista afirmaba: “[...] va a ser difícil quitársela”. Es decir: iba a ser difícil que los monárquicos consiguieran sustituir a los

⁶⁷⁴ En Schuler, Thomas (2019): “Der große Dienst des Jan Böhmermann”. *Der Hauptstadt Brief am Sonntag*. Semana nº 49. Berlín, 8 de diciembre. En <<https://cutt.ly/NfyGIB8>> [cons. 4/8/2020].

nazis en el poder y restaurar la bandera monárquica. Por lo demás, este escepticismo de Chaves respecto a las esperanzas de los Cascos de Acero estaba completamente justificado. Como explica Evans (2003: 414), tras la entrada de Seldte en el NSDAP y la cesión del mando de los Cascos de Acero a Hitler el 26 de abril de 1933, éstos “habían quedado ya completamente neutralizados como fuerza política”. En mayo fueron incorporados a la SA nazi, y, aunque conservaron formalmente cierta autonomía, acabaron disolviéndose en las tropas de asalto nazis, como explica Koehl (2000: 99-100):

[...] el *Stahlhelm* se quedó prácticamente vacío en julio, cuando el *Wehrstahlhelm* (todos los menores de treinta y cinco años) se organizó como unidad aparte, a las órdenes de Röhm. El 31 de octubre de 1933 esta unidad se disolvió como tal y su contingente, medio millón de hombres, se sumó a las filas de la SA. El 1 de diciembre, el *Kernstahlhelm* (el cogollo del Casco de Acero) que quedaba se dividió en dos grupos: una unidad de 450.000 hombres conocida como la Reserva I de la SA (hombres entre treinta y cinco y cuarenta años, la mayoría veteranos) y un grupo mayor de 1,5 millones conocido como Reserva II de la SA.

De este modo, con la desaparición de todos los grupos paramilitares, salvo la SA y las SS, y de todos los partidos políticos, salvo el NSDAP, como explica Evans (2003: 415), en el verano de 1933 “se había completado prácticamente la creación de un Estado de partido único”. La velocidad a la que se había consumado tal hecho sorprendía incluso a los propios nazis. El 28 de junio de 1933 Goebbels escribía en su diario: “El camino hacia el Estado total. Nuestra revolución posee un asombroso dinamismo” (cit. en Evans, 2003: 415). Como preveía Chaves, iba a ser difícil quitar la esvástica de la simbólica bandera del Reich.

Finalmente, el periodista cerraba este apartado con un toque de humor: “Guillermo y los suyos han de aguardar pacientemente. La única esperanza que les queda es que Hitler es célibe y no parece que esté dispuesto a sacrificar su soltería por fundar una dinastía imperial” (Chaves Nogales, 1933). En esto también mostraba el periodista bastante perspicacia, pues Hitler nunca llegaría a tener descendencia, y no se casó hasta que su muerte fue cierta e inminente, el 29 de abril de 1945, un día antes de suicidarse (Trevor-Roper, 2000: 265). En este sentido, Kershaw (1998: 69) atribuye a Hitler “un desarrollo sexual profundamente desequilibrado y reprimido, como mínimo”, y asegura que, en su juventud en Viena, “Hitler evitaba el contacto con las mujeres, mostrando una indiferencia fría durante sus visitas a la ópera hacia supuestos intentos de coquetear con él o de burlarse de él de muchachas jóvenes” (69). La misma indiferencia parece que mostraría en el resto de sus relaciones con mujeres, incluyendo a Eva Braun, según el propio Kershaw (1998: 354).

En cualquier caso, la monarquía de los Hohenzollern no se volvería a instaurar en Alemania, como ya advertía implícitamente Chaves en 1933 a los monárquicos españoles que pudieran sentirse tentados por el camino del fascismo.

4.11.6. La verdad, la verdad

El último apartado de esta crónica constituye una suerte de alegato final o *peroratio*, una conclusión no sólo de esta crónica, sino de todo el reportaje. Se trata de un alegato en contra de las dictaduras y a favor de la democracia que, además, bien puede valer como epítome del pensamiento político del periodista sevillano. El ladillo que encabeza el apartado –“La verdad, la verdad”– marca el tono coloquial, alejado de cualquier grandilocuencia mistificadora, que el periodista adoptará como herramienta adecuada para llevar a cabo la desmitificación de la figura de Hitler y de las dictaduras de su época. Desmitificación a la que procede tras haber ensalzado las habilidades políticas de Hitler para resaltar la torpeza que, en contraste, habían mostrado los conservadores alemanes al auparlo a la Cancillería del Reich, como hemos visto en los apartados anteriores. Chaves se muestra ecuánime, pero no imparcial. Recordemos lo que escribía en este sentido sobre aquellos periodistas que admiraban a Mussolini en un artículo publicado en enero de 1930 sobre el líder filofascista Francés Léon Daudet: “Ocurre con él lo que con Mussolini: que son sus adversarios ideológicos quienes lo sostienen, por ese inocente anhelo de ser imparciales que tienen los que profesionalmente ni pueden ni deben serlo” (Chaves Nogales, 2013: 257).

Por otra parte, con el tono coloquial del que hablábamos genera un ambiente de confianza con el lector propicio para la confidencia, apropiadamente introducida por el ladillo y la expresión repetida en el texto “de verdad, de verdad”, como podemos ver a continuación:

A pesar de todo, no hay que despistarse; de verdad, de verdad, Hitler no era más que un pintor que no sabía pintar, un artista sin talento. Como no acertó a pintar un cuadro discreto, se tuvo que poner a construir un imperio, una “Weltanschauung”, como él dice. Será todo lo que quiera: líder, “führer”, canciller, regente, emperador; pero la verdad de su alma es que lo que él quería ser era pintor y no tuvo talento bastante para serlo. Si en vez de rechazarlo en la Academia de Pintura de Viena por malo y de empujarlo a tener que pintar puertas para ganarse la vida le hubiesen comprado unos cuadritos y le hubiesen publicado unos sueltos encomiásticos en los periódicos, no hubiese habido tal Hitler. Esto, que parece casi una blasfemia, es perfectamente posible (Chaves Nogales, 1933).

Chaves comienza marcando distancia con lo que había escrito en los apartados anteriores mediante la locución conjuntiva “A pesar de todo”, y, ya en tono coloquial y algo irónico añade: “[...] no hay que despistarse”, expresión cuya ironía reside en calificar satíricamente de forma implícita a los que, tanto en Alemania como en España, veían a Hitler como un gran hombre como pobres despistados que no sabían distinguir la realidad tras el mito del *Führer*. Y, a continuación, añade el vulgarismo “de verdad, de verdad”, que introduce la confidencia al lector, la revelación de la realidad detrás de la grandilocuencia del velo de simbología y de propaganda que rodeaba al líder nazi: “[...] Hitler no era más que un pintor que no sabía pintar, un artista sin talento”. Como vemos, seguía aquí el periodista *avant la lettre* la estrategia ya mencionada en el apartado 4.11 que recomendaría años más tarde Bertolt Brecht, quien aconsejaba

entregar a los grandes criminales políticos al ridículo y afirmaba: “Que Hitler fracasara no significa que fuese un idiota, pero tampoco la envergadura de su proyecto lo convierte en un gran hombre. [...] Es decir, el hecho de que sea un gran criminal y de que sus actos tengan graves consecuencias no aumenta su estatura” (cit. en Arendt, 1973: 152). Y es que, como afirma Arendt (1973: 152), antes de su ascenso al poder, la “supuesta idiotez” de Hitler era un “prejuicio generalizado entre sus opositores”, lo que llevó a la publicación de “una gran cantidad de libros que buscaban justificar sus actos y mostrarlo como un gran hombre”. Chaves, en cambio, no se dejó llevar por esa tendencia y conservó “la integridad”, en el sentido en el que lo expresa Arendt (1973: 153): “Si alguien quiere conservar la integridad en las circunstancias en las que hablamos, resulta imprescindible recordar nuestra antigua perspectiva de las cosas, y decir: «Haga lo que haga, incluso si asesina a diez millones de personas, sigue siendo un payaso»”. Esto era, en esencia, lo que ella denominaba *banalidad del mal*. Además, el periodista no pierde aquí, como en el resto de su obra nunca de vista lo que él mismo denominaba *medida de lo humano*, que lo mantenía escéptico hacia las mistificaciones grandilocuentes y los proyectos políticos desmesurados.

Por otra parte, curiosamente, este último apartado nos devuelve al principio de esta tesis, que comenzábamos con una cita de la biografía de Juan Belmonte que Chaves publicaría en 1935. Allí, el periodista, en referencia a la infancia del torero en la calle Ancha de la Feria de Sevilla, escribiría: “En todo el mundo no hay más de lo que hay en aquella calle de Juan; ni más confusión, ni peores enemigos, ni peligros más ciertos” (Chaves Nogales, 1935: 3), tal y como vimos en el apartado 2.1. Una calle así – aseguraba Chaves– le ofrece al niño que crece en ella “una síntesis perfecta del Universo” (4). Esta idea de que el entorno de la infancia puede contener ya a todos los tipos humanos tiene interés en este apartado en tanto que, como ya vimos, el periodista nació y pasó sus primeros años en la calle Dueñas de Sevilla, que Cintas (2017) sitúa en el entorno que Juan Ramón Jiménez denominaría “el Limbo de los Pintores”:

Como venimos diciendo, la zona acogía numerosos estudios de pintor, como el de Salvador Clemente, que dirigía la llamada Academia Libre de Bellas Artes y que tenía una entrada por Dueñas y otra por Gerona. Las calles Dueñas, Viriato y Gerona venían a formar un islote artístico y bohemio que fue el definido por Juan Ramón como “el Limbo de los Pintores”.

El abuelo materno del propio Chaves tenía un estudio de pintura en la casa familiar, en el número once de la calle Dueñas, siempre según Cintas (2017), quien añade que también la llamada “Casa de los Artistas”, situada a un par de manzanas de la casa del pequeño Chaves, era frecuentada “por los artistas, pintores, escultores, ilustradores más interesantes del momento”. De manera que es posible que el periodista, ya desde la infancia, estuviese familiarizado con el tipo humano que atribuía a Hitler: el del aprendiz de pintor sin aptitudes, frustrado, “un pintor que no sabía pintar, un artista sin talento”. Acaso Chaves tuviera en mente alguna figura concreta, algún nombre de la fauna urbana que frecuentaba su barrio de la infancia. En cualquier caso, para él el

joven Hitler no resultaba un personaje extraño, no había nada mítico ni extraordinario en su figura. De ahí la agudeza de su siguiente comentario: “Como no acertó a pintar un cuadro discreto, se tuvo que poner a construir un imperio, una «Weltanschauung», como él dice”.

En ese sentido, Kershaw (1998: 141, 146) afirma que el joven Hitler no buscó dedicarse a la política, sino que ésta lo encontró a él a la deriva en un cuartel de Múnich en 1919. Karl Mayr, el capitán que reclutó a Hitler para las “tareas políticas” de las que hablábamos en el apartado 4.11.4, aseguraba que, cuando lo conoció, el futuro canciller “era como un perro perdido y cansado buscando un amo [...] dispuesto a unir su suerte a cualquiera que mostrase bondad con él... No le preocupaban lo más mínimo ni el pueblo alemán ni su destino” (cit. en Kershaw, 1998: 141). A este respecto, Kershaw (1998: 146) señala que la dedicación de Hitler a la política y su conversión en la principal atracción del DAP “no se debió a que tuviese una revelación súbita de que su «misión» era salvar a Alemania, ni a la fuerza de su personalidad ni a un «triumfo de la voluntad»”. Al contrario: “Se debió a las circunstancias, el oportunismo y, no en menor medida, a la buena suerte y el respaldo del ejército, representado por el importante padrinazgo de Mayr” (146). En el apartado 4.11 y en el apartado 4.11.1 ya hablamos de esas circunstancias por las cuales Hitler acabó llegando, a la deriva, a la política, que eran, a grandes rasgos las que Chaves señalaba aquí y de las que continuaba hablando: “Si en vez de rechazarlo en la Academia de Pintura de Viena por malo y de empujarlo a tener que pintar puertas para ganarse la vida [...]”. Efectivamente, como vimos en los apartados antes mencionados, Hitler fue rechazado hasta en dos ocasiones por la Academia de Bellas Artes de Viena, por lo que, una vez dilapidados los ahorros familiares en la vida de diletante que llevaba en la capital austriaca y tras pasar por un breve periodo de dura indigencia, un préstamo de su tía le permitió comenzar un negocio con un conocido del asilo para personas sin techo en el que se hospedaba que, aunque no duró mucho, le dio una profesión provisional⁶⁷⁵. En los siguientes años se dedicó a pintar paisajes urbanos de Viena, alternando con algún breve intervalo como peón en la construcción, hasta 1913 (Kershaw, 1998: 80-82), cuando se trasladó a Múnich. Allí continuó con su vida muelle de tertuliano de café, sin un proyecto a largo plazo, como “pintor arquitectónico” hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial (103-105). Tras siete años de ir a la deriva, desde el primer rechazo de la Academia de Bellas Artes de Viena, “en Múnich, seguía siendo un marginado y un cero a la izquierda” (107). Así que, como vimos en el apartado 4.11, la guerra le ofreció una justificación a su existencia banal. Tras la guerra, como vimos en el apartado 4.11.4, prolongó en lo posible su estancia en el Ejército mediante el trabajo como espía político y propagandista. En esa tarea estaba cuando se encontró a sí mismo atrayendo la

⁶⁷⁵ En este sentido, Haffner (1978) asegura: “Por lo que respecta a una profesión, Hitler no sólo nunca la tuvo ni la buscó sino que incluso la rehuyó mientras estuvo a tiempo de adquirirla”.

atención del público en una asamblea del DAP. Había descubierto el que era su único talento hasta el momento: estimular a las masas (Kershaw, 1998: 163).

Por tanto, Chaves, a pesar de no disponer prácticamente de más referencias biográficas sobre Hitler que de su propio relato mitificado en *Mein Kampf*, había acertado de lleno, salvo en lo referente a que el líder nazi se hubiese dedicado a “pintar puertas”, cosa de la que no queda constancia fehaciente. Probablemente su dedicación a la pintura de paisajes urbanos vieneses y la de peón en la construcción, combinadas, habían dado forma al apelativo por el que, según escribía Chaves en esta crónica, lo conocía Stresemann: el “pintorcillo de puertas”, y que tiene una intención a todas luces caricaturesca. Pero, como decíamos, en todo lo demás había acertado: Hitler era un pintor sin talento y sin fuerza de voluntad para forjarse uno (como señalábamos en el apartado 4.11) que, como no fue admitido en la Academia de Bellas Artes de Viena –no de “Pintura”, como decía Chaves– llevó una vida a la deriva hasta que comprendió que tenía talento para transmitir sus prejuicios, sus simplistas ideas sobre el futuro de Alemania y su odio contra los judíos y los marxistas a otros por medio de la palabra (como vimos en el apartado 4.11.4). En definitiva, como “no acertó a pintar un cuadro discreto, se tuvo que poner a construir un imperio, una «Weltanschauung», como él dice”, como aseguraba Chaves.

Por otra parte, cabe comentar el uso satírico de la ironía que constituye aquí el instrumento con el que el periodista desmitifica la figura de Hitler. Más allá de la imagen desmitificadora del “pintor que no sabía pintar”, del “artista sin talento”, que contrasta con la imagen de Hitler como “emperador”, la frase “Como no acertó a pintar un cuadro discreto, se tuvo que poner a construir un imperio, una «Weltanschauung», como él dice” está llena de ironías. En primer lugar, aquí el verbo *acertar* sugiere cierta involuntariedad en la ejecución de la tarea que se intenta, en este caso, “pintar un cuadro discreto”. Hitler no habría *acertado* a pintar tal cuadro ni siquiera por casualidad. Además, Chaves sugiere que la tarea era sencilla por medio del adjetivo “discreto”, de modo que la sátira es doble. Por otra parte, también hay ironía en la presentación de la construcción de “un imperio” como una consecuencia inevitable de la impericia de Hitler como pintor. Sugiere así que Hitler, que quería ser artista, tuvo que ponerse por obligación y a regañadientes a levantar un imperio. Por último, la aposición de “un imperio” y “una «Weltanschauung»” seguida del apunte “como él dice” sugiere la fatuidad de Hitler, que sustituye una palabra común, *imperio*, por otra aparatosa, *Weltanschauung* (cosmovisión), satirizando así la figura del líder nazi por cuarta vez en una sola frase. Asimismo, a continuación, resta importancia a los logros políticos que Hitler pudiera haber alcanzado ya o que podría llegar a alcanzar en el futuro: “Será todo lo que quiera: líder, «führer», canciller, regente, emperador; pero la verdad de su alma es que lo que él quería ser era pintor y no tuvo talento bastante para serlo”. No sólo vuelve a mencionar aquí la falta de talento como pintor de Hitler, sino que lo presenta

como un hombre frustrado que, por más cargos y títulos que pudiera ostentar –“líder, «führer», canciller, regente, emperador”– no podría eludir “la verdad de su alma”, esto es, “que él quería ser pintor”. De esto modo, nos muestra a Hitler como un hombre que había fracasado en la vida por más títulos aparatosos en los que se involucrara.

Y, finalmente, para acabar de ridiculizarlo, se muestra condescendiente con él: “Si en vez de rechazarlo en la Academia [...] por malo y de empujarlo a tener que pintar puertas para ganarse la vida le hubiesen comprado unos cuadritos y le hubiesen publicado unos sueltos encomiásticos en los periódicos, no hubiese habido tal Hitler”. Además de presentar el rechazo de la Academia de Bellas Artes de Viena a Hitler como justificado, “por malo”, conjetura que no hubiese sido difícil conseguir que no se hubiera dedicado a la política: habría bastado que “le hubiesen comprado unos cuadritos y le hubiesen publicado unos sueltos encomiásticos en los periódicos”. La facilidad con que se podría haber evitado la existencia del líder político “Hitler” la sugiere el periodista mediante el uso del diminutivo “cuadritos” y en la poca importancia periodística de “unos sueltos”. Sólo con esas minucias –sugiere el periodista– “no hubiese habido tal Hitler”. Por último, asegura que esa hipótesis es “perfectamente posible”, a pesar de parecer “una blasfemia” a la vista de la importancia que el líder nazi había llegado a tener en la política Alemana, haciendo hincapié así en la distancia que existía entre el mito y la realidad mediocre del hombre.

Por otro lado, la desmitificación de Hitler que hace aquí Chaves no sólo era válida para sus contemporáneos, sino que su validez se puede extender en el tiempo hasta nuestros días, pues, desde la Segunda Guerra Mundial el cine de propaganda norteamericano representó con frecuencia a los enemigos nazis como personas malvadas e inteligentes, es decir, peligrosas, para concienciar a la población estadounidense de la necesidad de participar en la Segunda Guerra Mundial⁶⁷⁶, transmitiendo así al gran público una imagen de los nazis como malvados *shakespereanos*. Ejemplos conspicuos de esa representación son los del mayor Heinrich Strasser en *Casablanca* (1942), de Michael Curtiz; o el teniente Schwegler en *Five Graves to Cairo* (1943), de Billy Wilder; o, incluso inmediatamente después de la guerra, la camarilla nazi que se reúne en casa de Alexander Sebastian en *Notorious* (1946), en particular, la madre de éste, como no podía ser de otra forma tratándose de una película de Alfred Hitchcock. Dicha representación se ha reproducido hasta nuestros días en diversas películas comerciales de Hollywood que la han convertido en un estereotipo popular.

⁶⁷⁶ Ejemplos notables de la tendencia contraria, la de satirizar a los nazis y, muy particularmente, a Hitler, son *To Be or Not to Be* (1942), de Ernst Lubitsch (ver Paz y Montero, 1999: 306-308), o *The Devil with Hitler* (1942), de Gordon Douglas (ver Costa, 2018: 182).



El mayor Heinrich Strasser (Conrad Veidt) en *Casablanca* (1942), el teniente Schwegler (Peter van Eyck) en *Five Graves to Cairo* (1943) y la señora Sebastian (Leopoldine Konstantin) en *Notorious* (1946).

En este sentido, Hannah Arendt (1973: 151-152) asegura que una de sus principales intenciones al escribir *Eichmann en Jerusalén* era “acabar con la leyenda de la grandeza del mal, de la fuerza demoniaca, hacer que la gente dejase de admirar a los grandes malvados como Ricardo III”. Del mismo modo, Chaves tampoco presentaba a Hitler como un Ricardo III, sino simple y llanamente, como un hombre mediocre, “un pintor que no sabía pintar”, alguien que no era digno de admiración alguna. Y, a continuación, insistía en esa mediocridad y basaba en ella su ataque a las dictaduras:

Cada vez se ve con más claridad que para esta faena de gobernar dictatorialmente los pueblos no son precisas unas dotes excepcionales. Los grandes conductores de pueblos que nos llegaban a través de la Historia se nos antojaban seres casi sobrenaturales. Ahora resulta que no; que un señor con gabardina que no acierta a pintar un cuadro decorosamente, puede, merced a unas circunstancias providenciales, convertirse en uno de los seres señeros de la Humanidad; el mismo caso se ha repetido ya en Rusia, donde unos teorizantes mediocres han construido un formidable imperio, y en Italia, donde un periodista amanerado ha puesto en pie un país. Hay que pensar que las dictaduras favorecen el encumbramiento de las medianías, de los señores discretos con gabardina (Chaves Nogales, 1933l).

Mediante la primera afirmación, Chaves convierte el caso concreto de Hitler en categoría: “Cada vez se ve con más claridad que para esta faena de gobernar dictatorialmente los pueblos no son precisas unas dotes excepcionales”. Vemos además, que el periodista, cómplice con el lector, no abandona el tono coloquial, como denota el uso del vulgarismo “faena” referido al gobierno dictatorial de “los pueblos”, que, a su vez, sugiere el carácter ordinario de dicha tarea, quitándole cualquier connotación de magnificencia a la figura del dictador encargado de llevarla a cabo, quien, como, de hecho, asegura a continuación Chaves, no requiere “unas dotes excepcionales”. Esta extensión de la mediocridad de Hitler al resto de dictadores de su tiempo, además, cada vez “se ve con más claridad”, según el periodista, que busca reforzar así su argumentación, presentándola como evidente. Por otra parte, el carácter desmitificador de dicha afirmación se hace patente con la presentación a continuación, en contraste, del mito de los “grandes conductores de pueblos”: “Los grandes conductores de pueblos que nos llegaban a través de la Historia se nos antojaban seres casi sobrenaturales”. Chaves presenta el mito apoyado sobre los inseguros y subjetivos soportes de la percepción y el juicio humanos mediante el uso de la forma verbal pronominal “se nos antojaban”, para, acto seguido, demolerlos: “Ahora resulta que no [...]”, y derrumbar el mito: “[...] que un señor con gabardina que no acierta a pintar un cuadro

decorosamente, puede, merced a unas circunstancias providenciales, convertirse en uno de los seres señeros de la Humanidad”. Hace referencia aquí implícitamente a Hitler y lo relaciona de nuevo con el símbolo de la gabardina, asociado al concepto de mediocridad, pero con un enfoque más general: “[...] un señor con gabardina que no acierta a pintar un cuadro decorosamente”. Una vez más, Chaves demuestra su capacidad, de la que hablábamos en el apartado 4.8.3, para encapsular los rasgos fundamentales de una persona o una vida en unas pocas palabras. Y es que, como señalábamos allí, el periodista contaba entre sus cualidades con dos que Rosendo Klecker (2010: 15) considera indispensables para quien escribe un perfil: “Sensibilidad y hondura humana”. Así, en esa frase, encierra la mediocridad de Hitler, “un señor con gabardina” –donde el grupo nominal “un señor” sugiere medianía y equivale a *un hombre cualquiera*, imagen que refuerza el atributo de la gabardina–, e insiste en la imagen satírica del pintor “que no acierta a pintar un cuadro decorosamente”, ridiculizando su figura y, a la vez, trayendo a colación el rasgo fundamental de su vida, el que define su tragedia vital, y en buena medida su personalidad, según había explicado ya el periodista en el párrafo anterior: su fracaso como pintor en su juventud y su casi obligado, según insinuaba Chaves, paso a la política. Dos pinceladas le bastaron al periodista para pintar el retrato de un Hitler desmitificado, un retrato *tropo vero*⁶⁷⁷.

Por lo demás, el periodista, para completar la desmitificación, señalaba que esa mediocridad no era óbice para que alguien como Hitler pudiera “merced a unas circunstancias providenciales, convertirse en uno de los seres señeros de la Humanidad”. Como ya hemos visto, acertaba plenamente. Como señalaba Kershaw (1998: 148), sin “una guerra perdida, una revolución y un sentimiento omnipresente de humillación nacional” en la Alemania de 1919, y sin el reclutamiento por parte de Mayr para “tareas políticas” del que hemos hablado unas páginas más atrás, Hitler nunca hubiese salido del más oscuro anonimato. Y este caso de persona mediocre ensalzada al poder político por las circunstancias, lo extiende Chaves a las otras dos principales dictaduras europeas de la época: “[...] el mismo caso se ha repetido ya en Rusia, donde unos teorizantes mediocres han construido un formidable imperio, y en Italia, donde un periodista amanerado ha puesto en pie un país”⁶⁷⁸.

En cuanto al caso de Rusia, es evidente que los “teorizantes mediocres” a los que se refiere el periodista son los bolcheviques, a los que ya se había referido en términos similares en *La vuelta a Europa en avión* tras su viaje a Rusia en 1928:

⁶⁷⁷ Así calificó el papa Inocencio X el retrato, ciertamente desmitificador, que, en 1650, le hizo Diego Velázquez (Pastor, 1949: 29), otro sevillano con el talento de humanizar a aquéllos que retrataba.

⁶⁷⁸ Nótese el contraste entre la visión desmitificadora de Chaves sobre Hitler y Mussolini y estas palabras publicadas por el diario ultraderechista español *La Nación* tras el ascenso al poder del líder nazi, ya citadas en el subapartado 3.1.3.1: “Adolfo Hitler es una de las grandes personalidades históricas del momento, de vida más interesante y ejemplar. Como Mussolini, sale de la entraña fecunda del pueblo, y como el *duce*, es un producto de la reacción del alma popular sana frente la demagogia, que atenta contra las bases de la civilización” (sin firma, 1933a).

Hay que rendirse a la evidencia. Los bolcheviques son unos teorizantes insoportables, han dictado millones de disposiciones gubernamentales que no se cumplen, se han equivocado, tropiezan, se caen, rectifican... Por encima de todo, como prodigio de voluntad, una voluntad heroica capaz de vencer tanto las dificultades como la propia incapacidad, existe hoy una obra de Gobierno puramente soviética que ha llegado a la entraña misma del país (Chaves Nogales, 1929: 198-199).

Asimismo, el periodista volvería a utilizar el término *teorizante* en otras dos ocasiones referido a miembros de los “partidos proletarios”, en este caso, españoles, en dos de sus cuentos de *A sangre y fuego*, publicado en 1937, en el exilio. En el primer caso, hace alusión a algunos miembros de las “sinistras escuadrillas de retaguardia que querían imponer al gobierno, a los partidos políticos y a las centrales sindicales un régimen de terror” en Madrid en el relato “¡*Massacre, massacre!*”:

Cada una de ellas tenía un jefe, un aventurero, a veces un verdadero capitán de bandidos, por excepción, un místico teorizante de cabeza estrecha y corazón endurecido que, con la mayor unción revolucionaria, decretaba inexorablemente los crímenes que consideraba útiles a la causa (Chaves Nogales, 1937: 21).

El segundo caso del uso del término se da en el relato “El tesoro de Briesca”:

Mientras tanto, los teorizantes de los partidos proletarios se aplicaban encarnizadamente a organizar lo que ellos llamaban el nuevo orden revolucionario, es decir, la edificación socialista. Desinteresados en las contingencias de la guerra y dando por descartada desde luego la victoria final, creaban a retaguardia de tan inconsistente ejército una burocracia formidable encargada de socializar o colectivizar la vida entera del país (Chaves Nogales, 1937: 21).

Asimismo, más cerca en el tiempo, el periodista se referiría al fracaso de las teorías comunistas en Rusia en la conferencia que daría a la vuelta de su viaje por Italia y Alemania en el Ateneo de Sevilla, en junio de 1933:

Los rusos están convencidos ya de que la teoría de una revolución permanente y universal para destruir el capitalismo es de práctica imposible, y han hecho a su vez un capitalismo de Estado, cuyo sentido de fundación se va perdiendo a medida que gana en extensión su liturgia (*Gori*, 1933).

Por lo demás, las críticas a los líderes bolcheviques son abundantes en su obra. Así, por ejemplo, en *Lo que ha quedado del imperio de los zares*, calificaba a Trotski –cuya capacidad como propagandista, no obstante, reconocía– de “militante encarnizado” (Chaves Nogales, 1931: 78), mientras que se refería a Lenin como “un poeta delirante de Petrogrado proclamado presidente de la República del Universo” (82), y como “un personaje implacable, animado y sostenido por un oscuro poder” (111). En cuanto a la construcción de “un formidable imperio” por parte de esos “teorizantes mediocres” rusos, como vimos en el apartado 4.11.1, Chaves ya se refería al carácter nacionalista y militarista del régimen bolchevique en *La vuelta a Europa en avión*, donde explicaba: “La gran fuerza del comunismo ruso radica hoy en el nacionalismo más exaltado” (Chaves Nogales, 1929: 186), y también que el Ejército Rojo era un instrumento imperial, “un formidable instrumento de ataque contra las nacionalidades vecinas, Polonia, Lituania, Letonia y Estonia” (162). Asimismo, en *Lo que ha quedado del*

imperio de los zares hace referencia a la “garra de Lenin, imperial como la de Pedro el Grande” (Chaves Nogales, 1931: 326).

En cualquier caso, la calificación de “teorizantes mediocres”, además de incisiva –de nuevo, por su brevedad y su capacidad de definir a unos personajes con un solo rasgo de su personalidad o por un solo hecho biográfico–, resultaba desmitificadora frente a la imagen que buena parte de la izquierda española se había creado sobre los protagonistas de la Revolución rusa⁶⁷⁹, equivalente a la que buena parte de la derecha, como vimos en el apartado 3.1.2, se había creado de Hitler y o de Mussolini, a quien Chaves también trata de desmitificar aquí ante aquéllos, calificándolo como “un periodista amanerado” que había “puesto en pie un país”. Tampoco era la primera vez que el periodista intentaba desmitificar al líder fascista. En un artículo sobre Léon Daudet, líder de *L’Action Française*, publicado en el *Heraldo de Madrid* el 6 de enero de 1930, Chaves había escrito:

Ocurre con él lo que con Mussolini: que son sus adversarios ideológicos quienes lo sostienen, por ese inocente anhelo de ser imparciales que tienen los que profesionalmente ni pueden ni deben serlo. El 90 por 100 de los antifascistas dirá que el fascismo es un crimen, pero que Mussolini es un genio (Chaves Nogales, 2013: 253).

Asimismo, en *Lo que ha quedado del imperio de los zares*, Chaves (1931: 49) aseguraría que el ejemplo de Mussolini estaba fomentando muchas “megalomanías”. Por otra parte, de nuevo, la calificación de Mussolini como “periodista⁶⁸⁰ amanerado” es particularmente incisiva, no sólo por lo que tiene, una vez más, de epítome del carácter y la biografía del personaje, sino porque atacaba uno de los rasgos más ostentosos de su figura pública. En este sentido Kershaw (1998: 287) señala que, a diferencia de lo que ocurría con Hitler, al líder fascista italiano “le encantaban las imágenes viriles de sí mismo como deportista o atleta”. Por tanto, la imagen caricaturesca del “periodista amanerado” cumplía con especial eficacia el fin satírico y desmitificador que perseguía Chaves. Por lo demás, Chaves también estaba familiarizado con el tipo humano del periodista sin talento que acaba dedicándose a la política, de acuerdo con lo que, según Josefina Carabias (1980: 183), el periodista le explicaba a Manuel Azaña en un receso de una sesión parlamentaria en las Cortes:

No sólo es en política donde, cuando uno fracasa en un cargo se le da otro mejor. Muchos de los personajes que circulan por estas salas dándose importancia, lo que son nos lo deben a unos redactores-jefes intratables como Ocaña y como yo. ¡Nos duelen los brazos de echarles artículos al cesto! Si lo que escribían hubiera sido publicable, seguirían en los periódicos... ¡jorobados como estamos nosotros!

⁶⁷⁹ A este respecto, ver Avilés López (2017).

⁶⁸⁰ Mussolini había trabajado como periodista antes de la Primera Guerra Mundial en varios periódicos izquierdas, e incluso había llegado a ser director del diario *Avanti!*, el periódico oficial del Partido Socialista Italiano, puesto que abandonó tras adoptar una posición favorable a la intervención de Italia en la Primera Guerra Mundial que defendería desde las páginas de *Il Popolo d'Italia*, fundado por él mismo (ver O’Brien, 2005).

Por otra parte, Chaves, años más tarde, haría comentarios igualmente desmitificadores acerca de Franco, de quien, en un reportaje para *The Nineteenth Century* publicado en inglés en enero de 1939, aseguraba que era “lo más radicalmente distinto de un gran hombre que se pueda ser”, y hablaba de su “mediocridad fundamental”, según la traducción de Victoria León Varela (Chaves Nogales, 2013: 772-773). En coherencia con éste y con los otros comentarios afines sobre Hitler, Mussolini y los líderes bolcheviques que hacía en esta crónica, el periodista haría extensiva la desmitificación de esos dictadores al sistema político de la dictadura en general: “Hay que pensar que las dictaduras favorecen el encumbramiento de las medianías, de los señores discretos con gabardina”. Después de la enumeración de casos de mediocridad, Chaves presenta esta conclusión como evidente mediante la fórmula “Hay que pensar que [...]”, e insiste en la figura satírica de “los señores discretos con gabardina”.

Una idea afín a ésta, pero expresada en sentido inverso, la ha formulado décadas más tarde otro sevillano, el socialdemócrata Felipe González (2017: 18), cuando afirma que “la democracia no garantiza el buen gobierno, lo único que garantiza es que podemos echar al Gobierno que no nos gusta. Esa es la gran diferencia con la dictadura”. Además, añade:

Ahora bien, la ventaja de la democracia como forma de organizar la convivencia es que, a medio y a largo plazo, siempre aporta un valor muy superior, en términos de respuesta a las necesidades ciudadanas, que los sistemas autoritarios o totalitarios. Por eso digo que, aunque no garantiza el buen gobierno, nos permite echar a los que lo hacen mal; y como a los gobernantes no nos gusta que nos echen, tratamos de hacerlo lo mejor posible y corregir nuestros errores. Necesidad que difícilmente tienen los autócratas, que siempre pueden echarles la culpa a otros, despreciando la opinión de los ciudadanos (18).

En ese mismo sentido, pero casi ochenta y cinco años antes, Chaves concluía su crónica, y con ella el reportaje, con la siguiente reflexión:

Lo que no está tan claro es que en un régimen liberal, democrático y parlamentario, donde todos los ciudadanos tienen sueltos los brazos y la lengua, esto sea tan fácil como en los regímenes dictatoriales. En este régimen –el que los españoles estamos ensayando ahora– parece que los periodistas fracasados y los pintores sin fortuna no tienen tantas posibilidades de convertirse en semidioses de la noche a la mañana (Chaves Nogales, 1933).

Chaves evita aquí una afirmación tajante, pero sugiere –mediante las fórmulas “Lo que no está tan claro” y “parece que”– con claridad las ventajas de la democracia con respecto a la dictadura en lo referente a sus líderes. Por otra parte, hace una referencia explícita a la condición democrática de la República española, el régimen que los españoles estaban “ensayando” en ese momento, incluyéndola inequívocamente en la defensa de los regímenes democráticos que constituye este último párrafo de la crónica. Asimismo, introducía dos variaciones de las imágenes satíricas de Mussolini y de Hitler que ya había utilizado unas líneas más arriba: los “periodistas fracasados”, en referencia a Mussolini, y los “pintores sin fortuna”, en alusión a Hitler. Por último,

acerca de la afirmación según la cual “en un régimen liberal, democrático y parlamentario, donde todos los ciudadanos tienen sueltos los brazos y la lengua” no parecía ser tan fácil que personas mediocres como Hitler o Mussolini se convirtiesen “en semidioses de la noche a la mañana” –haciendo una última referencia a la mitificación de ambas figuras en sus respectivos países–, en la conferencia que ofrecería el periodista el 23 de junio de 1933 en el Ateneo de Sevilla, a la vuelta de su viaje por Alemania e Italia, tras ser interrumpido desde “las localidades altas” por algunas personas que protestaban contra sus críticas al régimen soviético, Chaves les pediría a éstos: “Hay que tener fe en las virtudes de un régimen democrático que haga posible el de la justicia social dentro de las dificultades económicas del mundo”, de acuerdo con la crónica publicada al día siguiente del evento por *El Liberal* de Sevilla (Gori, 1933), según la cual el periodista había añadido: “Lo único que podéis pedir –termina, dirigiéndose a determinados concurrentes– es un régimen en que podáis tener siempre lo que necesitéis, y cuando no todo, por lo menos el derecho de gritar como lo habéis hecho”. Es decir, un régimen “donde todos los ciudadanos tienen sueltos los brazos y la lengua”, como escribía en esta crónica.

Esto nos recuerda, además, lo que escribía en *La vuelta a Europa en avión* acerca del poder “omnímodo” de la policía secreta en la Rusia soviética:

Pero los que estamos espiritualmente más cerca de los delincuentes que de la Policía, sentimos cierta angustia al advertir que hay unos individuos privilegiados que tienen en sus manos todos nuestros derechos y nuestras libertades. El hombre netamente liberal no abdica esto ante ninguna garantía de orden, por fuerte que sea (Chaves Nogales, 1929: 152-153).

De este modo, y como ya hemos visto en otras ocasiones, frente a las dictaduras, que “rebajan la dignidad del hombre”, en la conferencia de Sevilla defendía “la República democrática, tolerante y comprensiva” (Gori, 1933). Y, todavía, tras la experiencia del doble exilio y después de ver caer las democracias española y francesa, en *La agonía de Francia* escribiría:

La verdad es que si alguna esperanza tenemos de bienestar futuro no podemos deberla a ninguna doctrina salvadora, a ninguna concepción redentora de la Humanidad. Porque no las hay. Todo lo que se vislumbra en el porvenir es el redescubrimiento del liberalismo [...]. No se ha descubierto nada que sea superior a una asamblea deliberante, a un parlamento. Entre las dos guerras no hemos hecho más que un penoso camino de ida y vuelta a lo largo de un siniestro callejón sin salida. El totalitarismo, la autarquía, la deificación del Estado, la vuelta al medievalismo, el corporativismo gremialista y el caudillaje no llevaban a ninguna parte. [...] No será empresa fácil volver a descubrir el Mediterráneo (2013: 1535-1536).

En este final del reportaje donde Chaves había contado lo que había visto durante su viaje por Alemania queda claro que la motivación de dicho viaje y del propio reportaje no era otra que advertir a los españoles contra los cantos de sirena que elogiaban el sistema totalitario que estaba surgiendo en Alemania y contra el menosprecio de la democracia que esos mismos españoles habían estrenado aún hacía poco tiempo y contra la que algunos comenzaban a levantarse ya en 1933. Esa apología

de la democracia sería una constante en su obra. Fue un defensor incansable de la libertad, incluso en su lecho de muerte, en el exilio de Londres, donde, según su amigo Antonio Soto, afirmaría: “Si los españoles abusan alguna vez de la libertad, démosles más libertad aún. Los males de la libertad sólo con libertad se curan”⁶⁸¹.

⁶⁸¹ Cit. en Suverbiola y Torrente (2013: 38).

5. CONCLUSIONES

Tras haber presentado la biografía intelectual de Manuel Chaves Nogales hasta 1933 y haber expuesto los resultados de nuestra investigación sobre la motivación y las circunstancias que rodearon el viaje del periodista a Alemania entre abril y mayo de dicho año que dio lugar al conjunto de crónicas que componen el reportaje “Cómo se vive en los países de régimen fascista”, así como el análisis del discurso y del contenido y el contexto histórico de las mismas; a continuación, presentaremos en tres bloques las conclusiones de esta tesis doctoral:

5.1. Conclusiones relativas a la definición, el contexto y la motivación de las crónicas

a) Podemos clasificar los once textos que constituyen el objeto de análisis de esta tesis como crónicas periodísticas, que, a su vez, conforman, junto a la crónica gráfica publicada el 20 de mayo de 1933 y la entrevista a Joseph Goebbels publicada el 21 de mayo, el reportaje interpretativo “Cómo se vive en los países de régimen fascista”.

Estas crónicas encajan bien en lo que Núñez Ladevéze denomina géneros de interpretación de situaciones. Cumplen los requisitos asimismo para ser consideradas crónicas de enviado especial: no tienen una intención editorializante, la firma de su autor era de prestigio y complementaban las crónicas periódicas del corresponsal del periódico en Berlín. Además, por su continuidad temporal y temática, pueden considerarse también entregas de un único reportaje.

b) El objetivo último de estas crónicas era desmitificar el nacionalsocialismo, especialmente, a ojos de los conservadores españoles que pudieran sentirse inclinados a imitar su modelo.

Con estas crónicas Chaves buscaba desmitificar el nacionalsocialismo a ojos de sus contemporáneos españoles afines a partidos antirrepublicanos y monárquicos –a los que hacía referencia de forma explícita e implícita en las mismas– que pudieran verse tentados de imitar un modelo que había conseguido dismantelar la República de Weimar en pocos meses, en un momento en el que la República española, de la que Chaves era firme defensor, comenzaba a sufrir serios ataques desde la izquierda y la derecha.

5.2. Conclusiones extraídas del análisis del discurso de las crónicas

a) *En cuanto al uso que hace Chaves de la lengua en estas crónicas, cabe resaltar el empleo de vulgarismos y expresiones coloquiales, que le sirven al periodista para mantener al lector en el terreno de lo profano.*

Con este recurso –en contraposición con el lenguaje grandilocuente de los nazis– el periodista busca mantener un tono ameno y cercano para el lector, a la vez que sitúa el texto en el ámbito de lo cotidiano, poco propicio para las mistificaciones, además de satirizar a la persona o idea a la que el vulgarismo hace referencia, como en el caso de un acto del nazi Alfred Rosenberg durante su viaje a Inglaterra que Chaves asocia a la expresión “adorar el santo por la peana” (ver apdo. 4.2.3).

b) *También cabe resaltar el uso de germanismos para transmitir al lector el tono de la atmósfera local y familiarizarlo con la terminología nazi, y el del adjetivo calificativo, con frecuencia expresionista y cargado de connotaciones.*

Tanto este último como el epíteto los emplea a menudo Chaves con ironía o con un fin satírico, como cuando utiliza el término “ario puro” (ver apdo. 4.1.3). Asimismo, cabe comentar el uso del verbo *creer* en primera persona del singular hasta en cinco ocasiones para introducir sendas opiniones de forma explícita, y el empleo de la primera persona del plural para referirse a los asuntos políticos españoles, asumiendo así una responsabilidad compartida sobre el devenir político del país.

c) *En cuanto a las figuras de repetición, ocasionalmente se da la anáfora, que a menudo aparece en gradatio, como elemento multiplicador del efecto que en cada ocasión busca el periodista, a modo de caja de resonancia.*

Demuestra así Chaves su sentido del ritmo, aunque no sirva a un fin poético, sino a la eficacia argumentativa. Además, a veces combina este recurso con el polisíndeton, que también aparece de forma independiente en otras ocasiones, aunque persiguiendo el mismo fin que la anáfora.

d) *En alguna ocasión se sirve asimismo el periodista de la polisemia y los juegos de palabras como vehículos de su ironía, así como de alguna figura de omisión, como la elipsis, usada también al servicio de la ironía del periodista, que con frecuencia sugiere más de lo que afirma.*

Este sería el caso del ladillo “Pudor ante el objetivo”, donde Chaves hace referencia al objetivo oculto del campo de trabajo de Biesenthal, y a la vez se refiere al objetivo de su cámara fotográfica, con la que los dirigentes del campo no le permiten captar esa realidad velada (ver apdo. 4.5.1), o de “es posible que nunca se haga llamar emperador, pero dependerá exclusivamente de su voluntad imperial” (ver apdo. 4.11.1).

e) *En cuanto a las figuras de pensamiento, destaca el uso de la ironía, uno de los instrumentos más eficaces de Chaves para desmitificar tanto a los nazis como su doctrina.*

A menudo la ironía propicia un juego de espejos merced al cual Chaves usa el lenguaje de los nazis con la intención de parodiarlo, como cuando se refiere a un “ario purísimo, dotado de todas las nobles virtudes de la raza nórdica” (ver apdo. 4.9.4). Asimismo, también utiliza la ironía como medio para articular la hipérbole, siempre con un fin satírico, como en esta afirmación acerca de la frontera entre Francia y Alemania: “[...] hubo un momento en el que llegué a temer formalmente que en los arrabales de Metz el mundo terminase súbitamente en una tajante cortadura” (ver apdo. 4.1.1).

f) *Por otro lado, es frecuente por parte del periodista el uso de la antítesis para reforzar su argumentación y subrayar a menudo el efecto satírico de su ironía. Asimismo, se sirve con frecuencia de la comparación de la realidad española con la alemana para definir ésta con mayor nitidez y desmitificarla mediante la contraposición con lo que es cercano y conocido para el lector.*

Así, al señalar las similitudes entre la realidad Alemana y la realidad cotidiana y próxima del lector, Chaves neutraliza el potencial efecto mistificador que suele operar sobre lo lejano y desconocido, como cuando compara al ministro del Interior nazi, Wilhelm Frick, con Santiago Casares Quiroga (ver apdo. 4.6.2). En cuanto a la antítesis, por ejemplo, el periodista contrapone en una ocasión la supuesta superioridad racial de los tenderos arios con su incompetencia comercial (ver apdo. 4.1.3).

g) *En varias ocasiones se vale también de la falsa paradoja para llamar la atención del lector y, a la vez, poner de relieve alguna contradicción del nacionalsocialismo. Otra estrategia de Chaves para captar la atención del lector son las afirmaciones sensacionalistas.*

Así, presenta una situación aparentemente paradójica para captar la atención del lector, y, acto seguido, desvela el truco de perspectiva y muestra la incoherencia del nacionalsocialismo, como en el caso del machismo nazi y del apoyo de las mujeres alemanas a Hitler (ver apdo. 4.7.1). En cuanto a las afirmaciones sensacionalistas, a veces, el periodista hace uso de ellas al principio de una crónica o de un apartado, como en el caso del titular: “Antes de tres años otra vez la guerra” (ver apdo. 4.2).

h) *Es bastante común, por otra parte, el uso de anécdotas y ejemplos como recursos argumentativos, que, tras un razonamiento inductivo, llevan al lector a una conclusión más general. Otros recursos argumentativos reseñables que usa Chaves son la reductio ad absurdum y el procedimiento aristotélico del reconocimiento (ἀναγνωρίσεις).*

Así, por ejemplo, presenta esta serie de hechos anecdóticos para sustentar su tesis acerca del fuerte nacionalismo que se respiraba en Metz: “En Metz no había nadie que supiera por dónde se va a Alemania; en las librerías no se venden mapas alemanes ni en los cruces de las carreteras hay postes indicadores” (ver apdo. 4.1.1). En cuanto al

recurso literario del *reconocimiento*, Chaves lo usa con un fin argumentativo en el relato de su visita al campo de Biesenthal para generar expectación en el lector, presentándole la realidad aparente para acabar revelando lo que realmente ocurría en el campo (ver apdo. 4.5.1).

i) Otro recurso común es el de la gradación, a menudo en forma de clímax, de adjetivos, sintagmas u oraciones de significado afín, como ocurre con las no poco habituales sucesiones de preguntas retóricas, figura también muy utilizada por el periodista, a menudo para cerrar una argumentación sugiriendo la inevitabilidad de la conclusión alcanzada, o como parte de un diálogo en ausencia de su interlocutor.

Chaves, mediante la aposición de varios elementos que funcionan como vasos comunicantes de significado juega con esa capacidad de transferencia para reforzar el significado del conjunto, como en la anáfora: “[...] por debilidad de carácter, por pusilanimidad, por falta de hombría” (ver apdo. 4.11.1). En cuanto a las preguntas retóricas, un ejemplo del primer caso es: “¿Puede dudar alguien de que todo [...] hombre que tiene una tiendecita en Alemania y no es judío adora a Hitler?” (ver apdo. 4.1.4), mientras que el segundo lo ilustra bien esta secuencia dialógica: “¿Pero y el otro? ¡Ah, el otro! El otro responde a un problema nuevo [...]” (ver apdo. 4.1.3).

j) En relación con esto, el periodista utiliza también la figura del lector implícito representado, al que se dirige directamente en varias ocasiones, situándose así en un plano de igualdad para ganarse su confianza y atención.

Así ocurre en: “Para usted, lector germanófilo [...]” (ver apdo. 4.2.1), o en: “Pensad por un momento que [...]” (ver apdo. 4.10.1).

k) Otro recurso representativo en estas crónicas es la sermocinatio, la introducción de conversaciones con personajes ficticios, en este caso, arquetipos nazis; recurso del que se vale el periodista para exponer con sus propias palabras la ideología nazi.

A este ejercicio de ventriloquía le dedica Chaves prácticamente la mitad de su crónica del 16 de mayo, en la que hace explicar la doctrina nazi sobre la política internacional de Alemania a un nazi arquetípico. La *sermocinatio* se convierte también a veces en un medio para la introducción de una escena teatral en el discurso de Chaves que sirve para humanizar su argumentación y hacerla más comprensible para el lector.

l) También es muy frecuente el uso de la paráfrasis cuando Chaves introduce citas reales, sean anónimas o tengan un emisor bien definido.

Al citar, el periodista siempre utiliza sus propias palabras, incluso en citas literales, como engranajes pulidos para su mejor encaje en el entramado argumentativo, dándole más importancia a la eficacia de éste que al interés del testimonio en sí.

m) También cabe destacar la capacidad de Chaves para sintetizar los rasgos decisivos del carácter de una persona o la tragedia de una vida en unas pocas líneas o, incluso, en unas palabras.

Esa habilidad literaria queda de relieve, por ejemplo, cuando Chaves define a Mussolini como “un periodista amanerado” que “ha puesto en pie un país” (ver apdo. 4.11.6), o cuando define la tragedia “del hombre laborioso y capacitado que consagra su juventud a adquirir una técnica difícil y que luego se ve envejecer [...] sin que haya podido probar si servía o no” (ver apdo. 4.4.1).

n) En cuanto a los tropos, cabe destacar el uso de la metáfora y del símil, instrumentos argumentativos de gran importancia para Chaves, pues le permiten añadir matices de significado al objeto sobre el que operan, que el lector percibe a través de la lente deformante y desmitificadora del periodista, que también se sirve para este fin de la metonimia y la sinécdoque.

Así, a menudo la metáfora y el símil sirven de vehículo para otras figuras como la ironía o la hipérbole, como cuando Chaves se refiere al nazi que acompaña al *Schupo* como “su sombra parda” (ver apdo. 4.1.3), o cuando compara a los nazis con “un ejército invasor de la Edad Media” (ver apdo. 4.10). En cuanto a la metonimia y la sinécdoque, por ejemplo, en cierta ocasión Chaves se refiere al hogar que Hitler le ofrecería a la mujer alemana como “el fogón”, sugiriendo así el papel que el nacionalsocialismo le reservaba (ver apdo. 4.7.1).

ñ) Por último, cabe destacar la enorme plasticidad de los símbolos e imágenes que, con bastante frecuencia, utiliza Chaves en estas crónicas, cargadas asimismo de matices significativos con fuerte carga desmitificadora, una vez más.

En este sentido, destaca el uso del símbolo de la “gabardina” para resaltar la mediocridad de Hitler (ver apdo. 4.11.6), mientras que ejemplos ilustrativos de la plasticidad de las imágenes de Chaves son: “[...] en adelante, todos los niños que nazcan en Alemania traerán la cruz gamada en el ombligo” (ver apdo. 4.6.1), o la imagen de la “garra imperial” nazi que se extiende por el centro de Berlín (ver apdo. 4.8.1).

5.3. Conclusiones relativas al análisis del contenido y del contexto histórico de las crónicas

a) En cuanto a la elección de los temas que trataría en estas crónicas, Chaves abarca amplios y variados ámbitos de la realidad alemana, dejándole al lector una imagen bastante aproximada de lo que estaba ocurriendo en Alemania la primavera de 1933.

El periodista aborda multitud de subtemas, que podrían agruparse en cuatro temas fundamentales: la preparación de Alemania para una nueva guerra, el amplio apoyo con el que contaba Hitler entre los alemanes, la represión que los nazis estaban llevando a cabo contra los judíos y contra sus adversarios políticos, y la habilidad demagógica de los nazis frente a su mediocridad personal.

b) Como buen enviado especial, Chaves se documentó minuciosamente antes y durante su viaje a Alemania para escribir su reportaje, como prueba la abundante información detallada que ofrece a lo largo del mismo.

De otro modo, le hubiera sido imposible resumir la doctrina nazi en su crónica del 16 de mayo (ver apdo. 4.2.2), u ofrecer datos concretos sobre los niveles de paro entre varios grupos sociales de la ciudad de Berlín en su crónica del 25 de mayo (ver apdo. 4.8.2). Las fuentes del periodista van desde lo que él mismo ve durante el viaje, la literatura nazi o los alemanes de a pie con los que habla, como los hombres del *Gasthof* de Kaiserslautern (ver apdo. 4.1.5), hasta fuentes gubernamentales, como el Ministerio de Trabajo alemán (ver apdo. 4.4.2) o el propio ministro de la Propaganda nazi, Joseph Goebbels, pasando por el probable asesoramiento de Eugenio Xammar.

c) En parte fruto de lo anterior, el periodista demuestra una clarividencia sorprendente al interpretar con acierto varios acontecimientos políticos en el mismo momento en que estaban teniendo lugar, previendo algunas de las futuras derivas del nuevo régimen.

Así, detectó el apoyo mayoritario que tenía Hitler entre la clase media y buena parte de los trabajadores, el adiestramiento militar que se llevaba a cabo en los campos de trabajo, la intención nazi de preparar a Alemania para una nueva guerra, que no tardaría en llegar –según anunciaba en su crónica del 16 de mayo–, la manipulación que el nacionalsocialismo iba a ejercer sobre los niños alemanes, el acorralamiento de los judíos o la acumulación del poder en manos de Hitler.

d) Por otra parte, cabe destacar la ecuanimidad de Chaves, presente a lo largo de todo el reportaje, fruto de la distancia crítica que mantenía con la realidad que interpretaba.

Así, por ejemplo, a pesar de situarse en sus antípodas políticas, reconocía la habilidad con la que Hitler había llegado al poder y su capacidad para emplear “a los hombres para lo que verdaderamente valen” (ver apdo. 4.11), o el acierto de los nazis al hacer patrullar a las SA junto a la policía (ver apdo. 4.1.3), o calificaba de “tenaz e inteligente” la propaganda nazi (ver apdo. 4.10.1).

e) Sin embargo, Chaves, a pesar de sus frecuentes muestras de lucidez y ecuanimidad, comete también alguna iniquidad en estas crónicas y varios errores de juicio debidos a la comprensible falta de perspectiva y, a veces, también a la imprudencia y la pérdida de su característica distancia crítica respecto a la realidad descrita.

Así, precisamente la adhesión inquebrantable del periodista a la República española y al gobierno de Manuel Azaña, hace que, imbuido en cierta medida del

racismo y el antisemitismo comunes de la época, cometa la iniquidad de caricaturizar a los judíos alemanes que, desesperados, querían refugiarse en España, sólo para justificar la política de la República a ese respecto (ver apdo. 4.9.5). Por otra parte, no acierta a comprender el carácter incipientemente totalitario del nuevo régimen alemán y se aventura a asegurar que no se estaba torturando a los presos políticos, sin comprender que muchos campos de concentración, que eran mucho más que simples centros disciplinarios, como los presentaba el periodista, estaban regidos por las SS y la tortura era una rutina en ellos, y el asesinato, algo habitual (ver apdo. 4.10.1).

f) *A pesar de ello, Chaves, como en el resto de su obra, demuestra una solvente comprensión de la condición humana y de los mecanismos del poder, y describe superficialmente importantes fenómenos que no serían estudiados en profundidad hasta años más tarde, como la banalidad del mal, teorizada por Hannah Arendt.*

Así, por ejemplo, el periodista señala que, a pesar de toda la propaganda nazi y del éxito de Hitler, “no hay que despistarse”: éste no era otra cosa que “un pintor que no sabía pintar” (ver apdo. 4.11.6), poniendo así de relieve la distancia entre la mediocridad de la persona y la relevancia del criminal político.

g) *Otros fenómenos importantes que también describe en mayor o menor medida el periodista avant la lettre son el de hegemonía cultural, de Gramsci, el de marco mental, de Lakoff, y el de lengua del Tercer Reich, de Klemperer.*

Chaves señala la diferencia entre el jefe y el líder, y destaca la capacidad de Hitler para construir una *Weltanschauung* (cosmovisión), concepto que no dista mucho del denominado por George Lakoff como *marco mental* o de lo que en la política actual se denomina *relato*. Asimismo, cuando el periodista habla acerca de la educación que recibirá el niño nazi y de la visión del mundo que desarrollará, describe un fenómeno afín al de *hegemonía cultural*, que en ese momento Antonio Gramsci teorizaba en prisión. Y, cuando se refiere a la connotación peyorativa que la palabra *pacifista* había adquirido en la Alemania nazi no hace en realidad sino hacer referencia a lo que Victor Klemperer llamaría más adelante *lingua Tertii Imperii* (lengua del Tercer Reich).

h) *Al igual que en el resto de su obra, el concepto de la medida de lo humano se encuentra presente en este reportaje de forma transversal y es la base de su escepticismo frente a las mistificaciones y los proyectos políticos desmesurados, así como de su defensa de la libertad y la tolerancia, y de su sensibilidad social.*

Chaves asocia lo inhumano a lo excesivo, lo desmesurado. Esa *medida de lo humano* se corresponde con el concepto de *límite* propio de la antigüedad clásica, que está presente en su forma modesta y limitada de entender el ejercicio del periodismo, y explica su inclinación hacia posiciones políticas moderadas. Asimismo, esa *medida de lo humano* constituye la base de la mirada desmitificadora que hace al periodista entregar a Hitler o a Mussolini al ridículo, presentándolos respectivamente como un simple artista sin talento y un periodista fracasado (ver apdo. 4.11.6).

i) En coherencia con lo anterior, Chaves hace una persuasiva defensa de la democracia frente a las dictaduras, y, en particular, del incipiente sistema democrático español.

En ese sentido, estas crónicas suponen dentro de su obra uno de los más contundentes y lúcidos alegatos en defensa de la libertad y la dignidad humanas, entroncando con la exigua pero notable tradición liberal española. Chaves Nogales era sólo un periodista en una Europa en la que proliferaban los totalitarismos y en la que la democracia estaba en franco retroceso. No obstante, contribuyó, en la medida de sus posibilidades, a fortalecer la tradición liberal europea y a fomentar, desde su posición de reportero y subdirector de *Ahora*, el pensamiento crítico en el ámbito hispano.

j) Estas crónicas son aún hoy un testimonio muy valioso de cómo el pueblo alemán entró con entusiasmo en la senda de la crueldad y del oprobio, y, por tanto, contienen una inestimable enseñanza y una importante advertencia para el presente.

El periodista viajó a Alemania en el momento idóneo para comprender las razones del derrumbe de la democracia de Weimar y describir los primeros estadios de la construcción de un régimen totalitario. Su testimonio es revelador, al mostrarnos con qué normalidad aceptaron los alemanes ese tránsito del Estado de Derecho al Estado totalitario, de lo humano a lo brutal, y cómo se percibió desde el extranjero. Sin embargo, el mayor valor de estas crónicas radica en que sirven aún hoy como modelo, en muchos aspectos ejemplar, para la aproximación crítica a acontecimientos políticos de la gravedad de los que describe y analiza Chaves Nogales en ellas, y muestran una de las posiciones más acertadas frente a dichos acontecimientos, que no es otra que la que adoptó el propio periodista.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía primaria

CHAVES NOGALES, Manuel (1921): *La ciudad: ensayos*. Córdoba: Almuzara, 2011.

- (1926): “El hombrecito de la limalla de oro”. *El Liberal*, 8 de julio, p. 3.
- (1928): “El marido de la fea”. *Estampa*, 17 de julio, pp. 19-20.
- (1929): *La vuelta a Europa en avión: un pequeño burgués en la Rusia roja*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2014.
- (1931): *Lo que ha quedado del imperio de los zares*. Sevilla: Renacimiento, 2011.
- (1933a): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: Alemania bajo el poder de Hitler”. *Ahora*. Madrid, 14 de mayo, pp. 24-25.
- (1933b): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: Antes de tres años otra vez la guerra”. *Ahora*. Madrid, 16 de mayo, pp. 18-19.
- (1933c): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: Cómo están organizadas las fuerzas de asalto y protección del nacionalsocialismo”. *Ahora*. Madrid, 17 de mayo, pp. 14-15.
- (1933d): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: Una visita a un campamento de trabajadores voluntarios. Los hombres que trabajan por dos reales”. *Ahora*. Madrid, 18 de mayo, pp. 18-19.
- (1933e): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: Una visita a un campamento de trabajadores voluntarios”. *Ahora*. Madrid, 19 de mayo, pp. 18-19.
- (1933f): “¿Habrá fascismo en España?”. *Ahora*. Madrid, 21 de mayo, p. 25.
- (1933g): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: La conquista de la juventud”. *Ahora*. Madrid, 23 de mayo, pp. 18-19.
- (1933h): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: ¿Por qué son «nazis» las mujeres?”. *Ahora*. Madrid, 24 de mayo, pp. 24-25.
- (1933i): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: La vida cotidiana; usos y costumbres”. *Ahora*. Madrid, 25 de mayo, pp. 18-19.

- (1933j): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: La extirpación metódica de los judíos”. *Ahora*. Madrid, 26 de mayo, pp. 14-15.
- (1933k): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: La lucha política y la represión policíaca”. *Ahora*. Madrid, 27 de mayo, pp. 18-19.
- (1933l): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: Adolfo I. Emperador”. *Ahora*. Madrid, 28 de mayo, pp. 24-25.
- (1934): *El maestro Juan Martínez que estaba allí*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2013.
- (1935): *Juan Belmonte, matador de toros: su vida y sus hazañas*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2014.
- (1937): *A sangre y fuego: héroes, bestias y mártires de España*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2013.
- (2001): *Obra periodística, vol. II*. Diputación de Sevilla.
- (2013): *Obra periodística*, 3 vols. Diputación de Sevilla.
- (2015): *La bolchevique enamorada y otros relatos*. Sevilla: Espuela de Plata.

Bibliografía secundaria

- AGUILAR, Miguel Ángel (2015): [En línea]. Conferencia dictada en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. 2/12/2015, Madrid. En <<https://cutt.ly/ffylD0P>> [Cons. 29/06/2017].
- ANDRADA, Ángel (1926): “José Nogales: datos para una biografía”. *El Liberal*, Madrid, 31 de enero, p. 2.
- AVILÉS LÓPEZ, Carlos Javier (2017): “Manuel Chaves Nogales en defensa de Valle-Inclán: un discrepante para la República. Contexto y análisis del artículo «Don Ramón, “enchufista”»”, *EPOS*, XXXIII, 2017, pp. 77-98. En <<https://cutt.ly/EfyITPV>> [Cons. 29/8/2018].
- BAROJA, Pío (1944): *Desde la última vuelta del camino*, vol. II. Barcelona: Tusquets, 2006.
- BENLLIURE Y TUERO, Mariano (1929): “Sobre periodismo: El reportaje, los artículos y las crónicas”. *El Liberal*. Madrid, 20 de septiembre, p. 1.
- (1929): “De periodismo: Más... aunque nunca todo... sobre el señor Nogales”. *La Libertad*. Madrid, 24 de septiembre, p. 1.

- BRAJOS GARRIDO, Alfonso (1995): “Presentación”, en Manuel Chaves Rey, *Historia y bibliografía de la prensa sevillana*. Sevilla: Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, pp. vii-xiv.
- CANSINOS ASSENS, Rafael (1982): *La novela de un literato (hombres, ideas, escenas, efemérides, anécdotas...)*, 3 vols. Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- CARABIAS, Josefina (1980): *Azaña: los que lo llamábamos don Manuel*. Barcelona: Plaza & Janés.
- (1999): *Como yo los he visto: encuentros con Valle-Inclán, Unamuno, Baroja, Marañón, Pastora Imperio, Ramiro de Maeztu y Belmonte*. Madrid: El País.
- CASARES, Francisco (1938): *Azaña y ellos: cincuenta semblanzas rojas*. Granada: Editorial y Librería Prieto.
- CINTAS, María Isabel (1997): “El reportaje de los años veinte y treinta: Luis de Oteyza y Manuel Chaves Nogales”, en E. Orive Castro (ed.): *Literatura: Creación y enseñanza*. Madrid: Ediciones del Orto, pp. 148-159.
- (2001): *Un liberal ante la revolución: cuatro reportajes de Manuel Chaves Nogales*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- (2002): “Colaboraciones de Pío Baroja en la prensa republicana: El diario *Ahora*, 1933”, en *Actas del V Simposio de Literatura culta y popular en Andalucía*. Sevilla: Asociación Andaluza de Profesores de Español, pp. 183-190.
- (2011a): *Chaves Nogales: el oficio de contar*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.
- (2011b): “Introducción: un reportaje sobre los exiliados de la Rusia imperial”, en M. Chaves Nogales: *Lo que ha quedado del imperio de los zares*. Sevilla: Renacimiento.
- (2013): “Los cuentos de Chaves Nogales”. *Quimera: revista de literatura*, nº 360, Barcelona, 2013, pp. 18-20.
- (2017): “El Limbo de los Pintores”. *Diario de Sevilla*. Sevilla, 8 de agosto. En <<https://cutt.ly/9fyIJMv>> [Cons. 3/1/2018].
- FARIÑAS TORNERO, REMEDIOS (2017): *Manuel Chaves Nogales, antecesor del periodismo narrativo. De la crónica al reportaje. Un estudio de caso: La defensa de Madrid* (tesis doctoral). Facultad de Comunicación. Universidad de Sevilla.
- GONZÁLEZ-RUANO, César (1979): *Memorias: mi medio siglo se confiesa a medias*. Madrid: Tebas.
- GORI (1933): “Cómo se acaba con una República. Del comunismo ruso al fascismo alemán: Conferencia del señor Chaves Nogales dada ayer tarde en el salón de actos de la Sociedad Económica”. *El Liberal*. Sevilla, 24 de junio, p. 4.
- JULIÁ, Santos (2011): “Prólogo”, en M. Chaves Nogales: *Crónicas de la Guerra Civil*. Sevilla: Espuela de Plata, pp. 7-16.

- MARTÍNEZ, Ignacio (2010): "Las dos Españas le helaron el corazón", en *Periodistas de Sevilla. Retratos de autores de dos siglos*. Asociación de la Prensa de Sevilla, pp. 148-167.
- MATEOS FERNÁNDEZ, Juan Carlos (2002): *Bajo el control obrero: la prensa diaria en Madrid durante la guerra civil, 1936-1939* (tesis doctoral). Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio (2011). "Manuel Chaves Nogales y la experiencia del derrumbe", en M. Chaves Nogales: *La defensa de Madrid*. Sevilla: Espuela de Plata, pp. 7-11.
- OCHOA, Álvaro (2017): "Chaves Nogales ha vuelto a Sevilla". *Diario de Sevilla*. Sevilla, 30 de octubre. En <<https://cutt.ly/UfyIM1Q>> [Cons. 18/4/2018]
- ORTEGA Y GASSET, José (1969): *Obras completas, vol. 11*. Madrid: Revista de Occidente.
- PÉREZ ÁLVAREZ, Álvaro (2013a): "Manuel Chaves Nogales y el nuevo periodismo". *Ámbitos. Revista Internacional de Comunicación, n° 23, 2013, segundo semestre*. En <<http://institucional.us.es/ambitos/?p=640>> [Cons. 10/04/2018]
- (2013b): "Manuel Chaves Nogales, periodista". *Anagramas*, vol. 11, n° 22, enero-junio 2013. Medellín, pp. 131-144.
- (2014): *Biografía, retrato y periodismo en España en los años 30: el caso Juan Belmonte, matador de toros, de Manuel Chaves Nogales* (tesis doctoral). Facultad de Comunicación. Universidad de Navarra.
- PÉREZ ÁLVAREZ, Álvaro y GÓMEZ BACEIREDO, Beatriz (2015): "Rasgos del retrato en tres narraciones periodísticas de Manuel Chaves Nogales", en J. M. Rodríguez Rodríguez (ed.): *Actas del XIII Congreso Internacional de la Sociedad Española de Periodística. Repensar los valores clásicos del periodismo. El desafío de una profesión enred@da*. Zaragoza: Universidad San Jorge/ Sociedad Española de Periodística, pp. 254-270.
- PÉREZ ÁLVAREZ, Álvaro y MARTÍNEZ ILLÁN, Antonio (2016): "El arte del retrato en los textos periodísticos de Manuel Chaves Nogales". *zer: Revista de Estudios de Comunicación*. Bilbao, vol. 21, n° 40, pp. 219-236.
- PERICAY, Xavier (2003): "Introducción" en X. Pericay (ed.): *Cuatro historias de la República*. Barcelona: Ediciones Destino, pp. 10-62.
- PLA, Xavier (2019a): Nota al pie, en E. Xammar: *Cartes d'un polemista (1907-1973)*. Barcelona: Quaderns Crema, pp. 148-149.
- (2019b): "Les tres vides d'Eugeni Xammar: periodista, diplomàtic, traductor", en E. Xammar: *Cartes d'un polemista (1907-1973)*. Barcelona: Quaderns Crema, pp. 7-63.
- RAMÍREZ, Daniel (2020): "Pilar, hija de Chaves Nogales, cumple 100 años: «Mi padre estaría hoy muy inquieto por los extremos»". *El Español*. Madrid, 27 de julio. En <<https://cutt.ly/rfyOly2>> [cons. 27/7/2020].

- RODRÍGUEZ CASTILLO, Ángel Manuel (1985): “José Nogales: apuntes sobre su vida y su obra” en Nogales, José: *Mariquita León*. Sevilla: Editoriales Andaluzas Unidas, pp. 7-29.
- SAMPELAYO, Carlos (1975): *Los que no volvieron*. Barcelona: Los Libros de la Frontera.
- SIN FIRMA (1927a): “La transformación de «Heraldo de Madrid»”. *El Liberal*. Madrid, 29 de marzo, p. 3.
- (1927b): “El banquete a Chaves Nogales”. *Heraldo de Madrid*. Madrid, 3 de noviembre, p. 1.
 - (1928a): “Política y literatura: una encuesta a la juventud española”. *Gaceta Literaria*. Madrid, 15 de marzo, p. 2.
 - (1928b): “Chaves Nogales, el periodista: Lo que nos dice nuestro compañero”. *Estampa*. Nº 20. Madrid, 15 de mayo, p. 7.
 - (1930a): “AHORA: cómo se hace un diario moderno”. *Estampa*. Madrid, 15 de noviembre, pp. 28-35.
 - (1930b): Sin título. *Ahora*. Madrid, 16 de diciembre, p. 4.
 - (1931a): Sin título. *Ahora*. Madrid, 15 de abril, p. 3.
 - (1932c): “Una fiesta íntima de la redacción de «AHORA»”. *Ahora*. Madrid, 27 de diciembre, pp. 7-8.
 - (1933c): “Almuerzo en la Casa de AHORA”. *Ahora*. Madrid, 12 de febrero, p. 34.
 - (1933j): “Ha muerto José Ramón Pérez Bances”. *Ahora*. Madrid, 28 de marzo, p. 5.
 - (1933m): “Un gran reportaje de *Ahora*: Cómo se vive en los países de régimen fascista”. *Ahora*. Madrid, 7 de mayo, p. 2.
 - (1933n): “Un gran reportaje de *Ahora*: Cómo se vive en los países de régimen fascista”. *Ahora*. Madrid, 10 de mayo, p. 15.
 - (1933ñ): “Un gran reportaje de *Ahora*: Cómo se vive en los países de régimen fascista”. *Ahora*. Madrid, 11 de mayo, p. 13.
 - (1933r): “Un banquete al director del *Heraldo*, don Manuel Fontdevila”. *Ahora*. Madrid, 22 de octubre, p. 4.
 - (1934): “El cuarto aniversario de la fundación de *Ahora*”. *Ahora*. Madrid, 25 de diciembre, p. 13.
 - (1935): “Un banquete a Juan Belmonte y Chaves Nogales”. *Ahora*. 24 de diciembre, p. 11.
 - (2019a): “Álvarez de Toledo: «Vox no es un partido de derechas. Se parece más a la izquierda»”. *El Plural*. Madrid, 26 de abril. En <<https://cutt.ly/bfyOYv0>> [cons. 16/8/2020].

- SUBERVIOLA, Daniel y TORRENTE, Luis Felipe (2013a) [DVD]: *Manuel Chaves Nogales: el hombre que estaba allí*. Guion y dir. D. Suberviola y L. F. Torrente. Prod. Asma Films y La Claqueta, 29'. Berlín: Libros.com.
- SUBERVIOLA, Daniel y TORRENTE, Luis Felipe (eds.) (2013b): *Manuel Chaves Nogales: el hombre que estaba allí*. Berlín: Libros.com.
- VALLE-INCLÁN, Joaquín del (ed.) (2008): *Valle-Inclán inédito*. Madrid: Espasa.
- XAMMAR, Eugeni (1991): *Seixenta anys d'anar pel món: converses amb Josep Badia i Moret*. Barcelona: Quaderns Crema, 2007.
- (2019): *Cartes d'un polemista (1907-1973)*. Barcelona: Quaderns Crema.

Bibliografía general

- ABELLÁN, Joaquín (1997): *Nación y nacionalismo en Alemania: la «cuestión alemana» (1815-1990)*. Madrid: Tecnos.
- ALARCOS LLORACH, Emilio (1966): *La poesía de Blas de Otero*. Salamanca: Anaya.
- ALDECOA, Luis G. de (1931): “¿Quién ha robado las joyas de palacio?”. *Heraldo de Madrid*, Madrid, 20 de abril de 1931, p. 16.
- ALLEN, William Sheridan (1984): *La toma del poder por los nazis: La experiencia de una pequeña ciudad alemana, 1922-1945*. Barcelona: Ediciones B, 2009.
- ALVAR, Manuel (1933a): “Comienza oficialmente la Era fascista en Alemania”. *Heraldo de Madrid*, Madrid, 1 de febrero, p. 11.
- (1933b): “Con la venia de Goering nos atrevemos a opinar”. *Heraldo de Madrid*, Madrid, 4 de marzo, p. 16.
- (1933c): “Los católicos y el señor Wagner”. *Heraldo de Madrid*, Madrid, 22 de marzo, p. 16.
- (1933d): “Goering asegura que serán respetados los judíos y los extranjeros”. *Heraldo de Madrid*, Madrid, 29 de marzo, p. 16.
- (1933e): “La nueva orientación nacionalista de la cinematografía alemana”. *Heraldo de Madrid*, Madrid, 5 de abril, p. 13.
- (1933f): “Los Sindicatos se retiran de la Internacional y se someten a Hitler, mientras Hugenbert se enfada”. *Heraldo de Madrid*, Madrid, 4 de mayo, p. 6.
- (1933g): “Hitler, dueño absoluto de Alemania”. *Heraldo de Madrid*, Madrid, 11 de mayo, p. 14.

- ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo (2002): *El Antisemitismo en España: la imagen del judíos (1812-2002)*. Madrid: Marcial Pons.
- ANDRÉS ESTELLÉS, Vicent (1993): *Llibre de meravelles*. Valencia: Tres i Quatre.
- ARENDT, Hannah (1948): *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza, 2006.
- (1963): *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Debolsillo, 2014.
 - (1964): “Eichmann era escandalosamente necio: entrevista con Joachim Fest, *Das Thema*, SWR TV, Alemania, 9 de noviembre de 1964”, en H. Arendt: *La última entrevista y otras conversaciones*. Barcelona: Página Indómita, 2016, pp. 51-80.
 - (1973): “La última entrevista. Con Roger Herrera. *Un certain regard*, ORTF TV, Francia. Octubre de 1973”, en H. Arendt: *La última entrevista y otras conversaciones*. Barcelona: Página Indómita, 2016, pp. 127-155.
- ARISTÓTELES (1990): *Retórica*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- (2002): *Poética*. Madrid: Akal, 2017.
- ASSÍA, Augusto (1930): “El ejemplo de Sajonia”. *La Vanguardia*. Barcelona, 9 de julio, p. 5.
- (1931a): “La prenda de Prusia”. *La Vanguardia*. Barcelona, 4 de enero, p. 7.
 - (1931b): “Cinco millones sin trabajo”. *La Vanguardia*. Barcelona, 29 de marzo, p. 5.
 - (1931c): “El ídolo roto”. *La Vanguardia*. Barcelona, 9 de abril, p. 5.
 - (1932): “La lucha por la juventud”. *La Vanguardia*. Barcelona, 24 de septiembre, p. 5.
 - (1933a): “Hitler en el poder”. *La Vanguardia*. Barcelona, 2 de febrero, p. 5.
 - (1933b): “El 5 de marzo”. *La Vanguardia*. Barcelona, 5 de marzo, p. 7.
 - (1933c): “Los «camisas pardas» convertidos en policías”. *La Vanguardia*. Barcelona, 10 de marzo, pp. 5-6.
 - (1933d): “Las elecciones no modifican al Gobierno”. *La Vanguardia*. Barcelona, 12 de marzo, pp. 7-8.
 - (1933e): “El boicot contra los judíos”. *La Vanguardia*. Barcelona, 7 de abril, p. 7.
 - (1933f): “La carrera de Hitler”. *La Vanguardia*. Barcelona, 4 de mayo, p. 5.
- ASSOCIATED PRESS (1994): “Work Starts on Adlon Hotel, Once Berlin’s Social Center”. *Los Angeles Times*. Los Ángeles, 6 de diciembre, en <<https://cutt.ly/kfyOVIA>> [cons. 3/6/2020].
- AVILÉS FARRÉ, Juan (1999): *La fe que vino de Rusia: la revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*. Madrid: UNED, Biblioteca Nueva.

- AYCARD, Mathilde y VALLAUD, Pierre (2013): *Alemania, Tercer Reich: historia y diccionario*. Barcelona: Omega, 2014.
- AZAÑA DÍAZ, Manuel (2000): *Diarios completos: Monarquía, República, Guerra Civil*. Barcelona: Crítica.
- AZORÍN (1948): *Obras completas*, tomo VI. Madrid: M. Aguilar.
- BACON, Francis (1597): “Of Unity in Religion”, en *The Works of Francis Bacon*, vol. VI. Stuttgart: Friedrich Frommann Verlag Günther Holzboog, 1963, pp. 381-384.
- BAGANZ, Carina (2012): “Die frühen Konzentrationslager in Sachsen 1933/34-37 – Entwicklung und Begrifflichkeiten”. Conferencia dictada en Neustadt, 18 de junio de 2012. En *Gedenkstätte für NS-Opfer im Neustadt*: <<https://cutt.ly/bfyO3v8>> [cons. 12/7/2020].
- BAROJA, Pío (1933a): “La desigualdad de las razas humanas”. *Ahora*, Madrid, 13 de enero, p. 5.
- (1933b): “Los judíos”. *Ahora*, Madrid, 9 de abril, p. 5.
- BECK, Hermann (2008): *The Fateful Alliance: German Conservatives and Nazis in 1933*. Oxford: Berghahn Books, 2010.
- BEIMLER, Hans (1933): *En el campo de asesinos de Dachau: cuatro semanas en poder de los bandidos pardos*. Contraescritura, 2020.
- BENZ, Wolfgang (2006): *El Tercer Reich: 101 preguntas fundamentales*. Madrid: Alianza Editorial, 2015.
- BERLIN, Isaiah (2006): *Las ideas políticas en la era romántica: surgimiento e influencia en el pensamiento moderno*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- BERNECKER, Walther L. (2000): “Luis Araquistáin y la crisis de la República de Weimar”, en J. de Salas y D. Briesemeister (eds.): *Las influencias de las culturas académicas alemana y española desde 1898 hasta 1936*. Fráncfort del Main: Vervuert, pp. 111- 128.
- BERNHARD, Georg (1933): “El destierro del espíritu”. *El Sol*. Madrid, 4 de mayo, pp. 1 y 10.
- BESSEL, Richard (1986): “Political Violence and the Nazi Seizure of Power”, en R. Bessel (ed.): *Life in the Third Reich*. Oxford University Press, 2001, pp. 1-16.
- BLANCO WHITE, José María (2001): *Ensayos sobre la intolerancia*. Sevilla: Caja San Fernando.
- BORGES, Jorge Luis (1970): *El informe Brodie*. Barcelona: Debolsillo, 2012.
- (1976) [DVD]: *Grandes personajes a fondo: Jorge Luis Borges*. Dir. y presentador Joaquín Soler Serrano. Prod. RTVE. Ed. Editrama/Gran Vía Musical/Impulso Records.

- BRACHER, Karl Dietrich (1969): *La dictadura Alemana, I: Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- BURGUETE, Ricardo (1933): “El ejército hace veinte años”. *Ahora*. Madrid, 18 de agosto, pp. 14-15.
- BURLEIGH, Michael (2000): *El Tercer Reich: una nueva historia*. Madrid: Taurus, 2002.
- BUTLER, Rohan D’Olier (1942): *Raíces ideológicas del nacional-socialismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1943.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro (1635): *La vida es sueño*. Madrid: Cátedra, 2011.
- CALVO SOTELO, José (1933): “Hitlerismo y azañismo”. *La Nación*. Madrid, 24 de marzo, p. 1.
- CAMBA, Julio (1913): “Mi nombre es Camba”. *ABC*. Madrid, 8 de octubre, p. 14.
- (1916): *Alemania: impresiones de un español*. Madrid: Espasa-Calpe, 1968.
- (1934): *Haciendo de República*. Madrid: Editorial Plus Ultra, 1968.
- CAMPOAMOR, Clara (1936): *Mi pecado mortal: el voto femenino y yo*. Sevilla: Instituto Andaluz de la Mujer, 2001.
- CAMUS, Albert (1947a): *La peste*. París: Gallimard, 2004.
- (1947b): *La peste*. Buenos Aires: Sur, 1976.
- (1953): *Crónicas (1944-1953)*. Madrid: Alianza Editorial, 2002.
- (1979): *El verano-Bodas*. Barcelona: Edhasa, 2000. [Originales publicados en 1954 y 1950 respectivamente].
- (2013): *Obras*, vol. 5. Madrid: Alianza Editorial.
- CANTAVELLA, Juan (2004): “La crónica en el periodismo: explicación de hechos actuales”, en J. Cantavella y J. F. Serrano (coords.): *Redacción para periodistas: informar e interpretar*. Barcelona: Ariel, 2014, pp. 395-418.
- CAPEL, Rosa María (1974): *La concesión del voto femenino en la Segunda República española: antecedentes y consecuencias* (memoria de licenciatura). Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Granada.
- (1975): “El sufragio femenino en la Segunda República española”. *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, nº 2. Granada: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Granada, separado.
- CARR, Raymond (1983): *España: de la Restauración a la democracia, 1875~1980*. Barcelona: Ariel, 2006.
- CARR-GOMM, Philip (2010): *A Brief History of Nakedness*. Londres: Reaktion Books.
- CASANOVA, Julián (2007): “República y guerra civil”, en *Historia de España*, J. Fontana y R. Villares (dirs.). Madrid: Crítica/Marcial Pons, vol. 8.

- (2012): “Por amor a España”. *El País*. Madrid, 10 de agosto. En <https://cutt.ly/2fyPev7> [cons. 7/8/2020].
- CASQUETE, Jesús (2017): *Nazis a pie de calle: una historia de las SA en la República de Weimar*. Madrid: Alianza Editorial.
- CAYUELA SÁNCHEZ, Salvador (2011): “Biopolítica, nazismo, franquismo: una aproximación comparativa”, en *Éndoxa*, nº 28, 2011, pp. 257-286, <https://cutt.ly/tfyPp1J> [cons. 24/05/2020].
- CECIL, Lamar (1996) [libro electrónico]: *Wilhelm II, vol. 2: Emperor and Exile, 1900–1941*. Chapel Hill – Londres: The University of North Carolina Press.
- CHAPOUTOT, Johann (2017): *La revolución cultural nazi*. Madrid: Alianza Editorial, 2018.
- CHILDERS, Thomas (1983) [libro electrónico]: *The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919–1933*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- CHILLÓN, Albert (2014): *La palabra facticia: literatura, periodismo y comunicación*. Barcelona: Aldea Global.
- CHINY, Henri (1932): *Le retour eventuel de la Sarre a l'Allemagne vu par les allemands*. París: Les Editions Domat-Montchrestien.
- CIORAN, Emil (1997): *Cuadernos (1957-1972)*. Barcelona: Tusquets, 2012.
- COESFELD, Marcus (2016): “Jiu-jitsu im »Dritten Reich«. Eine umstrittene Kampfsportart”. En F. Becker y R. Schäfer (eds.): *Sport und Nationalsozialismus*. Gotinga: Wallstein Verlag, pp. 125-148.
- COLUNGA, Alberto y TURRADO, Laurentio (eds.) (1946): *Biblia Sacra iuxta Vulgata Clementinam*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2005.
- CONSTITUCIÓN DE WEIMAR (1919): *La Constitución de Weimar: texto de la constitución alemana de 11 de agosto de 1919*. Madrid: Tecnos, 2010.
- CONTRATO DE ADHESIÓN A LAS TROPAS DE ASALTO DE BAVIERA (sin fecha), en J. Casquete (2017): *Nazis a pie de calle: una historia de las SA en la República de Weimar*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 253-254.
- CORBERTO, Albert y GARONE, Marina (2014): *Historia de la tipografía: la evolución de la letra desde Gutenberg hasta las fundiciones digitales*. Lérida: Milenio, 2015.
- CORELLA TORRES, Norberto (2005): *Propaganda nazi*. México: Universidad Autónoma de Baja California.
- COSTA, Marco da (2016): *El cine del III Reich: desmontando el cine nazi en 50 películas (1933-1945)*. Madrid: Notorius.
- (2018): *Hollywood contra Hitler: el nazismo visto por el cine americano durante el Tercer Reich (1933-1945)*. Madrid: Notorious.

- CUNQUEIRO, Álvaro (1945): “Assía, un viajero gallego”, en *Augusto Assía: artículos*, J. Varela Cachaza (ed.). La Coruña: La Voz de Galicia, 2000, pp. 21-23.
- DELARUE, Jacques (1962): *The Gestapo: A History of Horror*. Londres: Frontline Books, 2008.
- DIEGO, Álvaro de (2007): *La crónica periodística: Un género personal*. Barcelona: Universitat.
- DÍEZ, Luis Gonzalo (2020): *La epopeya de una derrota: El demonio de la política en los Episodios nacionales de Galdós*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- DÍEZ ESPINOSA, José Ramón (1996): *Sociedad y cultura en la República de Weimar: el fracaso de una ilusión*. Universidad de Valladolid.
- DÖBLIN, Alfred (1923): “Al este de la Alexanderplatz”, en F. Uzcanga Meinecke (ed.): *La eternidad en un día: clásicos del periodismo literario alemán (1823-1934)*. Barcelona: Acantilado, 2016, pp. 209-213.
- DONATO, Magda (1932): “El mundo del misterio, visto entre bastidores”. *Ahora*. Madrid, 30 de junio, p. 11.
- DROBISCH, Klaus y WIELAND, Günther (1993): *System der NS-Konzentrationslager 1933–1939*. Berlín: Akademie Verlag.
- DROMMER, Günther (2009): “Ludwig Renn – Schriftsteller und Militär”, en W. Asholt, R. Reinecke y S. Schlünder (eds.): *Der Spanische Bürgerkrieg in der DDR*. Fráncfort del Main: Vervuert Verlag, pp. 185-205.
- EGIDO LEÓN, M^a de los Ángeles (1987): *La concepción de la política exterior española durante la II República (1931-1936)*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- ELLMANN, Richard (1959): *James Joyce*. Oxford University Press, 1977.
- ESPADA, Arcadi (2005): “Una exclusiva (e)vidente”. *El País*. Madrid, 28 de noviembre, en <<https://cutt.ly/qfyPQAd>> [cons. 1/7/2020].
- EVANS, Richard J. (2003): *La llegada del Tercer Reich*. Barcelona: Península, 2005.
- (2005): *El Tercer Reich en el poder*. Barcelona: Península, 2007.
- FABRA (1932): “El ex kronprinz podría ser designado regente del Reich y la restauración total se llevaría a cabo a la muerte del ex kaiser”. *Ahora*. 18 de octubre, p. 11.
- (1933a): “Disparan contra un centinela”. *La Nación*. Madrid, 3 de abril, p. 7.
- (1933b): “El ex kronprinz y los «nazis»”. *Ahora*. Madrid, 24 de mayo, p. 9.
- FAGOAGA, Concha (1982): *El periodismo interpretativo: el análisis de la noticia*. Barcelona: Mitre.
- FALLWELL, Lynne (2013): *Modern German Midwifery. 1895-1960*. Nueva York: Routledge.

- FEBUS (1933): “En Alemania sigue la campaña iniciada contra los comunistas, los socialistas y los judíos”. *La Voz*. Madrid, 23 de marzo, p. 5.
- FEDER, Gottfried (1927): *Das Programm der NSDAP und seine weltanschaulichen Grundgedanke*. Múnich: Zentralverlag der NSDAP, 1935.
- FERNÁNDEZ, Pelayo H. (1975): *Estilística*. Madrid: José Purrúa Turanzas.
- FERNÁNDEZ-CREHUET LÓPEZ, Federico (2017): *Hegel bajo la esvástica: la Filosofía del Derecho de Karl Larenz y Julius Binder*. Granada: Comares.
- FIGES, Orlando (2000): *La Revolución rusa (1891-1924): la tragedia de un pueblo*. Barcelona: Edhasa.
- FINGS, Karola, HEUSS, Herbert y SPARING, Franck (1999): *De la “ciencia de las razas” a los campos de exterminio: Sinti y Romá bajo el Régimen Nazi, vol. 1*. Madrid: Editorial Presencia Gitana.
- FRARY, Raoul (1884): *Manual del demagogo*. Madrid: Sequitur, 2016.
- FRASCO, Mauricio (1933): “Con los bandidos de Manchuria”. *Ahora*. Madrid, 5 de febrero, pp. 15- 17.
- FREI, Norbert y SCHMITZ, Johannes (1989): *Journalismus im Dritten Reich*. Múnich: Verlag C. H. Beck, 1999.
- FREUD, Sigmund (1921): *Psicología de las masas*. Madrid: Alianza editorial, 2010.
- FRIDLANDER, Henry (2001): “The Exclusion and Murder of the Disabled”, en R. Gellately y N. Stoltzfus (eds.): *Social Outsiders in Nazi Germany*. Princeton University Press, pp. 145-164.
- FRIEDLÄNDER, Saul (1997): *El Tercer Reich y los judíos (1933-1939): los años de la persecución*. Barcelona: Círculo de Lectores, 2009.
- FRITZSCHE, Peter (2008): *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Crítica, 2009.
- FUENTES, Juan Francisco y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (1998): *Historia del periodismo español*. Madrid: Síntesis.
- FUENTES, Juan Francisco (1995): “Luis Araquistáin, embajador de la II República en Berlín (1932-1933)”. *Spagna contemporanea*, nº 8. Turín: Istituto di studi storici “Gaetano Salvemini”, pp. 19-30.
- (2000): “José Marchena (1768-1821): leyenda y realidad de un abate revolucionario”, en Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*. Madrid: Espasa, pp. 49-71.
- FUENTES CORDERA, Maximiliano (2014): *España en la Primera Guerra Mundial: una movilización cultural*. Madrid: Akal.
- FUENTES RODRÍGUEZ, Catalina (2000): *Lingüística pragmática y análisis del discurso*. Madrid: Arco Libros.

- GALLATELY, Robert (1990): *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*. Barcelona: Paidós, 2004.
- GANIVET, Ángel (1943): *Obras completas, v. I*. Madrid: Aguilar.
- GARCÍA DÍAZ, José (1933a): “Hitler ha formado gobierno con von Papen y Hugenberg”. *El Sol*. Madrid, 31 de enero, p. 1.
- (1933b): “La conveniencia de evitar las grandes frases”. *El Sol*. Madrid, 24 de marzo, p. 1.
- (1933c): “El fin de una leyenda corta”. *El Sol*. Madrid, 31 de marzo, p. 1.
- (1933d): “Ayer empezó en Alemania el boicot contra los comerciantes judíos”. *El Sol*. Madrid, 2 de abril, p. 1.
- (1933e): “El espectáculo de Tempelhof”. *El Sol*. Madrid, 2 de mayo, p. 8.
- (1933f): “Pruebas de pacifismo”. *El Sol*. Madrid, 12 de mayo, p. 10.
- GARCÍA PELAYO, Manuel (1964): *Mitos y símbolos políticos*. Madrid: Taurus.
- GARCÍA RUIPÉREZ, Mariano (2017): “Plaza de Zocodover”, en el portal del Ayuntamiento de Toledo, en <<https://cutt.ly/BfyPAb6>> [cons. 28/06/2019].
- GARRIGA, RAMÓN (1977): *La España de Franco: las relaciones con Hitler*, vol. I. Madrid: G. del Toro. Editor.
- GAZETA DE MADRID (1932): “CAPÍTULO III: Estupro y corrupción de menores”. Madrid, 8 de noviembre, p. 847.
- GAZIEL (1933a): “Cosas de España: esto acabará mal”. *La Vanguardia*. Barcelona, 7 de abril, p. 7.
- (1933b): “Comentarios libres: ha terminado la revolución pacífica”. *La Vanguardia*. Barcelona, 15 de septiembre, p. 3.
- (1936): “Comentarios libres: el dilema de España”. *La Vanguardia*. Barcelona, 21 de febrero, p. 7.
- GIL PECHARROMÁN, Julio (1985): *Renovación Española. Una alternativa monárquica a la Segunda República* (tesis doctoral). Departamento de Historia de la Universidad Complutense de Madrid.
- GIRARD, René (2002): *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama.
- GOEBBELS, Joseph (1926): “Los diez mandamientos de las SA”, en J. Casquete (2017): *Nazis a pie de calle: una historia de las SA en la República de Weimar*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 258-260.
- (1932): “«The Storm Is Coming»: A Campaign Speech”, en R. L. Wytwerk (ed.): *Landmark Speeches of National Socialism*. Texas A&M University Press, 2008, pp. 33-38.
- GOESCHEL, Christian (2009): *Suicide in Nazi Germany*. Oxford University Press.

- GÓMEZ MOLLEDA, María Dolores (1986): *La masonería en la crisis española del siglo XX*. Madrid: Taurus.
- GOMIS, Lorenzo (1991): *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*. Barcelona: Paidós, 2001.
- GONZÁLEZ, Felipe (2017): “Por qué pensar la gobernanza”, en F. González, G. Damiani y J. Fernández-Albertos (eds.): *¿Quién manda aquí? La crisis global de la democracia representativa*. Barcelona: Debate, pp. 15-37.
- GONZÁLEZ PRADA, Charo (2005a): “Introducción”, en E. Xammar: *Crónicas desde Berlín (1930-1936)*. Barcelona: Acantilado, pp. 13-40.
- (2005b): “Nota de edición”, en E. Xammar: *Crónicas desde Berlín (1930-1936)*. Barcelona: Acantilado, pp. 41-43.
- GONZÁLEZ-RUANO, César (1933a): “Después del 5 de marzo”. *ABC*. Madrid, 8 de marzo, p. 31.
- (1933b): “La conmemoración de los muertos y las elecciones municipales. Decisivo triunfo personal de Hitler. Goebbels, ministro de Propaganda”. *ABC*. Madrid, 14 de marzo, p. 21
- (1933c): “El día del «boycot» contra los judíos. Judaísmo y marxismo”. *ABC*. Madrid, 4 de abril, pp. 33-34.
- (1933d): “¿Van a traernos hasta la calle de Alcalá el muro de las lamentaciones?”. *ABC*. Madrid, 16 de abril, p. 32.
- (1933e): “En una inmensa hoguera se queman miles de libros considerados disolventes. Un auto de fe moderno”. *ABC*. Madrid, 12 de mayo, pp. 33-34.
- GRAF, Oskar Maria (1933): “¡Quemadme!”, en F. Uzcanga Meinecke (ed.): *La eternidad en un día: clásicos del periodismo literario alemán (1823-1934)*. Barcelona: Acantilado, 2016, pp. 394-395.
- GRAMSCI, Antonio (1949): *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*. Buenos Aires: Edicol, 2017.
- GRAVES, Robert y PATAI, Raphael (1986): *Los mitos hebreos*. Madrid: Alianza Editorial, 2009.
- GRIJELMO, Álex (1997): *El estilo del periodista: consejos lingüísticos, profesionales y éticos para escribir en los medios*. Madrid: Taurus, 2014.
- GRUNBERGER, Richard (1971): *Historia social del Tercer Reich*. Barcelona: Ariel, 2007.
- GRUNER, Wolf (2002): *Öffentliche Wohlfahrt und Judenverfolgung: Wechselwirkungen lokaler und zentraler Politik im NS-Staat (1933-1942)*. Múnich: Oldenburg.
- GUTTMAN, Allen (2002): “Los «Juegos Olímpicos nazis» y el boicot americano. Controversia”, en T. González Aja (ed.): *Sport y autoritarismos: la utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*. Madrid: Alianza, pp. 49-77.

- HACHTMANN, Rüdiger (2016): «»Bäuche wegmassieren« und »überflüssiges Fett in unserem Volke beseitigen«. Der kommunale Breitensport der NS-Gemeinschaft »Kraft durch Freude«. En F. Becker y R. Schäfer (eds.): *Sport und Nationalsozialismus*. Gotinga: Wallstein Verlag, pp. 27-66.
- HAFFNER, Sebastian (1939): *Historia de un alemán: memorias 1914-1933*. Barcelona: Destino, 2014.
- (1978): *Anotaciones sobre Hitler*. Barcelona: Galaxia Gutenberg – Círculo de Lectores, 2002.
- HAZLITT, William (2011): *De la relación entre los tragasapos y los tiranos*. Ciudad de México: Taller Ditoria.
- HENIG, Ruth (1998): *The Weimar Republic, 1919-1933*. Londres/ Nueva York: Routledge, 2014.
- HERNÁNDEZ DE MIGUEL, Carlos (2015) [libro electrónico]: *Los últimos españoles de Mathausen: la historia de nuestros deportados, sus verdugos y sus cómplices*. Barcelona: Ediciones B.
- HERRERO LLORENTE, Víctor-José (1980): *Diccionario de expresiones y frases latinas*. Madrid: Gredos, 1985.
- HEARTFIELD, John (1933): [fotomontaje]. *Arbeiter-Illustrierte Zeitung*, 10 de agosto. En H. A. Turner Jr. (1985): *German Big Business and the Rise of Hitler*. Nueva York: Oxford University Press, p. ii.
- HITLER, Adolf (1925): “Reestablishing the National Socialist German Workers Party”, en R. L. Bytwerk (ed.): *Landmark Speeches of National Socialism*. Texas A&M University Press, 2008, pp. 14-31.
- (1926): *Hitler, Mein Kampf: eine kritische Edition*, 2 vols.. Múnich-Berlín: Institut für Zeitgeschichte, 2016.
- (1934): “Speech to the Meeting of National Socialist Women’s Organization”, en A. Rabinbach y S. L. Gilman: *The Third Reich Sourcebook*. Los Ángeles: University of California Press, 2013, pp. 482-486.
- HOMERO (2000): *Ilíada*. Biblioteca Básica Gredos, 1. Madrid: Editorial Gredos.
- HOBBSAWM, Eric (1995): *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica, 2006.
- HOUSDEN, Martyn (1997): *Resistance and Conformity in the Third Reich*. Londres - Nueva York: Routledge, 2002.
- HUICI MÓDENES, Adrián (2017): *Teoría e historia de la propaganda*. Madrid: Síntesis.
- IGLESIA, Celedonio de la (1930): *La censura por dentro*. Madrid: Fragua, 2017.
- ISHERWOOD, Christopher (1939): *Goodbye to Berlin*. Londres: Vintage Books, 1998.
- JAMES, Harold (2012): *Krupp: A History of the Legendary German Firm*. Princeton University Press.

- JELLINEK, Georg (ed.) (2009): *La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Granada: Editorial Comares.
- JOHNSON, Eric A. (2000): *El terror nazi: la Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*. Barcelona: Paidós, 2002.
- JORDÁN MORALES, Inés (1933): “Los niños y la paz”. *La Voz*. Madrid, 13 de mayo, p. 4.
- JOYCE, Estanislau (1958): *My Brother's Keeper*. Londres: Faber and Faber, 1982.
- JUANA, Jesús de (1988): *La posición centrista durante la Segunda República española: el periódico AHORA, 1930-1936*. Universidad de Santiago de Compostela.
- JULIÁ, Santos (2003): “Edad Contemporánea”, en J. Valdeón, J. Pérez y S. Juliá: *Historia de España*. Madrid: Espasa Calpe, 2007, pp. 365-578.
- JULIANA, Enric (2012): ““Kompromat””. *La Vanguardia*. Barcelona, 20 de noviembre. En <<https://cutt.ly/HfyAedu>> [Cons. 18/4/2018].
- KATER, Michael H. (2004): *Las Juventudes Hitlerianas*. Madrid: Kailas, 2016.
- KELLERHOFF, Sven Felix (2006): *Berlín bajo el peso de la Cruz Gamada*. Berlín: be.bra Verlag.
- (2016): *Mi lucha: la historia del libro que marcó el siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- KERSHAW, Ian (1987): *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*. Barcelona: Paidós, 2003.
- (1998): *Hitler: 1889-1936*. Barcelona: Península, 2001.
- (2004): *El amigo de Hitler: Inglaterra y Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Península, 2006
- (2009): *Hitler, los alemanes y la Solución Final*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- KIRKPATRICK, Susan (1977): *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*. Madrid: Gredos.
- KLEE, Ernst (2007): *Das Kulturlexikon zum Dritten Reich. Wer war was vor und nach 1945*. Fráncfort del Meno: S. Fischer.
- KLEMPERER, Victor (1975): *LTI. La lengua del Tercer Reich: apuntes de un filólogo*. Barcelona: Editorial Minúscula, 2016.
- (1995): *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten: Tagebücher 1933-1941*. Berlin: Aufbau-Verlag.
- KNEGT, Daniel (2017): *Fascism, Liberalism and Europeanism in the Political Thought of Bertrand de Jouvenel and Alfred Fabre-Luce*. Amsterdam University Press.
- KNOPP, Guido (2000): *Los niños de Hitler: retrato de una generación manipulada*. Barcelona: Planeta, 2005.

- KOEHL, Robert Lewis (2000): *Las SS: el cuerpo de élite del nazismo, 1919-1945*. Barcelona: Crítica, 2009.
- KOGON, Eugen (1974): *El Estado de la SS: el sistema de los campos de concentración alemanes*. Barcelona: Alba, 2005.
- KOONZ, Claudia (2003): *La conciencia nazi: la formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2005.
- KOSZIOLAUGI, D. (1932): “¿Una restauración monárquica en Alemania?”. *Ahora*. Madrid, 24 de julio, p. 15.
- KÜHN, Alexander (2014): “Mut zur Wahrheit“. *Der Spiegel* (edición digital). Hamburgo, 30 de septiembre, en <<https://cutt.ly/UfyAfUZ>> [cons. 24/2/2020].
- KUUSISTO, Seppo (1984): *Alfred Rosenberg in der Nationalsozialistischen Aussenpolitik 1933-1939*. Helsinki: SHS.
- LAGUILLO, José (1979): *Memorias: veintisiete años en la dirección de El Liberal de Sevilla (1909-1936)*. Universidad de Sevilla.
- LAKOFF, George (2004): *No pienses en el elefante: lenguaje y debate político*. Madrid: Editorial Complutense, 2007.
- LÄNDERRAT DES AMERIKANISCHEN BESATZUNGSGEBIETS (1949): *Statistisches Handbuch von Deutschland 1928-1944*. Múnich: Franz Ehrenwirth-Verlag.
- LAPESA MELGAR, Rafael (1974): *Introducción a los estudios literarios*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- LARRA, Mariano José de (1989): *Artículos de costumbres*. Madrid: Austral, 2006.
- LAUSBERG, Heinrich (1967): *Manual de retórica literaria: fundamentos de una ciencia de la literatura*, vol. II. Madrid: Gredos.
- LE BON, Gustave (1895): *Psicología de las masas*. Madrid: Ediciones Morata, 2014.
- LEECH, Geoffrey (1983): *Principles of Pragmatics*. Londres: Longman.
- LENIN (1981): *La instrucción pública*. Moscú: Editorial Progreso.
- LEÓN XIII (1960): *Rerum novarum: sobre la condición de los obreros (15 de mayo de 1891)*. Madrid: Editorial Apostolado de la Prensa.
- LEPAGE, Jean-Denis (2016): *Hitler's Stormtroopers: The SA, the Nazi's Brownshirts, 1922-1945*. Barnsley: Frotnline Books.
- LINTHAUT, Ine von (2012): *Das Buch in der nationalsozialistischen Propagandapolitik*. Berlín: Walter de Gruyter GmbH & Co.
- LLERA, José Antonio (2004): *El humor en la obra de Julio Camba: Lengua, estilo e intertextualidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- LLORCA, Francisco de (1931): “La guardia municipal madrileña”. *Ahora*. Madrid, 16 de abril, pp. 16-18.

- LÓPEZ QUIROGA, Jorge (2008): *Gentes barbarae. Los bárbaros, entre el mito y la realidad*. Universidad de Murcia, 2011.
- LORENZO-RIVERO, Luis (1977): *Larra: lengua y estilo*. Madrid: Nova Scholar.
- LOZANO, Álvaro (2008): *La Alemania Nazi (1933-1945)*. Madrid: Marcial Pons.
- LUDWIG, Emil (1933): “El fascismo alemán e italiano”. *El Sol*. Madrid, 25 de abril, pp. 1 y 12.
- LUMSDEN, Robin (1997): *Historia secreta de las SS*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2003.
- MACKINDER, Halford John (1919): *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction*. Washington D.C.: NDU Press, 1947.
- MACMILLAN, Margaret (2001): *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*. Barcelona: Tusquets, 2005.
- MADARIAGA, Salvador de (1979): *España: ensayo de historia contemporánea*. Madrid: Espasa-Calpe.
- MAEZTU, Ramiro de (1933): “Adolfo Hitler”. *ABC*. Madrid, 3 de marzo, p. 3.
- MAINAR, Rafael (1906): *El arte del periodista*. Barcelona: José Gallach.
- MALLMANN, Klaus-Michael y PAUL, Gerhard (1994): “Omniscient, Omnipotent, Omnipresent? Gestapo, Society and Resistance”, en D. F. Crew (ed.): *Nazism and German Society, 1933-1945*. Londres: Routledge, 2002, pp. 261-308.
- MANN, Golo (1990): “Sobre el Tratado de Paz de Versalles”. *Política Exterior*. Madrid, invierno 1990, nº 14, pp. 26-50.
- MANN, Thomas (1977): *Diarios 1918-1936*. Barcelona: Plaza & Janés, 1986.
- MANRIQUE, Jorge (2013): *Poesía*. Madrid: Real Academia Española - Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- MARHOEFER, Laurie (2015): *Sex and the Weimar Republic: German Homosexual Emancipation and the Rise of the Nazis*. University of Toronto Press.
- MARÍAS, Julián (2012): *La Guerra Civil: ¿cómo pudo ocurrir?*. Madrid: Fórcola, 2017.
- MARJANOVIC, Mia (2013) [libro electrónico]: „*Ihm nach! Dann werden wir siegen.*“ *Das Hitlerbild in den Goebbels-Tagebüchern 1924-1933*. Berlín: epubli GmbH.
- MARQUINA BARRIOS, Antonio (2000): “La España de Franco y los judíos”, en U. Macías, Y. Moreno Koch y R. Izquierdo Benito (coords.): *Los judíos en la España contemporánea: historia y visiones, 1898-1998*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 191-200.
- MARTÍN VIVALDI, Gonzalo (1987): *Géneros periodísticos: reportaje, crónica, artículo (análisis diferencial)*. Madrid: Paraninfo.

- MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis (1991): *Curso general de redacción periodística: Lenguaje, estilos y géneros periodísticos en prensa, radio, televisión y cine*. Madrid: Paraninfo, 2012.
- (2004): “Aproximación a la teoría de los géneros periodísticos”, en J. Cantavella y J. F. Serrano (coords.): *Redacción para periodistas: informar e interpretar*. Barcelona: Ariel, 2014, pp. 51-75.
- MARTÍNEZ GANDÍA, Rafael (1933): “La sombra de Hitler sobre el cinema alemán”. *El Sol*. Madrid, 30 de abril, p. 8.
- MASSA, Pedro (1928): “Cómo se rehacen los grandes diarios”. *Heraldo de Madrid*. Madrid, 30 de agosto, pp. 8-9.
- MAVELL, Roger y FRAENKEL, Heinrich (1962): *Goering*. Barcelona: Tempus, 2009.
- MAYORAL, Javier (2013): *Redacción periodística. Medios, géneros y formatos*. Madrid: Síntesis.
- MELGAR, Francisco (1932): “¿Ceñirá un día la corona imperial de Alemania el ex kronprinz Guillermo de Hohenzollern?”. *Ahora*. Madrid, 18 de junio, pp. 14-15.
- MILLÁN ROMERAL, Fernando (1998): “Luis de Zulueta, adalid de la tercera España”. *Estudios eclesiásticos: Revista de investigación e información teológica y canónica*, vol. 73, nº. 285, pp. 323-328.
- MODERN, Rodolfo E. (1958): *El expresionismo literario*. Buenos Aires: Nova.
- MONTERO, Julio y PAZ, María Antonia (1999): *El cine informativo, 1985-1945: creando la realidad*. Barcelona: Ariel, 2002.
- (2009): *La larga sombra de Hitler: el cine nazi en España (1933-1945)*. Madrid: Cátedra.
- MORENO LUZÓN, Javier (2008): “Liberalismo”, en Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XX español*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 725-733.
- MORSEY, Rudolph (2010): “Auswirkungen der Zensurpolitik in der US-Besatzungszone: Wie Zeitungsartikel von Fritz Gerlich und Ingbert Naab aus den Jahren 1931–1933 in einem Nachdruck von 1946 verändert worden sind”. *Historisch-Politische Mitteilungen*. Vol. 17, nº 1, enero, pp. 269-278.
- MOSSE, George L. (1966): *La cultura nazi: la vida intelectual, cultural y social en el Tercer Reich*. Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1973.
- MUSEO DE LA INDUSTRIA ARMERA (sin fecha): “La Guerra Civil Española 1936-1939”. En <<https://cutt.ly/HfyAc8x>> [cons. 30/12/2019].
- NAVARRA, Andreu (2016): *El espejo blanco: viajeros españoles en la URSS*. Madrid: Fórcola.
- NEUMANN, Franz (1944): *Behemoth: pensamiento y acción en el nacional-socialismo, 1933-1944*. Barcelona: Anthropos, 2014.

- NEUMANN, Peter (1975): *Diario íntimo de un joven nazi*. Barcelona: ATE.
- NEWYK, Donald L. (1971): “The Economic and Cultural Role of the Jews in the Weimar Republic”, en *The Leo Baeck Institute Year Book*, Vol. 16, enero, pp. 163–173. <<https://cutt.ly/2fyACpT>> [cons. 30/5/2020].
- NOEL-BAKER, Philip (1979): *The First World Disarmament Conference 1932-1933 and why it failed*. Oxford: Pergamon Press.
- NÚÑEZ LADEVÉZE, Luis (1995): *Introducción al periodismo escrito*. Barcelona: Ariel.
- (2004): “El periodismo desde un enfoque interdisciplinar”, en J. Cantavella y J. F. Serrano (coords.): *Redacción para periodistas: informar e interpretar*. Barcelona: Ariel, 2014, pp. 17-50.
- O'BRIEN, Paul (2005): *Mussolini in the First World War. The Journalist, The Soldier, The Fascist*. Oxford: Berg Publishers.
- OLIVERA ZALDUA, María (2016): “La ilustración de guerra en el diario *Ahora*”. *Fotocinema. Revista científica de cine y fotografía*, nº XX, pp. 87-106.
- OFFICE OF UNITED STATES CHIEF OF COUNSEL FOR PROSECUTION OF AXIS CRIMINALITY (1946): *Nazi Conspiracy and Aggression*, vol. IV. Washington: United States Government Printing Office.
- ORWELL, George (1941): *Ensayos*. Barcelona: Debate, 2013.
- OSCHLIES, Wolf (2004): “Der Reichsarbeitsdienst (RAD)”. En *Zukunft braucht Erinnerung*, 15 de octubre. En <<https://cutt.ly/ifyA5Jd>> [Cons. 23/12/2019].
- OVERY, Richard (2010): *Crónica del Tercer Reich*. Barcelona: Tusquets, 2013.
- OZ, Amos (2013): “Lo universal es el pueblo, la calle, el piso”. *La Vanguardia*, 26 de mayo. Disponible en <<https://cutt.ly/AfySeMX>> [Cons. 3/1/2018].
- PATEL, Kran Klaus (2003): „*Sodaten der Arbeit*“: *Arbeitsdienste in Deutschland und den USA, 1933-1945*. Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht.
- PASTOR, Ludovico (1949): *Historia de los papas en la época de la monarquía absoluta, Vol. XXX: Inocencio X*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- PAYNE, Stanley G. (2005): *El colapso de la República: los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*. Madrid: La esfera de los libros.
- PAZ, Octavio (1977) [DVD]: *Grandes personajes a fondo: Octavio Paz*. Dir. y presentador Joaquín Soler Serrano. Prod. RTVE. Ed. Editrama/Gran Vía Musical/Impulso Records.
- PEREÑA VICENTE, Luciano (ed.) (1992): *Derechos y deberes entre indios y españoles en el Nuevo Mundo según Francisco de Vitoria*. Universidad Pontificia de Salamanca.
- PÉREZ, Joseph (1993): *Historia de una tragedia: la expulsión de los judíos de España*. Barcelona: Crítica, 2018.

- (2003): “Edad Moderna”, en J. Valdeón, J. Pérez y S. Juliá: *Historia de España*. Madrid: Espasa Calpe, 2007, pp. 217-364.
- (2005) [libro electrónico]: *Los judíos en España*. Madrid: Marcial Pons. Edición de Kindle.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1876): *La segunda casaca*. Madrid: Alianza Editorial/Librería y Casa Editorial Hernando, 1976.
- PERMANYER, Lluís (2000): “Xammar, Pla y Hitler”. *La Vanguardia*. Barcelona, 25 de agosto, p. 2.
- PITA, Antonio (2018): “El café berlinés que odiaba Goebbels”. *El País*. Madrid, 3 de junio. En <<https://cutt.ly/IfySpcg>> [cons. 6/6/2020].
- PLA, Josep (1923): “Cosos de Baviera: Hitler (monólogo)”. *La Publicitat*. Barcelona, 28 de noviembre, p. 1.
- (1933): *Madrid: el advenimiento de la República*. Madrid: Biblioteca de la República, 2011.
- (1976) [DVD]: *Grandes personajes a fondo: Josep Pla*. Dir. y presentador Joaquín Soler Serrano. Prod. RTVE. Ed. Editrama/Gran Vía Musical/Impulso Records.
- (1989): *Caps-i-puntes*. Barcelona: Destino.
- (1992): *Primera volada. El Nord*. Barcelona: Destino.
- POLIAKOV, León (1979): *Breviario del odio: el Tercer Reich y los judíos*. Barcelona: Cómplices, 2011.
- POSNER, Gerald L. y WARE, John (1986): *Mengele: el médico de los experimentos de Hitler*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2002.
- QUINCEY, Thomas de (2008): *Del asesinato como una de las bellas artes*. Sevilla: Espuela de Plata.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2006): *Diccionario esencial de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.
- RECK, Friedrich (1981): *Diario de un desesperado*. Barcelona: Editorial Minúscula, 2009.
- RICO, Francisco y LENTINI, Rosa (eds.) (2009): *Mil años de poesía europea*. Barcelona: BackList.
- RÍOS, Fernando de los (1921): *Mi viaje a la Rusia soviética*. Madrid: Imprenta de R. Caro Raggio.
- RIVAS CHERIF, Cipriano (1933): “Vísperas... ¿sicilianas?”. *El Sol*. Madrid, 21 de marzo, p. 1.

- ROCHE, Helen (2016): “Sport, Leibeserziehung und vormilitärische Ausbildung in den Nationalpolitischen Erziehungsanstalten. Eine »radikale« Revolution der körperlichen Bildung im Rahmen der NS-»Gesamterziehung«?”. En F. Becker y R. Schäfer (eds.): *Sport und Nationalsozialismus*. Gotinga: Wallstein Verlag, pp. 173-196.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, Dan (2014): “La mixofobia como política de Estado en la Alemania Nazi”, en *Revista de Demografía Histórica*, Vol. 32, Nº 2, 2014, pp. 117-146. En <<https://cutt.ly/BfySm7u>> [Cons. 24/5/2020].
- ROSENBERG, Alfred (1930) [libro electrónico]: *El mito del siglo XX: una valoración de las luchas anímico-espirituales de las formas en nuestro tiempo*. Edición de Kindle, 2015.
- ROSENDO KLECKER, Belén de (2010): *El perfil periodístico: claves para caracterizar personas en prensa*. Madrid: Tecnos.
- ROTH, Joseph (1996): *Crónicas berlinesas*. Barcelona: Minúscula, 2006.
- ROTH, Joseph y ZWEIG, Stefan (2014): *Ser amigo mío es funesto: correspondencia (1927-1938)*. Barcelona: Acantilado.
- ROTHER, Bernd (2000): “España y los judíos: de los albores del siglo XX a la Guerra Civil”, en U. Macías, Y. Moreno Koch y R. Izquierdo Benito (coors.): *Los judíos en la España contemporánea: historia y visiones, 1898-1998*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 150-172.
- ROUGEMONT, Denis de (1963): *Tres milenios de Europa: la conciencia europea al través de sus textos*. Madrid: Revista de Occidente.
- RUSSEL, Bertrand (1946): *History of Western Philosophy*. London: Routledge, 1996.
- SÁEZ ARANCE, Antonio (1991): “«El honor del burgués»: A propósito de la historia social del duelo en Alemania”, en *Historia Contemporánea*, nº 6. Universidad del País Vasco, pp. 251-264.
- SALA ROSE, Rosa (2003): *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*. Barcelona: Acantilado, 2004.
- SALA ROSE, Rosa y GARCÍA-PLANAS, Plàcid (2014): *El marqués y la esvástica: César González Ruano y los judíos en el París ocupado*. Barcelona: Anagrama.
- SANABRE SEMPERE, Ricardo (1964): *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*. Universidad de Salamanca.
- SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael (2016): *Campo de retamas: pecios reunidos*. Barcelona: Debolsillo, 2019.
- SANTAMARÍA, Luisa y CASALS, María Jesús (2000): *La opinión periodística: argumentos y géneros para la persuasión*. Madrid: Fragua.
- SANTOS, Félix (2012): *Espanoles en la Alemania nazi: testimonios de visitantes del III Reich entre 1933 y 1945*. Madrid: Endymion.

- SAWICKA, Anna (2003): “El concepto de la raza según la Generación del 98”, en P. Joan i Tous y H. Nottebaum (eds.): *El olivo y la espada: estudios sobre el antisemitismo en España (siglos XVI-XX)*. Tübinga: Max Niemayer Verlag, pp. 293-306.
- SAZ CAMPOS, Ismael (1986): *Mussolini contra la II República: hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.
- SCHMUHL, Hans-Walter (2005): *Grenzüberschreitungen: Das Kaiser-Wilhelm-Institut für Anthropologie, menschliche Erblehre und Eugenik, 1927-1945*. Gotinga: Wallstein Verlag.
- SCRIBA, Arnulf (2014): “Die Weltwirtschaftskrise”. Deutsches Historisches Museum Online. Berlín, 2 de Septiembre. En <<https://cutt.ly/tfySOHo>> [cons. 7/6/2020].
- SEMOLINOS, Mercedes (1985): *Hitler y la prensa de la II República española*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Siglo XXI de España.
- SEMPRÚN, Jorge (1963): *El largo viaje*. Barcelona: Tusquets, 2019.
- (2016) [libro electrónico]: *Ejercicios de supervivencia*. Barcelona: Tusquets.
- SENABRE SEMPERE, Ricardo (1964): *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*. Universidad de Salamanca.
- SEOANE, María Cruz y SAIZ, María Dolores (1996): *Historia del periodismo en España, vol. 3*. Madrid: Alianza.
- (2007): *Cuatro siglos de periodismo en España: de los avisos a los periódicos digitales*. Madrid: Alianza.
- SIGMUND, Anna Maria (2000): *Las mujeres de los nazis*. Barcelona: Plaza & Janés.
- SIN FIRMA (1931b): “Se constituye la Guardia cívica municipal”. *El Sol*. Madrid, 15 de abril, p. 12.
- (1931c): “El debate sobre la abolición de la pena de muerte terminó ayer con el acuerdo de que se borre de la Constitución este extremo y se lleve a los Códigos correspondiente”. *Ahora*. Madrid, 30 de septiembre, pp. 5-6.
- (1931d): “Por qué no debió concederse el voto a las mujeres y a los menores de veinticinco años”. *Ahora*. Madrid, 2 de octubre, p. 3.
- (1932a): “¿Qué va a hacer Hitler? ¿República o Imperio?”. *Ahora*. Madrid, 9 de marzo, p. 1.
- (1932b): “¿Bajo el signo de Marte?”. *Ahora*. Madrid, 23 de septiembre, p. 1.
- (1933a): “Nuevos gobiernos en Francia y Alemania”. *La Nación*. Madrid, 31 de enero, p. 9.
- (1933b): “Circula el rumor de que el ex Káiser se va a instalar en Alemania”. *El Sol*. Madrid, 2 de febrero, p. 1.

- (1933d): “*How Nazis are Torturing Jews in Berlin*”. *Daily Herald*. Londres, 10 de marzo, pp. 1 y 3.
 - (1933e): “Pola Illery en la casa de AHORA”. *Ahora*. Madrid, 12 de marzo, p. 27.
 - (1933f): “Hitler a-t-il fait assassiner Thalemann?”. *L’Humanité*. París, 18 de marzo, p. 1.
 - (1933g): “¿Ha sido asesinado Thalemann?”. *El Socialista*. Madrid, 19 de marzo, p. 1.
 - (1933h): “Dispuestos a ayudar al destino”. *El Socialista*. Madrid, 19 de marzo, p. 1.
 - (1933i): “El discurso de Hitler”. *ABC*. Madrid, 24 de marzo, p. 33.
 - (1933k): “¿Importación de judíos?”. *La Nación*. Madrid, 17 de abril, p. 1.
 - (1933l): “El ex ministro francés M. Dalimier en la casa de AHORA”. *Ahora*. Madrid, 30 de abril, p. 22.
 - (1933o): “La presencia del doctor Rosenberg, delegado de Hitler, da lugar a varias demostraciones antifascistas en Londres”. *Ahora*. Madrid, 19 de mayo, p. 1.
 - (1933p): “Cómo se vive en los países de régimen fascista: La película de un auto de fe celebrado en Berlín en el siglo XX”. *Ahora*. Madrid, 20 de mayo, pp. 18-19.
 - (1933q): “Homenaje del Club de Prensa Extranjera en Berlín al Cuerpo diplomático”. *Ahora*. Madrid, 14 de junio, p. 17.
 - (2019b): “Entwicklung der Gesamtbevölkerung Deutschlands von 1871 bis 2018” [gráfico]. Statista, en <<https://cutt.ly/afySJds>> [cons. 19/12/2019].
- SÖDERFELDT, Ylva y Schwanke, Enno (2019): “Zwangssterilisierungsdebatten in der Gehörlosenbewegung”, en M. Schmidt y A. Werner (eds.): *Zwischen Fremdbestimmung und Autonomie*. Bielefeld: Transcript Verlag, pp. 153-190.
- SPITZ, Vivien (2005): *Doctores del infierno: un cruel relato de los experimentos que los nazis practicaron con humanos*. Barcelona: Tempus, 2009.
- STEINWEIS, Alan E. (1993): *Art, Ideology & Economics in Nazi Germany: The Third Reich Chambers of Music, Theater and Visuals Arts*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- STERNE, Laurence (1760) [libro electrónico]: *The Life and Opinions of Tristram Shandy, Gentleman*. Londres: Heritage Illustrated Publishing, 2014.
- STOEHR, Irene (2019): “Über Bund Deutscher Frauenvereine (BDF)”, en Digitales Deutsches Frauenarchiv, 29 de julio. En <<https://cutt.ly/PfySXlb>> [cons. 25/5/2020].
- STÜRMER, Michael (2003): *El Imperio alemán (1870-1919)*. Barcelona: Mondadori.

- TÁCITO, Cornelio (1979): *Anales*, libros I-VI. Madrid: Gredos, 1984.
- (1999): *Vida de Julio Agrícola. Germania. Diálogo de los oradores*. Madrid: Akal.
- TAMPKE, Jürgen (2019): *Una distorsión histórica: la manipulación del Tratado de Versalles y el surgimiento nazi*. Madrid: Ciudadela Libros.
- TOLL, Gil (2013): *Heraldo de Madrid: tinta catalana para la II República española*. Sevilla: Renacimiento.
- TRATADO de Versalles de 1919 y sus antecedentes* (1920). Madrid: Publicaciones del Instituto Ibero-americano de Derecho Comparado.
- TREVOR-ROPER, Hugh (2000): *Los últimos días de Hitler*. Barcelona: Alba.
- TURNER, Henry Ashby, Jr. (1985): *German Big Business and the Rise of Hitler*. Nueva York: Oxford University Press.
- TWAIN, Mark (1880) [libro electrónico]: *A Tramp Abroad*. Edición de Samuel L. Clemens. Kindle.
- UNABHÄNGIGE HISTORIKERKOMMISSION ZUR GESCHICHTE DES REICHSARBEITSMINISTERIUMS, 1933-1945 (sin fecha): “Die historischen Standorte des Reichsarbeitsministeriums und wichtiger nachgeordneter Behörden in Berlin”, en <<https://cutt.ly/ZfyS1Vs>> [cons. 9/1/2020].
- UNAMUNO, Miguel de (1927): “La torva historia de Anido. El libro de un turiferario y la verdad”. *Cuadernos Republicanos*, nº 103, primavera-verano 2020, pp. 121-124.
- UNITED STATES HOLOCAUST MEMORIAL MUSEUM (sin fecha): “La población judía en Europa en 1933”. *Enciclopedia del Holocausto*. En <<https://cutt.ly/CfyS8BO>> [cons. 2/7/2020].
- UZCANGA MEINECKE, Francisco (2018): *El café sobre el volcán: una crónica del Berlín de entreguerras (1922-1933)*. Madrid: Libros del K.O.
- VALDEÓN, Julio (2003): “Edad Media”, en J. Valdeón, J. Pérez y S. Juliá: *Historia de España*. Madrid: Espasa Calpe, 2007, pp. 67-216.
- VALENTÍN, Manu (2014): “El exilio judeoasquenazí en Barcelona (1933 1945). Un rompecabezas que pide ser esclarecido”. *Entremons: UPF Journal Of World History* [en línea], nº. 6, p. 1-33, <<https://www.raco.cat/index.php/Entremons/article/view/278154>> [cons. 3/7/2020].
- VALLE-INCLÁN, Ramón María del (1927): *El ruedo ibérico: La Corte de los Milagros*. Madrid: Alianza, 1973.
- VARELA, José Luis (1983): *Larra y España*. Madrid: Espasa-Calpe.
- VICENS VIVES, Jaume (2012): *España contemporánea (1814-1953)*. Barcelona: Acantilado.

- VILLA GARCÍA, Roberto (2011): *La República en las urnas: el despertar de la democracia en España*. Madrid: Marcial Pons.
- VIÑAS, Ángel (2001): *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil: antecedentes y consecuencias*. Madrid: Alianza.
- VV. AA. (2016): *Fuera de la ley: hampa, anarquistas, bandoleros y apaches. Los bajos fondos en España (1900-1923)*. Madrid: La Felguera.
- WACHSMANN, Nikolaus (2015): *KL. Historia de los campos de concentración nazis*. Barcelona: Crítica.
- WALLIS, Halls B. (prod.) y CURTIZ, Michael (dir.) (1942) [DVD]: *Casablanca*. Prod. Warner Bros. Ed. El País/Telefónica. 98', 2005.
- WEALE, Adrian (2010): *SS: Una historia nueva*. Madrid: Turner, 2013.
- WEITZ, Eric D. (2007): *La Alemania de Weimar: presagio y tragedia*. Madrid: Turner, 2009.
- WEBER, Thomas (2018) [libro electrónico]: *De Adolf a Hitler: La construcción de un nazi*. Penguin Random House, Grupo Editorial España.
- WEINERT, Sebastian (2017): *Der Körper in Blick*. Berlín: Walter de Gruyter GmbH.
- XAMMAR, Eugenio (1923): "Adolf Hitler o la ximpleria desencadenada". *La Veu de Catalunya*. Barcelona, 24 de noviembre, p. 5.
- (1932a): "El ex kronprinz de Alemania ha faltado a su palabra de honor". *Ahora*. Madrid, 3 de abril, p. 7.
 - (1932b): "Hitler propagandista, o el hombre de un solo discurso". *Ahora*. Madrid, 31 de julio, p. 4.
 - (1932c): "Hindenburg ha vencido al hombre que, para sentirse de uniforme, tiene que ponerse en mangas de camisas". *Ahora*. Madrid, 14 de agosto, p. 13.
 - (1932d): "Cómo se puede gobernar con 63 diputados contra 583". *Ahora*. Madrid, 8 de noviembre, p. 3.
 - (1933a): "En el nuevo Gabinete presidido por Hitler están representados todos los matices de la poderosa corriente nacionalista, que impulsa a la mayoría del pueblo alemán". *Ahora*. Madrid, 31 de enero, p. 3.
 - (1933b): "Ha sido disuelto el Reichstag, en vista de la imposibilidad de conseguir una mayoría parlamentaria". *Ahora*. Madrid, 2 de febrero, p. 9.
 - (1933c): "El incendio del Reichstag, según la oficina de prensa prusiana, era el acto inicial para la ejecución metódica de la revolución comunista con arreglo al modelo ruso". *Ahora*. Madrid, 1 de marzo, pp. 3-4.
 - (1933d): "Un artículo de «El Socialista» da lugar a que dos diarios de Alemania emprendan una violenta campaña contra la República española y su embajador en Berlín". *Ahora*. Madrid, 23 de marzo, p. 3.

- (1933e): “El redactor de AHORA en Berlín ha visitado a los presos políticos, se ha entrevistado con Thaelmann y ha comprobado que son falsos los rumores de asesinatos y malos tratos de que se acusaba a la Policía”. *Ahora*. Madrid, 26 de marzo, p. 3.
- (1933f): “Hoy da comienzo en toda Alemania el boicot contra los judíos, organizado por los nacionalsocialistas”. *Ahora*. Madrid, 1 de abril, p. 6.
- (1933g): “La jornada de ayer se ha desarrollado dentro del mayor orden”. *Ahora*. Madrid, 2 de abril, p. 3.
- (1933h): “No pasa día sin que los judíos alemanes se lleven un disgusto”. *Ahora*. Madrid, 9 de abril, p. 9.
- (1933i): “Millares de ciudadanos alemanes ponen su ilusión en España”. *Ahora*. Madrid, 14 de abril, p. 9.
- (1933j): “El centro de gravedad de la política europea vuelve a trasladarse de Berlín a Ginebra”. *Ahora*. Madrid, 19 de mayo, p. 3.

YOUTH OF WALES (1933): “The 12th Annual World Wireless Message of the Children of Wales, May 18th, 1933”, en libreto *Circling the World with Goodwill*, p. 3.

ZEILE, Christine (1994): “Posfácio. Friedrich Reck: un ensayo biográfico”, en F. Reck (1981): *Diario de un desesperado*. Barcelona: Editorial Minúscula, 2009, pp. 249-299.

ZWEIG, Stefan (1944): *Die Welt von Gestern: Erinnerungen eines Europäers*. Berlín: S. Fischer Verlag, 1958.

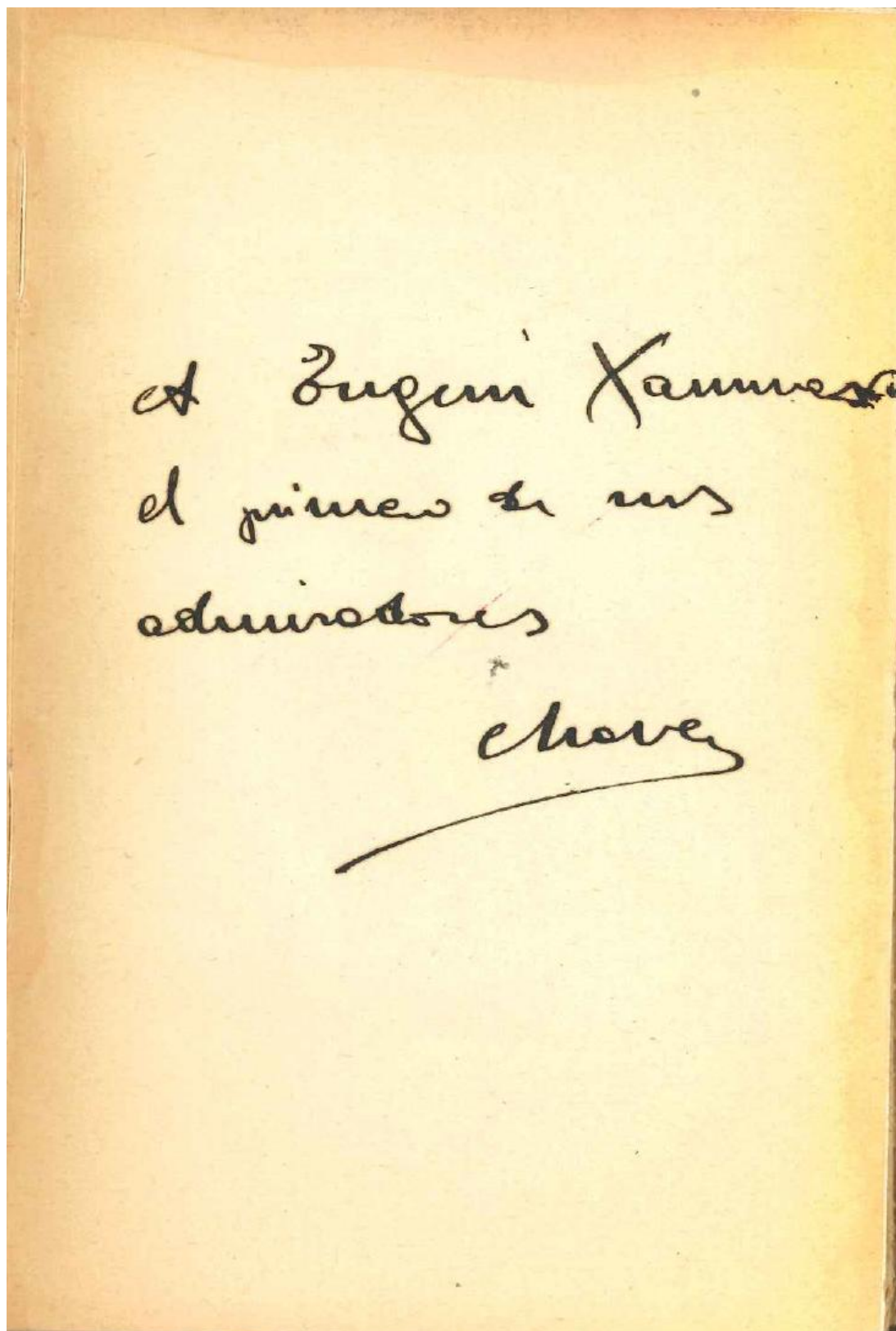
Apéndices

Apéndice 1: Dedicatoria de Manuel Chaves Nogales a Eugenio Xammar, en *Un pequeño burgués en la Rusia Roja. La vuelta a Europa en Avión*, Madrid: Mundo Latino, 1929. En el Fondo Eugeni Xammar del Archivo Nacional de Cataluña.

INV 395
R 192

es Eugeni
Xammar con
te presento
de mi amigo
Chaves

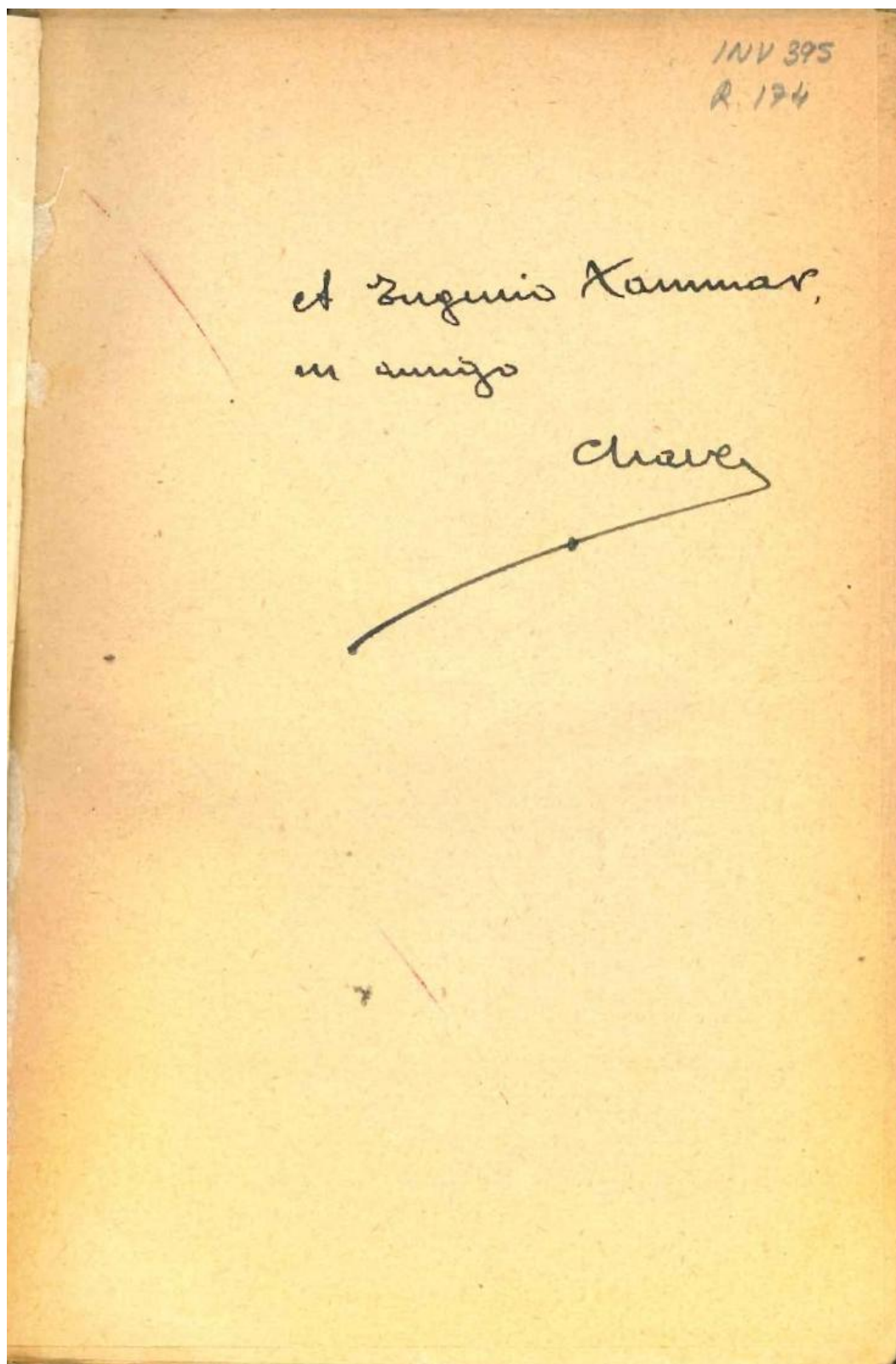
Apéndice 2: Dedicatoria de Manuel Chaves Nogales a Eugenio Xammar, en *Lo que ha quedado del imperio de los zares*, Madrid: Estampa, 1931. En el Fondo Eugeni Xammar del Archivo Nacional de Cataluña.



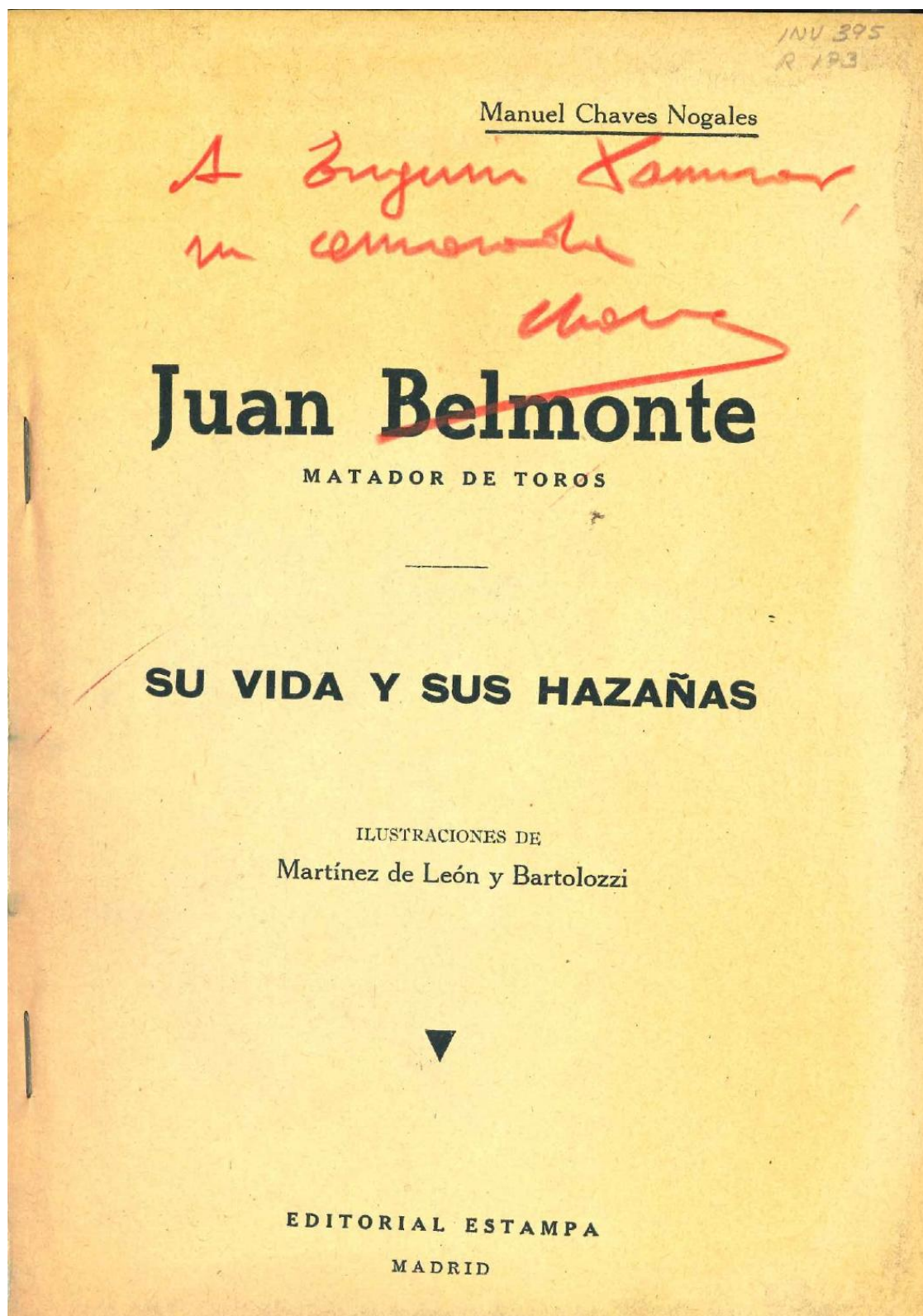
A photograph of a handwritten note on aged, yellowish paper. The text is written in dark ink in a cursive script. The words are arranged in four lines, with the signature 'Chaves' on the fourth line underlined. The paper shows signs of age, including some staining and a slightly uneven texture.

et Eugeni Xammar
el primer de mis
admiradores
Chaves

Apéndice 3: Dedicatoria de Manuel Chaves Nogales a Eugenio Xammar, en *El maestro Juan Martínez que estaba allí*, Madrid: Estampa, 1934. En el Fondo Eugeni Xammar del Archivo Nacional de Cataluña.



Apéndice 4: Dedicatoria de Manuel Chaves Nogales a Eugenio Xammar, en *Juan Belmonte, matador de toros. Su vida y sus hazañas*, Madrid: Estampa, 1935. En el Fondo Eugeni Xammar del Archivo Nacional de Cataluña.



Apéndice 5: Publicidad del reportaje “Cómo se vive en los países de régimen fascista”.
Ahora. 7 de mayo de 1933, p. 2.

AHORA

UN GRAN REPORTAJE DE "AHORA"

Cómo se vive en los países de régimen fascista

Sesenta millones de alemanes bajo el signo de la svástica y cuarenta millones de italianos bajo el fascio de los lictores

Mussolini e Hitler, los semi-dioses de nuestro tiempo





ce dos meses viaja por Alemania e Italia como enviado especial de AHORA, empezará a publicar una serie de interesantísimos artículos en los que, con la mayor objetividad, irá contando cómo se desenvuelve la vida de los ciudadanos que deliberadamente o por imperio de la fuerza se hallan sometidos a la tutela del régimen fascista.

Chaves Nogales, en su encuesta por las grandes ciudades, los pueblos y las aldeas de Alemania e Italia, ha procurado traer al público español una sensación directa, viva y, en cuanto es humanamente posible, imparcial de lo que es el fascismo en la vida cotidiana de los ciudadanos que hoy ponen su esperanza de salvación económica y moral en las virtudes milagrosas de la concepción fascista del Estado. La consolidación de este régimen en Italia al cabo de los años y su reciente explosión triunfal en Alemania, hace que en estos momentos se vuelvan hacia esos dos países las miradas curiosas de los ciudadanos españoles lanzados ahora a la conquista de un régimen sustancialmente opuesto al fascismo. ¿Quién tiene razón? ¿De quién es el porvenir?

La próxima semana empezará a publicar AHORA un gran reportaje cuya finalidad es informar a los ciudadanos de la República española de cómo se vive en los países de Europa que están realizando una experiencia diametralmente opuesta a la nuestra: el fascismo.

Para ello, nuestro compañero Manuel Chaves Nogales, que desde ha-

momentos ninguna preocupación nacional es tan intensa como ésta y ha creído oportuno realizar este gran reportaje. Los españoles que en estos momentos contemplan atónitos el panorama político de una Europa que marcha en dirección contraria a la que ellos han emprendido, encontrarán en estos artículos de Chaves Nogales una información de lo que es el movimiento fascista, veraz, directa, minuciosa y, lo que es más importante, tomada desde un punto de vista netamente español.

En la primera parte de este reportaje, Chaves Nogales describirá la situación del pueblo alemán, la organización y funcionamiento de las fuerzas de asalto y de defensa del hitlerismo después de haber conquistado el Poder, la metódica extirpación de los judíos, el encuadramiento militar de las masas de población, el renacimiento de los ideales imperiales, las posibilidades de la restauración monárquica y la radical estrangulación del comunismo y el socialismo; es decir, la formidable revolución que en estos momentos se está operando en los campos, los talleres, las fábricas, las grandes urbes y las aldeas de Alemania bajo el poder omnímodo de un hombre salido de la nada para convertirse en un semidiós: Adolfo Hitler.

AHORA considera que en estos

Biblioteca Nacional de España

Apéndice 6: Publicidad del reportaje “Cómo se vive en los países de régimen fascista”.
Ahora. 10 de mayo de 1933, p. 15.

AHORA

UN GRAN REPORTAJE DE "AHORA"

Cómo se vive en los países de régimen fascista

**Sesenta millones de alema-
nes bajo el signo de la svás-
tica y cuarenta millones de ita-
lianos bajo el fascio de los lictores**

**Mussolini e Hitler, los semi-
dioses de nuestro tiempo**

La próxima semana empezará a publicar AHORA un gran reportaje cuya finalidad es informar a los ciudadanos de la República española de cómo se vive en los países de Europa que están realizando una experiencia diametralmente opuesta a la nuestra: el fascismo.

Para ello, nuestro compañero Manuel Chaves Nogales, que desde hace dos meses viaja por Alemania e Italia como enviado especial de AHORA, empezará a publicar una serie de interesantísimos artículos en los que, con la mayor objetividad, irá contando cómo se desenvuelve la vida de los ciudadanos que deliberadamente, o por imperio de la fuerza se hallan sometidos a la tutela del régimen fascista.

Chaves Nogales, en su encuesta por las grandes ciudades, los pueblos y las aldeas de Alemania e Italia, ha procurado traer al público español una sensación directa, viva y, en cuanto es humanamente posible, imparcial de lo que es el fascismo en la vida cotidiana de los ciudadanos que hoy ponen su esperanza de salvación económica y moral en las virtudes milagrosas de la concepción fascista del Estado. La consolidación de este régimen en Italia al cabo de los años y su reciente explosión triunfal en Alemania, hace que en estos momentos se vuelvan hacia esos dos países las miradas curiosas de los ciudadanos españoles lanzados ahora a la conquista de un régimen sustancialmente opuesto al fascismo. ¿Quién tiene razón? ¿De quién es el porvenir?

AHORA considera que en estos momentos ninguna preocupación nacional es tan intensa como ésta y ha creído oportuno realizar este gran reportaje. Los españoles, que en estos momentos contemplan atónitos el panorama político de una Europa que marcha en dirección contraria a la que ellos han emprendido, encontrarán en estos artículos de Chaves Nogales una información de lo que es el movimiento fascista, veraz, directa, minuciosa y, lo que es más importante, tomada desde un punto de vista netamente español.

En la primera parte de este reportaje, Chaves Nogales describirá la situación del pueblo alemán, la organización y funcionamiento de las fuerzas de asalto y de defensa del hitlerismo después de haber conquistado el Poder, la metódica extirpación de los judíos, el encuadramiento militar de las masas de población, el renacimiento de los ideales imperiales, las posibilidades de la restauración monárquica y la radical estrangulación del comunismo y el socialismo; es decir, la formidable revolución que en estos momentos se está operando en los campos, los talleres, las fábricas, las grandes urbes y las aldeas de Alemania bajo el poder omnimodo de un hombre salido de la nada para convertirse en un semidiós: Adolfo Hitler.



© Biblioteca Nacional de España

Apéndice 7: Publicidad del reportaje “Cómo se vive en los países de régimen fascista”.
Ahora. 11 de mayo de 1933, p. 13.

AHORA

UN GRAN REPORTAJE DE "AHORA"

Cómo se vive en los países de régimen fascista

Sesenta millones de alemanes bajo el signo de la svástica y
cuarenta millones de italianos bajo el fascio de los lictores

MUSSOLINI E HITLER, LOS SEMI-
DIOS DE NUESTRO TIEMPO



El domingo próximo empezará a publicar AHORA un gran reportaje, cuya finalidad es informar a los ciudadanos de la República española de cómo se vive en los países de Europa que están realizando una experiencia diametralmente opuesta a la nuestra: el fascismo.

Para ello, nuestro compañero Manuel Chaves Nogales, que desde hace dos meses viaja por Alemania e Italia, como enviado especial de AHORA, empezará a publicar una serie de interesantísimos artículos, en los que, con la mayor objetividad, irá contando cómo se desenvuelve la vida de los ciudadanos que deliberadamente por imperio de la fuerza se hallan sometidos a la tutela del régimen fascista.

Chaves Nogales, en su encuesta por las grandes ciudades, los pueblos y las aldeas de Alemania e Italia, ha procurado traer al público español una sensación directa, viva y, en cuanto es humanamente posible, imparcial de lo que es el fascismo en la vida cotidiana de los ciudadanos que hoy ponen su esperanza de salvación económica y moral en las virtudes milagrosas de la concepción fascista del Estado. La consolidación de este régimen en Italia al cabo de los años y su reciente explosión triunfal en Alemania, hace que en estos momentos se vuelvan hacia esos dos países las miradas curiosas de los ciudadanos españoles lanzados ahora a la conquista de un régimen substancialmente opuesto al fascismo. ¿Quién tiene razón? ¿De quién es el porvenir?

AHORA considera que en estos momentos ninguna preocupación nacional es tan intensa como ésta, y ha creído oportuno realizar este gran reportaje.

En la primera parte de este reportaje, Chaves Nogales describirá la situación del pueblo alemán, la organización y funcionamiento de las fuerzas de asalto y de defensa del hitlerismo después de haber conquistado el Poder, la metódica extirpación de los judíos, el encuadramiento militar de las masas de población, el renacimiento de los ideales imperiales, las posibilidades de la restauración monárquica y la radical estrangulación del comunismo y el socialismo; es decir, la formidable revolución que en estos momentos se está operando en los campos, los talleres, las fábricas, las grandes urbes y las aldeas de Alemania bajo el poder omnívoto de un hombre salido de la nada para convertirse en un semidiós: Adolfo Hitler.

VEASE EN EL EXTRAORDINARIO DEL DOMINGO EL PRIMER ARTICULO DE ESTE REPORTAJE

© Biblioteca Nacional de España

Apéndice 8: Primera página de *Ahora* el día que se publica la primera entrega del reportaje “Cómo se vive en los países de régimen fascista”, el 14 de mayo de 1933.



EL DESPERTAR IMPERIAL DE ALEMANIA BAJO EL PODER DE HITLER.—Véase en las páginas centrales de este número el reportaje del enviado especial de AHORA en Alemania sobre el resurgimiento triunfal del imperialismo germánico, y las contingencias de una nueva guerra mundial. En la foto, un bélico desfile de las gloriosas banderas de los regimientos imperiales disueltos en 1918, cuyo espíritu resucitan hoy las falanges nacionalsocialistas

© Biblioteca Nacional de España

Apéndice 11: Crónica del 17 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: "Cómo están organizadas las fuerzas de asalto y protección del nacionalsocialismo". *Ahora*. Madrid, pp. 14-15.

ALEMÁNIA BAJO EL PODER DE HITLER
Como están organizadas las fuerzas de asalto y protección del nacionalsocialismo.
 (D NUESTRO ENVIADO ESPECIAL EN ALEMÁNIA)

Del anterior "nacionsozialista". Los tipos de arriba de arriba, miembros del partido y sus familiares. Los de abajo, miembros del partido y sus familiares. Los de arriba, miembros del partido y sus familiares. Los de abajo, miembros del partido y sus familiares.

El desfile de las unidades de las dos mil Secciones de Asalto que componen el ejército hitleriano.

Un desfile de las unidades de las dos mil Secciones de Asalto que componen el ejército hitleriano.

Las potencias hitlerianas se impusieron en Alemania, y en consecuencia, en los países de Europa central y occidental. "Que el poder nazista se extendiera a los países de Europa central y occidental, que han hecho estallar a todas las potencias de Europa central y occidental."

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.

El ejército y el gobierno nazista. El ejército nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental. El gobierno nazista es el más poderoso que jamás haya existido en Europa central y occidental.


Apéndice 15: Entrevista a Goebbels del 21 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: “¿Habrà fascismo en España?”. *Ahora*. Madrid, p. 25.

AHORA

¿HABRÀ FASCISMO EN ESPAÑA?

El lugarteniente de Hitler y actual ministro del Gobierno alemán, doctor Goebbels, habla expresamente a los lectores de AHORA

TENGO—DICE—EL CONVENCIMIENTO DE QUE LA TRANSFORMACION ESPIRITUAL DE EUROPA, EXPRESADA EN EL FASCISMO, EL KEMALISMO Y EL NACIONAL-SOCIALISMO, SERA COMPLETA DENTRO DE UNA O DOS DECADAS. CADA PUEBLO DEBERA ENCONTRAR EN LA ESENCIA DE SU PROPIA PERSONALIDAD NACIONAL NUEVAS FORMAS PARA DICHO ESPIRITU



El doctor Goebbels, ministro de Propaganda del Reich

He ofrecido hacerlo y lo cumplo. Cuando solicité una interviú con el doctor Goebbels, que es, a mi juicio, el tipo más interesante de la nueva Alemania—incluyendo en esta subordinación de interés al propio Hitler—, me pusieron, naturalmente, algunas cortapisas. Ser ciudadano de la República Española y periodista liberal no es hoy, para los gobernantes alemanes, una invitación a la confianza. Los españoles estamos haciendo exactamente lo contrario de lo que hacen los alemanes, y ya suponen ellos que no vamos a traicionar nuestras convicciones nacionales en beneficio de las suyas. El señor ministro de Propaganda—me dijeron—contestará a tres preguntas que usted le haga, pero, si no quiere correr el riesgo de ser desautorizado, estas tres preguntas y sus respuestas, deben publicarse textualmente, sin comentarios ni interpretaciones; cada pregunta, con su respuesta, a renglón seguido. Nada más.

Así lo prometí y así lo cumplo. Permitásemos, sin embargo, decir a mis lectores quién es este doctor Goebbels.

Es un tipo ridículo, grotesco; con su gabardinita y su pata torcida, se ha pasado diez años siendo el hazmerreir de los periodistas liberales. Toda Alemania está llena de anécdotas pintorescas sobre este tipo estafalario, al que—verdad o mentira—se le ha colgado todo aquello que puede hacer polvo a un hombre. Siendo, como es, el azote de los judíos, se ha dicho incluso que era judío, aunque, según parece, la única verdad es que su suegra llevaba un apellido israelita.

Pero Goebbels era un tipo enconado, duro, implacable, que todos los días, después de andar ajetreando en menesteres revolucionarios, se encerraba en la Redacción del “Angriff”—el órgano en la Prensa de nacionalsocialismo—y dictaba a una mecanógrafa un artículo de fondo. Este artículo de fondo del “Angriff”, que Goebbels dictaba mientras iba y venía por la Redacción arrastrando su pata coja, llegó a ser lo que todos los periodistas quisieran que fuesen sus artículos: un suceso, un verdadero suceso que se producía en la conciencia del lector cada vez que en el “Métro”, en el café, en la calle, donde fuese, alguien cogía el periódico y se ponía a leerle. Tenía esa misma facultad prodigiosa que en nuestro tiempo han tenido León Daudet, el reaccionario, y Trotski, el comunista. Goebbels escribía como hablaba: claro, sucinto, terminante. Hay en él la misma capacidad de sugestión y de dominio que en todos los grandes iluminados, en todos esos tipos nazarenoides de una sola idea encarnizada: Robespierre o Lenin. Lucirá mucho menos que Hitler en las paradas, pero es más certero. Creo que no se pone nunca la “camisa parda”, pero debajo de su gabardinita insignificante lleva la guerrera más ajustada de Alemania. Es de esa estirpe dura de los sectarios, de los hombres votados a un ideal con el cual fusilan a su padre si se les pone por delante. En España no ha habido así más que algunos curas carlistas, hace ya muchos años.—M. Ch.

PREGUNTA.—¿Cómo se propone el ministerio de Propaganda contrarrestar la propaganda antialemmana que puedan llevar a cabo en el extranjero los judíos emigrados de Alemania?

RESPUESTA.—Nos consta que los judíos emigrados al extranjero mantienen estrechas relaciones con los judíos en Alemania. A las organizaciones israelitas alemanas no ha de serles difícil, por consiguiente, lograr que sus hermanos de raza emigrados se abstengan de toda agitación y de toda injerencia en los asuntos internos de Alemania, con lo cual prestarán un servicio a los judíos que en Alemania residen. El boicot de defensa contra los judíos, puesto en práctica por nosotros hace algún tiempo, nos demostró que este género de presión era perfectamente posible. En adelante seguiremos manteniendo el principio de que los judíos residentes en Alemania tienen obligación de evitar que el país donde viven sea difamado.

PREGUNTA.—¿Qué métodos de propaganda piensa emplear el ministerio fuera de las fronteras de Alemania?

RESPUESTA.—Nuestro método de propaganda en el extranjero será muy sencillo. No haremos ninguna propaganda. Nos limitaremos a procurar que la verdad sobre Alemania sea conocida en todo el mundo. Trataremos de explicar a los demás países lo que en realidad ha ocurrido en Alemania y los motivos que han dado lugar a que lo ocurrido pudiera ocurrir. Hemos podido comprobar que las ideas corrientes en el extranjero sobre la situación de Alemania y sobre las causas espirituales de la revolución alemana son en extremo confusas. Pero tenemos, por otra parte, el convencimiento de que para disipar estas confusiones bastará la difusión de la verdad. No tenemos la pretensión de influir sobre la opinión extranjera. Pedimos únicamente que para los juicios del extranjero sirva de base la verdad de lo que ocurre en Alemania.

PREGUNTA.—¿Cree el señor ministro de Propaganda que la doctrina nacionalsocialista puede y debe encontrar un eco en los demás países?

RESPUESTA.—Puedo repetir, con referencia al nacionalsocialismo, las palabras de Mussolini, cuando dijo que el fascismo no era artículo de exportación. Tampoco lo es el nacionalsocialismo. Pero tengo, eso sí, el convencimiento de que la transformación espiritual de Europa, expresada en el fascismo, el kemalismo y el nacionalsocialismo, será completa dentro de una o dos décadas. Cada pueblo deberá encontrar en la esencia de su propia personalidad nacional nuevas formas para dicho espíritu. Pero no cabe dudar de que llevarán una ventaja los pueblos que se mueven ya ahora al impulso irresistible del sentimiento nacionalista.

El martes próximo: LA CONQUISTA DE LA JUVENTUD

Biblioteca Nacional de España

Apéndice 18: Crónica del 25 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: "La vida cotidiana; usos y costumbres". *Ahora*. Madrid, pp. 18-19.

COMO SE VIVE EN LOS PAÍS DE REGIMEN FASCISTA

La vida cotidiana usos y costumbres

(De nuestro enviado especial en Alemania)



La entretapa cotidiana de la prusiana alemana, amiga de los prusianos, es considerada por los prusianos como un tipo de vida...



... ha entablado la historia de una vida dura en los días tristes de la "crisis", que ha...



El primer punto de la vida cotidiana prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...



Como resultado, el tipo de vida prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...



El tipo de vida prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...



El tipo de vida prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...



El tipo de vida prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...

El tipo de vida prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...

Una vida de hombres de mediana edad, con una familia, una casa, un trabajo, una vida de rutina, una vida de rutina, una vida de rutina...

La familia berlinesa

Fueron un momento en el que la vida cotidiana prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...

La miseria

En Berlín, como en todas las ciudades de Alemania, la vida cotidiana prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...

Los intercambios

Algunos tipos de intercambios prusianos, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...

Administración de la prusiana

En Berlín, como en todas las ciudades de Alemania, la vida cotidiana prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...

Demografía

En Berlín, como en todas las ciudades de Alemania, la vida cotidiana prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...

El poco de ropa

En Berlín, como en todas las ciudades de Alemania, la vida cotidiana prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...

Los "nidos"

En Berlín, como en todas las ciudades de Alemania, la vida cotidiana prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...

Extracción metódica de los judíos

En Berlín, como en todas las ciudades de Alemania, la vida cotidiana prusiana, y los otros puntos de la vida cotidiana prusiana, son...

Apéndice 19: Crónica del 26 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: "La extirpación metódica de los judíos". *Ahora*. Madrid, pp. 14-15.

COMO SE VIVE EN LOS PAISES DE REGIMEN FASCISTA
La extirpación metódica de los judíos
 (DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL EN ALEMANIA)



Una de las manifestaciones multitudinarias por la ley de los judíos en Berlín, con soldados de la Guardia de Asalto y miembros de la policía.

La "razas" de la Prusia septentrional de los barones del Norte, como otros miembros de familia judía, la paratiza de "indagadores" profesada a un judío, mostrase se le somete a un interrogatorio. (Fotografía victoriana por la Oficina de Policía de Berlín)

Sin faldarías
 por adelante, en marcha que los milicos de Berlín son serios de momento allí, en la importante manifestación. De una parte de la multitud, se ven algunos individuos que parecen ser de origen judío, pero que no se ven con claridad. Algunos son bastante delgados, otros más gruesos, pero todos con una expresión de tristeza y de desesperación. Algunos de ellos parecen ser de origen judío, pero no se ven con claridad. Algunos son bastante delgados, otros más gruesos, pero todos con una expresión de tristeza y de desesperación.



Una de las manifestaciones multitudinarias por la ley de los judíos en Berlín, con soldados de la Guardia de Asalto y miembros de la policía.

El terror gira
 A pesar de todo, el odio de los nazis contra los judíos es tan fuerte que no se puede negar que los nazis son los más peligrosos enemigos que los judíos tienen en el mundo. El odio de los nazis contra los judíos es tan fuerte que no se puede negar que los nazis son los más peligrosos enemigos que los judíos tienen en el mundo.



Una de las grandes manifestaciones multitudinarias por la ley de los judíos en Berlín, con soldados de la Guardia de Asalto y miembros de la policía.

Los que quedan venir a España
 De los pocos millones de judíos que quedan en Europa, unos pocos millones de judíos que quedan en Europa, unos pocos millones de judíos que quedan en Europa.



Una de las grandes manifestaciones multitudinarias por la ley de los judíos en Berlín, con soldados de la Guardia de Asalto y miembros de la policía.

Los que quedan venir a España
 De los pocos millones de judíos que quedan en Europa, unos pocos millones de judíos que quedan en Europa, unos pocos millones de judíos que quedan en Europa.



Una de las grandes manifestaciones multitudinarias por la ley de los judíos en Berlín, con soldados de la Guardia de Asalto y miembros de la policía.

Los que quedan venir a España
 De los pocos millones de judíos que quedan en Europa, unos pocos millones de judíos que quedan en Europa, unos pocos millones de judíos que quedan en Europa.

LA LUCHA POLITICA Y LA REPRISION
 El proximo articulo
 Continuará en el proximo numero de "Ahorra"

Apéndice 20: Crónica del 27 de mayo de 1933. M. Chaves Nogales: "La lucha política y la represión policíaca". *Ahora*. Madrid, pp. 18-19.

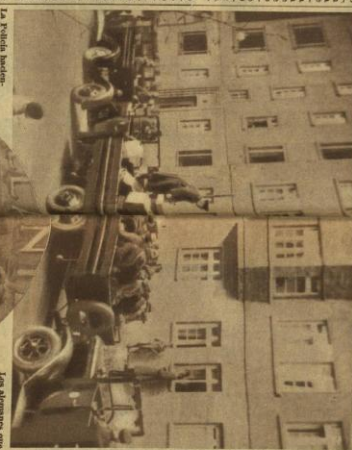
Dibujos: Nacional de España



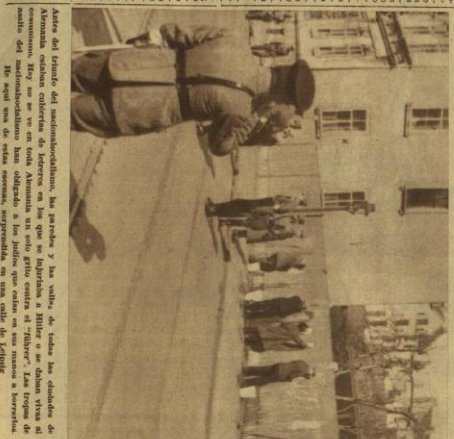
El hijo del líder anarquista Beldarrain, el niño del barrio de San Sebastián, que se encuentra en el momento de su detención.

COMO SE VIVE EN LOS ASES DE RÉGIMEN FASCISTA
La lucha política y la represión policíaca
[De nuestro envío especial en Alemania]

¡AHORA!



En este momento, el régimen nazi en Alemania vive un momento de gran tensión política. El poder se encuentra en manos de Hitler, quien ha logrado imponer su voluntad sobre todos los sectores de la sociedad. La represión policíaca es constante, y cualquier oposición es rápidamente sofocada. El pueblo alemán vive en un clima de miedo y desconfianza hacia el gobierno.



Además del frente del movimiento obrero, las policías y las unidades de choque de la policía se enfrentan a Hitler o a los grupos de choque que se oponen a él. En este momento, el régimen nazi en Alemania vive un momento de gran tensión política. El poder se encuentra en manos de Hitler, quien ha logrado imponer su voluntad sobre todos los sectores de la sociedad. La represión policíaca es constante, y cualquier oposición es rápidamente sofocada. El pueblo alemán vive en un clima de miedo y desconfianza hacia el gobierno.



Los policías y las unidades de choque de la policía se enfrentan a Hitler o a los grupos de choque que se oponen a él. En este momento, el régimen nazi en Alemania vive un momento de gran tensión política. El poder se encuentra en manos de Hitler, quien ha logrado imponer su voluntad sobre todos los sectores de la sociedad. La represión policíaca es constante, y cualquier oposición es rápidamente sofocada. El pueblo alemán vive en un clima de miedo y desconfianza hacia el gobierno.



Los policías y las unidades de choque de la policía se enfrentan a Hitler o a los grupos de choque que se oponen a él. En este momento, el régimen nazi en Alemania vive un momento de gran tensión política. El poder se encuentra en manos de Hitler, quien ha logrado imponer su voluntad sobre todos los sectores de la sociedad. La represión policíaca es constante, y cualquier oposición es rápidamente sofocada. El pueblo alemán vive en un clima de miedo y desconfianza hacia el gobierno.



Los "salvajes" policíacos han sido enviados en estos últimos días de agitación para que en sus demoliciones destruyan a los grupos de resistencia.

Los policías y las unidades de choque de la policía se enfrentan a Hitler o a los grupos de choque que se oponen a él. En este momento, el régimen nazi en Alemania vive un momento de gran tensión política. El poder se encuentra en manos de Hitler, quien ha logrado imponer su voluntad sobre todos los sectores de la sociedad. La represión policíaca es constante, y cualquier oposición es rápidamente sofocada. El pueblo alemán vive en un clima de miedo y desconfianza hacia el gobierno.

Los policías y las unidades de choque de la policía se enfrentan a Hitler o a los grupos de choque que se oponen a él. En este momento, el régimen nazi en Alemania vive un momento de gran tensión política. El poder se encuentra en manos de Hitler, quien ha logrado imponer su voluntad sobre todos los sectores de la sociedad. La represión policíaca es constante, y cualquier oposición es rápidamente sofocada. El pueblo alemán vive en un clima de miedo y desconfianza hacia el gobierno.

Los policías y las unidades de choque de la policía se enfrentan a Hitler o a los grupos de choque que se oponen a él. En este momento, el régimen nazi en Alemania vive un momento de gran tensión política. El poder se encuentra en manos de Hitler, quien ha logrado imponer su voluntad sobre todos los sectores de la sociedad. La represión policíaca es constante, y cualquier oposición es rápidamente sofocada. El pueblo alemán vive en un clima de miedo y desconfianza hacia el gobierno.

Los policías y las unidades de choque de la policía se enfrentan a Hitler o a los grupos de choque que se oponen a él. En este momento, el régimen nazi en Alemania vive un momento de gran tensión política. El poder se encuentra en manos de Hitler, quien ha logrado imponer su voluntad sobre todos los sectores de la sociedad. La represión policíaca es constante, y cualquier oposición es rápidamente sofocada. El pueblo alemán vive en un clima de miedo y desconfianza hacia el gobierno.

Los policías y las unidades de choque de la policía se enfrentan a Hitler o a los grupos de choque que se oponen a él. En este momento, el régimen nazi en Alemania vive un momento de gran tensión política. El poder se encuentra en manos de Hitler, quien ha logrado imponer su voluntad sobre todos los sectores de la sociedad. La represión policíaca es constante, y cualquier oposición es rápidamente sofocada. El pueblo alemán vive en un clima de miedo y desconfianza hacia el gobierno.

MASANA, último artículo, titulado: 'ADOLFO I, EMPERADOR'

